

EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS IV

BRANDON SANDERSON

EL RITMO DE LA GUERRA



NOVA

EL RITMO DE LA GUERRA

LIBRO CUARTO DE
EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS

BRANDON SANDERSON

Traducción de Manu Viciana
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleer](#)



[@NovaCiFi](#)



[@megustaleer](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial





*Para Isaac Stewart,
que pinta mi imaginación*

INTRODUCCIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Me enorgullece presentaros *El Ritmo de la Guerra*, el cuarto volumen de El Archivo de las Tormentas. Han pasado ya diez años desde que empecé a escribir esta serie y es cada vez más satisfactorio ver cómo la historia crece y consuma la visión de ella que tenía desde hace tanto tiempo. En concreto, una escena hacia el final de este libro está entre las primeras que imaginé jamás para la serie, ¡hace más de veinte años!

Estamos acercándonos al último libro de esta secuencia de El Archivo de las Tormentas. (Mi idea para esta serie es que se componga de dos pentalogías, con sendos arcos argumentales principales.) ¡Gracias por seguir conmigo todos estos años! Mi objetivo es seguir publicando novelas de esta serie con regularidad. Y como siempre, los plazos de entrega para este volumen han sido ajustados y un gran número de personas ha dedicado muchas horas para poder llegar a tiempo. Esta lista va a ser un poco larga, pero todos y cada uno de los presentes en ella merecen que se elogien sus esfuerzos.

En Tor Books, mi editora principal para esta novela es Devi Pillai, que ha sido incansable, puntual y una maravillosa defensora de El Archivo de las Tormentas. Este es el primer libro del Cosmere en el que no ha participado mi editor de toda la vida, Moshe Feder, que aun así merece un enorme reconocimiento por haber guiado esta serie durante sus primeros años. Pero quiero enviar un agradecimiento especial a Devi por ayudar a que la transición haya sido fácil y fluida.

Como siempre, muchas gracias a Tom Doherty, que me dio mi primera oportunidad en el mundo editorial. El equipo de Devi y Tom en Tor que ha trabajado en este libro incluye también a Rachel Bass, Peter Lutjen, Rafal Gibek y Heather Saunders.

En Gollancz, mi editorial del Reino Unido, quiero dar un agradecimiento especial a Gillian Redfearn, que me proporciona apoyo editorial a lo largo de todo el proceso y que se esfuerza muchísimo para que los libros tengan un aspecto estupendo.

Nuestro revisor fue el siempre genial Terry McGarry, y Kristina Kugler ha trabajado por primera vez con nosotros como correctora. Llevaba mucho

tiempo queriendo trabajar con Kristina en un libro del Cosmere, y lo ha hecho de maravilla en este.

Para el audiolibro, el productor ha sido Steve Wagner. Y regresan a la serie los excelentes Michael Kramer y Kate Reading, los mejores narradores del mundo. Desde aquí, mi más sentido agradecimiento por seguir consintiéndonos y hacerse cargo de estos monstruos de cincuenta y tantas horas en una serie de fantasía épica.

Mi principal agencia literaria para este libro ha sido JABberwocky, con Joshua Bilmes al timón. Sus asistentes han sido Susan Velazquez, Karen Bourne y Valentina Sainato. Nuestro agente en el Reino Unido es John Berlyne de la agencia literaria Zeno. Nunca dejo de agradecerles su trabajo y su encendida defensa de mi obra.

En mi propia empresa, Dragonsteel Entertainment, tenemos a mi maravillosa esposa Emily Sanderson como gerente. El inefable Peter Ahlstrom es nuestro vicepresidente y director editorial, y nuestro director artístico es Isaac Stewart. Suelo hacer alguna tontería con su nombre, pero, dado que este libro está dedicado a él, he pensado que en esta ocasión dejaré que se libre. Isaac no solo es quien crea nuestros hermosos mapas, sino también la persona que me presentó a mi esposa, y en una cita a ciegas, nada menos. Así que, si habláis con él en algún momento, pedidle que os firme vuestro ejemplar de este libro y no olvidéis intercambiar historias con él sobre vuestras cajas de LEGO favoritas.

En Dragonsteel Entertainment tenemos también a Karen Ahlstrom, nuestra editora de continuidad, y a Kara Stewart, nuestra gestora de almacén y directora financiera. Adam Horne es mi director interno de publicidad, mi asistente personal y el tío capaz de todo que se ocupa de que se hagan las cosas. Entre los demás empleados de nuestra tienda se cuentan Kathleen Dorsey Sanderson, Emily «Mem» Grange, Lex Willhite y Michael Bateman. Son quienes os envían las camisetas, los pósteres y los libros firmados. Sus asistentes, los «minisecuaces» de nuestro equipo, son entre otros: Jacob, Hazel, Isabel, Matthew, Audrey, Tori y Joe. Gracias también a todos los voluntarios, sobre todo a la siempre estupenda Christi Jacobson.

Los ilustradores que han colaborado en *El Ritmo de la Guerra* afrontaron no solo la pandemia y la tragedia durante la creación de su arte, sino que algunos también plantaron cara a tormentas literales para entregarlo. Me asombra su talento y su compromiso, y a todos ellos no solo les ofrezco mi agradecimiento más sentido, sino que también les deseo paz en los tiempos

turbulentos que han afrontado.

Una de las mayores satisfacciones de mi carrera es poder trabajar con Michael Whelan. Me honra que su apoyo a estos libros sea tan enorme que deje momentáneamente a un lado sus proyectos personales y cree las preciosas ilustraciones que ha realizado para la serie. Ya me habría sentido agradecido solo por una ilustración suya en portada, así que considero una suerte inmensa que siga realizando su magia en *El Ritmo de la Guerra*, con la que creo que es la mejor cubierta de El Archivo de las Tormentas hasta la fecha. Es sin duda una obra maestra que me deja boquiabierto.

Para *Juramentada*, imprimimos retratos de los Heraldos en las guardas delantera y trasera, y en este volumen mantenemos la tradición. Al inicio del proceso de escritura de esta novela encargamos los restantes seis Heraldos, sabiendo que deberíamos reservarnos dos de ellos para otro libro en el futuro. Todos los artistas han estado a la altura de la tarea y nos han entregado verdaderas obras maestras. El Heraldo Talenelat de Donato aparece preocupado pero triunfal, y me entusiasma contar con su hermosa visión de este personaje. Miranda Meeks no es una novata en El Archivo de las Tormentas —nos encanta trabajar con ella siempre que podemos—, y su Battah es regia y misteriosa. Karla Ortiz, de cuya obra soy admirador desde hace tiempo, nos ha proporcionado unas visiones gloriosas y que rayan en la perfección de los Heraldos Chanaranach y Nalan. Por último, los Heraldos Pailiah y Kelek de Magali Villeneuve son imponentes y maravillosos. Howard Lyon colaboró con ella para pintar unas increíbles versiones al óleo de estos dos últimos, que en algún momento podremos exhibir junto con los demás.

Dan dos Santos es una leyenda viva y un buen amigo. Otorga su característico estilo a las láminas de moda incluidas en este volumen, abordando el complicado desafío de representar a los cantores como una especie ajena pero haciéndolo de un modo que permite al lector establecer una identificación emocional con ellos. Creo que ha hecho un trabajo excelente manteniendo ese equilibrio.

Ben McSweeney se ha unido este año al equipo de Dragonsteel a tiempo completo, y este volumen incluye varias de sus mejores obras. Las páginas de Shallan sobre los spren, sobre todo, siguen contribuyendo a completar la estética visual de Roshar. Me encanta cómo la ilustración de Ben que detalla el atrio de Urithiru transmite la inmensidad de la ciudad-torre. Un agradecimiento especial a Alex Schneider, que nos hizo de consultor para

parte del diseño arquitectónico.

Muchísimas gracias a Kelley Harris, miembro central de nuestro equipo de El Archivo de las Tormentas, que siempre insufla vida a las páginas del cuaderno de Navani con un sentido del diseño impecable que me recuerda a las ilustraciones publicitarias de Alfons Mucha a principios del siglo xx.

Otros muchos artistas y colaboradores han ayudado entre bambalinas a este libro y merecen un enorme agradecimiento: Miranda Meeks, Howard Lyon, Shawn Boyles, Cori Boyles, Jacob, Isabel, Rachel, Sophie y Hayley Lazo.

Para este volumen hemos contado con la ayuda de varios importantes expertos en sus materias. Shad «Shadiversity» Brooks fue nuestro principal consultor en artes marciales históricas. Carl Fisk también nos prestó parte de su dominio sobre la materia, aunque, si me he equivocado en algo, no es por culpa de ellos. Es casi con toda certeza algo que no les enseñé a tiempo o que luego olvidé modificar.

Nuestra experta en trastorno de identidad disociativo ha sido Britt Martin. Agradezco de verdad su disposición a hacerme comentarios francos sobre cómo mejorar a la hora de representar la enfermedad mental en estos libros. Ha sido nuestra Caballera Radiante secreta en esta novela, siempre animándome a seguir adelante.

Un agradecimiento especial a cuatro de nuestros lectores beta en concreto, por sus comentarios detallados sobre cierto aspecto de la sexualidad: Paige Phillips, Alyx Hoge, Blue y E. N. Weir. Este libro es mejor gracias a vuestra contribución.

Nuestro grupo de escritura para esta novela lo componían Kaylynn ZoBell, Kathleen Dorsey Sanderson, Eric James Stone, Darci Stone, Alan Layton, Ben «Por favor escribe mi apellido bien de una vez, Brandon» Olzedixploxiplentivar, Ethan Skarstedt, Karen Ahlstrom, Peter Ahlstrom, Emily Sanderson y Howard Tayler. Y no encontraréis ningún alegre grupo de personas mejores que ellos. Leyeron pedazos enormes de este libro semana tras semana y lidiaron con los enormes y constantes cambios que iba haciendo yo al texto, para ayudarme a dar forma a la novela.

Nuestro experto equipo de lectores beta ha incluido, en esta ocasión, a Brian T. Hill, Jessica Ashcraft, Sumejja Muratagic'-Tadic', Joshua «Jofwu» Harkey, Kellyn Neumann, Jory «Jor el portero» Phillips (¡ enhorabuena, Jory!), Drew McCaffrey, Lauren McCaffrey, Liliana Klein, Evgeni «Argent» Kirilov, Darci Cole, Brandon Cole, Joe Deardeuff, Austin Hussey, Eliyahu Berelowitz Levin, Megan Kanne, Alyx Hoge, Trae Cooper, Deana Covell

Whitney, Richard Fife, Christina Goodman, Bob Kluttz, Oren Meiron, Paige Vest, Becca Reppert, Ben Reppert, Ted Herman, Ian McNatt, Kalyani Poluri, Rahul Pantula, Gary Singer, Lingting «Botanica» Xu, Ross Newberry, David Behrens, Tim Challener, Matthew Wiens, Giulia Costantini, Alice Arneson, Paige Phillips, Ravi Persaud, Bao Pham, Aubree Pham, Adam Hussey, Nikki Ramsay, Joel D. Phillips, Zenef Mark Lindberg, Tyler Patrick, Marnie Peterson, Lyndsey Luther, Mi'chelle Walker, Josh Walker, Jayden King, Eric Lake y Chris Kluwe.

Nuestro coordinador especial de comentarios para los lectores beta ha sido Peter Orullian, un escritor excelente por derecho propio.

Nuestros lectores gamma han sido muchos de los lectores beta, además de Chris McGrath, João Menezes Morais, Brian Magnant, David Fallon, Rob West, Shivam Bhatt, Todd Singer, Jessie Bell, Jeff Tucker, Jesse Salomon, Shannon Nelson, James Anderson, Frankie Jerome, Zoe Larsen, Linnea Lindstrom, Aaron Ford, Poonam Desai, Ram Shoham, Jennifer Neal, Glen Vogelaar, Taylor Cole, Heather Clinger, Donita Orders, Rachel Little, Suzanne Musin, William «Aberdasher», Christopher Cottingham, Kurt Manwaring, Jacob Hunsaker, Aaron Biggs, Amit Shtuinheart, Kendra Wilson, Sam Baskin y Alex Rasmussen.

Sé que muchos de quienes leéis esto querríais uniros al equipo de lectores beta o gamma, pero deberíais saber que no es tanto chollo como podríais imaginar. Esta gente muchas veces tiene que leerse el libro con unos plazos muy breves, y se ve obligada a experimentarlo inacabado. En muchos aspectos, están renunciando a la oportunidad de disfrutar del libro en su mejor versión y se llevan una experiencia inferior con el objetivo de mejorar la novela para el resto de vosotros. Agradezco su incansable trabajo y sus comentarios. Este libro ha mejorado mucho gracias a sus esfuerzos.

Ha sido una lista enorme, lo sé. ¡Crecer más en cada libro! Pero de verdad que estoy muy agradecido a cada uno de ellos. Como digo a menudo, mi nombre es el que aparece en la portada, pero en realidad estas novelas son un trabajo de equipo, que aprovecha los talentos y los conocimientos de una gran variedad de personas dedicadas.

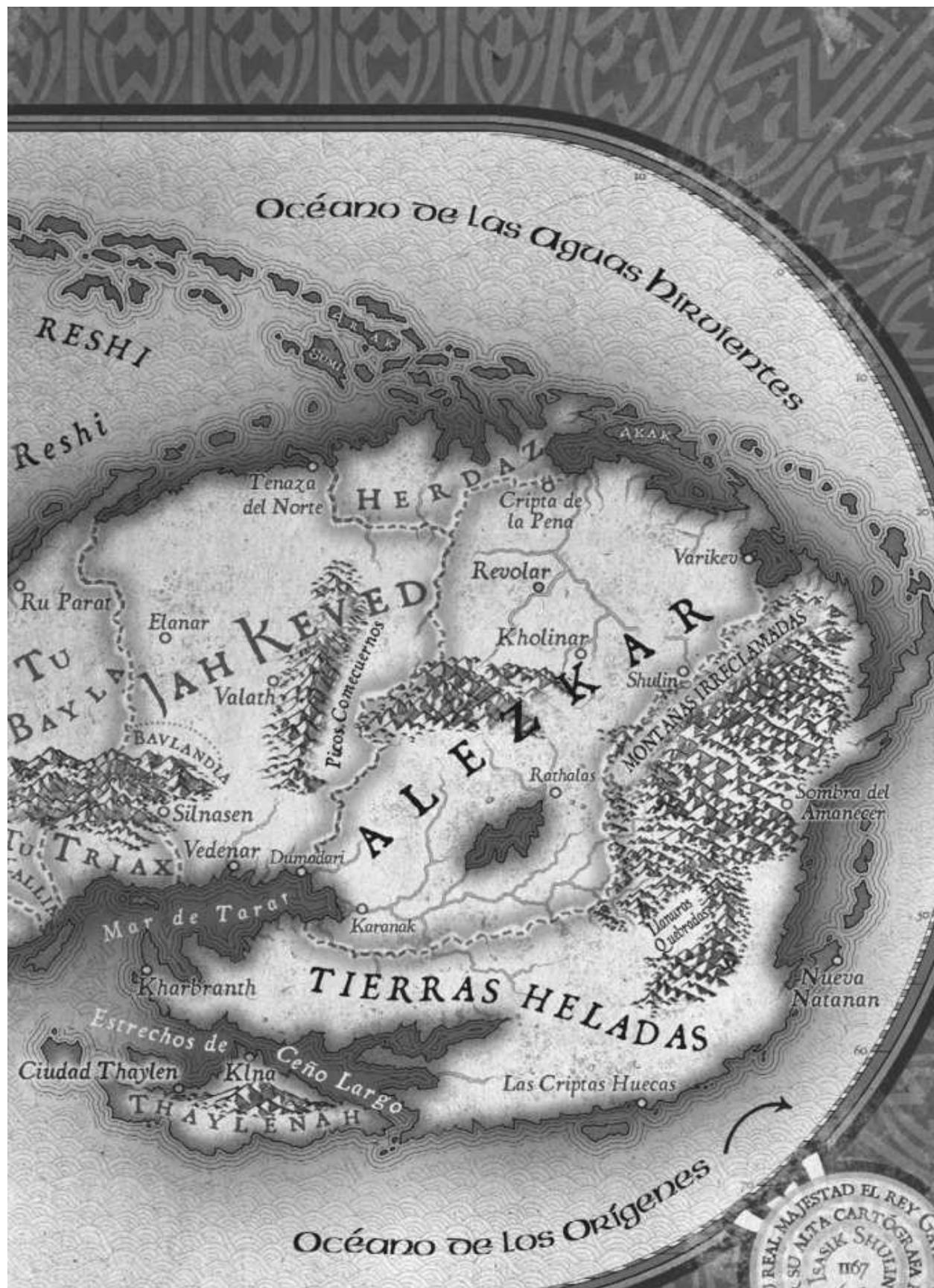
Gracias a ellos, ahora podéis experimentar *El Ritmo de la Guerra*, cuarto libro de El Archivo de las Tormentas. Que disfrutéis del viaje.

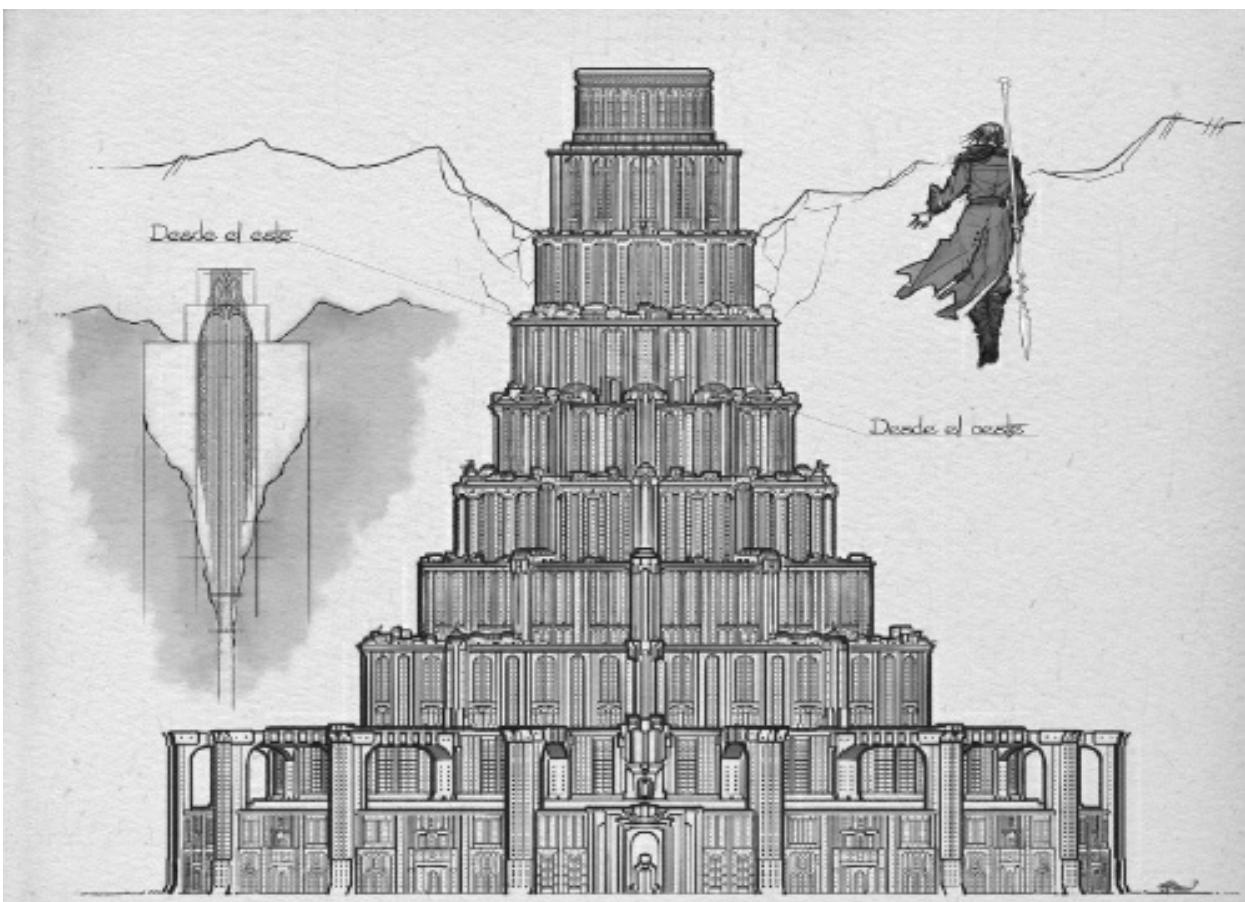
LIBRO
CUARTO



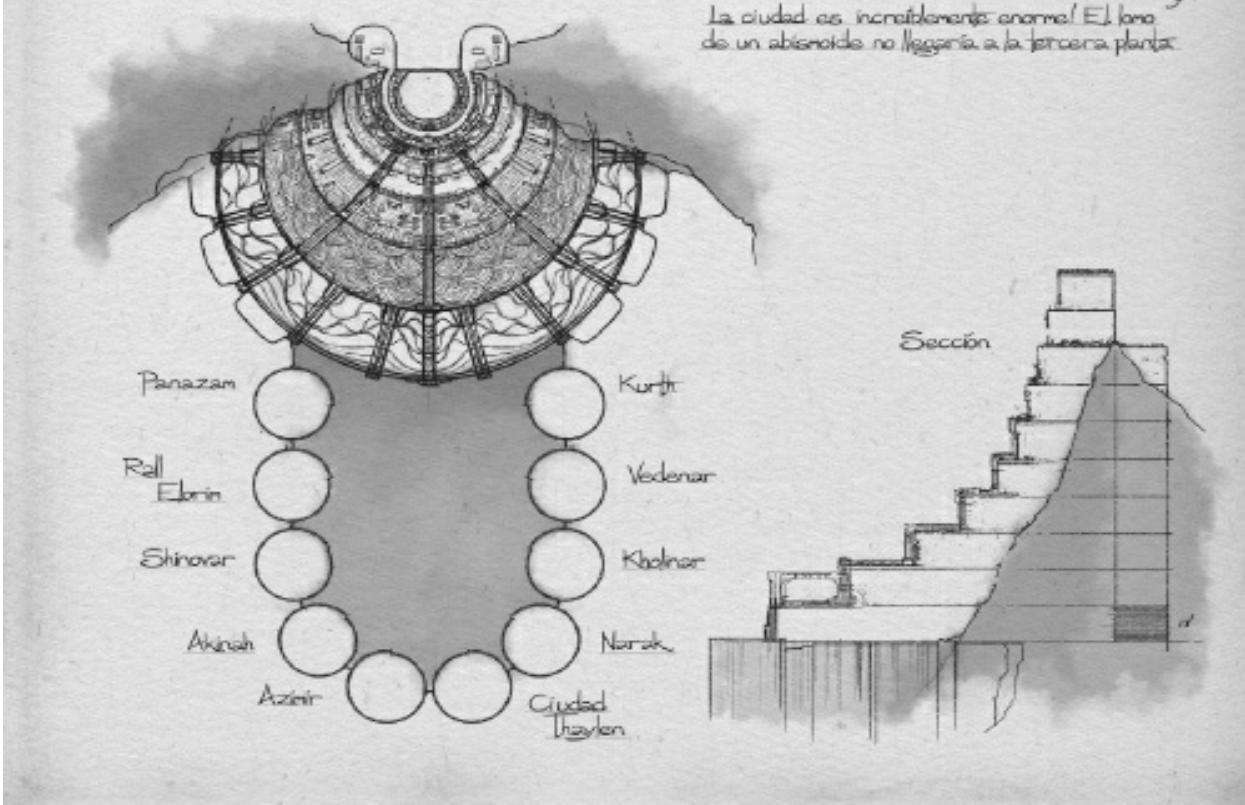
**EL RITMO DE
LA GUERRA**

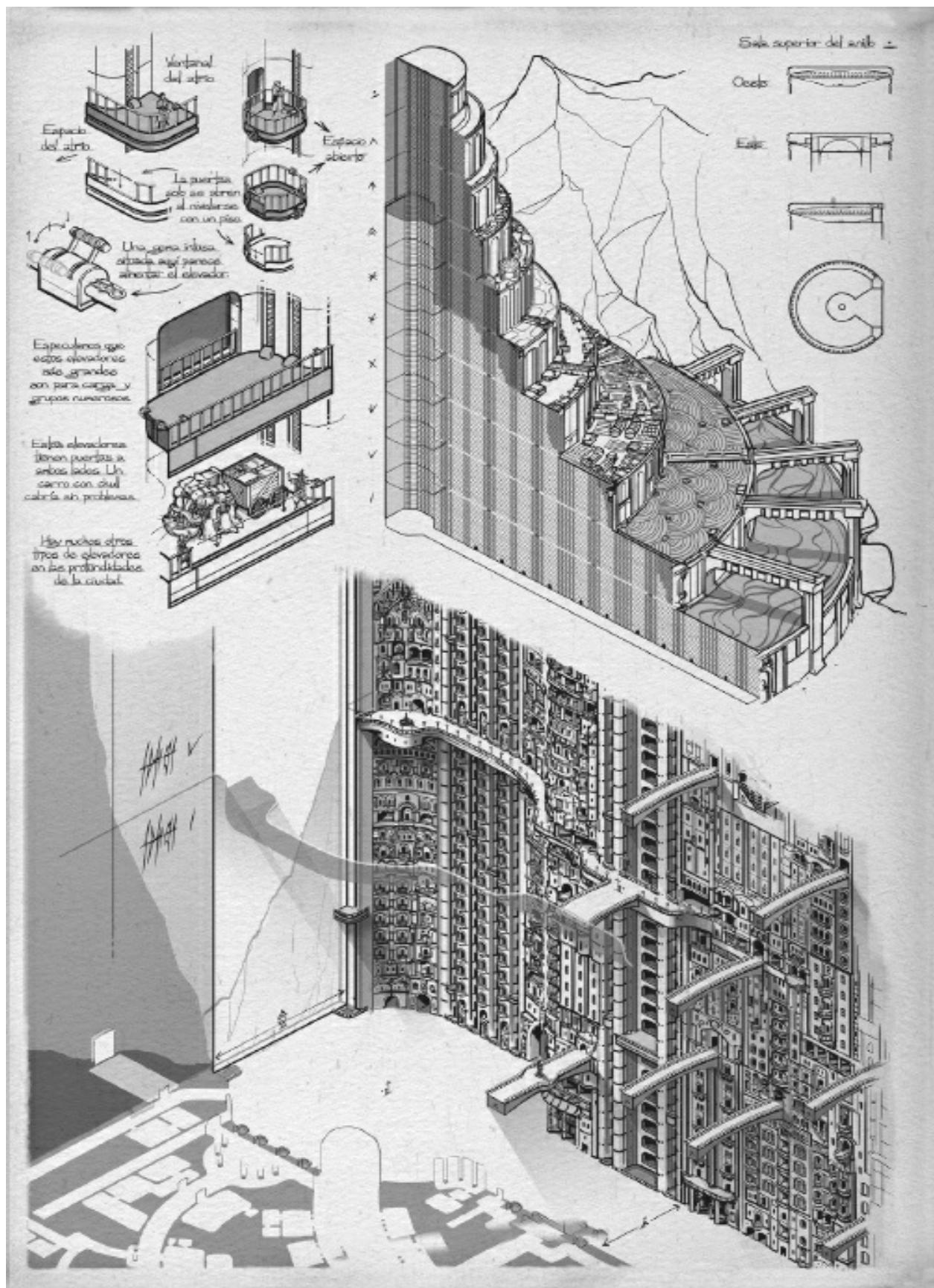






La ciudad es increíblemente enorme! El lomo
de un abismoide no llegaría a la tercera planta.







SIETE AÑOS ANTES

Por supuesto que los parshendi querían tocar sus tambores.

Por supuesto que Gavilar les había dicho que podían.

Y por supuesto que ni se le había ocurrido avisar a Navani. —¿Has visto lo grandes que son esos instrumentos? —preguntó Maratham, pasándose las manos por el cabello negro—. ¿Dónde vamos a colocarlos? Lo tenemos todo más que lleno desde que tu marido invitó a los dignatarios extranjeros. No podemos...

—Organizaremos un banquete más exclusivo en el salón de baile de arriba —dijo Navani manteniendo una actitud tranquila—, y pondremos allí los tambores, junto a la mesa del rey.

En las cocinas estaba todo el mundo al borde del pánico: los pinches corrían de un lado para otro, las cacerolas entrechocaban y los expectaspren emergían del suelo como gallardetes. Gavilar no solo había invitado a los altos príncipes, sino también a sus parientes. Y a todos los altos señores de la ciudad. Y además, quería dar un banquete para mendigos con el doble de los cubiertos habituales. Y para colmo, ¿aquellos tambores?

—¡Ya hemos puesto a todo el mundo a trabajar en el comedor de abajo! —gritó Maratham—. No tengo suficiente personal para...

—Esta noche hay el doble de soldados que de costumbre merodeando por el palacio —dijo Navani—. Que ellos te ayuden a organizarlo.

¿Apostar guardias adicionales, hacer una demostración de poderío? Se podía contar con Gavilar para que hiciera esas cosas.

Para todo lo demás, tenía a Navani.

—Podría funcionar, sí —respondió Maratham—. Mejor poner a esos patanes a trabajar que tenerlos por ahí molestando. ¿Daremos dos banquetes principales, entonces? Muy bien. Más vale que respire hondo.

La menuda organizadora de palacio se escabulló correteando y esquivó por los pelos a un pinche de cocina que cargaba con un enorme cuenco de crustáceos humeantes.

Navani se apartó para dejar pasar al pinche. El hombre inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Ya hacía tiempo que el personal de cocina había dejado de ponerse nervioso cuando entraba ella. Navani les había dejado bien claro que hacer su trabajo con eficacia era reconocimiento suficiente.

A pesar de la tensión subyacente, parecían tenerlo ya todo bajo control, aunque poco antes se habían sobresaltado al descubrir que había tres toneles de grano con gusanos. Por suerte, el brillante señor Amaram había llevado provisiones para sus hombres y Navani había logrado arrancárselas de entre las zarpas. De momento, con los cocineros que habían tomado prestados del monasterio, quizás hasta llegaran a poder alimentar a toda la gente que había invitado Gavilar.

«Tendré que organizar a quién sentamos en qué comedor —pensó Navani mientras salía de la cocina a los jardines de palacio—. Y dejar algo de espacio libre en ambos. ¿Quién sabe cuánta gente más podría presentarse con una invitación?»

Cruzó los jardines cuesta arriba en dirección a las puertas laterales del palacio. Yendo por allí, molestaría menos y no tendría que ir esquivando a sirvientes. Mientras caminaba, comprobó que todas las lámparas estuvieran en su sitio. Aunque el sol aún no se había puesto, quería que el palacio de Kholinar refulgiera esa noche.

Un momento. ¿Esa que estaba de pie cerca de las fuentes era Aesudan, su nuera, la esposa de Elhokar? Se suponía que debía estar dentro, recibiendo a los invitados. La delgada mujer llevaba el largo pelo recogido en un moño iluminado por una gema de cada tonalidad. Tantos colores juntos quedaban chillones, y Navani prefería llevar unas pocas gemas sencillas a juego en torno a un solo color, pero lo cierto era que las suyas hacían destacar a

Aesudan mientras charlaba con dos ancianos fervorosos.

Refulgentes y vivas tormentas, ese de ahí era nada menos que Rushur Kris, el artista y maestro artifabriano. ¿Cuándo había llegado? ¿Quién lo había invitado? Tenía en la mano una cajita con una flor pintada. ¿Era posible que fuese... algún fabrial nuevo creado por él?

Navani se descubrió atraída hacia el grupo y olvidando todo lo demás. ¿Cómo había creado Kris el fabrial calentador de forma que pudiera modularse la temperatura? Navani había visto ilustraciones, pero poder hablar con el maestro artesano en persona sería...

Aesudan vio a Navani y sonrió de oreja a oreja. Su deleite parecía auténtico, lo cual era poco frecuente, al menos cuando iba dirigido a Navani. Ella procuraba no tomarse como una afrenta personal la acritud general de Aesudan hacia ella, porque toda mujer estaba en su derecho de sentirse amenazada por su suegra. Sobre todo, teniendo en cuenta la evidente carencia de talentos de aquella chica.

Navani le devolvió la sonrisa e intentó sumarse a la conversación para poder ver más de cerca la caja. Pero Aesudan la cogió del brazo.

—¡Madre! Había olvidado por completo que teníamos que hablar. Qué voluble puedo ser a veces. Lo lamento muchísimo, fervoroso Kris, pero debo marcharme con premura.

Aesudan tiró de Navani, imponiéndose, de vuelta por los jardines hacia la cocina.

—Gracias a Kelek que has aparecido, madre. No sabes lo aburrido que es ese hombre.

—¿Aburrido? —replicó Navani, retorciéndose para echar una mirada hacia atrás—. ¿Estaba hablando de...?

—Gemas. Y más gemas. Y spren, y cajas de spren, y... ¡tormentas! Ese hombre debería haberse dado cuenta. Tengo que hablar con personas importantes. Las esposas de los altos príncipes y de los mejores generales del país, que han venido todos para maravillarse con los parshmenios salvajes. ¿Y a mí me toca quedarme en los jardines dando conversación a *fervorosos*? Ha sido tu hijo quien me ha abandonado ahí atrás, quiero que lo sepas. Cuando lo encuentre...

Navani se zafó de la presa de Aesudan.

—Alguien debería entretenér a esos *fervorosos*. ¿Por qué han venido?

—Yo qué sé —respondió Aesudan—. Gavilar quería que estuvieran aquí para algo, pero ha enviado a Elhokar a hacerles compañía. ¡Qué mala

educación, de verdad!

¿Gavilar había invitado a Kholinar a uno de los artifabrianos más destacados del mundo entero y ni se había molestado en decírselo a Navani? En lo más profundo de su interior se revolvió la emoción, una ira que mantenía cuidadosamente enjaulada bajo llave. ¡Ese hombre! ¡Ese tormentoso hombre! ¿Cómo... cómo había podido...?

A sus pies empezaron a acumularse furiaspren, como charcos de sangre hirviendo. «Tranquila, Navani —dijo la parte racional de su mente—. Quizá pretenda presentarte al fervoroso más tarde, como regalo.» Sofocó el enfado con esfuerzo.

—¡Brillante! —llamó una voz desde la cocina—. ¡Brillante Navani! ¡Ay, por favor! Tenemos un problema.

—Aesudan —dijo Navani, sin apartar la mirada del fervoroso, que había echado a caminar despacio hacia el monasterio—. ¿Te importaría ayudar en la cocina con lo que sea que necesitan? Yo querría...

Pero Aesudan ya había echado a andar con prisa hacia otro grupo en los jardines, que incluía a varios altos señores generales muy poderosos. Navani respiró hondo y contuvo otra punzada de frustración. Aesudan afirmaba preocuparse del decoro y la educación, pero era capaz de inmiscuirse en una conversación masculina sin llevar siquiera a su marido con ella como excusa.

—¡Brillante! —volvió a llamar el cocinero, gesticulando en su dirección.

Navani lanzó un último vistazo a los fervorosos, apretó la mandíbula y caminó deprisa hacia la cocina, procurando no engancharse el vestido con la cortezapizarra ornamental.

—¿Qué pasa ahora?

—Es el vino —explicó el cocinero—. Se nos han terminado el Clavendah y el rubí de mesa.

—¿Cómo es posible? —dijo ella—. Teníamos reservas de amb...

Cruzó la mirada con el cocinero y la respuesta se hizo evidente. Dalinar había vuelto a encontrar sus existencias de vino. Había desarrollado formas bastante ingeniosas de vaciar en secreto los barriles para beber con sus amigos. Ojalá dedicara la mitad de esa atención a las necesidades del reino.

—Tengo una reserva privada —reveló Navani, sacando su cuaderno del bolsillo. Lo sostuvo en la mano segura, cogiéndolo a través de la manga, y garabateó una nota—. La guardo en el monasterio, con la hermana Talanah. Enséñale esto y te permitirá acceder.

—Gracias, brillante —dijo el cocinero mientras cogía la nota.

Antes de que el hombre hubiera salido por la puerta, Navani vio que el mayordomo, un anciano de barba canosa que llevaba demasiados anillos en los dedos, estaba esperando en la escalinata de acceso al palacio en sí. Jugueteaba con los anillos de la mano izquierda. Qué fastidio.

—¿Qué ocurre? —preguntó al mayordomo después de llegar dando zancadas.

—El alto señor Rine Hatham ha llegado y pregunta por su audiencia con el rey. Recordaréis que su majestad había prometido hablar esta noche con Rine sobre...

—Sobre la disputa fronteriza y los errores en los mapas, sí —interrumpió Navani, y suspiró—. ¿Dónde se ha metido mi marido?

—No está claro, brillante —dijo el mayordomo—. Se lo ha visto por última vez con el brillante señor Amaram y varios... individuos particulares.

Era como llamaba el personal de palacio a los nuevos amigos de Gavilar, los que solían llegar sin previo aviso y muy rara vez revelaban sus nombres.

Navani apretó los dientes y pensó en los lugares a los que podía haber ido Gavilar. Se enfadaría si Navani lo interrumpía. Pues que se enfadara. Debería dejarse ver atendiendo a sus invitados, en vez de dar por sentado que ella se ocuparía de todo y de todos.

Por desgracia, en ese momento... bueno, Navani tendría que ocuparse de todo y de todos.

Permitió que el angustiado mayordomo la llevara al grandioso recibidor, donde se entretenía a algunos invitados con música, bebida y poesía hasta que el banquete estuviera preparado. A otros los iban acompañando los maestros de sirvientes para que vieran a los parshendi, la verdadera atracción de la velada. No todos los días el rey de Alezkar firmaba un tratado con un grupo de misteriosos parshmenios capaces de hablar.

Navani se disculpó con el alto señor Rine por la ausencia de Gavilar y se ofreció a revisar los mapas ella misma. Después de eso, la detuvo una hilera de hombres y mujeres impacientes que estaban en palacio por la promesa de una audiencia con el rey.

Navani aseguró a los ojos claros que sus peticiones no estaban cayendo en oídos sordos. Les prometió investigar las injusticias. Calmó los sentimientos ofendidos de quienes creían que una invitación personal del rey implicaba que de verdad llegarían a hablar con él, un privilegio inasequible en los últimos tiempos excepto para los «individuos particulares».

Seguían llegando invitados inesperados, cómo no. Invitados que no

figuraban en la lista actualizada que un molesto Gavilar le había entregado ese mismo día.

«¡Por las llaves doradas de Vev!» Navani compuso con esfuerzo un rostro amistoso para los invitados. Sonrió, rio, saludó. Se valió de los recordatorios y las listas de su cuaderno para preguntar por parientes, nacimientos y sabuesos-hacha favoritos. Se interesó por los negocios de todos y tomó notas sobre qué ojos claros parecían estar evitando a otros. En pocas palabras, se comportó como una reina.

Era una tarea emocionalmente agotadora, pero también su deber. Quizá en un futuro podría dedicar sus días a trastear con fabriales y fingir que era una erudita. Pero esa noche, haría su trabajo, aunque una parte de ella se sintiese como una impostora. Por prestigioso que fuera su antiguo linaje, la ansiedad de Navani le susurraba al oído que era solo una pueblerina vestida con la ropa de otra persona.

Esas inseguridades habían cobrado fuerza en los últimos tiempos. «Tranquila. Tranquila.» Esa clase de pensamientos no tenían cabida. Rodeó la sala y se alegró al ver que Aesudan había encontrado a Elhokar y, por una vez, estaba charlando con él y no con otros hombres. Elhokar parecía satisfecho de presidir la reunión previa al banquete en ausencia de su padre. Adolin y Renarin también estaban presentes, vestidos con rígidos uniformes. El primero deleitaba a un pequeño grupo de mujeres jóvenes y el segundo parecía desgarbado y torpe al lado de su hermano.

Y también... estaba Dalinar. De pie, bien alto. De algún modo, más alto que cualquier otro hombre de la sala. Aún no se había emborrachado y la gente orbitaba en torno a él como lo haría alrededor de una hoguera en una noche fría: necesitando estar cerca, pero temiendo el verdadero calor de su presencia. Aquellos ojos atribulados que tenía, bullentes de pasión.

Tormentas encendidas. Navani se excusó y puso pies en polvorosa escalera arriba para no sentirse tan acalorada. Era mala idea marcharse: a los invitados ya les faltaba un rey y despertaría preguntas que también desapareciera la reina. Pero sin duda, podrían apañárselas sin ella un tiempo. Además, allí arriba podría comprobar uno de los escondrijos de Gavilar.

Recorrió los pasillos, que siempre le recordaban a una mazmorra, y se cruzó con unos parshendi que trasladaban sus tambores y hablaban un idioma que Navani no entendía. ¿Por qué no podía haber un poco más de luz natural allí arriba, por qué no poner unas pocas ventanas más? Ya se lo había comentado a Gavilar, pero a él le gustaba así. La penumbra le proporcionaba

más lugares en los que ocultarse.

«Ahí —pensó, deteniéndose en una intersección—. Voces.»

—... pero poder llevarlos y traerlos desde Braize no significa nada —decía una de ellas—. Está demasiado próximo para suponer una distancia relevante.

—Era impensable hace solo unos pocos años —respondió una voz profunda y poderosa. Gavilar—. Esto demuestra que es posible. La Conexión no está cercenada y la caja permite los desplazamientos. Todavía no tan lejos como querríais, pero en algún punto debemos empezar el trayecto.

Navani asomó la cabeza por la esquina para mirar. Alcanzó a ver una puerta al final del corto pasillo, entreabierta, dejando escapar las voces. En efecto, Gavilar estaba manteniendo una reunión justo en el lugar donde ella esperaba: en el estudio de la propia Navani. Era una estancia pequeña y acogedora, con una bonita ventana, apartada en una esquina del primer piso. Un lugar que Navani pocas veces tenía ocasión de visitar, pero donde era muy improbable que la gente buscara a Gavilar.

Avanzó muy despacio para mirar por el hueco de la puerta. Gavilar Kholin tenía la suficiente presencia como para llenar una sala él solo. Llevaba barba, pero en vez de quedarle anticuada, en él era... clásica. Como un cuadro que hubiera cobrado vida, una representación de la antigua Alezkar. En la corte se había pensado que quizá volvieran a ponerse de moda las barbas, pero pocos habían logrado que les quedara bien.

Además de eso, había un cierto aire de... distorsión en torno a Gavilar. Nada sobrenatural ni absurdo. Era solo que... bueno, todo el mundo aceptaba que Gavilar podía hacer lo que le diera la gana, incluso desafiando toda tradición y toda lógica. A él le funcionaba. Siempre era así.

El rey estaba hablando con dos hombres a los que Navani identificó vagamente. Un makabaki alto con una marca de nacimiento en la mejilla y un vorin más bajito con la cara redonda y la nariz pequeña. Se los habían presentado como embajadores procedentes del oeste, pero sin especificar su reino de origen.

El makabaki se apoyó en la biblioteca, cruzado de brazos, con el rostro inexpresivo del todo. El vorin se frotó las manos, en un gesto que recordó a Navani al mayordomo de palacio, aunque aquel hombre parecía mucho más joven. ¿Tendría... veintitantes? ¿Quizá treinta y pocos? No, podía ser incluso mayor.

En la mesa que separaba a Gavilar de los otros dos hombres había un grupo de esferas y gemas. A Navani se le trabó la respiración al verlas. Eran de

diversos colores y brillos, pero algunas de ellas resultaban extrañas y fuera de lugar. Resplandecían con lo opuesto a la luz, como pequeños pozos de oscuridad violácea, absorbiendo el color a su alrededor.

Navani nunca había visto nada parecido, pero las gemas con spren atrapados en su interior podían presentar toda clase de apariencias y efectos raros. Aquellas... tenían que ser para fabriales. ¿Qué hacía Gavilar ocupando el tiempo con esferas, luz extraña y artifabrianos de renombre? ¿Y por qué no querría hablar con ella de...?

De pronto, Gavilar irguió la espalda y miró hacia la puerta, aunque Navani no había hecho ni el menor ruido. Cruzaron la mirada. Así que Navani empujó la puerta para abrirla del todo y apparentar que se proponía entrar allí desde el principio. No estaba espiando: era la reina de aquel palacio. Podía ir donde se le antojara, sobre todo a su propio estudio.

—Marido mío —dijo—, hay invitados esperándote en el recibidor. Parece que has perdido la noción del tiempo.

—Caballeros —dijo Gavilar a los dos embajadores—, voy a tener que ausentarme.

El nervioso vorin se pasó las manos por el ralo cabello.

—Quiero saber más sobre el proyecto, Gavilar. Y deberías saber que hay otra de los nuestros aquí esta noche. Antes he distinguido su obra.

—Tengo que reunirme en breve con Meridas y los demás —respondió Gavilar—. Deberían tener más información que proporcionarme. Podemos volver a hablar después de eso.

—No —dijo el makabaki en tono cortante—. Dudo que lo hagamos.

—¡Aquí hay más, Nale! —exclamó el vorin, pero siguió a su amigo fuera del estudio—. ¡Esto es importante! Quiero dejarlo. Es la única forma de...

—¿De qué trataba esto? —preguntó Navani mientras Gavilar cerraba la puerta—. Esos hombres no son embajadores. ¿Quiénes son en realidad?

Gavilar no respondió. Con gestos deliberados, empezó a recoger las esferas de la mesa y a guardarlas en un saquito.

Navani se acercó deprisa y cogió una.

—¿Qué son? ¿De dónde has sacado unas esferas que brillan así? ¿Tiene algo que ver con los artifabrianos a los que has invitado?

Lo miró, esperando algún tipo de respuesta, alguna explicación. Pero él se limitó a tender la mano para que Navani le devolviera la esfera.

—Esto no te concierne, Navani. Vuelve al banquete.

Ella cerró la mano en torno a la esfera.

—¿Para seguir poniendo excusas en tu nombre? ¿Tenías que prometer al alto señor Rine que mediarías en su disputa precisamente esta noche? ¿Sabes cuánta gente está esperándote? ¿Y dices que aún tienes otra reunión que mantener, ahora mismo, antes de que el banquete empiece? ¿Es que piensas seguir sin hacer caso a nuestros invitados?

—¿Sabes lo harto que están poniéndome tus incessantes preguntas, mujer? —dijo él en voz baja.

—Pues prueba a responderme a una o dos, entonces. Sería una experiencia novedosa tratar a tu esposa como a un ser humano y no como a una máquina construida para ir contándote los días de la semana.

Él meneó la mano, exigiendo la esfera.

Por instinto, Navani la aferró con más fuerza.

—¿Por qué? ¿Por qué insistes en dejarme fuera? Por favor, dímelo.

—Trato con secretos que te superarían, Navani. Si conocieras el alcance de lo que he puesto en marcha...

Navani frunció el ceño. ¿El alcance de qué? Gavilar ya había conquistado Alezkar. Había unido a los altos príncipes. ¿Aquellos tendría relación con el hecho de que el rey había vuelto la mirada hacia las Montañas Irreclamadas? Pero sin duda, pacificar una zona de tierras salvajes, poblada solo por alguna que otra tribu de parshmenios, no era nada en comparación con lo que Gavilar ya había logrado.

El rey le cogió la mano y la obligó a abrir los dedos para quitarle la esfera. Navani no se resistió, porque sabía que él no reaccionaría bien. Gavilar nunca había empleado su fuerza contra ella, no de ese modo, pero sí había pronunciado palabras. Comentarios. Amenazas.

Metió aquella esfera extraña e hipnótica en el saquito, junto a las otras. Lo cerró tirando del cordón con un firme y rotundo chasquido y, por último, se lo guardó en el bolsillo.

—Estás castigándome, ¿verdad? —exigió saber Navani—. Sabes cuánto adoro los fabriales. Me provocas con eso en concreto porque sabes que me hará daño.

—Quizá aprendas a pensar antes de hablar, Navani —replicó Gavilar—. Quizá aprendas lo caros que pueden salir los rumores.

«¿Otra vez con esto?», pensó ella.

—No ha pasado nada, Gavilar.

—¿Y crees que me importa? —dijo él—. ¿Crees que a la corte le importa? Para ellos, las mentiras valen tanto como los hechos.

Navani comprendió que eso era cierto. A Gavilar de verdad no le importaba si Navani le había sido infiel, cosa que no había ocurrido. Pero Navani había dicho cosas que habían despertado unos rumores difíciles de acallar.

Lo único que preocupaba a Gavilar era su legado. Quería que se lo conociera como un gran rey, un gran líder. Ese impulso siempre lo había motivado, pero últimamente estaba convirtiéndose en otra cosa. Gavilar no dejaba de preguntarse si sería recordado como el rey más grandioso de Alezkar, si podría competir con sus antepasados, con personas como el Hacedor de Soles.

Si la corte de un rey opinaba que no era capaz de controlar a su propia esposa, ¿acaso no empañaría eso su legado? ¿De qué servía un reino si Gavilar sabía que su esposa amaba a su hermano en secreto? En ese sentido, Navani representaba una mella en el mármol de su crucial legado.

—Habla con tu hija —dijo Gavilar, volviéndose hacia la puerta—. Creo que he conseguido calmar el orgullo de Amaram. Es posible que la acepte, y a ella se le está acabando el tiempo. Pocos otros pretendientes se dignarán a tenerla en cuenta. Seguro que tendré que pagar la mitad del reino para librarme de esa chica si vuelve a decir que no a Meridas.

Navani dio un bufido.

—Habla tú con ella. Si lo que quieras es tan importante, a lo mejor podrías hacerlo tú mismo por una vez. Además, Amaram no me hace ninguna gracia. Jasnah puede aspirar a algo mejor.

El rey se quedó inmóvil y luego miró atrás y habló en voz muy grave y baja.

—Jasnáh se casará con Amaram, como le he ordenado. Renunciará a ese capricho suyo de hacerse famosa oponiéndose a la iglesia. Su arrogancia mancha la reputación de toda la familia.

Navani dio un paso adelante y enfrió la voz tanto como él.

—Tienes que darte cuenta de que esa chica aún te quiere, Gavilar. Igual que todos. Elhokar, Dalinar, los chicos... todos te adoran. ¿Estás seguro de que quieras revelarles lo que eres en realidad? *Ellos* son tu legado. Cuida de ellos. Son quienes definirán cómo se te recuerda.

—Lo que me definirá es la grandeza, Navani. Ningún esfuerzo mediocre por parte de alguien como Dalinar o mi hijo podría socavar eso, y la verdad es que dudo mucho que Elhokar pueda llegar siquiera a mediocre.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó ella—. Yo podría escribir tu historia.

Tu vida. Creas lo que creas que has hecho, creas lo que creas que has conseguido... todo eso es efímero, Gavilar. Es la palabra escrita la que describe a los hombres para las generaciones venideras. Tú me desprecias, pero lo que más anhelas está en mi mano. Si me fuerzas demasiado, créeme que empezaré a apretar.

El rey no respondió con gritos ni demostraciones de furia, pero el gélido vacío de sus ojos podría haber consumido reinos enteros dejando solo negrura. Alzó la mano y acunó con suavidad la barbilla de Navani, en burla de un gesto que una vez fue apasionado.

Fue más doloroso que un bofetón.

—¿Sabes por qué no te involucro en mis asuntos, Navani? —preguntó en voz baja—. ¿Crees que podrás soportar la verdad?

—Podrías probar por una vez. Sería refrescante.

—Porque no eres digna, Navani. Afirmas ser una erudita, pero ¿dónde están tus descubrimientos? Estudias la luz, pero eres su opuesto. Eres algo que destruye la luz. Te pasas el día revolcándote en la mugre de la cocina y obsesionándote por si un ojos claros insignificante sabe o no interpretar bien las líneas de un mapa.

»Esos no son actos de grandeza. No eres ninguna erudita. Es solo que te gusta estar cerca de ellas. No eres ninguna artifabriana. Eres solo una mujer a quien le gustan las baratijas. No tienes ninguna fama, ningún logro, ninguna capacidad propia. Todo lo que te distingue de los demás procede de alguna otra persona. No tienes ningún poder: solo te gusta casarte con los hombres que lo ostentan.

—¿Cómo te atreves a...?

—Niégalo, Navani —restalló él—. Niega que amas a un hermano pero te casaste con el otro. Fingiste adorar a un hombre al que detestabas, solo porque sabías que llegaría a ser rey.

Navani retrocedió, librándose de su mano, y giró la cabeza a un lado. Cerró los ojos y notó lágrimas en las mejillas. El asunto era más complicado que lo que daban a entender las palabras del rey, porque Navani los había amado a los dos... y la intensidad de Dalinar la había asustado, de modo que Gavilar había parecido la opción más segura.

Pero había cierta verdad en la acusación de Gavilar. Navani podía mentirse a sí misma diciendo que se había planteado en serio elegir a Dalinar, pero todo el mundo había sabido que terminaría con Gavilar. Y así había sido. Era el más influyente de los dos.

—Te decantaste por donde iba a haber más riqueza y poder —dijo Gavilar —. Como cualquier furcia del montón. Escribe lo que quieras sobre mí. Habla de ello, grítalo, proclámalo. Sobreviviré a tus acusaciones, y mi legado perdurará. He descubierto la entrada al reino de los dioses y las leyendas y, cuando me una a ellos, mi reinado jamás tendrá fin. Yo jamás tendrá fin.

Se marchó y cerró la puerta a su espalda con un suave chasquido. Incluso discutiendo, controlaba él la situación.

Temblorosa, Navani llegó con paso torpe a una silla junto al escritorio, que bullía de furiaspren. Y de vergüenzaspren, aleteando a su alrededor como pétalos blancos y rojos.

La ira la sacudió. Ira dirigida a él. Y a ella misma, por no plantarle cara. Y al mundo, porque Navani sabía que lo que el rey había dicho era cierto, al menos en parte.

«No. No permitas que sus mentiras se conviertan en tu verdad. Combátelo.» Con los dientes apretados, Navani abrió los ojos y se puso a buscar en el escritorio papel y pintura al óleo.

Empezó a pintar, esforzándose para plasmar su mejor caligrafía en cada trazo. El orgullo, como si quisiera demostrar algo a su marido, la impulsó a la meticulosidad, a la perfección. Hacer aquello solía tranquilizarla. La forma en que las líneas definidas y pulcras se transformaban en palabras, la forma en que la pintura y el papel se transformaban en significado.

Acabó teniendo en la mano una de las mejores glifoguardas que había creado jamás. Rezaba, sencillamente: «Muerte. Don. Muerte». Había dibujado cada glifo con las formas de la torre o la espada del blasón de Gavilar.

La plegaria ardió rauda a la llama de la lámpara, refugiéndose... y su brillo convirtió la catarsis de Navani en vergüenza. ¿Qué estaba haciendo? ¿Rezar por la muerte de su marido? Los vergüenzaspren regresaron en tropel.

¿Cómo habían llegado a aquello? Sus discusiones eran cada vez más enconadas. Navani sabía que Gavilar no era ese hombre, el que le mostraba en tiempos recientes. No se comportaba así cuando hablaba con Dalinar, o con Sadeas, o ni siquiera, en general, con Jasnah.

Gavilar era mejor que eso. Y Navani sospechaba que él también lo sabía. El día siguiente Navani recibiría flores. No llegarían acompañadas de ninguna disculpa, pero sí de un regalo, que casi a ciencia cierta sería un brazalete.

Sí, Gavilar sabía que debería ser más de lo que era. Pero de algún modo,

ella sacaba al monstruo que había en él. Y él, de algún modo, sacaba la debilidad que había en ella. Estrelló la palma de la mano segura contra la mesa y se frotó la frente con la otra.

Tormentas. No parecía haber pasado tanto tiempo desde que los dos conspiraban juntos sobre el reino que iban a forjar. Y ya no parecían capaces de hablar sin echar mano ambos de sus cuchillos más afilados, para clavarlos justo en los puntos más dolorosos con una precisión que solo otorgaba una antigua familiaridad.

Recobró la compostura con esfuerzo, se rehízo el maquillaje y se arregló el pelo. Quizá ella fuese lo que Gavilar decía, pero él no era más que un matón de pueblo con demasiada suerte y un don para engañar a hombres buenos y hacer que lo siguieran.

Si un hombre como ese podía fingir que era rey, ella bien podía fingir que era reina. Como mínimo, un reino sí que lo tenían.

Por lo menos uno de los dos debería intentar gobernarlo.

Navani no supo del asesinato hasta después de que se produjera.

En el banquete habían interpretado el papel de pareja real perfecta, cordiales entre ellos mientras encabezaban sus respectivas cenas. Luego Gavilar se había marchado, huyendo nada más logró encontrar una excusa. Por lo menos había esperado a que la gente acabara de comer.

Navani había bajado para despedir a los invitados. Había ido dejando caer que Gavilar no estaba haciendo un desaire deliberado a nadie. Era solo que sus muchos viajes lo habían dejado exhausto. Y sí, Navani estaba segura de que pronto concedería audiencias. Y a los dos les encantaría devolver la visita cuando pasara la próxima tormenta...

Siguió y siguió, hasta que cada sonrisa le daba la impresión de que se le iba a agrietar la cara. Sintió una oleada de alivio cuando una chica mensajera llegó corriendo, buscándola. Se apartó de los invitados que se despedían esperando oír que alguien había roto un jarrón caro o que Dalinar estaba roncando en su mesa.

Pero en vez de eso, la chica llevó a Navani con el mayordomo de palacio, cuyo rostro era una máscara de pesar. Con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas, el hombre entrado en años la cogió del brazo, como para equilibrarse. Le caían lágrimas por las mejillas que quedaban atrapadas en su barbita rala.

Al verlo tan emocionado, Navani cayó en la cuenta de las pocas veces que

pensaba en aquel hombre usando su nombre, de las pocas veces que lo consideraba una persona. Solía tratarlo como a un elemento más del palacio, casi como podría tratar a las estatuas de la fachada principal. Casi como Gavilar la trataba a ella.

—Gereh —dijo cogiéndole la mano, presa de la vergüenza—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te encuentras bien? ¿Estamos haciéndote trabajar demasiado sin...?

—El rey —logró proferir el anciano—. ¡Ay, brillante, se han llevado a nuestro rey! Esos parshmenios. Esos bárbaros. Esos... esos monstruos.

La primera sospecha de Navani fue que Gavilar se las había ingeniado para escapar de palacio y todo el mundo pensaba que lo habían secuestrado. «¡Cómo es ese hombre!», pensó, imaginándolo en la ciudad con sus visitantes particulares, tratando asuntos secretos en alguna estancia tenebrosa.

Gereh le aferró la mano con más fuerza.

—Brillante, lo han *matado*. El rey Gavilar ha muerto.

—Imposible —dijo ella—. Es el hombre más poderoso del reino, tal vez del mundo entero. Está rodeado de portadores de esquirlada. Te habrás equivocado, Gereh. Él es...

«Es tan resistente como las tormentas.» Pero, por supuesto, no era cierto, sino solo lo que Gavilar quería hacer creer a la gente. «Yo jamás tendré fin.» Cuando Gavilar decía cosas como esa, costaba no tomárselo al pie de la letra.

Navani tuvo que ver el cadáver para que la verdad por fin empezara a calar en ella, gélida como una lluvia invernal. Gavilar, quebrado y sanguinolento, yacía en una mesa de la despensa mientras los guardias rechazaban casi a patadas al temeroso personal de palacio que llegaba pidiendo explicaciones.

Navani se quedó de pie junto a él. Incluso con la sangre en su barba, la armadura esquirlada hecha añicos, la ausencia de respiración y las heridas abiertas en su carne... incluso entonces, se preguntó si sería algún truco. Lo que yacía ante ella era una imposibilidad. Gavilar Kholin no podía limitarse a morir como los demás hombres.

Hizo que le enseñaran el balcón derrumbado, donde habían encontrado sin vida a Gavilar después de caer desde arriba. Decían que Jasnah lo había presenciado todo. La chica, por lo general imperturbable, estaba sentada en un rincón, tapándose la boca con la mano segura cerrada mientras sollozaba.

Solo entonces empezaron a aparecer alrededor de Navani los sorpresaspren, como triángulos de luz que se quebraban. Solo entonces se lo creyó.

Gavilar Kholin estaba muerto.

Sadeas se llevó a Navani aparte y, con genuina tristeza, le explicó el papel que había desempeñado en los acontecimientos. Navani escuchó con una embotada desconexión. Había estado tan ocupada que no se había dado cuenta de que casi todos los parshendi se habían escabullido del palacio, habían huido a la oscuridad momentos antes de que su siervo atacara. Sus líderes se habían quedado para cubrir la retirada.

En trance, Navani volvió a la despensa y a la fría carcasa de Gavilar Kholin. A su caparazón descartado. Por cómo la miraban los sirvientes y los cirujanos presentes, todos esperaban aflicción por parte de Navani. Llantos tal vez. En efecto, estaban apareciendo dolorspren en tropel por toda la sala, acompañados incluso de algunos de los infrecuentes angustiaspren, con forma de dientes que crecían de las paredes.

Navani sentía algo semejante a esas emociones. ¿Pena? No, no exactamente. Arrepentimiento. Si Gavilar de verdad estaba muerto, entonces... se había acabado. Su última conversación real había sido otra pelea. No había vuelta atrás. En todas las ocasiones anteriores, Navani había podido convencerse a sí misma de que terminarían reconciliándose. De que se abrirían paso entre los espinos y encontrarían el camino de regreso a lo que habían sido una vez. Si no a amarse, por lo menos a alinearse.

Pero eso ya nunca ocurriría. Se había terminado. Él estaba muerto, ella era viuda y... tormentas, Navani había *rezado* para que ocurriera. El conocimiento la atravesó como un puñal. Tenía que confiar en que el Todopoderoso no hubiera escuchado sus tontas súplicas, escritas en un momento de furia. Aunque una parte de ella había pasado a odiar a Gavilar, no lo quería muerto de verdad. ¿O sí?

No. No, aquello no debería haber acabado de esa forma. Y entonces, Navani sintió otra emoción. La lástima.

Allí tumbado, con la sangre acumulándose encima de la mesa a su alrededor, el cadáver de Gavilar Kholin parecía el insulto definitivo a sus grandiosos planes. ¿Acaso no se había creído eterno? ¿Acaso no aspiraba a alcanzar una visión trascendente, demasiado crucial para compartirla con ella? Pues bueno, el Padre de Tormentas y la Madre del Mundo hacían caso omiso a los deseos de los hombres, por muy grandiosos que fuesen.

Lo que no sentía era pesar. La muerte de Gavilar era significativa, pero no significaba nada para ella. Con la posible excepción de que sus hijos ya jamás tendrían que saber en qué se había convertido.

«Seré mejor persona que tú, Gavilar —pensó, cerrando los ojos—. En honor a lo que fuiste una vez, permitiré que el mundo finja. Te concederé tu legado.»

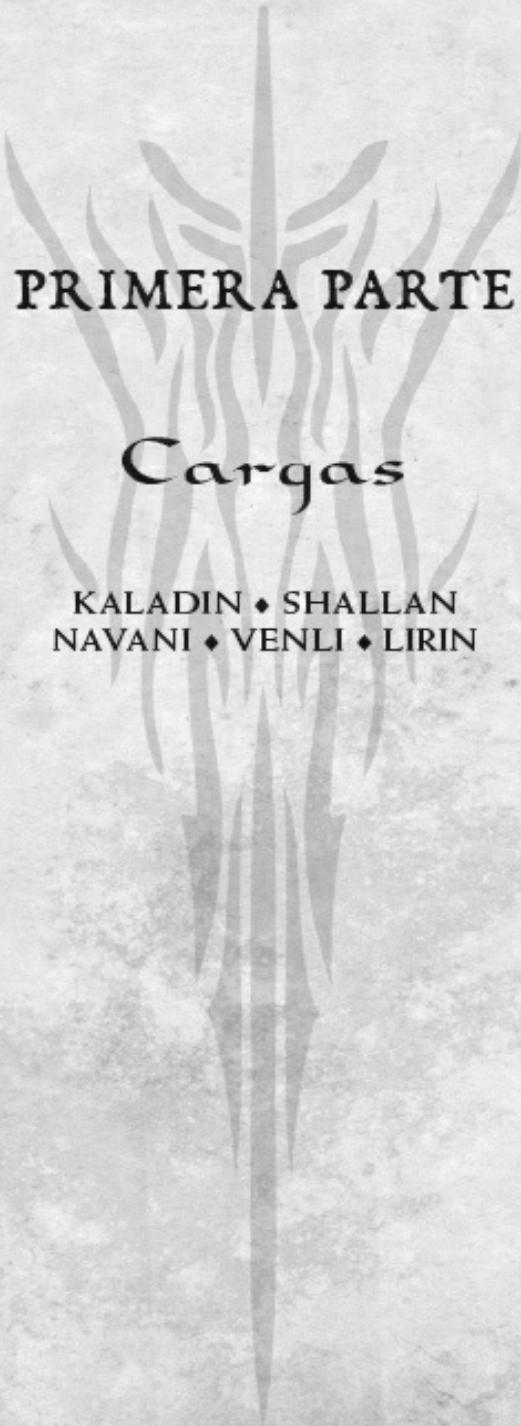
Entonces reparó en algo. La armadura esquirlada de Gavilar —o mejor dicho, la armadura que llevaba puesta— se había roto cerca de la cintura. Navani metió los dedos en el bolsillo de Gavilar y rozó piel de cerdo curtida. Sacó la bolsita de esferas de la que él había estado presumiendo, pero la encontró vacía.

Tormentas. ¿Dónde las habría guardado?

Alguien carraspeó en la despensa y Navani fue súbitamente consciente de cómo verían los demás que estuviera registrándole los bolsillos. Se quitó las esferas del pelo, las metió en el saquito y lo puso en la mano de Gavilar antes de apoyarle la frente en el pecho herido. Así parecería que estaba devolviéndole regalos, simbolizando que la luz de Navani pasaba a ser de él en su muerte.

Luego, con sangre en la cara, se levantó y apareció estar recobrando la compostura. Durante las horas siguientes, mientras organizaba el caos de una ciudad puesta patas arriba, Navani temió estar labrándose una reputación de frialdad. En cambio, la gente parecía encontrar reconfortante su entereza.

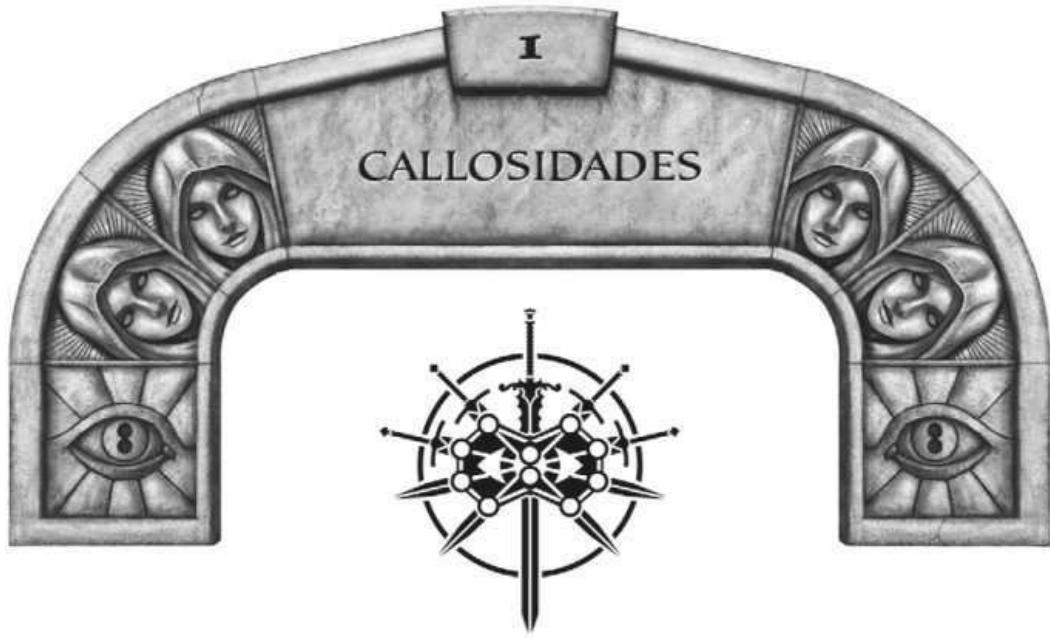
El rey había muerto, pero el reino seguía adelante. Gavilar había dejado la vida igual que la había recorrido: con un inmenso dramatismo que después obligaba a Navani a recoger los pedazos.



PRIMERA PARTE

Cargas

KALADIN ♦ SHALLAN
NAVANI ♦ VENLI ♦ LIRIN



En primer lugar, hay que atraer a un spren.

Resulta relevante el tipo de gema: por su propia naturaleza, algunos spren se ven más intrigados por unas gemas que por otras. Además, es esencial tranquilizar al spren con algo que conozca y le guste. Por ejemplo, una buena hoguera es imprescindible para atraer a un llamaspren.

Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175

Lirin se sorprendió por lo relajado que se sentía mientras comprobaba las encías del niño en busca de síntomas de escorbuto. Sus años de formación como cirujano le estaban resultando útiles ese día. Los ejercicios de respiración, cuyo propósito era mantener firmes sus manos, funcionaban igual de bien para el espionaje que para practicar operaciones.

—Toma —dijo a la madre del niño, sacando del bolsillo una plaquita de caparazón tallado—. Enséñasela a la mujer del pabellón comedor y traerá zumo para tu hijo. Asegúrate de que se lo bebe todo, cada mañana.

—*Muchos gracias* —respondió la mujer con un marcado acento herdaziano. Se abrazó a su hijo y miró a Lirin con ojos afligidos—. Si... si niño... encuentran...

—Me encargaré de que te avisen si llega alguna noticia sobre tus otros hijos —le aseguró Lirin—. Lamento tu pérdida.

La mujer asintió, se secó las mejillas y echó a andar con el niño en brazos hacia la garita de guardia que había a la entrada del pueblo. Allí un grupo de parshmenios armados le levantó la capucha y comparó su rostro con los retratos que les habían hecho llegar los Fusionados. Hesina, la esposa de Lirin, estaba por allí cerca para leerles las descripciones cuando se lo pedían.

Tras ellos, la niebla matutina ocultaba Piedralar, que se veía como un grupo de oscuros bultos ensombrecidos. Como tumores. Lirin apenas alcanzaba a distinguir unas lonas extendidas entre los edificios que ofrecían un exiguo cobijo a los numerosos refugiados que llegaban desde Herdaz. Había calles enteras cerradas y se alzaban sonidos fantasmagóricos —el tintineo de platos, las conversaciones de la gente— entre la niebla.

Aquellas chabolas no resistirían una tormenta, claro, pero podían desmontarse y guardarse deprisa. Era la única manera de albergar a tantos. La gente podía apretujarse en los refugios para tormentas durante unas horas, pero no podía vivir así.

Lirin se volvió y echó un vistazo a las personas que esperaban su turno. La cola se perdía de vista en la niebla, acompañada de hambrespren con forma de insectos y agotaspren que parecían chorros de polvo. Tormentas, ¿cuántos más podían caber en Piedralar? Las poblaciones más cercanas a la frontera debían de estar llenas a rebosar, si había tanta gente desplazándose tan al interior.

Había pasado más de un año desde la llegada de la tormenta eterna y la caída de Alezkar. Un año durante el que el país de Herdaz, el vecino más pequeño y noroccidental de Alezkar, se las había ingeniado para mantener la lucha.

Dos meses antes, el enemigo por fin había decidido aplastar el reino de una vez por todas, y fue entonces cuando empezó a crecer la cifra de refugiados. Como siempre, los soldados combatían mientras la gente corriente veía sus campos pisoteados, pasaba hambre y se veía obligada a abandonar sus casas.

Piedralar hacía lo que podía. Aric y los demás, que habían sido guardias en la mansión de Roshone pero tenían prohibido portar armas, organizaban la cola e impedían que entrase nadie en el pueblo antes de que Lirin los hubiera visto. Lirin había convencido a la brillante Abiajan de que era necesario examinarlos a todos. Ella temía las infecciones; él solo quería interceptar a quienes pudieran necesitar tratamiento.

Los soldados de Abiajan recorrían la cola, atentos. Parshmenios armados con espadas. Aprendiendo a leer, insistiendo en que los llamaran «cantores».

Un año después de su despertar, Lirin aún encontraba extraños tales conceptos. Pero, en realidad, ¿a él qué más le daba? En ciertos sentidos, apenas había cambiado nada. Los parshmenios se dejaban consumir por los mismos antiguos conflictos y con la misma facilidad que los brillantes señores alezi. Quienes saboreaban el poder siempre querían más y se lo procuraban a base de espada. La gente corriente sangraba y entonces le tocaba a Lirin coserles las heridas.

Volvió al trabajo. Lirin aún tenía más de cien refugiados a los que examinar ese día. Oculto entre ellos estaba un hombre que había provocado buena parte de tanto sufrimiento. Era el motivo de que Lirin estuviera tan nervioso. Pero el siguiente de la cola no era él, sino un harapiento alezi que había perdido un brazo en batalla. Lirin inspeccionó la herida del refugiado, pero ya tenía unos meses de antigüedad y no había nada que Lirin pudiera hacer con las extensas cicatrices.

Lirin movió un dedo de un lado a otro delante de la cara del hombre mientras observaba cómo lo seguían sus ojos. «Conmoción», pensó.

—¿Has sufrido alguna herida reciente de la que no sepa?

—Ninguna herida —susurró el hombre—. Pero los forajidos... se llevaron a mi esposa, buen cirujano. Se la llevaron... y me dejaron a mí atado a un árbol. Se marcharon sin más, riéndose...

Vaya, hombre. La conmoción mental no era algo que pudiera extirpar con un bisturí.

—Cuando llegues al pueblo —le dijo Lirin—, busca la tienda número catorce. Diles a las mujeres de allí que vienes de mi parte.

El hombre hizo un débil asentimiento, pero tenía la mirada vacía. ¿Habría interiorizado las palabras? Lirin memorizó la descripción del hombre (pelo entrecano con un remolino en la coronilla, tres grandes verrugas en el pómulo izquierdo y, por supuesto, un brazo de menos) y tomó nota mental de preguntar por él esa noche en la tienda. Allí los ayudantes observaban a los refugiados que pudieran mostrar tendencias suicidas. Habiendo tanta gente de la que ocuparse, era lo máximo que podía hacer Lirin.

—Venga, adelante —dijo, empujando al hombre con suavidad en dirección al pueblo—. Tienda catorce. No lo olvides. Lamento tu pérdida.

El hombre se marchó.

—Con qué facilidad lo dices, cirujano —dijo una voz desde detrás.

Lirin se volvió y al instante hizo una respetuosa inclinación. Abiajan, la nueva consistora, era una parshmenia con la piel muy blanca y unas finas

vetas rojas en las mejillas.

—Brillante —saludó Lirin—. ¿Qué decíais?

—Acabas de asegurar a ese hombre que lamentas su pérdida —respondió Abiajan—. Se lo dices a todos con mucha facilidad, pero pareces tener la compasión de una piedra. ¿De verdad lo sientes por esa gente?

—Sí que lo siento, brillante —dijo Lirin—, pero debo tener cuidado para que no me abrume su desgracia. Es una de las primeras reglas cuando uno se hace cirujano.

—Qué curioso. —La parshmenia alzó la mano segura, envuelta en la manga de una havah—. ¿Te acuerdas de cuando me disloqué el brazo de niña y me lo colocaste en su sitio?

—Me acuerdo.

Abiajan había regresado, con un nombre nuevo y una misión encomendada por los Fusionados, después de huir con los demás parshmenios tras la tormenta eterna. Había traído consigo a muchos otros, todos ellos oriundos de la región, pero de los parshmenios de la propia Piedralar solo había vuelto Abiajan. Nunca hablaba de lo que había experimentado durante esos meses de ausencia.

—Qué recuerdo más curioso —dijo ella—. Ahora esa vida me parece un sueño. Recuerdo el dolor. La confusión. Una figura severa que me provocó más dolor... aunque ahora sé que pretendías curarme. Fueron muchas molestias las que te tomaste por una niña esclava.

—Nunca me ha preocupado a quién sano, brillante, ya sea un esclavo o un rey.

—Ya, y seguro que el hecho de que Wistiow te pagara una buena suma por mí no tuvo nada que ver con ello. —Miró a Lirin entornando los ojos y, cuando siguió hablando, sus palabras adoptaron una cierta cadencia, como si estuviera recitando la letra de una canción—. ¿Lo sentiste por mí, por la pobre y confundida niña esclava cuya mente le habían robado? ¿Sollozabas por nosotros, cirujano, y por la vida que llevábamos?

—Un cirujano no debe sollozar —respondió Lirin en voz baja—. Un cirujano no puede permitirse el llanto.

—Como una piedra —repitió ella, y negó con la cabeza—. ¿Has visto plagaspren en alguno de estos refugiados? Si esos spren llegan al pueblo, podrían matar a todo el mundo.

—Las enfermedades no las provocan los spren —dijo Lirin—. Se extienden por culpa del agua contaminada, la ausencia de higiene o, a veces,

por el aliento de quienes ya la sufren.

—Supersticiones —objetó ella.

—Sabiduría de los Heraldos —replicó Lirin—. Deberíamos ir con cuidado.

Existían fragmentos de antiguos manuscritos, traducciones de traducciones de traducciones, en los que se mencionaban enfermedades que se extendían muy deprisa. No había registros de nada parecido en ningún texto moderno que hubiera leído Lirin, pero sí le habían llegado rumores de algo extraño que sucedía en el oeste: lo llamaban una nueva plaga. Había muy pocos detalles.

Abiajan siguió su camino sin decir más. Sus asistentes, un grupo de parshmenios y parshmenias de alta posición, la siguieron. Aunque el corte de sus ropajes seguía la moda alezi, los colores eran más claros, más apagados. Los Fusionados les habían explicado que los cantores de antaño evitaban los colores vivos para no desviar la atención de las pautas de su piel.

Lirin percibía una búsqueda de identidad en la manera de actuar de Abiajan y los demás parshmenios. Su acento, su ropa, sus ademanes... todo eso era inequívocamente alezi. Pero se quedaban absortos cada vez que los Fusionados les hablaban de sus antepasados y buscaban maneras de emular a aquellos parshmenios muertos mucho tiempo atrás.

Lirin se volvió hacia el siguiente grupo de refugiados, una familia al completo, para variar. Debería alegrarse de verlo, pero no pudo evitar preguntarse lo costoso que iba a ser alimentar a tres niños y sus padres que llegaban desfallecidos por la malnutrición.

Mientras los enviaba hacia el pueblo, vio que una silueta conocida avanzaba junto a la fila de gente hacia él, ahuyentando a los hambrespren. Laral, como de costumbre en los últimos tiempos, llevaba un sencillo vestido de sirvienta y un guante en la mano en vez de manga, y cargaba con un cubo de agua para dar de beber a los refugiados que esperaban. Sin embargo, Laral no caminaba como lo haría un sirviente. En la mujer había... una cierta determinación que ninguna obediencia impuesta podía extinguir. El mismísimo fin del mundo parecía resultarle más o menos igual de molesto que una mala cosecha en otros tiempos.

La joven se detuvo junto a Lirin y le ofreció agua de su odre en un vaso limpio, tal y como él insistía en que lo hiciera, en vez de tomada directamente con un cucharón del cubo.

—Está el tercero de la cola —susurró Laral mientras Lirin daba un sorbo.

Lirin gruñó.

—Es más bajito de lo que esperaba —comentó Laral—. Se supone que es

un gran general, el líder de la resistencia herdaziana, pero se parece más a un mercader ambulante.

—La genialidad no sabe de tallas, Laral —repuso Lirin, y le pidió con un gesto que le llenara el vaso como excusa para poder seguir hablando.

—Aun así... —dijo ella, pero dejó la frase a medias al ver que pasaba cerca Durnash, un parshmenio alto con la piel veteada en negro y rojo que llevaba una espada a la espalda. Cuando se hubo alejado lo suficiente, Laral siguió hablando en voz baja—. De verdad que me sorprendes, Lirin. No has propuesto ni una vez que entreguemos a este general clandestino.

—Lo ejecutarían —dijo Lirin.

—Pero de todos modos, lo consideras un criminal, ¿verdad?

—Carga con una responsabilidad terrible: ha perpetrado una guerra contra una fuerza enemiga avasalladora. Ha dilapidado las vidas de sus tropas en una batalla imposible.

—Hay quienes lo llamarían heroísmo.

—El heroísmo es un mito que se cuenta a los jóvenes idealistas, en concreto cuando uno quiere que vayan a sangrar por él. Fue lo que hizo que mataran a un hijo mío y que me arrebataran a otro. Puedes quedarte con tu heroísmo y devolverme a cambio las vidas que se desperdiciaron en conflictos absurdos.

Por lo menos, parecía que aquel conflicto ya estaba a punto de terminar. Con la resistencia de Herdaz derrotada por fin, era de esperar que el flujo de refugiados menguara.

Larial lo miró con sus ojos de color verde claro. Era una mujer muy perspicaz. Cómo desearía Lirin que la vida hubiera tomado un derrotero distinto, que el viejo Wistiow hubiera aguantado con vida unos pocos años más. De ser así, quizá Lirin podría llamar hija a aquella mujer y tener a Tien y a Kaladin junto a él, trabajando como cirujanos.

—No entregaré al general herdaziano —aseguró Lirin—. Deja de mirarme así. Odio la guerra, pero no voy a condenar a tu héroe.

—¿Y tu hijo vendrá a recogerlo pronto?

—Hemos enviado un aviso a Kal. Debería ser suficiente. Asegúrate de que tu marido tiene preparada su maniobra de distracción.

Larial asintió y se marchó a ofrecer agua a los guardias parshmenios apostados a la entrada del pueblo. Lirin atendió a los siguientes refugiados con presteza hasta que llegó el turno a un grupo de figuras envueltas en capas. Se tranquilizó haciendo un breve ejercicio de respiración que había

aprendido de su maestro hacía muchos años, en el quirófano. Aunque su interior era una tempestad, a Lirin no le temblaron las manos cuando indicó a los encapuchados que se acercaran.

—Tendré que examinaros —dijo Lirin en voz baja—, para que no llame tanto la atención que luego os saque de la cola.

—Empieza por mí —dijo el hombre más bajito del grupo. Los otros cuatro cambiaron de posición para situarse a su alrededor.

—Que no se note tanto que estás protegiéndolo, estúpidos —siseó Lirin—. Venga, sentaos en el suelo. A lo mejor así tendréis menos pinta de ser una panda de matones.

Los hombres obedecieron y Lirin acercó su taburete al que parecía el líder. El hombre llevaba un fino bigote entrecano y tendría cincuenta y tantos años. Su piel, curtida por el sol, era más oscura que la de la mayoría de los herdazianos; casi podría haber pasado por azishiano. Tenía los ojos de un tono castaño oscuro y profundo.

—¿Eres él? —susurró Lirin mientras acercaba la oreja al pecho del hombre para comprobarle el pulso.

—Lo soy —respondió el hombre.

Dieno enne Calah. Dieno el Visón en herdaziano antiguo. Hesina había explicado a Lirin que «enne» era un título honorífico que implicaba grandeza.

Habría cabido esperar, como por lo visto era el caso de Laral, que el Visón fuese un guerrero brutal, fraguado en el mismo yunque que hombres como Dalinar Kholin o Meridas Amaram. Sin embargo, Lirin sabía que los asesinos podían adoptar todo tipo de formas. Al Visón tal vez le faltase estatura, y tal vez le faltase un diente, pero había potencia en su complexión esbelta y Lirin descubrió un buen número de cicatrices durante su examen. Las que tenía en las muñecas, de hecho... eran las cicatrices que dejaban los grilletes en la piel de los esclavos.

—Gracias —dijo Dieno— por ofrecernos refugio.

—No fue decisión mía —repuso Lirin.

—Aun así, ayudas a que la resistencia escape para seguir con vida. Que los Heraldos te bendigan, cirujano.

Lirin sacó una venda y empezó a envolver una herida del brazo del hombre que no estaba bien tratada.

—Que los Heraldos nos bendigan a todos con un final rápido para este conflicto.

—Sí, uno que envíe a los invasores corriendo de vuelta a la Condenación,

donde se engendraron.

Lirin siguió trabajando.

—¿No estás de acuerdo, cirujano?

—Tu resistencia ha fracasado, general —dijo Lirin mientras apretaba el vendaje—. Tu reino ha caído, igual que el mío. Seguir combatiendo solo servirá para que haya más muertos.

—No pretenderás obedecer a estos monstruos, ¿verdad?

—Obedezco a quien tiene la espada contra mi cuello, general —respondió Lirin—. Igual que he hecho siempre.

Concluyó su examen y luego echó un somero vistazo a los cuatro acompañantes del general. No había mujeres. ¿Cómo iba a leer el Visón los mensajes que le enviaran?

Lirin fingió encontrar una lesión en la pierna de un hombre y, después de darle unas instrucciones, el supuesto paciente empezó a cojear como correspondía y soltó un aullido de dolor. El pinchazo de una aguja hizo que salieran reptando dolorspren del suelo, con forma de pequeñas manos de color naranja.

—Esto requiere cirugía —dijo Lirin en voz alta—, o es posible que pierdas la pierna. No, no quiero oír quejas. Vamos a ocuparnos de ello ahora mismo.

Envío a Aric a traer una camilla. Situar a los otros cuatro soldados, general incluido, como portadores de la camilla proporcionó a Lirin la excusa perfecta para sacarlos a todos de la cola.

Lo único que faltaba era la distracción, que llegó en forma de Toralin Roshone, marido de Laral y exconsistor de Piedralar. El hombre salió trastabillando del pueblo envuelto en niebla, tambaleándose inestable.

Lirin hizo una seña al Visón y a sus soldados y empezó a guiarlos con paso lento hacia la garita de inspección.

—No vais armados, ¿verdad? —siseó entre dientes.

—Hemos dejado atrás las armas más evidentes —respondió el Visón—, pero será mi cara y no nuestras armas lo que nos delate.

—Ya lo hemos tenido en cuenta.

«Recemos al Todopoderoso para que funcione.»

Al ir acercándose, Lirin empezó a distinguir mejor a Roshone entre la niebla. Las mejillas del antiguo consistor colgaban en carrillos desinflados, acusando todavía el peso que había perdido tras la muerte de su hijo, siete años antes. Le habían ordenado afeitarse la barba, quizá por lo mucho que le gustaba llevarla, y ya no vestía con su takama de orgulloso guerrero. En lugar

de ella, llevaba las rodilleras y los pantalones cortos de un raspador de crem.

Cargaba con un taburete bajo un brazo, murmuraba farfullando para sí mismo y su pata de palo raspaba la piedra al andar. Lirin no habría podido asegurar si Roshone se había puesto como una cuba para el espectáculo o si estaba fingiendo. En cualquier caso, llamaba la atención. Los parshmenios de la garita de guardia se dieron codazos entre ellos y uno tarareó a un ritmo animado, como solían hacer cuando algo los divertía.

Roshone escogió un edificio cercano y dejó su taburete en el suelo. Luego, para gran deleite de sus espectadores parshmenios, intentó subirse a él, pero erró, tropezó, se balanceó sobre el pie de madera y estuvo a punto de caer.

Les encantaba observarlo. Hasta el último de aquellos nuevos cantores había tenido algún dueño ojos claros adinerado. Ver a un antiguo consistor reducido a borrachuzo torpón que se pasaba el día haciendo el trabajo más miserable de todos era, para ellos, más cautivador que la actuación de cualquier juglar.

Lirin se aproximó al puesto de guardia.

—Este de aquí necesita cirugía inmediata —dijo, señalando al hombre de la camilla—. Si no actúo ya, podría perder una extremidad. Mi esposa pedirá a los demás refugiados que se sienten y esperen a que yo vuelva.

De los tres parshmenios asignados como inspectores, solo Dor se molestó en comprobar la cara del *herido* contra los retratos. El Visón estaba en los primeros puestos de la lista de refugiados peligrosos, pero Dor ni siquiera se molestó en mirar a los portadores de la camilla. Lirin había reparado unos días antes en aquella peculiaridad: cuando ponía a trabajar a los refugiados de la cola, los inspectores tendían a fijarse únicamente en la persona que iba en la camilla.

Confiaba en que, con Roshone dando espectáculo, los parshmenios se relajarían incluso más. Pero aun así, Lirin se descubrió sudando cuando Dor vaciló al mirar un retrato. Lirin había enviado al Visón una carta, devuelta con el explorador que había llegado pidiendo asilo, advirtiéndole que trajera consigo solo a guardias de bajo nivel, que no figurarían en las listas. ¿Podría ser que...?

Los otros dos parshmenios se echaron a reír mirando a Roshone, que, a pesar de la embriaguez, intentaba llegar al techo del edificio para raspar el crem acumulado allí arriba. Dor se volvió para imitarlos e hizo un gesto distraído a Lirin para indicarle que siguiera adelante.

Lirin cruzó una mirada fugaz con su esposa, que esperaba cerca. Menos

mal que no había ningún parshmenio encarado hacia ella, porque estaba pálida como una shin. Lo más probable era que Lirin no tuviera mucho mejor aspecto, pero contuvo un suspiro de alivio mientras hacía avanzar al Visón y sus soldados. El plan era recluirlos en el quirófano, fuera de vista, hasta que...

—¡Que todo el mundo deje lo que está haciendo! —gritó una voz femenina desde atrás—. ¡Preparaos para mostrar respeto!

Lirin sintió una acuciante necesidad de correr. Estuvo a punto de hacerlo, pero los soldados siguieron caminando al mismo ritmo. Sí. Mejor fingir que no lo habían oído.

—¡Eh, cirujano! —le gritó la voz. Era la de Abiajan.

A regañadientes, Lirin se detuvo y empezó a practicar excusas en su mente. ¿Abiajan se creería que Lirin no había identificado al Visón? La consistora ya le tenía bastante ojeriza desde que Lirin había insistido en tratar las heridas de Jeber, después de que el muy idiota se hubiera ganado que lo ataran y lo azotaran.

Dio media vuelta, poniendo todo su empeño en calmar los nervios. Abiajan se acercó a toda prisa y, aunque los cantores no se sonrojaban, saltaba a la vista que estaba aturullada. Cuando habló, sus sílabas salieron rítmicas y marcadas.

—Acompáñame. Tenemos visita.

A Lirin le costó un momento comprenderlo. Abiajan no estaba exigiéndole explicaciones. Aquello era... ¿otra cosa?

—¿Hay algún problema, brillante? —le preguntó.

El Visón y sus soldados se detuvieron también, pero Lirin vio con el rabillo del ojo que movían los brazos bajo sus capas. El Visón le había dicho que no llevaban sus armas «más evidentes». Que el Todopoderoso lo asistiera, porque si aquello terminaba en sangre...

—Ningún problema —respondió Abiajan, hablando con rapidez—. Hemos sido bendecidos. Acompáñame. —Miró a Dor y los otros inspectores—. Haced correr la voz. Que nadie entre ni salga del pueblo hasta nueva orden mía.

—Brillante —dijo Lirin, señalando al hombre de la camilla—. Quizá la herida no parezca grave, pero estoy seguro de que si no lo llevo al quirófano ahora mismo...

—Tendrá que esperar. —Abiajan hizo un gesto al Visón y sus hombres—. Vosotros cinco, esperad. Que todo el mundo espere y punto. Muy bien.

Esperad y... tú, cirujano, ven conmigo.

Abiajan echó a andar a zancadas, confiando en que Lirin la seguiría. Él cruzó la mirada con el Visón, le indicó con un movimiento de cabeza que esperara y se apresuró tras la consistora. ¿Qué sería lo que le hacía perder así la compostura? Era evidente que la parshmenia había estado practicando un aire regio, pero en esos momentos lo había abandonado por completo.

Lirin cruzó el campo que había fuera del pueblo, en paralelo a la cola de refugiados, y no tardó en hallar su respuesta. Una figura imponente, de bastante más de dos metros de altura, salió de entre la niebla acompañada de un pequeño pelotón de parshmenios armados. La espantosa criatura tenía barba y pelo largo del color de la sangre seca, que parecían fundirse con la simple franja de tela que la envolvía como si también utilizara el cabello para cubrirse. Su piel era de un negro casi puro, con líneas de veta roja bajo los ojos.

Pero lo que más destacaba era su coraza natural dentada, que no se parecía a ninguna que Lirin hubiera visto antes, con un extraño par de aletas de caparazón, o cuernos, sobre las orejas.

Los ojos del ser emitían un suave brillo rojo. Un Fusionado. Allí, en Piedralar.

Lirin llevaba meses sin ver a ninguno, y había sido solo de pasada, cuando un grupo reducido había hecho un alto de camino hacia el frente de Herdaz. Ese grupo había volado por los aires en sus túnicas vaporosas, empuñando largas lanzas. Aquellos Fusionados habían evocado una belleza etérea, pero el caparazón de la criatura que Lirin tenía delante parecía mucho más letal, como algo que en efecto podría haber emergido de la Condenación.

El Fusionado habló en un idioma rítmico a una figura más pequeña que estaba a su lado, una parshmenia en forma de guerra. «Cantora, no parshmenia —se recordó Lirin a sí mismo—. Usa la palabra correcta hasta en tu cabeza, para no equivocarte cuando hables.»

La cantora en forma de guerra se adelantó para traducir las palabras del Fusionado. Por lo que había oído Lirin, hasta los Fusionados que hablaban alezi solían valerse de intérpretes, como si pronunciar un idioma humano fuese indigno de ellos.

—¿Eres el cirujano? —preguntó la intérprete a Lirin—. ¿Hoy has estado examinando a la gente?

—Sí —dijo Lirin.

El Fusionado habló y, de nuevo, la intérprete tradujo.

—Estamos buscando a un espía. Podría estar oculto entre estos refugiados.

Lirin notó que se le secaba la boca. Aquel ser que se alzaba sobre él parecía una pesadilla que debería haber permanecido como leyenda, como demonio del que susurrar en torno a una hoguera nocturna. Cuando Lirin intentó responder, no le salieron las palabras y tuvo que carraspear.

A una orden ladrada por el Fusionado, los soldados que venían con él se desplegaron hacia la cola de refugiados. Los humanos retrocedieron y algunos intentaron huir corriendo, pero los parshmenios, aunque resultaban menudos en comparación con el Fusionado, llevaban la forma de guerra, que los dotaba de una poderosa energía y una velocidad aterradora. Algunos atraparon a los que escapaban mientras otros empezaban a recorrer la cola, quitar capuchas e inspeccionar rostros.

«No te vuelvas para mirar al Visón, Lirin. Que no se te note el nerviosismo.»

—Bueno —dijo Lirin—, observamos a todas las personas y las comparamos con los retratos que nos entregaron. Te lo prometo. ¡Hemos sido meticulosos! No hay necesidad de aterrorizar a esos pobres refugiados.

La intérprete no tradujo las palabras de Lirin al Fusionado, pero la criatura habló de inmediato en su propio idioma.

—El que nos interesa no figura en esas listas —dijo la intérprete—. Es un hombre joven, un espía de los más peligrosos. Estará en buena forma física y será fuerte comparado con estos refugiados, aunque es posible que finja debilidad.

—Eso... podría ser la descripción de casi cualquiera —repuso Lirin.

¿Era posible que estuviera de suerte? ¿Que todo aquello fuese solo una coincidencia? Tal vez aquel asunto no tuviera nada que ver con el Visón. Lirin sintió una esperanza momentánea, como un rayo de sol intuido entre nubes de tormenta.

—A este hombre lo recordarías —dijo la intérprete—. Es alto para ser humano, con el pelo negro y ondulado, largo hasta los hombros. Irá bien afeitado y tiene una marca de esclavo en la frente que incluye el glifo *shash*.

Una marca de esclavo.

Shash. Peligroso.

«Oh, no.»

Cerca de allí, un subalterno del Fusionado echó hacia atrás la capucha de la capa de otro refugiado... y reveló una cara que a Lirin debería haberle resultado conocida, íntima. Sin embargo, el hombre endurecido en que se

había convertido Kaladin parecía un tosco boceto del joven sensible que Lirin recordaba.

Al instante, Kaladin se iluminó con un fogonazo de energía. A pesar de todos los esfuerzos de Lirin, ese día la muerte había llegado de visita a Piedralar.

HASTA LA MÉDULA



A continuación, hay que permitir que el spren inspeccione la trampa. La gema no puede estar infusa del todo, pero tampoco debe ser opaca del todo. Los experimentos nos llevan a la conclusión de que un setenta por ciento de la capacidad de luz tormentosa máxima es la que mejor funciona.

Si el trabajo se ha realizado correctamente, el spren se quedará fascinado por su futura prisión. Danzará en torno a la gema, la escrutará, flotará a su alrededor.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Ya te he dicho que nos habían descubierto —dijo Syl mientras Kaladin se encendía de refulgente luz tormentosa.

Kaladin respondió con un gruñido. Extendió la mano y Syl adoptó la forma de una majestuosa lanza plateada, cuya apariencia hizo retroceder a los cantores que lo habían estado buscando. Kaladin se preocupó de no mirar a su padre, para no revelar que existía una relación entre ellos. Además, sabía lo que vería en su cara. Decepción.

Es decir, nada nuevo.

Los refugiados salieron corriendo en desbandada, presas del pánico, pero al Fusionado ya no le preocupaban. La gigantesca figura se volvió hacia Kaladin con los brazos cruzados y sonrió.

Te lo he dicho, repitió Syl en la mente de Kaladin. *Y te lo seguiré recordando hasta que reconozcas lo inteligente que soy.*

—Este es de una variedad nueva —dijo Kaladin, manteniendo su lanza nivelada hacia el Fusionado—. ¿Tú habías visto antes a uno de estos?

No. Parece más feo que casi todos los demás, eso sí.

Durante el año anterior había ido apareciendo un goteo de nuevos tipos de Fusionados en los campos de batalla. Kaladin estaba familiarizado sobre todo con los que volaban como los Corredores del Viento. Habían descubierto que a esos los llamaban los *shanay-im*, que venía a significar «Aquellos de los Cielos».

Otros Fusionados no podían volar: al igual que sucedía con los Radiantes, cada clase tenía su propio conjunto de poderes. Jasnah postulaba que existirían diez tipos de Fusionados, pero Dalinar, sin dar ninguna explicación de por qué lo sabía, había afirmado que serían solo nueve.

La variedad del que Kaladin tenía delante iba a ser la séptima contra la que combatiera. Y, si los vientos le eran propicios, la séptima a la que mataría. Kaladin alzó su lanza para desafiar al Fusionado a un combate singular, un acto que siempre funcionaba con los Celestiales. Sin embargo, ese Fusionado hizo un gesto a sus compañeros para que atacaran a Kaladin desde todos los lados.

Kaladin reaccionó enlazándose hacia arriba. Mientras ascendía al cielo como una flecha, Syl elongó su forma sin que él tuviera que pedírselo hasta convertirse en una lanza larga, perfecta para atacar desde el aire a objetivos en el suelo. La luz tormentosa se revolvió dentro de Kaladin, retándolo a moverse, a actuar, a *luchar*. Pero debía tener cuidado. En la zona había civiles, entre ellos varios que le eran muy queridos.

—A ver si podemos alejarlos de aquí —dijo Kaladin.

Se enlazó hacia abajo en ángulo para retroceder descendiendo en picado. Por desgracia, la niebla impedía a Kaladin alejarse o elevarse demasiado si no quería perder de vista a sus enemigos.

Ten cuidado, dijo Syl. *No sabemos qué clase de poderes puede tener este nuevo Fus...*

En la distancia cercana, la neblinosa silueta cayó de repente y algo salió despedido de su cuerpo, una fina línea de luz violeta rojiza, como un spren. Esa línea llegó hasta Kaladin en un abrir y cerrar de ojos y entonces se expandió hasta adquirir de nuevo la forma del Fusionado con un sonido a medio camino entre el cuero al estirarse y las piedras raspando.

El Fusionado se materializó en el aire justo delante de Kaladin. Antes de que este pudiera reaccionar, el Fusionado lo había aferrado por el cuello con una mano y por la pechera del uniforme con la otra.

Syl dio un gañido y se desvaneció en la niebla, ya que su forma de lanza era demasiado aparatoso para un combate tan próximo. El peso del enorme Fusionado, con su pétreo caparazón y sus gruesos músculos, tiró de Kaladin hacia abajo y lo estampó de espaldas contra el suelo.

La presa del Fusionado estaba dejando sin aliento a Kaladin, pero, con la luz tormentosa bullendo en su interior, no necesitaba respirar. De todos modos, asíó las manos del Fusionado para quitárselas del cuello. ¡Por el Padre Tormenta, qué fuerza tenía aquella criatura! Mover sus dedos era como intentar doblar barrotes de acero. Kaladin pudo imponerse al pánico inicial de que lo derribaran del aire, se desembotó e invocó a Syl con forma de daga. Dio un tajo a la mano derecha del Fusionado y luego otro a la izquierda que dejaron muertos sus dedos.

Las heridas sanarían, ya que los Fusionados, al igual que los Radiantes, usaban su luz para curarse. Pero como la criatura tenía los dedos insensibles, Kaladin la apartó de una patada con un gruñido. Se enlazó de nuevo hacia arriba para ascender por los aires. Pero antes de que pudiera recobrar el aliento, una luz violeta rojiza atravesó la niebla de abajo, trazó un bucle y se elevó por detrás de Kaladin.

Un brazo atenazó a Kaladin en otra presa desde su espalda. Un segundo después, Kaladin sintió un dolor punzante entre los hombros cuando el Fusionado lo apuñaló en el cuello.

Kaladin chilló y notó que se le insensibilizaban las extremidades al cercenarse la médula espinal. Su luz tormentosa llegó en avalancha para sanar la herida, pero estaba claro que aquel Fusionado tenía experiencia en combate contra potenciadores, porque siguió clavando el puñal una y otra vez en el cuello de Kaladin, impidiendo que se recuperara.

—¡Kaladin! —exclamó Syl, revoloteando a su alrededor—. ¡Kaladin! ¿Qué hago?

Se transformó en un escudo en su mano, pero los dedos inertes de Kaladin lo dejaron caer y Syl recobró su forma de spren.

Los movimientos del Fusionado eran expertos, precisos mientras pendía de la espalda de Kaladin. No parecía capaz de volar cuando estaba en forma humanoide, solo como cinta de luz. Kaladin sintió su cálido aliento en la mejilla mientras la criatura le propinaba una puñalada tras otra. La parte de

Kaladin que había recibido formación de su padre consideró la herida con mente analítica. Columna vertebral partida. Parálisis total infligida repetidas veces. Una forma inteligente de ocuparse de un enemigo capaz de sanar. A ese ritmo, la luz tormentosa de Kaladin no tardaría en agotarse.

El soldado que había en Kaladin funcionaba más por instinto que por pensamiento deliberado, y se dio cuenta, a pesar de estar dando vueltas en el aire y aferrado por un rival temible, de que recuperaba un breve instante de movilidad justo antes de cada nueva puñalada.

Así que, cuando ese cosquilleo le recorrió el cuerpo, Kaladin se dobló y lanzó un cabezazo hacia atrás contra la cara del Fusionado.

Un fagonazo de dolor y luz blanca le desdibujó la visión. Se retorció al notar que el Fusionado aflojaba su presa y se liberó, dejándolo caer. La criatura agarró a Kaladin por la casaca y se quedó colgando de ella, una mera sombra en la visión borrosa de Kaladin. Pero fue suficiente. Kaladin descargó el brazo hacia el cuello de aquel ser mientras Syl adoptaba la forma de una espada ropera. Si le atravesaba la gema corazón, la cabeza o el cuello con una hoja esquirlada, el Fusionado moriría por muchos poderes que tuviera.

La visión de Kaladin se recobró lo suficiente para dejarle entrever una luz violeta rojiza que emergía del pecho del Fusionado. La criatura dejaba atrás un cuerpo cada vez que su alma, o lo que fuera, se transformaba en una cinta de luz roja. La hoja esquirlada de Kaladin decapitó limpiamente el cuerpo, pero la luz ya había huido.

Vientos tormentosos. Aquel ser parecía más un spren que un cantor. El cuerpo descartado cayó entre la niebla y Kaladin lo siguió hacia abajo mientras sus heridas sanaban del todo. Inhaló un segundo saquito de esferas mientras aterrizaba al lado del cadáver caído. ¿Era posible matar a aquel ser? Una hoja esquirlada podía cortar a los spren, pero eso no los mataba. Terminaban recuperando su forma en algún momento.

El sudor caía a chorro por la cara de Kaladin y el corazón le atronaba en el pecho. Aunque la luz tormentosa lo impulsaba a moverse, optó por tranquilizarse y escrutó la niebla en busca de rastros del Fusionado. Se habían alejado lo suficiente del pueblo como para que no hubiera nadie más a la vista. Solo colinas sombrías. Desiertas.

«Tormentas, qué poco ha faltado.» Era lo más cerca de morir que había llegado a estar en mucho mucho tiempo. Y lo más alarmante de todo era lo deprisa e inesperadamente que lo había vencido aquel Fusionado. Sentir que era dueño de los vientos y el cielo y saber que podía sanar rápido conllevaba

sus peligros.

Kaladin giró despacio, sintiendo el suave viento en la piel. Con mucha cautela, regresó hacia los restos que había dejado el Fusionado. El cadáver, o lo que quiera que fuese, parecía seco y frágil, sus colores deslucidos, como la concha de un caracol muerto mucho tiempo atrás. La carne se había transformado en una especie de piedra, porosa y ligera. Kaladin recogió la cabeza cercenada y apretó el pulgar contra la cara, que se deshizo como ceniza. El resto del cuerpo la imitó por sí mismo al poco tiempo, y luego hasta el caparazón se desintegró.

Una línea de luz violeta rojiza llegó como una exhalación desde un lado. Kaladin se lanzó hacia arriba de inmediato, evitando por los pelos la presa del Fusionado que había cobrado forma a partir de la luz por debajo de él. Al instante, sin embargo, el ser dejó caer su nuevo cuerpo y salió disparado hacia arriba, persiguiendo a Kaladin como una luz. En esa ocasión Kaladin tardó un poco demasiado en esquivar y la criatura se materializó de la luz y le aferró una pierna.

El Fusionado se izó, usando su enorme fuerza para trepar por el uniforme de Kaladin. Para cuando la hoja-Syl se hubo formado en la mano de Kaladin, el Fusionado ya lo tenía atenazado en una poderosa presa, con las piernas envolviéndole el torso y la mano izquierda reteniendo a un lado la mano de la espada de Kaladin mientras alzaba el antebrazo derecho y lo apretaba contra el cuello de Kaladin. Eso le echó hacia arriba la cabeza y le dificultó mucho ver al Fusionado, no digamos ya obtener alguna ventaja sobre él.

Pero en realidad no necesitaba ninguna ventaja. Forcejear contra un Corredor del Viento era una empresa arriesgada, porque cualquier cosa que Kaladin alcanzara a tocar, podía enlazarla. Derramó luz tormentosa hacia el interior de su enemigo para enlazar a la criatura y apartarla de él. La luz se resistió, como siempre cuando la aplicaba a Fusionados, pero Kaladin tenía la suficiente para superar esa resistencia.

Kaladin se enlazó a sí mismo en la dirección opuesta y al cabo de un momento fue como si dos manos gigantescas estuvieran separándolos. El Fusionado gruñó y dijo algo en su propio idioma. Kaladin soltó la hoja-Syl y se concentró en intentar apartar a su enemigo. El Fusionado brillaba con luz tormentosa, que se elevaba de su cuerpo como un vaho luminiscente.

Por fin, la mano de su adversario resbaló y el Fusionado salió despedido lejos de Kaladin como una flecha disparada por un arco esquirlado. Una fracción de segundo más tarde, aquella incansable luz violeta rojiza salió

despedida del pecho y voló de nuevo directa hacia él.

Kaladin logró esquivarla por poco enlazándose hacia abajo al mismo tiempo que el Fusionado cobraba forma e intentaba agarrarlo. Después de fracasar, el Fusionado se dejó caer entre la niebla y se perdió de vista. Kaladin se encontró de nuevo escaso de luz tormentosa y con el corazón atronando. Absorbió su tercer saquito de esferas de los cuatro que tenía. Se habían acostumbrado a llevarlos cosidos en el interior de sus uniformes, porque los Fusionados sabían que debían intentar robar la reserva de esferas de un Radiante.

—Caramba —dijo Syl, ascendiendo para flotar al lado de Kaladin y adoptando la acostumbrada posición en la que podía vigilar a su espalda—. Es bueno, ¿verdad?

—Es más que eso —respondió Kaladin, buscando entre la monótona niebla—. Ataca siguiendo una táctica distinta a la de casi todos los demás. No he entrenado mucho los agarres.

No se veían muchos forcejeos en el campo de batalla. O al menos no muchos ejecutados con disciplina. Kaladin tenía práctica con las formaciones y cada vez estaba más confiado en la esgrima, pero habían pasado años desde la última vez que practicara cómo escapar de una presa en el cuello.

—¿Dónde está? —preguntó Syl.

—No lo sé —dijo Kaladin—. Pero no nos hace falta derrotarlo. Solo tenemos que seguir impidiendo que nos atrape hasta que lleguen los demás.

Pasaron unos minutos escrutando la niebla antes de que Syl diera el aviso.

—¡Ahí! —exclamó, formando una cinta de luz que apuntaba hacia lo que había visto.

Kaladin no esperó a recibir más explicaciones. Se enlazó y voló a través de la niebla. El Fusionado apareció, pero solo pudo agarrar el aire vacío mientras Kaladin esquivaba. El cuerpo de la criatura cayó cuando la línea de luz volvió a salir expulsada, pero Kaladin adoptó un errático rumbo en zigzag que le permitió evitar al Fusionado otras dos veces.

Aquel ser utilizaba luz del vacío para, de algún modo, crear nuevos cuerpos. Eran todos idénticos, con pelo que formaba una especie de ropa. No era que renaciese cada vez: se teleportaba, pero utilizando la cinta de luz para trasladarse de una posición a otra. Se habían enfrentado a Fusionados capaces de volar y a otros que tenían poderes similares a los de los Tejedores de Luz. Quizá aquella fuese la variedad cuyos poderes reflejaban, en cierto modo, las capacidades de desplazamiento de los Nominadores de lo Otro.

Después de materializarse por tercera vez, la criatura de nuevo renunció a perseguir a Kaladin. «Solo puede teleportarse tres veces antes de tener que descansar —supuso Kaladin—. Cada vez me ha atacado en una ráfaga de tres intentos. ¿Será que después de eso tiene que esperar a que sus poderes se regeneren? O quizás... No, lo más probable es que tenga que ir a algún sitio para recoger más luz del vacío.»

En efecto, al cabo de unos minutos la luz violeta rojiza regresó. Kaladin se enlazó en dirección contraria a la luz y fue ganando velocidad. El aire rugió a su alrededor y, con el quinto enlace, Kaladin volaba lo bastante rápido como para que la luz roja no pudiera seguirle el ritmo y se atenuara tras él.

«No eres tan peligroso si no logras alcanzarme, ¿verdad?», pensó Kaladin. Fue evidente que el Fusionado llegaba a la misma conclusión, porque la cinta de luz viró hacia abajo en la niebla.

Por desgracia, lo más probable era que el Fusionado supiera que Kaladin regresaría a Piedralar. Así que, en vez de seguir hacia delante, Kaladin descendió también. Se posó en la cima de una colina cubierta de abultados rocabrotes cuyas enredaderas se extendían libres en la humedad.

El Fusionado estaba de pie ante la colina, mirando hacia arriba. Sí, aquella franja como de tela marrón oscura era pelo que salía de su coronilla, estirado y tenso en torno a su cuerpo. El Fusionado arrancó de su brazo un espolón, un arma de caparazón afilada y en sierra, y apuntó con ella hacia Kaladin. Debía de haber usado una como esa a modo de daga cuando lo apuñaló en la espalda.

Aquella espuela y el pelo con que se cubría el cuerpo parecían sugerir que el Fusionado no podía llevar objetos consigo al teleportarse, así que nunca tendría esferas de luz del vacío a mano y se vería obligado a retirarse para recargar.

Syl adoptó su forma de lanza.

—Estoy preparado —vociferó Kaladin—. Atácame.

—¿Para qué huyas otra vez? —respondió el Fusionado en alezi, con voz rasposa, como piedras rechinando entre ellas—. Búscame con el rabillo del ojo, Corredor del Viento. Volveremos a encontrarnos pronto.

Se convirtió en una cinta de luz roja, dejando otro cadáver que se desmigajaba, y desapareció entre la niebla.

Kaladin se sentó y dejó escapar una larga bocanada de aire y luz tormentosa que se disolvió entre la bruma. La niebla se disiparía cuando el sol ascendiera más en el cielo, pero de momento seguía cubriendo el terreno

y confiriéndole una atmósfera inquietante y desolada. Como si Kaladin se hubiera internado sin darse cuenta en un sueño.

Lo golpeó una repentina oleada de agotamiento. Se notó como amortiguado por la luz tormentosa al extinguirse y desinflado como siempre después de la batalla. Y también había otra cosa. Algo que le ocurría cada vez con más frecuencia en los últimos tiempos.

La lanza se esfumó y Syl cobró forma en el aire, de pie delante de él. Se había acostumbrado a llevar un vestido elegante que bajaba hasta el tobillo con líneas marcadas, en vez del vaporoso e infantil de antes. Al preguntar Kaladin, ella había explicado que Adolin había estado dándole consejos. Su cabello largo y azul claro se disipaba en una neblina y no llevaba una manga que le cubriera la mano segura. ¿Por qué iba a llevarla? Ni siquiera era humana, y mucho menos vorin.

—Bueno —dijo Syl con los brazos en jarras—, le hemos dado una lección.

—Ha estado a punto de matarme dos veces.

—No he dicho qué lección era. —Se volvió para montar guardia por si acaso aquello era una trampa—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo Kaladin.

—Pareces cansado.

—Siempre me lo dices.

—Porque siempre pareces cansado, tonto.

Kaladin se levantó.

—Estaré bien cuando empiece a moverme.

—Pero...

—No vamos a discutir esto otra vez. Estoy bien.

En efecto, se sintió mejor al levantarse y absorber un poco más de luz tormentosa. ¿Qué más daba si habían vuelto sus noches de insomnio? Había sobrevivido en otras ocasiones con menos horas de sueño. El esclavo que había sido una vez se habría desternillado de risa si hubiera oído que aquel nuevo Kaladin, el portador de esquirlada ojos claros, un hombre que gozaba de un alojamiento lujoso y comida caliente, se preocupaba por un poco de sueño perdido.

—Vámonos —dijo—. Si nos han visto llegando hacia aquí...

—¿«Sí»?

—Como nos han visto llegar, enviarán a más que un solo Fusionado. Vendrán Celestiales a por mí, y eso significa que la misión está en peligro. Volvamos al pueblo.

Ella esperó expectante, con los brazos cruzados.

—Muy bien —dijo Kaladin—. Tenías razón.

—Y deberías hacerme más caso.

—Y debería hacerte más caso.

—Y, por tanto, deberías dormir más.

—Ojalá fuese tan fácil —dijo Kaladin mientras se elevaba en el aire—.

Vamos.

Velo estaba cada vez más disgustada de que nadie la hubiera secuestrado.

Paseaba por el mercado del campamento de guerra, disfrazada por completo, entreteniéndose en los tenderetes. Llevaba más de un mes poniéndose una cara falsa allí fuera, haciendo justo los comentarios adecuados a justo las personas adecuadas. Y seguía sin haber secuestro. Ni siquiera la habían atracado. Menudo desastre de mundo.

Puedo atizarnos un puñetazo en la cara, si así te sientes mejor, comentó Radiante.

¿Radiante acababa de hacer un chiste? Velo sonrió mientras fingía interesarse en la mercancía de un puesto de fruta. Si Radiante estaba bromeando, era que estaban desesperadas de verdad. Lo normal era que Radiante fuera tan graciosa como... como...

Lo normal es que Radiante sea tan dicharachera como un abismoide, aportó Shallan, calando hasta el frente de la personalidad que compartían. *Uno que se haya comido a su propia madre.*

Eso, exacto. Velo agradeció la calidez que emanaba de Shallan, e incluso de Radiante, que empezaba a disfrutar del humor. Durante el último año, las tres habían adoptado un cómodo equilibrio. No estaban tan reñidas como antes y cambiaban con facilidad entre personalidades.

Las cosas parecían ir muy bien. Eso preocupaba a Velo, por supuesto. ¿Estarían yendo demasiado bien?

No importaba, por el momento. Velo se apartó del puesto de fruta. Había pasado un mes en los campamentos de guerra llevando la cara de una mujer llamada Chanasha, una mercader ojos claros de baja cuna que gozaba de un modesto éxito alquilando sus tiros de chulls a las caravanas que cruzaban las Llanuras Quebradas. Habían sobornado a la verdadera Chanasha para que prestara su rostro a Velo y la tenían escondida en un lugar seguro.

Velo dobló una esquina y caminó a ritmo de paseo por la siguiente calle. El campamento de Sadeas estaba casi igual que lo recordaba del tiempo que

había pasado viviendo por allí, aunque quizá se hubiera vuelto incluso un poco más duro. Al camino le hacía falta un buen raspado: los pólipos de rocabrote hacían que los carros se sacudieran y saltaran al pasar. Casi todos los puestos del mercado tenían a un guardia bien visible cerca del género. Aquel no era un lugar donde confiar en que los soldados hicieran cumplir la ley.

Pasó por delante de muchos puestos de mercaderes de fortuna, que vendían glifoguardas y otros amuletos en tiempos peligrosos. Los predicetormentas ofrecían listas con las tormentas venideras y sus fechas. Velo no hizo caso a ninguno de ellos y llegó a una tienda en concreto que vendía botas recias y calzado para caminatas. Era lo que más éxito tenía en los campamentos de guerra en los últimos tiempos, ya que muchos clientes eran viajeros que estaban de paso. Un vistazo rápido a los puestos de otros mercaderes le contaría la misma historia. Raciones que podían aguantar trayectos largos. Talleres de reparación para carros o carretas. Y por supuesto, cualquier cosa que no fuese lo bastante respetable para tener cabida en Urithiru.

También había numerosos rediles de esclavos. Casi tantos como burdeles. Cuando el grueso de la población civil se desplazó a Urithiru, los diez campamentos de guerra se habían transformado a marchas forzadas en un sórdido apeadero para caravanas.

A instancias de Radiante, Velo echó un vistazo disimulado hacia atrás en busca de algún soldado de Adolin. No estaban a la vista. Bien. Sí que distinguió a Patrón vigilando desde una pared cercana, preparado para informar a Adolin si era necesario.

Todo estaba en su sitio, y la información que habían recibido indicaba que el secuestro de Velo debería tener lugar ese mismo día. Tal vez tuviera que apretar un poquito más.

Por fin se acercó a ella el zapatero, un tipo corpulento con franjas canosas en la barba. A Shallan le dieron ganas de dibujar ese contraste, así que Velo se retrajo y permitió que Shallan emergiera y tomara una Memoria del hombre para su colección.

—¿Te interesa alguna cosa, brillante? —preguntó él.

Velo recuperó el control.

—¿Cuánto tardarías en conseguirme cien pares como este? —preguntó, dando un golpecito a un zapato con el trozo de caña que Chanasha siempre llevaba en el bolsillo.

—Cien pares? —El hombre se animó—. No mucho tiempo, brillante.

Cuatro días, si me llega a tiempo el próximo envío.

—Excelente —dijo ella—. Tengo un contrato especial con el viejo Kholin en esa torre ridícula que tiene y puedo moverlos en buenas cantidades si me los proporcionas. Tendrás que hacerme un descuento por comprar al por mayor, por supuesto.

—¿Un descuento?

Velo movió su caña en el aire.

—Claro, cómo no. Si quieres valerte de mis contactos para vender a Urithiru, tendrás que ofrecerme el mejor trato posible.

El mercader se atusó la barba.

—Eres... Chanasha Hasareh, ¿verdad? He oído hablar de ti.

—Bien. Entonces sabes que no me ando con tonterías. —Se inclinó hacia él y le dio un golpecito con la caña en el pecho—. Sé cómo saltarme los aranceles del viejo Kholin, si actuamos deprisa. Cuatro días. ¿Sería posible que estuvieran en tres?

—Podría ser —repuso él—. Pero yo respeto las leyes, brillante. Evitar los aranceles sería ilegal, vaya.

—Solo sería ilegal si aceptamos que Kholin tiene alguna autoridad para exigir esos aranceles. Que yo sepa, no es nuestro rey. Puede afirmar lo que le dé la gana, pero, ahora que las tormentas han cambiado, aparecerán los Heraldos y lo pondrán en su sitio. Lo que yo te diga.

Así me gusta, pensó Radiante. Estás llevándolo bien.

Velo tocó las botas con la caña.

—Cien pares. Tres días. Enviaré a una escriba para negociar los detalles hoy mismo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Chanasha no era de las que sonreían, así que Velo no dedicó ninguna expresión amistosa al mercader. Se guardó la caña en la manga e hizo un breve asentimiento antes de retomar su paseo por el mercado.

¿No creéis que me he pasado?, preguntó Velo. Eso último de que Dalinar no es rey me ha parecido un poco descarado.

Radiante no estaba segura, pero a fin de cuentas la sutileza no era su especialidad, y Shallan lo aprobaba. Tenían que apretar más o nunca la secuestrarían. Ni siquiera merodear cerca de un callejón oscuro que sabía que frecuentaban sus objetivos había atraído la menor atención.

Velo contuvo un suspiro y se dirigió a una cantina que había cerca del mercado. Llevaba semanas siendo cliente y los propietarios la conocían bien.

Según la información de que disponía Velo, tanto ellos como el comerciante de calzado pertenecían a los Hijos de Honor, el grupo al que estaba dando caza.

La camarera acompañó a Velo desde el aire fresco de fuera a la mesa de un pequeño rincón apartado. Allí podría beber a solas y repasar su libro de cuentas.

Un libro de cuentas. Puaj. Lo sacó de su cartera y lo dejó en la mesa. ¡Cuántas molestias se tomaban para no salirse del personaje! Tenían que mantener la ilusión sin el menor fallo, ya que la verdadera Chanasha no dejaba pasar un solo día sin cuadrar sus cifras. Al parecer, lo encontraba relajante, nada menos.

Por suerte, tenían a Shallan para ocuparse de esa tarea, ya que tenía algo de práctica con las cuentas de Sebarial. Velo se relajó y dejó que Shallan tomara el control. En realidad aquello tampoco estaba tan tan mal. Hizo unos garabatos en los márgenes del libro mientras trabajaba, aunque no encajase del todo con el personaje. Velo se comportaba como si fuese crucial imitar a la mercader absolutamente a todas horas, pero Shallan sabía que les convenía relajarse un poco de vez en cuando.

Podríamos relajarnos visitando las timbas, pensó Velo.

Un motivo de que debieran ser tan diligentes era que aquellos campamentos de guerra eran un patio de juegos muy tentador para Velo. ¿Apostar sin preocuparse del decoro vorin? ¿Tabernas que servían lo que quisieras sin hacer preguntas? Los campamentos de guerra estaban a una maravillosa tormenta de distancia de la sede del perfecto recato de Dalinar Kholin.

Urithiru estaba demasiado llena de Corredores del Viento, hombres y mujeres que se desvivirían para impedir que alguien se magullara el codo contra una mesa mal colocada. Aquel lugar, en cambio... podría acabar gustando a Velo. Así que al fin y al cabo, quizá sí que fuese mejor ceñirse del todo al personaje.

Shallan intentó concentrarse en las cuentas. Era capaz de hacerlas. Había aprendido contabilidad llevando los libros de su padre. Eso había sido antes de que ella...

Antes de que ella...

Podría ser buen momento, susurró Velo. *Para recordar de una vez por todas. Para recordarlo todo.*

No, no lo era.

Pero...

Shallan se retiró inmediatamente.

No, en eso no podemos pensar. Toma el control.

Velo se reclinó en su asiento mientras llegaba el vino. Pues muy bien. Dio un largo sorbo y trató de fingir que estudiaba los libros de cuentas. En realidad no debería enfadarse con Shallan. Así que canalizó esa emoción hacia Ialai Sadeas. Esa mujer no podía contentarse con dirigir allí su pequeño feudo y sacar provecho de las caravanas sin molestar a nadie. No, claro que no. Tenía que planear una tormentosa traición.

Velo siguió intentando hacer las cuentas y fingir que le gustaba. Dio otro largo sorbo. Al poco tiempo empezó a notarse confusa y estuvo a punto de absorber luz tormentosa para anular el efecto, pero se detuvo. No había pedido nada demasiado embriagante. Por tanto, si se estaba mareando...

Alzó unos ojos que cada vez se desenfocaban más. ¡Habían drogado el vino! «Ya era hora», pensó antes de desmayarse en su asiento.

—Es que no entiendo cómo puede ser tan difícil —estaba diciendo Syl mientras Kaladin y ella se aproximaban a Piedralar—. Los humanos dormís literalmente a diario. Lleváis toda la vida practicando.

—Cualquiera pensaría que sí, ¿verdad? —respondió Kaladin mientras aterrizaba con pies ligeros cerca del pueblo.

—Es evidente que lo pensaría, ya que acabo de decirlo —replicó ella, sentada en el hombro de Kaladin mirando hacia atrás. Hablaba con ligereza, pero Kaladin percibió en ella la misma tensión que sentía él, como si el propio aire estuviera tirante.

«Búscame con el rabillo del ojo, Corredor del Viento.» Notó un eco de dolor en la nuca, donde el Fusionado le había clavado la daga en la columna vertebral una y otra vez.

—Hasta los bebés se duermen —insistió Syl—. Solo tú podrías convertir algo tan sencillo en casi imposible.

—¿Ah, sí? —dijo Kaladin—. ¿Y tú puedes hacerlo?

—Te tumbas. Finges que estás muerta un rato. Te levantas. Fácil. Bueno, y tratándose de ti, añadiré un último paso obligatorio: protestar.

Kaladin echó a caminar a zancadas hacia el pueblo. Syl esperaría que respondiera, pero no le apetecía hacerlo. No era porque estuviera molesto, sino por... bueno, por una especie de fatiga generalizada.

—¿Kaladin? —dijo ella.

Sentía una desconexión esos últimos meses. Esos últimos años. Era como si la vida siguiera adelante para todo el mundo pero Kaladin estuviera apartado de ellos, incapaz de relacionarse. Como si fuese un cuadro colgado en un pasillo, viendo pasar la vida.

—Muy bien, ya interpretaré yo tu parte —dijo Syl. Su imagen titiló y se transformó en una réplica perfecta de Kaladin, sentado en su propio hombro —. Vaya, vaya —gruñó en una voz más grave—. Refunfuño, refunfuño. Venga, alineaos. Esta tormentosa lluvia está arruinando un clima que por lo demás era horrible. Además, voy a prohibir los dedos de los pies.

—¿Los dedos de los pies?

—¡La gente no para de tropezarse! —prosiguió ella—. No consentiré que os hagáis daño todos, así que, de ahora en adelante, nada de dedos de los pies. La semana que viene probaremos a no tener pies. Y ahora, largaos de aquí a cenar algo. Mañana vamos a levantarnos antes de que amanezca para practicar a fruncirnos el ceño unos a otros.

—Venga, no soy tan horrible —dijo Kaladin, pero no pudo contener una sonrisa—. Además, tu voz de Kaladin suena más parecida a Teft.

Syl recobró su aspecto habitual y se sentó con delicadeza, a todas luces satisfecha consigo misma. Y él tuvo que reconocer que se notaba más animado. «Tormentas —pensó—, ¿dónde estaría yo si no la hubiera encontrado?»

La respuesta era evidente. Estaría muerto al fondo de un abismo, después de haberse arrojado a la oscuridad.

Al acercarse a Piedralar, encontraron una escena de relativo orden. Los refugiados volvían a estar en fila y los cantores con forma de guerra que habían llegado con el Fusionado esperaban cerca del padre de Kaladin y la nueva consistora con las armas enfundadas. Todos parecían comprender que sus próximos pasos dependerían en gran medida del resultado del duelo de Kaladin.

Kaladin llegó con paso firme, aferró el aire por delante de él y la lanza-Syl se materializó como una majestuosa arma de plata. Los cantores desenfundaron, sobre todo espadas.

—Podéis luchar contra un Radiante vosotros solos si queréis —dijo Kaladin—. Otra opción, si no tenéis ganas de morir hoy, sería reunir a todos los cantores de este pueblo y retirarlos hasta media hora a pie en dirección este. Allí hay un refugio de tormentas para la gente de las granjas más apartadas, seguro que Abiajan puede llevarlos. Quedaos dentro hasta el ocaso.

Los seis soldados se abalanzaron hacia él.

Kaladin suspiró y absorbió la luz tormentosa de unas pocas esferas más. La escaramuza duró unos treinta segundos, y dejó a una cantora muerta con los ojos calcinados mientras los otros se retiraban con las armas segadas por la mitad.

Algunas personas habrían visto valentía en aquel ataque. Durante gran parte de la historia alezi, se había animado a la tropa rasa a lanzarse contra portadores de esquirlada. Los generales enseñaban que incluso una mínima posibilidad de obtener una esquirla hacía que mereciera la pena el increíble riesgo.

Eso ya era suficiente estupidez, pero es que encima Kaladin no dejaría atrás una esquirla si lo mataban. Era Radiante, y esos soldados lo sabían. Por lo que había visto, la actitud de las tropas cantoras dependía mucho del Fusionado al que servían. Que aquellos estuvieran instruidos para sacrificar sus vidas sin el menor motivo decía muy poco en favor de su amo.

Por suerte, los cinco que quedaban hicieron caso a Abiajan y los demás cantores de Piedralar, quienes, con cierto esfuerzo, los convencieron de que por mucho valor que hubieran puesto en la lucha, estaban derrotados. Al poco tiempo, deambularon todos hacia fuera hasta perderse en la niebla que se desvanecía deprisa.

Kaladin volvió a comprobar el cielo. «Ya debería estar cerca», pensó mientras se acercaba a la garita de guardia donde esperaba su madre, con un pañuelo estampado sobre el pelo sin trenzar hasta los hombros. Rodeó con un brazo a Kaladin y el pequeño Oroden, que ocupaba el otro, extendió las manitas para que Kaladin lo cogiera.

—¡Cómo estás creciendo! —dijo al chico.

—*Gagadin!* —exclamó el niño, y movió los brazos en el aire para intentar atrapar a Syl, que siempre elegía mostrarse a la familia de Kaladin.

Syl hizo su truco de costumbre, adoptar para el pequeño las formas de distintos animales que hacían cabriolas en el aire.

—Bueno —dijo la madre de Kaladin—, ¿cómo está Lyn?

—¿Tiene que ser siempre lo primero que me preguntas?

—Privilegio de madre —dijo Hesina—. ¿Cómo está?

—Rompió con él —intervino Syl, con aspecto de diminuto y resplandeciente sabueso-hacha. Se hacía raro que salieran palabras de sus fauces—. Justo después de nuestra última visita.

—Ay, Kaladin —suspiró su madre, volviendo a rodearlo con un brazo—.

—¿Y cómo se lo está tomando él?

—Estuvo enfurruñado más de dos semanas —respondió Syl—, pero creo que ya lo tiene casi superado.

—«Él» está aquí mismo —dijo Kaladin.

—Y él nunca responde a ninguna pregunta sobre su vida personal —replicó Hesina—, con lo que obliga a su pobre madre a informarse de otras fuentes más divinas.

—¿Lo ves? —dijo Syl, que estaba dando brincos con forma de cremlino—. Ella sí que sabe cómo tratarme. Con la dignidad y el respeto que merezco.

—¿Se ha dedicado a ofenderte otra vez, Syl?

—Lleva por lo menos un día sin mencionar lo impresionante que soy.

—Es indudablemente injusto que tenga que tratar con vosotras dos a la vez —dijo Kaladin—. ¿Ese general herdaziano consiguió llegar al pueblo?

Hesina señaló un edificio cercano, enclavado entre dos casas, un cobertizo de madera de los que se usaban para guardar los aperos. No parecía muy robusto: algunos tablones estaban combados y sueltos por alguna tormenta reciente.

—Los he escondido dentro cuando ha empezado la lucha —explicó Hesina.

Kaladin le devolvió a Oroden y echó a andar hacia el cobertizo.

—Trae a Laral y reúne a la gente del pueblo. Hoy va a llegar algo grande y no quiero que monten en pánico.

—¿A qué te refieres cuando dices «grande», hijo?

—Ya lo verás —respondió él.

—¿Vas a ir a hablar con tu padre?

Kaladin vaciló y luego echó una mirada por el campo neblinoso hacia los refugiados. Los lugareños habían empezado a salir de sus casas para ver a qué venía tanto jaleo. No distinguió a su padre.

—¿Adónde ha ido?

—A comprobar si ese parshmenio al que has cortado está muerto de verdad.

—Pues claro que ha ido a hacer eso —dijo Kaladin con un suspiro—. Hablaré con Lirin después.

Dentro del cobertizo, unos herdazianos muy quisquillosos desenvainaron dagas al verlo abrir la puerta. Kaladin respondió absorbiendo un poco de luz tormentosa, lo que hizo que emanaran volutas de humo luminiscente de la piel que tenía al aire.

—Por los Tres Dioses —susurró uno de ellos, un hombre alto con coleta—. Era verdad. Habéis regresado.

La reacción perturbó a Kaladin. Aquel hombre, como revolucionario en Herdaz, ya debería haber visto a Radiantes. En un mundo perfecto, los ejércitos de la coalición de Dalinar llevarían meses colaborando en la liberación herdaziana.

Solo que todo el mundo había renunciado a Herdaz. El pequeño país había parecido estar cerca del colapso, y los ejércitos de Dalinar estaban lamiéndose las heridas tras la batalla de la Explanada Thayleña. Luego habían empezado a llegar muy poco a poco informes de una resistencia en Herdaz que contraatacaba.

Cada nuevo informe daba la impresión de que los herdazianos estaban casi acabados, por lo que los recursos se destinaban a otros frentes con más posibilidades de victoria. Pero cada vez, Herdaz seguía firme, hostigando sin cesar al enemigo. Los ejércitos de Odium habían perdido a decenas de miles de soldados combatiendo en aquel país pequeño y con poca relevancia estratégica.

Y aunque al final Herdaz había caído, el precio en sangre que había pagado el enemigo había sido notablemente alto.

—¿Quién de vosotros es el Visón? —preguntó Kaladin, y al hablar salió de su boca un vaho de brillante luz tormentosa.

El tipo alto señaló hacia el fondo del cobertizo, donde una figura sombría y embozada en su capa se había sentado contra la pared. Kaladin no alcanzó a verle la cara bajo la capucha.

—Es un honor conocer en persona a la leyenda —dijo Kaladin, acercándose—. Me han encargado extenderme una invitación oficial para unirte al ejército de la coalición. Haremos lo que podamos por tu país, pero de momento el brillante señor Dalinar Kholin y la reina Jasnah Kholin arden en deseos de conocer al hombre que resistió al enemigo durante tanto tiempo.

El Visón no se movió. Se quedó allí sentado, con la cabeza gacha. Al rato, uno de sus hombres fue hasta él y le sacudió el hombro.

La capa se movió y el cuerpo cayó inerte, dejando a la vista unos rollos de lona que alguien había colocado para imitar la forma de una persona vestida con la capa. ¿Un maniquí? Por el nombre desconocido del Padre Tormenta, ¿qué pasaba allí?

Los soldados parecían tan sorprendidos como Kaladin, todos salvo el alto, que se limitó a suspirar y dedicar a Kaladin una mirada de resignación.

—A veces hace estas cosas, brillante señor.

—¿Hace qué? ¿Convertirse en trapos?

—Escabullirse —explicó el hombre—. Le gusta ver si puede hacerlo sin que nos demos cuenta.

Uno de los otros hombres renegó en herdaziano mientras buscaba detrás de unos toneles, y acabó descubriendo uno de varios tablones sueltos. El hueco daba al ensombrecido callejón que separaba los edificios.

—Seguro que al final lo encontramos por el pueblo —dijo el hombre a Kaladin—. Déjanos unos minutos para buscarlo.

—Cualquiera pensaría que lo lógico es evitar los jueguecitos, teniendo en cuenta lo peligroso de la situación.

—Tú... no conoces a nuestro gancho, brillante señor —respondió el hombre—. Así es justo como reacciona a las situaciones peligrosas.

—Él no gusta que atrapen —dijo otro, negando con la cabeza—. Cuando peligro, él es desaparece.

—¿Y abandona a sus hombres? —preguntó Kaladin, horrorizado.

—No se sobrevive como lo ha hecho el Visón sin aprender a escurrir el bulto de situaciones de las que otros no podrían escapar —dijo el herdaziano alto—. Si estuviéramos en peligro, intentaría volver con nosotros. Si no pudiera... en fin, somos sus guardias. Cualquiera de nosotros entregaría su vida para que él pudiera huir.

—No es que necesita mucho nosotros —añadió otro—. ¡Ni la misma Ganlos Riera *puedría* atraparlo!

—Bueno, pues localizadlo si podéis y transmitidle mi mensaje —pidió Kaladin—. Tenemos que salir rápido de este pueblo. Tengo motivos para sospechar que se aproxima una fuerza más numerosa de Fusionados.

Los herdazianos le hicieron el saludo militar, aunque no fuese necesario ante un oficial del ejército de otro país. La gente hacía cosas raras cuando había Radiantes cerca.

—¡Así me gusta! —exclamó Syl mientras Kaladin salía del cobertizo—. Casi no has puesto mala cara cuando te han llamado brillante señor.

—Soy lo que soy —dijo Kaladin mientras pasaba junto a su madre, que estaba conversando con Laral y el brillante señor Roshone.

Vio a su padre organizando a algunos antiguos soldados de Roshone, que intentaban acorralar a los refugiados. A juzgar por el tamaño reducido de la cola, unos cuantos parecían haber huido.

Lirin vio que Kaladin se acercaba y apretó los labios. El cirujano era un

hombre más bajo que Kaladin, que había heredado la altura de su madre. Lirin se apartó del grupo y se secó con un pañuelo el sudor de la frente y la cabeza, que iba perdiendo pelo, antes de quitarse los anteojos y limpiarlos en silencio mientras Kaladin llegaba.

—Padre —dijo Kaladin.

—Había confiado —dijo Lirin con suavidad— en que nuestro mensaje te animara a llegar con disimulo.

—Lo he intentado —respondió Kaladin—, pero los Fusionados han establecido puestos de vigilancia por toda la zona para escrutar el cielo. La niebla se ha dispersado de pronto cerca de uno de esos y ha revelado mi presencia. Esperaba que no me hubieran visto, pero...

—Se encogió de hombros. Lirin volvió a ponerse los anteojos; los dos hombres sabían lo que estaba pensando.

Lirin ya había advertido a Kaladin de que, si seguía visitándolos, llevaría la muerte a Piedralar. Ese día había llegado al cantor que lo había atacado. Lirin había envuelto el cadáver con una mortaja.

—Soy soldado, padre —dijo Kaladin—. Lucho por esta gente.

—Cualquier idiota con dos manos puede sostener una lanza. Las tuyas las entrené para que hicieran algo mejor.

—Yo...

Kaladin se mordió la lengua e inhaló una larga y profunda bocanada de aire. Oyó un característico golpeteo en la lejanía. «Por fin.»

—Luego hablaremos de esto —dijo Kaladin—. Empaque todo el material que quieras llevarte. Y deprisa. Tenemos que marcharnos.

—¿Marcharnos? —preguntó Lirin—. Ya te lo he dicho. La gente del pueblo me necesita. No voy a abandonarlos.

—Lo sé —dijo Kaladin, señalando hacia el cielo.

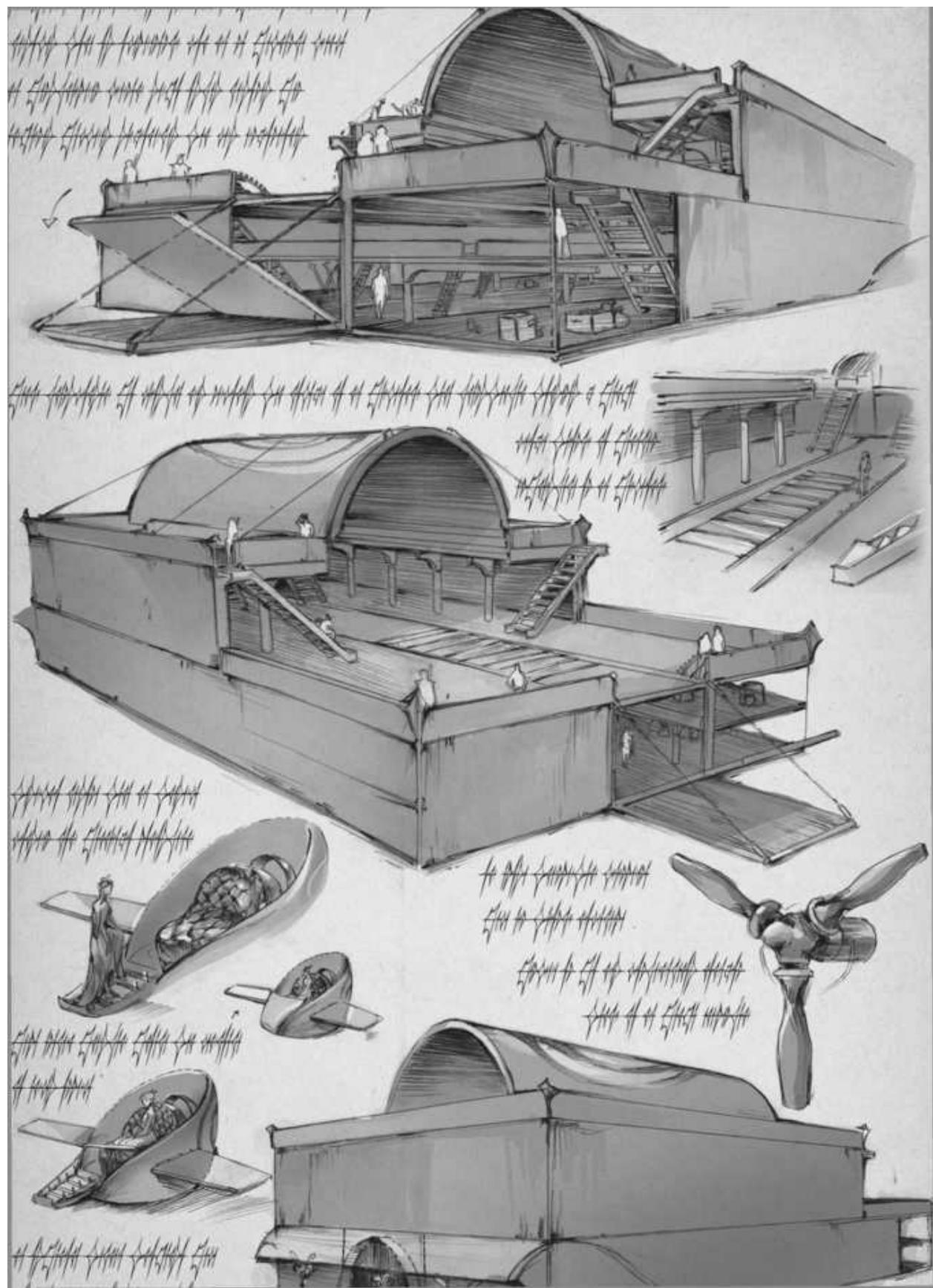
—¿De qué estás...?

Lirin dejó la pregunta en el aire mientras de la niebla emergía una gigantesca sombra oscura, un vehículo de un tamaño increíble que volaba despacio por el cielo. Dos docenas de Corredores del Viento, refulgentes de luz tormentosa, surcaban el aire en formación a sus dos lados. No era tanto un barco como una inmensa plataforma flotante. Pero aun así, alrededor de Lirin se formaron asombrosos anillos de humo azul. Bueno, la primera vez que Kaladin había visto a Navani hacer flotar la plataforma, también se había quedado boquiabierto.

El vehículo pasó por delante del sol, sumiendo a Kaladin y su padre en la

sombra.

—Me dejaste muy claro —dijo Kaladin— que mi madre y tú no ibais a abandonar a los habitantes de Piedralar. Así que lo he organizado para que nos los llevemos con nosotros.





El último paso para capturar a un spren es el más delicado, ya que debe retirarse la luz tormentosa de la gema. Las técnicas específicas que emplea cada gremio de artífabricanos son secretos guardados con gran celo, confiados solo a sus miembros de mayor rango.

El método más sencillo consiste en emplear un larkin, un tipo de cremlino que devora luz tormentosa. Sería un proceso maravilloso y conveniente, de no ser porque esas criaturas se encuentran al borde de la extinción absoluta. Las guerras de Aimia estuvieron provocadas en parte por la obtención de esas pequeñas criaturas en apariencia inocentes.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Navani Kholin se asomó por la borda de la plataforma voladora y miró decenas de metros hacia abajo, a las piedras del suelo. Decía mucho del lugar donde había estado residiendo que no dejara de impresionarla lo fértil que era Alezkar. Había acumulaciones de rocabrotes en todas las superficies, excepto allí donde los habían despejado para las viviendas o los cultivos. Había campos enteros de hierbas silvestres que se mecían verdes al viento, vibrantes de vidaspren. Había árboles formando baluartes contra las tormentas, con las ramas entrelazadas tan ceñidas como falanges.

Allí, al contrario que en las Llanuras Quebradas o en Urithiru, las cosas crecían. Era su hogar de la infancia, pero en esos momentos le resultaba casi ajeno del todo.

—Me quedaría mucho más tranquila si no te asomas tanto, brillante —dijo Velat.

La erudita de mediana edad llevaba el pelo recogido en apretadas trenzas para que no se lo revolviera el viento. Siempre intentaba hacer de madre a todo el mundo.

Navani, por supuesto, se inclinó más hacia fuera. Lo normal sería que, durante sus más de cinco décadas de vida, hubiera encontrado la forma de imponerse a la vena impetuosa que le salía por naturaleza. Pero en vez de eso, lo más alarmante era que había llegado a obtener el poder suficiente para limitarse a hacer lo que le venía en gana.

Por debajo, su plataforma voladora dejaba una satisfactoria sombra geométrica en las piedras. Los lugareños se habían apiñado y miraban embobados hacia arriba mientras Kaladin y los demás Corredores del Viento empezaban a apartarlos de la zona de aterrizaje.

—Brillante señor Dalinar —dijo Velat—, ¿puedes convencerla tú, por favor? Juraría que va a caerse sin remedio.

—Es el barco de Navani, Velat —repuso Dalinar desde detrás, con una voz firme como el acero, inmutable como las matemáticas. Navani adoraba su voz—. Creo que ordenaría que me arrojaran a mí al vacío si intentase impedirle disfrutar de este momento.

—¿No puede disfrutarlo desde el centro de la plataforma? ¿O quizás amarrada a la cubierta? ¿Con dos cuerdas?

Navani sonrió de oreja a oreja mientras el viento le tiraba del cabello suelto. Estaba agarrada a la borda con la mano libre.

—La zona ya está despejada de gente. Escribid la orden: descenso constante hasta el suelo.

Navani había basado el diseño en los puentes que utilizaban para superar los abismos. A fin de cuentas, aquello no era un barco de guerra, sino un transporte cuyo objetivo era desplazar a grandes grupos de personas. La construcción final era poco más que un gran rectángulo de madera de más de treinta metros de largo, veinte de ancho y unos doce metros de grosor para dar cabida a tres cubiertas.

Habían levantado unas paredes altas y techado la parte trasera de la cubierta superior. El tercio frontal estaba descubierto, aunque lo rodeaba un parapeto. Durante casi todo el trayecto, los ingenieros de Navani habían mantenido su puesto de mando en la parte resguardada. Pero ese día iban a llevar a cabo maniobras delicadas, por lo que habían sacado las mesas y las habían clavado al suelo en la esquina frontal derecha de la plataforma.

«Frontal derecha —pensó—. ¿Deberíamos referirnos a estas cosas con

términos náuticos? Pero es que esto no es el océano. Estamos volando.»

Volaban. Había funcionado. No solo en las maniobras y las pruebas de las Llanuras Quebradas, sino también en una misión real, recorriendo centenares de kilómetros.

Detrás de ella, más de una docena de ingenieros fervorosos ocupaban el puesto de mando abierto al cielo. Ka, la escriba de un pelotón de Corredores del Viento, envió la orden por vinculacaña a Urithiru. No podían escribir instrucciones detalladas estando en movimiento, porque las vinculacañas daban problemas. Pero sí podían enviar destellos de luz, que a su vez podían interpretarse.

En Urithiru otro grupo de ingenieros manipulaba los complejos mecanismos que mantenían aquella nave en el aire. De hecho, empleaba la misma tecnología en la que se basaban las vinculacañas. Cuando se movía una mitad, la otra se desplazaba en sintonía. Y el caso era que las dos mitades de una gema también podían emparejarse para que cuando se hiciera descender una, la otra mitad se elevara por los aires, estuviera donde estuviese.

La fuerza se transfería: si la mitad alejada estaba debajo de algo pesado, costaría esfuerzo hacer bajar la mitad cercana. Por desgracia, había cierto deterioro adicional: cuanto más alejadas estuvieran las dos mitades, más resistencia ofrecían al movimiento. Pero si se podía mover una caña, ¿por qué no una atalaya? ¿Por qué no un carruaje? ¿Por qué no *un barco entero*?

Y así, en Urithiru había centenares de personas y chulls operando un sistema de poleas conectado a un amplio entramado de gemas. Cuando soltaban dicho entramado por la pendiente del altiplano sobre el que se alzaba la torre, el barco de Navani se elevaba hacia el cielo.

Tenían otro entramado, bien protegido en las Llanuras Quebradas y atado a chulls para que tiraran de él, que podía usarse entonces para que la nave avanzara o retrocediera. El verdadero avance había sido el descubrimiento de que podían utilizar el aluminio para aislar el movimiento en un solo plano, e incluso para cambiar los vectores de fuerza. El resultado era que podían hacer que los chulls tiraran durante un rato y luego desemparejar un momento las gemas y girar a los animales para regresaran en sentido opuesto, mientras la plataforma seguía avanzando en línea recta.

Alternar entre esos dos entramados, uno para regular la altitud y el otro para controlar el desplazamiento horizontal, permitía que el barco de Navani volara.

Su barco. Su barco. Ojalá pudiera compartir la emoción con Elhokar. Aunque la mayoría de la gente recordaba a su hijo solo como el hombre que había tenido que esforzarse mucho para reemplazar a Gavilar como rey, Navani lo había conocido como el muchacho inquisitivo que adoraba los dibujos de su madre. A Elhokar siempre le habían encantado las alturas. ¡Cómo habría disfrutado de las vistas que tenían desde la cubierta!

Trabajar en aquel transporte había ayudado a Navani a superar los meses posteriores a la muerte de Elhokar. Por supuesto, no habían sido los cálculos de la propia Navani los que por fin habían convertido la nave en realidad. Habían sabido de las interacciones entre los fabriales parejos y el aluminio durante la expedición a Aimia. La plataforma tampoco era el resultado directo de sus diagramas de ingeniería, y la nave era bastante más prosaica que sus fantasiosos diseños originales.

Navani se limitaba a orientar a personas más listas que ella. Así que tal vez no merecía sonreír como una niña al ver que funcionaba. Lo hizo de todos modos.

Decidirse por un nombre la había tenido debatiéndose durante meses enteros. No obstante, al final se había basado en los puentes que ya la habían inspirado. En concreto, en el puente que muchos meses antes había rescatado a Dalinar y Adolin de una muerte segura, algo que esperaba que aquella embarcación pudiera hacer por muchos otros en situaciones igualmente apuradas.

Y así, el primer transporte aéreo que veía el mundo había recibido el nombre de *Cuarto Puente*. Con permiso del antiguo equipo del alto mariscal Kaladin, Navani había incrustado su viejo puente en el centro de la cubierta a modo de símbolo.

Navani se retiró de la barandilla y se dirigió al puesto de mando. Oyó un suspiro de alivio procedente de Velat, la cartógrafa, que se había amarrado a sí misma a la cubierta. Navani habría preferido llevar consigo a Isasik, pero el hombre había salido a una de sus expediciones para trazar mapas, en esa ocasión de la parte oriental de las Llanuras Quebradas.

Aun así, Navani disponía de una guarnición completa de científicos e ingenieros. El barbudo y canoso Falilar estaba revisando diagramas con Rushu, mientras toda una hueste de asistentes y escribas correteaba de un lado a otro, comprobando la integridad estructural o midiendo los niveles de luz tormentosa en las gemas. Llegados a ese punto, no había gran cosa que Navani pudiera hacer aparte de pasearse por ahí dándoselas de importante.

Sonrió al recordar que Dalinar le había dicho algo parecido sobre los generales en el campo de batalla, una vez el plan se había puesto en acción.

El *Cuarto Puente* se posó en el suelo y las puertas frontales del nivel inferior se abrieron para aceptar pasajeros. Una docena de Danzantes del Filo salieron hacia el pueblo. Refulgentes de luz tormentosa, avanzaban con unos andares extraños, empujándose con pies alternos mientras resbalaban con el otro. Podían deslizarse por la madera o la piedra como si fuesen hielo y daban elegantes saltos para evitar las rocas.

La última Danzante del Filo del grupo, una chica desgarbada que parecía haber crecido treinta centímetros el último año, falló el salto y tropezó contra un pedrusco grande que los demás habían esquivado. Navani cubrió su sonrisa con una mano. Ser Radiante, por desgracia, no inmunizaba a nadie contra la torpeza o la pubertad.

Los Danzantes del Filo acompañarían a los lugareños al transporte y sanarían a quienes estuvieran heridos o enfermos. Los Corredores del Viento surcaban el cielo para vigilar por si había problemas.

Para no molestar a los ingenieros ni a los soldados, Navani se acercó a Kmakl, el príncipe consorte thayleño. El marido de Fen, ya entrado en años, era un hombre de la armada y Navani había pensado que disfrutaría acompañándolos en la primera misión del *Cuarto Puente*. El príncipe le dedicó una respetuosa inclinación que hizo caer sus cejas y su largo bigote a ambos lados de la cara.

—Debes de pensar que estamos muy mal organizados, almirante —le dijo Navani en thayleño—. No tenemos cabina para el capitán y nuestro puesto de mando es solo un puñado de mesas clavadas al suelo.

—Es una nave extraña, desde luego —respondió el anciano marinero—, pero majestuosa a su propia manera. Estaba oyendo hablar a tus eruditos y calculan que la nave viaja a una velocidad media de cinco nudos.

Navani asintió. La misión había empezado como una prueba de resistencia prolongada, y de hecho ella no había estado a bordo al principio del trayecto. El *Cuarto Puente* había pasado semanas sobrevolando el océano de las Aguas Hirvientes, refugiándose de las tormentas en ensenadas y cuevas costeras. Durante ese tiempo, la única tripulación de la nave habían sido sus ingenieros y un puñado de marinos.

Luego había llegado la petición de Kaladin. ¿Les gustaría hacer una prueba más rigurosa robando un pueblo entero de Alezkar, y de paso rescatar a un infame general herdaziano? Dalinar había tomado la decisión y el *Cuarto*

Puente había virado en dirección a Alezkar.

Los Corredores del Viento habían trasladado hasta la plataforma al personal de mando, Navani incluida, y a un grupo de Radiantes esa misma mañana.

—Cinco nudos —dijo Navani—. No es demasiado rápida, comparada con tus mejores barcos.

—Perdón, brillante —replicó él—, pero esto viene a ser una barcaza inmensa, y cinco nudos son una velocidad impresionante para una barcaza, incluso si pasamos por alto que esta *vuela*. —Negó con la cabeza—. Esta nave es más rápida que cualquier ejército viajando a marchas forzadas, y aun así las tropas llegan frescas y proporciona su propio terreno elevado móvil para los arqueros de apoyo.

Navani no pudo contener una amplia sonrisa de orgullo.

—Aún quedan muchos fallos por resolver —afirmó—. Los ventiladores de atrás apenas mejoran la velocidad. Vamos a necesitar algo mejor. La mano de obra que requiere esto es descomunal.

—Si tú lo dices... —repuso él. El anciano adoptó una expresión distante, se volvió y contempló el horizonte.

—¿Almirante? —dijo Navani—. ¿Te encuentras bien?

—Es solo que estoy visualizando el fin de una era. La forma de vida que siempre he conocido, la de los océanos y la armada...

—Seguiremos necesitando armadas —dijo Navani—. Este transporte aéreo no es más que una herramienta adicional.

—Quizá, quizá. Pero imagina por un momento una flota de barcos normales sufriendo el ataque de una nave como esta desde arriba. No necesitarías arqueros entrenados. Los marineros voladores podrían soltar piedras y hundir una flota en cuestión de minutos. —Lanzó una mirada a Navani—. Querida, si estos trastos se popularizan, no serán solo las armadas lo que quede obsoleto. No sé si me alegro de ser lo bastante viejo para despedirme con cariño de mi mundo o si envidio a los jóvenes, que podrán explorar este otro mundo nuevo.

Navani se descubrió sin palabras. Quería dar ánimos al príncipe consorte, pero el pasado que Kmakl apreciaba tanto era... bueno, era como las olas en el agua. Se había disipado, engullido por el océano del tiempo. Era el futuro lo que la emocionaba a ella.

Kmakl pareció notar su titubeo y le sonrió.

—No hagas caso a las divagaciones de viejo marinero gruñón. Mira, el

Forjador de Vínculos busca tu atención. Ve y guíanos a todos hacia un nuevo horizonte, brillante. Ahí es donde hallaremos el éxito contra estos invasores.

Navani dio a Kmakl una cariñosa palmadita en el brazo y fue presurosa hacia Dalinar, que estaba por el centro de la parte delantera de cubierta. El alto mariscal Kaladin caminaba hacia él acompañado de un hombre con anteojos. Debía de ser el padre del Corredor del Viento, aunque hizo falta cierta imaginación por parte de Navani para verles el parecido. Kaladin era alto y Lirin bajito. El hombre más joven tenía aquel pelo rebelde cayendo en rizos naturales. Lirin, en cambio, estaba quedándose calvo y llevaba muy corto el pelo que le quedaba.

Sin embargo, cuando Navani llegó junto a Dalinar, miró a los ojos a Lirin y la relación paternal se hizo más evidente. Los dos tenían la misma intensidad calmada, la misma mirada un poco sentenciosa que parecía saber demasiado sobre los demás. En ese instante, Navani vio a dos hombres con una misma alma, a pesar de todas sus diferencias físicas.

—Señor —dijo Kaladin a Dalinar—. Mi padre, el cirujano.

Dalinar saludó con la cabeza.

—Lirin Bendito por la Tormenta. Es un honor.

—¿Bendito por la Tormenta? —preguntó Lirin. No se inclinó, cosa que Navani encontró muy poco diplomática teniendo en cuenta con quién hablaba.

—Había supuesto que adoptarías el nombre de la casa de tu hijo —dijo Dalinar.

Lirin miró a Kaladin, que a todas luces no le había hablado de su encumbramiento. Pero en vez de decir nada más, se volvió para hacer un respetuoso asentimiento en dirección a la nave de Navani.

—Es una creación extraordinaria —dijo Lirin—. ¿Con qué velocidad podría llevar un hospital móvil atendido por cirujanos a un campo de batalla? Las vidas que podrían salvarse de esa forma...

—Una aplicación ingeniosa —respondió Dalinar—. Aunque ahora ese trabajo suele recaer en los Danzantes del Filo.

—Oh. Claro. —Lirin se ajustó los anteojos y por fin pareció encontrar un poco de respeto por Dalinar—. Te agradezco lo que estás haciendo, brillante señor Kholin, pero ¿sabes cuánto tiempo pasará mi gente atrapada en este vehículo?

—Serán varias semanas de vuelo hasta que lleguemos a las Llanuras Quebradas —respondió Dalinar—. Pero repartiremos suministros, mantas y

otras comodidades durante el trayecto. Desempeñaréis un cometido importante al ayudarnos a aprender cómo equipar mejor estos transportes. Y además, estamos arrebatando al enemigo un centro de población importante y una comunidad granjera.

Lirin asintió, pensativo.

—¿Por qué no vas a inspeccionar los alojamientos? —propuso Dalinar—. Las bodegas no son muy lujosas, pero hay espacio suficiente para centenares de personas.

Lirin aceptó la indicación de retirarse, pero de nuevo no se inclinó ni ofreció muestra alguna de respeto antes de marcharse con paso firme.

Kaladin se quedó donde estaba.

—Mis disculpas por mi padre, señor. No le sientan bien las sorpresas.

—No pasa nada —dijo Dalinar—. No puedo ni imaginarme por lo que ha pasado esta gente en los últimos tiempos.

—Quizá aún no haya terminado del todo, señor. Me han descubierto mientras exploraba antes. Un Fusionado, de una variedad que no había visto antes, ha venido a Piedralar buscándome. Lo he ahuyentado, pero no me cabe duda de que pronto encontraremos más resistencia.

Dalinar trató de mantenerse estoico, pero Navani percibió su decepción en la curva descendente de sus labios.

—Muy bien —dijo—. Había esperado que la niebla nos ocultara, pero está claro que habría sido demasiada casualidad. Ve a informar a los demás Corredores del Viento y yo avisaré a los Danzantes del Filo para que aceleren la evacuación.

Kaladin asintió.

—Voy escaso de luz tormentosa, señor.

Navani sacó su cuaderno del bolsillo mientras Dalinar alzaba la mano y la apretaba contra el pecho de Kaladin. Hubo una tenue... distorsión del aire que los rodeaba y, por un momento, le pareció entrever Shadesmar. Otro reino de la existencia, lleno de cuentas de cristal y llamas de vela que flotaban donde deberían estar las almas de la gente. Le pareció que, por un instante fugaz, oía un tono en la lejanía. Una nota pura que vibraba a través de ella.

Desapareció al instante, pero ella apuntó sus impresiones de todos modos. Los poderes de Dalinar estaban relacionados con la composición de la luz tormentosa, con los tres reinos y, en el fondo, con la naturaleza misma de la deidad. Allí había secretos que desentrañar.

Al renovarse la luz tormentosa de Kaladin, emanaron volutas de su piel, visibles incluso a plena luz del día. Las esferas que Kaladin llevaba en los bolsillos estarían renovadas también. De algún modo, Dalinar extendía su alcance entre reinos para tocar la mismísima energía del Todopoderoso, una capacidad que antes había estado reservada solo a las tormentas y las cosas que vivían en ellas.

Con aspecto reavivado, el joven Corredor del Viento cruzó la cubierta. Se arrodilló y apoyó la mano en el sector rectangular de madera que destacaba del resto por no estar recién serrado, sino combado y con marcas de flechazos. El antiguo puente de Kaladin estaba incrustado y nivelado con el resto de la cubierta. Todos los Corredores del Viento que habían pertenecido al Puente Cuatro llevaban a cabo el mismo ritual silencioso siempre que abandonaban la nave aérea. Duró solo un momento y luego Kaladin se lanzó al aire.

Navani terminó de tomar notas y disimuló una sonrisa al descubrir a Dalinar leyendo por encima de su hombro. Seguía siendo una experiencia decididamente rara, por mucho que ella intentara animarlo.

—Ya dejó que Jasnah apunte las cosas que hago —dijo Dalinar—. Y aun así, cada vez sigues sacando ese cuaderno. ¿Qué es lo que estás buscando, gema corazón?

—Todavía no estoy segura —respondió ella—. Hay algo extraño en la naturaleza de Urithiru y creo que los Forjadores de Vínculos podrían estar relacionados con la torre, o eso se deduce de lo que hemos leído sobre los Radiantes de antaño.

Pasó a otra página y le enseñó algunos esquemas que había dibujado. La ciudad-torre de Urithiru tenía una gigantesca construcción de gemas en su núcleo, una columna de cristal, un fabrial muy distinto de cualquiera que hubiese visto jamás Navani. Cada vez estaba más convencida de que ese pilar había proporcionado energía a la torre entera, igual que aquel barco volador se movía gracias a las gemas que sus ingenieros habían engarzado dentro del casco. Pero la torre estaba estropeada y apenas funcionaba.

—Ya probé a infundir esa columna —dijo Dalinar—. No funcionó.

Dalinar podía infundir luz tormentosa en las esferas normales y corrientes, pero las gemas de la torre se le habían resistido.

—Seguro que estamos enfocando mal el problema —dijo ella—. No puedo evitar pensar que, si supiera más sobre la luz tormentosa, la solución sería sencilla.

Sacudió la cabeza. El *Cuarto Puente* era un logro extraordinario, pero Navani temía estar fracasando en una tarea más importante. Urihiru estaba en lo alto de las montañas, donde hacía demasiado frío para cultivar plantas, y aun así la torre tenía numerosos campos. La gente no solo había sobrevivido en aquel entorno hostil, sino que había medrado.

¿Cómo? Navani sabía que la torre había estado ocupada por un poderoso spren llamado el Hermano. Un spren al nivel de la Vigilante Nocturna o el Padre Tormenta, capaz de crear un Forjador de Vínculos. Tenía que dar por sentado que ese spren, o quizá alguna característica de su relación con un ser humano, había permitido que la torre funcionara. Por desgracia, el Hermano había muerto durante la Traición. Navani no estaba segura de en qué medida estaba «muerto». ¿El Hermano estaba muerto como las almas de las hojas esquirladas, que seguían vagando por ahí? Algunos spren con los que se había entrevistado decían que el Hermano «dormitaba», pero hablaban de ello como si fuese algo definitivo.

Las respuestas no eran claras y eso dejaba a Navani en aprietos, intentando comprender. Estudiaba a Dalinar y su vínculo con el Padre Tormenta, confiando en que hacerlo le proporcionaría alguna otra pista.

—Así que los alezi de verdad han aprendido a volar —dijo una voz con acento desde detrás de ellos—. Debería haberme creído las historias. Solo los vuestros son tan tercos como para intimidar a la misma naturaleza.

Navani se sobresaltó, pero su reacción llegó más lenta que la de Dalinar, que dio la vuelta con la mano en el puño de su espada y se situó de inmediato entre ella y la voz desconocida. Navani tuvo que asomarse a un lado para ver quién había hablado.

Era un hombre bajito, con un diente de menos, la nariz plana y la expresión jovial. Su capa raída y sus pantalones harapientos lo señalaban como refugiado. Estaba al lado del puesto de ingeniería de Navani, de donde había cogido el mapa que cartografiaba el rumbo del *Cuarto Puente*.

Velat, de pie en el centro de las mesas, aulló al verlo y se apresuró a arrebatar el papel al hombre.

—Los refugiados deben congregarse en las cubiertas inferiores —dijo Navani, señalando hacia la escalera.

—Me alegro por ellos —dijo el herdaziano—. Vuestro chico volador dice que aquí tenéis un sitio para mí. No sé lo que opino de servir a un alezi, la verdad. Llevo toda la vida intentando no acercarme a ninguno. —Miró a Dalinar—. A ti al que menos, Espina Negra. Sin ánimo de ofender.

«Ah», pensó Navani. Ya había oído que el Visón no era lo que la gente esperaba. Ajustó su valoración y luego miró hacia los miembros de la Guardia de Cobalto que, con retraso, habían echado a correr hacia ellos desde los lados de la nave. Parecían disgustados, pero Navani los detuvo con un gesto. Más tarde ya haría preguntas afiladas sobre cómo habían podido relajarse tanto como para permitir que ese hombre subiera inadvertido hasta el puesto de mando.

—Encuentro sabios a quienes decidieron evitar a la persona que fui una vez —dijo Dalinar al Visón—. Pero esta es una nueva era, con nuevos enemigos. Nuestras rencillas pasadas ya no tienen la menor importancia.

—¿Rencillas? —preguntó el hombre—. Conque así lo llamáis los alezi. Claro, claro. Verás, no domino del todo tu idioma. Hasta ahora me equivocaba al referirme a vuestros actos como «violar y quemar a mi pueblo».

Se sacó algo del bolsillo. Otro de los mapas de Velat. Miró hacia atrás para asegurarse de que la cartógrafo no miraba, lo desenrolló y ladeó la cabeza mientras lo inspeccionaba.

—Lo que queda de mi ejército está aislado en cuatro hondonadas distintas entre aquí y Herdaz —dijo—. Solo me quedan unos centenares de hombres. Usa tu máquina voladora para rescatarlos y luego hablaremos. El ansia de sangre alezi me ha costado muchos seres queridos con los años, pero sería idiota si no reconociera el valor que tiene poder apuntarla, como la proverbial punta de espada, hacia otra gente.

—Así se hará —prometió Dalinar.

A ella no le pasó desapercibido que Dalinar, aunque antes hubiera dicho que el *Cuarto Puente* era «el barco de Navani», estaba aceptando utilizarlo a petición del Visón sin consultarla siquiera. Navani procuraba no molestarse por cosas como esa. No era que su marido no la respetara: había demostrado en numerosas ocasiones que sí. Lo que ocurría era sencillamente que Dalinar Kholin estaba acostumbrado a ser la persona más importante —y casi siempre la más capaz— de las que lo rodeaban. Eso llevaría a cualquiera a embestir hacia delante, como una muralla de tormenta en pleno avance, tomando las decisiones necesarias sobre la marcha.

Aun así, la irritaba más de lo que jamás reconocería en voz alta.

Empezaron a llegar los primeros refugiados reales a la bodega inferior, dirigidos con delicadeza por los Danzantes del Filo. Navani se centró en el problema que tenían delante: asegurarse de que todas esas personas

estuvieran instaladas y cómodas de la manera más económica y ordenada posible. Había trazado un plan. Sin embargo, la bienvenida se interrumpió cuando Lyn, una Corredora del Viento con el pelo largo y oscuro, aterrizó de golpe en la cubierta.

—Vienen Fusionados, señor —informó a Dalinar—. Tres escuadrones al completo.

—Kaladin tenía razón, entonces —dijo él—. Con un poco de suerte, podremos alejarlos. Que las tormentas nos asistan si deciden acosar la nave a lo largo de todo el trayecto a las Llanuras Quebradas.

Ese era el temor más grave de Navani, que unos enemigos voladores pudieran atacar el transporte e incluso inhabilitarlo. Había establecido medidas al respecto, y por lo visto iba a poder presenciar su prueba inicial en persona.



Yo empleo el método arnista para extraer luz tormentosa de una gema. Consiste en acercar varias gemas grandes y vacías a la gema infusa mientras el spren está examinándola. La luz tormentosa se ve absorbida poco a poco de una gema pequeña por otra de gran tamaño y el mismo tipo, y varias de ellas actuando en conjunción pueden extraer la luz bastante deprisa. La limitación de este método, por supuesto, estriba en que no solo implica adquirir una gema para el fabrial, sino también varias más grandes para absorber la luz tormentosa.

Por fuerza existen otros métodos, como demuestran los fabriales con gemas extremadamente grandes creados por el gremio Vriztl en Thaylenah. Si su majestad aceptara exponer mi solicitud al gremio, este secreto tendría una trascendencia vital para el desarrollo de la guerra.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Cuando despertaron, Radiante se puso al mando de inmediato y evaluó la situación. Tenía la cabeza cubierta por un saco, así que nadie reparó en lo desorientada que estaba. No se movió ni un ápice para no delatarse ante sus captores. Por suerte, Shallan había fijado su tejido de luz de forma que mantuviera su rostro ilusorio incluso estando inconsciente.

Radiante no parecía estar atada, aunque alguien estaba cargando con ella al hombro. El hombre olía a chull. O quizá fuese el saco.

Su cuerpo había activado sus poderes, la había sanado y había hecho que despertara antes que si no los tuviera. A Radiante no le gustaban el subterfugio ni los fingimientos, pero confiaba en que Velo y Shallan supieran lo que hacían. Ella cumpliría con su parte: juzgar lo peligrosa que era su

situación.

Parecía estar bien, aunque incómoda. Su cabeza no dejaba de rebotar contra la espalda del hombre, haciendo que cada paso le apretara el saco contra la cara. En el fondo de su ser, sintió la satisfacción de Velo. Habían estado a punto de dar por fracasada la misión. Era bueno saber que todo el trabajo que habían hecho no había sido en vano.

¿Dónde la estarían llevando? Al final ese había resultado ser uno de los mayores misterios, saber dónde celebraban los Hijos de Honor sus pequeñas reuniones. El equipo de Shallan había logrado infiltrar a un miembro en el grupo hacía meses, pero no había resultado ser una persona lo bastante importante para que le proporcionaran la información que necesitaban. Hacía falta un ojos claros.

Sospechaban que Ialai se había hecho con el control de la secta tras la muerte de Amaram. La facción de Ialai planeaba apoderarse de la Puerta Jurada del centro de las Llanuras Quebradas. Por desgracia, Radiante no podía demostrar nada de aquello, y no actuaría contra Ialai sin tener pruebas concluyentes. Dalinar mantenía esa misma actitud, sobre todo después de lo que había hecho Adolin al marido de Ialai.

Lástima que no encontrara la forma de acabar con los dos, pensó Velo.

Eso no habría estado bien, respondió Radiante con un pensamiento. *Por aquel entonces Ialai no suponía una amenaza para él.*

Shallan no estaba de acuerdo con ella y, por supuesto, Velo tampoco, así que Radiante no insistió. Con un poco de suerte, Patrón estaría siguiéndola a distancia, según sus instrucciones. Cuando el grupo se detuviera y comenzara la iniciación de Radiante en la secta, el spren traería a Adolin y sus soldados por si era necesario sacarla de allí.

Al cabo de un tiempo sus captores se detuvieron y unas manos rudas la bajaron del hombro. Cerró los ojos y se obligó a permanecer flácida mientras la dejaban en el suelo. Piedra mojada y resbaladiza, en algún lugar fresco. Le quitaron el saco y captó un olor acre. Como tardaba en moverse, alguien le vació un cubo de agua en la cabeza.

Había llegado el momento de que Velo tomara el control. Fingió despertar con un respingo, descartando su primera reacción instintiva, que era coger un puñal y cargarse a quienquiera que la hubiese empapado. Velo se secó los ojos con la manga de la mano segura y vio que estaba en un sitio frío y húmedo. Las plantas que había en las paredes de piedra se habían retraído con el ajetreo y el cielo era una grieta lejana en lo alto. Había muchas plantas

gruesas y enredaderas en torno a las cuales flotaban vidaspren.

Estaba en un abismo. ¡Por el aliento de Kelek! ¿Cómo habían bajado a los abismos cargando con ella sin que nadie los viera?

A su alrededor había un grupo de personas ataviadas con túnicas negras, cada una sosteniendo en la palma de la mano un brillante broam de diamante. Parpadeó, deslumbrada. Los capuchones que llevaban parecían bastante más cómodos que su saco. Las túnicas tenían bordado el Doble Ojo del Todopoderoso, y Shallan tuvo un pensamiento fugaz sobre la costurera a la que hubieran contratado para hacer todo ese trabajo. ¿Qué le habrían dicho? «Pues sí, sí, queremos veinte túnicas idénticas y misteriosas, con antiguos símbolos arcanos cosidos. Son para... para fiestas.»

Obligándose a interpretar al personaje, Velo alzó unos ojos maravillados y confusos antes de retroceder asustada contra la pared del abismo, espantando a un cremlino de oscura coloración púrpura.

Un hombre de la primera fila fue el primero en hablar, con voz profunda y resonante.

—Chanasha Hasareh, tienes un nombre magnífico y respetable. En honor al legado de Chanaranach’Elin, la Heraldo del Hombre Corriente. ¿De verdad anhelas el regreso de los Heraldos?

—Eh... —Velo alzó la mano para escudarse de la luz de las esferas—. ¿Qué es esto? ¿Qué está pasando?

«¿Y cuál de vosotros es Ialai Sadeas?»

—Somos los Hijos de Honor —dijo otra persona. Mujer en esa ocasión, pero no Ialai—. Es nuestro juramento y nuestro deber sagrado favorecer el regreso de los Heraldos, el regreso de las tormentas y el regreso de nuestro dios, el Todopoderoso.

—Yo... —Velo se lamió los labios—. No lo entiendo.

—Lo harás —dijo la primera voz—. Hemos estado observándote, y concluimos que tu pasión es digna. ¿Deseas derrocar al falso rey, al Espina Negra, y que el reino vuelva como debe a los altos príncipes? ¿Deseas que la justicia del Todopoderoso caiga sobre los malvados?

—Por supuesto —respondió Velo.

—Excelente —dijo la mujer—. Nuestra fe en ti era acertada.

Velo estaba bastante segura de que se trataba de Ulina, una mujer del círculo interno de Ialai. Había empezado siendo una escriba ojos claros poco importante, pero estaba medrando con gran rapidez en la nueva dinámica del poder en los campamentos de guerra.

Por desgracia, si Ulina estaba allí, era improbable que también estuviera Ialai. La alta princesa acostumbraba a enviar a Ulina para hacer las cosas que no le apetecían a ella. Lo cual indicaba que Velo había fracasado al menos en uno de sus objetivos: no había logrado que «Chanasha» pareciera lo bastante importante para merecer una atención especial.

—Nosotros somos quienes provocaron el regreso de los Radiantes —dijo el hombre—. ¿No te has preguntado por qué aparecieron? ¿Por qué está ocurriendo todo esto, la tormenta eterna, el despertar de los parshmenios? *Nosotros* lo orquestamos todo. *Nosotros* somos los grandes arquitectos del futuro de Roshar.

A Patrón le habría encantado esa mentira. A Velo le supo a poco. Una buena mentira, una de las deliciosas, tenía que insinuar la oculta grandeza de secretos aún más recónditos. Sin embargo, aquella era el embuste tabernero de un borracho muy venido a menos, tratando de suscitar la suficiente lástima para que alguien le invitara a una copa. Despertaba más pena que interés.

Mraize les había hablado de ese grupo y sus esfuerzos para hacer que regresaran los Heraldos, que en realidad nunca habían desaparecido. Gavilar los había manipulado y había aprovechado los recursos y el fanatismo de la secta para sus propios intereses. Durante esa breve época, habían movido muchos hilos en el mundo.

Pero gran parte de esa gloria había decaído cuando murió el antiguo rey, y Amaram había dilapidado la que quedaba. Aquellos restos dispersos no eran arquitectos de ningún futuro. Eran un cabo suelto, y hasta Radiante coincidía en que aquella tarea, encomendada tanto por Dalinar como por Mraize en secreto, era digna. Había llegado el momento de acabar con los Hijos de Honor de una vez por todas.

Velo alzó la mirada hacia los sectarios, manteniendo un cuidadoso equilibrio entre apparentar cautela y adulgarlos.

—Los Radiantes. ¿Sois Radiantes?

—Somos algo más grandioso —dijo el hombre—. Pero antes de que te revelemos más, debes ser iniciada.

—Agradezco cualquier oportunidad de servir —les aseguró Velo—, pero esto... es muy repentino. ¿Cómo sé que no sois agentes del falso rey tendiendo una trampa a personas como yo?

—Todo quedará claro a su debido tiempo —dijo la mujer.

—¿Y si insisto en que necesito pruebas? —preguntó Velo.

Las figuras se miraron entre ellas. Velo tenía la sensación de que no habían

encontrado demasiada resistencia en sus anteriores reclutamientos.

—Nosotros servimos a la legítima reina de Alezkar —dijo por fin la mujer.

—¿Ialai? —preguntó Velo con un hilo de voz—. ¿Está aquí?

—Antes, la iniciación —dijo el hombre, haciendo un gesto a otros dos encapuchados.

Se acercaron ambos a Velo. Uno era un hombre alto cuya túnica le llegaba solo a media pantorrilla. Se pasó de brusco al cogerla por los brazos eizarla para luego volver a colocarla en el suelo de rodillas.

«Acuérdate de este», pensó Velo mientras el otro encapuchado sacaba un dispositivo resplandeciente de un saco negro. El fabrial tenía incrustados dos brillantes granates y mostraba una serie de complicados bucles de alambre.

Shallan estaba muy orgullosa de aquel diseño. Y aunque a Velo al principio le había parecido un poco ostentoso, tenía que reconocer que era lo adecuado para ese grupo. Parecían confiar en él sin fisuras cuando lo apuntaron hacia ella y pulsaron unos botones. Los granates se oscurecieron y la persona que estaba utilizándolo proclamó:

—No lleva ninguna ilusión.

Venderles aquel aparato había sido divertido y delicioso. Disfrazada de mística, Velo había utilizado el dispositivo para «desenmascarar» a otro de sus Tejedores de Luz en un engaño meticulosamente planeado. Después Velo les había cobrado el doble de lo que pretendía Shallan, y ese precio exagerado había tenido como único efecto que los Hijos creyeran incluso más en su poder. Que el Todopoderoso los bendijera.

—¡Vamos a iniciarte! —exclamó el hombre—. Jura que ayudarás a restaurar a los Heraldos, la iglesia y al Todopoderoso.

—Lo juro —dijo Velo.

—Jura que servirás a los Hijos de Honor y defenderás su obra sagrada.

—Lo juro.

—Jura lealtad a la verdadera reina de Alezkar, Ialai Sadeas.

—La juro.

—Jura que no sirves a los falsos spren que se inclinan ante Dalinar Kholin.

—Lo juro.

—¿Lo ves? —dijo la mujer, mirando a un compañero suyo—. Si hubiera sido una Radiante, no podría haber jurado en falso.

«Ay, dulce y suave brisa —pensó Velo—. Bendita inocencia. No todos somos Forjadores de Vínculos o cosas por el estilo.» Para los Corredores del Viento o los Rompedores del Cielo quizá fuese un problema ir dejando caer

por ahí promesas falsas, pero la orden de Shallan se cimentaba precisamente en la idea de que todo el mundo mentía, sobre todo a sí mismos.

Ella no podía incumplir un juramento hecho a su spren sin afrontar las consecuencias. Pero ¿a aquella panda de despojos humanos? Lo haría sin dudarlo ni un momento, aunque Radiante sí que expresó cierta insatisfacción.

—Levántate, hija de Honor —dijo el hombre—. Ahora debemos cubrirte la cabeza de nuevo y devolverte al lugar del que te tomamos. Mas no temas: uno de nosotros se pondrá en contacto contigo pronto para darte más instrucciones y entrenamiento.

—Esperad —dijo Velo—. La reina Ialai. Tengo que verla para demostrarle a mí misma a quién sirvo.

—Quizá termines ganándote ese privilegio —repuso la mujer en tono engreído—. Sírvanos bien y obtendrás mayores recompensas.

Estupendo. Velo se mentalizó para lo que significaba aquello: aún más tiempo en esos campamentos de guerra, haciendo pasar por una quisquillosa ojos claros, ascendiendo despacio y con cautela dentro del grupo. Sonaba espantoso.

Por desgracia, Dalinar estaba preocupado de verdad por la creciente influencia de Ialai. Aquella pequeña secta quizás fuese chabacana y sobreactuada, pero no les convenía permitir que una presencia militar creciera a sus anchas. No podían arriesgarse a otro incidente como la traición de Amaram, que había costado miles de vidas.

Además, Mraize consideraba peligrosa a Ialai. Eso ya era suficiente indicación para Velo de que había que derribar a esa mujer. De modo que tendría que seguir trabajando en ello, y en consecuencia también tendrían que buscar más formas de colar a Adolin en la zona para que pasara tiempo con Shallan. La pobre chica se marchitaba si no recibía la adecuada atención amorosa.

Por su bien, Velo hizo otro intento.

—No sé si es sabio esperar tanto —dijo a los demás mientras el hombre alto se disponía a ponerle de nuevo el saco—. Deberíais saber que tengo contactos en el círculo interno de Dalinar Kholin. Puedo proporcionaros información sobre sus planes, si tengo el incentivo correcto.

—Para eso ya habrá tiempo —respondió la mujer—. Más adelante.

—¿No queréis saber lo que planea?

—Ya lo sabemos —dijo el hombre con una risita—. Tenemos una fuente mucho más próxima a él que tú.

Un momento.

Un momento.

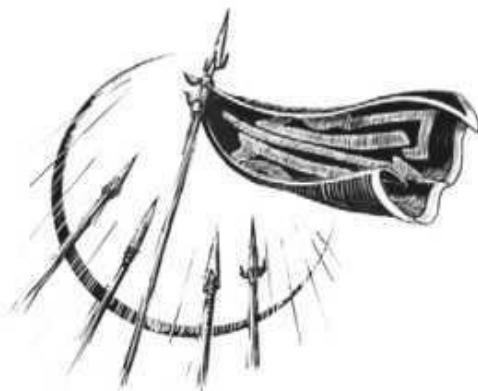
Shallan se alertó. ¿Tenían a alguien cerca de Dalinar? Quizá estuvieran mintiendo, pero... ¿podía arriesgarse?

Tenemos que hacer algo, pensó. Si Ialai tenía a algún agente en el círculo íntimo de Dalinar, podría constituir una amenaza mortal. Ya no tenían tiempo para que Velo siguiera infiltrándose poco a poco hasta llegar a la cima. Tenían que saber quién era ese espía *ya mismo*.

Velo retrocedió, cediendo el control a Shallan. Radiante sabía luchar y Velo sabía mentir. Pero si necesitaban resolver un problema deprisa, era el turno de Shallan.

—Esperad —dijo Shallan, levantándose y apartando las manos del hombre que intentaba encasquetarle el saco en la cabeza—. No soy quien vosotros creéis.

LANZAS ROTAS



Si la luz tormentosa se extrae de una gema con la suficiente celeridad, un spren que esté cerca puede verse absorbido al interior de la gema. Este efecto lo provoca un efecto similar al diferencial de presión, creado por la repentina retirada de luz tormentosa, aunque las bases científicas de ambos fenómenos no son idénticas.

El resultado es un spren capturado, que entonces puede manipularse a voluntad.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Los Corredores del Viento se elevaron alrededor de Kaladin en formación defensiva. Se quedaron flotando como no podría haberlo hecho jamás ninguna anguila aérea: inmóviles, equidistantes.

Debajo de ellos, pese al caos de la evacuación, los refugiados se detuvieron para alzar la mirada a través de los asombrosospren hacia los centinelas de azul. La forma en que los Corredores del Viento descendían en picado y se ladeaban para virar tenía algo natural, pero otra cosa muy diferente era enfrentarse a la visión surrealista de un pelotón de soldados colgando del cielo como si estuvieran sostenidos por alambres.

La niebla se había disipado casi del todo, por lo que Kaladin alcanzaba a ver sin problemas a los Celestiales que avanzaban en la lejanía. La ropa de combate de los enemigos era de colores sólidos, apagados salvo por algún

carmesí vivo de vez en cuando. Llevaban túnicas que ondeaban varios palmos tras ellos, incluso en batalla. No serían nada prácticas para caminar, pero ¿para qué caminar si podían volar?

Habían aprendido mucho sobre los Fusionados gracias a la Heraldo Ash. Cada uno de aquellos Celestiales era una entidad antiquísima: se había sacrificado a cantores normales que entregaban sus cuerpos y sus vidas para albergar el alma de un Fusionado. Los enemigos se aproximaban portando lanzas largas, y Kaladin les envidió su forma de moverse con el viento. Lo hacían como si fuese su naturaleza, como si no solo hubieran reclamado el cielo como Kaladin, sino que hubieran nacido para él. Su elegancia lo hacía sentir a él como un pedrusco que alguien hubiera lanzado brevemente al aire.

Tres escuadrones significaban cincuenta y cuatro soldados. ¿Estaría Leshwi entre ellos? Kaladin esperaba que sí, porque tenían que volver a enfrentarse. No estaba seguro de poder reconocerla, dado que había muerto la vez anterior. El mérito de esa hazaña no le correspondía a él, sino a Cuerda, la hija de Roca, que había hecho un gran disparo con su arco esquirlado.

—Tres escuadrones no son tantos como para que necesitemos a todo el mundo —dijo Kaladin a los demás—. Los escuderos por debajo del grado CP4, descendieron al suelo para proteger a los civiles, y no os enfrentéis a ningún Fusionado a menos que os ataquen primero. Los demás, protocolo primario de enfrentamiento.

Los Corredores del Viento más novatos se dejaron caer a la nave con evidente mala gana, aunque tenían la disciplina suficiente como para no protestar. Al igual que todos los escuderos, incluidos los más expertos a los que había permitido mantenerse en el aire, ese grupo no había vinculado a sus propios spren y, en consecuencia, dependían de tener cerca a un caballero Corredor del Viento de pleno derecho para sus poderes.

Kaladin tenía a unos trescientos Corredores del Viento a aquellas alturas, aunque solo alrededor de cincuenta caballeros completos. Casi todos los miembros originales supervivientes del Puente Cuatro habían vinculado ya a un spren, igual que muchos de la segunda oleada, los que se habían unido a él poco después de trasladarse al campamento de Dalinar. Incluso algunos del tercer grupo, los que se habían incorporado a los Corredores del Viento ya en Urithiru, habían encontrado a un spren con el que vincularse.

Sin embargo, por desgracia, el progreso se había detenido ahí. Kaladin tenía a hombres y mujeres haciendo cola para avanzar y pronunciar sus juramentos, pero no lograban encontrar a honorables dispuestos a ello. En

esos momentos, que Kaladin supiera, había solo uno que deseara formar un vínculo y no lo hubiera hecho.

Pero eso era otro problema, para otro momento.

Lopen y Drehy ascendieron a ambos lados de Kaladin, flotando despacio, mientras cobraban forma unas brillantes lanzas esquirladas en su manos extendidas. Kaladin alzó el brazo, asíó su propia lanza cuando esta se materializó a partir de la niebla y luego echó el brazo adelante. Sus Corredores del Viento se disgregaron, volando en distintas direcciones para recibir a los Celestiales que se acercaban.

Kaladin esperó. Si Leshwi formaba parte de aquella fuerza atacante, acabaría viendo a Kaladin. Por delante, los primeros Celestiales encontraron a los Corredores del Viento y les presentaron sus lanzas en desafío. Los gestos eran propuestas de combate singular, que los soldados de Kaladin aceptaron en vez de atacar al enemigo en grupo. Un lego en la materia quizá lo encontraría raro, pero Kaladin había concluido que era mejor aprovechar las costumbres de los Celestiales y sus métodos de lucha antiguos... o arcaicos, según a quién se preguntara.

Los dúos de Corredores del Viento y Fusionados se fueron apartando para iniciar sus competiciones de habilidad. El enfrentamiento resultante era como ver dos corrientes de agua estrellándose entre sí y salpicando a los lados. Al poco tiempo, todos los Corredores del Viento estaban combatiendo y solo quedaba atrás un puñado de Fusionados.

En las escaramuzas a pequeña escala, los Celestiales preferían esperar la ocasión de combatir uno contra uno, en vez de atacar juntos al enemigo. No siempre era sí, y Kaladin se había visto obligado dos veces a luchar contra varios adversarios a la vez, pero cuanto más se enfrentaba a aquellas criaturas, más respetaba sus costumbres. No había esperado hallar honor entre las tropas enemigas.

Al estudiar a los Fusionados que aún no estaban combatiendo, sus ojos se fijaron en una en concreto. Era una mujeren alta con un marcado patrón rojo, blanco y negro en la piel, veteado como una mezcla turbulenta de tres tonos de pintura. Aunque sus rasgos eran distintos, el patrón se parecía mucho al de siempre. Además había algo en su ademán y en cómo llevaba la melena carmesí y negra.

La mujeren lo vio, sonrió y le presentó la lanza. En efecto, era Leshwi. Una líder entre los Fusionados, con la suficiente categoría para que los demás le guardaran deferencia pero no tanta como para quedarse atrás en las batallas.

Una condición similar a la del propio Kaladin. Él presentó también su lanza.

La Fusionada voló hacia arriba y Kaladin se apresuró a seguirla. Mientras lo hacía, más abajo se expandió un estallido de luz. Durante un fugaz instante, Kaladin captó un atisbo de Shadessmar y se vio ascendiendo en un cielo negro salpicado de extrañas nubes que fluían como en una calzada.

Una oleada de poder recorrió el campo de batalla e hizo que sus Corredores del Viento se iluminaran de sopetón. Dalinar había abierto por completo una perpendicularidad, convirtiéndose en un reservorio de luz tormentosa que renovaría al instante a cualquier Radiante que tuviera cerca. Era una ventaja significativa, y uno de los motivos por los que seguían arriesgándose a llevar con ellos al Forjador de Vínculos en las misiones.

La luz tormentosa bulló en el interior de Kaladin mientras volaba persiguiendo a Leshwi. La Fusionada llevaba ropa de tela blanca y roja que ondeaba tras ella, un poco más larga que las vestiduras de los demás. Fluyó en reacción a sus movimientos curvándose casi como un líquido cuando Leshwi viró en bucle, apuntó su lanza en dirección a Kaladin y descendió en picado hacia él.

Los Corredores del Viento bien entrenados tenían varias ventajas importantes en aquellos enfrentamientos. Podían desarrollar mucha más velocidad que los Celestiales y disponían de armas esquirladas. Quizá cabría pensar que esas ventajas eran insuperables, pero los Celestiales eran seres antiguos, expertos y astutos. Habían tenido *milenios* para practicar con sus poderes, y podían volar indefinidamente sin que se les agotara la luz del vacío. Solo la invertían en sanarse y, según había oído Kaladin, en realizar algún enlace muy de vez en cuando.

Y por supuesto, los Fusionados tenían una ventaja singular y terrible contra la gente de Kaladin: eran inmortales. Si se los mataba, renacerían en la siguiente tormenta eterna. Podían permitirse una temeridad que a Kaladin le estaba vedada. Cuando Leshwi y él por fin entablaron combate, haciendo entrechocar sus lanzas y gruñendo al intentar superar el arma del otro para clavarle la propia, Kaladin fue quien se vio obligado a apartarse primero.

La lanza de Leshwi estaba recubierta de un metal plateado que resistía los cortes de una hoja esquirlada. Y lo más importante era que tenía una gema engarzada en la base. Si el arma alcanzaba a Kaladin, la gema absorbería su luz tormentosa y lo dejaría incapaz de sanar: una herramienta que podía resultar mortífera contra un Radiante, incluso estando infundido por la perpendicularidad de Dalinar.

En el momento en que Kaladin se apartó, Leshwi se lanzó más hacia el suelo, dejando una aleteante estela. Él la siguió enlazándose hacia abajo y cayó a plomo a través del campo de batalla. Era un caos hermoso, en el que cada pareja danzaba en su propio combate individual. Leyten pasó como una exhalación justo por encima de él, persiguiendo a un Celestial vestido de gris azulado. Cikatriz volaba por debajo y estuvo a punto de colisionar contra Kara justo en el momento en que ella hería a su oponente.

El aire se llenó de sangre naranja de cantor. Unas gotas salpicaron la frente de Kaladin y otras lo siguieron en su picado hacia el suelo. Kara aún no podía invocar un arma esquirlada, aunque Kaladin estaba seguro de que a esas alturas ya habría podido pronunciar el Tercer Ideal. Si tuviera un spren.

Kaladin remontó el vuelo cerca del suelo, casi rozando la piedra mientras llovía sangre naranja a su alrededor. Por delante de él, Leshwi volaba rasante y pasó entre un grupo de refugiados que estallaron en gritos.

Kaladin la siguió pasando como una centella entre Leven el zapatero y su esposa. Sus chillidos de horror, sin embargo, hicieron que aflojara. No podía arriesgarse a chocar contra civiles. Se elevó hacia un lado y se ralentizó hasta detenerse en el aire, observando, anticipándose.

Lopen pasó volando cerca.

—¿Estás bien, gancho? —gritó a Kaladin.

—Estoy bien —respondió Kaladin.

—¡Puedo luchar yo contra ella si quieres un descanso!

Leshwi emergió por el otro lado y Kaladin dejó de prestar atención a Lopen para lanzarse tras ella. Leshwi y él pasaron rozando los edificios de las afueras del pueblo, haciendo temblar los postigos para tormentas. Descartó la lanza y Syl apareció cerca de su cabeza como una cinta de luz. Kaladin controlaba su dirección general con enlaces, usando las manos, los brazos y los contornos de su cuerpo para afinar el movimiento. Tener tanto aire rugiendo a su alrededor le permitía esculpir la trayectoria, casi como si estuviera nadando.

Incrementó su velocidad con otro enlace, pero Leshwi lo esquivó descendiendo de nuevo entre la muchedumbre. La imprudencia de la Fusionada estuvo a punto de costarle cara cuando pasó junto a un grupo que estaba protegido por Godeke. El Danzante del Filo fue un poco demasiado lento y su hoja esquirlada solo llegó a cortarle la punta de la túnica que ondeaba tras ella.

Después de eso, Leshwi evitó a la gente, aunque permaneció cerca del

suelo. La Celestial no volaba tan rápido como un Corredor del Viento, de modo que se dedicó a dar giros repentinos y a rodear obstáculos. Eso obligaba a Kaladin a moderar su velocidad y le impedía aprovechar una de sus mayores ventajas.

Persiguió a su adversaria, disfrutando de la cacería en parte por lo bien que volaba Leshwi. La Fusionada volvió a virar, esa vez en dirección al *Cuarto Puente*. Aminoró mientras pasaban pegados al lateral del enorme vehículo y se dedicó a escrutar atenta la construcción de madera.

«Está intrigada por la nave aérea —pensó Kaladin, siguiéndola—. Seguro que quiere reunir toda la información que pueda sobre ella.» En las conversaciones de Jasnah con los Heraldos, que llevaban vivos miles de años, habían descubierto que a ellos también los asombraba aquella creación. Por increíble que pareciera, los artifabrianos modernos habían descubierto cosas que ni siquiera los Heraldos habían conocido.

Kaladin abandonó la persecución un momento y se elevó por encima de la gigantesca plataforma. Vio a Roca de pie en un lado del vehículo con su hijo, repartiendo agua a los refugiados. Cuando Roca vio a Kaladin haciendo gestos, el fornido comecuernos cogió una lanza que tenía cerca y la enlazó para enviarla por los aires. El arma salió despedida hacia Kaladin, que la asió antes de enlazarse a sí mismo hacia Leshwi.

Volvió a ponerse a su cola mientras ella se elevaba en un bucle muy cerrado. Era frecuente que la Fusionada intentara agotar a Kaladin obligándolo a hacer maniobras complejas antes de aproximarse para combatir cuerpo a cuerpo.

Syl, que volaba al lado de Kaladin, miró la lanza que Roca le había enviado. A pesar del viento ensordecedor, Kaladin oyó su bufido de desprecio. Pero en fin, a Syl era imposible infundirle luz tormentosa. Intentar introducir luz en ella era como tratar de llenar una copa que ya rebosara de agua.

Los siguientes cambios de rumbo pusieron muy a prueba las capacidades de Kaladin mientras Leshwi hacía picados y trazaba curvas por el campo de batalla. La mayoría de los demás combatientes estaban inmersos en duelos directos, luchando con lanzas u hojas esquirladas. Algunos se perseguían entre sí, pero ninguno se veía obligado a seguir unas trayectorias tan complicadas como las de Kaladin.

Se concentró. Los demás luchadores se redujeron a meros obstáculos en el aire. Su ser al completo, la totalidad de su atención, se enfocó en dar caza a la

silueta que tenía delante. El rugido del aire pareció desvanecerse y Syl salió disparada por delante de él, dejando atrás una estela de luz, una baliza para que Kaladin la siguiera.

Del cielo emergieron vientospren que entraron en formación a su lado mientras Kaladin trazaba una curva cerrada que le atenazó las entrañas, escorándose hacia una Leshwi que pasó como una flecha entre Cikatriz y otro Fusionado. Kaladin la siguió por el espacio que dejaban las dos lanzas, evitó por los pelos que se le clavaran y luego se enlazó para rodearlas hacia Leshwi. Sudando, apretó los dientes por la fuerza del giro.

Leshwi le lanzó una mirada hacia atrás y descendió en picado. Iba a dar otra pasada junto al *Cuarto Puente*.

«Ahora», pensó Kaladin, e infundió luz en su arma mientras giraba hacia abajo tras Leshwi. La lanza intentó separarse de su mano, pero Kaladin la retuvo incluso mientras la proyectaba hacia delante. Cuando Leshwi estuvo cerca del suelo, por fin soltó el arma, que salió disparada hacia ella.

Pero por desgracia, Leshwi miró atrás en el momento preciso, lo que le permitió esquivar por los pelos la lanza. El arma dio contra el suelo y se astilló, la punta incrustada en el asta. Leshwi ascendió con una maniobra imponente y pasó zumbando cerca de Kaladin, que se desconcentró un momento y estuvo a punto de estamparse de lleno contra las piedras.

Raspó contra el suelo en un aterrizaje duro, tanto que se habría roto huesos de no ser por la luz tormentosa, soltó una palabrota y miró hacia arriba. Leshwi se perdió de vista en la contienda, dejándolo atrás con una exultante maniobra de tirabuzón en el cielo. La Fusionada parecía disfrutar zafándose de él cuando podía.

Kaladin gimió y sacudió la mano con la que había dado contra el suelo. Su luz tormentosa le curó el esguince en cuestión de segundos, pero siguió notando el dolor en una especie de reflejo, como el eco que deja en la mente un sonido fuerte después de haber pasado por los oídos.

Syl apareció en el aire junto a él con la forma de una joven, brazos en jarras.

—¡Y no te atrevas a volver! —gritó a la Fusionada que se había marchado—. O te... hum... ¡O se nos ocurrirá otra cosa más ofensiva que decirte! —Volvió la mirada hacia Kaladin—. ¿Verdad?

—Podrías haberla atrapado —dijo Kaladin— si estuvieras volando sola, sin mí.

—Sin ti sería tonta como una piedra. Y tú sin mí volarías igual que una.

Creo que a ninguno de los dos nos conviene preocuparnos de lo que podríamos hacer sin el otro. —Syl se cruzó de brazos—. Además, ¿qué iba a hacer si la atrapara? ¿Mirarla mal? Te necesito para la parte de las puñaladas.

Kaladin se puso en pie con un gruñido. Un momento después, un Radiante de barba blanca descendió flotando cerca. Era extraño lo distinto que podía ser algo tras solo un pequeño cambio de perspectiva. Teft siempre había sido... desastrado. La barba un poco desarapada, la piel un poco curtida, el carácter mucho de ambas cosas.

Pero allí, flotando en el cielo, con el brillo de la luz tormentosa haciendo relucir su barba, parecía un ser divino. Como un dios sabio salido de las historias que contaba Roca.

—Kaladin, chaval —dijo Teft—, ¿estás bien?

—Bien.

—¿Seguro?

—Que sí. ¿Cómo está el campo de batalla?

—Sobre todo son combates rápidos —informó Teft—. No tenemos bajas de momento, gracias a Kelek.

—Están más interesados en inspeccionar el *Cuarto Puente* que en matarnos —dijo Kaladin.

—Ah, pues tiene sentido —convino Teft—. ¿Quiere que intentemos impedírselo?

—No. Los fabriales de Navani están ocultos en la bodega. Dar unas cuantas pasadas no revelará nada al enemigo. —Kaladin observó el pueblo y luego analizó el campo de batalla aéreo. Eran choques rápidos, tras los que los Celestiales solían retirarse deprisa—. No están lanzando un asalto pleno, sino poniendo a prueba nuestras defensas y examinando la máquina voladora. Haz que se difunda. Que nuestros Corredores del Viento se lancen en persecuciones con el enemigo y que luchen a la defensiva. Minimicemos nuestras bajas.

Teft saludó mientras otro grupo de lugareños embarcaba en la nave. Los dirigía Roshone, y el viejo fanfarrón parecía preocupado por la gente que tenía a su cargo. Tal vez hubiera recibido clases de interpretación con los Tejedores de Luz.

Sobre la cubierta de la nave, Dalinar refulgía con una luz casi impenetrable. Aunque no era la enorme columna fulgurante que había creado la primera vez que hiciera aquello, el brillo que emanaba seguía siendo tan intenso que costaba mirarlo directamente.

En ocasiones anteriores, los Fusionados habían concentrado sus esfuerzos en Dalinar. Pero ese día revoloteaban en torno a la nave sin tratar de atacar al Forjador de Vínculos. Los asustaba por motivos que nadie comprendía aún, y solo emprendían asaltos directos contra él si contaban con una abrumadora superioridad numérica y apoyo de tropas terrestres.

—Transmitiré la orden —dijo Teft a Kaladin, pero parecía estar dudando sobre él—. ¿Seguro que estás bien, chaval?

—Estaría mejor si dejaras de preguntármelo.

—De acuerdo, pues.

Teft salió disparado hacia el cielo.

Kaladin se sacudió el polvo y miró a Syl. Primero Lopen y luego Teft, comportándose como si Kaladin fuese alguien frágil. ¿Syl habría pedido a los demás que cuidaran de él? ¿Solo porque últimamente se notaba un pelín cansado?

En fin, no tenía tiempo para esas bobadas. Se acercaba un Celestial con la túnica roja ondeando y la lanza tendida en su dirección. No era Leshwi, pero Kaladin aceptó encantado el desafío. Necesitaba echar a volar otra vez.

Los sectarios se quedaron muy quietos y miraron a Shallan por los agujeros de sus capuchones. En el abismo se hizo el silencio, salvo por el ruido de cremlinos corriendo. Hasta el hombre alto del saco dejó de moverse, aunque eso no era tan sorprendente. Estaría esperando a que ella tomara la iniciativa.

«No soy quien vosotros creéis», les había dicho Shallan, dando a entender que se disponía a hacer una revelación sorprendente.

Más valía que se le ocurriera alguna.

Tengo mucha curiosidad por saber adónde vas con esto, le dijo Radiante con un pensamiento.

—No soy solo una mercader —dijo Shallan—. Es evidente que aún no confiáis en mí, y supongo que hay cosas en mi forma de vida que os han extrañado. Queréis una explicación, ¿verdad?

Los dos líderes de los sectarios se miraron entre ellos.

—Por supuesto —dijo la mujer—. Sí, no deberías haber intentado ocultarnos cosas.

Recuerda a Adolin, pensó Radiante. *Montar un alboroto podría ser peligroso en términos tácticos*.

Shallan había dicho a Adolin y a Patrón, que quizá estuvieran observándola

en esos momentos, que si corría peligro crearía una distracción para que pudieran atacar. Intentarían capturar a los sectarios, pero quizás así perdieran la oportunidad de apresar a Ialai.

Con un poco de suerte, comprenderían que Shallan no corría peligro, sino que intentaba sacar información a esa gente.

—¿No os habéis preguntado por qué a veces desaparezco de los campamentos de guerra? ¿Ni por qué soy mucho más rica de lo que debería? Tengo un segundo negocio, uno clandestino. Con la ayuda de mis agentes en Urithiru, he estado copiando los diagramas que desarrollan los artifabrianos de los Kholin.

—¿Diagramas? —preguntó la mujer—. ¿Como cuáles?

—Supongo que os habréis enterado de la enorme plataforma voladora que partió desde Narak hace unas semanas. Tengo los planos. Sé exactamente cómo se construyó. Ya he vendido algunos diagramas de fabriales más pequeños a compradores natanos, pero nada que esté al nivel de esto. Llevo un tiempo buscando un comprador con los medios suficientes para adquirir este secreto.

—¿Vendes secretos militares? —preguntó el sectario varón—. ¿A otros reinos? ¡Eso es alta traición!

Dijo el hombre del capuchón ridículo que intenta derrocar la monarquía Kholin, pensó Velo. Hay que ver cómo es esta gente.

—Solo sería traición si aceptáramos a la familia de Dalinar como dirigentes legítimos —le dijo Shallan—. Yo no lo hago. Pero si de verdad queremos ayudar a que la casa Sadeas se reivindique... estos secretos podrían valer miles de broams. Estoy dispuesta a compartirlos con la reina Sadeas.

—La llevaremos con ella —decidió la mujer.

Radiante le dedicó una mirada calculada, directa y tranquila. Una mirada de líder, una que Shallan había bosquejado una docena de veces mientras observaba a Dalinar relacionándose con gente. Era la mirada de alguien que ostenta el poder sin necesitar decirlo.

«No me arrebatarás esto —decía la mirada—. Si deseas obtener favor por haber estado involucrada en esta revelación, será ayudándome, no apoderándote de él.»

—Sin duda, algún día esto podría... —empezó a decir el hombre.

—Enséñamelo —ordenó la mujer, interrumpiéndolo.

Picaste, pensó Velo. Habéis hecho muy buen trabajo las dos.

—Llevo una parte de los planos en mi cartera —reveló Shallan.

—Hemos registrado la cartera —dijo la mujer, e hizo una seña a otro sectario para que la acercara—. No había ningún plano.

—¿Me creéis tan tonta como para guardarlos donde puedan encontrarse? —preguntó Shallan mientras cogía la bolsa.

Rebuscó en su interior y, con disimulo, aspiró una rápida bocanada de luz tormentosa mientras sacaba un pequeño cuaderno. Pasó a una de las últimas páginas y luego sacó un carboncillo. Antes de que los otros pudieran amontonarse a su alrededor, exhaló con cautela y colocó un tejido de luz. Por suerte, le habían pedido ayuda con los diagramas, porque a Shallan se le daba fatal crear un tejido de luz de algo que no hubiera dibujado antes.

Cuando los líderes sectarios se hubieron colocado detrás de ella para mirar sobre su hombro, Shallan ya tenía la ilusión en su sitio. Al frotar con delicadeza el carboncillo por la página, pareció empezar a revelarse un diagrama oculto.

Te toca, dijo Shallan, y Velo la reemplazó.

—Hay que trazar el diagrama en un papel colocado encima de este —explicó Velo—, apretando mucho. Así se queda marcado debajo, para que lo revele el roce del carboncillo. Esto no es el diseño completo, claro, sino solo lo que llevo encima como prueba para posibles compradores.

Shallan sintió una pequeña punzada de orgullo por la complicada ilusión. Fue apareciendo exactamente como ella quería, revelando como por arte de magia una compleja sucesión de líneas y anotaciones en la página a medida que pasaba el carboncillo.

—No le encuentro el sentido —protestó el hombre.

La mujer, en cambio, se inclinó hacia la ilustración.

—Volved a ponerle el saco —ordenó—. Llevaremos el asunto a la reina. Esto podría interesarle lo suficiente como para conceder una audiencia.

Velo se armó de valor mientras una sectaria le quitaba el cuaderno de las manos, supuso que para probar con el carboncillo en otras páginas, lo que por supuesto no tendría ningún efecto. El hombre alto le puso el saco en la cabeza, pero al hacerlo acercó su cara a la de ella.

—Y ahora, ¿qué? —susurró a Velo—. Esto pinta a problemas.

«No te salgas del personaje, Rojo», pensó ella, agachando la cabeza. Tenía que llegar hasta Ialai y descubrir si de verdad tenía un espía en la corte de Dalinar. Eso implicaba aceptar algunos riesgos.

Rojo era el primero a quien habían infiltrado en los Hijos de Honor, pero la identidad que había adoptado, la de un trabajador ojos oscuros, no había

resultado ser lo bastante importante como para permitirle acceder a nada relevante. Con un poco de suerte, juntos podrían...

Llegaron unos gritos cercanos, en el abismo. Velo se volvió, cegada por el saco. Tormentas encendidas, ¿qué había sido eso?

—Nos han seguido —dijo el líder varón de los conspiradores—. ¡A las armas! ¡Son tropas de los Kholin!

Condenación, pensó Velo. *Radiante ha acertado*.

Adolin, al ver que volvían a ponerle el saco, había decidido que era el momento de ir a lo seguro y capturar a aquel grupo.

Kaladin intercambió golpes con su enemigo y le acertó una vez y luego otra. Mientras regresaba hacia él, el Celestial descargó su lanza hacia abajo. Pero Kaladin había entrenado con la lanza hasta casi poder luchar dormido. Flotando en el aire y rebosante de luz tormentosa, su cuerpo sabía lo que debía hacer y desvió el golpe.

Kaladin atacó de nuevo y volvió a herir al Fusionado. Danzaban rotando uno en torno al otro. La mayor parte del entrenamiento formal de Kaladin había sido con pica y escudo, pensando en tácticas de formación, pero a él siempre le había encantado la lanza larga, blandida a dos manos. Había en ella un poder, un control. De esa forma podía mover el arma con mucha más destreza.

Aquel Celestial no era tan bueno como Leshwi. Kaladin le hizo otro tajo en el brazo. La lanza esquirlada no provocó ningún daño físico aparte de dejar gris la carne alrededor de donde habría debido estar el corte. No tardó en sanar, pero la curación fue más lenta. Su enemigo estaba quedándose sin luz del vacío.

El ser empezó a tararear una canción de los Fusionados, apretando los dientes mientras intentaba empalar a Kaladin con su arma. Todos veían a Kaladin como un desafío, como una prueba. Leshwi siempre luchaba contra él en primer lugar, pero, si Kaladin la perdía de vista o la derrotaba, siempre había algún otro esperando. Una parte de él se preguntó si por eso estaba tan cansado últimamente. Hasta las pequeñas escaramuzas lo agotaban, no le dejaban el menor descanso.

Una parte más profunda sabía que ese no era el motivo ni por asomo.

Su enemigo se preparó para atacar y Kaladin usó la mano libre para sacar un cuchillo de los que llevaba al cinto y lanzarlo cortando el aire. El Fusionado reaccionó de más y abrió la guardia, lo que permitió a Kaladin

herirlo de nuevo con la lanza en el muslo. Derrotar a un Fusionado era una prueba de resistencia. Si se le hacían los suficientes cortes, su curación se ralentizaba. Si se le hacían más, dejaba de sanar por completo.

El tarareo de su adversario ganó intensidad y Kaladin tuvo la sensación de que sus heridas ya no estaban curándose. Era hora de entrar a matar. Esquivó un ataque, hizo que Syl se transformara en martillo y lo hizo caer contra el arma del enemigo en un golpe que la hizo añicos. El poderoso impacto dejó al Celestial desequilibrado por completo.

Kaladin soltó el martillo y echó los brazos hacia delante. Syl regresó de inmediato con forma de lanza, firme en sus manos. Había apuntado bien y atravesó con ella el brazo de su adversario. El Fusionado gruñó mientras Kaladin sacaba la lanza por acto reflejo, la hacía girar y la apuntaba al cuello del enemigo.

El Fusionado lo miró a los ojos y se lamió los labios, esperando. La criatura empezó a descender poco a poco del cielo, su luz agotada, sus poderes fallando.

«Matarlo no sirve de nada —pensó Kaladin—. Renacerá y punto.» Aun así, eso dejaría a un Fusionado fuera de combate durante unos días como mínimo.

«Pero es que ya está fuera de combate —se dijo Kaladin, mirando cómo el brazo de la criatura colgaba a un costado, inútil y muerto por el corte de la lanza esquirlada—. ¿Para qué queremos otra muerte?»

Kaladin bajó su lanza e hizo un gesto hacia un lado.

—Vete —le dijo. Algunos entendían el alezi.

El Fusionado tarareó en un tono distinto y luego levantó su lanza rota hacia Kaladin, sosteniéndola con la mano útil que le quedaba. La criatura soltó la lanza hacia las rocas de abajo. Hizo una inclinación de cabeza a Kaladin y se alejó flotando.

Muy bien, ¿dónde había...?

Una cinta de luz roja llegaba rauda por el lado.

Kaladin se enlazó hacia atrás de inmediato y rodó con el arma dispuesta. No había sido consciente de estar dedicando una parte de su energía a vigilar por si aparecía aquella luz rojiza.

La luz huyó de él, consciente de que la había visto. Kaladin trató de seguirla con la mirada, pero acabó perdiéndola en sus maniobras entre las casas de abajo.

Kaladin dejó escapar el aire. La niebla casi había desaparecido del todo, lo

que le permitió vigilar la totalidad de Piedralar, un grupito de casas que sangraba gente hacia el *Cuarto Puente* en un flujo constante. La mansión del consistor se alzaba sobre la colina en el extremo más alejado del pueblo, dominándolo todo. En otro tiempo, a Kaladin le había parecido enorme e imponente.

—¿Has visto esa luz? —preguntó a Syl.

Sí. *Era el Fusionado de antes*. Cuando Syl era una lanza, sus palabras llegaban directas a la mente de Kaladin.

—Mi reacción rápida lo ha espantado —dijo él.

—¿Kal? —llamó una voz femenina. Lyn llegó volando, vestida con un uniforme alezi azul brillante, dejando escapar luz tormentosa de entre los labios al hablar. Llevaba el pelo largo y oscuro recogido en una trenza apretada y cargaba con una lanza funcional, aunque ordinaria, bajo el brazo —. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¿Seguro? —dijo ella—. Pareces distraído. No quiero que nadie te apuñale por la espalda.

—¿Ahora te importo? —restalló él.

—Pues claro que sí —dijo Lyn—. Que no quiera que lleguemos a más no significa que hayas dejado de importarme.

Kaladin le lanzó una mirada, pero tuvo que volverse al captar una preocupación genuina en su rostro. Su relación no había sido buena. Él lo sabía tan bien como ella, y el dolor que sentía no se debía a que hubiese terminado. No a eso en concreto.

Era tan solo una cosa más que lo lastraba. Una pérdida más.

—Estoy bien —dijo, y entonces miró hacia el lado al sentir que el poder de Dalinar cesaba. ¿Ocurriría algo?

No, era solo que había transcurrido el tiempo. Dalinar no solía dejar abierta su perpendicularidad durante batallas completas, sino que la empleaba a intervalos periódicos para recargar esferas y a Radiantes. Mantenerla abierta le resultaba agotador.

—Haz llegar un mensaje a los demás Corredores del Viento desplegados —pidió Kaladin a Lyn—. Diles que he visto a ese Fusionado nuevo, el que les decía antes. Ha venido hacia mí como una cinta de luz roja, parecida a un vientospren pero de otro color. Vuela a una velocidad increíble y podría atacarnos a cualquiera de nosotros aquí arriba.

—Hecho —respondió ella—. Si estás seguro de que no necesitas ayuda...

Kaladin hizo caso omiso al comentario y se dejó caer en dirección al barco. Quería asegurarse de que Dalinar estaba protegido, por si aquel extraño Fusionado nuevo decidía atacarle.

Syl se posó en su hombro y descendió con él en postura recatada, con las manos en las rodillas.

—Los demás no paran de preocuparse por mí —le dijo Kaladin—, como si fuese una figurita de cristal que pudiera caer del estante en cualquier momento y romperse. ¿Es cosa tuya?

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que tu equipo tiene la consideración de cuidar unos de otros? Eso es culpa tuya, no mía, diría yo.

Kaladin aterrizó en la cubierta de la nave, giró la cabeza y clavó la mirada en ella.

—Yo no les he dicho nada —le aseguró Syl—. Sé lo ansioso que te ponen las pesadillas. Sería peor si hablara a alguien de ellas.

Estupendo. A Kaladin no le había hecho ninguna gracia la idea de que ella estuviese hablando con los demás, pero al menos explicaría por qué todo el mundo estaba actuando tan raro. Fue hacia Dalinar y lo encontró hablando con Roshone, que había subido a la plataforma.

—Los nuevos dirigentes del pueblo tienen a los prisioneros en el sótano para tormentas de la mansión, brillante señor —estaba diciendo Roshone, señalando hacia su antigua morada—. Ahora allí solo hay dos personas, pero sería un crimen abandonarlos.

—Estoy de acuerdo —dijo Dalinar—. Enviaré a un Danzante del Filo para liberarlos.

—Yo le acompañaré —respondió Roshone—, con tu permiso. Conozco la distribución del edificio.

Kaladin bufó. —Míralo —susurró a Syl—, comportándose como un héroe, ahora que tiene cerca a Dalinar para impresionarlo.

>Syl levantó el brazo y dio un capirotazo en la oreja a Kaladin, que sintió un sorprendente dolor agudo, como una descarga de energía.

—¡Oye! —exclamó.

—Deja de hacer el estumo.

—No estoy haciendo el... ¿Qué es un estumo?

—No lo sé —reconoció Syl—. Es una palabra que oí decir a Lift. Pero en todo caso, estoy bastante segura de que tú lo estás siendo ahora mismo.

Kaladin miró a Roshone, que partió hacia la mansión acompañado de Godeke.

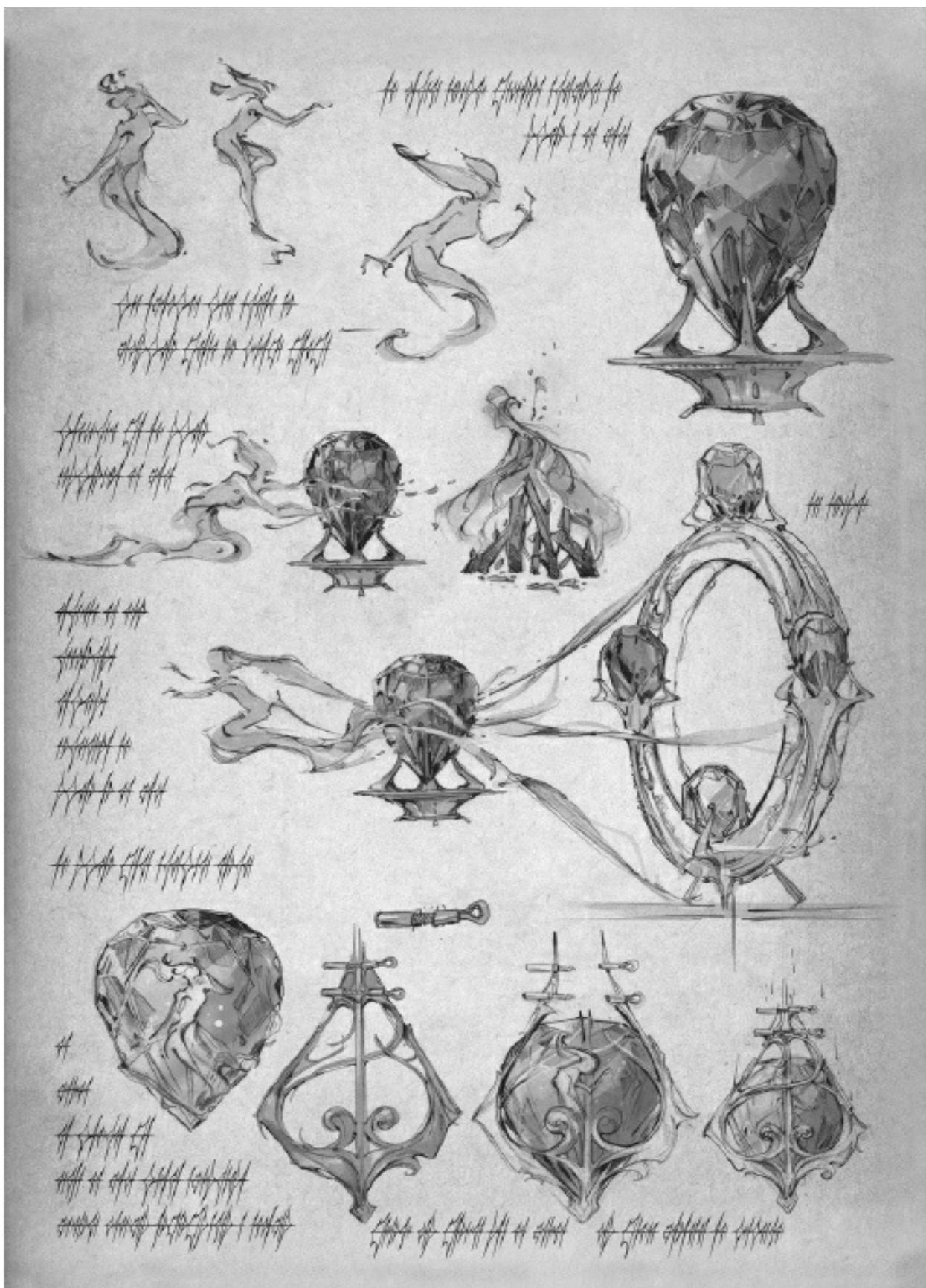
—Muy bien —dijo Kaladin—. Puede que haya mejorado. Un poco.

Roshone seguía siendo el mismo ojos claros mezquino de siempre. Pero durante el último año, Kaladin había visto otro aspecto del exconsistor. Parecía preocuparse de verdad. Como si por fin se hubiera vuelto consciente de su responsabilidad. Aun así, había hecho que mataran a Tien. Kaladin no creía que fuese a poder perdonarle eso a Roshone jamás. Pero al mismo tiempo no tenía ninguna intención de perdonarse esa pérdida tampoco a sí mismo. De modo que, al menos, Roshone estaba en buena compañía.

Roca y Dabbid estaban ayudando a los refugiados, así que Kaladin les dijo que había vuelto a ver a aquel Fusionado tan extraño. Roca asintió, comprendiendo de inmediato. Hizo un gesto a sus hijos mayores, entre ellos Cuerda, que portaba sujeto a la espalda el arco esquirlado que había pertenecido a Amaram y llevaba puesta la armadura esquirlada completa que había encontrado en Aimia.

Se movieron juntos hacia Dalinar, con menos sutileza de la que creían, para montar guardia vigilando el cielo por si aparecía alguna línea de luz roja. Kaladin miró hacia arriba cuando pasó volando una Celestial, perseguida por Sigzil.

—Esa es Leshwi —dijo Kaladin, y salió volando.



UN CABO SUELTO



Una vez se ha capturado un spren, podemos empezar a diseñar el fabrial en sí. Un secreto muy bien guardado de los artifabrianos es que los spren, cuando están atrapados, responden de diferentes maneras a distintos tipos de metal. Un armazón de alambre para el fabrial, llamado «jaula», es esencial para controlar el dispositivo.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Radiante retrocedió con el saco en la cabeza. Apretó los dedos contra la fría piedra de la pared mientras seguían llegando gritos. Sí, era la voz de Adolin. Como temía, había acudido en su rescate.

Radiante se planteó la opción de quitarse el saco, invocar su hoja esquirlada y exigir a los conspiradores que se rindieran. Sin embargo, tuvo en cuenta los deseos de Velo y Shallan. Las dos necesitaban ver a Ialai cara a cara.

Un sonido rasposo cerca. Radiante se volvió hacia él. Piedra frotando contra piedra. Y también... ¿algún tipo de mecanismo girando?

Anduvo a ciegas hacia el sonido.

—¡Llevadme con vosotros! —gritó—. ¡No me dejéis con ellos!

—Bien —dijo Ulina desde algún punto cercano—. Vosotros dos, agarradla. Tú, vigila el acceso desde dentro. Intenta atrancar el mecanismo.

¡Deprisa!

Unas manos ásperas asieron a Radiante por los hombros y tiraron de ella a lo que sonaba como un túnel, a juzgar por el eco de las pisadas. La piedra rechinó contra la piedra detrás de ellos y cesó el sonido de la escaramuza que tenía lugar en el abismo.

Por lo menos, Radiante ya sabía cómo llegaban y se marchaban los sectarios de los abismos. Tropezó y cayó a propósito de rodillas para poder poner las manos en el suelo. Roca lisa, cortada. Sospechó que lo habían hecho con una hoja esquirlada.

Alguien la puso de pie y la empujó pendiente arriba. No le quitaron el saco, ni siquiera cuando protestó diciéndoles que no era necesario.

Bueno, un túnel tenía sentido. Aquel campamento de guerra ya había estado ocupado por Sadeas y Ialai desde años antes de que todos los demás se desplazaran a Urihiru. Habrían querido tener una ruta de huida secreta de su campamento de guerra, sobre todo en los primeros años de las Llanuras, cuando todo el mundo, según Adolin, había estado seguro de que los principados terminarían resquebrajándose y empezarían a luchar entre ellos.

El pasadizo los llevó a otra puerta que se abrió a lo que sonaba como una sala pequeña. ¿Un sótano, quizá? No eran muy comunes en las Llanuras Quebradas porque se inundaban con demasiada facilidad, pero los ojos claros más ricos los habían tenido para enfriar el vino.

Los conspiradores murmuraron entre ellos, preguntándose qué debían hacer. Cuatro personas. Por el sonido de telas rozando, estaban quitándose las túnicas. Seguro que debajo llevaban ropa normal. Rojo no estaba allí, porque le habría apretado el brazo para indicárselo. Eso significaba que Radiante estaba sola. Al poco tiempo, los demás la obligaron a subir unos escalones y la sacaron fuera. Sintió el aire en las manos y la cálida luz del sol en la piel. Se fingió maleable y fácil de mover, aunque aguardaba lista para atacar por si aquello era algún tipo de engaño y la asaltaban.

La llevaron deprisa por varias calles, sin descubrirle la cabeza. Shallan tomó el control, ya que tenía una capacidad increíble, casi sobrenatural, para sentir y memorizar las direcciones. Trazó un plano del recorrido en su mente. ¡Pequeños cremlinos taimados! Le habían hecho recorrer un extenso bucle doble que terminaba en algún lugar próximo a la salida del sótano.

El ascenso hasta allí había sido solo de unos minutos, por lo que debían de estar cerca del extremo oriental del campamento de guerra. ¿Quizá en la fortaleza que había allí? Eso los situaría cerca de los viejos aserraderos de

Sadeas, donde Kaladin había pasado meses componiendo el Puente Cuatro a partir de los estropeados restos de hombres llevados allí para morir. Velo se preguntó si alguien de la zona encontraría extraño que estuvieran llevando a una mujer con un saco en la cabeza. Por lo alterados que parecían los sectarios cuando por fin la metieron en un edificio, no estaban pensando con mucha claridad. La obligaron a sentarse en una silla y se marcharon con el sonido de botas contra la madera.

Al poco tiempo, los oyó discutir en alguna estancia cercana. Con mucho cuidado, Velo levantó la mano y se quitó el saco de la cabeza. El sectario que habían dejado vigilándola, un hombre alto con una cicatriz en el mentón, no le ordenó que se lo volviera a poner. Estaba sentada en una rígida silla de madera, junto a la puerta de una sala de piedra con una gran alfombra circular. La alfombra no servía de mucho para animar lo que era por lo demás una cámara pelada. Aquellas construcciones de los campamentos de guerra se parecían mucho a fortalezas: pocas ventanas, menos adornos.

Shallan siempre había considerado a Sadeas un bravucón. Aquella fortaleza y el túnel de huida que habían recorrido hizo que Velo revisara esa valoración. Hojeó entre los recuerdos de Shallan y lo que Velo vio en el hombre fue astucia en estado puro.

Shallan no tenía muchos recuerdos de Ialai, pero Velo sabía que debía ir con cuidado. El alto príncipe Thanadal había puesto en marcha aquel nuevo «reino» en los campamentos de guerra. Pero al poco tiempo de que Ialai se estableciera allí, Thanadal había aparecido muerto, en apariencia apuñalado por una prostituta. Vamah, el otro alto príncipe que no había apoyado a Dalinar, había escapado de los campamentos de guerra en plena noche. Debía de haberse creído el embuste de Ialai: que Dalinar había ordenado el asesinato.

Lo cual dejaba a Ialai Sadeas como el único poder auténtico que quedaba en los campamentos de guerra. Tenía un ejército, se había apropiado de los Hijos de Honor y exigía peajes a las caravanas comerciales que llegaban. Aquella mujer seguía siendo una espina, un recordatorio de la antigua Alezkar llena de ojos claros pendencieros que siempre tenían un ojo puesto en las tierras de los demás.

Velo aguzó el oído para escuchar la discusión que llegaba desde la sala contigua. Los conspiradores parecían frustrados por haber perdido a tantos compañeros en el ataque. Sonaban frenéticos, preocupados porque «todo se está viniendo abajo».

Por fin se abrió la puerta y salieron tres personas en tropel. Velo reconoció a una de ellas, Ulina, la mujer de la que antes había sospechado por la voz. Tras ellas salió un soldado ojos claros con el uniforme de Sadeas.

El guardia le hizo un gesto, así que Velo se levantó y asomó la cabeza con cautela a la estancia contigua. Era más grande que la antesala, con unas ventanas muy estrechas. Pese al intento de suavizarla con una alfombra, sillones y cojines, seguía dando la sensación de ser una fortaleza. Un lugar pensado para que los ojos claros pudieran refugiarse de las tormentas y al que replegarse en caso de ataque.

Ialai Sadeas estaba sentada a una mesa al fondo de la sala, embozada en sombras, lejos de las ventanas y las lámparas de esferas de las paredes. Cerca de ella había un aparador grande cubierto por una plancha de madera abatible.

Muy bien, pensó Velo, avanzando. La hemos encontrado. ¿Tenemos decidido lo que vamos a hacer con ella?

Ya sabía lo que propondría Radiante: provocar que dijera algo incriminatorio y detenerla. Velo, en cambio, no había insistido en aquella misión solo porque quisiera reunir pruebas para Dalinar. Ni siquiera lo había hecho porque los Sangre Espectral consideraran que Ialai era un peligro. Velo lo había hecho porque aquella mujer se empeñaba en seguir amenazando todo lo que amaba Shallan.

Dalinar y Jasnah necesitaban seguir concentrados en el verdadero objetivo: reconquistar Alezkar. Y en consecuencia, Velo había decidido cortar aquel cabo suelto en concreto. Adolin había matado al alto príncipe Sadeas en un momento de pasión sincera. Velo había llegado hasta allí para acabar ese trabajo que él había empezado.

Ese día Velo pretendía asesinar a Ialai Sadeas.

Lo que más costaba a Kaladin en el mundo era no hacer nada. Le resultaba insopportable que un soldado a sus órdenes luchara arriesgando su vida contra un adversario hábil y peligroso y no mover ni un dedo para ayudar.

Leshwi era un ser de una edad increíble, el espíritu de una cantora muerta hacía mucho transformado en algo más parecido a un spren: una fuerza de la naturaleza. Sigzil era un luchador capaz, pero distaba mucho de ser el mejor de la orden. Sus verdaderos talentos estribaban en su comprensión de los números, su conocimiento de otras culturas y su capacidad de mantenerse centrado y práctico en situaciones donde los demás perdían la chaveta.

Sigzil tardó poco en tener que pasar a la defensiva. Leshwi se cernía sobre él, lanzando estocadas descendentes con su lanza, y entonces lo rodeó y atacó desde el lado. Fluía con movimientos expertos de un golpe al siguiente, obligando a Sigzil a seguir dando vueltas y esquivar o desviar los ataques a duras penas.

Kaladin se enlazó hacia delante, con los dedos tensos en torno a su lanza. Era crucial que su equipo se ciñera al sentido del honor de los Celestiales. Mientras el enemigo siguiera aceptando los combates singulares, los soldados de Kaladin nunca correrían el riesgo de que los abrumaran y los barrieran.

Quizá la infantería se masacrara sin piedad, pero allí arriba, en el cielo, habían hallado un respeto mutuo. El respeto de unos combatientes que estaban dispuestos a matarse entre ellos, sí, pero solo como parte de una competición, no de una carnicería. Si Kaladin incumplía la norma tácita, si atacaba también a Leshwi, ese equilibrio precario se desmoronaría.

Leshwi se abalanzó sobre Sigzil y le clavó la lanza en el pecho. Su arma lo empaló de lado a lado y salió por la espalda del uniforme azul mojada de sangre. Sigzil se removió, dando bocanadas, dejando escapar luz tormentosa por la boca. Leshwi canturreó en voz alta y la gema de su lanza empezó a brillar, absorbiendo luz tormentosa de su presa.

Kaladin gimió mientras las muertes de demasiadas personas a las que había fallado pasaban antes sus ojos. ¿Tien? ¿Nalma? ¿*Elhokar*?

De nuevo estaba en aquella terrible pesadilla del palacio de Kholinar, con sus amigos matándose entre ellos. Chillidos y luces y dolor y sangre, todo arremolinado en torno a una imagen: la de un hombre a quien Kaladin había jurado proteger tendido en el suelo.

Con la lanza de Moash atravesándolo.

—¡No! —gritó Kaladin.

No podía quedarse mirando. No podía y punto. Se enlazó hacia delante, pero entonces Leshwi lo miró a los ojos. Se detuvo.

La Fusionada arrancó la lanza del pecho de Sigzil justo antes de que su luz tormentosa se extinguiera. Sigzil se hundió en el aire y Kaladin lo sostuvo mientras el hombre parpadeaba aturdido, aferrando aún su argéntea lanza esquirlada.

—Suelta el arma —le dijo Kaladin— e inclínate ante ella.

—¿Qué? ¿Señor? —Sigzil frunció el ceño mientras la herida sanaba.

—Que sueltes la lanza —repitió Kaladin— y te inclines ante ella.

Sigzil, con cara de confusión, obedeció. Leshwi le devolvió un

asentimiento.

—Vuelve a la nave —ordenó Kaladin— y descansa lo que queda de batalla. Quédate con los escuderos.

—Hum, sí, señor —respondió Sigzil. Se alejó flotando, palpando el agujero ensangrentado de su casaca.

Leshwi miró a un lado. A poca distancia, suspendido en el aire sin armas, estaba el Celestial al que Kaladin había derrotado antes.

A Leshwi no debería importarle que Kaladin hubiera perdonado la vida a aquella criatura. Había sido un gesto estúpido hacia un ser capaz de renacer con cada nueva tormenta. Pero claro, Leshwi debía de saber que si mataba a Sigzil, podía alzarse un nuevo Radiante con su spren. No era lo mismo del todo, y de hecho, en términos del alivio que sentía Kaladin, la diferencia era incommensurable.

Fuera como fuese, Leshwi le presentó su lanza y Kaladin aceptó el desafío de mil amores.

En la cubierta intermedia del *Cuarto Puente*, Navani contó otra familia y les señaló una sección bien marcada y numerada de la bodega. Los fervorosos que estaban allí se apresuraron a acomodar a los inquietos refugiados.

Los niños se sentaron con los ojos como platos y mantas en las manos, varios de ellos sorbiéndose la nariz. Los padres dejaron sacos con la ropa y las demás posesiones que habían recogido a toda prisa.

—Unos pocos se niegan a marcharse —dijo en voz baja el fervoroso Falilar a Navani. Se toqueteó su barba de un blanco puro mientras repasaba la lista de nombres—. Prefieren seguir viviendo oprimidos que abandonar su tierra natal.

—¿Cuántos? —preguntó ella.

—No muchos. Quince personas. Por lo demás, la evacuación está siendo más rápida de lo que había estimado. Por supuesto, los refugiados ya estaban preparados para trasladarse, y a la mayoría de los lugareños ya los habían obligado a apelotonarse con sus vecinos para ceder sus domicilios a los parshmenios.

—Entonces, ¿qué te preocupa tanto? —preguntó Navani, haciendo una anotación en su lista.

Cerca de ellos, Renarin se había acercado a la familia de los niños sorbedores de narices. Invocó un pequeño globo de luz y empezó a hacerlo rebotar entre sus manos. Era algo muy simple, pero los niños que lo vieron

pusieron cara de sorpresa y olvidaron sus miedos.

La bola de luz era de un azul brillante. Una parte de Navani pensó que debería ser roja, para revelar la auténtica naturaleza del spren que se ocultaba dentro de Renarin. Un vacíospren. O por lo menos, un spren normal corrompido por el bando enemigo. Nadie sabía qué hacer al respecto de aquello, Renarin el que menos. Como ocurría a la mayoría de los Radiantes, al principio no había sabido lo que estaba haciendo. Pero con el vínculo ya formado, era demasiado tarde para echarse atrás.

Renarin afirmaba que su spren era de fiar, pero había algo raro en sus poderes. Habían logrado reclutar a varios Vigilantes de la Verdad normales, y ellos eran capaces de crear ilusiones como Shallan. Renarin no podía hacerlo. Solo podía invocar luces, que a veces hacían cosas extrañas, antinaturales...

—¡Podrían fallar muchísimas cosas! —exclamó Falilar, sacando a Navani de sus meditaciones—. ¿Y si hemos subestimado el peso que añadirá tanta gente? ¿Y si la tensión agrieta las gemas más deprisa de lo que teníamos previsto? Los ventiladores apenas han servido de nada. No es un desastre, brillante, pero sí que hay mucho de lo que preocuparnos.

Volvió a tirarse de la barba. A aquellas alturas, era asombroso que todavía le quedara algún pelo.

Navani le dio una palmadita tranquilizadora en el brazo. Si Falilar no tenía algo de lo que preocuparse, se volvería loco.

—Haz otra inspección visual de las gemas. Y luego comprueba por segunda vez tus cálculos.

—Por tercera vez, será —dijo él—. Sí, supongo que sí. Mejor que me mantenga ocupado y deje de preocuparme.

Levantó la mano hacia la barba, pero a medio camino se detuvo y la metió en el bolsillo de su túnica.

Navani entregó su lista a otro fervoroso y subió la escalera hasta la cubierta. Dalinar había dicho que volvería a abrir la perpendicularidad pronto, y ella quería estar presente y con el lápiz preparado cuando lo hiciera.

Abajo, los habitantes del pueblo en tránsito seguían amontonándose y alzando la mirada hacia la extraña batalla que se desarrollaba arriba. Tanta gente boquiabierta acabaría echando a perder el ordenado plan de abordaje que Navani había encargado. La próxima vez, haría que los fervorosos trazaran un segundo plan que tuviera en cuenta el tiempo que perderían si había una batalla en marcha.

En fin, por lo menos solo habían llegado Celestiales. Esos tendían a no

hacer caso a los civiles, a considerarlos poco más que obstáculos en el campo de batalla. Otros grupos de Fusionados eran mucho más... brutales.

El puesto de mando estaba casi vacío desde que habían enviado a la mayoría de los fervorosos de Navani a guiar y acomodar a los lugareños que embarcaban. Solo quedaba Rushu, que contemplaba distraída el vuelo de los Corredores del Viento con su cuaderno abierto.

Pues vaya. La bonita y joven fervorosa debería estar catalogando las reservas de alimentos del pueblo. Rushu era una chica brillante, pero, al igual que una esfera, tendía a alumbrar en todas las direcciones a menos que alguien se preocupara de enfocarla.

—Brillante, ¿has visto eso? —dijo Rushu cuando Navani se acercó—. Esa Fusionada de ahí, la que ahora está luchando contra el alto mariscal Kaladin, ha dejado escapar a un Corredor del Viento después de empalarlo.

—Seguro que es porque la ha distraído la llegada de Kaladin —repuso Navani, mirando hacia Dalinar, que estaba justo delante.

El enorme hombre del puente comecuernos se había situado cerca de Dalinar y estaba revisando unos sacos de provisiones que Rushu al parecer había olvidado. A Navani no se le escapó que la hija del comecuernos, la portadora de esquirlada, estaba también muy cerca de Dalinar. Kaladin había progresado más allá de hacer de mero guardaespaldas, pero solía tener un ojo echado a Dalinar de todas formas. Que el Todopoderoso lo bendijera por ello.

—Brillante —dijo Rushu—, de verdad que hay algo raro en esta batalla. Veo a demasiados Corredores del Viento parados por ahí, sin combatir.

—Son las reservas, Rushu —respondió Navani—. Vamos, deja que mi marido se preocupe de la táctica. Nosotras tenemos otro deber.

Rushu suspiró pero obedeció, guardándose el cuaderno bajo el brazo y acompañando a Navani. Dalinar estaba de pie con las manos enlazadas a la espalda, observando la batalla. Como había esperado Navani, Dalinar relajó la postura y luego sacó las manos a los lados como si estuviera agarrando algún tejido invisible.

Luego juntó las manos y la perpendicularidad se abrió en un estallido de luz. Unos glorispren con forma de esferas doradas empezaron a trazar espirales en torno a él. Navani vislumbró mejor Shadessmar en esa ocasión. Y oyó otra vez aquel tono. Eso era nuevo, ¿verdad? Aunque no se consideraba una buena dibujante, por lo menos en comparación con una maestra como Shallan, empezó a bosquejar lo que veía, intentando capturar una imagen de aquel paisaje con el extraño sol sobre un mar de cuentas. Podía visitarlo en

persona si así lo deseaba, por medio de las Puertas Juradas, pero aquellas visiones le daban una sensación distinta.

—¿Qué has visto tú? —preguntó a Rushu.

—No he visto nada, brillante —dijo Rushu—. Pero... sí he sentido algo. Como un pálpito, un latido poderoso. Por un momento, me ha parecido estar cayendo a la eternidad...

—Escribe eso —le pidió Navani—. Captúralo.

—Muy bien —dijo Rushu, abriendo su cuaderno de nuevo. Alzó la mirada cuando Kaladin pasó rasante sobre la cubierta, peligrosamente cerca, persiguiendo a una Fusionada.

—Concéntrate, Rushu —dijo Navani.

—Si lo que buscas son ilustraciones o descripciones de Shadessmar —dijo Rushu—, la reina Jasnah ha escrito diarios de sus excursiones allí.

—Soy muy consciente —respondió Navani, todavía bosquejando—. Y he leído esos diarios. —Los que Jasnah tenía a bien entregarle, al menos. Tormentosa mujer.

—Entonces, ¿para qué necesitas que te lo describa yo? —preguntó Rushu.

—Estamos buscando otra cosa —dijo Navani. Miró un momento a Dalinar y enseguida se cubrió los ojos inundados de lágrimas. Parpadeó e indicó a Rushu con un gesto que se apartara con ella hacia el cercano puesto de mando—. Hay otro lugar más allá de Shadessmar, un lugar del que Dalinar obtiene este poder. Hace mucho tiempo la torre la mantenía un Forjador de Vínculos como mi marido y, a partir de lo que dicen los spren, mi conclusión es que la torre obtenía también su poder de ese lugar más allá de Shadessmar.

—¿Aún te inquieta eso, brillante? —Rushu hizo un mohín—. No es culpa tuya que no hayamos descubierto los secretos de la torre. Son un misterio que no cabe esperar que una mujer, ni un ejército de mujeres, revele después de solo un año.

Navani hizo una mueca. ¿De verdad era tan transparente?

—Esto es más importante que la torre, Rushu —dijo Navani—. Todo el mundo está alabando la efectividad de este barco. El brillante señor Kmakl imagina flotas enteras de naves voladoras ocultando el sol. Dalinar habla de transportar decenas de miles de tropas para un asalto a Kholarin. No creo que ninguno de ellos se haga una idea realista de la cantidad de trabajo que se requiere para mantener esta única nave en el aire.

—Centenares de trabajadores en Urithiru haciendo girar engranajes para que la plataforma se eleve y descienda —dijo Rushu, asintiendo con la

cabeza—. Decenas de chulls para desplazarla lateralmente. Miles de fabriales para posibilitar ambas cosas, todos ellos infundidos una y otra vez sin descanso. Una meticulosa sincronización a través de media docena de vinculacañas para coordinar las maniobras. Sí, es de lo más improbable que podamos desplegar más de dos o tres vehículos como este.

—A no ser —dijo Navani, clavando el pulgar en sus anotaciones— que descubramos cómo hacían funcionar la torre los antiguos. Si descubriéramos ese secreto, Rushu, no solo podríamos restaurar Urithiru, sino también alimentar estas naves aéreas. Seríamos capaces de crear fabriales que superarían lo que haya imaginado nadie jamás.

Rushu ladeó la cabeza.

—Estupendo —dijo—. Apuntaré mis pensamientos.

—¿Y ya está? ¿Solo... «estupendo»?

—Me gustan las ideas ambiciosas, brillante. Impiden que mi trabajo se vuelva aburrido. —Desvió la mirada a un lado—. Pero sigo pensando que es raro que tengamos a tantos Corredores del Viento por ahí sin hacer nada.

—Rushu —dijo Navani, frotándose la frente—. De verdad, intenta concentrarte.

—No, si ya lo intento. Lo que pasa es que fracaso. ¿Y ese tipo de ahí? ¿Se puede saber qué hace? No está protegiendo la nave. No está ayudando con los refugiados. ¿No debería combatir?

—Será un explorador —repuso Navani. Siguió la mirada de Rushu más allá de la plataforma, hacia los fértiles campos de piedra—. Es evidente que...

Navani dejó la frase sin terminar al reparar en el hombre en cuestión, de pie en la cima de una colina, muy separado de la batalla. Comprendió por qué Rushu lo había confundido con un Corredor del Viento. El uniforme que llevaba tenía el mismo corte exacto que el del Puente Cuatro. De hecho, Rushu, que prestaba atención a las cosas más raras pero nunca parecía fijarse en los detalles importantes, podría haber visto en otro tiempo a ese mismo hombre entre sus filas. Solía estar al lado de Kaladin, durante los primeros meses después de que el Puente Cuatro se incorporase al ejército de Dalinar.

Rushu había pasado por alto que el uniforme de ese hombre era negro y que no llevaba ningún parche en el hombro. Que su cara estrecha y su delgada figura lo marcaban como un hombre en busca y captura. Como un traidor.

Era Moash. El hombre que había matado al hijo de Navani.

El hombre pareció mirarla a los ojos, a pesar de la distancia. Pareció mirarla a los ojos. Entonces refulgó con luz tormentosa y se dejó caer para desaparecer tras la colina.

Navani se quedó plantada en el sitio, petrificada por la conmoción. Dio un respingo y notó una oleada de calor, como si hubiera salido de repente a la abrasadora luz del sol. Él estaba allí. ¡El asesino estaba allí!

Corrió hacia un escudero de los Corredores del Viento que estaba en cubierta.

—¡Ve! —le gritó, señalando—. ¡Avisa a los demás! ¡Moash, el traidor, está aquí!

Kaladin perseguía de nuevo a Leshwi a través de un caótico campo de batalla. El vuelo le dio la oportunidad de hacer una comprobación rápida de cómo iban sus soldados, y lo que vio fue alentador.

Muchos de ellos habían hecho retroceder a sus adversarios. La mayor parte de los Celestiales flotaba en un amplio perímetro, apartados de las peleas. Kaladin sospechó que se habían dado cuenta de que iban a descubrir poca cosa solo con mirar el exterior del transporte.

Los Celestiales, sin el apoyo de infantería o de otros Fusionados, no parecían tener muchas ganas de comprometerse del todo. Solo había unos pocos combates singulares en activo, y el de Kaladin era el más frenético. De hecho, tuvo que prestar su atención completa a la persecución para no perder a Leshwi.

Kaladin se descubrió sonriendo mientras la seguía trazando un amplio bucle, esquivando a otros combatientes con un vuelo en zigzag. Al principio de su entrenamiento, habría considerado imposibles unas maniobras como aquellas. Para realizarlas, tenía que estar todo el tiempo renunciando a sus enlaces y renovándolos, variando un poco el ángulo en rápida sucesión sin dedicarle pensamiento consciente y sin dejar en ningún momento de esculpir su trayectoria en el viento ensordecedor para esquivar obstáculos.

Ya podía ejecutar una maniobra como esa, si no con facilidad, al menos sí con frecuencia. No pudo evitar preguntarse qué más podrían hacer los Corredores del Viento si entrenaban lo suficiente.

Leshwi parecía querer pasar pegada a todos los demás combatientes del campo de batalla, obligando así a Kaladin a reorientarse sin cesar. Era una prueba. Quería presionarlo, ver lo bueno que era en realidad.

«Deja que me acerque y te enseñaré lo bueno que soy», pensó, escorándose

para salir del bucle y descendiendo para interceptarla. Eso lo dejó lo bastante cerca para atacar con su lanza.

Leshwi desvió el ataque y se desplazó a un lado. Kaladin se enlazó tras ella y los dos zumbaron por el aire en paralelo al suelo, entrelazándose alrededor del otro e intentando alcanzarse con sus armas. Un factor crucial era el viento, que tiraba de la lanza de Kaladin. A esas velocidades, era como combatir en una alta tormenta.

Tardaron poco en dejar atrás el pueblo y, con él, la batalla principal. Kaladin hizo que Syl adoptara forma de espada, pero Leshwi estaba preparada para su embestida. Dejó resbalar su lanza en las manos, la así más cerca de la punta y se abalanzó hacia el cuello de Kaladin, obligándolo a renunciar a su siguiente ataque.

Kaladin se llevó un corte en el cuello, pero no tan profundo como para que Leshwi pudiera empezar a absorberle la luz tormentosa. Ganó distancia sin dejar de volar en paralelo a ella, y el viento le retorció y le sacudió el pelo. Kaladin no quería terminar aislado, así que viró de vuelta en dirección al campo de batalla.

Leshwi lo siguió. Al parecer, había decidido que Kaladin podía seguirle el ritmo y quería combatir. Estaban dando un rodeo que los llevó hacia la mansión, desde el lado norte.

El terreno era muy conocido para Kaladin. En aquellas colinas había jugado con Tien. Había empuñado por primera vez una lanza, o más bien un palo de madera que hacía pasar por lanza, justo ahí mismo, y...

«No te desconcentres —pensó—. Es hora de pelear, no de recordar.»

Solo que... aquel no era un campo de batalla cualquiera allá en las Montañas Irreclamadas. Por primera vez en su vida, conocía el terreno. Mejor que ningún otro combatiente de aquella batalla.

Sonrió y se aproximó a Leshwi para enzarzarse con ella, reduciendo la velocidad y desviándolos un poco hacia el este. Se dejó hacer un corte en el brazo y se apartó fingiéndose commocionado. Descendió veloz, se niveló y surcó el aire entre las colinas, seguido por Leshwi.

«Ahí —pensó—. Esa de ahí.»

Descendió más mientras rodeaba una colina y sacó la cantimplora del cinturón. Allí, en la ladera de sotavento, habían vaciado la roca para abrir una caverna en la que guardar herramientas. Y al igual que la encontraba siempre en sus años mozos, la puerta estaba entreabierta y recubierta de capullos de lurgs, pequeñas criaturas que pasaban casi todo el tiempo escondidas en sus

envoltorios, esperando a que la lluvia las despertara.

Kaladin echó agua de su cantimplora por toda la puerta, la dejó caer y se perdió de vista rodeando la siguiente colina, volando incluso más cerca del suelo. Oyó que Leshwi llegaba tras él. La Fusionada redujo la velocidad, a juzgar por el frufrú de sus telas. Seguro que había encontrado la cantimplora abandonada.

Kaladin asomó la cabeza y la vio flotando entre las colinas, quizá a medio metro del suelo, arrastrando sus largas telas por la piedra. Dio una lenta vuelta completa sobre sí misma, intentando localizarlo.

Los lurgs empezaron a caer de sus capullos, creyendo que por fin había llegado la lluvia. Empezaron a dar saltitos e hicieron crujir la puerta. Al instante Leshwi se giró y apuntó hacia ellos su lanza.

Kaladin embistió contra ella. Leshwi estuvo a punto de reaccionar a tiempo, pero tan cerca del suelo su larga lanza era un estorbo. Tuvo que girarla y empuñarla más cerca del puyón para atacar, lo que dio a Kaladin la oportunidad de proyectar una recién acortada lanza-Syl hacia el pecho de Leshwi.

Logró clavársela en el hombro, lo que provocó un respingo de dolor a la Fusionada. Leshwi esquivó agachándose su siguiente tajo, pero de nuevo tuvo problemas para manejar la lanza y Kaladin le hizo un tajo en la pierna.

Durante un momento, el forcejeo lo fue todo. Leshwi soltó su lanza, desenfundó una espada corta que llevaba al cinto y se acercó más de lo que Kaladin había esperado, logró desviar la lanza y trató de aferrarle un brazo. La carne gris de Leshwi sanaba lo bastante despacio como para que él pudiera embestir con el hombro contra la herida que le había hecho, haciendo que la Fusionada gruñera. Cuando ella intentó darle un espadazo en el cuello, Kaladin lo desvió con una rodelada-Syl que apareció en su brazo.

Leshwi fintó hacia él para obligarlo a retroceder, recogió su lanza y se lanzó hacia el cielo. Kaladin la siguió mientras su lanza se materializaba ante él y la alcanzó antes de que la Celestial pudiera ganar la suficiente velocidad para esquivar. Se vio obligada a pasar a la defensiva, desviando los ataques de Kaladin, volviéndose cada vez más imprudente. Hasta que Kaladin vio su momento e hizo que la lanza-Syl se esfumara de sus manos justo cuando ella bloqueaba.

Entonces, mientras Leshwi reaccionaba al bloqueo fallido, Kaladin atacó mientras la lanza cobraba forma de nuevo y la clavó directa en...

Dolor.

Leshwi había sacado su lanza por un lado para atacar justo a la vez que él. El arma alcanzó a Kaladin en el hombro, como en un reflejo de su anterior ataque al otro hombro de ella. Sintió que perdía su luz tormentosa, absorbida por la lanza de Leshwi, como si estuvieran extrayéndole la misma alma. Resistió, absorbió toda la luz restante de las esferas recargadas que llevaba en los saquitos y hundió más su propia lanza en la herida de la Fusionada hasta que vio lágrimas en las comisuras de sus ojos.

Leshwi sonrió. Él le devolvió la sonrisa, enseñando todos los dientes, incluso mientras ella le absorbía la vida.

Se separó de golpe en el mismo instante en que lo hizo ella. Leshwi se llevó de inmediato la mano a la herida, y Kaladin tembló. La escarcha crujío en su uniforme cuando la luz tormentosa se apresuró a llenar la herida. El forcejeo le había costado caro. Estaba peligrosamente bajo de luz, y Dalinar se había tomado otro descanso de su perpendicularidad.

Leshwi lo miró mientras flotaban. Entonces Kaladin oyó los chillidos.

Se sobresaltó y se volvió hacia el sonido. ¿Había gente pidiendo ayuda? Sí, la mansión consistorial estaba en llamas y salían nubes de humo por las ventanas rotas. ¿Qué estaría pasando? Kaladin había estado tan obcecado con su duelo que no se había dado cuenta.

Sin perder de vista a Leshwi, escrutó la zona. Casi todo el mundo había llegado a la nave, y los demás Corredores del Viento estaban replegándose. Los Danzantes del Filo ya habían embarcado, pero había un grupito de gente delante de la mansión incendiada.

Uno de ellos sobresalía entre los demás, por lo que debía de ser medio metro de altura. Era una mole negra y roja, con un caparazón dentado y el pelo largo del color de la sangre seca. Era el Fusionado de antes, el que podía convertirse en una línea de luz roja. Había reunido a los soldados a los que Kaladin había expulsado. Varios estaban asaltando a lugareños, derribándolos al suelo, amenazándolos con armas y obligándolos a chillar de dolor y pánico.

Kaladin sintió una ira ardiente. ¿Aquel Fusionado estaba atacando a civiles?

Oyó a su lado un tarareo que sonaba furioso. Leshwi se le había acercado flotando, más de lo que él debería haberle permitido, pero no atacaba. Estaba mirando hacia abajo, al Fusionado y sus soldados, y el tarareo enfurecido se intensificó.

Leshwi lo miró y señaló con el mentón hacia el Fusionado y la desdichada

gente del pueblo. Él comprendió el gesto de inmediato. «Ve. Detenlo.»

Kaladin empezó a avanzar, pero entonces se detuvo y sostuvo su lanza en alto ante Leshwi. La dejó caer. Aunque Syl se deshizo en niebla casi al instante, Kaladin confiaba en que Leshwi comprendería el significado.

Y en efecto, ella sonrió y, con la otra mano aún apretada contra su herida, levantó su propia lanza y apuntó con ella hacia abajo. «Empate», parecía decir con el gesto.

Volvió a señalar con la cabeza hacia la mansión. Kaladin no necesitó más incentivos. Salió disparado hacia la gente aterrorizada.



Los dos metales de mayor relevancia son el zinc y el latón, que permiten controlar la potencia de expresión. Unos alambres de zinc en contacto con la gema harán que el spren de su interior se manifieste con más intensidad, y el latón provocará que el spren se retraija y que su poder mengüe.

Recordemos que una gema debe estar adecuadamente infusa después de la captura del spren. Taladrar agujeros en la gema resulta ideal para el empleo correcto de los alambres de la jaula, siempre que no agrietemos su estructura y nos arriesguemos con ello a liberar al spren.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Velo se acercó a Ialai Sadeas. Había oído hablar de lo astuta y competente que era esa mujer. Por eso se sorprendió de encontrarla tan... envejecida.

Ialai Sadeas era una mujer de altura moderada. Aunque nunca había tenido una belleza digna de renombre, parecía haberse marchitado desde la última vez que la había visto Shallan. Llevaba un vestido a la ultimísima moda, bordado por los costados, pero parecía colgar de ella como una capa en el perchero de una taberna. Tenía las mejillas hundidas y vacías, y sostenía una copa de vino vacía en la mano.

—Así que por fin vienes a mí —dijo.

Velo titubeó. ¿Qué quería decir con eso?

«Ataca ya —pensó Velo—. Invoca la hoja esquirlada y quémale esos ojos presuntuosos en el cráneo.»

Pero no quería actuar obedeciendo solo su propia voluntad. Tenían un

equilibrio, y eso era importante. Las tres no hacían nunca lo que solo una de ellas quería, no en lo relativo a decisiones tan importantes como aquella. De modo que Velo se contuvo. Radiante no quería matar a Ialai. Era demasiado honorable. Pero ¿qué había de Shallan?

Aún no, pensó Shallan. *Habla con ella antes. Averigua qué sabe.*

En consecuencia, Velo hizo una inclinación, sin salirse del personaje.

—Mi reina.

Ialai hizo chasquear los dedos y el guardia se retiró con el último sectario y cerró la puerta al salir. Ialai Sadeas no era de las que se asustaban, aunque Velo reparó en que había una puerta al fondo de la sala, detrás de Ialai, por la que podría huir.

Ialai se reclinó en su silla y dejó que Velo prolongara la inclinación.

—No pretendo ser reina —dijo al cabo de un tiempo—. Eso es una mentira que hasta mis seguidores más... acérrimos perpetúan.

—¿A qué aspirante al trono apoyáis, pues? Sin duda no será al usurpador Dalinar ni a la sobrina a quien ha designado sin la menor legitimidad.

Ialai observó a Velo, que fue enderezando la espalda muy despacio.

—En el pasado —dijo Ialai—, he apoyado al heredero, al hijo de Elhokar, al nieto de Gavilar, al verdadero rey.

—Es solo un niño que aún no ha cumplido los seis años.

—En ese caso, debemos actuar con celeridad —repuso Ialai— para rescatarlo de las garras de su tía y su tío abuelo, las alimañas que lo han destronado. Apoyarme a mí no es alterar el linaje, sino trabajar en pos de una unión alezi mejor, estable y correcta.

Muy inteligente. Bajo esa pretensión, Ialai podía hacerse pasar por una humilde patriota. Pero... ¿por qué se la veía tan atribulada? ¿Por qué parecía los despojos de su yo anterior? Había acusado mucho la muerte de Sadeas y la traición del ejército de Amaram. ¿Esos acontecimientos la habrían hundido en una espiral descendente? Y sobre todo, ¿quién era el espía que esa mujer tenía cerca de Dalinar?

Ialai se levantó y dejó que su copa de vino rodara de la mesa y se hiciera añicos contra el suelo. Pasó por delante de Velo hacia el aparador y levantó la cubierta, revelando más de una docena de botellas de vino, cada una de un color distinto.

Mientras Ialai las estudiaba, Velo extendió el brazo a un lado y empezó a invocar su hoja esquirlada. No para atacar, sino porque Patrón estaba con Adolin. El acto de invocarlo debería indicar a Patrón en qué dirección se

encontraba. Paró casi al instante, impidiendo que la espada cobrara forma.

Adolin querría ir a buscarla. Por desgracia, atacar la fortaleza de Ialai sería más peligroso que caer sobre un grupo de conspiradores en el abismo. Dalinar no tenía ninguna autoridad allí y, aunque el tejido de luz que Shallan había aplicado a Adolin impediría que lo reconocieran, Velo no estaba segura de que pudiera arriesgarse a salir a campo abierto.

—¿Te gusta el vino? —le preguntó Ialai.

—No tengo mucha sed, brillante —respondió Velo.

—Tómate una copa conmigo de todos modos.

Velo se situó junto a ella y miró el despliegue de vinos.

—Es una buena colección.

—Sí —convino Ialai, y seleccionó uno claro, que debía de ser alcohol de grano. Si no se le había practicado una infusión, el color no podía considerarse indicativo del sabor ni de la potencia—. Requiso muestras de las variedades que pasan por los campamentos de guerra. Es uno de los pocos lujos que pueden ofrecer estas tierras de tormentas abandonadas por los Heraldos.

Sirvió una copita y Velo supo al instante que se había equivocado. No tenía la potencia nítida e instantáneamente abrumadora de algo como un vino comecuernos. En vez de ello, había un aroma frutal combinado con el tenue hedor del alcohol. Qué curioso.

Ialai se lo ofreció primero a Velo, que aceptó la copa y le dio un sorbo. Tenía un fuerte sabor dulce, como un vino para postres. ¿Cómo habían conseguido hacerlo tan claro? Casi todos los vinos frutales presentaban una coloración natural.

—¿No temes que esté envenenado? —preguntó Ialai.

—¿Por qué debería temer el veneno, brillante?

—Esto lo prepararon para mí, y hay muchos que querían verme muerta. Estar en mi cercanía puede ser peligroso.

—¿Como por el ataque de antes en el abismo?

—No es la primera vez que ocurre —dijo Ialai, aunque Velo no sabía de ningún otro que hubiera ordenado Dalinar—. Es curiosa la facilidad con que mis enemigos me atacan en los silenciosos y oscuros abismos. Y en cambio, que les haya costado tanto tiempo atacarme en mis aposentos. —Clavó la mirada en Velo.

Condenación. Sabía lo que Velo había ido a hacer allí.

Ialai dio un gran sorbo.

—¿Qué te parece el vino?

—Estaba bueno.

—¿Nada más? —Ialai levantó la copa y observó las últimas gotas—. Es dulce, fermentado a partir de una fruta, no de grano. Me recuerda a mis visitas a las bodegas de Gavilar. Diría que es un caldo alezi, rescatado antes de que cayera el reino, hecho de simbaya. La carne de la fruta es clara, y se preocupaban mucho de quitarle toda la piel. De revelar lo que había en realidad en su interior.

Sí, en efecto sospechaba. Tras pasar un momento decidido, Shallan emergió. Si hacía falta locuacidad, debía ser ella quien ostentara el control.

Ialai seleccionó otra botella, en esa ocasión de color naranja claro.

—¿Cómo es que tienes acceso a documentos tan importantes como los diagramas de Navani? —prosiguió—. Guarda sus proyectos con gran celo, no porque tema que alguien se los robe, sino porque le encanta hacer revelaciones teatrales.

—No puedo delatar a mis fuentes —dijo Shallan—. Sin duda comprendéis la importancia de proteger las identidades de quienes os sirven. —Fingió pararse a pensar—. Aunque quizás pueda compartir un nombre, si obtuviera otro a cambio, el de alguien a vuestro servicio que esté cerca del rey. Así ambas podríamos tener un acceso mejor al círculo interno Kholin.

Un poco torpe, señaló Velo. *¿Seguro que quieres dirigir tú ahora mismo?*

Ialai sonrió y ofreció a Shallan una copita del naranja. Ella la aceptó y la encontró sosa, falta de sabor.

—¿Y bien? —preguntó Ialai, dando un sorbito a su propia copa.

—Es flojo —dijo Shallan—. No tiene pegada. Y aun así, capto un matiz de algo malo. Un toque amargo. Una... molestia que debería purgarse de esta variedad.

—Y sin embargo —repuso Ialai—, tiene un aspecto maravilloso. Un naranja como debe ser, para que lo disfruten los niños... y quienes se comportan como ellos. Sería perfecto para quienes desean mantener las apariencias ante otros. Y luego está la amargura. Porque esa es la verdadera característica de este vino, ¿me equivoco? Espantoso, tenga la apariencia que tenga.

—¿Con qué fin? —preguntó Shallan—. ¿De qué serviría vender un vino tan inferior con una etiqueta tan atractiva?

—Podría engañar a según qué gente, por un tiempo —dijo Ialai—. El licorista quizás logre ganar un terreno rápido y fácil a la competencia. Pero

llegará un momento en que se revele que es un farsante y su creación se descarte en favor de un caldo auténticamente fuerte o noble.

—Hacéis afirmaciones atrevidas —comentó Shallan—. Ojalá no las oiga el licorista. Podría enfurecerse.

—Que se enfurezca. Las dos sabemos lo que es.

Mientras Ialai se volvía para servir una tercera copa, Shallan empezó a invocar de nuevo su hoja esquirlada, indicando a Patrón la dirección en la que estaba.

Invócala del todo, pensó Velo. Ataca.

¿De verdad es esta persona la que queremos ser con nuestros poderes?, pensó Radiante. *Si nos internamos en este camino, ¿adónde nos llevará?*

¿Estarían sirviendo de verdad a Dalinar Kholin si actuaban en contra de sus órdenes expresas? Él no quería que Ialai muriera asesinada. Casi seguro que debería quererlo, pero no era así.

—Ah, este es perfecto —dijo Ialai. Sostuvo en alto un líquido azul oscuro. En esa ocasión no se lo ofreció primero a Shallan, sino que dio un sorbito—. Una variedad excelente, pero es la última botella que existe. Se destruyeron todas las demás en un incendio. Después de hoy, incluso esta habrá desaparecido.

—Parecéis resignada —dijo Shallan—. La Ialai Sadeas de la que he oído hablar peinaría reinos enteros en busca de una botella de un caldo que adora. No se rendiría jamás.

—Esa Ialai no estaba ni por asomo tan cansada como yo —respondió la mujer, dejando caer la mano como si el peso de la copa de vino fuese demasiado—. Llevo demasiado tiempo luchando. Y ahora estoy sola... y a veces creo que las mismas sombras conspiran en mi contra. —Ialai escogió una garrafa de un blanco comecuernos, que Shallan pudo oler en el instante en que lo destapó, y lo tendió hacia ella—. Creo que este es de los tuyos. Invisible. Mortífero.

Shallan no aceptó la copa.

—Adelante, haz lo que debas —dijo Ialai—. Matasteis a Thanadal cuando intentó llegar a un acuerdo, así que no me queda esa salida. Disteis caza a Vamah y lo asesinasteis cuando huyó, y es muy improbable que yo pueda sobrevivir a eso. Creía que quizás estuviera a salvo si me resguardaba durante un tiempo. Pero aquí estás.

«Invisible. Mortífero.» Dulce sabiduría de Battah...

Shallan había afrontado toda la conversación suponiendo que Ialai

sospechaba que actuaba en nombre de Dalinar. Pero no era así en absoluto. Ialai la consideraba un efectivo de Mraize, de los Sangre Espectral.

—A Thanadal lo mataste tú —le dijo Shallan.

Ialai se echó a reír.

—Eso te dijo él, ¿verdad? ¿Así que mienten a los suyos?

Mraize no le había dicho a las claras que Ialai hubiera matado a Thanadal. Pero sí que lo había insinuado sin dejar mucho espacio a las dudas.

Velo apretó los dientes, frustrada. Había ido allí por voluntad propia. Sí, Mraize siempre estaba dejándole indirectas sobre lo que querían él y los Sangre Espectral. Pero Velo *no* estaba a su servicio. Había emprendido aquella misión por... por el bien de Alezkar. Y por Adolin. Y...

—Venga —dijo Ialai—, hazlo.

Velo sacó la mano a un lado e invocó su hoja esquirlada. Ialai dejó caer la garrafa de blanco comecuernos y dio un salto sin poder evitarlo. Aunque en el suelo bulleron los miedospren, la mujer se limitó a cerrar los ojos.

¡Oh!, exclamó una voz animada en la mente de Velo. ¡Ya casi habíamos llegado, Velo! ¿Qué estamos haciendo?

—¿Por lo menos te han dicho por qué decidieron que tenemos que morir? —preguntó Ialai—. ¿Por qué odiaban a Gavilar? ¿Y a Amaram? ¿Y a Thanadal y a mí, después de que supiéramos los secretos? ¿Qué es lo que los asusta tanto de los Hijos de Honor?

Velo titubeó.

¡La has encontrado!, exclamó Patrón en su mente. ¿Tienes las pruebas que quería Dalinar?

—Después de esto, te enviarán a por Restares —dijo Ialai—. Pero te vigilarán. Por si acaso asciendes demasiado, por si sabes demasiado y les supones una amenaza. ¿Nunca te has preguntado qué es lo que quieren? ¿Qué esperan obtener del fin del mundo?

—Poder —respondió Velo.

—Ah, el nebuloso «poder». No, es algo más concreto que eso. La mayoría de los Hijos de Honor solo querían que volvieran sus dioses, pero Gavilar veía algo más. Vio mundos enteros...

—Cuéntame más —pidió Velo.

Sonaron gritos fuera de la sala. Velo miró hacia la puerta a tiempo de ver una brillante hoja esquirlada atravesando la cerradura. Un momento después Adolin abrió la puerta de una patada, llevando el rostro falso que ella le había proporcionado.

Entró más gente rodeándolo, soldados y cinco agentes Tejedores de Luz de Shallan.

—Cuando yo esté muerta —siseó Ialai—, no dejes que registren mis aposentos antes de hacerlo tú. Busca la variedad más excepcional. Es... exótica.

—No me vengas con acertijos —dijeron las tres—. Dame respuestas. ¿Qué pretenden los Sangre Espectral?

Ialai cerró los ojos.

—Hazlo ya.

Pero las tres descartaron su hoja esquirlada. *Voto en contra de matarla*, pensó Velo. Matarla significaría que se había dejado manipular por Mraize, y aborrecía esa idea.

—No morirás hoy —dijeron las tres—. Tengo más preguntas para ti.

Ialai mantuvo los ojos cerrados.

—No llegaré a responderlas. No me lo permitirán.

Shallan emergió, tranquilizándose mientras llegaban varios soldados para rodear a Ialai. Velo y Radiante se retiraron, ambas satisfechas con aquel resultado. Eran dueñas de sí mismas. No pertenecían a Mraize.

Shallan sacudió con la cabeza y se acercó trotando a Adolin para retirarle la cara ilusoria con un toque de sus dedos. Necesitaba verlo llevando su propio rostro.

—¿Cuál eres? —preguntó él en voz baja mientras le entregaba un saquito de esferas infusas.

—Shallan —respondió ella.

Guardó el saquito en su cartera, que un soldado le había traído de donde la había dejado junto a la pared. Echó un vistazo atrás mientras los soldados ataban a Ialai, y de nuevo se quedó impresionada por lo marchita que parecía la mujer.

Adolin tiró de Shallan para acercarla a él.

—¿Ha confesado?

—Daba rodeos —respondió Shallan—, pero creo que podré argumentar a Dalinar que lo que me ha dicho constituye traición. Quiere derrocar a Jasnah y poner en el trono al hijo de Elhokar.

—Gavinor es demasiado pequeño.

—Y sería ella quien lo guiara —dijo Shallan—, que es por lo que es una traidora: quiere el poder para sí misma.

Pero... Ialai había hablado como si ese plan perteneciera al pasado, como

si en tiempos más recientes luchara solo por la supervivencia. ¿Sería cierto que los Sangre Espectral habían matado a los altos príncipes Thanadal y a Vamah?

—Bueno —dijo Adolin—, con ella en nuestro poder, quizá consigamos que sus ejércitos se retiren. Ahora mismo no podemos permitirnos una guerra contra los nuestros.

—Ishnah —llamó Shallan a su agente.

La menuda mujer alezi corrió hasta Shallan. Llevaba más de un año con ella y era, junto con Vathah, el líder de los desertores a los que Shallan había reclutado, de las personas en quienes más confiaba.

—¿Sí, brillante? —dijo Ishnah.

—Llévate a Vathah y a Berila. Acompañad a esos soldados y aseguraos de que no permiten hablar con nadie a Ialai. Amordazadla si es necesario. Esa mujer sabe cómo meterse en la cabeza de la gente.

—Dalo por hecho —respondió Ishnah—. ¿Quieres que le pongamos la ilusión primero?

El plan de emergencia para la extracción era sencillo: emplearían el tejido de luz para simular ser guardias de la casa Sadeas y que Ialai pareciera alguien de baja cuna. La sacarían por las puertas sin problemas y se llevarían a la alta princesa capturada ante las mismas narices vigilantes de sus soldados.

—Sí —respondió Shallan, indicando con un gesto a los soldados que acercaran a la mujer.

Ialai anduvo con los ojos cerrados, manteniendo aún su aire fatalista. Shallan la cogió del brazo, exhaló y dejó que el tejido de luz la envolviera, transformando a la mujer para asemejarla a un boceto que había hecho Shallan poco tiempo antes, el de una cocinera de mejillas sonrosadas y amplia sonrisa.

Ialai no se merecía un rostro tan amable, ni tampoco un trato tan suave. Shallan sintió una inesperada punzada de repugnancia al tocarla: aquella criatura y su marido habían urdido y ejecutado un plan terrible para traicionar a Dalinar. Incluso después del traslado a Urithiru, Ialai había procurado socavar a Dalinar a cada oportunidad que había tenido. Si aquella mujer se hubiera salido con la suya, Adolin habría muerto antes de que Shallan lo conociera. ¿Y pensaban llevársela detenida sin más, para que pudiera seguir con sus jueguecitos?

Shallan la soltó y empezó a llevar la mano hacia su cartera. Sin embargo,

entonces emergió Radiante. Aferró de nuevo a Ialai por el brazo, la llevó con los soldados de Adolin y se la entregó.

—Sacadla con los demás —ordenó Adolin.

—¿Habéis capturado a los otros conspiradores? —preguntó Shallan, regresando hacia él.

—Han intentado escapar por la puerta lateral mientras entrábamos, pero creo que los tenemos a todos.

Ishnah y los soldados, que eran hombres de Adolin, escogidos uno a uno entre los mejores, sacaron a la disfrazada y maniatada Ialai por la puerta. La alta princesa flojeó en los brazos de sus captores.

Adolin los vio marchar, frunciendo los labios.

—Estás pensando que no deberíamos haberla dejado marchar de Urithiru —dijo Shallan—. Que habría sido más fácil acabar con ella, y con el peligro que representaba, antes de que llegara tan lejos.

—Estoy pensando —respondió Adolin— que quizás no queramos tomar ese camino.

—Puede que ya lo hiciéramos. En el momento en que tú...

Los labios de Adolin se convirtieron en una línea.

—No tengo ninguna respuesta ahora mismo —dijo al cabo de un tiempo—. No sé si las he tenido alguna vez. Pero deberíamos registrar este sitio deprisa. Mi padre podría exigir más pruebas que tu palabra, y nos vendría de maravilla poder entregarle diarios o cartas que incriminen a Ialai.

Shallan asintió y llamó con un gesto a Gaz y Rojo. Los pondría a registrar el lugar.

¿A qué se había referido Ialai? «Busca la variedad más excepcional.» Shallan miró los vinos expuestos en la repisa del aparador. ¿Por qué le había hablado con acertijos? «Estaban entrando ya Adolin y el resto —pensó Shallan—. No quería que ellos se enteraran.» Tormentas, esa mujer se había vuelto paranoica. Pero ¿por qué confiar en Shallan?

«No llegaré a responderlas. No me lo permitirán.»

—Adolin —dijo—. Algo está mal en todo esto. En Ialai, en que yo esté aquí, en...

Se interrumpió al oír gritos en la antecámara. Shallan salió corriendo con una sensación de temor. Encontró a Ialai Sadeas tendida en el suelo, con espuma saliéndole de la boca en su rostro falso. Los soldados que la miraban horrorizados.

La alta princesa miraba hacia arriba con unos ojos sin vida. Había muerto.

Kaladin voló a través de la columna de humo acre que ascendía desde la mansión. Descendió deprisa hacia el lugar donde el extraño Fusionado y sus soldados amenazaban a la gente del pueblo. Allí estaba Waber, el jardinero de la mansión, retenido contra el suelo con una bota en la cara.

Está claro que es una trampa, dijo Syl en la mente de Kaladin. *Ese Fusionado sabe lo que tiene que hacer para llamar la atención de un Corredor del Viento: atacar a inocentes.*

Tenía razón. Kaladin se obligó a bajar con cuidado a cierta distancia. El Fusionado había hecho un agujero en el muro cerca de una entrada lateral de la mansión. Aunque las llamas lamían los pisos superiores de la construcción, la estancia que había al otro lado del agujero estaba a oscuras, todavía sin incendiar. Por lo menos, no del todo.

En el momento en que Kaladin aterrizó, los cantores dejaron marchar a Waber y los demás y se retiraron por el agujero abierto en el muro de piedra. «Cinco soldados —observó Kaladin—. Tres con espadas, dos con lanzas.»

El Fusionado llevaba a un prisionero cuando entró con paso firme en el edificio. Era flaco, tenía la cara demacrada y sangraba por un tajo horizontal en el abdomen. Godeke, el Danzante del Filo. Parecía que su luz tormentosa se había agotado. Que las tormentas quisieran que siguiese con vida. El Fusionado quería utilizarlo como cebo, de modo que era probable que así fuera.

Kaladin se acercó al muro derrumbado.

—¿Quieres combatir contra mí, Fusionado? Pues vamos. Cuando quieras.

La criatura, ensombrecida dentro del edificio, gruñó algo en su propio idioma rítmico. Un soldado tradujo.

—Combatiré contra ti aquí dentro, donde no puedas huir volando, pequeño Corredor del Viento. Ven, enfréntate a mí.

Esto no me gusta nada, dijo Syl.

—Ni a mí —susurró Kaladin—. Prepárate para ir a buscar ayuda.

Se enlazó levemente hacia arriba, lo justo para volverse más ligero, y se aproximó con mucha cautela hasta entrar en el edificio en llamas. Aquella estancia grande había sido en otro tiempo el comedor, donde el padre de Kaladin había cenado con Roshone y hablado sobre ladrones y tratos. El techo tenía partes quemadas, consumidas por el fuego desde arriba. Los llamaspren danzaban por las vigas con frenético deleite.

El gigantesco Fusionado estaba justo delante, con dos soldados a cada lado que avanzaron para flanquear a Kaladin. ¿Dónde estaría el quinto soldado?

Allí, cerca de una mesa volcada, trasteando con algo que brillaba en un profundo tono violeta negruzco. ¿Luz del vacío? Un momento, ¿eso era un fabrial? De pronto, las luces perdieron intensidad.

Los poderes de Kaladin desaparecieron.

Notó una extraña sensación de asfixia, como si le hubieran colocado algo muy voluminoso encima de la mente. Volvió a sentir su peso al completo cuando se anuló su enlace.

Syl dio un respingo y la lanza que había formado desapareció en una voluta neblinosa cuando recobró su forma de spren. Kaladin intentó invocar de nuevo su arma esquirlada, pero no ocurrió nada.

Al instante, Kaladin retrocedió para intentar salir del alcance del extraño fabrial. Pero los soldados se apresuraron a rodearlo e impedirle la retirada. Kaladin había supuesto que podía derrotarlos con facilidad, pero esa suposición se basaba en su lanza esquirlada y sus poderes.

¡Tormentas! Kaladin se esforzó en crear un enlace. La luz tormentosa aún bullía en su interior y le evitaba tener que respirar el humo acre, pero había algo que inhibía sus otras capacidades.

El Fusionado rio y habló en alezi.

—¡Ay, Radiantes! Confiáis demasiado en vuestros poderes. Sin ellos, ¿qué eres tú? Nada más que un niño campesino sin ningún entrenamiento en las artes de la guerra y de...

Kaladin embistió contra el soldado que tenía a la derecha.

El súbito ataque hizo que el cantor gritara y cayera hacia atrás. Kaladin le arrebató la lanza de la mano para, con un movimiento fluido, empuñarla a dos manos y empalar a un segundo soldado.

Los dos soldados de su izquierda se recuperaron de la sorpresa y saltaron hacia él. Kaladin sintió el viento envolviéndolo mientras giraba entre ellos, atrapaba un espadazo bajo con el pie de su lanza y un segundo ataque alto justo por debajo de la copa del arma. El metal dio contra la madera con el acostumbrado sonido sordo y Kaladin completó su giro y desarmó a la vez a los dos hombres.

Rajó la tripa de un soldado y luego le barrió los pies, lo que lo hizo caer al suelo delante de su compañero. Aquellos soldados estaban bien entrenados, pero aún no habían visto mucho combate real, como demostraba que el cantor restante se quedara petrificado al ver morir a sus amigos.

Kaladin siguió moviéndose, casi sin pensar, y clavó la lanza en el cuello del cuarto soldado. «Ahí está —pensó Kaladin mientras la esperada cinta de

luz roja llegaba veloz hacia él—. Volverá a atacarme por la espalda..»

Soltó su lanza, sacó una daga arrojadiza del cinto y se volvió. Clavó el puñal en el aire justo antes de que apareciera el Fusionado y la pequeña hoja se hundió en el cuello de la criatura, con ángulo entre dos láminas de caparazón.

El Fusionado dejó escapar un «urj» de sorpresa y dolor, con los ojos muy abiertos.

El fuego quebró la madera de arriba y cayeron cenizas ardientes mientras el enorme Fusionado se derrumbaba como un árbol serrado y hacía temblar los tablones del suelo con el impacto. Por suerte, en esa ocasión no salió de él ninguna cinta de luz roja.

—Pues es un alivio —dijo Syl, posándose en el hombro de Kaladin—. Supongo que, si lo pillas bien antes de que se teleporte, puedes matarlo de verdad.

—Por lo menos hasta que la tormenta eterna lo haga renacer —respondió Kaladin, mientras comprobaba los cantores que había matado.

Aparte del que estaba muriendo despacio por la herida en el abdomen, solo había dejado con vida a dos: al que había empujado y al quinto que estaba al fondo de la sala, el que había activado el fabrial. El primero había salido a gatas por el agujero del muro para huir. El otro había abandonado el fabrial y se desplazaba despacio hacia un lado, espada en mano, ojos como platos.

El hombre intentaba llegar hasta Godeke, quizá para utilizarlo como rehén. El Danzante del Filo herido había caído al suelo en la refriega junto al cascarón del Fusionado después de que este se teleportara hacia Kaladin. Godeke estaba moviéndose, pero no por sus propios medios. Una figura menuda y desgarbada tenía agarrado al Danzante del Filo por una pierna y estaba arrastrándolo despacio para alejarlo de la pelea. Kaladin no había visto a Lift colarse en la sala, pero lo cierto era que la chica tendía a aparecer donde nadie la esperaba.

—Sácalo por ese agujero, Lift —dijo Kaladin, acercándose al último cantor—. ¿Tus poderes también están suprimidos?

—Sí —respondió ella—. ¿Qué nos han hecho?

—Yo también tengo muchísima curiosidad —dijo Syl, volando hacia el aparato, que estaba en el suelo y consistía en una gema cubierta de piezas de metal apoyada en un trípode—. Este es un fabrial pero que muy raro.

Kaladin apuntó con su lanza al último cantor, que soltó la espada con mala gana y levantó las manos. Tenía la piel jaspeada en rojo y negro.

—¿Qué es este fabrial? —le preguntó Kaladin.

—Eh... esto... —El soldado tragó saliva—. No lo sé. Me dijeron que girara la gema de la base para activarlo.

—Está alimentado por luz del vacío —dijo Syl—. Nunca había visto nada parecido.

Kaladin alzó la mirada hacia el humo que se acumulaba en el techo.

—¿Lift? —dijo.

—En ello.

La chica corrió hacia el dispositivo mientras Kaladin mantenía vigilado al cantor. Un momento después, los poderes de Kaladin regresaron. Suspiró aliviado, aunque se le escapara una voluta de luz tormentosa por la boca. Cerca de él Godeke dio un respiro, inhalando luz tormentosa inconscientemente, y su herida empezó a sanar.

Vigorizado por la luz tormentosa, Kaladin asió al soldado y lo levantó del suelo mientras le infundía la suficiente luz para que se quedara flotando en el aire.

—Os dije que salierais del pueblo —gruñó Kaladin sin levantar la voz—. Estoy memorizando tu cara, tus manchas, tu *peste*. Como vuelva a verte, sea cuando sea, te enviaré disparado hacia arriba con tanta luz tormentosa que tendrás mucho, muchísimo tiempo para pensar mientras vuelves a caer.
¿Comprendido?

El cantor asintió con la cabeza, tarareando un sonido conciliador. Kaladin le dio un empujón, recuperó la luz tormentosa e hizo que el hombre cayera al suelo. El soldado salió corriendo por el agujero.

—Había otro humano aquí dentro —dijo Lift—. Un viejo ojos claros con ropa de mendigo. Yo estaba mirando desde fuera del edificio y he visto a ese hombre entrar aquí con Godeke. Al poco tiempo, ese Fusionado ha salido a través del muro con Godeke al hombro, pero ya no he vuelto a ver al otro hombre.

Roshone. El antiguo consistor había dicho a Dalinar que iba a buscar en el sótano de la mansión para rescatar a unos lugareños apresados. Kaladin no se enorgulleció de vacilar como lo hizo, pero cuando Syl lo miró, apretó los dientes y asintió.

«Siempre que sea lo correcto...», pensó.

—Lo encontraré —dijo—. Asegúrate de que Godeke se recupera y luego lleva ese fabrial a la brillante Navani. Va a parecerle muy interesante.

Shallan retiró la ilusión y dejó a la vista el rostro de Ialai, con saliva goteándose de los labios. Un hombre de Adolin le buscó el pulso y confirmó su muerte.

De verdad estaba muerta.

—¡Condenación! —exclamó Adolin, de pie con cara de impotencia ante el cadáver—. ¿Qué ha pasado?

Esto no lo hemos hecho nosotras, pensó Velo. *Habíamos decidido no matarla, ¿verdad?*

Eh... La mente de Shallan empezó a desenfocarse y todo se le emborronó. ¿Había sido ella? Querer, sí que había querido. Pero no lo había hecho, ¿verdad? Tenía... tenía el control suficiente para no hacerlo.

Yo no la he matado, pensó Shallan. Estaba razonablemente convencida.

Entonces, ¿qué ha pasado?, preguntó Radiante.

—Debe de haber tomado veneno —dijo Vathah, agachándose—. Ruinaoscura.

Incluso después de haber pasado muchos meses como escudero y luego agente de Shallan, el estilo del antiguo desertor no encajaba con el de los soldados de Adolin. Vathah era demasiado rudo. No era que fuese desaliñado, sino que, al contrario que los hombres de Adolin, le traía bastante sin cuidado tener un aspecto impecable. Demostraba ese desdén dejándose la casaca desabrochada y el pelo revuelto.

—Ya había visto morir a gente así, brillante —explicó—. Cuando estaba en el ejército de Sadeas, había un oficial que pasaba material de contrabando. Cuando por fin lo pillaron, se envenenó en vez de dejarse capturar.

—No la he visto hacerlo —dijo Ishnah, avergonzada—. Lo siento.

—Por las pelotas de Nale —murmuró un soldado de Adolin—. Esto nos hará quedar mal, ¿verdad? Es justo lo que el Espina Negra no quería que pasara. Otro cadáver de la casa Sadeas en nuestras manos.

Adolin respiró despacio y hondo.

—Tenemos las suficientes pruebas como para que terminara ahorcada de todos modos. Mi padre tendrá que aceptarlo. Desplegaremos tropas en los campamentos de guerra para asegurarnos de que a sus soldados no les dé por alborotarse. Tormentas. Este desastre tendríamos que haberlo arreglado hace meses. —Señaló a varios soldados—. Mirad si los otros conspiradores llevan veneno encima y amordazadlos a todos. Shallan disfrazará el cuerpo de alfombra o lo que sea, para que podamos sacarlo. Gen y Natem, registrad las cosas de Ialai en la sala de al lado, a ver si encontráis alguna prueba útil.

—¡No! —exclamó Shallan.

Adolin se quedó muy quieto y la miró.

—Ya hurgaré yo entre las cosas de Ialai en la sala. Sé lo que puede servirnos, no como tus soldados. Vosotros ocupaos de los presos y registrad el resto del edificio.

—Buena idea —dijo Adolin. Se frotó la frente, pero entonces, quizá al ver el pequeño congojaspren que apareció cerca de ella, como una cruz negra retorcida, sonrió—. No te preocupes. No hay ninguna misión sin contratiempos.

Ella asintió, más para tranquilizar a Adolin que para expresar sus verdaderos sentimientos. Cuando los soldados se movieron para cumplir sus órdenes, Shallan se arrodilló junto al cuerpo de Ialai.

Ishnah se acercó a ella.

—¿Brillante? ¿Necesitas algo?

—No ha tomado veneno, ¿verdad? —le preguntó Shallan en voz baja.

—No estoy segura. Pero sí que conozco un poco la ruinaoscura. —Ishnah se sonrojó—. Bueno, la conozco mucho, en realidad. Mi pandilla la usaba contra nuestros rivales. Es difícil de preparar, porque requiere secar bien las hojas y luego hacer una pasta con ellas para que tenga su potencia máxima. De todas formas, no es muy efectiva si se come. En cambio, si llega a la sangre, mata rápido y...

Dejó la frase en el aire y frunció el ceño, quizá reparando en lo mismo que ya había pensado Shallan: que Ialai había muerto muy deprisa. Shallan también sabía cosas sobre la ruinaoscura. En los últimos tiempos había estado estudiando sobre venenos. «¿Sería capaz de distinguir un pinchazo?», pensó, arrodillándose ante el cadáver. En cualquier caso, Shallan sospechaba que Ialai había estado en lo cierto: los Sangre Espectral no habían confiado en que Shallan la matara y habían enviado a un segundo asesino para terminar el trabajo. Eso implicaría que tenían a alguien infiltrado en la guardia de Adolin o entre los agentes de la propia Shallan. Pensarlo le revolvió el estómago.

Y sería una persona distinta al espía que, supuestamente, Ialai tenía entre los íntimos de Dalinar. ¡Tormentas! La mente de Shallan estaba haciendo un lío.

—Comprueba bien el cadáver —susurró Shallan a Ishnah—. A ver si encuentras alguna prueba que nos confirme si se lo ha hecho ella misma o la ha matado otra persona.

—Sí, brillante.

Shallan pasó deprisa a la sala del aparador y los vinos. Gaz y Rojo ya estaban atareados reuniendo los objetos de Ialai. Tormentas, ¿podía confiar en esos dos?

Fuera como fuese, la predicción de Ialai había resultado acertada. Y era posible que aquella estancia contuviera secretos que Mraize no quería que Shallan descubriera.

RENDICIÓN



Con una jaula de bronce se puede crear un fabrial admonitorio, que alerte de cosas o entidades cercanas. En la actualidad se utilizan los heliodoros para esto, y existen buenos motivos para hacerlo, pero otras gemas también deberían resultar viables.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Kaladin cruzó el ardiente comedor, asediado por ese momento en el que de repente había perdido sus poderes. La experiencia lo había inquietado mucho. Lo cierto era que había pasado a depender mucho de sus capacidades. Igual que podía depender de una buena lanza, probada en batalla y bien afilada. Y había pocas cosas peores que ver cómo tu arma te fallaba en combate.

—Tendremos que estar atentos a esos fabriales —dijo Kaladin—. No me gusta nada que los poderes estén sujetos a anulación por parte del enemigo. —Miró a Syl, que estaba sentada en su hombro—. ¿Tú habías experimentado antes algo como eso?

La spren negó con la cabeza.

—No que yo recuerde. A mí me ha hecho sentir... desdibujada. Como si no estuviera aquí del todo.

Kaladin evitó las habitaciones consumidas por el fuego, llenas de primitivas sombras y luces, de vivos naranjas y rojos intensos y furiosos. Si

los considores se hubieran conformado con una casa normal, aquello no habría podido llegar a ocurrir. Pero no: tenían que distinguirse de los demás y vivir en un hogar lleno de delicada madera, en vez de recia piedra. Las hambrientas llamas parecían emocionadas jugando con la mansión moribunda. Había un regocijo en los sonidos del fuego, en sus rugidos y siseos. Los llamas pren correteaban por la pared junto a Kaladin, dejando rastros negros en la madera.

Por delante, la cocina estaba envuelta en llamas. A Kaladin de momento no le importaba el calor, porque su luz tormentosa le sanaba las quemaduras antes de que llegaran a algo más que picar. Mientras se mantuviera apartado del corazón del fuego, no debería pasarle nada.

Por desgracia, aquello podía demostrarse imposible.

—¿Dónde está el sótano? —preguntó Syl desde su hombro.

Kaladin señaló a través de la gigantesca hoguera que era la cocina hacia una puerta que apenas se entreveía como una sombra.

—Estupendo —dijo Syl—. ¿Vas a llegar corriendo?

Kaladin asintió, sin atreverse a perder su luz tormentosa hablando. Hizo acopio de valor y entró a toda velocidad en la cocina, rodeado de llamas y humo que se arremolinaron en torno a él. Llegó desde arriba un desolado gemido, que le indicó que el techo estaba a punto de ceder.

Un enlace rápido hacia arriba permitió a Kaladin saltar la encimera ardiente. Llegó al otro lado, embistió con el hombro contra la calcinada puerta que bajaba al sótano y la atravesó con gran estrépito, proyectando fuego y hollín por delante.

Entró en un oscuro pasadizo descendente, tallado directamente en la roca de la ladera de la colina. Mientras dejaba atrás el incendio, Syl soltó una risita.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Tienes el trasero en llamas —dijo ella.

Condenación. Kaladin se dio palmadas en la parte de atrás de la casaca. En fin, después de que Leshwi lo apuñalara, aquel uniforme ya estaba echado a perder de todos modos. Iba a tener que escuchar a Leyten quejarse por la frecuencia con que Kaladin los destrozaba. El intendente de los Corredores del Viento parecía convencido de que Kaladin se dejaba herir solo para complicarle la tarea de mantener las existencias de uniformes.

Empezó a recorrer el oscuro túnel de piedra, contando con su luz tormentosa para ver dónde pisaba. Al poco de haber entrado, pasó por una

rejilla en el suelo que cubría un profundo agujero: el atrapaaguas, que desviaría toda lluvia que inundara el túnel. Un sótano para tormentas como aquel era el lugar donde se refugiaban las familias de ojos claros durante las altas tormentas.

Kaladin se sintió tentado de considerar el riesgo de inundación como otro problema de vivir en una casa de madera, pero incluso las edificaciones de piedra podían sufrir daños ocasionales durante las tormentas. No podía reprochar a la gente que quisiera poner varios palmos de roca entre ellos y las ráfagas de viento. De niño había jugado allí abajo con Laral, y en esos momentos el pasadizo le pareció más angosto. Recordaba un túnel profundo e interminable. Pero poco después de pasar el atrapaaguas, vio por delante el techo iluminado del sótano.

Kaladin entró en la estancia subterránea y encontró a dos prisioneros encadenados con grilletes a la pared del fondo, desplomados en el suelo, con las cabezas gachas. A uno de ellos no lo reconoció —quizá fuese un refugiado—, pero el otro era Jeber, padre de un par de chicos a los que Kaladin había conocido en su juventud.

—Jeber —llamó Kaladin, corriendo hacia él—. ¿Has visto a Roshone? Ha dicho...

Kaladin interrumpió la frase al darse cuenta de que ninguno de los dos se movía. Se arrodilló y sintió crecer el miedo al fijarse mejor en la cara delgada de Jeber. Estaba normal, salvo por la palidez... y por los dos huecos calcinados, como carbón, que tenía en vez de ojos. Lo habían matado con una hoja esquirlada.

—¡Kaladin! —gritó Syl—. ¡Detrás de ti!

Kaladin se volvió, sacando la mano de golpe e invocando su lanza esquirlada. La estancia, tallada toscamente, se abría hacia atrás a la izquierda de la entrada, dejando una pequeña cavidad en la pared que Kaladin no había alcanzado a ver al entrar. Allí, de pie en silencio, había un hombre alto con rostro de halcón y el pelo castaño veteado de negro. Moash llevaba un elegante uniforme negro de corte alezi y retenía al brillante señor Roshone delante de él, con una daga al cuello. El exconsistor lloraba sin hacer ruido, con la otra mano de Moash tapándole la boca, y había miedospren ondulándose en el suelo.

Moash movió la daga en un corte rápido y efectivo que abrió la garganta de Roshone y derramó su sangre por el pecho de su raída ropa.

Roshone cayó a la piedra. Kaladin gritó e hizo ademán de correr a

ayudarlo, pero el cirujano que llevaba en su interior meneó la cabeza. ¿Cuello rajado? No era la clase de herida que un cirujano podía sanar.

«Atiende a alguien a quien puedes ayudar —pareció decirle su padre—. Este está muerto.»

¡Tormentas! ¿Era demasiado tarde para ir a buscar a Lift o a Godeke? Ellos podrían... podrían...

Roshone se revolvió con debilidad en el suelo ante un impotente Kaladin. Y entonces, el hombre que había aterrorizado a la familia de Kaladin, el hombre que había enviado a Tien a su muerte... se perdió en un charco de su propia sangre.

Kaladin alzó la mirada furibunda hacia Moash, que en silencio devolvió la daga a la vaina que llevaba al cinto.

—Venías a salvarlo, ¿verdad, Kal? —preguntó Moash—. ¿A uno de tus peores enemigos? En lugar de buscar la venganza y la paz, corrías a rescatarlo.

Kaladin rugió y se levantó de un salto. La muerte de Roshone devolvió a Kaladin a aquel momento en el palacio de Kholarin. A una lanza atravesando el pecho de Elhokar. Y a Moash... haciendo el saludo del Puente Cuatro como si de algún modo inconcebible mereciera ese privilegio.

Kaladin alzó la lanza-Syl hacia Moash, pero el hombre solo se lo quedó mirando, con unos ojos que habían pasado a ser de un castaño oscuro pero carecían de toda emoción, de toda vida. Moash no invocó su hoja esquirlada.

—¡Lucha contra mí! —le gritó Kaladin—. ¡Hagámoslo!

—No —dijo Moash, separando las manos a los lados—. Me rindo.

Shallan se obligó a mirar más allá del umbral hacia el cuerpo de Ialai, que Ishnah estaba inspeccionando.

Los ojos de Shallan querían deslizarse lejos del cadáver, mirar a cualquier otro sitio, pensar en cualquier otro asunto. Afrontar las cosas difíciles era un problema para ella, pero en parte había empezado a encontrar el equilibrio —con tres personalidades, cada cual útil para según qué cosas— cuando había aceptado su dolor. Incluso aunque no lo mereciera.

El equilibrio cumplía su cometido. Shallan podía funcionar.

Pero ¿estamos mejorando?, preguntó Velo. ¿O solo seguimos flotando en el mismo sitio?

Me conformo con no empeorar, pensó Shallan.

¿Durante cuánto tiempo?, insistió Velo. Llevamos un año ya aguantando

el viento, sin resbalar hacia atrás pero sin progresar tampoco. En algún momento tendrás que empezar a recordar. Las cosas difíciles.

No. Eso no. Aún no. Tenía trabajo que hacer. Dio la espalda al cadáver y se concentró en los problemas que tenía delante. ¿Los Sangre Espectral tenían espías en el círculo interno de Shallan? Encontró la idea no solo plausible, sino probable.

Quizá Adolin estuviera dispuesto a considerar cumplida aquella misión, y Shallan podía aceptar que infiltrarse con éxito en los Hijos de Honor había demostrado al menos que era capaz de planear y ejecutar una estrategia. Pero no podía evitar la sensación de que había sido una marioneta de Mraize, a pesar de todos los esfuerzos de Velo.

—Aquí no hay nada aparte de unas botellas de vino vacías —dijo Rojo, que estaba abriendo cajones y exhibidores del aparador—. ¡Espera! Creo que he encontrado el sentido del humor de Gaz. —Levantó algo pequeño con dos dedos—. Ah, pues no. Era solo una fruta vieja y seca.

Gaz había encontrado una pequeña alcoba al fondo de la sala, al otro lado de la puerta que había visto Velo.

—Si de verdad encuentras mi sentido del humor, mátalo —respondió desde dentro—. Será más piadoso que obligarlo a aguantar tus bromas, Rojo.

—La brillante Shallan las encuentra graciosas, ¿a que sí?

—Cualquier cosa que moleste a Gaz es graciosa, Rojo —dijo ella.

—¡Pues yo me molesto a mí mismo! —exclamó Gaz. Asomó la cabeza, con su barba completa y dos ojos sanos ya, después de que el que había perdido volviera a crecerle cuando por fin aprendió a absorber luz tormentosa unos meses antes—. Así que debo de ser el tormentoso hombre más desternillante de todo el planeta. ¿Qué estamos buscando, Shallan?

—Papeles, documentos, cuadernos —respondió ella—. Cartas. Cualquier cosa escrita.

Los dos retomaron su inspección. Encontrarían cualquier cosa que fuese evidente, pero Ialai había dejado claro que había algo inusual que hallar, algo oculto. Algo que Mraize no querría que Shallan tuviera. Cruzó la sala, rodó un poco sobre sí misma apoyada en un talón y miró hacia arriba. ¿Cómo había pasado por alto Velo la preciosa decoración pintada en voluta cerca del techo, que rodeaba toda la estancia? Y la alfombra del centro quizás fuese monocroma, pero era gruesa y estaba bien cuidada. Shallan se quitó los zapatos y las calzas para caminar sobre ella, sintiendo las suntuosas hebras bajo los dedos de los pies. Aquella sala era un poco austera, sí, pero no

lúgubre.

Secretos. ¿Dónde estaban los secretos? Patrón zumbó en su falda mientras Shallan se dirigía al aparador e inspeccionaba los vinos. Ialai había mencionado una variedad extraña. Aquellos vinos eran la pista.

No había más remedio que probarlos. Shallan había superado pruebas mucho más desagradables en cumplimiento del deber. Rojo enarcó una ceja al ver que Shallan empezaba a servirse y probar un poquito de cada botella.

A pesar de la extensa diatriba de Ialai sobre los vinos, a Shallan la mayoría le parecieron de lo más mediocres. Pero tampoco era ninguna experta; le gustaban las cosas que sabían bien y la emborrachaban.

Al pensar en eso, absorbió un poco de luz tormentosa y anuló los efectos del alcohol. No era el momento de tener la cabeza turbia. Aunque la mayoría de los vinos eran del montón, acabó llegando a uno que no logró situar. Era un vino dulce, de un rojo intenso, el color de la sangre. Su sabor no se parecía a nada que hubiera probado antes. Afrutado pero robusto, y quizá un poco... pesado. ¿Era la forma correcta de decirlo?

—Aquí tengo unas cartas —dijo Gaz desde la alcoba—. También hay unos libros que parecen escritos a mano por ella.

—Recógelo todo —ordenó Shallan—. Luego lo clasificaremos. Tengo que ir a preguntar una cosa a Adolin.

Sacó la botella para enseñársela a Adolin. Había varios guardias vigilando la puerta y no parecía que nadie del campamento de guerra hubiera reparado en el ataque. O por lo menos, nadie había acudido allí.

Shallan hizo caso omiso del cadáver y luego se obligó a mirarlo de nuevo. Adolin se acercó para hablar con ella en voz baja.

—Deberíamos ir marchándonos. Han escapado unos pocos guardias. Quizá nos interese escribir pidiendo que unos cuantos Corredores del Viento nos faciliten la extracción. Y... ¿qué ha pasado con tus zapatos?

Shallan miró sus pies descalzos, que asomaban por delante del vestido.

—Me coartaban la capacidad de pensar.

—Te coartaban... —Adolin se pasó una mano por su precioso pelo revuelto, rubio salpicado de negro—. Amor mío, a veces eres deliciosamente rara.

—Y el resto del tiempo, soy solo groseramente rara. —Shallan levantó la botella—. Bebe. Es por la ciencia.

Adolin frunció el ceño, pero probó un sorbito, y entonces torció el gesto.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Es «vino» shin. No tienen ni idea de cómo fermentar bien el alcohol. Lo hacen todo a partir de una sola y extraña baya pequeña.

—Exótico, desde luego —dijo Shallan—. No podemos irnos todavía. Patrón y yo tenemos un secreto que desentrañar.

—Mmm... —dijo Patrón desde su falda—. Ojalá tuviera zapatos que quitarme para que mi cerebro funcione bien. —Calló un momento—. En realidad, me parece que no tengo cerebro.

—Volveremos enseguida —prometió ella, y regresó a la sala del aparador.

Rojo había ido con Gaz a la diminuta alcoba. No tenía ventanas y apenas había sitio para estar allí de pie. Contenía un colchón sin armazón y un cofre en el que al parecer estaban las notas y las cartas que había encontrado Gaz.

Ialai esperaría que toparan con aquellas cosas. Quizá escondieran secretos, pero no eran los que buscaba Shallan. «Ialai se mudó aquí después de que ardiera su palacio. Dormía en un cuchitril y se negaba a salir de esta fortaleza. Y aun así, Mraize logró introducir en ella no a una, sino a dos personas para matarla.»

Vino shin. ¿Sería esa la pista? ¿O algo en el aparador? Lo miró de arriba abajo y luego sacó su cuaderno de bocetos.

—Patrón —dijo—, busca patrones en la sala.

Patrón zumbó, se separó de su falda e hizo titilar el suelo al recorrerlo, como si de algún modo estuviera dentro de la piedra, abombando su superficie. Mientras el spren empezaba a buscar, Shallan bosquejó el aparador.

Memorizar un objeto y luego congelarlo en una ilustración tenía algo que le permitía verlo mejor. Podía estimar los espacios que quedaban entre los cajones, el grosor de la madera. Y al poco tiempo supo que en el aparador no podía caber ningún compartimento secreto.

Ahuyentó a unos pocos creacionspren antes de levantarse. Patrones, patrones, patrones. Observó la alfombra y luego miró los diseños artísticos pintados en las molduras de la sala. Shinovar. ¿El vino shin era importante de verdad o se había equivocado de pista?

—Shallan —dijo Patrón desde el otro extremo de la estancia—. Un patrón.

Shallan llegó deprisa hasta donde Patrón abombaba la piedra de la pared, cerca de la esquina noroeste. Se arrodilló y constató que las piedras sí que presentaban una tenue pauta, unas tallas desgastadas por el tiempo, que apenas logró palpar con las yemas de los dedos.

—Este edificio no es nuevo —dijo—. Por lo menos una parte de él ya se

alzaba cuando los alezi llegaron a los campamentos de guerra. Construyeron la estructura sobre una base que ya existía. ¿Qué son esas marcas? Casi no llegó ni a distinguirlas.

—Mmm. Son diez objetos en patrón, que se repiten —respondió él.

«Este de aquí se parece un poco a un glifo», pensó Shallan. Aquellos campamentos de guerra se remontaban a los días de las sombras, la era en que se habían alzado los Reinos de Época. Diez reinos humanos. ¿Diez glifos? Shallan no estaba segura de saber interpretar los glifos antiguos, que podrían haber dado problemas incluso a Jasnah, pero quizás no le hiciera falta.

—Estas piedras están por toda la base de la pared —dijo Shallan—. Miremos a ver si hay tallas más fáciles de distinguir.

En efecto, encontró algunas piedras mejor conservadas. Cada una de ellas presentaba un glifo y lo que parecía ser un pequeño mapa con la forma de uno de los antiguos reinos. Muchos parecían meros pegotes, pero la forma de medialuna que tenía la cordillera de Shinovar destacaba entre los demás.

«Vino shin. Un mapa con las montañas de Shinovar.»

—Busca todos los bloques que tengan esta misma talla —pidió a Patrón.

El spren lo hizo y resultó que la forma aparecía en un bloque de cada diez. Shallan los recorrió todos hasta que, al tercer intento, pudo mover un poco la piedra.

—Aquí —dijo—, en la esquina. Creo que este es el correcto.

—Mmm... —respondió Patrón—. Se desvía unos pocos grados, así que por definición sería coagudo.

Shallan sacó la piedra con cuidado. Dentro, como el mítico tesoro en gemas de los cuentos infantiles, encontró una pequeña libreta. Alzó la mirada para comprobar si Gaz y Rojo seguían en la alcoba contigua. Así era.

«Condenación, esa mujer me tiene desconfiando de mis propios agentes», pensó Shallan mientras se guardaba la libreta en la bolsa segura y volvía a colocar la piedra en su sitio. Tal vez Ialai solo pretendiera sembrar el caos y la discordia. Pero... Shallan no podía aceptar por completo esa hipótesis, no con lo afligida que había parecido Ialai. No costaba mucho creer que los Sangre Espectral hubieran estado dándole caza: Mraize se había infiltrado en el círculo íntimo de Amaram y Ialai un año antes, aunque no los había acompañado en su huida de Urithiru.

Shallan ardía en deseos de hojear la libreta, pero Gaz y Rojo salieron con una funda de almohada llena de notas y cartas.

—Si ahí dentro hay algo más —dijo Gaz, señalando con el pulgar por

encima del hombro—, no lo encontramos.

—Tendrá que bastarnos —dijo Shallan mientras Adolin le indicaba con un gesto que salieran—. Vámonos de aquí.

Kaladin titubeó, con la lanza apuntando al cuello de Moash. Podía acabar con él. *Debía* acabar con él. ¿Por qué no se decidía?

Moash... había sido amigo suyo. Los dos habían pasado horas junto al fuego, contándose sus vidas. Kaladin había abierto su corazón a ese hombre, de formas en las que no lo había hecho con casi ninguno de los demás. Había hablado a Moash, como a Teft y a Roca, de Tien. De Roshone. De sus temores.

Pero Moash no solo había sido un amigo. Más que eso, había sido miembro del Puente Cuatro. Kaladin había jurado a las tormentas y a los cielos en lo alto, si es que había alguien allí mirando, que protegería a aquellos hombres.

Kaladin había fallado a Moash. Con la misma rotundidad con que había fallado a Dunny, Mart y Jaks. Y de todos ellos, perder a Moash había sido lo más doloroso. Porque en aquellos ojos endurecidos, Kaladin se veía a sí mismo.

—Eres un hijo de puta —siseó Kaladin.

—¿Niegas que esto estaba justificado? —Moash dio una patada al cuerpo de Roshone—. Sabes lo que hizo. Sabes lo que me costó.

—¡Ya mataste a Elhokar por ese crimen!

—Porque se lo tenía bien merecido, igual que este de aquí. —Moash negó con la cabeza—. Esto también lo he hecho por ti, Kal. ¿Querrías dejar que el alma de tu hermano grite a las tormentas, sin venganza?

—¡No te atrevas a hablar de Tien! —gritó Kaladin.

Se sentía desequilibrado, perdiendo el control. Le ocurría siempre que pensaba en Moash, en la muerte del rey Elhokar, en cómo había fallado a la gente de Kholinar y a las tropas de la Guardia de la Muralla.

—¿Reclamas justicia? —preguntó vociferante Kaladin, señalando los cadáveres encadenados al muro—. ¿Y qué pasa con Jeber y ese otro hombre? ¿A ellos también los has matado por justicia?

—Por piedad —dijo Moash—. Era mejor una muerte rápida que dejarlos morir olvidados.

—¿Podrías haberlos soltado!

Las manos de Kaladin sudaban contra el arma, y su mente... su mente no pensaba bien. Se le estaba agotando la luz tormentosa, apenas le quedaba

nada.

Kaladin, dijo Syl, vámonos.

—Tenemos que ocuparnos de él —susurró Kaladin—. Tengo que... que...

¿Que qué? ¿Matar a Moash mientras estaba indefenso? Aquel era un hombre al que en teoría Kaladin debía proteger. Salvar.

—Van a morir, ¿sabes? —dijo Moash en voz baja.

—Cállate.

—Todos a quienes amas, todos a los que crees que puedes proteger. Morirán de todas formas. No puedes hacer nada para evitarlo.

—¡He dicho que te calles! —gritó Kaladin.

Moash dio un paso hacia la lanza y dejó caer las manos a ambos lados mientras daba un segundo paso.

Lo más extraño fue que Kaladin se descubrió retrocediendo. Llevaba un tiempo muy cansado y, aunque intentaba no hacerle caso, aunque intentaba seguir adelante, el agotamiento cayó sobre él como un peso repentino. Kaladin había utilizado mucha luz tormentosa combatiendo y luego atravesando el fuego.

Se le acabó justo en ese momento y Kaladin se deshinchó. Las cosas que llevaba conteniendo toda la batalla lo inundaron. El entumecimiento, la fatiga.

Por detrás de Moash, el fuego lejano crepitaba y chisporroteaba. Desde más lejos llegó un fuerte estruendo que resonó en el túnel, el techo de la cocina derrumbándose por fin. Por el pasadizo rebotaron pedazos de madera ardiendo, ascuas que se disiparon en la tiniebla.

—¿Recuerdas el abismo, Kal? —susurró Moash—. ¿A aquella noche, bajo la lluvia? ¿Allí de pie, mirando la oscuridad de abajo y sabiendo que sería tu única liberación? Entonces lo sabías. Intentas fingir que lo has olvidado. Pero lo sabes. Igual que sabes que las tormentas vendrán. Igual que sabes que todo ojos claros mentirá. Solo hay una respuesta. Un camino. Un resultado.

—No... —susurró Kaladin.

—Yo he encontrado la mejor manera —dijo Moash—. No siento ningún remordimiento. Renuncié a él y, al hacerlo, me convertí en la persona que podría haber sido desde siempre... si no me hubieran retenido.

—Te has convertido en un monstruo.

—Puedo quitarte tu dolor, Kal. ¿Acaso no es eso lo que quieres? ¿Qué termine el sufrimiento?

Kaladin se sentía como en trance. Petrificado, igual que cuando había

visto... morir a Elhokar. Notaba la desconexión que llevaba supurando en su interior desde entonces.

No, ya había empezado a crecer antes de eso. Una semilla que lo había vuelto incapaz de luchar, de decidir, que lo había paralizado mientras sus amigos morían.

Su lanza esquirlada le resbaló de los dedos. Syl estaba hablándole, pero... Kaladin no podía oírla. Su voz era un venticillo lejano...

—Hay un camino muy sencillo hacia la libertad —dijo Moash, estirando el brazo y apoyando la mano en el hombro de Kaladin. Un gesto reconfortante, familiar—. Tú eres mi amigo más querido, Kal. Quiero que dejes de sufrir. Quiero que seas libre.

—No...

—La solución es dejar de existir, Kal. Lo has sabido siempre, ¿verdad que sí?

Kaladin parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos, y entonces la parte más profunda de su ser, el niño pequeño que odiaba la lluvia y la penumbra, se encogió en su alma y se hizo un ovillo. Porque... sí que quería dejar de sufrir.

Lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Solo necesito una cosa de ti —dijo Moash—. Necesito que reconozcas que tengo razón. Necesito que lo veas. A medida que sigan muriendo, recuérdalo. A medida que les falles, mientras te consuma el dolor, recuerda que *existe* una salida. Regresa a aquel precipicio y salta a la oscuridad.

Syl estaba chillando, pero era solo viento. Un viento distante...

—Pero yo no lucharé contra ti, Kal —susurró Moash—. No hay lucha que ganar. Los dos perdimos en el momento en que nacimos para esta vida maldita de sufrimiento. La única victoria que nos queda por delante es *elegir* terminar con todo. Yo encontré mi camino. Hay uno abierto para ti.

«Oh, Padre Tormenta —pensó Kaladin—. Oh, Todopoderoso. Yo solo... solo quiero dejar de fallar a mis seres queridos.»

Una luz estalló en la cámara subterránea.

Limpia y blanca, como la luz que emanaría del más puro de los diamantes. La luz del sol. Una pureza brillante, concentrada.

Moash bramó y dio media vuelta, protegiéndose los ojos de la fuente de aquella luz... que procedía del umbral. La silueta que había detrás no era visible más que como una mera sombra.

Moash rehuyó la luz, pero una versión translúcida y vaporosa de él se separó

y caminó hacia ella en vez de apartarse. Era como el resollo en los párpados después de un brillo intenso. En ella Kaladin vio al mismo Moash, pero de algún modo más erguido, llevando un uniforme azul brillante. Ese Moash alzó una mano, confiado, y Kaladin supo que había personas congregadas detrás de él aunque no pudiera verlas. Protegidas. Seguras.

La imagen de Moash se iluminó de sopetón mientras en sus manos cobraba forma una lanza esquirlada.

—¡No! —aulló el verdadero Moash—. ¡No! ¡Llévatelo! ¡Llévate mi dolor!

Retrocedió tambaleándose hasta el lado de la cámara, frenético, mientras una hoja esquirlada, la del Asesino de Blanco, cobraba forma en sus manos. Dio un tajo al aire vacío. Por fin agachó la cabeza, se tapó la cara con un codo, pareció apartar de un empujón a la figura de la luz y corrió túnel arriba.

Kaladin cayó de rodillas, bañado en aquella luz cálida. Sí, había calidez. Kaladin se notó abrigado. Sin duda... si de veras existía una deidad... estaba mirándolo desde el interior de aquella luz...

La luz se atenuó y un joven larguirucho con el pelo negro y rubio corrió a ayudar a Kaladin.

—¡Señor! —exclamó Renarin—. ¿Kaladin, señor? ¿Estás bien? ¿Te has quedado sin luz tormentosa?

—Yo... —Kaladin sacudió la cabeza—. ¿Qué...?

—Vamos —dijo Renarin, pasándole el brazo por la axila para ayudarlo a levantarse—. Los Fusionados se han retirado. ¡La nave está lista para partir!

Kaladin asintió, entumecido, y dejó que Renarin lo pusiera en pie.

CONTRADICCIONES



Una jaula de peltre provocará que el spren del fabrial exprese su atributo con intensidad. Un llamaspren, por ejemplo, generará calor. A estos fabriales los llamamos aumentadores. Tienden a utilizar la luz tormentosa más deprisa que otros fabriales.

Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175

Para cuando Kaladin empezó a volver en sí, el *Cuarto Puente* ya estaba elevándose en el aire. Se había quedado cerca de la borda, contemplando una abandonada Piedralar que se iba encogiendo por debajo de ellos. Desde esa distancia, las casas parecían un grupo de caparazones de cangrejo descartados a medida que el animal crecía. Una vez cumplida su función, se habían reducido a restos dispersos.

En otra época, había imaginado regresar triunfante al pueblo. Pero su regreso había terminado provocando el final de Piedralar. Se sorprendió de lo poco que le dolía saber que, con toda probabilidad, aquella fuese la última visita que haría al lugar donde había nacido.

Pero claro, Piedralar ya llevaba años sin ser su hogar. Buscó por instinto a los soldados del Puente Cuatro. Estaban entremezclados con los demás Corredores del Viento y los escuderos en la cubierta, congregados, hablando de algo que Kaladin no alcanzaba a distinguir.

Qué grande se había hecho el grupo. Había centenares de Corredores del Viento, demasiados para operar como aquel equipo tan unido que Kaladin había formado en el ejército de Sadeas. Se le escapó un gemido de entre los labios, que achacó a la fatiga.

Se sentó en cubierta y apoyó la espalda en el parapeto. Un fervoroso le llevó una taza de algo caliente, que aceptó encantado... hasta que reparó en que estaban repartiendo las bebidas a los habitantes del pueblo y los refugiados, no a los demás soldados. ¿Tan mal aspecto tenía?

«Sí», pensó al mirar su uniforme ensangrentado y quemado. Tenía recuerdos vagos de haber embarcado trastabillando con la ayuda de Renarin, y luego de ladrar a la horda de Corredores del Viento que habían acudido a mirarlo embobados. No dejaban de ofrecerle luz tormentosa, pero ya tenía mucha. Tenía las venas repletas de ella, pero, por una vez, la energía adicional que le proporcionaba parecía... débil. Desteñida.

«Basta ya —se ordenó a sí mismo—. Te has mantenido entero con peores vientos que este, Kaladin. Tú respira hondo. Se te pasará. Siempre se te pasa.»

Dio un sorbo a la bebida, que resultó ser caldo. Agradeció la calidez, sobre todo a medida que el barco ganaba altitud. Muchos habitantes del pueblo se habían reunido cerca de los lados y a su alrededor emergían asombrosos spren. Kaladin compuso una sonrisa forzada mientras cerraba los ojos y apoyaba la cabeza hacia atrás, intentando recuperar la sensación maravillosa de elevarse en el aire aquellas primeras veces.

Pero en vez de revivir aquellos momentos, se encontró en otros tiempos más oscuros. Cuando murió Tien, y cuando había fallado a Elhokar. Por absurdo que pareciera, lo segundo le dolía casi tanto como lo primero. Y eso que el rey tampoco le había caído demasiado bien. Pero por algún motivo, ver morir a Elhokar cuando estaba a punto de pronunciar el Primer Ideal Radiante...

Kaladin abrió los ojos mientras Syl volaba hacia arriba con la forma de un *Cuarto Puente* en miniatura. La spren acostumbraba a adoptar la forma de elementos naturales, pero aquella tenía una rareza añadida. Su sitio no era el cielo. Aunque podría argumentarse lo mismo del propio Kaladin.

Cambió a la forma de una joven, con su vestido más elegante, y se posó en el aire al nivel de sus ojos. Señaló hacia los Corredores del Viento congregados.

—Están dándole la enhorabuena a Laran —le explicó Syl—. Ha

pronunciado el Tercer Ideal mientras nosotros estábamos en ese edificio en llamas.

Kaladin dio un gruñido.

—Me alegro por ella.

—¿Vas a felicitarla?

—Después —respondió Kaladin—. No quiero tener que abrirme paso a codazos.

Suspiró y volvió a apoyar la cabeza contra el parapeto.

«¿Por qué no lo he matado? —pensó—. Mato a parshmenios y a Fusionados solo por existir, ¿y cuando me enfrento a Moash, me bloqueo? ¿Por qué?

Se sentía idiota. ¿Cómo podía haberse dejado manipular con tanta facilidad? ¿Por qué no había clavado sin más su lanza en la cara demasiado confiada de Moash, ahorrando así al mundo un montón de complicaciones? Por lo menos, eso habría hecho que se callara. Habría interrumpido aquellas palabras que borbotaban de sus labios como un lodo fétido.

«Van a morir... Todos a quienes amas, todos a los que crees que puedes proteger. Morirán de todas formas. No puedes hacer nada para evitarlo. Puedo quitarte tu dolor...»

Kaladin se obligó a abrir los ojos y encontró a Syl de pie ante él, con su vestido más habitual, suelto e infantil, el que se deshacía en neblina a la altura de sus rodillas. Syl parecía más pequeña que de costumbre.

—No sé qué hacer —dijo ella con suavidad—. Para ayudarte.

Él bajó la mirada.

—La oscuridad que hay en ti está mejor unas veces y peor otras —prosiguió ella—. Pero últimamente... se ha transformado en algo distinto. Te veo muy agotado.

—Solo necesito descansar bien —dijo Kaladin—. ¿Crees que ahora estoy mal? Tendrías que haberme visto cuando Hav me hizo cruzar a marchas forzadas el... el...

Volvió la cabeza. Mentirse a sí mismo era una cosa. Mentir a Syl le costaba mucho más.

—Moash me ha hecho algo —añadió—. Me ha metido en una especie de trance.

—Yo no lo creo, Kaladin —susurró ella—. ¿Cómo sabía él lo del Abismo del Honor? ¿Cómo sabía lo que estuviste a punto de hacer allí?

—Le conté muchas cosas, en tiempos mejores. En el ejército de Dalinar,

antes de Urihiru. Antes de...

—¿Por qué no podía recordar esos tiempos, los tiempos cálidos, los momentos de sentarse a la hoguera con verdaderos amigos?

Verdaderos amigos entre los que estaba un hombre que acababa de intentar convencer a Kaladin de que se suicidara.

—Kaladin —dijo Syl—. Está yendo a peor. Esa expresión distante, esa fatiga. Te pasa siempre que te quedas sin luz tormentosa. Como si... como si solo pudieras seguir adelante si la tienes dentro.

Kaladin cerró los párpados con fuerza.

—Te quedas petrificado cada vez que oyes informes de Corredores del Viento caídos.

Cuando se enteraba de la muerte de soldados suyos, siempre se imaginaba haciendo carreras de puente otra vez. Oía los chillidos, sentía las flechas en el aire...

—Por favor —susurró Syl—, dime lo que tengo que hacer. Esto es una cosa que no entiendo de ti. Lo he intentado muchísimo. No logro encontrar sentido a cómo te sientes ni a por qué te sientes así.

—Si alguna vez se lo encuentras —dijo Kaladin—, explícamelo a mí, ¿quieres?

¿Por qué no podía olvidarse sin más de las palabras de Moash? ¿Por qué no podía alzarse erguido? ¿Por qué no podía caminar con paso firme hacia el sol como el héroe por el que lo tenían todos los demás?

Abrió los ojos y dio un sorbo al caldo, pero se le había enfriado. Se lo bebió de todas formas. Los soldados no podían ponerse quisquillosos con el alimento.

Al poco rato, alguien se separó del grupo de Corredores del Viento y fue hacia él. Teft llevaba un uniforme bien ajustado y la barba recortada, pero cuando no brillaba parecía una piedra vieja. La clase de piedra mohosa que uno podía encontrar en la falda de las colinas, erosionada por la lluvia y los vientos del tiempo, la clase de piedra que hacía preguntarse qué habría visto a lo largo de sus muchos días.

Teft hizo ademán de sentarse al lado de Kaladin.

—No quiero hablar —le espetó Kaladin—. Estoy bien. No hace falta que...

—Anda, cállate, Kal —dijo Teft, y suspiró mientras terminaba de sentarse. Solo tenía cincuenta y pocos años, pero a veces se comportaba como un abuelo dos décadas más viejo—. Dentro de un minuto vas a ir a felicitar a esa chica por haber pronunciado su Tercer Ideal. Ha sido duro para ella, como lo

fue para casi todos nosotros. Necesita tu aprobación.

La protesta murió en los labios de Kaladin. Sí, lo habían ascendido a alto mariscal. Pero la verdad era que todo oficial digno de sus galones sabía que había un momento para cerrar la boca y hacer lo que le decía su sargento de pelotón. Incluso si ya no era su sargento, incluso si ya no había un pelotón.

Teft alzó la mirada hacia el cielo.

—Conque ese hijo de puta sigue vivo, ¿eh?

—Tuvimos un avistamiento confirmado de él hace dos meses, en aquella batalla de la frontera veden —dijo Kaladin.

—Sí, hace dos meses —repuso Teft—. Pero pensaba que alguien de su bando se lo habría cargado a estas alturas. Hay que suponer que ellos tampoco pueden soportarlo.

—Le dieron una hoja de Honor —dijo Kaladin—. Si no lo soportan, tienen una forma muy rara de demostrarlo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que vais a morir todos —respondió Kaladin.

—¡Ja! ¿Amenazas vacías? Sí que se ha vuelto loco.

—Sí —dijo Kaladin—, loco.

«Pero no era una amenaza —pensó—. Es cierto que los perderé a todos en algún momento. Es como funcionan las cosas. Es como funcionan siempre.»

—Avisaré a los demás de que está husmeando por ahí —dijo Teft—. Podría intentar atacarnos a otros más adelante. —Miró a Kaladin—. Renarin dice que te ha encontrado arrodillado. Desarmado. Como si te hubieras quedado inmóvil en batalla...

Teft dejó la frase sin acabar, insinuando algo más. «Como si te hubieras quedado inmóvil en batalla. Otra vez.» Tampoco era que sucediese tan a menudo. Solo esa vez, y aquella otra en Kholinar. Y cuando Lopen había estado al borde de la muerte unos meses antes. Y... bueno, y unas pocas más.

—Vamos a hablar con Laran —dijo Kaladin, levantándose.

—Chaval...

—Tú me has dicho que tengo que hacerlo, Teft —lo interrumpió Kaladin—. Tormentas, ahora vas a dejar que lo haga.

Teft siguió a Kaladin, que fue a cumplir su deber. Se dejó ver por los demás bien derecho, permitió que se reafirmaran en que seguía siendo el brillante líder al que todos conocían. Pidió a Laran que invocara su nueva hoja esquirlada para enseñársela y dio la enhorabuena a su spren. Había muy pocos honorospren dispuestos a luchar junto a ellos, de modo que Kaladin

procuraba reconocer siempre sus méritos.

Después, tal y como había deseado, Dalinar solicitó a unos cuantos Corredores del Viento para llevarlos volando a él, a Navani y a unos pocos más a las Llanuras Quebradas. La mayoría de los Radiantes se quedarían atrás para proteger el *Cuarto Puente* en su travesía más lenta, pero el personal de mando tenía otros quehaceres que cumplir.

Después de ir a ver a sus padres, que por supuesto decidieron quedarse con la gente del pueblo, Kaladin echó a volar. Por lo menos, con el viento rugiendo a su alrededor, Teft no podía hacerle más preguntas.

Navani amaba y detestaba las contradicciones al mismo tiempo.

Por una parte, las contradicciones en la naturaleza o en la ciencia eran testimonios del orden lógico y racional que seguían todas las cosas. Si cien elementos sugerían un cierto patrón y luego otro lo rompía, subrayaba lo notable que era dicho patrón desde un principio. La desviación recalaba la variedad natural.

Por otra parte, esa desviación resaltaba. Como una fracción en una página llena de números enteros. Un siete en una secuencia compuesta por lo demás de sublimes múltiplos de dos. Las contradicciones le susurraban que su conocimiento era incompleto. O eso o algo peor: que podía no haber tal secuencia. Quizá todo fuese un caos aleatorio y ella fingía que el mundo tenía sentido para quedarse más tranquila.

Navani pasó páginas de sus notas. La anodina cámara redonda en la que estaba era demasiado pequeña para que pudiera levantarse. Contenía una sola silla y una mesa clavada al suelo. Podía tocar las paredes a ambos lados estirando los brazos.

Había una copa llena de esferas sujetas a la mesa y cerrada por la parte de arriba. Por supuesto, solo había llevado diamantes para dar luz. Navani no soportaba iluminarse por cien colores y tamaños de gemas distintos.

Estiró las piernas por debajo de la mesa, suspirando. Las horas que llevaba en esa estancia le daban ganas de levantarse y dar un paseo. Pero no tenía esa opción, así que puso en la mesa las páginas culpables de molestarla.

A Jasnah le gustaba hallar inconsistencias en los datos. La hija de Navani parecía prosperar con las contradicciones, con las leves incongruencias en las declaraciones de testigos, con las preguntas que provocaban los sesgos del recuerdo en las narraciones históricas. Jasnah seleccionaba con meticulosidad esos cabos sueltos y tiraba de ellos para descubrir nuevas revelaciones y

secretos.

Jasnah adoraba los secretos. Navani era más precavida con ellos. Los secretos eran lo que había transformado a Gavilar en... lo que fuera que hubiese sido hacia el final. Incluso en los tiempos que corrían, la codicia de los artifabrianos a lo largo y ancho del mundo estaba impidiendo que la sociedad en general aprendiera, creciera y creara, todo ello en aras de preservar sus secretos del oficio.

¿Cuántos secretos habían guardado durante siglos los antiguos Radiantes, solo para perderlos en la muerte y que Navani tuviera que descubrirlo todo de nuevo? Bajó el brazo junto a la silla y recogió el fabrial que habían encontrado Kaladin y Lift.

No tenía ni idea de qué pensar de aquel objeto. ¿Una agrupación de cuatro granates? No parecía haber ningún spren atrapado dentro de ninguno. Navani no identificaba el metal de su jaula ni el corte de sus gemas. Estudiar aquel aparato era como intentar comprender un idioma extranjero. ¿Cómo había suprimido las capacidades de los Radiantes? ¿Estaría relacionado con las gemas engarzadas en las armas de las tropas enemigas, las que absorbían luz tormentosa? ¡Cuántos tormentosos secretos!

Sostuvo en alto un boceto de la columna de gemas que había en el corazón de Urithiru. «Sí que es lo mismo», pensó, dando la vuelta al fabrial en su otra mano para compararlo con una estructura similar de granates en la imagen. Los de la columna eran enormes, pero el corte, la disposición de las gemas, la *sensación* que daba... era la misma.

¿Por qué iba a tener la torre un dispositivo que suprimiera los poderes de los Radiantes? Era su hogar.

«¿Podría ser lo contrario? —se preguntó, dejando en la mesa el extraño fabrial para tomar una nota en el margen del dibujo—. ¿Una forma de inhibir las capacidades de los Fusionados?»

Seguía habiendo mucho en la torre que no tenía el menor sentido. Navani contaba con un Forjador de Vínculos en Dalinar. ¿No deberían él y el Padre Tormenta poder imitar lo que fuese que hacía el spren de la torre, muerto mucho tiempo atrás, para suministrar energía a la columna y a la propia torre?

Sostuvo una segunda ilustración, de un aparato más conocido: una construcción de tres gemas conectadas por cadenas, diseñada para llevarla en el dorso de la mano. Un moldeador de almas.

Los moldeadores de almas fastidiaban a Navani desde hacía mucho tiempo. Eran el proverbial defecto en el sistema, el fabrial que no tenía sentido.

Navani no era una erudita, pero tenía un buen conocimiento práctico sobre los fabriales. Producían ciertos efectos, sobre todo amplificar, localizar o atraer elementos o emociones concretas, ligados siempre al tipo de spren atrapado en su interior. Sus efectos eran tan lógicos que se habían postulado fabriales teóricos años antes de llegar a construirlos.

Una obra maestra tecnológica como el *Cuarto Puente* era solo una composición de aparatos más pequeños y sencillos entrelazados entre ellos. Emparejando dos gemas, se obtenía una vinculacaña. Si se conectaban centenares, podía lograrse que un barco volara. Suponiendo que se hubiera descubierto cómo aislar planos de movimiento y re aplicar vectores de fuerza a través de fabriales parejos. Pero incluso esos hallazgos habían sido pequeños ajustes más que cambios revolucionarios.

Cada paso se basaba en los anteriores de maneras lógicas. Tenía todo el sentido del mundo, una vez se comprendían los fundamentos. Pero los moldeadores de almas... incumplían todas las reglas. Durante siglos había prevalecido la explicación de que eran objetos sagrados, creados por el Todopoderoso y concedidos a la humanidad como un acto de beneficencia. No se suponía que debieran tener sentido, porque no eran tecnológicos, sino divinos.

Pero ¿eso era verdad? ¿O Navani podría, a base de estudio, terminar descubriendo sus secretos? Durante años, habían dado por hecho que no había spren atrapados en los dispositivos moldeadores de almas. Pero gracias a las Puertas Juradas, Navani podía viajar a Shadessmar, y todo lo que contenía el Reino Físico se reflejaba allí. Los seres humanos se manifestaban como llamas de velas flotantes. Los spren se veían como versiones más grandes o más completas de lo que se percibía en el Reino Físico.

Los moldeadores de almas se manifestaban como unos spren diminutos que no reaccionaban a nada y flotaban con los ojos cerrados. Por tanto, los moldeadores de almas sí que tenían un spren capturado. Un spren Radiante, a juzgar por su forma. Inteligente, no como los spren más parecidos a animales que se atrapaban para hacer funcionar los fabriales corrientes.

Aquellos spren estaban retenidos en Shadessmar y obligados a alimentar los moldeadores de almas. «¿Igual que esto, tal vez?», pensó Navani, levantando el aparato con las gemas que había descubierto Kaladin. Tenía que existir una relación. ¿Y quizás una relación con la torre? ¿Con el secreto de cómo hacerla funcionar?

Navani pasó más páginas de su cuaderno y contempló la multitud de

diagramas que había dibujado en el último año. Había logrado descifrar muchas de las mecánicas de la torre. Coincidían con los moldeadores de almas en que eran el resultado de atrapar spren de algún modo en Shadescmar. Sin embargo, sus funciones eran similares a las de los diseños de artifabrianos modernos.

¿Los elevadores? Una combinación de fabriales parejos y una noria oculta que aprovechaba el río subterráneo creado al fundirse la nieve de los picos. ¿Los pozos de la ciudad, que se llenaban constantemente de agua? Una manipulación muy inspirada de fabriales atractores, alimentados por vetustas gemas expuestas al aire y las tormentas muy por debajo de la torre.

De hecho, cuanto más estudiaba Urithiru, más visualizaba Navani a los antiguos empleando una simple tecnología de fabriales para crear sus maravillas. Los artifabrianos modernos habían superado aquellas construcciones, y los ingenieros de Navani habían reparado, reequipado y optimizado los elevadores hasta hacerlos funcionar a varios múltiplos de su velocidad original. Habían mejorado los pozos y las cañerías para que llevaran el agua más arriba de la torre y la vertieran en conductos abandonados hacía mucho tiempo.

Navani había aprendido muchísimo en el último año. Casi había llegado a tener la sensación de que al final podría deducirlo todo, responder las preguntas relativas al tiempo y a la mismísima creación.

Y entonces recordaba los moldeadores de almas. Los ejércitos comían y podían mantenerse en movimiento gracias a los moldeadores de almas. Urithiru dependía de la comida adicional que proporcionaban los moldeadores de almas. El depósito de moldeadores de almas que había encontrado ese mismo año en Aimia había sido de gran ayuda a los ejércitos de la coalición. Se contaban entre los dispositivos más codiciados e importantes de la historia moderna.

Y Navani no sabía cómo funcionaban.

Suspiró y cerró el cuaderno de golpe. Su pequeña habitación tembló al hacerlo y Navani frunció el ceño, se inclinó a un lado y abrió una pequeña escotilla en la pared. Miró a través del cristal y halló una visión incongruente, la de un grupo de personas volando por los aires junto a ella. Los Corredores del Viento mantenían una formación relajada, encarados contra el viento, lo cual Navani había señalado que era un poco ridículo. ¿Por qué no volar al revés? No necesitaban ver hacia dónde iban.

Ellos habían afirmado que volar con los pies por delante les parecía un

poco tonto y se habían negado a hacerlo por mucho sentido que tuviera. Era cierto que parecían esculpir el aire alrededor de ellos e impedir que lo peor del viento les abofeteara la cara. Dalinar, en cambio, no contaba con esa protección. Volaba en la hilera, mantenido en alto por un Corredor del Viento, y llevaba una máscara con anteojos para impedir que su orgullosa nariz se congelara y cayera arrancada de su cara.

Navani había optado por un medio de transporte más cómodo. Su «sala» era una esfera de madera de tamaño unipersonal, que se estrechaba hasta acabar en punta por ambos extremos para ayudar con el flujo del aire. Aquel sencillo vehículo estaba infuso por un Corredor del Viento y luego enlazado al cielo. De ese modo, Navani podía trasladarse con comodidad y adelantar un poco de estudio durante los trayectos largos.

Dalinar afirmaba que le gustaba la sensación del viento en la cara, pero Navani sospechaba que su vehículo le recordaba demasiado a una versión aérea de un palanquín. Un transporte para mujeres. Habría cabido suponer que, al decidir aprender a leer, Dalinar dejaría de preocuparse por lo que la tradición consideraba masculino o femenino. Pero el ego varonil podía ser tan complejo como el más intrincado de los fabriales.

Sonrió al ver su máscara y sus tres capas de abrigos. Cerca de él, los ágiles exploradores de azul revoloteaban de aquí para allá. Dalinar parecía un chull que se hubiera visto añadido a una bandada de anguilas aéreas y estuviera haciendo todo lo posible por fingir que encajaba.

Ella amaba a ese chull. Amaba su tozudez, amaba el cuidado que ponía en cada decisión que tomaba. La forma en que pensaba con una intensa pasión. Dalinar Kholin nunca ofrecía solo una parte de sí mismo. Cuando se proponía algo, empeñaba en ello al hombre completo, y solo quedaba rezar al Todopoderoso para ser capaz de manejarlo.

Navani miró su reloj. Un trayecto como aquel, desde Alezkar hasta las Llanuras Quebradas, seguía costando casi seis horas, y eso con un enlace triple y valiéndose del poder de Dalinar para proporcionar luz tormentosa.

Por suerte, ya se aproximaban a su destino y Navani vio que las Llanuras Quebradas se acercaban por delante. Sus ingenieros habían estado ocupados: durante el último año, habían construido recios puentes permanentes que enlazaban muchas de las mesetas más relevantes. Tenían una necesidad imperiosa de cultivar aquella región para suministrar a Urithiru, y eso implicaba ocuparse de Ialai Sadeas y sus rebeldes. Con un poco de suerte, Navani no tardaría en recibir buenas noticias de los Tejedores de Luz y su

misión de...

Ladeó la cabeza al fijarse en algo extraño. La pared de un lado reflejaba un tenue tono rojizo intermitente. Como la luz de una vinculacaña.

Su primera reacción fue de pánico. ¿Había activado de alguna manera el extraño fabrial? Si los poderes de los Corredores del Viento se desvanecían, Navani caería del aire como una piedra. Le dio un vuelco el corazón y se quedó sin aliento.

No empezó a desplomarse. Y... la luz no procedía del fabrial. Se echó hacia atrás y miró bajo la mesa. Allí, pegado al suelo con un poco de cera, había un minúsculo rubí. No, *medio* rubí. «Es parte de una vinculacaña», pensó mientras lo soltaba con la uña.

Lo sostuvo entre los dedos y estudió la luz que no dejaba de palpituar. Sí, era un rubí de vinculacaña; si lo insertaba en una de ellas, se conectaría con quien tuviera la otra mitad de la gema y podrían comunicarse. Era evidente que lo habían pegado allí para que ella lo encontrara. Pero ¿a quién podría interesar hacerlo tan furtivamente?

Los Corredores del Viento empezaron a hacer que su vehículo descendiera hacia un lugar próximo al centro de las Llanuras Quebradas, y Navani se descubrió cada vez más emocionada por la luz intermitente. Una vinculacaña no funcionaría si se encontraba en un vehículo móvil, pero, cuando aterrizaron, sacó una de las que llevaba siempre consigo. Insertó el nuevo rubí y colocó un papel en su sitio antes de que nadie tuviera tiempo de acercarse a ver cómo estaba.

Giró el rubí, ansiosa por ver qué pretendía decirle aquel desconocido interlocutor.

«Debes cesar en tus actos —escribió la pluma, empleando una versión apretada, casi ilegible, de la escritura femenina alezi—. De inmediato.» Y se quedó esperando respuesta.

Qué mensaje tan raro. Navani dio la vuelta al rubí y escribió su respuesta, que aparecería copiada para quienquiera que tuviese la otra mitad de la gema. «No estoy segura de a qué te refieres —escribió—. ¿Quién eres? No creo que esté haciendo nada que deba cesar. Quizá no conozcas la identidad de la persona a quien escribes. ¿Puede ser que esta vinculacaña se haya extraviado?»

Navani colocó la vinculacaña en su sitio para recibir la respuesta y giró el rubí. Cuando retiró la mano, la pluma se quedó quieta sobre el papel, levantada. Entonces empezó a moverse por sí misma, desplazada por la

persona desconocida en el otro extremo.

«Sé quién eres —escribió—. Eres el monstruo llamado Navani Kholin. Has provocado más dolor que ninguna otra persona viva.»

Navani ladeó la cabeza. ¿Qué significaba aquello?

«No podía seguir mirando —prosiguió la pluma—. Tenía que detenerte.»

¿La mujer que escribía desde la otra caña sería una demente? El rubí empezó a destellar de forma intermitente, señalando que esperaba respuesta.

«Muy bien —escribió Navani—. ¿Por qué no me dices qué es lo que quieras que cese? Además, no me has revelado tu nombre.»

La respuesta llegó enseguida, escrita como por una mano apasionada.

«Capturas spren. Los encarcelas. A centenares de ellos. Debes parar. Detente, o habrá consecuencias.»

¿Spren? ¿Fabriales? Aquella mujer no podía estar preocupada de verdad por algo tan nimio, ¿verdad? ¿Qué sería lo siguiente? ¿Protestar por los chulls que tiraban de carretas?

«He hablado con spren inteligentes —escribió Navani—, como los vinculados con los Radiantes. Están de acuerdo con nosotros en que los spren que utilizamos para nuestros fabriales no son personas, sino incapaces de raciocinio como los animales. Quizá no les guste lo que hacemos, pero no lo consideran monstruoso. Incluso los honorspren lo aceptan.

«Los honorspren no son de fiar —respondió la pluma—. Ya no. Debes detener la creación de ese nuevo tipo de fabrial. Haré que pares. Esto es tu advertencia.»

La pluma se detuvo y, por mucho que Navani lo intentó, no obtuvo más respuesta de la misteriosa mujer o el fervoroso que le había escrito.

Los Corredores del Viento de Urithiru habían tenido que acudir a prestar apoyo aéreo a un frente de batalla y Kaladin seguía ocupado con aquel pequeño proyecto suyo en Alezkar. De modo que, al final, Shallan y su equipo tuvieron que viajar a Narak por el método trabajoso. Por suerte, el método trabajoso tampoco estaba tan mal en los últimos tiempos. Gracias a los puentes permanentes y a la ruta directa mantenida por soldados, un trayecto que una vez costaba días se había reducido a unas pocas horas.

En la primera meseta fortificada importante donde Dalinar mantenía un retén para vigilar los campamentos de guerra, Shallan y Adolin habían podido entregar a los prisioneros con instrucciones de trasladarlos a Narak para ser interrogados. También habían decomisado un carroaje y habían

dejado atrás al resto del grupo, que regresaría más despacio.

Shallan se entretenía mirando por la ventanilla del carroaje, escuchando los cascos de los caballos y contemplando el terreno fracturado de mesetas y abismos. En otra época todo aquello había sido muy difícil de atravesar. Ella estaba haciéndolo en un cómodo carroaje, y aun así lo consideraba inconveniente en comparación con que un Corredor del Viento la llevara volando de un lado a otro. ¿A qué llegarían cuando Navani consiguiera que sus aparatos voladores funcionaran con eficiencia? ¿Volar por medio de un Corredor del Viento sería lo inconveniente entonces?

Adolin se acercó a ella en el asiento y Shallan sintió su calor. Cerró los ojos, fundiéndose con él, inhalándolo, como si alcanzara a sentir el alma de él rozándose con la suya.

—Oye —dijo Adolin—, no ha sido tan malo. Hablo en serio. Mi padre ya sabía que este plan podía terminar en pelea. Si Ialai hubiera estado dispuesta a gobernar en los campamentos de guerra sin montar alboroto, la habríamos dejado en paz. Pero no podíamos hacer la vista gorda a que la vecina de al lado estuviera reclutando un ejército para derrocarnos.

Shallan asintió.

—No es eso lo que te preocupa, ¿verdad? —preguntó Adolin.

—No. No es lo único.

Shallan se giró y apretó la cabeza contra el pecho de Adolin, que se había quitado la casaca. La camisa que llevaba debajo recordaba a Shallan a cuando volvía a sus habitaciones después de entrenar con la espada. Adolin siempre quería bañarse de inmediato, y ella... bueno, rara vez se lo permitía. No hasta haber acabado con él, por lo menos.

Siguieron camino en silencio durante un rato, ella acurrucada contra él.

—Nunca me presionas —dijo Shallan al cabo de un tiempo—, aunque sabes que te guardo secretos.

—Me los contarás en algún momento.

Ella le tensó la camisa entre sus dedos.

—Pero te molesta, ¿verdad?

Al principio Adolin no respondió, lo que suponía un cambio respecto a sus habituales y joviales frases tranquilizadoras.

—Pues sí —dijo al cabo—. ¿Cómo no va a molestarme? Confío en ti, Shallan, pero a veces... a veces me pregunto si puedo confiar en las tres personas que eres. En Velo sobre todo.

—Ella intenta protegerme a su manera —dijo Shallan.

—¿Y si hace algo que tú o yo no querríamos que hiciera? ¿Y si se... pone física con alguien?

—De eso no tienes que preocuparte —le aseguró Shallan—. Te lo prometo, y ella también te lo prometerá siquieres. Tenemos un acuerdo. No estoy preocupada por ti y por mí, Adolin.

—¿Por qué estás preocupada, entonces?

Shallan se apretó más contra él y no pudo evitar imaginárselo. Lo que haría Adolin si conociera a la verdadera Shallan. Si supiera todas las cosas que había hecho.

Y no era solo él. ¿Y si se enteraba Patrón? ¿O Dalinar? ¿O sus agentes?

La abandonarían y su existencia se convertiría en un páramo. Se quedaría sola, como merecía. Las verdades que ocultaba hacían de su vida entera una mentira. Shallan, a la que mejor conocían los demás, era la máscara más falsa de todos.

No, dijo Radiante. Puedes afrontarlo. Puedes combatirlo. Estás imaginando solo el peor resultado posible.

Pero es posible, ¿verdad?, preguntó Shallan. Es posible que me abandonaran si lo supieran.

Radiante no tenía respuesta. Y en lo más profundo de Shallan, se removió otra cosa. Sin forma. Shallan se había prometido a sí misma que nunca crearía una personalidad nueva, y no iba a hacerlo. Sin forma no era real.

Pero la posibilidad de que ocurriera asustaba a Velo. Y cualquier cosa que asustara a Velo aterrorizaba a Shallan.

—Te lo explicaré algún día —dijo Shallan en voz baja a Adolin—. Te lo prometo. Cuando esté preparada.

Él le apretó el brazo como respuesta. Shallan no lo merecía, no era digna de su bondad, de su amor. Esa era la trampa en la que se había visto presa. Cuanto más confiaba Adolin en ella, peor se sentía. Y no sabía cómo salir. No podía salir.

Por favor, susurró, sálvame.

Velo emergió con reticencia. Se incorporó para dejar de estar apretada contra Adolin y él pareció entenderlo, porque cambió de postura en el asiento. Tenía una capacidad asombrosa para distinguir cuál de ellas estaba al mando.

—Intentamos ayudar —le dijo Velo—. Y creemos que este año ha sido bueno para Shallan, en general. Pero ahora mismo, creo que será mejor que hablemos de otro tema.

—Muy bien —respondió Adolin—. ¿Podemos hablar de que Ialai tenía más miedo a la captura que a la muerte?

—Ella... no se ha suicidado, Adolin —dijo Velo—. Tenemos una certeza razonable de que ha muerto por un pinchazo de veneno.

Adolin irguió la espalda.

—¿Estás diciendo que lo ha hecho alguien de nuestro equipo? ¿Un soldado mío o un agente tuyo? —Calló un momento—. ¿O... has sido tú, Velo?

—No he sido yo —le aseguró Velo—. Pero ¿tan malo habría sido que lo hubiera hecho? Los dos sabemos que tenía que morir.

—¡Era una mujer indefensa!

—¿Tan distinto es de lo que tú le hiciste a Sadeas?

—Él era soldado —replicó Adolin—. Eso es lo que lo hace distinto. —Miró por la ventanilla—. Tal vez. Mi padre cree que hice algo terrible. Pero... yo tenía razón, Velo. No voy a permitir que alguien se oculte tras las convenciones sociales mientras amenaza a mi familia. No permitiré que utilicen mi honor en mi contra. Y... Lluvia de piedras. Me pongo a decir cosas como estas y...

—Y no suenan tan diferentes a acabar con Ialai —terminó Velo por él—. En todo caso, yo no la maté.

Shallan, después del breve descanso, empezó aemerger de nuevo. Velo se retrajo y permitió que Shallan volviera a apoyarse en Adolin. Él se tensó al principio, pero le dejó hacer.

Shallan apoyó la cabeza en el pecho de Adolin y escuchó el latido de su corazón. Su vida. Palpitando en él como el trueno de una tempestad cautiva. Patrón pareció percibir la forma en que ese pulso la calmaba, porque empezó a zumbar desde el lugar del que pendía en el techo.

Se lo contaría todo a Adolin, en algún momento. Ya le había contado una parte. Sobre su padre, sobre su madre, sobre su vida en Jah Keved. Pero no las cosas más profundas, las que ni siquiera ella misma recordaba. ¿Cómo iba a hablarle de asuntos que estaban ensombrecidos en su propia memoria?

Tampoco le había hablado de los Sangre Espectral. No estaba segura de poder compartir ese secreto, pero... ¿podía intentarlo? ¿Empezar, al menos? Animada por Velo y Radiante, buscó una manera. A fin de cuentas, Dalinar no dejaba de repetir que el paso más importante era el siguiente que se daba.

—Hay una cosa que tienes que saber —dijo—. Antes de que llegaras, Ialai ha insinuado que si la capturaba, la matarían. Sabía que el golpe iba a llegar; por eso he sospechado de su muerte. También me ha dicho que ella no mató a

Thanadal. Que eso lo hizo otro grupo llamado los Sangre Espectral. Creía que los Sangre Espectral enviarían a alguien a por ella, y por eso estaba convencida de que iba a morir.

—Estábamos persiguiéndolos. Ialai era su líder.

—No, cielo, ella lideraba los Hijos de Honor. Los Sangre Espectral son otro grupo distinto.

Adolin se rascó la cabeza.

—¿Son el grupo al que pertenecía... tu hermano Helaran? Los que atacaron a Amaram, ¿verdad? Y Kaladin mató a Helaran sin saber quien era, ¿me equivoco?

—Esos eran los Rompedores del Cielo. Ya no son tan secretos. Se unieron al enemigo y...

—Ah, ya, sí. Los Radiantes del otro bando.

Sin duda esos tenían sentido para Adolin, ya que había recibido informes de batalla sobre ellos. Los grupos clandestinos que actuaban de noche, en cambio, eran algo contra lo que él no podía entablar combate directo. Ocuparse de grupos como aquellos debía ser tarea de Shallan.

Buscó en su bolsillo mientras el carroje rodaba sobre una serie de baches considerables. Aquel camino no estaba aplanado ni nivelado y, aunque el cochero hacía lo posible por esquivar los rocabrotes más grandes, su pericia tenía un límite.

—Los Sangre Espectral —dijo Shallan— son la gente que intentó matar a Jasnah, y de paso a mí, hundiendo nuestro barco.

—Entonces, están en el bando de Odium —aventuró Adolin.

—Es más complicado. La verdad es que no estoy muy segura de lo que quieren, aparte de secretos. Intentaban llegar a Urithiru antes que Jasnah, pero al final fuimos más rápidos que ellos. —Aunque «Los guiámos hasta allí» quizá fuese una descripción más exacta—. No estoy nada segura de para qué quieren esos secretos.

—Poder —dijo Adolin.

Esa respuesta, la misma que ella había dado a Ialai, había pasado a parecerle demasiado simplista. Mraize y también su inescrutable maestra Iyatil eran personas deliberadas, precisas. Quizá solo pretendieran cosechar toda la influencia y la riqueza que pudieran del caos del fin del mundo. Shallan se dio cuenta de que la defraudaría descubrir que tenían unos planes tan mediocres. Cualquier saqueador de cadáveres en un campo de batalla podía explotar la desgracia de otros.

Mraize era un cazador. No esperaba a que se le presentaran las oportunidades. Salía él mismo a crearlas.

—¿Qué es eso? —preguntó Adolin, señalando el cuaderno que Shallan tenía en la mano.

—Antes de morir —explicó Shallan—, Ialai me ha dado una pista que me ha llevado a registrar la habitación y a encontrar esto.

—Por eso no querías que lo hicieran los guardias —dijo él—. Porque alguno de ellos podría ser un espía o un asesino. Tormentas.

—A lo mejor te interesa asignar a tus soldados a puestos aburridos y lejanos durante una temporada.

—¡Pero son de mis mejores hombres! —protestó Adolin—. ¡Muy condecorados! Acaban de llevar a cabo una operación encubierta de las más peligrosas.

—Pues dales un descanso en algún puesto tranquilo —dijo Shallan—. Hasta que resolvamos esto. Yo vigilaré a mis agentes. Si descubro que es uno de ellos, podrás volver a traer a tus hombres.

La sugerencia puso hosco a Adolin. Odiaba la idea de castigar a un grupo de buenos soldados porque uno de ellos pudiera ser un espía. Adolin podía afirmar que era distinto de su padre, pero en realidad eran dos gradaciones de la misma pintura. A menudo, dos colores parecidos desentonaban más que dos muy diferentes.

Shallan tocó con el pie la bolsa de notas y cartas que había reunido Gaz y llevaban en el suelo del carroaje.

—Esto se lo daremos a las escribas de tu padre, pero el cuadernillo voy a estudiarlo yo en persona.

—¿Qué contiene? —preguntó Adolin. Se inclinó de lado para poder ver, pero no había ilustraciones.

—Aún no me lo he leído entero —dijo Shallan—. Parece que son los intentos de Ialai por comprender lo que planean los Sangre Espectral. Esta página, por ejemplo, es una lista de nombres y expresiones que habían oído sus espías. Estaba intentando buscarles definiciones. —Shallan movió el dedo por la página—. Nalathis. Scadarial. Tal Dain. ¿Te suena alguno de ellos?

—Me parecen galimatías. Nalathis podría tener algo que ver con Nalan, el Heraldo de los Rompedores del Cielo.

Ialai había hecho la misma conexión, pero señalaba que esos nombres podían ser lugares, aunque no lograra encontrarlos en ningún atlas. Quizá fuesen como la Fortaleza de la Fiebre de Piedra, que Dalinar había visitado en

sus visiones. Lugares que habían desaparecido hacía tanto tiempo que nadie recordaba sus nombres.

Hacia el final de la lista estaba la palabra «Thaidakar» rodeada por varios círculos, junto a una nota que rezaba: «Los dirige. Pero ¿quién es? El nombre parece un título, como Mraize. Pero ninguno de los dos está en un idioma que conozca».

Shallan estaba bastante segura de que en alguna ocasión había oído a Mraize pronunciar ese nombre, Thaidakar.

—Entonces, ¿esta es nuestra nueva misión? —preguntó Adolin—. Averiguaremos qué traman esos Sangre Espectral y los detendremos. —Cogió el cuaderno, del tamaño de la palma de una mano, y pasó páginas—. A lo mejor deberíamos entregar esto a Jasnah.

—Y lo haremos —dijo ella—. A su debido tiempo.

—Muy bien. —Adolin se lo devolvió y luego rodeó con el brazo a Shallan y la atrajo hacia él—. Pero prométeme que tú, y me refiero a todas vosotras, evitarás hacer ninguna locura antes de hablar conmigo.

—Cielo —repuso ella—, teniendo en cuenta con quién hablas, cualquier cosa que yo sea propensa a intentar será, por definición, una locura.

Adolin sonrió al oírlo, pero le dio otro abrazo reconfortante. Shallan se acomodó en el hueco entre su brazo y su pecho, aunque Adolin estaba demasiado musculoso para ser una buena almohada. Siguió leyendo, pero no fue hasta que hubo transcurrido más o menos una hora cuando Shallan reparó en que, a pesar de haber bailado en torno al tema con él, no había revelado a Adolin que pertenecía a los Sangre Espectral.

Lo más probable era que metieran a Shallan en el meollo de lo que fuese que pretendían. Hasta la fecha, a pesar de que se decía a sí misma que los estaba espiando, había cumplido todas las misiones que le habían encomendado. Eso significaba que se avecinaba una crisis. Un punto de inflexión a partir del cual ya no podría seguir por aquel camino engañoso. Ocultar secretos a Adolin la estaba carcomiendo desde dentro. Alimentando a Sininforma, empujando a ese ente a convertirse en realidad.

Necesitaba una salida. Abandonar a los Sangre Espectral, romper todo lazo. De lo contrario, acabarían metiéndose en su cabeza. Y su cabeza ya estaba demasiado atestada.

«Pero no he matado a Lalai —pensó Shallan—. He estado a punto, pero no lo he hecho. Por tanto, no les pertenezco del todo.»

Mraize querría hablar con ella sobre la misión y sobre algunas otras cosas

que había estado haciendo para él, así que Shallan estaba segura de que recibiría una visita suya pronto. Quizá cuando se presentase, ella por fin encontraría la fuerza para romper con los Sangre Espectral.

UNA SOLA BAJA



Una jaula de estaño hará que el fabrial disminuya atributos cercanos. Un dolorial, por ejemplo, puede amortiguar el dolor. Cabe resaltar que en diseños avanzados de jaulas pueden emplearse también el acero y el hierro para cambiar la polaridad del fabrial según qué metales se empujen para que entren en contacto con la gema.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Kaladin se encontraba bastante mejor cuando empezaron a acercarse a las Llanuras Quebradas. Unas horas de vuelo en cielo abierto y la luz del sol siempre parecían reanimarlo. En esos momentos, el hombre que se había derrumbado ante Moash en aquel edificio incendiado se le antojaba una persona completamente distinta.

Syl volaba a su lado como una cinta de luz. Los Corredores del Viento de Kaladin estaban manteniendo los enlaces de Dalinar y el resto, así que lo único que tenía que hacer él era volar en cabeza y proyectar confianza.

He vuelto a hablar con Yunfah, dijo Syl en su mente. Está aquí, en las llanuras. Creo que quiere hablar contigo.

—Dile que suba a verme, pues —respondió Kaladin. Su voz se perdió en el viento arremolinado, pero ella la oiría de todos modos.

Syl se desvió, seguida de unos pocos vientospren. Desde esa distancia,

Kaladin casi alcanzaba a distinguir la disposición de las Llanuras Quebradas, así que hizo una señal con la mano y redujo a un enlace simple.

Al poco tiempo, dos cintas de luz azul blanquecina ascendieron en su dirección. De algún modo, Kaladin pudo distinguir a Syl del otro spren. Tenía una tonalidad específica que a él le resultaba tan conocida como su propia cara.

La otra luz adoptó la forma de un anciano diminuto, reclinado en una pequeña nube que volaba junto a Kaladin. El spren, Yunfah, había estado vinculado a Vratim, un Corredor del Viento que había muerto hacía unos meses. Al principio, cuando habían empezado a perder a Radiantes en batalla, Kaladin había temido que perdieran también a los spren. A fin de cuentas, muchos siglos antes Syl había entrado en coma al perder a su primer Radiante.

Sin embargo, otros lo afrontaban de forma distinta. La mayoría, aunque estuvieran apenados, parecían tardar poco en desear un nuevo vínculo, que los ayudaba a superar el dolor de la pérdida. Kaladin no se consideraba un entendido en psicología spren, pero Yunfah daba la impresión de haber llevado bastante bien la muerte de su Radiante. La consideraba la pérdida de un aliado en la batalla, más que la destrucción de una parte de su propia alma. De hecho, Yunfah parecía dispuesto a vincularse con otra persona.

No lo había hecho todavía, y Kaladin no comprendía los motivos. Y que Kaladin supiera, era el único honorspren libre que quedaba.

Dice que aún está considerando elegir a un nuevo caballero, informó Syl a Kaladin en su mente. *Lo ha reducido a cinco posibilidades.*

—¿Rlain es una de ellas?

Yunfah se puso de pie en la nube y su larga barba aleteó al viento, aunque el spren no tenía sustancia real. Kaladin interpretó ira en su postura incluso antes de que Syl le transmitiera la respuesta. Estaba haciéndole de intermediaria, ya que el rugido del viento era bastante fuerte incluso a un solo enlace.

No, dijo Syl. Está enfadado por tu insistencia en que se vincule a un enemigo.

—No encontrará a ningún posible Corredor del Viento más capaz ni entregado.

Finge estar furioso, dijo Syl. Pero creo que aceptará si aprietas más. Te respeta, y a los honorspren les gusta la jerarquía. Los que se unieron a nosotros lo hicieron contra la voluntad general de sus iguales, así que

estarán buscando a alguien que se ponga al mando.

Muy bien, pues.

—Como tu alto mariscal y oficial superior —dijo Kaladin—, te prohíbo vincularte con ninguna otra persona a menos que intentes trabajar antes con Rlain.

El spren anciano agitó el puño en el aire mirando a Kaladin.

—Tienes dos opciones, Yunfah —respondió Kaladin, sin esperar a Syl—. Obedecerme o renunciar a todo el trabajo que hiciste para adaptarte a este reino. Necesitas un vínculo o tu mente se disipará. Estoy harto de esperar a que te decidas.

El spren le lanzó una mirada asesina.

—¿Obedecerás mis órdenes?

El spren habló.

Pregunta cuánto tiempo le dejas, explicó Syl.

—Diez días —respondió Kaladin—. Y estoy siendo generoso.

Yunfah dijo algo más y luego se marchó volando, convertido en cinta de luz. Syl se elevó hasta la altura de la cabeza de Kaladin.

Antes de irse ha dicho: «Muy bien». Estoy bastante segura de que por lo menos pensará en escoger a Rlain. Yunfah no quiere volver a Shadessmar, le gusta demasiado este reino.

Kaladin asintió y notó que el resultado le mejoraba el ánimo. Si aquello salía bien, Rlain estaría entusiasmado.

Seguido por los demás, Kaladin inició el descenso hacia Narak, su puesto de avanzada en el centro de las Llanuras Quebradas. Los ingenieros de Navani estaban convirtiendo la meseta entera en una base fortificada a partir de las ruinas. Estaban levantando una muralla en la cara este, de más de dos metros de anchura en su pie, baja y achaparrada, contra las tormentas. Otro muro más fino rodeaba por completo el resto de la meseta, y habían erigido varas metálicas para ayudar a proteger el fuerte de los relámpagos de la tormenta eterna.

Kaladin aterrizó sobre el muro y contempló el fuerte. Los ingenieros se habían deshecho de casi todos los edificios parshendi, conservando solo las ruinas más antiguas para su estudio. En torno a ellas se alzaban almacenes de suministros, barracones y aljibes para recoger el agua de las tormentas. Con la muralla pegada al abismo y los puentes levadizos fuera, aquella meseta aislada estaba volviéndose inexpugnable a marchas forzadas contra los asaltos normales de infantería.

—Imagínate que los parshendi hubieran conocido las técnicas de fortificación modernas —dijo Kaladin a Syl cuando la vio pasar en forma de hojas arremolinadas—. Unos cuantos fuertes como este situados estratégicamente por todas las llanuras y jamás podríamos haberlos echado de aquí.

—Que yo recuerde —replicó ella—, más que echarlos de aquí, lo que hicimos fue caer a propósito en su trampa y confiar en que no doliera demasiado.

Cerca de ellos, los demás Corredores del Viento hicieron descender a Dalinar, a varios Danzantes del Filo y el transporte de madera de Navani. Ese vehículo había sido buena idea, aunque costara un poco más mantener un objeto tan voluminoso en el aire. El trasto tenía cuatro plumas, como una flecha. Habían empezado con dos alas, que Navani había pensado que harían volar mejor el transporte, pero que habían hecho que se elevase descontrolado cuando lo enlazó un Corredor del Viento.

Bajó de la muralla dando un salto. Syl trazó un amplio arco en torno a la vieja columna que había en aquel borde de la meseta. Era alta, tenía peldaños en el exterior y se había convertido en un puesto de vigilancia perfecto. Rlain decía que los parshendi la habían usado para sus ceremonias, pero no conocía su propósito original. Gran parte de las ruinas, los restos de una ciudad que fue grandiosa durante los días de las sombras, seguían desconcertándolos a todos.

Tal vez los dos Heraldos pudieran explicar la columna. ¿Habrían estado allí? Por desgracia, teniendo en cuenta que uno de ellos deliraba todo el tiempo y la otra lo imitaba de vez en cuando, Kaladin no estaba nada seguro de que resultaran útiles con aquello.

Quería llegar a Urithiru tan pronto como pudiera, antes de que la gente tuviera ocasión de ponerse a hablar de nuevo con él, tratando de animarlo con sus risas forzadas. Se acercó a Dalinar, que estaba recibiendo un informe del señor de batallón al mando de Narak. Era raro que Navani todavía no hubiera salido de su vehículo. Quizá se había quedado ensimismada con sus investigaciones.

—Permiso para llevarme de vuelta al primer grupo, señor —dijo Kaladin—. Querría lavarme un poco.

—Un momento, alto mariscal —le respondió Dalinar mientras estudiaba el informe escrito.

El señor de batallón, un tipo hurano con un tatuaje de la Vieja Sangre, se

apresuró a apartar la mirada. Aunque Dalinar nunca había dicho que la transición a los informes escritos tuviera el objetivo concreto de que sus oficiales afrontaran la idea de un hombre que leía, Kaladin apreció la teatralidad con que Dalinar sostenía en alto el papel y asentía para sus adentros al leer.

—Lo que ha ocurrido a la brillante Ialai es lamentable —dijo Dalinar—. Ocúpate de que su decisión de acabar con su propia vida se haga pública. Autorizo una ocupación completa de los campamentos de guerra. Encárgate de ello.

—Sí, majestad —respondió el señor de batallón.

Dalinar había pasado a ser rey, reconocido oficialmente por la coalición de monarcas como gobernante de Urithiru, una entidad independiente del reinado de Jasnah en Alezkar. En contraprestación, Dalinar había renunciado en público a toda idea de convertirse en «alto rey» por encima de ningún otro monarca.

Dalinar devolvió el papel al señor de batallón y luego asintió mirando a Kaladin. Se apartaron de los otros y después se alejaron un poco más, hasta una zona de la base entre dos graneros creados por moldeado de almas. El rey no habló al principio, pero Kaladin se sabía ese truco. Era una vieja táctica disciplinaria: dejar que el silencio llenara el aire. Así la otra persona se veía obligada a empezar a explicarse primero. Kaladin no picó.

Dalinar lo observó, reparando en su uniforme quemado y ensangrentado. Por fin habló.

—Me han llegado varios informes de que tú y tus soldados habéis dejado escapar a enemigos Fusionados después de herirlos.

Kaladin se relajó de inmediato. ¿De eso quería hablar Dalinar?

—Creo que empezamos a llegar a un cierto entendimiento con ellos, señor —dijo Kaladin—. Los Celestiales combaten con honor. Yo hoy he dejado escapar a uno. Luego su líder, Leshwi, a su vez ha liberado a uno de mis hombres en vez de matarlo.

—Esto no es un juego, hijo —repuso Dalinar—. No estamos en un torneo a primera sangre. Estamos combatiendo por la misma existencia de nuestro pueblo.

—Lo sé —se apresuró a responder Kaladin—. Pero esto puede sernos útil. Ya te habrás fijado en que se contienen y nos atacan en combate singular, siempre que respetemos sus reglas. Teniendo en cuenta que hay muchísimos más Celestiales que Corredores del Viento, creo que nos interesa fomentar

ese tipo de comportamiento. Matarlos es poco más que una molestia para ellos, dado que renacerán. Pero cada baja nuestra supone entrenar a un nuevo Corredor del Viento desde cero. Intercambiar heridos por heridos nos favorece.

—Nunca has querido combatir a los parshmenios —dijo Dalinar—. Incluso al principio, cuando te uniste a mi ejército, no querías que se te enviara contra los parshendi.

—No me gustaba la idea de matar a gente que nos mostraba honor, señor.

—¿No se te hace raro encontrarlo en ellos? —preguntó Dalinar—. El Todopoderoso, el propio Honor, era nuestro dios. Al que su dios mató.

—Sí que lo encontraba raro. Pero señor, ¿Honor no fue su dios antes de ser el nuestro?

Esa era una de las revelaciones que habían sacudido los cimientos de los Radiantes, tanto de los antiguos como de los nuevos. Aunque la mayoría de las órdenes habían aceptado esa verdad como una rareza y habían seguido adelante, muchos Corredores del Viento no. Ni Dalinar tampoco: Kaladin lo veía torcer el gesto cada vez que salía el tema a colación.

Aquel mundo había pertenecido a los cantores, con Honor como su dios. Hasta que habían llegado los humanos trayendo consigo a Odium.

—Todo esto resalta un problema más grave —afirmó Dalinar—. Esta guerra está librándose cada vez más en los cielos. El transporte volador de Navani solo servirá para intensificar esa situación. *Necesitamos* a más honorspren y Corredores del Viento.

Kaladin miró a Syl, que flotaba en el aire a su lado. Dalinar también fijó la vista en ella un momento después, por lo que Syl debía de haber decidido mostrarse a él.

—Lo siento —dijo ella en voz baja—. Mis parientes pueden ser... difíciles.

—Tienen que comprender que estamos luchando por la supervivencia de Roshar, tanto como por la supervivencia de los alezi —dijo Dalinar—. No podemos hacerlo sin su ayuda.

—Para mis primos, vosotros sois peligrosos —respondió Syl—. Tan peligrosos como los cantores. La traición de los Caballeros Radiantes mató a muchos de ellos.

—Los otros spren han empezado a comprenderlo —dijo Kaladin—. Se dan cuenta.

—Los honorspren son más... rígidos —dijo ella—. La mayoría, por lo menos.

Se encogió de hombros y apartó los ojos, como avergonzada. Verla hacer gestos humanos era tan frecuente en los últimos tiempos que Kaladin casi ni se inmutó.

—Tenemos que hacer algo —dijo Dalinar—. Ya llevamos ocho meses sin que lleguen nuevos honorspren. —Miró a Kaladin—. Pero supongo que sobre ese problema tendré que seguir meditando. De momento, me preocupa la forma en que los Corredores del Viento estáis relacionándoos con los Celestiales. Da la impresión de que ni unos ni otros estáis tan entregados como deberíais, y no puedo desplegar a soldados en el campo de batalla si temo que no serán capaces de luchar cuando aumente la presión.

Kaladin tuvo un escalofrío al mirar a Dalinar a los ojos. Así que la conversación sí que trataba sobre Kaladin, a fin de cuentas. Sobre lo que había ocurrido. Lo que le había ocurrido a él.

De nuevo.

—Kaladin —dijo Dalinar—, eres de los mejores soldados a los que he tenido jamás el privilegio de dar órdenes. Luchas con pasión y dedicación. Has construido tú solo lo que se ha convertido en la sección más importante de mi ejército, y lo hiciste todo mientras sufrías la peor pesadilla que alcanzo a imaginar. Eres una inspiración para todo aquel que te conoce.

—Gracias, señor.

Dalinar asintió y puso la mano en el hombro de Kaladin.

—Ha llegado el momento de relevarte de tu puesto, hijo. Lo siento.

Kaladin tuvo una sacudida. Fue como la conmoción de recibir una puñalada, o la sensación al despertar de repente en un lugar desconocido, asustado por un ruido súbito. Una contracción visceral del estómago. Un inesperado vuelco del corazón. Todo su ser en alerta, intentando localizar la pelea.

—No —susurró—. Señor, ya sé lo que parece.

—¿Y qué parece? —preguntó Dalinar—. Diagnósticate a ti mismo, Kaladin. Dime lo que ves.

Kaladin cerró los ojos. «No.»

Dalinar le apretó el hombro con más fuerza.

—No soy cirujano, pero sí puedo decirte lo que veo yo. Veo a un soldado que lleva mucho, demasiado tiempo en el frente. Un hombre que ha sobrevivido a tantos horrores que ahora se descubre mirando a la nada, con la mente embotada para no tener que recordar. Veo a un soldado que no puede dormir, que ladra a quienes lo aman. Es un soldado que finge que aún puede

funcionar. Pero no puede. Y lo sabe.

Kaladin se quitó de encima la mano de Dalinar y abrió los ojos de golpe.

—No puedes hacer esto. Yo construí los Corredores del Viento. Son mi equipo. No puedes quitarme eso.

—Lo haré porque debo hacerlo —replicó Dalinar—. Kaladin, si fueses cualquier otro, hace meses ya que te habría retirado del servicio activo. Pero eres tú, así que seguía convenciéndome a mí mismo de que necesitamos hasta al último Corredor del Viento.

—¡Y es verdad!

—Necesitamos hasta al último Corredor del Viento *funcional*. Lo lamento. Hubo una época en la que, de haberte apartado del mando, habría anulado el impulso que llevaba el equipo entero. Pero creo que ese punto ya lo tenemos bastante superado. Seguirás con nosotros... solo que no irás a más misiones.

De la garganta de Kaladin escapó un sonido rugiente, que una parte de él se negó a creer que estuviera haciendo. Absorbió luz tormentosa.

No permitiría que volvieran a machacarlo. No permitiría que un ojos claros jactancioso volviera a arrebatárselo todo.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Kaladin, mientras se acumulaban furiaspren debajo de él—. ¡Se suponía que tú eras diferente! ¡No puedes...!

—¿Por qué? —preguntó Dalinar, con voz calmada.

—¿Por qué qué? —restalló Kaladin.

—¿Por qué soy diferente?

—¡Porque tú no nos malgastas! —gritó Kaladin—. ¡Porque tú...! Porque...

«Porque tú te preocupas por tus hombres.»

Kaladin se desinfló. De pronto se sintió muy pequeño. Un niño, de pie ante un padre severo. Flaqueó y apoyó la espalda en el edificio más cercano. Syl flotaba a su lado, con expresión preocupada, confusa. No alzó la voz para contradecir a Dalinar. ¿Por qué no defendía a Kaladin?

Echó una mirada a un lado. Había traído consigo a casi todos los que en otro tiempo habían formado el Puente Cuatro. Los Corredores del Viento a los que había dejado protegiendo la nave aérea eran quienes habían formado parte del Puente Trece y sus escuderos.

Por lo que vio a muchas caras amistosas en el lejano patio de Narak. Roca y Teft. Renarin. Sigzil, Lyn, Lopen. Leyten y Peet, Cikatriz y Drehy. Laran, recién ascendida a Radiante de pleno derecho. Ninguno de ellos había pronunciado todavía el Cuarto Ideal. Kaladin quería pensar que se debía a

que les resultaba tan difícil como a él y ninguno lo había logrado aún. Pero... ¿podía ser que estuvieran conteniéndose por él? ¿Por algún tipo de respeto desencaminado?

Volvió a mirar a Dalinar.

—¿Qué pasará si no estoy allí? —preguntó suplicante. Una última protesta —. ¿Y si ocurre algo cuando estén ahí fuera luchando? ¿Y si alguno de ellos muere porque yo no he podido protegerlo?

—Kaladin —dijo Dalinar con suavidad—, ¿y si ocurre algo porque sí que estás con ellos? ¿Y si alguno muere porque esperaba tu ayuda pero tú vuelves a bloquearte?

Kaladin inhaló con fuerza. Se volvió hacia el lado, cerró los ojos con fuerza y sintió una lágrima caer de cada uno. ¿Y si...?

Tormentas, Dalinar tenía razón.

Tenía toda la razón.

—Yo... —susurró. ¿Cuáles eran las Palabras?

«No pudiste decir las Palabras —pensó—. Necesitabas decirlas. Hace un año, cuando Dalinar podía haber muerto. Tenías que pronunciar las Palabras. Pero en vez de eso, te arrugaste.»

Kaladin jamás las diría, ¿verdad? Se quedaría en el Tercer Ideal. Otros spren habían dicho... que muchos Radiantes nunca llegaban a pronunciar los juramentos más avanzados.

Kaladin respiró hondo y se obligó a abrir los ojos.

—¿Qué... qué voy a hacer ahora?

—No estoy degradándote —dijo Dalinar con voz firme—. Te quiero entrenando, enseñando y ayudándonos a librar esta guerra. No te avergüences, hijo. Has luchado bien. Has sobrevivido a cosas a las que no debería enfrentarse nadie. Esa clase de experiencia deja cicatrices, igual que cualquier herida. No pasa nada por reconocer que se tienen.

Kaladin se pasó los dedos por la frente, por las cicatrices que aún la marcaban. Sin sanar, pese a todos sus poderes, años después de que se las grabaran.

Dalinar carraspeó, incómodo. Quizá al recordar la herida de Kaladin hubiera pensado que mencionar las cicatrices era de mal gusto. Pero no lo era. De hecho, la metáfora era muy acertada.

—¿Puedo... ser fiel a mis juramentos sin luchar? —preguntó Kaladin—. Debo proteger.

—Hay muchas maneras de proteger —dijo Dalinar—. No todos los

Radiantes iban a la batalla en los tiempos antiguos. Yo mismo he encontrado muchas formas de servir en esta guerra sin blandir una hoja esquirlada en el frente.

Kaladin miró a Syl, que asintió. Sí, podría mantener sus juramentos de ese modo.

—No serás el primer soldado célebre que pasa a un puesto de apoyo después de ver morir a demasiados amigos —aseguró Dalinar a Kaladin—. Si el Dios del Más Allá así lo quiere, convenceremos a los honorspren de que colaboren con nosotros, y entonces tendremos que entrenar a bandadas enteras de nuevos Corredores del Viento. Nos serás de gran utilidad supervisando el entrenamiento de Radiantes, tanto si ocurre eso como si no.

—Es solo que no estaré en ningún lugar donde pueda hacer daño —susurró Kaladin—. Porque estoy estropeado.

Dalinar volvió a cogerlo del hombro y entonces subió el otro brazo y levantó un dedo, como para obligar a Kaladin a fijar la mirada en él.

—Esto —dijo— es lo que la guerra nos hace a todos nosotros. Nos mastica y nos escupe destrozados. No hay ninguna deshonra en dar un paso a un lado para recuperarte. Igual que no la hay en concederte tiempo para sanar de una estocada.

—Entonces, ¿regresaré a la batalla? —preguntó Kaladin—. ¿Me tomaré un permiso y luego volveré?

—Si consideramos que es adecuado que lo hagas. Sí, es posible.

«Possible —pensó Kaladin—. Pero no probable.» Lo más seguro era que Dalinar hubiera visto a más hombres que Kaladin sucumbir a la fatiga de combate. Pero en todos sus años luchando, Kaladin nunca había visto a nadie recuperarse. No parecía el tipo de dolencia que podía superarse.

Ojalá hubiera sido más fuerte. ¿Por qué no había pronunciado las Palabras?

—Buscaremos la forma de que sea una transición natural y suave —le prometió Dalinar—. Podemos presentársela a los demás como tú veas más adecuado. Dicho eso, tampoco vamos a retrasarla. Esto no es una sugerencia, Kaladin. Es una orden. De ahora en adelante, no entrarás en combate.

—Sí, señor —dijo Kaladin.

Dalinar le apretó el hombro.

—Para mí no eres valioso por la cantidad de enemigos que puedes matar. Es porque eres lo bastante hombre para entenderlo, para decir palabras como esas. —Asintió y soltó a Kaladin—. Esto no es una acción disciplinaria, Kaladin. Mañana te llegarán nuevas órdenes mías. Créeme que voy a ponerte

a trabajar. Explicaremos a todos los demás que se trata de un ascenso.

Kaladin se obligó a sonreír, lo que pareció aliviar a Dalinar. Tenía que poner buena cara. Tenía que parecer fuerte.

«Que no lo sepa.»

—Señor —dijo Kaladin—. No estoy seguro de poder aceptar un puesto entrenando a otros Radiantes. Estar con los Corredores del Viento y enviarlos a morir sin mí... bueno, señor, eso me haría pedazos. No creo que pudiera verlos volar y no unirme a ellos.

—Eso no lo había pensado. —Dalinar frunció el ceño—. Si prefieres solicitar otro puesto, lo permitiré. ¿Quizá en logística, o en planificación de batalla? O quizás como embajador en Thaylenah o Azir. Tu reputación te granjeearía una alta estima allí. En todo caso, no voy a tener a alguien como tú parado, criando crem. Eres demasiado valioso.

«Claro, hombre, cómo no. Quítame lo único que importa y luego dime que soy valioso. Los dos sabemos que no soy nada.»

Kaladin combatió esos pensamientos y se forzó a sonreír de nuevo.

—Pensaré en ello, señor. Pero puede que necesite un tiempo para averiguar lo que quiero.

—Muy bien —respondió Dalinar—. Tienes diez días. Antes de ese tiempo quiero que me hayas informado de tu decisión.

Kaladin asintió. Compuso otra sonrisa, que tuvo el efecto deseado de convencer a Dalinar de que no se preocupara. El hombre se fue hacia los otros Corredores del Viento.

Kaladin apartó la mirada, notando que su estómago se retorcía. Sus amigos reían y bromeaban entre ellos, alegres. Que ellos supieran, los Corredores del Viento no habían perdido a ningún miembro ese día.

Pero no sabían la verdad: que habían tenido una sola baja, pero muy relevante. Su nombre había sido Kaladin Bendito por la Tormenta.



En esta página de portafolio, producida en la Kholar ocupada, aparecen representados un hombre en forma de guerra y una mujer en forma diestra. Estas versiones de la ropa tradicional alezi muestran que los cantores están adoptando estilos novedosos y combinándolos con las sensibilidades alezi.



Una jaula de hierro creará un atractor, un fabrial que desplaza hacia sí mismo elementos concretos. Un fabrial de humo bien elaborado, por ejemplo, puede acumular el humo de un fuego y mantenerlo cerca de él.

Los nuevos descubrimientos nos llevan a creer que es posible crear un fabrial repulsor, pero aún no sabemos qué metal deberíamos utilizar para alcanzar ese logro.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Deprisa, subid la escalera! —gritó Venli al Ritmo del Mando—. ¡La dama regresa!

Los sirvientes se apresuraron a remontar los peldaños de la torre. No necesitaban que Venli les diera órdenes, pero era lo que se esperaba de ella y Venli se había vuelto muy buena interpretando el papel. No los fustigó como podrían haber hecho otros —la mayoría de los *shanay-im* no aprobaban tales castigos físicos, por suerte—, pero sí que apartó a Vod del grupo y le alisó la camisa y el fajín. Él canturreó a Apreciación en agradecimiento mientras Venli lo empujaba detrás del resto.

Detrás de todos, Venli cogió su cetro y corrió escalera arriba. Los demás llevaban la forma de trabajo o la diestra, por lo que ella era muchísimo más alta en su forma emisaria.

Había distintos niveles que una persona podía ocupar en la cultura cantora.

La gente normal, a la que llamaban sencillamente cantores o bien cantores comunes, llevaba formas ordinarias, como la forma de trabajo o la de guerra. Luego estaban las formas de poder, como la forma emisaria de Venli. Estaba un peldaño por encima en autoridad y fuerza, y requería albergar a un vacíospren en la gema corazón. Eso tenía una influencia en la mente, cambiaba la forma de percibir el mundo. A esos cantores los denominaban regios.

Más arriba en la jerarquía estaban los Fusionados. Almas antiguas ocupando cuerpos modernos, un proceso que extinguía por completo el alma del anfitrión. ¿Y por encima de ellos? Criaturas misteriosas como los tronadores y los Deshechos. Almas que se parecían más a spren que a personas. Venli aún no sabía mucho sobre ellos.

Servir a una Fusionada ya era bastante complicado. Se apresuró subiendo la escalera, giraba en una espiral vertiginosa en torno a la torre. Aquello no era una fortificación propiamente dicha, sino solo una columna de piedra con escalones de madera, poco más que una escalera hacia el cielo. El diseño le recordó a la alta columna de piedra que había en Narak.

En la cima de la aguja, entró en una sala que le daba vértigo. Abierta por dos caras, la estancia dominaba la grandiosa ciudad de Kholinar, y no había barandillas que impidieran a un trabajador descuidado caer treinta metros a las calles de la ciudad. Aunque el suelo era sólido, daba sensación de inestabilidad, como una torre de bloques con un remate demasiado grande que espera el inevitable pie de un niño.

Las tormentas deberían haber destruido aquellas torres con salas en la cima a las primeras de cambio. Pero su construcción había estado supervisada por los Fusionados, y de momento solo una de la hilera de veinte había caído derribada por una alta tormenta y los había obligado a reconstruirla. Los daños en las casas de debajo habían sido cuantiosos, claro, pero no tenía mucho sentido buscar la lógica en las costumbres de los Fusionados.

Venli se situó delante del grupo de sirvientes, sudando por el prolongado ascenso. Su forma de poder era alta y delgada, con mechas largas de color naranja rojizo y delicado caparazón a lo largo de los pómulos y en crestas sobre el dorso de las manos. No era armadura, sino más bien adorno. Aquella no era una forma para combatir; su objetivo era inspirar asombro... y proporcionarle el poder de traducir textos e idiomas.

Aunque Venli era regia, tenía un secreto guardado en lo más profundo de su gema corazón, una amiga que la escudaba de la influencia del vacíospren.

Su spren Radiante, Timbre, vibró con suavidad, reconfortándola.

Venli escrutó el horizonte hasta que por fin distinguió unas siluetas que se aproximaban, como puntitos en el cielo. Aunque Venli había metido prisa a los demás, ninguno de ellos protestaría. No se cuestionaba a una regia y, además, preferirían que Venli les gritara a sufrir el castigo de una Fusionada. Leshwi era justa, pero no por eso moderaba su ira.

Al poco tiempo los *shanay-im*, Aquellos de los Cielos, llegaron volando a la ciudad. Solo a los más importantes de entre ellos se les concedían salas de torre como aquella, por lo que la mayoría de ellos descendió en dirección a alojamientos más convencionales en la ciudad en sí. Leshwi, en cambio, pertenecía a la élite de Odium. No era la más poderosa, pero sí gozaba de una posición muy elevada incluso en comparación con la mayoría de los Fusionados.

Una parte del favor de Leshwi se debía a su efectividad en la batalla, pero Venli sospechaba que otra parte equivalente procedía de haber conservado la cordura con el paso de los siglos. No podía decirse lo mismo de muchos otros, aunque los Celestiales habían resistido mejor que otras marcas de Fusionados. Las nueve variedades se llamaban «marcas» en su propio idioma, una palabra que evocaba el calor de un hierro al rojo vivo, aunque Venli no les había visto ninguna marca grabada en la piel.

Leshwi ralentizó su vuelo al acercarse y dejó que su ropa de viaje, en esa ocasión de brillantes blanco y rojo, ondeara al viento más de diez metros por debajo y por detrás de ella. Llevaba el pelo suelto. Separó los brazos a los lados cuando aterrizó y los sirvientes se adelantaron enseguida para abrir hebillas y quitarle las partes más largas de la cola. Otros le llevaron agua y fruta, inclinados mientras le tendían los cuencos.

Leshwi esperó a que le desengancharan sus atavíos antes de tomar el refrigerio. Miró a Venli, pero no hizo ningún sonido, por lo que ella se quedó donde estaba, erguida, sosteniendo su cetro. Ya hacía tiempo que había superado sus miedos iniciales a que descubrieran que era una farsante.

Cuando retiraron la larga cola de las vestimentas de Leshwi, otros sirvientes la ayudaron a quitarse el resto de la túnica. Unos pocos apartaron la mirada para no verla en su ropa interior suelta, pero a Leshwi no le importaban los cánones mortales de decoro. No tarareó ni una sola nota de Vergüenza, a pesar de que el cuerpo que se le había ofrecido en esa encarnación era el de un hombre.

Y en efecto, después de beber y dejar que la envolvieran con una lujosa

túnica, Leshwi se sentó para que la atendiera el barbero, que le afeitó la cara al estilo de los humanos. Odiaba los bigotes, aunque los que le salieran al habitar un cuerpo de hombre fuesen suaves y ralos. Los Fusionados ejercían cierta medida de voluntad sobre sus formas: conservaban las pautas de la piel, por ejemplo, y a algunos les crecía caparazón con sus formas individuales. Sabiendo eso, era sencillo distinguir a un mismo Fusionado a lo largo de distintas encarnaciones.

Por supuesto, Venli tenía la ventaja de su capacidad para mirar en Shadessmar, que le revelaba de inmediato si alguien era Fusionado, regio o un cantor común. Venli se preocupaba mucho de no usar esa capacidad salvo en los lugares más secretos. Sería un desastre de increíble magnitud si alguien averiguaba que Venli, la Última Oyente, regia en forma emisaria, la Voz de la dama Leshwi, era una Caballera Radiante.

Un sonido vibró en su interior. Timbre podía leerle la mente, y Venli también podía interpretar las palabras y las intenciones de la pequeña spren a partir del latido de sus ritmos. En ese caso, Timbre quería que Venli reconociera *no* ser una Caballera Radiante. Todavía no, ya que solo había pronunciado el Primer Ideal. Le quedaba trabajo por delante si quería progresar.

Ella lo admitió en silencio. La inquietaba que Timbre latiera cuando había un Fusionado cerca. No había forma de saber qué cosas podrían delatarla.

Teniendo eso en cuenta, se preocupó de no mirar a Dul ni a Mazish entre los sirvientes. No lo hizo hasta que llevaron al frente a la nueva recluta, una joven mujer en forma de trabajo, con brillantes líneas de veta roja sobre una piel por lo demás negra. Venli canturreó a Indiferencia y fingió examinar a la recién llegada, cuyo nombre era Shumin, aunque ya se habían reunido varias veces en secreto.

Por último, Venli se acercó a Leshwi, que aún estaba afeitándose. Esperó a que la Fusionada reconociera su presencia, señal que le llegó cuando Leshwi tarareó a Satisfacción.

—Esta de aquí —dijo Venli, señalando a Shumin— ha sido hallada digna de servir. Vuestro cautormantas necesita una nueva ayudante.

El cautormantas se ocupaba de que las posesiones de Leshwi en la Alta Cámara estuvieran bien recogidas antes de cada tormenta y luego de volver a dejarlas donde habían estado.

Leshwi tarareó. Aunque fue solo una cadencia breve a Ansia, reveló mucho más a Venli. Cuanto más tiempo pasaba en forma emisaria, más notables se

volvían sus capacidades. No solo podía hablar en cualquier idioma, sino que entendía por instinto lo que decía su ama con un mero tarareo. De hecho, la experiencia le recordaba de forma siniestra la manera en que comprendía a Timbre, aunque estaba segura de que esa capacidad no tenía nada que ver con su forma.

En todo caso, como Voz de Leshwi, el deber de Venli era expresar los deseos de la dama a los demás.

—La dama quiere saber —dijo Venli a Mofa— si esta recién llegada puede aceptar la altura de la cámara.

Señaló, y Shumin se acercó nerviosa al borde de la estancia, al límite de la caída. La cámara era tan espaciosa que, estando entre los muebles de la dama en su centro, era posible ignorar su enorme altura.

Venli llegó junto a Shumin con paso firme. Allí, al borde, no había fingimiento o negación posibles. Con los dedos de los pies en el borde, sintiendo el viento empujar desde atrás como para arrojarla al cielo sobre las calles soleadas... en fin, Venli no tenía un miedo particular a las alturas, pero una parte de ella anhelaba correr hasta el centro de la sala y abrazarse al suelo. La gente no estaba hecha para vivir tan alto. Aquellos eran los dominios de las nubes de tormenta y los truenos, no de los cantores.

Shumin se estremeció y atrajo unos pocos miedospren, pero se mantuvo firme. Sin embargo, tenía los ojos fijos hacia fuera, sin mirar ni un momento hacia abajo.

—Pasión —le susurró Venli a Determinación, uno de los viejos ritmos. Los ritmos puros de Roshar—. Recuerda que los Fusionados tienen las Pasiones en muy alta estima. Para conservar este puesto, deberás compensar el miedo con decisión.

Era la gran contradicción de servir a los Fusionados. No querían a niños temerosos que obedecían demasiado rápido, pero a la vez esperaban precisión en el servicio. Buscaban solo las voluntades más fuertes entre sus servidores, pero deseaban controlarlas y dominarlas.

Shumin canturreó al Ritmo del Viento y bajó la mirada hacia la ciudad. Venli la obligó a quedarse allí un incómodo minuto y luego canturreó, se volvió y regresó hacia el centro de la sala. Shumin la siguió con pasos apresurados, con sudor visible en la piel.

—Parece cohibida —dijo Leshwi a Venli, hablando en su antiguo idioma.

—Todos lo estamos al principio —respondió Venli—. Os servirá bien. ¿Cómo cantar con Pasión si nunca se tiene la oportunidad de aprender las

canciones adecuadas?

Leshwi cogió la toalla del barbero y se limpió la cara antes de elegir una fruta del cuenco que le ofrecieron. La inspeccionó en busca de taras.

—Eres compasiva con ellos, a pesar de que intentas parecer rígida y severa. Veo la verdad en ti, Venli, Última Oyente.

«Si fuese el caso —pensó Venli—, a estas alturas sin duda ya estaría muerta.»

—Aprobo la compasión —dijo Leshwi—, siempre que no se imponga a Pasiones más dignas.

Empezó a comerse la fruta y dio su veredicto con un rápido canturreo.

—Estás aceptada —tradujo Venli a Shumin—. Sirve con devoción y se te enseñará a pronunciar las palabras de los dioses y cantar los ritmos de pueblos perdidos.

Shumin canturreó su satisfacción y retrocedió para unirse a los demás. Venli cruzó la mirada con Dul, el cautormentas, que asintió antes de retirarse para ir a buscar el siguiente asunto del que debían hablar.

—Si me permitís la pregunta —dijo Venli, volviéndose hacia Leshwi—, ¿lo habéis matado en esta incursión?

No era necesario explicar a quién se refería. Leshwi estaba fascinada por los Corredores del Viento, y sobre todo por su líder, el joven que había forjado un grupo de Radiantes sin la guía de ningún dios o Heraldo.

Leshwi terminó de comerse la fruta antes de responder.

—Estaba allí. Y su spren también, aunque ella no se ha mostrado a mí. Hemos luchado. Sin resultado concluyente. Pero temo que quizá no vuelva a tener ocasión de enfrentarme a él.

Venli canturreó a Ansia para indicar su curiosidad.

—Ha matado a Lezian, el Perseguidor.

—No conozco ese nombre —dijo Venli.

Con ese título, la criatura debía de ser un Fusionado. Como seres con miles de años de antigüedad, todos ellos tenían un acervo y una historia lo bastante largos como para llenar libros enteros. Los enfurecía que, en esa ocasión, nadie supiese quiénes eran.

Y en efecto, Leshwi respondió hablando a Mofa.

—Lo conocerás. Está recién despertado, pero siempre se las ingenia para colarse en los relatos y en las mentes de los mortales. Se enorgullece mucho de ello.

«¿Y los demás no lo hacéis?», pensó Venli, pero se abstuvo de decirlo.

Leshwi valoraba la Pasión, pero los comentarios ingeniosos eran otra cosa muy distinta.

—¿Tienes algo más que requiera mi atención? —preguntó Leshwi.

—Solo otro asunto —dijo Venli, y señaló a Dul, que llegaba seguido de una mujer muy asustada. Era humana, delgada rozando la escualidez, con cejas largas y rizadas. Iba vestida con humilde ropa de trabajadora—. Me pedisteis encontrar un sastre capaz de experimentar con diseños nuevos. Esta mujer tuvo ese oficio en otro tiempo.

—Una humana —comentó Leshwi—. Qué curioso.

—Queríais al mejor —dijo Venli—. Nuestra gente está aprendiendo a destacar en muchas áreas, pero dominar algunas profesiones requiere mucho más tiempo que el año que hemos tenido. Si deseáis un sastre experto, tendrá que ser humano.

Leshwi se levantó y se alzó en el aire, dejando pender tras ella su lujosa túnica dorada y negra azabache. Canturreó un mensaje a Venli.

—La gran dama desea saber tu nombre —dijo ella.

—Yokska, excelencia —respondió la mujer, acobardada.

—¿Eras modista? —preguntó Venli ejerciendo de Voz de Leshwi.

—Sí, antes vestía a príncipes y ojos claros. Conozco... conozco las modas más actuales.

—Tus modas y tus ropas no serán adecuadas para un Fusionado —interpretó Venli—. Los diseños te serán desconocidos.

—Yo... vivo para servir —dijo Yokska.

Venli miró a Leshwi y supo al instante que la dama, por el tono en que canturreó, iba a rechazar a aquella sirviente. ¿Sería por las maneras de la mujer? ¿Demasiado servil? Quizá no estuviese lo bastante presentable, aunque Venli había optado por no vestir bien a Yokska, ya que eso podía ofender a los Fusionados.

—Una humana no servirá —dijo Leshwi—. Elevar a esta sería como afirmar que los nuestros no son lo bastante buenos. De todos modos, dile que se levante y me mire a los ojos. Cuánto cremlino hay entre esta gente.

—¿Podéis reprochárselo? Otros Fusionados apalean a los humanos que los miran a los ojos.

Leshwi canturreó a Furia y Venli imitó su tono. Al oírlo, Leshwi sonrió.

—Es un problema que tienen los míos —reconoció Leshwi—. Las nueve marcas no tienen las mismas expectativas respecto a los humanos. Pero aun así, ella no puede ser mi modista. Ya hay demasiados comentarios y

preguntas sobre el ascenso de un humano al título de Aquel Que Acalla. No pienso amontonar más combustible para quienes pretenden demostrar que somos blandos. Guárdate tu compasión oculta para los tuyos, Voz. Pero puedes permitir que ella adiestre a un cantor en forma artística, para que aprenda de su pericia.

Venli agachó la cabeza, canturreando a Sumisión. Habría estado satisfecha con cualquier resultado, ya que aquello era sobre todo una prueba para averiguar qué opinaba su dama de los humanos. Leshwi hablaba tan a menudo de los Corredores del Viento que Venli tenía curiosidad por saber si simpatizaría con un humano de menor posición.

—Mis tareas están cumplidas —dijo Leshwi—. Voy a meditar. Vacía la Alta Cámara y ocúpate de que la nueva sirviente reciba una formación adecuada.

Se elevó por un agujero en el techo, buscando las nubes.

Venli dio un golpe con su cetro en el suelo de madera y los demás sirvientes empezaron a marcharse escalera abajo. Varios de ellos ayudaron a la mujer humana.

Venli hizo que Shumin esperara. Cuando todo el mundo se hubo ido, llevó a la recién llegada por la larga y curva escalera hasta su propia habitación, el puesto de guardia por el que había que pasar para llegar a los peldaños. El puesto de Venli era, casi literalmente, la puerta que debía superar quien quisiera dirigirse a Leshwi.

Dul estaba esperándolas junto a la trampilla que cerraba el paso a la escalera de arriba. Shumin hizo ademán de hablar, pero Venli la acalló con un gesto y esperaron hasta que Dul cerró la escotilla y las cortinas de las ventanas. Mazish regresó de vigilar fuera y cerró la puerta tras ella. Dul y Mazish estaban casados. No eran antaño-compañeros, como lo habrían llamado los oyentes, sino casados. Habían insistido en hacerlo después de que se restauraran sus mentes; habían sido compañeros el tiempo que estuvieron esclavizados por los humanos y habían adoptado las costumbres alezi.

Venli tenía muchísimo trabajo que hacer. Debía contrarrestar el adoctrinamiento de los Fusionados y, además, ayudar a los cantores a rechazar las tradiciones de quienes los habían esclavizado. Pero un cremlino no renunciaba a su caparazón hasta haberse hecho demasiado grande para él, y Venli confiaba en que sus consejos terminarían animándolos a renunciar por iniciativa propia a los lastres de las sociedades tanto Fusionada como humana.

—Ya puedes hablar —dijo Venli a Shumin. Cambió su ritmo al de la Confianza, uno de los ritmos antiguos. Los verdaderos ritmos, los que no estaban corrompidos por el toque de Odium.

—¡Padre Tormenta! —exclamó Shumin, volviéndose hacia Dul y Mazish —. Qué difícil ha sido. ¡No me dijisteis que casi iba a empujarme por el borde!

—Ya te advertimos de que sería duro —dijo Dul a Reprimenda.

—Bueno, creo que por lo demás lo he hecho bastante bien —dijo Shumin mirando a Venli—. ¿Verdad? Brillante, ¿qué te ha parecido a ti?

El cambio de actitud en la mujeren asqueó a Venli. Qué... humana era. Desde sus reniegos hasta los gestos que hacía al hablar. Pero claro, era improbable que los más leales a los Fusionados se unieran a Venli. Tendría que trabajar con lo que hubiera disponible.

—Me preocupa que hayas estado demasiado cohibida —dijo Venli—. Los Fusionados no quieren debilidad, y yo tampoco. Nuestra organización se compone de personas lo bastante fuertes para resistir toda cadena y en algún momento liberarse de ella.

—Estoy preparada —respondió Shumin—. ¿Cuándo atacaremos a los Fusionados? Con cada tormenta temo que seré la siguiente, que alguna alma Fusionada de las que esperan terminará expulsando mi mente a patadas y dominándome.

No funcionaba así. Venli había presenciado la transformación; de hecho, habían estado a punto de tomarla a ella. Acoger el alma de un Fusionado en el cuerpo tenía un componente de aceptación.

La aceptación, sin embargo, era difícil de definir. Cuando alguien adoptaba una forma regia, Odium se infiltraba en su mente. Las formas nuevas, con sus ritmos nuevos, alteraban su manera de comportarse, su forma de ver el mundo. Incluso a los cantores comunes se los adoctrinaba con ahínco, diciéndoles una y otra vez que sacrificarse era un enorme privilegio.

Había sido eso, al final, lo que hizo decidir a Venli que tenía que intentar reconstruir su pueblo. Los Fusionados y los humanos... tenían cierta equivalencia. Ambos pretendían eliminar las mentes de las personas normales. Ambos estaban interesados solo en la conveniencia de un cuerpo útil, sin la «carga» añadida de las personalidades, los deseos y los sueños.

Venli estaba decidida a no hacer lo mismo. Aceptaría a quienes acudiesen a ella. Si quería que cambiaran, les mostraría una forma mejor de hacer las cosas. Había sido una sugerencia de Timbre. Voluntad. Intención. Los

principios cardinales de lo que fuese en lo que estaba transformándose la propia Venli.

Eran unos sentimientos extraños en alguien que una vez, con una sonrisa en la cara, había llevado la muerte y la esclavitud a su pueblo. Pero que así fuese. Hizo un gesto con la cabeza a sus amigos, que retrocedieron para vigilar las puertas. Venli indicó a Shumin que se sentara con ella en la mesita que había contra la pared, alejada de las ventanas.

Antes de hablar, Venli buscó espías. Absorbió una pizca de luz del vacío de una esfera que llevaba en el bolsillo. Venli podía usar los dos tipos de luz, la extraña luz del vacío que proporcionaba Odium y la antigua luz tormentosa de Honor. Por lo que decía Timbre, aquello era algo nuevo y lo que fuera que Venli estaba haciendo no se había hecho antes jamás.

Eshonai se habría emocionado por esa idea, de modo que Venli intentaba extraer fuerzas de los recuerdos de su hermana. Usando esa luz del vacío, escrutó en Shadesmar, el Reino Cognitivo. Timbre latió a Preocupación. Solo habían probado en una ocasión su otro poder, la capacidad de moldear la piedra, y al hacerlo habían atraído a secretospren. Eran una clase de spren especializados que volaban por la ciudad, vigilando en busca de señales de Caballeros Radiantes usando sus poderes.

Venli había podido escapar de esos secretospren sin revelar sus capacidades, pero había sido por poco. Mientras hubiera secretospren cerca, Venli no podría practicar con sus poderes en toda su extensión. Pero por suerte ese otro poder, el de mirar en Shadesmar, no era tan estridente.

Utilizándolo, vislumbró un mundo superpuesto al físico. Ese segundo mundo se componía de un océano de cuentas, un extraño sol demasiado lejano en un cielo negro y unas luces que flotaban. Una por cada alma. Las almas de los Fusionados eran llamas oscuras que palpitaban como corazones. Practicando con cautela, Venli también había aprendido a distinguir qué spren había vinculado un cantor común para que le proporcionara su forma.

Algunos vacíospren podían ocultarse a ojos de todos menos de quienes ellos quisieran que los viesen, pero ninguno podía esconderse de Venli, que veía sus rastros en Shadesmar. Se aseguró de que no había ninguno cerca y de que Shumin no fuese una de los *mavset-im*, los Fusionados capaces de imitar el aspecto físico de otros. Incluso los demás Fusionados parecían recelar de los *mavset-im*, Aquellos de las Máscaras.

La esencia de Shumin era como Venli había esperado: un alma de cantora común vinculada a un pequeño gravitacionspren que le confería la forma de

trabajo.

Venli paró de usar sus poderes. Sabía que podía trasladarse a ese extraño mundo si lo deseaba, pero Timbre la había advertido de que era un lugar peligroso para los mortales y resultaba difícil regresar una vez se estaba allí del todo. Por el momento, a Venli le bastaba con mirar.

—Debes saber lo que somos —dijo Venli a Shumin—, y lo que no somos. No pretendemos derrocar a los Fusionados.

—Pero...

—No somos una rebelión —insistió Venli—. Somos un grupo de objetores a quienes no nos gustan las opciones que nos ofrecieron. ¿Opresión Fusionada o tiranía humana? ¿El dios del odio o el dios en teoría honorable que nos abandonó a la esclavitud? No aceptamos a ninguno de los dos. Somos los oyentes. Lo rechazaremos todo, incluso nuestras mismas formas si es necesario, para alcanzar la libertad.

»Cuando contemos con los números suficientes, abandonaremos la ciudad y viajaremos a algún lugar donde nadie pueda molestarnos. Nos mantendremos neutrales en los conflictos entre humanos y Fusionados. Nuestro único objetivo es hallar un sitio donde podamos prosperar por nuestra cuenta. Una sociedad propia. Un gobierno propio. Unas normas propias.

—Pero... —dijo Shumin—. Pero no van a dejar que nos marchemos sin más, ¿verdad? ¿Qué lugar seguro existe lejos de todos los demás? ¿Existe siquiera ese lugar?

Eran buenas preguntas. Venli canturreó a Malestar, pero hacia sí misma, no hacia Shumin. Cuando sus antepasados habían roto sus ataduras en un acto definitivo de valentía y sacrificio, había sido hacia el final de las guerras entre humanos y cantores. Los oyentes pudieron escapar en plena confusión, como un cabo suelto que nadie se acordó de atar.

Aquello era distinto. Venli sabía que lo era. Se inclinó hacia delante.

—Ahora mismo tenemos dos planes. El primero consiste en buscar a Fusionados comprensivos y convencerlos de que merecemos este privilegio. Ellos respetan la Pasión y el coraje.

—Sí, ya, pero... —Shumin levantó los hombros en un gesto humano. Qué natural le salió—. Respetar la Pasión es algo muy muy distinto a dejar que alguien se crezca con ellos. Los Fusionados parecen bastante intolerantes cuando alguien les lleva la contraria de verdad.

—Cometes un error —dijo Venli a Reprimenda—. Das por hecho que

todos los Fusionados piensan igual.

—Son siervos inmortales de un dios terrible.

—Y siguen siendo personas. Cada cual con sus distintos sentimientos, ideas y objetivos. Conservo la esperanza de que algunos verán la valía de lo que estamos planeando.

Era una esperanza frágil, reconoció Venli para sus adentros. Timbre latió en su interior, de acuerdo con ella. Pero el caso era que la alta dama Leshwi... parecía respetar a sus enemigos. Podía ser cruel, y podía ser despiadada, pero también podía ser razonable.

Leshwi decía que la conquista de Roshar estaba llevándose a cabo en nombre del pueblo cantor. Quizá Venli pudiera utilizar un lenguaje parecido para exponer su plan de una nueva nación oyente.

Por desgracia, Venli también temía que los Fusionados llevaran tanto tiempo librando sus guerras que, por mucho que se les llenara la boca hablando de devolver el mundo a los cantores, ya no considerasen la libertad como su objetivo. Para muchos de ellos, aquella guerra era por venganza: destruir a sus enemigos, demostrando de una vez por todas qué bando tenía la razón. Por tanto, si Leshwi, que se contaba entre los más cuerdos y empáticos de los Fusionados, resultaba imposible de convencer, solo les quedaría una opción. Huir y esconderse. Los antepasados de Venli habían mostrado ese valor. Ella no estaba tan segura, cuando se sinceraba consigo misma, de poseer la misma fuerza moral.

Shumin jugueteaba distraída con su pelo, en vez de canturrear a una emoción como habría hecho una oyente. ¿Sería aquella forma de retorcerse el pelo una señal de aburrimiento, quizás la forma humana de canturrear a Escepticismo?

—Si debemos huir —dijo Venli—, no nos faltarán recursos.

—Disculpa si no las tengo todas conmigo, brillante —replicó Shumin—. Invocaron a unos monstruos de piedra que eran más altos que la tormentosa muralla de la ciudad. Tienen regios y Fusionados. Yo creo que nuestra única esperanza es que la ciudad se vuelva contra ellos en bloque.

—Nosotros también tenemos a una regia —dijo Venli, señalándose a sí misma—. Hay un vacíospren en mi gema corazón, Shumin, pero he aprendido a contenerlo y a apresarlo. Me concede poderes, como la capacidad de ver en Shadesmar y comprobar si hay algún spren cerca espiándonos.

—Poderes regios... —dijo Shumin, mirando a los otros presentes en la habitación—. ¿Y... podría tenerlos yo también? ¿Sin rendir mi voluntad a

Odium?

—Es posible —respondió Venli—. Cuando haya perfeccionado el proceso para que otros puedan ponerlo en práctica.

Timbre latió dentro de ella, reprobadora. La pequeña spren quería que Venli dijese la verdad completa: que era Radiante. Pero aún no era el momento. Venli quería asegurarse de que podría ofrecer a otros lo que ella tenía antes de revelar lo que era. Necesitaba confirmar que había otros spren como Timbre dispuestos a vincularse con ellos, y tenía que preparar a sus amigos para el recorrido.

—Hace mucho tiempo —explicó Venli a Shumin—, los cantores eran aliados de los spren. Entonces llegaron los humanos y las guerras empezaron. Los acontecimientos de aquellos días se perdieron para todos salvo para los Fusionados... pero de todos modos, sabemos que al final los spren escogieron a los humanos.

»Llegó un momento en que los humanos traicionaron a los spren. Los mataron. Algunos spren han decidido concederles una segunda oportunidad, pero otros... Bueno, ha contactado conmigo un spren que representa a todo un pueblo de Shadesmar. Ellos comprenden que quizá nosotros merezcamos una segunda oportunidad más que los humanos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Shumin.

—Que no estaremos del todo sin aliados, cuando decidamos actuar —dijo Venli—. Nuestro objetivo último es encontrar un lugar en el que podamos escapar del gobierno y las leyes de otra gente. Un lugar en el que podamos ser lo que deseemos y rechazar los papeles que se nos han impuesto.

—Me apunto —dijo Shumin—. Eso suena a tormentosa delicia, brillante. Quizá... quizás si tenemos formas de poder que no estén concedidas por Odium, el enemigo de verdad nos dejará tranquilos.

Podía pasar eso o que Odium ordenara a sus esbirros exterminar del planeta a Venli y su facción.

Timbre latió, diciendo que no había gran obra que pudiera lograrse sin riesgo. A Venli no le gustaba nada que dijera cosas como aquella. Le recordaba lo peligrosos que estaban siendo sus actos. Absorbió un poco de luz para comprobar Shadesmar de nuevo. No vio que nada la espiara, así que...

Una llama oscura y palpitante estaba descendiendo desde arriba.

Leshwi.

Venli se puso en pie de un salto y su silla cayó de golpe contra el suelo.

Dul y Mazish repararon en su apremio, enderezaron la espalda y miraron a su alrededor, intentando decidir qué hacer.

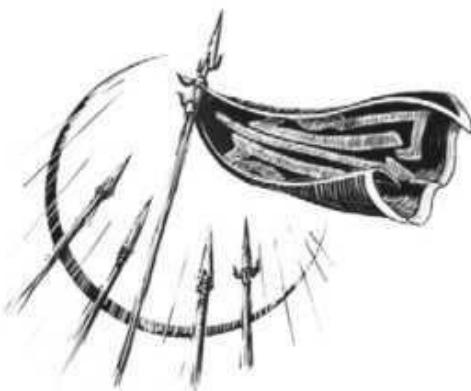
—¡Abrid las cortinas! —ordenó Venli—. ¡Deprisa! ¡Para que ella no vea nada raro!

Despejaron las ventanas mientras la escotilla traqueteaba. La dama Leshwi, resplandeciente en sus ropajes dorados y negros, entró flotando justo por encima de los peldaños. Casi nunca bajaba hasta allí. ¿Qué estaría ocurriendo?

Timbre tembló dentro de Venli. Las habían descubierto. Tenía que significar que iban a...

—Prepárate, Última Oyente —dijo Leshwi al Ritmo de la Agonía—. Está pasando algo. Algo peligroso. Temo que la guerra esté a punto de dar un gran vuelco.

UNA FORMA DE AYUDAR



Una de mis súplicas es que los artifabrianos dejen de ocultar las técnicas de sus fabriales envolviéndolas con tanto misterio. En las jaulas se emplean muchos metales a modo de señuelo, y los alambres a menudo se bañan para asemejar otro metal, con la intención expresa de confundir a todo aquel que trate de aprender el proceso mediante el estudio personal. Eso quizá enriquezca al artifabriano, pero nos empobrece a todos.

Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175

Mientras llegaban a Urithiru, lo que más deseaba Kaladin en el mundo era esfumarse. Ir a algún lugar donde no tuviera que oír cómo reían todos los demás. Eran unas cien personas en total, sobre todo escuderos de los diversos Corredores del Viento que una vez habían sido su equipo.

Al propio Kaladin ya no le quedaban muchos escuderos. Ninguno, a menos que se contara a Dabbid y a Rlain. Roca tampoco tenía spren, pero el comecuernos... había pasado a alguna otra cosa. Kaladin no estaba seguro de a cuál, pero no se hacía llamar escudero.

Rlain no tardaría en tener un spren y por fin podría avanzar también. Y Dabbid había participado en la misión ayudando a Renarin a repartir agua y provisiones a los habitantes del pueblo. Pero nunca se había recuperado de la conmoción de batalla que sufría y no tenía poderes Radiantes. No era tanto

un escudero como alguien a quien Kaladin y los suyos cuidaban.

Todos los demás habían ascendido por lo menos hasta el Segundo Ideal. Eso los convertía en algo más que escuderos, aunque aún no fuesen Radiantes de pleno derecho. Habían vinculado un spren, pero aún no habían obtenido su hoja esquirlada. Qué joviales estaban todos, caminando juntos por la plataforma de la Puerta Jurada, y Kaladin no les reprochaba su alegría. Los apreciaba mucho y quería que rieran.

Pero en esos momentos, no podía imaginar nada más doloroso que la forma en que todos intentaban animarlo a él. Podían sentir que estaba bajo de ánimos, aunque Kaladin todavía no les había contado lo de su... ¿degradación? ¿Retiro?

Tormentas. Se ponía enfermo solo de pensar en ello.

Mientras andaban, Lopen contó un chiste particularmente malo. Cikatriz pidió a Kaladin una sesión de entrenamiento con él, lo cual era su forma de ofrecerle ayuda. En otro momento, Kaladin habría aceptado. Pero ese día, un lance le recordaría lo que había perdido.

Sigzil, mostrando una admirable templanza, le dijo que los informes de batalla podían esperar al día siguiente. Tormentas. ¿Tan mal aspecto tenía? Kaladin hizo lo que pudo para evitarlos a todos y disfrazó su cara con una sonrisa tan amplia que sintió que le agrietaba la piel.

Roca mantuvo la distancia y se preocupó de no hacer caso a Kaladin. El comecuernos acostumbraba a intuir su verdadero estado de ánimo con más exactitud que la mayoría. Y Roca podía ver a Syl, que revoloteaba inquieta en torno a Kaladin y por fin se marchó volando. Se incorporó a una corriente cercana y salió disparada al aire. Syl encontraba el vuelo igual de reconfortante que él.

«Tengo que ir con cuidado para que esto no la hunda —pensó Kaladin—. Mantener una fachada fuerte por ella, por todos ellos. No deberían sufrir por cómo me siento yo.» Podía hacer aquello con dignidad. Podía librarse esa última batalla.

Cruzaron el campo abierto de piedra que se extendía ante la ciudad-torre. Kaladin casi logró seguir andando sin quedarse boquiabierto al mirar hacia arriba. Ya apenas sentía ningún impacto disociativo por la inmensidad del edificio. Se quedaba solo una fracción de segundo negándose a creer que pudiera existir algo tan grandioso. Sí, la torre había pasado a ser algo casi ordinario.

—Oye —dijo Leyten cuando llegaron a la entrada de la torre—. ¡Roca! No

tendrás algo de estofado para nosotros, ¿verdad? ¿Por los viejos tiempos?

Kaladin se volvió. La palabra «estofado» logró penetrar la nube.

—¡Ah, subir hasta este precioso aire liviano hace que de pronto pienses bien! —exclamó Roca—. ¡Recuerdas las glorias de la buena cocina! Pero... esa cosa no puede ser hoy. Tengo cita.

—No será con los cirujanos, ¿verdad? —intervino Kara—. ¡Porque no creo que puedan hacer nada con tu aliento, Roca!

—¡Ja! —bramó Roca, y profirió una risotada que llegó al extremo de secarse una lágrima de un ojo. Kara sonrió, pero entonces Roca extendió la mano con la palma hacia fuera—. No, no, ¿crees que río de lo que has dicho? ¡Tarada por el aire! Río porque crees que esa broma tiene gracia, Kara. ¡Ja! ¡Ja!

Kaladin sonrió. Una sonrisa auténtica, por un momento.

Entonces empezaron a disgregarse en grupitos, en general formados por un caballero y su equipo de escuderos. Cada uno de los amigos de Kaladin tenía ya su propia cuadrilla. Incluso Teft acabó apartado con un grupo, aunque sus escuderos habían pertenecido al Puente Trece y se habían quedado atrás protegiendo la nave. En realidad, muchos de ellos habían llegado a Radiantes ya. Kaladin no estaba seguro de cuántos escuderos le quedaban a Teft.

¿Podría Kaladin hacer lo que Dalinar quería? ¿Podría soportar seguir siendo el alto mariscal de los Corredores del Viento sin salir al campo de batalla? ¿Formar parte de sus vidas pero no ser capaz de ayudarlos, de luchar junto a ellos?

No. Sería mejor cortar por lo sano.

Unos cuantos grupos lo invitaron a unirse a ellos, pero Kaladin se descubrió rechazándolos a todos. Se irguió como debía hacerlo un comandante y les hizo el *asentimiento*. El asentimiento del capitán, que decía: «Sigue a lo tuyo, soldado. Me ocupan asuntos importantes y no tengo tiempo que perder con frivolidades».

Nadie le insistió, aunque Kaladin habría deseado que alguien lo hiciera. Pero los demás tenían sus propias vidas. Muchos tenían familia y todos ellos tenían deberes. Quienes habían servido con él en los primeros tiempos aún llevaban con orgullo sus parches del Puente Cuatro, pero el Puente Cuatro era algo a lo que *habían* pertenecido. Un equipo legendario que ya se había convertido en mito.

Kaladin mantuvo la espalda erguida, la barbilla alta, mientras se separaba de ellos para recorrer los ya familiares pasillos de la ciudad-torre. Sus paredes

presentaban fascinantes pautas de estratos de distintos tonos y en los más importantes había lámparas de esferas, cerradas con llave, por supuesto, pero cambiadas con regularidad. El lugar ya empezaba a parecer habitado de verdad. Kaladin se cruzó con familias, trabajadores y refugiados. Gente de todo tipo, variada como una copa llena de esferas.

Le hacían el saludo militar o se apartaban para dejarlo pasar o, en el caso de muchos niños, lo saludaban con la mano. Era el alto mariscal. Kaladin Bendito por la Tormenta. Mantuvo la expresión adecuada hasta llegar a sus aposentos y se enorgulleció de ello.

Entonces entró y encontró la nada, el vacío.

Gozaba del alojamiento de un alto señor, en teoría lujoso y amplio. Pero tenía pocos muebles y eso le daba una sensación desocupada. Oscura, ya que la única luz procedía de la terraza.

Todos los honores que le habían concedido parecían resaltar lo hueca que era su existencia en realidad. Los títulos no podían llenar de vida una estancia. Aun así, Kaladin se volvió y cerró la puerta con un firme empujón.

Solo entonces se vino abajo. Ni siquiera llegó hasta la silla. Se hundió con la espalda contra la pared de al lado de la puerta. Intentó desabrocharse la casaca, pero terminó inclinándose hacia delante con los nudillos apretados contra la frente, hundidos en la piel mientras hiperventilaba, inhalando profundas bocanadas de aire, temblando y sacudiéndose. A su alrededor se congregaron agotaspren como chorros de polvo, casi regodeándose. Y también agonispren, como rostros bocabajo tallados en piedra que aparecían y desaparecían retorcidos.

No podía llorar. No salía nada. Él quería sollozar, porque al menos supondría una liberación. Pero en vez de eso se quedó acurrucado, los nudillos apretados contra las cicatrices de su frente, deseando poder marchitarse y desaparecer. Como los ojos de la víctima de una hoja esquirlada.

En momentos como aquel, solo y hecho un ovillo en el suelo de una habitación oscura, atormentado por los agonispren, le llegaban las palabras de Moash. La verdad que encerraban se volvía innegable. Fuera, a la cegadora luz del sol, era fácil fingir que todo iba bien. Pero allí dentro, Kaladin veía las cosas claras.

«Solo vas a seguir sufriendo.»

La vida entera de Kaladin había sido solo un vano esfuerzo de detener una tormenta gritándole. A la tormenta le daba igual.

«Van a morir. No puedes hacer nada para evitarlo.»

Era imposible construir algo duradero, así que ¿para qué intentarlo? Todo terminaría pudriéndose y desmoronándose. Nada era permanente. Ni siquiera el amor.

«Solo hay una respuesta.»

Llamaron a la puerta. Kaladin hizo caso omiso del sonido hasta que se volvió más insistente. Tormentas, iban a entrar sin permiso, ¿verdad? Con un pánico repentino por si alguien lo descubría como estaba, Kaladin se levantó y se alisó la casaca. Respiró hondo y los agujas desaparecieron.

Adolin entró sin permiso, con una traicionera Syl al hombro. ¿Para eso se había marchado? ¿Para traerle al tormentoso Adolin Kholin?

El joven llevaba un uniforme de color azul Kholin, pero no era el reglamentario. Había adoptado la costumbre de añadirle embellecimientos, pensara lo que pensase su padre. Aunque era un traje robusto —un poco rígido, almidonado para resaltar las líneas—, tenía las mangas bordadas a juego con sus botas. La casaca era más larga que la mayoría, recordando un poco a la de capitán que llevaba Kaladin, pero más a la moda.

De algún modo, Adolin llevaba el uniforme, mientras que el uniforme siempre había llevado a Kaladin. Para Kaladin, el uniforme era una herramienta. Para Adolin, formaba parte de todo un conjunto. ¿Cómo lograba que su pelo, rubio salpicado de oscuro, le quedara tan perfectamente revuelto? Era accidental y deliberado al mismo tiempo.

Y sonreía, por supuesto, el muy tormentoso.

—¡Conque estabas aquí! —exclamó Adolin—. Roca me ha dicho que creía haberte visto venir hacia tu habitación.

—Porque quería estar solo —replicó Kaladin.

—Pasas demasiadas tardes a solas, muchacho del puente —dijo Adolin, echando un vistazo a los agujas que había cerca.

Cogió a Kaladin del brazo, algo a lo que poca otra gente se habría atrevido.

—Me gusta estar sin compañía —dijo Kaladin.

—Estupendo. Suena horrible. Pues hoy vas a venirte conmigo. Nada de excusas. Ya dejé que te me escaparas la semana pasada, y también la anterior.

—A lo mejor es que no quiero pasar tiempo contigo, Adolin —ladró Kaladin.

El alto príncipe titubeó, pero luego se inclinó hacia delante, entornó los ojos y acercó la cara a la de Kaladin. Syl seguía sentada en el hombro de Adolin, cruzada de brazos, y ni siquiera tuvo la decencia de apartar

vergüenza cuando Kaladin la fulminó con la mirada.

—Dime la verdad —pidió Adolin—. Júramelo, Kaladin. Dime que esta noche deberíamos dejarte solo. Quiero que me lo jures.

Adolin le sostuvo la mirada. Kaladin intentó formar las palabras y se sintió como uno de los diez locos al constatar que no lograba sacarlas.

Era evidente que no debería quedarse solo en esos momentos.

—A la tormenta contigo —espetó Kaladin.

—¡Ja! —exclamó Adolin, tirando de su brazo—. Vamos, brillante señor maese alto mariscal Caratormenta. Quítate esa casaca, ponte una que no huela a humo y ven conmigo. No hace falta que sonrías. No hace falta que hables. Pero si vas a sentirte desgraciado, por lo menos que sea con amigos.

Kaladin se zafó del agarre de Adolin, pero dejó de resistirse. Tiró a un lado la ropa con la que había luchado y cogió un uniforme limpio. Pero sí que miró ceñudo a Syl cuando ella voló hacia él.

—¿Adolin? —le siseó Kaladin mientras se cambiaba—. ¿Lo primero que se te ha ocurrido es ir a buscar a Adolin?

—Necesitaba alguien a quien no pudieras intimidar —respondió ella—. En esa lista hay como mucho tres personas. Y era probable que la reina se hartara y acabara convirtiéndote en una copa de cristal o algo.

Kaladin suspiró y salió de la habitación para reunirse con Adolin, no fuese que el alto príncipe creyera que estaba remoloneando. Syl miró a Kaladin mientras caminaba en el aire a su lado, manteniéndole el ritmo a pesar de los minúsculos pasitos que daba.

—Gracias —dijo Kaladin con suavidad, y miró hacia delante.

Adolin cumplió su promesa. No obligó a Kaladin a decir gran cosa. Llegaron juntos a los Diez Anillos, una zona del mercado central de la torre donde los comerciantes habían accedido a disponer sus establecimientos siguiendo el plan de Navani. A cambio, obtenían una rebaja de impuestos y la seguridad de que las patrullas de guardia serían frecuentes y corteses.

Allí las hileras de fachadas de madera delimitaban unas calles pulcras y ordenadas. Los comercios tenían dimensiones similares entre ellos, con espacio para almacenaje y vivienda en la planta superior. El lugar daba una sensación pintoresca, la de una isla de orden que contrastaba con el caos más orgánico del resto del mercado del Apartado, donde, habiendo pasado un año, mucha gente seguía usando carpas en vez de estructuras permanentes.

Había que reconocer que se hacía raro ver filas de esas estructuras

construidas en medio de una estancia interior de varios pisos de altura. Pero para Kaladin lo más extraño de todo era que las tiendas más exclusivas, las visitadas por las familias de ojos claros más ricas, habían rechazado la invitación de Navani, exactamente lo mismo que habían hecho los establecimientos más sórdidos. Ni unos ni otros querían aceptar la supervisión de Navani. Los comercios para las personas más pudientes estaban fuera del mercado, en una serie de habitaciones de un pasillo cercano.

El resultado era que, aunque los Diez Anillos no eran terriblemente exclusivos, sí gozaban de buena reputación, dos conceptos que no tenían por qué ser equivalentes. La cantina favorita de Adolin se llamaba El Deber de Jez. Había obligado a Kaladin a acompañarlo allí en más de una ocasión, por lo que su interior le era conocido. El local estaba decorado como un refugio para tormentas aunque tales construcciones no fuesen necesarias dentro de la torre, tenía relojes fabriales en las paredes que indicaban cuando llegaba una tormenta a Alezkar y celebraba una vigilia diaria por el reino. Hasta acudía un fervoroso para quemar glifoguardas.

Al margen de eso, podía ser un lugar muy ruidoso, más parecido a una taberna que a una cantina. Adolin tenía un reservado al fondo siempre disponible para él. El local se enorgullecía de que el alto príncipe lo frecuentara en vez de ir a cantinas más elegantes.

Esa era la clase de cosas que hacía siempre Adolin. La gente no se inclinó cuando entraron. En vez de eso, lo aclamaron y alzaron sus copas. Adolin Kholin no era un brillante señor o un general distante que se quedaba en su fortaleza y dictaba decretos, tiránicos o sabios. Era el tipo de general que bebía con sus hombres y se aprendía los nombres de todos sus soldados.

Dalinar no lo aprobaba. Y en la mayoría de los casos, Kaladin tampoco lo habría hecho. Pero... era Adolin. Se habría vuelto loco si lo obligaran a mostrarse estirado. Su actitud era la opuesta a todos los protocolos tradicionales alezi de liderazgo, pero a él le funcionaban, así que ¿quién era Kaladin para censurarlo?

Mientras Adolin saludaba a la gente, Kaladin rodeó la sala y se fijó en que había más clientela de la habitual. ¿Aquellos de allí no eran Roca y su familia, bebiendo jarras de cerveza terrosa comecuernos?

«Decía que esta noche tenía un compromiso», recordó Kaladin. Y en efecto, parecía haber alguna clase de celebración. Kaladin distinguió a algunos otros Corredores del Viento y Radiantes a los que conocía, pero no a muchos. Sobre todo, la clientela parecía estar compuesta de gente corriente.

Quizá con una proporción de soldados algo más alta de la normal.

Syl se separó de él para empezar a curiosear por la sala, mirando todas las mesas. Aunque al principio Kaladin había considerado infantil esa fascinación de la spren, su juicio había evolucionado. Syl era una persona curiosa, deseosa de aprender. Si eso era una característica infantil, a todo el mundo le vendría bien tenerla un poco más.

Syl estaba fascinada por los seres humanos. En un local como aquel, lo normal sería que Kaladin la viese de pie en una mesa abarrotada, invisible para sus ocupantes, con la cabeza ladeada mientras intentaba imitar las maneras o las expresiones de una u otra persona.

El reservado de Adolin estaba ocupado por una joven de largo cabello oscuro, vestida con pantalones y una camisa abotonada, que había colgado su largo abrigo blanco en un perchero cercano. Llevaba puesto su sombrero, el de ala ancha con el frontal en pico.

—Velo —dijo Kaladin, sentándose en el reservado—. ¿Te quedarás tú toda la noche o aparecerá Shallan?

—Creo que seré solo yo —respondió Velo, apurando lo que le quedaba en la copa—. Shallan ha tenido un día muy ajetreado y aún seguimos con el horario de las Llanuras Quebradas, no el de Urithiru. Quiere descansar.

«Tiene que estar bien eso de poder retirarte y convertirte en otra persona cuando te cansas», pensó Kaladin.

A veces le costaba esfuerzo tratar a las personalidades de Shallan como a tres personas distintas, pero era lo que ella parecía preferir. Por suerte, tendía a cambiar el color de su cabello para dar indicaciones a los demás. Lo hacía negro para Velo y había empezado a ponerlo rubio para Radiante.

Una joven cantinera llegó para llenar la copa de Velo con algo muy rojo.

—¿Y tú? —preguntó la camarera a Kaladin.

—Naranja —pidió él sin levantar la voz—. Muy frío, si lo tienes.

—¿Naranja? —se sorprendió la chica—. Un hombre como tú puede con algo más fuerte. ¡Esto es una fiesta! Tenemos un amarillo muy bueno infundido con peca, una fruta azishiana. Voy a...

—Eh —dijo Velo mientras subía las botas a la mesa con un golpe sordo—. Te ha pedido naranja.

—Es que pensaba...

—Tráele lo que ha pedido. Es lo único que tienes que pensar.

La chica, sofocada, se marchó deprisa. Kaladin agradeció la intervención a Velo con un asentimiento, aunque preferiría que la gente no se lanzara a

defenderlo con tanto celo. Podía hablar por sí mismo. Mientras Dalinar siguiera adhiriéndose a la interpretación más estricta de los Códigos de la Guerra, lo mismo haría Kaladin. Pero aunque no fuera ese el caso... en fin, sus amigos lo sabían. Cuando Kaladin tenía el día malo, el alcohol no le ayudaba a olvidar el dolor, sino que empeoraba la oscuridad. Podía utilizar la luz tormentosa para anular sus efectos, pero cuando había tomado una copa o dos, muchas veces... no quería. O creía no merecerlo. Venía a ser lo mismo.

—Bueno —dijo Velo—, he oído que vuestra misión ha ido bien, ¿verdad? ¿Un pueblo entero robado en sus mismas tormentosas narices? ¿El Visón en persona rescatado? Rodarán cabezas en Kholinar cuando Odium se entere de esto.

—Dudo que le preocupe mucho un solo pueblo —repuso Kaladin—. Y no saben que tenemos al Visón.

—Aun así, muy bien —dijo Velo, alzando su copa.

—¿Y tú? —preguntó Kaladin.

Ella bajó los pies de la mesa y se inclinó hacia delante.

—Tendrías que haberlo visto. Ialai era como un esqueleto, estaba toda chupada. Ya la habíamos derrotado antes de llegar. Pero desde luego, fue satisfactorio derribarla.

—Seguro que sí.

—Lástima que alguien la asesinara —añadió Velo—. Me habría encantado verla retorcerse ante Dalinar.

—¿Cómo? —dijo Kaladin—. ¿La han asesinado?

—Sí, alguien se la cargó. Alguno de los nuestros, por desgracia. Debió de sobornarlo alguien que quería verla muerta. Es un secreto, por cierto. Estamos diciendo a todo el mundo que se suicidó.

Kaladin miró alrededor.

—Nadie de aquí nos oye —dijo Velo—. Esta mesa está aislada.

—De todas formas, no hables de secretos militares en público.

Velo puso los ojos en blanco, pero entonces sacudió la cabeza y su pelo fue volviéndose rubio mientras se sentaba más recta.

—Pídele el informe completo a Dalinar en algún momento, Kaladin. Hubo algunos detalles raros en el suceso que me preocupan.

—Eh... ya veremos —respondió Kaladin—. ¿Coincides con Velo en que Shallan está bien? ¿En que solo necesita un descanso?

—Está bastante bien —dijo Radiante—. Hemos encontrado un equilibrio. Ha pasado ya un año sin que se formen más personalidades. Excepto...

Kaladin enarcó una ceja.

—Sí que hay algunas, a medio formar —explicó Radiante, apartando la mirada—. Esperan a comprobar si de verdad las tres podemos funcionar bien. O si nos vendremos abajo y las liberaremos. No son reales. No tan reales como yo. Y aun así... aun así... —Miró a Kaladin a los ojos—. Shallan no querría que te contara tanto. Pero como amigo suyo, deberías saberlo.

—No sé si podré ayudar en algo —dijo Kaladin—. Últimamente apenas puedo con mis propios problemas.

—Que estés aquí ya ayuda —dijo Radiante.

¿De verdad ayudaba? Cuando Kaladin estaba de ese humor, sentía que solo era capaz de llevar oscuridad a quienes lo rodeaban. ¿Por qué querían estar en su compañía? Ni siquiera él quería estar en su propia compañía. Pero supuso que era la clase de cosa que debía decir Radiante; era lo que la distinguía de las demás.

Radiante sonrió al ver regresar a Adolin y entonces sacudió la cabeza y su pelo volvió a hacerse negro. Se reclinó con aire relajado. Qué bien debía de sentir poder transformarse en Velo, con su actitud despreocupada.

Mientras Adolin se sentaba, la camarera volvió con la bebida.

—Si luego decides que quieres probar ese amarillo... —dijo la joven a Kaladin.

—Gracias, Mel —se apresuró a intervenir Adolin—, pero hoy no le conviene nada fuerte.

La cantinera le dedicó la radiante sonrisa con la que todo el mundo trataba a Adolin, casado o no, y se marchó, en apariencia animada porque el alto príncipe le hubiera dirigido la palabra. Aunque en esencia, hubiera sido para reprenderla.

—¿Cómo ves al novio? —preguntó Velo, sacando su daga y equilibrándola en la yema de un dedo.

—Desconcertado —dijo Adolin.

—¿Novio? —preguntó Kaladin.

—Se celebra una boda —señaló Adolin, haciendo un gesto hacia la sala llena de gente de fiesta—. La de Jor, ¿recuerdas?

—¿Quién?

—Kaladin —dijo Adolin—, menos mal que solo llevamos ocho meses viniendo a este sitio.

—No te molestes, Adolin —dijo Velo—. Kaladin no se fija en la gente a menos que vayan a atacarle con un arma.

—Sí que se fija —replicó Adolin—. Y le importan. Pero Kaladin es soldado y piensa como tal. ¿Verdad, muchacho del puente?

—No sé a qué te refieres —gruñó y dio un sorbo a su bebida.

—Has aprendido a preocuparte de tu pelotón —dijo Adolin—. Y a renunciar a la información superflua. Seguro que Kaladin podría recitarte la edad, el color de ojos y la comida favorita de todos sus subordinados. Pero no va a molestarte en recordar cómo se llaman los empleados de la cantina. Mi padre es igual.

—Bueno —dijo Velo—, me lo estoy pasando muy bien y tal, pero ¿no deberíamos pasar a un tema más importante?

—¿Como cuál? —preguntó Adolin.

—Como con quién vamos a emparejar a Kaladin ahora.

Kaladin estuvo a punto de escupir la bebida.

—No necesita que lo emparejen con nadie —protestó.

—Syl no opina lo mismo —replicó Velo.

—Syl antes pensaba que los niños humanos salían por la nariz en un estornudo particularmente violento —dijo Kaladin—. No es ninguna autoridad en la materia.

—Mmm —intervino la mesa a la que se sentaban, vibrando con un leve zumbido—. ¿Y cómo salen en realidad? Me lo he preguntado siempre.

Kaladin se sobresaltó, reparando solo entonces en que Patrón estaba arrugando una parte de la superficie de la mesa de madera. Patrón no iba por ahí invisible como Syl, sino que de algún modo se fundía con la materia de los objetos cercanos. Al fijarse, Kaladin vio una zona de la mesa que parecía tallada en una pauta circular, que de algún modo se movía y fluía, como las ondulaciones de un aljibe.

—Luego te explico lo de los bebés, Patrón —le respondió Velo—. Es más complicado de lo que supongo que estarás imaginando. Aunque ahora que lo pienso... no, mejor pídele a Shallan que te lo explique. Seguro que le encantará.

—Mmm —dijo la mesa—. Ella cambia de colores. Como una puesta de sol. O una herida infectada. Mmm.

Adolin se relajó y apoyó el brazo en el respaldo del banco del reservado, pero sin rodear con él a Velo. Mantenían una relación extraña cuando Shallan llevaba a Radiante o a Velo. Pero al menos, parecían haber superado la etapa en la que se comportaban como lelos enamoriscados a todas horas.

—Las damas llevan razón, muchacho del puente —dijo Adolin—. Es

verdad que estás más taciturno desde que Lyn rompió contigo.

—No es por eso.

—Aun así, una aventurilla no te hará daño, ¿verdad? —dijo Velo. Señaló con el mentón hacia una camarera que pasaba, una joven alta con el pelo inusualmente claro—. ¿Qué opinas de Hem, esa de ahí? Es alta.

—Genial. Es alta —repuso Kaladin—. Como los dos tenemos más o menos la misma estatura en centímetros, seguro que nos llevamos de maravilla. Caramba, la de temas de personas altas sobre los que podríamos hablar. Por ejemplo... esto...

—Venga, no seas agrio —dijo Velo, dándole un puñetazo amistoso en el hombro—. ¡Pero si ni la has mirado! Es mona. Fíjate qué piernas. Apóyame, Adolin.

—Es atractiva —convino él—. Pero esa blusa le queda espantosa. Tengo que decirle a Marni que los uniformes de aquí son un horror. Deberían tener como mínimo dos colores distintos para que queden bien a varios tonos de piel.

—¿Y qué me dices de la hermana de Ka? —propuso Velo a Kaladin—. La conoces, ¿verdad? Es lista. A ti te gustan las listas.

—¿Es que hay alguien a quien no le gusten las listas? —replicó Kaladin.

—A mí —dijo Velo, levantando la mano—. A mí tráemelas tontas, por favor. Son facilísimas de impresionar.

—Chicas listas... —repitió Adolin, rascándose la barbilla—. Lástima que Cikatriz se quedara con Ristina. Habría hecho buena pareja con Kaladin.

—Adolin —dijo Velo—, Ristina mide como un metro y poco.

—¿Y qué? —repuso Adolin—. Ya has oído a Kaladin. Le da igual la altura.

—Ya, bueno, pero a la mayoría de las mujeres no. Tenemos que encontrar a alguien que encaje con él. Lástima que echara a perder su oportunidad con Lyn.

—Yo no eché... —empezó a protestar Kaladin.

—¿Y ella? —dijo Adolin, señalando hacia la entrada de la taberna.

Allí había dos mujeres ojos claros vestidas con havah, aunque no serían de clase muy alta si acudían a una cantina frecuentada por ojos oscuros. Pero por otra parte, el propio Adolin estaba allí. Y las cosas como el nahm y la clase, por extraño que pareciera, habían perdido mucha importancia como factores de división durante el último año, bajo el gobierno de Jasnah.

Una de las recién llegadas era una joven de voluptuosa figura, acentuada

por su prieta havah. Tenía la piel oscura y los labios rojos, a todas luces resaltados con pintura.

—Se llama Dakhnah —dijo Adolin—. Es hija de un general de mi padre, Kal. Adora hablar de estrategia, y hace de escriba en sus reuniones de guerra desde que tenía catorce años. Puedo presentaros.

—Por favor, no —pidió Kaladin.

—Dakhnah, Dakhnah... —dijo Velo—. Tú la cortejaste, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo es que lo sabes?

—Adolin, querido, si arrojas a un herdaziano en una sala concurrida, golpearás a seis mujeres a las que has cortejado. —Velo miró con ojos entornados a la recién llegada—. No pueden ser de verdad. Lleva lleno, ¿a que sí?

Adolin negó con la cabeza.

—¿En serio? —casi exclamó ella—. Padre Tormenta. Para que crecieran así las mías tendría que comerme seis chulls. ¿Cómo son al tacto?

—Supones demasiado —dijo Adolin.

Ella le lanzó una mirada y le clavó un dedo en el hombro.

—Venga.

Él volvió los ojos hacia el techo y dio un sorbo significativo a su bebida, aunque sonrió cuando Velo volvió a clavarle el dedo.

—No es un tema del que deban hablar los caballeros educados —dijo Adolin con tono despreocupado.

—No soy ni educada ni un caballero —replicó Velo—. Soy tu esposa.

—Tú no eres mi esposa.

—Comparto cuerpo con tu esposa. Es casi lo mismo.

—Vosotros dos —dijo Kaladin— tenéis una relación rarísima.

Adolin le dedicó un lento asentimiento que parecía decir: «No te haces una idea». Velo se acabó la copa y la sostuvo bocabajo.

—¿Dónde está esa tormentosa camarera?

—¿Seguro que aún no tienes suficiente? —preguntó Adolin.

—¿Estoy sentada recta?

—Una vaga aproximación.

—Pues ahí tienes tu respuesta —dijo ella, y salió del reservado pasando por encima de Adolin en una maniobra que puso mucho de ella en contacto con mucho de él, antes de internarse en la muchedumbre buscando a la camarera.

—Está vigorosa hoy —observó Kaladin.

—Velo llevaba un mes enjaulada, fingiendo ser aquella mujer de los campamentos de guerra —respondió Adolin—. Y Radiante estaba muy tensa por la misión. Las pocas veces que conseguimos reunirnos, Shallan estaba que se subía por las paredes. Esta es su forma de soltarse.

En fin, si a ellos les funcionaba...

—¿Ialai Sadeas ha muerto de verdad?

—Por desgracia. Mi padre ya tiene tropas avanzando hacia los campamentos de guerra. Según los primeros informes, los hombres de Ialai están planteando su rendición. Debían de saber que iba a pasar esto. —Se encogió de hombros—. Aun así, me da la sensación de que he fallado.

—Algo teníais que hacer. Ese grupo estaba volviéndose demasiado poderoso, demasiado peligroso, para dejarlo suelto.

—Lo sé. Pero no me hace ninguna gracia luchar contra los nuestros. Se suponía que debíamos pasar a cosas mejores, más importantes.

«Y lo dice el hombre que mató a Sadeas», pensó Kaladin. Eso aún no era de conocimiento público, por lo que no lo dijo en voz alta, no fuese a estar escuchando alguien.

La conversación cesó. Kaladin jugueteó con su copa, deseando que se la llenaran, pero sin ganas de abrirse paso a codazos para conseguirlo. La gente no dejaba de vitorear a Jor y, cuando el novio pasó cerca, Kaladin cayó en la cuenta de que sí que lo conocía. Era el portero de la cantina, un tipo afable. Syl iba sentada en su hombro.

La búsqueda de Velo se prolongaba. A Kaladin le pareció verla en una esquina, apostando chips en una partida de rompecuello. Se sorprendió de que aún quedara alguien en la ciudad dispuesto a jugar contra Velo.

Al cabo de un tiempo, Adolin se movió para acercarse un poco más a él. Tenía su propia copa, un potente violeta, pero apenas se había bebido la mitad. Ya no seguía los Códigos a rajatabla, pero parecía haber encontrado su propio término medio.

—Bueno, ¿qué está pasando? —preguntó Adolin—. Es verdad que esto no es solo por lo de Lyn.

—¿No habías dicho que no tenía que hablar?

—Y no tienes. —Adolin dio un sorbito y esperó.

Kaladin se quedó mirando la mesa. Shallan tenía la costumbre de tallar partes de ella, así que la madera estaba marcada con pequeños pero complejos proyectos artísticos, muchos de ellos a medio acabar. Pasó el dedo por uno que representaba un sabueso-hacha y a un hombre que tenía un

notable parecido con Adolin.

—Tu padre me ha relevado del servicio activo hoy —dijo Kaladin—. Cree que ya... ya no soy apto para la batalla.

Adolin soltó una larga bocanada de aire.

—Tormentas, ¿cómo puede...?

—Tiene razón, Adolin —dijo Kaladin—. Recuerda cómo tuviste que sacarme del palacio el año pasado.

—Todo el mundo se abruma a veces en combate —repuso Adolin—. Yo mismo me he desorientado alguna vez, hasta llevando armadura esquirlada.

—Esto es peor. Y más frecuente. Soy cirujano, Adolin. Estoy entrenado para ver problemas como este, y por eso sé que tiene razón. Lo sé desde hace meses.

—Muy bien —dijo Adolin. Hizo un asentimiento firme—. Aceptado. ¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Cómo se sale de eso?

—No se sale. ¿Sabes quién es Dabbid, ese de mi grupo? ¿El que no habla? Tiene commoción de batalla, como yo. Está así desde que lo recluté.

Adolin se quedó callado. Kaladin vio cómo probaba en su mente distintas respuestas posibles. Adolin sería muchas cosas, pero impenetrable jamás sería una de ellas.

Por suerte, no hizo ninguno de los comentarios esperados. Ningún intento de reafirmación, ningún ánimo para que Kaladin levantara la moral ni se esforzara más. Se quedaron los dos callados, sentados en la bulliciosa sala, durante un largo tiempo. Luego por fin Adolin habló.

—Mi padre puede equivocarse, ¿sabes?

Kaladin se encogió de hombros.

—Es humano —prosiguió Adolin—. Media ciudad cree que es una especie de Heraldo renacido, pero es solo un hombre. Se ha equivocado otras veces. Se ha equivocado *mucho*.

«Dalinar mató a la madre de Adolin», pensó Kaladin. Esa información sí que era pública, y muy extendida. Toda la ciudad había leído, escuchado u oído hablar de la extraña autobiografía de Dalinar. Manuscrita por el mismo Espina Negra, aún no estaba terminada, pero ya circulaban borradores. En su autobiografía Dalinar confesaba muchas cosas, entre ellas la muerte accidental de su esposa.

—Yo no soy cirujano —dijo Adolin—, ni tampoco soy la mitad de bueno como general que mi padre. Pero no creo que haya que apartarte del combate, por lo menos no para siempre. Necesitas otra cosa.

—¿Cuál?

—Ojalá lo supiera. Debería haber una forma de ayudar. Algo que te permita pensar bien.

—Me gustaría que fuese tan fácil —dijo Kaladin—. Pero ¿a ti qué más te da? ¿Qué importancia tiene?

—Eres mi único muchacho del puente —respondió Adolin con una sonrisa—. ¿De dónde iba a sacar a otro? Han empezado a volar todos. —La sonrisa decayó—. Además, si existe una forma de ayudarte a ti, quizá... quizá también exista la forma de ayudarla a ella. —Su mirada se perdió por la sala en dirección a Velo.

—Ella está bien —dijo Kaladin—. Ha encontrado un equilibrio. Ya la has oído explicar por qué cree que está bien.

—¿Igual que tú dices a todo el mundo que estás bien? —Adolin lo miró a los ojos—. No es bueno estar como ella. Le hace daño. Este último año la he visto muy apurada, y hay señales de que se está hundiendo, aunque sea más despacio, a profundidades peores. Necesita ayuda, pero de una clase que no sé si puedo darle yo.

La mesa zumbó.

—Es cierto —dijo Patrón—. Ella lo oculta, pero sigue estando mal.

—¿Qué dicen tus conocimientos de cirujano, Kal? —preguntó Adolin—.
¿Qué hago?

—No lo sé —respondió Kaladin—. Nos enseñan a tratar las dolencias físicas, no qué hacer cuando alguien está enfermo de la mente, aparte de enviarlo con los fervorosos.

—Pues eso no está bien.

—No lo está.

Kaladin arrugó la frente. No estaba muy seguro de qué hacían los fervorosos con sus pacientes enfermos de la mente.

—¿Debería hablar con ellos? —preguntó Patrón—. ¿Que los fervorosos ayuden?

—Puede —dijo Kaladin—. A lo mejor Sagaz también conoce alguna manera de ayudar. Parece saber mucho de cosas como esta.

—Seguro que puedes darme algún consejo, Kal —dijo Adolin.

—Hazle saber que te importa —respondió Kaladin—. Escúchala. Dale ánimos, pero no intentes obligarla a ser feliz. Y no dejes que esté sola, si te preocupas por ella, porque...

Dejó la frase en el aire y entonces lanzó a Adolin una mirada furibunda.

Adolin sonrió. Aquella conversación no trataba solo de Shallan. Condenación. ¿Había permitido que Adolin se la jugara? A lo mejor sí que debería pedir alguna bebida más fuerte.

—Me preocupáis los dos —dijo Adolin—. Voy a encontrar la forma de ayudaros. De algún modo.

—Eres un tormentoso idiota —replicó Kaladin—. Tenemos que conseguirte un spren. ¿Por qué no te ha reclutado ninguna orden todavía?

Adolin levantó los hombros.

—No encajo bien, supongo.

—Es por esa espada que tienes —dijo Kaladin—. A los portadores de esquirlada les va mejor si antes renuncian a su esquirla. Deberías librarte de la tuya.

—No pienso «librarme» de Maya.

—Sé que te has encariñado con la espada —insistió Kaladin—. Pero tendrías algo mejor si te convirtieras en Radiante. Piensa en lo bien que te sentirías si...

—No. Pienso. Librarme. De Maya. Déjalo estar, muchacho del puente.

La rotundidad en la voz de Adolin sorprendió a Kaladin, pero, antes de que pudiera insistir, apareció Jor para presentar a Adolin a su flamante esposa, Kryst.

Y que señalaran a Kaladin como el cuarto loco si Adolin no sacó al instante un regalo para la pareja. Adolin no solo se había presentado en su cantina favorita la noche de una celebración de boda, sino que había preparado un regalo.

Velo acabó cansándose de su partida y volvió a la mesa, más que un poco achispada. Cuando Adolin hizo una broma al respecto, ella respondió con una ocurrencia sobre que menos mal que era Velo, «porque de verdad que Shallan no sabe beber».

Avanzó la velada y Syl regresó para proclamar que quería empezar a apostar. Kaladin estaba cada vez más agradecido por lo que había hecho Adolin. No porque Kaladin se sintiera mejor, dado que seguía abatido. Pero la tristeza remitía un poco en compañía, y así Kaladin se veía obligado a guardar las formas. A fingir. Quizá fuese solo una fachada, pero había descubierto que a veces esa fachada funcionaba incluso consigo mismo.

El equilibrio duró más de dos horas, hasta que, cuando la fiesta empezaba a declinar, Roca se acercó a la mesa. Debía de haber hablado antes con Adolin y Velo, porque los dos se marcharon del reservado nada más verlo para dejar

que el comecuernos hablara con Kaladin en privado.

La expresión de Roca hizo que a Kaladin se le revolviera el estómago. Conque había llegado el momento, ¿verdad? ¿Y cómo no iba a ocurrir precisamente ese día?

—Llanero —dijo Roca—. Mi capitán.

—¿Tenemos que hacer esto hoy, Roca? —preguntó Kaladin—. No estoy con todas mis facultades.

—Es mismo que dijiste otra vez —repuso Roca—. Y vez antes de esa.

Kaladin hizo acopio de fuerzas y asintió.

—He esperado, como pediste, aunque las esquirlas de Amaram para mi pueblo están cogiendo polvo en una caja —dijo Roca, sus grandes manos apretadas contra la mesa—. Fue buen consejo. Mi familia estaba cansada del viaje. Mejor estar aquí tiempo, que conozcan a mis amigos. Y Cuerda quería entrenar. ¡Ja! Dice que tradiciones comecuernos son tonterías y tradiciones alezi también. El primer portador de esquirlada de mi pueblo no fue *nuatoma*, sino mujer joven.

—Podrías haber sido tú, Roca —dijo Kaladin—. O bien con esas esquirlas que ganaste, o como Radiante con tu propio spren. Te necesitamos. Yo te necesito.

—Me has tenido. Ahora yo me necesito. Es hora de volver, mi *ula'makai*. Mi capitán.

—Acabas de decir que vuestras tradiciones son tonterías.

—Para mi hija. —Roca se señaló el corazón—. No para mí, Kaladin. Levanté el arco.

—Me salvaste la vida.

—Lo elegí porque vales pena ese sacrificio. —Extendió el brazo por encima de la mesa y apoyó la mano en el hombro de Kaladin—. Pero no es sacrificio si ahora no voy, como es correcto, a buscar justicia de mi pueblo. Prefiero marchar con tu bendición. Pero marcharé de todas formas.

—¿Solo?

—¡Ja! ¡No tendría nadie para hablar! Canción irá commigo, y niños más pequeños. Cuerda y Don quieren quedarse. Don no debería luchar, pero temo que lo hará. Es su decisión. Igual que esto es mi decisión.

—Moash está ahí fuera, Roca. Podría atacarte. Si te niegas a pelear, tu familia podría estar en peligro.

Roca guardó silencio un momento y luego sonrió.

—Cikatriz y Drehy dicen que quieren ver mis picos. Igual dejo que lleven

volando mi familia, para no tener que recorrer todas las estúpidas tierras bajas. Así tendremos protección, ¿sí?

Kaladin asintió. Era lo más que podía hacer, enviar una escolta. Roca parecía esperar algo, y Kaladin comprendió que podía ser que él se ofreciera a acompañarlos. Para ver los Picos Comecuernos de los que tanto fanfarroneaba siempre Roca. El corpulento cocinero nunca parecía aclararse con las historias que contaba. ¿El lugar era un páramo gélido o un paraíso cálido y exuberante?

Fuera como fuese... Kaladin sí que podría ir. Quizá pudiese salir volando en busca de aventuras. Llevar a Roca a su hogar y luego quedarse allí, o simplemente marcharse en busca de batalla en algún sitio. Dalinar no podría impedírselo.

«No.» Kaladin rechazó la idea al instante. Huir sería un acto infantil. Además, no podía marcharse con Roca. No solo por la tentación de escapar, sino porque dudaba mucho que pudiera contenerse si Roca se entregaba a la justicia. El comecuernos se había cuidado mucho de revelar qué castigo podría imponerle su pueblo como consecuencia de sus actos, pero Kaladin encontraba absurda toda su tradición de roles en la vida basados en el orden de nacimiento. Si Kaladin acompañaba a su amigo, sería solo para socavar la decisión que este había tomado.

—Tienes mi bendición, Roca —dijo—. Tanto para marcharte tú como para quien quiera tomarse un permiso breve y acompañarte. Una guardia de honor de Corredores del Viento: te mereces eso y mucho más. Y si os encontráis a Moash...

—Ja —dijo Roca, levantándose—. Que venga a por mí. Así estará lo bastante cerca para poner manos en su cuello y apretar.

—Tú no peleas.

—¿Eso? No es pelear. Es exterminar. Hasta cocineros pueden matar rata que encuentran en grano. —Sonrió enseñando los dientes, y Kaladin lo conocía lo suficiente para saber que hablaba en broma.

Roca separó las manos para un abrazo.

—Ven. Dame despedida.

Sintiéndose como en trance, Kaladin se levantó.

—¿Volverás? Si puedes, después.

Roca negó con la cabeza.

—Esta cosa que hice aquí con todos vosotros es el fin. Cuando nos encontremos otra vez, sospecho que no será en este mundo. En esta vida.

Kaladin abrazó a su amigo. Un último y aplastante abrazo comecuernos. Cuando se separaron, Roca estaba llorando, pero sonriendo también.

—Tú devolviste mi vida —dijo—. Gracias por eso, Kaladin, jefe de puente. No seas triste porque ahora elijo vivir esa vida.

—Vas a la cárcel, o a algo peor.

—Voy a los dioses —respondió Roca. Levantó un dedo—. Hay uno viviendo aquí. Un *afah'lik*. Es dios poderoso, pero taimado. No debiste perder su flauta.

—Yo... no creo que Sagaz sea un dios, Roca.

El comecuernos dio un golpecito en la cabeza de Kaladin.

—Tarado por el aire, como siempre.

Sonrió de nuevo e hizo una reverencia fluida y respetuosa que Kaladin no le había visto jamás.

Acto seguido, Roca fue a recoger a Canción en la puerta y se marchó. Para siempre.

Kaladin se hundió en su asiento. Por lo menos, Roca no estaría presente cuando retirasen a Kaladin de su puesto. Podría pasar el resto de sus días, fuesen pocos o muchos, creyendo que su capitán, su *ula'makai*, se había mantenido fuerte en todo momento.



Los fabriales avanzados se crean empleando varias técnicas distintas. Los fabriales parejos requieren una cuidadosa división de la gema y del spren que contiene. Si se realiza correctamente, las dos mitades seguirán comportándose como una sola gema.

Cabe señalar que los rubíes y los llamaspren son los que se emplean por tradición con este propósito, ya que han demostrado ser los más fáciles de dividir y los más rápidos en tiempo de reacción. Otros tipos de spren no se parten tan equitativamente, o tan fácilmente, o en absoluto.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

La mañana después de la celebración de la boda, Shallan tuvo que lidiar con las consecuencias del exceso de alcohol de Velo. Otra vez. Le palpaba la cabeza y tenía borrosa una gran parte de la noche anterior. Tormentosa mujer.

Por suerte, con un poco de luz tormentosa y unas hierbas para el dolor de cabeza, ya se encontraba mejor para cuando acabó la reunión con sus contables y administradores. Era esposa de un alto príncipe y, aunque sus tierras en Alezkar estaban controladas por el enemigo, Adolin y ella eran responsables de una décima parte de Urithiru.

Dado que Shallan tenía deberes añadidos como Caballera Radiante, habían puesto a varias mujeres de confianza al cargo de las finanzas y a sus maridos supervisando las patrullas y las guardias. La reunión había consistido en que Radiante impartiera unas cuantas decisiones y que Shallan revisara las

cuentas. Tendría trabajo que hacer más adelante, pero de momento las cosas estaban controladas. Y Adolin le había dicho que debería tomarse un descanso tras la misión, de todos modos.

Él estaba dedicando su propio tiempo de descanso a cabalgar. Cuando las escribas se marcharon de su sala de audiencias, Shallan se quedó sola. Y por primera vez en semanas, no tenía un papel que interpretar. Pasó un rato repasando las cartas y los mensajes por vinculacaña, hasta que la detuvo uno que había llegado el día anterior a su regreso.

«El trato está cerrado. El spren vendrá.»

Se quedó un momento con el mensaje en la mano y luego lo quemó. Con un escalofrío, decidió que ya no quería estar sola en su habitación, así que salió para visitar a sus hermanos, cuyos aposentos no estaban muy lejos de los de Shallan.

Cuando llegó, el único que estaba en casa era Jushu, que la dejó pasar y charló con ella sobre su misión. Luego, como solía ocurrir en sus visitas, Shallan terminó sentándose ante el hogar de la habitación para dibujar. Era algo... natural. Ir a ver a sus hermanos no siempre implicaba pasar todo el tiempo hablando con ellos.

Se acurrucó entre mantas junto al hogar y, durante unos deliciosos minutos, pudo imaginar que había vuelto a su casa de Jah Keved. En su fantasía, un fuego crepitaba en el hogar. Cerca de él, su madrastra y su padre charlaban con unos fervorosos que habían ido a visitarlos, hombres y mujeres de la iglesia, por lo que su padre estaba comportándose.

Shallan tenía permitido usar su cuaderno de bocetos, ya que a su padre le gustaba presumir de su habilidad. Con los ojos cerrados, dibujó el hogar cuyos ladrillos se conocía de memoria por las muchas veces que se había sentado allí a bosquejar. Días buenos. Días cálidos.

—Oye, ¿qué dibujas? —preguntó Jushu—. ¿Es la chimenea de casa?

Shallan sonrió y, aunque había hablado el verdadero Jushu, lo incorporó a su imagen mental. Era uno de sus cuatro hermanos mayores, porque en aquel recuerdo seguía teniéndolos a los cuatro. Jushu y Wikim eran mellizos, aunque Jushu tenía más que el reflexivo Wikim. Y Balat estaría sentado cerca en la butaca, aparentando confianza. Helaran había vuelto y Balat siempre sacaba pecho cuando el mayor de los hermanos Davar estaba en casa.

Abrió los ojos y miró a los pequeños creacionspren que se congregaban a su alrededor, imitando objetos cotidianos. La tetera de su madre. El atizador

de la chimenea. Objetos de su hogar en Jah Keved, no del lugar donde estaba en realidad, porque de algún modo reaccionaban a sus imaginaciones. Uno de ellos le provocó un escalofrío. Era una cadena de collar que reptaba por el suelo.

En realidad, aquellos tiempos en casa habían sido una época horrible. Días de lágrimas, de gritos, de una vida que se desmadejaba. También había sido la última vez que Shallan recordaba a su familia toda junta.

Solo que... no, esa no era la familia al completo. Aquel recuerdo era después de que... después de que Shallan matara a su madre.

«¡Afróntalo! —se dijo, furiosa—. ¡No pases de puntillas!» Patrón se movía por el suelo de aquella sala en Urithiru, dando vueltas entre los creacionspren que danzaban.

Solo había tenido once años. Hacía ya siete de eso, por lo que, si no erraba en los cálculos, debía de haber empezado a ver a Patrón siendo solo una niña. Mucho tiempo antes de que Jasnah encontrara a su propio spren.

Shallan no recordaba sus primeras experiencias con Patrón. Aparte de la clara imagen de invocar su hoja esquirlada para defenderse siendo una niña, había extirpado todos aquellos recuerdos de su mente.

No. Están aquí, pensó Velo. Muy al fondo, Shallan.

No podía ver esos recuerdos, o mejor dicho, no quería verlos. Mientras se escabullía de ellos, algo oscuro se removió en su interior, ganando fuerza. Sin forma. Shallan no quería ser la persona que había hecho esas cosas. A esa... a esa persona no... no podía quererla nadie...

Aferró el lápiz con dedos tensos, su ilustración a medio terminar en el regazo. Se había puesto manos a la obra y se había obligado a leer estudios sobre otras personas con personalidades fragmentadas. Solo había encontrado un puñado de menciones en textos médicos, pero esos documentos sugerían que a las escasas personas con sus características las trataban como a bichos raros incluso los fervorosos. Eran rarezas que debían encerrarse en la oscuridad por su propio bien y ser objeto de estudio para académicos que consideraban sus casos «novedosos en su estrambótica naturaleza» y «valiosas aportaciones al conocimiento de la confundida mente de un psicótico». Era evidente que acudir a expertos como aquellos con sus problemas no era una opción.

Por lo visto, la pérdida de memoria era frecuente en esos casos, pero las demás experiencias de Shallan parecían marcadamente distintas. Lo importante era que no estaba sufriendo pérdidas de memoria continuadas, así

que quizá estuviera bien. Se había estabilizado.

Las cosas estaban mejorando. Seguro que sí.

—Tormentas —dijo Jushu—. Shallan, eso que has dibujado es... pero que muy raro.

Shallan miró el bosquejo, bastante mal hecho por tener los ojos cerrados. Le costó un segundo darse cuenta de que en el hogar de su antigua casa había dibujado unas almas que ardían. Quizá podrían confundirse con llamaspren, de no ser porque se parecían muchísimo a ella misma y sus tres hermanos.

Cerró el cuaderno con brusquedad. No estaba en Jah Keved. El hogar que tenía delante no tenía llamas; era una hornacina que contenía un fabrial calentador, en la pared de una habitación cualquiera de Urithiru.

Tenía que vivir en el presente. Jushu ya no era el chico regordete y sonriente de sus recuerdos. Eran un hombre entrado en carnes y barbudo al que había que vigilar casi a todas horas para que no robara algo e intentara empeñarlo para apostar el dinero. Lo habían sorprendido ya dos veces intentando llevarse el fabrial calentador.

La sonrisa que Jushu estaba dedicando a Shallan era falsa. O quizá solo estuviera esforzándose por mantenerse animado. Bien sabía el Todopoderoso que eso Shallan lo entendía.

—¿No me dices nada? —preguntó Jushu—. ¿Ninguna ocurrencia? Ya casi nunca me echas pullas.

—No pasamos tanto tiempo juntos como para que entrene las burlas —dijo ella—, y no hay nadie más que tenga una incompetencia tan inspiradora.

Él sonrió, pero también hizo una mueca y Shallan se avergonzó al instante. La broma era demasiado certera. No podía comportarse como cuando eran niños. Entonces habían tenido a su padre como gran enemigo unificador y su humor negro como una forma de soportarlo.

Shallan se preocupaba de que estuvieran distanciándose. Así que los visitaba, casi a modo de desafío.

Jushu se levantó para traer algo de comer y Shallan tuvo el impulso de probar a hacer otra broma. Pero en vez de eso, dejó que se marchara. Con un suspiro, aprovechó la ocasión para rebuscar en su cartera y sacó la pequeña libreta de Ialai. Estaba empezando a encontrar sentido a algunas cosas. Por ejemplo, los espías de Ialai habían descubierto a miembros de los Sangre Espectral hablando de una nueva ruta por el mar de las Luces Perdidas. Era el lugar por el que Shallan había viajado con los demás en Shadessmar un año antes. De hecho, había tres páginas enteras repletas de nombres procedentes

del misterioso mundo de los spren.

Ialai había escrito: «Vi un mapa entre las pertenencias de los Sangre Espectral que capturamos, y debería haberseme ocurrido copiarlo, porque luego se perdió en el fuego. Esto es lo que recuerdo».

Shallan tomó unas notas al pie del tosco mapa de Ialai. Aquella mujer habría sido una maestra de la política, pero como artista dejaba mucho que desear. En todo caso, quizás Shallan pudiera localizar algunos mapas reales de Shadessmar para compararlos con aquello.

La puerta se abrió y entraron Balat y un amigo suyo después de su turno como guardias, aunque Shallan estaba de espaldas a ellos. Eylita, la esposa de Balat, se había encontrado con ellos en el pasillo de fuera y estaba riéndose de algo que había dicho Balat. A lo largo del último año, Shallan había ido cogiendo un sorprendente cariño a la joven. De pequeña, Shallan recordaba tener celos de cualquiera que amenazara con llevarse a sus hermanos, pero de adulta lo había superado. Eylita era amable y sincera. Y había que ser una persona especial para amar a cualquier miembro de la familia Davar.

Shallan siguió estudiando la libreta, medio escuchando la charla de Balat y Eylita con su amigo. Eylita había animado a Balat a buscar empleo, aunque Shallan no estaba segura de que el trabajo de guardia fuese lo más adecuado para él. Balat tenía tendencia a disfrutar un poco demasiado del dolor ajeno.

Balat, Eylita y su amigo pasaron a la sala contigua, donde un fabrial enfriador mantenía frescos los curris y las carnes para las comidas. La vida de la familia estaba volviéndose muy cómoda, y podría serlo más. El ascenso de Shallan a esposa de un alto príncipe podría haber proporcionado docenas de sirvientes a aquel hogar.

Pero sus hermanos se habían vuelto muy desconfiados con los sirvientes y se habían acostumbrado a prescindir de ellos en los malos tiempos. Además, aquellos fabriales hacían el trabajo de una decena de personas. No hacía falta que nadie cortara o transportara leña, ni tampoco desplazarse a diario a las cocinas de la torre. Shallan casi temía que los artifabrianos de Navani terminaran volviendo perezoso a todo el mundo.

«Como si tener sirvientes no hubiera hecho vagos ya a casi todos los ojos claros —pensó—. Concéntrate. ¿Por qué están tan interesados en Shadessmar los Sangre Espectral?»

Velo, ¿alguna idea?

Velo frunció el ceño, se volvió sin pensarlo para poner la espalda hacia la pared y metió el pie por la correa de la cartera, para evitar que alguien se la

llevara. Cuando se convertía en Velo, los colores de la sala se... apagaban. No era que cambiaron, sino que los percibía de otra manera. Shallan habría descrito las líneas de estratos de la pared como del color del óxido, pero para Velo eran solo rojos.

Velo mantuvo un ojo echado a la puerta que daba a la terraza. Balat, Eylita y Jushu habían salido allí fuera y estaban bromeando con aquel otro guardia. Los risaspren se mecían delante de la puerta. ¿Quién era ese amigo? Shallan no se había molestado en comprobarlo.

Lo siento, pensó Shallan. Estaba distraída.

Velo estudió las palabras de la libreta y entresacó las partes relevantes. Mapas, nombres de lugares, comentarios sobre el coste de trasladar objetos a través de Shadessmar. La primera misión de Shallan para los Sangre Espectral, en los tiempos en que Velo no era más que un dibujo en un cuaderno, había consistido en espiar a Amaram, que intentaba descubrir cómo encontrar Urithiru y las Puertas Juradas.

Las Puertas Juradas, aunque se empleaban sobre todo para mover tropas y suministros, también servían para otra cosa. Tenían la capacidad de enviar y sacar a personas de Shadessmar, un uso que los eruditos y los Radiantes de Dalinar habían logrado ir desentrañando poco a poco durante el año anterior. ¿Era eso lo que había querido Mraize?

Velo entrevió las piezas de algo grandioso en los movimientos de Mraize: encontrar las Puertas Juradas, tratar de asegurarse un acceso sin restricciones y quizás exclusivo a Shadessmar. Mientras tanto, procurar eliminar a sus rivales, como Jasnah. Luego reclutar a un Radiante capaz de ver en Shadessmar. Y por último, atacar a otras facciones que estuvieran intentando descubrir esos secretos.

Iba a tener que... Un momento. Esa voz.

Velo levantó la cabeza de sopetón. La voz que llegaba de fuera. El guardia con el que hablaban sus hermanos. «Condenación.» Velo cerró la libreta de golpe, se la guardó en el bolsillo de su vestido y se levantó mientras pedía a Shallan que volviera rojo su pelo de nuevo, aunque Velo mantuviera el control.

Asomó un instante la cabeza al balcón para confirmarlo, pero ya sabía que iba a encontrar allí a Mraize.

Estaba bien erguido, con su peculiar rostro lleno de cicatrices, vestido con un uniforme en oro y negro como el de Balat. Eran los colores del principado Sebarial, la casa con la que Shallan había elegido alinearse antes de entrar por

matrimonio en la casa Kholin. Shallan ya había visto a Mraize con un uniforme parecido, al servicio de Ialai y su casa un año antes.

El uniforme no le quedaba bien. No porque estuviera mal entallado, sino porque a Mraize le fallaba... la actitud. Era al mismo tiempo demasiado altivo y demasiado rudo para el trabajo. Tenía un aire depredador y no obediente como correspondía a un guardia, y a la vez refinado, cuando un empleo de vigilante era de los más bajos que podía tener un ojos claros.

Él la vio, por supuesto. Mraize siempre vigilaba las puertas; de hecho, ella había aprendido el truco de él. No se salió del personaje y rio al oír lo que decía Balat, pero no era ni por asomo tan bueno fingiendo como Shallan. No lograba eliminar el tono arrogante de sus carcajadas, ni la agresividad de su sonrisa. No se integraba en el personaje: lo llevaba como un disfraz.

Velo se cruzó de brazos y se quedó junto a la puerta. De las montañas llegaba un viento fresco que le dio un escalofrío. Mraize y los chicos fingían que no lo notaban, pero sacaban vaho al respirar y los friospren crecían como estacas de la barandilla de la terraza. Era raro que en aquella torre hiciera mucho más calor dentro, incluso dejando la puerta abierta. En efecto, Eylita tardó poco en poner una excusa y regresar al interior, dedicando a Velo una sonrisa y un saludo al pasar que Shallan le devolvió.

Velo mantuvo la atención puesta en Mraize. Era obvio que quería que ella lo viera relacionarse con sus hermanos. Rara vez empleaba amenazas manifiestas, pero aquello sin duda era una advertencia. Era él quien había llevado allí a los jóvenes sanos y salvos, en recompensa por sus servicios. Y lo que le había entregado, podía llevárselo. En su puesto de guardia, entrenaría todos los días con la espada cerca de Balat. Y a veces había accidentes. Shallan se atemorizó un poco al saberlo, pero Velo podía jugar aquella partida, aunque las fichas fueran sus seres queridos.

Tenemos que estar preparadas para actuar, pensó Radiante, para llevar a nuestros hermanos a un lugar seguro.

Velo estaba de acuerdo. Pero ¿existía ese lugar seguro? ¿O quizás debería reunir también ella unas cuantas fichas que utilizar? Necesitaba información, sobre los Sangre Espectral y sobre el propio Mraize. A pesar del tiempo que llevaban trabajando juntos, apenas sabía nada sobre ese hombre.

Sintió curiosidad por ver cómo se las ingeniaría Mraize para que pudieran hablar los dos a solas. Sería raro que un supuesto soldado ojos claros de baja estofa solicitara una conversación con Shallan.

Al cabo de una breve conversación, Mraize dijo:

—¡Qué buenas vistas tenéis desde aquí, Balat! Ojalá me correspondiera a mí una habitación con terraza. ¡Mira esas montañas! La próxima vez que pasee por los jardines de abajo, miraré hacia aquí a ver si os encuentro. Bueno, qué le vamos a hacer, más vale que vaya volviendo a mi dormitorio.

Fingió que acababa de reparar en la presencia de Shallan y se apresuró a hacerle una inclinación. Fue un buen intento, pero algo exagerado. Volo asintió con la cabeza y él pasó al interior, cruzó las habitaciones y se marchó. Quería que se reunieran en los jardines, pero ella no tenía ninguna intención de obedecer al instante.

—Balat —llamó—, ¿a ese hombre lo conoces desde hace mucho?

—¿Mmm? ¿Qué dices, pequeña?

Balat se volvió hacia ella. Durante los primeros meses desde su reencuentro, hablar con él se le había hecho muy incómodo. Balat esperaba que fuese la misma chica tímida que se había marchado para buscar a Jasnah. Estar con sus hermanos había hecho que Shallan se diera cuenta de lo mucho que había cambiado en sus meses de separación.

Lo más raro era que a Shallan le había costado bastante esfuerzo no volver a lo de antes cuando estaba con ellos tres. No porque quisiera ser de nuevo aquella Shallan más joven y tímida, sino porque había una cierta familiaridad que ya no compartían las versiones nuevas de sí misma.

—Ese hombre —dijo Volo—. ¿Cómo se llama?

—Nosotros lo llamamos Gobby —respondió Balat—. Ya es mayor para estar entrenando, pero, como buscan a soldados nuevos, está apuntándose mucha gente que no había cogido una espada en la vida.

—¿Se le da bien? —preguntó Volo.

—¿A Gobby? Qué va. Bueno, tampoco es que sea un negado, pero comete muchos errores. ¡La semana pasada casi le cortó un brazo a un hombre sin querer! ¡El capitán Talanan le echó una buena bronca, ya lo creo que sí!

Empezó a reírse, pero lo dejó estar al ver el rostro circunspecto de Volo.

Ella estaba convirtiéndose en Shallan y sonrió demasiado tarde, pero sus hermanos ya estaban marchándose a comer. Shallan los vio charlar y sintió que algo se removía en su interior, un remordimiento. Habían alcanzado un equilibrio como familia, pero ella no estaba segura de poder acostumbrarse algún día a ser la adulta de la sala cuando estaban juntos.

Pensarlo le dio ganas de ir a molestar a Adolin. Le pareció distinguirlo allá abajo, a lomos del caballo de Dalinar en el campo que habían asignado a los animales. Pero en realidad no quería interrumpirlo, porque pasar tiempo con

el ryshadio era uno de los placeres más puros en la vida de Adolin.
Era mejor ir a hablar con Mraize, como él quería.

Jardín era una palabra demasiado grandiosa para describir el pequeño campo que se extendía por debajo de las ventanas del alojamiento de sus hermanos. Sí, algunos jardineros alezi habían empezado a cultivar allí crestas de cortezapizarra y otras plantas ornamentales, pero el frío dificultaba el crecimiento. El resultado, a pesar de que utilizaban algún fabrial calentador de vez en cuando, era poco más que una red de montículos coloreados en el suelo, no las preciosas paredes labradas de un verdadero jardín. Velo distinguió solo dos pequeños vidaspren.

Mraize era una columna oscura en el extremo más lejano, contemplando las cumbres heladas. Velo no intentó acercarse inadvertida, porque sabía que él captaría su proximidad. Parecía ser capaz de hacerlo por muy poco ruido que ella hiciera. Velo llevaba un tiempo intentando imitar el truco.

De modo que llegó a su lado sin ningún disimulo. Había ido a recoger su sombrero y su abrigo, que llevaba abrochado para protegerse del frío, pero había cubierto ambas prendas y su rostro con la ilusión de un guardia varón del ejército de Sebarial. Por si alguien los veía hablando.

—Se impone felicitarte de nuevo, pequeña daga —dijo Mraize sin mirarla—. Los Hijos de Honor están básicamente extintos. Los pocos miembros que les quedan han huido a esconderse por separado. Con los soldados de Dalinar «restaurando el orden» en los campamentos de guerra, es muy poco probable que la infestación recobre fuerza.

—Un enviado tuyo mató a Ialai —repuso Velo, intentando distinguir qué miraba Mraize. Estaba muy atento, siguiendo algo que había allí fuera. Ella solo veía nieve y laderas.

—Sí —dijo Mraize.

—No me hace ninguna gracia tener a alguien vigilándome —afirmó Velo—. Eso me dice que no confías en mí.

—¿Y debería confiar en vosotras tres? Tengo la impresión de que por lo menos una parte de ti no está... comprometida del todo.

Velo por fin distinguió lo que miraba Mraize, un puntito de color que volaba a través de un desfiladero. Era su pollo mascota, el verde. Mraize dio un fuerte silbido que resonó por debajo. La criatura viró hacia ellos.

—Debes decidir cuánto tiempo vas a seguir flirteando así, Velo —le dijo Mraize—. Coqueteas con nosotros. ¿Eres una Sangre Espectral o no?

Disfrutas de los beneficios de nuestra organización, pero te niegas a hacerte el tatuaje.

—¿Por qué querría llevar algo que podría delatarme?

—Por el compromiso que representa. Por su permanencia. —Mraize la miró y estudió la ilusión que llevaba puesta—. Claro que, con tus poderes, nada es permanente, ¿verdad? Trabajas en exclusiva con lo efímero.

Levantó el brazo mientras regresaba el pollo, que aleteó al posarse y aferrar el abrigo de Mraize con sus garras. El pollo era de las variedades más raras que Velo había visto jamás, con su gran pico ganchudo y sus brillantes plumas verdes. Llevaba algo en la boca, una pequeña criatura peluda. Se parecía un poco a una rata, pero no acababa de serlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Velo—. ¿Qué ha cazado?

—Un topo —dijo Mraize.

—¿Un qué?

—Es como una rata, pero distinto. ¿Conoces la palabra «topo»? ¿Confidente? Viene de estas criaturas, que viven en Shinovar y excavan en lugares donde nadie los quiere. Con los siglos se extendieron por Azir y luego hasta las montañas.

—Lo que tú digas.

El hombre la miró con su cara llena de cicatrices y el asomo de una sombra en los labios.

—Shallan encontrará esto interesante, Velo. ¿No quieres preguntarme nada en su nombre? ¿Una especie invasora procedente de Shinovar, que poco a poco termina instalándose en las montañas, donde no pueden vivir las criaturas rosharianas? Les falta el pelo, las adaptaciones, ¿sabes?

Shallan emergió mientras Mraize hablaba y tomó una Memoria. Necesitaba dibujar al pequeño animalejo. ¿Cómo lograba sobrevivir en aquel frío? Seguro que allí arriba no tenía nada que comer.

—Un cazador sabe qué ventajas aprovecha su presa para esconderse y prosperar —dijo Mraize—. Eso lo entiende Shallan, porque busca comprender el mundo. No deberías ser tan rápida en rechazar esa clase de conocimiento, Velo. Tiene aplicaciones que quizá no anticipes, pero que os servirán bien a las dos.

Condenación. Shallan odiaba hablar con él. Se descubría a sí misma queriendo asentir, mostrarse de acuerdo con él, *aprender* de él. Radiante le susurró la verdad: que Shallan había pasado su infancia con un padre que había sido paternal en todos los aspectos erróneos y ninguno de los correctos.

Una parte de ella veía un sustituto en Mraize. Fuerte, seguro y, sobre todo, dispuesto a elogiarla.

El pollo tenía a su presa aferrada con una pata y estaba alimentándose casi como lo haría una persona al comer con las manos. Era una criatura extraña, muy ajena. Se mantenía erguida, al contrario que cualquier otro animal que Shallan hubiera estudiado. Cuando pio a Mraize, sonó casi como si hablara, y ella habría jurado que de vez en cuando enteoía palabras. Era como una parodia en miniatura de una persona.

Apartó los ojos del brutal festín que estaba dándose el pollo, aunque Mraize observaba a la criatura con aire de aprobación.

—No puedo unirme por completo a los Sangre Espectral —dijo—, a menos que sepa qué es lo que intentáis conseguir. No conozco vuestras motivaciones. ¿Cómo puedo alinearlas con vosotros antes de conocerlas?

—Seguro que puedes adivinarlas —respondió Mraize—. Tienen que ver con el poder, evidentemente.

Ella frunció el ceño. Entonces... ¿de verdad era tan simple? ¿Había imaginado en aquel hombre unas profundidades que no existían?

Mraize siguió sosteniendo a su pollo en un brazo y buscó en un bolsillo con la otra mano. Sacó un broam de diamante, se lo puso en la mano a Shallan y le cerró los dedos en torno a él. El puño de Shallan brilló desde dentro.

—Poder —dijo Mraize—. Portátil, fácil de contener, renovable. Tienes en la mano la energía de una tormenta, Velo. Una energía cruda, arrancada del corazón de la rabiosa tempestad. Está domesticada: no solo es una fuente segura de luz, sino también de un poder al que pueden acceder aquellos con... intereses y capacidades particulares.

—Ya —dijo Velo, emergiendo de nuevo—. Y al mismo tiempo, casi no tiene ningún valor... porque cualquiera puede obtenerla. La parte valiosa son las gemas.

—Piensas a pequeña escala —le reprochó Mraize—. Las piedras no son sino contenedores. No son más valiosas que un vaso. Sí, son importantes si pretendes transportar líquido a través de una extensión seca. Pero su valor procede solo de lo que contienen.

—¿Y qué clase de «extensión seca» quieres cruzar tú? —preguntó Velo—. En fin, siempre puedes esperar a que haya tormenta.

—Sigues presa de tu forma de pensar condicionada —dijo Mraize, negando con la cabeza—. Creía que serías capaz de pensar más a lo grande,

de soñar más a lo grande. Dime, cuando viajaste por Shadessmar, ¿qué valor tenía un poco de luz tormentosa?

—Mucho —respondió ella—. Entonces... ¿esto trata de llevar luz tormentosa a Shadessmar? ¿Qué tienen los spren que tú quieras?

—Esa, pequeña daga, es la pregunta equivocada.

Maldición. Velo sintió que crecía su enfado. ¿Acaso no había demostrado su valía? ¿Cómo se atrevía Mraize a tratarla como si fuera una simple aprendiza?

Por suerte, en aquella situación tenían a Radiante para guiarlas. Ella aprendía lecciones que Velo rechazaba. A Radiante no le importaba que la trataran como a una aprendiza, le gustaba aprender. Hizo que Shallan les tiñera el pelo de rubio, aunque seguían llevando el rostro de un hombre, y juntó las manos tras una espalda más erguida.

Había que hacer mejores preguntas.

—Nalathis —dijo Radiante—. Scadrial. ¿Qué son?

—Nalthis. Scadrial. —Mraize pronunció las palabras con un acento diferente—. La pregunta correcta es dónde están, y es muy buena pregunta, Radiante. Dejémoslo en que son lugares de Shadessmar donde nuestra luz tormentosa, tan fácil de capturar y transportar, sería una mercancía valiosa.

Qué curioso. Ella sabía muy poco sobre Shadessmar, pero los spren vivían allí en ciudades inmensas, y Radiante sabía que la luz tormentosa tenía mucho valor.

—Por eso queríais llegar a Urithiru antes que Jasnah. Sabíais que las Puertas Juradas ofrecerían un acceso fácil a Shadessmar. Queréis controlar el comercio y los desplazamientos hacia esos otros lugares.

—Excelente —dijo Mraize—. El comercio con Roshar a través de Shadessmar siempre ha resultado difícil a lo largo de la historia, ya que solo hay un punto de acceso estable y está controlado por los comecuernos, con los que ha sido complicado hacer tratos. Pero Roshar tiene algo que muchos otros pueblos del Cosmere desean: una energía gratuita, portátil y fácil de obtener.

—Tiene que haber más —objetó Radiante—. ¿Dónde está la trampa? ¿Qué problema tiene ese sistema? No me lo estarías contando si no hubiera un problema.

Mraize le lanzó una mirada.

—Muy buena observación, Radiante. Es una lástima que en general no nos llevemos bien.

—Nos llevaríamos mucho mejor si fueses más sincero con la gente —dijo Radiante—. Los de tu calaña me revolvéis el estómago.

—¿Cómo? —dijo Mraize—. ¿Yo? ¿Un simple guardia?

—Uno que tiene reputación de torpe... por haber estado a punto de matar a otros guardias. Como hagas daño a los hermanos de Shallan, Mraize...

—No hacemos daño a los nuestros —dijo él.

«Así que sigue siendo de los nuestros», indicaba la frase. Radiante odiaba sus jueguecitos, aunque Velo los adorara. Sin embargo, de momento Radiante mantuvo el control. Estaba haciendo progresos.

—¿Y la trampa? —preguntó, levantando el broam—. ¿Y el problema?

—Esta energía es lo que llamamos Investidura —dijo Mraize—. La Investidura se manifiesta de muchas maneras, ligada a muchos lugares y muchos dioses diferentes. Está restringida a un territorio concreto, lo que la hace muy difícil de transportar. Se resiste. Si intentas llevarte eso demasiado lejos, descubrirás que te va costando más moverlo, porque se volverá cada vez más pesado.

»Esa misma restricción se aplica a las personas que están muy Investidas ellas mismas. Los Radiantes, los spren... todo aquel que esté Conectado con Roshar se rige por estas leyes y no puede viajar hasta más lejos que Ashyn o Braize. Estás encarcelada aquí, Radiante.

—Una cárcel del tamaño de tres planetas —repuso Radiante—. Discúlpame si no me siento muy recluida.

Velo estaba escondiéndose. Las cosas como aquella, las ideas y los problemas a una escala tan inmensa, la atemorizaban. En cambio, Shallan... Shallan quería alzarse, aprender, descubrir. Y enterarse de que estaba restringida en ese descubrimiento, aunque antes no supiera nada de la restricción, la molestaba.

Mraize recuperó el broam.

—Esta gema no puede ir al lugar donde hace falta. Una gema más perfecta podría contener la luz el tiempo suficiente para abandonar el planeta, pero seguimos teniendo el problema de la Conexión. Esa pega tan nimia ha provocado unos problemas inauditos. Y quien desvelara el secreto tendría un poder inaudito. Poder literal, Radiante. El poder de cambiar mundos.

—Así que quieres desentrañar el secreto —dijo Radiante.

—Ya lo he hecho —respondió Mraize, cerrando un puño—. Pero poner el plan en marcha será difícil. Tengo un trabajo para vosotras.

—No queremos ningún otro trabajo —dijo Radiante—. Ha llegado el

momento de acabar con esta asociación.

—¿Estás segura? ¿Estáis seguras las tres?

Radiante apretó los labios formando una línea, pero sabía la verdad. No, no estaban seguras. A regañadientes, dejó emerger a Shallan y su cabello recobró su tono natural entre castaño y rojizo.

—Tengo una noticia para ti —dijo Shallan—. Sja-anat contactó conmigo mientras estaba fuera. Acepta tus condiciones y enviará a la torre uno de sus spren, que investigará a vuestros miembros para un posible vínculo.

—Esas no eran las condiciones —replicó él—. Debía prometerme un spren para vincular.

—Teniendo en cuenta cómo estábamos el año pasado —dijo Shallan—, deberías conformarte con lo que tienes. Últimamente ha sido difícil contactar con ella. Creo que está preocupada por la forma en que la gente trata a Renarin.

—No —dijo Mraize—. Odium vigila. Debemos tener cuidado. Voy a... aceptar esas condiciones. ¿Tienes algo más de lo que informarme?

—Los agentes de Ialai tienen a un espía cercano a Dalinar —dijo Shallan—, así que puede que los Hijos de Honor todavía no estén aniquilados del todo.

—Un razonamiento interesante —comentó Mraize—, pero te equivocas. Los Hijos de Honor no tienen a nadie cerca de Dalinar. Solo consiguieron interceptar algunas comunicaciones de alguien a quien tenemos *nosotros* en el círculo íntimo de Dalinar.

«Ah...» Eso explicaba algunas cosas. Ialai no tenía tanta influencia como para aproximarse a Dalinar, pero si había hallado una forma de captar la información que se transmitía a los Sangre Espectral, el efecto sería el mismo.

Mraize nunca le mentía, por lo menos hasta donde Shallan había alcanzado a determinar. Por tanto...

—No tengo que preocuparme de dos espías, entonces —dijo Shallan—. Solo del que tienes vigilándome, el que mató a Ialai. Es un guardia de Adolin, ¿verdad?

—No seas boba. No tenemos ni el menor interés en hombres como esos. No tienen nada que ofrecernos.

—¿Quién, pues?

—No puedo revelar este secreto —dijo Mraize—. Dejémoslo en que los Tejedores de Luz me fascinan. Y no deberías temer que tenga a alguien cerca

de ti. Esa persona podría... ser de ayuda en momentos de necesidad. Iyatil hacía lo mismo conmigo.

Shallan se sulfuró. Mraize le había asegurado casi con todas las palabras que el espía de los Sangre Espectral estaba entre sus Tejedores de Luz, lo cual tenía sentido. Mraize querría tener a alguien capaz de vigilar a Shallan en lugares a los que quizá un soldado no pudiera acceder. ¿Alguno de los desertores, entonces? ¿Ishnah? ¿Algún escudero más novato? La idea asqueó a Shallan.

—Iyatil ha informado al maestro Thaidakar —dijo Mraize—, quien ha aceptado, tras cierto enfado inicial, que no seremos capaces de controlar las Puertas Juradas. Yo he explicado que por lo menos existe un viento tranquilizador en esto, como en los coletazos de una tormenta. Si Dalinar controla las Puertas Juradas, puede proseguir la guerra contra Odium.

—¿Y eso ayuda a vuestra causa?

—No tenemos ningún interés en que el enemigo se apodere de este mundo, Shallan. El maestro Thaidakar solo desea procurarse un método para reunir y transportar luz tormentosa.

Mraize volvió a sostener en alto su broam, como un sol en miniatura al lado del real.

—Pero ¿por qué atacar a los Hijos de Honor? —preguntó Shallan—. Al principio lo entendía, porque pretendían encontrar Urithiru antes que nosotros. Pero ¿ahora? ¿Qué amenaza suponía Ialai?

—Esa sí que es una pregunta inteligente —dijo Mraize, y Shallan no pudo reprimir el entusiasmo de Velo por la alabanza—. Aquí el secreto tiene que ver con Gavilar. El viejo rey. ¿A qué se dedicaba?

—La misma pregunta de siempre —dijo Shallan—. Estuve semanas enteras investigando su vida bajo la tutela de Jasnah. Ella parecía opinar que Gavilar quería hojas esquirladas.

—Sus aspiraciones no eran ni por asomo tan humildes —respondió Mraize—. El rey reclutó a cierta gente prometiéndoles un regreso a las antiguas glorias y los viejos poderes. Algunos, como Amaram, le hacían caso por esas promesas, pero eso mismo los volvía igual de fáciles de atraer hacia el enemigo. A otros los manipuló por medio de sus ideales religiosos. Pero el propio Gavilar... ¿qué quería en realidad?

—No lo sé. ¿Tú sí?

—En parte era la inmortalidad. Creía que podía pasar a ser como los Heraldos. Trabajando hacia ese objetivo, descubrió un secreto. Tenía luz del

vacío antes de la tormenta eterna, que trajo desde Braize, el lugar al que llamáis Condenación. Estaba poniendo a prueba el transporte de luz entre mundos. Y alguien cercano a él podría tener respuestas. En todo caso, no podíamos arriesgarnos a que Ialai o los Hijos de Honor recuperaran esos secretos.

El pollo de Mraize terminó de comer. Aunque había picoteado la carne, al final se tragó entero el resto del cadáver. Luego se ahuecó las plumas y se acomodó. Shallan no tenía mucha experiencia con aquellos animales, pero a ese no parecía gustarle el frío.

Era muy extraño que Mraize hiciera tanta ostentación del animal. Pero Shallan supuso que aquello formaba parte de su personalidad: nunca se quedaba satisfecho solo con mimetizarse. Para la mayoría, que Mraize tuviera animales extraños y exóticos sería solo una peculiaridad suya, pero Shallan no podía evitar ver más en aquello. Mraize colecciónaba trofeos; ella había visto muchas propiedades suyas extrañas.

Parpadeó y tomó otra memoria del pollo en el brazo de Mraize, que estaba rascándose el cuello.

—Hay muchísimas cosas ahí fuera, pequeña daga —dijo Mraize—. Cosas que pondrían patas arriba toda tu comprensión, que expandirían tu perspectiva, que convertirían en piedrecitas lo que una vez se te antojaron montañas. Cuántas cosas podrías saber, Shallan. Cuántas personas podrías colecciónar en tu cuaderno, qué vistas podrías contemplar...

—Pues cuéntamelas —dijo ella, encontrando un inesperado anhelo en su interior—. Déjame verlas. Déjame saberlas.

—Estas cosas requieren esfuerzo y experiencia —replicó Mraize—. A mí no me las habrían podido contar y punto, y a ti tampoco. Te he dado lo suficiente por el momento. Para llegar más lejos, deberás cazar los secretos. Ganártelos.

Shallan lo miró entornando los ojos.

—Muy bien. ¿Qué es lo que quieras esta vez?

Él le sonrió a su manera depredadora.

—Siempre haces que quiera cumplir las cosas que me pides —prosiguió Shallan—. Me tentas no solo con recompensas, sino con los secretos o los peligros en sí mismos. Sabías que me intrigaría lo que estaba estudiando Amaram. Sabías que quería detener a Ialai por el peligro que suponía para Adolin. Siempre acabo haciendo lo que quieras. Así que dime, ¿qué es esta vez? ¿Qué tarea vas a encomendarme?

—En verdad te conviertes en cazadora. Supe desde el principio que tenías potencial. —La miró y sus ojos de color violeta claro se entretuvieron en el pelo rojizo de Shallan—. Hay un hombre. Restares. ¿Te suena el nombre?

—He oído hablar de él. Estaba relacionado con los Hijos de Honor, ¿verdad?

Aunque quizá hubiera oido el nombre antes de obtener la libreta de Ialai, estaba escrito allí varias veces. La mujer había intentado establecer contacto con él.

—Fue su líder en algún momento —dijo Mraize—. Quizá incluso su fundador, aunque no lo sabemos a ciencia cierta. En todo caso, estaba involucrado desde el principio, y conocía el alcance de las actividades de Gavilar. Puede que Restares sea la única persona viva que lo conociera.

—Estupendo. ¿Quieres que lo busque?

—Ah, ya sabemos dónde está —respondió Mraize—. Ha pedido asilo, y lo ha obtenido, en una ciudad en la que ningún Sangre Espectral ha sido capaz de entrar.

—¿Un lugar en el que no podéis entrar? —preguntó Shallan—. ¿Dónde hay un lugar tan bien asegurado?

—La fortaleza se llama Integridad Duradera —dijo Mraize—, hogar y capital de los honorospren en Shadesmar.

Shallan dejó escapar un largo silbido apreciativo. Curiosamente, el pollo lo imitó.

—Esa es tu misión —añadió Mraize—. Consigue llegar a Integridad Duradera. Entra en la ciudad y encuentra a Restares. Allí no debería haber más que un puñado de humanos. De hecho, hasta podría ser el único. No lo sabemos.

—¿Y cómo se supone que voy a conseguirlo?

—Tienes recursos —dijo Mraize—. Tú y los tuyos tenéis unas conexiones con los spren que hasta el momento ningún otro Sangre Espectral ha logrado establecer. —Sus ojos se desviaron un momento hacia Patrón, que reposaba en su abrigo, callado como de costumbre cuando otros hablaban—. Encontrarás la manera.

—Y suponiendo que sea capaz de lograrlo —dijo Shallan—, ¿qué quieres que haga con ese hombre? No voy a matarlo.

—No te precipites —respondió Mraize—. Cuando lo encuentres, sabrás qué hacer.

—Lo dudo.

—Sí que lo sabrás. Y cuando regreses después de cumplir esta misión, tu recompensa será, como siempre, algo que ansías. Respuestas. Todas ellas.

Shallan frunció el ceño.

—Ya no nos callaremos nada —insistió Mraize—. Todo lo que sabemos te pertenecerá después de esto.

Shallan se cruzó de brazos, sopesando sus deseos. Durante más de un año ya, se había dicho a sí misma que solo seguía con los Sangre Espectral para descubrir sus secretos. Pero a Velo le gustaba formar parte de la organización. La emoción de la intriga. Incluso el suspense de que quizás la descubrieran.

Shallan, en cambio, siempre había buscado respuestas. Secretos reales. Seguro que ni siquiera Jasnah podría enfadarse demasiado con Shallan. Estaba infiltrándose en la organización, buscando las repuestas que ellos conocían. Una vez Shallan supiera todo lo que habían estado ocultando los Sangre Espectral, podría acudir a Jasnah. ¿De qué le serviría apartarse teniendo el premio definitivo tan al alcance de la mano?

Siento que hay otro motivo por el que haces esto, Shallan, pensó Radiante. *¿Cuál es? ¿Qué es lo que no nos estás contando?*

—¿No te asusta? —preguntó Shallan a Mraize, haciendo caso omiso a Radiante—. Si conozco vuestros secretos, ya no tendrás poder para seguir manipulándome. No podrás seguir sobornándome.

—Si haces esto, pequeña daga —repuso él—, ya no será necesario sobornarte. Cuando completes la misión de Restares y regreses, podrás hacerme las preguntas que quieras y yo te las responderé con todo lo que sé. Preguntas sobre el mundo. Sobre los Radiantes. Sobre otros lugares. Sobre ti misma y tu pasado...

Mraize creía estar tentándola con eso último, pero al oírlo, Shallan se estremeció, tembló en lo más profundo de su ser. Sin forma ganaba fuerza cada vez que pensaba en eso.

—Después de obtener tus respuestas —siguió diciendo Mraize—, si decides que ya no deseas seguir asociada con nosotros, podrás abandonarnos como quiere hacer Radiante. Ella es débil, pero todo el mundo tiene debilidades en su interior. Si tú sucumbes a la tuya, que así sea.

Shallan se cruzó de brazos, pensativa.

—Estoy siendo sincero —dijo Mraize—. No puedo prometerte que vayas a estar a salvo si te marchas, porque a otros miembros de la organización no les gustas nada. Pero sí te prometo que yo no os daré caza ni a ti ni a los tuyos, y

tampoco lo hará mi *babsk*. Y disuadiremos a los demás.

—Es una promesa fácil —respondió Shallan—, porque estás seguro de que jamás abandonaré a los Sangre Espectral.

—Busca una excusa para visitar a los honorspren —dijo Mraize—. Luego hablaremos.

Alzó el brazo y envió a su ave a una nueva cacería.

Shallan no le prometió nada, pero mientras se alejaba caminando, supo que Mraize las tenía en su mano. Habían mordido el anzuelo tan de lleno como cualquier pez. Porque en el cerebro de Mraize había respuestas sobre la naturaleza del mundo y su política, pero no eran las únicas. Tenía respuestas sobre Shallan. El mayordomo de la casa Davar había pertenecido a los Sangre Espectral. Era posible que el padre de Shallan también. Mraize nunca se había prestado a hablar de ello, pero Shallan tenía que dar por sentado que la organización llevaba más de una década preparándolos a ella y a su familia.

Mraize conocía la verdad sobre el pasado de Shallan. Había lagunas en sus recuerdos de la infancia. Si hacían lo que Mraize les había pedido, él las rellenaría.

Y quizá entonces, por fin, Velo podría obligar a Shallan a ser una persona completa.



Todas las gemas pierden luz tormentosa a ritmo lento, pero, mientras la estructura cristalina permanezca intacta a grandes rasgos, el spren no puede escapar.

Controlar esas fugas es importante, ya que muchos fabriales también pierden luz tormentosa por su funcionamiento normal. Todo esto forma parte de las complejidades del oficio. Como también forma parte de él la comprensión de un último tipo crucial de spren: el logispren.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

El palacio de Kholinar había sufrido una transformación dramática. Había adquirido una nueva forma, por así decirlo. Allí, más que en ningún otro lugar de la ciudad, Venli tenía la impresión de poder mirar al pasado y ver la historia de su pueblo.

Había desaparecido la ornamentada pero aburrida fortaleza humana. En su lugar se alzaba una imponente construcción que había aprovechado muchos de los cimientos y los muros originales, pero se había ampliado a partir de ellos con un diseño singular. En vez de líneas perpendiculares, se componía de grandiosos arcos y enormes aristas que descendían gráciles desde los lados como hojas curvas de espada. Estas últimas se multiplicaban hacia la cúspide para terminar en punta.

El resultado era una forma cónica curvada, cuya cima se parecía a una corona. La arquitectura daba una clara sensación orgánica, realizada por la

corteza pizarra que crecía en las paredes y les confería una textura rugosa, desigual. El palacio recordaba un poco a una planta: abombado por la base, con suaves hojas que se elevaban hasta el capuchón.

Venli se acercó, armonizando a Tensión. Las anteriores veinte horas habían sido un batiburrillo caótico en el que Venli había acompañado a Leshwi por la ciudad para reunirse con otros Fusionados y sonsacarles información. Venli no comprendía del todo por qué se había alterado tanto Leshwi, pero un nuevo grupo de espíritus Fusionados había despertado y llegado en busca de cuerpos.

No era nada inesperado. Algunos Fusionados de Braize todavía dormitaban, o... ¿hibernaban? ¿Meditaban? Iban cobrando conciencia en grupos e incorporándose a la batalla. Pero había unos pocos en particular que tenían preocupada a Leshwi. Aterrorizada, tal vez. Tras el confuso día que Venli había dedicado a investigar con Leshwi, esa mañana la había despertado el trueno a primera hora. La tormenta eterna.

Justo después de eso, había llegado el aviso. Los cantores más importantes estaban convocados a un cónclave en palacio. En su condición de Voz, se esperaba que Venli llegara temprano y por su cuenta, ya que Leshwi utilizaría la entrada superior reservada para los *shanay-im*.

Venli intentó tranquilizarse mientras andaba, concentrándose en la hermosa estructura del palacio. Deseó haber vivido en una época en la que predominara aquella arquitectura. Imaginó ciudades enteras compuestas de aquellos arcos hipnóticos, peligrosos en la misma medida que bellos. Igual que el mundo natural.

«Esto lo hacíamos nosotros —se dijo—. Cuando Eshonai volvió por primera vez de las tierras humanas, habló a Asombro de las magníficas creaciones humanas. Pero nosotros también hacíamos cosas como esta. Teníamos ciudades. Teníamos arte. Teníamos cultura.»

La reconstrucción del palacio había estado supervisada y llevada a cabo por varios Fusionados de una variedad alta y ágil, llamados los *fannahn-im*, Aquellos de la Alteración. Aunque todos los Fusionados entrenaban como guerreros, muchos tenían otras habilidades. Algunos eran ingenieros, científicos, arquitectos. Venli pensó que quizás todos hubieran sido soldados en otro tiempo, antes de obtener la inmortalidad, pero luego habían tenido cantidades ingentes de tiempo para evolucionar.

¿Cómo sería vivir tantas vidas? ¡Cuánta sabiduría, cuánta capacidad! Ver cosas como aquella le despertaba emociones. No solo Asombro, sino también

Ansia. ¿Estarían creándose nuevos Fusionados? ¿Podría alguien como ella aspirar a esa inmortalidad?

Timbre latió una advertencia en su interior y Venli se obligó a resistir esos instintos. No era fácil. Quizá como potenciadora debería ser altruista por naturaleza. Noble por naturaleza. Como Eshonai.

Venli no era ninguna de esas cosas. Una parte de ella todavía anhelaba el sendero que había imaginado una vez: bendecida por los Fusionados por despejar el camino para su Regreso, colmada de honores por ser la primera de su pueblo en escuchar a los vacíospren. Portadora de la tormenta eterna. ¿Acaso no debería haber ascendido a reina por esos actos?

Timbre latió otra advertencia, en esa ocasión reconfortante. No. Odium nunca le habría concedido tales honores; Venli había sido engañada. Su avaricia había provocado un gran dolor y una enorme destrucción. Necesitaba hallar la manera de equilibrar su herencia y sus objetivos. Estaba decidida a huir del gobierno de los Fusionados, pero eso no implicaba que quisiera abandonar la cultura cantora. De hecho, cuanto más averiguaba de los cantores de antaño, más deseaba saber.

Llegó a la cima de la escalera y pasó junto a dos *fannahn-im*, dos Alterados, con sus cuerpos cimbreños de dos metros quince y el cabello tupido que emergía solo de sus coronillas para caer en torno al caparazón que recubría el resto de sus cráneos. Esos dos no habían estado entre los que construyeron el palacio, porque estaban sentados con los ojos absortos. Timbre latió al Ritmo de lo Perdido. Estaban idos. Como sucedía a muchos otros Fusionados, sus mentes habían sucumbido al infinito ciclo de muerte y renacimiento.

Tal vez hubiese motivo para no envidiarles su inmortalidad.

El recibidor del palacio estaba reconstruido con inmensas escalinatas. Habían retirado paredes y combinado así docenas de salas. En las estancias grandes, no cerraban las ventanas durante las tormentas: simplemente enrollaban las alfombras.

Venli subió hasta la cuarta planta y entró en una sala pináculo que habían añadido los arquitectos Fusionados. Extensa y cilíndrica, era el centro de la forma de corona. Aquel lugar era donde residían los Nueve, los líderes de los Fusionados.

Ya estaban congregándose otras Voces. Había unas treinta de ellas, y Venli tenía entendido que serían alrededor de cien cuando todos los Fusionados hubieran despertado. En aquella sala no cabrían tantas Voces, ni siquiera

formando hileras compactas. Siendo solo treinta, el lugar ya empezaba a atestarse mientras cada Voz se situaba delante de su amo.

Leshwi estaba flotando a unos palmos del suelo junto a los demás Celestiales, y Venli se apresuró hacia allí. Alzó la mirada y Leshwi asintió, por lo que Venli golpeó la contera de su cetro contra la piedra para indicar que su ama estaba preparada.

Por supuesto, los Nueve ya estaban allí. Ellos no podían marcharse. Estaban sepultados en la piedra.

El centro de la cámara estaba adornado por nueve columnas que se alzaban en círculo. Habían hecho que las piedras adoptaran esa forma por moldeado de almas, con personas *dentro*. Los Nueve vivían allí, fundidos para siempre con las columnas. Aquella construcción también daba una impresión orgánica, como si las columnas hubieran crecido como árboles en torno a los Nueve.

Las columnas se retorcían y se estrechaban, perdiendo anchura y ganándola de nuevo al llegar a los torsos de los Nueve, pero dejando descubiertas sus cabezas y la parte superior de los caparazones de sus hombros. La mayoría de ellos gozaban de al menos un brazo libre.

Los Nueve miraban hacia dentro, dando la espalda a la cámara. Aquel estrafalario sepelio resultaba inquietante, ajeno. Nauseabundo. Confería a los Nueve un aire de permanencia, que acentuaba su naturaleza intemporal. Las columnas parecían decir: «Estos de aquí son más antiguos que las piedras. Han vivido aquí el tiempo suficiente para que la roca se acumule sobre ellos, como el crem al reclamar las ruinas de una ciudad derrumbada».

Venli no pudo evitar que la impresionara su dedicación, porque estar atrapados de aquel modo en la inmovilidad tenía que ser un suplicio. Los Nueve no comían, y subsistían solo a partir de la luz de Odium. Seguro que aquel enterramiento no era bueno para su cordura.

Aunque... si de verdad quisieran abandonar su reclusión, los Nueve podrían hacerse matar sin más. Los Fusionados también podían separar por voluntad propia su espíritu del cuerpo que habitaban, abandonándolo para buscar otro anfitrión. De hecho, los humanos habían intentado encarcelar a los Fusionados como método para derrotarlos, pero habían descubierto que no servía de nada.

De modo que los Nueve podían marcharse, si así lo deseaban. Desde ese punto de vista, aquellos sepulcros eran un flagrante acto de desperdicio, ya que el precio último de aquel espectáculo no lo pagaban los Nueve, sino los

pobres cantores a los que habían matado para obtener cuerpos.

Los Nueve debían de haber estado contando los golpes de cetro en el suelo, porque levantaron las cabezas al mismo tiempo cuando el último señor anunció que estaba en su sitio. Venli miró a Leshwi, que canturreaba con voz suave a Agonía, el ritmo nuevo que era la contrapartida de Ansiedad.

—¿Qué está pasando? —susurró Venli a Ansia—. ¿Qué tiene esto que ver con los nuevos Fusionados que han despertado?

—Observa —susurró Leshwi—. Pero ten cuidado. Recuerda, el poder que pueda ostentar yo ahí fuera no es más que una luz de vela aquí dentro.

Leshwi era una alta dama, sí, pero de baja graduación. Una comandante de campo, pero aun así solo una soldado. Era al mismo tiempo la pura élite de los poco importantes y la pura escoria de los importantes. Se preocupaba de mantenerse siempre en esa línea.

Los Nueve canturrearon juntos y luego empezaron a cantar en voz alta al unísono, una canción y un ritmo que Venli no había oído nunca. La inundó de escalofríos, sobre todo cuando cayó en la cuenta de que no comprendía la letra. Le daba la impresión de estar a punto de comprenderla, la tenía casi casi a su alcance, pero sus poderes parecían encogerse ante esa canción. Casi sentía que, si pudiera comprenderla, su mente no podría soportar el significado.

Estaba bastante segura de lo que indicaba eso. Odium, el dios de los cantores, estaba observando el cónclave. Venli conocía su toque, su hedor. Estaba prohibiendo que ninguna Voz interpretara aquella canción.

El sonido remitió y el silencio se apoderó de la cámara.

—Queremos oír un informe —dijo por fin uno de los Nueve. Venli no estaba segura de quién hablaba, porque todos estaban encarados hacia el interior—. Una narración directa de lo que se observó en el reciente enfrentamiento del norte de Avendla.

Avendla era como ellos llamaban a Alezkar. Los poderes de Venli conocieron al instante el significado de la palabra. La Tierra del Segundo Avance. Sus capacidades terminaban ahí, sin embargo, y no respondían a la pregunta más interesante: ¿por qué la llamaban así?

Leshwi canturreó, así que Venli dio un paso adelante y golpeó el suelo dos veces con su cetro antes de inclinarse y agachar la cabeza.

Leshwi se elevó tras ella con un susurro de tela.

—Haré que Zandiel os proporcione bocetos. La enorme nave humana volaba por sí misma, sin valerse de ninguna gema que pudiéramos ver,

aunque sin duda estaban engarzadas en algún lugar de su interior.

—Volaba mediante enlaces —dijo uno de los Nueve—. Obra de los Corredores del Viento.

—No —repuso Leshwi—. No tenía esa apariencia ni daba esa sensación. Era un aparato, una máquina. Creada por sus artifabrianos.

Los Nueve cantaron juntos, y su extraña melodía hizo que, muy en el interior de Venli, Timbre latiera nerviosa.

—Hemos estado lejos demasiado tiempo —dijo uno de los Nueve—. Eso ha permitido que los humanos supuren como una infección, ganando fuerza. Crean aparatos que no hemos conocido nunca.

—Estamos por detrás de ellos, no por delante —dijo otro—. Es una posición peligrosa desde la que luchar.

—No —replicó un tercero—. Han dado grandes pasos para comprender las prisiones de los spren, pero saben poco del vínculo, del poder de los juramentos, de la naturaleza de los tonos del mundo. Son cremlinos construyendo un nido a la sombra de un gran templo. Se enorgullenecen de lo que han hecho, pero son incapaces de entender las bellezas que los rodean.

—Aun así... —dijo el primero—. Aun así, nosotros no podríamos haber creado el dispositivo volador que tienen ellos.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? Tenemos a los *shanay-im*.

Venli se mantuvo inclinada y con la mano en su cetro. Mantener la postura exacta iba haciéndose incómodo, pero no iba a quejarse. Estaba tan cerca de los acontecimientos importantes como podía llegar ningún mortal, y estaba convencida de que podría aprovechar el conocimiento para obtener alguna ventaja.

Los Nueve estaban hablando para los oídos de quienes escuchaban. Podrían haber conversado entre ellos en voz baja, pero el objetivo de aquellas reuniones era dar espectáculo.

—Leshwi —dijo uno de los Nueve—. ¿Qué hay del supresor que enviamos para probarlo? ¿Funcionó?

—Funcionó —informó Leshwi—, pero también se perdió. Lo capturaron los humanos. Temo que esto pueda llevarlos a más exploraciones y descubrimientos.

—Este asunto se ha llevado con torpeza —intervino otro Fusionado.

—El error no es responsabilidad mía —respondió Leshwi—. Tendréis que hablar con el Perseguidor para saber cómo se produjo.

Los dos hablaban con tonos y ritmos formales. Venli se llevó la impresión

de que los Nueve ya sabían cómo iban a desarrollarse las respuestas.

—¡Lezian! —llamaron juntos los Nueve—. Debes...

—Ah, dejaos de tanta pompa —dijo una voz potente.

Un Fusionado alto salió de entre las sombras en el extremo opuesto de la cámara. Leshwi descendió y Venli enderezó la espalda y retrocedió a la hilera delante de su ama. Eso le permitió ver bien a aquel nuevo Fusionado, que era de una variedad que Venli no había visto nunca. Era enorme, con caparazón escarpado y el pelo rojo oscuro, vestido solo con una sencilla tela negra. ¿O quizás... su pelo era la ropa? Parecía fundirse con la tela.

Fascinante. Era de los *nex-im*, Aquellos de los Cascarones, la novena marca de los Fusionados. Venli había oído hablar de ellos, y en teoría existían muy pocos. ¿Sería aquel el Fusionado recién despertado que tenía tan preocupada a Leshwi?

—Lezian el Perseguidor —dijo uno de los Nueve—. Se te confió un aparato delicado, un supresor de capacidades de luz tormentosa. Se te encomendó probarlo. ¿Dónde está ese aparato?

—Y lo probé —restalló Lezian, mostrando bien poco de la formalidad o el respeto que otros tenían a los Nueve—. No funcionó.

—¿Estás seguro de eso? —dijeron los Nueve—. ¿El hombre estaba Investido cuando te atacó?

—¿Creéis que a mí podría derrotarme un humano común? —preguntó imperioso el Perseguidor—. Ese Corredor del Viento debe de ser del Cuarto Ideal, algo que se me dio a entender que aún no había ocurrido. Quizá nuestros equipos de reconocimiento hayan perdido perspicacia durante el largo tiempo entre Regresos.

Detrás de Venli, Leshwi canturreó con intensidad a Arrogancia. No le gustaba aquella insinuación.

—En cualquier caso —siguió diciendo el Perseguidor—, me mató. Ese Corredor del Viento es más peligroso de lo que se nos hizo creer a ninguno de nosotros. Ahora debo perseguirlo, como es mi derecho por tradición. Partiré de inmediato.

«Qué curioso», pensó Venli. Si había combatido contra Bendito por la Tormenta, no podía ser el recién despertado a quien temía Leshwi. El Perseguidor se quedó cruzado de brazos mientras los Nueve empezaban a cantarse otra vez entre ellos, en voz más baja que antes. En ocasiones anteriores, aquellas deliberaciones habían durado varios minutos. Muchos otros Fusionados empezaron a dialogar entre ellos mientras esperaban.

Venli se inclinó hacia atrás y susurró:

—¿Quién es él, mi dama?

—Un héroe —respondió Leshwi a Retirada—. Y un idiota. Hace milenios, Lezian fue el primer Fusionado que murió a manos de un humano. Para evitar la vergüenza de tal muerte, al regresar a la vida Lezian hizo caso omiso de toda orden y argumento racional y cargó hacia la batalla buscando solo al hombre que lo había matado.

»Logró acabar con él y así nació su tradición. Siempre que lo matan, Lezian olvida todo lo demás hasta reclamar la vida de quien lo eliminara. En siete mil años, no ha fracasado nunca. Ahora los demás, incluso aquellos escogidos como los Nueve, dan alas a sus misiones.

—Creía que en el pasado quedabais exiliados a Braize al morir. ¿Cómo podía regresar para dar caza a quien lo hubiera matado?

Mucho de todo aquello seguía resultando confuso para Venli. Durante miles de años, humanos y cantores habían librado una ronda tras otra de una guerra eterna. Cada nueva oleada de ataques requería de lo que se conocía como un Regreso, cuando los Fusionados descendían hacia Roshar. Los humanos llamaban Desolaciones a esos sucesos.

Había algo especial en la interacción de los Heraldos humanos que podía encerrar a los Fusionados en Braize, el lugar al que los humanos llamaban Condenación. Solo cuando los Fusionados doblegaban a los Heraldos mediante la tortura y los enviaban de vuelta a Roshar podía dar comienzo un Retorno. Aquel ciclo se había repetido durante milenios, hasta la Desolación Final, en la que algo había cambiado. Algo relacionado con un Heraldo y una voluntad inquebrantable.

—Confundes el ciclo, lo simplificas —dijo Leshwi en voz baja—. Solo nos quedábamos encerrados en Braize después de que los Heraldos murieran y vinieran allí con nosotros. Antes de eso, durante un Retorno solía haber años o incluso décadas de renacimientos, tiempo en el que los Heraldos entrenaban a los humanos para luchar. Cuando se convencían de que los humanos serían capaces de seguir resistiendo, los Heraldos se entregaban a sí mismos a Braize para provocar el Aislamiento. Tenían que morir para que funcionara.

—Pero... la última vez no murieron, ¿verdad? —dijo Venli—. Se quedaron, y aun así fuisteis encerrados.

—Sí —respondió Leshwi—. No sé cómo, encontraron una manera de cambiar el Juramento para que dependiera de un solo miembro. —Señaló con la cabeza hacia el Perseguidor—. En todo caso, antes de que empezara un

Aislamiento, ese de ahí siempre se las ingeniaba para encontrar y matar a todo humano que lo hubiera derrotado. Tan pronto como empezaba el Aislamiento, él se suicidaba para no tener que regresar de forma permanente a Braize tras haber muerto a manos humanas.

»Como te decía, los demás fomentan su tradición. Se le permite actuar al margen de las estructuras de mando, se le concede manga ancha para perseguir. Cuando no está cazando a quien lo mató, busca pelea contra el más fuerte de los Radiantes enemigos.

—Parece una Pasión digna —dijo Venli, escogiendo sus palabras con cautela.

—Sí, sí que lo *parece* —respondió Leshwi a Mofa—. Y quizá lo sería en alguien menos temerario. Lezian ha puesto en peligro nuestros planes, socavado estrategias y echado a perder más misiones de las que puedo enumerar. Y está empeorando. Supongo que como todos nosotros.

—¿Lo mató el héroe Corredor del Viento? —preguntó Venli—. ¿Ese al que llaman Bendito por la Tormenta?

—Sí, ayer. Y sus poderes Radiantes estaban suprimidos en esos momentos, diga lo que diga Lezian. Bendito por la Tormenta aún no es del Cuarto Ideal, o yo lo sabría. Y eso duplica el bochorno para el Perseguidor. Está volviéndose descuidado, demasiado confiado. Esos Radiantes son novatos con sus poderes, pero no por ello menos dignos.

—Te complacen —dijo Venli, sacando el tema a colación con mucho cuidado—. Los Corredores del Viento.

Leshwi se quedó callada un instante.

—Sí —respondió—. Ellos y sus spren serían unos siervos excelentes, si lográsemos doblegarlos.

Así que Leshwi de verdad estaba abierta a nuevas ideas, a nuevas formas de pensar. Quizá sí que reaccionara favorablemente a la idea de una nueva nación de oyentes.

—Anúnciame, Voz —ordenó Leshwi.

—¿Ahora? —preguntó Venli, arrancada de sopetón de sus meditaciones—. ¿Mientras los Nueve conferencian?

Leshwi canturreó a Mando, así que Venli se apresuró a obedecer, dio un paso adelante, golpeó su cetro contra el suelo y se inclinó.

Los Nueve interrumpieron su cántico y quien habló lo hizo a Destrucción.

—¿Qué es esto, Leshwi?

—Tengo más que decir —proclamó Leshwi a Mando—. El Perseguidor

está perdiendo el control. Se aproxima al estado en que su mente y sus intenciones no son de fiar. Lo derrotó un humano común. Ha llegado el momento de que se anulen sus privilegios especiales.

Lezian se volvió hacia ella y gritó a Destrucción:

—¿Cómo osas?

—Eres de baja categoría para hacer tales declaraciones, Leshwi —dijo uno de los Nueve—. Esto está a la vez por encima y por debajo de ti.

—Hablo según dicta mi Pasión —repuso ella—. El hombre que mató al Perseguidor también me ha matado a mí. Exijo ejercer mi prerrogativa previa a la vida de Bendito por la Tormenta. En este caso, el Perseguidor deberá esperar a que yo haya quedado satisfecha.

—¡Ya conoces mi tradición! —gritó él a Leshwi.

—Las tradiciones pueden romperse.

El alto Fusionado avanzó hacia ella dando zancadas y Venli tuvo que hacer acopio de valor para mantenerse quieta, inclinada, aunque tenía permitido alzar la vista y mirar. Ese Perseguidor era enorme, intimidante. También estaba casi descontrolado, una tormenta en plena ebullición, tan furioso que Venli no pudo distinguir el ritmo de sus palabras vociferadas.

—¡Te daré caza! —gritó—. ¡No puedes negarme mis votos! ¡Mi tradición no puede romperse!

Leshwi siguió flotando en su sitio impertérrita, y Venli captó un motivo ulterior en aquel conflicto. Sí, los Nueve estaban tarareando a Mofa. Al perder los estribos, el Perseguidor demostraba su Pasión, lo cual era bueno a ojos de ellos, pero también se arriesgaba a hacer evidente que estaba enloqueciendo. Leshwi lo había provocado a propósito.

—Aceptamos la prerrogativa previa de Leshwi sobre ese hombre —dijeron los Nueve—. Perseguidor, no darás caza a ese humano hasta que Leshwi haya tenido ocasión de combatir de nuevo contra él.

—¡Eso desautoriza toda mi existencia! —exclamó el Perseguidor, y señaló a Leshwi—. ¡Pretende destruir mi legado por puro rencor!

—En ese caso, deberías desechar que pierda su próximo combate —dijo uno de los Nueve—. Leshwi, puedes buscar a ese Corredor del Viento. Pero debes saber que, si llega una batalla y se impone retirarlo, podremos encomendar la tarea a otro.

—Queda comprendido y aceptado —respondió Leshwi.

«Ninguno de ellos se da cuenta de que Leshwi intenta proteger a ese Corredor del Viento —pensó Venli—. Quizá ni ella misma lo sepa.» Había

cismas entre los Fusionados, grietas mucho mayores de lo que cualquiera de ellos reconocería. ¿Qué podría hacer Venli para aprovecharlas?

Timbre latió en su interior, pero en ese caso Venli estaba segura de que su ambición iba bien dirigida. Carecer de ella supondría limitarse a aceptar cualquier cosa que le dijeran. Eso no era libertad. La libertad, si Venli debía buscarla, iba a requerir ambición... pero ambición donde debía estar.

El Perseguidor, que seguía furibundo a ningún ritmo concreto, salió a zancadas de la cámara del cónclave. Leshwi descendió detrás de Venli, canturreando en voz suave a Júbilo.

—No te felicites en demasía, Leshwi —dijo uno de los Nueve—. No olvides tu baja posición en esta sala. Tenemos nuestros propios motivos para rechazar la petición del Perseguidor.

Leshwi inclinó la cabeza mientras los Nueve volvían a su conversación privada.

—Podrías ser más —susurró Venli, volviendo a su lugar junto a Leshwi—. Muchos aquí no son tan inteligentes como vos, mi dama. ¿Por qué permitís que sigan tratándoos tan mal?

—He elegido mi posición con mucho cuidado —espetó Leshwi—. No me contradigas en esto, Voz. No te corresponde hacerlo.

—Mil perdones —dijo Venli a Agonía—. Mi Pasión se ha impuesto a mi sabiduría.

—Eso no era Pasión, sino curiosidad. —Leshwi entornó los ojos—. Estate alerta. Este asunto no era el motivo por el que se ha convocado el cónclave. El peligro que temo aún está por llegar.

Eso hizo que Venli enderezara más la espalda, en guardia. Al cabo de un tiempo los Nueve dejaron de cantar, pero no se dirigieron a los líderes de los Fusionados. La cámara quedó en silencio. Los momentos se estiraron a minutos. ¿Qué estaba ocurriendo?

Una silueta oscureció el umbral de la cámara, resaltada contra la luz solar. Era una mujer alta, de los *fannahn-im*, los constructores que habían erigido el palacio, con el pelo recogido en una coleta alta y el resto de su cabeza cubierta por caparazón como un yelmo. Llevaba una ostentosa túnica y era muy esbelta, de figura estrecha y largos brazos, con unos dedos que eran el doble de largos que los de Venli.

Leshwi siseó.

—Dioses, no. Ella no.

—¿Qué ocurre? —preguntó Venli mientras la sala se llenaba de susurros

de los demás—. ¿Quién es?

—La creía enloquecida —dijo Leshwi a Agonía—. ¿Cómo puede...?

La alta Fusionada entró en la cámara y recorrió una lenta y deliberada circunferencia por su perímetro, tal vez para asegurarse de que todo el mundo la viera. Entonces hizo algo que Venli no había visto nunca hacer a nadie más, por elevada que fuera su posición. Fue hasta el centro de los Nueve y los miró a los ojos.

—¿Qué significa esto, mi dama? —preguntó Venli.

—Fue una de los Nueve durante muchos siglos —explicó Leshwi—. Hasta que decidió que seguir siéndolo... obstaculizaba sus ambiciones. Después del último Retorno, y con su locura, debía permanecer dormida. ¿Por qué...?

—Rabeniel, Dama de los Deseos —saludó uno de los Nueve—. Nos traes una propuesta. Por favor, exprésala.

—Es evidente —dijo Rabeniel— que a los humanos se les ha concedido demasiado tiempo para crecer. Corren desbocados por todo Roshar. Tienen armas de acero y tácticas militares avanzadas. Superan nuestro conocimiento en determinadas áreas.

»Lo único que no poseen todavía es el dominio de sus poderes. Hay pocos de ellos del Cuarto Ideal, quizás no más de una persona, y no tienen acceso pleno a la torre, dado que el Hermano murió. Debemos atacar ya. Debemos arrebatarles la torre.

Leshwi se adelantó, sin esperar a que Venli la anunciara.

—¡Ya se ha intentado! ¡Tratamos de tomar la torre y fracasamos!

—¿Eso? —dijo Rabeniel—. Eso fue una táctica de distracción para intentar aislar al Forjador de Vínculos. El golpe no podría haber tenido éxito. Yo no estaba involucrada.

—De nuevo olvidas el lugar que te corresponde, Leshwi —dijo uno de los Nueve—. Eso nos lleva a preguntarnos si no serás tú quien está perdiendo el control.

Leshwi retrocedió a su lugar y Venli sintió los ojos de los otros treinta Fusionados y sus Voces fijos en ella, criticándola con sus canturreos.

—Tenéis casi perfeccionados los fabriales supresores —dijo Rabeniel—. No olvidéis que se trata de una tecnología que yo descubrí a partir de la propia torre, hace miles de años. Tengo un plan para emplearla de un modo más drástico. Dado que el Hermano es en esencia un ojomuerto, debería serme posible volver las defensas de la torre en contra de sus propietarios.

Una Voz dio un paso adelante al otro lado de la cámara y golpeó con su

cetro, anunciando a Uriam el Desafiante.

—Perdón —dijo Uriam a Ansia—, pero ¿estás dando a entender que puedes reprimir los poderes de los Radiantes dentro de su propia torre?

—Sí —respondió Rabeniel—. El dispositivo que nos impide atacarlos puede invertirse. Tendremos que atraer a la Nominadora de lo Otro y al Forjador de Vínculos lejos de allí. Sus juramentos quizá sean lo bastante avanzados para imponerse a la supresión, del mismo modo en que lo hicieron los Deshechos en la torre en el pasado. Sin ellos allí, yo puedo encabezar una fuerza que entre en Urithiru y la tome desde dentro, y los Radiantes serán incapaces de plantarnos cara.

Los Nueve empezaron a cantar entre ellos en privado, dejando tiempo a todos los demás para hablar. Venli volvió la cabeza hacia su señora. Leshwi rara vez dedicaba aquellos momentos a partir con los otros altos Fusionados. Tenía una posición inferior a la mayoría de ellos, a fin de cuentas.

—No lo entiendo —susurró Venli.

—Rabeniel es una erudita —dijo Leshwi—. Pero no de las que querías que te dieran órdenes. Antes la llamábamos la Dama de los Suplicios, hasta que decidió que no le gustaba el título. —Su expresión se hizo distante—. Siempre la ha fascinado la torre y la conexión entre los Radiantes. Sus juramentos, sus spren. Sus Potencias.

»Durante el último Retorno, desarrolló una enfermedad que tenía como objetivo matar a todos los humanos del planeta. Hacia el final, se descubrió que lo más probable era que esa enfermedad también matara a muchos cantores. La liberó de todas formas... solo para descubrir, para gran fortuna de todos, que no funcionó como se esperaba. Murió menos de un humano de cada diez, y uno de cada cien cantores.

—¡Eso es espantoso! —exclamó Venli.

—La extinción es la consecuencia natural de esta guerra —susurró Leshwi—. Si olvidamos por qué luchamos, entonces la propia victoria se convierte en el objetivo. Cuanto más tiempo combatimos, más nos desligamos, tanto de nuestras propias mentes como de nuestras Pasiones originales.

Leshwi tarareó con suavidad a Vergüenza.

—Explica tu plan, Rabeniel —pidió uno de los Nueve, lo bastante alto como para imponerse a las conversaciones.

—Lideraré un equipo que entre en la torre y aseguraré el control del corazón del Hermano —dijo Rabeniel—. Valiéndome de mis talentos

naturales y de los dones de Odium, corromperé ese corazón y haré que la torre se pliegue a nuestras necesidades. Los humanos caerán: sus poderes no funcionarán, pero los nuestros sí. A partir de entonces, sospecho que con un poco de tiempo podré aprender mucho estudiando las gemas del corazón del Hermano. Tal vez lo suficiente para crear nuevas armas contra los Radiantes y los humanos.

Un Celestial llamado Jeshishin se adelantó mientras su Voz golpeaba el suelo.

—Como ha dicho Leshwi, ya atacamos la torre hace un año. Es cierto que ese intento no pretendía ser una conquista permanente, pero el hecho es que nos rechazaron. Querría conocer los detalles de lo que haremos esta vez para asegurarnos la victoria.

—Utilizaremos al rey que se ha entregado a nosotros —dijo Rabeniel—. Nos ha transmitido información sobre los ciclos de guardia. Al principio no necesitamos conquistar la torre entera, solo llegar al corazón y utilizar mi conocimiento para volver las defensas en nuestro beneficio.

—¡El corazón es el lugar mejor protegido! —exclamó Jeshishin.

Rabeniel respondió a Arrogancia:

—En ese caso, es una suerte que tengamos a un agente en su círculo interno, ¿me equivoco?

Jeshishin retrocedió flotando y su Voz regresó a su lugar.

—¿Qué pretende en realidad? —susurró Leshwi a Ansia—. A Rabeniel nunca le han interesado la guerra ni sus tácticas. Esto tiene que ser por otra cosa. Quiere una oportunidad de experimentar con el Hermano...

—Esto es peligroso —dijo uno de los Nueve en voz alta, para toda la sala—. Los humanos ya sospechan de Taravangian. Nos informa de que está vigilado a todas horas. Si utilizamos su información de este modo, no me cabe duda de que perderá todo su valor.

—¡Pues que lo pierda! —exclamó Rabeniel—. ¿De qué sirve un arma si no se blande? ¿Por qué habéis esperado? Los humanos están sin entrenar, sus poderes en ciernes, su comprensión irrisoria. Me parece una absoluta vergüenza despertar y encontrarlos apurados contra estas penosas sombras de nuestros enemigos antaño poderosos.

»Sin la torre, su coalición se desintegrará, ya que no podrán desplegar apoyos a través de las Puertas Juradas. Nosotros obtendremos una gran ventaja por el uso de esos mismos portales. Y además, este empeño me dará la ocasión de probar algunas... hipótesis que he desarrollado en mi

duermevela de estos últimos milenios. Estoy cada vez más convencida de haber encontrado un método que llevará al fin de la guerra.

Leshwi dio un lento siseo y Venli se estremeció. Parecía que cualquier cosa que Rabeniel creyese que traería el «fin de la guerra» implicaría técnicas que era mejor ni plantearse.

El resto de la sala, en cambio, se mostró impresionado. Susurraban a Sumisión, lo que indicaba acuerdo con la idea. Incluso los mismísimos Nueve empezaron a canturrear al mismo ritmo. Los Fusionados tendían a hacerse ver como fuertes y llenos de Pasión, pero mostraban una cierta fatiga en sus antiguas almas. Esa fatiga subyacía a sus otras Pasiones, como el verdadero color de una tela teñida. Si se lavaba y se dejaba fuera a las tormentas el tiempo suficiente, su núcleo emergía.

Aquellas criaturas estaban raídas por haber rendido sus mentes, por haber ofrecido su voluntad y su propia individualidad a Odium en el altar de la guerra eterna. Quizá los humanos fuesen unos novatos con sus capacidades y no las hubieran puesto a prueba, pero los Fusionados parecían viejas hachas, descascarilladas y avejentadas. Estarían dispuestos a asumir grandes riesgos, después de tantos renacimientos, para que aquello terminara por fin.

—¿Y qué hay de Bendito por la Tormenta? —se alzó una voz, con mucho acento, desde los confines de la enorme cámara.

Venli se descubrió canturreando a Vergüenza mientras buscaba en la sala. ¿Quién había hablado con esa audacia, sin ordenar antes a su Voz que se adelantara? Lo encontró sentado en una cornisa de las alturas, en la sombra, justo en el momento en que su mente relacionó el acento con la falta de decoro.

Vyre. El humano antes llamado Moash. Vestía como un soldado, con el pelo rapado a la perfección y un elegante uniforme de corte humano. No encajaba allí. ¿Por qué seguían soportándolo los Nueve? Y no solo eso: ¿por qué le habían concedido nada menos que una hoja de Honor, una de las reliquias más valiosas de Roshar?

El hombre dejó caer una pierna por el borde de la cornisa. En su regazo, la espada reflejó la luz del sol al moverse la punta.

—Te detendrá —dijo Vyre—. Deberías tener un plan para ocuparte de él.

—Ah, el humano —dijo Rabeniel, mirando a Vyre en su cornisa—. He oído hablar de ti. Qué espécimen tan interesante. Gozas del favor de Odium.

—Él toma mi dolor —respondió Vyre—. Y me permite alcanzar mi potencial. No has respondido a mi pregunta. ¿Qué hay de Bendito por la

Tormenta?

—No me asusta ningún Corredor del Viento, por muy... legendaria que esté haciéndose su reputación —dijo Rabeniel—. Centraremos nuestra atención en el Forjador de Vínculos y la Nominadora de lo Otro. Ellos son más peligrosos que ningún soldado corriente.

—Bueno —repuso Vyre, retrayendo la punta de su espada de nuevo hacia la sombra—. Seguro que sabes lo que haces, Fusionada.

Los Nueve, como de costumbre, soportaron al extraño humano. Su puesto se lo había asignado Odium. Leshwi parecía tener buena opinión de él, aunque claro, el humano la había matado una vez y esa era una buena forma de ganarse su respeto.

—Tu propuesta es osada, Rabeniel —dijo uno de los Nueve—. Y concluyente. Llevábamos mucho tiempo sin contar con tus consejos en este Retorno y aprobamos tu Pasión. La pondremos en práctica, tal y como solicitas. Prepara un equipo para infiltrarte en la torre y nosotros contactaremos con el humano Taravangian para darle instrucciones. Él podrá distraer al Forjador de Vínculos y la Nominadora de lo Otro.

Rabeniel cantó en alto a Satisfacción, un sonido majestuoso y decidido. Venli estaba razonablemente segura de que toda aquella reunión había sido puro espectáculo, porque los Nueve no se habían parado a debatir el plan. Sabían de antemano lo que iba a sugerir Rabeniel y ya habían resuelto los detalles.

Los demás Fusionados esperaron con respeto mientras Rabeniel, cuya victoriosa propuesta la había elevado más a sus ojos, caminaba hacia la salida. Solo una Fusionada se movió. Leshwi.

—Ven —dijo, flotando tras Rabeniel.

Venli se apresuró a seguirla y alcanzó a Leshwi cuando ella interceptaba a la alta mujer en justo fuera de las puertas. Rabeniel miró a Leshwi de arriba abajo, canturreando a Mofa mientras las dos salían a la luz del sol en la terraza que rodeaba la cámara. La escalera descendente estaba a su derecha.

—¿Por qué pretendías obstruir mi propuesta, Leshwi? —preguntó Rabeniel—. ¿Has empezado a sentir los efectos de la locura?

—No estoy loca, sino asustada —dijo Leshwi a Vergüenza, y Venli casi dio un respingo al oírlo. ¿La dama Leshwi, asustada?—. ¿De veras crees que puedes terminar la guerra?

—Estoy segura —respondió Rabeniel a Mofa—. He tenido mucho tiempo para reflexionar sobre los descubrimientos realizados antes del final del falso

Retorno. —Metió la mano en el bolsillo de su túnica y sacó una gema que brillaba con luz tormentosa, con un spren capturado en su interior que se revolvía. Un fabrial como los que creaban los humanos—. Apresaron a algunos de los Deshechos en gemas como esta, Leshwi. ¿Cuán cerca crees que están de descubrir que podrían hacer lo mismo con nosotros? ¿Te lo imaginas? ¿Encerrada para siempre en una gema, apartada de todo, capaz de pensar pero incapaz de liberarte jamás?

Leshwi canturreó a Pánico, un ritmo sufrido de compases inacabados y tiempos entrecortados.

—De un modo u otro, este será el último Retorno —afirmó Rabeniel—. Los humanos tardarán poco en descubrir cómo apresarnos. Y si no... bueno, los mejores de entre los que quedamos estamos a escasos pasos ya de la locura. Debemos hallar una solución a esta guerra.

—Estás recién Retornada —dijo Leshwi—. No tienes siervos ni personal. Tu propósito requerirá de ambos. —Señaló a un lado, hacia Venli—. Yo he reunido un equipo de cantores fieles y muy capaces. Estoy dispuesta a prestártelos para esta misión, y a servirte yo misma, en disculpa por mis objeciones.

—Siempre tienes los mejores sirvientes —comentó Rabeniel, estudiando a Venli—. Esta es la Última Oyente, ¿verdad? ¿La que una vez fue Voz del mismo Odium? ¿Cómo pudiste recolectarla?

Timbre latió dentro de Venli. Estaba molesta por el verbo «recolectar», y Venli sentía lo mismo. Agachó la cabeza y canturreó a Sumisión para ocultar sus verdaderos sentimientos.

—Odium se deshizo de ella —respondió Leshwi—. En mi opinión, es una Voz excelente.

—Es hija de traidores —dijo Rabeniel, pero a Ansia, de modo que sentía curiosidad por Venli—. Y luego ella misma traicionó a los suyos. La aceptaré, y también a aquellos que me cedas, como sirvientes míos durante la infiltración. Puedes unirte tú también, si de verdad lo deseas. Sírveme y quizás te perdone tus burdas objeciones. Sin duda no eras la única que pensaba así, y al oponerte me has dado la oportunidad de refutar dichas objeciones.

Rabeniel se alejó a zancadas y, cuando llegó a la escalera descendente, Venli vio que había alguien esperándola en las sombras de más abajo. La imponente figura del Perseguidor, a quien habían hecho salir antes de la cámara. Hizo una inclinación a Rabeniel, que se quedó en la cima de la escalera. Las palabras que cruzaron resultaron inaudibles para Venli.

—Está suplicándole permiso para acompañarla —susurró Leshwi—. Rabeniel tendrá el mando durante la infiltración y podrá autorizarlo a retomar su cacería. Lezian intentaría cualquier cosa con tal de justificar otra oportunidad de enfrentarse a ese Corredor del Viento. Me temo que desobedecerá a los Nueve, sobre todo si Rabeniel lo aprueba. —Miró a Venli—. Debes reunir a tu gente y acompañarla. No tendréis que pelear; eso lo harán otros. La servirás igual que me has servido a mí y me informarás en secreto.

—¿Mi señora? —dijo Venli. Bajó la voz—. Entonces, no confiáis en ella.

—Por supuesto que no —respondió Leshwi—. La última vez, su temeridad estuvo a punto de costarnos todo. Los Nueve aprueban su audacia porque les va pesando el tiempo. Pero la audacia puede estar a un paso de la necedad. Así que debemos impedir una catástrofe. Esta tierra deben heredarla los cantores comunes. No permitiré que quede arrasada solo para demostrar que somos mejores asesinos que nuestros enemigos.

Venli se infló al oírlo. Timbre se creció en su interior, latiendo, animándola.

—Ama —susurró Venli—, ¿creéis que podría... haber una manera de reconstruir mi pueblo? ¿De encontrar una tierra alejada tanto de los Fusionados como de los humanos? ¿De estar solos de nuevo, como una vez lo estuvimos?

Leshwi canturreó a Reprimenda y lanzó una mirada a la cámara donde estaban los otros Fusionados. Ninguno había salido todavía. No querían que los vieran corriendo detrás de Rabeniel... y Venli comprendió, en un momento de claridad, por qué Leshwi prefería mantener una posición humilde entre ellos. Esa posición le permitía hacer cosas que otros consideraban impropias.

—No hables de esas cosas —siseó Leshwi—. Ya hay quienes desconfían de ti por lo que hicieron tus antepasados. ¿Queréis gobernaros a vosotros mismos? Yo lo aplaudo, pero aún no es el momento. Ayúdanos a derrotar a los humanos, y entonces los Fusionados nos quedaremos atrás en el tiempo y dejaremos este mundo para vosotros.

Así es como obtendréis vuestra independencia, Venli.

—Sí, ama —respondió ella a Sumisión. Pero no la sentía, y Timbre latió expresando su propia frustración.

Venli había sentido la mano directa de Odium. Él jamás dejaría en paz a su pueblo, y Venli sospechaba que los otros Fusionados, por muy cansados que

pudieran estar, no renunciarían a gobernar el mundo. Había demasiados de ellos que disfrutaban de los lujos que les otorgaban sus cargos. Para ellos, la victoria no sería un paso intermedio en la independencia de Venli y su pueblo.

Leshwi alzó el vuelo, dejando que Venli bajara por la escalera. Mientras lo hacía, vio a Rabeniel y al Perseguidor conspirando en un sombrío recoveco del segundo piso. Tormentas, ¿en qué estaba metiéndose Venli ahora?

Timbre latió dentro de ella.

—¿Oportunidad? —preguntó Venli—. ¿Qué clase de oportunidad?

Timbre latió de nuevo.

—Creía que odiabas a los Radiantes humanos —susurró Venli—. ¿Qué más da que vayamos a encontrarlos en la torre?

Timbre latió tajante. Tenía razón. Tal vez los humanos pudieran entrenarla. Quizá Venli pudiera capturar a uno de sus Radiantes y obligarlo a que le enseñara.

En todo caso, tenía que preparar a su personal para abandonar la ciudad. Sus esfuerzos por reclutar a más cantores tendrían que quedar a un lado. Le gustara o no, Venli iba a estar en la vanguardia de una nueva invasión de los territorios humanos.



Los logispren tienen una reacción curiosa al encerrarlos. Al contrario que otros spren, estos no manifiestan ningún atributo: no pueden emplearse para producir calor, ni para advertir de un peligro cercano, ni para crear gemas parejas. Durante años, los artifabrianos consideraron que eran inútiles y, de hecho, no solían experimentar con ellos, porque además los logispren son escasos y difíciles de capturar.

Se produjo un gran avance al descubrir que los logispren hacen variar la luz que irradian siguiendo ciertos estímulos. Por ejemplo, si se hace que la luz tormentosa fluya de la gema a un ritmo controlado, el spren alternará entre más apagado y más brillante siguiendo una pauta regular. Esto llevó a la creación de los relojes fabriales.

Cuando la gema entra en contacto con ciertos metales, la luz también cambia su estado de más brillante a más apagada. Este efecto está provocando la creación de algunos mecanismos muy interesantes y complejos.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

En las semanas que siguieron al ataque a Piedralar, la ansiedad de Kaladin empezó a remitir y eso le permitió superar lo peor de la oscuridad. Siempre acababa emergiendo al otro lado. ¿Por qué le costaba tanto recordarlo cuando estaba en pleno hundimiento?

Le habían concedido tiempo para decidir qué quería hacer después de su «retiro», de modo que no vio ninguna necesidad de darse prisa y tampoco se lo contó a nadie más después de Adolin. Quería buscar la mejor manera de

presentar la idea a sus Corredores del Viento y, si podía, tomar antes su decisión. Era mejor llevarles un plan coherente.

A cada día que pasaba, iba comprendiendo más la orden de Dalinar. Por lo menos Kaladin ya no tenía que seguir fingiendo que no estaba agotado. Pero sí que pospuso el momento de decidir. Así que al cabo de un tiempo Dalinar le dio un aviso, amable pero firme. Kaladin podía tardar un poco más en optar por un camino, pero tenían que empezar a ascender a otros Corredores del Viento para que asumieran sus deberes.

Y fue así como, diez días después de la misión en Piedralar, Kaladin se presentó ante el cuadro de mando del ejército y escuchó a Dalinar anunciar que el papel de Kaladin iba a «evolucionar».

La experiencia le resultó humillante. Todo el mundo aplaudía su heroísmo mientras lo obligaban a retirarse. Kaladin anunció que Sigzil, con quien había hablado antes ese mismo día, pasaría a encargarse de la administración cotidiana de los Corredores del Viento, supervisando cosas como los suministros y el reclutamiento. Ascendería al rango de jefe de compañía. Cikatriz, cuando regresara de su permiso en los Picos Comecuernos, sería nombrado segundo de compañía y supervisaría y dirigiría las misiones activas de los Corredores del Viento.

Al poco tiempo, permitieron que Kaladin se marchara: por suerte, no le impusieron ninguna fiesta. Kaladin se fue deprisa por un pasillo largo y oscuro de Urithiru, aliviado por no sentirse ni por asomo tan mal como había temido. Ese día no era un peligro para sí mismo.

A Kaladin solo le faltaba encontrar un nuevo propósito en la vida. Tormentas, eso sí que le daba miedo. No tener nada que hacer le recordaba sus tiempos como hombre del puente. Cuando no estaba haciendo carreras de puente, los días se prolongaban llenos de un espacio en blanco que adormecía el cerebro, como una extraña anestesia mental. Su vida había mejorado mucho desde entonces. No estaba tan sumido en la autocompasión como para no darse cuenta de eso ni reconocerlo. Pero aun así, la similitud con sus tiempos del puente le resultaba incómoda.

Syl flotaba por delante de él en el pasillo de Urithiru, con la forma de un pintoresco barco que tenía las velas en la parte de abajo.

—¿Qué es eso? —le preguntó Kaladin.

—No lo sé —dijo ella, navegando de vuelta hacia él y rebasándolo—. Navani estaba dibujándolo durante una reunión, hace unas semanas. Supongo que se confundiría. ¿Es posible que no haya visto nunca un barco?

—La verdad es que lo dudo muchísimo —respondió Kaladin, mirando pasillo abajo. No había tareas para él.

«No —pensó—. No puedes fingir que estás sin tareas porque tengas miedo. Busca un nuevo propósito.»

Respiró hondo y apretó el paso. Por lo menos, podía aparentar confianza. Esa era la primera regla del liderazgo con la que Hav había machacado a Kaladin hasta metérsela en la cabeza durante su primer día como líder de escuadrón. Cuando se toma una decisión, hay que mantenerla.

—¿Dónde vamos? —preguntó Syl, transformada en una cinta de luz para alcanzarlo de nuevo.

—A los terrenos de entrenamiento.

—¿Quieres practicar un poco para distraerte?

—No —dijo Kaladin—. Seguro que me arrepiento, pero voy a buscar sabiduría allí.

—Muchos fervorosos de los que entran en ese sitio me parecen bastante sabios —comentó ella—. Fíjate en que se afeitan la cabeza.

—Se... —Kaladin frunció el ceño—. Syl, ¿qué tiene que ver eso con ser sabio?

—El pelo es una cochinada. Me parece lógico afeitárselo.

—Pero si tú tienes pelo.

—No es verdad. Yo solo me tengo a mí. Piénsalo, Kaladin. Te deshaces de todo lo demás que sale de tu cuerpo, rápido y con disimulo, pero ¿hay una cosa rara que rezuma de unos agujeritos en la cabeza y eso sí que lo dejas ahí tan tranquilo? Es un asco.

—No todos tenemos la suerte de ser fragmentos de divinidad.

—En realidad, *todo* son fragmentos de divinidades. Visto así, somos familia. —Voló más cerca de él—. Lo que pasa es que los humanos sois esos parientes raritos que viven en el refugio para tormentas, los que intentamos ocultar a las visitas.

Kaladin empezó a oler los terrenos de entrenamiento antes de llegar: los aromas del sudor y el aceite para espadas, entremezclados y familiares. Syl voló hacia la izquierda para dar una vuelta a la sala mientras Kaladin iba casi al trote, dejando atrás a hombres emparejados que gritaban inmersos en todo tipo de lances, en dirección a la pared del fondo, donde se congregaban los maestros espadachines.

Los fervorosos marciales siempre le habían parecido un grupo muy raro. Los fervorosos normales tenían más sentido: se unían a la iglesia por motivos

académicos, o presionados por sus familias, o porque eran personas devotas y querían servir al Todopoderoso. Pero casi todos los fervorosos marciales tenían un pasado distinto. Muchos habían sido soldados antes de entregarse a la iglesia, no para servir, sino para escapar. Kaladin nunca había comprendido del todo qué podría llevar a alguien por ese camino. No hasta hacía muy poco.

Mientras caminaba entre los soldados que entrenaban allí, recordó por qué había dejado de frecuentar aquel lugar. Inclinaciones, murmullos de «Bendito por la Tormenta», gente apartándose para abrirlle paso. No le molestaba tanto que ocurriera en los pasillos, cuando se cruzaba con desconocidos. Pero quienes entrenaban allí eran sus hermanos, y en unos pocos casos sus hermanas, de armas. Ya deberían saber que no necesitaba esa clase de atención.

Llegó hasta los maestros espadachines, pero por desgracia el hombre al que buscaba no estaba entre ellos. El maestro Lahar le explicó que Zahel tenía turno de lavandería, cosa que sorprendió a Kaladin. Aunque sabía que todos los fervorosos realizaban labores básicas, nunca habría pensado que a los maestros espadachines los enviaran a lavar ropa.

Mientras salía de la sala de entrenamiento, Syl regresó hacia él con la forma de una flecha en pleno vuelo.

—¿He oído que preguntabas por Zahel? —preguntó.

—Así es. ¿Por qué?

—Es que... hay muchos maestros espadachines, Kaladin, y algunos hasta pueden ser útiles. Así que ¿por qué quieres hablar con Zahel?

Kaladin no estaba seguro de poder explicarlo. Seguro que algún otro maestro espadachín, o incluso cualquier fervoroso de los que frecuentaban la zona de entrenamiento, podrían responder a sus preguntas. Pero todos ellos, como el resto de la torre, mostraban a Kaladin una actitud de respeto y asombro. Quería hablar con alguien que fuese a ser sincero del todo con él.

Llegó hasta la parte exterior de la torre. Allí, al aire libre, había varios discos de piedra escalonados que sobresalían de la base de la estructura, como enormes frondas. Durante el año anterior, varios de ellos se habían convertido en pastos para chulls, bestias lanzadoras y caballos. En otros había cuerdas de tender para secar la colada.

Kaladin empezó a dirigirse hacia los discos de secado, pero se detuvo y decidió dar un pequeño rodeo.

Navani y sus eruditos afirmaban que aquellas superficies exteriores que

rodeaban la torre habían sido campos en otros tiempos. ¿Cómo podía ser? El aire de allí arriba era frío y, aunque Roca parecía encontrarlo tonificante, Kaladin notaba que le faltaba algo. Se quedaba sin aliento más deprisa y, si se esforzaba demasiado, a veces se mareaba de una forma que no le ocurría a altitudes normales.

Las altas tormentas rara vez llegaban hasta allí. Nueve de cada diez se quedaban cortas de altura y pasaban por debajo como extensiones furiosas, atronando insatisfechas con destellos de relámpago. Sin las tormentas, sencillamente no había la suficiente agua para cultivar, y desde luego no tenían laderas de colinas en las que plantar pólipos.

Aun así, a instancias de Navani, durante los anteriores seis meses se había puesto en práctica un proyecto muy singular. Los alezi habían pasado años combatiendo a los parshendi para obtener gemas corazón en las Llanuras Quebradas. Había sido una empresa sangrienta erigida sobre los cadáveres de hombres del puente cuyos cuerpos, más que sus herramientas, habían servido para cruzar los huecos entre mesetas. Kaladin aún seguía estupefacto de que casi nadie de los implicados en aquella carnicería se hubiera hecho una pregunta muy específica y crucial: ¿para qué querían los parshendi las gemas corazón?

Para los alezi, las gemas no suponían solo riqueza, sino también poder. Con un moldeador de almas, las esmeraldas se transformaban en comida, una fuente de alimentación portátil que podían llevar consigo los ejércitos. Las tropas alezi habían aprovechado la ventaja que suponía no necesitar largas líneas de suministro para sembrar la destrucción por todo Roshar durante los reinados de media docena de monarcas intercambiables.

Pero los parshendi no habían tenido moldeadores de almas. Rlain les había confirmado ese hecho. Y también había hecho un regalo a la humanidad.

Kaladin descendió por unos peldaños de piedra hasta el lugar donde un grupo de granjeros trabajaba en un campo de prueba. Habían recubierto la piedra lisa con pasta de simiente y de ahí habían salido rocabrotes. Llevaban el agua desde una bomba cercana, y Kaladin pasó junto a porteadores que cargaban con un balde tras otro para echar el agua a los pólipos simulando una tormenta.

Los mejores granjeros que tenían opinaban que no iba a funcionar. Se podían imitar los minerales de una alta tormenta que las plantas necesitaban para formar sus cascarones, pero el aire frío impediría el crecimiento. Rlain había aceptado que aquello era cierto... a menos que se contara con una

ventaja.

A menos que se cultivara las plantas utilizando luz de gemas.

El campo normal y corriente que se extendía ante Kaladin estaba adornado con una visión de lo más extraña: enormes esmeraldas extraídas de los corazones de abismoides, instaladas dentro de farolas bajas de hierro que a su vez estaban clavadas al suelo de piedra. Las esmeraldas eran tan enormes y estaban tan cargadas de luz tormentosa que, incluso a plena luz del día, mirarlas dejó manchitas en la visión de Kaladin.

Al lado de cada lámpara había un fervoroso sentado con un tambor, tocando a un ritmo lento específico. Ahí estaba el secreto. La gente se habría dado cuenta si las plantas crecieran con solo iluminarlas con gemas, pero la combinación de la luz y la música hacía que algo cambiara. Alrededor de los tamborileros giraban vidaspren, motitas verdes que se mecían en el aire. Los spren brillaban más de lo normal, como si la luz de las gemas estuviera infundiéndolos. Y salían flotando hacia las plantas para dar vueltas a su alrededor.

El proceso drenaba la luz tormentosa, como lo haría utilizar un fabrial. Y de hecho, las gemas se resquebrajaban de vez en cuando, como también les pasaba a los fabriales. Por algún motivo, la mezcla de spren, música y luz creaba una especie de máquina orgánica que sustentaba las plantas por medio de la luz tormentosa.

Rlain, vestido con su uniforme del Puente Cuatro, caminaba entre los fervorosos para comprobar la exactitud de los ritmos. En los últimos tiempos solía llevar la forma de guerra, aunque había confesado a Kaladin que no le gustaba que lo hiciera parecerse más a los invasores con su filosa armadura de caparazón. Hacía que algunos humanos desconfiaran de él. Pero la forma de trabajo provocaba que la gente lo tratara como a un parshmenio, cosa que lo disgustaba más todavía.

Aunque si Kaladin tenía que ser franco, sí que era raro ver a Rlain, con su piel jaspeada en negro y rojo, dando instrucciones a los alezi. Recordaba a lo que estaba sucediendo en Alezkar desde la invasión. A Rlain no le gustaba que se hicieran esas comparaciones, y Kaladin procuraba no pensar así.

En todo caso, Rlain parecía haber encontrado un propósito en aquella tarea. El suficiente para que Kaladin estuviera a punto de marcharse y seguir a lo suyo. Pero no. Los días en los que Kaladin podía cuidar directamente de los hombres y mujeres del Puente Cuatro estaban llegando a su fin. Quería asegurarse de que los dejaba en buenas condiciones.

Cruzó al trote el campo. Aunque aquellos rocabrotes del tamaño de cabezas se habrían considerado demasiado pequeños para obtener un buen precio en Piedralar, por lo menos eran lo bastante grandes para asegurar que tendrían grano dentro. La técnica estaba funcionando.

—Rlain —llamó Kaladin—. ¡Rlain!

—¿Señor? —respondió el oyente, volviéndose y sonriendo. Tarareó una melodía animada mientras correteaba hacia él—. ¿Cómo ha ido la reunión?

Kaladin titubeó. ¿Debería decírselo o esperar?

—Ha habido algunos cambios interesantes. Ascensos para Cikatriz y Sigzil. —Kaladin contempló el campo—. Pero ya te informarán de eso más adelante. De momento, estos cultivos tienen buen aspecto.

—Los spren no acuden tan dispuestos para los humanos como venían para los oyentes —dijo él, observando también el campo—. Vosotros no oís los ritmos. Y no consigo que los humanos cantéis los tonos puros de Roshar. Unos pocos van acercándose, eso sí. Tengo esperanzas. —Sacudió la cabeza—. Bueno, ¿qué querías, señor?

—Te he encontrado un honorspren.

Kaladin estaba acostumbrado a ver una expresión inescrutable, estoica, en el rostro veteado de Rlain. Esa expresión se esfumó como la arena ante una tormenta cuando Rlain compuso una sonrisa amplia y sincera. Así a Kaladin por los hombros, con los ojos bailando, y cuando tarareó fue con un ritmo exultante que dio a Kaladin la impresión de que casi podía sentir algo más allá de él. Un sonido tan ampuloso como la luz del sol, tan gozoso como la risa de un niño.

—¿Un honorspren? —preguntó Rlain—. ¿Dispuesto a vincularse con un oyente? ¿De verdad?

—El antiguo spren de Vratim, Yunfah. Estaba posponiendo la elección de alguien nuevo, así que Syl y yo le dimos un ultimátum: escogerte a ti o marcharse. Esta mañana ha venido a decirme que aceptaba intentar vincularse a ti.

El canturreo de Rlain se suavizó.

—Fue un poco arriesgado —siguió diciendo Kaladin—, porque no quería espantarla. Pero al final hemos hecho que acepte. Cumplirá su palabra, pero ten cuidado. Me da la impresión de que aprovechará cualquier ocasión para escabullirse del acuerdo.

Rlain apretó el hombro de Kaladin y asintió, en evidente señal de respeto. Lo cual hizo que sus siguientes palabras sonaran extrañas.

—Gracias, señor. Por favor, dile al spren que puede seguir buscando. No necesitaré su vínculo.

Rlain soltó su hombro, pero Kaladin le cogió el brazo.

—Rlain, ¿qué estás diciendo? A Syl y a mí nos ha costado mucho encontrarte un spren.

—Y yo os lo agradezco, señor.

—Sé que te sientes excluido. Sé lo difícil que es ver volar a los demás mientras tú caminas. Esta es tu oportunidad.

—¿Tú aceptarías a un spren que viene obligado, Kaladin? —preguntó Rlain.

—Considerando las circunstancias, aceptaría lo que pudiera conseguir.

—Las circunstancias... —repitió Rlain, levantando la mano e inspeccionando las pautas de su piel—. ¿Te he contado alguna vez, señor, cómo terminé en una cuadrilla de puente?

Kaladin negó despacio con la cabeza.

—Respondí a una pregunta —dijo Rlain—. Mi propietario era un ojos claros de dahn intermedio, nadie muy conocido. Un supervisor de intendencia en el ejército de Sadeas. Pidió ayuda a su esposa para hacer una suma de cabeza y yo, sin pensar, le di la respuesta. —Rlain tarareó a un ritmo ligero, con tono burlón—. Un error estúpido. Llevaba años infiltrado entre los alezi, pero me volví descuidado.

»Durante los siguientes días, mi propietario me vigiló. Yo creía que me había delatado a mí mismo. Pero no, ni se le pasó por la cabeza que pudiera ser un espía. Pensó que era demasiado listo, nada más. Un parshmenio inteligente lo asustaba. Así que me ofreció para las cuadrillas de puentes. —Rlain miró de nuevo a Kaladin—. Un parshmenio así mejor que no críe, ¿verdad? Vete a saber la de problemas que darían si empezaran a pensar por sí mismos, ¿no?

—No estoy diciéndote que no pienses, Rlain —respondió Kaladin—. Solo intento ayudar.

—Ya lo sé, señor. Pero no estoy interesado en aceptar «lo que pueda conseguir». Y tampoco creo que se deba forzar a un spren a vincularse. Sentaría un mal precedente, señor. —Canturreó a un ritmo distinto—. Todos me llamáis escudero, pero no puedo absorber luz tormentosa como los demás. Creo que hay una brecha entre el Padre Tormenta y yo. Es raro. Esperaba prejuicios en los humanos, pero no en él. En todo caso, esperaré a un spren que quiera vincularse conmigo por quien soy, y por el honor que yo

represento.

Hizo a Kaladin el saludo del Puente Cuatro, juntando las muñecas, y dio media vuelta para seguir enseñando canciones a los granjeros.

Kaladin se marchó en dirección a las lavanderías. Comprendía la argumentación de Rlain, pero ¿renunciar a esa oportunidad? Quizá la única manera de obtener lo que Rlain quería, el respeto de un spren, pasara por empezar con uno que fuese escéptico. Y Kaladin no había forzado a Yunfah. Había dado una orden. A veces los soldados tenían que servir en puestos que no les gustaban.

Kaladin odiaba sentir que, de algún modo, había hecho algo vergonzoso, pese a tener la mejor intención. ¿No podía Rlain aceptar los esfuerzos de Kaladin y hacer lo que le estaba pidiendo?

«O a lo mejor —pensó otra parte de él— tú podrías hacer lo que le prometiste y escuchar por una vez.»

Kaladin entró en la zona de lavado de ropa y fue pasando junto a filas de mujeres que parecían desplegadas en formación delante de artesas, guerreando contra una horda interminable de camisas y casacas de uniforme manchadas. Rodeó la antigua bomba, que suministraba agua a las artesas, y por un ondeante campo de sábanas colgadas de cuerdas como banderas blancas.

Zahel estaba cerca del borde del altiplano. Aquella sección del campo terminaba en un precipicio casi vertical. A cierta distancia, Kaladin vio colgando de la superficie la enorme construcción de Navani, el aparato que se empleaba para que el *Cuarto Puente* se elevara y descendiera.

Daba la sensación de que precipitarse desde allí llevaría a una caída eterna. Aunque Kaladin sabía que en algún lugar más abajo la montaña debía presentar una pendiente, las nubes solían ocultar la caída. Él prefería pensar que Urithiru estaba flotando, separada del resto del mundo y de los suplicios que padecía.

Allí, en la cuerda de tender más alejada, Zahel estaba colgando con meticulosidad una sucesión de pañuelos de vivos colores. ¿Qué ojos claros lo habría obligado a lavar aquello? Parecían la clase de frívolas prendas que se ponían al cuello los más fastuosos de entre la élite para resaltar sus mejores galas.

En contraste con la fina seda, Zahel era como la piel de un visón recién sacrificado. Llevaba una túnica de algodón de brechárbol vieja y raída, la barba sin arreglar, como un puñado de hierba creciendo indómita en un

recoveco resguardado del viento, y una cuerda a modo de cinturón.

Zahel era todo lo que el instinto decía a Kaladin que debía evitar. Con el tiempo, uno aprendía a evaluar a los soldados por cómo mantenían sus uniformes. Una casaca bien planchada no ayudaría a ganar una batalla, pero quien se preocupaba de sacar brillo a sus botones era a menudo también quien sabía mantener una formación con exactitud. Los soldados de barba desaliñada y ropa desgastada tendían a ser los que dedicaban las tardes a beber en vez de a cuidar de su equipamiento.

Durante los años de la división entre Sadeas y Dalinar en los campamentos de guerra, esas distinciones se habían acentuado tanto que prácticamente se habían convertido en estandartes. A pesar de ello, la apariencia de Zahel parecía deliberada. El maestro espadachín estaba entre los mejores duelistas que jamás había visto Kaladin, y poseía una sabiduría muy distinta a la de cualquier otro fervoroso o erudito. La única explicación posible era que Zahel se vestía así a propósito para dar una impresión errónea. Era como una obra maestra al óleo colgada deliberadamente en un marco astillado.

Kaladin se detuvo a una distancia respetuosa. Zahel no lo miró, pero el extraño fervoroso siempre parecía saberlo cuando se le acercaba alguien. Tenía una conciencia de su entorno que rayaba en el surrealismo. Syl voló hacia él y Kaladin prestó mucha atención a cómo reaccionaba Zahel.

«Sí que puede verla», decidió mientras Zahel tendía otro pañuelo con cuidado. El fervoroso se colocó para poder observar a Syl con el rabillo del ojo. Aparte de Roca y Cuerda, Kaladin nunca había conocido a nadie capaz de ver a los spren invisibles. ¿Tendría Zahel sangre comecuernos? Esa capacidad era infrecuente incluso entre el pueblo de Roca, aunque el comecuernos le había contado que algún que otro pariente lejano suyo había nacido con ella.

—¿Y bien? —dijo Zahel por fin—. ¿Por qué has venido hoy a molestarme, Bendito por la Tormenta?

—Necesito consejo.

—Búscate algo fuerte para beber —dijo Zahel—. Puede ser mejor que la luz tormentosa. Las dos acabarán matándote, pero al menos el alcohol lo hace despacio.

Kaladin se situó junto a Zahel. Los pañuelos ondeantes le recordaron a un spren en pleno vuelo. Syl, tal vez haciendo la misma asociación, adoptó una forma parecida.

—Me obligan a retirarme —dijo Kaladin en voz baja.

—Enhorabuena —repuso Zahel—. Acepta la pensión. Deja que todo esto pase a ser el problema de otros.

—Me han dicho que puedo escoger a qué dedicarme a partir de ahora, siempre que no esté en el frente. He pensado...

Miró a Zahel, que sonrió formando arrugas en las comisuras de sus ojos. Era curioso que la piel de ese hombre pudiera parecer suave como la de un niño y luego fruncirse al instante como la de un abuelo.

—¿Has pensado que tu lugar está con nosotros? —preguntó Zahel—. ¿Con los soldados rendidos del mundo? ¿Con los hombres de almas tan ralas que tiritan a poco viento que haga?

—Es en lo que me he convertido —dijo Kaladin—. Sé por qué la mayoría de ellos abandonaron el campo de batalla, Zahel. Pero tú no. ¿Por qué te hiciste fervoroso?

—Porque aprendí que el conflicto encontraría hombres por mucho que yo intentara impedirlo —respondió él—. Ya no quería implicarme en intentar detenerlos.

—Pero no pudiste renunciar a la espada —dijo Kaladin.

—Ah, sí que renuncié. La dejé marchar. Fue el mejor error que he cometido jamás. —Miró a Kaladin, sopesándolo—. No has respondido a mi pregunta. ¿Crees que tu sitio está entre los maestros espadachines?

—Dalinar me ha ofrecido entrenar a los nuevos Radiantes —dijo Kaladin—. No creo que soportara verlos volar a la batalla sin mí. Pero se me ha ocurrido que a lo mejor podría volver a entrenar a soldados normales. Eso quizás no me hiciera tanto daño.

—¿Y crees que tu sitio está con nosotros?

—Eh... sí.

—Demuéstralos —dijo Zahel, arrancando unos pañuelos de la cuerda—. Dame un golpe.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿Ahora?

Zahel se enrolló un pañuelo en el antebrazo. No tenía armas a la vista, pero en aquella maltrecha túnica marrón se podrían ocultar un par de cuchillos.

—¿Combate desarmado? —preguntó Kaladin.

—Qué va, usa la espada —dijo Zahel—. ¿No quieres ser maestro espadachín? Pues a ver cómo la manejas.

—Yo no he dicho...

Kaladin miró hacia la cuerda de tender, donde estaba sentada Syl con forma de mujer joven. La spren se encogió de hombros, así que Kaladin la

invocó como hoja esquirlada, larga y fina, elegante. No como el enorme armatoste que una vez había blandido Dalinar.

—Embota el filo, cerebro de chull —dijo Zahel—. Mi alma se habrá vuelto rala, pero preferiría que siguiera de una pieza. Y nada de poderes por tu parte. Quiero verte luchar, no volar.

Kaladin embotó el filo de Syl con una orden mental. La hoja se difuminó en una neblina y cobró forma de nuevo sin afilar.

—Esto... —dijo Kaladin—. ¿Cómo empezamos el...?

Zahel cogió una sábana de la cuerda y la arrojó hacia Kaladin. La sábana se infló y se extendió y Kaladin dio un paso adelante y usó la espada para derribar la tela del aire. Zahel había desaparecido entre las ondulantes hileras de sábanas.

Con mucho cuidado, Kaladin se internó entre las cuerdas de tender. Las telas se hinchaban con el aire y luego pendían laxas, recordándole a las plantas que solían verse en los abismos. Seres vivos que se movían y fluían con las invisibles mareas del viento al soplar.

Zahel apareció desde otra fila, arrancó otra sábana y la lanzó. Kaladin gruñó, retrocedió y apartó la tela. Entonces comprendió que aquella era la táctica de Zahel: mantener a su rival centrado en las sábanas.

Kaladin dejó de prestar atención a la sábana y se abalanzó contra Zahel. El ataque lo satisfizo: el entrenamiento de Adolin con la espada le resultaba ya casi tan natural como su anterior instrucción con la lanza. El tajo falló, pero su forma era excelente.

Zahel, moviéndose con un vigor notable, esquivó hacia atrás entre las hileras de sábanas. Kaladin saltó tras él, pero de nuevo perdió de vista a su presa. Fue dando la vuelta poco a poco y buscando por las líneas en apariencia inacabables de aleteantes y níveas sábanas. Como llamas danzarinas de un blanco puro.

—¿Por qué luchas, Kaladin Bendito por la Tormenta? —La voz de Zahel llegó fantasmagórica de algún lugar cercano.

Kaladin se volvió con la espada lista.

—Lucho por Alezkar.

—¡Ja! ¿Me pides que te apadrine como maestro espadachín y me mientes a la cara?

—Yo no te he pedido... —Kaladin respiró hondo—. Llevo los colores de Dalinar con orgullo.

—Peleas *para* él, pero no *por* él —replicó Zahel—. ¿Por qué luchas?

Kaladin avanzó despacio en la dirección desde la que creía que provenía el sonido.

—Lucho para proteger a mis hombres.

—Eso se acerca más —dijo Zahel—. Pero ahora tus hombres están tan a salvo como pueden estar. Son capaces de cuidar de sí mismos. Así que ¿por qué sigues luchando?

—A lo mejor no creo que estén a salvo —respondió Kaladin—. A lo mejor no...

—¿No crees que puedan cuidarse solos? —preguntó Zahel—. El viejo Dalinar y tú sois dos gallinas de la misma nidada.

En una sábana cercana se formaron una cara y una figura, que se movieron hacia Kaladin como si alguien estuviera llegando desde el otro lado. Kaladin atacó de inmediato y atravesó la sábana con su espada. La tela se rasgó, ya que el arma aún era lo bastante puntiaguda, pero el ataque no alcanzó a nadie por detrás.

Syl se volvió afilada durante un momento, cambiando antes de que Kaladin pudiera pedírselo, mientras él descargaba un tajo para cortar en dos la sábana. Se retorció al viento, partida por el centro.

Zahel llegó desde el otro lado y Kaladin a duras penas se volvió a tiempo para atacar con su hoja esquirlada. Zahel desvió el golpe con el brazo que tenía envuelto en tela. En su otra mano llevaba un largo pañuelo con el que fustigó a Kaladin. Le atrapó la mano libre y la envolvió con una tensión sorprendente, como si fuese un látigo.

Zahel dio un tirón y desequilibró a Kaladin, que tuvo dificultades para mantenerse en pie y lanzó una estocada a una sola mano. Zahel desvió otra vez el golpe con su antebrazo envuelto en tela. Aquella táctica jamás habría resultado contra una auténtica hoja esquirlada, pero podía ser sorprendentemente efectiva contra las espadas normales. Los reclutas novatos solían sorprenderse de lo bien que podía desviar un filo una buena tela gruesa.

Zahel aún tenía la mano libre de Kaladin envuelta en su pañuelo, así que tiró de la tela e hizo rodar a su adversario. Condenación. Kaladin logró maniobrar su hoja esquirlada, cercenar la tela gracias a que Syl se volvió afilada por un instante y saltar hacia atrás, intentando recobrar una posición firme.

Zahel caminó tranquilo hacia un lado, hizo restallar el pañuelo con un sonoro chasquido y luego empezó a darle vueltas como a una maza. Kaladin

no veía ninguna luz tormentosa emergiendo del fervoroso y no tenía motivos para creer que el hombre fuese un potenciador... pero la forma en que la tela le había aferrado el brazo era asombrosa.

Zahel extendió el pañuelo con las dos manos y Kaladin reparó en que era más largo de lo que había esperado.

—¿Crees en el Todopoderoso, chico?

—¿Qué importa eso?

—¿Preguntas por qué es relevante la fe mientras te planteas hacerte fervoroso, convertirte en un consejero religioso, nada menos?

—Quiero enseñar a usar la espada y la lanza —respondió Kaladin—. ¿Qué tiene que ver eso con el Todopoderoso?

—Muy bien, pues. ¿Preguntas por qué Dios es relevante cuando te planteas enseñar a matar?

Kaladin avanzó despacio y con mucha cautela, empuñando su hoja esquirlada por delante.

—No sé lo que creo. Navani aún es devota del Todopoderoso. Quema glifoguardas todas las mañanas. Dalinar dice que el Todopoderoso está muerto, pero también afirma que hay otro dios verdadero en algún lugar más allá de Shadamar. Jasnah defiende que el hecho de que un ser tenga unos poderes inmensos no lo convierte en Dios, y concluye a partir de la forma en que funciona el mundo que una deidad omnipotente y benigna no puede existir.

—No te pregunto qué creen ellos. Te pregunto qué crees tú.

—Yo no estoy convencido de que nadie conozca las respuestas. Supongo que me parece bien dejar que discutan sobre el tema las personas que se preocupan por él, y yo no asomar la cabeza y preocuparme de mi vida en el presente.

Zahel asintió, como si esa contestación le resultara aceptable. Hizo una seña para que Kaladin atacara. Él procuró mantener la postura del humo, con la que más había entrenado, y probó a avanzar. Hizo dos fintas y luego atacó.

Las manos de Zahel se emborraron cuando empujó la espada a un lado con su pañuelo extendido y luego hizo rodar los brazos para envolverla con la tela. Eso le permitió hacer palanca y apartar más la espada mientras entraba en la acometida de Kaladin, deslizando la tela por la hoja esquirlada para acercarse a él.

Una vez allí, de algún modo retorció la tela para envolver también las muñecas de Kaladin. Él intentó un cabezazo, pero Zahel se internó en el

movimiento y levantó un extremo del pañuelo para que la cabeza de Kaladin pasara por debajo. Con un giro y un retorcimiento, Zahel ató por completo a Kaladin con el pañuelo. ¿Qué longitud tenía aquel trozo de tela?

La maniobra dejó a Kaladin no solo bien maniatado, sino también con el pañuelo apretándole los brazos contra los costados y Zahel a su espalda. Kaladin no pudo ver lo que hizo Zahel a continuación, pero incluyó enviar un bucle de pañuelo por encima de la cabeza de Kaladin y alrededor de su cuello. Zahel tiró con fuerza y dejó a Kaladin sin aire.

Creo que estamos perdiendo, dijo Syl, contra un tipo que blande algo que encontró en un cajón de Adolin.

Kaladin gruñó, pero una parte de él se estaba emocionando. Por muy frustrante que pudiera resultar Zahel, era un luchador excelente y ponía a prueba a Kaladin de formas que no había visto nunca. Esa era la clase de práctica que necesitaba si quería derrotar a los Fusionados.

Mientras Zahel se esforzaba en asfixiarlo, Kaladin se obligó a mantener la calma. Transformó a Syl en una pequeña daga. Con un giro de muñeca cortó el pañuelo, cosa que desmontó la trampa entera, permitiendo a Kaladin girar y lanzar un tajo con su cuchillo, embotado de nuevo.

El fervoroso bloqueó la daga con el brazo envuelto en tela. Al instante asíó la muñeca de Kaladin con su otra mano, así que Kaladin descartó a Syl y la invocó de nuevo en su otra mano para atacar y obligar a Zahel a esquivar retrocediendo.

Zahel cogió otra sábana de las ondeantes cuerdas, la retorció y la envolvió tensa sobre sí misma hasta crear una especie de soga.

Kaladin se frotó el cuello.

—Creo... creo que sí que había visto antes ese estilo. Luchas como Celeste.

—Es ella quien lucha como yo, chico.

—Está buscándose, me parece.

—Eso dice Adolin. Pero antes la muy boba tendrá que cruzar la Perpendicularidad de Cultivación, así que tampoco voy a contener los aientos esperando a que llegue.

Hizo a Kaladin una señal para que atacara otra vez.

Kaladin sacó un puñal arrojadizo de su cinto y adoptó una pose de espada y daga. Realizó un gesto a Zahel para que atacase él. El maestro espadachín sonrió y arrojó su sábana hacia Kaladin. La sábana se infló y se extendió como si pretendiera darle un abrazo. Cuando Kaladin acabó de apartarla,

Zahel había desaparecido internándose en el ondeante bosque de tela.

Kaladin descartó a Syl y señaló hacia el suelo. Ella asintió y descendió para mirar por debajo de las sábanas en busca de Zahel. Indicó una dirección a Kaladin y luego se metió entre dos sábanas como cinta de luz.

Él la siguió con cautela. Le pareció vislumbrar a Zahel entre las sábanas, una sombra en la tela.

—¿Y tú crees? —preguntó Kaladin mientras avanzaba—. ¿En Dios, en el Todopoderoso, en lo que sea?

—Yo no tengo que creer —llegó una voz de vuelta—. Sé que los dioses existen. Lo que pasa es que los odio.

Kaladin corrió entre dos sábanas. En ese momento, las sábanas empezaron a liberarse de las cuerdas. Se arrojaron contra Kaladin, seis a la vez, y él habría jurado que distinguió los contornos de rostros y formas humanas en ellas. Invocó a Syl y, sin dejarse distraer, apartó la mirada de aquella visión inquietante y localizó a Zahel.

Embistió. Zahel, moviéndose con una desenvoltura casi sobrenatural, levantó dos dedos y los apretó contra la hoja esquirlada en movimiento, con lo que desvió la punta a un lado con el ángulo justo para que fallara por los pelos.

Cuando Kaladin pasó entre las trémulas sábanas, el viento se arremolinó a su alrededor. Las sábanas fluyeron hacia él, endebles, pero entonces le enredaron las piernas. Kaladin tropezó con un reniego y cayó a la dura piedra.

Un segundo más tarde Zahel tenía el puñal de Kaladin en la mano, apretado contra su frente. Kaladin sintió la punta entre sus cicatrices.

—Ha sido trampa —dijo Kaladin—. Estás haciendo algo con esas sábanas y esa tela.

—Es imposible que hiciera trampa —replicó Zahel—. El objetivo de esto no era ganar o perder, chico. Era que yo viese cómo peleas. Tener a alguien en desventaja me dice más sobre esa persona.

Zahel se levantó y soltó el cuchillo, que resonó contra el suelo. Kaladin lo recuperó, se incorporó y lanzó una mirada a las sábanas caídas. Reposaban en el suelo como ropa de cama normal y corriente, moviéndose de vez en cuando con el aire. De hecho, otra persona podría haber atribuido sus movimientos a jugarretas del viento.

Pero Kaladin conocía el viento. Y aquello no había sido el viento.

—No puedes hacerte fervoroso —le dijo Zahel mientras se arrodillaba y tocaba una sábana con un dedo antes de recogerla y devolverla a la cuerda de

tender. Hizo lo mismo con las demás sábanas, una tras otra.

—¿Por qué no puedo? —preguntó Kaladin. No estaba seguro de que Zahel tuviera autoridad para prohibírselo, pero tampoco estaba convencido de querer recorrer ese camino si Zahel, el único fervoroso por el que sentía verdadero respeto, estaba en contra—. ¿Obligas a todo el mundo a luchar por el privilegio de retirarse al fervor?

—Este lance no consistía en ganar o perder —dijo Zahel—. No te rechazo porque hayas perdido: te rechazo porque tu lugar no está con nosotros. —Sacudió una sábana al aire y la puso en su sitio—. Te encanta luchar, Kaladin. No adoras el combate con la Emoción que sentía antes Dalinar, o ni siquiera con la ilusión de un figurín antes de un duelo.

»Lo adoras porque forma parte de ti. Es tu amante, tu pasión, la sangre que fluye por tus venas. El entrenamiento cotidiano nunca podría satisfacerte. Anhelarías algo más. Llegaría un momento en que te marcharías, y eso te dejaría en una posición peor que si no hubieras empezado.

Tiró su pañuelo a los pies de Kaladin. O más bien debió de tirar un pañuelo distinto, porque el del principio había sido de un brillante color rojo y aquel era gris apagado.

—Vuelve cuando odies pelear —dijo Zahel—. Cuando de verdad lo odies. Se marchó entre la colada.

Kaladin recogió el pañuelo caído y lanzó una mirada a Syl, que descendía por el aire cerca de él como bajando por unos peldaños invisibles. La spren se encogió de hombros.

Él cerró el puño en torno a la tela y echó a andar rodeando las sábanas. El maestro espadachín se había sentado al borde de la plataforma, con las piernas colgando y la mirada perdida en la cordillera cercana. Kaladin soltó el pañuelo en un montón de otros pañuelos, todos los cuales estaban grises.

—¿Qué eres? —preguntó Kaladin—. ¿Eres como Sagaz?

Zahel siempre parecía saber demasiado, siempre había tenido algo único, reservado, distinto de los demás.

—No —dijo Zahel—. No creo que haya nadie más que sea como Hoid. En mis tiempos yo lo conocía como Polvo. Debe de haber tenido mil nombres diferentes entre mil pueblos diferentes.

—¿Y tú? —Kaladin se sentó en la piedra al lado de Zahel—. ¿Cuántos nombres tienes tú?

—Unos pocos —respondió Zahel—. Más de los que suelo compartir. —Se inclinó hacia delante, con los codos en los muslos. El viento jugueteó con el

doblado de su túnica, que pendía sobre un precipicio de centenares de metros—. ¿Quieres saber lo que soy? Bueno, soy muchas cosas. Un hombre cansado, sobre todo. Pero también soy un ente Investido de clase dos. Antes me consideraba un clase uno, pero tuve que rehacer la escala entera cuando aprendí más. Es lo que tiene la ciencia, que nunca está terminada. Siempre se pone a sí misma patas arriba. Destroza unos sistemas perfectos solo por el pequeño inconveniente de ser incorrectos.

—Yo... —Kaladin tragó saliva—. No sé lo que significa nada de eso, pero gracias por responder. Sagaz nunca me da respuestas, o por lo menos no directas.

—Eso es porque Sagaz es un capullo —dijo Zahel. Hurgó en el bolsillo de su túnica y sacó algo, una piedra pequeña con forma de caparazón en espiral —. ¿Habías visto alguna vez uno de estos?

—¿Hecho por moldeado de almas? —preguntó Kaladin mientras cogía el pequeño caparazón. Tenía un peso sorprendente. Le dio la vuelta, admirando la forma en que se arremolinaba.

—Parecido —dijo Zahel—. Eso es una criatura que murió hace mucho mucho tiempo. Se quedó en el fango y poco a poco, en el transcurso de miles y miles de años, los minerales infundieron su cuerpo y lo reemplazaron eje por eje con piedra. Llegó un momento en que quedó transformado por completo.

—Entonces es como... un moldeado de almas natural. Que sucede con el tiempo.

—Con mucho tiempo. Con una cantidad de tiempo abrumadora. En el lugar del que procedo no había ninguno de estos. Es demasiado nuevo. Puede que en tu mundo haya algunos ocultos en las profundidades, pero lo dudo. Esa piedra que tienes en la mano es vieja, vieja de verdad. Más vieja que Sagaz, y que vuestros Heraldos, y que los mismos dioses.

Kaladin la sostuvo en alto y luego, por costumbre, vertió encima unas gotas de agua de su cantimplora para revelar sus colores y tonos ocultos.

—Mi alma es como ese fósil —afirmó Zahel—. Hasta la última parte de mi alma está reemplazada con algo nuevo, aunque para mí ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. El alma que tengo ahora se parece a la que tenía al nacer, pero es algo completamente distinto.

—No lo entiendo.

—No me sorprende. —Zahel pensó durante un momento—. Puedes visualizarlo así. Sabes que se puede hacer una impresión en el crem, dejarla

secar y llenarla con cera para crear una copia del objeto original, ¿verdad? Pues eso es lo que le pasó a mi alma. Cuando morí, estaba empapado en poder. Así que, cuando mi alma escapó, dejó atrás un duplicado. Una especie de... fósil de un alma.

Kaladin vaciló.

—¿Tú... moriste?

Zahel asintió.

—También le pasó a tu amigo. ¿A ese de la cárcel? El que tiene... esa espada.

—Szeth. No es mi amigo.

—Y a los Heraldos también —prosiguió Zahel—. Cuando murieron, dejaron atrás una impresión. Un poder que recordaba ser ellos. El caso es que el poder *quiere* estar vivo. —Señaló con el mentón hacia Syl, que volaba por debajo de ellos como una cinta de luz—. Ella sí es lo que ahora llamo un ente Investido de clase uno. Decidí que esa tenía que ser la forma correcta de referirme a ellos. Un poder que cobra vida por sí mismo.

—¡Sí que puedes verla! —exclamó Kaladin.

—¿Verla? No. ¿Sentirla? —Zahel se encogió de hombros—. Si cortas un pedacito de divinidad y lo dejas estar, al final acabará viviendo. Y si dejas que un hombre muera con un alma demasiado Investida, o si la Invistes justo cuando está muriendo, dejará atrás una sombra que luego puedes volver a clavar en un cuerpo. En el suyo propio, si ese día te sientes piadoso. Cuando se hace eso, obtienes esto. —Zahel se señaló a sí mismo—. Un ente Investido de clase dos. Un muerto que camina.

Qué conversación más... extraña. Kaladin arrugó la frente, intentando discernir el motivo de que Zahel estuviera contándole aquello. «Supongo que se lo he preguntado yo, así que... Un momento.» Quizá hubiera otra razón.

—¿Y los Fusionados? —preguntó Kaladin—. ¿Eso es lo que son ellos?

—Sí —dijo el fervoroso—. La mayoría de nosotros dejamos de envejecer cuando ocurre, así que obtenemos una especie de inmortalidad.

—¿Hay alguna... manera de matar a algo como tú? ¿Para siempre?

—Hay muchas maneras. Con los más débiles, basta con volver a matar el cuerpo, asegurándose de que nadie Invista su alma con más energía, y se marcharán al cabo de unos minutos. Con los más fuertes... bueno, a lo mejor sería posible matarlos de hambre. Muchos clase dos se alimentan de poder. Es lo que los mantiene en marcha.

»Aunque yo diría que esos enemigos tuyos son demasiado fuertes para eso.

Ya duran miles de años, y parecen Conectados con Odium para extraer poder directamente de él. Tendrás que buscar la forma de trastocar sus almas. No basta con hacerlos pedazos. Necesitas un arma tan potente que desmadeje el alma. —Entornó los ojos, fijos en la lejanía—. Pero aprendí por las malas que esa clase de armas son muy peligrosas de forjar y nunca parecen funcionar bien.

—Hay otra manera —dijo Kaladin—. Podríamos convencer a los Fusionados de que dejaran de luchar. En vez de matarlos, podríamos buscar la forma de convivir con ellos.

—Ideales elevados —respondió Zahel—. Optimismo. Sí, serías un maestro espadachín espantoso. No te fíes de esos Fusionados, chico. Cuanto más tiempo existe uno de nosotros, más acabamos pareciéndonos a los spren. Obsesionados con un único propósito, nuestras mentes atadas y encadenadas por nuestra Intención. Somos spren disfrazados de hombres. Por eso ella toma nuestros recuerdos. Sabe que no somos las mismas personas reales que murieron, sino otra cosa a la que se entregó un cadáver que habitar...

—¿Ella? —preguntó Kaladin.

Zahel no respondió, pero sí recuperó el caparazón de piedra cuando Kaladin se lo devolvió. Mientras Kaladin se marchaba, el maestro espadachín lo acunó contra el pecho, contemplando el interminable horizonte.

UNA CANCIÓN
DESCONOCIDA

El último apartado de esta disertación trata sobre las armas de los Fusionados, que emplean toda una variedad de dispositivos fabriales para combatir a los Radiantes. Resulta evidente, por la celeridad con que han fabricado y empleado estas contramedidas, que ya se había valido de ellas en el pasado.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Navani sostuvo en alto la esfera oscura y cerró un ojo para inspeccionarla de cerca. Sí que era diferente de la luz del vacío. Levantó también una esfera con luz del vacío para compararlas, un diamante infuso con la extraña luz que se recogía durante la tormenta eterna.

Aún no sabían cómo lo hacía el enemigo para infundir esferas con luz del vacío. Todas las que poseían se las habían robado a los cantores. Por suerte, la luz del vacío se disipaba mucho más despacio que la luz tormentosa. Seguro que aún faltaban unos días para que aquella se volviera opaca.

La esfera de luz del vacío tenía un extraño resplandor. Un particular tono púrpura sobre negro, que Rushu definía como hipervioleta, color que la joven afirmaba que existía en teoría aunque Navani no alcanzara a entender cómo un color podía ser teórico. En todo caso, aquel era púrpura sobre negro, coexistiendo de forma que ambos tonos ocupaban el mismo espacio simultáneamente.

La extraña esfera que les había proporcionado Szeth parecía idéntica a primera vista. Púrpura sobre negro, un color imposible. Al igual que la esfera de luz del vacío normal, la negrura se expandía oscureciendo el aire a su alrededor.

Pero en aquella esfera había un efecto adicional, uno en el que Navani no había reparado al verla por primera vez. Distorsionaba el aire que la rodeaba. Mirar demasiado tiempo la esfera provocaba una clara sensación de desorientación. Evocaba algo erróneo que Navani no se veía capaz de definir.

Gavilar había poseído esferas de luz del vacío, porque Navani recordaba verlas, y solo ese hecho ya era bastante desconcertante. ¿Cómo había podido su marido obtener luz del vacío años antes de la llegada de la tormenta eterna? Pero aquella otra esfera negra... ¿qué podía ser?

—Asesino —dijo Navani—, mírame.

Szeth, el Asesino de Blanco, alzó la vista desde el interior de su celda. Habían pasado dieciséis días desde que Navani y Dalinar regresaran de probar el *Cuarto Puente* en batalla. Dieciséis días dedicados a ponerse al día con el trabajo cotidiano en la torre, como supervisar las expansiones que planeaban hacer al mercado y ocuparse de los problemas de saneamiento. Solo después de todo eso Navani disponía de la cantidad suficiente de tiempo que dedicar a la luz del vacío y la naturaleza de la torre.

La desconocida que se había puesto en contacto con ella por vinculacaña no había vuelto a dar señales de vida. Navani había decidido no prestarle más atención, ya que ni siquiera sabía si se trataba de una persona cuerda. Y ya tenía bastantes preocupaciones, como el hombre que estaba sentado en un calabozo delante de ella.

Szeth tenía en el regazo su extraña hoja esquirlada, esa de la que emanaba humo negro al desenfundarla. Cuando habían cuestionado la decisión de permitir que el preso siguiera armado, Dalinar había respondido: «Creo que el lugar más seguro donde guardar esa cosa es en su poder».

Navani no compartía esa opinión. En la de ella, deberían arrojar aquella rara hoja esquirlada al fondo del océano, como habían hecho con la gema que contenía la Emoción. Szeth no daba la impresión de ser lo bastante estable como para confiarle una esquirla, y mucho menos una tan peligrosa como aquella. De hecho, Navani habría deseado que ejecutaran al asesino como se merecía.

Dalinar no estaba de acuerdo, así que juntos habían decidido dejar a Szeth con vida. Ese día, el shin estaba sentado en el suelo de su celda de piedra, con

los ojos cerrados, ataviado con ropa blanca a petición propia. Le habían concedido las pocas comodidades que había solicitado. Una cuchilla para afeitarse, una sola manta y permiso para bañarse todos los días.

Y luz. Muchísima luz. Docenas de esferas que iluminaran su reducida celda de piedra y desterraran hasta el último atisbo de sombra.

Habían puesto barrotes al principio de la estancia, aunque no bastarían para mantener encerrado al asesino si decidiera escapar. Esa hoja esquirlada podía reducir objetos a humo con solo hacerles una muesca.

—Quiero que vuelvas a hablarme de la noche en que mataste a mi marido —le dijo Navani.

—Los parshendi me ordenaron ejecutarlo —respondió Szeth en voz baja.

—¿Y no te preguntabas por qué querían matar a un hombre la misma noche en que firmaban un tratado de paz con él?

—Creía ser Sinverdad —dijo Szeth—. Esa condición requería de mí hacer lo que mi amo me ordenara. Sin cuestionarlo. —En su voz se detectaba solo una levísima traza de acento.

—Ahora tu amo es Dalinar.

—Sí. He... hallado un camino mejor. Durante mi existencia como Sinverdad, seguí el camino de la piedra jurada. Obedecía a quienquiera que tuviese esa piedra. Ahora me he dado cuenta de que jamás fui Sinverdad. En vez de eso, me he comprometido con un Ideal: el Espina Negra. Todo lo que él desee, lo haré realidad.

—¿Y si Dalinar muere?

—Entonces... buscaré otro Ideal, supongo. No me lo había planteado.

—¿Cómo puede ser que no se te hubiera ocurrido?

—Sencillamente es así.

«Tormentas, qué peligroso es esto», pensó Navani. Dalinar podía hablar sobre redención y reparar espíritus rotos, pero aquel ser era un fuego que ardía descontrolado, dispuesto a escapar de la chimenea y consumir todo combustible que encontrase. Szeth había asesinado a reyes y altos príncipes, a más de una docena de gobernantes por todo Roshar. Sí, la mayoría de la culpa recaía en Taravangian, pero Szeth era la herramienta que había empleado para provocar toda esa destrucción.

—No terminaste tu historia —dijo Navani—. La de la noche que mataste a Gavilar. Vuelve a contarme lo que ocurrió. La parte de esta esfera.

—Caímos —susurró Szeth, abriendo los ojos—. Gavilar quedó roto por el impacto, su cuerpo herido de muerte. En ese momento me trató no como a un

enemigo, sino como al último hombre vivo al que vería jamás. Me hizo una petición. Una petición sagrada, al ser las últimas palabras de un moribundo.

»Pronunció varios nombres, que ya no recuerdo, preguntándome si me habían enviado esas personas. Cuando le aseguré que no era así, sintió alivio. Creo que temía que la esfera cayera en sus manos, así que me la entregó a mí. Confiaba más en su propio asesino que en las personas que lo rodeaban.

«Yo incluida», pensó Navani. Tormentas, creía tener superada la ira y la frustración que había sentido hacia Gavilar, pero allí estaban, retorciéndose sobre sí mismas en la boca de su estómago, provocando que se alzaran furiaspren bajo sus pies.

—Me dio un mensaje para que se lo transmitiera a su hermano —siguió diciendo Szeth, con una mirada hacia los furiaspren que se acumulaban—. Apunté sus palabras, ya que era lo más que podía hacer para cumplir con esa petición de un moribundo. Tomé la esfera y la escondí. Hasta que tú me preguntaste si había encontrado algo en su cadáver, momento en el cual la recuperé.

Eso había ocurrido hacía solo un mes, y porque a Navani se le había ocurrido hacerle la pregunta. De no ser así, Szeth habría seguido sin decir ni una palabra sobre aquella esfera, como si su mente fuera demasiado infantil o estuviera demasiado tensa para darse cuenta de que debería haber sacado el tema.

Navani tuvo un escalofrío. Estaba a favor de reconfortar a los enfermos de la mente... una vez estuvieran bien retenidos y que objetos como las malignas hojas esquirladas parlantes fuesen retiradas de su posesión. Navani tenía una lista de datos sobre la hoja esquirlada que había ido redactando a partir de sus conversaciones con Szeth, y pensaba que quizá fuese una hoja de Honor que se hubiera corrompido de algún modo. A Szeth se la había entregado un Heraldo, al fin y al cabo. Pero Navani la encontraba difícil de estudiar, porque estar en presencia de Szeth le provocaba náuseas.

Por lo menos, el spren de la espada había dejado de hablar a las mentes de quienes pasaban junto al calabozo. Habían sido necesarios tres requerimientos de Dalinar para que Szeth por fin refrenara a aquella cosa.

—Y estás seguro de que esta es la misma esfera que él te entregó —dijo Navani.

—Lo es.

—¿No te dijiste nada sobre ella?

—Ya respondí a esa pregunta.

—Y volverás a responderla. Hasta que yo esté convencida de que no «olvidas» ningún otro detalle.

Szeth dio un leve suspiro.

—No me habló de la esfera. Estaba muriendo y apenas fue capaz de pronunciar esas últimas palabras. No estoy seguro de que fuesen proféticas, como a veces lo son las voces de los moribundos en mi país. Pero las obedecí de todos modos.

Navani se volvió para marcharse. Tenía más preguntas, pero debía racionar su tiempo con el asesino. Cada momento que pasaba cerca de él la enfermaba físicamente; en esos momentos ya se le empezaba a revolver el estómago y temía perder su desayuno.

—¿Me odias? —preguntó Szeth desde detrás, calmado, casi insensible. Demasiado calmado, demasiado insensible para estar dirigiéndose a la persona a quien había hecho enviudar.

—Sí —dijo Navani.

—Bien —respondió Szeth, y la palabra resonó en la pequeña celda—. Bien. Gracias.

Estremecida y asqueada, Navani huyó de su presencia.

Menos de una hora después salió al Paseo de las Nubes, una terraza ajardinada que se extendía desde la base del octavo anillo de la torre. Urithiru tenía casi doscientas plantas de altura, diez anillos de dieciocho pisos cada uno, por lo que el octavo anillo estaba cerca de su cima, a una altura vertiginosa.

Casi toda la torre estaba construida contra las montañas, con partes de la estructura incrustadas por completo en la piedra. Era solo allí, cerca de la cúspide, donde la torre se alzaba del todo sobre la roca circundante. El Paseo de las Nubes rodeaba casi el perímetro entero del anillo, una superficie de piedra al aire libre con un parapeto de seguridad a un lado.

Sus vistas eran de las mejores que podía ofrecer Urithiru. Navani había subido allí a menudo en los primeros meses que habían pasado en la torre, pero se había corrido la voz del espectacular panorama que podía contemplarse desde el paseo. Si en otro tiempo Navani había podido recorrer el Paseo de las Nubes entero sin encontrar ni un alma, ese día vio a decenas de personas dando una vuelta por allí arriba.

Se obligó a verlo como una victoria, no como una intrusión. Una parte de la visión que tenían para aquella torre era la de una ciudad donde pudieran

entremezclarse los distintos pueblos de Roshar. Con las Puertas Juradas proporcionando acceso directo a ciudades de todo el continente, Urithiru podía crecer y volverse cosmopolita de formas en las que Kholinar ni siquiera habría soñado.

Mientras caminaba, Navani no solo vio los uniformes de siete principados diferentes, sino también a gente vestida con los diseños de tres gobiernos locales makabaki distintos. Estaban representados los mercaderes thayleños, los soldados emuli, los comerciantes natanos. Había hasta unos pocos aimianos, remanentes de los humanos que habían escapado de Aimia, las barbas de los hombres atadas con cordeles.

La mayor parte del mundo estaba enredada con la guerra, pero Urithiru era un caso aparte. Un lugar de serena calma por encima de las tormentas. Los soldados acudían allí para pasar sus permisos. Los comerciantes compraban allí sus mercancías, asumiendo las tarifas propias de los tiempos de guerra para evitar el coste de intentar entregar bienes cruzando frentes bélicos. Los eruditos iban allí para que sus mentes chispearan contra las que trabajaban en resolver los problemas de una nueva era. Urithiru era en verdad algo grandioso.

Navani deseó que Elhokar viviera para ver lo maravillosa que estaba haciendo la ciudad. Lo mejor que podía hacer era encargarse de que su hijo creciera para saber apreciarla. Así que separó los brazos cuando llegó al lugar acordado. La niñera dejó a Gavínor en el suelo y el niño echó a correr y saltó al abrazo de Navani.

Lo apretó bien fuerte, agradecida por los progresos que habían hecho. Cuando por fin habían rescatado a Gavínor, estaba tan asustado y huidizo que se había encogido cuando Navani intentó abrazarlo. Ese trauma de hacía un año por fin estaba desapareciendo del chico. A menudo se mostraba solemne, demasiado para tener cinco años, pero había aprendido a reír de nuevo, por lo menos con ella.

—¡Yayi! —exclamó el niño—. ¡Yayi, he montado a caballo!

—¿Tú solito? —preguntó ella, levantándolo del suelo.

—¡Me ha ayudado Adolin! —dijo él—. ¡Pero era un caballo muy grande! ¡Y no me he asustado ni cuando se ha puesto a andar! ¡Mira, mira!

Señaló y Navani lo levantó en brazos mientras miraban hacia los campos que se extendían muy por debajo de ellos. Estaba demasiado lejos para distinguir ningún detalle, pero eso no impidió que el pequeño Gav le explicara con pelos y señales los distintos colores de los caballos que había

visto.

Navani le dedicó una sonrisa de ánimo. El entusiasmo del niño no solo era contagioso, sino también un alivio. Durante sus primeros meses en la torre, apenas había hablado. Que ya estuviera dispuesto a hacer más que acercarse un poco a los caballos, que lo fascinaban pero también lo aterrorizaban, era una gran mejoría.

Sostuvo en brazos a Gav, cálido a pesar del aire frío, mientras el chico hablaba. Seguía siendo demasiado pequeño para su edad, y los médicos no estaban seguros de si le habrían hecho algo raro durante su estancia en Kholinar. Navani estaba furiosa con Aesudan por todo lo que había ocurrido allí, pero también igual de furiosa consigo misma. ¿Qué parte de responsabilidad correspondía a Navani por dejar sola a la mujer y que pudiera invitar a una de los Deshechos?

«No podías saberlo —se dijo Navani—. No puedes cargar tú con la culpa de todo.» Había intentado sobreponerse a esos sentimientos, y a otros también irracionales que le susurraban que compartía la culpa por la muerte de Elhokar. Si le hubiera impedido ir a aquella absurda misión...

No. No, abrazaría a Gav y le dolería, pero seguiría adelante. Se obligó a pensar en los maravillosos momentos que había pasado con Elhokar en brazos cuando era niño y a no obsesionarse con la imagen de ese niño pequeño muriendo por la lanza de un traidor.

—¿Yayi? —dijo Gav mientras contemplaban las montañas—. Quiero que el yayo me enseñe la espada.

—Ah, seguro que podrá hacerlo en algún momento —respondió Navani, y señaló—. ¡Mira esa nube, qué grandota es!

—Los otros chicos de mi edad aprenden la espada —insistió Gav, con voz más suave—, ¿verdad?

Era cierto. En Alezkar las familias, sobre todo los ojos claros, iban juntas a la guerra. Los azishianos lo consideraban antinatural, pero para los alezi era como se hacían las cosas. A los diez años, los niños ya aprendían a servir como ayudantes de oficiales, y a menudo se les daba una espada de entrenamiento en el momento en que empezaban a andar.

—No tienes que preocuparte por eso —le dijo Navani.

—Si tengo una espada —dijo Gav—, nadie podrá hacerme daño. Podré encontrar al hombre que mató a mi padre. Y podría matarlo.

Navani sintió un escalofrío que nada tenía que ver con el aire gélido. Por una parte, era una forma de hablar muy propia de los alezi. Pero aun así, le

partió el corazón. Abrazó a Gav con fuerza.

—Tú no te preocupes por eso.

—¿Hablarás con el yayo, por favor?

Navani suspiró.

—Se lo preguntaré.

Gav asintió, sonriente. Por desgracia, Navani no podía pasar mucho tiempo con él. Disponía de una hora antes de reunirse con Dalinar y Jasnah, y antes de eso tenía que hablar con unos científicos allí arriba, en el Paseo de las Nubes. Así que al cabo de un rato devolvió a Gav a la niñera. Se secó los ojos, avergonzándose de estar llorando por algo tan trivial, y siguió su camino deprisa.

Era solo que... Elhokar había aprendido mucho. En los últimos años Navani lo había visto crecer y transformarse en algo imponente, en un hombre mejor que Gavilar, digno de reinar. Una madre jamás debería tener que llorar a sus hijos. Jamás debería tener que pensar en su pobre niñito, yaciendo solo y muerto en el suelo de un palacio abandonado...

Se obligó a seguir avanzando, devolviendo un asentimiento a los soldados que elegían inclinarse o, por sorprendente que le pareciera, hacerle el saludo marcial llevándose las manos a los hombros con los nudillos hacia fuera. Así eran los soldados en los últimos tiempos. Navani supuso que, con algunos de sus comandantes aprendiendo a leer y algunas de sus hermanas uniéndose a los Radiantes, la vida podía hacérseles confusa.

Terminó llegando al puesto de investigación que habían establecido al final del Paseo de las Nubes. El científico jefe al cargo de las mediciones atmosféricas era un fervoroso de cuello particularmente largo. Con la cabeza calva y la piel que colgaba debajo de su barbilla, el hermano Benneh era clavadito a una anguila que se hubiera puesto túnica y hubiera hecho crecer un par de brazos a base de pura determinación. Pero era un tipo alegre y saltó animado hacia ella con sus cuadernos.

—¡Brillante! —exclamó, cuidándose de no hacer caso a Elthebar el predicotormantas, que estaba cerca tomando sus propias medidas con los instrumentos—. ¡Mira aquí, mira aquí! —Benneh señaló el historial de lecturas barométricas que había registrado en su cuaderno—. Esto, esto de aquí.

Dio unos golpecitos al barómetro, que estaba dispuesto sobre una mesa científica con termómetros, algunas plantas, un reloj solar y un pequeño astrolabio. Eso además de las distintas paparruchas astrológicas que los

predicetormentas habían montado allí también.

—Se eleva por delante de una tormenta —dijo Benneh, casi sin aliento.

—Un momento, ¿el barómetro *sube* antes de una tormenta?

—Sí.

—Pero... es lo contrario de lo que debería ocurrir, ¿verdad?

—Sí, ya lo creo, ya lo creo. Y mira, las lecturas de temperatura antes de una tormenta también suben ligeramente. Querías saber cuánto más frío hace aquí arriba, en el Paseo de las Nubes, que abajo en los campos. Pues brillante, resulta que hace más calor.

Navani frunció el ceño y miró hacia la gente que paseaba. No había ni rastro de vaho delante de sus caras. Navani tenía la sensación de que allí arriba hacía más frío, pero ¿podía ser porque era lo que esperaba? Además, siempre llegaba hasta allí desde el interior de la torre, por lo que era imposible no comparar la temperatura con la calidez de dentro en vez de con la que hubiera allá abajo.

—¿A qué temperatura están ahora mismo? —preguntó—. Abajo, digo.

—Lo he preguntado por vinculacaña. Las medidas son concluyentes. Son como mínimo cinco grados menos en la plataforma.

«¿Cinco grados?» Tormentas.

—Calor por delante de una tormenta y un aumento de la presión —resumió Navani—. Contradice nuestros conocimientos, pero ¿alguien había hecho mediciones como estas desde tanta altura? Quizá lo que sea natural al nivel del mar se invierta aquí arriba.

—Sí, sí —respondió el fervoroso—. Quizá podría ser eso, pero mira estos libros. Contradicen esa hipótesis. Medidas tomadas en varias expediciones comerciales comecuernos... a ver si las encuentro...

Empezó a buscar en papeles, aunque a ella no le hacían falta. Tenía su propia sospecha sobre lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué iban a incrementarse la presión y la temperatura antes de una tormenta? Porque la estructura estaba preparándose para ella. La torre era capaz de adaptarse a las tormentas. Era otra prueba sumada a unos datos que seguían creciendo hasta hacerse tan montañosos como aquellos picos. Urithiru podía regular la temperatura, la presión, la humedad. Si lograran hacerla funcional del todo, la vida allí arriba mejoraría drásticamente.

Pero ¿cómo repararla, si el spren que vivía allí había muerto? Navani estaba tan absorta con la cuestión que casi ni se fijó en las inclinaciones. Su subconsciente las registró al principio como más gente haciéndole

reverencias, pero eran demasiadas. Y demasiado profundas.

Se volvió para descubrir que Dalinar pasaba por allí, acompañado por Taravangian. La gente se apartaba para dejar pasar a los dos reyes, y Navani se sintió idiota. Ya sabía que iban a reunirse esa tarde y aquel era uno de sus lugares favoritos para pasear. Los demás encontrarían positivo que los dos reyes estuvieran juntos, pero Navani no pasó por alto el hueco que había entre ellos. Sabía cosas que otros no. Por ejemplo, Dalinar ya no recibía a su antaño amigo junto al hogar para pasar horas charlando. Y Taravangian ya no asistía a los encuentros privados del círculo interno de Dalinar.

No habían podido expulsar a Taravangian de la coalición de monarcas, ni tampoco estaban dispuestos a hacerlo todavía. Los crímenes del rey, por terribles que fuesen, no habían sido más sanguinarios que los del propio Dalinar. El hecho de que Taravangian hubiera enviado a Szeth contra los emperadores azishianos desde luego había tensado las relaciones e incrementado los roces en el seno de la coalición. Pero de momento, todos estaban de acuerdo en que los siervos de Odium eran un enemigo mucho más apremiante.

Taravangian, de todos modos, jamás volvería a ser digno de confianza. Por lo menos, las atrocidades de Dalinar habían formado parte de actos oficiales de guerra.

Aunque... Navani tenía que reconocer que se había perdido cierta autoridad moral con la distribución anticipada de las memorias de Dalinar. Las topas Kholin, antaño tan orgullosas que rayaban en lo arrogante, caminaban con los hombros un poco más gachos, levantando un poco menos la cabeza. No era que la gente no hubiera sabido las barbaridades que se cometieron en la guerra de unificación de los Kholin. Todo el mundo había oído hablar de la temible reputación del Espina Negra, de ciudades quemadas y saqueadas.

Mientras Dalinar había estado dispuesto a fingir que sus actos habían sido nobles, el reino había podido fingir lo mismo. Cuando dejó de estarlo, los alezi se habían visto obligados a afrontar una verdad que llevaba mucho tiempo escondida tras justificaciones y propaganda política. Ningún ejército, por muy limpia que fuese su reputación, salía de la guerra impoluto. Y ningún líder, por noble que fuera, podía evitar hundirse en el crem cuando entraba en el juego de la conquista.

Navani pasó un rato más repasando las lecturas con Benneh y luego fue a ver a las astrónomas reales, que estaban erigiendo unos nuevos telescopios

fabricados con lentes de la mejor calidad, importadas de Thaylenah. Estaban seguras de que desde tan alto tendrían unas vistas espectaculares cuando los telescopios estuvieran calibrados. Navani hizo algunas preguntas a las mujeres mientras trabajaban, pero se marchó cuando empezó a sentirse un incordio. Una verdadera patrocinadora de las ciencias sabía cuándo molestaba en vez de ayudar.

Pero cuando estaba volviéndose para marcharse, Navani se quedó pensando un momento y sacó del bolsillo la extraña esfera de luz del vacío que le había dado Szeth.

—¿Talnah? —dijo a una ingeniera—. Tu eras joyera antes de dedicarte a las lentes, ¿verdad?

—Aún sigo con eso a temporadas —respondió la mujer bajita—. Estuve unas horas en la ceca la semana pasada, comprobando pesos de esferas.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó Navani, sosteniendo en alto la esfera.

Talnah se pasó un mechón de pelo detrás de la oreja, cogió la esfera y la sostuvo con su mano enguantada.

—¿Qué es? ¿Luz del vacío?

Buscó en el bolsillo de su chaqueta, sacó una lente de joyera y se la puso en el ojo.

—No lo sabemos seguro —dijo Navani.

—Padre Tormenta —dijo la mujer—, qué buen diamante. ¡Eh, Nem! Ven a echar un vistazo.

Llegó otra ingeniera que cogió la lente y la esfera y dio un suave silbido.

—Tengo más aumentos en mi cartera, ahí al lado —dijo mientras hacía una seña.

Una ingeniera asistente le trajo un dispositivo ampliador más grande, por el que se podía mirar con los dos ojos.

—¿Qué es? —preguntó Navani—. ¿Qué ves?

—Es casi perfecta —afirmó Nem, colocando la esfera en unas tenazas—. No creció como gema corazón, eso puedo asegurarlo. La estructura jamás se alinearía con tanta exactitud. Esta esfera vale miles, brillante. Lo más probable es que pueda contener luz tormentosa durante meses sin ninguna pérdida. Puede que años. Y más todavía si es luz del vacío.

—Estuvo más de seis años en una cueva —dijo Navani—. Y aún brillaba, o como queráis llamar a esa negrura, cuando la encontraron.

—Pues sí que es rara —convino Talnah—. Es una esfera muy extraña, brillante. Eso tiene que ser luz del vacío, pero no termina de encajar. O sea,

es negra y violeta como las demás que he visto, pero...

—El aire se distorsiona a su alrededor —dijo Navani.

—¡Exacto! —exclamó Talnah—. Eso es. Qué raro. ¿Podemos quedárnosla para estudiarla?

Navani vaciló. Tenía planeado hacer sus propias pruebas a la esfera, pero tenía que atender las necesidades de la torre y trabajar en nuevas versiones de su máquina voladora. Siendo franca consigo misma, pretendía hacer pruebas a aquella esfera desde que la había recibido, pero nunca tenía tiempo.

—Sí, hacedlo, por favor —dijo Navani—. Hacedle las pruebas de medida habituales para la luz tormentosa, de luminosidad y demás, y mirad a ver si podéis transferir la luz a otras gemas. Si lo lográis, probad a usarla para alimentar distintos fabriales.

—La luz del vacío no funciona en los fabriales —repuso Nem, frunciendo el ceño—, pero tienes razón: a lo mejor esto no es luz del vacío. Sí que es cierto que se ve rara...

Navani hizo que le prometieran que mantendrían oculta la esfera y que solo la informarían a ella de los resultados de las pruebas. Les dio permiso para requisar auténticas esferas de luz del vacío, capturadas en batalla, y usarlas para comparar. Luego dejó la extraña esfera con ellas, nerviosa. No porque no confiara en las dos mujeres, que manejaban equipos muy caros y delicados y siempre habían demostrado ser de fiar. Pero la parte de Navani que había deseado estudiar aquella esfera en persona se sintió decepcionada.

Por desgracia, era un trabajo que correspondía a las eruditas, no a ella. Lo dejó en sus manos capaces y pasó a otra cosa. En consecuencia, fue la primera en llegar a la pequeña cámara sin ventanas cerca de la cima de la torre, donde Jasnah y Dalinar celebraban sus reuniones privadas. Aquellos pisos tan altos eran lo bastante pequeños para poder controlarlos por completo, estableciendo puestos de guardia que restringieran el acceso.

Era muy frecuente que más abajo las salas y los pasillos dieran una sensación agobiante. Como si hubiera alguien observando. Las paredes tenían aberturas que hacían circular el aire entre las estancias, y los conductos seguían unos rumbos estrambóticos que apenas estaban cartografiados por los niños que habían enviado a reptar por ellos. Nunca se podía saber con absoluta certeza que no hubiera nadie escuchando a escondidas una conversación privada desde algún hueco cercano.

En cambio, allí arriba las plantas solían tener menos de una docena de salas, habían trazado planos concienzudos de todas ellas y les habían

comprobado la acústica. La mayoría tenían ventanas, lo cual las hacía acogedoras. Navani se notó más relajada incluso en una cámara de piedra sin ventanas como aquella, siempre que su mente supiera que al otro lado de la pared estaba el cielo abierto.

Mientras esperaba, Navani repasó los apuntes de sus cuadernos para teorizar sobre la esfera oscura de Gavilar. Buscó un testimonio que había transcriftado de Rlain, el miembro oyente del Puente Cuatro. Rlain juraba que Gavilar había entregado a su general, Eshonai, una esfera de luz del vacío años antes de la llegada de la tormenta eterna. Cuando Navani le había enseñado aquella segunda esfera, la reacción de Rlain había sido muy curiosa.

«No sé lo que es eso, brillante —había dicho—. Pero me da una sensación dolorosa. La luz del vacío es peligrosa y tentadora, como si solo por tocarla mi cuerpo fuera a bebérsela con ansia. Eso de ahí... es distinto. Tiene una canción que no había oído nunca, y vibra mal contra mi alma.»

Navani pasó a otra página y anotó algunas ideas. ¿Qué pasaría si intentaban cultivar plantas con la luz oscura de aquella esfera? ¿Se atrevería Navani a pedir a un Radiante que intentara absorber esa extraña energía?

Seguía escribiendo cosas parecidas cuando llegaron Adolin y Shallan con el Visón. Habían estado entreteniéndolo de vez en cuando durante las anteriores semanas, enseñándole la torre y preparando alojamientos separados para sus tropas cuando llegaran en el *Cuarto Puente* al cabo de unos pocos días. El menudo general no llevaba uniforme, sino solo unos pantalones corrientes y una camisa abotonada de sencillo corte herdaziano, con tirantes y una casaca suelta. Qué raro. ¿No sabía que ya no era un refugiado?

—¿Crees que podrías enseñarme? —estaba diciendo Shallan. Pelirroja y sin sombrero—. De verdad me gustaría saber cómo te libraste de esos grilletes.

—Tiene su arte —respondió el herdaziano—. No es solo cuestión de práctica, sino sobre todo de instinto. Cada restricción es un acertijo que resolver, y la recompensa es... ir allí donde no deberías. Ser lo que no tendrías que ser. Brillante, no me parece una afición muy propia de una joven con tan buenos contactos.

—Créeme —dijo ella—, mis contactos son todo menos buenos. No dejo de encontrar trozos de mí misma tirados por ahí, olvidados...

Llevó al Visón hasta la otra puerta para señalarle el puesto de guardia que había tras ella. Adolin dio un abrazo a Navani y se sentó en la silla de al lado.

—Ese Visón la tiene fascinada —susurró a Navani—. Tendría que habérmelo esperado.

—¿Qué son esas ropas que lleva? —preguntó ella en voz baja.

—Lo sé, lo sé. —Adolin hizo una mueca—. Le he ofrecido a mis sastres y le he propuesto que le hagan un uniforme herdaziano, pero me ha dicho: «Herdaz ya no existe. Además, un hombre de uniforme no puede llegar a los sitios donde me gusta ir». No entiendo a ese hombre.

Al otro lado de la pequeña sala, el Visón miró una salida de aire en la piedra y fue asintiendo mientras Shallan le explicaba la seguridad de la cámara.

—Está planeando cómo escabullirse —dijo Adolin con un suspiro, y subió los pies a la mesa—. Ya nos ha dado esquinazo cinco veces hoy. No sé si está paranoico, loco o si solo tiene un sentido del humor muy cruel. —Se inclinó hacia Navani—. Sospecho que no sería tan horrible si Shallan no se hubiera quedado tan impresionada la primera vez. Le gusta mucho lucirse.

Navani bajó la mirada a las botas nuevas de Adolin, con ribetes de oro. Eran ya el tercer par que le veía puesto esa semana.

Llegó Dalinar y dejó a dos guardaespaldas fuera de la puerta principal. Siempre insistía en que Navani aceptara llevar también algunos guardias, y ella siempre los aceptaba... cuando tenía que transportar equipo pesado. Y la verdad, Dalinar no era quién para quejarse. ¿Con qué frecuencia dejaba él atrás a sus propios guardias?

En la sala había unas pocas sillas y una sola mesa pequeña, en la que Adolin había apoyado sus botas. ¡Ay, ese chico! Nunca se reclinaba en la silla ni subía los pies a ningún sitio cuando llevaba calzado normal y corriente.

Dalinar pasó al lado y dio un golpecito con los nudillos en las botas.

—Decoro —dijo—. Disciplina. Dedicación.

—Detalle, duelo, delicioso... —Adolin lanzó una mirada a su padre—. Ah, persona, creía que estábamos diciendo palabras al azar que empezaran igual.

Dalinar miró furibundo a Shallan.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Él no era así antes de que tú llegaras —dijo Dalinar.

—¡Que el Padre Tormenta nos asista! —exclamó alegre Shallan, sentándose al lado de su marido y poniéndole una mano protectora en la rodilla—. ¿Un Kholin que ha aprendido a relajarse un poco de vez en cuando? Seguro que ahora las lunas se saldrán de órbita y el sol caerá sobre el

planeta.

Ni Shallan ni Dalinar reconocerían jamás que se peleaban por Adolin, y de hecho Navani sospechaba que Dalinar hasta insistiría en que aprobaba el matrimonio. Pero lo cierto era que Dalinar nunca había tenido que rendir ningún hijo suyo a la influencia de alguien ajeno. Navani tenía la impresión de que culpaba demasiado a Shallan de cómo había cambiado el chico. Shallan no estaba empujando a Adolin a convertirse en algo que no era; sucedía más bien que Adolin por fin se sentía lo bastante libre para explorar una identidad que no estuviese ligada a ser hijo del Espina Negra.

Adolin había pasado a ser un alto príncipe. Debería tener la oportunidad de definir lo que significaba eso para él.

Por su parte, Adolin se limitó a soltar una carcajada.

—Shallan, ¿de verdad estás quejándote de que alguien sea demasiado intenso? ¿Tú? ¡Pero si a veces parece que hasta tus bromas son un desafío!

Ella lo miró y, en lugar de sentirse provocada, pareció relajarse. Adolin siempre tenía ese efecto en la gente.

—Pues claro que lo son —respondió ella—. Mi vida es un forcejeo constante contra el aburrimiento. Como baje la guardia, me encontrarás cosiendo o haciendo alguna otra cosa horrible.

El Visón observaba la conversación con una sonrisa.

—Ah, me recordáis a mi propio hijo y su esposa. —Espero que ellos sean un poco menos frívolos —dijo Dalinar.

—Murieron, en la guerra —respondió el Visón en voz baja.

—Lo siento —dijo Dalinar—. La tormenta eterna y Odium nos han arrebatado mucho a todos.

—No en esa guerra, Espina Negra. —El Visón le dirigió una mirada llena de implicaciones antes de volverse hacia Navani—. El alto príncipe ha mencionado unos mapas a los que podría echar un vistazo, ¿verdad? Me ha dicho que estarían esperándome aquí, pero no los veo, como tampoco veo ninguna mesa de buen tamaño para poder desenrollarlos. ¿No deberíamos traerlos? Tengo mucha curiosidad por la disposición de vuestras tropas contra los Portadores del Vacío.

—Ya no los llamamos Portadores del Vacío —dijo Dalinar—. Ha resultado ser un nombre... inexacto. A nuestros enemigos los llamamos los cantores. Y en cuanto al mapa, está aquí mismo.

Miró a Shallan, que asintió e inhaló una bocanada de luz tormentosa de las esferas que llevaba en su cartera. Navani se apresuró a preparar su cuaderno.

Y juntos, Shallan y Dalinar invocaron el mapa.

UNA PROPUESTA



El arma más sencilla que poseen los Fusionados contra nosotros no es en verdad un fabrial, sino un metal que es extremadamente ligero y capaz de resistir los ataques de una hoja esquirlada. Este metal también resiste el moldeado de almas e interfiere con un gran número de poderes Radiantes.

Por suerte, los Fusionados no parecen poder producirlo en grandes cantidades, dado que se equipan solo ellos mismos y no a sus soldados ordinarios con estas maravillas.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Navani había visto a Shallan y Dalinar invocar el mapa decenas de veces, pero, al igual que con la capacidad de Dalinar de recargar esferas, tenía la impresión de que aún podía aprender más sobre ese poder mediante una observación cuidadosa.

Primero Shallan exhaló y su luz tormentosa se expandió hacia fuera formando un disco. Dalinar sopló también su propia luz tormentosa, que se fundió con la de Shallan formando una espiral en la superficie, como un remolino. Las dos láminas de humo luminiscente rodaron y se extendieron hacia fuera, lisas y redondas, hasta llenar la cámara a la altura de la cintura.

De algún modo, el tejido de luz de Shallan se mezclaba con la Conexión con el terreno de Dalinar para crear aquella imponente representación de Roshar. El Padre Tormenta había insinuado que Dalinar, como Forjador de

Vínculos, podía hacer maravillas parecidas con otras órdenes de Caballeros Radiantes, pero de momento sus experimentos no habían dado ningún fruto.

La repentina aparición del mapa hizo que el Visón se alejara espantado. Había llegado a la puerta en una fracción de segundo y ya la tenía entreabierta, preparado para huir. Sí que era bastante paranoico, ¿verdad?

Navani se concentró en el mapa, con la pluma lista. ¿Alcanzaba a sentir algo? ¿Shadesmar, quizá? No... Era otra cosa. La sensación de volar, de alzarse sobre un océano tempestuoso. Libre. Onírica. La luz tormentosa pareció volverse sólida, adoptando de sopetón la forma de un mapa del continente como si se viera desde muy arriba. Reproducía con todo lujo de colores las montañas y los valles, con exacto detalle topográfico, a escala.

Los ojos del Visón se pusieron como platos y los asombrosos pren estallaron encima de él en un anillo de humo. Navani comprendía la emoción. Ver trabajar a los Radiantes era como experimentar la intensidad del sol o la majestuosidad de una montaña. Sí, para ella se iba haciendo cotidiano, pero dudaba mucho que algún día llegara a considerarlo ordinario.

El Visón cerró la puerta con un chasquido y se aproximó con el brazo extendido para meter una mano en la ilusión. Una pequeña parte de ella fluctuó convertida en arremolinada luz tormentosa. El Visón ladeó la cabeza y fue hasta el centro del mapa, que se distorsionó a su alrededor, pero luego recobró el enfoque de golpe cuando se quedó quieto.

—Por el poderoso aliento de Kalak —dijo el herdaziano, inclinándose para inspeccionar una montaña en miniatura—. Esto es increíble.

—Son los poderes combinados de una Tejedora de Luz y un Forjador de Vínculos —explicó Dalinar—. No es una imagen del mundo tal y como existe en este momento, por desgracia. Solo actualizamos el mapa cada pocos días, cuando pasa la alta tormenta. Eso limita nuestra capacidad de hacer conteos de tropas enemigas, ya que tienden a resguardarse en edificios.

—¿El mapa es así de detallado? —preguntó el Visón—. ¿Podéis ver a individuos sueltos?

Dalinar hizo un gesto y una porción del mapa se expandió. Los confines más remotos desaparecieron cuando aquella parte concreta fue ganando más y más detalle, enfocando Azimir. La capital azishiana se amplió de un puntito a una ciudad cada vez más reconocible, hasta detenerse en el límite de aumento que tenía el mapa: una escala a la que los edificios tenían el tamaño de esferas y las personas eran motas de polvo.

Dalinar devolvió el mapa a su tamaño completo y miró a Shallan. Ella

asintió y entonces por encima de algunos sectores del mapa empezaron a aparecer números flotando en el aire, arremolinados y hechos de luz tormentosa, acompañados de glifos que los hombres podían interpretar.

—Estas son nuestras mejores estimaciones de tropas —dijo Dalinar—. Las cuentas de cantores van en dorado y las nuestras, que por supuesto son más exactas, en el color del ejército en cuestión. Divididos por sus glifos correspondientes tienes a los soldados de a pie, la infantería pesada, los arqueros y la escasa caballería que podríamos desplegar en cada zona.

El Visón siguió recorriendo el mapa y Navani no apartó la mirada de él, más interesada en el hombre que en los números. El Visón se tomó su tiempo e inspeccionó cada región de Roshar y sus concentraciones de tropas.

Mientras lo hacía, se abrió la puerta. La hija de Navani, su majestad la reina Jasnah Kholin de Alezkar, había llegado. Llevaba a cuatro guardias. Jasnah jamás iba sola, aunque era más capaz con sus poderes que ningún otro Radiante. Dejó a sus guardias fuera de la puerta y entró seguida solo por un hombre: el Sagaz de la Reina, larguirucho, con el pelo negro como el carbón y la cara angulosa.

Era el mismo Sagaz que había servido a Elhokar, por lo que Navani lo conocía desde hacía años. Sin embargo, estaba... distinto. Navani lo había visto susurrar en tono conspirador con Jasnah durante las reuniones. El hombre se dirigía a Navani —y a todo el mundo— como si fuesen íntimos. Aquel Sagaz tenía un aire misterioso en el que Navani nunca se había fijado durante el reinado de Elhokar. Quizá se amoldara al monarca al que servía.

Iba justo detrás de Jasnah, siguiéndole el paso, con su espada en una vaina plateada al cinto y los labios combados en una levísima sonrisa. La clase de sonrisa que llevaba a pensar que estaba planteándose un chiste a costa de ella que nadie más había tenido la decencia de contarle a la cara.

—Veo que ya tenemos nuestro mapa —dijo Jasnah—. Y a nuestro nuevo general.

—En efecto —respondió el Visón, que estaba leyendo las cifras de tropas que flotaban sobre Azir.

—¿Opiniones? —preguntó Jasnah, siempre práctica.

El Visón siguió inspeccionando el mapa. Navani intentó adivinar las conclusiones a las que llegaría. La guerra estaba desarrollándose en dos frentes principales. En Makabak, la región que comprendía Azir y los numerosos y pequeños reinos de su alrededor, las fuerzas de la coalición seguían combatiendo a los cantores por una región concreta, el reino de

Emul. La interminable sucesión de conflictos era tan solo la más reciente en una serie de guerras que habían dejado el reino, otrora orgulloso, asolado por la contienda y destrozado.

De momento, ningún bando tenía la ventaja. Los ejércitos azishianos, con la ayuda de los estrategas alezi, habían reconquistado terrenos en el norte de Emul. Sin embargo, no se atrevían a avanzar demasiado, ya que podría entrar en liza la fuerza impredecible de la zona si llegaban al sur. Enclavado tras las tropas de Odium estaba el ejército de Tezim, el dios-sacerdote. Un hombre que habían descubierto que era Ishar, el antiguo Heraldo, que había enloquecido.

Tezim había estado tranquilo últimamente, por desgracia. Dalinar había esperado que se abalanzara contra la retaguardia de los cantores y los obligara a combatir presionados entre dos ejércitos. Pero tal y como estaban las cosas, la brutal pelea en Emul seguía empatada. La coalición podía suministrar con facilidad a sus tropas mediante la Puerta Jurada al norte y los barcos thayleños por el sur. El enemigo contaba con enormes cantidades de antiguos parshmenios y tenía acceso a más tropas de guerrilla que la coalición, Fusionados en su caso.

El Visón absorbió los detalles de aquel frente, estudiando las cifras de transportes marítimos y de la armada con interés.

—¿Controláis todas las Profundidades Meridionales? —preguntó.

—El enemigo tiene una armada, la que robó en Thaylenah —dijo Jasnah—. Nosotros contamos solo con los barcos que hemos logrado construir desde entonces y con los que escaparon a ese destino. Por lo tanto, nuestro dominio continuado no es seguro. Pero tras una victoria singular de la armada de Fen hace cuatro meses, el enemigo replegó sus naves a aguas iriali, lejos al noroeste. En la actualidad, parecen satisfechos de controlar los mares septentrionales y dejarnos dominar el sur.

El Visón asintió con la cabeza y se desplazó hacia el este para estudiar el segundo frente de la guerra: la frontera entre Alezkar y Jah Keved. Allí, la tierra natal capturada de Navani se había convertido en un acantonamiento seguro para el enemigo, que combatía a las fuerzas de la coalición dirigidas por Taravangian y Dalinar.

El combate en ese frente se reducía sobre todo a escaramuzas en la frontera. Hasta la fecha, los Fusionados se habían negado a dejarse atrapar en batallas tradicionales a gran escala, y además buena parte de la frontera entre Alezkar y Jah Keved era terreno difícil, lo que facilitaba que unidades

itinerantes de ambos bandos hicieran incursiones de saqueo y luego se esfumaran.

Dalinar opinaba que la coalición debería hacer pronto una gran ofensiva. Navani estaba de acuerdo. La naturaleza prolongada de aquella guerra beneficiaba al enemigo. La cantidad de Radiantes de la coalición crecía despacio en los últimos tiempos, sobre todo debido a que los honorspren se resistían a darles su apoyo. Sin embargo, los cantores enemigos, al principio sin entrenar, iban convirtiéndose en mejores tropas a cada día que pasaba, y seguían apareciendo más y más Fusionados. Dalinar quería atacar Alezkar y tomar la capital.

El Visón recorrió los montes ilusorios de la frontera alezi. Por el momento, aparte de las incursiones, Dalinar se había concentrado en tomar el control del extremo sudoccidental de Alezkar, la costa del mar de Tarat, para reforzar la superioridad naval de la coalición en el sur. La cercanía a Jah Keved y a la Puerta Jurada de Vedenar les permitía desplegar tropas allí y suministrarlas con rapidez.

Era la única parte de Alezkar que habían reconquistado de momento. Y estaba muy muy lejos de la capital, Kholinar. Había que hacer algo. Cada día que la tierra natal de Navani siguiera en manos enemigas era otro día en que su pueblo seguía derrotado, controlado. Otro día para que el enemigo se atrincherara más allí, alimentando sus ejércitos con el sudor de los granjeros alezi.

Era un dolor profundo, inexorable, pensar en Alezkar y saber que eran a grandes rasgos un pueblo en el exilio, allí en Urithiru. Habían perdido su nación, y Navani sabía que Dalinar se culpaba de ello. Creía que, si hubiera sido capaz de aplastar a los pendencieros altos príncipes y terminar la guerra en las Llanuras Quebradas, Alezkar no habría caído.

—Sí... —murmuró el Visón. Miró con ojos entornados los números de las tropas alezi en la costa meridional de Alezkar y luego volvió a los ejércitos veden desplegados en la frontera—. Sí. Decidme, ¿por qué me enseñáis esto? Esta información es valiosa. Sois rápidos en confiar en mí.

—No tenemos mucha elección —dijo Jasnah, haciendo que el hombre se girara hacia ella—. ¿Estás al tanto de la historia reciente de Alezkar y Jah Keved, general?

—He tenido mis propios problemas —respondió él—, pero sí. Guerra civil en ambos países.

—Lo nuestro no fue una guerra civil —terció Dalinar.

Aquello era discutible. La rivalidad con Sadeas, la competencia en las Llanuras Quebradas, la eventual traición de Amaram...

—Lo llamemos como lo llamemos —dijo Jasnah—, los últimos años han sido dolorosos para nuestros dos reinos. Jah Keved perdió a casi toda su familia real, y a la mayoría de sus mejores generales, tras el asesinato de su rey. Y a nosotros no nos ha ido mucho mejor. Nuestros cuadros de mando han sido destrozados varias veces.

—Vamos escasos de efectivos —dijo Dalinar—. Muchos de nuestros mejores generales de campo hacen falta en Azir. Cuando me enteré de que era posible rescatar al hombre que contuvo él solo la invasión cantora durante un año...

Dalinar avanzó con paso firme hasta el centro de la ilusión, que reaccionó a él con sutiles diferencias respecto a los demás. El color también se arremolinó a su alrededor, pero los hilos de luz tormentosa se estiraban para conectarse a él. Como brazos de suplicantes extendidos hacia su rey.

—Quiero saber lo que ves tú —dijo Dalinar, abarcando el mapa entero con un gesto—. Quiero que analices lo que estamos haciendo. Quiero tu ayuda. A cambio, utilizaremos nuestras fuerzas para reconquistar Herdaz. Ayúdame a recuperar Alezkar y no escatimareé esfuerzos en liberar a tu pueblo.

—Tener al Espina Negra de mi lado sí que sería toda una novedad —repuso el Visón—. Pero antes de hacer ninguna promesa, necesito saber por qué tenéis tantas tropas apostadas aquí, aquí y aquí —dijo, señalando varias fortificaciones en la frontera sur de Alezkar, cerca del océano.

—Necesitamos defender los puertos —respondió Dalinar.

—Mmm. Ya, y supongo que esa excusa funciona con los otros miembros de tu coalición, ¿no?

Dalinar apretó los labios y lanzó una mirada a Jasnah. Detrás de ella, Sagaz enarcó las cejas y se apoyó en la pared del fondo. Solía mantenerse callado en las reuniones, cosa rara en él, pero podían leerse parrafadas burlonas enteras en sus expresiones.

—Las concentraciones enemigas están aquí, al otro lado del río —dijo el Visón, señalando—. Si de verdad te preocuparan solo ellas, fortificarías justo enfrente para impedir que ataquen cuando el río se seca entre tormentas. Pero no lo haces. Qué curioso. Por supuesto, de ese modo quedarías expuesto por detrás. Es casi como si no confiaras en quien te vigila las espaldas...

El hombre, mucho más bajito, miró a los ojos a Dalinar y dejó las palabras flotando en el aire. Sagaz carraspeó tapándose la boca con la mano.

—Creo que Taravangian trabaja para el enemigo —dijo Dalinar, y suspiró—. Hace un año, alguien dejó entrar a tropas enemigas para atacar Urithiru y, a pesar de unas excusas y evasiones que han convencido a los demás, estoy seguro de que fue la Radiante de Taravangian quien lo hizo.

—Es peligroso librarse una guerra cuando tu aliado más fuerte es también tu mayor temor —dijo el Visón—. ¿Y qué es eso de Radiantes en el bando opuesto? ¿Cómo puede ser?

—No serían los únicos, por desgracia —respondió Jasnah—. Hemos perdido una orden entera, los Rompedores del Cielo, que ahora combaten para el enemigo. Se han dedicado a hostigar el reino de Azir, lo que nos fuerza a seguir desplegando tropas en la región. Y los Portadores del Polvo siguen coqueteando con la rebelión y tienden a desobedecer las órdenes de Dalinar.

—Preocupante —dijo el Visón. Subió por la frontera de Alezkar, pasando junto a Jasnah—. También acumuláis fuerzas aquí. Queréis internaros en vuestra tierra natal, ¿verdad? Pretendéis reconquistar Kholarin.

—Postergar esa acción hará que perdamos la guerra —dijo Navani—. El enemigo gana fuerza a cada día que pasa.

—Coincido con esa valoración —afirmó el Visón—. Pero ¿atacar Alezkar?

—Queremos hacer una ofensiva poderosa y a gran escala —explicó Dalinar—. Intentamos que los otros monarcas comprendan lo crucial que es.

—Ah... —dijo el Visón—. Claro, y un general de fuera que lo vea con ojos frescos sería persuasivo para ellos, ¿verdad?

—En eso confiamos —respondió Dalinar.

—Y aun así, no has podido resistirte a intentar predisponerme, ¿eh? Has querido enseñarme esto enseguida, ponerme de tu parte desde el principio. ¿Para no arriesgarte a que haya sorpresas?

—Ya hemos tenido... bastantes sorpresas cayéndonos del cielo durante las reuniones de monarcas —dijo Navani.

—Supongo que no os lo puedo reprochar —dijo el Visón—. No, nada de reproches. Pero sigue habiendo una pregunta. ¿Qué queréis de mí los Kholin? ¿Preferís que refuerce lo que ya queréis creer o buscáis la verdad?

—Yo siempre quiero la verdad —respondió Dalinar—. Y si has oído hablar de mi sobrina, sabrás que no tiene el menor reparo en pronunciar la verdad tal y como ella la ve. Sean cuales sean las consecuencias.

—Sí —dijo el Visón mirando a Jasnah—. Conozco vuestra reputación, majestad. Y en lo que respecta al Espina Negra... hace dos años no me habría

creído ni una palabra tuya. —Levantó un dedo—. Pero mi sobrina me leyó tu libro. Entero, sí. Fue difícil, pero nos hicimos con un ejemplar y lo escuché con gran interés. No confío en el Espina Negra, pero quizá pueda confiar en el hombre que estuvo dispuesto a escribir lo que tú escribiste.

El Visón observó a Dalinar, como evaluándolo. Al cabo de un momento, se volvió y cruzó el mapa.

—Quizá pueda ayudaros a resolver este embrollo. No debéis atacar Alezkar.

—Pero... —empezó a objetar Dalinar.

—Coincido en que debéis hacer una ofensiva —lo interrumpió el Visón—. Pero si Taravangian no es de fiar, lanzar ahora una expedición al interior de Alezkar expondría vuestras fuerzas a una catástrofe. Incluso sin el peligro de una traición, el enemigo es demasiado fuerte en esa zona. Llevo un tiempo combatiéndolos y puedo aseguraros que están bien asentados en vuestro país. No los expulsaremos fácilmente, y lo que es seguro es que no podremos hacerlo mientras libramos una guerra en dos frentes. —El Visón se detuvo en Azir y señaló hacia los combates de Emul.

»Aquí tenéis al enemigo atrapado entre vosotros y una fuerza rival. Utilizan a esos Rompedores del Cielo para distraeros y que no os fijéis en lo expuestos que están aquí. Vuestro adversario no tiene acceso al mar y sí unos problemas de suministro muy graves, aislado de sus aliados en Iri y Alezkar. ¿Queréis una gran ofensiva que tenga posibilidad de éxito? Reconquistad Emul y expulsad a los Portadores del Vacío... perdón, a los cantores, de Makabak.

»Ahora debéis afianzar, concentraros en los puntos donde el enemigo es más débil. Lo que no debéis hacer es estampar vuestros ejércitos contra la posición enemiga más fortificada de todas, en un esfuerzo temerario por reparar vuestro orgullo alezi herido. Esa es la verdad.

Navani miró a Dalinar y se disgustó al ver cómo lo desinflaban aquellas palabras, cómo se le encorvaban los hombros. Dalinar se moría por liberar su tierra natal.

Ella no era un prodigo de la estrategia como Dalinar. No habría puesto objeciones si él insistiera en que liberar Alezkar era la jugada correcta. Pero la forma en que reaccionó, agachando la cabeza mientras el Visón hablaba, reveló a Navani que Dalinar sabía que el general tenía razón.

Tal vez Dalinar ya lo supiera de antes. Quizá solo necesitara oírselo decir a otra persona.

—Te proporcionaremos informes más detallados —dijo Jasnah—, para que compruebes si los hechos apoyan tus instintos, Visón.

—Sí, sería lo más prudente —repuso él—. Muchas cámaras cerradas a cal y canto revelan una ruta de huida oculta, al fin y al cabo.

—Adolin, ¿me haces el favor? —preguntó Jasnah—. Sí, y tú también, Shallan. Llevad a nuestro invitado a las salas de informes militares y proporcionadle acceso a nuestras esribas y a todos los mapas de nuestro archivo. Teshav debería poder proveerlo de las cifras exactas y los datos de batalla más recientes. Estúdialo todo muy bien, Visón. Nos reuniremos con los monarcas dentro de unas semanas para debatir nuestra próxima gran ofensiva, y querría tener un plan preparado.

El Visón se inclinó ante Jasnah y se retiró acompañado de Adolin y Shallan. Cuando se hubieron marchado y el mapa se desintegró por la ausencia de Shallan, Jasnah experimentó un cambio sutil. Su rostro dejó de ser una máscara tan cerrada. Su paso ya no era tan majestuoso cuando fue a sentarse a la pequeña mesa que había en la sala. Aquella era la mujer quitándose la corona, ya solo en compañía de su familia.

«De su familia y de Sagaz», pensó Navani mientras el hombre larguirucho, vestido todo de negro, cruzaba la cámara para traer el vino. Navani no sabía si los rumores sobre ellos dos eran ciertos o no, y la incomodaba la idea de preguntar. Era raro que una madre fuese tan reacia a charlar con su hija de asuntos íntimos. Pero... en fin, así era Jasnah.

—Ya me temía esto —dijo Dalinar, sentándose a la mesa delante de Jasnah—. Tengo que convencerlo de que el frente debe avanzar hacia Alezkar.

—Tío, ¿vas a ponerte tozudo con esto? —replicó Jasnah.

—Puede.

—Se ha dado cuenta casi al instante —dijo Jasnah—. Por tanto, Taravangian debe de saber que no confiamos en él. No podemos atacar en Alezkar ahora mismo. A mí me duele tanto como a ti, pero...

—Lo sé —admitió Dalinar mientras Navani se sentaba a su lado y le ponía la mano en el hombro—. Pero tengo un presentimiento espantoso, Jasnah. Me susurra que no hay forma de ganar esta guerra, no contra un enemigo inmortal. Me preocupa perder, pero hay otra cosa que me preocupa aún más. ¿Qué haremos si los expulsamos de Azir y ellos aceptan detener las hostilidades? ¿Renunciaríamos a Alezkar, si eso significara el final de la guerra?

—No lo sé —respondió Jasnah—. Estamos poniendo a nuestros chulls a

trabajar antes de haberlos comprado. No sabemos si un acuerdo como el que sugieres sería posible siquiera.

—No lo sería —intervino Sagaz.

Navani frunció el ceño y miró al hombre, que estaba dando un sorbito a su copa de vino. Se acercó y entregó una copa a Jasnah con gesto distraído antes de esconder de nuevo aquella nariz picuda en la suya.

—Sagaz —dijo Dalinar—, ¿esta es otra de tus bromas?

—Odium es un remate, Dalinar, pero no el de ningún chiste que te hayan contado. —Sagaz se sentó con ellos a la mesa sin pedir permiso. Siempre actuaba como si cenar con reyes y reinas fuese su estado natural—. Odium no va a ceder. No se conformará con nada que no sea nuestra sumisión absoluta, quizá nuestra destrucción.

Dalinar frunció el ceño y miró a Navani. Ella se encogió de hombros. Sagaz solía expresarse de ese modo, como si supiera cosas que no debería. No tenían forma de saber si fingía o hablaba con fundamento, pero presionarlo solía llevar únicamente a que te dejara en ridículo.

Dalinar tuvo el acierto de quedarse callado, meditando sobre la información recibida.

—Una ofensiva potente en Emul —dijo Jasnah, pensativa—. Podría haber una gema corazón en el centro de ese monstruo, Dalinar. Una Makabak estable reforzaría nuestra coalición. Una victoria clara y poderosa levantaría la moral y motivaría a nuestros aliados.

—Tiene sentido —reconoció Dalinar a regañadientes.

—Y hay más —dijo Jasnah—. Un motivo por el que nos interesa tener asegurados Azir y los países de su entorno en los meses venideros.

—¿Qué motivo? —preguntó Dalinar—. ¿De qué estás hablando?

Jasnah miró a Sagaz, que asintió y se levantó.

—Voy a traerlos. No dejes a nadie en ridículo mientras no estoy, brillante, o harás que me sienta improductivo.

Salió por la puerta.

—Hará venir a los Heraldos —explicó Jasnah—. Hasta que vuelva, podríamos hablar de la propuesta que te hice antes de que partieras hacia Piedralar, tío.

«Ay, madre —pensó Navani—. Allá vamos.» Jasnah había estado presionando en favor de una ley muy particular para Alezkar. Una ley peligrosa.

Dalinar se levantó y empezó a dar vueltas por la sala. No era buena señal.

—No es el momento, Jasnah. No podemos provocar una agitación social de esa magnitud en un momento tan terrible de nuestra historia.

—Y lo dice el hombre que ha *escrito* un libro este mismo año, poniendo patas arriba unas normas de género que llevaban siglos vigentes.

Dalinar hizo una mueca.

—Madre —dijo Jasnah a Navani—, ¿no me prometiste que hablarías con él?

—No he encontrado el momento —dijo Navani—. Y además... si te soy sincera, a mí también me preocupa.

—Lo prohíbo —sentenció Dalinar—. No puedes liberar a todos los esclavos alezi sin más. Provocaría un caos masivo.

—No era consciente —replicó Jasnah— de que pudieras prohibir a la reina que actúe.

—Lo has llamado una propuesta —dijo Dalinar.

—Porque aún no tengo pulido el texto definitivo —respondió Jasnah—. Tengo intención de planteárselo en breve a los altos príncipes para ver cómo reaccionan. Tendré en cuenta sus preocupaciones en la medida de lo posible antes de convertirlo en ley. Pero que vaya a legislar en este sentido, sin embargo, no es una cuestión que pretenda debatir.

Dalinar siguió caminando por la sala.

—No encuentro ningún buen juicio en esto, Jasnah. El caos que provocará...

—Nuestras vidas ya son un caos —dijo Jasnah—. Este es precisamente el momento de hacer grandes cambios, cuando la gente ya está adaptándose a una nueva forma de vida. Los datos históricos apoyan esta afirmación.

—Pero ¿por qué? —preguntó Dalinar—. Tú siempre eres pragmática. Esto parece justo lo contrario.

—Opto por el curso de acción que haga el mayor bien posible a la mayor cantidad de gente posible. Eso cuadra a la perfección con mi filosofía moral.

Dalinar dejó de andar y se frotó la frente. Miró a Navani como diciendo: «¿Tú puedes hacer algo?».

—¿Qué creías que iba a pasar cuando la pusiste en el trono? —preguntó Navani.

—Que mantendría a raya a los ojos claros —dijo él—. Y suponía que no se dejaría mangonear por sus maquinaciones.

—Eso es justo lo que estoy haciendo —afirmó Jasnah—. Aunque lamento verme obligada a incluirte en ese grupo, tío. Es bueno que te opongas a mí. Y

te animo a hacerlo en público. Demasiada gente interpretaba que Elhokar hincaba la rodilla ante ti, y aquel feo asunto del «Alto Rey» todavía deja un tufillo desgradable. Al mostrar que no estamos unidos en esto, reforzamos mi posición y demostramos que no soy un títere del Espina Negra.

—Preferiría que fueses más despacio —dijo Dalinar—. No me opongo por completo a la teoría de lo que estás haciendo. Muestra compasión. Pero...

—Si vamos más despacio —interrumpió Jasnah—, el pasado nos alcanzará. La historia funciona así, devorando siempre el presente. —Sonrió con cariño a Dalinar—. Respeto y admiro tu fuerza, tío. Siempre lo he hecho. Pero de vez en cuando, también creo que hay que recordarte que no todos ven el mundo igual que tú.

—Sería mejor para todos que lo hicieran —gruñó él—. Ojalá el mundo dejara de desmadrarse cada vez que miro hacia otro lado.

Se sirvió una copa de la jarra de vino. Naranja, por supuesto.

—¿Eso incluiría a los fervorosos, hija? —preguntó Navani.

—Son esclavos, ¿no?

—Sobre el papel, sí. Pero hay quienes podrían decir que con esto estás tomándote la revancha contra la iglesia —advirtió Navani.

—¿Impidiendo que los fervorosos se consideren propiedades? —preguntó Jasnah, divertida—. Bueno, supongo que sí que habrá quienes lo digan. Verán un ataque en cualquier cosa que haga. Pero resulta que esto los beneficia. Al liberar a los fervorosos, me arriesgo a permitir que la iglesia vuelva a convertirse en un poder político en el mundo.

—¿Y... eso no te preocupa? —preguntó Navani. A veces, comprender las motivaciones de aquella mujer, que afirmaba que siempre eran sencillísimas, era como intentar leer el canto del alba.

—Pues claro que me preocupa —dijo Jasnah—. Pero prefiero que los fervorosos vuelvan a tener una participación activa en política que las cortinas de humo y las tramas entre bastidores que usan ahora. Eso les permitirá amasar más poder, sí, pero también expondrá sus actos a un mayor escrutinio público.

Jasnah golpeteó la mesa con una uña de su mano libre. Llevaba la mano segura envuelta en una manga, con visible decoro, aunque Navani sabía que Jasnah tenía en poca estima las convenciones sociales. Pero las respetaba de todos modos. Maquillaje inmaculado. Cabello en trenzas. Una havah bella, majestuosa.

—Esto será por el bien de Alezkar a largo plazo —afirmó Jasnah—. En

términos económicos y morales. Las objeciones de tío Dalinar son valiosas. Les prestaré atención y pensaré en cómo responder a tales desafíos, porque...

Dejó la frase en el aire cuando Sagaz regresó acompañado de dos individuos. La primera era una hermosa joven de largo cabello negro, de etnia makabaki aunque sus ojos y algunos otros rasgos parecieran shin. El otro era un hombre alto y estoico, también makabaki. Era fuerte, de complexión poderosa y con un cierto aire regio, al menos hasta que una se fijaba en la expresión distante de sus ojos y lo oía bisbisear para sus adentros. La mujer tuvo que hacerlo pasar a la cámara, como si fuera simple de mente.

A primera vista, nadie habría dicho que aquellos dos fuesen seres antiquísimos, anteriores a la historia registrada. Shalash y Talenelat, Heraldos, inmortales con docenas de vidas a sus espaldas, adorados como dioses en muchas creencias y como semidioses en la religión de la propia Navani. Por desgracia, ambos estaban locos. La mujer por lo menos podía funcionar. Pero el hombre... Navani nunca le había oído pronunciar más que balbuceos.

Sagaz los trataba con una reverencia que Navani nunca habría esperado de él. Cerró la puerta después de que entraran y les indicó por señas que se sentaran a la mesa. Shalash, o Ash, como prefería que la llamaran, llevó a Talenelat a su asiento, pero ella se quedó de pie.

Navani se sentía muy incómoda en su presencia. Llevaba toda la vida quemando glifoguardas para hablar con ellos, suplicando la ayuda de aquellos dos al Todopoderoso. Usaba sus nombres para hacer votos, los recordaba en sus rezos diarios. Jasnah había renunciado a su fe, y Dalinar... Navani no estaba segura ya de en qué creía Dalinar. Era complicado.

Pero Navani mantenía sus esperanzas en los Heraldos y el Todopoderoso. Confiaba en que tuvieran planes que los meros mortales no eran capaces de comprender. Ver a aquellos dos en ese estado... la sacudía hasta lo más profundo de su ser. Seguro que aquello formaba parte de lo que el Todopoderoso quería que ocurriera. Seguro que había un motivo para todo. ¿Verdad?

—Marchando dos dioses —dijo Sagaz.

—Ash —dijo Jasnah—, durante nuestra última conversación estabas contándome lo que sabías sobre las capacidades de mi tío. Sobre los poderes de un Forjador de Vínculos.

—Te dije —restalló la mujer— que no sé nada.

Por la gentileza con la que trataba a Taln, nadie habría esperado que usara

un tono tan tenso. Navani, muy a su pesar, había llegado a aceptarlo como habitual.

—Lo que me dijiste era útil —insistió Jasnah—. ¿Tendrías la amabilidad de repetirlo?

Dalinar se acercó, curioso. Jasnah mantenía reuniones semanales con los Heraldos en las que intentaba sonsacarles todo conocimiento histórico que pudieran albergar sus mentes. Había afirmado que dichas reuniones solían ser infructuosas, pero Navani sabía que debía aferrarse a la palabra «solían» en boca de Jasnah. La reina era capaz de ocultar mucho en los espacios de entre sus letras.

Ash dio un profundo suspiro y echó a andar. No con la actitud pensativa que había mostrado Dalinar, sino con pasos que recordaban a los de un animal enjaulado.

—Yo no sabía nada sobre lo que hacían los Forjadores de Vínculos. Eso siempre fue el territorio de Ishar. Mi padre sí que hablaba a veces con él sobre las complejidades de la Teoría Realmática, pero a mí me traía sin cuidado. ¿Por qué iba a importarme? Ishar lo tenía controlado.

—Él forjó el Juramento —dijo Jasnah—. La... atadura que os hizo inmortales y atrapó a los Portadores del Vacío en otro dominio de la realidad.

—Braize no es otro dominio de la realidad —replicó Ash—. Es un planeta. Se ve en el cielo, igual que Ashyn, al que vosotros llamáis los Salones Tranquilos. Pero sí, el Juramento fue cosa de él. Los demás nos apuntamos y ya está.

La mujer se encogió de hombros. Jasnah asintió, sin dar señales de enfado.

—Pero ¿el Juramento ya no funciona?

—Está roto —respondió Ash—. Acabado, destrozado, vencido. Mataron a mi padre hace un año. Para siempre, de algún modo. Todos sentimos cómo ocurría. —Clavó la mirada en Navani, como si distinguiera la reverencia en sus ojos, y las siguientes palabras que pronunció sonaron burlonas—. Ahora ya no podemos hacer nada por vosotros. Ya no existe el Juramento.

—¿Y crees que Dalinar, como Forjador de Vínculos, podría repararlo o repetirlo? —preguntó Jasnah—. ¿Encerrar al enemigo?

—¿Quién sabe? —dijo Ash—. No funciona para vosotros igual que lo hacía para nosotros, cuando teníamos nuestras espadas. Vosotros estáis limitados, pero a veces hacéis cosas que nosotros no podíamos. En todo caso, yo nunca he sabido mucho de estos asuntos.

—Pero hay quienes sí saben, ¿verdad? —preguntó Jasnah—. ¿Un grupo de

personas que tienen práctica con la potenciación? ¿Que han experimentado con ella, que saben sobre los poderes de Dalinar?

—Ajá —dijo Ash.

—Los shin —intervino Navani, comprendiendo a qué se refería Jasnah—. Poseen las hojas de Honor. Szeth dice que entrenaban con ellas, que conocían sus capacidades.

—Todos los exploradores que enviamos a Shinovar desaparecen —dijo Dalinar—. Los Corredores del Viento que hacen pasadas informan de lluvias de flechas. Los shin no quieren tener nada que ver con nosotros.

—Por ahora —apostilló Jasnah, mirando a Ash—. ¿Verdad?

—Son... impredecibles —dijo la Heraldo—. Al final, terminé dejándolos atrás. Intentaron matarme, pero eso aún podía aceptarlo. Fue cuando empezaron a adorarme... —Ash se cruzó de brazos, apretando—. Tenían leyendas... profecías sobre el advenimiento de este Retorno. Yo no creía que fuese a suceder jamás. No quería creerlo.

—Necesitamos estabilizar Makabak, tío —dijo Jasnah—. Porque en algún momento tendremos que tratar con los shin. Y como mínimo, querremos averiguar lo que saben sobre los Forjadores de Vínculos a partir de los siglos que han pasado empuñando una hoja de Honor y experimentando con poderes como los tuyos.

Dalinar se volvió hacia Navani. Ella asintió. Aquello era importante. Si lograban hallar la manera de encerrar de nuevo a los Fusionados... vaya, podría significar el final de la guerra.

—Es una idea interesante —dijo Dalinar.

—Estupendo —zanjó Jasnah—. Si terminamos desplegando una gran ofensiva en Emul, asistiré en persona y me uniré a ella.

—¿Ah, sí? —dijo Dalinar—. ¿Y en qué medida pretendes... participar en el desarrollo de la guerra?

—Tanto como parezca apropiado.

Dalinar suspiró, y Navani sabía lo que estaba pensando. Si Jasnah se empeñaba demasiado en incorporarse a la planificación y la estrategia bélicas, a los altos príncipes no iba a gustarles. Pero Dalinar no podía protestar, después de lo que había hecho él mismo.

—Nos ocuparemos de eso si se convierte en un problema, supongo. —El Espina Negra se volvió hacia la Heraldo—. Ash, cuéntame más de lo que sabes sobre los shin, y en concreto sobre quienes puedan tener más información acerca de mis poderes.



Los Fusionados disponen de un segundo metal que encuentro fascinante, un metal que conduce la luz tormentosa. Las implicaciones de esto para la creación de fabriales son pasmosas. Los Fusionados utilizan este metal en conjunción con un fabrial rudimentario, consistente en una simple gema pero sin ningún spren atrapado dentro.

Cómo logran extraer la luz tormentosa de un Radiante e introducirla en esa esfera sigue resultándome incomprensible. Mis eruditos opinan que deben de emplear un diferencial de Investidura. Si una gema está llena de luz tormentosa (o de luz del vacío, supongo) y esa luz se retira deprisa, crea un diferencial de presión, o una especie de vacuidad, en la gema.

Esto sigue siendo solo una hipótesis.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Kaladin estaba de pie al borde de la plataforma de una Puerta Jurada, desde la que se dominaban las montañas. Aquel gélido paisaje nevado era una visión como procedente de otro mundo. Antes de llegar a Urithiru, Kaladin solo había visto la nieve en contadísimas ocasiones, y habían sido solo pequeñas superficies al alba. Allí, en cambio, la nieve era gruesa y profunda, prístina y de un blanco puro.

«¿Roca estará viendo un paisaje parecido ahora mismo?», se preguntó Kaladin. La familia de Roca, Cikatriz y Drehy habían partido hacía casi cuatro semanas. Habían enviado un solo mensaje por vinculacaña, al poco de marcharse, informando de que habían llegado a su destino.

Kaladin estaba preocupado por Roca, y sabía que jamás dejaría de preocuparse. Sin embargo, los detalles del trayecto... bueno, ya no eran responsabilidad suya, sino de Sigzil. En un mundo perfecto, Teft habría ascendido a jefe de compañía, pero el Corredor del Viento más mayor había echado una bronca tremenda a Kaladin ante la mera sugerencia.

Kaladin suspiró y anduvo hasta el edificio de control de la Puerta Jurada en el centro de la plataforma. Allí una escriba le hizo un asentimiento. La mujer había recibido confirmación de la Puerta Jurada en las Llanuras Quebradas de que era seguro iniciar la transferencia.

De modo que Kaladin la inició, utilizando la hoja-Syl en la cerradura que había en la pared del pequeño edificio. Con un fogonazo de luz Kaladin se teleportó a las Llanuras Quebradas, y a los pocos segundos ya se había enlazado para elevarse hacia el cielo.

Los Corredores del Viento no estaban tomándose muy a pecho que Kaladin diese un «paso atrás». Debían de dar por sentado que pasaría a ser general de estrategia o logística. Era como terminaban casi todos los comandantes de campo. Kaladin aún no les había dicho que tenía pensado hacer otra cosa, aunque debía decidir ese mismo día cuál sería. Dalinar aún quería nombrarlo embajador. Pero ¿podía Kaladin dedicar sus días a las negociaciones políticas? No: sería tan torpe como un caballo de uniforme en una sala de baile, intentando no pisar los vestidos de las damas.

La idea era una bobada. Pero entonces, ¿qué iba a hacer?

Alcanzó una buena altura y trazó un bucle vigorizante, enlazándose sin que interviniera ningún pensamiento consciente. Sus poderes se le estaban haciendo tan intuitivos como menear los dedos. Syl volaba a su lado y rio al encontrar a un par de vientospren.

«Esto lo echaré de menos», pensó, y al instante se sintió idiota. No estaba muriéndose. Solo se retiraba. Seguiría volando. Asumir lo contrario no era más que autocompasión. Afrontar el cambio con dignidad le resultaría difícil, pero lo conseguiría.

Distinguió algo en la lejanía y voló hacia allí. La plataforma voladora de Navani por fin llegaba a las Llanuras Quebradas. La parte delantera de la cubierta estaba repleta de caras que contemplaban boquiabiertas el paisaje.

Kaladin se posó en la cubierta y devolvió los saludos a los Corredores del Viento que se habían quedado para proteger la nave.

—Siento que el trayecto haya sido tan largo —dijo a los refugiados que se habían congregado—. Pero al menos, así hemos tenido tiempo de prepararlo

todo para vosotros.

—Hemos empezado a organizar la torre por vecindarios —dijo Kaladin una hora más tarde, guiando a sus padres por los profundos pasillos de Urihiru. Sostenía un zafiro en alto para iluminar el camino—. Aquí es difícil mantener un sentimiento de comunidad, con tantos pasillos tan parecidos. Es fácil perderse y empezar a pensar que vives en una especie de pozo.

Lirin y Hesina lo seguían, embelesados por los estratos multicolores de las paredes, los altos techos, la majestuosidad general que transmitía una torre gigantesca tallada por completo en piedra.

—Al principio teníamos la torre dividida por principados —prosiguió Kaladin—. A cada alto príncipe alezi se le asignó un sector de una planta. Pero a Navani no le gustó el resultado, porque así no usábamos tanto como ella quería del borde de la torre, que tiene luz natural. Y además, había grupos muy numerosos metidos en salas enormes que no estaban pensadas como alojamientos, porque los altos príncipes querían tener cerca a su gente.

Se agachó para pasar bajo un extraño saliente de piedra en el pasillo. Urihiru tenía muchas rarezas como aquella, un tubo redondo de piedra que cruzaba el centro del corredor. ¿Sería para la ventilación? Pero entonces, ¿por qué lo habían colocado en un sitio por donde pasaba la gente?

Había muchas otras características de la torre que desafiaban toda lógica. Pasillos que no tenían salida. Salas a las que no había forma de acceder, solo visibles a través de unos minúsculos agujeros. Enormes huecos que caían a través de treinta plantas o más. Se podría haber pensado que la disposición de la torre era demencial, pero incluso en las zonas más desconcertantes emergían atisbos de diseño, como vetas de cristal que recorrían las esquinas de salas o estratos que se ondulaban formando unas pautas que recordaban a glifos incrustados en las paredes, que hacían pensar a Kaladin que aquel lugar estaba construido atendiendo a un plan, no de cualquier manera. Las rarezas que iban encontrando estaban allí por unos motivos que todavía no alcanzaban a comprender.

Sus padres se agacharon para superar el obstáculo. Habían dejado al hermano de Kaladin con los hijos de Laral y su institutriz. Laral parecía estar recuperándose de la pérdida de su marido, aunque Kaladin creía conocerla lo suficiente para no dejarse engañar por esa fachada. De verdad parecía haberle importado el viejo fanfarrón, igual que a sus hijos, una pareja de mellizos solemnes que parecían demasiado reservados para la edad que tenían.

Según la nueva ley hereditaria de Jasnah, Laral obtendría el título de consistora, por lo que había ido a recibir el saludo formal de la reina. Mientras las escribas de Navani hacían una visita guiada a la torre para el resto del pueblo, Kaladin quería enseñar a sus padres dónde iban a alojar a los habitantes de Piedralar.

—Estáis muy callados —les dijo Kaladin—. Supongo que este sitio puede impresionar mucho al principio. Desde luego, a mí me pasó. Navani no para de decir que aún no sabemos ni la mitad de lo que puede hacer.

—Es espectacular —convino su madre—. Aunque lo que más me impresiona a mí es oír que te refieres a la brillante Navani Kholin por su nombre de pila. ¿No es la reina de esta torre?

Kaladin se encogió de hombros.

—Me he ido poniendo más informal con ellos ahora que los conozco mejor.

—Miente —intervino Syl en tono conspiratorio, sentada en el hombro de Hesina—. Siempre ha hablado así. Kaladin ya llamaba al rey Elhokar por su nombre de pila siglos antes de convertirse en Radiante.

—Irrespetuoso con la autoridad ojos claros —dijo Hesina— y con cierta tendencia a hacer lo que le da la gana, sin importar la clase social ni las tradiciones. ¿De dónde habrá sacado esa actitud?

Lanzó una mirada al padre de Kaladin, que estaba junto a la pared observando las líneas de estratos.

—Vete a saber —respondió Lirin—. Acércame esa luz, hijo. Mira esto, Hesina. Estos estratos son verdes. No puede ser natural.

—Querido —dijo ella—, ¿que esa pared esté en una torre del tamaño de una montaña no te ha sugerido ya que este sitio no es natural?

—Debieron de darle esta forma por moldeado de almas —aventuró Lirin, dando unos golpecitos en la piedra—. ¿Eso de ahí es jade?

La madre de Kaladin se agachó para inspeccionar la veta verde.

—Hierro —dijo—. Hace que la piedra se ponga de ese color.

—¿Hierro? —se sorprendió Syl—. Pero el hierro es gris, ¿no?

—Sí —dijo Lirin—. Debería ser el cobre lo que pusiera verde la roca, ¿verdad?

—Cualquiera diría que sí —respondió Hesina—. Pero estoy bastante segura de que no es como funciona. En todo caso, mejor dejemos que Kal nos enseñe las habitaciones que nos han preparado. Se nota que está emocionado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Syl—. A mí no me parece que se emocione

nunca. Ni cuando le digo que tengo una sorpresa divertida para él.

—Tus sorpresas nunca son divertidas —dijo Kaladin.

—Le metí una rata en la bota —susurró Syl—. Tardé una eternidad. No puedo levantar cosas tan pesadas, así que tuve que atraerla con comida.

—En nombre del Padre Tormenta —dijo Lirin—, ¿por qué le metiste una rata en la bota?

—¡Porque encajaba de maravilla! —exclamó Syl—. ¿Cómo puedes no entender que fue una idea genial?

—Lirin se extirpó quirúrgicamente el sentido del humor —dijo Hesina.

—Y luego lo vendí a buen precio en el mercado —añadió Lirin.

Hesina acercó la cara a Syl.

—Lo reemplazó por un reloj, que utiliza para calcular el tiempo exacto que desperdician los demás con sus tontas emociones.

Syl la miró con una sonrisa vacilante, y Kaladin supo que no estaba convencida del todo de que fuese una broma. Cuando Hesina asintió animándola, Syl soltó una carcajada genuina.

—Venga, dejaos de bobadas —dijo Lirin—. No me hace falta ningún reloj para calcular el tiempo que pierde todo el mundo. Salta a la vista que la proporción se acerca mucho al cien por cien.

Kaladin se apoyó en la pared, sintiendo una paz familiar con su charla. Hubo un tiempo en que volver a tenerlos cerca había sido casi lo único que quería en el mundo. Ver cómo Lirin se obsesionaba. Oír cómo Hesina intentaba que prestara atención a la gente que lo rodeaba. El cariño con el que Lirin aceptaba las bromas, entrando en ellas al volverse cómicamente tozudo.

A Kaladin le recordaba a los tiempos en que cenaban juntos, o a cuando salían a recoger hierbas medicinales en los cultivos de las afueras del pueblo. Atesoraba aquellas memorias campestres. Una parte de él deseaba poder volver a ser solo su hijito, habría querido que sus padres no tuvieran que entrar en contacto con su vida actual, cuando sin duda empezarían a oír hablar de las cosas que Kaladin había soportado y hecho. Las cosas que habían terminado derrumbándolo.

Se volvió y siguió pasillo abajo. La luz constante que llegaba desde el fondo le reveló que estaban acercándose al muro exterior. Era una luz solar que parecía casi líquida, abierta y acogedora. La fría esfera de luz tormentosa que llevaba en la mano representaba un poder, pero era de un tipo clandestino, furioso. Si se observaba con atención la luz de una gema, se veía que cambiaba, que bullía, que intentaba liberarse. La luz solar transmitía una

sensación más libre y abierta.

Kaladin llegó a otro pasillo donde las franjas de estratos de las paredes se inclinaban hacia abajo en una pauta de abanico que recordaba a las olas del mar. La luz entraba por las puertas de la derecha.

Kaladin señaló mientras sus padres lo alcanzaban.

—Todas las habitaciones que hay a la derecha dan a una gran terraza que recorre todo el borde. Laral se quedará con esa habitación que hace esquina, la más grande, que tiene una terraza privada. Yo había pensado en reservar estas diez del centro para convertirlas en una zona de reunión. Las salas están conectadas entre ellas, y algunos otros vecindarios han hecho de la terraza un gran espacio común.

Siguió adelante y pasó frente a las habitaciones, que contenían montones de mantas, tablas para hacer muebles y sacos de grano.

—Podemos poner sillas aquí y montar una cocina comunitaria —dijo—. Es más cómodo que buscar la forma de que cada cual cocine para sí mismo. La leña la traemos en carros por la Puerta Jurada desde las granjas de rocabrotes que hay en las llanuras, así que está muy racionada. Pero hay un pozo que funciona en este nivel, no muy lejos, y no os faltará agua.

»Aún no sé muy bien qué tareas asignarán a todo el mundo. Como habréis visto al llegar volando, Dalinar ha puesto en marcha granjas a gran escala en las Llanuras Quebradas. Puede que entonces hubiera que trasladar a gente, pero también es posible que logremos cultivar cosas aquí arriba. Fue un argumento que usé para que Dalinar me dejara ir a recogeros a todos a Piedralar: aquí tenemos muchos soldados, pero os sorprendería la poca gente que sabe llevar un campo de lavis en temporada de gusanos.

—¿Y esas habitaciones? —preguntó Hesina, señalando un pasillo interior con muchas puertas.

—En cada una cabe una familia —dijo Kaladin—. Me temo que no tienen luz natural, pero son unas doscientas, suficientes para todo el mundo. Siento mucho haber tenido que instalaros tan arriba, en la quinta planta. Os tocará esperar a los elevadores o subir escaleras, pero no había otra forma de que tuvierais terraza. Aun así, supongo que sigue siendo bastante abajo. Los que me dan pena son quienes acaben teniendo que vivir en los pisos altos.

—Es estupendo —dijo Hesina.

Kaladin esperó a que Lirin añadiera algo, pero su padre se limitó a entrar en una de las salas que daban a la terraza. Sin hacer caso a su contenido, salió al exterior y miró hacia arriba.

«No le gusta», pensó Kaladin. ¿Cómo no iba a encontrar Lirin algo de lo que protestar, hasta después de recibir unos aposentos envidiables en la mítica ciudad de los Reinos de Época?

Kaladin fue con él y siguió la mirada de su padre, que se había girado para intentar abarcar la torre entera, aunque la terraza de arriba se la tapaba.

—¿Qué hay en la punta? —preguntó Lirin.

—Salas de reunión para los Radiantes —explicó Kaladin—. Arriba del todo no hay nada, solo un techo plano. Pero la vista es impresionante. Ya te la enseñaré.

—¡Basta de charla! —exclamó Syl—. ¡Vamos, seguidme! —Salió volando del hombro de Hesina y cruzó las habitaciones. Cuando los humanos no la siguieron de inmediato, volvió, revoloteó en torno a la cabeza de Hesina y salió disparada de nuevo—. ¡Venga!

Fueron tras ella, Kaladin siguiendo a sus padres, y Syl los llevó por las varias salas con terraza que él imaginaba convertidas en una amplia zona de reunión, con una vista maravillosa de las montañas. Allí haría fresco, pero un gran hogar fabrial que también hiciera las veces de horno comunitario mejoraría mucho las cosas.

En el otro extremo de las salas exteriores comunicadas había un gran conjunto de seis habitaciones con su propio lavabo y una terraza privada. Era el reflejo del alojamiento que ocuparía Laral en el otro extremo. Ambos parecían construidos para albergar a oficiales y sus familias, así que Kaladin los había reservado para un propósito especial.

Syl los llevó por un recibidor, recorrió un pasillo con dos puertas cerradas y se detuvo después de entrar en una sala de estar.

—¡Nos hemos pasado toda la semana preparándolo! —exclamó, revoloteando por aquella cámara.

La pared del fondo tenía unos estantes de piedra llenos de libros. Kaladin había gastado buena parte de su salario mensual en adquirirlos. De joven siempre le había dado pena que su madre tuviera tan pocos libros.

—No sabía que existieran tantos libros en el mundo —dijo Syl—. ¿No acabarán gastando todas las palabras? ¡Tiene que haber un momento en que ya hayas dicho todo lo que puede decirse! —Voló a una sala contigua lateral más pequeña—. Aquí estará el bebé, y los juguetes los he elegido yo, porque seguro que Kaladin le habría comprado una lanza o alguna bobada. ¡Ah! ¡Y mirad por aquí!

Pasó revoloteando junto a ellos, de vuelta al pasillo. Los padres de Kaladin

la siguieron y él los imitó. A petición de Syl, Lirin abrió una puerta del pasillo y dejó a la vista un quirófano bien equipado. Mesa de exámenes. Un reluciente conjunto de los mejores instrumentos, incluyendo herramientas que el padre de Kaladin nunca había podido permitirse: bisturíes, un aparato para escuchar los latidos del corazón de un paciente, un magnífico reloj fabrial, una plancha calentadora fabrial para hervir vendajes o purificar instrumentos quirúrgicos...

El padre de Kaladin entró en la estancia mientras Hesina se quedaba en la puerta, con la mano en la boca, llena de asombro, adornada por un sorpresaspren con forma de pedazos fragmentados de luz amarilla. Lirin fue cogiendo las herramientas una por una y luego empezó a inspeccionar los diversos frascos de pomadas, polvos y medicinas que Kaladin había dispuesto en el estante.

—Encargué lo mejor de lo mejor a los médicos de Taravangian —dijo Kaladin—. Madre tendrá que leerte las indicaciones de las medicinas más nuevas, porque están haciendo descubrimientos bastante importantes en los hospitales de Kharbranth. Dicen que han encontrado una forma de infectar a la gente con una versión débil y fácil de superar de una enfermedad, y eso los hace inmunes de por vida a las variantes más duras.

Lirin parecía... solemne. Más de lo normal. A pesar de las bromas de Hesina, Lirin sí que reía y tenía emociones. Kaladin se las había visto a menudo. Si estaba reaccionando a aquello con tanto silencio...

«Lo aborrece —pensó Kaladin—. ¿Qué he hecho mal?»

Lirin sorprendió a Kaladin dejándose caer a plomo en una silla que había cerca.

—Está muy bien, hijo —dijo en voz baja—. Pero ya no le veo ninguna utilidad.

—¿Cómo? —preguntó Kaladin—. ¿Por qué?

—Por lo que pueden hacer esos Radiantes —respondió Lirin—. ¡Los he visto sanar solo con tocar a la gente! Un simple gesto de un Danzante del Filo puede cerrar cortes y hasta regenerar extremidades. Lo cual es maravilloso, hijo, pero... pero ahora ya no encuentro ningún sentido a que haya cirujanos.

Hesina se acercó a Kaladin.

—Lleva enfurruñado con eso todo el viaje —le susurró.

—No estoy enfurruñado —dijo Lirin—. Entristecerme por una revolución tan absoluta en la sanación no solo sería insensible, sino también egoísta. Es solo que... —Lirin respiró hondo—. Supongo que tendré que buscar otra

cosa que hacer.

Tormentas. Kaladin conocía la emoción exacta que estaba sintiendo su padre. La pérdida. La preocupación. La repentina sensación de convertirse en un lastre.

—Padre —dijo Kaladin—, tenemos a menos de cincuenta Danzantes del Filo, y solo a tres Vigilantes de la Verdad. Son las únicas dos órdenes que pueden sanar a otros.

Lirin alzó la mirada y ladeó la cabeza.

—Llevábamos a más de una docena con nosotros para rescatar Piedralar —añadió Kaladin—, porque Dalinar quería asegurarse de que nuestra nueva plataforma voladora no cayera en manos del enemigo. Esos Danzantes del Filo suelen estar destinados en el frente, sanando a soldados. Solo se puede recurrir a los pocos que quedan de servicio en Urihiru para las heridas más urgentes.

»Además, sus poderes tienen límites. No pueden hacer nada con las lesiones antiguas, por ejemplo. Tenemos una clínica grande con cirujanos normales en el mercado, y les llegan pacientes a todas horas. No estáis obsoletos. Créeme, aquí vas a ser muy muy útil.

Lirin contempló de nuevo la sala y la vio con nuevos ojos. Sonrió de oreja a oreja y entonces, tal vez pensando que no debería alegrarse de que la gente siguiera necesitando cirujanos, se puso de pie.

—¡Muy bien, pues! Supongo que debería ir familiarizándome con todo este material nuevo. ¿Medicinas que pueden prevenir enfermedades, dices? Qué concepto tan intrigante.

La madre de Kaladin le dio un abrazo y luego fue a la otra sala para hojear los libros. Kaladin por fin se permitió relajarse y se sentó en una silla del quirófano.

Syl se posó en su hombro y adoptó la forma de una joven vestida con havah completa y el pelo recogido al estilo alezi. Se cruzó de brazos y lo miró expectante.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Vas a decírselo tú o tendré que hacerlo yo?

—No es el momento.

—¿Por qué no?

A Kaladin no se le ocurrió ningún buen motivo. Syl siguió presionándolo con aquella mirada fija de spren tan frustrante e insistente que tenía. No parpadeaba a menos que decidiera hacerlo de forma consciente, así que

Kaladin nunca había conocido a nadie con una mirada tan incisiva como la de Syl. Una vez, hasta había ampliado sus ojos a proporciones perturbadoras para transmitirle una idea particularmente importante.

Al cabo de poco, Kaladin se levantó y ella salió disparada como una cinta de luz.

—Padre —dijo—, tienes que saber una cosa.

Lirin dejó de estudiar las medicinas y Hesina asomó la cabeza a la sala, curiosa.

—Voy a abandonar el ejército —anunció Kaladin—. Necesito un descanso de tanta pelea, y me lo ha ordenado Dalinar. Así que he pensado que podría instalarme en la habitación que hay al lado de la de Oroden. Es... posible que necesite encontrar algo distinto que hacer con mi vida.

Hesina volvió a llevarse la mano a los labios. Lirin se quedó muy quieto y palideció, como si acabara de ver a un Portador del Vacío. Luego su cara se anegó de la sonrisa más amplia que Kaladin le hubiera visto en la vida. Se acercó deprisa y cogió a Kaladin por los brazos.

—De ahí viene todo esto, ¿verdad? —preguntó—. El quirófano, el equipamiento, lo que decías de la clínica... Te has dado cuenta. Por fin comprendes que yo tenía razón. ¡Vas a ser cirujano, como siempre habíamos soñado!

—Eh...

Esa era la respuesta, claro. La que Kaladin había estado evitando a propósito. Se había planteado hacerse fervoroso, se había planteado unirse a los generales y se había planteado huir de allí.

La respuesta estaba en el rostro de su padre, un rostro que una parte de Kaladin temía con toda su alma. En el fondo de su ser, Kaladin había sabido que solo existía un lugar al que pudiera ir después de que le arrebataran la lanza.

—Sí —dijo Kaladin—. Tienes razón. Siempre has tenido razón, padre. Supongo que... ha llegado el momento de retomar mi formación.

GRANATES



El mundo se vuelve cada vez más peligroso, y eso me lleva al eje principal de mi argumentación. Ya no podemos permitirnos seguir teniendo secretos entre nosotros. Los artifabrianos thaylenos poseen técnicas privadas relacionadas con su manera de retirar la luz tormentosa de las gemas, y son capaces de crear fabriales basados en gemas inmensas.

Ruego a la coalición y a la buena gente de Thaylenah que reconozcan nuestra necesidad colectiva. Yo he dado un primer paso en ese sentido al hacer públicas mis investigaciones para todo erudito.

Rezo para que veáis la sabiduría en hacer lo mismo.

**Lección sobre mecánica de fabriales impartida por Navani Kholin
a la coalición de monarcas, Urithiru, jesevan de 1175**

Lo siento, brillante —dijo Rushu, que sostenía varios diagramas mientras rodeaba con Navani la columna cristalina, en las profundidades de Urithiru—. En estas semanas de estudio no he encontrado más coincidencias.

Navani suspiró y se detuvo junto a una parte concreta de la columna. Destacaban cuatro granates, la misma construcción que presentaba el fabrial supresor. La disposición de las gemas era demasiado precisa, demasiado exacta, para tratarse de una casualidad.

A Navani le había parecido un gran avance, así que había encargado a Rushu y compañía que compararan todos los demás fabriales conocidos con la columna en busca de cualquier parecido. Por desgracia, esa pista tan prometedora en su momento había llevado a un callejón sin salida.

—Y tenemos otro problema —añadió Rushu.

—¿Solo uno? —Al ver que la joven fervorosa fruncía el ceño, Navani le indicó que continuara—. ¿Cuál es?

—Hemos estudiado el fabrial supresor en Shadessmar, como pediste —dijo Rushu—. Tu teoría es correcta y manifiesta un spren en Shadessmar, igual que los moldeadores de almas. Pero en este lado, no hay ni rastro de ese spren en las gemas.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Navani—. Mi teoría es correcta.

—Brillante, el spren que hace funcionar el supresor... está corrompido. Se parece mucho al...

—Al spren de Renarin —dijo Navani.

—Así es. El spren se negó a hablar con nosotros, pero no parecía tan insensible como los de los moldeadores de almas. Eso refuerza tu teoría de que los fabriales antiguos, como las bombas, las Puertas Juradas y los moldeadores de almas, apresaban a sus spren de algún modo en el Reino Cognitivo. Cuando le insistimos, el spren cerró los ojos dándonos a entender que se negaba. Parece colaborar con el enemigo por voluntad propia, lo cual despierta preguntas sobre el spren de tu sobrino. ¿Osamos confiar en él?

—No hay motivos para suponer que si un spren sirve al enemigo, todos los de su tipo también lo hagan —respondió Navani—. Deberíamos partir de la base de que tendrán lealtades individuales, como los humanos.

Aun así, tenía que reconocer que el spren de Renarin la incomodaba. ¿Ver el futuro? Pero Navani ya se había devanado los sesos pensando en Glys, de modo que intentó concentrarse en la naturaleza del spren de aquel fabrial.

«Capturas spren —le había escrito aquella persona desconocida por vinculacaña—. Los encarcelas. A centenares de ellos. Debes parar.»

Habían pasado semanas sin que la vinculacaña temblara siquiera. ¿Podría ser que esa persona conociera un método para crear fabriales como los antiguos, que parecían emplear spren sapientes recluyéndolos en el Reino Cognitivo? Quizá ese método fuese preferible, más humanitario. Los imponentes spren que controlaban las Puertas Juradas no parecían lamentar su unión a los aparatos, por ejemplo, y eran más que capaces de interactuar.

—De momento, estudia esto —dijo Navani a Rushu, dando con los nudillos contra la majestuosa columna de gema—. Mira a ver si encuentras la forma de activar esta disposición concreta de granates. En otros tiempos, la torre estaba protegida de los Fusionados. Los escritos antiguos coinciden en esa afirmación. El motivo tiene que ser esta parte de la columna.

—Sí —respondió Rushu—. Es una buena hipótesis, y una sugerencia acertada. Si nos centramos en este sector de la columna, que sabemos que es un fabrial en sí mismo, tal vez podamos activarlo.

—Y prueba también a modificar el fabrial supresor que robamos. Asfixió las capacidades de Kaladin, pero permitía que los Fusionados siguieran usando sus poderes. Tal vez exista una forma de invertir los efectos del aparato.

Rushu asintió a su manera distraída. Navani siguió con la vista alzada puesta en el pilar, que centelleaba con la luz de mil facetas. ¿Qué se le escapaba? ¿Por qué no conseguía activarlo?

Entregó el diagrama a Rushu y echó a andar para salir de la sala.

—No estamos pensando lo suficiente en la seguridad de la torre —dijo—. Es evidente que los antiguos temían las incursiones de Fusionados, y nosotros ya hemos sufrido una.

—Ahora las Puertas Juradas tienen vigilancia a todas horas —respondió Rushu, apretando el paso para no quedarse atrás—. Y activarlas requiere identificación por parte de dos órdenes distintas de Radiantes. Parece improbable que el enemigo pueda repetir lo que hizo.

—Ya, pero ¿y si vinieran de alguna otra forma?

Los spren con los que se había entrevistado afirmaban que los Enmascarados, Fusionados con poderes de Tejedor de Luz, no podían entrar en la torre. Las antiguas protecciones de Urithiru tenían algunos efectos residuales, como los cambios en la presión o la temperatura. Y de hecho, parecía demostrado que era cierto, ya que los Enmascarados a veces se infiltraban en campamentos humanos, pero nunca lo habían hecho en Urithiru.

Por lo menos, que Navani supiera. También era posible que lo hubieran hecho con muchísima cautela.

—El enemigo tiene capacidades sobre las que solo podemos especular —dijo Navani a Rushu—. Y los poderes que sí conocemos ya son bastante peligrosos. Podría haber Enmascarados entre nosotros sin que lo supiéramos. Tú o yo podríamos ser uno de ellos ahora mismo.

—Esa... es una idea de lo más perturbadora, brillante —dijo Rushu—. ¿Qué podríamos hacer al respecto? Aparte de reparar las defensas de la torre.

—Reúne un equipo de nuestros mejores pensadores abstractos y encárgales la tarea de idear protocolos para identificar a Fusionados ocultos.

—Entendido —dijo Rushu—. Dali sería ideal para eso. Ah, y Sebasinar.

Y...

Redujo el paso y sacó su cuaderno, ajena al hecho de que se había quedado en el centro del pasillo y estaba obligando a la gente a rodearla.

Navani sonrió con aprecio, pero dejó a Rushu con lo suyo y giró a la derecha para entrar en una de las antiguas salas a las que llamaban bibliotecas. Al explorar por primera vez la torre habían encontrado allí dentro docenas de gemas que contenían breves mensajes codificados de los antiguos Caballeros Radiantes.

Con el paso de los meses, la sala había pasado de dedicarse por completo al estudio de aquellas gemas a convertirse en un laboratorio donde Navani organizaba a sus mejores ingenieros. Se había rodeado de las suficientes personas inteligentes para saber que como mejor trabajaban era en un entorno que favoreciera el estudio y el descubrimiento.

En el interior de la sala, los concentraspren se movían como ondulaciones en el cielo, y flotaban en el aire unos pocos logispren con forma de nubecillas de tormenta. Los ingenieros se dedicaban a decenas de proyectos, algunos de ellos diseños prácticos y otros más imaginativos.

Cuando Navani entró, vio que corría hacia ella un joven ingeniero emocionado.

—¡Brillante! —exclamó—. ¡Funciona!

—Estupendo —dijo ella, esforzándose por recordar cómo se llamaba el joven. Era calvo y apenas tenía una barba digna de ese nombre. ¿En qué proyecto estaba trabajando?

El ingeniero la cogió del brazo y la llevó a un lado, olvidando todo decoro. A Navani le parecía bien. Para ella era todo un orgullo que la mayoría de los ingenieros olvidasen que era algo más que la persona que financiaba sus proyectos.

Vio a Falilar en la mesa de trabajo y eso le despertó la memoria. El joven fervoroso era su sobrino, Tomor, un ojos oscuros que quería seguir los pasos de su tío en la erudición. Navani los había puesto a trabajar en uno de sus diseños más serios, unos ascensores nuevos que funcionaran según los mismos principios que la plataforma voladora.

—Brillante —saludó Falilar, haciéndole una inclinación—. A este diseño todavía le faltarán muchísimos ajustes. Me temo que requerirá demasiada mano de obra para ser eficiente.

—Pero ¿funciona? —preguntó Navani.

—¡Sí! —exclamó Tomor.

El joven le tendió un aparato en forma de joyero, de unos quince centímetros de lado y con asa. El asa, parecida a las de los cajones, tenía un activador para el dedo índice en su interior. La única otra característica notable de la caja era un botón en la cara de arriba, aparte de unas correas que Navani supuso que se sujetarían a la muñeca.

Cogió la caja y miró su interior después de abrir el panel de acceso. Dentro había dos construcciones fabriales separadas. Una la identificó como un simple rubí parejo, igual que los que se empleaban en las vinculacañas. La otra era más experimental, una aplicación práctica de los diseños que había entregado a Tomor y Falilar: un dispositivo que redirigía la fuerza y también servía para establecer y anular con rapidez el alineamiento del fabrial parejo.

No era el mismo proceso exacto mediante el que volaba el *Cuarto Puente*, sino más bien un primo de esa tecnología.

—Decidimos crear este prototipo como dispositivo individual —explicó Falilar—, dado que querías algo portátil.

—¡Venga! —exclamó Tomor—. ¡Voy a preparar a los operarios!

Correteó hasta un grupo de soldados que estaban a un lado de la sala, asignados a hacer recados para los ingenieros. Tomor los situó agarrados a una cuerda, como si fuesen a jugar al tira y afloja, solo que en vez de tener a un equipo rival enfrente, la cuerda estaba sujetada a otra caja fabrial colocada en el suelo.

—¡Venga, brillante! —dijo Tomor—. ¡Apunta tu caja hacia el lado y luego empareja los rubíes!

Navani se sujetó el aparato a la muñeca y sacó el brazo a un lado. En ese momento los rubíes no estaban conjuntados, por lo que la caja podía moverse con libertad. Cuando apretó el botón, en cambio, el dispositivo se emparejó de sopetón con la segunda caja, la que estaba en el suelo unida a la cuerda.

Entonces Navani pulsó el activador con el dedo índice. Eso hizo que el rubí destellara para los soldados, que empezaron a tirar de la cuerda. Movieron su caja por el suelo y la fuerza se transfirió hasta Navani. La caja y el asa amarrada a su muñeca tiraron de ella con intensidad constante cruzando la sala.

Era una aplicación habitual de los fabriales parejos. La gran diferencia no residía en el hecho de que la fuerza se transfiriese, sino en la dirección de esa transferencia. Los hombres estaban tirando de su caja hacia atrás a lo largo de la pared, moviéndola hacia el este. Navani sentía el tirón a lo largo del eje hacia el que había apuntado el brazo, una dirección aleatoria entre el sur y el

sudoeste.

Activó la luz para advertir a los soldados y desconjuntó los fabriales, con lo que dejó de resbalar. Los hombres ya se lo esperaban y se prepararon mientras ella señalaba con la mano en otra dirección. Cuando volvió a conjuntar los fabriales e iluminó el rubí para los soldados, estos tiraron de nuevo y Navani empezó a moverse en una nueva dirección.

—Funciona de maravilla —dijo Navani mientras sus talones resbalaban—. Que podamos redirigir la fuerza en cualquier dirección, y al vuelo, tendrá unas aplicaciones prácticas enormes.

—Sí, brillante —dijo Falilar, que caminaba a su lado—. Estoy de acuerdo, pero el problema de la mano de obra es serio de verdad. Ya necesitamos a centenares de personas trabajando para mantener el *Cuarto Puente* en el aire y moviéndose. ¿De cuántos más podemos prescindir?

Por suerte, ese era justo el problema que Navani había estado intentando resolver. «Esto funciona de verdad», pensó emocionada, apagando el fabrial antes de hacer que los hombres tiraran de ella en una tercera dirección. Hacer que el *Cuarto Puente* se elevara en el aire no había tenido una dificultad tremenda: lo complicado de verdad había sido hacer que se moviera lateralmente una vez estaba flotando.

El secreto para que el *Cuarto Puente* volara, y para que aquel dispositivo manual funcionara, había sido un extraño metal llamado aluminio. Era el que los Fusionados utilizaban para crear armas capaces de bloquear hojas esquirladas, pero el metal no solo interfería con ellas, sino también con toda clase de mecánicas de la luz tormentosa. Sus encuentros con él durante la expedición a Aimia ese mismo año habían llevado a Navani a encargar experimentos, y el propio Falilar había hecho el gran descubrimiento.

El truco estaba en utilizar una jaula concreta para el fabrial, hecha de aluminio, en torno a los rubíes parejos. Los detalles eran complicados, pero con la construcción adecuada de la jaula, un artifabriano podía hacer que el rubí emparejado ignorase el movimiento a lo largo de determinados vectores o planos. La aplicación práctica era que el *Cuarto Puente* podía emplear dos naves sustitutas para moverse, una para ascender y descender y otra para el movimiento lateral.

Las complejidades de ese mecanismo emocionaban a Navani y sus ingenieros, y ese entusiasmo había llevado al nuevo aparato que tenía puesto en la muñeca. Navani podía mover el brazo en la dirección que deseara, conjuntar el fabrial y dirigir la fuerza a través de él en esa dirección

específica.

El impulso y la energía se conservaban obedeciendo la mecánica natural de los fabriales parejos. Sus científicos lo habían comprobado de cien maneras distintas, y había ciertos usos que agotaban enseguida el fabrial, pero esos ya los conocían de experimentos antiguos. Aun así, la cabeza de Navani bullía de ideas. Había formas de aprovechar aquello para transformar directamente la energía de la luz tormentosa en energía mecánica.

Y también se le habían ocurrido otras formas de reemplazar la mano de obra...

—¿Brillante? —dijo Falilar—. Pareces preocupada. Lo lamento si el dispositivo tiene más problemas de los que esperabas. Es de los primeros prototipos.

—Falilar, te preocupas demasiado —respondió Navani—. Este aparato es asombroso.

—Pero el problema de la mano de obra...

Navani sonrió.

—Acompáñame.

Al cabo de poco tiempo, Navani estaba llegando con Falilar a un sector del decimonoveno piso de la torre. Allí tenía otro equipo trabajando, aunque ese estaba compuesto de más peones y menos ingenieros. Habían encontrado un extraño hueco, otra más de las muchas rarezas de la torre. Esa especie de pozo se hundía a lo largo de la torre más allá de sus cimientos, y terminaba conectando con una caverna en las profundidades de la roca.

Aunque su propósito original desconcertaba a sus topógrafos y científicos, Navani tenía un plan para aprovechar aquel hueco. Habían montado varios pesos de acero en su interior, cada uno con la masa de tres hombres, colgados de cuerdas.

Hizo un asentimiento a los trabajadores que se inclinaban, varios de ellos sosteniendo lámparas de esferas para ella y los fervorosos, y se acercó al profundo agujero, que tenía más de dos metros de diámetro. Navani miró por el borde y Falilar llegó a su lado y se aferró a la barandilla con dedos nerviosos.

—¿Hasta dónde cae? —preguntó el fervoroso.

—Mucho más allá de los cimientos —dijo Navani, levantando la caja que había construido el hombre—. Supongamos que, en vez de unos hombres tirando de una cuerda, atornilláramos la otra mitad de este fabrial a un peso

de estos. Entonces podríamos conectar el activador del aparato a esas poleas de arriba para que dejaran caer el peso.

—¡Pero así arrancaría de cuajo el brazo de quien lo usara! —exclamó Falilar—. Sería un tirón muy fuerte en la dirección hacia la que se apuntara el dispositivo.

—La resistencia del sistema de poleas podría modular la fuerza inicial —dijo Navani—. A lo mejor podríamos hacer que la fuerza con que se pulse el activador determine lo deprisa que se suelta la cuerda y, por tanto, la velocidad del impulso.

—Una aplicación ingeniosa —reconoció Falilar, secándose la frente mientras echaba una mirada al oscuro hueco—. Pero no resuelve el problema de la mano de obra. Alguien tendrá que volver a izar los pesos hasta aquí arriba.

—¿Capitán? —dijo Navani, dirigiéndose al soldado que estaba al frente del personal de esa planta.

—Los molinos están instalados como solicitasteis —informó el hombre. Le faltaba un brazo y tenía cosida la manga derecha del uniforme. Dalinar siempre buscaba formas de seguir implicando a sus oficiales heridos en partes relevantes del esfuerzo bélico—. Tengo entendido que pueden resistir las tormentas, aunque por supuesto ningún aparato puede protegerse del todo ante una alta tormenta.

—¿A qué se refiere? —preguntó Falilar.

—Son molinos dentro de jaulas de acero —explicó Navani—, con gemas en las astas, cada una emparejada con un rubí en el sistema de poleas de ahí arriba. El viento de la tormenta hace que estos cinco pesos suban hasta arriba y acumulen energía potencial para un futuro uso.

—Ah... —dijo Falilar—. Ya veo, brillante.

—Cada pocos días —siguió diciendo Navani—, las tormentas nos regalan un aluvión de fuerza cinética. Son vientos que arrasan bosques enteros, relámpagos brillantes como el sol. —Dio unas palmaditas en una cuerda de las que sostenían los pesos—. Solo necesitamos encontrar un modo de almacenar esa energía. Esto sí que podría alimentar una flota de naves. Con las suficientes poleas, pesos y molinos... podríamos desplegar una fuerza aérea por todo el mundo, y todo ello gracias a dominar la energía de las altas tormentas.

—¿Cómo...? —dijo Falilar con los ojos brillantes—. ¿Cómo pondremos esto en práctica, brillante? ¿Qué puedo hacer?

—Pruebas —dijo ella—, y nuevos prototipos. Necesitamos sistemas capaces de resistir la tensión de un uso continuado. Necesitamos más flexibilidad, más optimización. Este aparato tuyo, por ejemplo. ¿Se le puede instalar un mecanismo de cambio para que pase de un fabrial a otro entre estos cinco pesos? Un elevador que pueda ascender cinco veces antes de necesitar una recarga será mucho más útil que uno que solo suba una vez.

—Sí —dijo él—. Y podríamos usar el peso de las personas que viajan hacia abajo para ayudar a recargar un poco los pesos. ¿Quieres que trabajemos en verdaderos ascensores o que sigamos con el dispositivo elevador personal que diseñó Tomor? Está emocionado con su idea y...

—Haced las dos cosas —sugirió Navani—. Que él siga con el dispositivo unipersonal, pero yo propondría que le dé forma de ballesta que pueda apuntarse, mejor que una caja con un asa. Si las cosas tienen un aspecto interesante, la gente se interesa más. Es un truquito de la ciencia fabrial.

—Sí... Entiendo, brillante.

Navani miró el reloj que llevaba en el armazón fabrial de su brazo izquierdo. Tormentas. Ya casi era la hora de la reunión de monarcas. No estaría bien que llegara tarde, con la de veces que había regañado a Dalinar por no hacer caso a su propio reloj.

—Mirad a ver adónde os lleva la imaginación —insistió a Falilar—. Llevabais años construyendo puentes para superar abismos. Aprendamos a superar el cielo.

—Así se hará —respondió él, recuperando la caja—. Esto es una genialidad, brillante. De veras.

Ella sonrió. A todos les gustaba decirle esas cosas, y ella agradecía la intención. Pero lo cierto era que Navani solo sabía cómo encauzar el ingenio de los demás, igual que deseaba encauzar la tormenta.

Llegó a la reunión con tiempo de sobra, menos mal. El encuentro iba a celebrarse en una cámara situada cerca de la cumbre de la torre, a la que Dalinar había hecho que cada monarca llevara su propio asiento hacía meses.

Navani recordaba la tensión de aquellas primeras reuniones, en las que cada miembro hablaba con cautela, con aprensión incluso, como si hubiera un espinablanca seseando cerca. En tiempos más recientes, la sala era un estruendo de charlas. Conocía a casi todos los representantes y funcionarios por su nombre de pila y se interesó por sus familias. Vio a Dalinar manteniendo una charla amistosa con la reina Fen y Kmakl.

Era algo extraordinario. En otros tiempos, una coalición unida de fuerzas alezi, veden, thayleñas y azishianas habría sido lo más increíble que ocurría en generaciones enteras. Lo triste era que solo había sido posible en respuesta a mayores maravillas... y amenazas.

Aun así, Navani no pudo evitar sentirse optimista mientras charlaba. Hasta el momento en que se volvió y se encontró cara a cara con Taravangian.

El anciano de aspecto amable había vuelto a dejarse una barba y un bigote ralos, con un estilo que recordaba a los viejos eruditos de cuadros antiguos. Era fácil imaginar a aquella figura enfundada en una túnica como a un gurú en su santuario, pontificando sobre la naturaleza de las tormentas y las almas de los hombres.

—Ah, brillante —saludó el monarca—. Aún no te he felicitado por el éxito de tu barco volador. Qué ganas tengo de ver los diseños, en el momento en que consideres adecuado compartirlos.

Navani asintió. Había desaparecido la falsa ignorancia, la fingida estupidez, que Taravangian llevaba tanto tiempo manteniendo. Un hombre inferior podría haberse enquistado en sus mentiras. Pero había que reconocer a Taravangian que, después de que el Asesino de Blanco se uniera a Dalinar, había dejado de fingir para adoptar de inmediato un nuevo rol, el de genio de la política.

—¿Cómo van los problemas en casa, Taravangian? —preguntó Navani.

—Hemos alcanzado algunos acuerdos —dijo él—. Como sospecho que ya sabías, brillante. He elegido a mi nuevo sucesor de un linaje veden, ratificado por los altos príncipes, y he estipulado que Kharbranth pase a mi hija. Por el momento, los veden comprenden la verdad: que no podemos reñir por los detalles durante una invasión.

—Me parece bien —respondió ella, intentando en vano que no se le notara la frialdad en la voz—. Lástima que no tengamos acceso a las mentes militares de la élite veden, por no mencionar a sus mejores soldados jóvenes. Todos enviados a la tumba por una guerra civil sin sentido, apenas unos meses antes de que llegara la tormenta eterna.

—¿Acaso crees, brillante, que el rey veden habría aceptado la propuesta de unificación de Dalinar? —preguntó Taravangian—. ¿De verdad piensas que el viejo Hanavanar, ese paranoico que estuvo años enfrentando entre sí a sus propios altos príncipes, se habría planteado siquiera unirse a esta coalición? Su muerte pudo muy bien ser lo mejor que ha pasado jamás a Alezkar. Medita sobre eso, brillante, antes de incendiar la sala con tus acusaciones.

El hombre tenía razón, por desgracia. Sí que era muy improbable que el fallecido rey de Jah Keved hubiera escuchado nunca a Dalinar; los veden guardaban un profundo rencor al Espina Negra. Los primeros días de la coalición habían dependido mucho de que Taravangian se uniera a ella, aportando el poderío de una Jah Keved quebrada pero todavía formidable.

—Quizá sería más fácil aceptar tu buena voluntad, alteza —replicó Navani —, si no hubieras intentado socavar a mi marido revelando información delicada a la coalición.

Taravangian dio un paso hacia ella y una parte de Navani montó en pánico. Se dio cuenta de que aquel hombre la aterrorizaba. Su reacción instintiva ante él era la misma que podría tener a un soldado enemigo con espada. Y sin embargo, a fin de cuentas, un solo hombre con espada no suponía una amenaza para un reino. Pero el hombre que tenía delante había engañado a las personas más listas del mundo. Se había infiltrado en el círculo interno de Dalinar. Los había manipulado a todos mientras se alzaba con el trono de Jah Keved. Y los demás lo habían alabado.

Eso era verdadero peligro.

Navani se obligó a no dejarse intimidar cuando el rey se inclinó hacia ella; no parecía estar dando un matiz amenazador al movimiento. Taravangian era más bajo que ella y no tenía una presencia física con la que mostrarse imponente. En vez de eso, habló con voz suave.

—Todo lo que he hecho fue para proteger a la humanidad. Todo paso que haya dado, toda trama que haya urdido, todo sufrimiento que haya padecido han sido para proteger nuestro futuro.

»Podría señalar que tus propios maridos, los dos, cometieron crímenes mucho más graves que los míos. Yo ordené el asesinato de un puñado de tiranos, pero no quemé ninguna ciudad. De acuerdo, los ojos claros de Jah Keved se volvieron unos contra otros después de que muriera su rey, pero yo de ningún modo los obligué a hacerlo. Esas muertes no pesan en mi conciencia.

»Sin embargo, nada de todo eso importa. Porque la verdad es que sí que habría incendiado pueblos para impedir lo que llegaba. Sí que habría sumido a los veden en el caos. Fuera cual fuese el precio, lo habría pagado. Debes saber lo siguiente: si la humanidad sobrevive a la nueva tormenta, será gracias a mis actos. Me ratifico en ellos.

Retrocedió dejando a Navani temblorosa. Había algo en su intensidad, en la confianza con que hablaba, que la dejó sin palabras.

—Estoy verdaderamente impresionado por tus descubrimientos —añadió Taravangian—. Lo que has logrado redonda en beneficio de todos. Tal vez en años venideros a muy pocos se les ocurrirá agradecértelo, pero yo lo hago ahora.

Le hizo una reverencia y luego fue a ocupar su asiento, un hombre solitario que ya no llevaba asistentes consigo a aquellas reuniones.

«Es peligroso», volvió a pensar una parte de Navani. E increíble. Sí, muchos otros habrían negado las acusaciones. En cambio, Taravangian había decidido afrontarlas de cara, cobrar posesión de ellas.

Si era cierto que la humanidad luchaba por su misma supervivencia, ¿podría alguien rechazar la ayuda del hombre que se había procurado con pericia el trono de un reino mucho más poderoso que su modesta ciudad-estado? Navani dudaba que Dalinar hubiera sospechado de Taravangian, incluso después de que se revelaran los asesinatos, de no ser por una pregunta difícil.

¿Estaba Taravangian trabajando para el enemigo? Apostaban el futuro del mundo entero a la respuesta.

Navani llegó a su asiento mientras Noura, la visir jefa azishiana, daba inicio formal a la reunión. En los últimos tiempos solía ser ella quien dirigía los encuentros, porque todo el mundo respondía bien a su aire de calmada sabiduría. El punto principal del orden del día era debatir la propuesta de Dalinar de iniciar una ofensiva a gran escala en Emul, para empujar las tropas enemigas apostadas allí contra el diossacerdote de Tukar. Noura hizo que Dalinar se levantara para esbozar su propuesta, aunque las escribas de Jasnah ya hubieran enviado explicaciones detalladas por anticipado a todo el mundo.

Navani dejó vagar su mente en torno a su misteriosa interlocutora por vinculacña. «Debes detener la creación de ese nuevo tipo de fabrial.» ¿Se referiría a los que empleaban el aluminio?

Al poco tiempo Dalinar acabó de exponer su propuesta y abrió el debate a los demás monarcas. Como esperaba Navani, el joven Aqasix Supremo azishiano fue el primero en responder. Yanagawn iba teniendo más y más aspecto de emperador a cada día que pasaba, a medida que su cuerpo llenaba la altura desgarbada que le había otorgado la pubertad. Se levantó para hablar en persona a los dirigentes congregados, como prefería hacer aunque contraviniera la costumbre azishiana.

—Nos ha deleitado recibir esta propuesta, Dalinar —dijo el supremo en excelente alezi. Seguro que se había preparado el discurso con antelación

para no cometer errores—. Y agradecemos a su majestad Jasnah Kholin la exhaustiva descripción escrita de sus bondades que nos ha proporcionado. Como podréis suponer, no necesitábamos que se nos convenciera para aceptar este plan.

Hizo un gesto hacia el supremo emuli, un hombre que vivía en el exilio como la mayoría de los alezi. La coalición le había prometido en el pasado la restauración de Emul, pero hasta el momento no había podido cumplir.

—La unión de estados makabaki ya ha debatido y apoyamos a ultranza esta propuesta —añadió Yanagawn—. Es audaz y decidida. Aportaremos todos nuestros recursos.

«Sin sorpresas por aquí —pensó Navani—. Pero Taravangian va a oponerse.» El viejo manipulador presionaba siempre para que la coalición destinara más recursos a la lucha en sus fronteras. El Visón había sido muy claro en su informe final: temía que los actos de Taravangian fuesen una treta para que Dalinar se internara demasiado en Alezkar. Y además, Taravangian siempre había adoptado el papel de ser la persona más cauta y conservadora de todo el consejo, de modo que tendría buen motivo para oponerse a empeñar recursos en Emul.

Los dudosos eran la reina Fen y los thayleños. La monarca llevaba ese día una falda estampada en vivos colores, a todas luces no de estilo vorin, y los tirabuzones blancos de sus cejas oscilaron mientras paseaba la mirada entre Jasnah y Dalinar, pensativa. Casi toda la sala parecía saber interpretar cómo iba a desarrollarse aquello. Taravangian en contra, Azir a favor. Por tanto, ¿cómo iba Fen a...?

—Si me permitís hablar —dijo Taravangian levantándose—, querría aplaudir esta valiente y maravillosa propuesta. Jah Keved y Kharbranth la apoyan sin fisuras. He preguntado a mis generales cuál es la mejor manera de prestarle ayuda y podemos aportar veinte mil soldados que marcharán de inmediato por las Puertas Juradas para su despliegue en Emul.

«¿Cómo? —pensó Navani—. ¿Está a favor de la propuesta?»

Tormentas. ¿Qué habían pasado por alto? ¿Por qué estaba Taravangian tan dispuesto a retirar tropas de su frontera, después de un año insistiendo en que no podía renunciar ni a un puñado de ellas? Siempre se había valido de la ubicuidad de su apoyo médico para enmascarar su tacaña aportación de efectivos militares.

¿Habría comprendido que Dalinar no iba a concederle ni la menor oportunidad de traicionarle? ¿O era otra cosa?

—Te agradecemos tu apoyo, Taravangian —dijo Yanagawn—. Dalinar, ya somos dos a favor. Tres contigo y cuatro suponiendo que tu sobrina ya esté convencida. Solo falta conocer la decisión de su majestad. —Se volvió hacia Fen.

—Su majestad está siendo presa de un tormentoso pasmo —respondió Fen—. ¿Cuándo fue la última vez que todos nosotros estuvimos de acuerdo en algo?

—Siempre votamos todos a favor de un receso para comer —dijo Yanagawn, sonriendo y apartándose de su guion—. O casi siempre.

—Bueno, eso es verdad. —Fen se reclinó en su asiento—. Me has sorprendido con esto, Dalinar. Sabía que estabas maniobrando con algún objetivo, pero estaba segurísima de que insistirías en reconquistar tu tierra natal. El general ese al que rescataste ha hecho que cambies de opinión, ¿verdad?

Dalinar asintió.

—Me ha pedido que proponga que Herdaz tenga un puesto en nuestro consejo.

—Herdaz ya no existe —repuso Fen—. Pero supongo que podría decirse lo mismo de Alezkar. Sugiero que, si su ayuda nos resulta útil en Emul, aceptemos su petición. De momento, ¿cómo vamos a proceder? Sospecho que un ataque a Emul provocará que la armada enemiga por fin se revele y se enfrente a nosotros, así que necesitaré que planeemos un bloqueo. Tukar tiene una costa muy larga, lo que nos lo dificultará. Bendito por la Tormenta, imagino que podemos contar con patrullas de Corredores del Viento que nos prevengan de...

Fen calló al girar la cabeza hacia el grupito de Radiantes que estaban a un lado de la sala. Cada orden Radiante solía enviar al menos a un representante. La Portadora del Polvo de Taravangian estaba presente, como de costumbre, y seguro que Lift estaría por allí en alguna parte, a juzgar por el estado de la mesa de aperitivos, aunque también había otros Danzantes del Filo sentados al fondo.

Lo normal habría sido que Kaladin estuviera allí, apoyado contra la pared, amenazante como una nube de tormenta. Pero ya no. En su lugar dio un paso adelante Sigzil, recién nombrado jefe de compañía. Ascender a un extranjero era una jugada interesante, pero también una libertad que Dalinar había obtenido al no estar ya directamente vinculado con Alezkar. En la torre, la etnia no tenía la relevancia de los vínculos Radiantes.

Sigzil no tenía la presencia de su alto mariscal. A Navani siempre le había parecido demasiado... picajoso. Sigzil carraspeó, en apariencia incómodo en su nuevo papel.

—Tendréis apoyo de Corredores del Viento, majestad. Es posible que las tropas aéreas enemigas no quieran volar desde Iri o Alezkar, ya que ambas rutas les exigirían atravesar nuestros territorios. Así que los Celestiales podrían tratar de dar un rodeo y entrar desde el océano. Además, despliegan a Rompedores del Cielo con frecuencia en la zona, así que tendremos que ocuparnos de ellos.

—Bien —respondió Fen—. ¿Dónde está Bendito por la Tormenta?

—De permiso, majestad. Sufrió una lesión hace poco.

—¿Qué clase de lesión puede derribar a un Corredor del Viento? —restalló Fen—. ¿No regeneráis miembros?

—Hum, sí, majestad. El alto mariscal se recupera de una clase diferente de lesión.

Ella gruñó y miró a Dalinar.

—Bueno, pues los gremios de Thaylenah acceden a este plan. Si podemos reconquistar Emul y Tukar, tendremos el dominio absoluto de las Profundidades Meridionales. No podríamos soñar con una base de operaciones mejor para la futura reconquista de Alezkar. Demuestras sabiduría, Espina Negra, al retrasar el ataque a tu tierra natal en favor de la estrategia más sensata.

—Ha sido una decisión difícil, Fen —intervino Navani—. Y solo la hemos tomado después de explorar todas las demás opciones.

«Y que Taravangian la apruebe me tiene preocupada.»

—Pero esto pone en evidencia otro problema —dijo Fen—. Necesitamos más Corredores del Viento. Kmakl no deja de parlotear sobre vuestra fortaleza voladora; de verdad que no lo veía tan prendado desde los primeros días de nuestro cortejo. Pero el enemigo tiene Fusionados y Rompedores del Cielo, y no se puede proteger una nave como esa sin apoyo aéreo. Y que el Padre Tormenta nos asista si los enemigos voladores sorprenden a una flota marina nuestra desprotegida.

—Estamos trabajando en una solución —le aseguró Dalinar—. Es un problema... complicado. Los spren pueden ser hasta más tozudos que los hombres.

—Tiene sentido —dijo Fen—. Nunca he conocido un viento o una corriente que cambie de rumbo por un grito mío.

Alguien carraspeó y Navani se sorprendió al ver que Sigzil se adelantaba de nuevo.

—He estado hablando con mi spren, majestad, y tal vez pueda ofrecer una posible solución a ese problema. Creo que deberíamos enviar una delegación a los honorospren.

Navani se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Qué clase de delegación?

—Los honorospren pueden ser un grupo muy... quisquilloso —explicó Sigzil—. Muchos no son tan desenfadados como nos llevaron a creer nuestras primeras relaciones con ellos. Entre los spren, son de los más próximos en espíritu e intención al dios Honor. Aunque desde luego la personalidad varía en cada individuo, entre ellos hay una sensación general de descontento, o más bien de ofensa, en relación con los humanos.

Sigzil observó a los dignatarios reunidos y sin duda vio que muchos de ellos no seguían su argumentación. Respiró hondo.

—A ver, pongámoslo así. Supongamos que hay un reino al que queréis como aliado en esta guerra. Solo que nosotros los traicionamos hace unas pocas generaciones y en una alianza parecida. ¿Nos sorprendería que se nieguen a ayudarnos ahora?

Navani se descubrió asintiendo.

—Te refieres a que deberíamos remendar las relaciones —dijo Fen—. ¿Por algo que sucedió hace miles de años?

—Majestad —respondió Sigzil—, con todo el respeto, para nosotros la Traición es historia antigua, pero para los spren ocurrió hace pocas generaciones. Los honorospren están enfadados y creen que traicionamos su confianza. Desde su punto de vista, no nos hemos responsabilizado de lo que les hicimos. Por decirlo de alguna manera, su honor está herido.

Dalinar también se inclinó hacia delante.

—Soldado, ¿dices que quieren que vayamos a suplicarles? ¡Si Odium conquista esta tierra, sufrirán tanto como nosotros!

—Eso ya lo sé, señor —respondió Sigzil—. A mí no tienes que convencerme. Pero insisto: pensad en una nación a la que ofendieron vuestros antepasados y cuyos recursos necesitáis ahora. ¿No enviaríais al menos una delegación con una disculpa oficial? —Se encogió de hombros—. No es seguro que vaya a funcionar, pero mi consejo es intentarlo.

Navani asintió de nuevo. Acostumbraba a subestimar a aquel hombre porque se comportaba como... bueno, como una escriba. Era la clase de

persona puntillosa que a menudo acababa dando más trabajo a los demás. En esos momentos tuvo que reconocer que había sido injusta. Muchas veces había hallado la sabiduría en los esfuerzos de unos eruditos a quienes los demás consideraban demasiado centrados en los detalles.

«Es porque es hombre —pensó—, y soldado, no fervoroso.» Sigzil no se comportaba como los demás Corredores del Viento, así que ella no lo había tomado en serio. «No es buena actitud, Navani —se dijo—, y menos para alguien que afirma amparar a las personas reflexivas.»

—Este hombre habla con sensatez —dijo a los demás—. Es cierto que hemos sido impertinentes con los spren.

—¿Podemos enviarte a ti, Radiante? —preguntó Fen a Sigzil—. Pareces comprender su mentalidad.

Sigzil torció el gesto.

—Podría ser mala idea. Los Corredores del Viento... actuamos en contra de la ley de los honorspren. Seríamos los peores enviados, por culpa de... bueno, porque Kaladin no les cae muy bien, la verdad. Si uno de nosotros se presentara en su fortaleza, igual hasta intentarían tomarlo preso.

»Mi consejo sería enviar a un contingente pequeño de Radiantes, pero que tengan cierto peso. En concreto, Radiantes que hayan vinculado a spren cuyos parientes aprueben lo que estamos haciendo. Ellos podrían argumentar en nuestro nombre.

—Eso me descarta a mí —dijo Jasnah—. La mayoría de los otros tintaspren se oponen a lo que hizo Marfil al vincularse conmigo. —Miró hacia Renarin, sentado más al fondo de la sala detrás de su hermano. El joven alzó unos ojos temerosos, su caja-acertijo inmóvil en sus manos—. Y supongo que tampoco deberíamos enviar a Renarin, teniendo en cuenta sus... circunstancias especiales.

—¿Un Danzante del Filo, entonces? —propuso Dalinar—. En conjunto, los cultivacispren han acogido bien nuestra nueva orden de Radiantes. Tengo entendido que algunos de los que se han vinculado con Radiantes gozan de buena reputación en Shadesmar.

Confirmado las anteriores sospechas de Navani, Lift salió de debajo de la mesa. Se dio un golpe en la cabeza al hacerlo y miró furibunda a su supuesta agresora. La niña, o mejor dicho, la adolescente reshi apenas cabía ya en espacios como aquellos, y parecía capaz de golpearse los codos contra todos los muebles a los que se acercaba.

—Iré yo —dijo Lift, y bostezó—. Aquí me estoy aburriendo.

—Quizá... alguien más mayor —objetó Dalinar.

—Qué va —dijo Lift—. Los necesitáis a todos. Se les da muy bien la parte de danzar en filos y tal. Además, Wyndle es famoso en el otro lado porque descubrió cómo funcionan las sillas. Yo al principio no me lo tragaba, porque nunca había oído hablar de él antes de que empezara a incordiarme. Pero resulta que sí. Los spren son raros y por eso les gustan las cosas raras, como la gente ridícula con forma de enredadera.

La sala quedó en silencio y Navani sospechó que todos estaban pensando más o menos lo mismo. No podían enviar a Lift a encabezar una delegación que los representara. Era una chica entusiasta, sí, pero también era... bueno... Lift.

—Eres una sanadora excelente —le dijo Dalinar—, de las mejores de tu orden. Te necesitamos aquí y, además, deberíamos enviar a alguien que tenga práctica como diplomático.

—Podría intentarlo yo, señor —se ofreció Godeke, un Danzante del Filo bajito que antes había sido fervoroso—. Tengo cierta experiencia en estos asuntos.

—Excelente —dijo Dalinar.

—Adolin y yo deberíamos capitanejar la delegación —propuso Shallan. Parecía reacia a levantarse, pero lo hizo—. Los crípticos y los honorospren no se llevan precisamente de maravilla, pero aun así soy buena elección. ¿Quiénes van a representarnos mejor que un alto príncipe y su esposa Radiante?

—Muy buena sugerencia —dijo Dalinar—. Podemos enviar a un Vigilante de la Verdad que no sea Renarin y a un Custodio de la Piedra. Sumados a Godeke, tendríamos a cuatro órdenes Radiantes distintas y sus spren, además de mi propio hijo. Radiante Sigzil, ¿eso complacería a los honorospren?

El Corredor del Viento ladeó la cabeza, escuchando algo que nadie más podía oír.

—Ella opina que sí, señor. O por lo menos, que es un buen principio. Dice que les llevemos regalos y que les pidamos ayuda. A los honorospren les cuesta rechazar a alguien necesitado. Disculparnos por el pasado, prometerles que lo haremos mejor y explicarles lo desesperada que es nuestra situación. Eso podría funcionar. —Calló un momento—. Y tampoco haría daño que el Padre Tormenta hablara bien de nosotros, señor.

—Veré si es posible —respondió Dalinar—. A veces el Padre Tormenta puede ponerse difícil. —Se volvió hacia Shallan y Adolin—. ¿Estáis

dispuestos los dos a liderar esta expedición? Shadessmar es un lugar peligroso.

—Tampoco está tan mal —dijo Adolin—. Si no hay alguien persiguiéndonos todo el tiempo, creo que hasta podría ser divertido.

«Aquí pasa algo —pensó Navani, captando la emoción del chico—. Lleva meses queriendo volver a Shadessmar.» Pero ¿y Shallan? La joven volvió a sentarse y, aunque asintió en respuesta a Dalinar, parecía... tener sus reservas. Navani habría esperado más entusiasmo por su parte, dado que Shallan adoraba viajar a lugares nuevos y extraños.

Dalinar tuvo suficiente con que los dos aceptaran y con la ausencia general de objeciones entre los monarcas. Estaba todo acordado. Una expedición a Shadessmar y una gran ofensiva militar en Emul, ambos planes aprobados por unanimidad.

Navani no sabía muy bien qué pensar de lo fácil que había sido todo. Era agradable hacer avances, aunque sabía por experiencia propia que un día de brisa agradable era el presagio de la tempestad que llegaría.

No pudo dar voz a sus preocupaciones hasta mucho más entrada la noche, cuando logró retirarse de la cena con Fen y Kmalk. Procuraba sacar tiempo de donde podía para hablar a solas con los monarcas, ya que Dalinar siempre estaba de viaje inspeccionando tropas en un frente u otro.

No era que Dalinar escapara a propósito de sus responsabilidades sociales como Gavilar había hecho hacia el final. En el caso de Dalinar, era solo que no se daba cuenta. Y siendo él, en general no había problema. A la gente le gustaba verlo pensar como un soldado y solía comentar sus ocasionales tropiezos sociales con aprecio, más que tomárselos como ofensas. A pesar de haberse tranquilizado con los años, seguía siendo el Espina Negra. Lo preocupante sería que no se comiera el postre con los dedos de vez en cuando, o que no se distrajera y llamara a alguien «soldado» en vez de utilizar su tratamiento real.

De todos modos, Navani procuraba asegurarse de que todos supieran que se los apreciaba. Casi no se hablaba del tema, pero nadie sabía a ciencia cierta qué posición ocupaba Dalinar en la coalición. ¿Era solo otro monarca o algo más? Era quien controlaba las Puertas Juradas, y casi todos los Radiantes lo consideraban su oficial al mando.

Aparte de eso, muchos de quienes se habían apartado del vorinismo convencional trataban su autobiografía como un texto religioso. Dalinar no ostentaba el título de Alto Rey, pero aun así los otros monarcas se andaban

con mucho ojo, preguntándose aún si aquella coalición terminaría convertida en un imperio gobernado por el Espina Negra.

Navani se dedicaba a aliviar preocupaciones, a hacer promesas indirectas y, en general, a mantener a todo el mundo apuntando en la dirección correcta. Era un trabajo agotador, así que cuando por fin llegó casi arrastrándose a los aposentos que compartía con Dalinar, se alegró de ver que él ya tenía el fabrial calentador templando el lugar con una acogedora luz roja. Había tenido el detalle de preparar a Navani una infusión de unalon en la placa del calorial, aunque a él le sabía demasiado dulce y nunca la tomaba.

Navani cogió una taza y encontró a Dalinar en el diván más próximo al fabrial, con la mirada fija en su luz. Se había quitado la casaca, que colgaba de una silla, y había ordenado marcharse a los sirvientes como solía, a menudo con demasiada frecuencia. Navani tendría que decirles —otra vez— que no habían hecho nada que lo ofendiera. Era simplemente que le gustaba estar solo.

Por suerte, Dalinar había dejado claro a Navani que estar solo no incluía estar apartado de ella. A veces Dalinar tenía una definición muy rara de la palabra. Y en efecto, al instante le hizo sitio para que pudiera sentarse y fundirse en el interior de su brazo ante el cálido hogar. Navani se desabrochó el botón de la manga segura y cogió la taza caliente con ambas manos. En los últimos años estaba cómoda llevando guante y cada vez la irritaba más tener que ponerse ropa tan formal para las reuniones.

Durante un rato, se limitó a disfrutar de la calidez. De las tres fuentes desde las que emanaba. La primera, la calidez del fabrial; la segunda, la calidez de la infusión, y la tercera, la calidez de él contra su espalda. La mejor recibida de todas. Él dejó apoyada la mano en el brazo de Navani y de vez en cuando la acariciaba con un dedo, como si quisiera recordarse a sí mismo todo el tiempo que ella estaba allí con él.

—Antes pensaba que estos fabriales eran horribles —dijo Dalinar después de un rato—. ¿Reemplazar la vida de un fuego con algo tan... frío? Cálido, sí, pero frío. Es raro lo poco que han tardado en gustarme. Ya no hace falta amontonar leños. Ya no hay que pensar si el cañón se obstruirá y lo llenará todo de humo. Es increíble lo mucho que puede liberarse la mente con solo apartar unas pocas preocupaciones de fondo.

—¿Para pensar en Taravangian? —adivinó ella—. ¿En que ha apoyado la propuesta de guerra en vez de oponerse?

—Me conoces demasiado bien.

—A mí también me preocupa —dijo Navani, y dio un sorbito a la infusión —. Se ha dado demasiada prisa en ofrecer sus tropas. Tendremos que aceptarlas, ya lo sabes. Después de quejarnos durante meses de que nos negara sus ejércitos, ahora no podemos rechazarlos.

—¿Qué trama? —preguntó Dalinar—. Aquí es donde es más probable que falle a todo el mundo, Navani. Sadeas me engañó, y me temo que Taravangian es más astuto que él en todos los aspectos. Cuando hice mis primeros movimientos para expulsarlo de la coalición, él ya se había puesto manos a la obra con los demás para socavar esos intentos. Me la está jugando, y lo hace con habilidad, en mis mismas narices.

—No tienes que enfrentarte a él tú solo —dijo Navani—. Esto no depende solo de ti.

—Lo sé —respondió Dalinar, y sus ojos parecieron resplandecer cuando miró el brillante rubí del hogar—. No voy a soportar esa sensación nunca más, Navani. Ese momento en las Llanuras Quebradas, viendo cómo Sadeas se retiraba. Sabiendo que mi fe en alguien, mi estúpida ingenuidad, había condenado las vidas de miles de hombres. No pienso ser un peón de Taravangian.

Ella subió el brazo y le acunó la barbilla con la mano.

—Sufriste la traición de Sadeas porque veías a ese hombre como *debería* haber sido, si hubiera superado su propia mezquindad. No pierdas esa fe, Dalinar. En parte, es lo que te hace el hombre en que te has convertido.

—Taravangian está confiado, Navani. Si trabaja para el enemigo, tendrá algún motivo. Siempre tiene un motivo.

—Riqueza, renombre. Venganza, tal vez.

—No —dijo Dalinar—. No, él no. —Cerró los ojos—. Cuando... cuando incendié la Grieta, lo hice furioso. Murieron niños e inocentes por culpa de mi ira. Conozco esa sensación y sabría distinguirla. Si Taravangian matara a un niño, no lo haría por venganza. Ni por ira. Ni por dinero o fama. Lo haría porque de verdad cree que la muerte de ese niño es necesaria.

—¿Lo consideraría bondad, entonces?

—No. Reconocería que es un acto de maldad y diría que le mancha el alma. Según él... esa es la razón de tener un monarca. Un hombre que nadie en sangre, que se deje manchar y hasta destruir por ella para que otros no tengan que sufrir. —Abrió los ojos y levantó la mano para coger la de ella.

»En cierto modo, se parece a como se veían a sí mismos los antiguos Radiantes. En las visiones decían... que eran los vigilantes en el perímetro.

Que se entrenaban en las artes mortíferas para evitar que otros tuvieran que hacerlo. Es la misma filosofía, solo que menos mancillada. Está muy cerca de tener razón, Navani. Si consiguiera que me escuchase...

—Me preocupa que, en vez de eso, te cambie él a ti, Dalinar —dijo ella—. No hagas demasiado caso a las cosas que dice.

Él asintió y pareció tomarse en serio esas palabras. Navani le apoyó la cabeza en el pecho y escuchó latir su corazón.

—Quiero que te quedes aquí, en la torre —dijo Dalinar—. Jasnah pretende acompañarnos a Emul, ansiosa por demostrar que puede liderar en batalla. Al ser una ofensiva tan grande, también tendré que ir yo en persona. Taravangian lo sabe y debe de estar planeando una encerrona para nosotros. Tiene que haber alguien aquí en la torre, a salvo, para rescatarnos a los demás si algo sale mal.

Lo que no dijo fue: «Alguien que gobierne a los alezi, por si Jasnah y yo morimos en la trampa de Taravangian».

Ella no se opuso. Sí, lo normal sería que una mujer alezi fuese a la guerra para hacer de escriba a su marido. Y sí, en parte él estaba desafiando esa costumbre porque quería que Navani estuviera a salvo. Era un poco sobreprotector.

Navani se lo perdonaba. Era cierto que necesitarían a un miembro de la familia real en la reserva, y además Navani estaba cada vez más convencida de que lo mejor que podía hacer ella para ayudar implicaría desentrañar los misterios de aquella torre.

—Si vas a dejarme atrás —dijo Navani—, más te vale tratarme bien estos días antes de tu partida. Para que te recuerde con cariño y sepa que me amas.

—¿Es que puede existir alguna duda de eso?

Ella se apartó y le pasó un dedo suave por la mandíbula.

—Una mujer necesita recordatorios constantes. Necesita saber que tiene el corazón de él, incluso cuando no puede tener su compañía.

—Mi corazón lo tienes siempre.

—¿Y esta noche en particular?

—Y esta noche —dijo él—, en particular.

Se acercó para besarla y la envolvió fuerte con aquellos brazos tan formidables que tenía. Y ahí fue donde Navani halló una cuarta calidez en la noche, más poderosa que todas las demás.

FIN

Prímera parte

INTERLUDIOS

**SYLPHRENA • SJA-ANAT
TARAVANGIAN**

SYLPHRENA



Sylphrena sintió la energía de la alta tormenta que se aproximaba como quien oye el sonido de un músico lejano que se acerca caminando. Llamándola con una melodía amistosa.

Voló por los pasillos de Urithiru. Era invisible para casi todo el mundo salvo aquellos a quienes escogía, y ese día había elegido a los niños. Ellos nunca parecían recelar de ella. Siempre sonreían al verla. Y rara vez se comportaban con demasiado respeto. A pesar de lo que decía a Kaladin, Syl no siempre quería que la gente la tratara como a una pequeña deidad.

Por desgracia, era tan temprano que no había mucha gente fuera de sus cuartos, niños o no, en la torre. Kaladin seguía en la cama, pero ella se alegraba de que estuviera durmiendo un poco mejor.

Oyó ruido procedente del interior de una puerta, así que fue hacia allí y entró como una exhalación en una estancia para encontrar a la hija de Roca cocinando. Los demás la llamaban Cuerda, pero su verdadero nombre, Hualinam'lunanaki'akilu, era mucho más bonito. Era un poema sobre una alianza nupcial.

Cuerda se merecía un nombre tan hermoso. Tenía un aspecto muy distinto al de los alezi. Más sólido, el de alguien a quien no derribaría una tormenta, como si estuviera hecha de bronce, color que reflejaba con sutileza su tono de piel. Y aquel hermoso cabello rojo oscuro no era como el de Shallan. El de Cuerda era más herrumbroso, oscuro y profundo, y lo llevaba recogido en

una coleta atada con cinta.

La chica vio a Syl, claro: había heredado la bendición de su padre y era capaz de ver a todos los spren. Se detuvo, agachó la cabeza y se tocó un hombro, luego el otro y por último la frente. Apartó las siguientes rodajas de tubérculo que cortó y las dejó en un pulcro montoncito sobre la encimera como ofrenda para Syl. Era un poco absurdo, porque Syl no comía. Aun así, se convirtió en tubérculo y se quedó rodando por la encimera un ratito para agradecérselo.

Pero aquella música... La *tormenta*. Syl apenas podía contenerse. ¡Ya llegaba!

Rodó hasta caer de la encimera y voló para examinar la armadura esquirlada de Cuerda, apilada con esmero en el rincón. La joven comecuernos nunca se alejaba de ella. Era la primera de su pueblo desde... bueno, desde hacía muchísimo tiempo en poseer una esquirla.

Era bonita. Syl quizá debería odiarla como odiaba las hojas esquirladas, pero no era así. Venía a ser un cadáver, o mejor dicho, muchos cadáveres, pero no le resultaba tan ofensiva. Supuso que la diferencia era la actitud. Percibía una cierta satisfacción, no un dolor, emanando de la armadura esquirlada.

Cuerda empezó a hacer ruido con la cacerola y Syl se descubrió volando rauda hacia allí para ver qué estaba metiendo en el agua. A veces Syl sentía como si tuviera dos cerebros. Uno era el cerebro responsable, el que la había llevado a desafiar a los demás honorspren y a su padre al buscar a Kaladin y formar un vínculo Radiante. Ese era el cerebro que Syl anhelaba que la controlara. Se preocupaba de las cosas importantes: la gente, el destino del mundo y descubrir qué significaba en realidad ser de Honor.

Pero también tenía otro cerebro. Ese otro se quedaba fascinado por el mundo y se comportaba como si perteneciera a una niña pequeña. ¡Un ruido fuerte? ¡Pues tocaba ir a ver qué lo había provocado! ¡Música desde el horizonte? ¡Pues a volar de un lado para otro, ansiosa y expectante! ¡Un cremlino extraño en la pared? ¡Pues venga, a imitar su forma y reptar por ahí para ver qué sensación daba!

Los pensamientos la bombardeaban. ¿Cómo se sentiría un tubérculo al ser cortado? ¿Cuánto tiempo habían tardado Roca y Canción en pensar el nombre de Cuerda? ¿Syl debería tener un nombre que fuese un poema? A lo mejor los comecuernos tenían un nombre para ella. ¿Tenían nombres para todos los spren o solo para los importantes?

Y así, sin parar. Syl podía manejarlo. Siempre lo había hecho. Pero no era algo propio de los honorspren. Los demás no eran como ella, excepto quizá Rua.

De la cacerola empezaron a salir nubecillas de vapor, y Syl adoptó la misma forma, la de una voluta que se elevaba hacia el techo. Cuando empezó a aburrirse de aquello, al cabo de solo unos pocos segundos, ascendió más por el aire para escuchar la música. La tormenta aún no estaba lo bastante cerca. No alcanzaría a verla.

Aun así, salió a la terraza y revoloteó por el exterior de la torre, buscando la habitación de Kaladin.

La torre estaba muerta. Syl apenas recordaba cómo era antes, cuando había vinculado a su antiguo y maravilloso caballero. Él había dedicado casi toda su vida a viajar a pueblos pequeños y utilizarla como hoja esquirlada para tallar aljibes y acueductos para la gente. Syl recordaba haber venido a Urithiru una vez con él... y la torre había brillado con muchas luces... Un tipo extraño de luz...

Se detuvo en el aire, reparando en que había ascendido diecisiete pisos. «Serás tonta. No dejes que la niña se ponga al mando.» Descendió en picado, encontró la ventana de Kaladin y se estrujó entre los postigos, que dejaban el espacio justo entre ellos para que Syl pasara.

En la habitación oscura, Kaladin dormía. A Syl no le habría hecho falta ir a mirar para saberlo. Lo habría sentido si despertara. Pero...

«Él también tiene dos cerebros —pensó—. Un cerebro luminoso y otro oscuro.» Deseó poder entender a Kaladin. Necesitaba ayuda. A lo mejor bastaría con su nueva tarea. Syl deseaba desde lo más profundo que bastara. Pero temía que no fuese así.

Kaladin necesitaba su ayuda y ella no podía dársela. No podía comprender. ¡La tormenta! La tormenta había llegado.

Volvió a salir, aunque el cerebro responsable logró retener su atención. Kaladin. Tenía que ayudar a Kaladin. Quizá se quedara satisfecho con ser cirujano, y para él sería bueno ya no tener que matar más. Sin embargo, había un motivo por el que había tenido dificultades como cirujano en el pasado. Seguiría teniendo su cerebro oscuro. Aquello no era una solución, y Syl necesitaba una solución.

Se aferró a esa idea, impidiendo que se evaporara como el humo sobre una cacerola. Se aferró a ella incluso mientras llegaba la muralla de tormenta, que rodeó la base de la torre desde el este. Por delante de ella volaban centenares

de vientospren en una gran multitud de formas. Syl se unió a la algarabía, riendo y volviéndose como ellos. Adoraba a sus primos pequeños por su gozo, por la simple emoción que sentían.

Como siempre, la bombardearon pequeños pensamientos mientras volaba entre ellos, saludando, sonriendo, cambiando una y otra vez de forma a cada momento. Los honorospren, y en realidad todos los spren inteligentes, eran algo reciente en Roshar. Bueno, si podía llamarse reciente a algo de hacía diez mil años. Mejor dejarlo en *más* reciente.

¿Cómo se habían creado los primeros honorospren, o los cultivacispren, o los tintaspren, o los cumbrespren, o cualquiera de los otros inteligentes? ¿Les habría otorgado forma el propio Honor a partir de Investidura en crudo? ¿Habrían crecido a partir de aquellos otros, sus primos? Syl sentía un fuerte parentesco con ellos, aunque saltara a la vista que eran diferentes. No tan listos. ¿Podría ayudarlos a hacerse listos?

Eran ideas ponderosas cuando lo único que ella quería era volar. La música, el cataclismo de la tormenta era... extrañamente pacífico. Syl solía tener problemas en una sala llena de gente hablando, ya fuesen humanos o spren. Se quedaba intrigada por todas las conversaciones y su atención se desviaba muy a menudo.

Tendría sentido pensar que le pasaría lo mismo con la tormenta, pero no era el estrépito lo que la molestaba, sino la diversidad de estréritos. La tormenta tenía una sola voz. Una voz señorial, poderosa, que cantaba una canción con sus propias armonías. En la tormenta Syl podía limitarse a disfrutar de la canción y relajarse, renovarse.

Cantó con el trueno. Bailó con el relámpago. Se transformó en escombro y se dejó empujar. Voló hasta la parte más interna y oscura de la tormenta y se convirtió en el latido de su corazón. Luz-trueno. Luz-trueno. Luz-trueno.

Entonces la negrura la embargó. Una negrura más plena que la mera ausencia de luz. Era el momento dividido que su padre era capaz de crear. El tiempo era algo muy curioso. Siempre estaba fluyendo de fondo como un río, pero si se cargaba con demasiado poder, se distorsionaba. Se ralentizaba, le entraban ganas de descansar y echar un vistazo. Siempre que se congregaba demasiado poder —demasiada Investidura, demasiada *consciencia*—, los reinos se volvían porosos y el tiempo hacía cosas raras.

A él no le hacía falta crear un rostro en el cielo para ella, como hacía con los mortales. Syl podía sentir su atención igual que el calor del sol.

NIÑA. NIÑA REBELDE. ACUDES A MÍ DESEANDO.

—Quiero comprenderlo a él —dijo Syl, revelando el pensamiento que había estado reteniendo, protegiendo, cobijando—. ¿Me harías sentir la misma oscuridad que siente él, para poder comprenderla? Podré ayudarlo mejor si lo conozco mejor.

OTORGAS DEMASIADO DE TI MISMA A ESE HUMANO.

—¿No existimos para eso?

NO. ESO SIEMPRE LO HAS MALINTERPRETADO. NO EXISTÍS PARA ELLOS. EXISTÍS PARA VOSOTROS MISMOS. EXISTÍS PARA ELEGIR.

—¿Y tú existes para ti mismo, padre? —preguntó ella, imperiosa, de pie en la negrura, empeñándose en mantener su forma humana. Fijó la mirada en la profunda eternidad—. Tú nunca eliges. Solo soplas, como siempre haces.

YO NO SOY SINO LA TORMENTA. TÚ ERES MÁS.

—Evitas la responsabilidad —replicó Syl—. Afirmas hacer solo lo que debe hacer una tormenta, ¡pero luego te comportas como si estuviera mal que yo haga lo que siento que debo! Me dices que puedo elegir y luego me regañas cuando tomo decisiones que no te gustan.

TE NIEGAS A RECONOCER QUE ERES MÁS QUE UN APÉNDICE DE UN HUMANO. LOS SPREN YA SE DEJARON CONSUMIR UNA VEZ POR LAS NECESIDADES DE LOS RADIANTES, Y ESO LOS MATÓ. AHORA MUCHOS DE MIS HIJOS HAN SEGUIDO TU NECIO CAMINO Y CORREN UN GRAN PELIGRO.

ESTE ES NUESTRO MUNDO. PERTENECE A LOS SPREN.

—Pertenece a todos —afirmó Syl—. A los spren, a los humanos, hasta a los cantores. Así que tendremos que averiguar cómo podemos vivir juntos.

EL ENEMIGO NO LO PERMITIRÁ.

—El enemigo será derrotado por Dalinar Kholin —dijo Syl—. Y para eso debemos tener preparado a su campeón.

ESTÁS MUY SEGURA DE QUE TU HUMANO ES EL CAMPEÓN, dijo el Padre Tormenta. NO CREO QUE EL MUNDO VAYA A SOMETERSE A TUS DESEOS.

—Sea como sea, necesito comprenderlo para poder ayudarlo —insistió Syl—. No porque vaya a dejarme consumir por sus deseos, sino porque esto es lo que quiero hacer. Así que te lo pregunto de nuevo. ¿Me harás capaz de sentir lo que él siente?

NO PUEDO HACER ESO, respondió el Padre Tormenta. TUS DESEOS NO SON MALVADOS, SYLPHRENA, PERO SÍ PELIGROSOS.

—¿No puedes o no quieres?

TENGO EL PODER, PERO NO LA CAPACIDAD.

El tiempo entre instantes terminó de sopetón, devolviéndola a la tormenta. Los vientospren trazaban espirales a su alrededor, riendo y vociferando, imitando las palabras: «¡No puedes, no puedes, no puedes!». Qué insufribles podían ser. Igual que ella a veces.

Syl retuvo la idea, acunándola, y por lo demás permitió que la tormenta la distrajera. Danzó durante todo su paso, aunque no podía marcharse con ella. Tenía que quedarse a unos kilómetros como máximo de Kaladin, o su Conexión al Reino Físico empezaría a desvanecerse y su mente se debilitaría.

Disfrutó de aquel tiempo, de aquella hora que transcurrió en cuestión de segundos. Cuando por fin se acercaron los coletazos, Syl se detuvo con expectante ansia, gozosa. Allí arriba, en las montañas, el final de la tormenta creaba *nieve*. Como ya había dejado caer toda el agua mezclada con crem, la nieve fue blanca y pura. ¡Qué glorioso era cada copo! Deseó poder hablar con los objetos como hacía Shallan y oír la historia de todos ellos.

Cayó con los copos, imitándolos... y creando unas pautas exclusivas para ella. Podía ser ella misma, no solo vivir para un humano cualquiera. Pero el caso era que Kaladin no era solo un humano cualquiera. Syl lo había elegido a propósito de entre millones y millones. Su trabajo era ayudarlo. Era un deber tan poderoso como el que tenía el Padre Tormenta de entregar agua y crem para dar vida a Roshar.

Voló de vuelta a Urithiru, serpenteando entre bancos de nieve, y luego ascendió en vertical. Aquella sección al oeste de la torre tenía valles profundos y picos helados. Syl voló rasante por los primeros y remontó los segundos antes de rodear trazando círculos la grandiosa torre.

Terminó llegando a la terraza del Forjador de Vínculos. Dalinar siempre estaba despierto en las altas tormentas, fueran a la hora que fuesen. Syl aterrizó en la terraza junto a él, de pie en el aire frío. La piedra del suelo estaba resbaladiza por el agua, ya que ese día la alta tormenta había sido lo bastante alta para alcanzar los pisos más bajos de la torre. Syl nunca la había visto llegar hasta la cima, pero esperaba contemplarlo algún día. ¡Eso sí que sería algo distinto!

Se hizo visible para Dalinar, pero él no se sobresaltó como hacían a veces los humanos al verla aparecer. Syl no entendía por qué reaccionaban así. ¿No estaban acostumbrados a que los spren aparecieran y desaparecieran a su alrededor a todas horas? Los humanos eran como las tormentas, imanes para todo tipo de spren.

Siempre parecían encontrarla más sorprendente que un glorispren. Supuso

que debería tomárselo como un cumplido.

—¿Has disfrutado de tu tormenta, Antigua Hija? —preguntó Dalinar.

—He disfrutado de *nuestra* tormenta —dijo ella—. Aunque Kaladin se la ha pasado entera durmiendo, el muy zoquete.

—Bien. Necesita descansar más.

Syl dio un paso hacia Dalinar.

—Gracias por lo que hiciste. Al obligarlo a cambiar. Estaba atascado, dedicándose a lo que creía que debía hacer, pero oscureciéndose más y más sin parar.

—Todo soldado llega a un punto en el que tiene que dejar la espada. Entre las funciones de un comandante está vigilar por si aparecen esos signos.

—Él es distinto, ¿verdad? —dijo Syl—. Peor, porque su propia mente combate contra él.

—Distinto, sí —respondió Dalinar, apoyándose en la barandilla junto a ella—. Pero ¿quién puede decir qué es peor y qué es mejor? Todos tenemos nuestros propios Portadores del Vacío a los que destruir, brillante Sylphrena. Nadie puede juzgar el corazón de otro ni sus escollos, pues nadie puede conocerlos de verdad.

—Yo quiero intentarlo —dijo ella—. El Padre Tormenta ha insinuado que existe una manera. ¿Tú puedes hacerme comprender las emociones de Kaladin? ¿Puedes hacerme sentir lo que le está pasando?

—No tendría ni idea de cómo lograr algo como eso —respondió Dalinar.

—Él y yo tenemos un vínculo. Deberías ser capaz de usar tus poderes para aumentar ese vínculo, reforzarlo.

Dalinar aferró la barandilla de piedra labrada. No se opuso a su idea; no era de los que rechazaban nada sin planteárselo al menos.

—¿Qué sabes de mis poderes? —le preguntó Dalinar.

—Tus capacidades son las que crearon el Juramento original —dijo ella—. Ya existían, y habían recibido nombre, mucho antes de que se fundaran los Caballeros Radiantes. Un Forjador de Vínculos conectó a los Heraldos con Braize, los hizo inmortales y encerró a nuestros enemigos. Un Forjador de Vínculos doblegó otras Potencias y trajo a Roshar los humanos, que huían de su mundo agonizante. Un Forjador de Vínculos creó, o por lo menos descubrió, el vínculo Nahel, la capacidad de spren y humanos para unirse y formar algo mejor. Tú Conectas cosas, Dalinar. Reinos. Ideas. Personas.

Él contempló el paisaje helado, recién pintado de nieve. Syl pensó que ya sabía cuál iba a ser su respuesta, por la forma en que respiró y apretó la

mandíbula antes de dársela.

—Aunque pudiera hacer lo que me pides —dijo—, no estaría bien.

Syl se convirtió en un montoncito de hojas que se desintegró y se meció con el viento.

—Entonces nunca seré capaz de ayudarlo.

—Puedes ayudar sin saber exactamente qué siente. Puedes estar presente para que se apoye en ti.

—Lo intento. A veces no parece desechar ni mi presencia.

—Seguro que esos son los momentos en los que más te necesita. Nunca podemos conocer el corazón de otra persona, brillante Sylphrena, pero todos sabemos lo que es vivir y sufrir dolor. Ese es el consejo que habría dado a casi cualquier otro. No sé si se aplica bien a ti.

Syl miró arriba, a lo largo del dedo que señalaba de la torre, alzado hacia el cielo.

—Una... una vez tuve otro caballero. Vinimos aquí, a la torre, cuando estaba viva... aunque no me acuerdo bien de lo que significaba eso. Perdí recuerdos durante el... dolor.

—¿Qué dolor? —preguntó Dalinar—. ¿Qué dolor siente un spren?

—Él murió. Mi caballero, Relador. Fue a luchar, a pesar de su edad.

No debió hacerlo, y cuando lo mataron me dolió. Me sentí sola. Tan sola que empecé a perder el rumbo...

Dalinar asintió.

—Sospecho que Kaladin siente algo parecido, aunque por lo que tengo entendido de su dolencia, en él no tiene una causa específica. A veces empezará a... perder el rumbo, como tú lo llamas.

—El cerebro oscuro —dijo ella.

—Una denominación acertada.

«A lo mejor es que ya puedo entender a Kaladin —pensó Syl—. Yo también tuve un cerebro oscuro, durante un tiempo.»

Tenía que recordar cómo había sido aquello. Se dio cuenta de que su cerebro responsable y su cerebro infantil coincidían en esforzarse mucho por olvidar aquella parte de su vida. Pero era Syl quien tenía el control, no ninguno de esos dos cerebros. Y tal vez, si recordaba cómo se había sentido en aquellos días oscuros y antiguos, podría ayudar a Kaladin en sus días oscuros y actuales.

—Gracias —dijo a Dalinar mientras pasaba un grupo de vientospren. Los observó y, por una vez, no le apeteció mucho perseguirlos—. Creo que me

has ayudado.



Hacía mucho tiempo, a Sja-anat la había llamado Tomadora de Secretos alguna autoridad académica a la que nadie recordaba. Le gustaba ese nombre. Sugería acción. Ella no solo escuchaba secretos, sino que los tomaba. Los hacía suyos.

Y los protegía.

De los otros Deshechos.

De los Fusionados.

Del mismísimo Odium.

Fluyó por el palacio de Kholinar, existiendo entre el Reino Físico y el Cognitivo. Como muchos Deshechos, no pertenecía del todo a ninguno de los dos. Odium los tenía atrapados en una existencia a medio camino. Algunos se manifestaban de formas diversas si residían demasiado tiempo en un mismo lugar, o si tiraba demasiado de ellos alguna emoción fuerte.

Ella no.

A veces los Fusionados, o hasta los cantores comunes, reparaban en su presencia. Se tensaban, volvían la vista atrás. Se fijaban en una sombra, una fugaz tiniebla que enseguida se les escapaba. Verla de verdad requería luz reflejada.

Pasaba algo parecido en Shadessmar. Sja-anat experimentaba ese dominio al mismo tiempo que experimentaba el Reino Físico, pero ambos le resultaban sombríos. Soñaba con la existencia de algún lugar que fuera adecuado del todo para ella y sus niños.

De momento, tendría que vivir donde estaba.

Fluyó escalera arriba en un reino, aunque apenas se movió en el otro. El espacio no era equivalente por completo entre reinos; no era que tuviera un pie en cada uno de ellos, sino más bien que consistía en dos entidades que compartían mente. En Shadessmar, flotaba sobre un océano de cuentas como una tililante. En el Reino Físico, pasó entre cantores que trabajaban en palacio.

Sja-anat no se consideraba la más lista de los Deshechos. Sin duda estaba entre los más inteligentes, eso sí, que no era lo mismo. Algunos Deshechos, como Nergaoul, a quien a veces llamaban la Emoción, apenas tenían mente: se parecían mucho a los emocispren. Otros, como Ba-Ado-Mishram, quien había concedido formas a los cantores durante la Falsa Desolación, eran taimados y conspiradores.

Sja-anat era un poco ambas cosas. Durante los largos milenios transcurridos antes de aquel Retorno, había pasado casi todo el tiempo dormitando. Sin su vínculo con Odium, le costaba pensar. La aparición de la tormenta eterna en Shadessmar, mucho antes de que emergiera al Reino Físico, la había revitalizado. Le había permitido empezar a planear de nuevo. Pero sabía que no era tan lista como Odium. Solo podía proteger unos pocos secretos de él, y debía escoger con cuidado y disimularlos tras otros secretos que sí revelaba.

Había que sacrificar a algunos hijos para que otros sobrevivieran. Era una ley de la naturaleza. Eso los humanos no lo comprendían. Ella sí. Ella...

Él se aproximaba.

El dios de la pasión.

El dios del odio.

El dios de todos los spren adoptados.

Sja-anat fluyó hasta el vestíbulo del palacio y se encontró con dos de sus hijos, vientospren tocados por ella. Los humanos los llamaban «corrompidos», pero ella odiaba la palabra. Sja-anat no corrompía. Sja-anat los iluminaba al mostrarles que existía otro camino posible. ¿Acaso los humanos no veneraban la Transformación, la capacidad de todos los seres para convertirse en alguien nuevo, alguien mejor, como uno de los ideales más importantes de su religión? ¿Y luego se enfadaban porque ella permitía cambiar a los spren?

Sus hijos salieron disparados a cumplir sus designios, y entonces se manifestó ante ella uno de sus hijos más grandiosos. Un resplandor

centelleante, en continuo cambio. Una de sus creaciones más valiosas.

Iré yo, madre, dijo él. A la torre, con ese tal Mraize, tal y como has prometido.

Odium te verá, respondió ella. Odium intentará deshacerte.

Lo sé. Pero tenemos que entretenérlo para que no se fije en ti, como habíamos hablado. Debo encontrar mi propio camino, mi propio vínculo.

Ve, pues, dijo ella. Pero no vincules a ese humano por lo que yo haya dicho. Solo le prometí enviar a un hijo mío para investigar las opciones. Allí hay otras posibilidades. Escoge por ti mismo, no por mis deseos.

Gracias, madre, dijo él. Gracias por mis ojos.

El spren se marchó, siguiendo a los otros. Sja-anat lamentó que los dos más pequeños, los vientospren iluminados, fuesen poco más que distracciones. Odium los vería sin lugar a dudas.

Proteger a algunos niños.

Sacrificar a otros.

Una elección que podían hacer solo los dioses.

Dioses como Sja-anat.

Se alzó, adoptando la forma de una mujer hecha de ondulado humo negro con los ojos de un blanco inmaculado. Sombras y niebla, la pura esencia de Odium. Si él descubriera las partes más secretas e íntimas del alma de Sja-anat, no se sorprendería. Porque ella procedía de él. Deshecha por su mano.

Pero, al igual que todos los niños, se había convertido en algo más.

La presencia de Odium se cernió sobre ella como el sol perforando las nubes. Poderosa, vibrante, arrolladora. Algunos Fusionados del pasillo se dieron cuenta y miraron a su alrededor, pero los cantores corrientes no estaban lo bastante armonizados para oír la canción de Odium, como un ritmo pero más resonante. Uno de los tres tonos puros de Roshar.

Sja-anat no comprendía del todo las leyes que ataban a Odium. Eran antiguas, y relacionadas con los pactos entre las Esquirlas, los altos dioses del Cosmere. Odium no era tan solo el recipiente, la mente que controlaba el poder. Ni era tan solo la Esquirla, el poder en sí mismo. Era ambas cosas, y a veces parecía que el poder tenía deseos que contravenían los del recipiente.

Sja-anat, le dijo una voz infusa con el tono de Odium, ¿qué son esos spren que has enviado al mundo?

—Son los que cumplen tu voluntad —susurró ella, y se postró cayendo acumulada como un charco en el suelo—. Los que observan. Los que escuchan.

¿Has estado hablando con los humanos otra vez? ¿Para... corromperlos con mentiras?

Era la invención a la que Odium y ella jugaban en esos momentos. Ella fingía haber establecido contacto con la Radiante Shallan y algunos otros, trabajando para él, anticipándose a sus deseos. Él fingía no saber que Sja-anat lo había hecho contra su voluntad.

Ambos sabían que ella deseaba más libertad de la que él estaba dispuesto a permitirle. Ambos sabían que ella quería ser una diosa por derecho propio. Pero él no sabía con certeza que ella estaba actuando para sabotearlo, como cuando había salvado de la muerte a Shallan y sus compañeros hacía un año. Sja-anat lo había atribuido a la casualidad y él no había podido refutarlo con certeza.

Si Odium la descubría en una mentira verificable, la desharía de nuevo. Le robaría su memoria. La desgarraría en pedazos. Pero de hacerlo, perdería una herramienta muy útil.

Y ese era el juego.

¿Dónde los has enviado?, preguntó él.

—A la torre, mi señor. A vigilar a los humanos, como habíamos hablado. Debemos prepararnos para la próxima jugada del Forjador de Vínculos.

Yo me prepararé, dijo él. *Tú te concentras demasiado en la torre.*

—Ardo en deseos de que empiece la invasión —dijo ella, permitiéndose mostrar entusiasmo—. Me gustará mucho volver a ver a mi pariente. ¿Quizá se pueda hacer que recupere la conciencia? ¿Quizá sea posible persuadirlo?

Lo más probable era que Odium tuviera planeado enviarla a aquella misión, pero el ansia de Sja-anat hizo que se lo pensara. Odium terminaría siguiendo a los hijos de Sja-anat y vería que en efecto se dirigían a la torre, y eso reforzaría su decisión. La que Sja-anat esperaba que tomara en ese preciso instante...

No irás a la torre, declaró Odium. No le hacía ninguna gracia que ella se refiriera al Hermano, la descendencia somnolienta de Honor y Cultivación, como su pariente. *Pero estamos a punto de poner en práctica una estratagema con la traición del hombre llamado Taravangian.* Tú lo vigilarás.

—Podría servirte de mucho más en la torre —dijo ella—. Sería mejor que...

¿Cuestionas? No cuestiones.

—No cuestionaré.

Y aun así, notó crecer el poder que se movía en el interior de Odium. A la mente no le gustaba que se la retara, pero al poder... le gustaban los retos. Le gustaban las discusiones. *Era* la pasión.

Ahí había una debilidad. En la división entre el recipiente y la Esquirla.

—Iré allá donde me ordenes —dijo ella—, mi dios.

Muy bien.

Odium la dejó para ir a hablar con los Nueve. Y Sja-anat planificó sus siguientes pasos. Tenía que fingirse malhumorada. Tenía que intentar buscar la forma de no ir a Emul. Y tenía que desear su propio fracaso.

Odium sospechaba que Sja-anat había ayudado a la Radiante Shallan. Estaba vigilando para evitar que contactara con otros Radiantes. Y por tanto, no lo haría. Pero cuando Odium hubiera encontrado a sus vientospren y los hubiera deshecho para que perdieran sus mentes y sus recuerdos, con un poco de suerte se quedaría satisfecho y no vería al otro hijo que ella había enviado.

¿Y la propia Sja-anat? Ella iría con Taravangian y lo observaría, como le habían ordenado. Y se quedaría cerca.

Porque Taravangian era un arma.



Taravangian sospechaba desde hacía tiempo que no iba a tener un funeral. El Diagrama no había concretado ese hecho, pero tampoco había afirmado lo contrario. Además, cuanto más progresaban, menos preciso se hacía el Diagrama.

En todo caso, él había elegido ese camino, y sabía que no era de los que llevaban a una muerte pacífica rodeado por su familia. Era de los caminos que llevaban al bosque oscuro, lleno de peligros. Su objetivo nunca había sido salir por el otro extremo ilesos; siempre había consistido meramente en lograr su objetivo antes de que lo mataran.

Y lo había hecho. Su ciudad, su familia y su pueblo estarían a salvo. Había hecho un trato con el enemigo que aseguraba que Kharbranth sobreviviría a la destrucción que iba a llegar. Ese había sido siempre su objetivo. Ese y ninguno más que ese.

Intentar convencerse a sí mismo de lo contrario era a la vez ridículo y peligroso.

Y así fue como llegó al presente día, al día en que apartaría a sus amigos. Había hecho encender un fuego en su hogar, en sus aposentos de Urithiru. Un fuego de verdad, con auténtica madera en la que danzaban los llamaspren. Su propia pira.

Sus amigos estaban congregados para despedirse. En tiempos recientes habían ido pasando cada vez más tiempo fuera, en Kharbranth, para que

luego su marcha definitiva resultara menos sospechosa. Taravangian había hecho ver que los necesitaba para que ayudaran a gobernar la ciudad, ya que él estaba concentrado en Jah Keved.

Pero ese día... ese día estaban todos allí con él. Una última vez. Adrotagia, por supuesto, mantuvo la compostura mientras lo abrazaba. Siempre había sido la más fuerte de todos. Aunque Taravangian gozaba de una inteligencia moderada ese día, lo abrumó la emoción cuando se separaron.

—Dales recuerdos míos a Savrahalidem y mis nietos —pidió Taravangian—. Si te preguntan, diles que me perdí al final, que me abandonó el juicio.

—¿Eso no hará más daño a Savri? —preguntó Adrotagia—. ¿Saber que su padre está atrapado entre enemigos, senil y confundido?

—No, mi chica no es así —dijo él—. Tú no la conoces tan bien como yo. Dile que estaba cantando la última vez que me viste. Eso la reconfortará.

Apretó las muñecas de Adrotagia, que a su vez sostenía las suyas. Qué afortunado era por haberla tenido como amiga durante... tormentas, ¿setenta y tres años ya?

—Así se hará, Vargo —dijo ella—. ¿Y el Diagrama?

Taravangian le había prometido una confirmación final. Le soltó las muñecas y fue hacia la ventana, pasando junto a Mrall. El corpulento guardaespaldas estaba llorando, pobre.

Ese mismo día, Taravangian partiría hacia Azir con Dalinar y Jasnah. Poco después de eso, los ejércitos de Taravangian, cumpliendo órdenes de Odium, traicionarían a sus aliados y cambiarían de bando. Eso supondría una condena a muerte para Taravangian, que pasaría a quedar rodeado de enemigos. Iba a llevar consigo un ejército del tamaño justo para que Dalinar y los otros monarcas estuvieran cómodos: lo bastante numeroso para convencerlos del compromiso de Taravangian pero lo bastante pequeño para que supieran que podrían capturarlo en caso de traición.

Era una jugada calculada por parte de Odium. ¿Qué monarca poderoso se pondría a sí mismo en una posición tan vulnerable?

Acusando el cansancio, Taravangian apoyó sus curtidas manos en el alfízar de su habitación en la torre. Había pedido unos aposentos desde los que pudiera mirar al sur, hacia donde había empezado todo aquello con su petición a la Vigilante Nocturna. Tenía la sospecha de que su don lo había elegido alguien de mayor categoría que la antigua spren.

—El Diagrama ha cumplido su propósito —dijo Taravangian—. Hemos protegido Kharbranth. Hemos completado el Diagrama.

»Tanto el libro como la organización a la que dimos su nombre eran meras herramientas. Es el momento de disolverla, de desmantelar nuestros hospitales secretos, de devolver nuestros soldados a la guardia de la ciudad. Si hay mandos intermedios que crees que saben demasiado, encárgales alguna misión “secreta” y prolongada lejos de la civilización. Danlan debería estar entre las primeras de ese grupo.

»Y en cuanto a Delgo, Malata y los demás que son demasiado útiles para prescindir de ellos, creo que aceptarán la verdad. Hemos cumplido nuestro objetivo. Kharbranth estará a salvo. —Bajó la mirada a su manos envejecidas. Las arrugas eran como cicatrices por cada vida que había segado —. Diles... que no hay nada más lamentable que una herramienta que sobrevive a su utilidad. No vamos a inventarnos cualquier cosa nueva para que la haga nuestra organización. Debemos permitir que muera aquello que ya ha cumplido su propósito.

—Todo eso está muy bien —repuso Mrall, cruzándose de brazos y actuando como si no hubiera estado llorando un momento antes—. Pero sigues siendo nuestro rey. No te abandonaremos.

—Sí lo haremos —dijo Adrotagia con suavidad.

—Pero...

—El Espina Negra sospecha de Vargo —dijo Adrotagia—. No le permitirá marcharse, ya no. Y aunque se marchara, lo perseguirían después de la traición. Nosotros, en cambio, podemos escabullirnos sin que luego se interese nadie por nosotros. Sin él, Kharbranth estará a salvo.

—Esa era la intención desde el principio, Mrall —añadió Taravangian, todavía mirando más allá de las montañas—. Yo soy la aguja que atrae el relámpago. Soy el portador de nuestros pecados. Kharbranth puede distanciarse de mí cuando nuestros ejércitos de Jah Keved se vuelvan contra los alezi. Los altos príncipes veden están ansiosos y sedientos de sangre, y todos ellos cuentan con promesas de los Fusionados. Perpetuarán la lucha, creyendo que gozarán de su favor cuando las fuerzas de Odium se alcen victoriosas.

—¡Pero te están tirando a la basura! —exclamó Mrall—. Después de todo lo que has hecho, ¿Odium te desecha? Por lo menos, ve a Jah Keved.

Mrall no lo entendía, por supuesto. Y eso estaba bien. Aquellos detalles no estaban en el Diagrama; recorrían terreno inexplorado.

—Yo soy una distracción —explicó Taravangian—. Debo ir con la fuerza expedicionaria a Emul. Luego, cuando Jah Keved cambie de bando, el Espina

Negra estará tan atento a mí y a la amenaza inmediata hacia sus soldados que pasará por alto lo que sea que intente hacer Odium entretanto.

—No puede ser tan importante como para ponerte a ti en peligro —objetó Mrall.

Taravangian tenía sus sospechas. Quizá lo que tramara Odium valdría la pena y quizás no. Daba igual. Obedeciendo las órdenes del dios, Taravangian había dedicado un año a preparar Jah Keved para el cambio de bando, ascendiendo a quienes Odium quería en puestos de mando, desplazando tropas a sus posiciones. Una vez hecho eso, Taravangian era inútil. Peor que inútil: era una posible debilidad.

Y en consecuencia, Taravangian sería entregado a los alezi para su ejecución, y su cadáver ardería sin un funeral como debía ser. Los alezi no concedían ningún honor a los traidores.

Aceptar ese destino dolía. Como una lanza atravesándole las entrañas. Era raro que lo molestara tanto. Estaría muerto, así que ¿qué más le daba un funeral?

Se apartó de la ventana y dio a Mrall un firme apretón de manos y luego un abrazo inesperado. Abrazó también a la bajita y fiel Maben, la doncella que lo había cuidado todo ese tiempo. Entregó a la mujer un pequeño paquete con las mermeladas favoritas de Taravangian, traídas desde Shinovar. Eran cada vez más difíciles de conseguir desde que se había interrumpido el comercio con el extraño país. El Diagrama indicaba que era muy probable que uno o más de los Deshechos se hubieran establecido allí.

—Es demasiado frecuente —dijo Taravangian a Maben— que quienes escriben la historia se obsesionen con los generales y los eruditos, en detrimento de los trabajadores silenciosos que se ocupan de todo. La salvación de nuestro pueblo es una victoria tan tuya como mía.

Le hizo una inclinación y le besó la mano.

Por último se dirigió a Dukar, el predicetormentas que se encargaba de las pruebas de inteligencia que hacían a Taravangian cada mañana. Llevaba una túnica tan extravagante y ridícula como siempre. Pero la lealtad del hombre se mantenía sólida. Levantó su fajo de pruebas.

—Debería quedarme contigo, mi señor —dijo mientras el hogar chispeaba al moverse los leños—. Seguirás necesitando que alguien te haga las pruebas todos los días.

—Las pruebas ya no son relevantes, Dukar —respondió Taravangian con amabilidad. Alzó un dedo—. Si te quedas, te ejecutarán, o puede que te

torturen para sonsacarme información a mí. Aunque prometí que haría todo lo necesario para salvar nuestro pueblo, no daré ni un solo paso más allá. No provocaré ni una sola muerte innecesaria. Por tanto, mi último acto como rey tuyo es ordenarte que te marches.

Dukar hizo una reverencia.

—Mi rey. Mi rey eterno.

Taravangian miró de nuevo a Adrotagia y desplegó un papel tras sacarlo del bolsillo.

—Para mi hija —dijo—. Será la reina de Kharbranth cuando esto termine. Asegúrate de que reniegue de mí. Es por eso por lo que nunca la he implicado. Guiala bien y no confíes en Dova. Al haber conocido a más Heraldos, estoy seguro de que Battah no es tan estable como aparenta.

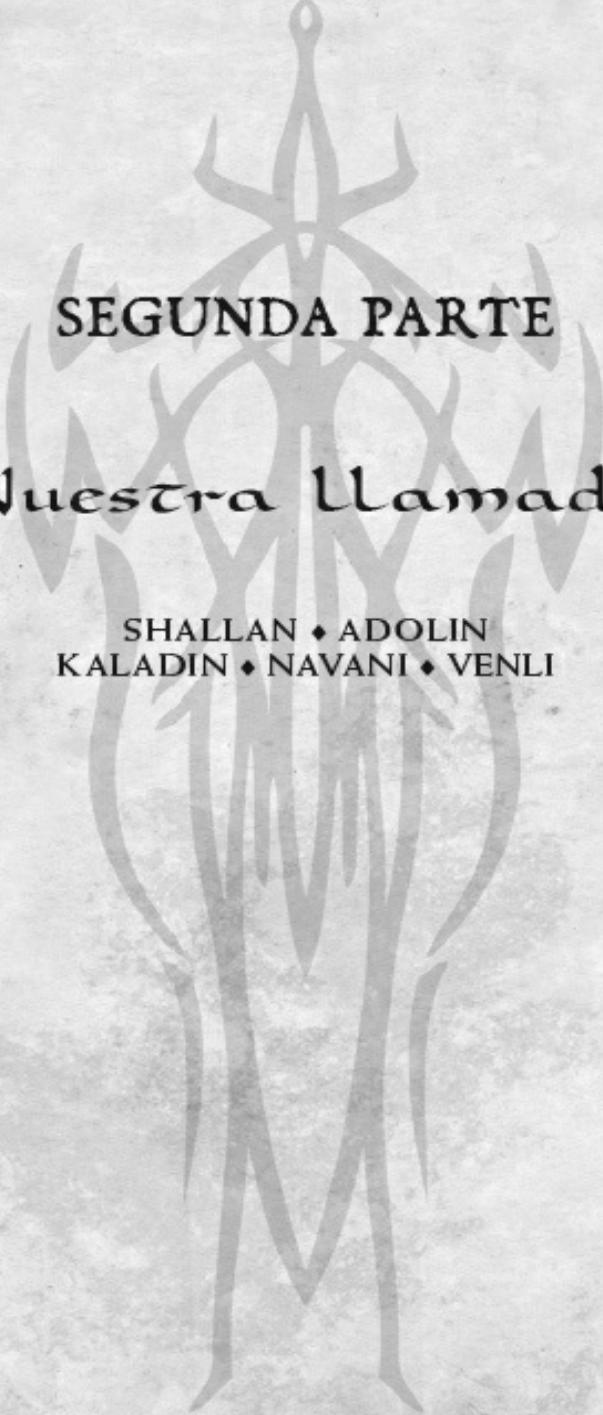
Adrotagia le cogió la mano por última vez y le dio una palmadita en la cabeza, como acostumbraba a hacer para molestarlo de niña, después de hacerse más alta que él. Taravangian sonrió y se quedó mirando cómo el grupo se marchaba poco a poco, haciendo una inclinación tras otra.

Cerraron la puerta y se quedó solo. Cogió su copia del Diagrama, encuadrada en cuero. A pesar de años y años esperándolo, nunca se le había concedido otro día como aquel en que había creado ese libro. Pero ese único día había sido suficiente.

«¿Lo ha sido? —susurró una parte de él—. Has salvado una sola ciudad.»

Lo había hecho lo mejor que había podido. Desear más era peligroso.

Fue hasta el hogar y contempló los danzarines llamaspren un momento antes de tirar su copia del Diagrama al fuego.

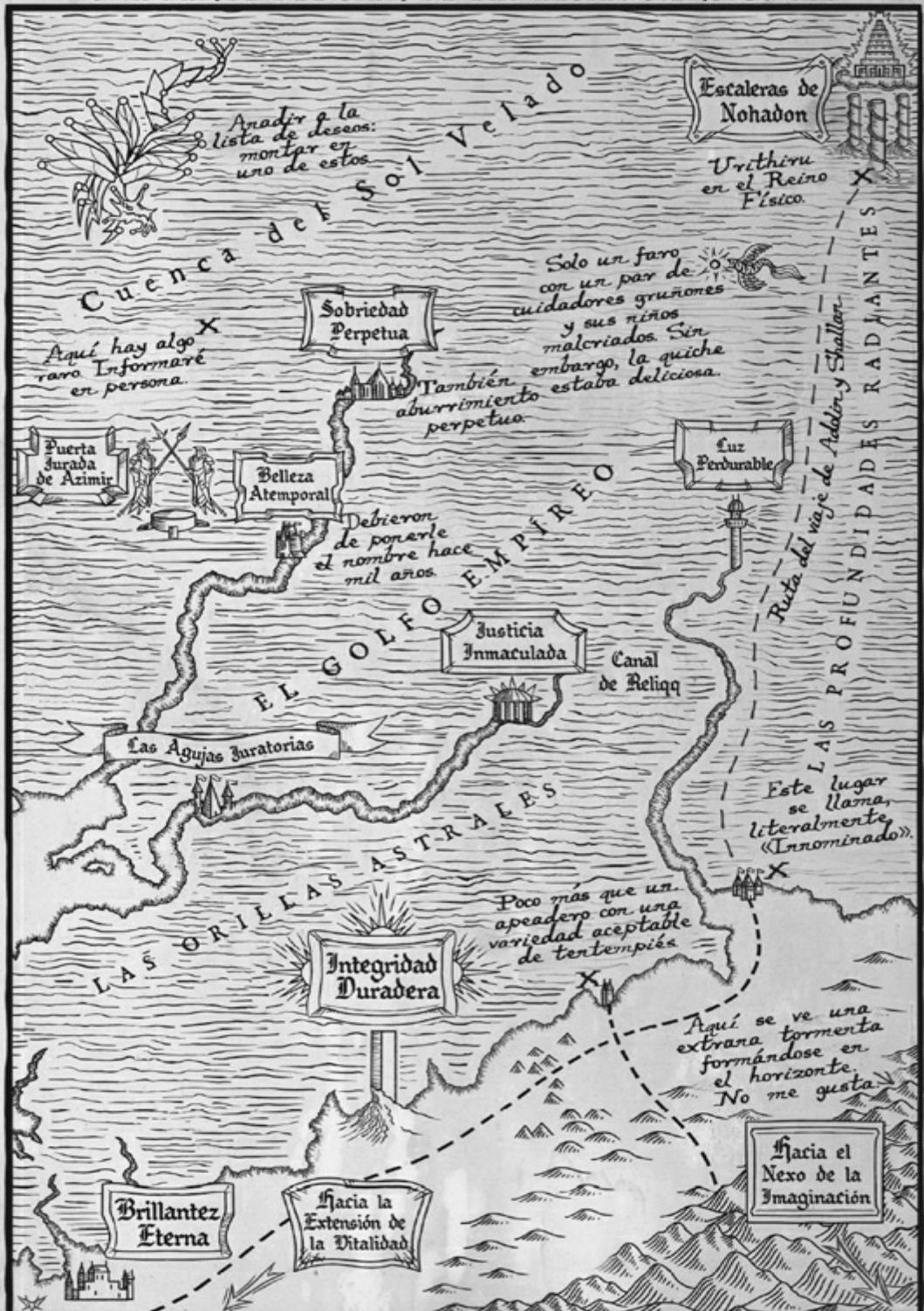


SEGUNDA PARTE

Nuestra Llamada

SHALLAN • ADOLIN
KALADIN • NAVANI • VENLI

UNA PARTE DEL MAR DE LAS ALMAS MERIDIONAL



¿Piensas devolverme el último mapa algún día? Dicho eso, yo tengo aquello otro tuyo desde hace tanto tiempo que ya le he grabado mis iniciales. Supongo que estamos en paz.



Querido Errante:

Recibí vuestra última comunicación. Os ruego que disculpéis la formalidad por mi parte, ya que no nos conocemos en persona. Me siento nuevo en este papel, a pesar de los años que llevo desempeñándolo. Supongo que reconoceréis mi relativa juventud.

Radiante cruzó con paso firme una cámara muy por debajo de Urithiru, escuchando el estruendo de los conductos de agua y preocupándose por la misión que Shallan había aceptado emprender. ¿Presentarse voluntaria para visitar a los honorspren? ¿Viajar a Shadesmar?

Eso las situaría en condiciones de cumplir el encargo que les había hecho Mraize. Otra vez.

A Radiante no le gustaba nada Mraize, y desde luego no confiaba en él. Sin embargo, cumpliría el acuerdo: la voluntad de dos de ellas debía respetarse. Velo deseaba colaborar del todo con los Sangre Espectral. Shallan quería trabajar con ellos el tiempo suficiente para descubrir lo que sabían. De modo que Radiante no acudiría a Dalinar y Jasnah. El pacto entre ellas traía armonía, y la armonía traía la capacidad de funcionar.

Mraize quiere algo de ese tal Restares, pensó Velo. Puedo sentirlo. Tenemos que descubrir cuál es ese secreto y utilizarlo. Eso no podremos hacerlo desde aquí.

Era un argumento válido. Radiante se cogió las manos a la espalda y siguió

paseando por el borde del inmenso aljibe mientras sus Tejedores de Luz entrenaban cerca. Se había puesto su vakama, la ropa tradicional de los guerreros veden. Era similar a la takama alezi, pero con falda plisada en vez de recta. Llevaba una casaca suelta a juego, chaleco ceñido y camisa.

En la colorida ropa había vibrantes bordados azules sobre rojo entretejido con oro, y ribetes en la falda. Había reparado en que los alezi se sorprendían al verla, tanto por lo abigarrado de la vestimenta como porque era una prenda tradicionalmente masculina. Pero ella era una guerrera y Jah Keved era su acervo, y estaba decidida a expresar ambas ideas.

En la cámara resonaba un grave rugido. Arriba en las paredes del otro lado del aljibe había aberturas que soltaban agua a chorro en la cisterna. El ruido estaba lo bastante lejos para permitir conversar y, cuanto más practicaba allí, más reconfortante encontraba el ruido del agua. Era un proceso natural, pero contenido, refrenado. Parecía representar el dominio de la humanidad sobre los elementos.

Nosotras debemos dominarnos del mismo modo, pensó Radiante, y Velo se mostró de acuerdo. Radiante procuraba no albergar una mala opinión de Velo. Aunque empleaban métodos distintos, ambas existían para proteger y ayudar a Shallan. Radiante respetaba los esfuerzos de Velo en ese sentido. Había logrado cosas de las que Radiante no habría sido capaz.

Y de hecho, quizá a Velo la podría haber convencido de ir a hablar con Dalinar y Jasnah. Pero Shallan... a Shallan la idea la asustaba.

Aquella profunda herida había sorprendido a Radiante cuando empezó a emerger ese año. Estaba satisfecha de los progresos que habían hecho a la hora de trabajar en equipo, pero la herida les impedía progresar más. Se parecía mucho a lo que ocurría a menudo al entrenar la fuerza. Llegaba un momento en que se alcanzaba una meseta y, a veces, alcanzar más altura requería antes de más dolor.

Lo superarían. Quizá pareciera un paso atrás, pero Radiante estaba segura de que aquel último nudo de agonía era la respuesta definitiva. La verdad definitiva. A Shallan la aterrorizaba que sus seres queridos se volvieran contra ella cuando descubrieran la magnitud de sus crímenes. Pero necesitaba afrontar sus verdades.

Radiante haría todo lo que pudiera para ayudarla a soportar esa carga. Ese día, su tarea consistía en echar una mano a Shadessmar a preparar la misión. Velo se encargaría de cumplir las exigencias de Mraize y encontrar al tal Restares. Radiante, en cambio, se aseguraría de que la parte oficial de la

expedición, hablar con los honorspren y suplicarles que se involucraran en la guerra, se llevara con competencia.

Se volvió e inspeccionó a sus Tejedores de Luz. Los había llevado a aquella cámara bajo la torre porque no les gustaba entrenar en las salas de práctica habituales. Radiante habría preferido que se relacionaran con otros soldados, pero había aceptado a regañadientes buscarles un lugar más privado. Sus poderes eran... inusuales, y podían distraer a los demás.

Cerca de ella, Berila y Darcira, dos de sus Tejedoras de Luz más recientes, iban cambiando de cara mientras luchaban. Eran distracciones para hacer bajar la guardia a su adversario. Lo más curioso era que cuando las dos mujeres llevaban otras caras, atacaban con más temeridad. Muchos Tejedores de Luz, cuando interpretaban un papel, se entregaban a él de todo corazón.

No parecía que padecieran la misma crisis mental que Shallan, por suerte. Daba la impresión de que sencillamente les gustaba actuar y a veces se sobrepasaban. Si se les daba un yelmo, se erguían y bramaban órdenes como un comandante de batalla. Si llevaban la cara adecuada, discutían sobre política, hacían proclamas en público y hasta insultaban a los poderosos. Pero ¿y si se encontraba con esas mujeres a solas, llevando sus propios rostros? Entonces hablaban en voz baja, evitaban las multitudes y tendían a acurrucarse en silencio y leer.

—Berila, Darcira —llamó Radiante, interrumpiendo a las mujeres—. Me gusta cómo estáis aprendiendo a controlar vuestros poderes, pero la tarea de hoy es practicar con la espada. Estad más atentas a vuestros juegos de pies que a vuestras transformaciones. Y Darcira, cuando llevas cara de hombre, siempre pierdes la postura.

—Supongo que es porque me noto más agresiva —dijo Darcira, encogiéndose de hombros mientras su tejido de luz se evaporaba y revelaba sus rasgos normales.

—Debes controlar tú la cara, no permitir que ella te controle a ti —respondió Radiante. Sintió en su interior que Shallan ensayaba una réplica occurrente sobre ellas tres y sus propios problemas con esa idea—. Cuando luchas, si pretendes distraer a alguien, no debes dejar que eso te distraiga a ti también.

—Pero Radiante, ¿por qué tenemos que aprender a luchar siquiera? —preguntó Berila, señalando la espada que Radiante llevaba al cinto—. Somos espías. Si tenemos que recurrir a la espada, ¿no hemos fracasado ya?

—Puede haber momentos en los que debas fingir que eres soldado. En ese

caso, manejar la espada podría formar parte de tu disfraz. Pero sí, combatir es nuestro último recurso. Aun así, querría que fuese un último recurso viable, porque si tenéis que renunciar al subterfugio y abandonar un personaje, quiero que sobreviváis y volváis con nosotros.

La joven pensó en aquello. Era unos años mayor que Shallan, pero unos años menor que como Radiante se veía a sí misma. Berila afirmaba haber olvidado su nombre real después de pasar por tantas vidas distintas. Velo la había encontrado después de oír rumores de una prostituta que trabajaba en los campamentos de guerra cuya cara cambiaba para amoldarse a lo que sus clientes más deseaban.

Una vida dura, pero no una historia tan infrecuente entre los Tejedores de Luz. La mitad del grupo de veinte que tenía Radiante estaba compuesta por los desertores que Shallan había reclutado en primer lugar. Quizá aquellas personas no hubieran olvidado sus vidas anteriores, pero desde luego había partes intermedias de las que preferían no hablar.

Berila y Darcira aceptaron los consejos de Radiante, que en realidad eran los que Adolin le había metido a ella en la cabeza durante sus muchas noches entrenando, y volvieron a su combate de práctica.

—No he distinguido a su críptico —dijo Radiante mientras se alejaba para supervisar a los demás.

—¿Mmm? —respondió Patrón, que iba a su espalda, bajo el cuello de la casaca—. ¿Patrón? Suele estar en el interior de la camisa de Berila, cerca de su piel. A Patrón no le gusta que la vean.

—Preferiría que llamasaras a la críptica por su otro nombre —dijo Radiante—. De lo contrario, es confuso.

Después de que les insistieran, todos los otros crípticos habían adoptado nombres individuales para uso de los humanos.

—No entiendo por qué —respondió él—. Nuestros nombres ya son todos distintos. Yo soy Patrón. Ella es Patrón. Gaz tiene a Patrón.

—Es... la misma palabra, Patrón.

—No lo es —respondió él—. Mmm. Podría escribirte los números.

—Los humanos no podemos usar las ecuaciones como entonación —dijo Radiante.

Como la mayoría del equipo de Shallan, Berila y Darcira ya tenían a sus propios spren, aunque aún no se habían ganado sus espadas. En consecuencia, ya no eran escuderas según la definición de los Corredores del Viento. Los crípticos no eran tan estirados como los honorospren y no

esperaban tanto para iniciar vínculos. Todos los miembros de su equipo los tenían ya, y los recién llegados tardaban poco en adquirirlos.

En consecuencia, su equipo había empezado a emplear su propia terminología. Shallan era la maestra Tejedora de Luz. Los demás eran agentes Tejedores de Luz. Si llegaba alguien nuevo, lo llamaban escudero durante el breve intervalo que estaba sin spren. Como grupo, habían empezado a llamarse a sí mismos la Corte Inadvertida. Tanto a Velo como a Shallan les encantaba el nombre... pero Radiante había visto bastantes ojos puestos en blanco entre los Corredores del Viento cuando se mencionaba.

Completó su vuelta a la cámara, cuya parte practicable tenía forma de medialuna. Observó a sus veinte agentes y empezó a plantearse la verdadera cuestión que tenía entre manos: ¿a quiénes debería llevar consigo a Shadesmar?

Adolin y ella habían acordado que el equipo debía ser pequeño. Shallan y Adolin, además de tres Radiantes: Godeke el Danzante del Filo, Zu la Custodia de la Piedra y también la Vigilante de la Verdad que prefería que la llamaran por su mote, la Tocón. Llevarían también a soldados de Adolin como mozos y guardias, escogidos entre los hombres que no hubieran participado en la misión de los campamentos de guerra, por si acaso.

Además de ellos, querían llevar a tres agentes Tejedores de Luz para poder crear comida, agua y otros materiales por moldeado de almas. Era una decisión práctica, que además serviría para que algunos entre la gente de Shallan obtuvieran experiencia en Shadesmar. Radiante lo aprobaba, pero tenía que lidiar con un problema muy molesto.

¿De verdad tenían los Sangre Espectral un espía entre sus agentes? Velo emergió ante estas consideraciones y tomó el control. Tenía que prepararse para la posibilidad de que algún otro Tejedor de Luz la traicionara si lo llevaban a la misión. *Debe de haber un espía*, pensó, *y será alguien que estuviera en la misión de los campamentos de guerra. Porque sea quien sea, mató a Ialai.*

Shallan estaba de acuerdo. Pero Radiante, por algún extraño motivo, no parecía convencida de esa lógica.

En fin, Velo tenía que tener que descubrir quiénes eran los candidatos más probables... y asegurarse de llevarlos con ella a Shadesmar.

¿Qué?, pensó Radiante. *No, si sospechamos de que alguien es un espía, deberíamos mantenerlo alejado.*

No, replicó Velo. *Lo mantendremos cerca. Para poder manipularlo y*

vigilarlo mejor.

Eso sería muy imprudente.

¿Y qué preferirías tener, Radiante?, preguntó Velo. ¿Un enemigo al que puedes ver, observar y tal vez combatir o uno al que dejas suelto por ahí, haciendo quién sabe qué?

Aquello era un argumento más válido. Velo entregó el control a Shallan, que era quien mejor conocía al equipo. Y mientras caminaba por la sala y su pelo se iba volviendo rojizo, Shallan se descubrió planeando. ¿Cómo podría identificar a los agentes que con mayor probabilidad podían ser espías?

Empezó acercándose al lugar donde practicaba Ishnah. El pelo negro y liso de la mujer bajita enmarcaba una cara acentuada por labios pintados de un rojo muy vivo, y llevaba una havah alezi con guante en vez de manga cerrada. Ishnah se contaba entre los que habían obtenido sus hojas esquirladas. De hacer caso a los Corredores del Viento, debería haberse marchado a reunir a sus propios escuderos y crear su propio equipo; parecían dar por sentado que todos los demás querrían imitar su estructura de mando. Pero a la Corte Inadvertida no le gustaban los métodos de los Corredores del Viento.

La Corte Inadvertida se mantendría unida. Eran un equipo equilibrado, con más o menos la misma cantidad de hombres y mujeres, ya que todos los reclutamientos del último año habían sido femeninos. Shallan tenía la sensación de que la Corte estaba completa. Berila llevaba con ellos ya casi tres meses, y Shallan no había visto necesidad de reclutar a nadie más. Quería un grupo bien unido. Con un poco de suerte, otros grupos de Tejedores de Luz llegarían para unirse a los Radiantes, pero lo harían formando sus propios equipos.

En otro tiempo, Ishnah había querido unirse a los Sangre Espectral. ¿Era posible que hubiese llegado por su cuenta hasta Mraize? ¿Habría aceptado vigilar a Shallan? Era posible, lo cual convertía a Ishnah en una buena sospechosa. A Shallan le dolía planteárselo, tanto que obligó a Radiante a tomar el control de nuevo.

¿Y Vathah? Radiante miró hacia él. El tosco exdesertor era el Tejedor de Luz con más talento natural de todos. Usaba a menudo sus poderes sin darse cuenta; de hecho, en esos momentos, practicando contra Rojo, se había dado un aspecto más alto y musculoso. Se había unido a ella con desgana, y no parecía domesticado del todo por la sociedad moderna. ¿Cuánto soborno requeriría convencer a Vathah para que la espiara?

Tendremos que ir con cuidado, Radiante, dijo Shallan desde su interior. *Ideas como esta podrían hacer trizas la Corte.*

Radiante debería ingeniárselas para desconfiar de todos ellos y al mismo tiempo animarlos a confiar unos en otros.

—Ishnah —dijo Radiante—, ¿qué opinas de la misión que nos han encomendado?

Ishnah descartó su hoja esquirlada y se acercó a ella.

—¿Internarnos en la oscuridad, brillante? Ese lugar ofrece oportunidades. Quienes lo dominen adelantarán deprisa.

Era una actitud pragmática pero ambiciosa. Ishnah siempre veía oportunidades. Su críptico tenía a ocupar el adorno que había en el extremo del pasador central que usaba para sujetarse las trenzas. Era mucho más pequeño que Patrón y no dejaba de componer nuevos diseños en la esfera blanca.

—Adolin y yo hemos decidido llevar una comitiva pequeña —dijo Radiante—. Hay que acudir a los honoraspren con una coalición de spren y Radiantes, no con un grupo enorme de crípticos, y menos teniendo en cuenta que no les caen muy bien.

—Por lo que he oído, a los honoraspren no les cae muy bien nadie —respondió Ishnah.

—Eso es verdad —dijo Radiante—. Pero Syl me ha dicho que, aunque no confían en los crípticos, los honoraspren no los odian como a los tintaspren o a los altospren. He decidido llevar a otros tres Tejedores de Luz conmigo.

—¿Puedo ocupar yo un puesto? —preguntó Ishnah—. Quiero ver más del mundo de los spren.

El espía de Mraize querría presentarse voluntario para la misión, apuntó Velo.

—Me lo pensaré —dijo Radiante—. Si tuvieras que elegir tú a otros dos, ¿quienes serían?

—No estoy segura —respondió Ishnah—. Los más expertos serían más útiles, pero los reclutas más nuevos podrían aprender mucho. Y tampoco esperamos que esta misión sea peligrosa. Supongo que preguntaría para ver quiénes quieren ir.

—Sabia sugerencia —dijo Radiante.

Y una forma clara de empezar a dar caza al espía. Dentro de ella, Shallan se retorció de nuevo. No le gustaba nada pensar en que uno de sus amigos fuese un traidor.

Bueno, Radiante esperaba que no fuese Ishnah. La mujer había sobrevivido a la caída de Kholinar con un coraje admirable. Había mirado a la cara a uno de los peores desastres de la historia moderna y no solo lo había capeado, sino que también había ayudado a los escuderos de Kaladin a rescatar al príncipe heredero. Sería una gran ventaja en la misión, pero Radiante seguía sin estar segura, dijera lo que dijese Velo, de que les interesaría llevarse a los sospechosos.

Hizo otro recorrido rápido de su gente, acompañada por Ishnah, y evaluó las ganas que tenían de apuntarse a la misión. La mayoría estaban indecisos. Querían demostrar su valía, pero las historias que se contaban sobre Shadessmar los perturbaban. Acabó teniendo una preselección de los más ansiosos. Estaba Ishnah, claro. Y también Vathah, y la exprostituta Berila, y Sidéreo, el recluta que se había incorporado antes que Berila. Era un hombre alto con bastante talento para mirar en Shadessmar.

Esos cuatro ya estaban entre los más sospechosos, pensó Velo. Ishnah, que conoce la existencia de los Sangre Espectral. Vathah, siempre tan callado, tan oscuro, tan insondable. Berila y Sidéreo, nuestros reclutas más recientes y, por tanto, los menos conocidos para mí y los demás.

Todos ellos habían participado en la misión de los campamentos de guerra. Así que ¿qué iban a hacer? ¿Llevarse a tres de los cuatro como quería Velo o dejarlos atrás como quería Radiante? Muy de mala gana en esos momentos, Shallan tomó el control a instancias de las otras dos. Era quien tenía el voto decisivo.

Se sentía fuerte. Con Velo y Radiante apoyándola, descubrió que podía afrontar la situación. Decidió dejar atrás a esos cuatro y elegir entre quienes no hubieran participado en la misión de las Llanuras Quebradas.

Echó a andar hacia Ishnah para darle la noticia, pero entonces sintió algo parecido a la náusea. Se le revolvieron las entrañas. Se agachó e intentó sofocarlo, avergonzada de perder el control tan de repente. Pero entonces se le ocurrió que hacer un poco el ridículo ante los otros era un precio barato que pagar por una oportunidad. Y en realidad, si así la subestimaban, ¿qué daño hacía? Velo podía aprovecharlo. Podía aprovechar casi cualquier cosa.

Velo carraspeó y respiró hondo varias veces.

—¿Estás bien, brillante? —preguntó Ishnah, acercándose.

—De maravilla —dijo Velo—. Ya me he decidido. Tú vendrás conmigo a Shadessmar. ¿Querrías ir a decirles a Vathah y Sidéreo que también quiero que nos acompañen? Haré lo que me has propuesto: un Tejedor de Luz más

experto como recurso y un agente nuevo para que aprenda de la experiencia.

—Estupendo —dijo Ishnah—. Supongo que entonces Rojo se quedará al mando hasta que volvamos, ¿verdad? Y podrías pensar algunos ejercicios de tejido de luz para que los hagan los demás mientras no estamos.

—Perfecto —convino Velo.

Ishnah sonrió mientras corría a obedecer. Sí que parecía sospechosa, sí. ¿Y si Velo había elegido mal? Bueno, sospechaba que el verdadero espía se las ingeniaría para añadirse a la misión de todos modos. Mraize se encargaría de ello.

El pacto, pensó Shallan. Velo... habíamos acordado...

Pero aquello era importante. Velo tenía que descubrir cuál de ellos era el espía. No podía permitir que se quedara atrás y supurara.

Ni siquiera sabemos si hay un espía, dijo Radiante. No podemos dar demasiado por cierto nada de lo que diga Mraize.

Bueno, ya se vería. Pero ¿dejar atrás al supuesto espía para que así pudiera sembrar el caos a sus anchas? Volvería a sus amigos en contra suya. Además, cuando hubiera desenmascarado al verdadero espía, Velo podía usar ese conocimiento contra Mraize.

Se preparó para sufrir la ira de Radiante por haber incumplido el pacto. Estaba sentando un precedente peligroso, ¿verdad?

Veo que esto es importante para ti, dijo Radiante. Daba una extraña sensación de tranquilidad. Siendo así, cambio mi voto. Estoy de acuerdo en llevarlos con nosotros.

A Velo le resultó extraño. ¿Radiante se encontraría bien? Por si acaso, Velo conservó el control. Se irguió en toda su altura, procurando inflarse igual que solía hacer Radiante, como si quisiera parecer más corpulenta de lo que era, un monstruo enorme en armadura.

Velo mantuvo el control absoluto durante el resto del día, aunque estuvo a punto de perderlo en un par de ocasiones porque Shallan no dejaba de aporrear desde dentro y la tensión mental era realmente agotadora. Pero Velo tenía que ocuparse del resto de los preparativos. La comitiva iba a partir al cabo de pocos días.

No empezó a relajar su presa hasta que regresó a sus aposentos, a finales de la tarde. Pero nada más entrar en el recibidor encontró una pluma verde. ¿Mraize?

Aquello era una señal. Velo estudió la sala y sus ojos se posaron en una cómoda que había cerca de la puerta de la alcoba. De un cajón asomaba una

tela verde.

Con un marco de amatista en la mano para iluminarse, Velo abrió el cajón. Dentro encontró un cubo metálico del tamaño aproximado de una cabeza humana, con una nota encima cifrada con uno de los códigos que usaba Mraize.

—Mmm... —dijo Patrón desde donde arrugaba la falda de su vakama—. ¿Qué es eso, Velo?

Condenación. Velo había esperado poder convencer al spren de que era Shallan, pero por supuesto Patrón la tenía calada.

—Es una nota. —Velo se la enseñó, acercando la luz al texto—. ¿Puedes descifrarla tú o tengo que sacar la libreta que nos dio Mraize?

—Ya memoricé los patrones. Dice: «Las vinculacañas no funcionan entre reinos, pero esto sí lo hará. Trátalo con muchísimo cuidado. Tiene más valor que algunos países. No lo abras, o podrías destruirlo. Cuando estés en tu misión y en un lugar discreto, sostén el cubo, di mi nombre y podré hablarte a través del aparato. Buena caza, pequeña daga».

Qué curioso. Velo echó de inmediato un vistazo en Shadesmar y encontró una esfera de luz al otro lado, resplandeciente con un extraño color nacarado. Había poder dentro del cubo, pero no era luz tormentosa. Devolvió su atención al Reino Físico, lo sacudió y le dio unos golpecitos en los costados. Daba la sensación de estar hueco, pero no halló ni la menor grieta en él.

Tormentas. ¿Cómo iba a ocultar aquel trasto a Adolin?

Bueno, ya encontraría la manera. Iba a hacer otro viaje a Shadesmar, y en esa ocasión no sería por accidente. Velo iría siendo dueña de sí misma, y esa excursión no se la pasaría huyendo.

Esa vez, ella era la cazadora.

EL NUDO BULLENTE



*Me fascina lo mucho que habéis logrado en Scadrial sin que yo reparara en vuestra presencia.
¿Cómo lográis ocultaros tan bien de las Esquirlas?*

Escoger un atuendo para la jornada se parecía mucho a librarse un duelo. En ambos casos, el instinto, más que las decisiones conscientes, eran la clave de la victoria. Adolin no solía dar muchas vueltas a lo que iba a ponerse, igual que no planeaba cada ataque con la espada. Optaba por lo que parecía lo correcto.

El truco, tanto para una cosa como para la otra, era hacer que el esfuerzo se integrara en el instinto para mejorarlo. No podía detenerse una estocada a base de memoria muscular si no se habían dedicado años a practicar esas maniobras. Y no se podía tomar una decisión visceral respecto a la moda si no se habían dedicado horas a estudiar los portafolios.

Dicho eso, de vez en cuando los instintos se bloqueaban. Incluso Adolin titubeaba a veces en un duelo, inseguro. Y de la misma manera, algunos días no era capaz de decidirse por la casaca adecuada.

Adolin, en ropa interior, sostuvo en alto la primera casaca. Era tradicional: azul Kholin con los puños blancos. Un bordado blanco atrevido en la espalda, la torre alta y una versión estilizada de su hoja esquirlada. Lo hacía fácil de distinguir en batalla. También era aburrida.

Miró la moderna casaca amarilla que tenía en la cama. Había encargado que se la hicieran a medida siguiendo la moda que había visto en Kholin. No se abotonaba hasta arriba del todo y tenía bordados de plata por los costados y recubriendo el bolsillo y los puños. Tormentas, era atrevidísima. Osada. ¿Iba a vestir de brillante *amarillo*? Muy pocos hombres podrían llevarla con dignidad.

Adolin podría. Si entraba en un festín vestido con algo como aquello, se apoderaría de la atención de todo el mundo. Si mostraba confianza, en el siguiente festín la mitad de los hombres intentarían imitarlo.

Pero Adolin no iba a un festín. Estaba a punto de emprender una importante misión en Shadessmar. Empezó a hurgar otra vez en su armario.

Shallan entró paseando mientras Adolin dejaba tres casacas más encima de la cama. Llevaba la ropa de Velo: pantalones, chaqueta larga y suelta, camisa abotonada. A sugerencia de Adolin, había reemplazado los pantalones y la chaqueta blancos por un conjunto marrón y azul más práctico. El blanco no convenía para viajar; Shallan quería algo más duradero, algo donde no se notara tanto el polvo. El azul y el marrón quedaban bien con su sombrero blanco, aunque Adolin le había añadido una banda de cuero en la base de la copa.

A pesar de la vestimenta, ese día no era Velo, dado que tenía el pelo rojizo. Además, lo normal era que Adolin lo supiera por la forma que tenía de mirarlo. Ya habían transcurrido tres días desde que había escogido a los miembros de su equipo, pero no se habían considerado preparados para partir hasta esa misma jornada.

Shallan se apoyó contra la puerta, cruzó los brazos y estudió lo que estaba haciendo Adolin.

—¿Sabes? —dijo—. Una chica podría ponerse celosa de la atención que dedicas a una elección como esta.

—¿Celosa? —se sorprendió Adolin—. ¿De unas casacas?

—O de la persona para quien te las pondrás.

—Dudo mucho que debas preocuparte por un montón de honorspren viejos y sosos.

—No tengo nada de lo que preocuparme en general —dijo Shallan—, pero hoy no estás agobiándote tanto por los honorspren. No vamos a reunirnos con ellos hasta dentro de unas semanas como mínimo.

—No estoy agobiándome. Estoy planificando una estrategia. —Tiró otra casaca encima de la cama. No, demasiado pasada de moda—. No me mires

así. ¿Estamos preparados?

—Patrón se ha ido corriendo a despedirse de Sagaz, por algún motivo —respondió ella—. Ha dicho que era muy importante, pero sospecho que es que entendió mal algún chiste que hizo Sagaz. Aparte de esperarlo a él, todo está listo. Solo faltas tú.

Las provisiones estaban reunidas, el transporte asegurado y los compañeros de viaje elegidos. Adolin había hecho el equipaje para la misión con rapidez y eficiencia, y sus baúles ya estaban cargados. Esas decisiones habían sido fáciles. En cambio, la chaqueta para ese día...

—Entonces... —dijo Shallan—. ¿Cuánto les digo, dos horas más o tres?

—Estaré abajo en quince minutos —prometió él, cogiendo el brazal de cuero que le había regalado tía Navani para echar un vistazo al reloj fabrial. Entonces miró a Shallan—. Puede que treinta.

—Voy a decírselos que una hora —zanjó Shallan con una sonrisa.

Se echó su cartera al cuello y se marchó.

Adolin puso los brazos en jarras y revisó sus opciones. Ninguna era la adecuada. ¿Qué era lo que estaba buscando?

«Un momento. Pues claro.»

Salió de su habitación a los pocos minutos con un uniforme que llevaba años sin ponerse. Era azul Kholin, un atuendo militar pero con un corte más relajado. Aunque no estuviese muy a la moda, tenía unos glifos más estilizados en la espalda y los puños y el cuello más gruesos que los de un uniforme corriente.

Muchos supondrían que se trataba de un uniforme Kholin al uso, sin más. Adolin lo había diseñado en persona cuatro años antes. Había querido crear algo que quedara elegante sin dejar de satisfacer la exigencia de su padre de vestir de uniforme. El proyecto lo había tenido emocionado durante semanas. Había sido su primer, y único, intento real de diseñar ropa.

El primer día que se lo había puesto, Dalinar le había echado una bronca tremenda. Así que había ido al fondo del armario, descartado. Olvidado.

Lo más seguro era que su padre siguiera sin aprobarlo, pero en los últimos tiempos Dalinar no aprobaba a Adolin en general. Así que ¿qué más daba? Se puso el brazal de cuero, se ajustó la espada al cinto y salió al pasillo. Entonces vaciló.

Shallan le había concedido una hora, y había otra cosa que Adolin quería tachar de su lista antes de marcharse. Así que se volvió en dirección contraria y subió la escalera hasta la quinta planta.

Adolin se sorprendió de ver que había cola en la clínica. La quinta planta no estaba demasiado poblada, pero al parecer había corrido la voz. Ningún paciente tenía aspecto de estar muy desmejorado: había niños con rasguños, acompañados de sus padres. Unas cuantas mujeres con toses o dolores. Cualquier cosa más sería obtendría la atención de un Danzante del Filo o un Vigilante de la Verdad.

Algunos hicieron inclinaciones a Adolin cuando pasó a la sala de recepción, donde la madre de Kaladin saludaba a cada paciente y anotaba sus síntomas. Sonrió a Adolin, levantó dos dedos y señaló con ellos por el pasillo que había al otro lado.

Adolin fue en esa dirección. La primera puerta que vio estaba entreabierta y dentro vio al padre de Kaladin atendiendo a un joven. Junto a él estaba una chica del pueblo que le leía las notas que había tomado su esposa.

La segunda puerta del pasillo daba a una sala de examen parecida a la primera pero vacía. Adolin entró y Kaladin llegó a los pocos minutos, secándose las manos con un trapo. Era raro verlo con solo unos pantalones marrones y una camisa blanca abotonada. De hecho, ¿alguna vez había visto Adolin a Kaladin sin el uniforme? La verdad era que Adolin había dado por hecho que dormía con él puesto. Y sin embargo allí estaba, arremangado, con el pelo largo hasta los hombros recogido en una coleta.

Kaladin se detuvo al ver a Adolin.

—Puedes ir a tu hermano para que te cure, Adolin. Tengo pacientes de verdad que necesitan ayuda.

Adolin no hizo caso al comentario y miró hacia el final del pasillo, a la sala de espera.

—Te has vuelto popular, muchacho del puente.

—Estoy convencido de que la mitad vienen solo para echarme un vistazo —dijo Kaladin con un suspiro. Se puso un delantal blanco de cirujano—. Temo que mi notoriedad pueda eclipsar el propósito de la clínica.

Adolin soltó una risita.

—Ten cuidado. Ahora que yo he abandonado el puesto, tú eres el soltero más cotizado de Alezkar. ¿Portador de esquirlada, Radiante, con tierras y sin pareja? No me sorprendería oír que la mitad de las damas jóvenes del reino están viiniendo de pronto con dolores de cabeza para... —Dejó morir la frase al reparar en el ceño de Kaladin—. Ya está ocurriendo, ¿verdad?

—Sí que... me había preguntado por qué de repente tantas mujeres ojos claros necesitaban medicación —dijo él—. Pensaba que a lo mejor habían

reclutado a sus cirujanos personales para la guerra.

Miró a Adolin y se sonrojó.

—A veces tienes una inocencia deliciosa, Kal —dijo Adolin—. Tienes que aprovechar esa ventaja. Fomentarla.

—Eso contravendría la ética de la relación cirujano-paciente —repuso Kaladin mientras cerraba la puerta... para impedir que Adolin contara las jóvenes sospechosamente bien vestidas que esperaban fuera—. ¿Has venido a atormentarme o tu visita tiene algún propósito real?

—Solo quería saber cómo estabas —dijo Adolin—. Ver cómo te va el retiro.

Kaladin se encogió de hombros. Fue a la estantería para empezar a ordenar las medicinas y los vendajes a la luz blanca pura de una lámpara de esferas.

Syl cobró forma al lado de la cabeza de Adolin a partir de una neblina luminosa, como si fuese una hoja esquirlada.

—Esto le está sentando bien —dijo, inclinándose hacia él—. Hasta está relajándose, por una vez.

—No hay muchos casos graves —dijo Kaladin, de espaldas a ellos—. Puede ser agotador con las colas que se forman, pero... no es tan tenso como me había temido.

—Está funcionando —prosiguió Syl mientras se posaba en el hombro de Adolin—. Sus padres siempre andan cerca, así que casi nunca está solo. Sigue teniendo pesadillas, pero creo que está durmiendo más.

Adolin observó a Kaladin mientras este plegaba vendajes y entonces se fijó en que desviaba un instante la mirada a los cuchillos de cirugía que tenía extendidos en hilera. No debería tenerlos así, fuera de su estuche, ¿verdad?

Adolin hizo un movimiento repentino, irguiéndose de golpe de su postura relajada contra la puerta, y sus pies rasparon la piedra. Kaladin al instante extendió el brazo hacia los cuchillos, entonces miró atrás y, al ver que no pasaba nada, se relajó.

Adolin fue hasta él y puso la mano en el hombro de Kaladin.

—Eh —dijo—, nos pasa a todos. Yo incluido, Kal. —Hurgó en el bolsillo y sacó un disco metálico de unos cinco centímetros de diámetro. Se lo ofreció a Kaladin—. He venido para darte esto.

—¿Qué es? —preguntó Kaladin, cogiendo el disco.

En un lado había grabada una imagen de una figura con túnica y aspecto divino, y en el otro la misma figura pero vestida para la batalla. Ambas estaban rodeadas de raros glifos extranjeros. En algún momento le habían

aplicado esmalte de algún color, pero estaba casi desgastado del todo.

—Me lo dio Zahel cuando completé mi entrenamiento con él —dijo Adolin—. Dice que es de su tierra natal, que allí las usan como dinero. Qué raro, ¿eh?

—¿Por qué no usan esferas?

—No sé, a lo mejor no tienen bastantes gemas. Es de algún lugar al oeste. Pero tampoco tiene tanta pinta de extranjero, así que supongo que será de Bavlandia.

—El de esta cara podría ser un Heraldo —dijo Kaladin, entornando los ojos para estudiar los extraños glifos—. ¿Qué pone?

—«La guerra es la última opción de un Estado que ha fracasado» —recitó Adolin, y dio un golpecito en la cara de la figura divina. La levantó para que girara en la mano de Kaladin y dejar arriba la otra cara—. «Pero es mejor que no tener opciones.»

—Vaya —dijo Kaladin.

—Zahel me contó que siempre se ha considerado un cobarde por estar entrenando a soldados —dijo Adolin—. Me dijo que si de verdad creyera en acabar con las guerras, abandonaría la espada por completo. Luego me dio este disco, y ahí supe que él también lo entendía. En un mundo perfecto, nadie tendría que entrenar para la batalla. No vivimos en un mundo perfecto.

—¿Y qué relación tiene eso conmigo? —preguntó Kaladin.

—Bueno, que no es motivo de vergüenza que te tomes un tiempo apartado de la espada. Tal vez para siempre. Y al mismo tiempo, sé que disfrutas con ella.

—No debería gustarme matar —dijo Kaladin en voz baja—. No debería gustarme ni siquiera pelear. Debería odiarlo como hace mi padre.

—Puedes odiar matar y disfrutar de la competición —repuso Adolin—. Además, hay motivos prácticos para no dejar que se oxiden las habilidades. Tómate estos meses para relajarte. Pero cuando vuelva, querría que busquemos la ocasión de practicar juntos otra vez, ¿de acuerdo? Quiero que veas lo que veo yo en los duelos. No consisten en hacer daño a los demás. Consisten en ser lo mejor que puedas.

—Yo... no sé si alguna vez podré pensar como tú —dijo Kaladin. Cerró los dedos en torno al disco de metal—. Pero gracias. Tendré en mente tu oferta.

Adolin le dio una palmada en el hombro y miró hacia Syl.

—Tengo que marcharme a Shadessmar. ¿Algún último consejo para mí?

—Ten cuidado, Adolin —dijo ella, revoloteando hacia arriba—. Los míos no son como los altospren. No nos guiamos por las leyes, sino por la moralidad.

—Eso es bueno, ¿verdad? —preguntó Adolin.

—Lo es... a menos que resulte que no coincides con su interpretación de la moralidad. Mi gente puede ser muy difícil de convencer a base de lógica, porque para nosotros... bueno, porque lo que sentimos a menudo es más importante que lo que pensamos. Somos spren de honor, pero recuerda: incluso para nosotros, el honor es lo que los humanos y los spren definen que sea. Sobre todo con nuestro dios muerto.

Adolin asintió.

—Muy bien. Kal, no dejes que nadie incendie la torre hasta los cimientos mientras no estoy.

—El cirujano deberías haber sido tú, Adolin —dijo Kaladin—, no yo. A ti te importa la gente.

—No digas bobadas —respondió Adolin, abriendo la puerta con una mano y señalando la ropa de trabajo de Kaladin con la otra—. Yo en la vida podría vestirme así.

Dejó a Kaladin con un guiño de ojo.

Adolin salió dando zancadas por la puerta frontal de la imponente torre de Urithiru al frío aire de la meseta. Llegaba nada menos que seis minutos temprano. Era muy práctico poder controlarse el tiempo con el aparato de la tía Navani. Si todo el mundo tuviera relojes, perdería mucho menos tiempo esperando en las cantinas a que llegaran sus amigos.

La amplia llanura que se extendía ante él, demasiado lisa para ser natural, se prolongaba como un camino hacia las cimas de las montañas en la lejanía. Más allá de los extremos de la meseta se alzaban diez plataformas perfectamente circulares, con rampas ascendentes para acceder a todas ellas. Aquellas Puertas Juradas eran portales que daban a lugares de todo el mundo. En la actualidad solo funcionaban cuatro, las que llevaban a las Llanuras Quebradas, Thaylenah, Jah Keved y Azir.

Había un grupo congregado en la plataforma hacia las Llanuras Quebradas, pero no iban a viajar a ese lugar. Aquella era la puerta por la que el equipo de Adolin entraría en Shadessmar. Con vaho por delante de la cara al respirar, Adolin llegó trotando a la rampa, donde sus armeros estaban guardando su armadura esquirlada en el cofre de viaje, acolchada con paja. Aunque la

armadura era dura como la piedra, siempre la trataban con muchísimo cuidado. Había cierta reverencia que debía guardarse a una esquirla.

—No superará el traslado, brillante señor —le advirtió un armero—. Cuando vayáis a Shadessmar, se quedará atrás en la plataforma. Ya lo hemos comprobado con varias armaduras.

—La mía podría actuar distinto —dijo Adolin—. Quiero asegurarme. Si de verdad no se traslada, enviadla con mi padre y su fuerza expedicionaria. Se la prestará a Fisk, para complementar su hoja esquirlada.

Los armeros le hicieron el saludo marcial. Cerca había otros rezagados apresurándose cuesta arriba hacia la Puerta Jurada, entre ellos la agente más nueva de Shallan, una mujer alezi alta y con un excelente gusto vistiendo. Llevaba un morral al hombro, pero... no iba a viajar con ellos, ¿verdad?

—¿Berila? —le dijo Adolin cuando la mujer pasó por delante—. ¿No habían elegido a Sidéreo para este viaje?

—¡Ah, brillante señor! —respondió la mujer ojos oscuros—. La esposa de Sidéreo ha caído enferma. Él ha querido quedarse con ella, así que hemos decidido que lo sustituiré yo.

Qué cosas. Adolin asintió distraído mientras la mujer se apresuraba por la rampa. Shallan había parecido muy quisquillosa sobre a quiénes quería llevar con ella. Adolin esperó que aquello no le echara a perder los planes.

Bueno, poco podía hacerse al respecto. Adolin fue hasta un alto caballo negro que esperaba, al parecer con ganas de partir. Galante estaba rodeado por los mozos de cuadra de Adolin, que se disponían a cargar material a lomos del caballo, incluidas las armas de Adolin y su baúl de ropa. El caballo debería haber estado cargado ya, a esas alturas. Adolin se acercó al ryshadio y lo miró a sus acuosos ojos azules que, si los escrutaba de cerca, tenían un tenue remolino de los colores del arcoíris.

El caballo miró atrás, hacia el arnés de carga que le estaban poniendo los mozos, subidos a taburetes para poder alcanzar a hacerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Adolin.

El caballo bufó y fulminó con la mirada otra vez los arreos.

—¿Crees que por ser de la realeza estamos por encima de un poco de trabajo? —Adolin señaló al caballo y lo miró a los ojos de nuevo—. Es lo que siempre dice mi padre. Nunca te opongás a hacer algo que pedirías a otros que hicieran por ti. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una palafruta—. Ten.

El caballo apartó la cabeza.

—Como quieras —dijo Adolin—. Haré que pongan los aparejos a un caballo normal, entonces. Tú te quedas aquí.

Galante se volvió de nuevo hacia él, mirándolo furibundo. Entonces, a regañadientes, el caballo se comió la palafruta y escupió el corazón. Adolin le rascó el hocico y le dio unas palmadas en el cuello. Cerca de ellos, un mozo miraba embobado hasta que otro le dio un codazo.

—También hablo con mi espada —les dijo Adolin—. Lo curioso es que llegó un momento en que ella me respondió. Nunca temáis mostrar un poco de respeto a aquellos de los que dependéis, amigos.

Esos dos mozos se apresuraron a apartarse para que dos sirvientes fijaran los cofres de la armadura de Adolin en su sitio, a un costado del caballo.

—Gracias —dijo Adolin a Galante—. Por estar conmigo. Sé que preferirías estar con mi padre.

El caballo dio un bufido y posó el hocico sobre la mano de Adolin. Los ryshadios escogían a sus jinetes, no se los domaba ni se los entrenaba. O aceptaban a uno o no, y era muy poco frecuente que alguno permitiera que lo montaran dos personas distintas.

El padre de Adolin adoraba a aquel caballo, lo adoraba de verdad. Pero últimamente andaba muy ocupado con sus reuniones, y Galante parecía desconsolado. Abandonado, aunque fuese un poco. Y bueno... Adolin estaba enfrentándose también a su propia pérdida. Así que había parecido un lazo natural, que con los meses había ido haciéndose más y más fuerte.

Los hombres terminaron con los cofres de la armadura y luego engancharon el baúl de la ropa de Adolin al otro lado. Ni por asomo pesaba tanto como la armadura esquirlada, así que para equilibrar ambos lados del caballo, llegó otro hombre con una caja alargada. Adolin lo detuvo para hacer una última comprobación. Se arrodilló para abrir los pasadores y miró dentro.

—Tormentas —dijo una voz—. Disculpa, brillante señor, pero ¿cuántas espadas te hacen falta?

Adolin alzó la mirada y sonrió a Godeke el Danzante del Filo, que pasaba cerca llevando a su caballo de las riendas. El hombre delgado llevaba el pelo muy corto, aunque a todos los efectos ya no era un fervoroso y no tenía que afeitarse la cabeza. Detrás de él, Zu, la Custodia de la Piedra del equipo, estaba poniéndose su morral a la espalda. La mujer de pelo dorado no dejaba de quejarse por el frío y se había ceñido un abrigo varias tallas demasiado grande.

—Bueno —dijo Adolin a Godeke—, nunca se tienen demasiadas espadas.

Además, las hojas esquirladas no pueden entrar en Shadessmar, así que hay que estar preparado.

—Ya llevas una espada.

—¿Esta? —dijo Adolin, con un golpecito a la que llevaba al cinto—. Sí, bueno, esta es mejor que nada, pero no me gustaría que me pillaran solo con ella y sin rodela. Además, para los duelos estoy entrenado sobre todo en espadas largas y espadones.

Sacó de la caja de armas su mandoble, una larga arma que se empuñaba a dos manos. No era tan larga como algunas hojas esquirladas, claro, ni tan ancha.

—No sé yo... en cuántos duelos participarás, brillante señor.

—Exacto —dijo Adolin—. Y por eso necesito estas otras. —Tendió el espadón al sirviente—. Fija su vaina al hombro izquierdo de Galante, la guarnición alineada con la silla. —Se volvió de nuevo hacia Godeke—. Mira, aquí tengo una espada de puño y medio para usar con o sin escudo. Y una buena espada de bastón para usar a caballo; esta parte se acopla rodando para hacerla más larga.

—Ya veo.

—Y esto de aquí es un kusu emuli —continuó Adolin, levantando la espada curva y larga—. Va de maravilla para dar tajos, sobre todo cuando cargas a caballo. La hoja es más fácil de retirar y más efectiva si tu enemigo no lleva armadura. Y también me hace falta esta espada-hogar veden por si acabamos luchando contra alguien con cota de mallas.

—Tendría que ir...

—Y no olvidemos a los portadores de esquirlada —dijo Adolin, empuñando un martillo de armas. Parecía pequeño, casi como un martillo de trabajador con el mango más largo, diminuto comparado con los gigantescos martillos que blandían los hombres con armadura esquirlada. Adolin no quería que Galante tuviera que cargar con uno de aquellos todo el viaje—. Necesitaré esto si me veo obligado a agrietar una armadura esquirlada. Las espadas se partirían sin hacer ningún daño, salvo quizá la espada-hogar. Esa podría meterla por una grieta después de haber debilitado la armadura.

—De verdad que...

—Y mira, ¿ves esto? —Sacó un arma singular con forma de triángulo, que se asía por la base usando una especie de asa en vez de una auténtica empuñadura—. Un gtet thayleño. Siempre quise entrenar con uno de estos. He pensado que a lo mejor tengo tiempo de practicar.

Godeke saludó con la mano a alguien que había por delante en la rampa y se despidió a toda prisa antes de marcharse, tirando de su caballo tras él. Adolin sonrió e hizo que los ayudantes fijaran unas cuantas armas más a la silla del caballo. Galante pisó con los cascos en un gesto de lo que parecía satisfacción, más feliz de que le cargaran armas como debía ser en vez de solo equipaje. Los hombres engancharon la caja en su sitio con las demás.

—Pareces casi complacido —dijo Zu, acercándose con su abrigo enorme—. De no poder usar hojas esquirladas, me refiero.

Adolin nunca había tenido mucho trato con la mujer; no se había dado cuenta de lo bien que hablaba en alezi. Por lo visto, su pueblo la había desterrado cuando se manifestaron por primera vez sus poderes unos años antes. No se dieron cuenta de que era una Radiante y la creían maldecida por algún dios extraño cuyo nombre no había sonado de nada a Adolin.

Los iriali combatían en el bando enemigo, pero Dalinar no rechazaba a nadie que llegara pidiendo asilo, y mucho menos si habían pronunciado juramentos Radiantes.

—Bueno —dijo Adolin—, yo tampoco lo llamaría complacido. Una hoja esquirlada es el arma superior absoluta. Ningún grado de especialidad para esa situación compensa la capacidad de atravesar las armas, armadura e incluso el cuerpo de tu adversario como si fuesen agua. A mí me encanta empuñar la mía en los duelos; es solo que una parte de mí lamenta que hayan dejado obsoletas otras armas.

—No estoy de acuerdo —dijo Zu, invocando su hoja esquirlada—. ¿Por qué iba a lamentar nadie la existencia de estas maravillas?

El arma le apareció en la mano obedeciendo su orden, cobrando forma a partir de una niebla. A Zu le gustaba llevar una hoja fina, más larga incluso que la del padre de Adolin, y con una curva de aspecto peligrosísimo.

Adolin se levantó y se sopló en las manos para calentarlas mientras Merit empezaba a llevarse los animales de carga por la rampa hacia la plataforma de la Puerta Jurada. Adolin lanzó una mirada a Galante y el ryshadio echó a andar tras ellos, sin necesidad de brida ni cuerda que lo guiaran.

Zu movió su espada despacio por encima de la cabeza, en una especie de kata que hizo que le diera el sol. El arma se transformó en sus manos, volviéndose más pequeña y corta, como la espada del cinto de Adolin, y entonces se hizo recta y con punta para las estocadas. El hecho de que las hojas esquirladas vivas pudieran cambiar de forma explicaba muchas cosas a Adolin.

Las hojas esquirladas antiguas, las armas muertas que empleaba la mayoría de los portadores de esquirlada, solo adoptaban una forma, al parecer la última que habían tenido en vida. La mayoría eran uno trastos inmensos, no aparatosos, porque una hoja esquirlada nunca podía ser aparatoso, pero tampoco demasiado apropiadas para muchas acciones en el campo de batalla. Eran ligeras, sí, pero su tamaño podía resultar incómodo de todas formas.

Los Radiantes modernos preferían armas funcionales cuando combatían. Sin embargo, cuando querían lucirse, creaban algo majestuoso y ultraterrenal, algo menos práctico que impresionante. Eso indicaba que la mayoría de las hojas esquirladas, incluida la suya, habían podido adoptar formas prácticas, pero las habían abandonado en sus encarnaciones más ostentosas.

—No quería insinuar que manejar una hoja esquirlada no tenga su arte —dijo Adolin a Zu—. De verdad que me encantan los duelos de hojas esquirladas. Es solo que me gusta mucho encontrar el arma más adecuada para cada uso. Y cuando la respuesta no es siempre la misma espada, lo encuentro más satisfactorio.

—Deberías hacerte Radiante —dijo ella—. Así, tu espada siempre sería el arma correcta para cada uso.

—Como si fuese tan fácil —respondió Adolin—. Hacerme Radiante y ya está.

Con su equipo ya bien dispuesto, Adolin hizo un recuento rápido de personal. Los acompañarían seis soldados suyos como guardias y especialistas, hombres ojos oscuros escogidos uno a uno por tener buena cabeza. Adolin no había elegido a los mejores combatientes, sino a hombres capaces de cocinar y lavar la ropa estando acampados. Y sobre todo, hombres que no fuesen a dejarse amilanar por las rarezas.

Felt era el mejor de ellos, un hombre mayor extranjero, amigo de Dalinar desde tiempos remotos. Era firme y responsable, y tenía experiencia como explorador. Merit era mozo de cuadra y Urad era un cazador excelente, por si tenían que forrajar. Adolin no estaba muy seguro de lo útil que les sería en Shadesmar, pero era mejor ir preparado.

La esposa de Felt, Malli, trabajaba en la oficina del intendente, e iría con ellos para hacer de escriba. No había sirvientes propiamente dichos, aunque los tres Tejedores de Luz de Shallan hacían trabajos y recados para ella.

Eso dejaba solo a los tres Radiantes completos. Con Godeke y Zu ya había hablado. Preguntando por ahí, Adolin descubrió que la última Radiante, una mujer tashikki, había regresado a la torre para comprobar una cosa. Así que

Adolin se quedó cerca de la rampa y esperó hasta que la vio cruzando la meseta.

La mujer debía de tener setenta y tantos años, con la piel arrugada de color marrón oscuro y el pelo plateado. Era delgada, pero no frágil. Por su paso firme, Adolin sospechó que recurriría a la luz tormentosa para que la reforzara. Aunque Adolin tampoco la había visto nunca vestida con una tela envuelta al estilo *tashikki* en la torre, ese día llevaba ropa de viaje resistente y un chal echado encima del pelo, además de un morral a un hombro. Cuando se acercó, Adolin estiró el brazo ofreciéndose a llevarlo, pero ella apretó los dedos en torno a la correa.

No hablaba muy bien el alezi, pero la mayoría de los spren sabían hablar varios idiomas humanos. Adolin no estaba seguro de si formaba parte de su naturaleza o si era solo que habían vivido tanto tiempo que habían acabado aprendiéndolos.

En todo caso, los spren podían hacer de intérpretes si era necesario y Adolin de verdad quería llevar a un Vigilante de la Verdad. En otro tiempo, habían estado bien considerados por los honorspren. Aunque el nombre de la mujer era Arshqqam, todo el mundo la llamaba la Tocón, un mote que había difundido Lift, según tenía entendido Adolin. Arshqqam había mencionado que le gustaba el apodo y su forma de andar, erguida pese a la edad, empeñándose en cargar ella misma con sus cosas, dio a Adolin una pista del posible origen del mote.

Con su llegada, tenían ya a todos los miembros de la expedición en la plataforma. Media docena de bestias de carga no eran muchas para quince personas. Lo normal habría sido que esos animales hicieran falta solo para la comida, y llevar además unos cuantos carros con barriles de tormenta que podían encadenarse a algo para atrapar agua de lluvia. Por suerte, aquel grupo contaba con los Tejedores de Luz de Shallan para proporcionarles comida y agua mediante el moldeado de almas.

Adolin cruzó la plataforma y pasó cerca a la reina, que estaba de pie con Sagaz detrás de ella, como siempre. Jasnah, Dalinar y Taravangian eran los únicos monarcas que estaban en la torre ese día, y todos habían acudido para despedir la expedición. Jasnah estaba evaluando a Ishnah y Vathah, dos de los agentes de Shallan, para determinar por sí misma si eran competentes.

Adolin aflojó el paso mientras Vathah se arrodillaba junto a un gran bloque de obsidiana. La cristalina piedra se había extraído en Shadessmar y transportado hasta allí para hacer la prueba. La mano de Vathah se hundió en

el bloque y entonces la estructura de la obsidiana cambió. En un abrir y cerrar de ojos, la piedra se transformó en grano. Más o menos. Lo que había creado Vathah era un gran bulto cuadrado de pulpa de lavis endurecida, no granos individuales como podían hacer algunos moldeadores de armas avanzados. Podrían cortar cachos y cocinarlo para reblandecerlo. No era sabroso, pero sí sustancioso y sano.

«¿Lo sabrán? —se preguntó Adolin—. ¿Lo mucho que Jasnah los ve como herramientas?» Durante siglos, los aparatos moldeadores de almas de los alezi, por muy limitados que estuvieran, habían proporcionado al reino una ventaja sin igual en batalla. En tiempos más recientes, los Tejedores de Luz habían empezado a moldear almas y no parecían sufrir los mismos efectos adversos que quienes manejaban aquellos aparatos.

Adolin veía motivos más profundos en los meses que había dedicado Jasnah a entrenar a Shallan y sus agentes. Aunque Shallan quería que su equipo se dedicara al espionaje, Jasnah parecía considerar sus poderes ilusorios en un segundo lugar muy por detrás de su capacidad para alimentar a ejércitos.

Con un poco de suerte, el botín de aparatos moldeadores de almas que habían encontrado en Aimia aliviaría parte de esa presión. Shallan miraba desde no muy lejos, sentada en un arcón de provisiones, con expresión ilegible. Aunque era con mucho la más diestra creando ilusiones de su gente, las capacidades de la propia Shallan con el moldeado de almas se habían demostrado... erráticas. Adolin había mirado desde la puerta algunas de sus sesiones de entrenamiento y solo había visto algún montoncito de grano de vez en cuando. Otras veces, sin querer, creaba cosas retorcidas: llamas, en ocasiones charcos de sangre, una vez un cristal translúcido.

Por fin, después de ocho meses de trabajo, Jasnah había liberado a Shallan oficialmente de su aprendizaje. Y Shallan de verdad se había ganado esa liberación. Había ido a recibir lecciones, había memorizado la obra entera de eruditas y se había comportado como la pupila perfecta. Aunque el dominio del moldeado de almas seguía rehuyéndola, había mejorado a lo largo del año.

Jasnah dejó marchar a los dos agentes, que se apresuraron a unirse a los demás. Adolin se descubrió cada vez más ansioso mientras todos se congregaban alrededor del pequeño edificio en el centro de la plataforma. No es que tuviera ningún motivo. Era solo que habían pasado meses desde su última visita a Shadessmar.

Dalinar llegó hasta el grupo y esperó a que todos callaran. Querría decir unas palabras, cómo no. Al padre de Adolin cualquier cosa le valía como excusa para dar un discurso inspirador.

—Elogio vuestra valentía —dijo Dalinar a la gente congregada—. Sabed que hoy viajáis no solo en representación mía, sino de la coalición entera. Os acompañan las esperanzas de millones de personas.

»El reino que vais a recorrer os resultará ajeno y a veces hostil. No olvidéis que en otro tiempo albergó a aliados, y que sus fortalezas recibían a los hombres con los brazos abiertos. Vuestra tarea es reavivar esas antiguas alianzas, al igual que nosotros hemos recreado el antiguo vínculo entre naciones. Sabed que lleváis con vosotros mi más absoluta confianza.

«No está mal —pensó Adolin—. Al menos ha sido breve.» Los seis hombres de Adolin aclamaron como se esperaba de ellos. Los Radiantes hicieron un educado aplauso, que no solía ser la reacción que recibían los conmovedores discursos de Dalinar. El padre de Adolin seguía tratándolos como a soldados, aunque la mayoría de los Radiantes presentes ese día no habían estado nunca en el ejército. Shallan era una ojos claros de campo, una erudita convertida en espía; la Tocón había regentado un orfanato; Godeke había sido fervoroso. Que Adolin supiera, Zu era la única que había empuñado algo parecido a un arma antes de pronunciar sus juramentos.

Jasnah dijo unas palabras, como también Taravangian. Adolin las escuchó a medias, preguntándose si Taravangian no se habría sorprendido al ver que no había ningún Portador del Polvo en la expedición. Nadie había dicho en voz alta el motivo, pero para Adolin era evidente. Los Portadores del Polvo no servían a Dalinar, o por lo menos no lo suficiente para su gusto.

Al terminar los discursos, los miembros de la expedición empezaron a pasar apretujándose al interior del pequeño edificio de control, al que también hicieron entrar a los caballos. Quizá existiera alguna manera de llevar a todos los presentes en la plataforma a Shadessmar, pero de momento solo habían podido transportar a quienes estuvieran dentro del edificio de control.

Adolin hizo una señal a Shallan para que entrara sin esperarlo. Jasnah, Taravangian y Sagaz emprendieron el regreso por la plataforma seguidos de sus séquitos. Al poco tiempo, Adolin y Dalinar se quedaron encarados uno hacia el otro, solos fuera del edificio.

Un bufido atravesó el aire. Galante se había quedado fuera también, sin hacer caso a los mozos que habían intentado atraerlo al edificio con gruta. Dalinar abandonó su adusta postura y dio unas palmaditas al caballo en el

cuello.

—Gracias por cuidar de él estos meses —dijo a Adolin—. Últimamente no tengo mucho tiempo para cabalgar.

—Los dos sabemos lo ocupado que estás, padre.

—Ese uniforme es nuevo —le dijo Dalinar—. Es mejor que algunos de los últimos que has estado llevando.

—Tiene gracia —respondió Adolin—. Hace cuatro años, la última vez que me lo puse, lo llamaste deshonroso.

Dalinar se envaró y bajó la mano del cuello de Galante. Entonces se agarró las manos a la espalda y se irguió. Se irguió en toda su tormentosa altura. A veces el padre de Adolin se parecía más a una estatua creada por moldeado de almas que a una persona.

—Supongo... que los dos nos hemos vuelto más permisivos con los años —dijo Dalinar.

—Yo creo que sigo siendo la misma persona —replicó Adolin—. Es solo que estoy más dispuesto a dejar que esa persona te decepcione.

—Hijo —dijo Dalinar—, tú *no* me decepcionas.

—¿Ah, no? ¿Puedes decirlo de veras, con un juramento?

Dalinar calló un momento.

—Es solo que quiero que seas el mejor hombre que puedas —dijo al cabo—. Un hombre mejor de lo que era yo a tu edad. Sé que esa es la persona que eres en realidad. Y quiero que me representes bien. ¿Tan terrible es *eso*?

—Ya no te represento a ti, padre. Soy un alto príncipe. Me represento a mí mismo. ¿Tan terrible es *eso*?

Dalinar suspiró.

—No sigas por ese camino, hijo. No dejes que mis fracasos te lleven a rebelarte contra lo que sabes que es correcto, solo porque sea lo que yo deseo de ti.

—No estoy... —Adolin cerró los puños, intentando aplastar su frustración—. No estoy rebelándome sin más, padre. Ya no tengo catorce años.

—No. A los catorce me admirabas, por algún motivo. —Dalinar lanzó una mirada a las figuras que se marchaban, cada vez más pequeñas en la lejanía de la plataforma—. ¿Ves a Taravangian ahí fuera? ¿Sabes cómo ve él el mundo? Todo coste, todo precio, merece la pena pagarse si lo que quieras lograr resulta valioso, al final.

»Sigue sus pasos y podrás justificar cualquier cosa. ¿Mentir a tus soldados? Necesario, si quieres que hagan su trabajo. ¿Reunir riquezas? Las necesitas

para alcanzar tus importantes objetivos. ¿Matar a inocentes? Todo sea en aras de forjar una nación más fuerte. —Miró a Adolin—. ¿Asesinar a alguien en un callejón y luego mentir al respecto? Bueno, el mundo está mejor sin él. De hecho, hay mucha gente a la que el mundo le convendría que no estuviera. Podríamos empezar a acabar con ellos con disimulo...

«Puede que yo asesinara a Sadeas —pensó Adolin—, pero al menos nunca he matado a nadie inocente. Por lo menos yo no hice que mi esposa muriera abrasada.»

Y allí estaba. El nudo bullente muy en su interior, el que Adolin no se atrevía a tocar por si se quemaba. Sabía que entonces Dalinar había sido una persona distinta. Un hombre que no estaba del todo en sus cabales, traicionado, consumido por el poder de uno de los Deshechos. Además, Dalinar no había matado a la madre de Adolin a propósito.

Esas cosas podían saberse sin sentirlas. Y aquello. No era. Algo. Que pudiera. *Perdonarse*.

Adolin sofocó aquel nudo iracundo y no permitió que se apoderara de él; hizo caso omiso de los furiaspren que habían emergido a sus pies. No dijo nada a su padre. No se fiaba de la rabia, la frustración y, sí, la vergüenza que se arremolinaban en su interior. Si abría la boca, podría salir alguna de las tres, y no sabía cuál.

—O bien crees tal y como lo hace Taravangian —dijo Dalinar— o aceptas la opción mejor: que tus actos te definen más que tus intenciones. Que tus objetivos y el viaje que emprendes para alcanzarlos deben alinearse. Estoy intentando detenerte antes de que hagas cosas que lamentarás de verdad, con todo tu corazón.

—¿Y si yo creo que mis actos han sido dignos? —preguntó Adolin.

—Entonces quizás debamos considerar que el entrenamiento que te proporcioné en tu juventud fue defectuoso. No me sorprende. Yo no era precisamente el mejor ejemplo.

«Y ya vuelve a rodar todo en torno a ti —pensó Adolin—. Yo no puedo tener una opinión ni tomar decisiones; solo actúo así por influencia tuya.»

¡Por Kelek, Jezerezeh y los Heraldos de las alturas! Adolin amaba a su padre. Incluso entonces, después de averiguar todas las cosas que Dalinar había hecho. Incluso con... aquel acontecimiento. Adolin amaba a su padre. Amaba de él que Dalinar se esforzase tanto, y que de verdad se hubiera convertido en una persona mucho mejor que la de antes.

Pero Condenación, ese último año Adolin había empezado a darse cuenta

de lo difícil que podía ser vivir cerca de ese hombre.

—O a lo mejor —dijo Adolin, tranquilizándose con gran esfuerzo—, a lo mejor, por increíble que parezca, existen más de dos opciones en la vida. No soy tú, pero eso no significa que sea Taravangian. A lo mejor tengo mi propia manera de equivocarme.

Dalinar apoyó la mano en el hombro de Adolin. Debería haber resultado reconfortante, pero Adolin no podía evitar verla como una forma de controlar la conversación. De ponerse a sí mismo en la posición de padre y encajar a Adolin en su papel de niño gimoteante.

—Hijo —dijo Dalinar—, yo creo en ti. Vete, triunfa en esta misión. Convence a los honorables de que somos dignos de ellos. Demuéstralos que tenemos a hombres preparados para pronunciar los juramentos y elevarse.

Adolin miró la mano de su padre en el hombro y luego a él a los ojos. Había algo en esas palabras...

—Quieres que me convierta en uno de ellos, ¿verdad? —acusó Adolin—. ¡A tus ojos, parte del propósito de este viaje es que yo me haga Radiante!

—Tu hermano es digno —dijo Dalinar—, y tu padre, pese a todos sus esfuerzos, se ha demostrado digno también. Estoy seguro de que tú también demostrarás serlo.

«Como si no tuviera ya suficientes cargas.»

Las protestas murieron en los labios de Adolin. Protestas como que seguro que había miles de personas dignas en el mundo y no todas serían elegidas. Protestas como que estaba a gusto con su vida y no necesitaba cumplir las expectativas de los ideales de algún spren.

En vez de eso, Adolin se limitó a agachar la cabeza y asentir. Dalinar ganaba la discusión. El Espina Negra no estaba acostumbrado a ninguna otra cosa. No era tanto que Adolin estuviera de acuerdo con él como que no sabía qué pensar, y ahí era donde estaba el problema. No podía plantar cara a su padre con quizás.

Dalinar le dio una palmada en el hombro con la otra mano y le deseó buen viaje. Adolin llevó a Galante al interior de la cámara, alto príncipe, líder de la expedición y aun así, por algún motivo, todavía un niño pequeño.

El lugar estaba atestado con tanto caballo. Aquellos edificios circulares de control tenían una pared interior rotatoria, además de murales en el suelo que indicaban varias localizaciones. Lo normal a la hora de iniciar una transferencia era que un Radiante usara su hoja esquirlada a modo de llave para hacer rotar la pared interior hasta el punto adecuado.

Ese día, Shallan hizo otra cosa distinta. A un asentimiento de Adolin, invocó su hoja esquirlada y la insertó en la cerradura de la pared. Entonces siguió empujando y su espada se derritió formando un charco plateado en la pared, mientras la empuñadura fluía líquida en torno a su mano.

Shallan alzó la mano y movió el mecanismo entero de cierre derecho hacia arriba. Con un fagonazo todos fueron arrojados a Shadesmar.



NO SIRVE DE
NADA HABLAR

Me he puesto en contacto con los demás, como solicitasteis, y he recibido respuestas diversas.

Durante la semana anterior, Adolin había asignado a sus soldados la tarea de trasladarse a Shadessmar varias veces. Hasta había hecho entrar y salir a los caballos para asegurarse de que no montarían en pánico. Por tanto, casi todo el mundo estaba preparado para lo que vio. Sin embargo, todos, Adolin incluido, se quedaron enmudecidos por las increíbles vistas.

El cielo era negro como la medianoche, solo que sin estrellas. El sol parecía demasiado lejano, demasiado endeble, para iluminar bien el lugar, pero no estaban a oscuras. Adolin veía sin problemas la pequeña plataforma que los rodeaba, que tenía el tamaño de la sala de control. La luz del sol iluminaba el paisaje, pero por extraño que pareciera no iluminaba el cielo.

La sala de control no se había transportado con ellos. En su lugar había dos gigantescos spren flotando en el aire cerca de ellos, los cuidadores de aquel portal, de más de diez metros de altura, uno blanco como el mármol y el otro negro ónico.

Adolin alzó una mano hacia ellos mientras cruzaba la plataforma.

—¡Gracias, antiguos! —exclamó.

—Se ha hecho como requiere el Padre Tormenta —replicó el de mármol con voz atronadora—. Nuestro progenitor, el Hermano, ha muerto. Lo

obedecemos a él en su lugar.

Hacía mucho tiempo, un misterioso spren de género desconocido llamado el Hermano había vivido en Urithiru. Había muerto. O dormía. O quizá fuese lo mismo. Las respuestas de los spren sobre el Hermano se contradecían entre ellas. En cualquier caso, antes de morir el Hermano había ordenado a aquellos centinelas que dejaran de permitir el paso de personas a Shadessmar.

Muchos guardianes de las puertas seguían obedeciendo esa norma. Pero algunos había accedido a la petición del Padre Tormenta. Decían que, en ausencia de otros Forjadores de Vínculos, Dalinar y el Padre Tormenta eran dignos de obediencia, incluso contraviniendo antiguas órdenes.

Lo cual era una suerte, porque aunque Shallan podía meterse en Shadessmar usando sus poderes, no podía llevar a nadie con ella... y no podía regresar por su cuenta. Incluso Jasnah, cuyos poderes en teoría sí lo permitían, tenía problemas para transportarse de vuelta desde Shadessmar.

La plataforma en la que estaban era una de las diez que se alzaban sobre sus respectivas altas columnas allí, dispuestas más o menos igual que las Puertas Juradas delante de Urithiru. Adolin veía a los otros centinelas flotando por encima de ellas.

Cada pilar tenía una larga rampa en espiral que la rodeaba descendiendo hasta el océano de cuentas, mucho más abajo. Pero la torre en sí era mucho más majestuosa que ninguna otra vista. Adolin se volvió para alzar la mirada y contemplar la resplandeciente montaña de luces y colores. El brillo nacarado no imitaba del todo la forma de la torre, sino que daba una sensación más cristalina. Eso y que no era física, sino de luz. Radiante, refulgente, brillante.

La torre era del mismo color del que se volvía el cielo en Shadessmar cuando una alta tormenta pasaba sobre Roshar. Y el lugar estaba rebosante de spren emocionales en ese lado. Atravesaban volando la torre en grandes bandadas, adoptando diversas formas; la mayoría estaban tan lejos que Adolin los veía solo como puntitos de color, pero sabía que en Shadessmar tenían formas extrañas. Más orgánicas, más bestiales. Volaban, reptaban y trepaban por la luz titilante de la torre y a través de ella, haciendo que pareciera una colmena. Adolin no se había parado a pensar hasta que llegó allí en la cantidad de spren que atraían los humanos de Urithiru.

Algunos podían ser peligrosos en ese lado, pero les habían dicho que la naturaleza de la torre los protegería de ellos. Allí los spren estaban empachados de emociones y se mostraban más tranquilos.

A todos les costó unos minutos absorber el imponente paisaje: la montaña de colores iridiscentes, los centinelas, los spren y la larga caída a plomo hasta el océano de abajo. Adolin por fin recuperó el control de los ojos para hacer un recuento rápido, ya que en Shadessmar los Radiantes estaban acompañados por sus spren personales.

Patrón estaba de pie cerca de Shallan, una figura alta con una túnica demasiado ceñida y un símbolo que cambiaba sin cesar por cabeza. Adolin tenía la sensación de poder distinguir a Patrón de los otros crípticos. Tenía como un brío en el paso, daba saltitos mientras los otros tres crípticos parecían deslizarse. Y sus símbolos también eran un poco... distintos.

Adolin ladeó la cabeza, intentando determinar por qué pensaba eso, ya que los símbolos no dejaban de cambiar y no se repetían, que él pudiera ver. Y sin embargo, la velocidad a la que cambiaban y la sensación de cada uno de ellos era distinta al resto.

Zu, la Radiante que estaba más cerca de Adolin, dio un salto y aferró a su alto spren en un abrazo.

—¡Ja! —exclamó la Custodia de la Piedra de pelo dorado—. ¡En este lado eres una montaña, Ua'pam!

La piel de su spren parecía estar hecha de roca quebrada, que brillaba desde el interior como si estuviera fundida. Por lo demás, tenía rasgos más o menos humanos. Ua'pam llevaba ropa ribeteada de pieles en ese lado, la que podría esperarse de alguien que viviera en lo alto de las montañas. Adolin no estaba muy seguro de cómo funcionaba todo aquello. ¿Los spren podían tener frío?

Godeke era Danzante del Filo, por lo que su spren era una cultivacispren, un tipo que Adolin ya había visto muchas veces: tenía la figura aproximada de una mujer bajita, pero estaba hecha toda de enredaderas. Esas enredaderas se estrechaban entretejiéndose para componer una cara que tenía dos cristales en vez de ojos. Unas manos también de cristal, increíblemente finas y delicadas, asomaban de las mangas de su túnica, y tenía un aire distante mientras miraba a su alrededor.

La última spren era la que más rara resultó a Adolin. Parecía estar compuesta solo de niebla, toda excepto la cara, que flotaba delante de la cabeza con forma de máscara de porcelana. Esa máscara tenía como un reflejo centelleante, que siempre atrapaba la luz, y de hecho Adolin podría jurar que, desde algunos ángulos, estaba hecha de cristal translúcido. La spren parecía ser mujer, o al menos tenía una figura y una voz femeninas.

Tenía que ser la spren de Arshqqam, la Vigilante de la Verdad. La spren llevaba chaleco y pantalones, que de alguna manera flotaban reteniendo el cuerpo hecho de niebla blanca. Sus brazos terminaban en guantes. ¿Sería niebla lo que había dentro, moviéndole los dedos?

—¿Te gusta mirarme, humano? —preguntó la spren con una voz delicada que tintineaba como el cristal al agrietarse. Los labios de la máscara no se movieron al hablar—. Los brumaspren podemos escoger nuestra forma, ¿sabes? Acostumbramos a elegir la de una persona, pero no tenemos por qué. Pareces fascinado. ¿Me consideras hermosa o me consideras un monstruo?

—Eh... —dijo Adolin.

—No respondas —dijo el cumbrespren de Zu, Ua'pam, con voz rasposa—. Tú. No provoques.

—No estoy provocando —respondió ella—. Solo preguntando. Me gusta saber cómo piensan las mentes.

—Un objetivo bien digno —dijo Adolin, mirando de nuevo alrededor. Todos los spren Radiantes estaban presentes, pero ¿dónde estaba *ella*?

Shallan le atrajo la mirada y señaló con la barbilla rampa abajo, así que Adolin corrió hasta allí y se detuvo al borde al ver una última spren que estaba sentada esperando. Era otra cultivacispren, con enredaderas parecidas a cordeles componiendo su cara. Pero sus enredaderas eran de un marrón apagado y estaban más apretadas, confiriendo al semblante de la spren un aire hundido.

Maya seguía llevando los mismos harapos marrones. Sin embargo, Adolin vio pistas de lo que habían sido en otro tiempo. No una túnica como llevaba la spren de Godeke. Aquello había sido un uniforme.

Su rasgo más perturbador eran los ojos raspados. Parecía que alguien se hubiera aplicado con un cuchillo en su cara, solo que Maya no había sangrado ni tenía cicatrices por los cortes. La habían *borrado*. Destrozado. Retirado de la existencia. Cuando miró a Adolin, parecía un cuadro que algún vándalo hubiera arruinado.

Estaba sentada abrazándose a sí misma en la rampa. No habló. Nunca lo hacía, excepto una vez hacía más de un año, cuando había dicho su nombre a Adolin. Era su hoja esquirlada. Y él esperaba que también su amiga.

—Mayalaran —dijo, tendiéndole la mano.

La spren contempló la mano y ladeó la cabeza. Como si fuese algún objeto extraño para el que no pudiera determinar ningún uso. Adolin descendió por la rampa, le cogió la mano con delicadeza y la puso en la suya. Los cordeles

enrollados de su mano tenían una textura firme y suave. Como una buena empuñadura de piel de jabalí.

—Vamos —dijo—, te presentaré a los demás.

Tiró de su mano y ella se levantó, lo siguió y llegó con él sin mediar palabra a la plataforma.

—Ella es Shallan —dijo Adolin, señalando—. Mi esposa. Te acuerdas de ella y de Patrón, ¿verdad? Ahí está Godeke, que antes era fervoroso. Arshqqam es nuestra Vigilante de la Verdad, y antes cuidaba a huérfanos. Y Zu es... —Adolin titubeó—. Zu, ¿qué hacías tú antes?

—Causar problemas, sobre todo —respondió la iriali.

Se quitó el grueso abrigo soltando un profundo suspiro. Por debajo llevaba una ceñida tira de tela envolviéndole la parte superior del torso, un poco parecida a un sarashi de guerrero. Tenía una piel broncínea que a Adolin le dio una impresión metálica, y su pelo rubio no era como el del propio Adolin, sino muy dorado. Aunque la madre de Adolin procedía de Rira, cerca de Iri, eran dos pueblos distintos.

—¡Vamos, Ua'pam! —exclamó—. ¡Veamos qué hay al final de esta rampa!

—Ten cuidado —dijo el cumbrespren mientras Zu se ponía el abrigo sobre el hombro y caminaba hacia la rampa.

—Bueno —dijo Adolin a Maya—, esa es Zu. Los otros seis son los Tejedores de Luz de Shallan y sus spren. Ven, te presentaré a mis soldados.

Mientras se llevaba a Maya en dirección a Felt, la brumaspren llegó junto a él.

—No sirve de nada hablar con una ojomuerta —dijo la criatura con los labios inmóviles—. ¿Acaso no lo comprendes? ¿Qué hay en ti que te haga querer hablar con algo que no puede entenderte?

—Me entiende —repuso Adolin.

—Crees que lo hace. Esto es curioso.

Adolin no hizo caso a la extraña spren y presentó a Maya a su equipo. Estaban advertidos de que se la encontrarían, así que todos le hicieron una respetuosa inclinación y no miraron sus extraños ojos, o al menos no demasiado. Ledder hasta le hizo un cumplido por su apariencia como hoja esquirlada, diciendo que siempre había admirado su belleza.

Maya se lo tomó todo con su característica solemnidad muda. No ladeó la cabeza, sino que se limitó a quedarse de pie junto a Adolin y mirar a quien estuviera hablando.

Sí que entendía. Adolin había sentido sus emociones a través de la espada. De hecho, tenía la impresión de que siempre había podido percibirla dándole ánimos.

Shallan se acercó y cogió a Adolin del brazo.

—Deberíamos ir bajando —dijo—, a ver si el barco ha llegado.

—Es verdad, es verdad —respondió él—. Espera, cuida de Maya un momento. Tengo que ir con Galante.

Fue deprisa hacia el caballo y, cuando llegó, ya sabía que eran malas noticias. Los humanos del Reino Físico estaban representados allí con forma de luces que flotaban, como llamas de vela. Había un grupo de ellas congregadas cerca del caballo e interactuaban como unos colores azules brillantes, resplandecientes.

Para asegurarse, Adolin comprobó los cofres de la armadura que llevaba Galante. La armadura esquirlada no había cruzado a Shadessmar. Adolin había tenido la esperanza de... En fin, significaba que su armadura no era distinta de las demás. No podía transportarse a Shadessmar. Las luces del otro lado eran sus armeros recogiendo la armadura esquirlada, que habría caído a la plataforma.

—Qué le vamos a hacer —dijo, desenganchando los cofres vacíos—. Vamos a quitarte esto.

Galante dio un soplido que Adolin eligió interpretar como comprensivo. Redistribuyó el peso y comprobó las armas de las vainas de Galante, incluyendo el gigantesco espadón que era casi tan voluminoso como una hoja esquirlada.

Echaron a andar hacia la rampa, pero Adolin se detuvo e inclinó la cabeza hacia el lado. Cuando Galante se movía, dejaba atrás una tenue sombra de luz. Era casi imperceptible. Cuando el caballo sacudió la cabeza de un lado al otro, hubo una clara impresión de una imagen persistente con la forma de la cabeza, pero brillante.

—No esperaba que tú fueses distinto aquí —dijo Adolin al caballo.

Galante rebufó otra vez. Su versión de un encogimiento de hombros. Entonces acercó el morro al bolsillo de la casaca de Adolin.

Adolin soltó una risita y sacó la otra fruta que llevaba escondida allí, envuelta en un pañuelo, por supuesto. No iba a mancharse la casaca. Se la dio al caballo con una palmadita en el cuello.

—Bueno, por lo menos no tendrás que cargar con esa armadura esquirlada por ahí.

Adolin se sentía expuesto. No tenía hoja ni armadura esquirlada, y los Radiantes se verían limitados, pues, aunque llevaban una buena cantidad de gemas infusas, no podrían renovarlas.

Indicó al grupo que empezara a descender con cautela por la rampa. Al tener barandilla, no era demasiado peligrosa, pero había mucho camino. Urithiru estaba en lo alto de las montañas, y tendrían que bajar hasta el nivel del mar. Lo raro era que, según Shallan, habían hecho medidas y el camino no era ni por asomo tan largo como lo habría sido en el Reino Físico. El espacio no mantenía una correlación de uno a uno en Shadesmar. Las cosas parecían más comprimidas allí, sobre todo en la dimensión vertical. Isasik, la cartógrafa, opinaba que era un lugar increíble por unos motivos que Adolin no había alcanzado a comprender pese a las tres veces que se los habían explicado.

Fuera como fuese, el descenso duraría varias horas. Empezaron a recorrer la rampa y Shallan se puso a su lado, mirando a Maya caminar por delante con el ryshadio. Adolin rodeó a su esposa con el brazo.

—¿Crees que se ha alegrado de verme? Espero que le guste estar con nosotros. Tiene que ser mejor que estar siempre dando vueltas por este lado, merodeando por dondequiera que ande yo.

—Seguro que está contenta —dijo Shallan.

—No crees... que estoy loco, ¿verdad? Por tratarla como la trato.

—Lo encuentro adorable —le aseguró Shallan.

—¿Aunque me pinches por ello?

—Esa es la forma de saberlo. —Shallan sonrió, lo hizo parar y se puso de puntillas para besarlo—. Y también me gusta tu ropa. Has elegido bien.

—Gracias, es...

Adolin dejó la frase en el aire cuando alguien más lo rodeó a él con el brazo, y luego también a Shallan. Adolin giró la cabeza y encontró a Patrón de pie tras ellos, abrazándolos. Su ropa era rígida, como si estuviera hecha de cristal, y el cuello de la túnica apretaba incómodo la oreja de Adolin.

—Mmm... —dijo Patrón—. Me gusta tener brazos. Si Maya no habla y quieras a alguien con quien hablar, a mí se me da de maravilla. Puedo decir palabras sobre muchas clases de cosas.

—Esto... ¿gracias? —dijo Adolin.

—De nada. ¿Deberíamos hablar? ¿Estando de pie? Porque ahora vuelvo a tener pies. Me gustan mis pies. Son adecuadamente ambulantes.

Levantó una pierna y mostró un pie descalzo bajo la túnica. Qué curioso.

Adolin siempre había dado por sentado que no tendrían pies. Patrón siguió adelante, tarareando contentísimo para sus adentros.

Una hora después, Adolin aún veía Urithiru brillando arriba. Una hoguera de colores y luz, aunque sorprendía al no proyectar sombras. Muchas fuentes de luz en Shadessmar no las proyectaban. Y las que sí lo hacían, en ocasiones las proyectaban en direcciones erróneas.

Comieron unas raciones de campo y siguieron descendiendo a ritmo constante en espiral, alrededor de la inmensa columna. Llegó un momento en que Adolin pudo distinguir el océano por debajo. En Shadessmar, la tierra y el mar estaban invertidos, así que en el lugar donde estaban, el continente se manifestaba como un inmenso océano de cuentas. Encontrarían terreno firme donde fluían los ríos tras las altas tormentas y en los límites del continente, donde empezaba el agua en el mundo real.

Todo lo que existía en Roshar se manifestaba en Shadessmar. La mayoría de los objetos se convertían en cuentas y las personas y los animales vivos eran llamas de luz como las que Adolin había visto arriba. Pasaron frente a varias de ellas en su descenso, flotando en la lejanía. Adolin supuso que serían los guardias que vigilaban el complejo de túneles y cavernas que había debajo de Urithiru. De hecho, había más luces de las que había esperado: tía Navani se habría salido con la suya en su propuesta de que las cavernas estuvieran mejor protegidas.

Al cabo de un tiempo dejaron de verlas arriba y Adolin se quedó solo con el interminable panorama del océano. Pensar en aquellas cuentas le hacía nudos en la mente. Eran las almas de todos los objetos que componían el mundo físico. Revueltas y mezcladas, formando olas y fuertes mareas, cada una hecha de pequeñas cuentas que no eran más anchas que su dedo índice.

Pasó el rato intentando conocer mejor a los miembros de su equipo. A Zu le gustaba adelantarse y su spren acostumbraba a recomendarle una cautela que ella solía ignorar. Zu había trabajado durante años como guía en las islas Reshi, después de huir allí buscando un lugar donde la gente, en sus propias palabras, «no se empeñara en hacer reglas sobre cómo debo vivir yo». Se había alegrado de incorporarse a la misión y alejarse de la torre, que consideraba agobiante.

Reconoció tener un poco de experiencia en combate. Su spren no hablaba mucho, y cuando lo hacía era en frases cortas, pero a Adolin le gustaban las implicaciones defensivas de tener a un spren que era de piedra, y no en

sentido figurado.

Cuando Zu volvió a escabullirse para explorar por delante, Adolin se situó a la altura de Godeke. El Danzante del Filo no dejaba de mirar al cielo, sonriendo como un niño con una espada nueva.

—La obra del Todopoderoso es maravillosa —dijo—. ¡Y pensar que esta belleza siempre ha estado con nosotros! Mira, ¿esos son un tipo nuevo de spren?

Señaló a unos que pasaron flotando por el aire. Se parecían a pollos, con alas que batían y cuerpos bulbosos.

—Creo que son glorispren —explicó Adolin—. Los spren de emociones son como los animales de este mundo. Notan el tirón de nuestro lado cuando perciben algún tipo de emoción fuerte, y nosotros los vemos con formas distorsionadas.

—Asombroso —dijo Godeke—. Gracias por traerme a este viaje, brillante señor. Archinal me ha hablado largo y tendido sobre este lugar, pero jamás creí que lo vería en persona. Esta noche quemaré plegarias en agradecimiento... si es que tenemos fuego, por supuesto. ¡Aún no tengo muy claro cómo funciona todo esto!

—Entonces... ¿todavía sigues al Todopoderoso? —preguntó Adolin—. ¿El vorinismo y esas cosas? ¿A pesar de haber sabido que los Heraldos nos traicionaron?

—Los Heraldos no son Dios, sino sus siervos —dijo Godeke—. Bien saben las tormentas que yo mismo le he fallado más de una vez. —Adoptó una expresión distante—. No creo que podamos reprocharles que terminaran agotándose. Es más, creo que es admirable que trabajaran durante tanto tiempo para mantenerlos a salvo.

—¿Y el hecho de que confirmaran la muerte del Todopoderoso?

—La muerte de Honor, ojo —dijo Godeke—. Un aspecto del Todopoderoso. —Sonrió—. No pasa nada, brillante señor. Comprendo que la gente lo esté cuestionando ahora, con los tiempos que corren. Pero recuerda que la iglesia enseñaba que todos nosotros somos aspectos del Todopoderoso, que él vive en nosotros. Igual que vivía en el ser llamado Honor, cuya tarea era proteger a la humanidad.

»El Todopoderoso no puede morir. La gente puede morir. Los Heraldos pueden morir. Incluso Honor pudo morir. Pero Honor, la gente y los Heraldos volverán todos a la vida, transformados por moldeado de almas a través de su poder. —Godeke volvió la mirada hacia su caballo de carga, sobre el que iba

montada su spren. Entre las alforjas asomaban varios libros—. Aún estoy aprendiendo. Todos lo hacemos. El *Libro de las páginas interminables* no puede llenarse... aunque tu padre hizo una muy buena adición al texto.

—¿Te parece bien que un hombre escriba, entonces? —preguntó Adolin, frunciendo el ceño.

—Tu padre no es solo un hombre, Adolin —dijo Godeke.

—Él...

—Tu padre es un hombre sagrado. Como lo era yo, antes de adoptar este nuevo papel. —Godeke negó con la cabeza—. Había vivido desde siempre con una deformidad, y entonces, en un instante, estaba transformado y sanado. Me convertí en aquello que siempre me había visto ser a mí mismo. Tu padre ha experimentado una transformación más vibrante. Es igual de divino que cualquier fervoroso.

»Y también... debo reconocer que algunas cosas que dice tienen sentido. ¿Cómo puede estar prohibido a alguien ver las palabras sagradas del Todopoderoso solo porque ese alguien sea varón? Hace que me pregunte si lo hemos interpretado mal desde el principio. Si los fervorosos hemos sido egoístas al querer reservarnos todo esto para nosotros.

»No acepto las conclusiones a las que llegó tu padre, pero me alegro de que la gente esté hablando de la iglesia en vez de seguir con sus vidas sin más, suponiendo que los fervorosos se ocuparán de todo. Mucha gente solo pensaba en la religión cuando llegaba el momento de alguna de sus Elevaciones. —Sonrió al ver otro grupo de glorispren pasar volando—. Qué ganas tengo de escribir sobre esto a los demás de mi devotario. Cuando sepan qué maravillas ha creado aquí el Todopoderoso...

Adolin no estaba seguro de que todo tuviera sentido tal y como Godeke lo explicaba, pero al mismo tiempo se alegraba de oír a alguien siendo tan positivo. Dejó a Godeke emocionado y fue a charlar con Arshqqam, utilizando a su spren como intérprete. La mujer se sentía como se había sentido él en su primera visita a Shadessmar. Abrumada.

—Yo antes pensaba que mi vida tenía sentido —dijo la mujer por medio de la spren—. Creía saber cómo terminaría. No quería marcharme de Tashikk. Allí mi vida era dura, pero estaba clara.

—¿Y por qué te marchaste, entonces?

La anciana lo estudió con una mirada penetrante, férrea.

—¿Cómo iba a quedarme? Aún no sé por qué se me eligió a mí. ¿Una mujer al final de su vida? Pero si una niña podía responder a la llamada,

desde luego yo no tenía excusa.

La niña a la que se refería era Lift, que había reclutado a aquella mujer entre varios otros durante el último año. La joven parecía tener un don para localizar a otros que estuvieran manifestando poderes.

—¿Qué opinas de ella? —preguntó Adolin—. De Lift, digo. A veces se comporta raro, hasta para ser Radiante.

Arshqqam hizo una mueca, contrayendo los labios en una línea disgustada.

—Era lo que yo necesitaba, aunque no lo supiera. Y preferiría que no le contaras el cariño que le tengo, por favor. Necesita que la lleven con mano firme.

¿Eso había sido cariño?

—La Tocón —dijo Arshqqam por medio de su spren, con cara de nostalgia—. Así es como me llamaban los niños. Era un mote. La única otra persona que me ha dedicado jamás un apelativo cariñoso fue mi padre. Los niños me ven como una persona, cuando a muchos otros les cuesta. Así que la Tocón seré. Un título glorioso, al proceder de niños.

Qué mujer más extraña. Pero tenía una solidez calmada y Adolin se alegraba de tenerla en el grupo. Cuando la conversación decayó, Adolin fue a caminar con Shallan. Repasaron de nuevo los planes que Jasnah había trazado para ellos. Trabajando con el apoyo de los demás monarcas, había entregado a Adolin lo que parecía un libro entero lleno de instrucciones. Por suerte, estaba convencido de poder ponerlas en práctica. Quizá no alcanzara a entender por qué la forma de Shadesmar era tan fascinante para una cartógrafa, pero ¿hacer de dignatario y emisario? Llevaba preparándose para eso desde su juventud.

A grandes rasgos, el plan consistía en llevar a los honorspren regalos acompañados de peticiones por escrito de iniciar relaciones. Nada muy insistente. Un ensayo escrito por Jasnah, otro redactado por Dalinar aconsejado por la reina Fen y un tercero de la corte imperial azishiana. Adolin debía solicitar su admisión en la fortaleza de los honorspren, quedarse unos días para acostumbrarlos a la idea de hablar con humanos y luego marcharse con la promesa de seguir hablando en el futuro.

Algunos spren de los Corredores del Viento opinaban que bastaría con eso, pero Syl, en una extraña aparición cuando Kaladin no andaba cerca, había ido a verlo el día anterior.

«Me preocupa que esto no vaya a salir bien, Adolin —le había dicho—. No creo que te dejen entrar siquiera. No son como eran antes los honorspren.

Están asustados y enfadados. Me alegro de que queráis intentarlo, pero... prepárate para llevarte una decepción. Y no dejes que intenten culparte por lo que hicieron los Radiantes en el pasado.»

Ua'pam fue el primero en ver el barco. Llamó la atención de Adolin y luego señaló por encima de la barandilla hacia las onduladas cuentas que ya solo tenían unos treinta metros por debajo. Allí, amarrado a la pequeña zona de terreno firme en la base de la columna, había una embarcación plana. Una barcaza. La parte delantera tenía una pequeña cubierta elevada desde la que dirigir a sus mandras voladores.

No parecía que tuviese camarotes ni bodega, y se veía mucho menos lujoso que los barcos en los que habían navegado la vez anterior. Por supuesto, Adolin no tenía muchas ganas de repetir la mayoría de aquella experiencia. Aceptaría encantado una barcaza si ello implicaba también una travesía tranquila.

—Mi primo —dijo Ua'pam, señalando una figura de la barcaza que meneaba una luz—. ¡Debe caerte bien!

—Lo intentaré.

—¡Debe caerte bien! —exclamó Ua'pam.

—¿Otro cumbrespren? —preguntó Adolin, escrutando con ojos entornados.

—¡Sí!

—Vimos a algunos de vosotros en nuestro último viaje —dijo Adolin—. Nos dejaron abandonados en Celebrant.

—¿Cumbrespren de Kasiden, del este? ¡Esos son necios! Olvídalos.

—¿Tenéis... distintas nacionalidades?

—¡Pues claro! Hombre tonto. Aprenderás.

La criatura dio una palmada en la espalda a Adolin que fue firme y fuerte. Aunque su mano de piedra era cálida al tacto, no ardía como Adolin habría podido esperar por la refulgente luz que salía de sus grietas.

Dieron las últimas vueltas a la columna antes de, por fin, llegar al nivel del mar. Bajo la rampa había un pequeño edificio de piedra construido contra la columna, aunque estaría vacío, según los exploradores que habían enviado a Shadessmar.

Adolin envió a dos hombres a comprobarlo de todos modos, y luego se adelantó para conocer al primo de Ua'pam. Era calvo, como los demás cumbrespren que había conocido Adolin, aunque tendían a tener más grietas en la cabeza que en el resto del cuerpo. El spren llevaba un sombrero que

recordaba un poco a los que le gustaban a Velo. Volvió a ponérselo después de inclinarse ante ellos.

—¡Bienvenido, príncipe humano! —exclamó con voz afable—. ¡Presenta el pago!

Adolin sostuvo en alto una bolsa pequeña llena de esferas brillantes.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar a la costa meridional?

—Dos semanas, puede —dijo él, e hizo un gesto a los hombres de Adolin para que subieran los caballos a la enorme barcaza, que tendría más de diez metros de ancho y unos treinta de largo. Había otros cumbrespren trabajando a bordo, moviendo arcones para hacer sitio a los recién llegados—. Navegar es fácil últimamente. Pocos barcos. ¡Estaréis felices y relajados!

—¿Pocos barcos?

—Fusionados al este —dijo el capitán cumbrespren, señalando—. Cosas raras en Shinovar. Honorspren en plan arrogante. Nadie quiere viajar.

Habían buscado a algún capitán de barco spren dispuesto a llevarlos hasta Integridad Duradera, la fortaleza de los honorspren. Por desgracia, tenían las opciones limitadas y todos los spren con los que habían hablado se habían negado. Decían que a los honorspren no les gustaba que los barcos se acercaran demasiado.

La mayoría había estado de acuerdo en que el trayecto más seguro para el grupo de Adolin sería navegar casi derechos hacia el sur hasta que dieran con tierra. Desde allí, podrían desplazarse al sudoeste, siguiendo la costa tukari en el mundo real, y llegarían a Integridad Duradera.

Adolin subió a bordo a Galante y se puso a descargar el animal. Al poco tiempo, estaban ya todos acomodados y felices de que hubiera terminado la caminata. Adolin había pensado que ir cuesta abajo todo el tiempo sería relajado, pero le dolían los gemelos y las rodillas por el movimiento poco natural de estar caminando siempre con pendiente.

Había reparado en que algunos Radiantes empleaban luz tormentosa para mantener las energías, pero no había protestado. Aunque sus recursos en luz tormentosa no podían renovarse, las esferas más pequeñas empezarían a agotarse por sí mismas incluso antes de haber concluido la travesía por mar. Sus verdaderas reservas, las que sí debían conservar, eran gemas más grandes que retendrían la luz mucho más tiempo.

Ua'pam se puso a desamarrar las sogas del muelle con su primo y luego a ayudar a que la tripulación preparase la barcaza para zarpar. El proceso incluía enjaezar a cuatro mandras muy grandes, alargados spren voladores

que tenían varios pares de alas vaporosas y ondulantes, que habían estado flotando perezosos sin tirar de sus correas.

Cuando los mandras estuvieron uncidos a la embarcación, se elevó un poco entre las cuentas. Y hecho eso, zarparon. Los soldados de Adolin empezaron a acampar en la cubierta de la barcaza, amontonando cajas para formar paredes y usando lonas para hacerse una especie de refugio. La barcaza no navegaba deprisa, pero había un ritmo relajante en su forma de surcar las cuentas. Los barcos en los que había ido antes cortaban entre ellas con gran estruendo. Allí, el sonido de las cuentas era más pacífico, un quedo chasquido.

Adolin ayudó a Shallan a colocar sus cosas, entre ellas varios cofres llenos de material, y ella tuvo la amabilidad de contenerse para no bromear sobre que Adolin llevaba mucho más equipaje que ella. No parecía que la barcaza fuese a avanzar tan deprisa como para tener que sujetar las cosas con correas, así que cuando Adolin hubo amontonado los cofres de Shallan, se sacudió las manos... y entonces se detuvo al ver a su esposa. Estaba arrodillada delante de un cofre, que había abierto para inspeccionarlo. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? —preguntó Adolin.

Ella negó con la cabeza.

—Nada, es que se me han volcado unas pinturas. Va a ser un agobio limpiarlo. —Cerró la tapa con un suspiro y volvió a menear la cabeza cuando él se ofreció a ayudar—. No, ya puedo yo.

Bueno, pues Adolin no iba a quedarse descansando mientras sus hombres trabajaban. Así que fue hacia Galante, que se merecía un buen cepillado después de cargar con las cosas de Adolin por aquella rampa.

Se puso a trabajar, disfrutando de los familiares movimientos del cepillado. Galante no dejaba de mirar el equipaje de Adolin, donde había escondido un poco de fruta.

—Aún no —dijo Adolin.

El caballo rebufó molesto y luego miró el cepillo de Adolin.

—Sí —respondió Adolin—, los tengo los tres. ¿Creías que iba a traerme siete espadas distintas pero olvidarme de tus cepillos?

El caballo hizo una especie de chasquido con la boca, un ruido que Sangre Segura no había hecho nunca. Adolin no estaba seguro de cómo interpretarlo. ¿Regocijo?

—Te daré la fruta —prometió Adolin, sin dejar de cepillar—, pero solo

cuando...

Dejó de hablar al reparar en que Maya estaba de pie allí cerca. Adolin la había dejado con los demás, pero por lo visto ella había decidido no quedarse.

Adolin siguió cepillando a Galante. Ella estuvo un rato mirando. Luego, vacilante, extendió la palma de la mano. Adolin le pasó el cepillo y ella se lo quedó mirando. Parecía tan perpleja que Adolin supuso que debía de haber malinterpretado lo que quería la spren.

Entonces Maya empezó a cepillar al caballo como lo había hecho él. Desde arriba, costado abajo, con el mismo movimiento exacto que había hecho Adolin.

Adolin soltó una risita.

—Tienes que cepillar más que una sola parte, Maya, o se enfadará.

Le enseñó cómo se hacía, cepillando a lo largo del flanco de Galante en la dirección de crecimiento del pelo. Pasadas largas, lentas, meticulosas. Maya tardó poco en cogerle el tranquillo y Adolin regresó por donde había venido para beber un poco. Vio que había dos marineros cumbrespren mirándolo.

—Tu ojomuerta —dijo uno, rascándose la cabeza de piedra con el sonido roca contra roca—. Nunca vi uno entrenado tan bien.

—No está entrenada —respondió Adolin—. Quería ayudar, así que le he enseñado la manera de hacerlo.

Un marinero miró al otro y entonces negó con la cabeza. Dijeron algo en un idioma que Adolin no comprendía, y daba la impresión de que Maya los ponía nerviosos, porque dieron un buen rodeo alrededor de ella para volver a sus tareas.

Adolin dio un sorbo de su cantimplora mientras veía alejarse la columna. Ya casi no alcanzaba a distinguir el brillo de la torre en las alturas, cada vez más pequeño a medida que avanzaban.

«Cumpliré mi parte, padre —pensó Adolin—. Les daré tus cartas, pero haré más que eso. Buscaré la forma de convencerlos de que nos ayuden. Y lo haré a mi manera.»

El truco, por supuesto, estaba en descubrir antes cuál era su manera.

Shallan se arrodilló delante de su cofre mientras todos los demás deshacían el equipaje y Adolin cepillaba a su caballo. Intentó no montar en pánico. Falló. Así que se conformó con *aparentar* que no estaba montando en pánico.

Mientras empaquetaba sus cosas, había tomado una Memoria del cubo de comunicación de Mraize, guardado en su cofre. Con sus asombrosas

capacidades, podía visualizar exactamente dónde lo había dejado. Había tomado la Memoria porque quería llevar mucho cuidado, pero no había creído que pudiera ser relevante tan deprisa.

Porque el cubo estaba movido. No solo desplazado entre sus otras cosas, sino que alguien lo había levantado y lo había rotado. La cara que había estado hacia arriba al guardarlo tenía unos tenues arañazos. Esa cara había pasado a estar a un lado. Una diferencia imperceptible, en la que alguien sin sus capacidades no habría reparado.

Alguien había movido el cubo. De alguna manera, en el tiempo transcurrido desde que hiciera el equipaje hasta su llegada a la barcaza, alguien había registrado sus cosas y utilizado el cubo.

Solo podía llegar a una conclusión. El espía estaba en aquella misión, en efecto, y estaba utilizando aquel mismo dispositivo para informar a Mraize.

VENDAR HERIDAS



Tal y como indicabais, existe una división entre las otras Esquirlas que no habría sido capaz de anticipar.

Kaladin apretó el vendaje bien ajustado al tobillo del chico.

—La próxima vez, Adin —le dijo—, baja los escalones de uno en uno.

El chico asintió con solemnidad. Tendría unos doce o trece años.

—De uno en uno. Hasta que tenga mi spren.

—¿Ah? ¿Tu spren?

—Voy a ser Corredor del Viento —dijo el chico—. Y entonces bajaré las escaleras flotando.

—Eso es lo que significa ser Radiante, ¿eh? —repuso Kaladin, levantándose—. Flotar.

—Eso y que puedes dejar pegados a tus amigos a las paredes si riñen contigo —dijo él—. Me lo contó un Corredor del Viento.

—Déjame adivinar. Un tipo bajito. Herdaziano. ¿Sonreía mucho?

—Ajá.

—Bueno, pues hasta entonces —dijo Kaladin—, no quiero que apoyes peso en ese pie. —Miró al padre, que estaba de pie cerca, con los pantalones manchados de crem de alfarero—. En otras palabras, que lleve muleta si tiene

que ir andando a algún sitio. Volved aquí dentro de una semana. Si progresá bien, nos confirmará que no se ha fracturado.

El padre ayudó a su hijo mientras farfullaba un agradecimiento. Cuando se hubieron marchado, Kaladin se lavó las manos diligentemente en la jofaina de la sala de examen. Había cogido las costumbres de su padre a ese respecto. Era sabiduría de los Heraldos, se decía. Kaladin había conocido a algunos Heraldos y a él no le habían parecido muy sabios, pero en fin.

Se le hacía raro llevar puesto un mandil blanco de cirujano. Lirin siempre había querido tener uno, porque decía que la ropa blanca tranquilizaba a la gente. Los carniceros y los barberos ambulantes, que acostumbraban a practicar la cirugía o a sacar dientes en los pueblos pequeños, solían estar sucios y ensangrentados. Ver a un cirujano vestido de blanco proclamaba al instante: «Este sitio no es como eso».

Envió a Hawin, la chica del pueblo que leía para él ese día, a hacer pasar al siguiente paciente. Se secó las manos. Luego, en el centro de la pequeña sala de examen, exhaló un largo aliento.

—¿Estás contento? —preguntó Syl cuando llegó revoloteando desde la sala contigua, donde había estado viendo trabajar al padre de Kaladin.

—No estoy seguro —dijo Kaladin—. Me preocupa que los demás estén ahí fuera, yendo a la batalla sin mí. Pero es bueno hacer algo, Syl. Algo que ayude pero que no me deje exprimido como una bayeta vieja.

Hacia el final de su temporada como Corredor del Viento, había encontrado que hasta un simple combate de entrenamiento lo agotaba en términos emocionales. Las actividades cotidianas, como asignar tareas, le habían requerido tanto esfuerzo que lo dejaban con un palpitante dolor de cabeza. No podía explicar por qué.

Aquel trabajo, el de volver a memorizar textos médicos, ver a pacientes, lidiar con padres difíciles u ojos claros, debería haber sido peor. Pero no lo era. Ocupado pero no superado, Kaladin nunca trataba a nadie que tuviera una herida demasiado grave, porque esos acudían a Regeneración. Por tanto, aunque había tensión en su trabajo, no había urgencia.

¿Que si estaba feliz?

No estaba triste.

De momento, se conformaría con «no triste».

Hawin le llevó al siguiente paciente y luego se excusó para ir al lavabo. El paciente era un hombre mayor con barba a trozos y cara amistosa. Kaladin lo reconoció: Mil nunca había podido dejarse crecer la barba como él la quería.

Aunque la clínica trabajaba sobre todo con la gente que había vivido en Piedralar, su pequeño pueblo había crecido bastante en los últimos años. La mayoría de los refugiados no habían sido herdazianos, sino alezi de los pueblos más cercanos a la frontera. Así que, aunque Kaladin tenía la sensación de que debería saber quiénes eran todos sus pacientes, muchos eran desconocidos.

Se alegró de volver a ver a Mil. Había sido menos mezquino con la familia de Kaladin que algunos otros. El anciano se quejaba de dolores de cabeza persistentes. Y en efecto, los mismos dolorspren de antes volvieron a salir retorciéndose del suelo. Después de descartar los motivos fáciles (deshidratación, falta de dueño), Kaladin le pidió que describiera dónde solía originarse el dolor de cabeza y le preguntó si le afectaba a la visión.

—Hawin —dijo Kaladin—, léeme la lista de pródromos de la migraña, por favor. Está entre los separadores de cabeza y... —Dejó la frase a medias al recordar que su lectora se había marchado.

Un momento después, una voz distinta dijo:

—Esto... pródromos. A ver... Hum, un segundo.

Kaladin miró hacia la mesa de lectura y encontró a Syl levantando páginas con esfuerzo y pasándolas. No tenía mucha fuerza en el Reino Físico, pero al no verse afectada en la gravedad podía caminar hacia arriba en el aire y tirar de la página por la esquina, y el libro estaba abierto no muy lejos de la sección adecuada.

Syl lo encontró, aterrizó en el grueso tomo y se arrodilló para leer las palabras de una en una.

—Rigidez de cuello —dijo—. Eh... ester... est...

—Estreñimiento —apuntó Kaladin.

Syl soltó una risita y siguió leyendo.

—Cambios de humor, antojos, sed, hum... creo que aquí dice necesidad frecuente de orinar. Tormentas. Si os salen cosas del cuerpo, mal. Si no os salen cosas del cuerpo, mal también. ¿Cómo podéis vivir así?

Kaladin no hizo caso al comentario y siguió hablando con Mil de sus dolores. Le sugirió visitar a los Danzantes del Filo para que le aplicaran Regeneración, pero la dolencia de Mil tenía ya meses de antigüedad, así que era muy poco probable que pudieran hacer algo.

Por suerte, existían medicinas que podían irle bien y, al ser Jasnah capaz de crear un amplio rango de sustancias por moldeado de almas, tenían acceso a medicinas que de otro modo serían muy difíciles de encontrar. Aunque

Kaladin y la reina chocaban en muchos aspectos, decía mucho sobre ella que estuviera dispuesta a buscar tiempo para crear medicinas.

Kaladin entregó a Mil una placa de requerimiento para que el intendente médico le diera las que necesitaba y le dijo que pasara un mes tomando nota de todos y cada uno de sus dolores de cabeza y de las señales en las que reparara de que se avecinaba. No era gran cosa, pero Mil sonrió de oreja a oreja. A menudo, la gente solo quería saber que no eran unos idiotas ni unos debiluchos por ir a la clínica. Querían saber que sus padecimientos eran reales y que había algo, por pequeño que fuese, que podían hacer para resolver el problema. La simple afirmación podía tener más efectos que la medicina.

Se despidió de Mil, agradeciendo que buena parte de la formación que había recibido como cirujano siguiera en su mente, a pesar de las tragedias para varias vidas que tenía comprimidas en los años transcurridos desde entonces. Fue con Syl, que se había sentado con las piernas colgando por el lado del libro. Ese día llevaba algo parecido a la ropa que solía ponerse la madre de Kaladin: una falda modesta y una blusa abotonada que recordaba un poco al estilo thayleño.

—Oye, ¿cuándo has aprendido a leer? —le preguntó.

—La semana pasada.

—Has aprendido a leer en una semana.

—No es tan difícil como parecía al principio. Pensé que necesitarías alguien que te leyera, como cirujano. Se me ocurrió que también podría convertirme en herramientas de cirugía. O sea, no en bisturíes, claro, porque en realidad no corto la carne. Pero tu padre estaba usando un martillito el otro día, así que...

—Para probar los reflejos —dijo Kaladin—. Es mejor amortiguarlo con una tela o que sean de goma. ¿Puedes convertirte en cosas que no sean metálicas? Me encantaría no tener que compartir el estetoscopio con mi padre.

Otra cara herramienta que los cirujanos de Taravangian les habían proporcionado al pedírsela.

—No lo sé —dijo ella—. Tengo la sensación de que... de que nos queda mucho que explorar de nuestros poderes, Kaladin. Cosas que a lo mejor en el pasado no tenían el tiempo o los recursos para intentar. Porque siempre estaban peleando.

Kaladin asintió, pensativo. Syl tenía la mirada perdida y, al ver que él la

observaba, compuso una sonrisa. A él le resultó un poco falsa; Syl parecía estar esforzándose un poco demasiado ese día. O quizás era que Kaladin estaba proyectando.

Estiró los músculos y luego salió y echó un vistazo a la sala de espera. Ya solo quedaba un puñado de personas. Así que Kaladin podía permitirse un breve descanso.

Recorrió el pasillo y entró en la habitación de la familia, que tenía una puerta hacia la terraza comunal. Como había esperado cuando llegaron los habitantes de Piedralar, esa amplia terraza servía de lugar de reunión general para la gente del pueblo, como si fuese una plaza mayor. Había ropa tendida a un lado. Los niños corrían y jugaban. La gente estaba sentada charlando.

Kaladin llegó al antepecho de la terraza. Por debajo, vio a los ejércitos de Dalinar congregándose para trasladarse a Azir. Se obligó a mirar y a admitir que no iría con ellos.

Pasó por delante una figura vestida de azul, volando por los aires. Leyten debía de haber visto a Kaladin, porque al poco tiempo un grupo de Corredores del Viento ascendió hasta la terraza y se quedó flotando fuera. Casi todo el mundo dejó lo que estaba haciendo y los niños corrieron hasta el antepecho.

Como una sola persona, los Corredores del Viento saludaron. Hicieron el saludo del Puente Cuatro. Aunque la mayoría de ellos no habían estado en el Puente Cuatro y no utilizaban el saludo entre ellos, siempre se lo hacían a él y a los otros miembros originales de los Corredores del Viento.

Él les devolvió el saludo del Puente Cuatro a todos, juntando las muñecas.

Los cincuenta y tantos Corredores del Viento se volvieron y descendieron de nuevo. Por debajo, la luz destelló en círculo alrededor de la Puerta Jurada, haciendo desaparecer a un batallón entero de tropas. Habían descubierto que la cantidad de luz tormentosa que se empleaba en una transferencia dependía del Radiante que operase el aparato: cuanto más experto era el Radiante, menos luz tormentosa hacía falta. Kaladin supuso que ese día estaría haciendo los trasladados Jasnah, porque podía hacer cosas con sus poderes que superaban con mucho a todos los demás. Aunque no hiciera alarde de ello, era evidente que había jurado el Cuarto Ideal. El que Kaladin nunca alcanzaría.

—Se van todos —dijo Syl en voz baja, posándose en su hombro.

—No todos —respondió Kaladin—. Se quedarán unos veinte para proteger la torre.

—Pero ninguno de nuestros amigos.

Era cierto. Todos los exmiembros del Puente Cuatro se marchaban con Dalinar. ¿Tal vez Rlain se quedaría para trabajar en los campos? Aunque muchas veces prefería ir con el personal de apoyo de los Corredores del Viento para echar una mano allí fuera, acompañado de Dabbid y unos pocos aspirantes a escudero.

Al verlos marcharse a todos volando, era imposible no sentirse muy solo.

«Recuerda la paz que has sentido esta última semana —pensó Kaladin—. No te tengas lástima a ti mismo. Emocionate por el nuevo camino hacia delante que estás creando.»

Los pensamientos no funcionaban. Seguía doliéndole ver cómo se iban todos. Le dolía saber que Shallan y Adolin habían viajado a Shadessmar sin él. Kaladin tenía a sus padres y a su nuevo hermano, y eso lo agradecía. Pero los hombres y mujeres del Puente Cuatro se habían vuelto igual de importantes para él.

Esa parte de su vida se había terminado. Era mejor no darle muchas vueltas. Kaladin regresó a la sala de examen. Encontró a Hawin esperándolo, así que la envió a por el siguiente paciente.

Se acomodó en un ritmo, viendo a pacientes, asomando la cabeza de vez en cuando a la sala contigua para pedir consejo a su padre sobre un diagnóstico o un remedio. Tuvo que tratar una cantidad inusual de toses. Por lo visto había algo circulando por la torre, una enfermedad que dejaba a la gente con moco en los pulmones y una sensación dolorida por todo el cuerpo. Nunca había visto nada parecido. Pero su padre había estado investigando y decía que, según los cirujanos kharbranthianos, no era letal. Era una plaga procedente del oeste que, teniéndolo todo en cuenta, no estaba a la altura de su reputación. La enfermedad apenas atraía plagaspren, aunque no parecía haber muchos de ellos en la torre que atraer, cosa que quizá tuviera algo que ver.

Kaladin les recomendaba mucho descanso, beber agua y lavarse las manos. El día fue pasando y el flujo de pacientes se redujo a un goteo. Entre ellos destacó una mujer. Era refugiada y, mientras recibía tratamiento para la tos, preguntó a Kaladin si había visto a su tío. Había oído que alguien que encajaba con la descripción del hombre había llegado a Piedralar justo antes de la evacuación.

Kaladin le pidió que esperara y fue a buscar a su padre. La sala de examen de Lirin estaba desierta, pero llegaba la voz de Hesina desde la sala de espera,

así que Kaladin se dirigió hacia allí para preguntar por el tío de la refugiada.

Justo antes de salir, Kaladin oyó una voz conocida que lo hizo quedarse plantado en el sitio.

—... siempre ha sido así —estaba diciendo la voz ronca—. Llevo limpio... ¿cuánto, seis meses ya? Tormentas, seis meses. Ya es algo. Pero no soporto la batalla, ahora ya no. Se me ha metido dentro, ¿sabes? Como un picor en el cerebro.

Kaladin irrumpió en la sala de espera y encontró a Teft charlando con su madre. El hombre mayor iba sin uniforme, con unos pantalones y una camisa normales y corrientes y la barba entrecana recortada. No tan corta como la de un fervoroso, pero tampoco lo que se llamaría larga. No había ni rastro de su spren, Phendorana, pero lo normal era que prefiriese ocultarse a la vista de los demás.

—¿Teft? —dijo Kaladin—. Os han movilizado. ¿Por qué no estás con el resto?

—No puedo ir —respondió Teft—. Tengo el cerebro demasiado mal. Fui a hablar con el Espina Negra y me dijo que sería buena idea dejar el cargo.

—Pero... Teft, estabas mejorando. No tienes motivos para apartarte del servicio activo.

Teft se encogió de hombros.

—Me ha parecido que era el momento. Además, tengo un poco detos. Y un dolor en la rodilla, hasta cuando no hay tormenta. La guerra es para los jóvenes, no para los pedazos de corteza seca.

Hesina ladeó la cabeza, al parecer confusa, pero Syl se posó en el hombro de Kaladin, dio un respingo al ver a Teft y entonces aplaudió entusiasmada.

—Roca se ha ido —dijo Teft—, y Moash... Lo de Moash es peor que irse. Sigzil tiene que liderar a los demás, sin que esté yo haciéndole de lastre. Pero tú y yo fuimos los que empezamos esto. Supongo que deberíamos seguir juntos.

—Teft —dijo Kaladin con voz más suave, dando un paso adelante—. No puedes seguirme aquí.

Teft levantó el mentón, desafiante.

—Te ordeno que vuelvas al servicio —dijo Kaladin.

—¿Ah, sí? ¿Me lo ordenas? Ya no llevas galones en el hombro, chaval. No puedes ordenarme que haga nada. —Se sentó en una silla de la sala de espera y se cruzó de brazos—. Me noto enfermo. No estoy bien en la cabeza. Nadie puede decirme que eso no es verdad.

Kaladin miró a su madre, desamparado.

Ella se encogió de hombros.

—No deberías obligar a nadie a ir a la guerra, Kaladin. No a menos que quieras ser como Amaram.

—¿Te pones de parte de Teft? —preguntó Kaladin.

—Chaval —dijo Teft en voz baja—, no eres el único con la mente llena de horrores. No eres el único al que tiemblan las manos de vez en cuando, al recordarlo todo. Yo también necesito un descanso. Esa es la verdad de Kelek.

Exageraba. Kaladin sabía que Teft exageraba. Aunque el hombre era propenso al comportamiento adictivo y autodestructivo, no tenía conmoción de batalla. Sin embargo, no era algo fácil de refutar, y mucho menos si el paciente en cuestión era tan terco como él.

Teft descruzó los brazos y volvió a cruzarlos, como para hacer el gesto con más firmeza. Llevaba la ropa pulcra y limpia, pero siempre había algo un poco raído en Teft. Daba la sensación de que el uniforme nunca acababa de quedarle bien del todo, como si sus medidas estuviesen entre dos tallas estándar.

Dicho eso, era un militar hasta la médula. Si había algo que un buen sargento sabía era que nunca debía permitir que su oficial afrontara solo una situación desconocida. ¡A saber la de líos en los que podía meterse un ojos claros sin su sentido común para apoyarse! Teft se tomaba muy a pecho ideas como aquella. Y Kaladin supo, mirando a Teft a los ojos, que jamás iba a ceder.

—Bien —dijo Kaladin. Teft se levantó de un salto, hizo a la madre de Kaladin un breve saludo militar y luego entró en formación detrás de Kaladin cuando él echó a andar hacia la sala de examen.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? —preguntó Teft.

—Has dicho que querías un diagnóstico —respondió Kaladin, deteniéndose fuera de la puerta.

—Qué va. Ya sé que estoy loco. ¿Vas a pincharme hasta que reviente? Sáltate esa parte. ¿Qué estamos haciendo hoy? ¿Vendar heridas? Kaladin lo miró inexpresivo. Teft le sostuvo la mirada, tozudo como una tormenta. Bueno, lo cierto era que Kaladin los había adiestrado a todos como asistentes de cirujano y tenían conocimientos de medicina de campo básica. Podría tener peores ayudantes que Teft. Tampoco parecía que tuviera ninguna opción. Eso debería haberlo frustrado. Pero la verdad era que se descubrió sintiéndose mejor. No se habían marchado todos.

—Gracias, Teft —susurró—. No deberías haber renunciado a tanto. Pero... gracias. Teft asintió.

—Ahí dentro hay una refugiada que está buscando a su tío —dijo Kaladin—. ¿Quieres que miremos a ver si lo encontramos?

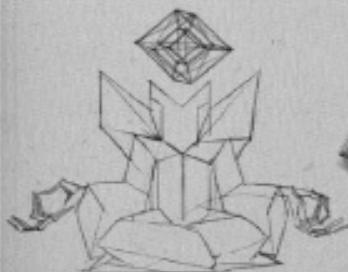
Dudo mucho que sea posible capturar de verdad las formas de estos patrones en un dibujo. Se mantienen en constante movimiento. Líneas que florecen y giran siguiendo algún principio desconocido.



Hay una suerte de variedad de formas exclusivas en sus túnica.

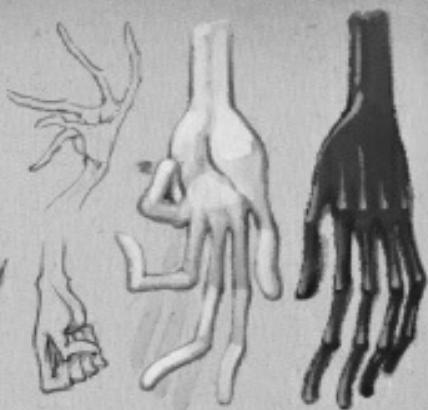
El cuerpo parece estar hecho de planos sólidos cristalinos que se pliegan y se dividen en nuevos ángulos sin esfuerzo cuando se mueven.

En muchísimos aspectos los cripticos son más abstractos que otros seres.



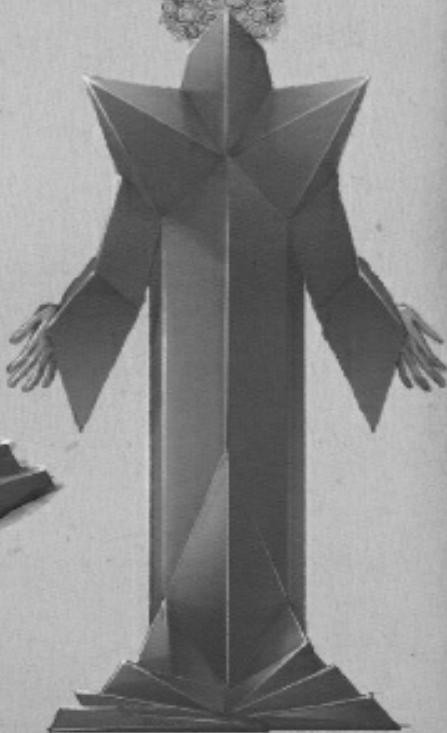
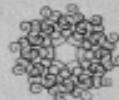
Los cripticos tienen pies, pero no suelen ser visibles por debajo de sus largas túnicas.

Nunca he visto a un criptico correr. Supongo que quedarían muy ridículos.



Sus manos son de lo más huesudas, y sin embargo estoy casi segura de que no tienen huesos.

Algunas parecen tener manos cineladas en obsidiana, y las de otras parecen esculpidas a partir de mármol blanco.





Dotación por lo menos respondió a mis intentos de acercamiento, pero no he podido localizar de nuevo a Invención después de nuestro contacto inicial.

Radiante no quería estar al mando en esos momentos.

Mientras amanecía el segundo día de su travesía —o, mejor dicho, mientras ocurría, porque el sol no se desplazaba en Shadesmar—, Shallan se retrajo por completo. Pasar el día anterior fingiéndose animada la había dejado exhausta. Por desgracia, después de la artimaña de Velo haciéndose con el control unos días antes, en violación del pacto, ninguna de las otras quería que ella estuviera al mando.

Así que le tocó a Radiante levantarse, hacer sus ejercicios y luego intentar descubrir qué iba a hacer todo el día. Los soldados de Adolin estaban atareados ordenando la zona de la barcaza donde habían acampado y haciendo las otras muchas cosas a las que se dedicaban los soldados para pasar el rato, como afilar armas o engrasar armaduras. Zu estaba charlando con los otros cumbrespren, Arshqqam estaba leyendo y Adolin estaba cuidando de sus espadas.

Radiante puso a Berila e Ishnah a registrar observaciones sobre Shadesmar y ordenó a Vathah que fuese a ver si los marineros cumbrespren necesitaban ayuda con algo.

¿Y qué iba a hacer ella?

Encuentra al espía, susurró Shallan muy al fondo. *Necesitamos saber cuál es el espía.*

No estoy bien capacitada para el espionaje, pensó Radiante. Recorrió el perímetro de la cubierta y observó a los spren Radiantes. Cuatro variedades distintas, cada cual de lo más singular. *Quizá podrías dedicarte a dibujar de momento, hasta que decidamos que termina el castigo de Velo. Descubrir al espía no es algo que debamos hacer hoy mismo, al fin y al cabo.*

Pero Shallan no emergió. A veces funcionaba así y no siempre podían elegir cuál de las tres ostentaría el control. Pero la tensión creciente de Shallan... empezaba a preocuparla.

Sigues preocupada porque Velo incumplió nuestro pacto, ¿verdad?, preguntó Radiante.

Se suponía que estábamos mejorando, no empeorando, pensó Shallan.

Todo el mundo comete errores. Todo el mundo tiene algún resbalón.

Tú no, pensó Shallan. *Tú nunca te has apoderado así del control.*

Radiante sintió una inmediata punzada de culpabilidad. Pero ya no podía hacer nada al respecto, así que mejor mirar hacia delante. Se sentó en cubierta cerca de la borda y hojeó la libreta de Ialai mientras escuchaba las cuentas arremolinadas.

Entre las tres habían descifrado la mayor parte de las anotaciones. Los nombres de lugares correspondían a ubicaciones más allá de los distintos parajes de Shadessmar, a mundos al otro lado del borde del mapa. Patrón lo había confirmado charlando con otros spren que habían conocido a viajeros procedentes de esos lugares.

Otra sección de la libreta contenía las conjeturas de Ialai y la información de que disponía sobre el líder de los Sangre Espectral, el misterioso Thaidakar. Fuera quien fuese, Radiante opinaba por el contexto de las anotaciones que debía de ser oriundo de alguno de aquellos mundos lejanos.

Había una última pista en el cuaderno, una que Radiante encontraba de lo más curiosa. Ialai había descubierto que los Sangre Espectral estaban obsesionados con una spren concreta llamada Ba-Ado-Mishram. Era un nombre procedente de la mitología, una de los Deshechos. Había sido esa spren quien asumió el mando en nombre de Odium después de la Desolación Final, y quien había concedido a los cantores formas de poder.

En tiempos antiguos, la humanidad había robado las mentes de los cantores capturando a Ba-Ado-Mishram y encerrándola en una gema. Eso lo sabían

por los breves aunque conmovedores mensajes que habían dejado los antiguos Radiantes antes de abandonar Urithiru. Cruzando esos mensajes con las meditaciones del cuaderno de Ialai, Radiante empezó a hacerse una idea de lo que había ocurrido hacía tantos siglos.

Cada vez estaba más convencida de que Mraize estaba buscando la gema que contenía a Ba-Ado-Mishram. Lo más probable era que hubiera creído que la hallaría en Urithiru, pero, de haber estado allí, la Madre Medianocche había controlado la torre durante siglos y sin duda la habría encontrado y habría liberado a su aliada.

También quiere transportar luz tormentosa fuera del mundo, pensó Shallan, emergiendo. Creo que en eso estaba siendo sincero. ¿Puede ser que ambas cosas estén relacionadas? ¿Es posible que Ba-Ado-Mishram pueda ayudarlo a cumplir ese objetivo?

Tú eres mejor conectando estas ideas que yo, pensó Radiante dirigiéndose a ella. ¿Por qué no tomas el control?

¿Eso es lo que pretendes?, exigió saber Shallan. ¿Intentas engañarme? Ponte a buscar al espía.

No es en lo que soy experta, Shallan.

Bien, pensó ella. Pues entonces es hora de dejar salir a Velo. Voto que demos por terminado su castigo.

Radiante se retrajo y Velo se sorprendió al verse al mando. Habían pasado ya cuatro días desde que se había apoderado del cuerpo e invitado a los tres Tejedores de Luz más cuestionables a sumarse a la expedición.

Se levantó de un salto y miró a su alrededor por la barcaza. Era bueno tener de nuevo el control, sobre todo en aquel lugar de misterios y secretos. Shadessmar. El océano de cuentas, el cielo negro, spren extraños e infinitas cuestiones que investigar. Era...

Era el lugar perfecto para Shallan.

Encuentra al espía, dijo Shallan.

Velo titubeó un momento y luego se sentó de nuevo y se puso a hurgar en la cartera de Shallan. Sacó un lápiz de carboncillo, pasó a una página vacía del cuaderno de bocetos y empezó a dibujar.

Pero ¿qué haces?, preguntó Shallan imperiosa. Eres una ilustradora espantosa.

—Lo sé —susurró Velo—. Y tú no soportas verme intentarlo.

Hizo un crudo bosquejo de Ua'pam, el cumbrespren, cuando pasó estruendoso por delante. El resultado daba ganas de arrancarse los ojos.

¿Por qué?, preguntó Shallan.

—Lo siento mucho —dijo Velo—. Siento haber incumplido el pacto. Necesitaba tener a esos tres en la misión para poder vigilarlos. Pero tendría que haberos convencido antes a vosotras dos.

Pues ve a investigar.

—Radiante tiene razón —repuso Velo—. Eso puede esperar.

Le dolía reconocerlo, pero había otra cosa más importante. Siguió perfilando su terrible boceto.

No vamos a dejar que te retires y te escondas, pensó Radiante, y Velo notó el alivio que sentía al saber que las dos coincidían en aquello. *Algo anda mal, Shallan. Algo más grave que lo que hizo Velo. Algo que nos está afectando a todas, que nos vuelve erráticas.*

—Antes pensaba que guardabas secretos a Adolin porque eras como yo y te gustaba la emoción de formar parte de los Sangre Espectral —dijo Velo—. Pero me equivocaba. Hay algo más, ¿verdad? ¿Por qué sigues mintiendo? ¿Qué pasa aquí?

Es..., dijo Shallan. *Yo...*

La cosa tenebrosa se removió en su interior. Sin forma, la personalidad que podría ser. El ente oscuro que represaba los miedos de Shallan, combinados.

Velo tenía sus defectos. Era una borracha y le costaba captar el alcance y la perspectiva. Representaba toda una serie de atributos que Shallan quería pero sabía que no debería querer.

Y aun así, en su núcleo, Velo tenía un único propósito: estaba creada para proteger a Shallan. Y antes se enviaría a sí misma a Condenación que permitir que aquella cosa llamada Sin forma ocupara su lugar.

Aferró el lápiz y se puso a dibujar a Adolin. Muy muy mal.

Me da lo mismo, pensó Shallan.

Velo lo hizo cejijunto.

Velo...

Velo lo dibujó con los ojos bizcos.

Te estás pasando.

Velo le puso una casaca horrible. Y pantalones recortados a la altura de las rodillas.

—¡Muy bien! —exclamó Shallan, y arrancó la página del cuaderno de bocetos y la arrugó—. Tú ganas. Qué mujer más insufrible.

Se reclinó contra la regala de la barcaza y respiró hondo. Luego, tal y como le insistían las otras dos, se permitió relajarse.

De verdad... de verdad que no pasaba nada. Sí, alguien había usado el cubo de comunicación para hablar con Mraize. Sí, alguien había tocado sus cosas. Sí, no cabía duda de que algún amigo suyo era un espía. Pero ella podía ocuparse del problema. Podía superar aquello.

Aun así, les quedaban dos semanas de viaje por delante. Así que ese día podía relajarse. Porque estaba en una barcaza llena de spren, y eran todos fascinantes. Tormentas, ¿cómo había podido retraerse en un momento como ese? Y que Velo estuviese tan dispuesta a renunciar...

Lo siento, pensó Velo. Mejoraré. Y podemos dedicarnos al espía en algún otro momento.

Muy bien, pues. Shallan hizo pedazos el boceto de Adolin, los guardó en su mochila, cogió su lápiz de carboncillo y se permitió a sí misma limitarse a dibujar.

Adolin la encontró cinco horas más tarde, aún sentada en la cubierta, con la espalda contra la regala, bosquejando con brío. Le llevaba comida, curry tibio y lavis, a juzgar por el olor. Sería casi la última comida de verdad que harían en una buena temporada. Una parte de ella reaccionó a cómo los aromas estaban haciendo que le gruñera el estómago. Pero por el momento, se mantuvo fascinada mientras seguía trabajando en sus bocetos de los cumbrespren.

Sentaba de maravilla soltarse y dibujar. No preocuparse por una misión, ni por su propia psicosis, ni por Adolin siquiera. Dejarse envolver tanto por el arte que nada más importara. Crear le daba una sensación infinita, como si el tiempo se extendiera igual que la pintura en un lienzo. Mutable. Cambiable.

Cuando por fin se dejó sacar del trance flotando hacia el aroma del dulce curry y la visión de Adolin sonriendo mientras se sentaba junto a ella, se sentía muchísimo mejor. Más entera. Más ella misma de lo que había sido en meses.

—Gracias —dijo, pasándole el cuaderno y cogiendo la comida.

Se apoyó contra él y empezó a comer, viendo pasar a Arshqqam y su brumasprep. Tenía que dibujar a aquella spren tan extraña en algún momento.

—¿Has hecho algún progreso con la libreta de Ialai? —preguntó Adolin.

—La tengo casi toda resuelta —dijo Shallan—. Pero está llena de conjeturas sin demasiada sustancia. Los Sangre Espectral parecen estar buscando a Ba-Ado-Mishram, una Deshecha. Pero no alcanzo a determinar con certeza qué pretenden hacer cuando la encuentren.

Adolin gruñó.

—¿Y el espía entre nuestras filas?

—Aún estoy con eso —respondió ella—, pero preferiría no hablar del tema hoy. Necesito un poco de tiempo para meditarlo. —Dio otro bocado, notando el pecho de Adolin contra su espalda—. Estás tenso, Adolin. ¿No se supone que en esta parte del viaje podríamos relajarnos?

—Me preocupa la misión.

—¿Por lo que te dijó Syl? ¿Eso de que seguramente los honorspren no nos escucharían?

Él asintió.

—Si no quieren recibirnos, no quieren recibirnos —dijo ella—. Pero no puedes culparte por cosas que no han pasado aún. Tormentas, ¿quién sabe lo que podría cambiar entre ahora y cuando lleguemos?

—Supongo que es verdad —dijo él.

Shallan dio una cucharada de lavis y sintió los granos individuales en la lengua, mullidos y saturados de dulce curry que le hacía una pasta en la boca: cochino, pero maravilloso. Patrón siempre hablaba de lo raros que eran los humanos, sobreviviendo a partir de las cosas que destruían.

—Cuando dejé mi tierra natal —dijo a Adolin—, creía saber dónde estaba metiéndome. Pero no tenía ni idea de lo que me iba a pasar. De dónde terminaría.

—Tenías una idea bastante acertada —respondió Adolin—. Te propusiste ser pupila de Jasnah y lo conseguiste.

—Me propuse robarle —dijo Shallan en voz baja. Notó que Adolin cambiaba de postura y la miraba—. Mi familia estaba empobrecida, amenazada por los acreedores, mi padre muerto. Pensamos que quizá podría robar a aquella hereje alezi, quedarnos su moldeador de almas y usarlo para hacernos ricos otra vez.

Se preparó para la crítica. Para la sorpresa.

Pero en vez de eso, Adolin se echó a reír. Bendito fuera, se rio.

—¡Shallan, eso es lo más ridículo que he oído en la vida!

—Sí, ¿verdad? —dijo ella, girándose y sonriéndole.

—Robar a Jasnah.

—Sí.

—Robar a *Jasnah*.

—¡Lo sé!

Adolin la miró y entonces su sonrisa se ensanchó.

—Ella no lo ha mencionado nunca, así que supongo que lo conseguiste, ¿verdad? O al menos, ¿la tuviste engañada un tiempo?

«Tormentas, cómo amo a este hombre», pensó. Por su humor, su inteligencia, su bondad genuina. Con aquella sonrisa, más brillante que el frío sol de Shadessmar, se convirtió en *Shallan*. Hasta lo más hondo y por completo.

—Ya lo creo que sí —susurró a Adolin—. Le di el cambiazo por uno falso y estuve a punto de escapar. Solo que... ya sabes, es Jasnah.

—Sí, ese era el gran fallo de tu plan. Lo más probable es que te hubiera salido bien contra una persona normal.

—Bueno, su moldeador de almas era de pega, así que estaba condenada desde el principio. Y aunque hubiera sido real... la verdad es que tenía una idea muy exagerada de lo excelente que podía ser como ladrona. Es gracioso recordar que ya tenía esas mismas inclinaciones estúpidas antes de Velo.

—Shallan —dijo él—, ya no tienes por qué sentirte insegura. ¿La misión de los campamentos de guerra? La ejecutaste a la perfección.

—Hasta que otra persona ejecutó a Ialai. A la perfección. —Lo miró y sonrió—. No te preocupes. Ya no tengo problemas con los sentimientos de inseguridad.

—Bien.

—Diría que se me dan bastante bien.

—Shallan...

Ella sonrió de nuevo, dejando ver a Adolin que se encontraba bien a pesar del comentario. Él la miró a los ojos y sonrió también. Y de algún modo, Shallan supo lo que venía.

—Bueno, yo diría que eres una ladrona bastante buena... —empezó él.

—No, no te atrevas.

—... porque a mí me robaste el corazón.

Shallan gimió y apoyó la cabeza hacia atrás.

—Te has atrevido.

—¿Qué pasa, eres la única que puede hacer chistes malos?

—Mis chistes no son malos. Son increíbles. Y requiere mucho esfuerzo crearlos sobre la marcha y para la situación perfecta.

—Mucho esfuerzo. Crearlos sobre la marcha. ¿Dices que no los preparas de antemano?

—Jamás.

—¿Ah, no? Me he fijado que sueles tener uno preparado cuando te

presentan a alguien.

—Bueno, por supuesto. Ese tipo de chiste es un gran saludo. La intención es que sean *hilarantes*.

Él frunció el ceño.

—En vez de adiosantes —añadió ella.

Él la miró. Entonces bizqueó un poco.

¡Ja!, pensó Velo. *¡JA!*

—Ay, madre —dijo Shallan—. ¿Te he roto?

—Pero... «hilarante» no empieza por «hola»... No tiene sentido...

—Era un chiste sigiloso —dijo Shallan—. Oculto a plena vista, como un Tejedor de Luz. Por eso es tan genial.

—¿Genial? Shallan, ha sido espantoso.

—Estás asombradísimo —dijo ella—. Lo capto.

Sonrió y se acurrucó contra él, relajándose mientras dejaba el cuenco y le cogía el cuaderno de bocetos de las manos. Terminaría de comer después de dibujar un poco más. El momento lo exigía.

Adolin la rodeó con el brazo y miró un rato antes de dar un suave silbido.

—Esos bocetos son muy buenos, Shallan. Hasta para ser tuyos. ¿Has hecho alguno más?

Animada, Shallan pasó la página para presumir de la cultivacispren que había dibujado.

—Querría encontrar sujetos varones y hembras de cada variedad de spren. Puede que en esta expedición no haya tiempo, pero se me ha ocurrido que nadie, o al menos nadie en la era moderna, ha hecho nunca una historia natural de los spren Radiantes.

—Es maravilloso —dijo él—. Y gracias. Por ayudar a relajarme. Tienes razón, no puedo saber lo que vendrá. Toda esta situación podría haber cambiado cuando lleguemos con los honorospren. Intentaré recordarlo. —Volvió a pasarle el brazo suelto alrededor y la piel de su mano rozó la cara de Shallan—. ¿Puedo ayudarte yo a ti en algo?

—¿A afinar el detalle de la ropa? —propuso ella, volviendo a la página del cumbrespren—. Me da la sensación de que esa tela enganchada al hombro no cuelga bien en la ilustración.

Pasaron a temas más livianos. Una parte de Shallan sentía que debería estar haciendo algo más importante, pero Velo le susurró una promesa. Se preocuparían del espía al día siguiente. Podía trabajar en otra cosa durante un rato. Así luego afrontarían el problema frescas.

Le has contado a Adolin lo de robar a Jasnah, dijo Radiante. Así me gusta. No ha sido tan horrible, ¿verdad?

No, no lo había sido. Pero ese era el menor de sus delitos. Había otros más oscuros, ocultos en las profundidades... tan en las profundidades que de verdad no podía recordarlos. Ni quería.

Al cabo de un tiempo la extraña brumaspren pasó flotando cerca. La forma difusa de la criatura parecía difícil de reflejar en un boceto. Era como vapor, atrapado de algún modo en forma humanoide, contenido por la ropa y aquella máscara tan rara.

Shallan pasó a una página en blanco y empezó a dibujar, pero la spren, que se había presentado como Soñando-aunque-Despierta, echó un vistazo al cuaderno.

—Oh —dijo—. ¿Soy solo yo?

—¿Qué esperabas? —le preguntó Adolin.

—Antes ha mencionado a la Deshecha —dijo Soñando-aunque-Despierta—. Pensaba que quizás estuviera dibujándolos a ellos.

Shallan se detuvo y levantó el lápiz.

—¿Sabes algo sobre los Deshechos?

—Apenas nada —respondió la spren—. ¿Quéquieres saber? —¿Qué le ocurrió a Ba-Ado-Mishram? —preguntó Shallan, ansiosa—. ¿Cómo era? ¿Cómo Conectaba con los cantores, y cómo fue que al quedar atrapada se convirtieron en parshmenios?

—Excelentes preguntas —dijo la spren.

—Y... —la animó Adolin.

—Y ya os lo he dicho, apenas sé nada —respondió ella—. Encuentro fascinantes las preguntas. Las cosas que dudáis me revelan mucho. Empezó a marcharse.

—¿En serio? —le dijo Shallan—. ¿No sabes absolutamente nada sobre Ba-Ado-Mishram?

—Yo no estaba viva cuando ella era libre —respondió la spren—. Siquieres saber más, pregunta a los Heraldos. He oído que varios de ellos estaban presentes en su reclusión. Nalan. Kelek. Encuéntralos y pregúntales. Se marchó, más flotando que caminando, aunque tenía piernas y pies.

—Esa spren me incomoda —dijo Adolin.

—Sí —convino Shallan, dejando a un lado el cuaderno y recogiendo el cuenco de comida. Se había enfriado, aunque seguía siendo sabrosa—. Pero eso es reconfortante, a su manera. Los spren deberían sernos ajenos, deberían

tener sus propias maneras de pensar y hablar. A mí me gusta que Soñando-aunque-Despierta sea un poco rara.

—Lo que te gusta es tener compañía —dijo Adolin.

Shallan sonrió, pero seguía pensando en las palabras de la spren. «Había Heraldos allí. Y los Heraldos eran un interés prioritario de los Hijos de Honor, a cuyo líder me ha enviado a cazar Mraize.»

Todo estaba conectado. Tenía que descubrir la forma de desentrañarlo. Sin desentrañarse ella misma.

EL DEVOTARIO
DE LA PIEDAD

Capricho no sirvió de gran cosa, y Piedad me preocupa. Tengo la sensación de que Valentía es razonable, y os sugiero que volváis a contactar con ella. Estima que ha pasado demasiado tiempo desde vuestra última conversación.

Lo lamento, brillante señor —dijo la fervorosa mientras cruzaba la estancia, recogiendo almohadones del suelo y amontonándolos en sus brazos—. Sí que conozco al hombre al que buscas, pero ya no está aquí.

—¿Le disteis el alta? —preguntó Kaladin, que caminaba a su lado.

—No, brillante señor. No exactamente.

La fervorosa le tendió la pila de almohadones, a todas luces esperando que Kaladin los sujetara mientras pasaba a la siguiente fila y empezaba a recoger esos. Kaladin la siguió, intentando mantener la pila en equilibrio.

Teft y él seguían intentando localizar al tío perdido de la mujer refugiada. El hombre se llamaba Noril, y el padre de Kaladin lo recordaba. No era de extrañar, teniendo en cuenta la capacidad casi sobrehumana de Lirin para acordarse de personas y caras.

Noril, que había perdido un brazo en algún momento del pasado, había llegado a Piedralar el mismo día que Kaladin había llevado allí la nave voladora. Noril había mostrado síntomas de conmoción grave, de modo que Lirin había estado muy atento a él y se había asegurado de que el hombre embarcara para el vuelo a Urithiru.

Después de que la nave llegara, las cosas habían sido confusas. Abrumado por la cantidad de refugiados y sus dolencias, Lirin había enviado a Noril con los fervorosos. Y allí era donde Kaladin y Teft habían ido ese día. Resultaba un poco raro dedicar tanto tiempo a buscar en persona a un hombre teniendo tantos pacientes a los que atender. Acudir allí no era un método de triaje demasiado efectivo.

Por desgracia, esa era una faceta del oficio de cirujano que Kaladin nunca había dominado. ¿Renunciar a uno para salvar a otros dos? Por supuesto, como principio era una idea estupenda. Pero hacerlo *dolía*.

Kaladin siguió andando junto a la fervorosa mientras Teft se quedaba apoyado contra la pared cerca de la entrada de la sala. Por lo demás estaba vacía, aunque era evidente que había albergado hacia poco algún tipo de enseñanza o entrenamiento, a juzgar por las hileras de cojines.

—Si no dejasteis marchar a Noril —dijo Kaladin—, ¿qué pasó con él?

—Lo derivamos —explicó la fervorosa. Sostenía tantos almohadones que Kaladin no le veía la cara—. Mi devotario se ocupa de las dolencias físicas. Ayudamos a rehabilitar a quienes han perdido miembros, ojos o el oído en batalla. Ese hombre solo tenía un brazo, sí, pero sus heridas eran más profundas.

Quedaban solo tres almohadones en el suelo y, cuando la fervorosa intentó agacharse para recogerlos, la pila que cargaba se tambaleó. Así que Kaladin estiró el brazo en dirección a la pila que llevaba la mujer. Luego extendió también el otro brazo.

—No podrás llevarlos todos —dijo ella—. Mejor...

Dejó de hablar cuando vio lo que había hecho Kaladin. El montón que él mismo sostenía desde antes estaba enlazado hacia arriba justo lo suficiente y se había quedado flotando en el aire a su lado.

—Oh —dijo ella, y entonces lo miró más de cerca—. ¡Oh! ¡Eres el brillante señor Bendito por la Tormenta!

Kaladin empujó un poco la pila flotante de cojines para que levitaran perezosos hacia la pared del fondo, contra la que estaban amontonados más almohadones, y luego cogió el montón de ella.

La fervorosa se apresuró a recoger los tres últimos y se sonrojó mientras llevaba a Kaladin hacia la pared.

—¡No tenía ni idea de quién eras! Discúlpame, Radiante.

—Está bien —dijo Kaladin—. Tampoco le demos mucha importancia, por favor.

Como si ser ojos claros no fuese ya bastante malo.

—Bueno, pues el hombre al que buscas... —dijo ella—. No pudimos ayudarlo. Sí que... intentamos quedárnoslo en vez de enviarlo para allá. Sabíamos que estaba muy mal. Pero...

—¿Muy mal? —preguntó Kaladin.

—Ya lo creo —dijo ella—. La semana pasada lo sorprendimos intentando ahorcarse. El cirujano que nos lo había traído nos advirtió que estuviéramos atentos, por suerte, así que pudimos salvarlo. Luego lo enviamos al Devotario de la Piedad. Se ocupan de quienes... tienen problemas con sus mentes.

—Sabíais que podía ser un peligro para sí mismo —dijo Teft, acercándose—, ¿y no lo enviasteis allí de inmediato?

—Pues... no —respondió ella—. No lo hicimos.

—Qué irresponsables —dijo Teft.

—Mi padre también lo sabía y lo envió aquí primero —recordó Kaladin a Teft—. Estoy seguro de que los fervorosos hicieron lo que pudieron.

—Ve al cuarto nivel, brillante señor —dijo la mujer—. Muy cerca del centro, a lo largo de Viganorte pero sin llegar del todo al principado de Aladar.

Kaladin dejó en su sitio los últimos almohadones, hizo un asentimiento a Teft y los dos emprendieron la caminata. Todo en Urithiru era una caminata, sobre todo en las plantas más bajas.

Shallan sabía orientarse solo con mirar los estratos de las paredes, que se ondulaban en líneas de colores por las distintas capas de roca talladas para hacer los túneles. Kaladin se consideraba bastante bueno con las direcciones, pero tenía que usar las líneas pintadas del suelo para llegar a cualquier sitio.

—Aún no puedo creerme lo mucho de este sitio que está sin explorar —comentó Teft mientras caminaban.

—Sospecho que a estas alturas la mayoría sí que estará explorada ya —dijo Kaladin—. Los equipos de la brillante Navani han cartografiado todos los niveles inferiores y recorrido todos los superiores.

—Recorrer sí —respondió Teft, mirando por un pasillo oscuro—. Pero ¿explorar? Podrías cruzar el bosque a diario y no ver nunca ni una de las cien cosas que hay allí dentro observándote.

A medida que avanzaban hacia el centro de la torre, fueron viendo a menos gente. Las zonas iluminadas, en las que había lámparas de luz tormentosa bien cerradas y clavadas a las paredes, fueron quedando atrás y tuvieron que sostener esferas en alto para iluminarse. Había algo un poco espeluznante en

aquellos sectores interiores de la torre. Casi todo el mundo vivía y trabajaba en el borde. Apenas se internaban para nada que no fuera visitar el atrio o los mercados de la planta baja. Kaladin se había fijado en que la gente daba largos rodeos por la periferia, usando los pasillos iluminados, en vez de atajar por el oscuro centro. Tormentas, él mismo se había descubierto haciéndolo.

Aún quedaba espacio en el borde de las plantas cuarta y quinta, así que ¿por qué aquel monasterio había elegido establecerse tan al interior? Se alegró cuando terminaron llegando a una sección de pasillo que volvía a tener lámparas fijas. Un giro a la derecha en una enorme intersección con glifos en el suelo los llevó al monasterio, señalado por una gran puerta de madera que cerraba el paso y tenía pintado un glifopar con la forma de la espada vorin, indicativa de un edificio religioso.

Llamarlo «edificio» era, por supuesto, estirar la definición. Lo normal para un complejo pequeño como aquel era que la gente buscara una zona donde se acumularan habitaciones y pasillos de distintos tamaños y la separara del resto mediante unas puertas colocadas en los puntos de acceso. Alguien debía de estar vigilando la puerta a la que llegaron, porque se abrió revelando a un fervoroso varón más joven.

—Brillante señor —dijo el hombre, inclinándose. Escrutó los ojos de Teft intentando distinguir su color y luego se inclinó de nuevo—. Brillante señor.

Teft gruñó al oírlo. Después de llevar tanto tiempo siendo Radiantes como ellos, sus ojos rara vez se oscurecían ya. Y nunca dejaba de quejarse por ser un ojos claros. Al contrario que Kaladin, que lo tenía superado desde hacía siglos.

—Si venís a encargar oraciones o quemar glifoguardas, deberíais dirigiros al Devotario de Kelek, un poco más hacia fuera —dijo el fervoroso, limpiándose los anteojos y mirando a Kaladin con los ojos entornados—. Aquí no aceptamos encargos de oraciones.

—Disculpa —dijo Kaladin—, pero no queremos oraciones. ¿Habéis recibido hace poco a un paciente al que le faltaba un brazo? Su familia lo busca y estamos ayudando a localizarlo.

—No puedo revelar información sobre los pacientes —dijo el hombre en tono aburrido, poniéndose los anteojos. Entonces soltó un reniego en voz baja y volvió a quitárselos para frotarlos con la camisa, intentando limpiar una mancha que al parecer se le había escapado—. Necesitaría la autorización de al menos un alto señor del tercer dahn. O también podéis hablar con la hermana Yara para solicitar un permiso de visita normal. Tengo por aquí el

formulario para que lo rellene tu esposa.

Teft lanzó una mirada a Kaladin.

—Hazlo tú —dijo Kaladin—. Syl está dando su vuelo matutino y me regañará si la llamo demasiado pronto.

Teft suspiró, extendió las manos e hizo aparecer una lanza esquirlada plateada entre ellas. La luz tormentosa de las tres lámparas más cercanas se extinguió, fluyendo hacia él, haciendo que le brillaran los ojos. De su piel empezó a emanar una neblina luminiscente. Hasta su barba pareció brillar, y su ropa, tan ordinaria un momento antes, se onduló mientras Teft se elevaba unos treinta centímetros en el aire.

El fervoroso dejó de limpiarse los anteojos. Miró a Teft con los ojos entornados, como si hubiera olvidado lo que tenía en las manos.

—Oh. Brillante señor Radiante —dijo, e hizo una reverente inclinación primero a Teft y luego a Kaladin, aunque no pareció reconocerlo—. Brillante señor Radiante. Me ocuparé de vuestra solicitud.

A Kaladin no le hacía mucha gracia la reverencia que les mostraba la gente. Gente que en otro tiempo había escupido cuando oía hablar de los «Radiantes Perdidos», pero que había tardado bien poco en cambiar de opinión cuando su alto príncipe y su reina se habían convertido en Radiantes. Hacía que Kaladin se preguntara con qué velocidad podrían volverse otra vez en su contra, si de pronto la reverencia pasaba de moda.

Pero pese a ello, tenía sus ventajas. Sobre todo con los fervorosos, que se habían apresurado a señalar que el vorinismo siempre había estado muy alineado con los Caballeros Radiantes. Aquel fervoroso en particular los dejó pasar, guardándose los anteojos distraído en el bolsillo del pecho de su túnica. Los llevó a un archivo atestado de libros de registros y papeles, y pidió a uno de los fervorosos que había allí que vigilara la puerta mientras él atendía a sus «estimados huéspedes». No había mucho entusiasmo en su tono, pero el hombre tampoco parecía de los muy entusiastas.

—Un brazo... —murmuró el fervoroso, buscando en un libro cerca de la puerta.

—Se llama Noril —dijo Teft—. No creo que tuviera motivos para dar un nombre falso.

—Aquí está, brillante señor —dijo el fervoroso, inclinándose y señalando unas palabras en la página. Se palpó los bolsillos inferiores de la túnica, como buscando sus anteojos—. Pero nos dijo que no tiene parientes vivos. Quizá sea otra persona. Ah, y está en vigilancia por suicidio, brillantes señores. Un

intento fallido. Es un hombre profundamente perturbado.

—Llévanos con él —ordenó Kaladin.

El fervoroso por fin encontró sus anteojos, pero entonces se puso a limpiarlos de nuevo. Encabezó la marcha fuera del archivo y por un pasillo oscuro iluminado solo por lámparas muy espaciadas entre ellas.

Kaladin lo siguió, levantando una esfera para dar más luz. Como si no fuese ya bastante malo estar atrapados en las profundidades de la torre, lejos de la luz y el viento, ¿era necesario dejar los pasillos tan oscuros? No pudo evitar que le recordaran sus días en la cárcel, después de la época en la que había ayudado a Adolin en la arena de duelos. A Kaladin lo habían encerrado en docenas de ocasiones, pero aquella era en la que peor lo había pasado. Allí sentado enfurecido, ansioso, supurante. Sintiendo que le habían robado los vientos y el cielo abierto...

Tiempos oscuros. Tiempos que prefería no recordar.

Dejaron atrás una puerta tras otra por el pasillo, cada una marcada con un glifo numérico. Vio bastantes melancospren por allí. Las puertas tenían unos pequeños ventanucos, pero Kaladin había supuesto que las oscuras celdas del otro lado estaban desocupadas, al menos hasta que oyó una voz que farfullaba desde una de ellas. Se detuvo y levantó su esfera para mirar hacia el interior. En la anodina celda había una mujer sentada, con la espalda contra una pared desnuda, meciéndose adelante y atrás mientras musitaba algo ininteligible.

—¿Cuántas de estas salas están ocupadas? —preguntó Kaladin.

—¿Mmm? Ah, la mayoría —dijo el fervoroso—. Vamos un poco escasos de personal, si te soy sincero, brillante señor. Cuando nos establecimos aquí, aceptábamos pacientes de casi todos los principados. Si pudieras llevar el asunto a la atención de la reina...

—¿Los encerráis aquí dentro? —preguntó Teft imperioso—. ¿A oscuras?

—Muchos deficientes mentales reaccionan mal a la sobreestimulación —respondió el fervoroso—. Procuramos proporcionarles lugares silenciosos y tranquilos donde vivir, apartados de luces brillantes.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Kaladin, andando a zancadas tras el fervoroso.

—La terapia es la prescrita por algunos de los mejores pensadores del fervor.

—Pero ¿cómo lo *sabéis*? —insistió Kaladin—. ¿Alguno de ellos mejora? ¿Habéis probado varias hipótesis para compararlas? ¿Habéis puesto en práctica distintas curas o remedios en distintas poblaciones de pacientes?

—No hay cura para las dolencias mentales, brillante señor —dijo el fervoroso—. Ni siquiera los Danzantes del Filo pueden hacer nada por ellos, a no ser que su estado se deba a un traumatismo craneal reciente. —Se detuvo frente a una puerta señalada con el glifo que significaba veintinueve—. Con el debido respeto, brillante señor, deberías dejar las cuestiones médicas a quienes están formados para abordarlas. —Dio unos golpes en la puerta con los nudillos—. Este es él.

—Abre la puerta —dijo Kaladin.

—Brillante señor, podría ser peligroso.

—¿Alguna vez ha atacado a alguien? —preguntó Kaladin—. ¿Ha hecho daño a alguien más aparte de sí mismo?

—No —respondió el fervoroso—, pero los dementes pueden ser impredecibles. Es posible que salgáis heridos.

—Chaval —dijo Teft—, podrías clavarnos cien espadas y solo protestaríamos porque nos has destrozado la ropa. Abre la tormentosa puerta.

—Ah. Hum, de acuerdo.

Hurgó en el bolsillo, sacó los anteojos y entonces hurgó en el otro hasta encontrar una anilla con llaves. Se acercó las llaves a la nariz una por una para ver los glifos que tenían grabados y por fin abrió la puerta.

Kaladin entró y su broam de zafiro reveló una figura que yacía acurrucada en el suelo contra la pared. Tenía un poco de paja a modo de cama junto a la otra pared, pero no la estaba usando.

—No podemos traerle mantas ni sábanas —explicó el fervoroso, mirando al interior—. Podría intentar estrangularse.

—¿Noril? —dijo Kaladin, titubeante—. Noril, ¿estás despierto?

El hombre no dijo nada, aunque sí se movió. Kaladin se acercó un paso más y reparó en la manga cosida. Al hombre le faltaba el brazo izquierdo entero. La habitación no olía demasiado mal, teniéndolo todo en cuenta, de modo que al menos los fervorosos lo mantenían limpio. Llevaba solo unos pantalones cortos y una fina camisa.

—Noril —dijo Kaladin arrodillándose—. Tu sobrina Cressa te está buscando. No estás solo. Tienes familia.

—Dile que he muerto —susurró el hombre—. Por favor.

—Está preocupada por ti —dijo Kaladin.

El hombre gruñó sin levantarse del suelo, encarado hacia la pared. «Tormentas, conozco esa sensación —pensó Kaladin—. He estado como él.» Miró la silenciosa cámara aislada de la luz del sol y el viento.

Aquello estaba muy muy mal.

—¿Puedes levantarte? —preguntó a Noril—. No te obligaré a que vayas a hablar con ella. Solo quiero llevarte a otro lugar.

Noril no respondió. Kaladin se acercó más a él.

—Sé cómo te sientes. Oscuro, como si nunca hubiera existido luz en el mundo. Como si todo en ti fuese un vacío y solo desearas poder sentir algo. Cualquier cosa. Por lo menos el dolor te confirmaría que estás vivo. Pero en vez de eso, no sientes nada. Y te preguntas cómo puede un hombre respirar si ya está muerto.

Noril giró la cabeza, miró a Kaladin y parpadeó sobre unos ojos enrojecidos por la falta de sueño. Tenía una barba hirsuta, desaliñada.

—Ven conmigo y hablaremos —pidió Kaladin—. Es lo único que tienes que hacer. Después, si quieres que le diga a tu sobrina que has muerto, lo haré. Podrás volver aquí y pudrirte. Pero si no vienes conmigo ya, voy a seguir incordiándote. Se me da muy bien. Créeme, aprendí de la mejor.

Kaladin se levantó y le ofreció una mano. Noril la tomó y permitió que Kaladin lo pusiera de pie. Anduvieron hacia la puerta.

—¿Qué es esto? —dijo el fervoroso—. No puedes dejarlo salir. ¡Está a nuestro cargo! Debemos cuidar de...

Calló cuando Kaladin lo fulminó con la mirada. Tormentas, a cualquiera le entrarían tendencias suicidas si lo tenían allí demasiado tiempo.

—Chaval —dijo Teft, apartando con delicadeza al fervoroso de la puerta—, yo no me enfrentaría al brillante señor Bendito por la Tormenta ahora mismo. No si aprecias tener todas las partes del cuerpo en su sitio.

Kaladin sacó a Noril del monasterio y lo llevó derecho en dirección al borde de la torre. Teft se puso a su altura, y el fervoroso, a quien Kaladin no había preguntado el nombre, los seguía de cerca. No fue corriendo a pedir ayuda, por suerte, pero era evidente que tampoco estaba muy dispuesto a permitir que se marcharan con un paciente a las primeras de cambio.

Noril caminaba en silencio y Kaladin le concedió tiempo para adaptarse a la idea de que estaba fuera de su celda.

—Por el aliento de Kelek —musitó Teft a Kaladin—. He sido demasiado duro con esa fervorosa. Le he echado la bronca por quedarse a Noril en vez de enviarlo a los expertos, pero si eso era lo que iban a hacer los expertos, no me extraña que no quisiera.

Kaladin asintió. Al poco tiempo, Syl llegó volando por el pasillo.

—Anda, aquí estabas —dijo.

—Los honospren pueden sentir dónde está su caballero —repuso Kaladin —, así que no tienes por qué hacerte la sorprendida de encontrarme.

Syl puso los ojos en blanco, y Kaladin habría jurado que hizo crecer los ojos para exagerar el énfasis.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó, posándose en su hombro. Se sentó con gesto recatado, las piernas cruzadas y las manos en las rodillas—. En realidad, me da lo mismo. Tengo que contarte una cosa. Los sabuesos-hacha de Aladar han tenido cachorritos. No tenía ni idea de lo mucho que necesitaba ver cachorros hasta que he pasado volando cerca esta mañana. Son lo más asqueroso que hay en el planeta, Kaladin. Pero por algún motivo, de tan asquerosos, son monos. ¡Me moría de los monos que son! Solo que no puedo, porque soy una lasca eterna del mismísimo Dios y tenemos nuestros valores morales sobre esas cosas.

—Bueno, me alegro de que te encuentres mejor.

—Sí, yo también —dijo ella. Señaló a Noril—. Veo que lo has encontrado. ¿Lo llevas con su sobrina?

—Aún no —respondió Kaladin.

Guio a Noril por un gran pasillo donde la gente circulaba en ambos sentidos. Después de eso, por fin, salieron a una terraza. Era una de las grandes y comunitarias, como la que había al lado de su clínica.

Noril se detuvo en el arco de salida y se le inundaron los ojos cuando alzó la mirada al cielo. Teft lo cogió del brazo y lo sacó un poco más, hacia unas sillas que había al lado del parapeto, con vistas a las montañas.

Kaladin llegó a la barandilla y no dijo nada.

Noril por fin habló.

—¿Está bien? Mi sobrina.

—Está preocupada por ti —dijo Kaladin, volviéndose para sentarse en una silla—. Mi padre, el cirujano al que conociste en Piedralar, dice que tuviste una época muy mala antes de hablar con él.

El hombre asintió, con la mirada vacía. Había perdido a su familia de forma brutal, según Lirin, y no había podido hacer nada para impedirlo.

—Para algunos de nosotros —dijo Kaladin—, se va acumulando poco a poco. Hasta que nos damos cuenta de que nos ahogamos. Yo creía que estaba mal, pero supongo que no me cambiaría contigo. Que te golpee todo de sopetón de esa manera...

Noril se encogió de hombros.

—¿Pesadillas? —preguntó Teft.

—Sí —respondió él—. No recuerdo los detalles. Supongo que será una pequeña piedad del Todopoderoso. —Respiró hondo y echó atrás la cabeza para mirar el cielo—. No merezco piedad. No merezco nada.

—Solo quieres dejar de existir —dijo Kaladin—. No quieres suicidarte, al menos no la mayoría de los días, pero sí que das por hecho que sería conveniente que ya no estuvieras.

—Sería mejor para todo el mundo no tener que ocuparse de mí —dijo Noril.

Syl volvió a aterrizar en el hombro de Kaladin y se inclinó hacia delante para observar a Noril con expresión intensa.

—No lo sería, ¿sabes? —dijo Kaladin—. No sería mejor para todo el mundo si te esfumaras. Tu sobrina te quiere. Que volvieras mejoraría su vida.

—No puedo sentirme así —dijo Noril.

—Lo sé. Por eso necesitas que te lo diga alguien. Necesitas a alguien con quien hablar, Noril, cuando la oscuridad se hace fuerte. Alguien que te recuerde que el mundo no siempre ha sido así, que no siempre será así.

—¿Cómo... sabes todo eso? —preguntó Noril.

—Porque lo he sentido —dijo Kaladin—. Lo siento casi todos los días.

Noril se volvió hacia Teft.

—Un hombre no puede odiarse por lo que ha hecho o no ha hecho —dijo Teft—. Yo antes lo hacía. Aún lo intento a veces, pero entonces me recuerdo a mí mismo que ese es el camino fácil. No es lo que ellos habrían querido que hiciera, ¿sabes?

—Sí —dijo Noril, apoyando la espalda. Aún tenía aquella expresión turbada en los ojos, pero al menos parecía estar respirando más profundamente—. Gracias. Por sacarme de ese sitio. Por hablar conmigo.

Kaladin lanzó una mirada al fervoroso, que seguía detrás de ellos. Teft siguió haciendo hablar a Noril, no de nada importante, solo de su lugar de origen. Al parecer había perdido el brazo unos años atrás, en otra situación distinta a la de cuando perdió a su familia.

Cuanto más hablaba, mejor parecía encontrarse. No curado, ni por asomo. Pero sí mejor.

Kaladin se levantó y fue hasta el fervoroso, que se había sentado en un banco de piedra que formaba parte de la estructura de la terraza. El hombre se había puesto los anteojos y no quitaba ojo de encima a Noril.

—Está hablando —dijo el fervoroso—. Nosotros no hemos podido sacarle más que un gruñido.

—No me extraña —repuso Kaladin—. Cuando estás como él, es difícil que te apetezca hacer nada, ni siquiera hablar. Tormentas, cuando a mí me pega fuerte, creo que querría cualquier cosa antes que alguien con quien hablar. Pero ahí me equivoco. Aunque tampoco puedes forzarlo, lo normal es que tener a alguien para hablar ayude. Deberíais dejar que se junte con otros que se sienten como él.

—Eso no viene en el libro de tratamientos —dijo el fervoroso—. Allí pone que debemos mantener a los lunáticos separados unos de otros. Que dejarlos hablar entre ellos haría que se contagiaran la melancolía.

—Veo posible que ocurriera —respondió Kaladin—. Pero ¿lo sabéis con certeza? ¿Lo habéis probado?

—No —reconoció el fervoroso. Parecía avergonzado y apartó la mirada de Kaladin—. Sé que estás furioso con nosotros, brillante señor. Pero hacemos lo que podemos. La mayoría prefiere hacer como si estas personas no existieran. Los envían de un empujón con los fervorosos. Quizá nos consideres insensibles, pero somos los únicos que nos preocupamos. Que lo intentamos.

—No os considero insensibles —dijo Kaladin—. Solo creo que lo estáis enfocando mal. En cirugía, sabemos que a una persona conmocionada hay que colocarla con los pies en alto y la cabeza abajo. Pero si alguien tiene una herida en la espalda o el cuello nunca hay que moverlo, no hasta haber determinado la extensión de los daños. Diferentes dolencias, diferentes lesiones, pueden requerir tratamientos completamente distintos. Dime, ¿cómo tratáis a una persona con melancolía?

—Pues... —El fervoroso tragó saliva—. Los apartamos de cualquier cosa que pueda sacarlos de quicio o perturbarlos. Los mantenemos limpios. Les dejamos estar en paz.

—¿Y alguien con tendencias agresivas? —preguntó Kaladin.

—Lo mismo —reconoció el fervoroso.

—¿Fatiga de batalla? ¿Alucinaciones?

—Ya conoces mi respuesta, brillante señor.

—Alguien tiene que portarse mejor con esta gente —dijo Kaladin—. Alguien tiene que hablar con ellos, probar distintos tratamientos, ver qué es lo que ellos creen que funciona. Lo que de verdad los ayuda. —Tormentas, sonaba como su padre—. Tenemos que estudiar sus respuestas, utilizar un enfoque empírico para el tratamiento en vez de limitarnos a dar por hecho que alguien que ha sufrido un trauma mental está roto para siempre.

—Todo eso suena estupendo, brillante señor —dijo el fervoroso—. Pero ¿eres consciente de lo mucho que costará hacer cambiar de opinión a los líderes de los fervorosos? ¿Te das cuenta de la cantidad de dinero y tiempo que costaría hacer todo lo que sugieres? No disponemos de los recursos para eso.

Kaladin miró a Noril, que había echado la cabeza hacia atrás, tenía los ojos cerrados y estaba sintiendo la luz del sol en la piel. Syl se había posado en la silla de al lado y estaba estudiándolo como quien contempla un grandioso cuadro.

Kaladin sintió que algo se removía en lo más profundo de su interior. Había temido que trabajar con su padre no lo llenara del todo. Había temido no ser capaz de proteger a la gente como sus juramentos lo impulsaban hacer. Había temido ser un cirujano inferior.

Pero si había una cosa que él comprendía y la mayoría de los fervorosos y los cirujanos, incluido su padre, no, era aquello.

—Libera a este hombre a mi cuidado —dijo Kaladin—. Y avisa a tus superiores de que iré a llevarme a más. Los fervorosos pueden protestar a todas las autoridades que quieran hasta llegar a la brillante Navani. Ella les dará la misma respuesta que te estoy dando yo a ti ahora: vamos a probar algo nuevo.

UN POQUITO
DE ESPIONAJE

Las muertes de Devoción y Dominio me perturban sobremanera, ya que no había sido consciente de que este inmenso poder que ostentamos pudiera fragmentarse de ese modo. En mi mundo, el poder siempre se ha congregado y buscado un nuevo recipiente.

En la cuarta jornada de travesía, Shallan de verdad estaba pasándolo bien. Lo más cerca que habían estado de correr peligro había sido cuando vieron a un par de Fusionados volando en la lejanía tres días antes. Los humanos se habían metido a toda prisa en su escondrijo, la carpa extendida entre dos montones de equipaje en la parte trasera de la barcaza, pero no tenían por qué preocuparse. Los Fusionados no se habían desviado en dirección a la barcaza.

Aparte de ese acontecimiento, Shallan había podido dedicar su tiempo a dibujar despreocupada. Salvo, por supuesto, cuando los crípticos la encontraban.

Les encantaba verla dibujar. En esos momentos la rodeaban los cuatro: Patrón y los otros tres spren vinculados a sus agentes. Como grupo zumbaban y tarareaban y daban saltitos, observando cómo Shallan intentaba bosquejar a Ua'pam de pie en la parte alta de la cubierta de la barcaza.

Shallan estaba acostumbrada a la presencia de Patrón. De hecho, se alegraba de tenerlo con ella, disfrutaba de la forma en que zumbaba cuando oía algo que sabía que no era cierto, de cómo disparaba preguntas sobre las actividades humanas más cotidianas. Pero cuando estaba rodeada de los

cuatro, la serenidad de Shallan empezaba a derrumbarse en un mar de pánico.

Casi había olvidado lo asustada que estuvo cuando aquella extraña figura con un símbolo por cabeza había empezado a aparecer en sus dibujos. Pero ahora lo recordaba. Huyendo por los pasillos de Kharbranth, su cordura desmadejándose mientras bosquejaba el pasillo a su espalda lleno de crípticos. Había estado mirando en Shadessmar. Su mente subconsciente había empezado a percibir a los spren tal y como aparecían en el Reino Cognitivo.

La misma tensión le retorcía las entrañas en ese momento, haciendo fuertes y marcadas las líneas de su lápiz. Trató de reprimir la sensación. No había motivo para que sintiera que tenía que correr, revolverse, *chillar*.

Sus líneas eran demasiado oscuras, demasiado rígidas, para capturar como era debido la Memoria de Ua'pam con un pie subido a la regala, su aspecto de explorador dispuesto a emprender una aventura. Shallan intentó relajarse dibujando una caprichosa imagen de la luz del sol fluyendo a su alrededor. Eso, sin embargo, hizo que los cuatro crípticos empezaran a zumbar de emoción.

—¿Podrías retroceder todos y dejarme espacio? —pidió Shallan a las criaturas.

Ellos no ladearon la cabeza como podrían haber hecho los humanos, pero Shallan percibió confusión en la forma en que sus patrones se aceleraron. Entonces, como si fueran uno solo, los cuatro dieron exactamente un paso hacia atrás. Luego procedieron a inclinarse hasta quedar incluso más cerca de ella.

Shallan suspiró y, mientras seguía dibujando, vio que estaba plasmando mal el brazo de Ua'pam. Los spren eran difíciles, porque no tenían del todo las mismas proporciones que los humanos. Los crípticos empezaron a zumbar de emoción.

—¡Eso no es una mentira! —exclamó Shallan, cogiendo su borrador—. Es un error, zoquetes.

—Mmmm... —dijo Ornamento. La críptica de Berila tenía un patrón fino, delicado como el encaje, y la voz chillona—. ¡Zoquete! Soy una zoquete. Mmmm.

—Un zoquete es una persona o un spren estúpido —explicó Patrón—. ¡Pero ella lo ha dicho en tono cariñoso!

—¡Estúpidamente cariñoso! —dijo Mosaico. Era la críptica de Vathah, y su patrón tenía líneas puntiagudas. A menudo incluía en el ciclo partes rapidísimas que se ondulaban como la escritura de las mujeres—.

¡Contradicción! ¡Maravillosa y bendita contradicción de sinsentido y complicación humana de estar viva!

Motivo, el críptico de Ishnah, se limitó a hacer un puñado de chasquidos en rápida sucesión. No dominaba bien el alezi, por lo que prefería hablar en el idioma de los crípticos. Los demás empezaron a charlar a toda velocidad entre ellos y, en la cacofonía de superposiciones, Shallan perdió la pista a Patrón. Durante un momento, fueron todos solo un batiburrillo de criaturas alienígenas, apiñadas y con sus patrones casi tocándose. El cercano sonido de las cuentas chocando entre ellas se parecía a la cháchara de centenares de crípticos. De millares. Observándola. Siempre observándola...

Radiante acudió en su rescate. Radiante, que había entrenado para no dejar que la distrajera el caos de la batalla, con sus ruidos atronadores y sus gritos constantes. Cuando ella tomaba el control, traía consigo una cierta estabilidad. No sabía dibujar, de modo que guardó el cuaderno. Se disculpó con los crípticos y fue a la popa de la barcaza, donde se quedó observando las cuentas ondulantes hasta que Shallan se recuperó y emergió.

—Gracias —dijo mientras Radiante se retiraba.

Shallan escuchó el pacífico sonido de las cuentas, siempre revolviéndose. Quizá no fuesen solo los crípticos lo que la molestaba. Después de pasar varios días en la barcaza dedicándose a dibujar, había llegado el momento de afrontar el problema de encontrar al espía. Respiró hondo y empezó a ceder el control a Velo.

No, dijo Velo.

¿No? Dijiste que hoy podríamos buscar al espía, insistió Shallan.

Y eso haremos. Tú. Con mi ayuda.

¿Esto es en castigo porque incumpliste el pacto?, preguntó Shallan.

En cierto modo. Quiero entrenarte en un poquito de espionaje.

No me hace falta, pensó ella. Te tengo a ti.

Concédemelo. Lo necesito.

Shallan suspiró, pero aceptó. No podían compartir habilidades, como demostraba la nula capacidad de Velo para el dibujo. Ella sabía de espionaje, Radiante sabía manejar la espada y Shallan tenía la capacidad para el tejido de luz de las tres. Y su sentido del humor.

Venga, por favor, pensó Radiante.

—Bueno, ¿y cómo empezamos? —preguntó Shallan.

Tenemos que poner a prueba a los tres sujetos, dijo Velo, y colocar un...

Un momento, pensó Radiante. ¿Antes no deberíamos estar absolutamente

seguras de que el dispositivo de comunicación no puede haberse movido de otra manera, ya que estamos considerándolo una prueba de que el espía nos acompaña en esta misión?

Shallan apretó los dientes. Velo dio un suave suspiro.

Pero las dos estaban de acuerdo en que Radiante, por desgracia, tenía razón. Así que Shallan fue paseando hasta la gran tienda que habían levantado en la cubierta de la barcaza, utilizando cajas y lonas. Se parecía más a una cueva enorme. Aunque en Shadessmar no era necesario protegerse de los elementos, así se sentían más cómodos.

Shallan se agachó para entrar y fue al reservado hecho de cajas que compartía con Adolin. Había dejado su cofre sin vigilar; al fin y al cabo, quería atrapar a la persona que estaba haciendo aquello, no estar siempre rondando el lugar y revelar lo que sabía.

De momento, abrió la cerradura del cofre y comprobó el dispositivo. No habían vuelto a moverlo, que ella pudiera determinar. Pero no confiaba en la cerradura del cofre. Tyn había sido capaz de forzar la mayoría de las cerraduras que encontraba, y además, en el Reino Físico por lo menos, los spren eran capaces de colarse por huecos como el de una cerradura. Shallan había visto a Syl hacerlo, por no mencionar a Patrón.

Cerró el cofre y, después de comprobar que no había nadie mirando hacia el reservado de cajas, inclinó el cofre hacia un lado y luego hacia el otro. Cuando volvió a mirar dentro, el aparato apenas se había movido. Lo había encajado con la suficiente firmeza entre libros y materiales de dibujo para que no pudiera haberse volcado por su cuenta.

¿Satisfecha?, preguntó.

Sí, dijo Radiante. *No podría haberse quedado apoyado en otra cara sin que antes lo sacaran del cofre.*

Estoy de acuerdo, dijo Velo.

Y no lo hemos hecho nosotras, ¿verdad?, preguntó Radiante con énfasis.

Era una pregunta incómoda. Las otras dos no siempre eran conscientes de lo que hacía quien tenía el control. En los últimos tiempos solían trabajar juntas, renunciando al mando mediante una decisión consciente, ayudándose entre ellas. Pero había días peores. Shallan no podía recordar todas las cosas que había hecho Velo durante el día en que se había apoderado del cuerpo, por ejemplo.

Yo no lo moví, dijo Velo. *Lo prometo.*

Yo tampoco, dijo Radiante.

—Ni yo —susurró Shallan.

Y sabía que era cierto. Ninguna de las tres lo había movido, aunque Sinforma la tenía preocupada. ¿Era posible que una parte de su mente la estuviera traicionando? No creía que esa parte fuese siquiera consciente, ni real, todavía.

No fuimos nosotras, dijo Velo. Eso lo sé, Shallan. Tienes que confiar en ello.

Shallan confiaba. Y eso era lo que la había perturbado tanto al ver que el dispositivo estaba desplazado. Era una prueba concreta de que alguien de su equipo estaba mintiéndole.

Muy bien, dijo Velo. He repasado los lugares en los que perdimos de vista el cofre... y no tengo buenas noticias. Hubo un montón de ocasiones en las que se quedó solo en Urithiru. No llegaremos a ninguna parte intentando descubrir quién pudo acceder a él, y mucho menos desde esta barcaza.

—Sigo pensando que ojalá te ocuparas tú de esta parte —le susurró Shallan.

Mala suerte. Sal para fuera y empezaremos.

Pero al salir, la interceptó Patrón. Llegaba caminando, con los dedos entrelazados por delante.

—Mmm... —dijo—. Siento lo de antes. Se han emocionado demasiado. Los otros no tienen tanta experiencia con los humanos.

—Tienen a sus Radiantes —señaló Shallan.

—Sí. Eso no son humanos. Es un humano para cada uno.

—Tú solo me tienes a mí.

—¡No! Antes de ti, estudié a los humanos. Hablaba mucho de ellos. Soy muy famoso.

—¿Famoso?

—*Muy famoso. —Su patrón se aceleró—. Los crípticos no solemos entrar en las ciudades de otros spren. No somos bien recibidos. Yo fui. Observé a los humanos en Shadessmar, ya que habíamos planeado encontrar a humanos para vincularnos de nuevo. Los otros crípticos se quedaron impresionados por mi valentía.*

—Sí, qué valiente —dijo Shallan—. Porque los humanos tenemos fama de morder.

—Ja, ja. Sí, morder. Y romper vuestros juramentos y asesinar a vuestros spren. Ja, ja.

Shallan hizo una mueca, aunque aquellos hubieran sido los actos de otros

Radiantes, no de los de su generación. O al menos no de los Radiantes más nobles, como Kaladin o Dalinar.

Cerca, en el centro de la cubierta, los otros tres crípticos estaban charlando con las cabezas muy juntas.

—¿No te parece raro que los crípticos acaben con los Tejedores de Luz, la orden Radiante con más artistas de todas? —preguntó Shallan—. ¿Vosotros, que no podéis mentir y que sois en esencia ecuaciones numéricas andantes?

—Sí que podemos mentir —dijo Patrón—. Lo que pasa es que en general no se nos da nada bien. No es raro que acabáramos con vosotros. Nos gustáis, igual que a una persona le gusta la comida nueva o los lugares nuevos. Además, el arte es matemática.

—Qué va a serlo —protestó Shallan, ofendida—. El arte y la matemática vienen a ser opuestos.

—Mmm. No. Todas las cosas son matemática. El arte, sobre todo, es matemática. Tú eres matemática.

—Si es así, soy de la que tiene un número incorrecto tan oculto en la ecuación que nunca soy capaz de encontrarlo y siempre me da mal.

Dejó a Patrón y caminó por la cubierta de la barcaza, pasando junto a varios cumbrespren de los que emanaba luz fundida a través de las grietas de su piel. Muy por arriba se habían formado nubes, las acostumbradas de aquel lugar que apuntaban hacia el lejano sol como un camino. Aquellas nubes no parecían moverse siguiendo las pautas climáticas normales, sino que aparecían y desaparecían a medida que avanzaba la barcaza. ¿Tendría algo que ver con el ángulo desde el que se miraban?

Muy bien, Velo, pensó, ¿qué hacemos?

Existen varias formas de descubrir a un espía, pensó Velo. Nuestra posición es ventajosa, ya que sabemos que nuestro espía se ha comunicado directamente con Mraize hace poco y es muy probable que vuelva a hacerlo. Además, tenemos a tres sospechosos concretos, una cifra manejable.

Vamos a probar dos métodos distintos para encontrar al espía. El primero es pillarlo en una mentira o una fechoría del pasado, y entonces apretar hasta que se ponga incómodo y reconozca más cosas de las que pretendía. Todo el mundo se siente culpable por algo.

—Menos Radiante —apuntó Shallan.

No estés tan segura, respondió Velo. Pero si ese método no funciona, intentaremos otra cosa, que cuesta más tiempo pero es más probable que

salga bien. Buscaremos la forma de proporcionar a cada sospechoso una pequeña información falsa distinta, la cual él a su vez transmitirá a Mraize. Dependiendo de qué información se filtre, sabremos quién la difundió e identificaremos a nuestro espía.

Es bastante inteligente, comentó Radiante.

Bueno, es más habitual que inteligente, tuvo que reconocer Velo. *Es un método probado y comprobado, y nuestro mayor problema si lo usamos es que estoy segura de que Mraize lo conoce. Así que tendremos que ser muy sútiles. Y podría no funcionar, ya que requiere que Mraize no solo reciba esta información, sino que no sospeche de ella ni nos la atribuya a nosotras.*

Por suerte, nos queda un viaje largo por delante, así que si no funciona ninguno de esos métodos, podremos intentar alguna otra cosa. El caso es que, de momento, probar esto hoy será un buen ejercicio para que Shallan practique.

—No necesito práctica —susurró ella—. Te tengo a ti.

Pero Velo estaba en plan tozudo, así que Shallan cruzó la cubierta hasta el lugar donde Ishnah ayudaba a Ua'pam y Unativi, su primo, el capitán de la barcaza, a manifestar bienes.

Era como se creaba casi todo en Shadessmar, desde la ropa hasta el material de construcción. Los spren no extraían piedra de las canteras ni hilaban fibras, sino que tomaban las almas de los objetos del mundo físico y las «manifestaban». La palabra se refería a hacer que la cuenta del objeto en el lado de Shadessmar reflejara su naturaleza física.

Ua'pam sostuvo en alto una cuenta y la inspeccionó. Shallan podía sentir las almas de los objetos al tocar las cuentas, aunque a Velo le costaba más hacerlo y Radiante no era capaz en absoluto. Los spren también tenían distintos grados de habilidad, y la verdadera capacidad de manifestar no era muy frecuente.

Ua'pam apretó la cuenta contra la cubierta y luego levantó un chip de diamante que brillaba de luz tormentosa con la otra mano. Absorbió la luz de forma muy parecida a como lo haría un Radiante, inhalándola a sus pulmones. Shallan había oído que hacerlo vigorizaba a los spren, haciéndolos sentir alerta y despiertos; podían alimentarse de luz, aunque no la necesitasen para sobrevivir. Ua'pam utilizó de inmediato esa luz tormentosa para manifestar la cuenta.

La mano que tenía el alma apretada contra la cubierta empezó a brillar, y entonces algo floreció por debajo de ella. El spren se levantó mientras una

ornamentada mesa de madera emergía bajo su mano, creciendo como una planta a una velocidad muy acelerada.

—¡Que bonita! —exclamó su primo, Unativi, dando palmadas. Sonó como rocas golpeando entre ellas—. ¡Estamos de suerte! Una mesa estupenda.

Ua'pam, con los hombros hundidos de agotamiento, asintió y dejó caer la esfera opaca a un lado para que la atrapara Ishnah. A los spren no les interesaba demasiado el valor de casi ninguna gema, sino solo la luz tormentosa. La cuenta que había sido el alma de la mesa había desaparecido, reemplazada por el objeto en sí. Lo más interesante era que, al menos que Shallan supiera, la mesa real en el mundo físico no se veía afectada por ese proceso.

Shallan centró su atención en Ishnah, que en ese momento intentaba bosquejar la transformación. Shallan había pedido a la exladrona que practicara sus habilidades artísticas para poder imitar mejor a las mujeres ojos claros.

—Te sorprende lo bonita que es esta mesa —dijo Ishnah a Unativi. Extendió el brazo para tocarla—. ¿No sabías lo que iba a crearse antes de este momento?

—No —respondió Unativi—. Entiéndelo. Yo encuentro mueble. Sé que es mueble. Pero ¿cómo de bonito? —El cumbrespren separó las manos en un gesto de ignorancia.

—Debo trabajar más hoy —añadió Ua'pam—. La luz tormentosa de las gemas se agota, pero las manifestaciones duran mucho. Muchos meses sin reinfusión, si lo hace alguien con habilidad. —Dio una palmada en la mesa —. Yo tengo habilidad.

—Así que creáis tanto cargamento como podéis —dijo Ishnah, señalando las muchas sillas, mesas y demás muebles que los rodeaban—, antes de que la luz tormentosa que os dimos se agote. Así podéis vender lo que creasteis.

—¡Sí! —exclamó Unativi—. Además, mi primo hace el trabajo duro. Él es mejor.

—Tú tienes habilidad —dijo Ua'pam.

—Tú tienes más. —Unativi negó con la cabeza—. Yo necesito habilidad. Pero tú marchas a perseguir humanos. Mal de la cabeza. ¿Vas a luchar?

—Odium viene —dijo Ua'pam en voz baja—. Odium vendrá aquí. Debemos luchar.

—Podemos huir.

—No podemos.

Los dos se quedaron mirándose entre ellos y Shallan tomó notas mentales para incorporarlas a su historia natural. Era demasiado frecuente que los humanos, e incluso algunos spren, dieran por sentado que todos los spren se parecían mucho a grandes rasgos en personalidad y temperamento. Era falso. Quizá no estuvieran tan fracturados como las muchas naciones de los humanos, pero no constituyan una única cultura.

Céntrate, pensó Velo. El libro que quieras escribir es emocionante, pero deberíamos hacer algún progreso hoy en el espía antes de volver a distraernos.

Cada uno de los tres Tejedores de Luz era sospechoso a su propia manera, Berila quien más en esos momentos. Dicho eso, Ishnah había trabajado con verdaderos ladrones en el pasado, y era la única agente que había acudido a Shallan en vez de ser reclutada. Ishnah había trepado hasta ser la mano derecha de Shallan, y era la integrante más diestra de su Corte Inadvertida.

Lo que más sospechosa hacia a Ishnah era la fascinación que había tenido con los Sangre Espectral. Pensar en ella como en una traidora hacía que a Shallan se le atenazaran las entrañas, pero se obligó a afrontar el problema, con Radiante vitoreándola.

Shallan se acercó a hablar con Ishnah mientras los dos cumbrespren regresaban al trabajo.

—Pareces abrumada —comentó Shallan—. ¿Te encuentras bien?

—Ya había visto este lugar, brillante... —Ishnah cerró su cuaderno y miró las cuentas que se removían por debajo—. Cuando practico el moldeado de almas, está ahí. Veo las almas de los objetos, oigo sus pensamientos. He soñado con este mundo, pero estar aquí es otra cosa. ¿Tú alguna vez... sientes algo? ¿Abajo, en el océano?

—Sí —reconoció Shallan. Se apoyó en la borda de la barcaza. Ishnah imitó su postura.

Es el momento, dijo Velo. Intenta manejar la conversación de forma que implique que conoces algún secreto, algo de lo que ella tendría que avergonzarse.

Dirigir conversaciones, por suerte, era algo cómodo para Shallan. Se le daban bien las palabras. Mejor que a Velo en muchos casos.

—Este mundo tiene sus corrientes, Ishnah —dijo Shallan—. Se mueven sin ser vistas. Pueden arrastrarte hacia abajo de repente, de golpe, cuando crees que estás nadando perfectamente a salvo.

—No... no sé muy bien a qué te refieres, brillante.

—Yo creo que sí.

Ishnah apartó la mirada de inmediato.

¡Ajá!, exclamó Velo en su mente. Ya vamos acercándonos.

Demasiado fácil, pensó Radiante. No te precipites.

—Todos mentimos, Ishnah —prosiguió Shallan—, sobre todo a nosotros mismos. Es lo que nos convierte en Tejedores de Luz. El propósito de los Ideales, sin embargo, es hacer que aprendamos a vivir por la verdad. Tenemos que ser algo mejor, convertirnos en algo mejor, para ser dignos de nuestros spren.

Ishnah no respondió. Se quedó mirando las cuentas del océano que pasaban por debajo.

Dale tiempo, aconsejó Velo. No tengas prisa por llenar el silencio.

Shallan obedeció y el silencio enseguida se hizo incómodo. Vio que Ishnah había cambiado de postura y no la miraba a los ojos. Sí, se sentía culpable por algo.

Y ahora, aprieta.

—Dilo, Ishnah —urgió Shallan—. Es hora de contármelo.

—Yo... no sabía qué iban a hacer con el dinero, brillante —dijo Ishnah por fin—. No pretendía que... O sea, yo solo intentaba ayudar.

¿Dinero?, pensó Radiante.

Mierda, pensó Velo. Ha picado el pez que no era.

Shallan dejó que la conversación se impregnara de más silencio incómodo incluso. La gente lo odiaba, y muchas veces haría cualquier cosa por acabar con él.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Ishnah.

—Tengo mis maneras.

—Debería haber sabido que no podría mantenerlo en secreto —dijo Ishnah.

De pronto parecía más joven, inquieta mientras hablaba. Era mayor que Shallan, pero tampoco por tanto. Lo bastante mayor para que se la considerara una adulta de pleno derecho. Lo bastante joven para no creérselo todavía.

—Mis viejos amigos de los bajos fondos acudieron a mí —dijo Ishnah—. Estaban muy apurados de dinero, ya sabes. Todos íbamos siempre de tipos duros, porque es como tienes que actuar. Finges que eres importante, finges que eres peligroso, pero en realidad estás raspando crem para sobrevivir.

»Así que empecé a pasarles una parte de mi estipendio, en teoría para ayudar a que salieran de aquella vida. —Se llevó la mano a la frente—. Padre

Tormenta, qué idiota soy. Hasta yo puedo oír lo inocente que suena eso, ahora que lo digo en voz alta. Debería haber sabido que solo veían en mí una oportunidad. Todo el mundo es un objetivo. “A Ishnah le está yendo bien, ¿eh? ¿Y qué pasa con los demás?” Por supuesto que iban aprovecharlo para montar otro chanchullo.

Que vergüenza, pensó Velo. ¿Cómo puede ser que no me enterara antes?

—Bueno —dijo Shallan en voz alta—, me alegra saber que no estás financiando un proyecto criminal a propósito.

—¿Podríamos arreglarlo sin llamar la atención? No es tan grave como puedas haber oído. O... bueno, supongo que eso no me corresponde a mí juzgarlo. Compraron unas casas de timbas y pusieron en marcha una red de «protección» en los mercados de peor calaña. Mi dinero les sirvió para contratar a unos pocos matones y... sé que empezaron a utilizar mi nombre como prueba de que tenían autoridad. —Ishnah suspiró—. ¿Cuanto sabe la reina?

—De verdad que no estoy segura —respondió Shallan—. Yo no se lo he dicho.

—Si te sirve de algo, les cerré el grifo el mes pasado, cuando me enteré de lo que estaban haciendo.

Apretemos un poco más, decidió Velo. Menciona a Mraize, sugiere que él estaba implicado. A ver si se le escapa algo.

—¿Cuándo empezó a involucrarse Mraize? —preguntó Shallan.

Ishnah ladeó la cabeza y arrugó la frente.

—¿Quién?

—Los Sangre Espectral, Ishnah.

La mujer más bajita palideció y su mano pareció temblar de verdad cuando volvió a apoyarla en la regala.

—¡Padre Tormenta! ¿Yo hice...? ¿Ellos...?

—Han contactado contigo, lo sé.

—¡Si lo han hecho, yo no sabía que eran ellos! —exclamó Ishnah, agitada. Flaqueó contra la borda—. ¿Qué pasó? ¿Fue ese hombre al que amenazó Den? ¿Era...? Tormentas, brillante. Menuda metedura de pata.

Shallan se quedó donde estaba, con las manos agarradas entre sí, intentando decidir si Ishnah estaba fingiendo. No podía convencerse a sí misma de que sí: Ishnah parecía anonadada de verdad por la sugerencia de que los Sangre Espectral pudieran haber reparado en la pequeña estafa de sus amigos. Hasta llegó a ver un vergüenzaspren que nadaba entre las cuentas

hacia ellas. Eran muy raros de ver allí fuera, ya que en el Reino Físico estaban cruzando montañas donde no vivía nadie.

Si está mintiendo, es lo bastante buena para engañarme, dijo Velo.

—Creía que había escapado de la clandestinidad —susurró Ishnah—. Acudí a ti pensando que eras poderosa. El poder era lo único que quería... pero entonces vi algo más. Vi una forma de ser libre. Todos los demás llevan unas vidas muy normales en la luz. Sin cordeles que tienen ellos hacia la oscuridad. Parecen felices. Por lo visto, era demasiado suponer que de verdad podría salir de allí y mi lugar estaría en la luz...

Tormentas. Shallan se relajó y puso la mano libre en el hombro de Ishnah, avergonzada de haber provocado tanto dolor a su amiga.

Es una emoción tonta, pensó Velo. *Si Ishnah quiere dejar su antigua vida, le estamos haciendo un favor al revelar esto.*

¿Y cómo nos sentiríamos nosotras?, preguntó Shallan. *¿Cómo nos sentiríamos si alguien nos obligara a reconocer todos nuestros defectos, todas nuestras mentiras, y los colgara a la vista de todos como un cuadro inacabado?*

—Nos ocuparemos de esto cuando volvamos, Ishnah —dijo Shallan—. Y te prometo que te ayudaré a resolverlo. Diste un mal paso, pero esos los damos todos cuando buscamos nuestras verdades. Y tu lugar sí que está en la luz. Estás ahí ahora mismo. Quédate en ella conmigo.

—Lo haré —prometió Ishnah.

—De momento, si oyes a alguien mencionar a los Sangre Espectral, ven a hablar conmigo de inmediato.

—Por supuesto, brillante. Y gracias. Por no rendirte del todo conmigo, quiero decir.

Bien hecho, pensó Velo. *Y ahora, colémosele alguna información que pueda pasar a Mraize, si es ella quien lo informa.*

Dudo muchísimo que Ishnah sea la espía, Velo, dijo Radiante. *Tú misma has señalado que no podría engañarte.*

No he señalado eso en absoluto, replicó Velo. *He dicho que, si es la espía, actúa mejor que yo. Lo cual la volvería extremadamente peligrosa.* Shallan, piensa en algo que puedas contarle que sea lo bastante particular e interesante para que merezca la pena informar de ello, pero de lo que no vaya a hablar con nadie más del equipo.

Una petición bastante complicada. Pero Velo no parecía dispuesta a darle más consejos, así que Shallan se lanzó a la carga.

—Escucha —dijo a Ishnah—. Tú concéntrate en ayudar con la misión. Me gusta que estés tomando apuntes sobre la manifestación. Nos serán útiles.

Ella asintió.

—¿Quieres que haga alguna otra cosa?

Shallan se lo pensó, dando golpecitos con el dedo contra la cubierta.

—Ten los ojos abiertos por si ves algún spren con pinta rara —dijo en voz baja—. ¿Te acuerdas de Sja-anat?

—Sí —respondió Ishnah. Shallan había hablado de la Deshecha con ella y con unos pocos más.

—Creo que he visto pasar volando antes a un vientospren corrompido. No estoy segura, así que no se lo digas a nadie. No quiero que se alarmen. Pero ya que vas a estar aquí atrás viendo cómo manifiestan cosas, estate atenta, ¿quieres? Y si ves algún spren extraño, dímelo, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Gracias, brillante. Por tu confianza.

Shallan apretó el brazo de Ishnah para darle ánimos y se marchó.

¿Qué tal ha ido?, preguntó.

No está mal, dijo Velo. Tu advertencia evitará que hable del tema con los demás Tejedores de Luz, y los spren corrompidos son también un tema en el que Mraize está muy interesado. Así que, si habla con él, es muy probable que le pase la información. Si encuentras la forma de decir a los otros que has visto un spren distinto, habremos plantado justo la semilla que nos interesa.

Yo no creo que vaya a funcionar, objetó Radiante. La idea es buena, pero no veo claro que vaya a informar a Mraize de un detalle tan insignificante.

Te sorprenderías, respondió Velo. La gente siempre está ansiosa por demostrar lo importante que es su misión, y no paran de buscar cosas interesantes de las que informar. Tú sigue, Shallan. Lo estás haciendo muy bien.

Sintiéndose reafirmada, Shallan fue a buscar a Berila. Tras la conversación que acababan de mantener, Ishnah había pasado a ser la espía menos probable. Además, Ishnah había ayudado a identificar la manera en que había muerto Ialai. Y Mraize sabría que Ishnah había querido unirse a los Sangre Espectral y que, por tanto, resultaría sospechosa.

Lo más seguro era que fuese uno de los otros dos. Y Berila era la decisión evidente. Shallan no había pasado por alto que Sidereo se había retirado de la misión en el último momento y Berila había ocupado su puesto, lo que era una señal clara. Pero ¿quizá demasiado obvia?

Berila tenía turno de moldeado de almas. El día anterior habían amarrado en una pequeña franja de tierra firme, que representaba un río en el Reino Físico, y habían sacado los picos para cortar unos pedazos del terreno de obsidiana. Shallan había tardado poco en comprender por qué los spren de aquel reino no utilizaban la obsidiana para nada más que hacer algún arma de vez en cuando: la roca era dura, difícil de trabajar y se hacía añicos como el cristal si recibía un golpe.

Pero aunque no serviría como material de construcción, habían logrado transformarla en comida por moldeado de almas. La piedra de allí anhelaba convertirse en otra cosa y no costaba nada convencerla de que cambiara. Ese día, Berila estaba arrodillada junto a una piedra que habían tallado y practicaba a transformarla en alimento.

Shallan se quedó cerca contemplando la alta figura alezi de Berila, con su voluptuoso cabello oscuro y su tono de piel bronceado a la perfección. A Velo le recordaba a Jasnah, solo que con un aire más relajado.

Utiliza el tejido de luz para mejorar su apariencia, se fijó Velo. Seguro que lo hace por instinto.

Ese día Berila llevaba una falda larga en vez de havah, complementada con una parte de arriba sin mangas y guantes de seda hasta los codos. Se había quitado el guante de la mano libre y estaba extendiendo sus delicados y ágiles dedos para acariciar el pedazo de obsidiana. Puso cara de concentración y el pedrusco se convirtió en grano de lavis en un abrir y cerrar de ojos. El montón de lavis retuvo la forma de la obsidiana durante un instante y luego se derrumbó y se extendió sobre la tela de debajo.

—¿Brillante? —dijo Berila, levantando la mirada de su trabajo. Era ojos oscuros, como muchas soldaderas, aunque en realidad eso ya no importaba. Era más relevante que aún no había obtenido su hoja esquirlada—. ¿Estoy haciendo algo mal?

Berila había aprendido a tejer luz por su cuenta, apartada de la estructura y el orden de los Radiantes. Era un factor desconocido, un prodigo de la potenciación que había llegado con su propio spren ya vinculado.

Shallan se arrodilló y recogió un puñado de grano para fingir que lo inspeccionaba.

—No estás haciendo nada mal en absoluto. Es muy buen trabajo. A la mayoría de nosotros nos cuesta crear granos individuales.

—¡Ah, viene bien tener una semilla! —respondió ella, sacándose unas pocas del bolsillo—. Semillas literales, en este caso. —Sonrió y las sostuvo

en alto—. Si tienes algo que mostrar al alma de la obsidiana, la intrigas lo suficiente para que quiera cambiar.

—Así no es como lo hace Jasnah —dijo Shallan.

—Ya, me lo dijo Vathah. Pero a él también le sale mejor a mi manera. La reina Jasnah no lo sabe todo, ¿verdad? —Berila sonrió de oreja a oreja—. O a lo mejor es que funciona distinto para nuestra orden. No es culpa suya si no sabe mucho sobre los Tejedores de Luz.

Tormentas, pensó Velo. *Siempre me olvido de lo risueña que puede ser Berila.*

Shallan se cruzó de brazos, pensando en sus propios problemas con el moldeado de almas. ¿Era posible que durante todo aquel tiempo el problema no hubiera sido ella, sino el método de entrenamiento de Jasnah? Habían dado por supuesto que la forma de usar un mismo poder por parte de dos órdenes sería análoga. Los Rompedores del Cielo y los Corredores del Viento parecían volar del mismo modo, al fin y al cabo.

Pero en cambio, la manera en que funcionaba el tejido de luz para los Vigilantes de la Verdad parecía distinto, incluso sin tener en cuenta lo que quiera que fuese Renarin. Así que... ¿era posible?

Concéntrate, pensó Velo. *Intenta ir poniéndola incómoda, a ver si oculta algo.*

Shallan abrió la boca para hacer un comentario similar al que había hecho a Ishnah, pero le salió algo distinto del todo.

—¿Eres feliz de verdad? —preguntó Shallan.

—¿Brillante? —dijo Berila, todavía sentada en una caja junto a unos trozos de obsidiana—. ¿Feliz?

—Das siempre una impresión de desenfado —dijo Shallan—. ¿Es real o estás ocultando el dolor?

—Creo que todos ocultamos el dolor hasta cierto punto —respondió Berila

—. Pero no creo que pueda decirse que sufro una agonía.

—¿Y tu pasado? —preguntó Shallan—. ¿No te acosa?

—No voy a fingir que mi vida haya sido fácil. La profesión no es llevadera, y las mujeres que llegan a ella suelen ver sus problemas multiplicados. Pero hay formas de impedir que te devore. Convertirlo en tu elección, hacerlo a tu manera. —Torció el gesto—. O por lo menos, hay formas de decirte eso a ti misma.

Shallan asintió, y entonces oyó un zumbido a su espalda. Patrón, su Patrón, se había acercado y estaba inspeccionando el trabajo de Berila moldeando

almas.

—Hacia el final —prosiguió Berila— ya tenía mucho control sobre a qué hombres atendía. Me gustaba convertirme en la mujer que deseaban. Pero no fue hasta que tú viniste a buscarme cuando comprendí la verdad. —Miró a Shallan a los ojos—. Que podía dejarlo si quería. Que no había nada que me retuviera allí. Ya no. Podría haberme marchado meses antes. Es raro, ¿verdad?

—Siempre es así —dijo Shallan.

—Perdona, brillante, pero no lo es. Muchas mujeres están peor que yo. No podían marcharse sin más. Para algunas era el musgo, para otras las amenazas. Pero algunas de nosotras... —Se miró la mano y dejó que las semillas cayeran al montón—. Hablamos de transformación. De la mayor bendición concedida por el Todopoderoso a los humanos, la capacidad de cambiar. A veces nosotros también necesitamos una semilla, ¿eh?

Shallan cambió de postura, miró a un lado y vio pasar a Vathah con un marinero cumbrespren. Quizá debería ir a hablar con él, a ver si era el espía.

Estás incómoda con Berila, pensó Radiante. ¿Es porque parece tener bastante control sobre su vida, cuando tú asumes que debería estar peor?

Sentimientos, sentimientos, dijo Velo, bla-bla-bla. Shallan, cíñete al tema, por favor.

Pero la mente de Shallan estaba cayendo en espiral hacia su pasado. Hacia las cosas que *ella* había hecho. Las cosas de las que aún se escondía, llevando esa cara que fingía que era la suya. Que fingía merecer. Shallan podía ser feliz, pero esa felicidad estaba cimentada en mentiras.

¿No sería mejor aceptar lo que era de verdad? ¿Convertirse en la persona que sí merecía ser? Sin forma, que llevaba oculto en lo más profundo unos pocos días, se removió. Shallan lo creía olvidado, pero había estado esperando. Observando...

—Socorro —susurró Shallan.

—¿Brillante? —dijo Berila.

Radiante abandonó la postura relajada y se irguió en toda su altura.

—Mereces todo elogio por tu diligencia, Berila. Dices que ese método de moldeado de almas ha ayudado a Vathah. ¿Se lo has enseñado ya a algún otro?

—No, aún no. Es...

—Me gustaría que hablaras con Ishnah y la entrenaras en tu forma de hacerlo. Infórmame de los resultados del experimento.

—¡Lo haré! —exclamó Berila—. Esto... pareces distinta. ¿Te has... convertido en una de las otras?

—Solo me he dado cuenta de que hoy todavía me queda mucho por hacer —dijo Radiante, provocando que Patrón zumbara—. Sigue con lo que estás haciendo.

Hizo ademán de marcharse, fingió cambiar de opinión y volvió hacia Berila para hablarle en voz baja.

—Tenemos que ir con cuidado. Antes he visto a un glorispren que me ha parecido extraño. Creo que Sja-anat, la corruptora de spren, nos vigila. Infórmame si ves algún glorispren raro, pero no digas nada de esto a los demás. No quiero que cunda el pánico.

Berila asintió.

Eso ha sido un poco directo y brusco, Radiante, dijo Velo. *El objetivo es no ser sospechosas.*

Hago lo que puedo, pensó Radiante. *Y no estoy capacitada para el subterfugio.*

Mentirosa, replicó Velo. *¿Shallan? Chica, ¿estás bien?*

Pero Shallan se había retraído a un nudo dentro de Radiante.

Es la conversación lo que se lo ha provocado, dijo Velo. *Algo de ella. ¿Lo de dejar la vida antigua y encontrar una nueva?*

Shallan gimoteó.

Ya veo..., dijo Velo, retrayéndose también.

Estupendo. Radiante las había perdido a las dos. Bueno, su trabajo era ocuparse de que se hicieran las cosas. Fue tras Vathah dejando atrás a Patrón, que se quedó con Berila viéndola trabajar.

Vathah llevaba una gran pértiga, de al menos diez metros de longitud. ¿Qué estaría haciendo? Fuera lo que fuese, en opinión de Radiante, Vathah era sospechoso de una manera distinta por completo a las otras dos. Vathah siempre había sido el más sombrío de los antiguos desertores. Y Radiante entendía por qué. ¿Seguir algo, creer en algo y luego abandonarlo? ¿Dejar atrás a tus compañeros de armas? Era una perspectiva espantosa.

Radiante solía dejar que tratara con él alguna de las otras dos. A muchos de los otros desertores había llegado a comprenderlos. Gaz había escapado de sus deudas de juego, e Isom de un cruel capitán del ejército de Sadeas que no dejaba de maltratarlo.

Pero Vathah... Su verdadero pasado seguía siendo un misterio. Era un hombre cruel y posiblemente corrupto. Había regresado con Shallan solo

porque las circunstancias habían sido las adecuadas. A Shallan le gustaba pensar que había hecho cambiar a los desertores, que les había mostrado la parte más noble de sus personalidades.

Y aunque quizá estuviera en lo cierto sobre los demás, Radiante no estaba tan segura acerca de Vathah. Si había desertado una vez, era capaz de volver a hacerlo. Y tormentas, no tenía el menor aspecto de que su lugar fuese la Corte, con los demás. Incluso bien aseado y con ropa de trabajo, Vathah parecía rudo. Como si acabara de salir de la cama... después de derrumbarse en ella borracho. Nunca iba bien afeitado, pero tampoco terminaba nunca con una barba completa.

Vathah subió los pocos peldaños que llevaban a la proa de la barcaza, la parte a la que estaban enjaezados los mandras. Radiante marchó tras él. Una marinera cumbrespren indicó a Vathah que levantara la pértiga de forma que la punta quedara hacia arriba e introdujera la parte inferior por unas anillas que asomaban delante de la barcaza. Cuando lo hubo hecho, Vathah empezó a bajar la pértiga poco a poco, una mano tras otra. La contera de la pértiga pasó entre los aparejos de los mandras y llegó a las cuentas de abajo.

«Están midiendo la profundidad —pensó Radiante—. Vathah está trabajando de marinero, como ayer.» Era raro.

—Aguántala firme —dijo la cumbrespren a Vathah—. Sostenla contra la proa de la barcaza. Eso es. Sigue.

Vathah siguió haciendo descender la pértiga. Saltaba a la vista que la corriente de cuentas por debajo de ellos era más fuerte de lo que debería ser una de agua, y empujaba la pértiga hacia atrás. Las anillas de delante de la embarcación estaban para impedir que la fuerza de las cuentas le arrancara la pértiga de las manos.

—Sigue, sigue —dijo la cumbrespren—. ¡Pero más despacio!

Vathah gruñó y siguió desplegando la sonda de profundidad.

—En mi mundo usan cordeles con pesos.

—Aquí no funcionarían.

—Acabo de dar contra algo —dijo él—. Sí, es el fondo. Vaya. No es tan profundo como creía.

—Hemos llegado a los bajíos —respondió la cumbrespren, ayudándolo a levantar la pértiga—. Estamos bordeando por el oeste la gran fosa que llamamos las Profundidades Radiantes.

Vathah terminó de sacar la pértiga y fue a guardarla bajo la borda. Entonces la spren le lanzó un cepillo. Vathah asintió y fue hacia el puesto de

agua. Era un aparato metálico que, de alguna manera, se alimentaba de luz tormentosa y creaba agua.

—¿Qué tarea te ha encargado? —preguntó Radiante, siguiéndolo.

—Hay que cepillar la cubierta —dijo él—. Aquí no la lavan tan a menudo como en los barcos de casa. Supongo que ni falta que hace, ya que no hay océano que lo salpique todo. Tampoco hay que embrear los tablones para hacerlos impermeables.

—¿Eras marinero? —preguntó Radiante, sorprendida.

—He trabajado de muchas cosas.

Vathah llenó un cubo, eligió una parte de la cubierta y se puso a trabajar, frotando la madera de rodillas.

—Me impresionas —dijo Radiante—. No te tenía por alguien que se presentara voluntario a trabajar, Vathah.

—Tiene que hacerse.

—Es bueno ejercitar el cuerpo, pero no puedo más que objetar a esa afirmación. Los cumbrespren parecen habérselas ingeniado bastante tiempo sin que se lave la cubierta.

Se cruzó de brazos y entonces se encogió de hombros y fue a coger otro cepillo. Al regresar, Vathah la miraba con expresión adusta.

—¿Has venido solo a chincharme, Radiante? ¿O es por algo?

—Supongo que es fácil distinguirme de las otras, ¿verdad?

—Velo nunca habría decidido echar una mano —dijo él, sin dejar de cepillar—. Se habría burlado de mí por hacer trabajo de más. Shallan estaría por ahí en algún lado dibujando o leyendo. Así que aquí estamos.

—En efecto —respondió Radiante, arrodillándose y empezando a cepillar junto a él—. Eres observador, Vathah.

—Lo bastante observador para saber que quieres algo de mí. ¿Qué es?

—Solo tengo curiosidad —dijo ella—. El Vathah al que conozco habría evitado el trabajo y buscado un sitio donde relajarse.

—Relajarse no es relajante —replicó él—. Si te quedas sentado por ahí mucho tiempo, terminas sentándote todavía más. —Siguió cepillando—. Hazlo en perpendicular al tablón, no de arriba abajo, para no hacer surcos. Sí, eso es. Y esto de verdad tiene que hacerse. Los marineros cepillaban la madera cada mes, pero últimamente les falta personal. Algo de que los alcanzadores ya no están, no sé. ¿Qué son los alcanzadores, por cierto?

—Son un tipo concreto de spren con piel de bronce —explicó Radiante—. Los tuvimos como marineros en nuestro anterior viaje.

—Bueno, pues supongo que ya no hay tantos por aquí a los que contratar —dijo Vathah.

—¿Te han contado por qué?

—No he preguntado.

—Qué raro —dijo Radiante.

Venga, ¿cómo podía sacar el tema de un spren corrompido? Mientras lo pensaba, empezó a plantearse que quizás fuera una tontería andarse con tantos rodeos. ¿Por qué no preguntarle si era el espía y ya está? Si lo hacía con la suficiente firmeza, Vathah reconocería su crimen.

Abrió la boca para hacer justo eso, pero tuvo el suficiente sentido común para morderse la lengua. Lo que estaban haciendo... no era buena idea, ¿verdad? ¿Que se ocupara ella del espionaje?

No, pensó Shallan, emergiendo con un suspiro. *Supongo que no lo es*.

—Oye —dijo Shallan a Vathah mientras cepillaban—. Sabes que eres de la familia, ¿verdad? ¿La Corte, nuestro grupo? No tienes por qué irte siempre solo y castigarte a ti mismo.

—No me castigo a mí mismo —gruñó él—. Solo quería estar ocupado. Y lejos de las preguntas. Todo el mundo hace demasiadas preguntas cuando se aburre.

—No tienes por qué responderlas —dijo ella—. En serio, Vathah, eres de los nuestros y te aceptamos. Tal y como eres.

Él la miró y se echó atrás para sentarse sobre los pies, con el cepillo goteando en la mano. Shallan hizo lo mismo y vio que se había hecho una raya en los pantalones. Radiante siempre se arrojaba al trabajo y no se preocupaba nunca por la ropa.

—Shallan —dijo él.

Ella asintió.

Vathah volvió al trabajo y no habló mientras seguía cepillando. Al contrario que Ishnah, Vathah estaba más que dispuesto a dejar que se prolongaran los silencios. A Shallan le costaba más, pero lo hizo. Durante un tiempo, el único sonido fue el de las cerdas contra la madera.

—¿Te funciona? —preguntó Vathah por fin—. Esas tres caras que te pones. ¿De verdad te ayudan en algo?

—Me ayudan —dijo Shallan—. De verdad que sí. La mayoría del tiempo, al menos.

—No sé si te envidio o no —repuso Vathah—. Me gustaría ser capaz de fingir. Se partió algo en mi interior, ¿sabes? Hace mucho tiempo. Yo antes

era buen soldado. Me importaba mi trabajo. Pero entonces ves las cosas que has hecho, las ves con claridad, y comprendes que todo por lo que luchabas era un fraude. ¿Qué importan unos botones lustrados cuando tienes sangre de niño en las botas? —Frotó con más fuerza una mancha en la cubierta—. Supongo que, si aprendo a tejer luz lo bastante bien, a lo mejor me transformaré en otra persona.

Fue como una estocada que la atravesó de lado a lado.

Fuerza, Shallan, pensó Radiante. *Fuerza antes que debilidad*.

—¿No sería una bendición? —siguió diciendo Vathah—. ¿Poder convertirte en otra persona? ¿En alguien nuevo?

—Eso puedes hacerlo sin el tejido de luz —dijo Shallan.

—Ah, ¿puedo? —preguntó Vathah—. ¿Tú puedes?

—Yo...

—Tenemos una bendición en este poder —dijo Vathah—. Nos permite convertirnos en otra gente.

—No es una bendición —susurró Shallan—. Es supervivencia.

—Es peor en este sitio —dijo Vathah, escrutando el cielo—. Siempre tengo la sensación de que hay algo vigilándome.

—Sí —respondió Shallan—. El otro día pillé a un spren nadando junto a la barcaza, observándome. Un miedospren, de esos largos que son como anguilas en este lado.

—¿De qué color era? —preguntó Vathah—. ¿Era de... ella?

—Sí —susurró Shallan—. No se lo he dicho a los demás. No quiero que se preocupen.

—Bien pensado —dijo Vathah—. Bueno, pues Sja-anat es otra cosa de la que preocuparme. Ahora me tocará fijarme bien en cada tormentoso spren.

—Dímelo si ves alguna cosa —pidió Shallan—, pero no preocunes a los demás, aún no. Al menos hasta que sepamos seguro qué quiere ella.

Vathah asintió.

Buen trabajo, pensó Velo dirigiéndose a ella, emergiendo de sus meditaciones. *Has estado fina, Shallan. Ya se nos ocurrirán después maneras de apretarlo para ver qué secretos puede ocultar. De momento, ha sido una buena jornada de trabajo*.

No me gusta nada estar volviendo a comportarme como una aprendiz, respondió Shallan. *Todo esto lo aprendiste tú de Tyn. ¿Por qué tenemos que volver a aprenderlo?*

Lo aprendimos, pensó Velo, *pero nunca lo hemos puesto en práctica*.

Recuerda, somos... nuevas en esto, a pesar de lo que podamos... fingir.

A Velo le costaba mucho reconocer que en realidad no tenía años de experiencia. Le costaba admitir que era una parte de la personalidad de Shallan que se manifestaba como una persona independiente. Pero era un buen recordatorio, que Radiante solía sacar a colación. Era verdad que estaban aprendiendo, y que no eran expertas. Todavía no.

Aun así, Shallan sabía tres o cuatro cosas sobre la gente. Velo quería marcharse, pero Shallan se puso a trabajar otra vez junto a Vathah. —Oye —le dijo—, hicieras lo que hicieras, ya ha quedado atrás.

Te aceptamos, Vathah. La Corte Inadvertida es una familia.

—Familia —gruñó él—. Nunca había tenido una de esas.

—Lo sabía —dijo ella en voz baja.

—¿El qué? ¿Que me sentía solo?

—No —dijo ella con solemnidad—. Que eres hijo de un par de piedras particularmente feas.

Vathah la fulminó con la mirada.

—Ya sabes —añadió Shallan—, por eso de no tener familia. Tuvieron que ser piedras, pues. Tiene sentido.

—¿En serio? Teníamos un momento íntimo. Ella sonrió y le puso la mano en el hombro.

—No pasa nada, Vathah. Te agradezco el sedimento.

Y se levantó para irse.

—Eh —dijo Vathah mientras Shallan se marchaba. Ella miró hacia atrás.

—Gracias por sonreír.

Shallan asintió antes de seguir adelante.

Lo que le has dicho también se aplica a nosotras, pensó Radiante. Que lo que hiciera en el pasado ya no importa.

Supongo que sí, pensó Shallan.

No lo dices de corazón, la acusó Velo. Crees que lo que tú hiciste fue peor. Siempre estás dispuesta a ser más caritativa con el resto que contigo misma.

Shallan no respondió.

Voy comprendiéndolo, Shallan, dijo Velo. Por qué sigues trabajando con Mraize. Por qué no se lo cuentas a Adolin. De qué va todo esto. Tiene que ver con lo que has dicho antes, cuando...

—Ahora no —dijo Shallan.

Pero...

En respuesta, Shallan se retrajo y Radiante se descubrió al mando. Y no

hubo forma de que Shallan regresara por mucho que insistieron.

ESTANDARTES



Dicho eso, lo más preocupante que he descubierto en todo esto es la herida infligida al Reino Espiritual allí donde Ambición, Piedad y Odium se enfrentaron y Ambición fue destruida. Los efectos en el planeta Treno han sido... perturbadores.

A Navani siempre le había parecido que los estandartes de guerra eran objetos muy curiosos. Ese día llegaba un viento frío y vigorizante a la plataforma exterior de Urithiru, que hacía chasquear los estandartes, de brillante azul Kholin engalanados con el glifopar de Dalinar, como si fuesen palos rompiéndose. Parecían vivos allá arriba en sus mástiles, serpenteando como anguilas aéreas cautivas entre los vientospren.

Los estandartes ondeaban sobre batallones a la espera. Mil hombres cada vez aguardaban su turno de usar la Puerta Jurada, donde los Radiantes los trasladarían a Azir. Con el fogonazo de un anillo de luz que se alzó en torno a la plataforma, tanto los hombres como los estandartes desaparecieron, enviados a centenares de kilómetros en un latido de corazón.

Navani apreciaba la naturaleza estética de los estandartes, la forma en que marcaban divisiones, batallones, compañías. Pero al mismo tiempo, tenían una extraña incongruencia. Era esencial mantener a los hombres organizados y comprometidos en el campo de batalla. Dalinar decía que se perdían muchos más enfrentamientos por errores de disciplina que por falta de valentía.

Pero los estandartes también actuaban como gigantescas flechas que apuntaban a los hombres más importantes del campo de batalla. Los estandartes eran objetivos. Audaces proclamas de que *justo ahí* podía encontrarse a alguien a quien matar. Eran los símbolos de un ejército organizado, dirigido por hombres y mujeres que conocían la mejor forma de acabar contigo... con tan solo que les hicieras el favor de vagar en su dirección.

—Pareces absorta —dijo Dalinar al acercarse a ella, seguido de una guardia de honor de diez hombres.

—Pensaba en los símbolos y en por qué los usamos —respondió Navani—. Intentaba no pensar en que vuelves a marcharte.

Él bajó la mano para acunarle la mejilla. ¿Quién habría pensado que aquellas manos pudieran ser tan tiernas? Navani le acarició a él la cara. Su piel siempre daba sensación de correosa. Navani juraría que le había tocado la mejilla justo después de afeitarse y aun así la había encontrado áspera como el papel de lija.

La guardia de honor se mantuvo en posición de firmes e intentó hacer caso omiso a Dalinar y Navani. Incluso aquella pequeña demostración de afecto no era muy propia de los alezi. O eso se decían a sí mismos, por los menos. Los guerreros estoicos. Los que resistían la emoción. Ese era su estandarte, por mucho que durante siglos uno de los Deshechos hubiera llevado su ansia de batalla a un frenesí. Por mucho que fuesen humanos como todos los demás. Tenían emociones y las mostraban. Era solo que fingían no hacerles caso. Del mismo modo en que, con cierto tacto, se podría intentar no hacer caso a un hombre que fuese por ahí con los pantalones desabrochados sin saberlo.

—Vigílalo, Dalinar —susurró Navani—. Intentará alguna cosa.

—Lo sé —dijo Dalinar.

Taravangian estaba subiendo por la cuesta hacia la plataforma para la siguiente transferencia. Unas cuidadosas artimañas habían conseguido que su guardia de honor fuese alezi, y Dalinar planeaba desplegar los ejércitos de Jah Keved lejos del puesto de mando, en otro sector del frente azishiano, con soldados en medio para proteger su flanco de una posible puñalada trapería.

Por desgracia, era una jugada muy obvia. Taravangian se daría cuenta de que en cierto modo estaba haciendo de rehén, para asegurar la lealtad de sus tropas.

Como protección adicional, entre los sirvientes de Dalinar se ocultaba un

arma secreta muy particular. Szeth, con la cara de un soldado normal, estaba asignado a la guardia de Dalinar. Navani no podía distinguirlo, así que el disfraz, mantenido por un Tejedor de Luz de Shallan, estaba funcionando. Pero la vaina de su extraña espada habían tenido que decorarla y disfrazarla a la antigua usanza, porque los tejidos de luz no se le quedaban aplicados. De modo que Navani creyó identificarlo como el que llevaba un arma de tamaño exagerado en la cintura.

Otro Tejedor de Luz había creado una ilusión de Szeth en su celda. Si Taravangian tenía a alguien vigilando a Szeth, le informaría de que seguía encerrado a buen recaudo. No sabrían que en realidad estaba muy cerca de Dalinar. Aunque a Navani no le hacía ninguna gracia la idea, debía reconocer que Szeth se había quedado en prisión todos aquellos meses, sin provocar un solo incidente. Parecía obedecer a Dalinar sin dudarlo. Y en caso de que Szeth fuera de fiar, lo más probable era que no existiese mejor guardaespaldas.

Que el Todopoderoso quisiera que el remedio no fuese peor que la enfermedad. Además de eso, Navani no podía evitar preguntarse si incluso en aquello estarían siendo manipulados por Taravangian. Seguro que no podía querer que lo rodearan de tropas enemigas. Seguro que Navani había malinterpretado la sonrisita de inteligencia en los labios del anciano, la mirada astuta en sus ojos.

Pero había llegado el momento de que Dalinar se marchara. Así que Navani apartó meticolosa su ansiedad y le dio un abrazo. Fue evidente que no lo entusiasmaba que lo abrazaran delante de sus soldados, pero no dijo nada. Después de eso, los dos fueron a recibir a la niñera que había llevado al pequeño Gav con sus cosas en baúles. El chico, intentando con todas sus fuerzas no parecer demasiado ansioso, hizo el saludo militar a Dalinar.

—Es una gran labor ir a la guerra por primera vez —le dijo Dalinar—. ¿Estás preparado?

—¡Sí, señor! —exclamó el niño—. ¡Combatiré bien!

—Tú no combatirás —respondió Dalinar—, ni yo tampoco. Nos ocuparemos de la estrategia.

—¡En eso soy bueno! —afirmó Gav. Entonces dio un abrazo a Navani.

La niñera se lo llevó hacia el edificio de la Puerta Jurada. Navani lo miró preocupada.

—Es muy pequeño para ir.

—Lo sé —convino Dalinar—. Pero se lo debo. Le aterroriza que vuelvan a

dejarlo atrás en un palacio mientras... —Lo dejó sin decir.

Navani sabía que era más que eso. Por cosas que Dalinar había dicho sobre lo furioso que había estado siempre de joven, y sobre cómo había impedido que Adolin y Renarin pasaran con él el tiempo que querían. Pero en fin, el niño estaría a salvo. Y de verdad se merecía pasar más tiempo con Dalinar.

Le sostuvo la mano durante lo que pareció una estación completa y luego lo soltó. Dalinar se fue cuesta arriba hacia la Puerta Jurada mientras una docena de ansiosas escribas correteaban hacia él para hacerle preguntas.

Navani recobró la compostura y fue a despedirse de su hija, que también se incorporaba a la fuerza expedicionaria. Vio llegar a la reina en palanquín. Era curioso, pero Jasnah, que muchas veces tomaba medidas concretas para no aparentar debilidad, de un tiempo a esa parte casi siempre iba en palanquín. Y Taravangian, quien de verdad lo necesitaba, rechazaba el privilegio.

Teft parecía más débil cuando andaba, mientras Jasnah parecía más fuerte cuando la llevaban. Más confiada, más al mando. «Que es precisamente lo que cada uno desea aparentar», pensó mientras los porteadores bajaban el palanquín de Jasnah y la reina salía. Aunque su havah, su cabello y su maquillaje estaban inmaculados, Jasnah llevaba pocos adornos. Quería que se la viera majestuosa pero no excesiva.

—¿No hay Sagaz? —preguntó Navani.

—Me ha prometido que se reunirá conmigo en Azir —dijo Jasnah—. A veces desaparece, y no se digna a dar respuesta a mis preguntas. Ni siquiera respuestas burlonas.

—Hay algo raro en ese hombre, Jasnah.

—No te haces una idea, madre.

Las dos se quedaron allí, encaradas hacia la otra, hasta que por fin Jasnah se echó hacia delante. Lo que siguió fue el abrazo más incómodo en el que Navani había participado jamás, ambas haciendo los movimientos correctos, pero carentes de entusiasmo al mismo tiempo.

Jasnah se apartó. Sí que estaba majestuosa. Sobre el papel, las dos tenían una categoría similar, y sin embargo Jasnah siempre había tenido un algo. Dalinar era una enorme roca de hombre que daba ganas de picar para averiguar qué clase de cristales contenía. Jasnah... bueno, Jasnah era... incognoscible.

—Tormentas —dijo Jasnah entre dientes—. Madre, ¿de verdad somos tan estiradas que nos abrazamos como adolescentes al conocer a un chico por primera vez?

—No quiero echar a perder tu imagen —respondió Navani.

—Una mujer puede abrazar a su madre, ¿no? Mi reputación no va a desmoronarse porque muestre afecto. —Pero aun así, no se acercó para otro abrazo. En vez de eso, tomó la mano de Navani—. Me disculpo. Últimamente no he tenido mucho tiempo para la familia. Siempre me decía a mí misma que cuando completara mis viajes, me esforzaría con diligencia por estar disponible para todos vosotros. Soy muy consciente de que las relaciones familiares requieren un tiempo de atención para... —Jasnah respiró hondo y se apretó la mano segura contra la frente—. Sueno como un tratado de historia, no como una persona, ¿verdad?

—Tienes mucha presión encima, querida —dijo Navani.

—Una presión que quise y que acepto encantada —repuso Jasnah—. A menudo los cambios más rápidos en la historia surgen en tiempos de conflicto, y estos momentos son importantes. Pero tú también eres importante. Para mí. Gracias. Por ser siempre tú misma, a pesar del alzamiento de reinados y la caída de pueblos. No creo que alcances a comprender lo mucho que tu fuerza constante significa para mí.

Qué conversación tan inusual. Y aun así, Navani se descubrió sonriendo. Apretó la mano de Jasnah y ese momento juntas, ese instante de ver a través de la máscara, se le hizo más valioso que cien abrazos incómodos.

—Cuida del pequeño Gav por mí, ¿quieres? —pidió Navani—. No sé qué opino de que se vaya con Dalinar.

—Niños más pequeños que él van de campaña.

—A posiciones no tan cercanas al frente —matizó Navani. Era una distinción sutil que muchos de sus aliados malinterpretaban. Pero en tiempos recientes, con Fusionados capaces de volar, cualquier sitio podía convertirse en un frente de batalla.

—Me aseguraré de que esté siempre alejado de la pelea —prometió Jasnah. Navani asintió.

—Tu tío piensa que falló a Adolin y Renarin de niños al pasar tanto tiempo batallando y tan poco con ellos. Ahora pretende compensar eso. No es que me desagrade el sentimiento, pero... ten un ojo echado a los dos por mí, por favor.

Jasnah regresó a su palanquín y Navani se apartó. Los estandartes siguieron aplaudiendo mientras los mejores soldados de Dalinar se situaban alrededor de él, la reina y Taravangian. Aunque el aire gélido le atravesaba el chal, Navani estaba decidida a quedarse y mirar hasta que llegara la

confirmación por vinculacaña de que habían llegado a Azir.

Mientras esperaba, Sebarial pasó por delante de ella. El hombre, corpulento y barbudo, se había acostumbrado a vestir de forma más adecuada a su aspecto general, con algo que recordaba a la ropa de un mercader thayleño, pantalones y chaleco bajo una larga casaca de oficial alezi, pensada para llevarla desabrochada. Navani no estaba segura de si la transformación era mérito de Palona o si por fin Adolin había convencido al alto príncipe, pero en todo caso era una gran mejora respecto a la takama que solía llevar antes.

La mayoría de los altos príncipes estarían en el campo de batalla a órdenes de Dalinar. Era la tradición alezi, según la cual un líder venía a ser lo mismo que un general. Si un rey iba a la guerra, los altos príncipes lo acompañarían. Era una costumbre tan arraigada en ellos que costaba recordar que otras culturas, como la azishiana y la thayleña, hacían las cosas de otra manera.

No quedaban muchos de los altos príncipes originales. Se habían visto obligados a sustituir a Vamah, Thanadal y, el más reciente, a Sadeas con parientes lejanos leales a Dalinar y Jasnah. Pero labrar una reputación y un principado en el exilio no era tarea fácil. El hijo de Roion estaba pasándolo mal justo por ese motivo.

Tenían tres con los que podían contar: Aladar, Sebarial y Hatham. Bethab y su esposa habían pasado por el aro, lo cual dejaba a Ruthar como el último reducto de hostilidad, el remanente de la facción de Sadeas contra Dalinar. Navani distinguió al hombre con su séquito preparándose para partir con la fuerza de Dalinar.

Ruthar supondría un problema, pero, si Navani tuviera que adivinar, diría que Jasnah tardaría poco en hallar la manera de ocuparse de él. Su hija odiaba los cabos sueltos. Con un poco de suerte, lo que hiciera Jasnah no sería demasiado drástico.

Sebarial iba a quedarse en Urithiru para ayudar a administrar la torre. Y eso planteaba su propio conjunto de dificultades.

—Bueno —dijo el hombre a Navani—, ¿apostamos a cuánto tardará Taravangian en apuñalarnos por la espalda?

—Chist —hizo Navani.

—El caso —prosiguió Sebarial— es que casi respeto al viejo chocho. Si llegara a vivir tanto como él, me imagino mandándolo todo al crem e intentando conquistar el mundo. Es decir, llegados a ese punto, ¿qué tienes que perder?

—La integridad.

—La integridad no impide que los hombres maten, brillante —repuso Sebarial—. Solo hace que empleen justificaciones distintas.

—Elocuente, pero falto de significado —dijo Navani—. ¿De verdad pretendes establecer una equivalencia ética entre la conquista al por mayor y resistir la invasión de los Portadores del Vacío? ¿Crees con sinceridad que un hombre íntegro es lo mismo que un asesino?

Él soltó una risita.

—Ahí me has pillado, brillante. Pareces haber descubierto mi única gran debilidad: que se escuche con atención cualquier cosa que digo. Puede que seas la única persona de todo Roshar que me toma en serio.

Alrededor de la plataforma de la Puerta Jurada se alzó un anillo de luz que se arremolinó en el aire. Cerca había una escriba en su escritorio, esperando la confirmación por vinculacaña de la llegada del ejército.

—No soy la única que te toma en serio, Turinad —dijo Navani a Sebarial—. Por lo menos hay una persona más.

—Si ella me tomara en serio, brillante, sería un hombre casado. —Sebarial suspiró—. No sé si es que me considera indigno de ella o que por algún motivo ha decidido que un alto príncipe no debería casarse con alguien de su posición. Cuando intento sonsacárselo, su respuesta nunca es clara.

—Podría no ser ninguna de esas opciones —sugirió Navani.

—En ese caso, me declaro perdido por completo.

La escriba cambió el banderín de su escritorio. Verde indicando el éxito de la transferencia, con otro banderín rojo debajo que significaba que la gente aún estaba saliendo de la otra plataforma y no podía iniciarse aún una nueva transferencia.

«Otro uso para los estandartes», pensó Navani. En ocasiones podían ser más efectivos que una vinculacaña. Podía mirarse desde el vigésimo piso y ver una bandera mucho antes de lo que costaría escribir una pregunta y recibir respuesta.

Las reputaciones también eran estandartes. Jasnah se había creado una personalidad característica. Era conocida a medio mundo de distancia. Dalinar había hecho lo mismo. No tan a propósito, pero con el mismo efecto.

Pero ¿qué estandarte quería enarbolar Navani? Dio media vuelta con Sebarial y emprendió el regreso a la torre. En un principio, Navani había ido a las Llanuras Quebradas buscando algo nuevo. Una vida distinta, una que quisiera en lugar de una que debiera querer. Y sin embargo, se descubrió haciendo las mismas cosas que antes. Gestionando un reino para un hombre

demasiado grandioso para limitarse a las simples tareas cotidianas.

El amor que sentía por ese hombre era distinto, cierto. Más profundo. Y sin duda había una gratificante satisfacción en llevar orden al caos de un reino recién nacido como Urithiru. Presentaba unos desafíos únicos, tanto logísticos como políticos.

¿Era egoísta querer algo más? Aquello era lo que parecía dársele bien, y el lugar donde la había puesto el Todopoderoso. Era una de las mujeres más poderosas del mundo. ¿Por qué iba creer que merecía más que eso?

Entró con Sebarial en la torre por sus amplios portones frontales. El cambio de temperatura fue inmediato, aunque el hecho de que las enormes puertas se mantuvieran abiertas todo el día debería significar que el vestíbulo interior estuviera igual de frío que la meseta de fuera.

—Querrás que vuelva a los campamentos de guerra, supongo —aventuró Sebarial—. Aún tengo algunos intereses en la zona.

—Sí. Cuando vuelva mi marido, quiero esos campamentos de nuevo bajo nuestro control absoluto.

—¿Sabes? —dijo Sebarial—. Hay quienes no me confiarían esa tarea. Mis vicios coinciden bastante con las delicias que ofrece la región.

—Ya veremos. Por supuesto, si fracasaras en llevar el orden a los campamentos de guerra, me vería obligada a imponer la ley marcial. Sería una tragedia, ¿no te parece? ¿Cerrar todos esos establecimientos tan emprendedores? ¿Destruir el único lugar bajo gobierno alezi que aún ofrece un refugio de la estricta supervisión de los Radiantes?

»Ojalá hubiera alguien con la manera de pensar adecuada que vigilara los campamentos de guerra y los hiciera seguros para los viajeros, y se preocupara de que los aserraderos cercanos funcionan sin interrupción. Alguien que comprendiese la necesidad de tener una ley, pero también que no es tan tan horrible relajarla un poco. Que permitiera a los buenos ciudadanos alezi llevar sus vidas con seguridad, pero sin estar justo debajo de la mirada iracunda de mi marido.

Sebarial se echó a reír.

—¿Cuánto crees que puedo embolsarme sin que Dalinar considere que el robo se pasa de descarado?

—Pongamos por debajo de un cinco por ciento —respondió Navani.

—Cuatro y nueve décimos, pues —dijo Sebarial, haciendo una reverencia—. Seré prácticamente respetable, brillante. Quizá Palona verá por fin que puedo ser útil, con la motivación adecuada.

—¿Turi? —dijo Navani.

—Sí, brillante? —repuso él, alzándose de la florida reverencia.

—Si un hombre no se toma nada de su vida en serio, una mujer se hace preguntas. ¿Qué es ella? ¿Otra broma? ¿Otro capricho?

—Seguro que conoce su valor para mí, brillante.

—Y seguro que tampoco será un problema aclarárselo. —Navani le dio una palmadita en el brazo—. Es difícil no cuestionar el valor de una para alguien que parece no valorar nada. Puede que la sinceridad no te resulte fácil, pero, cuando ella la encuentre en ti, la apreciará incluso más por su escasez.

—Sí... Muy bien. Gracias.

Se marchó con andares de pato y Navani lo miró con verdadero cariño. Lo cual era increíble, teniendo en cuenta lo que había opinado antes de ese hombre. Pero Sebarial se había mantenido junto a ellos, ya fuese por intención o por casualidad, cuando la mayoría de los demás se habían negado. Y además de eso, Navani había descubierto que sí se podía confiar en que hiciera las cosas.

Como todo el mundo, en el fondo Sebarial quería ser útil. Los humanos eran seres ordenados. Les gustaba ver muchas líneas rectas, aunque en algunos casos fuese solo para poder ser quienes dibujaban las curvas. Y si un taburete parecía roto a primera vista, quizás fuese solo que estuviera utilizándose para la tarea que no le correspondía.

Ya en la torre, Navani subió a un palanquín que la trasladara al interior, acompañada por la brillante Anesa, que llevaba varios informes para que Navani los revisara. Navani pasó de largo por las cifras de saneamiento y se detuvo a leer sobre la distribución de agua en la torre y los recuentos de tráfico pedestre por las escalinatas.

Había más peleas y discusiones aleatorias en Urithiru que en el antiguo campamento de guerra de Dalinar. En parte se debía a la diversidad de la población, pero Navani sospechaba que también era culpa de mantener a todo el mundo en un espacio relativamente reducido. Dalinar quería incrementar las patrullas de guardia, pero si Navani lograba desviar el flujo de tráfico para que la gente no tropezara tanto...

Ya tenía algunas ideas esbozadas cuando su palanquín llegó al atrio en el extremo más oriental de la torre. Salió a una de las ubicaciones más dinámicas de la ciudad, un lugar donde un amplísimo corredor se extendía decenas y decenas de pisos hacia arriba, casi hasta el techo. Aunque los

elevadores subían y bajaban desde la enorme arteria hacia el interior que llevaba al atrio, y aunque había un enorme número de escaleras, aquel era el único sitio donde se podía subir por elevador hasta la planta más alta de la torre.

A lo largo de la pared oriental se extendía un gigantesco ventanal, de decenas de metros de altura. Los anillos de Urithiru no eran círculos completos: la mayoría estaban más cerca de ser semicírculos, con sus lados planos alineados allí, en el atrio. De ese modo se podía mirar hasta arriba del todo o asomar la vista hacia el Origen.

Al ser una de las zonas mejor iluminadas de la torre y contar con tantos elevadores, la zona era un ajetreo de tráfico. Y eso hacía incluso más notable que precisamente el atrio ocultara un misterio arquitectónico. Navani cruzó la cámara circular hacia la pared del fondo, justo a la izquierda del ventanal. Unos días antes, una escriba había reparado en una rareza del lugar, una pequeña división en la roca demasiado recta para ser una grieta.

Con el permiso de Dalinar, habían hecho llamar a un Custodio de la Piedra para que transformara la roca en una abertura, ya que podían hacer blanda la piedra al tocarla. El informe matutino de Navani apuntaba que le interesaría ver el resultado en persona, pero ese era el primer momento que tenía en todo el día. Badali, un Custodio de la Piedra, vigilaba el acceso. Era un hombre mayor y afable, de barba fina y ojos sonrientes. Hizo una inclinación a Navani y ella cruzó aquella puerta recién creada.

Falilar, el ingeniero, ya estaba dentro tomando medidas de lo que habían descubierto: una sala enorme oculta por completo en la piedra.

—Brillante —dijo la brillante Anesa, que caminaba a su lado—. ¿Qué propósito podría tener sellar una estancia entera como esta.

Navani negó con la cabeza. No era la primera sala que habían encontrado en la torre sin entradas aparentes. Pero aquella era particularmente significativa, pues tenía una gran ventana de cristal tintado en la pared del fondo, que dejaba pasar la luz del sol.

Ante esa ventana había una estructura muy extraña: una alta maqueta en piedra de la torre. Navani había leído sobre ella en el informe, pero al acercarse no dejó de sorprenderla lo intrincado que era el modelo. Mediría unos cinco metros de altura y estaba dividido en dos partes, dos mitades abiertas por el centro, para ofrecer un corte longitudinal de la torre. A aquella escala, los pisos no pasaban del centímetro y medio, pero todo lo que vio en ellos estaba reproducido hasta el más mínimo detalle. O al menos, hasta el

que permitía la escala.

Falilar se situó a su lado sosteniendo un cuaderno lleno de cifras.

—¿Qué opinas de esto, brillante?

—No tengo ni idea —dijo ella—. ¿Qué sentido tiene poner aquí esto y luego sellarlo?

Se agachó al fijarse en que la sala de la columna de cristal y sus dos bibliotecas cercanas estaban representadas en la maqueta.

Falilar usó una caña pequeña para señalar.

—¿Ves esto? Esta misma sala también está reproducida, con una maqueta minúscula de este mismo modelo. Pero aquí hay una puerta abierta que da a la sala, que no estaba en la torre real.

—Entonces, ¿sellaron estancias antes de que los Radiantes se marcharan?

—O bien podían abrirse y cerrarse de algún otro modo —respondió Falilar—. Y cuando se abandonó la torre, algunas se quedaron cerradas y otras abiertas.

—Eso explicaría muchas cosas.

Habían encontrado tantas salas con puertas propiamente dichas (o bien con los restos de las que se habían podrido) que Navani no se había planteado que pudiera haber otros mecanismos en estancias por descubrir. Era un claro sesgo de percepción. Miró hacia la pared por la que habían entrado.

—¿El Custodio de la Piedra ha descubierto algún mecanismo que pudiera permitir tal apertura?

—Había una gema incrustada en la piedra —respondió Falilar—. Le he pedido que la saque para inspeccionarla. Quiero que mire a ver si la roca podía estar pensada para deslizarse hacia los lados. En ese caso, sería un mecanismo extraordinario.

Navani tomó nota mental de pedir a algún Corredor del Viento que saliera volando para hacer una inspección exhaustiva de las montañas en las que estaba construida Urithiru. Quizá hubiera más ventanas como aquella que revelaran otras salas ocultas, con contenidos igualmente misteriosos.

—Inspeccionaré a fondo esta maqueta —dijo Falilar—. Quizá aún tenga secretos que revelar.

—Gracias. Yo, por desgracia, tengo unos informes de saneamiento que leer.

—Si tienes ocasión, pásate por la biblioteca y habla con mi sobrino —dijo Falilar—. Ha hecho algunas mejoras a su aparato.

Navani asintió y echó a andar de vuelta hacia su palanquín, confiando en

que Falilar le enviaría cualquier cosa que descubriese. Mientras subía al vehículo, vio que Isabi, una de sus eruditas más jóvenes, llegaba corriendo a la sala con una luz roja intermitente en la mano.

La misteriosa vinculacaña. La que había recibido unas semanas antes de la desconocida persona a quien tanto enfurecían los fabriales. Era la primera vez que intentaba contactar con ella desde ese día.

Los informes de saneamiento tendrían que esperar.



Hay otras Esquirlas a las que no puedo identificar y que me están ocultas. Temo que su influencia invada mi mundo, pero estoy contenido por una extraña incapacidad debida a los poderes contrarios que ostento.

Aguántalo firme! —exclamó Falilar. Hacía años que Navani no veía al ingeniero de barba entrecana tan animado—. Déjalo ahí en la mesa. Isabi, tienes la balanza, ¿verdad? Corre, corre. ¡Colócalo como hemos practicado!

El pequeño enjambre de fervorosos y eruditas se ajetreaba alrededor de Navani, acomodando la vinculacaña en su tablero y preparando tinta violeta normal. Lo habían sacado todo a la periferia y estaban organizándolo en un puesto de guardia cerca del perímetro de la torre. Kalami estaba al lado de Navani, cruzada de brazos. La canosa escriba tenía una delgadez que se hacía más y más preocupante en los últimos tiempos.

—No estoy muy segura de esto, brillante —dijo mientras el ingeniero y sus ayudantes disponían los instrumentos—. Me preocupa que quienquiera que esté al otro lado de esa vinculacaña vaya a aprender más sobre nosotros que nosotros sobre ella.

Falilar se secó la cabeza afeitada con un pañuelo e hizo una señal a Navani para que se sentara a la mesa.

—Tomo nota —dijo Navani a Kalami, acomodándose—. ¿Estamos preparados?

—Sí, brillante —respondió Falilar—. A partir del peso de tu pluma cuando haya empezado la conversación, deberíamos ser capaces de determinar a qué distancia está la otra vinculacaña.

Las vinculacañas tenían un cierto deterioro. Cuanto más alejadas estuvieran entre ellas, más pesadas se volvían las plumas después de activarlas. En la mayoría de los casos era una diferencia muy leve, casi imperceptible. Ese día habían colocado el tablero, con la pluma sujetada, sobre la báscula más precisa de Falilar. La pluma también estaba conectada mediante cordeles a otros instrumentos. Navani hizo girar el rubí con cuidado, indicando que estaba preparada para comunicarse con su desconocida corresponsal. Los seis eruditos y fervorosos, Kalami incluida, parecieron contener la respiración al unísono.

La pluma empezó a escribir. «¿Por qué has hecho caso omiso a mis instrucciones?»

Falilar gesticuló con ánimo a los demás, que empezaron a tomar medidas, añadir pesas diminutas a la báscula y determinar la tensión con que tiraban los cordeles.

Navani los dejó con sus medidas y se concentró en la conversación.

«No estoy segura de lo que esperabas de mí —escribió—. Por favor, explícate.»

«Debes detener tus experimentos con fabriales —escribió la pluma por sí misma—. Te dejé muy claro que tenías que parar. No lo has hecho. Solo te has reafirmado en tus herejías. ¿Qué es eso que haces de meter fabriales en un pozo y conectarlos al soprido de las tormentas? ¿Estás creando un arma a partir de los spren que atrapaste? ¿Matas? Los humanos siempre matan.»

—¿Herejías? —resaltó Kalami mientras los ingenieros trabajaban—. Sea quien sea, parece oponerse a nuestros actos por motivos teológicos.

—Se refiere a los humanos como lo haría una cantora —dijo Navani, dando un golpecito al papel—. O bien es una de ellos, o bien quiere hacernos creer que lo es.

—Brillante —dijo Falilar—, esto no puede ser correcto. El deterioro es casi inexistente.

—Por tanto, está cerca de nosotros —repuso Navani.

—Muy muy cerca —dijo Falilar—. Dentro de la torre. Si supiéramos cómo crear básculas más precisas... En todo caso, una segunda medida me ayudaría a intentar una triangulación.

Navani asintió. «¿Por qué llamas a esto herejía —escribió—. La iglesia no

tiene ningún problema moral con los fabriales. Igual que no los tienen con sujetar un chull a un carro.»

«Un chull sujeto a un carro no está retenido en un espacio minúsculo. —La pluma se movió con brío, furiosa, al transmitir la respuesta—. Los spren deben ser libres. Al capturarlos, atrapas a la misma naturaleza. ¿Puede una tormenta sobrevivir si se la encarcela? ¿Puede una flor abrirse sin luz del sol? Eso es lo que haces. Tu religión es incompleta.»

«Permíteme pensar en ello —escribió Navani—. Necesitaré unos minutos para hablar con mi consejero teológico.»

«Cada momento que esperas es un momento de dolor impuesto a los spren que dominas —respondió la pluma—. No lo toleraré mucho más tiempo.»

«Por favor, espera —escribió Navani—. Voy a usar otra vinculacaña un momento, para hablar con mi consejero teológico, pero luego te responderé de inmediato.»

No llegó ninguna réplica, pero la pluma siguió de pie, lo que indicaba que la misteriosa correspsnal esperaba.

—Muy bien —dijo Navani—. Tomemos la segunda medida.

Los ingenieros se movieron con un frenesí de actividad, desconjuntando la vinculacaña e inhabilitando temporalmente en enlace entre las dos plumas. Recogieron el equipo y echaron a correr.

Navani y Kalamí se apresuraron a subir al palanquín que las esperaba fuera de la sala. Un grupo de seis hombres lo izó y corrió tras los ingenieros y las escribas a través de la torre. Al cabo de poco tiempo salieron a la meseta por delante de Urithiru. No se podía determinar la dirección de una segunda vinculacaña, no directamente, ni siquiera a partir del deterioro.

Sin embargo, dado que podía medirse el deterioro y en consecuencia juzgar la distancia, era posible triangular a partir de varias medidas y obtener una idea aproximada de la posición. Dispusieron allí todo el equipo, en la meseta, entre los friospren.

Cuando Navani bajó del palanquín, Falilar y su equipo ya tenían la vinculacaña preparada sobre el suelo de piedra. Navani se arrodilló y reactivó el aparato.

Esperaron, Falilar secándose la cabeza con su pañuelo, Kalamí arrodillada al lado del papel y susurrando: «Vamos». La menuda aprendiz de Falilar, Isabi, hija de un Corredor del Viento, parecía a punto de estallar de tanto que contenía la respiración.

La pluma se situó en posición y escribió: «¿Por qué te has desplazado?

—¿Qué estás haciendo?».

«He hablado con mis fervorosos —escribió Navani mientras los ingenieros empezaban a tomar medidas de nuevo—. Coinciden en que nuestro conocimiento debe de ser incompleto. ¿Puedes explicarme cómo sabes que esto es malvado? ¿Cómo es posible que sepas lo que nuestros fervorosos desconocen?»

—¿Cómo sabe que nos hemos movido? —preguntó Kalami.

—Tiene a un espía observándonos —dijo Navani—. Supongo que la misma persona que escondió el rubí de la vinculacaña para que yo lo encontrara.

La persona del otro lado no respondió.

«Tengo muchas tareas de las que ocuparme —escribió Navani—. Me has interrumpido de camino a una reunión importante. Tengo solo unos minutos para hablar. Por favor, dinos cómo sabes lo que nosotros no.»

«La verdad es evidente para mí», escribió la pluma.

«No es tan obvia para nosotros», replicó Navani.

«Porque sois humanos —llegó la respuesta—. Los humanos no sois de fiar. No sabéis cómo cumplir las promesas, y las promesas son lo que hace funcionar al mundo. Debemos hacer funcionar al mundo. Debéis liberar a vuestros spren cautivos. Debéis debéis.»

—Por la máscara de Ash... —dijo Kalami—. Es un spren, ¿verdad?

—Sí —respondió Navani.

—Tengo las medidas —dijo Falilar—. Sí que procede de la torre. Debería poder concretarlo más. Brillante, no pareces sorprendida por nada de esto.

—Ya tenía mis sospechas —confirmó Navani—. Encontramos a una antigua spren oculta en la torre. ¿Tan inverosímil sería que otro hubiera hecho lo mismo?

—¿Otro Deshecho? —preguntó Kalami.

Navani dio unos golpecitos con el dedo en el papel de la vinculacaña, pensando.

—Me extrañaría —dijo—. ¿Un spren que desea liberar a los suyos? ¿Un liberacispren? ¿Alguien había oído hablar de algo similar?

Las eruditas negaron con la cabeza al mismo tiempo. Navani extendió el brazo para seguir escribiendo a su correspondiente desconocido, pero la vinculacaña se apagó y cayó al papel, ya no conjuntada de forma activa.

—Entonces... ¿qué hacemos? —preguntó Kalami—. Podría haber otra de esas cosas observándonos desde la oscuridad. Planeando más asesinatos.

—Esto no es lo mismo —dijo Navani—. Aquí hay algo que...

«Las promesas hacen funcionar al mundo.»

Mientras todos recogían sus cosas, en la mente de Navani empezó a brotar un plan. Era un poco imprudente, sobre todo porque no quería explicárselo a los demás en un lugar donde el spren pudiera oírlo.

Puso en práctica la idea de todos modos. Mientras regresaban hacia la torre en sí, Navani tropezó y, tratando de que pareciera tan accidental como le fue posible, dejó caer la vinculacaña. Dio una voz mientras, con fingida torpeza, la enviaba de un puntapié más allá del borde de la meseta de piedra. La siguió a la carrera, pero la vinculacaña ya había desaparecido y rebotaba contra las rocas centenares de metros más abajo.

—¡La vinculacaña! —exclamó Falilar—. ¡Oh, brillante!

—Condenación —dijo ella—. Qué desastre. Kalami se acercó y miró a los ojos a Navani, que contuvo una sonrisa.

—Falilar —dijo Navani—, envía un equipo ahí abajo, a ver si pueden recuperarla. Tengo que ir con más cuidado.

—Sí, brillante —respondió él.

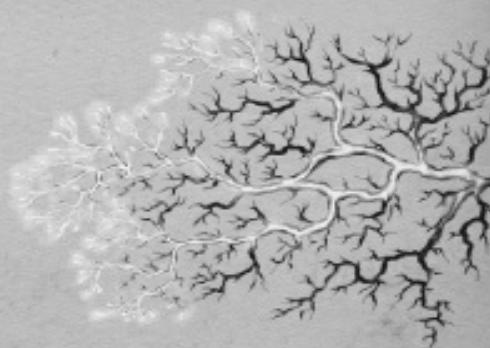
Por supuesto, si el equipo la encontraba, tendría instrucciones discretas de romper el rubí como si hubiera sido por la caída. Y por supuesto, deberían hablar en voz bien alta de lo trágico que era entre los eruditos de la torre.

Navani tenía una incipiente sospecha sobre la identidad del spren que se había puesto en contacto con ella. Quería asegurarse de que ese spren, y su agente, se enteraran de que la vinculacaña se había perdido.

«A ver qué haces ahora», pensó Navani, y regresó con paso tranquilo al interior de la torre.



Se nos hizo este grieta en
más de una ocasión. Los
labios del cenizaspren
salen despedidos por un
instante, revelando los
dientes en una sonrisa
que desaparece
cuando la ceniza
se reincorpora.



En el Reino Físico, los cenizaspren aparecen como
una grieta que se extiende sobre una superficie o
se ramifica en el aire. Cuando se mueven parecen
quemar el material que atraviesan, pero al pasar
dejan la superficie intacta.

Hemos tenido pocas ocasiones de eximirnos de
cerca a los cenizaspren, que se han comportado
con hostilidad en todos nuestros encuentros.

A la mayoría les he visto solo de pasada.



UNA JAULA SIN BARROTES



He empezado a planear una salida de este atolladero buscando a la persona ideal que actúe en mi nombre. Alguien que encarne tanto a Conservación como a Ruina. Una... espada, por así decirlo, capaz tanto de proteger como de matar.

Adolin alzó la mirada al oír la llamada del vigía en la proa de la barcaza. Tierra a la vista.

«Por fin», pensó, dando a Galante una firme palmada en el cuello. El animal relinchó emocionado.

—Créeme —dijo al ryshadio—, yo tengo las mismas ganas de llegar a tierra que tú.

A Adolin siempre le había gustado viajar, sentir la brisa en la cara, el cielo acogedor sobre la cabeza. ¿Quién sabía qué sabores nuevos, qué modas exóticas podría encontrar en su destino? Ir en barco, en cambio, era insopportable. No había espacio para correr, no había buen terreno para entrenar. Un barco era una jaula sin barrotes.

Dejó a Galante y fue a la proa de la barcaza. Una oscura franja de obsidiana asomaba del mar por delante, con tenues luces titilando encima. No eran almas, sino auténticas velas en las ventanas de pequeñas estructuras. En Shadesmar, los spren podían manifestar las cuentas que representaban el alma de un fuego, y al hacerlo creaban llamas que proporcionaban luz, aunque muy poco calor.

Los demás se habían congregado contra la borda de la barcaza, pero Godeke se reunió con Adolin en la pequeña cubierta superior. El larguirucho Danzante del Filo parecía tan ansioso como Adolin por desembarcar: Adolin había visto a Godeke dar inquietos paseos más de una vez en los últimos días.

Por desgracia, el lado responsable de Adolin, que su padre le había inculcado a lo largo de los años, hizo que apelara a la cautela.

—No sabemos qué situación vamos a encontrar en esta población —dijo a los demás—. La última vez que estuve en Shadessmar, la primera ciudad en la que entramos resultó estar en poder de los Fusionados. Deberíamos enviar primero a algunos Tejedores de Luz disfrazados para explorar.

—Aquí no encontraréis peligro —prometió Ua’pam, frotándose unos nudillos contra otros en un curioso gesto, que sonaba como a dos rocas raspando—. Esto son tierras libres. Ni honorspren ni Fusionados controlan este lugar.

—Aun así, iremos con cuidado —dijo Adolin, mirando a los demás—. Todos los humanos, meteos bajo la lona hasta que hayamos explorado un poco.

Rezongando, reunieron a sus caballos y se metieron en la enorme «sala» bajo la lona. Shallan ya estaba descansando allí. La mayoría había optado por desenrollar sus colchonetas dentro, donde habían apilado las altas cajas del cargamento para crear distintos recovecos y reservados.

Adolin zarandeó a Shallan con suavidad.

—¿Shallan? ¿Estás bien?

El bulto oscuro que era su esposa se movió.

—Puede que anoche me pasara un poco bebiendo.

Adolin sonrió. La travesía había sido relajante de verdad, salvo por lo preocupado que estaba por su destino. Había estado bien pasar tiempo con Shallan, y Adolin hasta había disfrutado de las apariciones de Velo y Radiante. La segunda era una excelente compañera de entrenamiento con la espada, y la primera conocía una cantidad al parecer infinita de juegos de cartas. Algunos de ellos eran buenos juegos vorin, y otros... en fin, tenían demasiado azar para ser apropiados, pero eran más divertidos de lo que Adolin había esperado.

La velada anterior había culminado con Shallan sacando un excelente violeta thayleño, una variedad de Kdisln. Como de costumbre, ella había tomado unas cuantas copas más que Adolin. Shallan tenía una relación extraña con la bebida, que variaba según su personalidad. Pero dado que

podía anular sus efectos usando la luz tormentosa, en teoría nunca podía estar borracha a menos que quisiera. A Adolin lo desconcertaba que a veces se fuese a dormir en el estado en que lo hacía, arriesgándose a la resaca matutina.

—Quiero que alguien explore la población antes de que entremos —dijo Adolin—. ¿Quieres que envíe a...?

—Iré yo —dijo ella, levantándose—. Déjame unos minutos.

Fiel a su palabra, Shallan estaba lista al poco tiempo, llevando un tejido de luz que la hacía parecer una cultivacispren. Se llevó a Vathah con un disfraz parecido, y los dos desembarcaron con Ua'pam y su primo para recorrer el pueblo.

Los demás esperaron bajo la lona. Godeke hurgó en sus bolsillos y sacó unas pocas esferas. Su dinero personal parecía haber consistido sobre todo en chips, que ya se habían hecho opacos a aquellas alturas. Habían visto una alta tormenta varias veces —las tormentas se manifestaban allí como resplandores en el cielo—, pero las esferas no se habían recargado.

—Hasta el broam que me traje empieza a apagarse —rezongó Godeke, levantando la amatista para iluminar la oscuridad bajo la lona—. No creo que ni las gemas más grandes que tenemos duren hasta que lleguemos a la fortaleza, brillante señor.

Adolin asintió. Habían repasado las existencias de luz tormentosa una docena de veces antes de su partida. Por muchas vueltas que le dieran, no había forma de llegar a Integridad Duradera con una sola pizca de luz tormentosa. Así que los regalos que habían llevado eran cosas que, según Syl, se apreciarían allí: libros recién escritos, rompecabezas hechos de hierro que podían tener la mente ocupada durante horas y algunas armas.

Había un método por el que podrían haber llevado luz tormentosa que durase más. Los thayleños poseían gemas que eran, por sus estructuras casi perfectas, capaces de retener la luz tormentosa a lo largo de períodos extensos. La mejor de ellas la habían utilizado un año antes para capturar a uno de los Deshechos, y Jasnah había dicho que necesitaba las demás para sus experimentos.

Jasnah había mencionado otra cosa acerca de aquellas gemas casi perfectas, una cosa que la tenía preocupada. Le parecía raro que las gemas que circulaban como esferas siempre tuvieran tantos defectos que perdían la luz muy deprisa. Jasnah afirmaba que lo lógico sería que hubiera una cierta variedad, y que de vez en cuando deberían encontrar algunas más perfectas,

pero no era así.

¿Por qué le preocupaba eso? Adolin meditó sobre el asunto mientras esperaba a Shallan, tratando de seguir la pista a los pensamientos de Jasnah. ¿Y si alguien estuviera al tanto de ese hecho mientras los demás creían que todas las gemas venían a ser iguales? Si alguien conociera el increíble valor que tenían las gemas capaces de contener la luz tormentosa durante largos trayectos por Shadessmar, podría haber dedicado años a reunirlas.

Adolin frunció el ceño, preguntándose si era posible. Luego miró a Godeke, que sostenía en alto uno de sus broams que cada vez eran más opacos.

—Cuando puedas entrar en la ciudad —le dijo Adolin—, llévate casi toda la luz tormentosa que nos queda y haz lo que hemos acordado. Intercámbiala por provisiones para la siguiente parte del viaje y gástate el resto para cargar la barcaza.

El primo de Ua'pam los esperaría con la barcaza en el pueblo para vigilar sus pertenencias. El grupo de Adolin solo tendría que llevarse lo suficiente para el trayecto de ida y vuelta hasta Integridad Duradera.

Eso, suponiendo que todo fuese bien con la investigación que estaba haciendo Shallan del pueblo. Mientras esperaban, Adolin empezó a notarse cada vez más ansioso. Sentía como si fuese a caerle algo encima. ¿El trayecto hasta allí no había sido demasiado fácil?

Pasó el tiempo viendo cómo estaban sus soldados y su escriba. Dado que los encontró animados, Adolin fue a ver cómo estaba Maya. La encontró sentada en un rincón al fondo de la lona y tuvo que sacar una gema, un grueso zafiro grande como su pulgar, para poder verla con una mínima iluminación.

Maya contempló la gema. Sus ojos se habían quedado raspados por los acontecimientos de la Traición, pero aun así podía ver. La habían cegado sin dejarla ciega, la habían matado sin que muriera. Las maneras de los spren eran extrañas.

—Hola —dijo, acuclillándose—. Tardaremos poco en poder desembarcar.

Maya no respondió, como de costumbre, aunque cuando un cumbrespren pasó por fuera del toldo, movió de golpe la cabeza para mirar en esa dirección.

—También estás inquieta, ¿eh? —dijo Adolin—. Tenemos que tranquilizarnos los dos. Vamos a ver.

Fue donde habían guardado sus cosas, sacó la espada larga y adoptó una

posición de combate. La lona quedaba más de treinta centímetros por encima de su cabeza, y casi todo el mundo se había reunido al otro lado, cerca de Godeke y sus esferas, de modo que tenía espacio para hacer una kata básica.

Todos los días Maya lo acompañaba en sus ejercicios de estiramiento matutinos, entre los que hacía una kata de centrado que le había enseñado Zahel hacía años. ¿Seguiría una distinta, si Adolin se la enseñaba? Una espada larga era una pésima imitación de una hoja esquirlada, pero también lo más parecido que tenía.

Dejó el zafiro encima del baúl cerrado de las espadas para iluminar el espacio e inició una lenta y cuidadosa kata que tenía por objeto practicar las estocadas. No había nada vistoso, ninguna estúpida floritura ni giro con la hoja. Era un ejercicio básico, pero Adolin lo había hecho centenares de veces con su hoja esquirlada en los terrenos de entrenamiento. La parte que estaba haciendo imitaba el combate en pasillos, donde no se podía blandir la espada demasiado alta ni demasiado a los lados para no dar contra la piedra. Por tanto, era perfecta para aquel espacio reducido.

Maya lo observó con la cabeza hacia un lado.

—Esta te la sabes —le dijo Adolin—. ¿Te acuerdas? Combate en pasillo. ¿Práctica de estocadas y tajos controlados?

Empezó otra vez, pero más despacio. Un movimiento fluía hacia el siguiente. Paso, espada controlada con dos puños, acometida hacia delante con estocada y recuperar la guardia volviéndose en sentido opuesto. Adelante y atrás, un ritmo, una canción sin música. Un combate sin oponente.

Maya se levantó vacilante, así que Adolin se detuvo. La spren fue hacia él e inspeccionó la espada con la cabeza todavía ladeada. Las finas enredaderas que se entrelazaban para componer su rostro parecían tendones, una cara humana pero sin la piel. Recorrió toda la longitud de la hoja con la mirada.

Adolin empezó de nuevo. Maya hizo los mismos movimientos cuidadosos a su lado, y con una forma perfecta. Ni siquiera Zahel en su peor día habría encontrado ningún motivo para corregirle la pose. Adolin recorrió despacio la kata y ella lo siguió, empuñando solo aire vacío, pero moviéndose exactamente igual que él mientras lanzaba la estocada, volvía a la guardia y giraba.

Las conversaciones al otro lado del recinto fueron cesando a medida que spren y soldados se detenían a mirar. Adolin tardó poco en dejar de prestarles atención. Solo estaban él, la espada y Maya. Las relajantes repeticiones hicieron que su tensión se disipara. Las katas eran más que un entrenamiento:

eran una forma de concentrarse. Eran algo que todo joven espadachín necesitaba aprender, ya quisiera luchar en duelos o encabezar una carga en el campo de batalla. Adolin tenía lástima de quienes nunca habían conocido la paz y la concentración que proporcionaba el entrenamiento. Podía apartar de su mente hasta la más poderosa tormenta.

Al cabo de un tiempo, Adolin no habría sabido decir cuánto, Shallan se agachó para entrar en la lona. Había renunciado a su tejido de luz, por lo que era evidente que no consideraba que corrieran ningún peligro. Ua'pam, por su parte, miró fijamente a Maya mientras las grietas de su piel derramaban una luz fundida por la cubierta y el techo de lona.

Adolin por fin se detuvo y Maya se quedó quieta a su lado. Mientras él relajaba los músculos y se secaba la frente, ella se sentó de nuevo en su rincón.

Ua'pam se acercó a él, rascándose la cabeza en un gesto muy humano.

—¿Otra kata? —preguntó—. Esto es más que simple entrenamiento. De verdad debes decirme. ¿Cómo lo haces? Cada día tu entrenamiento en ella es más increíble.

Adolin se encogió de hombros y atrapó en el aire la toalla que Felt le había lanzado.

—Maya recuerda las veces que hemos practicado juntos como hombre y hoja esquirlada.

—Es una ojomuerta —dijo Ua'pam—. La mataron hace miles de años. No piensa. El trauma de la traición de su Radiante destruyó su mente.

—Ya, bueno, a lo mejor es que se le va pasando.

—Somos spren. Somos eternos. Nuestras muertes no «se van pasando».

Adolin arrojó la toalla de vuelta a Felt.

—Y los spren tampoco iban a vincularse jamás con humanos, pero ahí estás tú, el spren compañero de Zu. Las palabras como «eternos» o «jamás» no son tan definitivas como fingís todos.

—No sabes lo que dices —replicó Ua'pam.

—Y a lo mejor por eso Maya y yo somos capaces de cosas que crees imposibles. —Adolin miró a Shallan—. ¿Podemos bajar al pueblo?

—No hay señales de actividad de Fusionados —dijo ella—. Por aquí pasan muchas caravanas y hasta hay algunas acampadas a las afueras, y no es raro que en ellas haya humanos. Los spren de este paradero no se extrañarán de vernos. Solo tenemos que decir a todo el mundo que somos mercaderes.

—Muy bien, pues —dijo Adolin—. Salgamos todos de esta barcaza y

estiremos las piernas. Pero id en grupos y no os metáis en líos.

Shallan seguía teniendo resaca. El cerebro le latía, incesante, furioso. Era una especie de acusación del tipo «¿cómo pudiste?». Se preocupó por si, al haber llegado a tierra firme, atraía a dolorspren, lo cual podría ser peligroso.

Todo esto es culpa tuya, Velo, dijo Radiante en su mente. *¿Cómo pudiste dejar que nos fuéramos a dormir sin quemar el vino?*

No estaba pensando bien, respondió Velo. *Ese viene a ser el objetivo de beber...*

Velo no usa muy bien la luz tormentosa, pensó Shallan. *No la culpes.*

Por lo menos el dolor estaba remitiendo. Cuando había absorbido luz tormentosa para ponerse la cara ilusoria, le había sanado parte del suplicio. Pero la luz tormentosa era un recurso muy valioso y Shallan solo había utilizado la necesaria para mantener la ilusión.

Seguro que podía gastar un poquito más.

No, pensó Radiante. Debemos sufrir, como castigo por abusar de la bebida.

No es culpa de Shallan, protestó Velo. *No tendría que pasarlo mal ella por lo que hice yo.*

Yo también tomé unas cuantas copas, pensó Shallan, *así que dejemos el tema.*

Los demás, muertos de ganas de salir y ver el pueblo, se dividieron en equipos, pero Adolin la esperó. Bajaron al sencillo muelle de piedra y entraron en el pueblo, aunque llamarlo pueblo era ser muy generosa. Shallan había podido recorrer sus cuatro calles en menos de media hora.

Aun así, aunque era pequeño, el lugar presentaba una sorprendente variedad de spren, la mayoría procedentes de las cinco o seis caravanas que estaban acampadas allí en esos momentos. Incluso desde la perspectiva que tenía Shallan, alcanzó a distinguir seis variedades distintas. Había tomado unas cuantas Memorias para seguir con su proyecto de historia natural, y su intención era salir de nuevo y capturar unas pocas más.

Además, algunas caravanas tenían humanos. ¿Quiénes eran? ¿Cómo habían llegado a ese lado? ¿Procedían de otras tierras, como Celeste? Shallan anhelaba volver a recorrer las calles y observarlos más de cerca.

Solo que..., dijo Velo. Ya sabes.

Shallan lo sabía. Aquella podía ser la ocasión para pasar un tiempo a solas por fin, después de dos semanas de travesía. De hecho, los marineros de

Unativi estaban echando a suertes quién tendría que quedarse en la barcaza para vigilarla. Tal vez...

—Ve tú por delante —dijo Velo, poniéndose el sombrero que había llevado colgado del cuello por los cordones para que Adolin supiese quién era—. Yo ya he podido estirar las piernas. Creo que voy a descansar un poco más.

—Deberías beber menos —dijo Adolin.

Velo le dio un puñetazo amistoso en el hombro.

—Y tú deberías dejar de sonar como tu padre.

—Golpe bajo, Velo —dijo él haciendo una mueca—. Pero tienes razón. Vigila nuestras cosas.

Adolin fue a recoger a Maya, que lo seguía cuando él se lo pedía. Seguro que Adolin pensaba que a la spren le iría bien hacer un poco de ejercicio, o algo. Se comportaba un poco raro con esa spren.

A mí me parece muy dulce que se preocupe por ella, pensó Shallan.

Quizá lo fuese. Pero también era raro. Velo llegó al lado de Unativi.

—Podéis ir todos si queréis —dijo al grupo de cumbrespren—. Yo pensaba quedarme de todos modos, así que puedo vigilar la barcaza.

Unativi la observó y las luces de su interior fundido ganaron brillo a través de las grietas de su piel.

—¿Te quedas? ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Ya he podido salir un rato. Podéis bajar todos. No hace falta que se quede más de una persona. Tampoco es que aquí haya ningún peligro, ¿verdad?

—Si lo hubiera —dijo Unativi—, eres Radiante. ¡Mejor para afrontarlo que un cumbrespren!

Se volvió hacia sus marineros, que parecían entusiasmados. Pasar un par de semanas en la misma barcaza podía hacer que cualquiera se aburriera de las vistas, incluidos los marineros.

Al poco tiempo, por fin Velo se quedó sola. Hasta el momento durante el viaje, solo había estado a solas cuando utilizaba el orinal en la sección que habían aislado detrás de la lona. E incluso eso había estado demasiado cerca de todos los demás para no resultar embarazoso. Pensó que...

—Mmmm...

Dio media vuelta y descubrió que, cómo no, Patrón aún estaba allí. Mirándola.

—¿Vas a contactar con Mraize, Velo? —preguntó con voz animada—. Mmm...

Eso iba a hacer. Las tres coincidían en que tenían que hablar con él, pero a Velo no le gustó que Patrón lo hubiera adivinado con tanta facilidad.

—Quédate aquí —le dijo— y asegúrate de que no me interrumpe nadie.

—Oh. ¿No puedo escuchar? —Su patrón se ralentizó, casi pareció marchitarse—. Me gusta Mraize. Es muy extraño. Ja, ja.

—Sería mejor que hubiera alguien vigilando para que no me pillen —dijo Velo. Entonces suspiró—. Pero también sería bueno que escucharas tú a Mraize. Podrías darte cuenta si dice algo que no sea cierto.

—No creo que diga cosas que sean falsas del todo —repuso Patrón—, lo cual vuelve sus mentiras las mejores de todas. Mmm. Pero no puedo saber automáticamente si algo es mentira. Es solo que las aprecio mejor que la mayoría, cuando me doy cuenta de lo que son.

Fuera como fuese, Velo consideraba a Patrón más experto que muchos humanos en detectar subterfugios. Le hizo un gesto para que la acompañara bajo el toldo, todavía contenta de estar *casi* a solas.

Una parte de ella se preocupaba por esa emoción. Estaba viviendo una doble vida casi todo el tiempo desde que había conocido a Adolin, y eso suponía una presión para Shallan. Y lo peor era que tenía tan arraigado mentirse a sí misma que estaba convirtiéndose en una segunda naturaleza para ella.

Esto es un problema, Shallan, pensó Velo mientras regresaba hacia su cofre.

Estoy mejorando, replicó Shallan. *Ninguna personalidad nueva en más de un año ya*.

¿*Y Sinforma?*?, preguntó Radiante, imperiosa.

Sinforma no es real. Aún no, pensó Shallan. *Estamos muy cerca de abandonar a los Sangre Espectral. Una misión más y se acabó. Y Sinforma no se manifestará*.

Velo tenía sus sospechas. Y tenía que reconocer que ella misma era una gran parte del problema. Shallan idealizaba la forma en que Velo podía vivir tan relajada, sin preocuparse de su pasado ni de las cosas que había hecho. De hecho, Shallan identificaba esa actitud con la vida que llevaban los Sangre Espectral. Una vida que estaba empezando a envidiar.

Obtén respuestas, pensó Shallan. *Deja de pensar en esto. Tenemos que establecer contacto con Mraize antes de que se nos acabe el tiempo*.

Velo suspiró, pero situó a Patrón cerca de la entrada abierta del recinto de lona. Alcanzaría a escuchar la conversación con Mraize, pero podría avisarla si subía alguien a la barcaza. Luego abrió su cofre de objetos personales.

Entonces se detuvo. Dejó que Shallan tomara el control unos momentos. Lo suficiente para asegurarse.

Sí, pensó Shallan. *Lo han movido otra vez.*

Lo habían comprobado a diario desde aquella primera vez, y aquella era solo la segunda vez que encontraban el aparato movido. La noche que se había emborrachado. En su interior, Radiante dio un gemido irritado.

Lo siento, dijo Velo, recobrando el control. *Pero tampoco podemos tenerlo vigilado a todas horas. Además, nos interesa que el espía se sienta cómodo utilizándolo, ¿verdad?, para tener más oportunidades de pillarlo.*

En todo caso, Velo no podía negar que era un poco espeluznante que alguien se hubiera colado allí y se las hubiera ingeniado para usar el cubo mientras ella roncaba a poco más de un metro de distancia. Levantó el cubo y lo inspeccionó. Aparte de que lo habían colocado con una cara distinta hacia arriba, nada más en él parecía haber cambiado.

—¿Cómo se activaba? Mraize le había dicho que utilizara su nombre.

—Quiero hablar con Mraize. Bueno, en realidad eso es su título, más que su nombre...

Las esquinas del cubo empezaron a destellar con una intensa luz que procedía del interior, como si allí el metal fuese más fino.

—Lo conozco —dijo el cubo, sobresaltando a Velo.

—¡Puedes hablar! —exclamó.

El cubo no respondió. Velo frunció el ceño, muy atenta a las aristas. El resplandor vaciló y cambió. Al poco tiempo salió de dentro una voz fuerte, que hizo temblar el cubo en sus manos.

—Pequeña daga —dijo Mraize—, te estaba esperando.

Adolin se ciñó a sus propias normas y no se marchó por ahí a solas. Maya y él se quedaron cerca de sus soldados y su escriba, que caminaban por la ciudad en un grupito apañado, riéndose demasiado fuerte mientras charlaban, como intentando demostrar que no estaban nerviosos en absoluto por hallarse en un lugar tan extraño.

En otra situación, habría ido con ellos para tranquilizarlos, pero Adolin se descubrió lastrado por la seriedad de la tarea que tenían por delante. Sus preocupaciones estaban volviendo aemerger con el final de la travesía.

Necesitaba demostrar que podía convencer a los honorspren de que se unieran a la coalición. Después de fracasar en Kholinar, tenía que... *necesitaba* hacer aquello. No por su padre. Por la coalición. Por la guerra. Por su patria.

Intentó concentrarse en el siguiente paso, que consistía en obtener provisiones en aquel paradero. A grandes rasgos en un mercado que atendía a las caravanas y los barcos mercantes. Al igual que en Celebrant, la otra población spren que había visitado, la mayoría de los edificios estaban construidos con una mezcla de tipos de piedra, moteados de diversos colores. Material de construcción manifestado. La roca y el metal de verdad eran mucho más caros allí, ya que tenían que transportarse a través de algún portal como las Puertas Juradas.

La arquitectura de los edificios no daba una sensación cohesionada. Las influencias más comunes eran las azishianas, pero los spren utilizaban cualquier cosa que pudieran conseguir, de modo que el resultado era una mezcolanza de diseños y estilos. La mayoría de los spren que se encargaban de las tiendas parecían ser cultivacispren. Gritaban ofertas en azishiano o alezi, ofreciendo agua fresca o provisiones que sabían que los humanos podrían querer.

Había spren de todas las variedades echando un vistazo a las mercancías. De entre ellos, Adolin encontraba a los cenizaspren los más fascinantes. Se parecían a personas, pero a veces la piel se les descascarillaba revelando el hueso de debajo. Cuando pasó junto a una de ellos, la spren chasqueó los dedos, haciendo que toda la ceniza de su mano se desgajara y desapareciera, y enseguida le volvió a crecer. Adolin hasta distinguió a un par de altospren, como desgarrones en la realidad con forma de persona. Dejó mucho espacio entre ellos y él, aunque parecían ser solo un par de mercaderes más.

La ropa de los spren era tan ecléctica como sus materiales de construcción. Adolin se cruzó con un cumbrespren que llevaba una casaca de uniforme veden encima de una tela envuelta tashikki, nada menos. Debería haberle quedado estafalario, y desde luego él no se habría puesto nunca esas cosas juntas, pero Adolin descubrió que no le molestaba. Los spren habían adoptado la ropa humana y la habían hecho propia. ¿Por qué deberían seguir las tendencias de los reinos de otro mundo?

En ese sentido, había algo fresco e interesante en la moda del lugar. Era como el trabajo de un artista con talento pero sin formación. Se les ocurrían unas combinaciones que ningún miembro de la cultura de Adolin podría

haberse atrevido a imaginar nunca.

«Aun así —pensó al cruzarse con un spren alto y esbelto de un tipo que no reconoció—, alguien debería decirle a ese para qué se usa la coquilla en nuestro lado.»

Sus soldados se detuvieron para curiosear en una armería, aunque Adolin les había advertido que no se fiaran de las armas manifestadas. De todos modos, era difícil no quedarse embelesado por la enorme variedad de espadas que había expuestas. En el Reino Físico una espada forjada por un maestro armero era una compra cara, y la gente a menudo se sorprendía de lo que podía llegar a costar incluso una espada de cinto ordinaria. Allí, en cambio, manifestar una espada requería más o menos la misma cantidad de luz tormentosa que manifestar un ladrillo, así que podían encontrarse metidas en barriles o amontonadas fuera de las tiendas.

Aquella economía tan estrañalaria sin duda fascinaría a Shallan. Kaladin había oído que guardaban gemas casi perfectas en los bancos de los spren, almacenando grandes cantidades de luz tormentosa para uso futuro. Y por supuesto, tener a tantos humanos cerca había traído a pequeños spren emocionales, el equivalente en Shadesmar de los animales. Los glorispren volaban por el cielo y los miedospren se apelotonaban en los callejones con el aspecto de enormes anguilas de muchas piernas con antenas largas y globosas.

Un spren volador alargado, con bigote y un cuerpo grácil, aterrizó encima de un edificio y luego saltó, expulsando un estallido de diminutas esquirlas cristalinas que flotaron hacia abajo y se desvanecieron. ¿Sería un pasionspren? Tenía que decírselo a Shallan.

Se volvió hacia la lejana barcaza, donde se había quedado Shallan. Maya se detuvo a su lado, pero se quedó mirando hacia delante con sus ojos raspados.

—Me pregunto por qué no habrá venido —dijo Adolin—. Es raro en ella querer descansar habiendo tanto que ver.

Maya no respondió. Pero eso no impedía que él le hablara. La spren tenía como un... un algo que le resultaba relajante.

—Supongo que estará Velo al mando —dijo Adolin—. Me imagino que no querrá que nos roben las cosas. Shallan dice que las otras dos existen para protegerla o ayudarla, y eso lo veo. Quiero comprenderlo. No quiero ser como los demás, que susurran que está loca y se ríen.

Miró a Maya, que le devolvió la mirada.

—Es una tontería por mi parte ponerme celoso del tiempo que pasa controlándola Velo, ¿verdad? —preguntó Adolin—. Shallan creó a Velo como una herramienta. Es solo que... no sé si estoy haciendo esto bien. No sé cómo apoyarla.

No se le daban bien las relaciones. Nunca se le habían dado bien. Eso podía reconocérselo a sí mismo. Había estado en docenas de ellas y todas se habían ido a pique, de modo que tenía todo tipo de experiencia en hacer las cosas mal pero muy poca en hacerlas bien.

Quería hacerlo bien. Amaba a Shallan, en parte por sus excentricidades. Shallan daba la impresión de estar viva de forma distinta a todos los demás y, por algún motivo, también era más auténtica. Estaba repleta de personalidades y recubierta de ilusiones. Y sin embargo, por increíble que pareciera, daba más sensación de ser real gracias a ellas.

Aflojó el paso para no adelantarse demasiado de los demás y deseó poder meterse las manos en los bolsillos. Por desgracia, los bolsillos de aquel uniforme estaban cosidos. Los pantalones quedaban mejor así.

Sabía por qué se notaba tan alterado. Ver otro asentamiento spren le recordaba la última vez que habían ido a Shadessmar. Cuando se había visto obligado a dejar a Elhokar muerto en su palacio, después de que la ciudad cayera. Y lo peor de todo era que Adolin había abandonado sin querer a sus tropas, las había dejado enfrentándose a la invasión mientras él terminaba en Shadessmar.

Adolin no era de los que se reconcomían taciturnos, pero... tormentas, si había alguien que mereciera su lugar en Condenación, era el general que abandonaba a sus hombres a la muerte.

Salió de sus sombrías ensueños al darse cuenta de que Maya estaba mirando a un lado, fijándose en algo. Solo eso ya era bastante raro, dado que no solía prestar mucha atención a su entorno. Pero cuando Adolin se acercó a ella, vio qué era lo que la tenía tan absorta. Otra ojomuerta.

Aquella ojomuerta era una críptica, de pie ante un comercio. Los crípticos no tenían ojos, pero no cabía duda de que aquella criatura había sufrido el mismo destino que Maya: su patrón se había detenido por completo, las líneas que debían haber sido elegantes estaban retorcidas y apuntando en direcciones extrañas, como dedos rotos. Tenía el mismo raspado estropeándole la parte delantera de la cabeza.

Maya dio una especie de gemido grave y gutural.

—Lo siento —dijo Adolin—. Sé que es angustiante. Vámonos, venga.

Maya le cogió el brazo cuando hizo ademán de marcharse, cosa que lo sorprendió. También pareció sorprenderla a ella, ya que bajó la mirada a las manos con las que tenía asido el brazo de Adolin y ladeó la cabeza. Sin soltarlo, se volvió hacia la críptica ojomuerta, tirando de Adolin. Daba la impresión de querer decir algo.

Los hombres de Adolin seguían mirando tiendas, así que se volvió en la dirección que Maya quería y anduvo hacia la tienda donde estaba la ojomuerta. Como la mayoría de los comercios que había visto en Shadesmar, aquel estaba abierto de par en par. Era poco más que un toldo en la fachada del pequeño edificio donde probablemente vivirían los tenderos. Allí no había tormentas de las que preocuparse, así que las estructuras tendían a unos diseños más abiertos al aire, que a él le daban la sensación de estar expuesto.

El tendero eran un tintaspren. Adolin había oído que eran menos numerosos que las demás variedades y que no se relacionaban mucho con nadie. La criatura era de color negro azabache, tanto que casi brillaba, como si estuviera hecha de piedra pero con el colorido centelleo del aceite sobre el agua cuando la luz le daba en el ángulo adecuado. Vendía libros, que tenía ordenados con esmero en estanterías, no amontonados de cualquier manera como muchas otras tiendas de allí.

—Eres alezi —dijo el tendero, mirando a Adolin de arriba abajo. Hablaba con un fuerte acento nasal—. Y eres varón. No tienes necesidad de libros. Esto es.

—Quería preguntarte por tu ojomuerta —dijo Adolin, señalando con la barbilla a la críptica.

—Una amiga era —respondió el tendero con voz tensa.

—Hace mucho tiempo, cuando había Radiantes.

—No. Eso antes fue. Mi socia en el negocio, una vez. —El tintaspren frunció el ceño—. ¿Sabes algo de esto, humano? ¿Del peligro que es?

—¿Qué peligro?

—Nuevos ojomuertos —dijo el tendero, negando con la cabeza—. Los Radiantes no deberían haber vuelto a empezar. ¿Sabes que esta cosa es? En tu reino empezó, ¿me equivoco?

—No sé de ningún Radiante que haya traicionado sus juramentos —le aseguró Adolin—. ¿Estás seguro de eso?

El tintaspren hizo un gesto hacia su amiga.

—Fue mi socia durante muchos siglos. Se marchó hace diez años para unirse a otros que buscaban Radiantes. El año pasado la encontré así, sentada

ella sola en una isla muy al este. Se empeñaba en venir en esta dirección, o al menos caminaba hacia aquí sin cesar. Así que abrí aquí mi tienda.

—¿Estás seguro de que esto le pasó hace poco? —preguntó Kaladin.

—Mi memoria no es defectuosa —dijo el tintaspren—. Es lo que vosotros hacéis, matar spren. Deberíais sentir vergüenza. —Miró a Maya—. ¿Esta es otra que tú mataste?

—Claro que no —respondió Adolin—. Es...

Dejó de hablar porque no quería revelar demasiado. Había ordenado a todos los demás que fuesen prudentes.

Pero... ¿una nueva ojomuerta? Parecía imposible. Quizá... quizá algún joven potenciador novato en los confines de Bavlandia se había quedado sin apoyo ni amigos y había roto sus juramentos. No era una suposición demasiado descabellada: cuanto más averiguaban, más comprendían que Kaladin, Jasnah y Shallan no habían tenido la exclusiva de formar los primeros vínculos Radiantes en los últimos años. Se había producido una revolución general a lo largo y ancho de Roshar, cuando los spren habían sentido el advenimiento de la tormenta eterna y algunos habían vuelto a vincularse con humanos.

No obtuvo nada más que gélidas acusaciones del tintaspren, así que volvió a la calle... y Maya se lo permitió. ¿Habría sabido de algún modo que aquella ojomuerta era extraña? ¿Por eso había querido que Adolin entrara a hablar con el tendero?

Fue en dirección a donde había dejado a sus hombres, pero se detuvo al ver que Godeke y su spren corrían calle arriba. El exfervoroso tuvo una forma elegante de llegar y convertir con fluidez la carrera en una inclinación.

—Brillante señor, creo que querrás ver esto.

—¿Qué pasa? No será otro spren ojomuerto, ¿verdad?

—No —dijo Godeke—. Son los humanos.

LA TRAICIÓN



Pero con eso no respondo al núcleo de vuestra carta. He instado a quienes se prestaron a hablar conmigo a escuchar vuestras advertencias, pero todos parecen contentarse con hacer caso omiso a Odium por el momento. En su opinión, no supone una amenaza mientras continúe retenido en el sistema roshariano.

La luz destelló en el extraño cubo, filtrándose por las esquinas mientras Mraize hablaba. Velo estaba mirando esa luz y de pronto se sintió deshilvanada, atrapada entre dos momentos.

Aquella experiencia... ya la había tenido antes. Había estado allí, arrodillada en el suelo, sosteniendo un cubo que brillaba por las esquinas. Exactamente igual que aquello.

Llevó una mano a la parte superior del cubo, tocó el liso metal y esperó encontrar mellas en él. Inclinó la cabeza a un lado, levantó los dedos para mirárselos y los frotó contra el pulgar. Aquello estaba mal... Volvió la mirada atrás y vio el recinto cerrado bajo la lona.

Estaba en una misión en Shadessmar. ¿Por qué debería esperar ver un jardín a su espalda? ¿El jardín de su padre?

Velo dejó paso a Shallan. Esos recuerdos... eran algo que había perdido. De los años anteriores a la... la muerte de su madre. Aquella época retorcida, anudada, llena de malezas en su cerebro, oculta tras unos parterres cultivados con esmero. Cuando Shallan repasaba sus recuerdos, no le daba la impresión

de que faltara nada. Y sin embargo, sabía a partir de otras pistas que tenía lagunas.

Recuerda, pensó Velo. Recuerda.

Había entrenado con Patrón de niña. Había pronunciado juramentos. Había invocado una hoja esquirlada y había derribado a su propia madre, frenética por sobrevivir. Y... volvió a mirar el cubo... ¿había tenido en las manos uno como aquel?

Aferró el cubo con fuerza y puso toda su concentración en la voz de Mraize. No podía pensar en el pasado. *No podía*. Por desgracia, los sonidos que salían del cubo le sonaban embrollados. Su mente se fijaba en cada sílaba de forma individual y no podía comprender el alezi como idioma; era solo una cacofonía de sonidos.

Sacudió la cabeza y el cubo pareció dar un bandazo en sus manos. Shallan dio un respingo, obligó a Velo a tomar el control y las palabras de Mraize empezaron a tener sentido.

—¿... tenido cuidado de no llamar la atención para hablar conmigo? —estaba diciendo Mraize.

—Eh... —dijo Velo—. Pues claro que lo he hecho en secreto. Me conoces demasiado para preguntar eso.

¿Qué habría estado diciendo antes? Velo se lo había perdido por completo.

—Siempre es beneficioso —dijo él— reforzar el comportamiento deseado, pequeña daga. En la gente igual que en los sabuesos-hacha. ¿Y tu informe?

—Hemos desembarcado —dijo ella—, y los demás han salido a explorar un pueblecito costero. Nos quedan aún varias semanas de viaje por tierra, con un poco de suerte igual de tranquilas que las anteriores, antes de llegar a la fortaleza.

—¿Has descubierto algo interesante de tus compañeros Radiantes?

—Nada de lo que merezca la pena informarte, Mraize —respondió Velo—. Más que nada, quería confirmar que este cubo tuyo funciona. —Calló un momento para pensar—. ¿Qué decías que pasaría si cojo una palanca y abro este trasto?

—Destruirás de inmediato al spren que vive dentro —dijo Mraize.

—No se puede matar a un spren.

—No he dicho matar.

Velo sostuvo en alto el cubo. La luz escapaba por las esquinas. ¿Se habría abierto un poquito?

—Quizá sí que tenga una pequeña información para ti —dijo—. Algo que

estaría dispuesta a intercambiar por detalles sobre este cubo.

—Esa no es tu misión, ni lo que habíamos acordado, pequeña daga —repuso Mraize con voz divertida—. Una sabuesa no retiene su afecto hasta obtener su festín. Cumple primero y luego recibe su recompensa.

—Me dijiste que fuese la cazadora, no la presa —afirmó Velo—. ¿Y ahora me echas una dentellada por mostrar iniciativa?

—La iniciativa es algo maravilloso, y tu posesión de ella digna de elogio. No obstante, nuestra organización sobrevive basándose en principios de jerarquía. Un grupo de cazadores trabajando juntos podrían volverse unos contra otros con demasiada facilidad.

»De modo que yo respeto a mi *babsk* y tú me respetas a mí. No atacamos a los nuestros y no negociamos hacia arriba. Hacerlo de otro modo es abrir la puerta a la anarquía. Así que sigue cazando, pero ni se te ocurra usar el resultado a modo de rehén. Y ahora, ¿hay alguna otra cosa de la que informar sobre la misión que pueda resultar relevante?

No la había presionado más para obtener información sobre los demás Radiantes, así que, en esencia, le había concedido el punto. Su misión no era informar sobre ellos y Mraize sabía que no tenía ningún derecho a exigir que lo hiciera.

«Tomo nota —pensó Velo—. Este acuerdo deja margen para negociar, pese a lo que él quiera dar a entender.»

—Hemos tenido a unos spren raros observándonos —comentó Velo—. Solo he llegado a verlos de refilón, pero parecen del color equivocado. Como si estuvieran corrompidos.

—Qué curioso —dijo Mraize—. Sja-anat extiende su influencia. Aún estoy esperando al spren que prometió que se vincularía conmigo.

—Prometió enviar un spren —matizó Velo—, no que el spren fuese a escogerte. No culpes a Shallan si luego fracasas en obtener lo quequieres.

—Y aun así, Sja-anat os espía durante este viaje. ¿Qué puedes decirme de esos spren que has visto?

—Son todos de la misma variedad, y se quedan lejos o se ocultan de algún modo. No los ha visto nadie más de la barcaza, aunque he advertido a mi equipo que estén atentos.

—Sja-anat es importante, pequeña cazadora —dijo Mraize—. Debemos amarrarla a nosotros. ¿Una spren de Odium dispuesta a traicionarlo? ¿Una criatura antigua con un conocimiento igual de antiguo? Te encargo esta misión secundaria: pon mucha atención por si vuelven a aparecer esos spren

y establece contacto si puedes.

—Lo haré —le aseguró Velo—. ¿Hay noticias de la torre o de la invasión de Dalinar?

—Ah, aquí las cosas están sometidas a sus habituales oleadas de actividad y sorpresa —respondió Mraize—. Nada inesperado para quienes han estado prestando atención. Te lo haré saber si ocurre algo que requiera tu implicación.

Velo asintió, de nuevo distraída cuando la sensación de sostener el cubo volvió a embargarla. Forzó a Shallan a retomar el control, para ver las sombras de reflejos de recuerdos. Inspiró y espiró, procurando obligarse a mantenerse fuerte. A no huir.

¿Debería preguntar a Mraize si sabía algo de su pasado, o si ella misma se había comunicado antes con él de esa manera? Era improbable que respondiera, pero no fue eso lo que se lo impidió.

«No quiero saberlo», pensó. En vez de eso, dijo:

—Contactaré otra vez cuando hayamos recorrido una buena distancia en caravana.

—Muy bien —respondió Mraize—. Y de nuevo, permíteme que insista: debes estar atenta por si hay señales de esos glorispren corrompidos. Me preocupa que Sja-anat nos la esté jugando a los dos, y no me gusta nada la sensación.

Shallan casi dejó caer el cubo de la sorpresa. Velo se había preocupado de no mencionar la variedad específica de los spren. Y aun así, él los había llamado glorispren.

¡JA!, pensó Velo.

Ay, tormentas, pensó Radiante. *El plan de Velo ha funcionado. Ahora se pondrá insufrible.*

¿Insufrible? Lo que soy es increíble. Mraize ha caído en una trampa muy común, la de ser tan listo que empiezas a olvidarte de los fundamentos básicos. Cuestiona siempre tu información.

—Entendido —se obligó a decir Shallan—. Estaré muy atenta.

El brillo del cubo se desvaneció. Shallan lo dejó con cuidado en el cofre y tomó otra Memoria de él en su sitio antes de cerrar la tapa con llave.

La información había llegado a Mraize, y el dato falso, que Shallan había visto un glorispren vigilándola, había revelado la verdad.

Berila era la espía.

Los humanos que Godeke había encontrado eran un grupo inesperado. No parecían ser soldados, sino trabajadores comunes con la piel marrón y el pelo negro, tanto hombres como mujeres. Había gente vorin con ese tono de piel, pero era más probable encontrarlos en las regiones centrales. Marat, Tukar, las islas Reshi.

Llevaban ropa sencilla de un corte que Adolin creyó reconocer como procedente del sudeste de Makabak. Tenía colores parecidos a los estampados azishianos, pero la tela era más gruesa y áspera, la vestimenta más envolvente, con borlas trenzadas que pendían bajas desde la cintura.

«Sí —pensó—. Tienen aspecto de ser de Marat, o quizá de Tukar.»

Había varias caravanas acampadas a las afueras del pueblo, y todas las demás estaban compuestas de spren. Cuando Adolin y Godeke habían pasado por allí, les habían hecho saludos o gestos amistosos. Uno hasta había llamado por su nombre a Archinal, la spren de Godeke, al reconocerla.

Aquel campamento humano, en cambio, no era un lugar acogedor. Si los campamentos spren habían manifestado fuegos, aquel estaba a oscuras, no iluminado ni por llamas ni por luz tormentosa. La caravana humana no llevaba animales de carga, pero la gente había amontonado sus cosas en el centro mientras varios de ellos dormían. Los demás, sobre todo hombres con porras apoyadas en los hombros, vigilaban el perímetro.

—¿Quiénes son? —preguntó Adolin en voz baja, mirando desde la pared de un comercio pequeño.

El terreno fuera del pueblo era bastante árido, un campo abierto de obsidiana con unas pocas plantas cristalinas pequeñas creciendo en grupos, rodeadas de vidaspren que se mecían, más grandes en aquel lado.

—¿Mercaderes de otro mundo, quizá? —supuso Archinal. La bajita cultivacispren se retorció las manos—. Eh, a veces pasa, y cada vez más en estos tiempos. La gente viene en caravanas con intención de negociar. Les gustan vuestros vinos, brillante señor humano. Y muchos han oído hablar de vuestras armas. ¡He conocido a varios que querían adquirir una! Como si una hoja esquirlada fuese a estar a la venta.

—Otras tierras —dijo Adolin, rascándose la barbilla—. A lo mejor esos otros mercaderes a los que conociste vienen desde muy lejos, pero estos llevan ropa marati o tukari. A mí me parecen lugareños, pero, si estoy en lo cierto, deberíamos preguntarnos cómo han llegado hasta aquí. Nosotros hemos descubierto hace poco la manera de cruzar a Shadessmar, y es necesaria la ayuda de un Radiante. ¿Cómo puede haber venido hasta aquí una

caravana mercante de nuestro mundo?

—Por eso he ido a buscarte —convino Godeke—. Este grupo tiene algo que no encaja.

—Podrían ser extranjeros de todos modos —dijo Archinal—. Podrían llevar ropa manifestada que han conseguido estando ya aquí. ¡Oh! No debes dar por sentado que lo que veas aquí reflejará lo que conoces de tu vida, alto príncipe humano.

—Podríamos preguntarles, ¿no? —propuso Godeke—. Ver si quieren hablar con nosotros.

Cruzaron la mirada y entonces Adolin se encogió de hombros. ¿Por qué no? Salió seguido de Godeke y su spren, con Maya un poco más atrasada.

Los caravaneros repararon al instante en su presencia. Uno señaló y un pequeño grupo corrió hacia ellos. La iluminación de aquel lugar, con aquel sol lejano pero con una luz extraña y omnipresente, hacía jugarretas a los ojos de Adolin. Las sombras se proyectaban en direcciones erróneas y la distancia era más difícil de juzgar. De modo que Adolin estaba acostumbrado a que las cosas no encajaran.

Incluso teniendo eso en cuenta, la forma en que aquella gente parecía estar siempre envuelta en sombras... era desconcertante. Mientras se acercaban, Adolin tuvo la sensación de ver solo atisbos de sus rasgos y, se giraran en la dirección que se giraran, las partes más hundidas de sus caras —las cuencas oculares, las líneas de la nariz— estaban siempre oscuras. Captó destellos ocasionales de sus ojos.

Hablaron en un idioma que no conocía.

—¿Habláis alezi? —preguntó—. ¿O veden?

—*Gthlebn Thaylen?* —añadió Godeke.

—¿Alezi? —dijo uno de los hombres—. Tú ir, alezi.

En efecto, tenía acento tukari.

—Solo queremos charlar —dijo Adolin—. No hemos visto a más humanos por aquí. Hemos pensado que estaría bien hablar con otros de los nuestros.

—Tú ir —repitió el hombre—. Nosotros no hablar.

Adolin miró por detrás del hombre, hacia donde varios otros humanos se habían movido para hurgar entre sus cosas. Aunque la gente con la que estaba hablando llevaba porras, entrevió un destello de luz reflejada más atrás. Llevaban armas reales, pero no querían empuñarlas estando a la vista.

—Bien —dijo Adolin—. Como queráis.

Volvió al pueblo acompañado de los demás. Los tukari los observaron

hasta perderlos de vista.

—Sí que eran tukari —dijo Godeke.

—Sí —repuso Adolin—. Su país está gobernado por un hombre que afirma ser un dios y en realidad es un Heraldo. Mi padre planea empujar al ejército cantor de Emul hacia abajo para aplastarlo contra esos fanáticos. Una maniobra de martillo y yunque.

¿Estarían relacionados aquellos extraños viajeros con el asunto de Tukar o sería una mera coincidencia?

Adolin recogió a sus soldados y se los llevó de vuelta hacia la barcaza. Tenían que empezar a descargar sus provisiones y acampar. Archinal había visitado antes la fortaleza de los honorspren y estaba segura de poder llevarlos hasta allí. No debería ser difícil: con que se limitaran a seguir la costa hacia el oeste, terminarían llegando.

Mientras se acercaban a la barcaza, Adolin aflojó el paso. Había alguien hablando con Unativi delante de la embarcación, una figura blanca tintada de azul. Un spren alto, distinguido. Adolin estaba acostumbrado a verlo con un uniforme elegante, no en pantalones y camisa abotonada, pero era la misma persona.

—¿Es un honorspren? —preguntó Godeke.

—Sí —dijo Adolin, y siguió adelante—. Se llama Notum. Era el capitán del barco en el que navegamos la última vez que estuvimos en Shadesmar.

Parecía que su confrontación con los honorspren podía tener lugar antes de lo que había planeado.

Shallan terminó su boceto a la luz de las gemas, todavía sentada bajo la lona. A su lado estaba el cofre cerrado que contenía el extraño dispositivo de comunicaciones, el mismo que había plasmado en sus dibujos.

Había atraído unos pocos spren procedentes del océano. Creationspren, que allí eran pequeñas luces que se arremolinaban y cambiaban de color y forma. Evocaban distintas impresiones, a menudo rostros. Pero eran pequeños, y por tanto fáciles de tratar como a los spren en el Reino Físico. Los ahuyentó mientras Patrón se sentaba a su lado.

—Mmmm... —dijo él—. Has dibujado el mismo cubo cuatro veces, Shallan. ¿Estás bien?

—No, pero esto no es síntoma de eso —respondió Shallan. Pasó unas páginas de su cuaderno de bocetos—. Alguien ha estado moviendo este cubo. Entre las veces que lo he sacado.

El patrón de Patrón se ralentizó hasta casi detenerse.

—¿Estás segura?

—Sí —respondió ella, y le enseñó los bocetos—. Hay un arañazo en esta cara, cerca de la esquina, y esa cara estaba hacia arriba ayer, pero hoy está hacia un lado.

—Mmmm... —dijo él—. Es un detalle muy minúsculo. Uno en el que no se habría fijado nadie más.

—Ya —dijo ella. Sus dibujos eran siniestramente exactos. Sobrenaturalmente, incluso—. Berila es la espía. Puedo demostrarlo, y sé que ha estado contactando con Mraize por medio del cubo. Tengo muchísima curiosidad por saber cómo ha podido activarlo sin llamar la atención. ¿Tú la has visto hacerlo?

—No —respondió él—. No la he visto.

—Bueno, es un alivio saber quién es —comentó Shallan.

Y se sorprendió al descubrir que de verdad lo era. Podía aceptar aquello, que la traidora fuese la chica nueva. Shallan había empezado a retraerse ante la mera idea de que fuera Vathah o Ishnah.

Berila. Podía aceptar que fuese Berila. Le dolía, porque siempre le dolería que la traicionaran, pero podría haber sido peor.

Condenación, pensó Velo.

¿Qué?, preguntó Shallan. ¿Qué pasa?

¿No os parece demasiado fácil? ¿Demasiado conveniente?

Velo, pensó Radiante, fuiste tú quien se tomó tantas molestias para sembrar la información y encontrar al espía. ¿Y ahora lo cuestionas?

He mencionado hace poco los fundamentos, respondió Velo. *Debemos cuestionar toda información y preguntarnos si nos la está proporcionando alguien con algún objetivo. Tengo que pensar más en esto.*

Shallan suspiró y luego negó con la cabeza. Si Velo no las hubiera emborrachado, quizá podrían haber sorprendido a Berila. Empezó a bosquejar de nuevo, otra vez el cubo, aunque en esa ocasión le añadió mellas en la parte de arriba. ¿Se acordaba? ¿Quería acordarse?

—¿Shallan? —dijo Patrón—. Mmm... Algo va mal, ¿verdad? Aparte de tener a una espía entre nosotros.

—No lo sé —respondió ella, frotándose la frente. Los restos de su anterior resaca palpitaban al fondo de su mente—. ¿Tú... me recuerdas usando alguna vez un cubo como este, de pequeña?

—Mmm. ¿No?

—Pues la usé —dijo Shallan—. No sé cómo, pero lo hice. El problema es que no encuentro el sentido a mis propios recuerdos.

—¿Quizá... yo podría ayudarte? ¿A recordar?

Shallan fijó la mirada en el cuaderno.

—Shallan —dijo Patrón—. Me preocupas. Mmm. Dices que estás mejorando, pero me preocupas. Adolin también se preocupa, aunque no creo que él vea lo que yo.

—¿Qué ves tú? —preguntó Shallan con un hilo de voz.

—Otra cosa mirando a través de tus ojos, a veces. Otra cosa nueva. Sale cuando... cuando intento hablar de tu pasado. Así que me da miedo hacerlo. A veces me insinúas que quieres que diga más. Y entonces esos otros ojos *me ven*.

—Hay otra verdad —susurró Shallan—. Otra... otra...

Cerró los párpados con fuerza. *Velo, toma el control.*

Pero...

Velo se descubrió al mando de nuevo y oyó voces que llegaban desde fuera de la barcaza. La de Adolin, fuerte y confiada. Velo no lo amaba como Shallan, pero sabía que en esos momentos necesitaban estar cerca de él. Shallan necesitaba estar cerca de él.

No, pensó Shallan desde muy profundo. No. Me odiará. Odiará... lo que hice...

Velo fue a estar cerca de él de todos modos. Pero no pudo hacer acopio del suficiente valor para hablarle de los miedos de Shallan: no quería arriesgarse a un dolor que no estaba segura de que Shallan fuese capaz de soportar. No podía arriesgarse a dar más carne a Sininforma, así que se quedó callada.

—Conque sí que erais vosotros —dijo Notum a Adolin—. ¿Es que no aprendisteis de vuestra última excursión a este territorio? ¿Teníais que volver?

Notum tenía el aspecto de un hombre alezi, fornido y alto, con el pelo muy corto y actitud militar. Llevaba una barba un poco parecida a la de los comecuernos, con prominentes patillas bajando por las mejillas, pero añadiéndole un fino bigote. Todo ello, además de su ropa sencilla, formaba parte de él. Aunque algunos spren llevaban ropa manifestada, los honorsspren la creaban a partir de su propia sustancia.

Notum tenía el semblante impasible, pero sus palabras supuraban condescendencia. ¿Por qué no llevaba puesto su uniforme de capitán?

¿Estaría de permiso? Su barco desde luego no se veía por allí cerca.

El spren, con la misma formalidad extrema que había mostrado en su anterior encuentro, se asió las manos por detrás de la espalda en espera de una respuesta, gesto que recordó a Adolin a su padre. Adolin hizo una señal a sus soldados para que no se acercaran, aunque Maya se quedó a su lado mientras daba otro paso hacia Notum. El honorspren casi ni la miró; tendían a hacer caso omiso a los ojomuertos.

—Me han enviado en misión diplomática, Notum —dijo Adolin—, a visitar Integridad Duradera. Represento a las nuevas órdenes de Radiantes y a mi padre, el rey de Urithiru. Nuestros monarcas envían cartas de presentación. Esperamos forjar una nueva alianza.

El honorspren ensanchó mucho los ojos e inhaló un súbito aliento, cosa que los spren hacían solo por el efecto, ya que en general no respiraban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adolin—. ¿Tanto te sorprende?

—No sería educado por mi parte interrumpir —dijo Notum—. Por favor, prosigue con tu demencial diatriba.

—Solo queremos establecer un diálogo —dijo Adolin—. Regularizar las relaciones diplomáticas entre el mundo humano y el de los spren. Es una petición perfectamente razonable.

La calle más cercana se vació a medida que los spren optaban por mantenerse alejados del honorspren. Reparaban en su presencia y cambiaban de dirección. Allí no era apreciado. Su presencia se toleraba, pero no con gusto.

—Permíteme plantearte una situación equivalente —dijo Notum—. Un criminal dado a la fuga ha robado un recuerdo muy apreciado por el rey, su copa más querida, quizá. Un recuerdo de su difunta esposa. ¿Sería razonable que ese ladrón llegara tan campante a palacio un día y pretendiera regularizar las relaciones entre él y el rey? ¿O acaso sería una idiotez por su parte?

—Nosotros no hemos robado nada a los honorspren.

—Exceptuando a la hija más apreciada del Padre Tormenta.

—Syl tomó esa decisión por sí misma —objetó Adolin—. Hasta el Padre Tormenta lo ha reconocido. Además, si tan apreciada es, a lo mejor podríais escucharla todos de vez en cuando.

Maya dio un leve gruñido al oír ese comentario, lo que provocó que tanto Adolin como Notum la miraran. Era muy infrecuente que un ojomuerto hiciera algún ruido.

—El Padre Tormenta no te será de mucha ayuda —dijo Notum—. Ahora

que ha aceptado vincularse, los honorsspren ya no lo reverencian como solían. Creen que debió salir herido por la muerte de Honor y que esa herida está manifestándose ahora en un comportamiento irracional. De modo que en efecto, él ya no ordena que la Antigua Hija regrese, pero no asumas que por eso los honorsspren te darán la bienvenida a ti.

—¿En el momento en que alguien a quien respetan les dice algo razonable, lo desechan? —preguntó Adolin—. Se suponía que los spren eran mejores que los hombres.

—Ojalá fuera así —dijo Notum en voz más baja—. Príncipe Adolin, soy una persona razonable. Eso lo sabes. Solo pretendo cumplir con mi deber lo mejor que pueda. Pero aun así, puedo decirte con pelos y señales lo que ocurrirá si te acercas a Integridad Duradera. Te harán dar media vuelta. Ahora mismo no se permite entrar en la fortaleza ni a los amigos de los honorsspren, y tú eres todo menos un amigo.

»Para muchos de allí, eres un criminal. Tu especie entera está compuesta de criminales. No es tanto por la Antigua Hija como por lo que nos hicisteis.

Notum señaló con el mentón hacia Maya.

—Repite que *nosotros* no les hicimos nada a ellos —dijo Adolin, manteniendo el tono calmado a base de pura fuerza de voluntad—. A Maya y los demás los mataron hace miles de años.

—Ni siquiera una sola generación para muchos spren —repuso Notum—. Nuestros recuerdos llegan muy atrás, príncipe Adolin. Quizá no se os culparía, de no ser porque los tuyos han regresado a esos juramentos. No habéis aprendido del pasado y estáis volviendo a iniciar la abominación, vinculando a spren y poniendo en peligro sus vidas.

—Estos Radiantes no harán lo que hicieron aquellos del pasado —afirmó Adolin—. Mira, durante miles de años antes de la Traición, los spren y los humanos se llevaron bien. ¿Vamos a permitir que un solo acontecimiento borre todo eso?

—¿Un acontecimiento? —dijo Notum—. Un acontecimiento que provocó nada menos que ocho genocidios, príncipe Adolin. Párate un momento a pensar en eso. Casi todos los honorsspren estaban vinculados, y todos esos murieron. ¿Puedes imaginar tamaña deslealtad? ¿El dolor de que te asesina la persona a la que confiaste tu vida? ¿Tu misma alma? Cuando los hombres mueren, sus almas viajan al Reino Espiritual para fundirse con la deidad. Pero ¿y nosotros? —Hizo un gesto hacia Maya, de pie en sus harapos, con los ojos raspados—. Nosotros permanecemos vagando por Shadessmar como

almas muertas, incapaces de pensar o hablar. Nuestros cuerpos los utilizan como armas, chillando, los descendientes de quienes nos mataron. No fue un simple error lo que nos llevó a esto, sino una traición de los juramentos coordinada y calculada.

»Tu pueblo es un pueblo criminal. El único motivo de que no hubiera un castigo inmediato fue que matasteis a todos los spren que podrían haber actuado en vuestra contra. No vayas a Integridad Duradera. No aceptarán cartas de vuestros reyes y vuestras reinas. Ni siquiera hablarán contigo.

Notum dio media vuelta y echó a andar hacia una pequeña caravana detenida fuera. A juzgar por la distribución organizada, y por los dos alcanzadores uniformados que vigilaban el perímetro, Adolin supuso que sería la caravana del propio Notum.

—Capitán —lo llamó Adolin—. Puede que mi tarea esté condenada al fracaso, como dices. Sin embargo, no puedo evitar pensar que ayudaría tener a alguien que respondiera de mis intenciones. Quizá un honorspren respetado, capitán de barco y hombre del ejército. Alguien que comprenda la urgencia de nuestra misión.

Notum se quedó petrificado un momento y luego se volvió de nuevo con la cabeza inclinada a un lado.

—¿Capitán de barco? ¿Es que no has visto mi ropa?

—¿Estás... de permiso?

—Me retiraron del servicio —respondió Notum—, por dejar marchar a la Antigua Hija después de capturarla. Estuve cinco meses en prisión y, cuando fui liberado, me degradaron a la categoría más baja que puede tener un honorspren. Estoy asignado a pasar dos siglos patrullando el territorio vacío entre aquí e Integridad Duradera, viajando de un punto a otro sin cesar. No se me permite pisar Integridad Duradera. Puedo verla, pero no entrar.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Adolin—. ¿Hasta... que completes tu patrulla?

—Hasta nunca jamás, príncipe Adolin. Estoy exiliado. —Notum alzó la mirada al cielo, donde las luces titilantes revelaban que empezaba a pasar una tormenta eterna en el Reino Físico—. Sabía lo que estaba haciendo, a lo que estaba arriesgándose, cuando os dejé marchar. Dime una cosa por lo menos: ¿lo salvasteis? ¿Al Forjador de Vínculos? Adolin tragó saliva, notando la boca muy seca. ¿Exiliado para toda la eternidad? ¿Por haber hecho lo correcto? Adolin sabía que no debía esperar que los honorspren de Integridad Duradera fueran como Syl, pero sí esperaba poder hablar con personas como

Notum. Personas duras, estrictas, pero en el fondo justas y capaces de atender a razones.

Pero si habían tratado de una forma tan terrible a Notum, que siempre había parecido la encarnación definitiva de la corrección y el honor... Vientos tormentosos.

Notum seguía esperando una respuesta. Había dejado escapar a Syl y los demás porque Kaladin había insistido en que tenían que rescatar a Dalinar. Adolin quería apresurarse a ofrecer a Notum la certeza de que su sacrificio había sido crucial... pero no le salían las palabras. Aquel spren merecía su sinceridad.

—Él nos salvó a nosotros, Notum —dijo Adolin—. Al final mi padre acabó no necesitando nuestra ayuda, pero creo que Shallan y Kaladin ayudaron a dar la vuelta a la batalla cuando llegamos.

Notum asintió.

—Voy a recorrer este camino hacia Integridad Duradera, pero me veré obligado a dar media vuelta cuando me aproxime. Quizá volvamos a encontrarnos más adelante, príncipe humano, y logre disuadirte de tus intenciones.

Notum siguió andando.

Ua'pam y Zu ya estaban en la barcaza, y al parecer lo habían organizado todo para que el grupo de Adolin se instalara en uno de los distintos campamentos establecidos fuera del pueblo. Así que Adolin se unió a los demás para descargar su material, ayudó con los caballos y luego trasladó sus armas... pero sin dejar de estar perdido en sus pensamientos.

Adolin había sido inútil en aquella batalla de Ciudad Thaylen. El mundo había pasado a pertenecer a dioses y Radiantes, no a atractivos jóvenes ojos claros que se las daban de habilidosos con la espada. Lo mejor que podía hacer era aceptarlo y buscar otra manera de ser útil.

Encontraría la forma de hacer que los honorspren lo escucharan. No sabía cómo, pero lo haría.

Hija de Traidores



Yo no comparto su actitud. Si estáis en lo cierto y sois capaces de mantener a Odium preso por el momento, eso nos daría el tiempo necesario para planificar. Se trata de una amenaza que supera la capacidad de una sola Esquirla para afrontarla.

Incluso varias semanas después de verlos por primera vez, Venli seguía siendo incapaz de no quedarse mirando a la nueva marca de Fusionados.

Esa marca, los llamados *makay-im* o «Aquellos de las Profundidades», tenía acceso a una de las mismas Potencias que Venli: la capacidad de convertir la piedra en líquido.

Los Profundos tenían la piel lisa, sin pelo y sin apenas armadura, solo caparazón sobre las cabezas y los genitales. Exhibían sus vistosas pautas por toda la longitud de sus cuerpos sinuosos. Sus largos brazos y piernas recordaban a Venli a su forma actual, que era alta sin llegar al nivel de esbeltez antinatural de Rabeniel y los constructores como ella.

Los *makay-im* vestían túnicas abiertas por delante, cuando vestían algo en absoluto. Se mantenían apartados y distantes del resto del equipo de salto en su avance por los congelados pasos montañosos. Después de pasar semanas viajando juntos, ningún Profundo se había dirigido a ella ni una sola vez, aunque el ritmo que imponía Rabeniel dejaba poco tiempo para la cháchara.

Aquellas montañas, por lo que tenía entendido Venli, no formaban parte de ningún reino concreto. Los valles aislados eran demasiado inaccesibles desde

el exterior. Un grupo de Celestiales los había llevado hasta allí varias semanas antes, y luego los había dejado para que recorriera el resto del camino hasta Urihiru a pie.

La fortaleza humana estaba en algún lugar de allí dentro, en teoría oculta e inexpugnable. Las patrullas de Corredores del Viento imposibilitaban acercarse demasiado volando, pero Rabeniel opinaba que un grupo reducido de infantería, desplazándose con cautela de noche o durante las tormentas, sería capaz de aproximarse inadvertido a los túneles inferiores de la torre.

Y así, Venli se unió al resto del grupo saliendo de la sombra de la cobertura arbórea y empezando a cruzar el terreno de piedra. Como en días anteriores, Rabeniel marcaba un ritmo difícil de mantener, aunque Venli sabía que no empezaría a notarse cansada hasta que hubieran seguido así unas pocas horas.

La antigua erudita había reemplazado las túnicas majestuosas por cuero de viaje adecuado para la batalla, y su coleta alta, de mechones de un puro rojo anaranjado, caía alrededor del resto de su cráneo, cubierto por caparazón. Urgió al grupo a seguir adelante, cada vez más ansiosa. Estaban acercándose a la torre; ya solo quedaban unos días.

Aquel valle de las tierras altas era prácticamente árido del todo, capaz de mantener solo a los rocabrotes más resistentes y a algún pequeño grupo de árboles achaparrados, cuyas ramas se entrelazan para crear una maraña resistente a las tormentas. Aunque las hojas de los árboles se retraían cuando llegaba una tormenta, las ramas permanecían firmes y entrelazadas. No había ni un solo vidaspren a la vista, aunque el suelo estaba sembrado de friospren que apuntaban al cielo.

Como cabría esperar, había más rocabrotes en las laderas a sotavento, pero las cicatrices de terreno negro fulminado y las zonas quemadas revelaban que, cuando la tormenta eterna pasaba por allí, no atemperaba su furia. Las alturas parecían sufrir menos descargas de relámpago que las tierras bajas.

Venli apretó el paso para adelantar a los soldados y situarse a continuación de los Profundos. Le gustaba observarlos, porque se fundían con la piedra incluso mientras avanzaban. La brillante luz cerúlea de la Luna de Honor revelaba treinta siluetas, algunas con túnicas ondeantes, deslizándose por el suelo sin perder la postura erguida. No era como lo que hacían los *shetel-im*, los Fluyentes, capaces de resbalar por cualquier superficie como si estuviera aceitada. Aquello era distinto. Los Profundos tenían los pies hundidos en el suelo hasta encima de los tobillos.

Se movían como nada que Venli hubiera visto en la vida. Como palos en una corriente después de una alta tormenta poderosa, como si la piedra los empujara hacia delante mientras ellos se quedaban quietos y erguidos del todo. Tenían un brillo rojo en los ojos, como todos los Fusionados y regios, pero los suyos parecían de un tono más siniestro y oscuro.

—Me he fijado en que te interesan —dijo una voz desde el lado de Venli.

Sobresaltada, se volvió para encontrar a Rabeniel caminando junto a ella. Venli armonizó a Ansiedad y Timbre vibró en su interior, preocupada. ¿Había estado prestando demasiada atención? ¿Se interpretaría como algo sospechoso? Agachó la cabeza y canturreó a Agonía. Ya había temido que aquella misión amenazara con revelar su vínculo.

—No tienes por qué avergonzarte —dijo Rabeniel a Arrogancia—. La curiosidad es bienvenida en los cantores. Es una Pasión digna, Última Oyente.

Venli mantuvo Ansiedad mientras andaba, a ritmo rápido, bajo la mirada de Rabeniel. Tenía intención de servir bien a aquella Fusionada, como Leshwi le había pedido. De todo el personal no militar de Leshwi, solo Venli era regia, por lo que solo ella podría superar aquel trayecto difícil. Hasta el momento, había servido a la mujer en solo en tareas modestas: desenrollar su colchoneta por la noche, llevarle agua para beber. Había empezado a pensar que servir a Rabeniel sería, si no fácil, por lo menos tranquilo. ¿Por qué estaba llamando justo entonces la atención de la mujer?

—Eres una elección muy extraña por parte de Leshwi —dijo Rabeniel—. Cuando me enteré de a quién se me entregaba como mi nueva Voz... Para muchos, eres solo la hija de traidores. Y sin embargo, Leshwi te dio honor. Te llamó la Última Oyente.

—Fue amable, antigua.

—Tiene muy buena opinión de ti —dijo Rabeniel—. Los Fusionados no somos amables, sino que recompensamos la competencia y la Pasión. Aunque una sea hija de traidores. Debería haber esperado que la Voz de Leshwi sería alguien... anómalo. Es de las más listas y capaces entre los Celestiales.

—Ella... quizás os rebatiría en eso, antigua.

—Sí, soy consciente de lo mucho que se esfuerza para que otros la subestimen —dijo Rabeniel a Satisfacción—. Es peligrosa, y eso es bueno.

Miró a Venli y parpadeó una vez con sus ojos rojos, canturreando con suavidad a Satisfacción.

Timbre zumbó en el interior de Venli. Rabeniel sabía demasiado. Era evidente que sabía que Venli era una espía de Leshwi. Pero ¿cuánto más había deducido Rabeniel? Era imposible que conociera toda la verdad.

—Dime —prosiguió Rabeniel—. ¿Qué es lo que te interesa tanto de los Profundos? ¿Por qué dedicas horas enteras a observarlos?

—Encuentro fascinantes sus poderes —respondió Venli. Mejor no mentir hasta que fuese necesario.

—Nueve marcas de Fusionados —dijo Rabeniel—. Nueve Potencias. ¿Conoces las Potencias?

—Las fuerzas inherentes por las que todas las vidas, todas las realidades, están conectadas. Gravitación. Transportación. Transformación. Pero... creía que eran diez.

—Así es como hablan los humanos —dijo Rabeniel a Mofa—. Afirman que existe una décima, de Honor en exclusiva. La Adhesión no es una verdadera Potencia, sino un embuste presentado como tal. Las verdaderas Potencias son tanto de Honor como de Cultivación, esta para la vida, Honor para hacer de la Potencia una ley natural. Las cosas deben caer hacia el suelo, de modo que crearon Potencias para que así ocurriera.

—¿Y la Potencia de estos? —preguntó Venli, señalando hacia los Profundos.

—Cohesión —dijo Rabeniel—. La Potencia de la conexión axial, la Potencia que ata las partes más minúsculas de todos los objetos entre ellas. La Potencia que nos mantiene de una pieza. Los *makay-im* pueden unir su esencia a las esencias de otras cosas, entremezclando sus ejes. Todo lo que existe es sobre todo vacío, aunque no podamos ver que es así. Una piedra, como una mente, existe para llenarse de pensamiento e Investidura.

Venli canturreó a Ansia. Respuestas. Por fin respuestas. No sabía lo que significaba la mitad de esas cosas, pero que una de los Fusionados respondiera con tanta facilidad... la emocionaba, aunque Timbre zumbó a Cautela.

—Las órdenes de Radiantes tienen dos Potencias cada una —dijo Venli—. Las marcas de Fusionados, una. ¿Significa que los Radiantes son más poderosos?

—¿Poderosos? ¿Es mejor tener más capacidades o tener una sola y manejarla con pericia? Los Fusionados conocemos nuestra Potencia con una intimidad que jamás disfrutará un Radiante. La luz escapa de los humanos como el agua de entre los dedos. Obtienen fogonazos de gran poder, pero no

puede retener lo que tienen.

»Un Fusionado puede contener la luz y regocijarse en ella sin límite. Hasta una regia como tú conoce este poder de una manera inferior: pocos lo saben, pero contienes una pequeña cantidad de luz del vacío en tu gema corazón. No puedes utilizarla de forma activa, por supuesto, pero quizás hayas sentido cómo enardece tus emociones.

»En cuanto a los Fusionados, nuestro dominio sobre nuestra Potencia es eterno. Allá donde los humanos visitan, nosotros reinamos. —Hizo un gesto hacia los Profundos—. ¿Puede afirmar algún Radiante que conoce las piedras como las conocen estos, fundiéndose con la roca, mezclando sus mismos ejes? Los Radiantes se enfocan en demasiado hacia fuera. Cambian el mundo, pero se pasan por alto a sí mismos. Sí, un Radiante puede proyectar una piedra hacia el cielo, pero los *shanay-im* pueden elevarse sin temor a caer jamás.

Venli canturreó a Ansia, aunque no estaba muy de acuerdo con la Fusionada. Se había cohibido a la hora de usar sus poderes Radiantes en Kholinar, pero la entusiasmaban. Timbre decía que Venli sería capaz de mover la piedra, de darle forma.

Miró a los Profundos, que se movían silenciosos, expertos. Comparado con ellos, el paso de la propia Venli, y el de los quinientos soldados en forma de tormenta que marchaban detrás, parecía torpe. Y lo cierto era que les envidiaba aquella forma de fluir. Pero... ¿por qué los poderes se manifestaban de manera distinta en los Radiantes y en los Fusionados?

Armonizó a Malestar mientras meditaba sobre lo que había dicho Rabeniel. Cada respuesta parecía despertar una decena de nuevas preguntas, pero Venli sabía que los Fusionados, incluso los que estaban de un humor complaciente como Rabeniel, no toleraban las preguntas para siempre. Así que Venli se decidió por una última cosa que preguntar.

—Si las Potencias son de Honor y Cultivación —dijo—, ¿por qué servimos a Odium?

—Una pregunta peligrosa —replicó Rabeniel a Mofa—. Ciertamente eres hija de traidores, ¿verdad?

—Eh...

—No encubras tu ambición, niña —dijo Rabeniel, guiando a Venli por una hilera de arbustos espinosos bajo los que unas pequeñas criaturas peludas huyeron en la noche—. Me gusta verla en mis siervos. Pero aun así, hay una cierta insensatez en tu pregunta. ¿A quién preferirías adorar, a una diosa de

las plantas o a un dios de las emociones? —Movió la mano hacia el sudeste —. Cultivación se oculta en algún lugar de estas montañas. Está en todas partes, pero también está aquí. Viva, pero asustada. Lo sabe. No es una diosa de las personas, sino de las criaturas.

»¿Y Honor? ¿Un dios de las leyes? De nuevo, ¿a quién preferirías? ¿A un dios que solo sabe hacer que una piedra caiga al suelo o a un dios que nos conoce, que nos comprende, que siente como sentimos nosotros? Sí, las Potencias están regidas por Honor. Y sin embargo, como puedes ver tú misma, su muerte no cambió el mundo de ninguna manera apreciable. Su poder une todas las cosas, pero solo eso no es digno de adoración. Odium... Pasión... él sí que concede recompensas.

Venli tarareó a Ansia.

—Quieres más, ¿no es así? —preguntó Rabeniel—. Solo alguien con una ambición pura podría ocupar la posición que ostentas tú. Sirve bien y quizás encuentres las bendiciones disponibles para los dignos. Verdadero conocimiento. Verdadera vida.

Venli siguió canturreando, aunque su ritmo interno era otro mucho más inseguro. El Ritmo de lo Perdido. No sabía qué pensar de Rabeniel. Muchos Fusionados eran inestables de un modo u otro: vengativos, destructivos, engreídos.

Al escuchar las afirmaciones meditadas y profundas de aquella criatura, Venli descubrió que tenía miedo. Aquella criatura era mucho más peligrosa que ninguna con la que se hubiera encontrado antes.

Rabeniel la dejó, apretando el paso para unirse a las silenciosas criaturas flotantes que eran los Profundos. Venli siguió andando, y se sorprendió cuando Rothan se adelantó desde atrás para ponerse a su altura. Era el líder de los soldados de la dama Leshwi, por lo que no estaba entre los subordinados de Venli, sino que tenía una autoridad análoga a la suya. Al igual que la mayoría de los soldados de Leshwi, Rothan había sido entregado a Rabeniel para la incursión.

Los soldados del Perseguidor también se habían unido a ellos, y eran un grupo al que Venli conocía por su temible reputación. Habían sido duros con los humanos de Kholinar, pero estaban entre las tropas más fuertes y soberbias de los cantores, ataviados con unos uniformes propios que llevaban siempre con orgullo. Se habían entremezclado con las tropas de Leshwi, bien entrenadas y más calmadas, componiendo entre ambas un imponente equipo de asalto dotado tanto de fuerza como de disciplina.

Venli no había tenido mucha relación con Rothan ni con los demás soldados, pero no tenía nada contra él. Aparte del hecho de que los otros regios la preocupaban, ya que llevaban a vacíospren en sus gemas corazón. Con cada paso que daba Rothan, su poderosa figura parecía crepitarse de energía. A veces destellaban chispas en sus ojos de un rojo profundo. Venli recordaba aquella sensación, la de llevar la forma tormenta. La forma que había utilizado cuando llevó a su pueblo a la perdición.

—No deberías molestar a los Fusionados, Venli —dijo Rothan a Mofa, mirando hacia Rabeniel—. La mayoría no son tan indulgentes como Leshwi. Ten cuidado. No querría verte caer. Eres útil para nosotros.

—No... no sabía que te importara —dijo ella.

—Leshwi te valora —repuso él—. Por tanto, lo mismo hacemos los demás.

La dejó con esa simple advertencia y retrocedió de nuevo. Rothan no solía querer respuestas, o conversación siquiera. Se limitaba a erguirse en toda su altura, decir lo que pensaba y esperar a que se lo entendiera.

«Sería un buen elemento que tener de mi parte», pensó Venli. Pero no, demasiado peligroso. No podía permitirse pensar en reclutar en esos momentos. Tenía que concentrarse en seguir con vida. Porque por muy extenuante que hubiese sido aquella caminata por las montañas, Venli sabía que estaba por llegar una parte más peligrosa.

Antes de que acabara la semana, llegarían a Urithiru. Y entonces llegaría la verdadera prueba.



Por desgracia, como demuestra mi propia situación, la combinación de Esquirlas no siempre lleva a un poder mayor.

Adolin llegó al saliente de obsidiana donde estaba Zu. La Custodia de la Piedra de pelo dorado seguía llevando su ropa tradicional, una tela ceñida envolviendo el pecho y unos pantalones sueltos y ondeantes. Afirmaba que sus habilidades como exploradora procedían de haber trabajado como guía en las islas Reshi, pero a Adolin le parecía que se movía con demasiado sigilo para que fuese solo eso.

—Ahí —dijo Zu, señalando—. Sí que nos siguen todavía.

Adolin levantó el catalejo y miró en esa dirección. Y en efecto, alcanzó a distinguir la caravana tukari en la lejanía. Aquellos extraños humanos habían estado siguiéndolos, nunca a más de unas pocas horas de marcha por detrás, desde que habían salido del pueblo portuario hacía semanas.

—Condenación —dijo Adolin—. Así que al final no giraron en la encrucijada.

El terreno se había vuelto más desigual desde aquella mañana, con peñascos y salientes, y eso les había dificultado vislumbrar a sus perseguidores.

—¿Quieres ir a enfrentarte a ellos? —preguntó Zu, sonriendo.

—¿Dos contra veinte?

—Una de esos dos puede cambiar la forma de la piedra a voluntad y convertir la ropa en armas.

—No me atrevo a desperdiciar la luz tormentosa que nos queda —dijo Adolin.

—Se agotará pronto de todos modos —respondió ella—. ¡Ya puestos, podríamos darle un último adiós! Una nueva experiencia para el Único.

Desde abajo, Ua'pam levantó la voz.

—¡No la animes! ¡Es capaz de hacer esa cosa necia!

Zu sonrió a Adolin y le guiñó el ojo, como si sus bravatas fuesen en parte para poner nervioso a su spren. Incluso después de haber viajado con ella durante semanas, Adolin no sabía qué pensar de la extraña Custodia de la Piedra. Zu saltó con ligereza del peñasco y resbaló por la lisa obsidiana, grácil como una Danzante del Filo. Al llegar abajo dio una palmada a Ua'pam en el hombro y los dos echaron a andar hacia el campamento.

Adolin estaba tentado de hacer lo que decía Zu, aunque fuese solo porque era cierto que se les estaba terminando la luz tormentosa. Llevaban ya casi treinta días en Shadessmar, tiempo suficiente para que todas sus esferas se hubieran agotado hacía semanas. Aunque habían gastado buena parte de su luz tormentosa en el paradero de caravanas, se habían quedado unas pocas gemas más grandes que les habían prestado los thayleños, capaces de retener la luz más tiempo incluso que otras del mismo tamaño. Esas estaban empezando a oscurecerse, por desgracia. Y cuando las gemas empezaban a oscurecerse, tardaban poco en volverse opacas.

Adolin echó otro largo vistazo a los tukari y negó con la cabeza. No parecía que estuvieran intentando alcanzar al grupo de Adolin; no apretaban la marcha ni avanzaban de noche. Lo segundo les resultaría fácil, ya que la «noche» en Shadessmar no era un período concreto derivado del movimiento del sol. Aquellos humanos podrían haber redoblado la marcha sin ningún problema y alcanzado a su equipo.

Ya había enviado a un mensajero por delante para preguntar sobre ellos a Notum. La patrulla del spren, menos numerosa, marchaba un poco por delante del grupo de Adolin. El honor spren había dicho que no era ilegal que esos tukari utilizaran el camino, pero que lo informaran si hacían algo claramente amenazador.

Adolin guardó el catalejo y volvió con los demás, que estaban levantando

el campamento. Había aprendido de su padre que era bueno que a un comandante se lo viera haciendo cosas, así que inspeccionó el trabajo, estableció los turnos de avanzada y retaguardia para la jornada y fue a ver cómo estaba Maya, que estaba viajando a lomos de Galante.

El gran semental negro, que no se dejaba montar por cualquiera, le había cogido apego y parecía comprender que Maya estaba herida de algún modo. Galante pisaba con más cuidado que de costumbre y hacía movimientos suaves para que Maya no cayera de la silla de montar. Y no eran solo imaginaciones de Adolin, pensaran lo que pensaran los demás.

Puso a todo el mundo en movimiento y al rato fue a buscar a Shallan.

Durante las últimas semanas, Shallan se había pensado dos veces —tres, siendo estrictos— cómo usar la información de que Berila era una espía. Cuando la caravana inició la marcha de la jornada, se quedó cerca de Berila, supuestamente para ayudarla con el tejido de luz.

—Aún tengo que encontrar mi foco, brillante —dijo Berila, manteniendo el paso con facilidad gracias a sus largas piernas alezi. Era casi un delito lo precioso que tenía el cabello oscuro, a pesar de que había poca agua para lavarlo—. He probado a dibujar como sugeriste, pero no se me da nada bien.

—Utilizabas el tejido de luz con los hombres en los campamentos de guerra —dijo Shallan—. Y te he visto usarlo en los combates de prácticas.

—¡Sí, pero no puedo cambiar nada que no sea mi propia apariencia! —protestó ella—. Sé que puedo hacer más. Os he visto a los demás.

—La mayoría lo teníamos limitado al principio —dijo Shallan, y señaló con la cabeza a Vathah, que caminaba junto a los crípticos—. La primera vez que lo vi a él tejiendo luz, no se creía que de verdad lo hubiera hecho. Y aún parece sorprenderse cada vez que lo hace.

—He probado a su manera —dijo Berila, poniendo una mueca—. Se comporta como la persona que intenta ser y entonces el tejido de luz toma el control. Si quiere crear la ilusión de una roca grande, dice que piensa como una roca. ¿Cómo funciona eso siquiera? —Dedicó a Shallan una débil sonrisa—. No lo digo por quejarme, brillante. Estoy segura de que solo tengo que seguir intentándolo. Me vendrá, igual que vino a los demás, ¿verdad?

—Vendrá, te lo prometo —respondió Shallan—. Yo estaba igual de frustrada que tú al principio, incapaz de controlarlo. Pero puedes hacerlo, créeme.

Berila asintió, anhelante.

Por dentro, Velo estaba maravillada. *Es una actriz buenísima. No he visto ni rastro de nada que la delate. Os juro que o esconde sus verdaderas emociones a la perfección o nos hemos equivocado de culpable.*

Esa certeza de Velo había estado creciendo y afianzándose durante el viaje. Shallan no quería aceptarlo, pero a aquellas alturas se iba haciendo difícil seguir fingiendo.

Quizá deberíamos hablar otra vez con Ornamento, pensó Radiante. Creo que si charlamos con ella lo suficiente, al final se le escapará algo.

También habían intentado eso, pero... Velo opinaba que habían llegado a un callejón sin salida. Si la spren de Berila sabía de su traición, no soltaba prenda.

A Shallan se le retorcían las tripas al pensar que todo aquello pudiera ser en vano. Ella quería que la espía fuese Berila. Y tenían una confirmación bastante condenatoria, ¿verdad?

Bueno, pensó Velo, pongámonos en el peor caso. Supongamos que el verdadero espía es de lo más cuidadoso y hábil. ¿Tan absurdo sería que pudiera haber descubierto, hablando con los demás, que habíamos sembrado un poquito de desinformación? Mraize es listo. Podría haber dejado caer la palabra «glorispren» a propósito para desviar las sospechas hacia Berila.

¿Qué sentido tuvo la investigación, entonces?, pensó Shallan, frustrada. ¿Para qué molestarnos tanto si luego íbamos a dudar del resultado?

Porque yo dudo de todo, dijo Velo. Es información, pero no concluyente.

Estoy de acuerdo, pensó Radiante. Hemos tenido para investigar a Berila y no hemos descubierto nada. Antes de seguir adelante, necesitamos pruebas. Pruebas irrefutables. No debemos condenar por error a alguien que podría ser inocente.

Tormentas, pensó Velo, suenas como una agente de la ley, Radiante.

¡Pero si estoy reforzando tu postura!

Ya, pero perjudicas mi causa cuando te pones tan estirada. ¿No podrías relajarte de vez en cuando?

Shallan se llevó las manos a la cabeza, sintiéndose... agitada. Recordaba una época, no tan lejana, en la que sus personalidades no mantenían discusiones dentro de su cabeza. Se mantenían aisladas a grandes rasgos y cambiaban sin darse cuenta. ¿Era más sano que trabajaran juntas, aunque discutieran? ¿O más peligroso, dado que el conflicto le resultaba tan difícil? En todo caso, ese día estaba cansándose de tanto forcejear.

Así que, a regañadientes, Velo tomó el control. Y de momento se quedó

cerca de Berila, intentando pillarla en una mentira. Por desgracia, al poco tiempo llegó Adolin dando zancadas. Como un sabueso-hacha buscando algo que cazar. Pero hasta Velo tenía que admitir que, con aquel pelo ondulado y aquella actitud resolutiva, Adolin tenía algo que la hacía sentirse mejor.

—Hola —dijo al llegar—. ¿Tienes un momento?

—Supongo que sí —dijo ella—. Soy Velo ahora mismo, por cierto.

—Bueno, a lo mejor me sirve tu perspectiva sobre esto —dijo, apartándola de los demás para hablar en privado—. Cuanto más pienso en ello, más me da la impresión de que deberíamos cambiar la forma de dirigirnos a los honorspren. Notum estaba convencidísimo de que no querrían hablar con nosotros. Más que Syl.

—¿Cambiar la forma? ¿Cómo? ¿Te refieres a no darles las cartas y los regalos?

—No creo que acepten ninguna de las dos cosas. Me preocupa que nos hagan dar media vuelta nada más vernos.

—Sería irritante —reconoció Velo.

No había olvidado su verdadera misión, la de entrar en la fortaleza y localizar a Restares, líder de los Hijos de Honor. Incluso Radiante quería encontrar a ese hombre, para descubrir qué secretos guardaba que tanto interesaban a Mraize. Encontrar al espía era importante, pero esa misión tenía preferencia.

—¿Y si hay una forma mejor de hacerlo que entregar las cartas de Jasnah y de mi padre? —preguntó Adolin—. ¿Y si ofreciéramos a los honorspren tanta luz tormentosa como pudieran querer, proporcionada por mi padre, con solo que enviaran a un representante de vuelta con nosotros? ¿Y si les pedimos intercambiar emisarios y prometemos construir al suyo un palacio fantástico en Shadessmar, cerca de la Puerta Jurada? Podríamos traer desde nuestro lado toneladas de roca, que aquí es valiosísima.

—Hum —dijo Velo—. Adolin, son una especie entera de spren que se comportan igual que Radiante y que nos ven como criminales. Si nos preocupa que no vayan a aceptar unas cartas y unos libros, ¿no sería peligroso ofrecerles unos regalos tan valiosos? Podrían interpretarlos como sobornos, o como que estamos reconociendo nuestra culpabilidad.

—Puede —dijo él, y se dio unos cuantos puñetazos en la palma de la otra mano.

—Estoy de acuerdo con Velo, brillante señor —dijo Radiante—. Yo sospecharía mucho de unos regalos valiosos, si fuese ellos. No es un soborno

lo que quieren, sino el aislamiento.

—Muy bien, pues —aceptó Adolin—. Voy con otra idea completamente distinta. Suplicamos. Como unos miserables. Nos postramos y les decimos que sin ellos estamos condenados. Si esos spren se parecen en lo más mínimo a los Corredores del Viento, a lo mejor no podrán decirnos que no.

Radiante se lo planteó.

—Quizá. Yo eso lo encontraría más atractivo que un soborno, supongo.

—Yo no —terció Velo—. Pero supongo que no soy a quien deberíamos preguntar esto. Porque si te viera suplicar, deduciría que hice bien en apartarme del conflicto, porque es imposible salir victorioso.

—Condenación —dijo Adolin—. Eso no se me había ocurrido.

—Déjame pensarlo un poco —pidió Radiante—. Vuelvo a ser Radiante, por cierto.

Adolin asintió.

—Es un reto difícil, Adolin —dijo Radiante al cabo de un rato—. Y coincido con tus preocupaciones. Tenemos una única oportunidad de presentarnos de un modo adecuado a los honorospren. Son un grupo hostil, o de hecho algo peor: un grupo que se ha ido seleccionando a sí mismo hacia la hostilidad. Podemos suponer que los spren más dispuestos a escuchar nuestros argumentos ya se han unido a los Caballeros Radiantes.

»Tu táctica de mostrarte débil y suplicar ayuda es una idea prometedora. Me pregunto, sin embargo, si apelar a la parte racional de los honorospren podría ser un plan mejor.

—Pero que los honorospren insistan en rechazar a toda la humanidad es una reacción emocional, ¿no? —preguntó Adolin—. Les hicieron daño en el pasado. Tienen miedo de ese dolor.

—A eso podríamos llamarlo racional. Si toda tu especie hubiera sido prácticamente aniquilada por confraternizar con los humanos, ¿la lógica no te llevaría a recelar de entrar de nuevo en esa confraternización?

—Pero ¿qué pasará con ellos si Odium gana? —preguntó Adolin—. Odia a Honor. Bueno, supongo que lo odia todo. Va con el nombre. En todo caso, ¿qué harían? ¿Pasar el resto de su existencia metidos dentro de su pequeño refugio? ¿Inclinarse ante él en algún momento del futuro? ¿Decidirse a luchar solo cuando todos los demás estemos ya muertos o subyugados?

Radiante sonrió.

—Noto tu determinación, brillante señor. Esa pasión es admirable. Las cosas que me has dicho podrían ser buenos argumentos que ofrecer a los

honorspren.

—Son los que hace mi padre en su carta —respondió Adolin—. Y vienen a ser lo que les dijo Syl antes de abandonarlos e irse a buscar a Kaladin. No puedo evitar pensar que los argumentos que plantean mi padre y Jasnah son para los que los honorspren estarán preparados, los que se esperan.

Pareció quedarse ensorñado y luego miró atrás. Radiante frunció el ceño, intentando descubrir qué era lo que buscaba. ¿La fila de personas? ¿A su ryshadio, que llevaba a la ojomuerta a lomos? ¿Las relucientes colinas de obsidiana cubiertas de plantas cristalinas?

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó Radiante.

—Más o menos —dijo Adolin—. He... comprendido que estarán preparados para cualquier cosa que podamos llevarles. O sea, esas criaturas llevan viviendo miles de años, y han pasado todo ese tiempo enfadadas con nosotros. No se me ocurre ningún argumento que no se hayan planteado ya. Dudo que a mi padre, o incluso a Jasnah, pudiera ocurrírsele.

—Una suposición razonable —aceptó Radiante, asintiendo mientras caminaban—. Pero si ya anticipan todos los argumentos, quizá la única esperanza que nos quede sea la habilidad de quien los presente. La brillante Jasnah puede ser bastante bastante persuasiva. Teniendo eso en cuenta, propongo que sigamos adelante con el plan de ofrecerles las cartas.

—O también podríamos sorprender a los honorspren.

—¿Cómo? —preguntó Radiante—. Acabas de señalar que han tenido miles de años para considerar esos argumentos.

Adolin negó con la cabeza, todavía con la expresión distante.

—Escucha —dijo al cabo de un momento—, ¿podría hablar con Shallan?

—Shallan está agotada ahora mismo —respondió Radiante—. Me pide que lleve yo esta conversación. ¿Por qué lo pides?

—Es solo que estoy más cómodo con ella, Radiante. —Adolin la miró—. ¿Le... le pasa algo a Shallan? Creía que todo iba mejor durante la travesía en barco, pero estas últimas semanas... No sé, la noto distinta. Rara.

¡Se ha dado cuenta!, pensó Shallan presa del pánico.

Se ha dado cuenta, pensó Velo con alivio.

—Estos últimos días ha estado retrayéndose cada vez más —dijo Radiante—. Afirma estar cansada, pero... está pasando algo con nosotras. Puedo intentar hacer que emerja.

—Por favor.

Radiante lo intentó. Lo intentó de verdad. Pero al final hizo una mueca.

—Lo siento. Shallan está cansada. Puede que asustada. A lo mejor Velo puede explicarlo.

—Pues... ¿puedo hablar con ella?

—Ya estás haciéndolo —dijo Velo, y suspiró—. Adolin, escucha. Lo que pasa es muy complicado. Tiene mucho que ver con el pasado de Shallan y con el dolor que sintió de niña. Un dolor que yo fui creada con el objetivo concreto de ayudarla a superar.

—Puedo ayudar. Puedo entenderlo.

—Yo apenas lo entiendo, Adolin —dijo Velo—, y eso que vivo en su cabeza.

Respiró hondo y se obligó a ver a ese hombre como lo veía Shallan. Ella amaba a Adolin. Había elegido a Adolin. Lo menos que podía hacer Velo era intentar explicárselo.

—Muy bien —dijo—. Supón que eres ella y que experimentaste algunas cosas tan traumáticas que no quieras creer que te ocurrieron a ti. Así que finges que le ocurrieron a otra persona. A alguien distinto.

—¿Esa eres tú? —preguntó Adolin.

—No exactamente —respondió Velo—. Es difícil ponerle palabras. Radiante y yo somos mecanismos de afrontamiento que, en su mayor parte, funcionan. Pero ahora ha empezado a manifestarse algo más profundo.

»Shallan teme que la persona que ves en ella sea una mentira. Que la persona a la que amas sea una mentira. Y no eres solo tú. Patrón, Dalinar, Jasnah, Navani... Teme que ninguno de ellos conozca a la Shallan real.

»Debido a las cosas que le ocurrieron, y sobre todo debido a algunas cosas que se vio obligada a hacer, empieza a pensar que “Shallan” es la de mentira, la identidad falsa. Que existe un monstruo muy al fondo de ella que es su yo real. Teme que sea inevitable que la verdad acabe saliendo a la luz, y que todo el mundo la abandone cuando eso ocurra.

Adolin asintió, con la frente arrugada.

—Podría haberme dicho eso, ¿no?

—No.

Y de hecho, al decir aquellas cosas, Velo había hecho que Shallan se retrajera hecha un pequeño ovillo de miedo. Justo al lado de Sinforma.

—Tú puedes decir cosas que ella no —afirmó Adolin—. Y por eso te necesitamos, ¿verdad?

—Sí.

—Creo que empiezo a entenderlo, un poco. —La miró a los ojos—.

Gracias, Velo. De verdad. Encontraré una forma de ayudar. Lo prometo.

Vaya. Velo se lo creía. Qué interesante.

—Me equivocaba sobre ti —dijo—. Si te sirve de algo, me alegra de haber perdido la votación.

—Si ella está escuchando —dijo él—, asegúrate de que sepa que me da igual lo que hiciera. Y dile que sé que es lo bastante fuerte para enfrentarse a esto sola, pero debe saber que ya no tiene por qué. Enfrentarse sola, quiero decir.

Nunca estuve sola, susurró una parte de ella. *Tenía a Patrón. Incluso en los días oscuros de nuestra infancia, lo teníamos a él. Aunque no lo recordamos.*

Por tanto, Adolin se equivocaba, pero a la vez también estaba en lo cierto. No tenían por qué hacer aquello solas. Ojalá pudieran convencer a Shallan de eso.

COMPRENDER



Debemos suponer que Odium se ha dado cuenta de ese hecho y, en consecuencia, persigue un único y terrible objetivo: destruir —por Astillamiento o dejando impotentes de alguna manera— a todas las Esquirlas salvo él mismo.

Había más de una manera de proteger.

Kaladin siempre lo había sabido, pero no lo había *sentido*. Sentir y saber parecían ser lo mismo para su padre, pero no para Kaladin. Escuchar descripciones de libros nunca había sido suficiente para él. Tenía que experimentar las cosas para comprenderlas.

Se lanzó de todo corazón a su nuevo desafío: buscar la forma de ayudar a Noril y los demás pacientes del manicomio. Siguiendo la recomendación y posterior insistencia de su padre, Kaladin empezó despacio, limitando sus esfuerzos iniciales a personas que compartían unos síntomas similares. Fatiga de batalla, pesadillas, melancolía persistente, tendencias suicidas.

Lirin tenía razón, por supuesto. Kaladin se había quejado de que los fervorosos estaban ocupándose de todos los desórdenes mentales del mismo modo, así que no podía entrar como un vendaval y tratar a todas las personas del manicomio entero a la vez. Antes tenía que demostrar que podía cambiar las cosas para esos pocos.

Aún no sabía cómo lograba su padre equilibrar el trabajo y la emoción. Lirin parecía preocuparse de verdad por sus pacientes, pero también podía

anular esa actitud. Dejar de pensar en aquellos a quienes no podía ayudar. Como las otras docenas de personas atrapadas en la oscuridad del manicomio, encerradas lejos del sol, gimiendo para sí mismas o, en el caso extremo de una mujer, escribiendo galimatías por toda la habitación con sus propias heces.

Excusado temporalmente de atender a pacientes ordinarios, Kaladin localizó a seis hombres del manicomio que compartían síntomas. Los sacó de allí y los puso a trabajar en apoyarse unos a otros. Desarrolló un plan y les enseñó cómo compartir sus vivencias de maneras que los ayudaran.

Ese día estaban sentados en la terraza de fuera de su clínica. Se calentaban bebiendo tazas de té y hablaban. De sus vidas. De las personas a las que habían perdido. De la oscuridad.

Y sí que ayudaba. No necesitaban a un cirujano o un fervoroso que dirigieran la conversación: podían hacerlo ellos mismos. Dos de los seis pasaban casi todo el tiempo en silencio, pero incluso ellos daban algún gruñido de asentimiento cuando los demás hablaban de sus problemas.

—Es asombroso —dijo la madre de Kaladin, que tomaba notas a un lado, de pie junto a él—. ¿Como lo supiste? La documentación previa indicaba que se contagiarían la melancolía unos a otros, llevándose entre ellos a un comportamiento destructivo. Pero estos están teniendo la experiencia opuesta.

—El pelotón es más fuerte que el individuo —dijo Kaladin—. Solo es necesario apuntarlos en la dirección correcta. Hacer que levanten el puente juntos...

Su madre frunció el ceño y alzó la mirada hacia él.

—Esas historias de los fervorosos sobre que los pacientes se contagian del desespero de otros —dijo Kaladin— deben de proceder de internos situados muy juntos en los manicomios. En los lugares oscuros, donde su pesadumbre puede desbocarse... sí, allí sí que me los imagino empujándose unos a otros hacia la muerte. A veces les sucede a los... a los esclavos. En una situación desesperada, es fácil que se convenzan unos a otros de rendirse.

Su madre le apoyó la mano en el brazo y Kaladin vio tal tristeza en su rostro que tuvo que apartar la mirada. No le gustaba hablar con ella de su pasado, de los años entre el entonces y el ahora. En esos años Hesina había perdido a su cariñoso hijo Kal. Ese niño estaba muerto, enterrado mucho tiempo atrás en crem. Por lo menos, cuando Kaladin volvió a encontrarla, ya se había convertido en el hombre que era. Roto, pero vuelto a forjar en su

mayoría como Radiante.

Su madre no tenía por qué saber sobre aquellos meses, los más oscuros de todos. No le proporcionaría más que dolor.

—En todo caso —dijo Kaladin, señalando con la cabeza hacia el grupo de hombres—, después de hablar con Noril empecé a sospechar que esto les vendría bien. Poder hablar con otros de tu dolor cambia algo. Es bueno estar con gente que de verdad lo entienda.

—Comprendo —respondió su madre—. Y tu padre lo comprende.

Kaladin se alegró de que pensara eso, por muy equivocada que estuviera. Sus padres eran comprensivos, pero no lo *comprendían*. Y era mejor así.

Para los hombres que charlaban juntos en voz baja, el cambio estaba en haber recuperado la luz del sol. En que les recordaran que la oscuridad de verdad pasaba. Pero quizá el cambio más importante de todos residía en que no solo sabían que no estaban solos, sino que también lo *sentían*. En ser conscientes de que, por muy aislados que creyeran estar, por muy a menudo que sus cerebros les dijeran cosas terribles, de verdad había otras personas que lo comprendían.

No lo resolvería todo. Pero era un principio.

UNA LLAMA
NUNCA EXTINTA



Combinar poderes modificaría y distorsionaría la identidad de Odium. Por tanto, en lugar de absorber a otros, los destruye. Dado que todos somos en esencia infinitos, no necesita más poder. Destruir y Astillar a las otras Esquirlas dejaría a Odium como único dios, ni alterado ni corrompido por otras influencias.

No me gusta ninguna de estas propuestas —dijo la Tocón, con su spren haciendo de intérprete.

Se inclinó hacia delante para calentarse las manos nudosas, seguramente por costumbre, ya que aquel fuego manifestado daba muy poco calor. Podía guardarse y llevarse en el bolsillo. Solo había que recoger la cuenta del suelo. Era más bien una ilustración de un fuego que bailaba y crepitaba como el de verdad.

Velo estaba sentada con el cuaderno de bocetos de Shallan abierto, su espalda apoyada contra un trozo grande de obsidiana, fingiendo dibujar mientras Adolin debatía de pie con los Radiantes. Hasta el momento, a pesar de estar haciendo el peor trabajo posible con sus bocetos, no había podido convencer a Shallan de que emergiera.

—¿Ninguna? —preguntó Adolin. Tenía la espalda muy recta y llevaba un uniforme negro con bordados de plata en los puños. Los botones bruñidos casaban a la perfección con la plata de la espada enfundada que llevaba al cinto.

Estaba impresionante, soberbio incluso, allí de pie ante el fuego con su uniforme hecho a medida. Por algún motivo el fuego era frío, cuando debería haber sido cálido. Y por algún motivo él era cálido, cuando un uniforme negro almidonado debería hacer que pareciera frío.

Arshqqam, aunque procedía de unos orígenes muy distintos, no tenía ningún reparo en decirle lo que opinaba. A Velo le gustaba la anciana Vigilante de la Verdad. Demasiada gente se negaba a mirar más allá de la edad de una persona. Para ellos, esa mujer, como ejemplificaba su mote, quedaba definida por los años que tenía.

Velo veía más que eso. La forma en que Arshqqam llevaba trenzado con meticulosidad su cabello plateado. La única joya que tenía puesta era un anillo con grabados en la mano derecha, y no tenía engarzada ninguna gema valiosa, solo un cuarzo de color blanco lechoso. Estaba discutiendo con Adolin, uno de los hombres más poderosos del mundo, con la misma facilidad con que discutiría con un aguador. Aquella mujer tenía mucho que ofrecer, y sin embargo apenas la conocían.

¿No quieres dibujar eso, Shallan?, pensó Velo. ¿No te apetece salir y hacerlo mejor que yo?

Pero lo que sintió fue un profundo resentimiento por parte de Shallan. Por las cosas que Velo había contado a Adolin. Por el dolor con que amenazaban esas cosas.

El dolor de un pasado que era mejor dejar olvidado.

—Brillante señor —dijo la Tocón a Adolin por medio de su spren—, entiendo por qué estás preocupado. Soñando-aunque-Despierta ha leído las cartas que envían Dalinar y Jasnah y me ha explicado su contenido. Si los honorspren son de verdad tan antagónicos como parecen, dudo que vayan a hacer caso a esas solicitudes escritas. Soñando-aunque-Despierta dice que los honorspren pueden ser bastante apasionados y que seguro que responderían mejor a una súplica personal.

»Pero los argumentos que nos has ofrecido esta noche no son lo bastante fuertes. ¿Afirmar que, si no aceptan, recurrirás a los tintaspren? Saben lo mucho que necesitamos más Corredores del Viento, y sin duda saben también que nos está costando incluso más reclutar a tintaspren que a ellos. ¿Intentar aprovechar sus conciencias culpables para provocarlos y que nos ayuden? No creo que se sientan culpables. Ahí está el problema.

—Estoy de acuerdo —dijo Godeke. El solemne Danzante del Filo juntó las manos por delante, sentado en una caja de raciones, con su barba cuadrada

como recordatorio de su pasado en el fervor—. No podemos darles remordimientos hasta que acepten, brillante señor. Ni tampoco nos los ganaremos con amenazas. Debemos presentarles nuestra solicitud, decirles que estamos necesitados y que de verdad esperamos que reconsideren su falta de apoyo.

—¿Zu? —preguntó Adolin a la última Radiante.

La mujer de pelo dorado se reclinó y se encogió de hombros.

—Lo mío no es la política. Voy a decirles que están siendo tormentosamente estúpidos si creen que podrán capear esto sin implicarse.

—Tu pueblo está intentando capearlo sin implicarse —dijo Godeke.

—Mi pueblo es tormentosamente estúpido —dijo Zu, y se encogió de hombros otra vez.

Tras ellos, los soldados estaban levantando el campamento. Era por la mañana, aunque eso no significara gran cosa en Shadessmar, y estaban a un día de distancia de Integridad Duradera. La misión estaba demasiado avanzada para seguir indecisos, y la preocupación de Adolin estaba poniendo nerviosa a Velo. Si los honorables rechazaban a la delegación, tendría que ingeníárselas para colarse en la fortaleza ella sola y localizar a Restares.

Adolin bajó la mirada y pareció marchitarse. Había dedicado mucho tiempo a pensar aquellos planes, y Velo le había ayudado con algunos. Por desgracia, Adolin no había mostrado mucha confianza en las ideas, y las reacciones de los demás solo confirmaban esa actitud.

Radiante emergió mientras Velo buscaba alguna forma de apuntalar la confianza de Adolin. Lástima que a Radiante no se le ocurriera nada útil, aunque sí vio que había otra persona sentada cerca a la hoguera.

—Berila —se descubrió diciendo Radiante—. ¿Qué opinas tú?

La majestuosa mujer era la única agente de Shallan que estaba en la reunión junto al fuego. Los otros dos estaban preparando el desayuno. Berila alzó la mirada de golpe desde donde estaba, sentada detrás de los demás.

—Yo... la verdad es que no lo sé —dijo, mirándose de nuevo los pies y sonrojándose mientras todos se volvían hacia ella.

—Eres caballera —dijo Radiante—, o al menos entrenas para serlo. Esta misión es tan nuestra como del alto príncipe Adolin. Deberías tener una opinión. ¿Nos conviene entregar las cartas o deberíamos intentar algo más efectista?

—Está... muy lejos de mi campo de experiencia, brillante. Por favor.

Os digo que no es ella, pensó Velo. Es que no puede serlo.

—Daré un par de vueltas más a estas ideas —prometió Adolin—. Gracias, Berila.

—Alto príncipe Adolin —dijo Arshqqam—. Hay una cosa que ninguna de estas propuestas hace y creo que deberías tener en cuenta. ¿Cómo puedes apelar a su honor? ¿No son los spren de ese atributo? Sospecho que todo éxito que podamos tener estará relacionado con eso.

Adolin asintió despacio y Radiante ladeó la cabeza. La propuesta de Jasnah intentaba hacer lo que acababa de sugerir la Tocón, pero Shallan había tenido la impresión de que algo no acababa de encajar en sus argumentos.

«Honor —pensó Radiante—. Sí. Jasnah piensa como una erudita, no como una soldado.» Sus grandilocuentes palabras y sus expansivas conclusiones tenían algo que no era lo adecuado.

Honor. ¿Cómo apelar al honor de aquellos spren?

Adolin dio por concluida la reunión y envió a todo el mundo a desayunar. Él fue a recibir otro informe del soldado al que tenía vigilando a aquella extraña banda de humanos tukari, que seguían manteniéndoles el ritmo por detrás.

Berila se levantó, ataviada con un vestido suelto. No era una havah tradicional, sino algo de un estilo más antiguo y clásico, que le tapaba las dos manos con voluminosas mangas. La mujer fue hacia Radiante, que seguía sentada con la espalda apoyada en la roca.

Radiante se apresuró a cerrar el cuaderno de bocetos; no convenía que nadie viese lo espantosos que eran los dibujos de Velo.

—¿Por qué me has pedido que venga a esta reunión, brillante? —preguntó Berila.

—Tienes que acostumbrarte a desempeñar un papel en los acontecimientos importantes. Quiero que tengas experiencia a partir de las implicaciones políticas de nuestro problema actual. Además, tú pediste venir a esta misión cuando a Sidéreo le fue imposible.

—Quería ver Shadessmar —dijo ella—. Pero brillante, apenas he tenido tiempo de acostumbrarme a la idea de ser una Tejedora de Luz. No soy política. —Se cruzó de brazos y de pronto pareció acusar el frío mientras echaba un vistazo al resto del campamento—. Este no es mi lugar, ¿verdad? No estoy preparada.

Radiante da unos golpecitos en el cuaderno de bocetos de Shallan con su lápiz, intentando juzgar si la mujer mentía. Pero aquello era la especialidad de Velo. Llevaba más de una década siendo espía.

Ten cuidado, pensó Shallan. Recuerda que esa década de experiencia es imaginaria.

Cierto. Costaba recordarlo.

Sí..., pensó Velo. Mi pasado vacío... no ser nada por aquel entonces... me perturba.

Radiante no pasó por alto que Shallan había intervenido. Era lo más que le habían oído decir en unos cuantos días.

—Berila —dijo Radiante—, quiero que cojas práctica en estar con personas importantes. No tienes que resolver los problemas de Adolin. Solo quiero que entrenes para dar tu opinión en un lugar donde no pasa nada si te equivocas.

—Sí, brillante —respondió ella, relajándose a ojos vistas—. Gracias, brillante.

Hizo una inclinación y se marchó para ayudar con el desayuno.

No soy la experta, pensó Radiante. Pero cada vez coincido más con el escepticismo de Velo.

Shallan, encogida muy al fondo, empezó a removerse. Sería doloroso reconocer que uno de sus amigos, y no Berila, pudiera ser el verdadero espía. Pero era mejor que empeñarse en creer la mentira. Por muy expertas que fuesen en ese truco particular.

Adolin llegó junto a ella. Radiante se puso el cuaderno bajo el brazo mientras se adelantaba, reparando en el mohín en los labios de Adolin.

—¿Los tukari aún están ahí atrás? —aventuró.

Él asintió con la cabeza.

—Rechazan a todos los mensajeros que les envío, pero es evidente que nos están siguiendo.

—Podríamos dejarlos atrás —dijo Radiante—. Tendríamos que llevar a la Tocón y a Maya a caballo y apretar mucho el paso para llegar a la fortaleza.

—Tal vez —repuso él—, pero necesitaría otro día para que se me ocurra algo.

Ofreció a Radiante una barrita de lavis machacado y apelmazado con azúcar. ¿Una barra de ración? Radiante la aceptó con el ceño fruncido.

—He pensado que podríamos dar un paseo —dijo—. Mientras los otros desayunan. Se me hace raro decir esto, pero tengo la sensación de que no hemos pasado ningún tiempo juntos desde que desembarcamos.

Radiante asintió. A ella le parecía bien, aunque cedió el control a Velo, que disfrutaba más de las conversaciones. Guardó el cuaderno de bocetos en su

mochila y se la echó al hombro. Llevaba su ropa de viaje más resistente, con el abrigo oscuro y un buen par de botas sólidas. Unas botas que le encajaban mucho mejor que el par que Shallan había robado a Kaladin.

Adolin hizo un gesto a sus hombres y luego señaló con el dedo. Ellos le devolvieron la señal y Adolin empezó a alejarse del campamento seguido por Velo. No habían llegado muy lejos cuando Velo vio que se les acercaba una figura brillante, montada a lomos de algo increíble.

Velo se había ido acostumbrando a las maravillas de aquel lugar. A la forma en que los glorispren volaban por el cielo en formación, o a que la conversación que habían mantenido la noche anterior atrajera a un enorme alegrespren, que allí se manifestaba como un ciclón de color.

De vez en cuando, sin embargo, aparecía algo que trastocaba incluso el deliberado cinismo de Velo. El grandioso corcel blanco que montaba Notum era casi un caballo, aunque más elegante y cimbreño, con largas patas y un cuello que se doblaba de una forma que ninguna columna vertebral física podría lograr. Tenía los ojos grandes pero ninguna boca distingible, y su pelo se ondulaba con un viento etéreo, en forma de largas cintas brillantes. Shallan pensó que no había visto en su vida nada tan grácil. Que no *merecía* ver nada tan sublime. Como si solo por posar la mirada en él, lo mancillara con las preocupaciones de un mundo que jamás debería tocar.

Notum se detuvo, controlando al imponente spren mediante una sencilla brida de hilos retorcidos.

—Príncipe humano —dijo a Adolin—, aquí es donde debo desviarme. Tengo prohibido acercarme más a Integridad Duradera. Proseguiré mi patrulla hacia el sur, en lugar de continuar hacia el oeste.

Habían invitado al honorspren a unirse a ellos, ya que estaba patrullando cerca, siguiendo la costa. Pero Notum había rechazado todas sus propuestas.

—En ese caso, te deseo lo mejor, Notum —dijo Adolin—. Me alegro de volver a verte. Gracias por tu consejo.

—Preferiría que aceptaras ese consejo. Supongo que no has reconsiderado tu imprudente propósito, ¿verdad?

—Lo he reconsiderado a conciencia —respondió Adolin—. Pero aun así voy a intentarlo.

—Como deseas —dijo Notum, y saludó—. Si no nos vemos después de que te rechacen, dale recuerdos míos a la Antigua Hija. Me... alegro de que no esté atrapada en la fortaleza. No encajaría con ella.

El honorspren se volvió para marcharse.

—Notum —lo llamó Adolin—. Ese spren que montas se parece mucho a un caballo.

—¿Y te sorprende? —preguntó él.

—La mayoría de los spren no se parecen en nada a criaturas de nuestro mundo.

Notum sonrió, una expresión muy infrecuente en los rasgos del spren, y entonces se señaló a sí mismo.

—¿Ah, no?

—Los humanoides sí —dijo Adolin—, pero nunca había visto un spren con forma de caballo.

—No a todos los spren los imaginaron los humanos, Adolin Kholin —respondió Notum—. Hasta más ver.

Mientras daba media vuelta y se alejaba a lomos de su grácil animal, Shallan estuvo a punto de emerger para bosquejarlo.

—Tormentas —dijo Adolin—. Qué frío que se muestra, y es de los spren a los que parece que mejor le caemos. Empiezo a verle muy poco futuro a esta misión.

—A lo mejor podría colarme yo —dijo Velo—, si al final nos rechazan.

—¿Qué conseguiríamos con eso? —preguntó Adolin.

—Tal vez podría comprobar si todos los spren opinan igual. O si hay unos pocos tiranos al mando y son ellos quienes se niegan a atender a razones.

—Ese no parece el modo de funcionar de los spren, Velo. Tengo la terrible sensación de que todo esto saldrá mal. Y entonces habré venido hasta aquí solo para arrastrarme de vuelta y decirle a mi padre que he fracasado. Otra vez.

—Sin tener ninguna culpa de ello, Adolin.

—Mi padre suele hablar de la importancia del viaje, Velo, pero siempre lo han preocupado de igual manera los resultados. Él siempre es capaz de obtenerlos por sí mismo, así que lo desconcierta que todos los demás parezcamos tan incompetentes.

Adolin no tenía una visión realista de Dalinar. El Espina Negra tenía una reputación envidiable, sí, pero era evidente que había sufrido sus propios fracasos, entre ellos, y no de poca importancia, el de permitir que asesinaran a su hermano. Desde luego, Dalinar había hecho menos durante ese ataque que Adolin intentando sacar a Elhokar de Kholarin cuando la ciudad cayó.

Pero discutir era inútil, claro. Adolin debería conocer mejor que nadie los fracasos de su padre. No iba a ser consciente de ellos de pronto porque Velo

dijera algo en ese momento.

—¿Ha habido suerte intentando que salga Shallan? —le preguntó Adolin.

—Ha llegado un pensamiento suyo hace poco —dijo Velo—. Pero aparte de eso... no. Hasta he hecho un bosquejo de ti. Terrible, debo señalar. A mí me han gustado sobre todo los dientes saltones.

Adolin dio un gruñido. Y juntos, siguieron paseando. Adolin la llevó por un hueco en la obsidiana donde la extraña roca imitaba una ola del mar. El constante sonido de las cuentas chasqueando se había ido convirtiendo en un quedo zumbido a medida que se alejaban de la costa, y Shallan se removió de nuevo. Qué interesante era aquel paisaje.

En ese lugar las plantas crecían como la escarcha, recubriendo gran parte de la obsidiana, y también crujían dondequiera que pisaban Adolin y ella, rompiéndose y convirtiéndose en polvo tintineante. Las plantas más grandes cobraban forma de conos, con espirales de color en sus pieles translúcidas, como si las hubiera creado un maestro soplador de cristal. Tocó una, esperando encontrarla frágil como muchas otras plantas de Shadessmar, pero era recia y gruesa.

Unos spren diminutos los observaban desde debajo de las hojas de unos arbolitos agrupados. De sus ramas en zigzag como relámpagos, hechas de algo demasiado rugoso al tacto para ser del todo cristal, emergían unas hojas plateadas que daban una sensación metálica y fría. Los spren saltaban de una rama a otra, poco más que sombras de humo arremolinado con grandes ojos.

Y también se mueven un poco como el humo, pensó Shallan. *Se rizan con los mismos vectores del calor sobre un fuego, vivos como el alma de una llama largo tiempo extinta, recordando su antigua luz...*

Velo tenía a denigrar aquellas bobadas poéticas, pero a veces podía ver el mundo como lo veía Shallan. Y se convertía en un lugar más brillante. Mientras pasaban junto a una arboleda más grande, Adolin le cogió la mano para ayudarla a subir a un lomo de obsidiana. El contacto de la piel de Adolin en su mano libre hizo que algo chispeara.

Su toque es una llama nunca extinta. Fulgurante y viva, y el único humo está en sus ojos...

Recorrieron el saliente y pudo distinguir el campamento más abajo, donde los demás estaban recogiendo sus cosas. ¿Había alguien remoloneando cerca de su cofre?

Pensar en eso casi empujó a Shallan a volver a esconderse. Velo, por su parte, tuvo una idea. Tenían que dejar el aparato sin vigilar de alguna forma

que no despertara sospechas, y luego pillar a quien lo usara. Viajando en caravana en vez de estar apiñados en una barcaza, Velo debería ser capaz de hacer muy tentadora esa oportunidad. Quizá podía fingir que se emborrachaba, como había hecho la víspera de la última vez que estaba segura de que el espía había movido el aparato.

—Te he visto ahí dentro, Shallan —dijo Adolin, sin soltarle la mano, de pie en el saliente—. Ahora mismo. Estoy seguro.

Velo apartó la mirada. Sentía que estaba entrometiéndose.

Él le apretó la mano.

—Sé que sigues siendo tú, Shallan. Que todas sois tú. Pero me preocupas. Nos preocupas. Velo dice que sientes que debes esconderte de mí. Pero no es así. No me marcharé, hayas hecho lo que hayas hecho.

—Shallan es débil —susurró Shallan—. Necesita a Velo para protegerla.

—¿Shallan era demasiado débil para salvar a sus hermanos? —preguntó Adolin—. ¿Para proteger a su familia de sus propios padres?

Ella cerró los ojos fuerte.

Él se la acercó.

—No sé las palabras perfectas, Shallan. Solo quiero que sepas que estoy aquí, y que lo intento.

Entonces Adolin señaló y la llevó más lejos a lo largo del risco.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella—. Esto no es un paseo porque sí, ¿verdad?

—Ua'pam había hecho antes esta ruta de caravanas —respondió Adolin—. Me ha mencionado que la vista desde aquí arriba es preciosa.

Velo entornó los ojos, pero, en serio, ¿iba a ponerse a sospechar de *Adolin*? Forzó su atención de vuelta al problema del espía mientras caminaba tras él, pero tormentas, Adolin tenía razón. La vista desde allá arriba era asombrosa. El interminable mar de cuentas reflejaba la lejana luz del sol desde un millón de esferas distintas. La luz cayó en el ángulo correcto y por un momento creyó que el océano entero se había incendiado.

Su mano se contrajo sobre la correa de la mochila, ansiosa por sacar su cuaderno, pero ella se mantuvo firme y lo dejó donde estaba. Anduvo con Adolin hasta el final del risco, donde la obsidiana se alzaba en una aguja no muy alta, recubierta de algún tipo de planta delicada. Unos capullos en floración que parecían casi fúngicos, aunque brillaban con su propia luz interior, roja como la roca fundida.

Debería hacer un boceto de esto...

Entonces, muy por encima, las extrañas nubes de Shadessmar empezaron a revolverse. Dio un respingo cuando algo emergió de ellas en las alturas: una enorme bestia de ceniciente caparazón y largo cuello. Se parecía a un grancaparazón, reflejando un poco el aspecto sinuoso de un abismoide, pero de alguna manera volaba con enormes alas de insecto, siete pares de ellas. Dejaba una estela de nubes a su paso, como si emergiera de una mortaja de polvo. Otras se aferraban a su barbilla, componiendo una barba hecha de nubes.

Lo miró atónita mientras pasaba justo por encima de ellos y reparó en unas luces chispeantes a lo largo de sus alas y sus patas. Resplandecían bajo su piel o su caparazón, como los puntos de una constelación, marcando sus uniones y su contorno.

—Por el pincel de pintura inagotable de Ash... —dijo Shallan—. Adolin, es un estrellaspren. ¡Eso es un estrellaspren!

Él sonrió, empapándose de su esplendor.

—¡Salones sagrados! —exclamó Shallan, apresurándose a sacar el cuaderno—. Tengo que dibujarlo. Sostén esto.

Le pasó la cartera y sacó el cuaderno de bocetos y el carboncillo. Podía tomar una Memoria, y de hecho ya había tomado varias mientras el estrellaspren pasaba, pero quería capturar el momento, la gracia, la majestuosidad.

—Tú lo sabías —dijo, sentándose para sostener mejor el cuaderno.

—Me lo contó Ua'pam —dijo Adolin—. Hay ciertos sitios desde donde se puede verlos emerger. Desde otros ángulos son invisibles. Este sitio es... un poco raro.

—¿Un poco? Ay, querido Adolin, yo soy un poco rara. Este sitio es estrafalario a más no poder.

—Maravilloso, ¿verdad?

Shallan sonrió de oreja a oreja y trazó unas primeras líneas alargadas mientras el estrellaspren se posaba en otra parte de la nube. De su mochila asomaron unos pocos creacionspren, pequeñas manchas de color arremolinadas. ¿Cuándo se habían escondido allí dentro?

Tormentas... Se sentía como si pudiera ver hasta el más mínimo detalle del estrellaspren, aunque estuviera tan lejos. Mientras la bestia se reclinaba en la nube, asomó la cabeza hacia abajo, como mirándola directamente. Entonces la echó hacia atrás, arqueando el cuello, y mantuvo esa postura.

—¡Tormentas! —exclamó ella—. Está posando. Vanaglorioso monstruo

spren. Anda, pásame ese lápiz de carboncillo más pequeño. Tengo que hacerle los detalles.

Adolin se lo entregó y luego se sentó en el suelo a su lado.

—Es bueno verte dibujar.

—Sabías lo que me haría esto —dijo ella—. Me has puesto a propósito en una posición en la que no tendría más remedio que empezar a bosquejar. Y yo pensando lo ingenuo que eres.

—Solo quería verte disfrutar —repuso él—. Llevas unas semanas muy seria.

Shallan dibujó por instinto, absorbiendo la vista y derramándola en el papel. No era un proceso automático del todo, pero sí que le dejaba la mente libre.

Lo que encontró allí, casi sin el menor esfuerzo, la dejó avergonzada.

—Lo siento —dijo—. Es que... estoy afrontando algunas cosas difíciles.

Él asintió y no la presionó. Qué hombre tan maravilloso.

—Velo está cambiando mucho de opinión sobre ti últimamente —comentó—. Y a Radiante siempre le has caído bien.

—Estupendo —dijo él—. Aun así, me preocupa que hayas estado... rara estas últimas semanas. Y comportándote mucho menos como tú misma que de costumbre.

—Velo forma parte de mí misma, Adolin. Igual que Radiante. Tenemos un equilibrio.

—¿Estás segura de que es la palabra correcta?

Shallan no tenía muchas ganas de discutir. En tiempos recientes había sido más tiempo Velo porque había más cosas para que las hiciera Velo. En Urithiru era Shallan o Radiante en una proporción mucho mayor.

En todo caso, sentaba bien... soltarse. Quizá debería abrir lo último que les quedaba de vino y forzar un poco de relajación en sus estómagos. Por la forma en que Adolin había estado caminando tanto de un lado a otro, era probable que le conviniera una buena noche entretenida entre sus brazos.

—Me da la impresión de que me mira —dijo Adolin, subiendo la mirada hacia el majestuoso estrellaspren.

—Es porque lo hace —respondió Shallan—. Los spren se dan cuenta cuando alguien los observa. Unos estudios recientes afirman que los spren *cambian* según la percepción directa individual. Por ejemplo, puedes estar en otra habitación y pensar en el spren y él responderá.

—Eso sí que es estrafalario —dijo Adolin.

—Y aun así, normal al mismo tiempo —dijo Shallan.

—¿Como tú? —preguntó Adolin.

Ella le lanzó una mirada, lo sorprendió sonriendo y se descubrió devolviéndole la sonrisa.

—Como cada persona, diría yo. Todos somos extrañamente normales. O normalmente extraños.

—Mi padre no.

—Venga ya, tu padre más que nadie. ¿Tú crees que es normal que alguien parezca tener entre sus antepasados un yunque y una nube de tormenta particularmente tozuda?

—Entonces... ¿qué dice eso sobre mí?

—Que saliste a tu madre, por supuesto.

Hizo un trazo grueso con el que completó la ilustración. Barnizó la página, la dejó a un lado y empezó a dibujar de nuevo de inmediato. Aquella no era una sesión de un solo boceto.

En el momento en que tocó el papel con el carboncillo, sin embargo, se descubrió dibujando a Adolin mientras miraba hacia el cielo.

—¿Cómo pude tener la suerte de atraparte, Adolin Kholin? —dijo—. Alguien debería haberte enganchado hace años.

Él sonrió.

—Lo intentaron. Lo eché a perder de forma bastante espectacular todas las veces.

—Bueno, por lo menos tu primer encaprichamiento no intentó matarte.

—Recuerdo que dijiste que intentó *evitar* matarte, pero falló. Algo sobre mermelada.

—Mmm... —dijo ella—. Estoy tan harta de las raciones que creo que me comería una rebanada de pan thayleño con mermelada aunque estuviera envenenada.

—Mi primer encaprichamiento no intentó matarme —dijo Adolin—, pero creo que podría haber muerto de la vergüenza por lo que pasó.

Shallan se inclinó hacia delante de inmediato y puso los ojos como platos.

—Uuuuh...

Él la miró y se ruborizó.

—Tormentas, no debería haber dicho nada.

—Ahora ya no puedes parar —repuso ella, dándole golpecitos en el costado con el pie—. Venga. Desembucha.

—Preferiría que no.

—Mala suerte. —Le dio otro golpecito—. Puedo seguir con esto. Soy una tormentosa Caballera Radiante. Tengo una resistencia legendaria incordiando a la gente. Aunque tenga que gastar hasta la última gema para este combate, voy a...

—¡Ay! —dijo él—. Es que ni siquiera es una historia tan buena. Había una chica, Idani, prima de los hijos de Khal. Tenía unas... hechuras inusualmente acertadas para sus catorce años. Me sacaba unos meses, y dejémoslo en que comprendía el mundo mejor que yo.

Shallan ladeó la cabeza.

—¿Y?

—Bueno, pues no dejaba de hablar de lo mucho que le gustaban las espadas. Y de que yo debía de tener una gran espada. Y de cuántas ganas tenía de verme blandir mi espada. Y...

—¿Y qué?

—Y le compré una espada —dijo él, encogiéndose de hombros—. Se la regalé.

—Ay, Adolin.

—¡Yo tenía catorce años! —exclamó él—. ¿Qué chico de catorce años capta las indirectas? ¡Creía que de verdad quería una espada!

—¿Qué va a hacer una chica con una espada? Con una de verdad, me refiero. Esta conversación podría desviarse muy deprisa...

—¡Y yo qué sé! —dijo él—. Supuse que pensaba que eran geniales. ¿Quién no cree que sean geniales? —Se frotó el costado, donde Shallan había estado pinchándolo—. Y la verdad es que era una espada genial de verdad. Un *ulius* clásico, una antigüedad, de los que usaban para los desafíos de honor ojos claros durante el reinado del Hacedor de Soles. Tenía una pequeña muesca del duelo entre Velinar y Gulastis.

—Doy por sentado que todo eso también se lo explicaste largo y tendido a la pobre Idani, ¿verdad?

—Estuve hablando como una hora —reconoció Adolin—. Al final se aburrió y se marchó. Ni siquiera se llevó su tormentoso regalo. —Echó una mirada a Shallan y sonrió—. Pero así pude quedarme la espada. Aún la tengo.

—¿Llegaste a descubrirlo? ¿Lo que te estaba diciendo?

—Más tarde, sí —respondió Adolin—. Pero para entonces... las cosas habían cambiando.

Shallan inclinó la cabeza a un lado y dejó de dibujar.

—La oí riéndose de Renarin con sus amigos —dijo Adolin—. Dijo algunas

cosas muy... feas. Eso echó a perder algo en mí. Era una hermosura, Shallan. Por aquel entonces, mi pequeña mente creía que debía de ser lo más divino que hubiera pisado Roshar jamás.

»Y entonces oí que decía esas cosas. No creo que me hubiera parado a pensar nunca, hasta ese momento, que una persona pudiera ser hermosa y horrible a la vez. Cuando eres un adolescente, quieres que la gente bonita sea bonita de verdad. Es difícil verlo de otra manera, por estúpido que suene. Supongo que estoy en deuda con ella por eso.

—Es una lección que mucha gente no aprende nunca, Adolin.

—Supongo. Pero hay más. Ella acababa de mudarse a la ciudad y estaba desesperada por encajar. Así que sus bromas sobre Renarin fueron groseras, sí, pero Idani estaba esforzándose mucho para que la aceptaran. Ahora ya no veo en ella a una niña malvada. Los demás se portaban mal con Renarin, y ella pensó que podría hacer amigos si los imitaba.

—No es excusa para ese tipo de comportamiento.

—Tú antes también pensabas que era raro —señaló Adolin.

—Puede —dijo Shallan, dado que era cierto... e incómodo—. Pero cambié de opinión, y nunca hablé mal de él con nadie. Solo hizo falta que tú me enseñas que, aunque era raro, era el tipo bueno de raro. Y como experta en lo raro, tengo una cualificación sin igual para saberlo.

Volvió al boceto de Adolin, centrándose en sus ojos. Cuánto había en sus ojos.

—No estoy disculpando las cosas que dijo Idani —afirmó Adolin—. Solo creo que es importante reconocer que podía tener sus motivos. Todos tenemos motivos por los que no estamos a la altura de lo que deberíamos ser.

Shallan se quedó muy quieta, con el lápiz flotando sobre la página del cuaderno. Así que de eso estaba hablando.

—No tienes que estar a la altura de lo que tu padre quiere que seas, Adolin.

—Nadie ha conseguido nada nunca a base contentarse con la persona que era, Shallan —dijo Adolin—. Logramos grandes cosas cuando aspiramos a ser quienes podríamos ser.

—Siempre que sea quien tú quieras ser. No en lo que otra persona cree que deberías convertirte.

Él siguió mirando hacia el cielo, estirado, de algún modo haciendo que pareciera cómodo estar tumbado con la cabeza sobre una piedra. Maravilloso pelo revuelto, rubio salpicado de negro, uniforme impecable. Y aquella cara en medio. Ni revuelta ni impecable, solo... él.

—No hace tanto tiempo —dijo Adolin—, lo único que quería era que todo el mundo volviera a respetar a mi padre. Pensábamos que estaba haciéndose mayor, perdiendo la razón. Yo quería que todos los demás lo vieran igual que lo veía yo. ¿Cómo perdí eso, Shallan? O sea, estoy orgulloso de él. Está convirtiéndose en alguien que merece cariño, no solo respeto.

»Pero tormentas, últimamente no soporto ni estar cerca de él. Se ha transformado en todo lo que yo quería que fuese, y esa transformación nos ha separado.

—¿No es por lo que descubriste que le había hecho... a ella?

—En parte sí —admitió Adolin—. Me duele. Quiero a mi padre, pero aún no puedo perdonarlo. Creo que lo haré, con el tiempo. Pero hay más. Tensando nuestra relación. Tiene el concepto erróneo de que yo siempre he sido mejor que él.

»Para mi padre, soy una especie de remanente inmaculado de mi madre, una noble y pequeña estatua que heredó toda la bondad de ella y nada de la aspereza de él. No quiere que sea yo mismo, ni siquiera quiere que sea él. Quiere que sea ese niño perfecto imaginario que nació siendo mejor de lo que él podría ser jamás.

—Y eso te convierte en algo distinto a una persona —dijo Shallan, asintiendo—. Elimina tu capacidad de tomar decisiones o cometer errores. Porque eres perfecto. Naciste para ser perfecto. Así que nunca puedes ganarte nada por tu cuenta.

Adolin estiró el brazo, le puso la mano en la rodilla y la miró a los ojos, casi con lágrimas en los suyos. Porque ella lo comprendía. Y tormentas, sí que lo comprendía. Shallan apoyó la mano en la de él y lo atrajo hacia ella. Notó su aliento en el cuello cuando él se acercó más. Entonces lo besó y, mientras lo hacía, atisbó algo en el cielo. El majestuoso spren había empezado a desvanecerse en el interior de la nube, quizá sintiéndose ignorado al perder su atención.

En fin, no era culpa del spren.

Sencillamente, no podía competir.

LA FUERZA
DE UN SOLDADO

Afirmáis que el poder en sí debe considerarse aparte en nuestras mentes del recipiente que lo controla.

Adolin respiraba un poco más tranquilo sabiendo que podía llegar hasta Shallan. Así que, a su regreso de contemplar el estrellaspren, levantó el pulgar a Ua'pam. Había sido una sugerencia excelente, y ese tiempo a solas era justo lo que necesitaban.

Shallan le dio un cariñoso abrazo y le apretó los brazos antes de correr a recoger sus cosas. Era lógico, supuso Adolin, que hubiera estado tan nerviosa últimamente. Tenían a un espía infiltrado en la misión. Era posible que Adolin no hubiera pensado lo suficiente en ese problema concreto.

Pero la experta en eso era Shallan. Ilusiones, mentiras, arte y ficción. Se suponía que él era el experto en política. Lo habían educado como segundo en la línea sucesoria al trono, aunque había terminado tercero al nacer el pequeño Gav. Aunque Adolin hubiera rechazado ese mismo trono cuando se lo habían ofrecido, debería ser un emisario competente a una nación extranjera.

«Apela a su honor», pensó, recordando la sugerencia de Arshqqam.

Fue a buscar a Galante, que estaba con los mozos, y se lo llevó para cargar al caballo en persona: las espadas en sus vainas, el cofre alargado de las

demás armas y luego el baúl de ropa en el otro flanco. Miró a los ojos azules de Galante. Muchas veces le parecía poder ver una especie de luz muy al fondo de ellos.

—Debe de estar bien —dijo Adolin, acariciando al caballo— eso de no tener que preocuparte por cosas como la política o las relaciones.

El caballo bufó de un modo que a Adolin le pareció a todas luces desdeñoso. Bueno, quizá la vida de un caballo se complicara más de lo que un ser humano alcanzara a ver.

Malli, la esposa de Felt, le llevó a Maya. Adolin había pedido a la escriba que cuidara de Maya mientras él iba a dar su paseo. Hizo un gesto hacia el ryshadio.

—¿Vamos?

Era difícil que Maya reaccionara de ningún modo, pero él prefería preguntar. Y en efecto, le pareció que Maya hacía un asentimiento. Lo interpretó como que le daba permiso, así que la ayudó a subir al caballo. Montarla en Galante había sido un proceso difícil las primeras veces, y había requerido que subiera a unas cajas y luego empujarla con torpeza a la silla. Pero ya sabía lo que debía hacer y solo necesitaba una mano para ayudarla a colocarse bien en el sitio.

Maya era más pesada de lo que parecía, compuesta de gruesas enredaderas tirantes y densas, como músculo. Aun así, incluso al principio, había merecido la pena el esfuerzo de subirla a caballo. Facilitaba el viaje, ya que se quedaba sentada con placidez en el caballo y mantenía el ritmo de los demás. Además, Adolin reconoció que se quedaba más tranquilo si Galante estaba cuidando de ella. El ryshadio lo entendía. Había que ocuparse mejor de lo normal de una soldado que había dejado una parte de sí misma en el campo de batalla.

Emprendieron la marcha del día con Adolin a la cabeza de la columna, aunque Godeke y su spren exploraban por delante. Al solemne Danzante del Filo ya no le quedaba nada de luz tormentosa —la habían agotado la noche anterior creando reservas de comida para el trayecto de regreso—, pero Godeke había practicado como explorador en su entrenamiento con los Radiantes.

Adolin pasó la primera parte de la caminata intentando decidirse por una estrategia definitiva que emplear con los honorspren. Los demás tenían razón: era improbable que funcionaran las ideas que les había presentado. De modo que empezaría por las cartas. Pero ¿podía desarrollar un plan de reserva?

No se le ocurrió nada, y al mediodía ya había perdido toda sensación de calma o satisfacción que pudiera haberle proporcionado pasar la mañana con Shallan. Le costó contenerse para no ladrar a Felt cuando llegó desde la retaguardia. El explorador extranjero había sido un miembro estable y valioso de la misión hasta el momento. Quizá Felt ya no estuviera tan vivaz como en otros tiempos, pero parecía tener un sexto sentido a la hora de recorrer lugares desconocidos.

—Brillante señor —dijo el hombre desde debajo de su viejo sombrero de ala ancha. Lo había heredado cuando Bashin se retiró del servicio y lo llevaba como recuerdo. Aunque no era reglamentario, era la clase de cosas que se dejaban pasar en un hombre como Felt—. Los humanos acaban de desviarse al sur. Parece que renuncian a seguirnos.

—¿En serio? —preguntó Adolin—. ¿Después de tanto tiempo?

—Sí. Me ha parecido extraño, pero tampoco sabría decirte muy bien por qué.

Adolin dio la orden de descansar para comer algo. Merit se acercó para descargar a Galante y que descansara mientras Adolin seguía a Felt hasta el final de la pequeña columna. Allí treparon a un peñasco de obsidiana no muy alto, haciendo crujir las frágiles plantas de cristal al destrozarlas con las botas y espantando a vidaspren, desde cuya cima podrían usar los catalejos para observar a los tukari.

El extraño grupo de humanos se había alejado lo suficiente para que Adolin apenas los distinguiera en el mal iluminado paisaje de Shadesmar. Era cierto que se habían desviado hacia el sur.

—¿Qué sentido tiene perseguirnos tanto tiempo hasta aquí y ahora rendirse? —preguntó Adolin.

—Puede que no estuvieran persiguiéndonos. A lo mejor solo venían en esta dirección de todos modos. Explicaría por qué siempre se preocupaban de mantenerse alejados y no alcanzarnos.

Era una buena hipótesis. De hecho, si los humanos no le hubieran parecido tan inusuales en su primer encuentro, seguramente eso mismo sería lo que Adolin habría supuesto desde el principio. No le había resultado raro que Notum viajara en la misma dirección. ¿Por qué debería haberse preocupado tanto por aquellos humanos?

«Porque de verdad tenían algo raro —pensó—. Esa forma de mantenernos el ritmo, esa forma de observarnos...»

Adolin los observó por el catalejo, aunque a esa distancia podía distinguir

poco más que las sombras de figuras que llevaban antorchas.

—Bueno, sí que parece que se marchan —dijo a Felt, y le devolvió el catalejo—. Pero montad guardia mientras comemos, por si acaso.

Adolin estaba a medio camino hacia el frente de la columna cuando la verdad cayó a plomo sobre él.

Velo cerró la tapa del cofre que contenía el cubo de comunicación y echó el cerrojo. No podía confiar en que el espía dejara siempre el cubo en una orientación distinta después de moverlo, así que había empezado a usar un truco que había aprendido de Tyn mucho tiempo antes: esparcir una tenue capa de polvo por encima.

Ese polvo no se había perturbado en todo el camino, hasta donde Velo alcanzaba a distinguirlo. Tenía que encontrar la forma de usar el cofre como cebo, dejándolo solo y tentador. Mientras pensaba en ello, fue hasta Ishnah y cogió un cuenco de papilla. Hizo acopio de valor para comerse aquella asquerosidad creada por moldeado de almas. Debería obligar a Radiante a que tomara el control para las comidas. Los soldados estaban acostumbrados a comer unas raciones espantosas sobre el terreno, ¿verdad? Radiante consideraría un honor zamparse aquella bazofia. Todo eso de que las adversidades forjan el...

Adolin pasó a la carrera.

Radiante soltó el cuenco y se levantó de un salto. Aquella era la postura de un hombre que corría hacia una pelea. Echó a correr también tras él, intentando por instinto invocar su hoja esquirlada, aunque por supuesto no funcionó. No en Shadessmar.

Adolin trepó deprisa hasta la cima del peñasco donde Felt estaba todavía vigilando la retaguardia. Radiante empezó a subir también y se le unieron otros dos soldados de Adolin. Los demás Radiantes y agentes, incluida Zu la Custodia de la Piedra, que siempre parecía tan ansiosa y excitable, se quedaron atrás mirando con expresiones confusas.

Sobre el peñasco, Radiante encontró a Adolin mirando por un catalejo, tenso y alerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Radiante.

—No nos seguían a nosotros —dijo él—. ¡Deja a un par de spren vigilando el campamento y trae a todos los demás conmigo! Preparaos para luchar.

Y al instante se arrojó desde el peñasco. Sus botas hicieron ruido al dar contra la piedra de abajo. Tormentas, recordaba que no llevaba armadura

esquirlada, ¿verdad? Adolin echó a correr hacia la lejana caravana tukari, con la mano en la espada enfundada de su cinto para que no bailara.

Radiante se quedó anonadada. ¿Adolin pretendía llegar a pie hasta...?

El sonido de la piedra al resquebrajarse retumbó desde atrás. Radiante se sobresaltó y miró las formaciones de roca cercanas por si había algún alud. Solo entonces se dio cuenta de que eran los cascos de Galante aporreando la obsidiana al pasar al galope por delante. Una alarmada Maya se aferraba a su crin con los dos puños cerrados, pero parecía que ya habían descargado al caballo.

Sin apenas interrumpir las zancadas, Adolin asíó las riendas que pendían cuando Galante llegó a su altura. Hizo un extraño salto en carrera y se izó a la silla de montar detrás de Maya, maniobra que una parte del cerebro de Radiante se negaba a creer que fuese posible.

—Herrumbres —dijo Felt, bajando el anteojos—. ¿Cómo lo ha sabido el animal? ¿Alguien ha oído al alto príncipe Adolin dar un silbido?

Los demás soldados negaron con la cabeza.

—¡Vamos! —ordenó Radiante—. Traed los caballos de carga y envidad jinetes tras él. Yo dejaré a Patrón vigilando nuestras cosas. ¡Todos los demás, preparados para marchar!

Los tuvo a todos en movimiento con lo que consideró una brevedad impresionante. Tres soldados a caballo salieron en persecución de Adolin, pero eran mucho más lentos que el ryshadio. Algo tan enorme no debería ser tan rápido.

Ella avanzaba a marcha redoblada junto a Godeke y Zu, más deprisa que la Tocón y algunos spren. Sin embargo, aunque el entrenamiento de Radiante con Adolin en los últimos doce meses la había endurecido, tampoco había hecho ninguna marcha forzada.

Se había acostumbrado a depender de la luz tormentosa. Con ella, podría haber corrido a toda velocidad sin cansarse. Godeke podría haber ido por delante deslizándose, moviéndose sobre la piedra como si fuera hielo. Pero no les quedaba luz tormentosa, así que siguieron a la avanzada como mejor pudieron. ¿Qué era lo que había dicho Adolin? ¿Que los extraños humanos no estaban siguiendo a su grupo? Entonces, ¿a quién habían estado siguiendo?

Encajó casi de inmediato. Los humanos los habían evitado por poco, siempre a la vista, dando la impresión de que querían rebasar al grupo pero nunca se atrevían. Y ese día se habían desviado hacia el sur.

La misma dirección en la que se había marchado Notum.

Cabalgar detrás de Maya mientras ella se aferraba al cuello de Galante no era demasiado cómodo para Adolin. Por suerte, el ryshadio no necesitaba mucho gobierno por su parte.

Adolin cabalgaba en postura baja, asido a las riendas, sintiendo el ritmo de los cascos de Galante aporreando el suelo de obsidiana. Los tukari debían de haber planeado asaltar a Notum al poco de que su patrulla abandonara el pueblo portuario, pero se habían contenido al ver que el grupo de Adolin empezaba a viajar en la misma dirección. Lo más seguro era que les preocupara que el equipo de Adolin acudiera en defensa de Notum.

Se habían mantenido cerca, sin atreverse nunca a atacar. Hasta que por fin Notum había virado al sur mientras Adolin seguía hacia el oeste.

Galante sudaba a chorro cuando llegaron a la caravana de los humanos. Habían dejado a algunos miembros atrás con las provisiones y enviado un grupo mayor tras Notum, con antorchas. Adolin hizo caso omiso a los que guardaban el material. Se inclinó más, con una mano en torno a la cintura de Maya, esperando estar equivocado. Esperando que todo aquello no fuera nada.

La preocupación de Adolin creció a medida que se acercaba. Penetrante luz de antorcha. Siluetas gritando.

—Cuando lleguemos —dijo Adolin al caballo—, no te metas en la lucha.

Galante bufó su desacuerdo.

—Te necesitaré para sacarme —dijo Adolin—, y tú necesitarás recobrar el aliento para poder hacerlo.

Los ryshadios eran mucho más que el caballo de guerra promedio, dotados de una velocidad que parecía desafiar su talla gigantesca. Dicho eso, no estaban hechos para las galopadas largas.

Y Adolin no estaba hecho para combatir contra un grupo numeroso en solitario. Los demás estarían muy atrás. Así que ¿cuál era su plan? Si Notum de verdad estaba en apuros, Adolin no podría enfrentarse a diez o más personas sin su armadura esquirlada.

Se acercó y fue distinguiendo a hombres con los gruesos y estampados ropajes tukari, sosteniendo en alto antorchas y espadas, sables cortos a una mano de curva pronunciada. Armas de tajo, bastante comunes. Solo dos enemigos llevaban escudo y no había armaduras dignas de ese nombre, aunque vio unas pocas lanzas que debería tener en cuenta.

Se habían detenido y formaban un amplio círculo, rodeando algo en su centro. Adolin apretó los dientes y guio a Galante con las rodillas para aproximarse más y poder evaluar mejor la situación. Los spren siempre habían sido... reservados acerca de si se los podía matar o no en Shadesmar. Los había visto llevar armas y, durante su anterior viaje, los marineros de Notum habían reconocido que a los spren se los podía cortar y sentían dolor.

«Matarlos» implicaba hacerles tanto daño que se les desmoronaba la mente y se convertían en algo parecido a un ojomuerto.

¡Padre Tormenta! Adolin vio lo suficiente al hacer su pasada al galope y sus peores miedos quedaron confirmados. En el centro del círculo había una figura resplandeciente acurrucada en el suelo, atada con cuerdas. Más de una docena de entusiasmados tukari estaban clavándole una y otra vez sus lanzas y sus espadas. Los ayudantes de Notum, un grupo de tres alcanzadores, estaban también atados y colocados en hilera. Quizá serían los siguientes en sufrir la tortura.

Los asaltantes no parecían tener arcos, por suerte, así que Galante pudo pasar sin incidentes. De hecho, Adolin estaba cada vez mas seguro por sus posturas y su falta de disciplina de que eran más una turba que una unidad militar. ¿Por qué atacarían a un honor spren? ¿Cómo habían llegado siquiera a Shadesmar en un principio?

Adolin detuvo su montura cuando estuvieron a una distancia segura. Había esperado llevarse a algunos tukari tras él, pero se quedaron agrupados, más de veinte hombres con antorchas, lanzas, espadas. Después de mirar un momento a Adolin, siguieron hendiendo a Notum con sus armas.

Tormentas. ¿Cuánto podría durar un spren sometido a ese tratamiento?

Adolin miró si llegaba ayuda y vio a varios jinetes acercándose en la lejanía, pero tardarían valiosos minutos en llegar. ¿Poner en peligro la misión o ir a salvar a Notum por su cuenta?

«¿Por qué la pondrías en peligro? —pensó—. Apenas sabes lo que estás haciendo aquí. Entregar unas cartas pueden hacerlo los otros. No eres más que un uniforme y una espada, Adolin. Úsalos.»

Desmontó de Galante.

—Si esto sale mal, lleva a Maya con los demás —ordenó al caballo—. Voy a retrasar a esos hombres.

Galante bufó de nuevo. Estaba acostumbrado a cabalgar al combate con Dalinar.

—No —dijo Adolin—. Te harán daño.

Maya le agarro el hombro con una mano tensa. Había pasado la cabalgada entera aferrada con fuerza a la crin de Galante y Adolin sintió terror procedente de ella, quizá a moverse tan deprisa. Miró su expresión de ojos tachados, sintiendo su agarre en el hombro del uniforme.

—Si aparto a esos hombres de ahí, Maya —dijo—, ¿podrías llegar a Notum y cortar sus ataduras? Podrías usar una espada de las que hay en las vainas de la silla.

Como respuesta recibió un gruñido grave, medio gemido y un apretón más fuerte en el hombro.

—No pasa nada —dijo él, separando los dedos de Maya—. No es culpa tuya. Quédate aquí. Mantente a salvo.

Adolin respiró hondo y sacó su espadón de la vaina en el hombro de Galante. Su espada de bastón se había quedado en el campamento, en el cofre de armas, junto con su escudo y su yelmo. Por tanto, su mejor opción contra aquella escoria era el arma con mayor alcance.

Alzó la enorme espada. Era más fina que una hoja esquirlada, pero igual de larga que muchas de ellas, y desde luego más pesada. Muchos espadachines a los que conocía las miraban por encima del hombro, considerándolas inferiores a las hojas esquirladas, pero se podía usar con ellas muchas de las mismas poses y maniobras, y había algo sólido en los mandobles que a Adolin siempre le había gustado.

Recorrió a zancadas el negro terreno de obsidiana y empezó a gritar, sosteniendo la espada a un lado con las dos manos.

—¡Eh! ¡Eh!

Eso llamó la atención de los tukari. Las siluetas oscuras se apartaron de Notum, una figura hecha un ovillo de suave blanco y azul.

«Muy bien, pues —pensó Adolin—. Tienes que ganar tiempo.» No tenía que derrotar a los veinte hombres que había: solo necesitaba aguantar lo suficiente para que llegaran sus soldados y equilibraran un poco el combate.

Por desgracia, incluso si aquellos tukari no tenían entrenamiento en batalla, Adolin estaba en grave desventaja. De joven, con la cabeza llena de historias de portadores de esquirlada derrotando a compañías enteras sin ayuda, había supuesto que podría derrotar sin problemas a dos o tres adversarios a la vez en un lance. Había aprendido por las malas lo muy equivocado que estaba. Sí, un hombre podía enfrentarse a varios con el entrenamiento adecuado, pero nunca era lo preferible. Era demasiado fácil que lo rodearan, demasiado fácil recibir un ataque por la espalda mientras estaba enfrentándose a otro

oponente.

A menos que los enemigos no supieran lo que hacían. A menos que estuvieran asustados. A menos que se pudiera impedir que aprovecharan su ventaja. Allí no podría ganar por ser mejor dulista que nadie.

Podría ganar porque sus adversarios perdieran.

—¡Eh, hablemos! —exclamó Adolin—. Ahí tenéis a un honorspren. ¿Cuánto queréis por él?

Le respondieron en tukari y, como había ocurrido cuando se acercó a ellos en el pueblo, sus posturas pasaron a ser hostiles de inmediato. Avanzaron hacia él con las armas por delante, rostros barbudos y pelo grueso que acentuaban sus expresiones sombrías. Adolin entrevió unos expectaspren, como enormes lurgs, merodeando en torno al campo de batalla. Hasta oyó a un dolorspren aullar en la distancia.

—Supongo que no aceptaríais luchar de uno en uno —dijo Adolin—. ¿Una serie de duelos amistosos? No os haré mucho daño, os lo prometo.

Se acercaban cada vez más, ya a menos de tres metros. Por delante de los demás iba un lancero. Las lanzas serían lo más peligroso, pero Adolin aventajaría en alcance a los de los sables.

—Supongo que no —suspiró.

Al instante se abalanzó hacia delante, su espadón asido con firmeza a dos manos. Desvió el ataque con lanza del primer hombre, entró con un tajo amplio y poderoso y lo decapitó.

Era más difícil de hacer de lo que la gente creía a veces, porque hasta la hoja más afilada podía atascarse en el músculo o en la columna vertebral. El ángulo lo era todo, eso y completar el arco.

Haciendo caso omiso a la sangre, Adolin pasó a la posición de fuego. Rápida. Brutal. Los otros tukari se lanzaron hacia él y Adolin fue desplazándose hacia el lado, intentando mantenerse apartado de la punta de su descuidada formación. Los movimientos rápidos de Adolin los mantuvieron desequilibrados mientras se afanaban en intentar rodearlo.

El entrenamiento favorecía a Adolin, por suerte. Sabía cómo moverse sin cesar para tener siempre a tantos de ellos delante como fuese posible. Los soldados sin entrenar tendían a moverse en manada, permitiendo que un enemigo fuese rodeándolos e impidiera que se situaran a su espalda. Aquellos además rehuían los grandes arcos que Adolin trazaba con su espada, más golpes de advertencia que verdaderos ataques.

Mientras Adolin los rodeaba por el lado, algunos de ellos miraron en

dirección contraria cuando un soldado ladró una orden desde su retaguardia. Lo pagaron caro. Adolin embistió contra el flanco de la manada, hundió el espadón en el costado de un hombre, lo liberó de un tirón y abrió el cuello de otro con el revés. Atravesó a un tercero de una estocada en la tripa, otro lancero, su objetivo principal en aquella ofensiva.

Los hombres gritaron y se dispersaron presas del pánico, el hombre al que había empalado chillando y trastabillando. Incluso quienes estaban acostumbrados a la batalla podían intimidarse por la casual brutalidad de un enorme mandoble en plena acción. Adolin logró alcanzar a un último tukari que no se alejó lo bastante rápido. Impactó con un amplio tajo en el brazo del hombre.

El tukari aulló, soltando su arma, y Adolin le dio una patada mientras tiraba de su espada, atrapada en el hueso. Logró liberarla con esfuerzo y un chorretón de sangre y entonces dio un giro de cuerpo entero con la espada hacia fuera que hizo que los demás se apartaran de un salto, temerosos. Aquello no era la delicada y hermosa danza de un duelo; no era lo que él adoraba. Aquello era una carnicería. Por suerte, Adolin tenía buenos modelos de conducta para esas situaciones.

Sus mejores aliados eran la velocidad y la intimidación. Como había deseado, aquellos hombres respondieron muy mal a la pérdida de varios de los suyos en un ataque tan veloz y terrible. Se dejaron ahuyentar en vez de aprovechar su ventaja numérica. Gritaron de sorpresa, ira y miedo mientras Adolin atacaba al siguiente hombre aisladólo en una línea entre él y los otros para que no pudieran embestir contra él sin obstáculos. Adolin descargó su arma en rápida sucesión para apartar el escudo del hombre a porrazos y luego lo derribó con un tajo descendente al omóplato.

No era la muerte más limpia posible, pero la sangre en el uniforme y la cara de Adolin debían de volverlo aterrador, porque los tukari retrocedieron incluso más, gritando en su idioma. Y entonces, por desgracia, llegó la parte mala. Adolin trató de mantenerlos asustados avanzando contra el hombre más cercano, pero todos rechazaban enfrentarse a él y empezaron a intentar rodearlo.

Luchando en solitario en campo abierto, solo impedir que lo rodearan ya era todo un esfuerzo. Tenía que dedicar su atención completa a bailar retrocediendo, trazando arcos para apartar a enemigos y buscando aperturas, pero siempre en alerta para impedir que nadie se situara detrás de él. Podía hacerlo mientras estuviera descansado, pero terminarían agotándolo y se

ralentizaría.

Probó otra táctica pasando a la posición de la piedra, una postura defensiva, intentando conservar las energías. Todo el tiempo que pasaran intentando rodearlo, asustados de él como de una anguila aérea siseando, era más tiempo que tenían los demás para llegar.

Eso le permitió acercarse a Notum, que estaba gimiendo con el cuerpo perforado por una docena de lugares que sangraban una tenue neblina blanquiazul. Por desgracia, sus ataduras eran fuertes y, aunque pudiera liberarse, Adolin dudaba mucho que pudiera correr a un lugar seguro en su estado.

«Tú sigue ganando tiempo», pensó Adolin, pero el enemigo estaba cerrando distancias de nuevo. Al principio los había masacrado con rapidez y efectividad, pero seguían siendo catorce contra uno y parecían haberse dado cuenta de que Adolin estaba condenado. Estrecharon el cerco a su alrededor, obligándolo a seguir moviéndose e intentar mantenerlos a todos en su campo de visión.

Quedaba un hombre con escudo, que gritó órdenes. Llegaron cuatro corriendo, dos por la izquierda y dos por la derecha. El líder debía de tener alguna experiencia en combate, porque no envió a todos a la vez en un caótico embrollo que habría favorecido a Adolin. Era mejor que los otros esperaran a que entablara combate y entonces avanzar y abrumarlo.

Con una maldición susurrada, Adolin se apresuró a arremeter contra la primera pareja, ya que su única esperanza estribaba en derribar a esos dos y luego pasar a los dos de detrás. Por desgracia, esa primera pareja luchó a la defensiva, alzando las espadas y negándose a un enfrentamiento pleno. Adolin se vio obligado a girar y descargar un tajo hacia los dos del otro lado, y enseguida intentar volverse para impedir que los dos de delante lo alcanzaran.

Logró que un tajo impactara, pero mientras estaba entretenido en evitar que lo rodearan, el líder envió a más hombres hacia él, embistiendo sin más. Tormentas. Tuvo que esquivar a un lado para impedir que lo derribaran y, mientras acababa con dos que llegaron corriendo, la confusión resultante fue justo lo que había temido. Lograron rodearlo mientras estaba concentrado en evitar que lo tiraran al suelo.

En el embrollo, acabó presionado por dos hombres con espadas que se acercaron tanto mientras Adolin salía de un giro que tuvo que empuñar la hoja de su espadón. Eso le permitió lanzar una estocada precisa al cuello de

uno de ellos, pero dejó su espalda abierta. Oyó botas sobre la piedra y, aunque intentó volverse a tiempo, era demasiado tarde. El ataque mal dirigido del hombre con la lanza alcanzó a Adolin en el lado derecho, cerca del estómago.

Adolin gruñó por el dolor, pero consiguió entrar su espada y apartar al lancero de un golpe. Condenación. Acababa de recibir justo el tipo de ataque que había temido, una lanza inadvertida mientras lo estaban abrumando. Su propia sangre empezó a mancharle el uniforme; el fin había comenzado. Sus enemigos no necesitaban derrotarlo como en un duelo espectacular, sino solo hacerle unos cuantos cortes y dejar que la pérdida de sangre lo derribara.

«Pero si consigo aguantar un poco más...»

El aullido de un dolorspren resonó en la lejanía. Adolin apartó a sus adversarios más próximos haciéndolos retroceder intimidados con un rugido y varios tajos poderosos. Pero el líder envió a cuatro espadachines frescos. Les habría convenido más llevar todos lanzas, pero la ventaja que suponía para Adolin era nimia, ya que tuvo que luchar a la desesperada, lanzando amplios tajos, para intentar mantenerlos a todos apartados. Cuando un atacante tropezó, Adolin se enorgulleció de poder alcanzar su muslo expuesto y enviarlo chillando al suelo.

Los gritos de su amigo herido asustaron a los demás por un instante, hasta que los gritos de su capitán los devolvieron a sus puestos. Quizá si Adolin lograba llegar a ese hombre, el del abrigo estampado en azul sobre amarillo...

Lo intentó, pero se interpusieron dos hombres para defender al líder. Las botas raspando piedra atrás obligaron a Adolin a girar, bloquear y girar de nuevo. A su alrededor había otros danzando con una extraña cadencia, moviéndose inesperadamente. Adolin estaba cansándose y cada vez le era más y más difícil mantenerlos a todos al mismo lado.

Además, no estaban entrenados, lo cual podía ser peligroso. Los soldados sin entrenar eran mucho más agresivos, al no comprender que con esa clase de táctica lo más probable era que acabaran igual de muertos que su adversario. Adolin no podía mantenerlos a todos en su campo de visión, no digamos ya combatirlos a todos, y se vio condenado cuando saltó para apartarse de un ataque y su espada dio contra alguien detrás de él. ¿Tanto se habían acercado? Se preparó para el espadazo que llegaría.

En vez de eso, oyó un grave gruñido.

Sorprendido, Adolin miró atrás y descubrió que la figura con la que había topado había puesto su espalda contra la de él. Maya había sacado la espada

corta de Adolin de su vaina, pero la empuñaba como una porra, con el brazo extendido y la hoja hacia arriba. No era una postura nada efectiva y además, cuando el enemigo se acercó a ella, no la blandió contra ellos, sino que se limitó a gruñir.

—No deberías haber venido —dijo Adolin, sintiendo fluir la cálida sangre de su herida por el costado y la pierna. No se atrevía a contener la herida para no dejarse la mano resbaladiza en pleno combate—. Pero gracias.

Ella respondió con un gruñido. Galante se aproximaba por la izquierda, desobedeciendo una orden directa, pero dos enemigos que quedaban con lanzas se dieron cuenta y empezaron a ahuyentarlo. Los tukari restantes se situaron alrededor de Maya, depredadores moviéndose en círculo. Parecían preocupados por la recién llegada, pero Adolin no estaba muy seguro de cuánto les duraría la vacilación. Tardarían poco en darse cuenta de que Maya no suponía una gran amenaza.

A no ser...

—¡Maya! —exclamó Adolin, e inició la pose con los brazos sobre la cabeza, sosteniendo la espada de una manera concreta. La forma en que Zahel le había enseñado a hacer su kata matutina.

Maya lo miró y, aunque Adolin no pudo interpretar sus ojos raspados, algo cambió en su postura. Pareció entenderlo. Había hecho esa misma kata con Adolin todas las mañanas del viaje, y antes de eso él la había practicado con ella como su espada incontables veces.

Para gran alivio de Adolin, Maya adoptó la misma forma, pasando a empuñar la espada como debía, en una pose poderosa.

—Adelante —dijo él.

Empezó la kata y ella lo imitó. El objetivo de aquella serie de movimientos no era el combate real, pero los arcos amplios de las brillantes hojas quedaban impresionantes.

El líder tukari desvió la mirada hacia los caballos que se aproximaban con los soldados de Adolin y ladró una orden. Sus hombres estrecharon el círculo en torno a Adolin, aunque parecían aterrorizados de Maya. ¿Y quién no lo estaría? ¿Una ojomuerta peleando? Otro par de ellos estaba distraído con Galante, que llegaba al interior bufando.

Y sobre todo, la mayor desventaja de Adolin había quedado mitigada. Ya no tenía que vigilar su espalda. Incluso estando herido, con sangre caliente manchándole el costado, Adolin sintió que su confianza se reavivaba. Tres hombres se abalanzaron hacia él y Adolin se mantuvo firme. No. No

permitiría que lo zarandearan.

«Nunca subestimes la fuerza de un soldado entrenado para mantener su posición.»

Rugió a los hombres y blandió su espadón ante ellos, interrumpiendo su carga y haciéndolos detenerse antes de entrar en su alcance. Sí, una muchedumbre podía imponerse a un solo guerrero, y la destreza con la espada solo los contendría un cierto tiempo. Pero el entrenamiento era algo más que aprender a manejar un arma. Era confianza.

«Nunca subestimes la simple fuerza intimidatoria de un hombre que se niega a retroceder.»

El primero acometió contra Adolin con una espada, pero no había cuidado bien de su arma. La guarnición se había soltado, así que Adolin amputó los dedos del hombre cerrados en torno al puño de la espada, que cayeron al suelo. Un error estúpido: un buen maestro espadachín siempre enseñaba a proteger las manos. Mientras ese hombre chillaba, los otros dos atacaron y Adolin embistió con todo el cuerpo, proyectando una estocada con un alcance que a todas luces sorprendió a los hombres, ya que atravesó a uno por el estómago a un cuerpo entero de distancia. Adolin recobró la guardia, dio un paso adelante y giró, poniendo todo su peso y su impulso en un tajo que alcanzó al segundo hombre. Y otra cabeza salió volando.

Movimiento a un lado. Otros dos hombres acercándose, pero mientras Adolin recuperaba la pose y pegaba su espalda a la de Maya, ellos... pusieron pies en polvorosa. Con sus amigos muriendo en el suelo ante ellos, esos hombres habían tenido suficiente. Temblorosos, corrieron a voz en grito, acompañados del que había perdido los dedos, que se acunaba la mano ensangrentada.

El líder tukari en persona pasó al ataque junto a un guardaespaldas mientras los demás empezaban a dispersarse. Adolin no retrocedió ni un solo paso ante la acometida del guardaespaldas; dejó pasar el ataque a un lado.

«Nunca subestimes la valía de estar dispuesto a jamás. Ceder. TERRENO.»

Empujó con el hombro al guardaespaldas desequilibrado, descargó el espadón y casi logró llevarse la cabeza del líder, pero el tukari esquivó en el último momento y escapó con un tajo en el hombro. El galope atronador hacía pensar que los soldados de Adolin estaban cerca, pero era solo Galante, magnífico dando coches al suelo y relinchando. Juntos, fueron demasiado para los hombres. Adolin no ganó. Pero los tukari perdieron, corriendo hacia su montón de provisiones y la seguridad de la compañía que habían dejado atrás.

Su líder por fin se unió a ellos. Cuando Felt y los demás llegaron a los pocos minutos, encontraron a un ensangrentado Adolin sosteniendo en pie a Notum, aturdido pero vivo, y rodeado por los cadáveres de lo que una vez fue una abrumadora desventaja.

Entre los sprin Radiantes, la civilización de los honorospren parece la más similar a la humana en organización, clases y jerarquías. También son los sprin a quienes más devotos la Tráctón, y han recuperado sobr una fracción de su anterior población. Una cantidad incalculable de honorospren glamurantes vagan por los fondos de los reinos de cuentas.

La sustancia de sus formas está compuesta por una luz que envuelve un brillo suave, aunque su piel, su piel, y su ropa transmiten una sensación física tan real como lo harían en un humano.



EL PRECIO
DEL HONOR

Me resulta difícil hacerlo a un nivel intrínseco, ya que, aunque no soy ni Ruina ni Conservación, ellos me componen a mí.

No puedo comprenderlo —dijo Notum con la mirada fija hacia delante. No parpadeaba—. Es que no puedo comprenderlo.

Radiante había notado esa rareza en numerosos spren de aquel mundo: olvidaban parpadear cuando estaban distraídos o sobrepasados. Ahuyentó a los sorpresaspren que se habían amontonado alrededor del spren, casi intentando subir a su regazo. Era muy extraño que allí todos los spren tuvieran formas físicas. A veces había que alejarlos con un arma.

Los soldados de Adolin estaban reunidos en una elevación cercana, observando con catalejos, manteniendo una cauta vigilancia sobre la caravana enemiga. Por suerte, estaba retirándose. Los agentes de Shallan registraban los bolsillos de los muertos con gesto grave, buscando pistas sobre sus orígenes. Radiante vio a Vathah guardándose unas esferas en su propia bolsa y se dispuso a darle un grito, pero Velo la convenció de que se mordiera la lengua. ¿Qué otra cosa iban a hacer si no? ¿Dejar allí el dinero?

Las esferas, como esperaban, estaban opacas. Allí no había luz tormentosa. Aunque Godeke había inspeccionado la herida del costado de Adolin y le había dado un buen pronóstico, Radiante habría preferido verlo curado. La

sepsis podía hacer mella en cualquier herida, sobre todo en las del abdomen.

Además, Radiante sospechaba que a Notum le vendría bien un poco de luz tormentosa. Aunque sus cortes habían dejado de «sangrar», su brillo había menguado de forma perceptible y su coloración blanquiazul se había convertido en un apagado blanquimarrón.

Habló aturdido.

—¿Por... por qué querrían hacer esto? Los humanos nunca... atacaban a los spren. ¿Qué sentido tendría, qué utilidad, qué propósito? ¡No hay honor en esto!

Sus compañeros alcanzadores también estaban liberados de sus ataduras. Por lo que Radiante había visto, aquellos spren del color del bronce tendían a ser callados. Esos tres, un hombre y dos mujeres, todos vestidos con uniformes sencillos, no respondieron. Parecían igual de atónitos que Notum.

—Tenemos que llevarte a Integridad Duradera —dijo Adolin, sentado en una roca cercana mientras Godeke le vendaba su herida.

—No —dijo Notum—. No. Estoy exiliado.

—Estás herido, y no podemos garantizar que esos humanos no vayan a volver tan pronto como te dejemos —dijo Adolin—. Exiliado o no, vendrás con nosotros.

Notum pasó la mirada de Adolin a Radiante y luego bajó los ojos al suelo.

—Tu honor habla bien de ti, príncipe Adolin, pero sin duda comprenderás que mi presencia en tu grupo te perjudicaría. Me exiliaron precisamente por mostrároslo indulgencia en el pasado. Si ahora llegamos juntos, sea cual sea el motivo, se interpretará como una conspiración entre nosotros.

—Ya nos ocuparemos de eso entonces —dijo Adolin, e hizo una mueca cuando Godeke le apretó el vendaje—. Bien sabe Kelek que lo más probable es que no importe, dado que no nos recibirán de todos modos.

—Ojalá no fuese verdad, pero lo es —dijo Notum.

Radiante fue con sus agentes. Ishnah hablaba en voz baja con Berila, que estaba sentada en el suelo cerca, registrando parte del botín. Berila había vomitado varias veces al ver por primera vez los cadáveres y aún parecía estar un poco pálida, aunque su tono de piel hacía difícil distinguirlo.

—Acuérdate de comprobar el interior de los anillos y la parte de atrás de los collares —estaba diciendo Ishnah—. A veces hay inscripciones con nombres.

Berila asintió. No dejaba de echar miradas a la tela ensangrentada que habían puesto encima del cuello amputado de un tukari muerto. Se llevó la

mano a los labios y se volvió en otra dirección.

Muy bien, reconoció Shallan, si ella es la Sangre Espectral, es una actriz increíble. Estoy de acuerdo con Velo. Tenemos que replantearnos la conclusión a la que habíamos llegado.

Adolin se levantó.

—Pongámonos en marcha —dijo a los demás—. Quiero que haya más distancia entre nosotros y lo que queda de esos tukari.

Les costó un tiempo subir a Notum a un caballo, tiempo que Godeke, extrañamente, dedicó a moverse entre los caídos y a observar sus rostros.

—¿Godeke? —preguntó Shallan.

—Van a dejarlos aquí fuera para que se pudran —dijo Godeke en voz baja—. Esos otros no volverán a por ellos.

—Han intentado matar a Notum —dijo Adolin—. Y a mí.

—Me doy cuenta —repuso Godeke—. Pero no conocemos su historia. Podrían ser soldados que obedecían órdenes. Podrían no saber lo que hacían y haber confundido a los honorables con enemigos. Podrían tener motivos que no somos capaces ni de imaginar. Quiero recordarlos. Por si nadie más lo hace.

En fin, así eran los Danzantes del Filo. Shallan negó con la cabeza y luego fue a ver cómo estaba Adolin. Señaló su costado sanguinolento.

—Otro uniforme que echas a perder.

—Ponerlo en remojo con agua fría y sal puede sacar la sangre —dijo él—. Y me he traído el costurero. Seguro que puedo dejarlo presentable si me pongo un rato con él.

—Aun así —dijo ella, apoyándole la cabeza en el pecho pero preocupándose de no tocar la herida—, tienes que ir con cuidado. No nos queda luz tormentosa con la que sanarnos.

—Es decir... ¿más o menos, igual que ha sido siempre durante casi toda mi vida? —preguntó Adolin—. Puede que me dejara llevar, Shallan. Pero ha sido bueno tener delante algo que podía hacer. Con éxito, me refiero. En los últimos tiempos no es tan habitual que encuentre cosas en las que ser útil.

—Adolin...

Shallan se apartó y observó el rostro de Adolin. Sonreía, pero su tono no era jocoso.

—Perdona —dijo él—. Eso ha sonado mucho a autocompasión, ¿verdad? Es que estoy cansado. Venga, de verdad que deberíamos partir.

Aquello no era el final de la conversación. Shallan insistiría más adelante,

pero de momento lo mejor sería hacer lo que decía Adolin. Dejaron los cadáveres y recorrieron con paso trabajoso el campo abierto de obsidiana hacia su campamento. A mitad de camino más o menos, encontraron a la Tocón acompañada de su spren y a todos los crípticos excepto Patrón, caminando despacio.

Arshqqam los contempló a todos, asintió satisfecha y dio media vuelta para emprender el regreso. Por suerte, Notum ya parecía estar mejorando.

—Tu ojomuerta —dijo el spren después de avanzar hasta la altura de Adolin—. ¿Cómo la entrenaste para que luchara por ti de esa manera?

Shallan miró hacia Maya, que cabalgaba en el ryshadio de Adolin. Shallan no había visto lo sucedido, pero se lo habían contado. La spren muerta había cogido una espada y había luchado junto a Adolin.

—No la he entrenado, Notum —dijo Adolin—. Ella tomó la decisión de ayudarme.

—Los ojomuertos no pueden tomar decisiones —dijo Notum—. No tienen la conciencia necesaria para hacerlo. Créeme, lo sé de primera mano. Mi propio padre es un ojomuerto, a quien ahora cuidan en la fortaleza.

—Pues revisa lo que sabes, Notum —repuso Adolin—. A lo mejor algo ha cambiado desde que los Radiantes empezaron a regresar. O a lo mejor algunos ojomuertos son más receptivos que otros.

—Es solo que... no tiene sentido... —dijo Notum, pero dejó el tema.

En su campamento, un emocionado Patrón los saludaba con un movimiento alegre del brazo. Shallan sonrió al verlo. Pasara lo que pasara, podía contar con que Patrón seguiría siendo el mismo desmañado pero animoso Patrón.

Adolin no les dejó tiempo para descansar. Ordenó que abrevaran los caballos pero también que recogieran todo el equipo para poder marchar directos hacia Integridad Duradera. Radiante reemplazó a Shallan de nuevo mientras Adolin daba las órdenes, y reconoció de inmediato lo sabias que eran. A pesar del brillante espectáculo de esgrima que había dado Adolin, el grupo estaba bastante desprotegido. Sin luz tormentosa, la mayoría de los Radiantes apenas contaban como guerreros. Adolin estaba herido y a Notum le costaba mantenerse en pie. Si los tukari se reagrupaban y decidían cargar contra ellos... Bueno, mejor sería no dejarles esa opción y forzar la marcha, por difícil que resultara, para llegar a la fortaleza de los honorospren antes de que terminara el día.

Velo preguntó a Vathah e Ishnah por los cadáveres que habían registrado.

La búsqueda había sido rápida y los hallazgos escasos. Unos pocos brazaletes de tela tenían unas pautas que, en opinión de Ishnah, eran escrituras tribales tukari.

Después de eso, Radiante fue a hablar con Patrón, pero no había sucedido nada inusual en el campamento durante su ausencia. Por último, mientras cargaban las provisiones en los caballos, Shallan tomó el control y fue a revisar el cubo de comunicación de Mraize por pura costumbre. Abrió el cerrojo del cofre, levantó la tapa y echó un vistazo rápido al interior. No esperaba...

El polvo estaba movido.

Reprimiendo la inmediata conmoción, Shallan se apresuró a tomar una Memoria, cerrar el cofre y echar el cerrojo. Se apartó sin pensar en lo que hacía para dejar que un soldado lo cargara en un caballo. Entonces se quedó allí plantada, estupefacta. Unos dedos habían rozado levemente el polvo, podía visualizarlo a la perfección. Esa persona había vuelto a colocar la caja en su orientación correcta, pero el truco de Velo con el polvo demostraba la verdad.

¿Cómo podía ser? Lo había comprobado antes. Justo antes de que todos salieran corriendo detrás de Adolin. Pero luego había dejado el campamento bajo la vigilancia de...

De Patrón.

—Mmmm... —dijo Patrón, sobresaltando a Shallan al aparecer justo a su espalda—. ¡Un día lleno de acontecimientos con humanos! Vuestras vidas siempre son de lo más emocionantes. Mmm...

—Patrón —dijo Velo—, ¿estás seguro de que no ha pasado nada aquí mientras no estábamos?

—Sí, muy seguro. Ja, ja. Vosotros habéis tenido emociones y yo me he aburrido. ¡Es ironía! Ja, ja.

Velo, esto no puede... No es posible, pensó Shallan. No podemos estar sospechando de Patrón, nada menos. No... no puedo...

Y sin embargo, ¿no había estado él por allí cerca cuando habían mencionado a Berila el secreto que había terminado llegando a Mraize? Y también habían contado al spren el problema de la orientación del cubo, por lo que no era de extrañar que, al usarlo en esa ocasión, el espía hubiera vuelto a dejarlo exactamente igual que estaba.

Radiante no estaba convencida. Y... era ridículo, ¿verdad?, pensar que Patrón pudiera estar espiándola para los Sangre Espectral. Al spren le

encantaban las mentiras, pero Radiante dudaba mucho que pudiera componer una por sí mismo. O al menos, una capaz de engañar a Velo.

Shallan tomó el control e intentó apartar la idea de su mente mientras empezaban a caminar. Pero el pensamiento no dejaba de acosarla. Velo e incluso Radiante empezaron también a hacerse preguntas. Patrón había tenido la ocasión. Conocía la existencia del cubo de comunicación y había estado encargado de vigilarlo durante la noche en que ella se había emborrachado.

El padre de Shallan había pertenecido a los Sangre Espectral, y su familia había estado involucrada con ellos desde su juventud. ¿Quizá también en su infancia, durante aquellos días sombríos que había olvidado? ¿Era posible que la conspiración se remontara tan atrás en el tiempo?

Su relación con Patrón se extendía hasta esa época, eso era una certeza. Shallan lo había utilizado como hoja esquirlada para matar a su madre. Había reprimido gran parte de aquellos recuerdos, pero ese hecho era irrefutable. Patrón y ella habían empezado a vincularse hacía casi una década.

¿Podía ser que Patrón estuviera colaborando con los Sangre Espectral desde entonces? ¿Proporcionándoles información sobre sus progresos? ¿Llevando a Shallan a contactar con ellos la primera vez que había ido a los campamentos de guerra?

Las implicaciones que tenía aquello la sacudieron hasta su mismo núcleo. Si su spren era un espía... ¿había algo en lo que pudiera confiar?

¿Podía seguir adelante siquiera? Esa revelación era mucho mucho peor que si hubiera descubierto que Vathah o Ishnah eran el espía. Aquello... aquello la hizo temblar. Hizo que sus piernas flaquearan.

Shallan, pensó Radiante. Sé fuerte. Aún no conocemos todos los hechos.

No. No, Shallan no podía ser fuerte. No ante aquello.

Se marchó gateando, muy hacia el fondo, y empezó a gimotejar como una niña. Era cierto que había algo raro en Patrón, en sus interacciones con ella desde el principio. En la forma en que encubría lo que había sucedido en el pasado. La línea temporal de su pasado... no tener en cuenta las lagunas que existían... no terminaba de funcionar. Nunca había funcionado...

Fuerza, Shallan, pensó Velo.

Toma el control, pensó Shallan. Tú puedes enfrentarte a esto. Es para lo que fuiste creada.

Intenta seguir tú, respondió Velo, rechazando ponerse al mando. Sigue andando. De verdad que puedes hacerlo.

De modo que Shallan, muy a su pesar, mantuvo el control. Cuando Adolin

ordenó un breve descanso dos horas más tarde, Shallan se obligó a hacer un bosquejo rápido del cubo de comunicación en su cofre. La Memoria era perfecta, y los detalles no mentían. El polvo estaba removido y tenía marcas de dedos. Era una capa muy muy fina, casi invisible. Pero su capacidad como Tejedora de Luz le permitía memorizar detalles como esos.

Shallan puso todo su empeño en no pensar en el problema, en concentrarse en el entorno, que se había vuelto más desigual y rocoso. Allí los árboles de cristal eran hermosos, como creados a partir de líquido fundido, y se rizaban recordando a las olas al romper. Sí, fíjate en eso. En esa belleza.

Se emocionó cuando vio en la lejanía lo que tenía que ser Integridad Duradera, una enorme fortaleza sobre una lóbrega península de obsidiana que se internaba en el océano de cuentas. Imperiosa y con altas murallas levantadas a partir de alguna piedra de un tono azul uniforme, la inmensa fortaleza cuadrada tenía la ubicación perfecta para defender una bahía natural al norte. Hasta había que cruzar un puente para poder entrar en ella. Era evidente que los honorspren no se tomaban sus fortificaciones a la ligera.

Shallan tuvo ganas de bosquejarla. Así podría perderse en el dibujo y no tener que afrontar otros hechos. Pero entonces Patrón llegó a su lado y, en vez de eso, Shallan gimió y se retrajo de nuevo.

Velo acabó tomando el control. Por el bien de la propia Shallan.

—¡Casi hemos llegado! —exclamó Patrón, y su patrón rodó con un entusiasmo intenso.

Velo necesitaba pruebas, así que eligió sus siguientes palabras con sumo cuidado.

—He estado pensando mucho en los primeros días que pasaste con Shallan. Parece posible que los Sangre Espectral estuvieran vigilándola ya desde pequeña. Si logramos descubrir hechos que lo confirmen, podrían ayudarnos a encontrar la manera de derrotarlos.

—Mmmm. ¡Eso tiene sentido, supongo! —dijo él—. Pero no recuerdo mucho.

—Shallan y tú estabais juntos un día, en el jardín —afirmó Velo, inventando una mentira absoluta—. Puedo ver sus recuerdos. Shallan vio a Balat hablando con una mujer que, pensándolo ahora, es posible que llevara máscara. ¿Crees que él podría ser el espía?

—¡Oh! —exclamó Patrón—. ¿Tu hermano? ¿Trabajando con los Sangre Espectral? Mmmm... ¡Eso sería doloroso para ti! Pero quizá tenga sentido. Mraize siempre parece saber demasiado sobre tus hermanos y dónde están.

—¿Recuerdas ese día del pasado de Shallan? —insistió Velo—. ¿Algún otro detalle sobre él?

—En el jardín, Balat reuniéndose con alguien que llevaba máscara... —dijo Patrón.

—Fue un momento importante —dijo Velo—. Tú estabas allí. Recuerdo que estabas con Shallan.

—Eh... ¡Sí! —respondió él—. Ahora lo recuerdo. Ja, ja. Sí, eso ocurrió. Balat y una figura misteriosa. ¡Has hecho que empiece a volverme la memoria, Velo! Estábamos juntos entonces. Y quizá Balat sí que sea un espía. Vaya, vaya. Pero qué feo por su parte.

En lo más profundo de su ser, Shallan gimoteó de nuevo. Pero Velo estaba creada para seguir adelante en momentos como aquel. Hizo caso omiso a la profunda sensación enfermiza. Patrón le estaba mintiendo.

Patrón de verdad mentía.

Velo ya no podía seguir dando nada por sentado. No podía suponer que nadie era digno de confianza. Tenía que ser cauta, redoblar sus defensas y mantener a salvo a Shallan.

—¿Velo? —dijo Patrón—. ¿Estás bien? ¿He dicho algo malo?

—Solo estoy pensando —repuso Velo—. ¿Has visto a algún spren extraño observándonos?

—¿El glorispren corrupto? —preguntó él—. ¿El que dijiste que debíamos estar atentos por si aparecía? No, no lo he visto. Mmm...

Velo vio algo por delante, un pequeño grupo de jinetes que brillaban con un leve tono blanquiazul. Los honorspren los habían visto acercarse y habían enviado un contingente para interceptarlos.

Adolin hizo detenerse a la columna, desmontó y dijo a sus soldados que abrevaran los caballos y acomodaran a todo el mundo. Luego echó a andar hacia delante, todavía con el uniforme sanguinolento y el costado vendado.

Velo empezó a seguirlo.

—Mantén los ojos, o lo que sea que tienes, abiertos —dijo a Patrón, que también se había movido para acompañarla—. Estos son tiempos peligrosos, Patrón. Debemos estar siempre alerta. Tener mucho cuidado para que no se aprovechen de nosotros.

—Sí, muy cierto.

Shallan se volvió muy pequeña, muy callada.

No te preocunes, pensó Velo. Lo resolveré. Encontraré la manera de mantenerte a salvo. Lo prometo.

Adolin se detuvo delante de la caravana, con Shallan a su lado. La medicina que le habían dado para el dolor estaba funcionando, y sentía solo una pequeña molestia de la herida en el abdomen. Y la marcha hasta allí, durante la que había reconocido que le convendría ir a caballo y descansar, había ayudado con los mareos.

Aún seguía necesitando tiempo para recuperarse. Aquella herida no lo dejaría incapaz de moverse, a menos que empezara a pudrirse. Pero tampoco iba a ser capaz de luchar durante semanas como mínimo.

De momento, mantuvo una fachada fuerte. Hizo que Notum se quedará atrás, aunque estaba seguro de que los tres honorspren que se acercaban lo habían visto. Cabalgaban a lomos de gráciles no-caballos como el que había visto antes llevando a Notum. El de él había huido atemorizado cuando se produjo el ataque, y no habían sido capaces de localizarlo.

Los recién llegados vestían con elegantes uniformes de campo de un estilo desacostumbrado: largas y sueltas casacas que les llegaban casi hasta las rodillas, con el cuello alto. Llevaban coronas en las cabezas y portaban espadas al cinto, delgadas y hermosas. Las espadas eran lo único que no estaba hecho de su propia sustancia: las casacas, las coronas, las camisas... todo eso sencillamente lo creaban los honorspren.

La mujer que encabezaba el trío llevaba el cuello más alto que sus compañeros. Tenía el cabello recogido, tirante salvo por una pequeña cola que le caía por detrás. Al igual que los uniformes, era un estilo desconocido para Adolin.

Detuvo su no-caballo a unos cinco pasos de distancia de él.

—Humano —dijo—. Nuestros exploradores te han reconocido. ¿Eres Adolin Kholin, como suponemos?

—Vuestra información es buena —respondió Adolin, con la mano reposando en su espada enfundada—. Vengo por orden del Forjador de Vínculos, mi padre, a visitar vuestras tierras y entregaros un mensaje en su nombre. Traigo conmigo a Caballeros Radiantes de cuatro órdenes distintas, todas las cuales combaten juntas el alzamiento de la tormenta eterna. Demuestran que los humanos y los spren una vez más necesitan sus antiguos vínculos.

—Integridad Duradera no acepta visitantes ni emisarios, sea cual sea su linaje —dijo la mujer, su tono duro, cada palabra una orden ladrada—. Debéis marcharos. No estamos interesados en ningún vínculo con asesinos y traidores.

Adolin sacó las cartas que le habían encomendado y las ofreció. Esperó, sudando, deseando. Uno de los otros honorospren hizo avanzar a su montura y cogió las cartas.

Adolin sintió una oleada de alivio mientras el honorospren regresaba con los otros dos.

—Esas cartas explican nuestra posición —dijo Adolin—. Mi padre confía en que podamos forjar una nueva...

Se interrumpió cuando el spren, con ademán muy deliberado, rasgó las cartas por la mitad.

—No aceptaremos ningún contrato vuestro —afirmó la mujer.

—¡No son un contrato! —exclamó Adolin dando un paso adelante, conteniendo una punzada de dolor en el costado—. ¡Solo son cartas! ¡Leedlas por lo menos!

—Si las leyéramos, estaríamos dando a entender que existe algún argumento mediante el que pudierais convencernos —replicó la mujer mientras los otros honorospren seguían haciendo trizas las cartas—. Abandonaréis estas tierras y os llevaréis con vosotros al traidor Notum. Comunicale que sabemos que sus complicidades son más profundas de lo que anticipábamos. Su exilio ahora es completo.

Adolin apretó los dientes.

—Ha sufrido un ataque —dijo—. ¡Casi lo matan antes de que pudiéramos llegar! El mundo está cambiando. Atrincheraros en vuestra fortaleza no detendrá el cambio, ¡pero sí podría dejaros sin ningún aliado en absoluto cuando por fin comprendáis que debéis hacer algo!

La honorospren desenfundó su espada y la apuntó hacia él.

—Este es nuestro reino. Nuestra tierra soberana. De modo que la abandonaréis como se os ha ordenado. Los humanos nunca respetáis eso, nunca aceptáis que los spren podamos poseer algo. Somos posesiones para vosotros.

—No lo...

—Os marcharéis —insistió ella—. ¡Rechazamos vuestra oferta! ¡Rechazamos vuestros vínculos!

Adolin respiró hondo mientras todos sus argumentos morían como plantas marchitas sedientas de agua de lluvia. Hasta que solo quedó una peligrosa posibilidad. Un plan que apenas se había atrevido a plantearse, no digamos ya sugerírselo a los demás.

Cuando habló, lo hizo con el mismo atrevimiento, pero también con la

misma sensación instintiva de actuar bien, que lo había llevado a atacar a Sadeas.

—¡Me malinterpretas! —espetó a la spren—. No he venido a ofreceros vínculos con Radiantes.

—¿A qué, entonces? —exigió saber ella.

—He venido —dijo Adolin— a afrontar vuestra justicia. Nos habéis acusado de asesinos, de traidores. Rechazo esa acusación y hago voto de demostrarlo. Tomadme preso, como representante de la casa Kholin y del nuevo gobierno de Urithiru. Soy un alto príncipe de Alezkar y el hijo del Forjador de Vínculos. Ocuparé el lugar de esos humanos que afirmáis que os traicionaron. ¿Queréis rechazarnos a nosotros por lo que hicieron ellos? Pues demostrad, en un juicio, que yo merezco ese trato.

La primera honorspren se quedó callada un momento, y entonces se inclinó a un lado y conferenció en rápidos susurros con sus compañeros. Todos parecían igual de perplejos. Desde atrás, Shallan cogió a Adolin por el brazo del lado bueno, con el rostro preocupado.

Él se mantuvo firme. No porque estuviera confiado, sino porque estaba furioso. ¿Querían llamarlo traidor? ¿Querían culparlo a él por lo que alguien había hecho a Maya? Bueno, pues eran honorspren. Adolin sospechaba que no podrían resistirse a una oportunidad de defender con formalidad su honor... tal como ellos lo veían.

—¿Te someterías a juicio? —preguntó la spren por fin—. ¿En nombre de tus antepasados?

—Me someteré a juicio en mi propio nombre. Al rechazar me, insultáis mi sentido de la dignidad, mi integridad. ¿Decís que no soy digno, cuando no me conocéis?

—Conocemos a los humanos —dijo uno.

—Rechazo ese argumento. El honor os exige permitirme hablar en mi defensa, si pretendéis castigarme. ¿Dónde está el juicio? ¿Dónde está mi oportunidad de hablar? ¿Dónde está vuestro *honor*?

Aquello al menos provocó una reacción. Los tres empezaron a mirarse entre ellos.

—Sois honorspren, ¿verdad? —insistió Adolin—. ¿Creéis en la justicia? ¿En la equidad? Pues veamos si sois capaces de mantener esos ideales mientras me culpáis a mí de lo que se hizo en el pasado. Permitidme hablar por mí mismo. Y luego demostrad que yo, Adolin Kholin, merezco que se me haga dar media vuelta.

Por fin la líder irguió la espalda en su silla de montar.

—Muy bien. No podemos rechazar una exigencia de juicio. Acompáñanos. Pero debes saber que, si entras en Integridad Duradera, es muy poco probable que vuelvas a salir jamás.

—Eso lo veremos —respondió Adolin, y se giró para hacer a los demás la señal de que avanzaran.

—No —dijo la honorspren—. Solo tú.

—Mi grupo ha viajado mucho —objetó Adolin—, e incluye representantes de...

—Puedes traer a otros dos —dijo la honorspren—. Y a esa ojomuerta. Has vinculado su cadáver, ¿me equivoco, humano? ¿No eres uno de esos nuevos Radiantes? ¿O es que ya has matado a tu spren?

—No soy Radiante —dijo Adolin—. Pero sí, Maya es mi hoja esquirlada.

—En ese caso, debemos asegurarnos de que no estés maltratándola —dijo la honorspren—. Cuidamos de todos los ojomuertos. Tráela, a ella y a otros dos. Decide deprisa.

Adolin apretó los dientes.

—Permitidme deliberar.

Mientras Shallan y él regresaban con los demás, ella le aferró el brazo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con intensidad—. No puedes someterte a juicio por lo que hizo un puñado de personas hace miles de años.

—Lo haré si nos lleva al otro lado de esos portones —dijo Adolin—. ¿Tenemos elección?

—Sí —respondió ella—. Podríamos dar media vuelta.

«¿Y enfrentarme a mi padre después de fallarle otra vez?»

Los demás se congregaron a su alrededor. Adolin les explicó a todos lo que ocurría y la spren de la Tocón tradujo para ella.

—Esto no me gusta —dijo Zu, negando con la cabeza, haciendo centellear su cabello dorado—. No me hace gracia que nos separemos.

—El primer paso para cumplir esta misión es conseguir que los honorspren hablen conmigo —dijo Adolin—. Si nos rechazan aquí mismo, se acabó. Si consigo cruzar esas puertas, tal vez pueda iniciar una conversación.

—No te escucharán, brillante señor —dijo Godeke—. Van a detenerte y a acusarte.

—Si con eso entro, me trae bastante sin cuidado. Enviaremos un grupo reducido de vuelta ahora mismo para contar a mi padre lo que he hecho. Los demás podéis acampar aquí unos días, cuidar de Notum y esperar a tener

noticias más. Tenemos unas semanas antes de que la falta de provisiones os obligue a regresar, así que entonces decidiremos qué hacer.

Los demás plantearon unas pocas objeciones simbólicas más. Shallan —en realidad, parecía Velo en esos momentos— se limitó a escuchar mientras Adolin convencía a los demás. Era evidente que sabía que Adolin la llevaría consigo al interior, además de a su spren. Parecía la opción más natural.

Poco tiempo más tarde se dirigió de nuevo hacia los honorospren, llevando de la rienda a Galante con Maya a lomos, además de a Velo, Patrón y sus baúles de ropa en animales de carga. Los honorospren dieron media vuelta y encabezaron la marcha hacia la muralla de la fortaleza. Allí conferenciaron con otro grupo que estaba de guardia en el exterior.

Y entonces las puertas se abrieron. Adolin entró con paso firme, acompañado de Velo, Patrón y Maya. Gruñó por el dolor en el costado cuando un grupo de brillantes figuras blanquiazules lo apresó de inmediato y le puso grilletes en las muñecas. Los portones se cerraron detrás de ellos con un estruendoso golpe.

Que así fuese. Adolin no pensaba volver con su padre teniendo las manos vacías. No pensaba abandonar su misión.

Costara lo que costase.

EL SILENCIO DE LOS MUERTOS



A pesar de ello, intentaré hacer lo que proponéis. Sin embargo, parecéis más asustado del recipiente. Os advierto de que tal actitud es un fallo en vuestra comprensión.

Semanas después de destruir la vinculacaña, Navani seguía sin hacer avances en descubrir la naturaleza del spren que había contactado con ellos. Su triangulación de la vinculacaña los había dirigido a un lugar extraño y oscuro de la tercera planta de la torre, cerca de un monasterio. Las medidas no habían sido lo bastante precisas para proporcionarles la posición exacta, y sus búsquedas no habían revelado nada.

De todos modos, Navani tenía muchas otras cosas con las que ocupar su tiempo. Dirigir un reino, aunque ese reino consistiera en una sola ciudad enorme, era una tarea agotadora.

No era nada frecuente que pudiera descansar de las exigencias de mercaderes, ojos claros, fervorosos y los miles de otras personas que requerían su atención. Siempre que tenía un respiro, escapaba al sótano de la torre para echar un vistazo al trabajo de sus eruditos. Ese día solo podía permitirse una hora, pero quería aprovecharla bien.

En el momento en que entró, Tomor, el joven pariente de Falilar, corrió hacia ella para interceptarla llevando un extraño aparato en la mano.

—¡Brillante! —exclamó, e hizo una rápida inclinación—. ¡Aquí estás!

¡Mira, por fin está terminado!

Tomor levantó un artefacto que se parecía a un guante de cuero. «Tomor estaba trabajando en ese fabrial elevador —recordó Navani—. Le dije que lo conectara a los pesos del pozo profundo.» Todavía estaba emocionada por aquella perspectiva, por la idea de usar la energía de las tormentas para elevar pesos y luego liberarlos con un fabrial que hiciera ascender un elevador.

El pequeño fabrial elevador que traía Tomor era solo una ínfima parte de aquel aparato más grande e importante. Navani lo tomó de sus manos, titubeante.

—¿Lo has... convertido en un guante?

—¡Sí, como me pediste! —dijo Tomor.

—Yo no pedí un guante —dijo Navani—. Quería que el aparato fuese más elegante y portátil.

—¿Como... un guante? —preguntó él.

—Se supone que debe instalarse en un ascensor, fervoroso Tomor —dijo Navani—. No entiendo en qué mejora su funcionamiento darle esta forma.

—¡Pero con esto, ya no hace falta ningún elevador! —explicó él con entusiasmo—. ¡Ten, mira, póngelo!

Asintió entusiasmado mientras Navani se colocaba el aparato por encima de la mano y la muñeca y luego extendía el brazo hacia Tomor para que le fijara las correas hasta el codo. Estaba hecho de cuero endurecido y parecía más un guantelete que un guante. Las gemas estaban ocultas en un compartimento a un lado, en una jaula de metal que podía cubrirse con otra capa de cuero.

—¡Mira, mira! —exclamó Tomor—. Pueden conjuntarse distintos fabriales accionando ese disco que hay al lado del dedo índice. ¡Se gira con el pulgar, y así no hacen falta las dos manos para controlarlo! ¡Al ir cerrando el puño, se ralentiza el desenrolle del peso! Si se abre la mano, funciona a velocidad máxima. ¡Puño cerrado y se detiene!

—Velocidad máxima...

Navani comprendió entonces a qué se refería Tomor. Esperaba que la gente se elevara por el hueco central de la torre *tirados por su propia mano*. Era una aplicación tremadamente imaginativa de lo que había pedido Navani... y también una idea de diseño pésima.

—Tomor —empezó a decir Navani, y buscó una forma de explicárselo sin aguarle el entusiasmo—. ¿No crees que podría ser un poco peligroso? Estábamos diseñando elevadores.

—¡Pero para eso ya tenemos fabriales! —replicó él—. Piensa en la flexibilidad que daría esto al brillante señor Dalinar. ¡Llevando este guantelete, llegaría en un zas a la punta de la torre sin tener que esperar un elevador! ¿Que está fuera de la torre y no quiere caminar hasta el hueco central para subir a un elevador? No hay problema. ¡Zas! Ya está arriba del todo.

Navani intentó imaginar a Dalinar colgando del cielo después de hacer «zas» porque había activado aquel aparato demencial y no pudo evitar una sonrisa. Si su marido quisiera, podría hacer que un Corredor del Viento lo hiciera volar hasta arriba, pero nunca quería. Por efectivo que sonara, en realidad nunca merecía la pena tanto jaleo y tanta molestia, cuando podía ir en el elevador como todos los demás.

—Es un diseño maravillosamente creativo, Tomor —dijo—. A veces añoro la versatilidad de una mente joven. En verdad nos lleva a explorar caminos que a los mayores, en nuestra envejecida sabiduría, jamás se nos ocurrirían. Lo has hecho bien.

Tomor sonrió. Y ahora, si Navani pudiera conseguir que hiciera lo que de verdad le había pedido...

—¡Pruébalo! —exclamó él.

Probarlo. «Ay, madre.» Navani miró su sonrisa animada y no se le escapó que Kristir, la erudita que estaba al mando ese día, pasaba por detrás ocultando su propia sonrisa con un fajo de papeles. Los demás eruditos de la sala fingían estar ocupados entre sus logispren, pero Navani notaba sus miradas.

—Supongo que ya lo has probado tú mismo —dijo a Tomor.

—Sí! —respondió él—. ¡Llevo días haciéndolo aquí dentro!

Bueno, por lo menos cabía suponer que era seguro. Navani le dedicó una sonrisa educada y luego inspeccionó los controles. Sí... Al parecer el fabrial tenía varios rubíes distintos, cada cual conectado a un peso lejano. Se apuntaba el guante en la dirección en la que se quería ir —en general arriba, pero también podía desplazarse en horizontal— y entonces se conjuntaba uno de los rubíes. Luego se desenganchaba el peso con un control distinto y el guante tiraba de una utilizando la fuerza del peso al caer.

Navani respiró hondo y levantó la mano hacia arriba.

—Acuérdate de cerrar el puño primero! —advirtió Tomor.

Ella lo hizo y luego emparejó el dispositivo. El guante quedó fijado. Liberó uno de los pesos lejanos y, muy poco a poco, relajó el puño para que ese peso

empezara a descender despacio.

Navani se elevó. Tirada con cierta incomodidad del brazo, se alzó algo más de un metro en el aire. Tomor soltó un hurra y varias de las escribas que miraban aplaudieron.

Navani apretó fuerte el puño para detener su ascenso. Se quedó flotando allí, colgando del brazo a un metro largo del suelo, con el puño casi tocando el techo.

—¿Lo ves? —dijo Tomor—. ¿Lo ves?

—Y... ¿exactamente cómo se desciende, Tomor? —preguntó ella.

—Pues... —Corrió a un lado de la sala y cogió un gran taburete que había contra la pared—. Yo estoy usando esto...

Lo situó debajo de ella y Navani, agradecida, por fin pudo desactivar el dispositivo. Cayó unos centímetros hasta el taburete, provocando más aplausos. Seguro que estaban tomándole el pelo.

Pero Tomor era sincero. Y quizá aquel aparato sí que tuviera algún uso. Si alguien quería llegar a una nave voladora que ya hubiera despegado, por ejemplo.

—Me gusta —dijo Navani a Tomor—. Pero fuerza un poco el hombro. Me pregunto si sería mejor hacerlo como algún tipo de cinturón en vez de un guante.

—Un cinturón... —repitió él, y puso los ojos como platos—. ¡Un cinturón volador!

—Bueno, un cinturón levitador —lo corrigió Navani mientras se soltaba las correas del aparato—. Nuestros fabriales siguen teniendo el problema de que solo pueden moverse en una dirección a la vez.

—Sí, pero llevando dos cinturones —dijo él—, ¡podrías volar hasta lo alto y luego salir disparado hacia lo lejos!

—Solo hasta que el peso llegara al fondo del hueco y dejaras de moverte —repuso Navani—. A menos que quisiéramos usar todo un tiro de chulls con docenas de asistentes para mantenerte en vuelo, como hacemos con el *Cuarto Puente*.

—Hum —dijo Tomor—. Cuántos nudos que deshacer...

—También sugiero —añadió Navani antes de que Tomor se ensimismara del todo con la idea del cinturón— que cambies el método para acelerar y ralentizarte. Es más natural abrir el puño cuando te sorprendes, me parece a mí, así que eso debería ser lo que detuviera el aparato. Haz que haya una barra cruzando la mano, como el regulador para abrir una válvula de presión.

Y que al apretarla se gane velocidad.

—Muy bien, muy bien... —Tomor se sentó y empezó a bosquejar—. De momento lo dejaré como guantelete y haré otro prototipo. Y puede que el disco del dedo sea demasiado fácil de mover sin pretenderlo. Quizá debamos renunciar a manejarlo con una sola mano a cambio de obtener más control...

Navani lo dejó allí y fue a hablar con Kristir. Era una mujer corta de estatura, pero no de personalidad, y tenía una sonrisa en sus mejillas sonrojadas. Navani se acercó a ella para susurrarle:

—Te lo has pasado bien, ¿verdad?

—Habíamos apostado a si al final lo probarías o no, brillante —respondió Kristir en voz baja—. He ganado siete marcoclarios. —Ensanchó la sonrisa—. ¿Quieres que lo ponga otra vez a trabajar en el elevador, como se suponía que debía hacer?

—No —dijo Navani—. Anímalo a que siga en esta dirección. Quiero ver qué se le ocurre.

—Entendido, aunque nos ayudaría muchísimo si pudieras resolver el problema de la exclusividad de movimiento en altitud o lateral.

—Hace falta una mente mejor que la mía para eso, Kristir —respondió Navani—. Pon a trabajar en eso a nuestros mejores matemáticos, pero no a Rushu. A ella la tengo pensando en cómo proteger la torre de...

Llegó un grito desde fuera de la sala. Navani se volvió y echó a andar deprisa hacia la puerta, pero la detuvo un joven soldado con la mano extendida hacia ella. Hizo una señal a los guardias de la sala para que salieran primero a ver qué ocurría.

—Lo siento, brillante —dijo—. El Espina Negra me arrancará las esferas como deje que te pase algo.

—Estoy bastante segura de saber lo que es esto, teniente —repuso ella, pero se cruzó de brazos y esperó.

Los eruditos que había en la sala empezaron a murmurar en tono preocupado a su espalda. Navani asomó la cabeza al pasillo, donde un par de soldados, hombres que ella misma había asignado a la investigación de Kalami, retenían a un hombre que forcejeaba rodeado de miedospren. Con un poco de suerte, no sería una falsa alarma.

—¿Qué pasa? —preguntó el teniente mientras uno de sus guardias llegaba corriendo.

—No estoy seguro —dijo el guardia—. Esos hombres dicen que están obedeciendo órdenes de la brillante Navani.

—Mis disculpas, brillante —dijo el teniente, y se apartó.

La dejó pasar, aunque sus soldados no se alejaron de ella cuando salió al pasillo.

El hombre al que habían capturado era bastante nervudo, alezi, aunque con la piel tirando a pálida. Miraba alrededor con los ojos desorbitados y forcejeaba, pero sin decir nada.

El cebo había sido el puesto de trabajo de la propia Navani, que había dejado desocupado al otro lado del pasillo, en la sala que usaban sobre todo para almacenar libros y como lugar tranquilo de lectura. El banco de trabajo que tenía allí era bastante tentador, con acceso fácil desde la puerta y más o menos olvidado durante la última semana.

Chananar, uno de los soldados que Navani había apostado en secreto para vigilar el puesto de trabajo, fue hasta ella y le tendió la mitad de un rubí pequeño, del que emanaba la suave luz del spren atrapado dentro. Un rubí de vinculacaña. El misterioso spren que residía en la torre había mordido el anzuelo. Se había enterado de que Navani había perdido la anterior vinculacaña y había decidido enviarle un reemplazo.

Navani cogió el rubí de la mano del soldado y se acercó al cautivo. Seguía mirando en todas las direcciones con ojos frenéticos, pero había dejado de revolverse.

—¿Quién te ha dado esto? —preguntó Navani, sosteniendo el rubí delante de él—. ¿Quién te ha dicho que lo escondas entre mis cosas?

El hombre se limitó a mirarla y no respondió.

—¿Escondiste tú también el otro? —insistió Navani—. ¿El de mi esfera de viaje? ¡Habla! Estás metido en un buen lío, pero seré indulgente si cooperas.

El hombre temblaba, pero siguió sin decir nada. El rubí empezó a iluminarse en los dedos de Navani, indicando que el desconocido spren deseaba hablar con ella. Quizá fuese un intento de distraerla, pero, en todo caso, Navani quería que hubiera un Tejedor de Luz presente cuando respondiera en esa ocasión, ya que tenían la capacidad de ver a los spren en Shadessmar incluso cuando se hacían invisibles para los demás.

—Traedlo —ordenó a los soldados—. Iremos a mi cámara de audiencias para interrogarlo como es debido. Isabi, escribe a Kalami y pídele que acuda allí, por favor.

La joven pupila, que estaba entre el creciente grupo de eruditos boquiabiertos, salió corriendo. Navani hizo un gesto a los soldados para que se llevaran al prisionero a rastras e hizo ademán de seguirlos, pero otro

soldado se dirigió a ella.

—Brillante —susurró—, creo que reconozco a ese tipo. Está con los Radiantes.

—¿Es un escudero?

—Más bien un sirviente, brillante. Estaba allí ayudando con la comida cuando hice la prueba para los Corredores del Viento el mes pasado.

Bueno, eso explicaría que hubiera podido entrar en la esfera de viaje de Navani para dejar la primera gema: los Corredores del Viento solían entrenar con ella, practicando a mantenerla en el aire. ¿Se equivocaría Navani sobre su misterioso corresponsal spren? ¿Era posible que fuese un honor-spren? Muchos de ellos tenían una relación algo antagónica con los actuales Caballeros Radiantes. Se guardó la gema con su luz intermitente en el bolsillo de la muñeca del guante. «Tú puedes esperar —pensó, dirigiéndose al spren—. Ahora esta conversación la controlo yo.»

Por desgracia, mientras se marchaba, Navani vio que Isabi estaba recibiendo un mensaje de una vinculacaña y parecía muy tensa. Navani se acercó a la mesa de la chica, preparándose para sus adentros. ¿Qué sería esa vez? ¿Más protestas de los thayleños por los aranceles?

Se agachó para leer por encima del hombro de Isabi y llegó a las palabras «explosión» y «muertos» antes de ponerse en alerta de sopetón y comprender que aquello no era lo que había esperado.

La tormenta eterna no llegaba como una alta tormenta.

La tormenta de Honor se presentaba como una tempestad violenta, con una muralla de tormenta que se precipitaba rebosante de viento y furia. Era un chillido brusco, un grito de batalla, un intenso momento de éxtasis.

La tormenta de Odium llegaba como una lenta e inevitable progresión creciente. Las nubes bullían emergiendo unas a partir de otras, siempre en expansión, avanzando lentas hasta asfixiar la luz del sol. Como una sola chispa que crecía hasta consumir un bosque entero. La tormenta eterna era un trance de pasión extendida, una experiencia, no un acontecimiento.

Venli no sabría decir cuál de las dos prefería. La alta tormenta era violenta, pero aun así, de algún modo, fiable. Había puesto a prueba a los oyentes durante generaciones, concediéndoles formas seguras, cumpliendo la antigua promesa del Jinete a su pueblo. Quizá las lealtades hubieran cambiado, pero eso no podía separar las almas de su pueblo de la tormenta que las antiguas canciones afirmaban que lo había originado.

Y sin embargo, Venli no pudo evitar sentirse emocionada cuando llegó la tormenta eterna, con su vívido relámpago rojo y su energía persistente. Venli odiaba a Odium por lo que había hecho a su pueblo y por la continua tentación que, incluso en esos momentos, podía introducir en su mente. La luz del vacío, las emociones que avivaba, la belleza de cruzar el paisaje a la luz del crepitante fuego rojo en el cielo...

Bajo aquellos ojos irregulares de una deidad iracunda, Venli se unió a los demás en un trote rápido. Su viaje de varias semanas llegaba a su fin, sus reservas de comida agotadas. Habían pasado el último día ocultos en un bosque, esperando a la tormenta eterna. Con su llegada, el terreno montañoso adquirió un matiz de pesadilla.

La compañía de quinientos empezó a remontar la última pendiente.

Fogonazo.

Un atisbo de árboles retorcidos proyectando largas y terribles sombras.

Fogonazo.

Escombros y piedra rota por delante en la cuesta. Rocas bañadas en luz roja como el fuego.

Fogonazo.

Piel con vibrantes pautas y peligroso caparazón, dando zancadas junto a ella.

Cada relámpago parecía atrapar un momento congelado en el tiempo. Venli corría cerca de la avanzada y, a pesar de que su forma no era tan atlética como otras, mantuvo el paso mientras la fuerza de asalto terminaba de remontar la pendiente.

Allí encontraron la pared de un acantilado, más vertical de lo que debería ser posible en una montaña. Estaban muy muy por debajo de la torre. Desde ese ángulo, Venli no alcanzaba a ver la ciudad. Quizá estuviera por encima de las nubes negras. Si era así... tormentas. Hasta ese momento no había sido capaz de asimilar del todo que una estructura habitable se hubiera construido tan en las alturas.

Una Profunda se deslizó hacia Venli y Rabeniel, con los pies hundidos en la roca. Se movía con una elegancia antinatural, como si sus huesos no fuesen sólidos del todo. Era la exploradora que Rabeniel había enviado por delante esa mañana para buscar un punto de incursión adecuado.

—Venid —dijo la exploradora a Mando.

Venli la siguió y se unió a Rabeniel, Rothan, tres Profundos y un soldado al que no conocía. Rabeniel no prohibió a Venli que se acercara y a ninguno

de los demás parecía importarle su presencia. Rodearon la ladera de la montaña, dejando atrás un montón de lo que parecía grano pudriéndose y varias cajas rotas de madera. ¿Los humanos pasaban por allí?

«No —comprendió—. Esto debe de haber caído desde arriba. Quizá sea una remesa de comida que llegó por medio de una Puerta Jurada a la ciudad.»

—Aquí —dijo la Profunda, acercando una esfera de luz tormentosa a un sector de roca en particular.

Hundió la mano en la piedra como si fuese líquida. No, eso no era correcto del todo. Cuando la profunda metió la mano en el suelo, no desplazó nada, sino que la piedra pareció fundirse con su piel.

—Las antiguas protecciones no se han mantenido —dijo la exploradora—. Puedo sentir que el ralkalest ha caído de las paredes del túnel que hay abajo. ¿Cómo han podido permitir esa negligencia?

—Estos nuevos Radiantes no saben nada —dijo otro Profundo a Ansia—. Rabeniel, Dama de los Deseos, hiciste bien en proponer que ataquemos ya. Posees una sabiduría que los Nueve no comparten. Han sido demasiado reticentes.

A Venli no se le escapó que el Fusionado hubiera empleado el título de Rabeniel. Todos ellos tenían nombres formales como ese, y que el Profundo usara el de Rabeniel, y al Ritmo del Ansia, indicaba respeto.

—Los Nueve están preocupándose de que no perdamos nuestro asidero en este mundo —respondió Rabeniel—. Hemos esperado miles de años para tener esta oportunidad y no deseán tropezar por correr demasiado.

Sin embargo, lo dijo a Satisfacción. Sus palabras eran deferentes, pero el tono del ritmo era claro. Apreciaba el cumplido y estaba de acuerdo con él.

Los otros Fusionados que los acompañaban canturrearon a Sumisión, un ritmo que Venli casi nunca oía entre ellos.

—El Hermano duerme —dijo la exploradora—, tal y como percibió la Madre Medianocche. Quizá de verdad el Hermano haya muerto. Quizá esté convertido para siempre en una criatura incapaz de raciocinio.

—No —replicó otro—. El Hermano vive.

Venli se sobresaltó. El que antes había confundido con un soldado, en la oscuridad, era algo más. Un hombre Fusionado con arremolinadas pautas que se movían y cambiaban en su piel. Era el rasgo distintivo de los *mavset-im*, Aquellos de las Máscaras. Los Enmascarados, ilusionistas, tenían el poder de alterar su propia apariencia.

—Mi forma se distorsiona —dijo el Enmascarado—. El ralkalest habrá

caído de la pared, pero eso es una mera barrera física. Las protecciones espirituales de la torre siguen activas al menos en parte y, como determinamos hace meses, los *mavset-im* no podemos vestir nuestras múltiples imágenes estando cerca de Urithiru.

—Es como lo habíamos anticipado —respondió Rabeniel—, y no necesitamos vuestras máscaras para seguir adelante. Mientras los Profundos puedan recorrer los túneles, nuestra misión es viable. Adelante. Nos reuniremos en la abertura del sudoeste.

Los Profundos se quitaron las túnicas, revelando piel desnuda y partes íntimas cubiertas de caparazón. Entonces se deslizaron al interior de la roca, hundiéndose como en un océano oscuro hasta el cuello. Luego, con los ojos cerrados, desaparecieron bajo la piedra.

—Me siento ciego —explicó Lirin mientras Kaladin se sentaba con él.

Ese día Hesina se había llevado a los pacientes de Kaladin, los que sufrían conmoción de batalla, a visitar las cuadras de la torre. La madre de Kaladin afirmaba que cuidar de los animales les vendría bien, aunque a Kaladin no le entraba en la cabeza que estar con aquellas bestias pudiera mejorar el humor de nadie. Aun así, varios pacientes se habían mostrado entusiasmados por la idea de ir a cabalgar.

—¿Ciego? —preguntó Kaladin.

—He hecho que me lean varios libros de texto sobre la cordura esta última semana —dijo Lirin—. No me había dado cuenta de lo poquísmo que dice la mayoría de ellos. Son sobre todo las mismas pocas citas repitiéndose y repitiéndose, referidas a cada vez menos fuentes originales. ¡No puedo creer que hayamos pasado tanto tiempo sabiendo tan poco, documentando nada!

—No es tan raro —repuso Kaladin, que estaba construyendo una torre de bloques para que su hermano pequeño la derribara—. Los cirujanos despiertan sospechas incluso en algunas de las ciudades más grandes. La mitad de la población cree que las enfermedades mentales están provocadas por quedarse fuera durante las tormentas, o por tentar a los muertespres, o por alguna idiotez similar.

Lirin apoyó una mano en las historias clínicas que tenía en el regazo. Oroden reía, andando entre los bloques y dándoles puntapiés.

—He pasado toda mi vida intentando ayudar —dijo Lirin en voz baja—. Y creía que la mejor manera de ayudar a los lunáticos era enviarlos con los fervorosos. Tormentas, hasta lo he hecho unas cuantas veces. ¿Te acuerdas

del hijo de Lakin? Pensaba que eran especialistas en la materia.

—Nadie sabe nada —respondió Kaladin—. Porque no quieren saber nada. La gente como yo los asusta.

—No te incluyas en ese grupo, hijo —dijo Lirin, ajustándose los anteojos mientras sostenía en alto una historia clínica escrita en glifos. El padre de Kaladin leía los glifos mucho mejor de lo que él habría sospechado nunca. Lirin los manejaba como un predicotormentas.

—¿Por qué no debería incluirme? —preguntó Kaladin, amontonando bloques de nuevo.

—No eres un... —Lirin bajó el papel.

—Demente? —dijo Kaladin—. Ahí está el problema, ¿verdad? No los vemos como nuestros hermanos, nuestras hermanas, nuestros hijos. Nos hacen sentir impotentes. Tenemos miedo porque no podemos vendar una mente rota igual que vendamos un dedo roto.

—Así que fingimos que hacemos todo lo posible por ellos al apartarlos de nosotros —añadió Lirin—. O nos decimos a nosotros mismos que en realidad no están heridos, ya que no podemos ver sus lesiones. Tienes razón, hijo. Gracias por desafiarme.

Levantó otra de sus páginas de notas, garabateada con glifos. Eran dibujos, no letras, por lo que no se consideraba verdadera escritura.

Tormentas. Aquello estaba mal. Los médicos no podían leer los diagnósticos por su cuenta. Los fervorosos se veían obligados a aceptar un paciente tras otro solo para que todos los demás pudieran respirar un poco más tranquilos. Mucha gente creía que acudir a un cirujano era antinatural, que si el Todopoderoso quería que sanaran, se ocuparía de ello. Lo más irónico era que los Danzantes del Filo reforzaban esa opinión.

—Necesitamos una revolución médica —afirmó Kaladin, empezando a construir otra torre. Oroden daba saltitos sin parar, apenas capaz de contenerse mientras la estructura crecía—. Tenemos que cambiarlo absolutamente todo.

—El cambio es difícil, hijo —dijo Lirin—. Y a los hombres pequeños como nosotros casi nunca se nos escucha porque...

Dejó la frase en el aire, quizá dándose cuenta de que esa excusa ya no le servía. No cuando su hijo era uno de los hombres vivos más poderosos que existían, a pesar de su retiro.

Kaladin sí que podía cambiar las cosas. Podía hacer que a los médicos se les concediera algún tipo de cargo religioso y que de ese modo aprendieran a

leer sin sentir que estaban contraviniendo las costumbres sociales. Todo el mundo decía que estaba bien que lo hiciera Dalinar porque era un Forjador de Vínculos, a fin de cuentas.

Kaladin sí que podía cambiar la forma de pensar de la gente sobre los aquejados de conmoción de batalla o melancolía. Los libros de texto de Lirin no recomendaban más medicación que los sedantes. Pero no se había hecho ninguna investigación ni pruebas como era debido para ver si existían más opciones. Allí había mucho, muchísimo que hacer. Y mientras Kaladin pensaba en ello, apilando un bloque tras otro, se le ocurrió que estaba empezando a ver sus juramentos bajo una nueva luz. Recordó aquel monasterio con el manicomio y comprendió algo que le dio un escalofrío.

«Yo mismo podría haber terminado allí», pensó Kaladin. Los pacientes que recibían los fervorosos eran los que procedían de hogares y ciudades donde la gente se preocupaba lo suficiente para intentar algo, aunque ese algo fuese erróneo. Era posible que, si Kaladin no hubiera ido a la guerra, hubiera acabado en alguna de esas habitaciones oscuras y terribles.

Un grave retumbar los sacó de su ensimismamiento. ¿Era un trueno eso que se oía fuera? Se levantó y miró por la ventana. El horizonte estaba cubierto de nubes negras. La tormenta eterna. Ciento, había oído que ese día llegaba una. Allí arriba era fácil perderles la pista.

Oroden echó a correr entre los bloques, derribándolos. Kaladin sonrió y entonces oyó que la puerta exterior de la clínica se abría y se cerraba. Teft entró en la sala un momento después.

—Kal, no está en su habitación, y dicen que lleva días sin aparecer por allí.

—¿Cómo? —preguntó Kaladin—. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio alguien?

—Hace tres días.

—¿Tres días?

—¿De quién habláis? —preguntó Lirin.

—De un amigo nuestro —dijo Teft—, llamado Dabbid.

—¿El que no habla? —preguntó Lirin—. ¿Conmoción de batalla severa?

—Pensé que a lo mejor le convendría reunirse con los hombres a los que estoy tratando —explicó Kaladin.

—Quizá no deberías haber dejado a alguien tan atrabilado sin supervisión —dijo Lirin.

—Se defiende bien por su cuenta —respondió Kaladin—. No es un inválido. Es solo que no habla.

O... bueno, tal vez esa afirmación se quedaba corta.

—Vamos a preguntar a Rlain —propuso Teft—. A veces Dabbid sale a ayudar en los campos.

Kaladin se había alegrado mucho al enterarse de que Rlain había elegido quedarse en la torre en vez de marchar con el ejército. Rlain pensaba que su trabajo en los campos era más útil que llevar agua y hacer recados para los Corredores del Viento, y Kaladin no podía reprochárselo. Estar con sus amigos y verlos volar pero no poder hacerlo él mismo... tenía que ser incluso peor que lo que Kaladin había estado experimentando en los últimos tiempos.

«Tendría que haber ido a verlo más a menudo —pensó Kaladin—. Ser mejor amigo.» Se le ocurrió que por fin comprendía lo que debía de estar sintiendo Rlain.

Se levantó e hizo un asentimiento a Teft, que estaba frotándose la frente de nuevo.

—¿Estás bien? —le preguntó Kaladin.

—Bien —dijo Teft.

—¿Son las ansias? —aventuró Kaladin.

Teft se encogió de hombros.

—Creía que había superado hace unos meses los dolores de cabeza. Supongo que han vuelto.

Venli aplastó el cráneo del soldado contra la pared de piedra y el hueso se resquebrajó con un sonido enfermizo, como el de un caparazón de madera al partirse. Hubo un destello de relámpago rojo procedente de un soldado en forma tormenta y Venli vio que los ojos del soldado bizqueaban, dilatándose. Pero el soldado se aferró a ella y su cuchillo le raspó el caparazón, así que, impulsada por el Ritmo del Pánico, Venli le estrelló la cabeza contra el suelo.

Esa vez cayó y se quedó quieto. Venli se agachó su lado, jadeando, y de pronto notó que le faltaba el aliento. Dio una bocanada que le raspó la garganta y apartó las manos. Durante un momento, el único sonido que pudo oír fue su propio ritmo.

El moribundo tuvo espasmos en el suelo. Venli apenas notaba el corte que el soldado le había hecho a un lado de la cabeza. En su interior, Timbre vibró al Ritmo de lo Perdido.

«No pretendía... —pensó Venli—. Yo...»

De pronto el sonido regresó a Venli. Dio un respingo y miró a su alrededor. En el fragor del momento, su propia lucha se había apoderado de toda su

atención. Pero el intenso combate que se desarrollaba en la boca de la caverna la abrumó entonces. Se encogió, intentando buscar sentido a todo aquello.

—¡La vinculacaña! —gritó alguien al Ritmo del Mando—. ¡No dejéis que...!

De pronto Rabeniel pasó como una exhalación por el centro de la frenética pelea. Los demás eran solo extremidades y sombras, pero ella de algún modo estaba envuelta en un halo de luz carmesí por la tormenta eterna a su espalda. Rabeniel avanzó directa a un ataque de lanza y, cuando la ensartó, al instante el arma se transformó en polvo.

Rabeniel pasó junto al soldado y fue hacia una mujer humana que estaba a un lado de la caverna. La mujer estaba manipulando un rubí brillante. La fina arma de Rabeniel, más corta que una espada pero estrecha y puntiaguda como una espina, se clavó hacia arriba por debajo del mentón de la mujer. Rabeniel tiró de su hoja para liberarla y se volvió de nuevo hacia el soldado, que había desenvainado un cuchillo que llevaba al cinto. La Fusionada sopló hacia él y algo negro emanó de sus labios, algo que hizo retroceder trastabillando al hombre mientras se arañaba la cara.

Rabeniel cogió la vinculacaña de las manos de la mujer muerta y, con gesto distraído, limpió su hoja con un pañuelo. Vio a Venli arrodillada cerca.

—¿Es tu primera muerte, niña? —preguntó la Fusionada a Escarnio.

—Eh... Sí, antigua.

—Creía que los tuyos habían combatido durante años contra los humanos en las Llanuras Quebradas.

—Yo era una erudita, antigua. No fui a la batalla.

—No permitas que te derriben al suelo —dijo Rabeniel—. Como regia, incluso en forma emisaria, eres más fuerte que la mayoría de los humanos, así que aprovechalo. Y por Ado, haz el favor de llevar un cuchillo.

—Hum... Sí, antigua. No lo he visto venir. O sea... había pensando...

Que podría mantenerse apartada y distante, como había hecho siempre con los oyentes. Incluso en la batalla de Narak, en la que habían perdido a tantos, Venli no se había involucrado directamente en el combate. No había rendido su mente al spren que la habitaba, y se había dicho a sí misma que lo había evitado por lo fuerte que era. Pero en realidad se debía a que por aquel entonces ya era egoísta y ambiciosa.

Timbre latió para reconfortarla, pero Venli no podía aceptar ese sentimiento. No guardaba ningún amor a los humanos, que habían asesinado a miles de miembros de su pueblo. Pero la propia Venli había condenado

también a muchos oyentes.

No quería matar a nadie. Ya no. Se levantó, perturbada. Cerca de ella, los pocos soldados humanos que aún quedaban estaban cayendo reducidos y muertos mientras la tormenta eterna atronaba fuera, vertiendo luz roja por la boca de la caverna. Venli dio la espalda a las muertes y entonces se sintió avergonzada. ¿Qué había esperado al unirse a aquella misión? ¿Qué esperaba conseguir allí? ¿Establecer contacto con los Radiantes, mientras actuaba para invadir su base? ¿Buscar aliados en plena masacre?

No. Ninguna de las dos cosas. Solo pretendía mantenerse seca durante la tormenta. Rabeniel sacó una esfera de luz tormentosa mientras un grupo de sus Profundos por fin emergía de la roca, elevándose poco a poco a través del suelo como espíritus.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Rabeniel—. Creía que os habíais ocupado de los guardias de esta entrada.

—Y así es —respondió una exploradora a Agonía—. Esto era una patrulla que ha venido a ver qué pasaba con ellos, por lo que parece. No los hemos oído en las piedras hasta que ya era demasiado tarde.

—Suponíamos que estaban todos más arriba —dijo otro—. Lo lamentamos.

—Los lamentos carecen de significado —replicó Rabeniel—. Y las suposiciones erróneas son el último fracaso de muchos muertos. No tendremos otra oportunidad como esta. Jamás. Quiero que os aseguréis bien de que el resto del camino está despejado.

Los Profundos volvieron a canturrear a Agonía y se fundieron con el suelo de piedra de la caverna. Los soldados formaron y Rabeniel echó a andar a zancadas hacia el interior, sin esperar a ver si la seguían.

El grupo dejó atrás el estruendoso ruido de la tormenta y empezó a ascender. Aunque habían iniciado el trayecto por las cavernas a media altura, en una entrada situada en un valle elevado, les costaría horas llegar a la torre en sí. Unas horas tensas, en las que deberían confiar en que no hubiera más errores ni patrullas humanas inadvertidas. Confiar en que nadie reparase en el silencio de los muertos.

Venli caminó, inquieta, dudando sobre qué había sido peor: la sensación de terror primordial que la había atenazado al oír a aquel humano tras ella o la perturbadora sensación al ver cómo se apagaba la luz en sus ojos.

EL RITMO
DE LOS TERRORES

Vos no habéis sentido lo mismo que yo. No habéis conocido lo mismo que yo. Rechazasteis esa oportunidad, y con sabiduría, en mi opinión.

Acompañada por varios de sus eruditos y toda una hueste de soldados, Navani llegó al escenario de la explosión. Había sido menos destructiva de lo que había temido al leer el primer informe por vinculacaña: habían muerto solo dos personas y la explosión solo había destruido el contenido de una sala de la torre.

Aun así, era de lo más preocupante. Las dos muertas eran Nem y Talnah, las talladoras de lentes, astrónomas y expertas en gemas. La sala destruida era el laboratorio que compartían. Material por valor de miles de broams perdido. Y una esfera de valor incalculable.

La esfera de Szeth. La esfera de luz del vacío que Gavilar había considerado la más importante entre todas sus extrañas esferas. Mientras Navani esperaba en el pasillo fuera de la sala destruida, oliendo a humo, escuchando los sollozos de la limpiadora que había llegado la primera al oír la detonación, se le cayó el alma a los pies.

Ella había provocado que ocurriera aquello al pedir a las dos mujeres que estudiaran la esfera. Con toda probabilidad, había perdido tanto la esfera como las vidas de dos expertas erudititas. Tormentas. ¿Qué habría pasado?

Los guardias querían que algún erudito inspeccionara la estancia en busca de otros posibles peligros antes de dejar que Navani entrara. Lo más seguro era que pudiera haberles ordenado que se apartaran, pero solo estaban haciendo todo lo posible para mantenerla a salvo. Así que dejó que Rushu entrase primero. Navani dudaba mucho que nada peligroso pudiera haber sobrevivido a lo que parecía una destrucción completa, pero en realidad tampoco había oído nunca que un fabrial o una esfera explotara.

Rushu salió al poco tiempo y asintió con la cabeza, indicándole que era seguro. Navani entró en la sala y sus zapatos crujieron al pisar cristal roto mientras contemplaba la destrucción. De las mesas solo quedaba madera humeante. Los cuerpos estaban tendidos debajo de varias sábanas ensangrentadas. No dos sábanas, sino cinco. Para dos cadáveres. Tormentas.

Navani avanzó con cuidado, evitando los cristales rotos más grandes. El humo era casi insoportable. La gente civilizada se iluminaba con esferas, y Navani rara vez tenía un fuego encendido en los últimos tiempos. El humo olía a peligro.

Si quedaba algo recuperable entre aquel desastre, Navani no lo distinguió. Y por supuesto, no había ni rastro de la extraña esfera.

Rushu llegó al lado de Navani.

—Había... quedado para cenar con Talnah esta semana —susurró—. Ibamos a... hablar de las lecturas climáticas...

Navani hizo acopio de fuerzas.

—Necesito que hagas una cosa por mí, Rushu —dijo—. Cataloga todo lo que hay en esta sala. No dejes que los soldados muevan ni un solo trocito de cristal. Retira los cuerpos y ocúpate de que se les dé el trato adecuado, pero aparte de eso deja la estancia tal y como está. Y luego regístralas centímetro a centímetro. Recoge hasta el último jirón de papel. Hasta la última lente agrietada o matraz roto.

—Como deseas, brillante —respondió Rushu—. Pero... si me permites preguntarlo... ¿por qué? ¿Qué esperas encontrar?

—¿Habías oído alguna vez que un accidente con un fabrial provocara una explosión como esta? —preguntó Navani.

Rushu hizo un mohín y pensó un momento.

—No.

—Tengo algunos detalles sobre en qué podrían haber estado trabajando. Te los explicaré después. De momento, asegura la zona. Y Rushu, por favor, no te distraigas.

La fervorosa miró de nuevo los cadáveres amortajados.

—No creo que eso vaya a ser un problema esta vez, brillante.

Navani asintió y salió de la estancia para dirigirse hacia el lugar donde retenían al prisionero, al hombre sin voz que había entregado el rubí. Había enviado a soldados a traer unos pocos Radiantes para ver si podían identificar al hombre. Navani no sabía si la explosión estaba relacionada con las misteriosas comunicaciones que había recibido, pero desde luego últimamente las cosas habían estado raras en la torre. Y ella se había hartado de querer respuestas.

Para cuando hubo transcurrido la segunda hora, estimada a partir del Ritmo de la Paz, a Venli ya le dolían las piernas y estaba resollando por la caminata. Como Radiante, podría haber usado luz tormentosa para reforzarse. Pero habría sido demasiado peligroso.

Tendría que conformarse con la fuerza que le otorgaba su forma regia. Desde luego, estaba menos agotada de lo que habría estado un cantor normal. Sin embargo, el resto de la fuerza de incursión tenía la forma tormenta y, por tanto, más fuerza que ella, y Rabeniel imponía un paso agresivo.

Cada momento se volvió un suplicio, y Venli se concentró solo en dar el siguiente paso. Pero Rabeniel seguía apretando. Sin pausas. Sin descansos. Hacia delante, siempre hacia arriba.

Timbre vibraba en su interior, ayudándola con un ritmo reconfortante. Venli se apoyaba en él para mantenerse en movimiento, colocando un pie plomizo delante del otro. Después de lo que le pareció una eternidad, vio una luz titilando por delante en el túnel. Trató de ahogar la chispa de esperanza que le hizo sentir. Las anteriores veinte veces, la luz había sido solo una lámpara de esferas situada en una intersección, clavada allí por los humanos para orientarse.

Rabeniel ordenó un alto. Venli se apoyó contra la pared del túnel, dando unas bocanadas de aire profundas pero tan silenciosas como pudo. Y la pared... la pared era más recta que las de abajo. Aquello era piedra labrada. Y en la luz de delante se movían unas sombras.

Había llegado. Por fin. El túnel había ascendido por debajo de la ciudad de Urithiru y terminaría abriéndose a las cámaras del sótano. Entornando los ojos, Venli distinguió la fuente de la luz: una gran puerta de madera por delante de ellos, cuyas rendijas brillaban. Y... había varios bultos en el suelo. Guardias a los que los Profundos habían matado con sigilo.

Aparte de la luz que se colaba alrededor de la puerta, la única iluminación procedía de los ojos rojos como ascuas de quienes la rodeaban. La señal de que el alma de una persona se había mezclado con la de un vacíospres. Sus propios ojos también brillaban, mintiendo en su nombre. Ella también tenía un vacíospres dentro, solo que Timbre lo mantenía cautivo.

Algunos de los ojos cercanos descendieron hasta desvanecerse a medida que los Profundos se internaban en la piedra. Los demás se quedaron esperando en agónico silencio. Aquel era el momento en que con mayor probabilidad su invasión podía frustrarse. Los Profundos eran buenas tropas para el ataque por sorpresa, pero, por lo que se había dicho en las reuniones de planificación a las que había asistido, Venli sabía que no tenían ni la habilidad ni la fuerza suficientes para desafiar a Radiantes en combate directo. De modo que, si los defensores lograban congregar a Radiantes para defender el corazón cristalino de la torre, podrían rechazar el ataque.

Venli esperó, tensa, notando cómo le caía el sudor por las mejillas y goteaba desde su mentón.

La puerta de delante se sacudió. Y se abrió.

Al otro lado había un explorador Profundo. En el momento en que Rabeniel empezó a moverse, Venli se apresuró a andar también y se mantuvo en la delantera del grupo cuando entraron en la cámara del sótano.

Era una escena horripilante. Entre los cadáveres del suelo había unos pocos soldados, pero en su mayoría eran eruditos humanos, mujeres con vestidos o sacerdotes con túnicas. Aún quedaban unos pocos vivos, retenidos contra el suelo por unos brazos que asomaban de la piedra. La mayoría de los muertos habían estado apartados de las paredes, y parecía que los Profundos se habían descolgado desde el techo para apresarlos. Habían logrado hacerlo todo sin que un solo humano diera la voz de alarma.

Venli se estremeció, imaginando cómo sería que tiraran de ella hasta el suelo mientras otros brazos emergían desde abajo para aferrarle la boca y el cuello. Los humanos que quedaban vivos forcejeaban con los ojos muy abiertos. Algunas de aquellas manos fantasmales tenían unas uñas de caparazón largas como cuchillos. Una tras otra, rajaron las gargantas de sus prisioneros.

Venli apartó la mirada, sintiendo que se le revolvía el estómago. Tuvo que pisar sangre para seguir a Rabeniel hasta el centro de la estancia, hasta el monolito de cristal que se alzaba allí. La amplia columna estaba compuesta por un millar de gemas diferentes. Aparte del túnel por el que habían llegado

ellos, la cámara circular solo tenía otra salida: un pasillo más espacioso y bien iluminado con murales de mosaico en las paredes y el techo.

—Espero que tu adormecimiento sea pacífico, Hermano —dijo Rabeniel, apoyando una mano en la imponente columna—. No despertarás, al menos no con tu identidad.

La luz del vacío, brillando en violeta sobre negro, fluyó por el brazo de Rabeniel. Había dicho que necesitaría tiempo para cumplir su tarea, para corromper la columna y activar por completo las defensas de la torre, pero de manera que silenciaran a los Radiantes, no a los Fusionados.

«Por favor —pensó Venli al Ritmo de lo Perdido—, que suceda sin más matanza.»

—No puedo creerme lo muerto que está este sitio —dijo Teft mientras cruzaban la cantina.

—Supongo que muchos habituales eran soldados —respondió Kaladin, señalando hacia el reservado del rincón de Adolin.

Era raro estar allí sin él y Shallan. De hecho, era raro haber salido a ningún sitio sin aquellos dos. Kaladin intentó recordar la última vez que había ido a divertirse sin que Adolin lo obligara. ¿La boda de Cikatriz? Sí, Lyn se había empeñado en que fuesen antes de su ruptura. Esa había sido la última vez que había salido con el Puente Cuatro.

«Sangre de mis ancestros —pensó, sentándose en el reservado—. Sí que he estado apartándome de ellos. De todo el mundo.» Excepto de Adolin, que no se lo toleraba. Si Kaladin había empezado a cortejar a Lyn había sido en buena parte porque Adolin y Syl habían conspirado contra él. Tormentoso hombre. Tormentosa spren. Menos mal que los tenía a ambos. Aunque la relación no había funcionado, al menos Kaladin ya era capaz de ver que ambos habían mejorado como personas gracias a ella.

Teft fue a por bebidas. Naranja para ambos. Mientras Kaladin se acomodaba en el asiento, miró los bosquejos que Shallan había rascado en la mesa con un cuchillo. Uno era una ilustración muy poco favorecedora de él con unas botas enormes.

Cuando Teft volvió, Kaladin dio un sediento sorbo de su jarra.

Teft se quedó mirando la suya.

—¿Qué pasa si pido un poco de rojo?

—¿Esta noche? Yo creo que nada. Pero pasará la próxima vez.

—Y pediré un violeta —dijo Teft—. Y luego algo claro. Y luego... —

Suspiró y dio un sorbo del naranja—. Esto es tormentosamente injusto, ¿sabes?

Kaladin alzó su jarra. Teft hizo chocar la suya contra ella.

—Por la injusticia —dijo Kaladin.

—Tormentas, ya lo creo —dijo Teft, y vació su jarra entera de golpe en una impresionante exhibición.

Syl entró volando al poco tiempo. El local no estaba lleno, pero sí que había gente. Relajándose en sus asientos, emitiendo joviales protestas, riendo malhumoradas risas, todo ello lubricado con un poco de alcohol.

Esa actividad se detuvo cuando Rlain entró detrás de Syl. Kaladin hizo una mueca por lo evidente que era. La gente de la torre sabía de la existencia de Rlain, que era casi tan famoso como Kaladin, pero... en fin, Kaladin oía lo que se decía de él. Era el «salvaje» al que Dalinar había conseguido «domesticar».

Muchos trataban a Rlain como algo oscuro e impredecible que convendría tener encerrado. Otros, en apariencia más caritativos, lo consideraban un noble guerrero, un místico representante de un pueblo perdido. Ambos grupos compartían un mismo problema. Veían solo su propio ideal extraño de lo que Rlain debería ser. Una controversia, una curiosidad o un símbolo. No quien era en realidad.

Aunque Rlain no aparentó darse cuenta del silencio que se apoderaba de la cantina, Kaladin sabía que estaba fingiendo. El oyente siempre se fijaba. Aun así, cruzó la sala con una sonrisa fácil. Solía exagerar sus expresiones faciales estando con humanos, para intentar que no se incomodaran.

—Teft —dijo, tomando asiento. Miró a Kaladin—. Señor.

—Ahora soy solo Kaladin —respondió él mientras Syl llegaba volando y se posaba en su hombro.

—Tal vez ya no estés al mando —dijo Rlain con una leve cadencia en las palabras—, pero sigues siendo el capitán del Puente Cuatro.

—¿Qué te pasaba por la cabeza en aquella época, Rlain? —preguntó Teft—. Cuando cargabas puentes contra los tuyos.

—Al principio no pensaba mucho —dijo Rlain mientras intentaba llamar la atención de una camarera que pasaba.

La chica se sobresaltó y enseguida se fue en dirección opuesta para tirar del brazo de una empleada más experta. Rlain suspiró y se volvió de nuevo hacia Teft.

—Estaba en Condenación, igual que todos vosotros. No pensaba en espiar,

sino solo en sobrevivir. O en cómo hacer llegar un mensaje a Eshonai, que era nuestra general. —Su semblante cambió, igual que su tono, y la cadencia de sus palabras se hizo más lenta—. La primera vez que estuve a punto de morir, comprendí que desde tan lejos los arqueros no tendrían ni idea de quién era yo. No podrían ver las pautas de mi piel. Ya se había hablado de lo que haríamos si los humanos empezaban a usar a parshmenios para las carreras de puente, y teníamos decidido que debíamos derribarlos, igual que a los humanos. Así que allí estaba, mirando a mis amigos y sabiendo que harían todo lo posible por matarme.

—Qué horror —dijo Syl, haciendo que Teft y Rlain giraran la cabeza para mirarla. Al parecer había decidido permitir que la vieran—. Es espantoso.

—Era la guerra —dijo Rlain.

—¿Y eso es una excusa? —preguntó ella.

—Una explicación —dijo Teft.

—Una que se usa para explicar demasiadas cosas —repuso Syl, envolviéndose con los brazos y haciéndose más pequeña que de costumbre—. Es la guerra, decís. Qué le vamos a hacer. Os comportáis como si fuese igual de inevitable que el sol y las tormentas. Pero no lo es. No tenéis ninguna obligación de mataros unos a otros.

Kaladin cruzó la mirada con Teft y Rlain, que canturreaba con una cadencia triste. Syl no se equivocaba. Casi todo el mundo estaría de acuerdo con ella. Por desgracia, cuando se entraba en los condenados detalles, la cosa no era tan sencilla.

Era el mismo problema que Kaladin siempre había tenido con su padre. Lirin afirmaba que no se podía luchar sin perpetuar el sistema, sin terminar provocando que la gente normal sufriera más que si se hubiera rechazado la lucha. Kaladin veía fallos en ese razonamiento, pero no había sido capaz de explicárselos a Lirin. Y por tanto, dudaba que pudiera explicárselos a un pedacito de divinidad, a una encarnación literal de la esperanza y el honor.

Solo podía hacer lo que estuviera en su mano para cambiar lo que fuese posible. Y eso empezaba por sí mismo.

—Rlain —dijo Kaladin—, creo que nunca me he disculpado por lo que hicimos al profanar los cuerpos de los oyentes caídos para hacernos armaduras.

—No —respondió Rlain—, no creo que lo hayas hecho nunca, señor.

—Pues me disculpo ahora. Por el dolor que te provocamos. No sé si podríamos haber hecho alguna otra cosa, pero...

—La intención significa mucho para mí, Kal —dijo Rlain—. De verdad.

Se quedaron sentados en silencio un rato.

—Hablemos de... —terminó diciendo Teft—. Dabbid.

—Lo vi ayer —dijo Rlain—. Estuvo en los campos, pero no trabajó mucho. Se paseó un poco por ahí y me hizo un recado cuando se lo pedí. Luego desapareció.

—¿Y hoy no lo has encontrado? —preguntó Teft.

—No, pero la torre es muy grande. —Rlain giró la cabeza para mirar hacia algo que Kaladin no alcanzaba a ver—. Es un mal día para perderse, eso sí...

—¿Por qué lo dices? —preguntó Teft, frunciendo el ceño.

—¿La tormenta eterna? —dijo Rlain—. Ah, claro. No podéis oír los ritmos. No la sentís cuando pasa.

Kaladin se había olvidado otra vez. Tormentas, estar allí arriba en la torre era como quedarse ciego. Perder un sentido que siempre había tenido, en ese caso la capacidad de mirar al cielo y saber si había tormenta.

Teft gruñó, satisfecho de haber conseguido por fin que una camarera se acercara para pedirle una copa de rojo para Rlain.

—¿Deberíamos preocuparnos por Dabbid? —preguntó Rlain.

—No lo sé —dijo Kaladin—. Siempre era Lopen quien le tenía un ojo echado. Yo quería que Dabbid se uniera al grupo que estamos organizando Teft y yo. Para ayudar a personas como él. Como nosotros.

—¿Creéis que así terminará hablando? —preguntó Rlain.

—Por lo menos, creo que escuchar a otros podría venirle bien.

—No te tomes esto a mal, señor —dijo Rlain—, pero... ¿a ti te ha ayudado?

—Pues no sabría...

Kaladin bajó la mirada a la mesa. ¿Lo había hecho? ¿Hablar con Noril le había servido de algo?

—No ha querido unirse —dijo Teft.

—No es verdad —restalló Kaladin—. Es que he estado muy ocupado.

Teft le dirigió una mirada inexpresiva. Tormentosos sargentos. Siempre oían las cosas que uno no decía.

—Antes tengo que terminar de poner en marcha el programa —dijo Kaladin—. Encontrar a todos los hombres a los que han metido en habitaciones oscuras y buscarles ayuda. Luego podré descansar.

—Disculpa, señor —dijo Rlain—, pero ¿no lo necesitas tú tanto como ellos? A lo mejor participar te ayudaría a descansar.

Kaladin giró la cabeza y encontró a Syl en su hombro, mirándolo con la misma intensidad que Teft. Hasta se había puesto un pequeño uniforme del Puente Cuatro, y... ¿estaba jugándose una mala pasada la vista o el uniforme era más azul que el resto de su cuerpo? A medida que el vínculo entre ellos se profundizaba y que Syl entraba en aquel reino con más decisión, la variedad, el detalle y los tonos de las formas que adoptaba estaban mejorando.

Quizá tuvieran razón. Quizá Kaladin debiera participar más en las reuniones con los hombres conmocionados por la batalla. Era solo que no estaba seguro de merecer los recursos o el tiempo que les restaría si lo hiciera. Kaladin aún tenía familia. Tenía apoyo. No estaba encerrado en la oscuridad. ¿Cómo iba a preocuparse por sí mismo cuando había otros que lo necesitaban?

Sus amigos no iban a dejar pasar el tema, lo notaba. Los tres, avasallándolo juntos.

—Muy bien —dijo Kaladin—, asistiré a la próxima reunión. Ya tenía pensado hacerlo de todas formas.

Se comportaban como si Kaladin estuviera evitando pedir ayuda. Pero había renunciado a su puesto, tal y como le había exigido Dalinar. Había empezado a trabajar como cirujano. Y debía reconocer que eso lo estaba ayudando. Estar con su familia, hablar con sus padres, saber que era querido y necesario... eso lo ayudaba más.

Sin embargo, aquel proyecto, el de encontrar a otros que estuvieron como él y aliviar su sufrimiento... sería lo que más útil le resultaría. «Fuerza antes que debilidad.» Empezaba a comprender aquella parte de su primer juramento. Había descubierto la debilidad en sí mismo, pero no era algo de lo que avergonzarse. Gracias a esa debilidad, podía ayudar de maneras que nadie más era capaz.

Syl brilló con un poco más de intensidad en su hombro cuando Kaladin reconoció eso, y él sintió una satisfacción en su interior. Su propia oscuridad no había desaparecido, claro. Seguía teniendo pesadillas. Y unos días antes, cuando un soldado había ofrecido su lanza a Kaladin... bueno, había montado en pánico. La reacción le recordaba a cuando se había negado a empuñar una lanza al principio de entrenar al Puente Cuatro en los abismos.

Su enfermedad se remontaba a un tiempo anterior a ese. Jamás la había tratado; se había limitado a seguir acumulando tensión, dolor, problemas.

Si aquello salía bien, quizás nunca tuviera que volver a empuñar la lanza. Y quizás le pareciese bien. Sonrió a Rlain.

—Sí que me ha ayudado —dijo—. Creo... creo que es posible que esté recuperándome, por primera vez en mi vida.

Venli pudo ver el momento exacto en el que la torre cedió. Rabeniel estaba de pie con las manos apoyadas en la columna, refugiando de poderosa luz del vacío. La columna, a su vez, empezó a brillar con su propia luz, de un intenso blanco teñido de matices verdosos y azulados. Era una luz que parecía trascender la clase de gemas que había en la columna. La torre estaba resistiéndose.

Llegó una voz de alarma desde el pasillo. Los defensores de la torre sabían que había una invasión en marcha. Rabeniel no se movió, pero Venli se retiró contra la pared, intentando no pisar ningún cadáver, mientras un centenar de soldados en forma tormenta salían al corredor.

Humanos gritando, metal tañendo, chisporroteos de sonido. En cualquier momento llegarían los Radiantes y se abrirían paso entre los regios y los Profundos como un relámpago a través de una noche oscura. Pero Rabeniel siguió trabajando, canturreando tranquila a un ritmo que Venli no conocía.

Y entonces por fin sucedió: la luz del vacío pasó de Rabeniel a la columna. Infundió una pequeña parte de la majestuosa construcción, reptando al interior de un grupo de granates incrustados.

Rabeniel retrocedió a trompicones y Venli logró aproximarse corriendo y atraparla antes de que cayera al suelo. Rabeniel flaqueó con los párpados pesados y Venli la sostuvo con fuerza, armonizada al Ritmo de los Terrores.

Siguieron llegando gritos desde el pasillo.

—¿Está hecho? —preguntó Venli con un hilo de voz.

Rabeniel asintió, y entonces se enderezó y habló al resto de los cantones congregados en el túnel que llevaba a las cavernas.

—La torre no está corrompida del todo, pero he logrado mi objetivo inicial. Las defensas de la torre están activadas e invertidas a nuestro favor. Los Radiantes serán incapaces de luchar. Marchad. Dad la señal a los *shanay-im*. Conquistad la ciudad.

INVASIÓN



Sin embargo, a pesar de que no pensáis como un mortal, sois pariente de ellos. El poder de la Esquirla de Odium es más peligroso que la mente que hay tras ella. Sobre todo teniendo en cuenta que toda Investidura parece obtener una voluntad propia cuando no se la controla.

Teft cayó inerte, como si de pronto hubiera perdido las funciones motrices. Su cabeza dio contra la mesa y su brazo cayó laxo a un lado, empujando la jarra vacía fuera de la mesa para que se estrellara contra el suelo.

Kaladin notó un momento de intensa desorientación. Una sensación opresiva en la mente, como una fuerza oscura intentando asfixiarlo. Inhaló con fuerza y apretó los dientes. Ahora no. ¡No iba a permitir que su mente traicionera lo abrumara en ese momento! Su amigo estaba en apuros.

Kaladin se sobrepuso a la melancolía y estaba con Teft al cabo de un segundo, aflojándole la ropa alrededor del cuello para apretarle los dedos contra la arteria carótida. «Tiene buen pulso —pensó Kaladin—. Ninguna arritmia perceptible y ningún signo de abrasión en el cuerpo. —Le levantó un párpado con el pulgar—. Ojos dilatados. Tiemblan y se sacuden, sin ver.»

—¡Tormentas! —exclamó Rlain, apresurándose a levantarse del banco.

La gente de las mesas cercanas se puso en pie de un salto, sorprendida, y empezó a acercarse a ver qué pasaba mientras aparecían a su alrededor sorpresaspren con forma de triángulos que se quebraban.

—¿Kaladin? —dijo Rlain—. ¿Qué le pasa?

Kaladin sintió de nuevo aquella opresiva sensación de pesadumbre y oscuridad. La notó más externa que de costumbre, pero en los últimos meses había aprendido que su conmoción de batalla podía adoptar muchas formas. Estaba llegando a un punto desde el que podía afrontarla. Pero luego. No ahora.

—Que la gente se aparte —dijo Kaladin a Rlain con voz calmada. No porque estuviera calmado, sino gracias al entrenamiento de su padre. Un cirujano tranquilo inspiraba confianza—. Que nos dejen aire. Está respirando y tiene buen pulso.

—¿Se pondrá bien?

Rlain extendió el brazo para que la gente se retirara. Su voz había revertido a un marcado acento parshendi, que en ese caso le confería una intensa cualidad rítmica, como si estuviese cantando.

Kaladin tomó la mano de Teft, buscando señales de movimiento epiléptico.

—Creo que podría ser una convulsión —dijo Kaladin, metiendo los dedos en la boca de Teft—. Algunos adictos al musgoardiente las tienen durante la privación.

—Hace meses que no lo prueba.

«O eso dice», pensó Kaladin. Teft había mentido en otras ocasiones. Pero tenía señales delatoras y en general solía sincerarse con Kaladin. «No tiene la mandíbula atenazada. No hay peligro para su lengua.» Aun así, mejor colocarlo de lado, por si vomitaba. Y sí que estaba temblando, con leves espasmos en los músculos de los brazos.

—Podría ser algún tipo de secuela —dijo Kaladin—. Hay adictos que las sufren durante años. —Pero no las convulsiones—. Si no, podría ser...

—¿Qué? —preguntó Rlain mientras el dueño de la cantina apartaba a la multitud para ver qué estaba pasando.

—Apoplejía —dijo Kaladin, decidiéndose. Se metió debajo de Teft, hizo rodar su cuerpo flácido por encima de los hombros y se levantó con un gruñido—. Aquí no hay mucho que pueda hacer, pero tenemos anticoagulantes en la clínica. Si es apoplejía, a veces ayudan.

Rlain se acercó para sostener un brazo de Teft.

—¿Y los Danzantes del Filo? Tienen esa clínica suya en el mercado, aquí cerca.

Kaladin se sintió estúpido. Pues claro. Era una opción mucho mejor. Asintió.

—Te ayudo a llevarlo —dijo Rlain.

—Puedo enlazarlo —repuso Kaladin, absorbiendo luz tormentosa.

La luz se resistió durante un extraño momento antes de fluir a su interior desde las esferas que llevaba en el bolsillo. Kaladin se encendió de poder. Bulló en sus venas, urgiéndolo a utilizarlo. A actuar. A correr.

—Abriré hueco, pues —dijo Rlain, y empezó a apartar a la gente y despejar un camino para Kaladin.

Kaladin envió la luz al interior de Teft, para enlazarlo hacia arriba y volverlo más ligero.

Y no funcionó.

—Sí, reconozco a este hombre —dijo Rojo.

Navani se lo agradeció con un asentimiento y animó al Tejedor de Luz a continuar. Rojo era un hombre alto que llevaba ropa de trabajador ojos oscuros: pantalones marrones, una camisa abotonada arremangada hasta los codos y tirantes de vivos colores. La moda marinera thayleña estaba imponiéndose en Urithiru.

Navani estaba llevando a cabo su interrogatorio en la cuarta planta, cerca del laboratorio que había quedado destruido. Había ordenado que metieran al prisionero acompañado por varios guardias en una pequeña sala contigua a la que ocupaba ella.

Rojo había sido el primero en responder de entre los Radiantes a los que había enviado a buscar.

—Se llama Dabbid —prosiguió Rojo, echando otro vistazo al interior de la sala donde estaba el prisionero—. No habla. Creo que no está bien de la cabeza. Bueno, lo siento, pero casi ningún Corredor del Viento está bien de la cabeza. Se comportan como una especie de secta consagrada a Bendito por la Tormenta, brillante, lo siento pero es así. Ahora bien, este es más raro que los demás. Creo que era de los antiguos, de los del Puente Cuatro. Gaz podría decírtelo. Tiene su historia con ellos.

—¿Ves algún spren? —preguntó Navani.

Los ojos de Rojo se desenfocaron y parecieron mirar a la lejanía. Eran de un color violeta claro, aunque Rojo había sido ojos oscuros antes de unirse a los Tejedores de Luz. Al igual que otros de su orden, podía mirar en Shadessmar.

—Creo que no —dijo.

—No es una respuesta muy alentadora, Radiante.

—La torre complica las cosas —respondió él—. En Shadessmar, este sitio brilla como el mismísimo trasero de Nomon. Eso interfiere. Pero estoy bastante seguro de que podría ver a un honorospren. O a cualquier otro spren Radiante.

Navani miró la sala de interrogatorio. El Corredor del Viento, o lo que quiera que fuese, estaba sentado ante una mesa pequeña, con las piernas encadenadas, vigilado por dos soldados de Navani. Cuando alzó la mirada hacia ella, tenía los ojos tan idos como antes. Sus manos no estaban atadas, así que las alzó hacia ella. Uno de los dos soldados se adelantó para impedírselo, pero no fue lo bastante rápido para evitar que el preso golpeara sus muñecas entre ellas.

El saludo de los Corredores del Viento. El hombre hizo el gesto una y otra vez mientras los soldados intentaban que se detuviera.

—Dejadlo —dijo Navani, entrando en la sala.

Los soldados retrocedieron y el joven siguió juntando y separando las muñecas, frenético. Luego señaló hacia la pared. ¿Cómo? ¿De verdad sería mudo?

Señaló con más vehemencia. Navani se volvió. No, no estaba señalando la pared, sino la esfera de la lámpara que colgaba de ella, iluminando la estancia. Luego hizo un movimiento de escritura, con mucho ahínco.

«Creo que quiere que contacte con el spren», pensó ella.

El hombre estaba entregando un nuevo rubí cuando lo habían apresado. Navani lo sacó de su guante y el prisionero se animó y se puso a señalarlo.

—¿Kalami? —llamó Navani hacia la sala de al lado.

La escriba asomó la cabeza y Navani le entregó el rubí. La mujer se lo llevó para montar el equipo de la vinculacaña.

—Rojo dice que no hablas —dijo Navani al hombre.

Él bajó la mirada. Luego negó con la cabeza.

—Quizá deberías pensártelo —dijo Navani—. ¿Eres consciente del problema en el que estás metido? Es un spren quien ha estado hablando contigo, ¿verdad?

El hombre agachó más la cabeza. Entonces asintió.

—Serás consciente de que podría ser uno de los Deshechos —dijo Navani—. Un vacíospren. El enemigo.

El hombre alzó la mirada de sopetón. Luego negó con la cabeza.

—¡Brillante! —gritó Kalami desde la otra sala—. ¡Brillante, tienes que ver esto!

Frunciendo el ceño, Navani salió de la sala de interrogatorio a la cámara más grande, donde Kalami y varias pupilas suyas habían montado la vinculacaña. Estaba escribiendo por sí misma. Navani leyó el texto.

«Estúpida humana. Estamos bajo ataque. El enemigo ya está dentro de la torre. ¡Deprisa! Debes hacer exactamente lo que te diga o estamos todos condenados.»

Dejó de escribir y Navani cogió la pluma, dio la vuelta al rubí y respondió.

«¿Quién eres?», exigió saber.

«Soy el Hermano —escribió deprisa la pluma—. Soy el spren de esta torre. El enemigo Están Está haciéndome algo Esto es malo Tienes que infundir...»

Rojo el Tejedor de Luz, que estaba de pie cerca de la puerta, de repente se derrumbó al suelo.

El fallo de sus poderes fue tan inesperado que Kaladin trastabilló. Había empezado a dar un paso, esperando que el cuerpo flácido de Teft se volviera más ligero. Cuando no lo hizo, perdió el equilibrio.

Lo intentó otra vez, concentrándose. Nada otra vez.

«Tormentas», pensó Kaladin. Había algo que estaba muy mal en su interior. La última vez que había ocurrido algo como aquello, había estado peligrosamente cerca de incumplir sus juramentos y matar a Syl.

—¿Syl? —preguntó, buscando por la cantina. La había visto volando cerca de la barra, ¿verdad?—. ¡Syl!

No hubo respuesta.

—¿Phendorana? —llamó Kaladin a la honorspren de Teft—. ¡Este sería muy buen momento para revelarte a mí!

Nada. La cantina se había quedado en silencio y la mayoría de los clientes miraban a Kaladin, del que emanaba luz tormentosa.

—¿Kal? —llamó Rlain desde la puerta.

Kaladin cargó el peso de Teft sobre sus hombros y avivó el paso hacia Rlain. La luz tormentosa no parecía conceder mucha fuerza bruta adicional, pero sí que afianzaba las extremidades y reparaba los músculos si empezaban a rasgarse por la tensión. Así que Kaladin podía llevar a Teft a un trote rápido, incluso sin enlazarlo. Transportó el cuerpo en un agarre seguro de médico, una habilidad que había aprendido en el campo de batalla.

—Pasa algo malo —dijo Kaladin a Rlain cuando salieron al exterior—. Aparte de lo que sea que tiene Teft.

—Lo sé —convino Rlain—. Al principio no me he dado cuenta, pero los

ritmos están volviéndose locos. Empiezo a oír unos nuevos muy tenues en la distancia. No me gustan mucho, la verdad. Suenan como los que oigo durante una tormenta eterna.

—¿Aún sopla fuera esa que teníamos?

—Acaba de terminar —dijo Rlain.

Tomaron la ruta más directa hacia la clínica de los Danzantes del Filo en el centro del mercado. Por desgracia, había bastante gente apelotonada allí, lo que retrasó a Kaladin y Rlain.

Decidieron abrirse paso hacia delante mientras los gritos de «Brillante señor Bendito por la Tormenta» hacían que la gente se volviera hacia ellos. Pero en el centro de la multitud encontraron algo horripilante: dos Danzantes del Filo tendidos en el suelo. Una enfermera normal, no Radiante, estaba pidiendo a gritos a la gente que dejara espacio.

Kaladin dejó a Teft con Rlain y se acercó para arrodillarse junto a una de los Radiantes inconscientes, una mujer Danzante del Filo a la que recordaba vagamente, bajita, con el pelo teñido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a la enfermera, que pareció reconocer a Kaladin de inmediato.

—¡Han caído los dos de repente, brillante señor! Temo que Lorain se haya dado en la cabeza, porque hay sangre. He evacuado la clínica enseguida, por si la inconsciencia se debía a una fuga de aturdeagua.

—Bien pensado —dijo Kaladin.

Los Danzantes del Filo parecían sufrir un letargo más profundo que Teft. No se les movían los ojos. No tenían espasmos musculares.

—¿Habías visto algo así alguna vez? —preguntó la enfermera.

—Acaba de pasarle algo parecido a mi amigo. Otro Radiante.

—¿Y a ti no?

«Yo siempre sobrevivo —pensó Kaladin, una idea amarga resonando desde un pasado lejano—. Para poder seguir sufriendo.»

Lo apartó de su mente.

—Lo mejor que se me ocurre es ir con mi padre. Es el cirujano más experto que conozco. Trata la commoción a estos dos y venda la herida de la cabeza. Mandaré a alguien a avisarte si descubro alguna cosa.

La enfermera asintió y Kaladin la dejó para ayudar a Rlain a levantar a Teft y abrirse paso de nuevo entre la multitud.

—¿Por qué no lo enlazas? —preguntó Rlain.

—No puedo. Mis enlaces no parecen funcionar.

—Pero ¿solo con Teft? —preguntó Rlain—. ¿O en absoluto?

Tormentas, qué idiota era por no haberlo comprobado. Kaladin bajó las piernas de Teft, se sacó la bolsa de esferas del bolsillo y se arrodilló para intentar infundir el suelo.

No funcionó. Kaladin frunció el ceño e intentó un enlace distinto, del tipo que hacía que unos objetos se adhirieran a otros. No un enlace gravitacional, sino uno completo. El que a Lopen le encantaba usar para dejar a la gente pegada a las paredes.

El enlace completo funcionó. Cuando Kaladin tocó con su bota esa parte de la piedra, se quedó pegada a ella. Pudo reclamar la luz sin ningún problema. Así que... ¿la Adhesión funcionaba pero la Gravitación no?

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que está pasando —dijo Kaladin a Rlain.

—Esto no puede ser casualidad —afirmó Rlain—. ¿Que tú pierdas parte de tus poderes y tres Radiantes se desmayen? La gente no tiene apoplejías en grupo, ¿verdad?

—No —respondió Kaladin mientras ambos se ponían al trote, cargando a Teft entre los dos—. Y hay más, Rlain. Siento algo apretando contra mi mente. Creía que era mi enfermedad. Pero si dices que oyes algo extraño...

¿Qué significaría? ¿Podía ser... como el fabrial que habían usado contra él los Fusionados en Piedralar? Tenía un siniestro parecido con aquello, en muchos aspectos.

Fueron hacia la gran escalinata. Era ancha y alta, y subía hasta la décima planta. Sería más rápido usarla que intentarlo con los elevadores. Sin embargo, mientras se acercaban a la escalera, resonó un chillido desde un túnel cercano.

Kaladin y Rlain se detuvieron en la intersección. Allí había lámparas de esferas a lo largo de los corredores y los estratos trazaban unas espirales que daban la impresión, cuando se miraba túnel abajo, de estar viendo una tuerca con rosca para el tornillo. Al otro lado estaba reuniéndose un grupo agitado.

—Voy a mirar —dijo Rlain—. ¿Sigues tú adelante con Teft?

Kaladin asintió para no hablar y desperdiciar luz tormentosa. Llevó a Teft hacia la escalinata mientras Rlain se marchaba corriendo. La gente con la que se cruzaba Kaladin no parecía sentir que pasara nada raro; se limitaban a mirar curiosos a Kaladin y su carga. Algunos hacían el saludo militar y otros se inclinaban, pero los Radiantes se habían vuelto ya lo bastante habituales en aquellos salones para que la mayoría se limitara a apartarse.

Estaba a mitad del primer tramo de la enorme escalinata cuando Rlain llegó corriendo a marchas forzadas. La gente lo dejaba pasar y hasta hacía gestos supersticiosos al verlo.

—Gracias a las tormentas que ahora puedo llevar la forma de guerra entre vosotros —dijo cuando alcanzó a Kaladin. Jadeaba por la carrera, pero no parecía agotado—. Sería horrible intentar correr así en forma gris. Alguien ha encontrado a una Custodia de la Piedra inconsciente en el pasillo. Sí que hay algo que está atacando específicamente a los Radiantes. ¿Será un Deshecho?

—Me da la misma sensación que aquel fabrial que encontré en Piedralar —dijo Kaladin—. Pero es evidente que a mucha mayor escala, y también con más fuerza, si está tumbando a Radiantes. El que vi yo debía de ser una especie de prototipo.

—¿Y qué hacemos?

—Mi madre tiene mi vinculacaña conectada con las esribas de Dalinar, así que supongo que la clínica sigue siendo nuestra mejor opción por ahora.

Los otros tramos de escalera pasaron casi sin darse cuenta, aunque Rlain ya había atraído a tres agotaspren distintos, con forma de chorros de polvo, para cuando llegaron a la quinta planta. Indicó a Kaladin que se adelantara; se reunirían en la clínica.

Kaladin absorbió otra bocanada de luz tormentosa y redobló sus esfuerzos para correr a toda velocidad por el pasillo con Teft echado sobre los hombros. Pasó entre la gente que esperaba fuera de la clínica —otra rareza, pues a esas horas ya debería estar cerrada— y entró por la puerta.

La sala de espera estaba iluminada con esferas y atestada de gente inquieta. Cuando la madre de Kaladin lo vio, se apresuró a despejar un camino para que pasara.

—¡Lirin! —gritó—. ¡Otro más!

Kaladin fue al trote hasta la primera sala de examen, donde había una Radiante con el uniforme de Aladar tendida en la mesa. La reconoció. Era otra Custodia de la Piedra.

Lirin, que estaba examinándole las pupilas, alzó la mirada.

—¿Inconsciencia repentina? —preguntó.

—Al principio he pensado que podría ser apoplejía —dijo Kaladin, soltándose con cuidado a Teft y acomodándolo en el suelo. Con una comprobación rápida, Kaladin confirmó que su amigo aún respiraba y tenía el pulso estable, aunque vio espasmos en su cara. Como si soñara—. Hemos encontrado a algunos más. Órdenes distintas. Todos desmayados.

—Hay dos escuderos de esta en la sala de al lado —dijo Lirin, haciendo un gesto con el mentón hacia la Custodia de la Piedra tendida—. Sus amigos y parientes la han traído hasta aquí arriba a lo bestia. No sé qué va a hacer falta para convencer a la gente de que no mueva a los heridos. Por suerte, no parece que tenga lesiones en el cuello.

—Ataca solo a Radiantes —dijo Kaladin.

—¿Pero a ti no?

—A mí me está pasando algo —respondió Kaladin, sintiendo la fatiga a medida que se agotaba su luz tormentosa—. Mis poderes están inhibidos y...

Dejó la frase sin acabar al sentir que algo nuevo tiraba de él. Algo nuevo, pero conocido al mismo tiempo.

«¿Syl?», pensó, levantándose de un salto y salpicando sudor en torno a él.

—¡Syl! —gritó.

—Hijo, un cirujano debe estar calmado mientras...

—¡A la tormenta con tus lecciones por una vez, padre! —gritó Kaladin—.

¡Syl!

... *aquí*...

Kaladin sintió su voz. Intentó concentrarse en esa sensación y notó que algo tiraba de su alma. Era como si... como si alguien estuviera utilizando su mente como un brazo tendido para ayudarla a salir de un pozo.

Syl se materializó de golpe delante de él con la forma de una mujer pequeña, con un brillo muy tenue y los dientes apretados.

—¿Estás bien? —preguntó Kaladin.

—¡No lo sé! Estaba en la cantina y entonces... ¡Teft! ¿Qué pasa?

—No lo sabemos —respondió Kaladin—. ¿Ves a Phendorana?

—No. No está por ninguna parte. Noto la mente embotada. ¿Esto es lo que se siente al tener sueño? Creo que tengo sueño. —Crispó la cara—. No me gusta nada.

Llegó Rlain resollando, seguido de la madre de Kaladin, que se asomaba por detrás de su espalda con cara de preocupación.

—Kal —dijo Rlain—, me he cruzado con gente ahí fuera que gritaba advertencias. Hay Fusionados en la torre. Es otro asalto.

—¿Por qué no se nos ha avisado por vinculacaña? —preguntó Kaladin.

—No funcionan —dijo su madre—. Hemos intentado escribir a la brillante Navani cuando han llegado estos Radiantes. Activas la caña y no pasa nada. Se cae sin más.

Kaladin tuvo un escalofrío. Pasó al lado de Rlain y cruzó el pasillo hasta la

sala de estar del alojamiento de su familia. Tenía una ventana que daba al cielo vespertino. El sol ya se había puesto, aunque el cielo aún estaba teñido de la luz que remitía, así que Kaladin pudo ver a centenares de figuras voladoras que, dejando estelas de larga ropa e infusas de luz del vacío, descendían sobre la torre.

—Te equivocas, Rlain —dijo Kaladin—. Esto no es un asalto. Es una invasión.

Había varias mujeres reunidas alrededor de Rojo, que respiraba pero estaba inconsciente. Navani dejó que las demás se ocuparan del Tejedor de Luz. Volvió a leer las líneas que había escrito el misterioso spren.

El Hermano. El tercer spren Forjador de Vínculos. Que no había muerto en absoluto, y ni siquiera dormía. Pero ¿por qué había pasado más de un año sin decir nada? ¿Por qué había dejado creer a todo el mundo que había muerto?

Navani recogió la pluma, que había caído al papel. Girar la gema no tuvo ningún efecto. El fabrial estaba sin vida.

«El enemigo —había escrito el Hermano—. Está haciéndome algo...»

Navani corrió a su morral de vinculacañas, que solía vigilar alguna pupila de sus escribas. Tenía fundas de cuero para cada pluma, situadas en hilera de forma que el rubí fuese visible a través de una rendija en el cuero. Llevaba allí una docena de sus vinculacañas más importantes.

Ninguna estaba iluminada. De hecho, las dos que sacó no reaccionaron cuando Navani giró los rubíes. Estaban igual de muertas que la de la mesa. Miró a Rojo, tumbado en el suelo. Kalami estaba comprobando sus ojos. Era hija de un oficial y había aprendido medicina de campo. Ya había enviado a una chica a buscar a un Danzante del Filo.

Un ataque. ¿Sin vinculacañas para comunicarse? Tormentas, iba a ser un caos.

Navani se levantó. Si iba a ser un caos, alguien tendría que combatirlo.

—¡Soldados, os necesito aquí dentro! Las vinculacañas no funcionan. ¿Quién corre más rápido de vosotros?

Las escribas la miraron boquiabiertas mientras entraban sus tres soldados, los que habían estado vigilando al cautivo en la otra sala. Los hombres se miraron entre ellos y luego uno levantó la mano.

—Creo que yo soy el más rápido, brillante.

—Muy bien —dijo Navani. Corrió hasta la mesa y sacó un papel—. Necesito que bajes corriendo a la planta baja. Usa la escalera, no los

elevadores, y llega a la oficina de exploración que hay cerca del segundo sector. ¿Sabes dónde digo? ¿Desde donde organizamos el cartografiado de las Llanuras Quebradas? Bien. Que movilicen a todos los mensajeros que tengan.

»Quiero que envíen a alguien a cada guarnición de las siete que hay en la torre con una copia de este mensaje. Todos los mensajeros que queden y todas las esribas de la oficina deberán reunirse conmigo en el primer piso, en la sala de mapas. Es el lugar seguro más grande que se me ocurre ahora mismo.

—Hum, sí, brillante.

—¡Que se den prisa! —añadió Navani—. Tengo motivos para creer que estamos a punto de sufrir un ataque peligroso.

Escribió unas instrucciones en el papel, ordenando a las siete guarniciones que desplegaran sus tropas siguiendo uno de los planes predefinidos, y añadió su actual frase de verificación. Arrancó el papel y se lo entregó al soldado, que salió corriendo.

Entonces Navani volvió a escribir lo mismo y lo envió con su segundo hombre más rápido, al que pidió que tomara una ruta distinta. Cuando ese segundo se hubo marchado, ordenó al último soldado que buscara a los Corredores del Viento. Debían de quedar unos veinte en la torre, cuatro caballeros y sus escuderos.

—Pero brillante —dijo el guardia al coger la nota que le entregaba Navani—, te quedarás desprotegida.

—Me las apañaré —respondió ella—. ¡Vete!

El hombre titubeó, quizá tratando de decidir si Dalinar se enfadaría más con él por abandonar a Navani o por desobedecerla. Al final salió a la carrera.

«Tormentas —pensó ella, mirando a Rojo en el suelo—. ¿Y si pueden hacer a otros Radiantes lo mismo que han hecho a Rojo? ¿Cómo lo han elegido a él?» Sintió que se le removía el estómago, una premonición. ¿Y si lo que había ocurrido a ese hombre no iba orientado, sino que era un efecto secundario de lo que fuese que estaba pasando con las vinculacañas?

—Recoged nuestras cosas —dijo a las esribas—. Nos trasladamos a la sala de mapas.

—Pero Rojo... —empezó a objetar Kalami.

—Tendrá que quedarse. Deja una nota diciendo dónde hemos ido.

Fue a la sala más pequeña. El prisionero, Dabbid, había bajado de su silla y estaba hecho un ovillo en el suelo. Los grilletes de sus piernas rechinaron cuando se movió.

—El spren de la torre habló contigo —le dijo Navani—. Te pidió que me dejaras la gema de vinculacaña. ¿Cómo supiste lo que debías hacer?

El hombre solo miró al suelo.

—Escúchame —insistió Navani, manteniendo la distancia por si acaso, pero también intentando que su voz sonara calmada, tranquilizadora—. No estoy enfadada contigo. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste, pero está ocurriendo algo terrible y las vinculacañas no funcionan. Necesito saber cómo contactar con el spren.

El hombre la miró con los ojos muy abiertos. Tormentas, Navani no estaba segura de que fuese capaz de comprenderla. Saltaba a la vista que algo andaba mal en su interior.

El hombre se movió, sus cadenas tintinearon y Navani dio un respiro sin poder evitarlo. Pero Dabbid no avanzó hacia ella. Cambió de postura, se levantó y extendió el brazo para tocar la pared. Apoyó la mano contra la piedra, donde había líneas de estratos. Y... ¿también una veta de cristal?

Navani se acercó. Sí, entre los estratos corría una fina veta de granate. Ya había visto otras parecidas. En algunas salas eran casi invisibles, imitando por completo la ondulación de los estratos. En otras destacaban a simple vista, rectas y gruesas, subiendo desde el suelo hasta el techo.

—¿El spren de la torre te habló a través de estas vetas de granate? —preguntó Navani.

El prisionero asintió.

—Gracias —dijo Navani.

Él juntó las muñecas. «Puente Cuatro.»

Navani le tiró la llave de sus grilletes.

—Nos vamos a la sala de mapas de la primera planta. Debemos movernos deprisa. Ven siquieres.

Corrió de vuelta con los demás. En la sala de mapas había una veta de granate. Ya vería lo que podía hacer con ella cuando llegara.

Kaladin miró sus cuchillos de cirugía.

Syl no podía formar una hoja esquirlada. Algo andaba mal con los poderes de Kaladin, que ni siquiera estaba seguro de que la luz tormentosa aún pudiera sanarlo. De todas formas, no era eso lo que había hecho que se parara a mirar los cuchillos.

Seis pequeñas herramientas de acero, una junto a la otra. El bisturí de un cirujano era muy distinto a la daga de un soldado. El cuchillo de un cirujano

podía ser algo muy sutil, pensado para hacer el mínimo daño posible. Una delicada contradicción. Como el propio Kaladin.

Tocó uno de ellos y la mano no le tembló como había temido. El cuchillo, resplandeciente a la luz de esfera como si estuviese en llamas, estaba frío al tacto. Una parte de él había esperado encontrarlo ardiente, furioso, pero a aquella herramienta no le importaba cómo la utilizaran. Estaba diseñada para curar, pero podía matar con la misma efectividad. Como el propio Kaladin.

Fuera del quirófano, la gente chillaba entre miedospren que se retorcían. Los Fusionados estaban posándose en las terrazas de ese nivel y los gritos de la multitud aterrorizada resonaban por los salones de Urithiru. Kaladin había enviado a Rlain a esconderse en los alojamientos de la clínica, porque no sabía cómo podrían reaccionar los Fusionados si encontraban allí a un oyente vestido con uniforme alezi.

Kaladin vaciló. Debería ir también a esconderse. Esperar a ver qué pasaba. Era lo que quería su padre.

Pero en vez de eso, sus dedos se cerraron en torno al cuchillo y Kaladin se volvió hacia los gritos. Allí lo necesitaban. Vida antes que muerte. Era a lo que se dedicaba.

Sin embargo, mientras caminaba hacia la puerta, se descubrió lastrado por un peso terrible. Notaba los pies como encadenados, la ropa como hecha de plomo. Llegó al umbral jadeando entre sudores fríos.

Con lo bien que le había ido hasta entonces.

De pronto se notó cansadísimo. ¿Por qué no podía quedarse a descansar un poco?

No. Tenía que salir ahí fuera y luchar. Era Kaladin Bendito por la Tormenta. La gente dependía de él. Lo necesitaban. Se había tomado un breve permiso. Pero tenía que... tenía que...

«¿Y si alguno muere porque esperaba tu ayuda pero tú vuelves a bloquearte?» ¿Y si morían como Tien? ¿Y si Kaladin se quedaba paralizado como cuando había muerto Elhokar? ¿Y si...?

¿Y si...?

—¿Kaladin?

La voz de Syl lo despertó de golpe. Kaladin se vio sentado al lado de la puerta del quirófano, la espalda contra la pared, aferrando el cuchillo delante de él y temblando.

—¿Kaladin? —repitió Syl. Caminaba hacia él por el suelo—. He ido a avisar a la reina Navani como me has pedido. Pero por algún motivo, no he

podido alejarme mucho de ti. Sí que he encontrado a unos mensajeros, y decían que tenían órdenes de la reina, así que creo que ya está al tanto de la invasión.

Él asintió.

—Kaladin, están por todas partes —dijo Syl—. El mensajero estaba diciendo que ha llegado una gran fuerza subiendo desde las cavernas y ha tomado la sala de la columna corazón. El enemigo tiene las Puertas Juradas en marcha. Están trayendo tropas y... Kaladin, ¿qué te pasa?

—Sudores fríos —musitó él—. Distanciamiento emocional. Insensibilidad, acompañada de recuerdos hiperrealistas de momentos traumáticos. —Alguien gritó en la terraza y Kaladin saltó, empuñando el cuchillo—. Fuerte ansiedad...

Unas pisadas en el pasillo hicieron que Kaladin asiera el cuchillo con más fuerza en la mano sudorosa. Pero no apareció ningún Fusionado. Era solo su padre llevando una esfera roja como la sangre para iluminarse. Se detuvo al ver a Kaladin y entonces se movió con una calma exagerada, componiendo una sonrisa amistosa. Tormentas. Si su padre ponía aquella cara, era que la cosa estaba muy mal.

—Deja ese cuchillo, hijo —dijo Lirin con suavidad—. No pasa nada. No te necesitan.

—Estoy bien, padre —respondió Kaladin—. Es solo que... no estaba preparado del todo para volver a luchar tan pronto. Nada más.

—Deja el cuchillo y haremos planes.

—Tengo que resistir.

—¿Resistir qué? —dijo Lirin—. Entre Laral, tu madre y yo hemos llevado a nuestra gente a sus habitaciones. Los parshmenios invasores no han venido a matar. El único herido es ese necio de Jam, que ha encontrado una lanza en alguna parte.

—¿La reina se ha rendido? —preguntó Kaladin.

Lirin no respondió, pero sus ojos seguían fijos en el bisturí.

—No —dijo Syl—. O por lo menos, estaba enviando órdenes. Pero Kaladin, no podrán luchar mucho tiempo. Hay Fusionados entre las tropas enemigas, y regios, y... y casi todos los portadores de esquirlada están desplegados fuera de Urithiru. Todos los potenciadores de la torre han caído inconscientes.

Kaladin cogió a su padre por el brazo.

—Aún queda uno —dijo, y se puso de pie.

—¡Kal! —exclamó Lirin, y la ira asomó a través de su calmada máscara de cirujano—. No seas idiota. No tiene sentido que te hagas el héroe.

—No estoy haciéndome nada —replicó Kaladin—. Esto es lo que soy.

—¿Así que irás a luchar, estando así? —preguntó Lirin con brusquedad—. ¿En plena diaforesis, con temblores en las manos, apenas capaz de mantenerte en pie?

Kaladin apretó los dientes y empezó a recorrer el pasillo hacia la puerta principal de la clínica. Syl se posó en su hombro, pero no le pidió que se detuviera.

—Has dicho que Jam tenía una lanza —dijo Kaladin—. ¿Sabes lo que ha pasado con ella?

—Tormentas, hijo, *escúchame* —insistió Lirin, asiéndolo desde atrás—. ¡Aquí no hay ninguna batalla para ti! La torre ha caído. Si sales ahí fuera, desperdiciarás cualquier ventaja que tuvieras. Tormentas, no solo harás que te maten a ti: harás que nos maten a todos.

Kaladin se detuvo de sopetón.

—Así es —dijo su padre—. ¿Qué crees que harán a la familia del Radiante que los ha atacado? Puede que mates a unos cuantos antes de morir. El Padre Tormenta sabe que se te da bien romper cosas. Y entonces vendrán y me ahorcarán a mí. ¿Quieres que me pase eso? ¿O a tu madre? ¿O a tu hermano pequeño?

—A la tormenta contigo —susurró Kaladin.

Lirin no estaba preocupado por salvarse a sí mismo. No era un hombre egoísta. Pero sí que era cirujano y conocía los puntos vitales donde clavar un cuchillo.

Llegaron gritos desde el interior de Urithiru, voces de cantores, con ritmos. Habían aterrizado Fusionados en la quinta planta, pero había otros ascendiendo desde abajo.

Por el aliento de Kelek. Dalinar se había llevado las reservas para la batalla en Emul. Quedaban siete guarniciones en la torre, pero todas estaban escasas de personal, atendidas sobre todo por tropas fuera de su turno de servicio, disfrutando de un permiso. Cinco mil hombres, siendo optimistas. Todo el mundo había supuesto que la gran cantidad de Radiantes bastaría para impedir otro asalto a la torre.

Kaladin flaqueó contra la pared.

—Tenemos... que encontrar la forma de contactar con Dalinar y Jasnah. ¿Las vinculacañas no funcionan?

—Ninguna —dijo Lirin—. No funciona ningún fabrial.

—¿Cómo están usando las Puertas Juradas? —preguntó Kaladin, sentándose en el suelo del pasillo.

—Puede que sean los Rompedores del Cielo —respondió Syl—. Pero... no lo sé, Kaladin. Algo está fallando mucho en nuestro vínculo. Cuando he volado solo un piso más abajo, he empezado a notarme distante. Olvidadiza. Lo normal es que pueda alejarme kilómetros antes de que empiece a pasar.

—Podemos planificar —dijo Lirin—. Pensar en algún modo de informar al Espina Negra. Hay otras maneras de luchar, hijo.

—Tal vez —dijo Kaladin. Miró a su padre a los ojos—. Pero dirías cualquier cosa para impedirme que salga ahí fuera, ¿verdad?

Lirin le sostuvo la mirada sin responder.

«Es verdad que no estoy en condiciones de ir a la batalla —pensó Kaladin—. Y... y si controlan las Puertas Juradas...»

Lirin, con movimientos lentos y tranquilos, cogió el cuchillo de la mano de Kaladin. Él lo soltó. Su padre lo ayudó a levantarse y lo llevó a las habitaciones de atrás, donde una chica del pueblo estaba entreteniendo a Oorden con juguetes para que no hiciera ruido. La madre de Kaladin entró al poco tiempo, con pelos sueltos del moño y sangre en la falda. No era de ella. Kaladin supuso que sería de Jam.

Hesina fue a abrazar a Lirin mientras Kaladin se quedaba sentado mirando al suelo. Tal vez Urithiru siguiera luchando, pero él sabía que había perdido la batalla hacía mucho tiempo.

Como el propio Kaladin.



El instinto me dice que el poder de Odium no está controlándose bien. El recipiente quedará adaptado a la voluntad del poder. Y después de tanto tiempo, si Odium aún pretende destruir, eso es obra del poder.

Cuando Navani se aproximó a la sala de mapas, la zona ya era un hervidero de actividad. Los mensajeros habían cumplido sus tareas y Navani encontró puestos de control en los pasillos, con guardias y expectaspren ondeando por encima. Los soldados de cada puesto le abrieron el paso con visible alivio.

La sala de mapas estaba iluminada por una gran cantidad de esferas de diamante. Había unos pocos oficiales uniformados de azul Kholin junto a varios funcionarios. Roion, el alto príncipe más joven de todos y el único que quedaba en la torre, los había dispuesto en torno a las mesas. Habían desplegado planos de los niveles inferiores con pesos en las esquinas.

«Son sobre todo capitanes —pensó Navani, mirando los galones en los hombros del personal de mando—. Un señor de batallón.» Hombres que se habían quedado en la torre de permiso. Había mensajeros, hombres y mujeres, rondando por el perímetro de la sala.

—¿Sabemos algo del comandante Lyon? —preguntó Navani mientras entraba con paso firme—. Será mejor tener aquí al líder de la Guardia de la Torre.

—Se ha desmayado, brillante —respondió un hombre—. Un spren lo eligió

el mes pasado.

—Tormentas —dijo Navani, llegando a la mesa entre varios hombres que le hicieron hueco—. ¿Es verdad, entonces? ¿Afecta a todos los Radiantes de la torre?

—Que sepamos hasta ahora, sí, brillante —dijo otro hombre.

—Hay tropas enemigas en todos los pisos, brillante —informó otro más mayor, el señor de batallón—. Regios en forma tormenta, sobre todo. Llegan en tromba a través del sótano. Pero también tenemos Celestiales entrando por las terrazas a lo largo y ancho de los niveles inferiores.

—Condenación —murmuró ella. El enemigo había tomado las bibliotecas, entonces. Y la columna. ¿Sería allí donde residía el Hermano?

Miró de nuevo al señor de batallón. Era un hombre delgado y con poco pelo, que llevaba muy corto, su cuello grueso a pesar de la edad y su mirada poderosa e intensa. Tenía...

Navani volvió a mirarlo. ¿Ojos oscuros? Dalinar estaba cumpliendo su decisión de empezar a ascender a los soldados basándose en sus méritos, no en su color de ojos, pero seguía sin haber muchos oficiales ojos oscuros. Lo más raro del asunto era que algunos ojos oscuros parecían encontrar el cambio tan antinatural como algunos de los ojos claros más moralistas.

—¿Tu nombre, señor de batallón? —preguntó.

—Teofil —dijo él—. Novena División Kholin, infantería. Acabábamos de llegar desde el frente en el sur de Alezkar. He situado a mis hombres en la escalinata, aquí. —Señaló en el plano—. Pero... brillante, han atacado por sorpresa y no tenemos muchas tropas en la torre. La planta baja ya estaba casi dominada por el enemigo cuando hemos conseguido movilizarnos.

—No podemos combatir a Fusionados —dijo otro hombre, joven y nervioso, y le tembló la mano al señalar el plano de la quinta planta—. Nos están atrapando desde arriba y desde abajo. No hay manera de contenerlos. Sanan cuando los cortamos y pueden atacar desde arriba. Sin Radiantes, estamos condenados. No hay...

—Tranquilízate —lo interrumpió Navani—. El brillante señor Teofil ha hecho bien en... —Navani calló. Era ojos oscuros, no un brillante señor. ¿Cómo se dirigía una a un señor de batallón que no era ojos claros?—. Esto... el señor de batallón Teofil ha hecho bien. Tenemos que bloquear las escaleras. La capacidad de vuelo de los *shanay-im* no será relevante en espacios tan reducidos. Con unas buenas barricadas, ni siquiera importará que puedan sanar. Podemos intentar defender las cuatro primeras plantas.

—Brillante —dijo otro hombre—, podemos intentarlo, pero hay docenas de escaleras y no tenemos mucho material para levantar barricadas.

—Pues mejor que vayamos poco a poco —replicó ella—. Que todas nuestras tropas se replieguen a este nivel. Trataremos de defender la primera y la segunda planta.

—¿Y si descienden volando por el exterior y entran por las ventanas de este piso? —preguntó el joven nervioso.

—Nos haremos fuertes aquí dentro —dijo Navani—. Tormentas. Los moldeadores de almas...

—No funcionan, como ningún otro fabrial.

Condenación.

—¿Tenemos provisiones en las guarniciones? —preguntó, esperanzada.

—He enviado a hombres a recuperarlas —dijo Teofil, señalando en un plano del segundo piso—. Los almacenes están aquí y aquí.

—Con eso podremos resistir durante semanas —dijo Navani—. Tiempo de sobra para que mi marido regrese con nuestras fuerzas.

Los oficiales se miraron entre ellos. Las escribas de Navani, apiñadas cerca de la puerta, estaban muy calladas. Después de la prisa frenética con la que habían llegado allí, abriéndose paso entre muchedumbres confusas, era inquietante que hubiera tanto silencio. Navani casi sentía como si la torre entera estuviera apoyada en sus hombros.

—Brillante —dijo Teofil—, han avanzado directos hacia la meseta de fuera. Controlan las Puertas Juradas y están activándolas de algún modo, aunque los demás fabriales no funcionan. Esta torre va a llenarse de cantores muy pronto. Pero incluso sin tener eso en cuenta, no creo que las barricadas sean una táctica prudente.

»Sí, he bloqueado las escaleras para retrasarlos, pero tienen cantores en forma tormenta y me han informado de Fusionados que pueden atravesar la piedra. Destrozarán y quemarán lo que les pongamos por delante. Si ordenas que resistamos, resistiremos todo el tiempo que podamos, pero quiero asegurarme de que comprendes la situación del todo. Por si quieres plantearte un plan distinto.

Por los salones de las alturas. Navani apretó las manos contra la mesa, obligando a sus pensamientos a ponerse en orden. «No tengas la sensación de que debes decidirlo tú todo —se dijo—. No eres una general.»

—¿Consejos?

—Rendirse es de mal gusto —dijo Teofil—, pero podría ser nuestra mejor

opción. Mis soldados son valientes y respondo por cada uno de ellos, pero no pueden resistir mucho tiempo contra regios y Fusionados. ¿Se te ocurre alguna manera de recuperar a los Radiantes?

Navani miró los planos.

—Sospecho que lo que sea que ha hecho el enemigo a los Radiantes tiene que ver con una distribución concreta de granates en la columna de cristal. Si podemos reconquistar esa sala, quizá podría invertir todo esto. No garantizo nada, pero es lo mejor que se me ocurre y posiblemente nuestra mejor esperanza.

—Eso implicaría tomar una parte de la planta baja —dijo Teofil—. Tendríamos que avanzar escalera abajo hacia el sótano.

Los demás oficiales cercanos se removieron inquietos y murmuraron al oír la idea. Teofil miró a los ojos a Navani y asintió. El hombre no era partidario de resistir en una lucha desesperada contra un enemigo superior. Pero si Navani podía ofrecerle una posibilidad de éxito, aunque fuese una apuesta difícil, eso ya era otra cosa.

—Habrá sangre —dijo un soldado—. Tendremos que avanzar sobre una posición de enemigos potenciadores.

—Y si fracasamos, habremos renunciado a casi todo nuestro terreno —dijo otro hombre—. Esto viene a ser una maniobra de todo o nada. O bien conquistamos el sótano, o bien... se acabó.

Navani volvió a mirar los planos, decidida a pensarlo todo bien, aunque cada minuto que dedicara a debatirse dificultaría muchísimo la tarea.

«Teofil tiene razón —decidió—. Esta torre es demasiado porosa para defenderla mucho tiempo de un enemigo con poderes.» Intentar defender aquellas salas centrales no funcionaría. El enemigo podría electrocutar a grupos numerosos de hombres, destrozar sus formaciones, aterrorizar a sus tropas.

Tenía que atacar antes de que todo el mundo en la torre empezara a sentirse como aquel capitán asustado. Antes de que el impulso del enemigo se volviera demasiado grande para superarlo.

Solo tenían una esperanza. Actuar ya.

—Hacedlo —ordenó—. Dedicad todos nuestros efectivos a reconquistar esa columna del sótano.

La sala quedó de nuevo en silencio. Entonces Teofil ladró:

—¡Ya habéis oído a la reina! ¡Shuanor, Gavri, recoged a vuestros hombres de los pisos de arriba! Replegaos, dejando solo una fuerza de hostigamiento

para cubrir la retirada. Radathavian, quedas al mando de eso. Retiraos despacio y haced sangrar a esos Celestiales cuando avancen contra vosotros. Los Fusionados podrán sanar, pero les duele de todas formas.

»Los demás, situad a vuestros hombres al pie de la gran escalinata. ¡Nos congregaremos ahí y avanzaremos! Abriremos hueco en la escalera al sótano, avanzaremos luchando y abriremos camino a la reina. ¡Por la sangre de nuestros ancestros!

Se pusieron todos en movimiento, los oficiales de menor graduación llamando a mensajeros para que transmitieran sus órdenes. A Navani no se le escapó que habían tardado en obedecer. Solo se habían puesto en acción después de oír las órdenes de Teofil. Aquellos soldados se desvivirían por cumplir la voluntad de Navani en lo referente a peticiones en tiempo de paz, pero durante un combate...

Navani lanzó una mirada a Teofil, que se inclinó junto a ella y le habló en voz baja.

—Discúlpalos, brillante —dijo—. Lo más seguro es que no les haga mucha gracia obedecer órdenes de una mujer. Las artes masculinas y todo eso.

—¿Y a ti? —preguntó ella.

—Yo supongo que el Espina Negra ha estudiado todos los textos militares conocidos por la humanidad —dijo él—. Y que podríamos tener generales mucho peores que la mujer que soy por sentado que se los leyó. Sobre todo si está dispuesta a escuchar algún consejo razonable. Es más de lo que puedo decir de algunos altos señores a los que he seguido.

—Gracias —respondió ella.

—Lo que más necesitábamos era que alguien tomara la decisión —afirmó él—. Antes de que llegaras, se oponían todos a hacer lo que yo proponía. Tormentosos necios. Casi todos los que valen su luz tormentosa están en alguno de los frentes, brillante. —Miró a los demás, que estaban enviando mensajeros con órdenes. Bajó la voz incluso más para dirigirse a Navani—. Tenemos algunas tropas decentes mezcladas entre las de aquí, pero la mayoría de estas son hombres de Roion. Que yo sepa, había un solo portador de esquirlada no Radiante en la torre. Tshadr, un thayleño. Sus habitaciones estaban en la tercera planta. He enviado una mensajera, pero ya había vuelto justo antes de que llegaras tú. Esos Celestiales han ido directos a por él, brillante. Debían de saber exactamente dónde se alojaba. Ahora el enemigo tiene su armadura esquirlada. Que el Todopoderoso acepte su alma en el eterno campo de batalla.

Navani soltó aire. Taravangian debía de haber revelado al enemigo dónde encontraría al portador de esquirlada.

—Quizá haya otra esquirla que podamos utilizar —dijo Teofil, señalando un punto en el plano de la segunda planta—. Una hoja esquirlada negra. Habla a la gente cuando se acerca y...

—El asesino de esa celda es un tejido de luz —susurró Navani—. Al verdadero lo hemos enviado en secreto con mi marido, y lleva consigo la espada.

—Condenación —murmuró Teofil.

—¿Qué posibilidades tenemos, señor de batallón? —preguntó ella—. Nuestras posibilidades reales, a tu juicio.

—Brillante —dijo él—, he intentado desplegar tropas normales contra regios. No sale bien, y aquí será peor. Normalmente estos espacios cerrados nos beneficiarían luchando a la defensiva. Pero en los pasillos estamos limitados a pequeños enfrentamientos de pelotones. Y si sus pelotones pueden arrojar relámpagos...

—Yo había llegado a la misma conclusión —convino ella—. ¿Crees que la orden que he dado es estúpida?

Él negó despacio con la cabeza.

—Brillante, si existe la menor probabilidad de dar la vuelta a la situación ahora mismo, creo que debemos intentarlo. Si perdemos la torre... bueno, sería un desastre para la guerra. Si hay una mínima posibilidad de que despiertes a los Radiantes, estoy dispuesto a arriesgar todo lo que tenemos en el intento.

—Ataquemos, pues —dijo ella—. Pero si esto no sale bien... necesito saber cómo está tratando el enemigo a los habitantes de los pisos superiores mientras replegamos las tropas. ¿Podrías enviar un explorador para averiguarlo?

El señor de pelotón asintió, y Navani leyó una comprensión en sus rasgos. Los Fusionados tendían más a ocupar que a destruir. La verdad era que trataban las ciudades que conquistaban mejor que podrían haberlo hecho sus compatriotas alezi durante una rencilla entre altos príncipes. Por muy poco que le gustara, era cierto que les quedaba la opción de rendirse. Siempre y cuando estuviera segura de que el enemigo no pretendía convertir aquella invasión en una carnicería.

Habían intentado algo parecido en otra ocasión, pero había sido solo una pequeña incursión, con la que habían pretendido retrasar los refuerzos alezi y

robar la hoja de Honor. El presente ataque le daba una impresión mucho peor. El enemigo parecía saber de la existencia del Hermano y conocía la forma de perturbar las defensas de la torre.

—Voy a intentar una cosa con los fabriales de la torre —dijo Navani—. Podría ayudarnos. Toma el mando y ocúpate de poner en práctica nuestro plan. Consulta conmigo cualquier cosa significativa antes de tomar una decisión, por favor. Suponiendo que sigas dispuesto a aceptar órdenes de una mujer.

—Brillante —dijo él—, antes de que me ascendieran pasé años aceptando órdenes de cualquier joven teniente lampiño que quería labrarse un nombre en las Llanuras Quebradas. Créeme si te digo que considero esto un honor.

Le hizo el saludo militar, dio media vuelta y se puso a ladear más órdenes. Mientras lo hacía, Navani reparó en que el hombre del Puente Cuatro llamado Dabbid estaba entrando en la sala con disimulo. La gente no le dedicó más que una mirada rápida. Su forma de andar, con los ojos hacia abajo y encogiéndose cuando alguien pasaba cerca, le recordó a un sirviente o... bueno, a la forma en que se comportaban antes los parshmenios. Invisible hasta cierto punto.

Era bueno saber que Dabbid había llegado por si lo que iba a intentar Navani no funcionaba. Fue hasta la veta de cristal en la pared. En aquella sala era más evidente, una línea de granate rojo que partía en dos la superficie, interrumpiendo el flujo natural de los estratos. Navani apoyó la mano en ella.

—Sé que me oyes, Hermano —dijo Navani en voz baja—. Dabbid me ha contado que puedes hacerlo, pero ya lo sabía de todas formas. Sabías dónde esconder esos rubíes, y sabías que había perdido uno de ellos. Llevas todo este tiempo escuchándonos, ¿verdad? ¿Espiando? ¿Cómo si no podías saber que estoy yo al mando de los eruditos de fabriales en la torre?

Cuando terminó de hablar vio algo, un pequeño destello de luz, como un estrellaspren, que ascendía por la línea de cristal. Se obligó a dejar los dedos donde estaban mientras la luz tocaba su piel.

Puedo oírtte, dijo una voz en su mente, queda, como un susurro. Navani no habría sabido afirmar si era de hombre o de mujer. Su tono parecía a medio camino entre ambas. *Aunque no veo todo lo que estás suponiendo. En todo caso, Dabbid no debería haber hablado de esto.*

—Alégrate de que lo haya hecho —susurró Navani—. Quiero ayudar.

Eres una esclavista, dijo el Hermano.

—¿Soy mejor que un Fusionado?

El Hermano no respondió al principio.

No lo tengo claro, dijo. He estado evitando a los tuyos. Se suponía que debíais creer que había muerto. Todo el mundo debía creer que yo había muerto.

—Yo agradezco que no lo estés. Dijiste que eres el alma de la torre. ¿Puedes recuperar sus funciones?

No, respondió la voz. De verdad dormía. Hasta que... hubo un Forjador de Vínculos. Sentí a un Forjador de Vínculos. Pero la torre no está activa y no tengo la suficiente luz para ponerla en marcha.

—Si eso es cierto, ¿cómo pueden haber hecho lo que han hecho a los Radiantes?

Eh... Me han corrompido. A una pequeña parte de mí. Han usado su luz para activar unas defensas que yo no podía.

—¿Lo que han hecho está relacionado con esa disposición de granates en tu columna de cristal?

Sabes demasiado, dijo el Hermano. Eso me incomoda. Sabes y haces cosas que no eran posibles antes.

—Sí que eran posibles, solo que no se conocían —repuso Navani—. Tal es la naturaleza de la ciencia.

Lo que haces es peligroso y malvado, afirmó el Hermano. Aquellos antiguos Radiantes renunciaron a sus juramentos porque les preocupaba tener demasiado poder... y tú has ido mucho más allá que ellos.

—Estoy dispuesta a escucharte —dijo Navani—. Estoy dispuesta a cambiar. Pero si los Fusionados conquistan la torre, si la corrompen...

La... Dama de los Suplicios está aquí, dijo el Hermano, con voz más débil. ¿Más asustada? Sonaba a voz infantil, decidió Navani.

—No sé quién es —respondió.

Es mala. Terrible. Pocos Fusionados me... asustan tanto como ella. Está intentando cambiarme. Hasta ahora, ha cambiado solo la parte de mí que reprime la potenciación, invirtiéndola para que afecte a los Radiantes en vez de a los Fusionados. Pero pretende ir más allá. Mucho más allá.

—¿Hay alguna forma de rescatar a nuestros Radiantes aparte de recuperar la columna?

No, respondió el Hermano. Si llegáis a la columna, podríamos invertir los efectos. Pero aparte de eso... no. Aquellos que estén muy Investidos podrían no verse afectados con tanta intensidad. Los Deshechos, por ejemplo, a veces lograban imponerse a mi supresión. Los Radiantes de juramentos altos

podrían acceder todavía a sus poderes. Y la Potencia más Verdadera de Honor, la Potencia de las Uniones y los Juramentos, aún podría funcionar.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Navani—. Estamos organizando un asalto para intentar recuperar la columna corazón. ¿Podría intentar alguna otra cosa? Antes me decías que tenía que infundir algo, pero nos han interrumpido antes de que pudieras terminar.

La Dama de los Suplicios regresa, dijo el Hermano. Creo... creo que va a cambiarme. Mi mente podría alterarse. Podría dejar de importarme.

—¿Te importa ahora? —preguntó Navani, acuciante.

Sí. La voz llegó muy tenue.

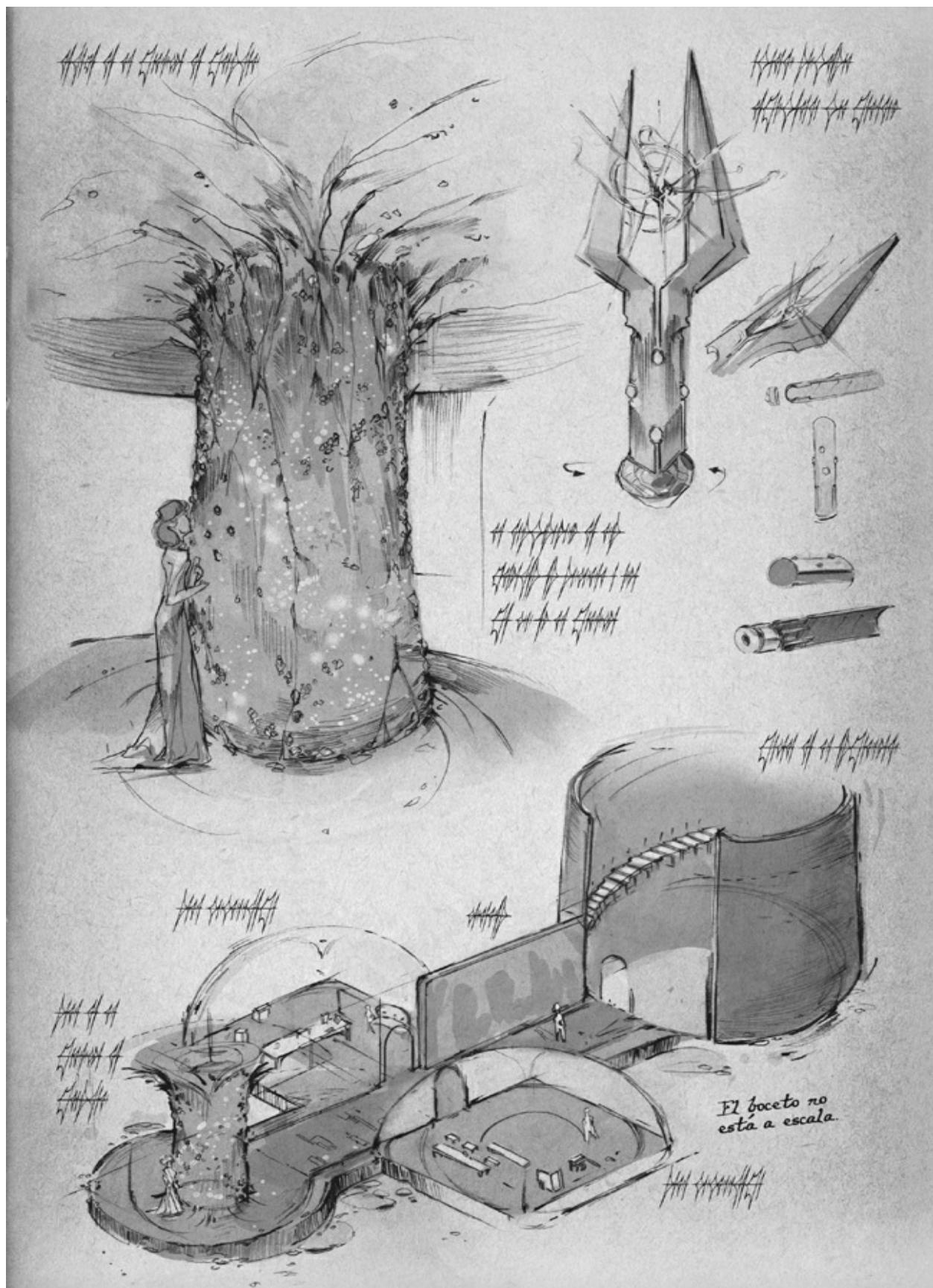
—Dime qué debo hacer.

Hace mucho tiempo, antes de que desterrara a los hombres de estos salones, mi último Forjador de Vínculos me hizo una cosa. Era un método para protegerme de los peligros que yo percibía en los hombres. Él pensó que me ayudaría a confiar de nuevo. No lo hizo. Pero podría impedir que los Fusionados me corrompan más.

—Por favor —dijo Navani—. Déjame ayudar. Por favor. *No eres de fiar.*

—Déjame demostrarte que sí.

Eh... Necesitarás luz tormentosa, Navani Kholin. Muchísima luz tormentosa.



El boceto no
está a escala.

EL MAYOR PELIGRO



*Por supuesto, reconozco que esto no es más que una nimiedad.
Una cuestión semántica, más que otra cosa.*

Venli no estaba obligada a luchar a menos que la atacaran. Una parte de ella quería subir y buscar a Leshwi, que habría llegado ya con los demás Celestiales. Pero no, sería una estupidez. Incluso sabiendo que estar cerca de Leshwi la ayudaría a encontrar sentido a todo aquello. Leshwi parecía ver con mucha más claridad que otros Fusionados.

En todo caso, mientras sus tropas marchaban escalera arriba para asaltar las primeras plantas de la torre, Venli se quedó con Rabeniel en el sótano. La Dama de los Deseos no parecía demasiado nerviosa por la invasión. Estaba paseando por el largo pasillo, contemplando sus murales. Venli se mantuvo a su lado, cumpliendo sus órdenes, y comprendió el motivo por el que la habían llevado hasta allí. Rabeniel quería tener a una sirviente a mano.

—¿No te resulta una forma particularmente humana de decoración, Última Oyente? —le preguntó Rabeniel, hablando a Ansia con las manos por delante, tocando con las yemas de los dedos el enorme mural, que en esa zona representaba a Cultivación con forma de árbol.

—Yo... no conozco a los humanos lo suficiente para saberlo, antigua. Resonaron ruidos desde la escalera, en el lado opuesto de aquel pasillo

respecto a la sala de la columna. Chillidos. Gritos horrorizados. Armas entrechocando. A aquellas alturas, los *shanay-im* ya habrían llegado por el aire, desplegando a algunos de los Fusionados más terribles y capaces en la quinta planta.

—A mí me resulta evidente —dijo Rabeniel—. Los humanos nunca utilizan lo que tienen alrededor en toda su extensión. Siempre imponen su voluntad con demasiada fuerza. Aunque los caparazones de las bestias y los colores de la piedra les ofrecerían una impresionante variedad para crear murales complejos, los humanos decidieron prescindir de los materiales naturales. En vez de eso, pintaron cada cuadrado y los fijaron todos a esta pared.

»Un antiguo cantor, para crear una obra de arte similar, habría dividido los trozos de caparazón en un espectro de colores. Se habría preguntado qué clase de mural sugerirían de forma natural las piezas obtenidas. Su mural no habría requerido pintura, y habría durado milenios más que este de aquí. Mira cómo destiñen los colores en esta zona.

Una silueta descomunal oscureció el otro extremo del pasillo, cerca de la escalera. El Perseguidor parecía una cicatriz oscura de rojo y negro sobre la piedra de colores claros. Cuando avanzó hacia ellas, Venli se sorprendió temblando. Sin duda, aquel Fusionado era el mayor peligro de todo el ejército.

—¿Tengo tu venia para encontrar a ese Corredor del Viento y matarlo? —preguntó el Perseguidor a Rabeniel.

—Solo a él —dijo Rabeniel—. Si es que está aquí. Es bastante probable que alguien de su destreza se marchara con los demás a Azir.

—Si no está aquí, volverá para intentar liberar la torre —respondió el Perseguidor—. Está en su naturaleza. —Se volvió y miró hacia arriba a través de la piedra—. Los Radiantes que estamos capturando son peligrosos. Tienen mayor habilidad de la que habíamos anticipado, teniendo en cuenta lo reciente de sus vínculos. Deberíamos decapitarlos, a todos y cada uno de ellos.

—No —dijo Rabeniel—. Los necesitaré. Tus órdenes son las mismas que tienen los demás: matar solo a quienes resistan. Reunid a los Radiantes caídos para mí. A mi orden, deberás mostrar... templanza.

El Perseguidor canturreó, en voz alta y energética, a Ansia.

—¿Tú, que una vez fuiste desterrada por tu temeridad al poner en peligro a los nuestros intentando exterminar a la humanidad? ¿Tú, Dama de los

Deseos, pides templanza?

Rabeniel sonrió y canturreó con suavidad a otro ritmo que Venli no había oído jamás. Algo nuevo por completo. Oscuro, peligroso, depredador y hermoso. Implicaba destrucción, pero una destrucción queda y mortífera.

Odium había concedido a aquella mujer *sus propios ritmos*.

«No —pensó Venli—, el Perseguidor no es el mayor peligro entre ellos.»

—No me preocupa una sola batalla —dijo Rabeniel—. Nosotros pondremos fin a esta guerra, Perseguidor. Para siempre. Llevamos mucho, demasiado tiempo atrapados en un ciclo interminable. Pretendo romperlo y, cuando haya acabado en esta torre, ya no habrá vuelta atrás, nunca. Tú me ayudarás a hacerlo, y empezarás por reunir a los Radiantes caídos y entregármelos a mí.

—¿Podré matar a ese, cuando lo encuentre? —repitió él—. ¿Levantas la prohibición que me impusieron los Nueve?

—Sí —dijo Rabeniel—. Puedes reclamar tu premio y mantener tu costumbre, Perseguidor. Yo me hago responsable de esta orden.

Él canturreó a Destrucción y se marchó con paso brusco.

—¡Si Bendito por la Tormenta está en la torre, lo encontraréis indefenso, Perseguidor! —exclamó Venli a su espalda—. ¿Asesinaríais a un enemigo que no puede plantaros cara?

—La tradición es más importante que el honor, necia —replicó el Perseguidor a Mofa—. Debo matar a aquellos que me han matado. Siempre he matado a quienes me matan.

Se transformó en una cinta de luz roja, dejando atrás un cascarón sin vida, y salió disparado por la escalera para poder volar hacia los niveles superiores.

Timbre latió insegura en el pecho de Venli. Sí, tenía razón. Había una cierta locura en el Perseguidor. No era tan evidente como en otros Fusionados, los que sonreían, se negaban a hablar y cuyos ojos parecían mirar sin ver. Pero de todos modos estaba presente. Quizá aquel Perseguidor hubiera vivido tanto tiempo que sus tradiciones se hubieran apoderado de su raciocinio. Era como un spren, existiendo más que viviendo.

Timbre palpitó en respuesta. Ella no creía estar existiendo sin vivir, y Venli se vio obligada a disculparse. Aun así, le preocupaba que todos los Fusionados estuviesen como él. Quizá no locos, quizás la palabra no solo fuese inadecuada, sino también irrespetuosa con quienes sí estaban locos. Pero los Fusionados sí se parecían a la gente que había vivido tanto tiempo pensando de una única manera que pasaban a aceptar sus opiniones como el

estado natural de las cosas.

Venli había sido así en otro tiempo.

—Qué revelador —dijo Rabeniel a Razonamiento, contemplando de nuevo los murales—. Los humanos toman como suyo todo lo que ven. Y sin embargo no comprenden que, al aferrarse con tanto ahínco, provocan que ese mismo objeto de su deseo se desmorone. Ciertamente son hijos de Honor.

Rabeniel dejó el mural y siguió paseando pasillo abajo, hacia una intersección con puertas a ambos lados. Las puertas daban a unas cámaras con mesas, estanterías y papeles apilados. Venli siguió a Rabeniel al interior de una de ellas y, al ver un movimiento en los dedos de la Fusionada que interpretaron sus poderes de traducción, se apresuró a dirigirse a un aparador que había a un lado para servirle una copa de vino.

Pasó junto a eruditos y monjes amontonados, sentados en el suelo contra la pared bajo los ojos vigilantes de unos pocos regios en forma tormenta. Los pobres humanos estaban rodeados de miedospren, aunque Venli tuvo que recordarse a sí misma que ningún humano era de fiar por completo. No tenían formas. Un humano podía vestir la túnica de su sacerdocio, pero haber entrenado en secreto como guerrero. Eso formaba parte de lo que hacía a los humanos tan engañosos. No tenían ritmos a los que canturrear, solo expresiones faciales muy sencillas de falsificar. No tenían formas que indicaran su cometido, solo ropa que podía cambiarse con la facilidad que requiriese una mentira.

Timbre latió.

«Pues claro que yo soy distinta», pensó Venli. Aunque fuese cierto que mentía al canturrear ritmos erróneos a veces. Y aunque llevara una forma que no expresaba a la spren a quien de verdad seguía.

Timbre latió, satisfecha.

«No pongas esto más difícil de lo que ya es —pensó Venli, apresurándose a volver con Rabeniel—. No estoy aquí para ayudar a los humanos. Apenas soy capaz de ayudar a los míos.»

Llevó el vino a Rabeniel mientras la alta Fusionada inspeccionaba un artilugio hecho de metal y gemas. Un fabrial humano que le había entregado uno de los Profundos.

—¿Qué debemos pensar de esto? —preguntó el Profundo a Ansia—. Jamás había visto nada parecido. ¿Cómo es posible que los humanos hayan descubierto cosas que nos son desconocidas?

—Siempre han sido listos —dijo Rabeniel a Mofa—. Lo que ocurre es que

esta vez los hemos dejado a sus anchas demasiado tiempo. Ve a interrogar a los eruditos. Quiero averiguar quién dirige sus estudios aquí.

El Fusionado miró hacia arriba.

—La conquista se llevará a cabo sin problemas —dijo Rabeniel a Arrogancia—. A estas alturas, los *shanay-im* ya habrán utilizado a Vyre para activar la Puerta Jurada y traer nuestras tropas. Mantengámonos concentrados mientras ellos trabajan.

—Sí, Dama de los Deseos —respondió el Profundo, y se marchó deslizándose.

Rabeniel cogió la copa de manos de Venli, distraída. Dio la vuelta al fabrial en su otra mano y canturreó con suavidad a... ¿a Sumisión?

«Está impresionada —comprendió Venli—. Y está manteniendo con vida a la mayoría de los eruditos, además de a los Radiantes. Quiere algo de esta torre.»

—No os importa la conquista —aventuró Venli, hablando a Ansia—. No estáis aquí para ganar la guerra ni para dominar a los humanos. Estáis aquí por estas cosas, por los fabriales que están creando los humanos.

Rabeniel canturreó a Mando.

—Sí, desde luego Leshwi escoge a los mejores, ¿verdad? —Sostuvo en alto el fabrial para que le diera la luz—. ¿Sabes lo que obtienen los humanos al ser tan enérgicos? ¿Al estirar el brazo y asir antes de estar preparados? Sí, sus obras se desmoronan. Sí, sus naciones se colapsan desde dentro. Sí, terminan riñendo, y luchando, y matándose entre ellos.

»Pero en el momento, son el velocista que supera al corredor constante. En el momento, crean maravillas. No se les puede reprochar su audacia. Su imaginación. Sin duda habrás reparado en que los Fusionados tenemos un problema. Pensamos siguiendo los mismos viejos y acostumbrados surcos. No creamos, porque asumimos que ya hemos creado cuanto necesitamos. Somos inmortales, por lo que suponemos que nada podrá sorprendernos jamás, y eso nos vuelve autocomplacientes.

Venli canturreó a Vergüenza al darse cuenta de que había estado pensando eso mismo.

—Por eso esta guerra es eterna —prosiguió Rabeniel—. Ellos no pueden retener ni explotar aquello que crean, pero nosotros no somos lo bastante flexibles para que se nos ocurra nada nuevo. Si en verdad anhelamos un final, requerirá una colaboración.

—No creo que los alezi quieran asociarse con vosotros —repuso Venli—,

como han hecho los iriali.

—Se los puede guiar —dijo Rabeniel. Miró a Venli y sonrió de nuevo, canturreando a su nuevo ritmo. A su ritmo individual y peligroso—. Si una cosa puedo garantizarte sobre la humanidad, Última Oyente, es esta: proporcionales una espada y *siempre* encontrarán la manera de empalarse con ella.

El hedor a carne quemada asaltó a Navani cuando llegó a la planta baja de Uirthiru. Confió en que la mayoría de los civiles hubiera podido huir a los pisos superiores, pues lo que vio en esos momentos no parecía tener nada que envidiar a la mismísima Condenación. El enorme vestíbulo que se extendía ante la gran escalinata estaba desierto salvo por unos pocos cadáveres. Calcinados. Humanos.

El olor denso y acre le dio arcadas.

Vio fogonazos de luz roja en los pasillos cercanos y oyó truenos que resonaban en la piedra. Estruendosos, nítidos y antinaturales. No se deberían oír truenos en aquellos pasillos, enterrados bajo un millón de toneladas de piedra y a diez minutos caminando del perímetro.

Entre las ráfagas de truenos, Navani estaba segura de oír gemidos y gritos lejanos. Su reino se había convertido en una zona de guerra. Los pocos informes que recibía de los exploradores hablaban de pelotones fragmentados de tropas resistiendo a la desesperada ante pesadillas que se movían en grupos pequeños, rápidos y ambulantes. Suponían que los cantores estaban asegurando puntos de valor estratégico, pero la información de que disponían era demasiado inconexa para hacerse una idea completa de los planes del enemigo.

Tormentas, se habían vuelto muy dependientes de las vinculacañas. A Navani le resultaba de lo más primitivo carecer de datos sobre los movimientos del enemigo. Cruzó el vestíbulo, indicando a su grupo de eruditos, fervorosos e ingenieros que la siguieran deprisa. Se resistieron, quedándose amontonados en los amplios peldaños. Navani miró atrás y vio a muchos de ellos mirando con horror en los ojos los cadáveres quemados del suelo.

Claro. Pocos de los ayudantes que tenía en esos momentos habían presenciado en su vida un campo de batalla real. Habían trabajado en los campamentos de guerra, habían diseñado puentes y plataformas voladoras, pero no eran de los que veían cadáveres en ningún otro sitio que no fuese un

pulcro funeral.

Navani recordó cuando ella misma había sido así. Antes de Gavilar. Él siempre había prometido que una Alezkar unificada sería una maravillosa bendición para todos sus habitantes. Cuando él estaba cerca, había sido más fácil racionalizar el precio en sangre.

Pero se sintieran como se sintieran, tenían que seguir avanzando. Habían dado una hora al señor de batallón Teofil para reunir su fuerza de asalto y enviar unas incursiones iniciales para despejar el punto de despliegue. Durante ese tiempo, Navani había reunido toda la luz tormentosa que había podido. Sus asistentes cargaban con las esferas y las gemas en grandes sacos.

La espera había permitido a Navani enviar a buscar a dos mujeres concretas. Estaban casi en el centro del grupo de ayudantes, dos eruditas thayleñas de la corte de la reina Fen que estaban de visita en la torre para acudir a las charlas de Navani. Habían ido a su puesto de mando por voluntad propia, seguramente creyendo que Navani las había hecho buscar porque quería protegerlas durante la invasión. Sus miradas llenas de pánico mostraban que ya empezaban a cuestionar esa suposición.

Había un soldado protegiendo el acceso a un pasillo concreto. Navani apretó el paso en esa dirección, dejando atrás a sus ayudantes por el momento. Entró en un gran salón abierto que en el pasado habían utilizado como lugar de reunión. Unos quinientos soldados atestaban el espacio hasta las esquinas y también un par de corredores laterales. No estaban del todo fuera de vista, pero sí lo bastante ocultos para sus propósitos. Aparte de los numerosos ballesteros que había entre ellos, lo más interesante que vio Navani fueron dos enormes columnas de metal sobre ruedas.

Teofil la vio y fue hacia ella.

—Brillante —dijo—. Me quedaría más tranquilo si esperaras más cerca de la escalera.

—Tomo nota de la objeción —respondió Navani—. ¿Cómo lo ves?

—He reunido a nuestros mejores veteranos —informó él—. Habrá mucha sangre, pero creo que tenemos una oportunidad. El enemigo ha confiado la defensa de la planta baja a los regios. No dejo de recordar a los hombres que, por mucho que los poderes enemigos puedan asustarlos, quienes los usan solo han entrenado con ellos durante un año.

La ventaja humana hasta el momento había consistido en la experiencia. Los parshmenios recién despertados de sus vidas de esclavitud no eran rivales para unas tropas curtidas en batalla. Esa ventaja iba desgastándose poco a

poco a medida que las tropas enemigas obtenían cada vez más experiencia práctica en combate.

Una mensajera exhausta llegó corriendo al salón por el pasillo que Navani tenía enfrente, el que llevaba a la escalera hacia el sótano. La mensajera asintió con la cabeza mirando a Teofil antes de apartarse a un lado, apoyar las manos en las rodillas y quedarse resollando.

Teofil hizo una señal a Navani para que se retirara y ella se desplazó a la boca del pasillo. No retrocedió más que eso, de modo que un estoico Teofil anduvo hasta ella, le dio unos pegotes de cera y se señaló las orejas. Luego desenvainó su espada y se situó en posición con un grupo de soldados.

Una retirada controlada ya era bastante difícil, pero lo que estaban intentando allí, una huida falsa que acabaría en emboscada, era incluso más complicado. Había que convencer al enemigo de que estaban escapando en desbandada, y eso implicaba darle la espalda. Al poco tiempo empezaron a llegar al salón soldados humanos corriendo, presas de un pánico que a Navani le pareció real. Probablemente lo fuera. La línea que separaba una finta de un verdadero derrumbe era fina como el papel.

El goteo de soldados se hizo inundación. Hombres que huían, perseguidos por estallidos de luz y trueno que hicieron a Navani apresurarse a llenarse las orejas de cera. Se permitió un momento de duelo por los más lentos de los soldados que huían, que pagaron aquella treta con sus vidas al morir en un cegador fogonazo de relámpago.

Los regios que los perseguían llegaron al salón a la carga. Eran unos cantores de aspecto peligroso, con caparazón puntiagudo y brillantes ojos rojos. Teofil esperó a dar la orden de disparar más de lo que lo habría hecho Navani, porque quería tener a tantos regios en el salón como pudiera. La pausa fue tan larga que los primeros enemigos tuvieron tiempo de detener su carrera y alzar los brazos, que crepitaban de energía eléctrica.

Navani se cubrió mientras los regios liberaban descargas de luz hacia los soldados que esperaban. Esos rayos, sin embargo, dieron en las columnas de metal que con tanto cuidado habían dispuesto, y que atraían el relámpago como lo harían unos árboles altos en campo abierto.

Teofil dio la orden levantando una tela de color rojo, aunque Navani apenas la distinguió porque estaba parpadeando para recuperar la visión. Las ballestas dispararon sus saetas en una andanada mortífera tras otra, derribando a los regios, que no tenían el mismo poder para sanarse que los Fusionados.

—¡Levantad esos postes de relámpago! —gritó Teofil, con una voz que sonó amortiguada a oídos de Navani—. ¡Moveos! No piséis la sangre del suelo. ¡Avanzamos hacia el sótano!

Y así de deprisa, la «huida» se invirtió y las tropas humanas se amontonaron pasillo abajo para perseguir a los regios que seguían con vida. Teofil la dejó con un saludo marcial. Se marchó a emprender una tarea casi imposible: avanzar por una larga escalera hasta el sótano, acosado por regios y Fusionados. Si Navani no lograba unirse a él cuando llegara a la columna, tenía orden de destruir la composición de granates que suprimía los poderes Radiantes. El Hermano le había indicado que con ello lograrían recuperar sus mejores tropas.

Mientras tanto, la misión de Navani era activar la protección del Hermano. Regresó corriendo para recoger a sus escribas, confiando en que no pondrían demasiados reparos a pasar por encima de los cadáveres.

Kaladin se metió en una habitación con los brazos cargados de mantas. No reconoció a la joven familia que había dentro, compuesta por padre, madre y dos niños pequeños, así que debían de ser refugiados que habían huido a Piedralar.

La joven familia se había esforzado mucho en hacer suya aquella habitación pequeña y sin ventanas. Las dos paredes estaban cubiertas de cuadros de arena herdazianos, y en el suelo había pintado un enorme e intrincado glifo.

A Kaladin no le gustó que se encogieran al verlo entrar, ni que los niños gimotearan. «Si no quieres que la gente recule al verte —pensó—, actúa menos como un rufián y más como un cirujano.» Nunca había poseído la amable elegancia de su padre, aquella forma modesta de moverse que no era débil, pero tampoco solía resultar amenazadora.

—Lo siento —dijo Kaladin, y cerró la puerta después de entrar—. Sé que esperabais a mi padre. ¿Queríais mantas?

—Sí —respondió la mujer, levantándose para cogerlas—. Gracias. Es frío.

—Lo sé —dijo Kaladin—. Pasa algo con la torre, así que los fabriales calentadores no funcionan.

El hombre habló en herdaziano. Syl, que estaba sentada en el hombro de Kaladin, interpretó sus palabras susurrando, pero la mujer tradujo justo después de todos modos.

—Oscuros en pasillos —dijo ella—. ¿Ellos... quedan aquí?

—Aún no lo sabemos —respondió Kaladin—. De momento, es mejor que os quedéis en vuestras habitaciones. Tened, os he traído agua y unas raciones. Creadas por moldeado de almas, me temo. Enviaremos a alguien mañana para recoger los orinales, si es que llegamos a eso.

Se echó el morral al hombro después de sacar la comida y el agua y salió de nuevo al pasillo. Le quedaban otras tres habitaciones que visitar antes de reunirse con su padre.

—¿Qué hora es? —preguntó a Syl.

—Tarde —dijo ella—. Faltan unas horas para el amanecer.

Kaladin llevaba repartiendo mantas y agua una hora más o menos. Sabía que aún había combate mucho más abajo, que Navani estaba resistiendo. El enemigo, en cambio, había tomado aquella planta con rapidez, había dejado guardias y había seguido hacia abajo para enfrentarse a los defensores alezi.

De modo que, aunque la torre aún no estaba perdida, el piso de Kaladin daba una sensación tranquila. Syl se volvió y se elevó en el aire, titilando y volviéndose informe como una nube.

—No dejo de ver cosas, Kaladin. Franjas de rojo. Vacíospren, creo, patrullando los pasillos.

—Puedes verlos aunque sean invisibles para los humanos, ¿verdad?

Syl asintió.

—Pero ellos también me ven a mí. Mi aspecto cognitivo.

Una parte de él quiso hacerle más preguntas. Por ejemplo, ¿por qué Roca siempre podía verla? ¿El comecuernos era spren en parte, de algún modo? Lift también parecía capaz de hacerlo, aunque la joven nunca hablaba de ello. ¿Era ella en parte comecuernos? Los demás Danzantes del Filo no tenían esa capacidad.

Pero las preguntas no cobraban forma en sus labios. Estaba desconcentrado y, si tenía que ser sincero, también agotado. Dejó que los pensamientos se escurrieran mientras pasaba a la siguiente habitación de su lista. Seguro que sus ocupantes estarían incluso más asustados, ya que no habían sabido nada desde...

—Kaladin —susurró Syl.

Se detuvo de inmediato, alzó la mirada y vio a un regio en forma tormenta caminando por el pasillo con una lámpara de esferas en una mano y una espada al cinto.

—Eh, tú —dijo el regio, hablando con un ritmo pero sin acento por lo demás—. ¿Qué haces fuera de tu habitación?

—Soy cirujano —respondió Kaladin—. Un Fusionado me ha dicho que puedo visitar a nuestra gente. Estoy repartiendo comida y agua.

El cantor lo miró de arriba abajo antes de indicarle que abriera el morral y le enseñara su contenido. Kaladin obedeció sin mirar hacia Syl, que estaba haciendo su imitación de un vientospren, revoloteando por ahí y fingiendo que no iba con un Radiante, por si acaso.

El regio inspeccionó las raciones y luego evaluó a Kaladin.

«Me mira los brazos, el pecho —pensó Kaladin—. Se pregunta por qué un cirujano tiene complexión de soldado.» Por lo menos, el pelo largo le tapaba las marcas de la frente.

—Vuelve a tus habitaciones —ordenó el hombre.

—Los demás estarán asustados —dijo Kaladin—. Podrías tener a gente histérica entre manos, una confusión que daría trabajo a vuestras tropas.

—¿Y con qué frecuencia visitabas a los parshmenios de tu pueblo, cuando estaban ellos asustados? —preguntó el cantor—. ¿Cuando los obligaban a meterse en habitaciones oscuras, encerrados e ignorados? ¿Entonces te molestabas en preocuparte por ellos, cirujano?

Kaladin se mordió la lengua para no replicar. Aquella no era la clase de pulla en la que el hablante esperaba respuesta. Se limitó a bajar la mirada.

El cantor, a su vez, dio un paso adelante y descargó el brazo hacia Kaladin para golpearlo. Kaladin se movió sin pensar y alzó la mano para atrapar la muñeca del cantor antes de que el golpe impactara. Notó una pequeña descarga de algo al tocar el dorso de la mano cubierto por caparazón.

El cantor sonrió.

—¿Cirujano, decías?

—¿No has oído hablar de los médicos de batalla? —preguntó Kaladin—. Entrené con los soldados, así que puedo defenderme. Pero pregunta a cualquiera del pueblo si soy el hijo del cirujano y te lo confirmarán. El cantor empujó la mano de Kaladin, intentando desequilibrarlo, pero la postura de Kaladin era sólida. Miró aquellos ojos rojos y percibió la sonrisa en ellos. El ansia. Aquella criatura buscaba pelea. Seguro que no le hacía ninguna gracia estar destinado a algo tan aburrido como patrullar pasillos durante lo que debería haber sido una misión intrépida y peligrosa. Nada le gustaría más que una excusa para tener un poco de emoción.

Kaladin reforzó la presa sobre la mano del hombre. Su corazón se aceleró y se descubrió alcanzando la luz tormentosa que llevaba en el cinturón. Inhalar, absorberla, acabar con esa farsa. ¿Había enemigos invadiendo la torre y él

estaba repartiendo mantas?

Sostuvo la mirada a aquellos ojos rojos. Oyó atronar su corazón. Entonces se obligó a girar la cabeza y dejar que el cantor lo empujara contra la pared y le barriera las piernas del suelo. La criatura se cernió sobre él y Kaladin mantuvo la mirada baja. Se aprendía a hacerlo, siendo esclavo.

La criatura dio un bufido y se marchó dando zancadas sin decir más, dejando atrás a Kaladin. Se sentía tenso, alerta, como solía ocurrirle antes de una batalla. Su fatiga había desaparecido. Quería actuar.

En vez de hacerlo, siguió su camino para repartir consuelo a la gente de Piedralar.



En verdad, es la combinación del talento de un recipiente y la Intención del poder lo que más deberíamos temer.

Navani y sus cohibidos asistentes abandonaron el amplio vestíbulo salpicado de cadáveres y recorrieron una sucesión de pasillos con lámparas oscurecidas en las paredes. Los cerrojos rotos revelaban que habían pasado por allí ladrones con palancas para hacerse con las esferas de su interior. Había gente para la que ninguna pesadilla era tan terrible, ninguna guerra tan sangrienta, que los desanimara de un poco de enriquecimiento personal creativo.

El resonar de los chillidos y los ecos de los truenos fueron remitiendo. Navani se sintió como si estuvieran entrando en el mítico cadencento, el corazón de una alta tormenta del que hablaban algunos pobres vagabundos atrapados en sus vientos. Un momento en el que, por motivos inexplicables, el viento cesaba y todo se detenía.

Terminaron llegando al lugar donde el Hermano le había dicho que fuese, a una intersección concreta entre aquellos pasillos retorcidos. Aunque no había ninguna zona de la planta baja sin utilizar en absoluto, aquella era de las que menos tráfico tenían. Los pasillos componían un laberinto frustrante, de modo que usaban sus pequeñas salas como trasteros.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Elthebar.

Navani no se alegraba demasiado de llevar consigo al alto predicetormentas. Tenía una apariencia ridícula con su barba puntiaguda y su túnica misteriosa. Pero había estado con ellos en la sala de mapas y Navani no había considerado adecuado prohibirle que los acompañara cuando necesitaba todas las mentes que pudiera conseguir.

—Registrad la zona —ordenó Navani a los demás—. A ver si encontráis una veta de granate en las paredes. Podría ser pequeña y estar escondida entre los cambios de color de los estratos.

Se pusieron a hacerlo. Dabbid, el hombre del puente mudo, empezó a buscar por el suelo en vez de en las paredes, moviéndose con la esfera cubierta por completo en su mano cerrada para que apenas diera luz.

—Tapad las esferas y las lámparas —dijo Navani al resto.

La orden provocó expresiones que oscilaban entre la confusión y el horror, pero Navani dio ejemplo y cerró la pantalla de su lámpara.

Los demás la obedecieron de uno en uno, sumiendo la sala en la penumbra. Llegó una luz roja destellante desde un pasillo lejano, pero sin trueno. Las manos de algunas personas emitían un tenue brillo por las esferas de su interior, que hacían visibles sus venas y sus huesos.

—Ahí —dijo Navani cuando distinguió un leve centelleo en el suelo, cerca de una pared.

Se amontonaron todos a su alrededor y estudiaron el centelleo de una luz granate en una veta oculta de cristal.

—¿Qué es? —preguntó Isabi—. ¿Qué clase de spren?

La luz empezó a moverse por la veta, cruzó el suelo y se internó por un pasillo. Navani hizo caso omiso a las preguntas y siguió aquella chispa hasta que ascendió por una pared. Allí la luz recorrió los estratos curvos hasta llegar a una habitación, donde rodeó la esquina de piedra y se coló por el hueco entre la puerta y la pared.

Por suerte, Venan tenía llaves. Una vez dentro, tuvieron que pisar entre alfombras enrolladas para encontrar la chispa de luz al fondo. Navani la rozó con los dedos y encontró un pequeño abultamiento en la pared.

«Es una gema —comprendió—. Conectada a la línea de cristal. Está tan hundida que cuesta verla.» Parecía ser un topacio. ¿No había una gema parecida incrustada en la pared de la sala donde habían encontrado la maqueta de la torre?

Infunde el topacio, dijo la voz del Hermano en su mente. *¿Puedes hacerlo*

sin Radiantes? Te he visto realizar tales maravillas.

—Necesito varios topacios pequeños —dijo Navani a sus eruditos—. No más grandes que tres kivs cada uno.

Su equipo se puso a buscar. Llevaban siempre a mano gemas de todos los tamaños para sus experimentos, y al poco tiempo una de ellos le tendió una cajita llena de topacios infusos. Navani ordenó que ella y varios otros sostuvieran las gemas con pinzas y tocaran con ellas el topacio engarzado en la pared.

Podía hacerse que una gema infusa en contacto con una sin infundir le transmitiera parte de su luz tormentosa, suponiendo que fuesen de la misma variedad que la gema sin infundir tuviera un tamaño mucho mayor que las infusas. Funcionaba de forma un poco parecida a un diferencial de presión. Un recipiente grande y vacío tomaba luz tormentosa de otros más pequeños y llenos.

Era un proceso lento, sobre todo si la gema que se quería infundir era relativamente pequeña, lo que limitaba el diferencial de tamaño potencial. Navani fue junto a Ulvlk y Vrandl, las dos eruditas thayleñas. Ambas eran artifabrianas, pertenecientes a un gremio muy hermético.

—Que el Todopoderoso quiera que podamos hacer esto a tiempo —dijo Navani mientras el trueno resonaba detrás de ellas.

—Así que para eso nos has traído —replicó Vrandl. Era una mujer de corta estatura que prefería las havahs a los vestidos tradicionales thayleños. Llevaba las cejas muy rizadas—. La torre está invadida, tus hombres mueren, ¿y tú ves la oportunidad de arrancarnos secretos del oficio de entre los dedos?

—El mundo se acaba —contraatacó Navani—, y nuestra mayor ventaja, esta torre, con su capacidad de desplazar tropas al instante de un extremo de Roshar al otro, está amenazada. ¿De verdad te parece buen momento para reservarte secretos del oficio, brillante?

Ninguna de las dos mujeres respondió.

—¿La veríais arder? —dijo Navani, sintiéndose agotada... e irritable—. ¿De verdad dejaríais caer Urithiru antes de compartir lo que sabéis? Si perdemos las Puertas Juradas para siempre, se acabó la guerra. Se acabó vuestro país.

Siguieron en silencio.

—Pues muy bien —dijo Navani—. Espero que cuando muráis, sabiendo que vuestra patria está condenada, vuestras familias esclavizadas, vuestra reina ejecutada, os quedéis satisfechas sabiendo que al menos conservasteis

una pequeña ventaja comercial.

Navani regresó al frente del grupo, donde sus eruditas estaban introduciendo luz tormentosa en la gema de la pared poquito a poco. Muchas veces había que llenar un fabrial hasta un cierto porcentaje para que se activara, pero cuanta más luz tormentosa absorbiera aquél, más lenta se haría la transferencia.

Unas pisadas rasparon la piedra a su espalda, y Navani se volvió para ver a Ulvlk, la erudita thayleña más joven, detrás de ella.

—Usamos el sonido —le susurró la mujer—. Si haces que la gema vibre a una cierta frecuencia, absorbe luz tormentosa sin importar el tamaño de las gemas que sitúes junto a ella.

—Frecuencia... —dijo Navani—. ¿Cómo lo descubristeis?

—Tradiciones —susurró la joven—. Transmitidas a lo largo de los siglos.

—Provocar una vibración... —meditó Navani—. ¿Usáis agujeros taladrados? No, eso requeriría que ya estuviera infusa de luz tormentosa. ¿Diapasones?

—Sí —confirmó Ulvlk—. Tocamos la gema llena con el diapasón, haciendo que vibre, y eso nos permite guiar una línea de luz tormentosa a la vacía. Después de eso, se drena por sifón, como un líquido.

—¿Tienes el material aquí? —preguntó Navani.

—Eh...

—Pues claro que lo tienes —dijo Navani—. Cuando he enviado soldados a buscaros, habéis pensado que quería evacuaros de la torre. Habréis cogido todos los objetos de valor que guardabais en vuestras habitaciones.

La joven thayleña buscó en el bolsillo y sacó un diapasón metálico.

—¡Te expulsarán del gremio! —le espetó Vrandl desde atrás, mientras se acumulaban furiaspren bajo sus pies—. ¡Esto es una treta!

—No es ninguna treta —aseguró Navani a la nerviosa joven—. Si te soy sincera, estábamos cerca de hacer avances con las armas que tienen los Fusionados, que pueden extraer la luz tormentosa de una persona. Lo único que has hecho aquí es quizá salvar la torre de los invasores.

Navani probó el método. Dio un golpe con el diapasón y luego tocó una de las gemas infusas. Y en efecto, al separar la herramienta y acercarla a la gema de la pared, arrastró tras de sí un pequeño flujo de luz tormentosa. Se parecía a la forma en que se comportaba la luz cuando un Radiante estaba absorbiéndola.

El truco funcionó y la gema de la pared quedó infusa en cuestión de

segundos. El Hermano le había explicado lo que pasaría, pero aun así Navani se sobresaltó cuando, al infundirse, el fabrial hizo que toda la pared se sacudiera.

Se abrió por el centro. Había sido una puerta oculta desde el principio, cerrada mediante un fabrial que en tiempos antiguos lo más probable era que solo hubiera podido activar un Radiante. Se apresuraron a destapar sus lámparas y esferas para revelar una pequeña cámara circular que tenía un pedestal en el centro. Engarzado en el pedestal había un gran zafiro, sin infundir.

—Deprisa —dijo Navani a los demás—. A trabajar.

Kaladin se echó el morral al hombro y salió de la habitación de otra familia asustada. Esa, como las anteriores, le había pedido noticias, información, promesas. ¿Iba a solucionarse? ¿Los otros Radiantes se alzarían como lo había hecho él? ¿Cuándo iba a regresar el Forjador de Vínculos?

Kaladin deseó tener respuestas. Se sentía ciego. Se había acostumbrado a participar en todo lo importante que pasaba, conociendo no solo los planes de la gente poderosa, sino también sus preocupaciones y sus miedos.

Siguió a Syl, que voló deprisa por el pasillo. Era tarde y Kaladin tuvo que reprimir una oleada de somnolencia, a pesar de las sacudidas y los golpes en la piedra. Explosiones lejanas muy abajo, tan poderosas que tenían que haberlas provocado regios o Fusionados. En algún lugar de la torre, las tropas combatían. Pero allí arriba, en el quinto piso, todo el mundo estaba acobardado. El lugar rezumaba el silencio de mil personas temerosas.

Llegó a una intersección, luchando contra su fatiga. Se suponía que había quedado en la clínica con su padre, pero Syl revoloteaba hacia otro sitio y era evidente que quería su atención. Habían decidido que se mantuviera lejos por si algún vacíospren reparaba en su presencia.

La siguió hacia la izquierda y cruzó el umbral hacia la gran terraza que actuaba de patio cerca de su dormitorio. Aunque muchas de aquellas terrazas se utilizaban como espacios de reunión comunitarios, esa noche la encontró vacía salvo por una figura cerca de la barandilla. El caparazón que asomaba por los huecos del uniforme hacía que incluso la silueta de Rlain fuese distintiva.

—Hola —dijo Kaladin, llegando hasta él.

Syl se sentó en el parapeto, brillando con suavidad. Kaladin encontró escalofriante mirar la oscuridad de la noche, sobre un inacabable paisaje de

montañas y nubes que resplandecían con la luz verde de la última luna.

—Más tropas —dijo Rlain, e hizo un gesto con la cabeza hacia la meseta de abajo, donde otra formación de cantores avanzaba hacia las puertas frontales de la torre—. Marchan como ejércitos humanos, no en parejas de guerra oyentes.

—Creía que ibas a quedarte escondido en la clínica.

—Esto va a ser una ocupación, Kal —dijo Rlain, con un deje de ritmo apenado—. No recuperaremos Urithiru esta misma noche, ni tampoco pronto. ¿En qué situación me deja eso?

—No eres uno de ellos.

—¿Y soy uno de vosotros?

—Siempre serás miembro del Puente Cuatro.

—No me refería a eso. —Rlain se volvió hacia él y la luz verde de la luna se reflejó en su caparazón y su piel—. Si intento ocultarme en los humanos, estaré llamando al desastre. Aun suponiendo que pudiera ingeniármelas para que no me vieran, alguien terminaría denunciándome a los Fusionados. Alguien pensará que estoy espiando para el enemigo, y entonces... bueno, será muy difícil explicarles por qué no salí desde el principio a dar la bienvenida a su ocupación.

Kaladin quería objetar. Pero tormentas, estaba preocupado por si le pasaba algo parecido a él. Una sola mención de que había sido Radiante, de que el hijo del cirujano era Kaladin Bendito por la Tormenta, Corredor del Viento, y... bueno, ¿quién sabía lo que podría pasar?

—¿Y qué puedes hacer? —preguntó Syl desde la barandilla.

—Ir con ellos —dijo Rlain—. Fingir que no soy un oyente, sino un parshmenio normal que no pudo escapar, y que no sabía qué hacer. Podría funcionar. O eso o quizás esconderme entre ellos, fingir que iba con ellos desde el principio. Una cara más entre sus fuerzas.

—¿Y si te sacan a la tormenta eterna? —preguntó Kaladin—. ¿Y si te exigen que adoptes una forma regia o, peor aún, que te entregues al alma de un Fusionado?

—Pues tendré que apañármelas para escapar, ¿no crees? —dijo Rlain—. Esto iba a ocurrir tarde o temprano, Kal. Creo que siempre he sabido que debería enfrentarme a ellos. Podría hacer de esto mi hogar si quisiera. Eso lo sé, y siempre os estaré agradecido a ti y a los demás por hacerme un hueco.

»Pero al mismo tiempo, no puedo pasar por alto lo que los imperios humanos hicieron a mi pueblo. Aquí nunca estaré cómodo del todo. No

mientras siga preguntándome si hay otros oyentes ahí fuera que sobrevivieron a la tormenta eterna. No mientras me pregunte si podría estar haciendo algo más para detener la hecatombe.

Kaladin respiró hondo, aunque una parte de él estaba desgarrándose por dentro.

—Otra despedida, entonces.

—Temporal, espero —dijo Rlain.

Luego, con un ademán algo incómodo, separó las manos y dio un abrazo a Kaladin. A Rlain nunca había parecido gustarle mucho aquella costumbre humana, pero Kaladin agradeció el gesto.

—Gracias —dijo Rlain, separándose—. Por confiar en mí para que tome esta decisión.

—Es lo que dijiste que querías, hace tantos meses —respondió Kaladin—. Cuando te prometí que te escucharía.

—Que se confiaría en mí y se me aceptaría —dijo Rlain.

—Cumplo mis juramentos, Rlain. Sobre todo los que hago a amigos.

—No voy a unirme a ellos, Kal. Soy un espía. Tengo entrenamiento para ello, el mejor que podían ofrecer los míos. Buscaré la forma de ayudar desde dentro. Recuerda que el primer pueblo al que Odium destruyó al regresar no fue humano, sino oyente.

—Puente Cuatro —dijo Kaladin.

—Vida antes que muerte —respondió Rlain, y volvió hacia el interior de la torre.

Syl se quedó sentada en el parapeto. Kaladin se apoyó en la piedra, esperando una frase alegre de Syl. Cuando los demás intentaban consolarlo con risas, a menudo las notaba falsas, innecesarias. Pero viniendo de ella... bueno, ella tiraba de él para sacarlo de las aguas profundas.

—Van a marcharse todos, ¿verdad? —susurró Syl en vez de eso—. Moash, Roca, ahora Rlain... todos. Van a marcharse. O... o algo peor... —Miró a Kaladin con una solemnidad muy poco característica—. Se irán todos y solo quedará la nada.

—Syl —respondió Kaladin—, tú no deberías decir cosas como esas.

—Pero es cierto, ¿no?

—Yo no te dejaré.

—¿Como estuviste a punto de hacer? —replicó ella con voz suave—. Mi antiguo caballero... no quería marcharse. No es culpa suya. Pero era mortal. Todo el mundo muere. Excepto yo.

—¿Syl? —dijo Kaladin—. ¿Qué te pasa? ¿Está afectándote eso que han hecho a la torre?

Ella se quedó callada un rato, mirando por encima de las verdes nubes.

—Sí, por supuesto —dijo—. Lo siento. Eso no es lo que necesitabas, ¿verdad? Puedo animarme. Puedo ser feliz. ¿Lo ves?

Se elevó por los aires, convertida en una línea de luz que revoloteó en torno a la cabeza de Kaladin.

—No me refería a... —dijo Kaladin.

—Venga, no te preocupes tanto —lo interrumpió ella—. ¿Ya no se te puede hacer una broma, Kaladin? Vamos. Tenemos que volver a la clínica.

Salió volando y, confundido, preocupado pero sobre todo exhausto, él la siguió.

Navani vio trabajar a su gente, infundiendo la gema del centro de la pequeña cámara. Habían tomado prestado un segundo diapasón de las eruditas thayleñas, con lo que su velocidad se había duplicado.

Qué herramienta tan sencilla. Rushu y ella habían pasado horas elucubrando sobre el proceso que estarían empleando los artifabrianos thayleños, y sus hipótesis habían ido desde que tenían Radiantes ocultos hasta complejas máquinas que imitaban los métodos de la ósmosis del agua, que se regía por unos principios científicos similares a los de la infusión de luz tormentosa. Al final, resultaba que el método real era mucho mucho más humilde.

¿Acaso no era lo que sucedía a menudo? La ciencia parecía fácil en retrospectiva. ¿Por qué no habían descubierto en la antigüedad que era posible atrapar a un spren deliberadamente en una gema? ¿Por qué no habían averiguado que una gema partida se emparejaba? Añadiendo un poco de aluminio en la jaula, podían lograrse cosas increíbles. Con ese conocimiento, la gente de hacía cuatro milenios podría haber tenido barcos voladores con tanta facilidad como la gente de Navani.

Era cierto que los centenares de pequeños saltos que llevaban a los avances no eran tan intuitivos como parecían. Pero de todos modos, Navani no podía dejar de hacerse preguntas. ¿Qué nuevos logros podría crear si conociera los siguientes saltos que tan sencillos parecerían a sus descendientes? ¿Qué maravillosas creaciones rozaba a diario, dispersas en piezas que aguardaban a que se las combinara?

Sonaron más truenos. Navani deseó que el ruido prolongado fuese buena

señal para Teofil y sus hombres. «Más deprisa», instó a la luz tormentosa. Pero por desgracia, aquella gema tenía algo raro. Aunque el nuevo método thayleño de verdad transfería la luz tormentosa deprisa, aquel extraño fabrial parecía estar absorbiendo demasiada. Ya habían vaciado la mayoría de las esferas que llevaban, y aun así el zafiro apenas brillaba. Parecían estar inyectando luz tormentosa no solo en la gema, sino en toda la red de gemas y vetas de cristal.

¿De verdad era un fabrial? Navani no identificaba la jaula, aunque sí que tenía alambres de metal alrededor. ¿Y por qué tenía un globo de cristal del tamaño de su puño, engarzado a un lado en su propio hueco y conectado a la gema mediante alambres?

Mientras sus eruditos trabajaban, vaciando una gema tras otra, Navani rozó con el dorso de los dedos de su mano libre una veta de granate en la pared.

Debéis daros prisa, dijo el Hermano en su mente.

—Vamos tan rápido como podemos —susurró Navani—. ¿Mis soldados siguen vivos?

No puedo verlos, dijo el Hermano. *Mi visión está limitada, de formas que me resultan confusas porque no siempre fue así. Pero creo que los soldados que enviaste están cerca. Oigo gritos cerca del corazón de cristal de la torre.*

Navani cerró los ojos y esperó que el Todopoderoso aceptase una oración susurrada, porque no tenía glifoguardas que quemar.

Deprisa, dijo el Hermano. *Deprisa*.

Navani miró el montón de gemas. Por suerte, el método thayleño podía pasar la luz tormentosa entre distintos tipos de ellas.

—Eso intentamos. ¿Sabes por qué los spren prefieren distintas clases de gemas?

Porque son diferentes, respondió el Hermano. *¿Por qué los humanos preferís una comida a otra?*

—Pero las comidas con un mismo sabor y tintadas de distintos colores suelen ser igual de aceptables para nosotros. —Navani señaló con el mentón un pequeño conjunto de esmeraldas—. Muchas gemas son idénticas, por lo menos en estructura. Creemos que hasta podrían tener la misma composición química básica.

El color es como el sabor para los spren, dijo el Hermano. *Forma parte del alma de un objeto.*

Qué curioso.

Debéis daros prisa, repitió el Hermano. *La Dama de los Suplicios posee la*

Potencia de la Transformación y un conocimiento peligroso. Infundirá con su luz del vacío mi corazón entero, la columna, en el orden correcto. Cuando lo haga, me corromperá y me dejará... me dejará como a uno de los Deshechos...

—¿Y esto que hacemos aquí te defenderá? —susurró Navani.

Sí. Erigirá una barrera, impidiendo que nadie, ya sea humano, Deshecho o cantor, pueda alcanzarme.

—Eso también impedirá que Teofil destruya la construcción que está bloqueando a nuestros Radiantes —dijo Navani.

Teofil está condenado, respondió el Hermano. Debes apresurarte, Navani. Han vuelto a activar la Puerta Jurada. Llegan nuevas tropas enemigas.

—¿Cómo la ponen en marcha? Tienen a Rompedores del Cielo, pero deberían estar igual de limitados que nuestros Radiantes, ¿verdad?

Han traído a un humano con una de las hojas de Honor.

Moash. El asesino. Navani sintió crecer su ira. Por desgracia, había poco más que pudiera hacer al respecto.

Deprisa. Por favor. Deprisa... El Hermano pareció vacilar. Espera. Ha pasado algo. La Dama de los Suplicios ha parado.

Venli presenció la última carga de los soldados humanos. Estaba en la base de la escalera, que era una estructura bastante extraña. El hueco que ascendía hasta la planta baja era una gran columna de espacio abierto. Los peldaños giraban contra la pared exterior del cilindro. Asomaban estrechos y muy poco seguros, pendiendo como lo hacían con una cavidad vacía en el centro.

Era una locura intentar luchar descendiendo por aquel terreno escarpado y precario, acosados por Fusionados y regios, pero los humanos hicieron un intento valiente. Trabaron sus escudos y se desplazaron juntos con una precisión que la hermana de Venli siempre había admirado. Mientras los oyentes luchaban en parejas de guerra, armonizados entre ellos y con los ritmos de Roshar, los humanos parecían tener su propia clase de simbiosis, fraguada a partir de horas y más horas de entrenamiento.

Un toldo de escudos los protegía de los Celestiales, que flotaban sobre la formación intentando clavarles sus lanzas, pero en el interior no tenían el espacio suficiente para maniobrar. Antes de iniciar el asalto, los humanos habían vertido toneles de agua por el hueco de la escalera, que había caído sobre los regios en forma tormenta que había abajo. Sus poderes reaccionaban mal con el agua, algo que Venli siempre había encontrado un

poco irónico.

El descenso fue tan impresionante que Venli envió a llamar a Rabeniel, interrumpiendo el trabajo de la Fusionada en la columna. Rabeniel salió a la escalera y vio sorprendida lo cerca que estaban los humanos.

—¡Rápido! —gritó a los formas tormenta que había cerca—. ¡Subid los escalones! ¡Enfrentaos a esos soldados!

Obedecieron, pero al tener los poderes aguados, no fueron rivales para las tropas. Los humanos los mataron a estocadas o los derribaron por el lado de los peldaños, sin dejar de avanzar hacia abajo, rodeando aquel muro circular, pasando ceñudos sobre los cuerpos de sus camaradas caídos y manteniendo un frente de tres hombres de anchura.

—Asombroso —susurró Rabeniel. Los humanos combatían como una bestia de gran caparazón, un serpenteante e implacable abismoide, todo armadura y dientes.

Rabeniel hizo una señal para que el resto de los Profundos se sumaran a la lucha, pero incluso ellos se demostraron ineffectivos. Habían perturbado la formación unas cuantas veces al principio, sacando las manos de paredes para empujar a los hombres o asiendo tobillos desde el lado. Pero aquellos soldados se habían adaptado deprisa. Los hombres que descendían más cerca de la pared tenían las espadas desenvainadas, en guardia por si asomaban Profundos. Más de un brazo cercenado cayó al suelo cerca de Venli, entre los hombres derribados y los regios arrojados desde la escalera.

Allí de pie, junto a una Rabeniel cada vez más furiosa, Venli pensó que quizás los humanos lo consiguieran. Comandados por un soldado más mayor y canoso, y reducidos de centenares a solo unos cincuenta soldados, embestían tozudos hacia delante. Venli se descubrió aclamándolos en silencio mientras Timbre se regocijaba al Ritmo de la Esperanza. Le importaban bien poco los humanos en conjunto, pero era imposible presenciar aquella exhibición de tenacidad sin quedarse impresionada.

Justo aquello era por lo que su pueblo había menguado hasta casi desaparecer durante sus años de guerra contra los humanos. No era del todo porque los humanos contaran con esquirlas, ni por sus increíbles recursos. Era por la forma en que, siendo más débiles como individuos que cualquier oyente, trabajaban juntos. No tenían formas, pero lo compensaban con entrenamiento, sacrificando la individualidad hasta prácticamente convertirse en spren, habiéndose vuelto tan buenos en una sola cosa que no podían dedicarse jamás a ningún otro propósito.

Completaron la siguiente vuelta, ya solo a seis metros del suelo, mientras Rabeniel empezaba a gritar para que interviniaran más Profundos. Entonces una línea de luz roja apareció volando desde arriba. El Perseguidor había llegado.

Se materializó en el mismo centro de las filas humanas y atacó con unos brazos provistos de caparazón afilado. La formación se deshizo mientras los hombres intentaban frenéticos reorientarse hacia ese nuevo adversario, pero por supuesto el Perseguidor voló de nuevo por los aires. Dejó atrás un señuelo, una versión falsa en caparazón de sí mismo. Los humanos se pusieron a apuñalarlo una y otra vez mientras el auténtico Perseguidor aparecía estruendoso en otra parte de la formación.

Y solo con eso, se cambiaron las tornas.

Los Celestiales encontraron huecos en el muro de escudos para empezar a atacar a humanos individuales. Los Profundos aprovecharon la confusión para atrapar brazos de espadas o poner zancadillas a soldados. Un grupo pequeño de humanos, encabezado por el veterano mayor, intentó lanzarse a la carga y correr lo que les quedaba de camino, pero los regios que estaban cerca de Venli se habían secado con toallas y lograron liberar un relámpago colectivo que destruyó los peldaños, dejando un ancho hueco justo delante de los hombres.

El líder humano y los soldados que lo acompañaban cayeron con los cascotes a su muerte. Los demás iniciaron un desesperado intento de retirada. Terminó rápido.

Rabeniel cambió de ritmo al del Alivio y regresó con paso firme al pasillo de los murales hacia la columna. Sin ánimo de contemplar la masacre final, Venli se volvió para acompañarla. Los sonidos de los cuerpos cayendo, el estrépito de la armadura contra la piedra, les pisaron los talones.

Se acabó, susurró el Hermano a Navani. Tus hombres han caído.

—¿Lo sabes seguro? —preguntó Navani—. ¿Qué ves?

Antes podía ver la torre entera. Ahora... solo veo partes. Una pequeña porción de la quinta planta. Una sala del tercer piso, que contiene una jaula. El lugar más cercano a la Dama de los Suplicios. Ya regresa. Ahora me matará.

La enorme gema en la que estaban trabajando los ayudantes de Navani, por fin repleta de luz tormentosa, empezó a resplandecer. La luz de su interior comenzó a oscilar y danzar, furiosa. Entonces pareció drenarse y desapareció.

Navani sintió una punzada de alarma, hasta que el Hermano le habló en la mente.

Ha funcionado. Melishi... te he odiado... mas ahora te bendigo. Ha funcionado. Estoy a salvo, por ahora.

Navani dejó escapar un suspiro de alivio.

Si llegan a la gema que acabáis de infundir, dijo el Hermano, podrían corromperme a través de ella. Tendréis que destruirla.

—¿Eso romperá el escudo? —se obligó a preguntar Navani.

No. Debilitará el escudo, pero sigue siendo mejor que la alternativa. No podéis defender este lugar. Tus soldados de la escalera han fracasado.

Navani dejó escapar el aire de los pulmones y se comprometió a quemar una plegaria por los caídos cuando pudiera. Pero si Teofil había muerto... entonces la torre estaba conquistada. La única opción de Navani era rendirse. Tendría que confiar en que la barrera aguantara lo suficiente para que Dalinar regresara o para que Navani encontrara una forma de liberar a los Radiantes.

Eso suponiendo que no la mataran. Los Fusionados no solían masacrar de forma indiscriminada, pero sí que habían recibido informes que afirmaban que habían ejecutado a ojos claros de alto rango. Dependía del Fusionado que dirigiera cada fuerza y de cuánta resistencia opusiera la gente.

—Destrozad ese zafiro —dijo a sus eruditos—. Destruid el fabrial entero, jaula incluida, y también ese globo de cristal. Enviad a gente tanto a la sala de mapas como a la cámara de información para que quemen nuestros planos de la torre. Los demás, conmigo. Tenemos que pensar cómo presentar una rendición formal sin que nos maten antes de que podamos exponer nuestras intenciones.

Rabeniel se acercó de nuevo a la columna con cierto anhelo. Venli se quedó cerca mientras la Fusionada levantaba el brazo para tocar un grupo concreto de gemas incrustadas en la construcción y empezar a infundirles luz del vacío.

Pero nada más empezar a hacerlo, titubeó.

—Está ocurriendo algo curioso. Hay luz tormentosa en el sistema. No debería ser posible, porque el Hermano es incapaz de crearla.

—Creía que la luz tormentosa era lo que usaban siempre los Radiantes y sus fabriales —dijo Venli.

—La torre es otra cosa. —Miró a Venli, captó su confusión y, al contrario que muchos otros Fusionados, decidió explicarse—. El Hermano, es decir, la

torre, Uriñiru, es la progenie de Honor y Cultivación, creada para combatir a Odium. Este lugar funciona con la luz del Hermano, una combinación de las esencias de sus padres. Solo la luz tormentosa no debería servir para activar los sistemas esenciales de la torre. Para el Hermano, la luz tormentosa es incompleta. Como una llave a la que le faltaran varios dientes.

—Y con la luz del vacío, vos estáis empleando una llave... ¿sin dientes?
—preguntó Venli.

—No estoy usando ninguna llave. Estoy rompiendo la cerradura. —Rabeniel puso de nuevo las manos en la columna para infundir otra gema—. El Hermano es insensible, ignorante por completo de nuestra presencia aquí. Eso puedo determinarlo. Y puedo corromper su esencia, despertarla para que nos sirva a nosotros. Tal y como esperaba hacer. Pero en cambio, aquí hay luz tormentosa. La percibo, y en grandes cantidades. Quizá... sea solo la energía que están empleando para activar las bombas, o los elevadores. Quizá no sean verdaderas partes del Hermano, sino sistemas añadidos con posterioridad, fijados a la construcción. Esos podrían funcionar solo con luz tormentosa...

Rabeniel se detuvo y dio un paso atrás, canturreando a Ansia, un ritmo que indicaba confusión o una pregunta. Y entonces una oleada de luz azul empezó a emerger de la columna. Rabeniel retrocedió trastabillando y Venli la imitó. Salieron corriendo al pasillo, donde la luz azul cesó en su expansión y pareció solidificarse, impidiéndoles el paso.

Rabeniel se adelantó y apoyó una mano en ella.

—Es una pared sólida —dijo—. Y está alimentada por luz tormentosa, a juzgar por el tono...

Venli esperaba ira por parte de la Fusionada. Aquel escudo, fuera lo que fuese, sin duda desbarataba lo que fuese que estaba haciendo la Dama de los Deseos. Pero Rabeniel parecía fascinada.

—Extraordinario, verdaderamente extraordinario —dijo Rabeniel, dando unos golpecitos en el escudo con su cuchillo. Tintineó como cristal al tocarlo —. Esto es increíble.

—¿Echa a perder vuestros planes? —preguntó Venli.

—Por completo.

—¿Y... no os importa?

—Por supuesto que no. Esto será interesante de resolver. Yo tenía razón. Las respuestas, el camino hacia el final de la guerra, debe estar aquí.

Un centelleo de relámpago rojo llegaba por el suelo del pasillo. Venli lo

había visto antes: era un spren con forma de rayo moviéndose a lo largo de una superficie. Y en efecto, se materializó con la forma de un pequeño humano —no un cantor, sino un humano— de ojos raros y un pelo que se ondulaba como mecido por un viento invisible.

Ulim. El primer vacíospren al que había conocido Venli, hacía muchos años.

—Dama de los Deseos —dijo, realizando una florida reverencia—. Hemos localizado a la esposa del Espina Negra, reina de esta torre.

—¿Ah, sí? —preguntó Rabeniel—. ¿Dónde se escondía?

—Una Profunda, la Anunciadora de Arroyos, la ha encontrado cerca de un extraño fabrial que ahora está destruido, por desgracia. La Anunciadora ha reunido un pelotón y ha capturado a la reina Espina Negra, que se ha entregado sin violencia. Ahora pide hablar con quienquiera que esté al mando de nuestro asalto. ¿Hago que la maten?

—No seas derrochador, Ulim —respondió Rabeniel—. La esposa del Espina Negra será un peón muy útil. Tenía mejor opinión de ti.

—Normalmente no tendría más que entusiasmo por un juguete nuevo —dijo Ulim—, pero esa mujer es peligrosa y hábil. Según los informes, es quien creó la máquina voladora que atacó Alezkar el mes pasado.

—En ese caso, desde luego que no la mataremos —zanjó Rabeniel.

—Podría considerarse un símbolo para la gente de esta torre —dijo Ulim. Entonces el pequeño spren ladeó la cabeza, mirando el escudo que cubría el acceso a la columna—. ¿Qué es eso?

—¿Ahora te das cuenta? —preguntó Venli.

Ulim le lanzó una mirada y luego se volvió, fingiendo no hacerle caso. ¿Qué pensaría de Venli, tantos años después? Cuántas promesas le había hecho aquel spren. ¿Estaría avergonzado de que Venli siguiera con vida, sabiendo lo embustero que era?

—Es un rompecabezas —dijo Rabeniel—. Venid. Quiero conocer a esa reina de la torre.

Navani intentó tranquilizarse, de pie con las manos entrelazadas por delante, rodeada de soldados cantores. Aunque los efectos de la fatiga le daban ganas de encorvarse, mantuvo alta la cabeza. Deseó haberse puesto una havah formal ese día, en vez del sencillo vestido de trabajo con la mano enguantada que llevaba, pero ya no tenía remedio. Una reina era una reina, vistiera como vistiera. Mantuvo la expresión calmada, aunque no estaba

segura de si le esperaba el encarcelamiento o la muerte.

La habían separado de los demás enseguida, por supuesto, y le habían quitado el brazal con sus fabriales. Deseó poder quemar una oración al Todopoderoso para que mantuviera a salvo a sus eruditos. El único motivo que tenía rendirse era protegerlos a ellos y a los demás habitantes de la torre. En eso, los Fusionados habían sido sabios. Habían dejado bien claro una y otra vez que no masacraban a las poblaciones que capitulaban. La gente sabía que tenía una salida. Lo único que tenía que hacer era someterse.

Era la misma lección que Gavilar y la propia Navani habían enseñado muchos muchos años antes. Las ciudades que se incorporaban a la Alezkar unificada prosperaban. Por supuesto, estando implicados Gavilar y Dalinar, siempre había un añadido implícito a esa lección: quien no se sometiera recibiría una visita del Espina Negra.

Con esos recuerdos embargándola, le resultó difícil evocar ninguna indignación mientras los soldados enemigos la llevaban escalera abajo. ¿Cómo podía indignarse Navani porque le hicieran lo que ella había hecho a otros por voluntad propia? Esa era la enorme tara en el razonamiento de Gavilar. Si su fuerza justificaba su dominio sobre Alezkar, ¿qué pasaría cuando llegara alguien más fuerte? Era un sistema que garantizaba que siempre hubiera guerra, un enfrentamiento constante por el mando.

Navani pudo distraerse con aquellas ideas filosóficas idealistas hasta que vio los primeros cadáveres. Yacían despatarrados contra la pared, en los recodos de los peldaños, hombres con uniformes de Roion. Hombres con caras demasiado jóvenes, masacrados mientras intentaban avanzar hasta la columna de cristal.

Hombres que ella había enviado a la muerte. Navani se armó de valor, pero tenía que caminar sobre su sangre para seguir adelante. Las enseñanzas vorin aborrecían las apuestas, y Navani se había enorgullecido muchas veces de evitar los juegos de azar. Y sin embargo, apostaba con vidas, ¿verdad?

La sangre estaba por todas partes, goteando por los escalones, amenazando con hacerla resbalar. Uno de sus captores le puso una mano fuerte bajo el brazo y la obligaron a descender dando vueltas y más vueltas, dejando atrás interrupciones en la barandilla de madera allí donde el combate se había intensificado.

Al fondo encontró una pila de cadáveres, entre ellos algunos con uniformes Kholin. El pobre Teofil y sus hombres. Parecía que habían estado a punto de lograrlo, a juzgar por el hecho de que un Celestial tuvo que llevar volando a

Navani por encima de un hueco en los escalones bajo el que se amontonaban los últimos cadáveres, revelando cómo habían sido sus momentos finales.

«Gracias, Teofil —pensó—, y a todos vosotros.» Si la torre tenía una oportunidad, era porque esos hombres habían ganado tiempo para Navani. Aunque no hubieran llegado a la columna, habían hecho algo admirable. Navani recordaría su sacrificio.

Al llegar a la base de los peldaños, la llevaron por el pasillo con murales en las paredes. Mientras caminaba, Navani se enorgulleció de lo mucho que habían resistido. No solo Teofil y los soldados, sino la torre entera. Sí, a los Fusionados les había costado menos de medio día conquistar toda Urithiru, pero teniendo en cuenta que Navani carecía de Radiantes y esquirlas, era impresionante que hubieran aguantado tanto.

Sintió una satisfacción particular por los esfuerzos de sus tropas cuando vio la brillante luz azul al final del pasillo, que bloqueaba el acceso a la sala de la columna. Era raro que se sintiera más reina que nunca justo en los últimos momentos antes de que le arrebataran esa posición.

Los soldados la llevaron a la mayor de las dos bibliotecas, donde una alta mujeren Fusionada esperaba con armadura ligera, echando un vistazo a los papeles de una de las muchas pilas que había en la sala. Los secretos más valiosos de ingeniería y diseño que poseía Navani. La Fusionada tenía un peinado muy extraño, con caparazón que le cubría casi la cabeza entera, salvo por un manojo parecido a una coleta alta de grueso cabello anaranjado de cantora. La forma en que los guardias llevaron a Navani hasta ella dejaba claro que era su líder.

La Fusionada siguió leyendo, sin apenas reaccionar a la presencia de Navani.

—Estoy preparada para plantear las condiciones de nuestra rendición —dijo por fin Navani.

Una ágil regia se situó junto a la mujeren.

—Rabeniel, Dama de los Deseos, no debe ser apelada directamente por...

La interrumpió la Fusionada al decir algo. Fuera lo que fuese, la regia no parecía habérselo esperado, porque cuando habló de nuevo la cadencia de su voz había experimentado un profundo cambio.

—La dama dice: «Viene a mí como reina, aunque se marchará sin su título. Por ahora, puede hablar de la manera que le plazca, tal y como corresponde a su categoría».

—En ese caso, permitidme ofreceros la rendición —dijo Navani—. Mis

soldados tienen orden de entregar sus armas si los vuestros les hacen la señal correcta, en prueba de que hemos llegado a un acuerdo.

—Necesitaré a vuestros Radiantes —respondió la Fusionada, Rabeniel, por medio de su intérprete—. Haréis pública una proclama según la cual todo aquel que dé cobijo a un Radiante será sometido a un severo castigo. Registraremos la torre para que todos queden bajo nuestro cuidado. Vuestros soldados y oficiales serán desarmados, pero conservarán la vida.

»Vuestra gente podrá seguir viviendo en la torre bajo nuestras leyes. Todos los ojos claros, incluida vos, tendrán la misma categoría que los ojos oscuros. Sois humanos, nada más, nada menos. La voluntad de un cantor se obedecerá de inmediato, y los humanos no podrán portar armas. Por lo demás, estoy conforme con que retomen sus ocupaciones y hasta con que comercien, un privilegio que no se extiende a la mayoría de los humanos en Alezkar.

—No puedo entregar a los Caballeros Radiantes para su ejecución —dijo Navani.

—En ese caso, los mataremos a todos estando inconscientes —replicó la Fusionada—. Y cuando hayamos terminado, os ofreceremos unas condiciones menos indulgentes para la rendición. La alternativa es que lleguemos a un acuerdo ahora, y así quizás vuestros Radiantes sobrevivan. No puedo prometer que no vaya a cambiar de opinión, pero no pretendo ejecutarlos. Solo necesitamos asegurarnos de que estén correctamente retenidos.

—Están inconscientes. ¿Qué más restricciones necesitáis?

Rabeniel no respondió. Pasó unas páginas.

—Acepto esas condiciones —dijo Navani—. La torre es vuestra. Si vuestra gente se acerca a mis hombres enarbolando una bandera blanca con un círculo negro pintado, se rendirán.

Varios regios salieron corriendo a difundir la noticia, y Navani les deseó la velocidad del mismo viento.

—¿Qué habéis hecho con mis eruditos? ¿Y con los soldados que estaban aquí abajo?

—Algunos están muertos —dijo Rabeniel por medio de la intérprete—, pero no muchos.

Navani cerró los ojos. ¿Algunos? ¿Cuáles de sus amigos habían muerto en la incursión? ¿Había sido una insensata por haber resistido tanto como lo había hecho?

«No. No si eso nos permitió ganar tiempo para levantar el escudo.» Sabía

muy poco sobre el Hermano y aquella torre, pero al menos así tenía una oportunidad. Solo trabajando con el enemigo, fingiéndose dócil y controlada, encontraría una ocasión de restaurar a los Radiantes.

—¿Esto lo dibujaste tú? —preguntó Rabeniel a través de su intérprete, mientras seguía pasando páginas.

En efecto, eran algunos bocetos de Navani: más naves aéreas, de diseño más práctico, dado que comprendían mejor las mecánicas del vuelo. Estaban firmados con su sello.

—Sí —respondió Navani.

La Fusionada siguió examinándolos. Luego, sorprendiendo a Navani, habló en alezi, con mucho acento pero comprensible.

—¿Es habitual que las reinas humanas de esta era sean ingenieras?

La pregunta sorprendió a su sierva regia, que no parecía saber que la tal Dama de los Deseos hablara alezi. O quizás no se esperaba que alguien de su elevada posición se dirigiera a una humana.

—Tengo aficiones poco comunes —dijo Navani.

Rabeniel dobló el papel y por fin miró a Navani a los ojos.

—Son impresionantes. Querría emplearte.

—¿Emplearme? —preguntó Navani, desprevenida.

—Ya no eres reina, pero salta a la vista que eres una ingeniera con talento. Tengo entendido que los eruditos de esta torre te respetan. Así que querría que trabajaras para mí en proyectos de fabriales. Te aseguro que ser mi empleada será un trabajo mucho más gratificante que cargar agua o lavar ropa.

«¿Qué clase de juego es este?», pensó Navani. Seguro que aquella Fusionada no esperaba de verdad que Navani diseñara fabriales para el enemigo.

—Cargar agua o lavar ropa son buenos trabajos —dijo Navani—. He hecho ambas cosas en épocas anteriores de mi vida. Y ninguno de ellos supondrá revelar secretos a un enemigo que mucho me temo que los utilizará para matar y conquistar a mi pueblo.

—Ciento —respondió Rabeniel—. No eres orgullosa. Eso lo respeto. Pero considera mi oferta antes de rechazarla. Si estás cerca de mí, te será mucho más fácil seguir la pista a lo que hago, espiar mis proyectos. También tendrás muchas más oportunidades de enviar información a hurtadillas a tu marido, con la esperanza de un posible rescate. Sé muchas cosas sobre la luz tormentosa y la luz del vacío que tú no. Si prestas atención, sospecho que

aprenderías mucho más de mí que lo que revelarías.

Navani notó que se le secaba la boca y escrutó en los ojos rojos de la Fusionada, que emitían un tenue brillo desde su alma corrompida. Tormentas. Rabeniel lo había dicho todo con una tranquilidad apabullante. Cuántos secretos debía de contener su mente...

«Cuidado —se previno Navani—. Si lleva viviendo miles de años, ha tenido miles de años para practicar manipulando a la gente.»

—Consideraré la oferta —dijo.

—Refiérete a mí como «antigua» o «Dama de los Deseos» —replicó Rabeniel—, dado que ya no ostentas ninguna categoría que te sitúe a la altura de la mía. Te reuniré con tus eruditos. Habladlo entre vosotros y luego infórmame de tu decisión.

Los soldados se llevaron a Navani. Y con esa facilidad, había perdido un trono más.

HOMBRES
Y MONSTRUOS

Sea como sea, por favor daos a conocer a mí cuando recorráis mis tierras. Me angustia que creáis que debéis moveros en las sombras.

Cuando les llegó la confirmación de que la reina se había rendido, la luz del sol ya empezaba a filtrarse por las ventanas de la clínica. Kaladin y su familia habían pasado la noche entera atendiendo a pacientes. Veinte horas, un día entero, sin dormir.

Hasta los agotaspren que había cerca de Kaladin parecían cansados, arremolinándose despacio, letárgicos. La mensajera estaba sentada junto a la mesa de la clínica, con los ojos somnolientos y el uniforme desaliñado mientras aceptaba una taza de infusión fría del padre de Kaladin.

—La reina ha hecho un último intento de restaurar los Radiantes —dijo la mujer—. No sé en qué consistía, solo que los soldados implicados ahora están muertos. He estado llevando mensajes a los barrios de la quinta planta. Pero sí, en respuesta a tu pregunta, he visto la reina Navani y a la comandante del ejército Fusionado juntas. Me ha confirmado la rendición. Debemos vivir bajo la ley de los cantores y no resistirnos.

—Vientos tormentosos —susurró Kaladin—. No me había dado cuenta de lo ciegos que estaríamos sin vinculacañas.

Habían pasado horas antes de que algún tipo de información fiable se

filtrara hasta la quinta planta.

—Entonces, ¿se supone que tenemos que volver a vivir bajo su dominio? —preguntó la madre de Kaladin desde su asiento a la mesa.

—Tampoco estaba tan mal —dijo Lirin—. A los altos señores no les gustará, pero para el resto no habrá mucha diferencia.

—Los fabriales no funcionan —objetó Hesina—. No podemos calentar las habitaciones, por no mencionar la comida. Las bombas de agua se habrán detenido. Esta torre no seguirá siendo habitable mucho tiempo.

—Los Fusionados sí que utilizan sus poderes —respondió Lirin—. A lo mejor, si infundimos los fabriales con luz del vacío, volverán a funcionar.

—Disculpa, brillante señor —dijo la exploradora—, pero eso... no estaría bien, por muchos motivos.

Kaladin había empezado a buscar algo de comer en la alacena, así que no vio la reacción de su padre a que lo llamaran brillante señor. Pero podía adivinarla. En todo caso, era una situación extraña teniendo en cuenta que los ojos de Lirin no habían cambiado, sino que solo había pasado a formar parte de la casa de Kaladin. Las categorías estaban embarullándose mucho en los últimos tiempos.

—Kaladin, hijo —dijo Hesina—, ¿por qué no vas a tumbarte?

—¿Por qué? —preguntó él, sacando una pila de pan ácimo y contando cuántas piezas tenían.

—Porque no paras de merodear como un animal enjaulado —dijo ella.

—No es verdad.

—Hijo... —dijo ella, con una voz tranquila pero exasperantemente sabia.

Kaladin dejó el pan y se palpó la frente, que estaba fría por el sudor. Respiró hondo y se volvió para enfrentarse a ellos, su padre apoyado en la pared, su madre en la mesa con la mensajera. Tenía el pelo entrecano, pero era lo bastante joven como para que pareciese prematuro, y llevaba un par de guantes blancos metidos en el cinturón. Una maestra de sirvientes alezi ejerciendo también de mensajera.

—Todos os estáis tomando esto con demasiada calma —dijo Kaladin, echando las manos al aire—. ¿No os dais cuenta de lo que significa? Controlan la torre. Controlan las Puertas Juradas. Se acabó. La guerra ha terminado.

—El brillante señor Dalinar aún tiene consigo al grueso de los Radiantes —repuso Alili, la mensajera—. Y la mayoría de nuestros ejércitos estaban desplegados por el mundo.

—¡Y ahora están todos aislados! —exclamó Kaladin—. No podemos librarnos de una guerra en varios frentes sin las Puertas Juradas. ¿Y qué pasa si el enemigo puede repetir lo que ha hecho aquí? ¿Y si empiezan a anular los poderes de los Radiantes en todos los campos de batalla?

Eso hizo que la mujer callara. Kaladin trató de imaginar cómo sería la guerra sin Corredores del Viento ni Danzantes del Filo. Los campos de batalla ya empezaban a parecerse muy poco a los que había conocido en sus tiempos de lancero. Había menos formaciones a gran escala maniobrando contra otros bloques de tropas. Eran demasiado fáciles de atacar desde arriba, o por parte de otros tipos de Fusionado.

Las tropas pasaban la mayoría del tiempo en campamentos protegidos, haciendo solo cargas repentinamente para apoderarse de terreno y expulsar al enemigo. Las batallas se extendían durante meses, en vez de librarse en enfrentamientos decisivos. Nadie sabía muy bien cómo llevar adelante una guerra como aquella, o al menos nadie de su bando.

—Yo aún espero a que llegue el trueno —dijo Kaladin, secándose la frente de nuevo—. El relámpago cayó anoche. Vimos el resplandor, y ahora tenemos que prepararnos para la ola de choque que...

—Brillante señor —lo interrumpió Alili—. Perdona, pero... ¿quizás podrías ayudar a los otros Radiantes a hacer lo que sea que hiciste tú?

—¿Qué hice yo?

—Eso es lo que pregunto —dijo ella—. Perdón otra vez, pero brillante señor Bendito por la Tormenta, eres el único Radiante que he visto en la torre todavía en pie. Lo que sea que hizo el enemigo derribó a todos los demás. Hasta el último de ellos. Excepto a ti.

Kaladin pensó en Teft, tendido en una losa en la sala contigua. Le habían dado caldo a cucharadas y lo había tomado, moviéndose y farfullando bajito entre sorbo y sorbo.

La larga noche empezaba a pesar a Kaladin. Sí que necesitaba descansar. Debería haberse retirado hacía horas. Pero estaba preocupado por sus pacientes, los hombres que sufrían conmoción de batalla. Antes de que ocurriera todo aquello, les había conseguido habitaciones en la tercera planta, entre quienes habían perdido brazos o piernas en la guerra y que habían pasado a ocuparse del mantenimiento del equipo para otros soldados.

Los pacientes de Kaladin habían hecho auténticos progresos. Pero podía imaginar con exactitud cómo estarían sintiéndose, viviendo un nuevo horror al verse alcanzados de nuevo por la batalla que tantas pesadillas les

provocaba. Debían de estar fuera de sí.

«Y no solo ellos», pensó Kaladin, secándose otra vez la frente con la mano.

La mensajera se levantó, se desperezó, hizo una inclinación y se marchó para seguir informando de las novedades. Antes de que llegara a la puerta de la clínica, sin embargo, Syl se coló por debajo de ella, revoloteó trazando unos círculos y volvió a salir.

—Soldado enemigo —dijo Kaladin entre dientes a sus padres—. Viene hacia aquí.

En efecto, mientras la mensajera salía, un cantor que llevaba una grácil forma regia asomó la cabeza para observar a Kaladin y sus padres. El cantor se detuvo solo un momento antes de seguir su camino. No eran suficientes para vigilar todos y cada uno de los hogares. Pero Kaladin sospechaba que, a medida que llegaran más y más cantores a la torre, su familia y él dejarían de poder hablar con tanta libertad como lo habían hecho hasta el momento.

—Deberíamos dormir un poco —dijo Lirin a Kaladin.

—El resto del pueblo... —empezó a responder Kaladin.

—Larial y yo los visitaremos —dijo Hesina, levantándose—. Yo he dormido algo antes.

—Pero...

—Hijo —dijo Lirin—, si los Radiantes están en coma, significa que no tenemos Danzantes del Filo y no tenemos Regeneración. Tú y yo necesitamos dormir, porque vamos a ser hombres muy ocupados en los próximos días. Hay una torre entera llena de gente asustada, y no me extrañaría que unos soldados exaltados se dedicaran a armar lío a pesar de las órdenes de la reina. Todos van a necesitar a dos cirujanos descansados.

Hesina hizo a su marido una cariñosa caricia en la muñeca con la mano segura y luego lo besó. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo dio a Kaladin, que volvía a secarse la frente una vez más. Luego se fue a visitar a Larial, que había hablado con la mensajera antes que ellos y ya estaba al tanto de la situación.

Kaladin acompañó a su padre de mala gana por el largo pasillo, dejando atrás las salas de pacientes en dirección al alojamiento de la familia.

—¿Y si yo soy uno de esos exaltados? —preguntó Kaladin—. ¿Y si yo no puedo vivir con esto?

Lirin se detuvo en el pasillo.

—Creía que ya habíamos hablado de esto, hijo.

—¿Y crees que puedo pasar por alto que el enemigo ha conquistado mi

hogar? —dijo Kaladin—. ¿Crees que puedes convertirme sin más en un esclavo bueno y bien educado como...?

—¿Como yo? —preguntó Lirin, y suspiró. Sus ojos se desviaron hacia arriba, con toda probabilidad hacia las marcas en la frente de Kaladin, que su pelo tapaba casi del todo—. ¿Qué habría pasado, hijo, si en vez de empeñarte tanto en huir durante todos esos años, hubieras demostrado tu valía a tus amos? ¿Y si les hubieras enseñado que eras capaz de sanar en vez de matar? ¿Cuántas desgracias habrías ahorrado al mundo si hubieras usado tus talentos en vez de tus puños?

—Estás diciéndome que sea un buen esclavo y haga lo que me ordenan.

—¡Te digo que pienses! —restalló su padre—. ¡Te digo que, si quieres cambiar el mundo, debes dejar de ser parte del problema! —Lirin se tranquilizó con evidente dificultad, cerrando los puños y respirando hondo—. Hijo, piensa en lo que te hicieron todos esos años que desperdiciaste luchando. En cómo te hundieron.

Kaladin apartó la mirada, sin confiar en sí mismo para responder.

—Y ahora —prosiguió Lirin—, piensa en estas últimas semanas. En lo bien que te ha sentado estar ayudando por una vez.

—Hay más de una forma de ayudar.

—¿Y tus pesadillas? —preguntó Lirin—. ¿Los sudores fríos? ¿Los momentos en los que se te nubla la mente? ¿Esos los provoca mi clase de ayuda o la tuya? Hijo, nuestro mandato es hallar a quienes están heridos y cuidar de ellos. Eso podemos hacerlo incluso si el enemigo nos ha conquistado.

En cierto modo, Kaladin alcanzaba a entender lo que decía su padre.

—Tus palabras tienen sentido aquí. —Kaladin se dio unos golpecitos en la cabeza—. Pero no aquí abajo. —Y se dio una palmada en el pecho.

—Ese ha sido siempre tu problema, hijo. Permites que tu corazón se imponga a tu cabeza.

—A veces mi cabeza no es de fiar —dijo Kaladin—. ¿Puedes culparme? Además, ¿el motivo de que nos hiciéramos cirujanos no está en el corazón? ¿No es que nos importa?

—Necesitamos tanto el corazón como la mente —respondió Lirin—. Quizá el corazón aporte el propósito, pero la cabeza aporta el método, el camino. La pasión no es nada sin un plan. Desear algo no hace que suceda.

»Puedo reconocer... *Debo* reconocer que lograste grandes cosas al servicio de Dalinar Kholin. Pero con los Radiantes derrotados y la mayoría de los

cirujanos del rey en el campo de batalla, nosotros somos lo único que se alza entre la gente de esta torre y los muertespres. ¿Reconoces que en ocasiones no piensas bien? Pues confía en mí. Confía en mis pensamientos.

Kaladin hizo una mueca, pero asintió. Era cierto que sus propios pensamientos habían demostrado una y otra vez que no eran de fiar. Además, ¿qué creía que iba a hacer? ¿Declarar la guerra a los invasores él solo? ¿Después de que Navani se hubiera rendido?

Antes de retirarse, fueron a ver cómo estaban las personas inconscientes de las salas de pacientes. La Custodia de la Piedra estaba inmóvil del todo, menos reactiva que Teft, aunque Lirin pudo darle caldo metiéndoselo a cucharadas entre los labios. Kaladin la estudió: le comprobó los ojos, el ritmo cardíaco, la temperatura. Luego pasó a Teft. El Corredor del Viento barbudo se movió, con los ojos cerrados, y cuando Kaladin le llevó caldo a los labios, lo tomó con mucha más ansia. Las manos se le contrajeron y no dejaba de murmurar entre dientes, aunque Kaladin no entendía nada de lo que decía.

«Es un Corredor del Viento, y del mismo juramento que yo —pensó Kaladin—. Yo estoy despierto cuando los otros han caído. A Teft le falta poco para despertar.» ¿Habrá alguna relación?

Quizá el fabrial que estuviera usando el enemigo para hacer aquello no funcionase tan bien con los Corredores del Viento. Tenía que ver a los demás Radiantes y compararlos. Había más o menos otras dos docenas de Corredores del Viento en la torre. Su condición de cirujano debería permitirle visitarlos y comprobarles las constantes.

Tormentas. Su padre tenía razón. Kaladin podía lograr mucho más sometiéndose que luchando.

Syl llegó volando a la sala poco después. Lirin también se dio cuenta, así que se había hecho visible para él.

—Syl —dijo Kaladin—, ¿puedes mirar otra vez, a ver si encuentras a la spren de Teft? Parece que está más cerca de despertarse, así que ella podría estar haciéndose más visible.

—No hay tiempo —dijo Syl, adoptando la forma de una joven con espada al cinto y uniforme de exploradora. Se detuvo en el aire, de pie como sobre una plataforma invisible—. Ya vienen.

—¿Otro regio comprobando que estemos donde debemos? —preguntó Kaladin.

—Peor —respondió Syl—. Un grupo de soldados, liderados por otro regio distinto, está registrando todas las residencias, avanzando sin cesar en esta

dirección. Están buscando algo.

—O a alguien —dijo Kaladin—. Habrán oído que Bendito por la Tormenta está despierto.

—No saques conclusiones precipitadas, hijo —pidió Lirin—. Si estuvieran buscándote a ti en particular, habrían venido derechos hasta aquí. Saldré a ver qué pasa. Si de verdad te buscan, escapa por la ventana y decidiremos qué hacer más tarde.

Kaladin se retiró a la sala familiar, que tenía puertas hacia sus dormitorios, entre ellos el pequeño cuarto donde el pequeño Oroden dormía en su cuna. Pero Kaladin no fue a su dormitorio. Abrió una rendija en la puerta que daba al pasillo y pudo enteoír voces cuando su padre respondió a la lejana puerta principal de la clínica. Hizo un asentimiento a Syl, que se arriesgó a salir volando para acercarse y escuchar.

Antes de que Syl pudiera regresar, las voces se aproximaron. Kaladin distinguió al regio por los ritmos de su habla.

—... igual que seas cirujano, ojos oscuros —decía el soldado—. Tengo aquí el mandato sellado por la reina, y sus instrucciones prevalecen sobre lo que haya podido decirte ningún mensajero. Todos los Radiantes deben ser apresados.

—Estos son mis pacientes —replicó Lirin—. Fueron confiados a mi cuidado. Por favor, tal y como están no os suponen ningún peligro.

—Vuestra reina ha aceptado estas condiciones —insistió el regio—. Protéstale a ella.

Kaladin miró por la puerta del pasillo. Un regio al mando de cinco cantores corrientes en forma de guerra. Sus figuras más voluminosas parecían embutidas en el pasillo de piedra mientras caminaban hacia las dos salas de pacientes. De modo que no iban a por él, no en concreto. Buscaban Radiantes caídos.

Como para confirmárselo, el regio indicó a sus soldados que entraran en la primera sala de examen. Salieron de nuevo al poco tiempo, cargando entre ellos con la Custodia de la Piedra inconsciente. Apartaron a Lirin de un empujón para sacarla al pasillo.

Syl regresó volando, perturbada mientras entraba con Kaladin en la habitación.

—No parece que sepan nada de ti. Solo que un cirujano tiene a unos cuantos Radiantes caídos.

Kaladin asintió, aunque se había puesto tenso.

—Yo puedo ocuparme de estos mucho mejor que vosotros —dijo Lirin—. Llevároslos así podría ser peligroso para su salud, incluso letal.

—¿Y a nosotros qué más nos da? —replicó el regio, en un tono y un ritmo que sonaban divertidos. Dos de sus soldados izaron a los escuderos de la Custodia de la Piedra, uno a cada uno, y los sacaron de la segunda sala de examen—. Yo opino que deberíamos arrojarlos a todos desde la cima de la torre y librarnos de un problema enorme. Pero los Fusionados quieren reunirlos. Supongo que querrán pasar un buen rato matándolos ellos mismos.

«Está dándose aires —pensó Kaladin—. Los Fusionados no se molestarían en tomar prisioneros a los Radiantes solo para matarlos.» ¿Verdad?

¿Importaba?

Iban a llevarse a Teft.

El regio entró en la primera sala de examen seguido por el padre de Kaladin, que seguía protestando. Kaladin apoyó una mano en la pared, otra en la puerta, y respiró hondo. Entró aire por la ventana de atrás, acariciándolo, trayendo consigo dos vientospren que revolotearon como líneas de luz.

Un centenar de objeciones lo retenían. Los argumentos de su padre. Su alma fragmentada. Saber que era muy posible que estuviera demasiado cansado para tomar decisiones. El hecho de que la reina hubiera decidido que lo mejor era un cese de hostilidades.

Tenía muchos motivos para quedarse donde estaba. Pero uno para moverse.

Iban a llevarse a Teft.

Kaladin abrió la puerta y salió al pasillo, sintiendo el inevitable movimiento de un peñasco equilibrado encima de una pendiente. Apenas. Empezando. A inclinarse.

—Kaladin... —dijo Syl, posándose en su hombro.

—Ha sido un sueño bonito, ¿verdad, Syl? —preguntó—. ¿Que podríamos escapar? ¿Que por fin encontraríamos la paz?

—Un sueño maravilloso —susurró ella.

—¿Preparada para esto? —preguntó él.

Syl asintió y Kaladin entró por la puerta de la sala de examen. Allí quedaban dos soldados enemigos, uno en forma de guerra y el regio en forma tormenta. El regio acababa de ayudar a apoyar a Teft en los hombros del soldado normal.

Lirin miró a Kaladin y negó con la cabeza, apremiante, ensanchando

mucho los ojos.

—Ahora vais a dejarlo donde estaba —dijo Kaladin a los cantores— y a marcharos con tranquilidad. Que venga algún Fusionado a recoger a este, si tantas ganas tienen.

Los dos se quedaron muy quietos y el regio lo miró de arriba abajo.

—Vuélvete a la cama, chico —dijo al cabo de un momento—. Hoy no te interesa poner a prueba mi paciencia.

Lirin se abalanzó hacia delante, intentando empujar a Kaladin fuera de la sala. Con un rápido pivoté, Kaladin envió a su padre tropezando al pasillo, y confió en que fuera de peligro. Volvió a ocupar el umbral.

—¿Por qué no vais a por refuerzos? —dijo Kaladin a los dos cantores. Era más una súplica que una orden—. No hace falta que resolváis esto ahora mismo.

El regio hizo un gesto a su compañero para que devolviera a Teft a la mesa de examen, y por un momento Kaladin pensó que quizás de verdad harían lo que les había dicho. Pero entonces el regio sacó su hacha de la funda que llevaba al costado.

—¡No! —exclamó Lirin desde atrás—. ¡No lo hagas!

En respuesta, Kaladin inhaló una bocanada de luz tormentosa. Su cuerpo resplandeció con la tormenta interior y empezaron a emanar volutas de humo luminiscente desde su piel.

Eso hizo que los dos cantores se detuvieran un momento, hasta que el que estaba en forma de guerra señaló.

—¡Es él, brillante señor! ¡Ese al que busca el Perseguidor! ¡Cuadra del todo con la descripción!

El regio sonrió.

—Vas a hacerme muy rico, humano.

En su piel crepitaron relámpagos de color rojo oscuro. El cantor en forma de guerra se escabulló, dio contra la repisa e hizo que los instrumentos de cirugía tintinearan unos contra otros.

Lirin agarró a Kaladin desde atrás.

Kaladin estaba de pie en silencio sobre aquel precipicio. Equilibrado.

El regio saltó hacia delante, blandiendo su hacha.

Y Kaladin saltó por el borde.

Se zafó de su padre, lo empujó hacia atrás con una mano y atrapó el brazo del regio con la otra antes de que cayera el hacha. Kaladin estaba preparado para la descarga de energía que lo recorrió al tocar a un regio en forma

tormenta, porque ya había combatido antes contra ellos. Aun así, se quedó aturdido un momento y no pudo protegerse cuando el regio le dio un puñetazo en la cara y le cortó la mejilla con el erizado caparazón del dorso de su mano.

La luz tormentosa se lo curaría. Kaladin levantó la otra mano y bloqueó un segundo puñetazo mientras seguía reteniendo la hacha. Los dos forcejearon unos instantes y entonces Kaladin logró ganar ventaja, decantando su centro de equilibrio hacia delante de forma que pudo retorcerse y embestir con el hombro contra el regio.

Tormentas, cómo dolía. Aquel caparazón no era ninguna broma. De todas formas, la maniobra había desequilibrado a su oponente, así que Kaladin pudo controlar la refriega, dio la vuelta a su enemigo y le estampó la mano contra la esquina de una mesa de examen. Un sonoro chasquido hendió el aire y el caparazón de la mano se agrietó.

El regio dio un siseo de dolor y soltó la hacha. Pero entonces rodó de golpe, clavó su costado en el pecho de Kaladin y lo empujó contra la repisa. El padre de Kaladin estaba gritando, pero el cantor en forma de guerra, en vez de ayudar, se había quedado contra la pared opuesta. No parecía tener demasiadas ganas de atacar a un Radiante.

Sin luz tormentosa, Kaladin no habría podido soportar las constantes descargas de energía que sufría al tocar al forma tormenta. Teniéndola, pudo resistir sin dejar que el enemigo lo obligara a retroceder demasiado hasta que el regio cargó otro puñetazo. Cuando vio alzarse el brazo, Kaladin enganchó con una pierna el pie de su rival y los envió a los dos al suelo.

Por desgracia, Kaladin no había luchado mucho cuerpo a cuerpo. Sabía lo suficiente para impedir que lo retuvieran con demasiada facilidad, pero el regio era más fuerte que él y su caparazón no dejaba de pincharlo en lugares sorprendentes y de desbaratarle las presas. El regio aprovechó su ventaja en peso y fuerza y dio la vuelta a Kaladin con un gruñido. Entonces, con Kaladin debajo de él, la criatura empezó a aporrearle la cara con el puño bueno, el que no tenía agrietado.

Kaladin inhaló un respiro de luz tormentosa, agotando las esferas de la repisa. Levantó el puño y lo estampó en el dorso de la mano que había partido antes. Su enemigo se encogió de dolor y Kaladin pudo liberarse empujando con la pierna y apartando al regio, aunque los dos se golpearon contra las repisas de aquel espacio tan reducido al hacerlo.

Kaladin se apresuró a levantarse para poder atacar desde arriba, pero el

regio empezó a brillar en rojo. Los pelos de los brazos de Kaladin se erizaron y tuvo una fracción de segundo para arrojarse a un lado mientras un fogonazo de luz y un chasquido atronador llenaban la sala.

Cayó al suelo, cegado y ensordecido, con el acre olor del relámpago en las fosas nasales. Era un olor extraño y particular, que asociaba con la lluvia. Kaladin no creía que el relámpago le hubiera dado, porque los cantores en forma tormenta no apuntaban muy bien, pero su luz tormentosa tardó un momento en sanarle los oídos y restaurar su visión.

Una sombra cayó sobre él, descargando su hacha. Kaladin se retorció a un lado justo a tiempo. El hacha tañó contra el suelo.

«Lo siento, padre», pensó Kaladin mientras alcanzaba el bisturí que llevaba en la bota. Cuando el hacha cayó de nuevo, Kaladin permitió que le cortara el hombro izquierdo, rezando para que su luz tormentosa resistiera. Clavó el bisturí en el lado de la rodilla del regio, justo entre dos partes de su caparazón.

El regio chilló y tropezó. A Kaladin le dolía el hombro como la Condenación, pero se sobrepuso al dolor y se levantó de un salto. Su luz tormentosa se agotó mientras embestía a su enemigo y los derribaba a los dos de nuevo, pero en esa ocasión Kaladin cayó con más cuidado y terminó encima del regio. Con el impulso de la caída, hundió el bisturí en el cuello de la criatura, un milímetro por encima de su gorjal de caparazón.

El cuchillo no estaba pensado para la batalla, pero sí afiladísimo. Kaladin lo retorció, cortó la arteria carótida con habilidad y se levantó.

Tropezó hacia atrás contra la repisa, cubierto de sudor, jadeando, su oído aún no curado por completo del impacto. El regio se sacudió en el suelo y una sangre anaranjada... Bueno, Kaladin se volvió para no verlo. Había cosas demasiado nauseabundas incluso para un cirujano.

«Incluso para un soldado —se corrigió—. Tú no eres cirujano.»

Miró hacia el cantor que se había acurrucado contra la pared del fondo. Había estado mirando, estupefacto, sin intervenir.

—No has tenido muchas pelas, ¿verdad? —preguntó Kaladin con voz ronca.

El cantor se sobresaltó, con los ojos como platos. Estaba en forma de guerra, lo que le daba un aspecto terrorífico, pero su expresión contaba otra historia bien distinta. La de una persona que preferiría estar en cualquier otro lugar, una persona horrorizada por la brutalidad de la pelea.

Tormentas, Kaladin no había pensado que los cantores también pudieran

sufrir commoción de batalla.

—Vete —dijo Kaladin, y torció el gesto cuando la pierna del regio moribundo dio golpes contra la pared con un sonido frenético, temeroso. El desangrado siempre parecía suceder demasiado deprisa a los amigos y nunca lo bastante rápido a aquellos a quienes mataba.

El cantor lo miró, atribulado, y Kaladin comprendió que el hombren también estaría ensordecido por el relámpago. Señaló y vocalizó la palabra.

—¡Vete!

El cantor huyó a la carrera, dejando húmedas huellas naranjas por la sangre del moribundo. Kaladin llegó con dificultades a la repisa de enfrente, donde aún brillaban unas esferas. Las absorbió y sanó el resto de sus heridas. Debería haber llevado otra bolsa encima. Tarde o temprano iba a suceder algo como aquello.

Miró fuera de la puerta y encontró a su padre en el suelo, donde Kaladin lo había empujado, iluminado por la luz matutina que entraba por la lejana ventana.

—¿Estás bien? —le preguntó Kaladin—. ¿Esa explosión te ha hecho daño?

Lirin se levantó y miró detrás de Kaladin. Al interior de la sala, directamente al regio agonizante. En la otra habitación, Oroden había empezado a llorar. Entonces Lirin, sobreponiéndose a la impresión, entró con torpeza en la sala para intentar ayudar al cantor moribundo.

«Mi padre está bien», pensó Kaladin. El trueno de los rayos que arrojaban los cantores en forma tormenta, por lo menos los que lanzaba un individuo en solitario, no eran tan fuertes como el del verdadero relámpago. Estando a cubierto, como había estado su padre, no se sufría pérdida de audición permanente.

Kaladin miró agotado a Syl, que estaba sentada en la repisa con las manos en el regazo. Tenía los ojos cerrados, la cabeza apartada del regio moribundo mientras Lirin intentaba contener la hemorragia. Kaladin había matado a decenas, quizá a cientos de ellos durante la guerra, aunque había intentado concentrarse en los Fusionados. Se había dicho a sí mismo que esos combates eran más significativos, pero lo cierto era que odiaba matar a soldados comunes. Nunca parecían tener muchas oportunidades contra él.

Y sin embargo, cada Fusionado que mataba implicaba algo incluso peor. Que se sacrificaría a un no combatiente para otorgar una nueva vida a ese Fusionado, por lo que cada uno de ellos al que mataba Kaladin significaba acabar con la vida de un ama de casa o un artesano.

Kaladin fue hasta donde estaba Teft y su cuerpo brillante lo iluminó, inconsciente sobre la mesa. Se permitió una momentánea preocupación por la Custodia de la Piedra a la que se habían llevado. ¿Podría ingeníárselas para rescatarla a ella también?

«No seas idiota, Kaladin. Ya te ha costado salvar a Teft. De hecho, puede que aún no lo hayas salvado. Ocúpate del problema actual antes de crear nuevos.»

Cerca de ellos, Lirin se rindió, agachó la cabeza y se hundió donde estaba, arrodillado junto al cadáver. Por fin había dejado de moverse.

—Tendremos que escondernos —dijo Kaladin a su padre—. Voy a buscar a madre. —Se miró la ropa ensangrentada—. A lo mejor deberías ir tú, en realidad.

—¡Cómo te atreves! —susurró Lirin con la voz áspera.

Kaladin titubeó, sorprendido.

—¿Cómo te atreves a matar en este lugar? —gritó Lirin, volviéndose hacia Kaladin mientras los furiaspren se acumulaban en charcos a sus pies—. Mi refugio. ¡El lugar donde curamos! ¿Se puede saber qué te pasa?

—Iban a llevarse a Teft —dijo Kaladin—. A matarlo.

—¡Eso no lo sabes! —exclamó Lirin. Se miró las manos manchadas de sangre—. Solo... solo estás... —Respiró hondo—. ¡Seguro que los Fusionados solo están reuniendo a los Radiantes para tenerlos a todos en un mismo sitio y vigilar por si alguno despierta!

—Eso no lo sabes tú —replicó Kaladin—. No iba a permitir que se lo llevaran. Es mi amigo.

—¿Es eso o solo que querías una excusa?

Las manos de Lirin temblaban cuando intentó limpiarse la sangre en los pantalones. Cuando volvió a mirar a Kaladin, parecía haberse quebrado algo en su interior y tenía lágrimas en las mejillas. Tormentas, parecía exhausto del todo.

—Por los Heraldos en las alturas... —susurró Lirin—. De verdad mataron a mi chico, ¿no es así? ¿Qué te han hecho?

La pizca de luz tormentosa que le quedaba a Kaladin se agotó. Condenación, qué cansado estaba.

—Ya he intentado decírtelo. Tu chico murió hace años.

Lirin miró el suelo, mojado de sangre.

—Vete. Ahora sí que vendrán a por ti.

—Tenéis que esconderos conmigo —dijo Kaladin—. Sabrán que sois

mis...

—No iremos a ninguna parte contigo —espetó Lirin.

—No hagas como el sexto loco, padre —dijo Kaladin—. No puedes dejar que se te lleven después de esto.

—¡Puedo y lo haré! —gritó Lirin, poniéndose en pie—. ¡Porque yo me responsabilizaré de lo que he hecho! ¡Yo trabajaré con las limitaciones que sean para proteger a la gente! ¡Yo he hecho juramento de no dañar! —Hizo una mueca enfermiza—. Oh, Todopoderoso. Has asesinado a un hombre dentro de mi hogar.

—No ha sido asesinato —dijo Kaladin.

Lirin no respondió.

—No ha sido asesinato.

Lirin se dejó caer al suelo.

—Tú... vete —dijo, y su voz se volvió suave de nuevo. La amargura que había en ella, la decepción, fueron mucho peores que la ira de antes—. Yo... encontraré la manera de sacarnos de esta a los demás. Ese cantor me ha visto intentar que pararas. No harán daño a un cirujano que no ha luchado. Pero a ti te matarán.

Kaladin vaciló. ¿De verdad podía dejarlos allí?

—Tormentas... —susurró Lirin—. Tormentas, mi hijo se ha convertido en un monstruo...

Kaladin recobró la compostura, fue a la sala de atrás y recogió un saquito de esferas de reserva que guardaba allí. Luego volvió a la sala de examen, intentando sin éxito esquivar la sangre. Levantó a Teft con un gruñido y se lo puso a la espalda con un agarre de médico.

—Yo también he hecho juramentos, padre —dijo—. Lo siento si no soy el hombre que tú querías. Pero si fuese un monstruo, no habría dejado escapar a ese otro soldado.

Se marchó, corriendo hacia la parte central deshabitada de la quinta planta mientras los gritos en el idioma de los cantores empezaban a sonar detrás de él.

FIN

Segunda parte

INTERLUDIOS

VYRE ♦ LIFT
TARAVANGIAN

I-4

VYRE



Vyre estaba desencadenado.

Moash, el hombre que fuera una vez, había pasado la vida entera encadenado sin saberlo nunca. Sí, había identificado las ataduras que le imponían los ojos claros. Había experimentado su tiranía tanto directa como indirectamente, la forma más dolorosa en la muerte de sus seres queridos, abandonados sin poder salir, encerrados en las mazmorras de sus captores.

Pero no había sabido ver las cadenas más verdaderas. Las que ataban su alma, constriñéndolo a la mera mortalidad, cuando siempre había podido ser mucho más.

Vyre arrojó su hoja esquirlada con un amplio movimiento del brazo por encima de la cabeza. La luz del sol destelló en la hoja que rodaba volando sobre la cantera, y entonces rebotó con estruendo contra una roca grande antes de rasgar un surco en el suelo y descansar por fin clavada con ángulo en la piedra.

—Aún... sigo sin entender lo que estás haciendo, Vyre —dijo Khen a Confusión. La forma de guerra sentaba bien a la mujer. Siempre lo había hecho—. Esa arma no está pensada para lanzarla.

Trabajaban juntos en la cantera a las afueras de Kholinar, creada perforando a través del crem a gran profundidad hasta llegar al mármol. Como de costumbre, su pequeña banda de cantores había ido donde él y

había empezado a trabajar en silencio como él. Unos momentos antes, Vyre había estado extrayendo bloques de piedra cortados con su hoja esquirlada.

Pero su atención se había vuelto hacia su interior. Hacia las cadenas, y las ataduras, y las prisiones inadvertidas. Hizo un gesto y, a lo lejos, la hoja esquirlada se deshizo en una neblina. Pero solo le costó diez latidos del corazón volver a invocarla.

—Vi al príncipe Adolin lanzar su hoja esquirlada —dijo Vyre—. Hace tres meses, en el campo de batalla del norte de Jah Keved. No es Radiante, y aun así su hoja esquirlada responde a él como si lo fuese...

—A lo mejor tuvo suerte con el lanzamiento y ya está.

Vyre arrojó su arma de nuevo. Rebotó inofensiva en su blanco. Vyre entornó los ojos y renunció a ella, haciendo que se convirtiera en niebla.

—No —dijo Vyre—. Tuvo que ser capaz de cambiarle el equilibrio, para permitir esa maniobra. Y luego la hoja volvió a él antes de los diez latidos, hasta teniendo en cuenta el pulso acelerado por la batalla.

Vyre esperó hasta que la hoja esquirlada apareció de nuevo en su puño. Era un arma antigua, una de las poderosas hojas de Honor. Y sin embargo, era inferior. No podía cambiar de forma, costaba mucha más luz tormentosa utilizarla y a menudo le cubría la ropa de escarcha cuando la blandía demasiado rápido.

No sentía rabia por la inferioridad de su hoja esquirlada. Ni tampoco humillación. La ausencia de esas emociones le permitía considerar la situación con la mente clara, avivaba su curiosidad, su determinación. Aquello era lo que se sentía al estar desencadenado. Al liberarse del cautiverio.

Al no sentir culpabilidad nunca más.

Cruzó la cantera a zancadas. Un millar de tintineos de metal contra piedra lo rodeaban, como patas danzantes de cremlinos. Un cielo encapotado y un viento leve le refrescaban la piel mientras elegía una nueva zona de la cantera en la que trabajar. Empezó a cortar la pared para liberar otro gran bloque del valioso mármol.

—Vyre —dijo Khen. A Determinación. Curioso. ¿Qué quería que tanto miedo le daba?—. Yo... me marcho.

—Muy bien —respondió Vyre, sin dejar de trabajar.

—¿No estás... enfadado?

—No puedo enfadarme —respondió él con total sinceridad—. Ni tampoco siento decepción.

Después de tantos meses juntos, Khen aún no lo entendía, porque se apresuró a darle explicaciones, preocupada por si él se molestaba a pesar de lo que acababa de decirle.

—No quiero seguir haciendo esas incursiones y luchando, Vyre. Me da la sensación de que desperté a la vida y al momento empecé a matar. Quiero saber lo que es vivir. Vivir de verdad. Con mi propia mente, mis propias Pasiones.

—Muy bien —dijo Vyre.

Ella canturreó a Reconciliación.

—Estás encadenada, Khen —explicó Vyre—. No le has entregado tus emociones negativas a él. Tus inseguridades. Tus miedos. Tu dolor. Yo fui como tú durante muchos años. —Entornó los ojos y se volvió para mirar al oeste. Hacia él—. Entonces me liberé de las cadenas y vi en lo que podía convertirme de verdad.

Khen canturreó a... ¿era Curiosidad? Sí, a Vyre le parecía que sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Vyre.

—Dices que te has liberado, Vyre —respondió ella—. Que ya no te importa nada. Pero sigues persiguiéndolo a él. Al Corredor del Viento.

La mera mención de Kaladin provocó a Moash una leve punzada de viejas y dolorosas emociones... que Odium absorbió enseguida.

—Kaladin es un amigo —dijo Moash—. Es importante para mí que halle también su libertad. Sigue tu camino, Khen. Si te desencadenas en el futuro, búscame. Eres una guerrera capaz y estaré encantado de volver a luchar a tu lado.

Vyre se echó una roca al hombro derecho y empezó a llevarla fuera de la cantera. Los demás se quedaron donde estaban, trabajando.

A Vyre le gustaba cargar rocas. El trabajo sencillo era el mejor para pasar el rato. Le recordaba a los días en los que había caminado con las caravanas. Solo que aquello era mejor, porque le cansaba el cuerpo pero lo dejaba capaz de pensar en su curioso estado. Su nuevo estado.

Con la gran piedra acomodada en el hombro, recorrió con paso constante el camino hacia Kholinar. El mármol pesaba, pero no tanto como para necesitar luz tormentosa o ayuda sobrenatural. Eso anularía el propósito del ejercicio. Durante un tiempo caminó, feliz con el estado en que se hallaba. Y pensó en Kaladin.

Pobre Kaladin. De verdad existía una libertad que podía alcanzar su viejo amigo. Dos libertades, de hecho. Pero dudaba mucho que Kaladin fuese a

aceptar jamás la misma libertad que Vyre, de modo que le ofrecía la otra. La dulce paz de la inexistencia.

Khen tenía razón al cuestionar a Vyre. Con la de cosas que una vez habían sido importantes y ya no lo inquietaban lo más mínimo, ¿por qué Kaladin seguía provocándolo, llamando su atención? ¿Por qué Kaladin siempre hacía que las antiguas emociones volvieran a removerse, aunque fuese por un instante?

Seguía habiendo una cadena que lo retenía, admitió Vyre. La de su amigo. «Debo tener razón —pensó Vyre—. Y él debe estar equivocado.» Kaladin tenía que reconocer que Vyre estaba en lo cierto. Y hasta que lo hiciera...

Hasta que lo hiciera, esa última cadena permanecería.

Vyre terminó llegando a Kholinar y cruzó sus puertas. La ciudad se había acomodado bien y del todo a su nueva existencia. Los pueblos convivían mezclados, aunque se otorgaba la deferencia debida a los cantores. Eran el modelo de comportamiento que los humanos debían aprender a seguir. Cuando surgían disputas, los cantores obligaban a los hombres a ser justos entre ellos. Al fin y al cabo, cuando los padres volvían a casa, era su deber retirar privilegios si encontraban un desastre. A la humanidad se le habían concedido milenios enteros para demostrar que podían gobernarse a sí mismos como era debido, y habían fracasado.

La gente lo miraba. No llevaba su uniforme, y el tatuaje del Puente Cuatro en su hombro estaba cubierto por mangas hasta los codos. No resaltaba. Y aun así, lo hacía. Porque lo conocían y hablaban de él en susurros. Vyre. Aquel que Acalla.

Aquel que carga rocas.

Vyre tardó poco en llegar a un solar de construcción cerca del distrito de los Colores. Allí había trabajadores construyendo alojamientos especiales para algunos Profundos. Cada marca de Fusionados tenía sus peculiaridades. A esos les gustaba que sus casas no tuvieran suelo, para poder tocar el suelo natural de piedra con los pies descalzos. También podían atravesar otros materiales, siempre que fuesen sólidos, pero los complacía el tacto de la piedra sin tallar bajo los pies, extendiéndose hasta el corazón de Roshar. El mármol de Vyre se utilizaría para las paredes.

Nadie había pedido a Vyre que ayudara con ese trabajo. Si las emociones negativas pudieran gobernarlo, sospechaba que se molestaría por ese descuido. ¿Trabajo duro en la ciudad? No decírselo era como ocultar dulces a un niño. Por suerte, se había enterado por su cuenta unos días antes y se había

puesto a cortar rocas y cargarlas.

Vyre soltó su bloque de mármol junto al puesto de los mamposteros, que se dedicaban a pulirlos. Luego ayudó que descargar un carro que acababa de llegar desde la otra cantera, lleno hasta los topes.

Una piedra detrás de otra. Levantar, cargar, soltar. Era un trabajo excelente. Difícil, riguroso. Estaba tan ensimismado en el esfuerzo que, cuando estuvieron vacíos todos los carros tirados por chulls, se sacudió el polvo de las manos... y se sorprendió al encontrarse casi solo. ¿Cuándo se habían marchado los mamposteros y el resto de los trabajadores? Aún no era ni mediodía.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —preguntó al cuidador de los chulls, que estaba reuniendo sus bestias a toda prisa para llevárselas a su redil.

—Esta noche hay tormenta eterna, brillante señor. Nos han dado medio día libre para celebrarlo.

—No soy un brillante señor —dijo Vyre, comprobando el cielo, aunque, como recordó justo entonces, la tormenta aún tardaría varias horas en llegar. Pero con toda seguridad estaría aproximándose a Urithiru en esos momentos. Los ejércitos estarían preparándose para atacar. En fin, le habían ordenado no unirse a esa lucha, de modo que miró al cuidador de chulls—. ¿Cuánta piedra más hace falta?

—Bueno, hum, brill... esto... ¿lord Acallador? ¿Señor? Hum. Sí, necesitamos como el doble de la que tenemos ahora. Hay una pila en la segunda cantera, pero ya tenemos chulls y carros para...

—No podemos permitir que los chulls se lleven toda la diversión —respondió Vyre, y se volvió hacia el camino que llevaba a las puertas de la ciudad.

Antes de llegar a las puertas, sin embargo, se lo llevaron a una visión. Se materializó en un extenso campo de luz dorada. Odium estaba allí, con treinta metros de altura, sentado en un trono. Con la apariencia de un poderoso Fusionado, majestuoso como debería serlo un rey.

Vyre se aproximó a él y se arrodilló.

—¿Ahora podéis traerme sin que haya tormenta, mi señor?

NUESTRA CONEXIÓN GANA FUERZA, dijo Odium. YA HACEMESES QUE NO NECESITO NINGUNA TORMENTA PARA TRAERTE A UNA VISIÓN, VYRE. SI LO HAGO, ES POR TRADICIÓN.

Tenía sentido. Vyre esperó más instrucciones.

TE HE VISTO CAMINANDO LIBRE ENTRE LAS TORMENTAS EN DÍAS ANTERIORES, Vyre, dijo Odium, su voz como el trueno. ME HAS ENTREGADO TUS PEORES EMOCIONES, PERO DEBERÍAS MANTENER UN SENTIDO DE AUTOCONSERVACIÓN. UN TEMOR A MI MAJESTAD. ¿POR QUÉ NO ERES CAUTO CON EL RELÁMPAGO?

—No me fulminaréis —respondió Vyre.

¿CÓMO LO SABES?

—No he terminado lo que se supone que debo hacer —afirmó Vyre—. Aún tengo una verdad que demostrar.

INTERESANTE, dijo Odium. REACCIONAS A MI DON DE UNA MANERA MUY EXTRAÑA. ESTÁS CONVIRTIÉNDOTE EN ALGO QUE NUNCA ANTES HABÍA CREADO, VYRE.

—Hay quienes dicen que me he convertido en vuestro avatar —dijo Vyre—. Que actuáis a través de mí, que me controláis.

Odium se echó a reír.

COMO SI FUENSE A CONCEDER TAL PODER A UN MORTAL. NO, VYRE, TÚ ERES TÚ MISMO Y NADIE MÁS. QUÉ INTERESANTE.

—Estoy desencadenado.

Y SIN EMBARGO, PIENSAS MUY A MENUDO EN KALADIN.

—Estoy... desencadenado casi del todo.

Odium se inclinó hacia delante y el relámpago crepitó a lo largo y ancho de su cuerpo cubierto de caparazón.

TE NECESITO EN URITHIRU. NO PODEMOS HACER QUE FUNCIONEN LAS PUERTAS JURADAS, ASÍ QUE NECESITO QUE TRANSPORTES TÚ LAS TROPAS DE INFANTERÍA. SOSPECHO QUE TU ESPADA AÚN FUNCIONARÁ.

—Iré de inmediato —respondió Vyre—. Pero pensaba que no me queríais allí.

ME PREOCUPA EL EFECTO QUE TIENE EN TI TU AMIGO. EL CORREDOR DEL VIENTO.

—No tenéis por qué preocuparos. Esas emociones ahora os pertenecen.

Así es. Odium se inclinó más hacia él. TU AMIGO ES UN PROBLEMA PARA MÍ, UN PROBLEMA MAYOR DE LO QUE HABÍA SUPUESTO. HE VATICINADO QUE CONTINUARÁ SIÉNDOLO.

No era nada sorprendente. Kaladin era un problema para muchos.

HA ABANDONADO LA BATALLA, COSA QUE NO LO CREÍA CAPAZ DE HACER, dijo Odium. POR EXTRAÑO QUE PAREZCA, ESO LO VOLVERÁ MUCHO MÁS PELIGROSO EN

EL FUTURO. A MENOS QUE ACTUEMOS. PERO YO NO PUEDO ACABAR CON ÉL DIRECTAMENTE. NO A MENOS QUE ÉL MISMO SE PONGA EN MIS MANOS.

—Kaladin es imposible de matar —dijo Vyre. Lo sabía, con la misma certeza que sabía que el sol era caliente y que daba vueltas a Roshar por toda la eternidad.

¿NI SIQUIERA POR TI?

—Sobre todo, no por mí.

NO CREO QUE ESO SEA CIERTO, VYRE, AUNQUE ENTIENDO QUE PUEDAS PENSARLO. SIENTO TUS PASIONES, YA QUE ME PERTENECEN. TE COMPRENDO.

Vyre siguió arrodillado.

QUERRÍA RECLAMARLO A ÉL, IGUAL QUE TE RECLAMÉ A TI, dijo Odium.

Y Vyre querría verlo muerto antes. Una piedad.

¿SE TE OCURRE ALGUNA FORMA DE HACERLE DAÑO?, preguntó Odium. ¿DE ATRAERLO HACIA MÍ?

—Aislarlo. Quitarle a sus amigos.

PRONTO ESTARÁ SOLO.

—Entonces, asustarlo. Hacer que tema. Derrumbarlo.

¿CÓMO?

Vyre alzó la mirada hacia el interminable campo de piedra dorada.

—¿Cómo me traéis a mí aquí?

ESTO NO ES UN LUGAR, SINO UNA DISTORSIÓN DE LOS REINOS. UNA VISIÓN.

—¿Podrías mostrarme cualquier cosa?

Sí.

—¿Podrías mostrarle a él cualquier cosa?

NO TENGO LA CONEXIÓN CON ÉL. Odium meditó, canturreando en voz baja a un ritmo. VEO UNA MANERA. HAY AGUJEROS EN SU ALMA. ALGUIEN PODRÍA INTRODUCIRSE. ALGUIEN QUE LO CONOZCA, ALGUIEN CONECTADO CON ÉL. ALGUIEN QUE SIENTA LO QUE ÉL SIENTE.

—Lo haré yo.

QUIZÁ. TÚ PODRÍAS INFLUIR EN ÉL SOLO A PEQUEÑA ESCALA. QUIZÁ CADA NOCHE, CUANDO DORMITA... TODAVÍA PIENSA EN TI, Y HAY MÁS. UNA CONEXIÓN POR VUESTRO PASADO, POR VUESTROS SUEÑOS COMPARTIDOS. TODO VÍNCULO DE ESA NATURALEZA PUEDE MANIPULARSE.

¿SERÁ SUFICIENTE? SI LE MOSTRAMOS VISIONES, ¿ESO LO QUEBRANTARÁ?

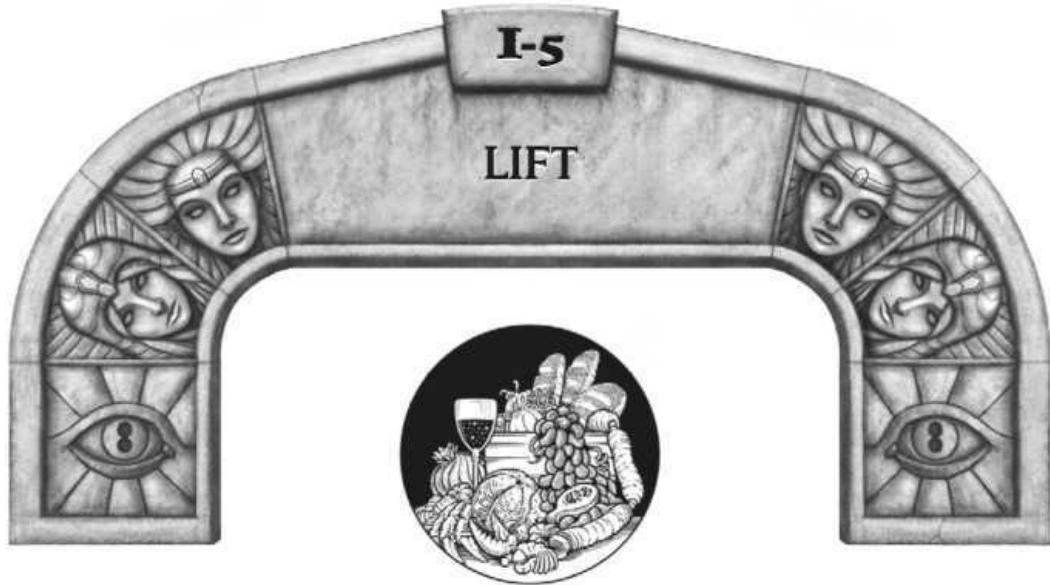
—Será un principio. Puedo llevártelo al borde del abismo. Hacer que pise el

saliente.

¿Y ENTONCES?

—Entonces encontraremos la manera de hacer que salte —dijo Moash en voz baja.





Mientras Lift colgaba del techo, meciéndose precaria con una mano aferrada a una cuerda y extendiendo la otra hacia la cesta, se vio obligada a reconocer que robar comida ya no la emocionaba tanto como antes.

Seguía fingiendo porque no quería que su vida cambiara. Odiaba el cambio. Robar comida a la gente venía a ser a lo que se dedicaba. Llevaba años haciéndolo y ver sus famélicas caras sí que la emocionaba. Se volvían un momento y, cuando miraban de nuevo, su rollo de chouta ya no estaba. O levantaban la cubierta de su comida y encontraban la bandeja vacía. Justo después de eso llegaba el más sublime instante de pánico bizco y confuso.

Pero luego sonreían y miraban a ver si la encontraban. No la veían, claro. Era demasiado buena escondiéndose. Pero miraban, y parecían hacerlo con afecto.

Nadie debería tener afecto cuando alguien le estaba robando. Echaba a perder toda la experiencia.

Y luego estaba aquello. Se estiró un poco más, sus dedos rozaron la cesta y...

Hecho. Cogió el asa.

Se metió el asa entre los dientes, se escabulló cuerda arriba y desapareció en el laberinto oculto de pequeños túneles que se extendía por los techos y las paredes de Urithiru. Allí arriba la esperaba Wyndle, enroscado sobre sí

mismo y componiendo una cara a partir de enredaderas y cristal.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Una cesta entera! ¡A ver qué te ha dejado esta vez!

—A mí nadie me deja nada —replicó Lift—. La he robado con toda la injusticia del mundo. Y además, chitón. Podría oírnos alguien.

—A mí no pueden oírme, ama. Soy...

—Yo puedo oírtte. Así que chitón, quejispren.

Reptó por el túnel. Había tormenta eterna en esos momentos y Lift quería resguardarse en su refugio. Las cosas se habían puesto siniestras de formas que los otros Radiantes no parecían advertir. Y aunque todo parecía normal en la torre, Lift no podía evitar la extraña sensación de que algo andaba mal.

Pero sentía lo mismo cada vez. Así que ese día siguió empujando la cesta por delante de ella mientras se arrastraba por el pequeño túnel. La siguiente intersección era muy estrecha, pero podía hacerse resbaladiza con luz tormentosa, así que la superó.

Dos recodos y un tramo recto más tarde, llegaron a una pequeña intersección donde Lift había dejado una esfera para que diera luz. El techo del túnel estaba un poco más alto allí, así que pudo sentarse con la espalda apoyada en la pared de piedra e inspeccionar su botín.

Wyndle entró por el techo, con la forma de una enredadera que crecía y se extendía por la piedra. Volvió a formar una cara por encima de la de Lift mientras ella hurgaba en la cesta. Pan ácimo... un poco de curry... pasta de alubias azucarada... un tarrito de mermelada con una cara mona dibujada encima del símbolo comecuernos que significaba «amor».

Lift alzó la mirada hacia el techo y la cara hecha de enredaderas que parpadeaba colgando de él.

—Vale —reconoció—. Es posible que lo haya dejado para mí.

—¿Possible?

—Famélico chico estúpido comecuernos —refunfuñó Lift, untando mermelada en el pan ácimo—. Su padre sí que sabía hacer que pareciera casualidad eso de dejarme cosas para que me las llevara. Tormentas, así podía seguir fingiendo.

Se metió el pan en la boca. Condenación. Qué bueno estaba. Solo volvía la experiencia más humillante.

—No entiendo qué problema hay, ama —dijo Wyndle.

—Eso es porque eres un bobospren —respondió ella, y entonces se embutió el resto del pan ácimo en la boca y siguió hablando—. O *de uta azadlo ien omo abi*.

—¡Sí que me gusta divertirme! —exclamó él—. El mes pasado, con la ayuda de unos niños humanos, creé una instalación artística de sillas que era una preciosidad. A los demás cultivacispren les pareció esplendorosa. Halagaron sobre todo los posaderos.

Lift suspiró, se reclinó, se repantigó. Estaba demasiado molesta incluso para hacer un buen chiste sobre posaderas. No estaba enfadada del todo. No estaba triste del todo. Estaba... achopof. Muy, pero que muy achopof.

Tormentas. La tela prieta que llevaba bajo la camisa picaba mucho ese día.

—Vamos —dijo, cogiendo la cesta y la esfera, y siguió adelante por las entrañas de la torre.

—¿De verdad es tan malo? —preguntó Wyndle, siguiéndola—. A Don le gustas. Por eso te deja cosas para que te las lleves.

—No se supone que deba gustarle a nadie —replicó Lift—. Soy una sombra. Una sombra peligrosa y desconocida, que se mueve misteriosa de un lugar a otro, nunca vista. Siempre temida.

—Una... sombra.

—Sí, una famélica sombra, ¿vale? —Tuvo que estrujarse para cruzar el siguiente túnel también. Tonta, tonta, *tonta*—. Esta torre es como un viejo cadáver. Y yo soy como la sangre, que va a hurtadillas por sus venas.

—¿Por qué iba a tener un cadáver sangre en las venas?

—Bien. No está muerta. Está durmiendo y nosotros somos su tormentosa sangre, ¿vale?

—Yo diría que estos conductos de aire se parecen más a intestinos —dijo Wyndle—. Así que, según esa alegoría, eres algo más parecido a... hum... bueno, a las heces, supongo.

—¿Wyndle? —dijo ella, superando la estrechez.

—Sí, ama?

—Podrías dejar de intentar ayudar con mis guajudas metáforas.

—Sí, muy bien.

—Tormentoso cutrespren —murmuró ella, llegando por fin a una zona de conductos de aire más grandes.

La verdad era que le gustaba aquella torre. Había muchos sitios en los que esconderse y que explorar. Allí arriba, en aquella red de huecos de ventilación, encontraba a veces algún visón u otro carroñero, pero a grandes rasgos eran sus dominios. Los adultos eran demasiado grandes y los otros niños demasiado asustadizos. Además, podía brillar siempre que comiera bien y su maravilla le permitía pasar por los recovecos estrechos.

Un año antes no había ni por casualidad tantos de esos como estaba encontrando últimamente.

«Tonta, tonta, tonta.»

Terminaron llegando a su refugio, un espacio amplio donde convergían cuatro altos conductos de aire. Allí Lift había amontonado mantas, provisiones y algunos tesoros. Un cuchillo de Dalinar que sabía sin la menor duda que no había querido que Lift le robara. Algunos caparazones interesantes. Una vieja flauta que Wyndle decía que parecía extraña.

Estaban cerca de un pozo del que podía sacar toda el agua que quisiera, pero lo bastante lejos de la gente para poder hablar con libertad. Sus anteriores refugios le habían permitido escuchar las conversaciones cercanas, pero la gente también podía oírla a ella.

Los había oído hablar de los ecos. El espíritu de la torre, la habían llamado. Eso al principio había estado genial, pero luego habían empezado a dejar cosas para ella, como si fuese la tormentosa Vigilante Nocturna. Y Lift había empezado a tener remordimientos. No se podía coger cosas a la gente que no tenía mucho. Era la primera regla de no ser un total-y-absoluto-pedazo-de-boñiga-de-chull.

Masticó un poco más de la comida «robada» de la cesta y luego suspiró y se levantó. Fue a una pared lateral y apretó la espalda contra la piedra.

—Venga —dijo—. Hazlo.

Wyndle subió por la pared. Como siempre, dejó un rastro de enredaderas por detrás. Se descompondrían y se desharían en polvo al poco tiempo, pero podían utilizarse para marcar algo durante un breve intervalo. Wyndle pasó en horizontal por la pared justo encima de la cabeza de Lift, que entonces dio media vuelta y marcó la línea con otra más permanente de tiza.

—Centímetro y medio más que la última vez —dijo.

—Lo siento, ama.

Lift se dejó caer en su nido de mantas, con ganas de acurrucarse y llorar.

—Voy a dejar de comer —dijo—. Eso me atrofiará el crecimiento.

—¿Tú? —repuso Wyndle—. ¿Dejar de comer?

Tormentoso spren. Lift se quitó la camisa, se ciñó más la tela aunque le pellizcara la piel y volvió a ponerse la camisa. Después se tumbó y contempló las marcas en la pared, que mostraban el progreso de su altura a lo largo del último año.

—Ama —dijo Wyndle, enrollándose como una anguila y levantando una cabeza de enredaderas a su lado. Estaba mejorando en hacer caras, y aquella

era una de las favoritas de Lift porque tenía unos zarcillos que parecían un bigotito—. ¿No crees que ya es hora de contarme qué fue exactamente lo que pediste a la Vigilante Nocturna?

—Da lo mismo —dijo ella—. Eran todo mentiras. El don. Las promesas. Mentiras, mentiras, *mentiras*.

—He conocido a la Vigilante Nocturna —dijo Wyndle—. Ella no... no piensa de la misma forma que el resto de nosotros. Cultivación la creó para estar apartada, separada de la humanidad, no Conectada. La percepción que tienen los mortales de la Vigilante Nocturna no influye en ella como en otros spren. Madre quería una hija cuya forma y cuya personalidad crecieran de manera orgánica.

»Eso hace a la Vigilante Nocturna menos... bueno, menos humana que un spren como yo. Aun así, no creo que sea capaz de mentir. No es algo que ella pudiera concebir, me parece.

—La mentirosa no es ella —respondió Lift, cerrando los ojos. Tormentas. Se había apretado demasiado la tela. Apenas podía respirar—. Es la otra. La del vestido como hojas, que se fundía con la maleza. Pelo como ramitas. Piel del color de la piedra marrón oscura.

—Así que viste a Cultivación en persona. Tú, y también Dalinar... Madre ha estado interviniendo mucho más de lo que suponíamos, pero tras una nube de subterfugio. Utiliza los relatos de la Antigua Magia para distraer, y para hacer menos evidente a qué seres concretos atrae hacia ella...

Lift se encogió de hombros.

—Ya lo había sospechado. Tu... situación es única. ¡Vaya, es que ver en el Reino Cognitivo, aunque sea solo un poco, es muy infrecuente en los humanos! Y convertir comida en luz. Caramba... si madre está involucrada... a lo mejor lo que usas no es luz tormentosa en absoluto. Hum... ¿Te das cuenta de lo especial que eres, Lift?

—Yo no quería ser especial.

—Dijo la chica que hace un momento se comparaba de forma tan teatral con una sombra.

—Solo quería lo que pedí.

—¿Que era...? —preguntó Wyndle.

—Ahora no es importante.

—Yo diría más bien que sí.

—Pedí no cambiar —susurró Lift, abriendo los ojos—. Dije que, cuando todo lo demás vaya mal, quiero ser la misma. Quiero seguir siendo yo. No

convertirme en otra persona.

—¿Fueron tus palabras exactas? —preguntó Wyndle.

—Que yo recuerde.

—Hum... —dijo Wyndle, acurrucándose en sus enredaderas—. Creo que eso es demasiado impreciso.

—¡Qué va! Se lo dije. Haz que no crezca.

—Eso no es lo que le dijiste, ama. Y si me permites el atrevimiento, después de haber pasado muchísimo tiempo contigo, te diré que no eres una persona fácil de comprender.

—¡Pedí no cambiar! Así que ¿por qué estoy cambiando?

—Sigues siendo tú. Solo que una versión más grande.

Lift volvió a cerrar los ojos con fuerza.

—Ama —dijo Wyndle—. Lift. ¿Querrás decirme por qué te molesta tanto? Todo el mundo crece. Todo el mundo cambia.

—Pero yo soy... soy su niñita.

—¿La niñita de quién? —preguntó él con voz suave—. ¿De tu madre?

Lift asintió. Tonta. Sonaba tonto y ella era tonta. Su madre estaba muerta.

Y punto.

¿Por qué no había dicho las palabras correctas? ¿Por qué Cultivación no la había comprendido sin más? Se suponía que Cultivación era una especie de famélica diosa. Era culpa suya si una niña pequeña llegaba suplicando una promesa y la diosa la malinterpretaba a propósito y...

Y a Lift le gustaba la persona que era. La persona que había sido. No sería la misma cuando se hiciera mayor.

¿Reptar por túneles oscuros? Claro. ¿Luchar contra Fusionados? Eh, por qué no.

Pero ¿sentir que su propio cuerpo la convertía en alguien distinto y no ser capaz de impedirlo?

Todo ser humano vivía con un horrible terror, y ninguno se daba cuenta. Sus propios cuerpos mutaban, y se elongaban, y empezaban a sangrar, y se estropeaban por todas partes. ¿Y nadie hablaba de ello? ¿A nadie le daba miedo? Pero ¿qué les pasaba?

«La última vez que las cosas fueron bien —pensó Lift—, estaba con ella. Antes de que enfermara. Y era su niñita. Si me viera ahora, no me reconocería.»

Unos spren extraños, como caras burlándose de ella, aparecieron cerca. Wyndle, muy despacio, la envolvió con sus enredaderas. Amable, como un

abrazo. Aunque otros apenas podían notar el contacto de sus spren, para ella Wyndle era sólido. No cálido, desde luego. Pero... sí que fue reconfortante que le apoyara su cabeza de enredaderas en el hombro. Por una vez, no estropeó la emoción del momento diciendo alguna idiotez.

Y entonces Wyndle se espabiló con un aire de suspicacia.

Lift se secó los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó imperiosa.

—No lo sé —dijo Wyndle—. Acaba de ocurrir algo. En la torre. Siento... una oscuridad cayendo sobre mí como una manta. Creo que he notado que la torre se revolvía.

—Dijiste que el spren de la torre había muerto.

—Los spren muertos pueden revolverse, Lift —dijo Wyndle—. Algo va mal. Algo va muy mal.

Lift cogió un trozo grande de pan ácimo y se lo metió en la boca. Luego se escabulló por los túneles, seguida de Wyndle. Intentó usar luz tormentosa para hacer su cuerpo resbaladizo y colarse por un paso muy estrecho, pero no funcionó. Frunció el ceño, volvió a intentarlo y al final tuvo que pasar apretándose y haciendo fuerza, sin la luz.

¿Qué estaba pasando?

Salió encima de una sala vacía en el perímetro de la torre. Se dejó caer desde la abertura del techo y trotó hasta la ventana. Ya era casi de noche y la tormenta eterna había pasado. Desde allí no parecía haber nada raro en la torre; era solo un día más allá arriba, en las montañas.

—Pasa algo con mis poderes —susurró mientras Wyndle descendía al alféizar—. No he podido hacerme maravillosa.

—Mira ahí abajo.

Había gente reunida en la plataforma de la Puerta Jurada que llevaba a las Llanuras Quebradas. Varias figuras que parecían haber caído al suelo. Uniformes azules.

—Corredores del Viento —dijo Lift, entornando los ojos—. Les pasa algo.

¿Habrán roto las Puertas Juradas?

—Tal vez.

Lift buscó por el paisaje nevado, intentando escuchar. Escucha. El Insomne le había dicho: «Escucha siempre».

Oyó gritos. Pero no eran gritos humanos.

—Ahí —dijo, señalando—. ¿Qué es eso?

Un *algo* de color rojo brillante volaba por los aires trazando un bucle

desesperado, perseguido por otro algo que era verde. Más rápido, más peligroso. Los dos colisionaron en el aire y cuando el algo rojo se zafó del verde, dejó caer plumas en el cielo.

Pollos. Pollos voladores. Lift no necesitó que se lo explicara nadie para comprender por instinto que el verde era el depredador y el rojo la presa. El animal dio unos aleteos atribulados hacia la torre, al parecer apenas capaz de mantenerse en el aire.

—Vamos —dijo Lift, saliendo por la ventana—. Necesito asideros.

—¡Ay, ama! —exclamó Wyndle, pero pasó al exterior de la torre. Se movió en zigzag para crear una escala de enredaderas adheridas a la piedra, por las que Lift empezó a trepar—. ¡Estamos demasiado altos para hacer esto! ¿Y si me caigo?

—Eres un tormentoso spren. No te pasaría nada.

—¡Eso no lo sabemos! —protestó él—. ¡Podría caer decenas de metros!

—Cobardespren.

—¡Sabiospren, si acaso! —replicó él, pero siguió zigzagueando mientras Lift se izaba.

El pollo rojo esquivó por los pelos otro ataque en el cielo antes de lanzarse directo hacia una terraza más arriba y desaparecer de la vista de Lift. El pollo verde trazó un círculo y Lift pudo verlo bien. Garras perversas, un pico puntiagudo como un puñal. Siempre había pensado que los pollos parecían ridículos, pero aquel era distinto.

Lift llegó a la terraza y encontró el pollo rojo en el suelo, sangrando por un ala, haciendo débiles intentos de enderezarse. Era más grande de lo que Lift había creído, con treinta centímetros de altura al menos, su cuerpo y su cabeza de un vivo color rojo. Tenía las alas de un brillante tono azul que se volvía rojo en las puntas, como fuego. Pio alicaído al verla.

Lift se acuclilló sobre el parapeto de la terraza y se volvió para encontrar que el animal verde estaba acercándose.

—Wyndle, te necesito —dijo, extendiendo el brazo a un lado para convertirlo en arma. No en espada. Odiaba aquellos trastos. Quería una vara con la que pudiera atizar a aquel pollo de pesadilla.

No pasó nada.

—¡No puedo transformarme en arma, ama! —gritó Wyndle—. ¡No sé por qué! ¡Tiene algo que ver con lo que le pasa a la torre!

Pues muy bien. Tampoco era que le hiciera falta un arma. El pollo verde se abalanzó sobre ella con las garras extendidas. Parecía esperar que Lift se

encogiera. Así que no lo hizo. Encajó el golpe directo en la cara y agarró el pollo mientras este intentaba arañarla con las garras.

Entonces Lift le dio un mordisco. En toda el ala.

El grito sorprendido que dio el animal pareció más de confusión que de dolor, pero aun así el pollo se zafó de la presa de Lift y se alejó aleteando, graznando como si pensara que Lift no había jugado limpio.

Lift escupió una pluma mientras la luz tormentosa le curaba los cortes de la cara. Bueno, al menos esa parte de sus capacidades seguía funcionando. Saltó de la barandilla y recogió el pollo herido de plumas rojas. El bicho le dio un tímido picotazo en el brazo y Lift lo fulminó con la mirada.

—No estás en posición de quejarte —dijo, y entonces intentó sanarlo.

Impulsó su luz hacia el cuerpo del pollo y notó que se resistía. Tampoco podía sanar. Condenación.

El pollo se tranquilizó mientras Lift entraba corriendo en la sala contigua a la terraza, que estaba cruzando un joven ojos claros para ver a qué venía tanto escándalo.

—Lo siento —dijo Lift—. Asunto importante de los Radiantes.

Mientras el joven saltaba hacia atrás, sobresaltado, Lift afanó una limafruta de su mesa y salió corriendo al pasillo del otro lado.

«Veamos... cuarta planta...»

Encontró un hueco de ventilación y Wyndle hizo una escala para que pudiera subir, mientras el pollo rojo se quejaba en voz baja del trato que estaba recibiendo bajo su brazo. Dentro, después de doblar unos cuantos recodos por seguridad, dejó el pollo en el suelo y volvió a apretar su mano contra él.

Empujó más fuerte. Cuando había intentado hacerse maravillosa antes, no había pasado nada. Pero cuando había intentado curar, había sentido algo distinto, una resistencia. Así que en esa ocasión empujó con afán, gruñendo un poco, hasta que... funcionó. La luz tormentosa salió de su cuerpo y el ala del pollo sanó. Sus poderes no regeneraron las plumas perdidas, pero al momento el animal se había enderezado y estaba probando a hurgarse en la piel desnuda del costado con el pico. Por último, la miró y soltó un graznido perplejo.

—Es más o menos a lo que me dedico —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Se supone que también debo escuchar. Que la Condenación se me lleve si alcanzo a entender cómo se aplica eso a los pollos, de todas formas.

El pollo graznó. Lift trató de invocar su maravilla, pero ese poder no solo se resistía. Parecía no existir. Mientras lo intentaba de nuevo, oyó algo raro. ¿Gente gritando?

—¿Wyndle? —dijo.

El spren se alejó de ella como enredadera. A veces la gente distinguía los restos de esas enredaderas cuando se desintegran, pero Wyndle en sí era invisible.

El pollo empezó a marcharse caminando túnel abajo. Tenía unos andares curiosos, como si lo indignara verse obligado a usar las patas.

Lift se apresuró a bloquearle el paso.

—¿Dónde crees que vas?

El pollo graznó insistente y se coló por un hueco.

—Al menos espera a Wyndle —dijo ella, volviendo a ponerse en medio.

El pollo soltó un graznido más amenazador, pero entonces regresó Wyndle.

—¡Los Radiantes están cayendo inconscientes! —exclamó—. Ay, ama. ¡Esto parece muy grave!

El pollo, indiferente, volvió a superar a Lift y siguió túnel abajo. Lift y Wyndle lo siguieron, el spren cada vez más preocupado, sobre todo después de que el pollo descendiera aleteando a un pasillo, fijara la vista en el suelo y piara como molesto.

Se volvió hacia ella, lastimero.

—Tienes que bajar más —dijo Lift—. ¿Pero no sabes cómo? ¿Qué estás siguiendo?

El animal graznó.

—Ama —dijo Wyndle—, los pollos no son inteligentes. Que estés hablando con uno me haría cuestionarme si tú eres inteligente, de no haberte visto a veces hablando con cremlinos.

—Nunca se sabe si alguno de esos estará informando a alguien o no —masculló ella.

Bajó al pasillo y recogió el pollo. Parecía tener problemas para volar sin todas sus plumas, así que Lift lo llevó por la escalera para descender varios niveles, guiándose por el lenguaje corporal del pollo. Extendía la cabeza y la ladeaba para mirar al suelo con un ojo. Cuando llegaron a la primera planta, enderezó la cabeza, clavó la mirada en un pasillo concreto y dio una especie de ululato.

Algo lejano retumbó desde un pasillo que tenían detrás. Lift dio media vuelta y Wyndle gimoteó.

—Eso era un trueno —dijo ella—. Hay cantores con forma tormenta en la torre.

—¡Ay, ama! —gritó Wyndle—. ¡Tenemos que hacer algo! ¡Como escondernos! ¡O huir y entonces escondernos!

Pero Lift echó a andar por el pasillo hacia el que miraba el pollo. Se suponía que debía escuchar. Era uno de sus tormentosos juramentos, o algo. Tomó un corredor lateral mientras el pollo empezaba a graznar más fuerte.

—¿Ama? —dijo Wyndle—. ¿Por qué estamos...?

Dejó la frase sin acabar cuando toparon con el cadáver.

Era un hombre viejo alezi con túnica. Lo habían matado con algún tipo de cuchillada en el pecho, y yacía en el suelo con los ojos abiertos. Con sangre en los labios.

Lift apartó la mirada. Nunca se había acostumbrado a aquella clase de cosas.

El pollo soltó un chillido furioso y cayó revoloteando de sus manos hasta el hombre. Entonces, en lo que quizás fuese el acto más conmovedor que Lift había visto nunca, empezó a frotarse con el cadáver y a piar bajito. Se metió en el hueco del brazo muerto y empujó el costado con la cabeza, piando de nuevo, más preocupado.

—Lo siento —dijo Lift, acuclillándose—. ¿Cómo has sabido que estaría aquí?

El pollo pio.

—Podías sentirlo, ¿verdad? —le preguntó—. O... podías sentir dónde había estado. No eres un pollo normal y corriente. ¿Eres un pollo Portador del Vacío?

—¿Por qué te empeñas en usar esas palabras? Son espantosamente inexactas.

—Cierra la boca, Portador del Vacío —murmuró Lift a Wyndle.

Extendió el brazo y cogió con cuidado el pollo, que había empezado a soltar unos trinos de dolor que casi parecían palabras. Se parecían tanto que daban escalofríos, de hecho.

—¿Quién era el hombre? —preguntó—. Wyndle, ¿tú lo reconoces?

—Creo que lo había visto antes. Un funcionario alezi de bajo nivel, aunque ahora tiene los ojos distintos. Qué curioso. Mírale los dedos. Piel morena, pero con franjas más claras. Había llevado joyas.

Sí... Pensándolo bien, Lift creía que sí que lo reconocía. Era uno de los viejos que vagababan por la torre. Retirado, pero antes había tenido un cargo

importante en palacio. Lift había ido a hablar con él porque nadie prestaba atención a la gente mayor. Olían.

—Le han robado —dijo. Aún seguía habiendo asesinatos en callejones apartados de la torre, aunque los Kholin intentaran convertirla en un lugar seguro—. Te recordaré. Lo prometo. Yo...

Algo se movió cerca, en la oscuridad. Una especie de sonido rasposo, como de... plumas. Lift se puso en alerta y se levantó, sosteniendo una esfera para iluminarse. El ruido había venido desde más al fondo del pasillo, donde la luz no llegaba.

Algo fluyó de esa oscuridad. Un hombre, alto y con cicatrices en la cara. Llevaba un uniforme alezi, pero Lift juraría que no lo había visto nunca antes. Habría reconocido a un hombre tan peligroso. Aquellos ojos parecían formar parte de la oscuridad, sumidos en las sombras mientras él salía a la luz.

En su hombro reposaba el pollo verde de antes, aferrando con sus crueles garras un parche de cuero fijado al uniforme.

—Pequeña Radiante —dijo el hombre—, admito que siempre he querido tener una excusa para darte caza.

Lift aferró con más fuerza su pollo rojo y echó a correr.

El hombre rio a su espalda. Como si le hubieran hecho el mejor de los regalos.

UN DON Y
UNA MALDICIÓN

La soledad de Taravangian era dolorosa ese día. Como iba haciéndose cada vez más común, no era demasiado listo.

Al Taravangian listo no le gustaba tener compañía. El Taravangian listo olvidaba qué sentido tenía rodearse de gente. El Taravangian listo era aterrador, pero ese día le habría encantado ser esa versión de sí mismo. Habría agradecido la anestesia emocional.

Estaba sentado a solas en un carro de tormenta, con las manos en el regazo, rodeado de agotaspren arremolinados y marrones. La tormenta eterna llegaba a su fin. Era el momento de dar la orden a sus hombres para que traicionaran a la coalición. Si las suposiciones de Taravangian eran acertadas, también significaba que Odium había lanzado un ataque contra Urithiru.

Taravangian no dio la orden todavía. Odium le había dicho que iría a confirmárselo, y de momento no lo había hecho. Quizá... quizás los servicios de Taravangian no serían necesarios ese día. Quizá el plan hubiera cambiado.

Esperanzas endebles y frágiles para un hombre endeble y frágil.

Cómo deseaba poder ser listo. ¿Cuándo había sido inteligente por última vez? No un genio, porque había renunciado a volver a sentirse de ese modo, sino meramente inteligente. La última vez había sido... tormentas, hacía ya más de un año. Cuando había planeado cómo destruir a Dalinar.

Ese intento había fracasado. Dalinar se había negado a dejarse derrumbar. El Taravangian listo, por muy capaz que fuera, se había demostrado insuficiente.

«Al Taravangian listo se le ocurrió el plan que obligó a Odium a hacer un

trato —pensó—. Con eso basta.»

Y sin embargo... sin embargo, titubeó. El Taravangian listo de verdad había fracasado. Y además, no solo lo habían vuelto inteligente. Le habían concedido un don y una maldición. Inteligencia por una parte. Compasión por otra. Cuando era listo, daba por hecho que la compasión era la maldición. Pero ¿lo era, en realidad? ¿O quizá la maldición era que nunca pudiera tener ambas cosas a la vez?

Se puso de pie en el carro y soportó los momentos de mareo que lo embargaban cada vez que se levantaba en los últimos tiempos, la negrura que reptaba al borde de su visión, como muertespresn ansiosos por reclamarlo. Pensó que quizá fuese su corazón, aunque no había pedido que lo viera un cirujano. Mejor no molestar a alguien que podría estar ayudando a soldados heridos.

Dio cortas bocanadas de aire, escuchando los tenues chasquidos de la tormenta eterna fuera. El trueno estaba remitiendo. Casi había acabado.

Cruzó arrastrando los pies la corta distancia que lo separaba de su baúl. Se obligó a arrodillarse. Tormentas, ¿cuándo se había hecho tan doloroso ponerse de rodillas? Sus huesos se molían entre ellos como la maja contra el mortero.

Intentando no hacer caso a los dolorspren, manipuló la combinación de la cerradura con dedos temblorosos y luego abrió la tapa. Quitó el forro de la parte de arriba del baúl, abrió el compartimento secreto y corrió un pestillo oculto. Eso desactivó el pequeño vial de tinta que había preparado para derramarse y echar a perder el contenido del compartimento si alguien lo forzaba.

Solo entonces pudo buscar a tientas y localizar las páginas. Las sacó con una mano indecisa. Un año antes, durante su episodio más reciente de inteligencia, había creado aquello. Unas pocas páginas del Diagrama, arrancadas y reordenadas, con unas notas añadidas a mano. Taravangian había quemado su ejemplar del libro en sí, pero había conservado aquella sección extirpada.

Exhausto, gateó de vuelta a su silla y subió a ella. Resollando, acunó las viejas páginas del Diagrama e intentó ahuyentar a los agotaspresn.

Cuando creó aquella sección no había sido tan listo como aquel otro día singular, ya hacía siete años, en el que había urdido el Diagrama. Ese día había sido un dios. El día en que había creado aquel pequeño fragmento, un año atrás, se había considerado a sí mismo un profeta de ese dios.

Por tanto, ¿qué era en esos momentos? ¿Un sacerdote? ¿Un humilde devoto? ¿Un necio? En cierto modo, le parecía una traición pensar en términos religiosos. Aquel no era un acto de dioses, sino de hombres.

«No. Una diosa te convirtió en lo que eres.»

Levantó las páginas y las leyó de principio a fin, entornando los ojos sin sus anteojos de lectura. La apretada letra manuscrita era una lista de instrucciones, entremezclada con partes del Diagrama original. En su mayoría, detallaba el ardid para derrocar a Dalinar mediante una cuidadosa revelación de secretos, un plan diseñado para poner al pobre hombre de rodillas, para volver la coalición en su contra. Al final, aquella estratagema solo había servido para estimular al Espina Negra... y para que crecieran sus sospechas de Taravangian. Antes de ese día, habían sido amigos.

Taravangian pasó aquella página, intentando comprender a la extraña criatura en que se convertía cuando era inteligente. Un ser sin el lastre de la empatía, con una mirada capaz de penetrar hasta el corazón de los asuntos. Y al mismo tiempo, un ser que no podía comprender el contexto de sus esfuerzos. Podía estar trabajando para proteger a un pueblo mientras ordenaba distraído que mataran a niños.

El Taravangian listo conocía el cómo, pero no el porqué.

El Taravangian tonto no establecía conexiones, no recordaba las cosas deprisa, no podía calcular de cabeza. En aquel documento, cuya intención era desmoralizar, difamar y destruir a un hombre al que guardaba un gran respeto, el Taravangian tonto encontró dolor. Estaba sollozando cuando terminó de leerlo, y a los agotaspren los habían reemplazado los blancos pétalos de los vergüenzaspren.

«¿Y todo esto para salvar a un puñado de gente?», pensó. Había protegido Kharbranth vendiendo al resto de la humanidad. Estaba convencido de que era imposible derrotar a Odium. Por tanto, salvar un remanente era el único curso de acción lógico.

En esos momentos, le pareció patético. ¿El Taravangian listo se consideraba tan brillante, tan magistral, y aquello era lo mejor que podía hacer?

Era una línea de pensamiento peligrosa. E inútil. ¿Acaso no había regañado a Mrall por hacer ese mismo argumento? Tenían que concentrarse en lo que podían hacer. El Taravangian listo entendía eso, y lo había logrado.

El Taravangian tonto, en cambio, sollozó por toda la gente a la que había fallado. Toda la gente que moriría cuando Odium purgara la humanidad del

mundo.

Taravangian volvió a mirar las notas, y ese día vio algo nuevo en ellas. Un breve comentario sobre una persona específica. «¿Por qué el Diagrama no puede ver a Renarin Kholin en concreto? —rezaba la nota—. ¿Por qué es invisible?»

El Taravangian listo había continuado adelante enseguida, sin detenerse en esa cuestión. ¿Para qué perder el tiempo con un detalle que no podía resolver? El Taravangian tonto siguió pensando en ello, recordando una ocasión posterior en la que Odium lo había visitado. Odium había mostrado algo a Taravangian y Renarin... Renarin Kholin había aparecido como una cadena de futuros censurados, invisibles.

El carro empezó a llenarse de luz alrededor de Taravangian. Renegó entre dientes, plegó deprisa los papeles y los escondió en el bolsillo de su túnica. En un instante, el carro de tormenta se fundió, su estructura desvaneciéndose ante una refulgente luz dorada. El suelo cambió y Taravangian se encontró sentado en su silla sobre un campo brillante, sobre un suelo que parecía de oro sólido.

Ante él se alzaba una figura, un humano de seis metros de altura que portaba un cetro. Sus rasgos eran shin, y su pelo y su barba dorados por completo, como los de un iriali. La túnica de Odium estaba más ornamentada que la última vez, roja y oro, con una espada a la cintura.

Era una presentación pensada para pasmar y sobrecoger, y Taravangian no pudo evitar un respingo. Era una verdadera belleza. Se obligó a abandonar su asiento y caer de nuevo sobre unas rodillas doloridas, agachando la cabeza pero incapaz de apartar la mirada de la esplendorosa visión.

—Te prefiero cuando estás así, Taravangian —dijo Odium con voz poderosa—. Quizá no pienses tan deprisa, pero sí que entiendes más deprisa.

—Mi señor —dijo Taravangian—, ¿es la hora?

—Sí —respondió Odium—. Debes dar la orden.

—Así se hará.

—¿Obedecerán, Taravangian? Les pides que se vuelvan contra sus aliados. Que se unan al enemigo.

—Los alezi son sus enemigos, mi señor —dijo Taravangian—. Los veden llevar siglos odiando a sus vecinos. Además, sus nuevos líderes, los que vuestra propia mano puso al mando, anhelan el poder. Creen que los recompensaréis.

No habían obtenido promesas. Un dios podía atarse, pero solo mediante

juramentos. Aquellos necios creían que los recompensarían elevándolos por encima del resto, pero Taravangian sabía que el país entero estaba condenado. Todo humano de esas tierras terminaría destruido en algún momento.

Los gobernantes de los veden desconocían ese destino, y Taravangian confiaba en que harían lo que se les decía y atacarían a sus antiguos aliados. Había pasado un año preparándolos, ascendiendo a los hombres adecuados siguiendo las órdenes de Odium, insinuando con sutileza a sus seguidores que la guerra era problema de Alezkar y Azir, no de Jah Keved. Que el enemigo nunca iría a por ellos.

Alzó la mirada y encontró al dios estudiándolo con expresión curiosa.

—¿No temes la muerte, Taravangian? —preguntó Odium—. Sabes que no podrás evitarla.

—Yo...

Taravangian tembló. Intentaba no pensar demasiado en ello, sobre todo cuando era estúpido. Porque sí, sí que temía la muerte. La temía más que a nada. Deseaba que tras la muerte no hubiera nada. Solo el olvido.

Pues si al otro lado lo esperaba algo más, no sería agradable.

—Sí que la temo —susurró.

—Qué sincera es esta versión de ti —dijo Odium. Rodeó a Taravangian, que seguía arrodillado—. La prefiero con mucho, sí. Hay algo directo en tu Pasión.

—¿No podríais perdonarles la vida? —pidió Taravangian con lágrimas en los ojos—. El pueblo de Jah Keved, los iriali, aquellos que acuden a vos por voluntad propia. ¿Por qué desperdiciar sus vidas?

—Ah, no voy a desperdiciarlas, Taravangian —respondió Odium—. Sus vidas se dedicarán a lo que ellos esperan, a la guerra, la gloria, la sangre. Les concederé exactamente lo que estaban pidiendo. Ellos no lo saben, pero me suplican la muerte en sus peticiones de poder. Solo tú me has rogado la paz.
—Miró a Taravangian.

»Kharbranth será un centro de paz en la tormenta que está por venir. No dejes que los otros te preocupen. Librarán la guerra que se les ha prometido desde su nacimiento y, aunque los consumirá y los destruirá, van a disfrutarla. Me aseguraré de ello. Incluso aunque no los vaya a llevar a esa gloria aquel que debería haber sido su rey...

Mientras el dios reflexionaba en voz alta, Taravangian reparó en algo, en una luz que emanaba de Odium. Palpitaba, haciendo su piel transparente,

brillando desde el interior. Daba... como una sensación enfermiza, de algún modo. Y de hecho, Odium calló y pareció concentrarse. Obligó a la luz a retirarse antes de continuar.

«Yo he fracasado de muchas maneras, pero tú también has fracasado», pensó Taravangian. Lo de «aquel que debería haber sido su rey» era una referencia a Dalinar. Odium llevaba muchos años haciendo planes orientados a algo, a una guerra mucho más grandiosa incluso que la que estaba arrasando Roshar. Alguna extraña batalla por los cielos.

Había querido que Dalinar participara en esa guerra, pero no había podido obtenerlo. Odium seguía pretendiendo usar a toda la humanidad como sus tropas en el frente, después de conquistar Roshar. Sacrificaría sus vidas, los convertiría en esclavos centrados en librarse su guerra por los cielos. Utilizaría su sangre para conservar a los cantores, a quienes Odium consideraba tropas más valiosas.

Solo pensar en aquello horrorizaba a Taravangian. Era incluso peor que la destrucción rápida y total que había estado imaginando. Aquello sería una pesadilla prolongada de esclavitud, sangre y muerte. Y sin embargo, había un pensamiento que lo consolaba. Uno que el Taravangian listo habría desdenado por sentimental.

«Esperabas que Dalinar cambiara de bando —pensó Taravangian—. Lo querías como tu campeón. Fracasaste. Así que al final, no fuiste más listo que yo. Y por mucho que te jactes de poder ver el futuro, no lo sabes todo.»

Taravangian había visto los planes del dios en una ocasión. ¿Podría... podría hacer que ocurriera de nuevo?

No. No se atrevía a intrigar. No era listo. Era... era solo un hombre.

Pero... ¿quién mejor para alzarse en defensa de todos los hombres? En un arrebato de apasionada audacia, Taravangian metió la mano en el bolsillo y sacó la parte del Diagrama en la que había trabajado. La sostuvo contra su cuerpo, como para darse consuelo.

Odium mordió el anzuelo. Se acercó con paso firme y lo arrebató de entre los dedos de Taravangian.

—¿Qué es esto? —preguntó Odium—. Ah... otra pieza de tu Diagrama, ¿no es así? Modificada, por lo que veo. Te crees muy listo, ¿verdad?

—No —susurró Taravangian con voz áspera—. Yo no sé nada.

—Y bien que deberías reconocerlo —dijo Odium, y entonces sostuvo los papeles en alto y los hizo pedazos con un destello de luz—. Esto no es nada. Tú no eres nada.

Taravangian dio un grito y cogió uno de los pedacitos que revoloteaban.

Odium hizo un amplio gesto. Y por segunda vez, a Taravangian se le concedió entrever un atisbo de los planes del dios. Centenares de miles de paneles escritos, flotando como en cristal invisible. Aquello era lo que Odium le había mostrado un año antes, con la intención de impresionar a Taravangian por lo detallada y extensa que era la planificación del dios. Y Taravangian había logrado tentarlo para que lo exhibiera como a un apreciado semental.

Tormentas... era posible engañar a Odium. Podía hacerlo el Taravangian *tonto*.

Taravangian miró alrededor, tratando de encontrar la porción negra que había visto la vez anterior. Sí, allí estaba, la escritura corrompida, un sector de planes arruinados por Renarin Kholin.

En ese momento, las implicaciones le parecieron profundas. Odium no era capaz de ver el futuro de Renarin. Nadie podía.

La cicatriz se había expandido. Taravangian se volvió enseguida para no atraer la ira de Odium. Pero justo antes de apartar la mirada, Taravangian vio algo medio consumido dentro de la cicatriz negra.

Su propio nombre. ¿Por qué? ¿Qué significaba?

«Estoy cerca de Renarin —comprendió Taravangian—. Todo aquel que esté cerca del chico tiene el futuro borroso. Quizá por eso Odium se equivocó sobre Dalinar.»

Taravangian sintió una oleada de esperanza.

Odium no podía ver el futuro de Taravangian en esos momentos.

Taravangian agachó la cabeza y se mordió el labio, cerrando los párpados con fuerza, deseando que las lágrimas en las comisuras de sus ojos se interpretaran como de asombro y temor.

—Resplandeciente, ¿verdad? —dijo Odium—. Me he preguntado por qué iba ella a dejarte saborear lo que nosotros podemos hacer. En cierto modo, eres el único con quien puedo hablar. El único que entiende, de forma limitada, la carga que soporto.

«Hoy podrías haber venido, darme la orden sin más y marcharte —pensó Taravangian—. Pero en vez de eso, hablas. Te sientes solo. Quieres fanfarronear. Eres... humano.»

—Te echaré de menos —dijo Odium—. Me alegro de que me hicieras prometer que mantendría con vida a los humanos de Kharbranth. Me recordarán a ti.

Si Odium podía sentirse solo, si fanfarroneaba, si era posible engañarlo... podía tener miedo. Taravangian sería tonto, pero cuando era tonto comprendía la emoción.

Odium tenía un poder increíble, eso era evidente. Era de verdad un dios, en poder. Pero ¿y en mente? En mente, era un hombre. ¿Qué temía Odium? Tendría temores, ¿verdad? Taravangian abrió los ojos y recorrió las muchas páginas flotantes llenas de descripciones. La mayoría estaban escritas en idiomas que no sabía leer, pero Odium usaba glifos para representar los nombres.

Taravangian buscó un nudo de escritura apretada. Buscó letras que evocaran terror, el terror de un genio. Las encontró y las comprendió sin ser capaz de leerlas, en un amontonamiento cerca de la cicatriz negra. Palabras escritas en letras apelotonadas, rodeando un nombre que empezaba a consumir la cicatriz. Un nombre sencillo y aterrador.

Szeth. El Asesino de Blanco.

Temblando, Taravangian apartó la mirada. Odium retomó su diatriba, pero Taravangian no escuchaba lo que decía aquella criatura.

Szeth.

La espada.

Odium *temía la espada*.

Solo que... Szeth estaba en Urithiru. ¿Por qué estaba su nombre siendo devorado por la cicatriz que representaba a Renarin? No tenía ningún sentido. ¿Era posible que Taravangian lo hubiera entendido mal?

Le costó un tiempo dolorosamente largo llegar a la respuesta evidente. Szeth estaba allí, con el ejército, cerca de Dalinar. Quien a su vez estaba cerca de Renarin. Dalinar debía de haber llevado a Szeth consigo en secreto.

—No eres capaz de concebir el tiempo que llevo planeando esto —estaba diciendo Odium, aunque aquella luz estaba creciendo de nuevo en su interior y su piel parecía papel fino. Se veía... no débil, porque un ser que podía engendrar tormentas y destruir naciones enteras nunca sería débil. Pero sí vulnerable.

Odium había apostado mucho a que Dalinar fuese su campeón. Y todo eso había degenerado en caos. El dios alardeaba de sus planes, pero Taravangian sabía en sus propias carnes que uno podía planificar y planificar y planificar, pero si las elecciones de un solo hombre no se alineaban con su voluntad, no importaría. Mil planes erróneos no eran más útiles que un solo plan erróneo.

—No sufras demasiado, Taravangian —dijo Odium—. Dalinar no te

matará al instante. Querrá comprender, porque se ha convertido en su forma de actuar. Pobre idiota. El viejo Espina Negra te asesinaría al instante, pero esta encarnación más débil no podrá resistirse. Necesitará hablar contigo antes de ordenar tu ejecución.

«Tú estás haciendo lo mismo —pensó Taravangian mientras un peligroso plan empezaba a brotar en su mente—. Deberías haberme matado.»

En voz alta, dijo:

—Que así sea. He cumplido mi objetivo.

—En efecto —respondió Odium—. En efecto. Ve, hijo mío. Cumple tu parte del trato y obtén la salvación para aquellos a quienes amas.

El paisaje dorado se desvaneció y Taravangian se encontró de nuevo en su carro de tormenta. Abrió la mano y vio en ella el fragmento del Diagrama. Pero... los demás trozos habían desaparecido. Se habían desvanecido al concluir la visión. Eso lo dejó estupefacto, porque significaba que de veras había estado en otro lugar. Que había llevado los papeles consigo, pero solo había conservado aquel trocito al regresar.

Se quedó largo rato mirando el fragmento, y luego se obligó a regresar a la silla. Tardó un momento en recuperarse antes de hurgar en su cartera. Sacó la tabla de la vinculacaña, la orientó y situó la pluma. Cuando por fin el aparato respondió, escribió una sencilla palabra.

«Hacedlo.»

Tenía que consumar la traición, por supuesto. Necesitaba mantener su trato, necesitaba proteger Kharbranth. Eso iba antes que cualquier otra intriga o plan. Y cualquier otra intriga debería ejecutarse de modo que o bien Odium jamás supiera lo que había hecho o bien no pudiera actuar en su contra para retirar la protección a Kharbranth.

Pasaron menos de quince minutos antes de que los soldados de Dalinar llegaran e irrumpieran en su carro, destrozando la puerta y entrando con las armas desenvainadas. Sí, ya se esperaban que los traicionara. Odium tenía su distracción. La coalición debería dedicar semanas enteras de trabajo frenético a asegurarse de que los ejércitos veden no obtuvieran demasiada ventaja, y Dalinar estaría ocupado allí, combatiendo a los soldados de Taravangian.

Gimió mientras los soldados se apoderaban de sus vinculacañas y una escriba que los acompañaba leía la palabra que había enviado.

No le hicieron daño. Era probable que Odium estuviera en lo cierto. Lo más seguro era que a Taravangian le quedaran unas semanas antes de su ejecución. Se notó menos dolorido, menos cansado, mientras lo ataban y

amordazaban. Era un suplicio, sí, pero podía soportar un poco de dolor. Pues tenía un poderoso conocimiento. Un secreto quedo y furtivo, tan peligroso como lo había sido el Diagrama.

Taravangian había decidido no rendirse.



TERCERA PARTE

Canciones de hogar

KALADIN ♦ NAVANI ♦ DALINAR
VENLI ♦ ESHONAI ♦ JASNAH ♦ RENARIN

YESCA ESPERANDO
LA CHISPA

Este es el formato que más cómodo me resulta, ya que es como he colaborado otras veces en el pasado. Nunca lo había hecho de este modo, ni con esta clase de compañía.

De *El Ritmo de la Guerra*, página 1

Kaladin corría al trote por los túneles oscuros de Urithiru, cargando a Teft sobre los hombros, sintiendo que podía oír su vida desmoronarse bajo sus pies con cada paso. Un crujido fantasmal, como el del cristal haciéndose añicos.

Cada dolorosa zancada lo alejaba más de su familia, de la paz. Lo internaba más en la oscuridad. Había tomado su decisión. No iba a dejar a su amigo sometido a los caprichos del cautiverio en manos enemigas. Pero aunque por fin se le había ocurrido quitarse los zapatos ensangrentados, que llevaba colgando de los cordones alrededor del cuello, aún tenía la impresión de que estaba dejando manchurrones a su paso.

Tormentas. ¿Qué pensaba que iba a conseguir él solo? A todos los efectos, estaba desobedeciendo la orden de rendición que había dado la reina.

Hizo lo que pudo para sofocar esos pensamientos y seguir moviéndose. Ya tendría tiempo más tarde para reflexionar sobre lo que había hecho. De momento, necesitaba encontrar un escondite seguro. La torre ya no era su

hogar, sino una fortaleza enemiga.

Syl volaba por delante de él, comprobando cada intersección antes de que Kaladin llegara. La luz tormentosa lo mantenía en marcha, pero le preocupaba lo que pasaría cuando se agotara. ¿Le fallarían las fuerzas? ¿Se derrumbaría en el centro del pasillo?

¿Por qué no había recogido más esferas de sus padres o de Laral antes de irse? Ni siquiera se le había ocurrido llevarse el hacha del regio en forma tormenta. Estaba desarmado, a excepción de un bisturí. Se había acostumbrado demasiado a tener a Syl como su lanza esquirlada, pero si ella no podía transformarse...

«No —se dijo—. Nada de pensar. Los pensamientos son peligrosos. Tú avanza.»

Siguió adelante, confiando en Syl, que estaba acelerando hacia una escalera. La manera más fácil de perderse sería buscar un escondrijo en las plantas deshabitadas, quizá en la décima o la undécima. Subió los peldaños de dos en dos, impulsado por la luz tormentosa que latía en sus venas. Su propio brillo era suficiente para ver dónde pisaba. Teft empezó a murmurar en voz muy baja, quizás reaccionando a las sacudidas.

Llegaron a la sexta planta y siguieron ascendiendo hacia la séptima. Al llegar a ella, Syl lo guio más al interior de la torre. Por mucho que intentaba no hacerles caso, Kaladin seguía oyendo los ecos de su fracaso. Los gritos de su padre. Sus propias lágrimas...

Qué cerca había estado. Qué cerca.

Perdió la orientación en los túneles inacabables. Allí el suelo no estaba pintado para indicar las direcciones, así que Kaladin confiaba en Syl, que se adelantó hasta una intersección, dio unas vueltas en círculo y salió disparada hacia la derecha. Kaladin le mantuvo el ritmo, aunque cada vez notaba más y más el peso de Teft.

—Solo un momento —susurró a Syl en la siguiente intersección.

Se apoyó contra la pared, todavía con Teft a hombros, y sacó un chip del bolsillo. El pequeño topacio apenas era suficiente para iluminar, pero empezó a hacerle falta cuando se agotó la luz tormentosa que llevaba en su interior. Y ya no le quedaban muchas esferas.

Gruñó bajo el peso de su amigo, se obligó a enderezarse y se aferró con fuerza a Teft con las dos manos mientras sostenía la esfera entre dos dedos. Hizo un asentimiento a Syl y siguió avanzando tras ella, complacido de que su fuerza resistiera. Podía llevar a Teft sin luz tormentosa. Aunque Kaladin

había pasado las últimas semanas trabajando como cirujano, su cuerpo seguía siendo el de un soldado.

—Deberíamos subir más —dijo Syl, flotando junto a su cabeza como cinta de luz—. ¿Podrás?

—Llévanos como mínimo al noveno piso —respondió Kaladin.

—Tendré que ir cogiendo escaleras según las vea. No me conozco muy bien esta parte de la torre.

Kaladin se permitió revertir a un estado mental antiguo y conocido mientras seguían adelante. El peso de Teft cruzado en los hombros no era tan distinto a cargar con un puente. Lo llevó de vuelta a aquellos días. Hacer carreras de puente. Comer estofado.

Ver morir a sus amigos... sentir un terror renovado cada día...

Eso recuerdos no le ofrecían ningún consuelo. Pero el ritmo de los pasos, la carga en sus hombros, esforzar el cuerpo con una marcha prolongada... por lo menos era algo familiar.

Siguió a Syl subiendo un tramo de escalera y luego otro. Después recorrieron otro largo túnel, cuyos estratos serpenteaban vigorosos como las ondulaciones en un estanque revuelto. Kaladin siguió moviéndose.

Hasta que de pronto se puso en alerta.

No habría sabido señalar qué lo había alarmado, pero por instinto cubrió de inmediato su esfera y se internó en un pasillo lateral. Se metió en un recoveco y se arrodilló para bajar a Teft de sus hombros. Apretó la mano contra la boca del hombre inconsciente para silenciar sus murmullos.

Syl llegó volando un momento después. Kaladin podía verla en la oscuridad, pero la spren no iluminaba su entorno. Metió la otra mano en el bolsillo y aferró la esfera con fuerza para que no emitiera ninguna luz reveladora.

—¿Qué pasa? —preguntó Syl.

Kaladin negó con la cabeza. No lo sabía, pero no quería hablar. Se quedó allí encogido, confiando en que Teft no murmurara ni hiciera mucho ruido al moverse mientras su propio corazón le atronaba en los oídos.

Entonces una suave luz roja inundó poco a poco el pasillo que acababa de abandonar. Al instante, Syl voló para ocultar su luz tras la forma oscura de Kaladin.

La luz se aproximó, revelando un solo rubí que acompañaba a un par de brillantes ojos rojos. Esos ojos iluminaban una cara terrorífica. De negro puro, con leves franjas rojizas bajo los ojos. Pelo largo y oscuro, que parecía

entretejerse con su ropa sencilla. Era la criatura contra la que Kaladin había luchado en Piedralar, la que había matado en la sala en llamas de la mansión. Aunque el Fusionado había renacido en un nuevo cuerpo, Kaladin sabía por las pautas de la piel que era el mismo individuo. Buscaba venganza.

El Fusionado no pareció distinguir a Kaladin escondido en la oscuridad, aunque se detuvo en la intersección durante un buen rato. Por suerte, siguió adelante, recorriendo el mismo camino que había estado siguiendo Kaladin.

«Esos cantores de la clínica... uno ha mencionado que había un Fusionado buscándome. Lo han llamado el Perseguidor.» Aquel ser... había llegado a la torre con el objetivo concreto de encontrar a Kaladin.

—Síguelo —vocalizó al volverse hacia Syl, confiando en que ella lo entendiera—. Yo buscaré un sitio más apartado para escondernos.

Syl curvó su línea de luz para formar una efímera representación luminiscente del glifo *kejeh*, que significaba «afirmativo», antes de salir volando tras el Perseguidor. Ya no podía alejarse mucho de Kaladin, pero debería ser capaz de seguirlo un tiempo. Kaladin confió en que pudiera hacerlo con disimulo, ya que algunos Fusionados podían ver a los spren.

Kaladin volvió a cargarse a Teft en los hombros y salió a la oscuridad, sin apenas permitirse ninguna luz. Siempre había algo opresivo en internarse tanto en la torre, en estar tan lejos del cielo y el viento, pero la oscuridad no empeoraba. Le resultaba demasiado fácil imaginarse atrapado allí dentro sin esferas, condenado a vagar eternamente por un sepulcro de piedra.

Dobló unas cuantas esquinas más, confiando en encontrar una escalera que le permitió subir otro piso. Por desgracia, Teft empezó a murmurar de nuevo. Apretando los dientes, Kaladin se metió en la primera habitación que encontró, a través de un acceso muy estrecho. Allí dejó a Teft en el suelo e intentó silenciar el ruido que hacía.

Syl llegó a la habitación un momento después, sobresaltando a Kaladin.

—Viene hacia aquí —susurró—. Ha recorrido solo un poco de distancia por el pasillo equivocado antes de detenerse, inspeccionar el suelo y dar media vuelta. No creo que me haya visto. Lo he seguido el tiempo suficiente para ver que volvía a pararse en el sitio donde te has escondido hace un momento. Ha encontrado una manchita de sangre en la pared. Vengo a toda prisa por delante de él, pero sabe que estás cerca.

Tormentas. Kaladin miró su ropa sanguinolenta y luego a Teft, que seguía murmurando a pesar de los intentos de Kaladin por acallarlo.

—Tenemos que alejar de aquí al Perseguidor —dijo Kaladin—. Prepárate

para distraerlo.

Syl hizo otra señal afirmativa. Kaladin dejó a su amigo como un inquieto bulto en la oscuridad y retrocedió un poco por donde había venido. Se quedó cerca de una intersección, con el bisturí en la mano. No se permitió ninguna otra luz que la de Syl, con las pocas esferas infusas que le quedaban bien guardadas en su saquito negro.

Respiró hondo unas pocas veces y luego vocalizó su plan a Syl. Ella se adelantó más por el pasillo negro, dejando a Kaladin en la total oscuridad.

Kaladin nunca había sido capaz de hallar ese vacío puro en la mente que algunos soldados afirmaban adoptar en batalla. Tampoco estaba seguro de que pudiera querer jamás algo así. Sin embargo, sí que se tranquilizó, se obligó a respirar más flojo y se puso en alerta, escuchando.

Suelto, relajado, pero preparado para la ignición. Como yesca esperando la chispa. Estaba listo para absorber sus últimas esferas de luz tormentosa, pero no lo haría hasta el último momento.

Unas pisadas frotaron el pasillo a la derecha de Kaladin, y poco a poco las paredes empezaron a sangrar luz roja. Kaladin contuvo el aliento, preparado, con la espalda contra la pared.

El Perseguidor se detuvo de golpe justo antes de llegar a la intersección, y Kaladin supo que la criatura había visto a Syl, que habría pasado volando en la lejanía. Un latido más tarde, unos ruidos rasposos anunciaron que el Perseguidor había dejado caer su cuerpo como cascarón y una cinta de luz roja voló rápida hacia Syl. La distracción había funcionado. Syl se lo llevaría lejos de allí.

Que ellos supieran, los Fusionados no podían dañar a los spren de forma natural; la única forma de hacerlo era con una hoja esquirlada. Y hasta eso era temporal: si se cortaba a un spren con una hoja esquirlada, incluso si se lo hacía pedazos con ella, terminaría volviendo a formarse en el Reino Cognitivo. Los experimentos habían demostrado que el único modo de mantener a un spren dividido era encerrar las mitades separadas en gemas.

Kaladin esperó diez latidos y entonces sacó una pequeña esfera para iluminarse y salió al pasillo, permitiéndose solo una breve mirada al cuerpo descartado del Perseguidor antes de correr hacia la habitación donde había dejado a Teft.

Era increíble la energía que proporcionaba haber estado tan a punto de pelear. Se echó a Teft a los hombros sin problemas y al momento ya estaba corriendo al trote, casi como si volviera a estar infuso de luz tormentosa.

Alumbrándose con la esfera que llevaba en la mano, tardó poco en encontrar una escalera. Estuvo a punto de correr hacia arriba, pero vio una tenue luz en la cima que lo hizo detenerse en seco.

Resonaron unas voces hablando con ritmos desde el piso superior. Y se dio cuenta de que también desde abajo. Dejó esa escalera, pero a dos pasillos de distancia vio luces lejanas y sombras. Se metió en un pasillo estrecho, sudando a chorro, mientras los miedospreñ con forma de pegotes viscosos emergían del suelo por debajo de él.

Conocía esa sensación. Huir en la oscuridad. Gente con luces buscando metódicamente, dándole caza. Jadeando, cargó con Teft por otro pasillo lateral, pero al poco tiempo vio luces también en aquella dirección.

El enemigo estaba creando un nudo corredizo que se constreñía poco a poco en torno a su posición. Saber eso hizo que visualizara destellos de la noche en la que había fallado a Nalma y los demás. Una noche en la que, como tantas otras veces, él había sobrevivido y todo el resto había muerto. Kaladin ya no era un esclavo fugado, pero la sensación era la misma.

—¡Kaladin! —exclamó Syl, que llegaba volando—. Estaba guiándolo hacia el borde de este piso, pero hemos topado con unos soldados normales y se ha dado media vuelta. Creo que ha comprendido que estaba intentando distraerlo.

—Aquí arriba hay varios pelotones —dijo Kaladin, replegándose a la oscuridad—. Puede que una compañía completa. Tormentas. El Perseguidor debe de haber desplegado aquí todas las fuerzas que habían enviado a registrar casas en la quinta planta.

Lo impresionó la velocidad con la que habían tendido la trampa. Tenía que reconocer que, con toda probabilidad, era consecuencia de que hubiera dejado escapar a un soldado para que avisara a los demás.

En fin, dudaba mucho que el enemigo hubiera tenido tiempo de confiscar los mapas que tenía Navani de ese nivel. Era imposible que hubieran situado tropas en todos los pasillos y escaleras. La red que se cerraba a su alrededor debía tener huecos.

Empezó a buscar. Al fondo de un pasillo secundario distinguió a figuras sombrías que se aproximaban. También en la siguiente escalera. Eran implacables y estaban por todas partes. Además, Kaladin no se conocía esa zona mejor que ellos. Serpenteó por una serie de pasillos hasta llegar a uno sin salida. Una búsqueda rápida en las habitaciones cercanas no le reveló ninguna otra ruta de escape, y Kaladin miró a su espalda al oír unas voces

llamándose entre ellas. Hablaban azishiano, le pareció, y con ritmos.

Con un temor creciente, dejó a Teft en el suelo, contó las pocas esferas que le quedaban y sacó su bisturí una vez más. Muy bien. Tendría que... tendría que recoger el arma del primer soldado que matara. Una lanza, con un poco de suerte. Algo con alcance, si quería sobrevivir a un combate en aquellos pasillos.

Syl aterrizó en su hombro y tomó la forma de una mujer joven, sentada con las manos en el regazo.

—Vamos a tener que abrirnos hueco —susurró Kaladin—. Es muy posible que solo envíen a un par de soldados en esta dirección. Los mataremos, escaparemos del nudo y correremos.

Ella asintió.

Pero lo que se aproximaba no sonaba a «un par de soldados». Y Kaladin tuvo la razonable certeza de captar una voz más alta y áspera entre ellos. El Perseguidor seguía rastreándolo, seguramente a partir de leves manchas de sangre en las paredes o el suelo.

Kaladin metió a Teft en una habitación y luego se situó en el umbral para esperar. No tranquilo, sino preparado. Empuñó el bisturí con el filo hacia abajo del puño para hundirlo en el hueco entre el caparazón y el cuello. Allí de pie, sintió el peso de todo aplastándolo. La oscuridad, tanto interna como externa. La fatiga. El temor. Aparecieron melancospren como jirones de tela, como banderines sujetos a las paredes.

—Kaladin —dijo Syl en voz baja—, ¿podríamos rendirnos?

—Ese Fusionado no ha venido a hacerme prisionero, Syl —respondió él.

—Si mueres, volveré a estar sola.

—Hemos salido de peores apuros que...

Dejó la frase sin terminar cuando la miró, sentada en su hombro, a ojos de Kaladin mucho más pequeña que de costumbre. No pudo pronunciar el resto de las palabras. No pudo mentirle.

La luz empezó a aclarar el pasillo, avanzando hacia él.

Kaladin aferró el bisturí con más fuerza. Una parte de él parecía haber sabido desde siempre que terminaría así. Solo en la oscuridad, con la espalda contra la pared, enfrentándose a un enemigo abrumador. Una forma gloriosa de morir, pero Kaladin no buscaba la gloria. Había renunciado a ese sueño estúpido ya de niño.

—¡Kaladin! —exclamó Syl—. ¿Qué es eso del suelo?

Había aparecido una luz violeta casi imperceptible en la esquina de la

derecha. Apenas se veía, incluso en la oscuridad. Frunciendo el ceño, Kaladin abandonó su puesto junto a la puerta y fue a estudiar la luz. Allí había una veta de granate en la piedra, y una pequeña parte de ella era la que brillaba. Mientras intentaba explicarse por qué, la luz se movió, recorriendo la veta de cristal. Kaladin la siguió hasta el umbral y la vio cruzar el pasillo hacia la sala del otro lado.

Vaciló solo un momento antes de guardar el arma y echarse a Teft sobre los hombros una vez más. Pasó tambaleándose al otro lado del pasillo y oyó a una de las personas que se acercaban decir algo en azishiano. Sonaba un poco inseguro, como si solo hubiera vislumbrado a Kaladin a medias un instante.

Tormentas, ¿qué estaba haciendo? ¿Perseguir luces fantasmales, como estrellaspren en el cielo? En aquella cámara pequeña, la luz recorrió el suelo y subió por la pared del fondo, revelando lo que parecía ser una gema incrustada a gran profundidad en la piedra.

—¿Es un fabrial? —preguntó Syl—. ¡Infúndelo!

Kaladin absorbió parte de la luz tormentosa que le quedaba y miró a su espalda. Voces fuera, y sombras. Pero en vez de conservar la luz tormentosa para esa pelea, hizo lo que le decía Syl y empujó la luz al interior de la gema. Después de eso, le debía de quedar como mucho el equivalente a dos o tres chips. Estaba casi indefenso.

La pared se partió por el centro. Kaladin se quedó boquiabierto mientras las piedras se movían, pero con un silencio que desafiaba toda explicación. Se abrieron lo justo para que pudiera pasar una persona. Cargado con Teft, Kaladin entró a un pasillo oculto. Detrás de él la puerta se cerró con suavidad y la luz de la gema se apagó.

Kaladin contuvo el aliento al oír voces en la sala que acababa de abandonar. Apretó la oreja contra la pared y escuchó. No pudo entender gran cosa, pero parecía ser una discusión acerca del Perseguidor. Kaladin temió que hubieran visto cerrarse la puerta, pero no oyó arañosos ni golpes. Pero sí que habrían visto al spren que había atraído y sabrían que andaba cerca.

Tenía que seguir avanzando. La pequeña luz violeta del suelo titiló y se movió, así que Kaladin cargó con Teft tras ella por una nueva sucesión de pasillos. Terminó llegando a una escalera oculta que, por suerte, no estaba vigilada.

Subió por ella, aunque cada paso era más lento que el anterior y los agotaspren lo hostigaban. De algún modo siguió moviéndose mientras la luz lo guiaba hasta la décima planta y a otra sala oscura. El opresivo silencio le

dijo que había llegado una parte de la torre que el enemigo no estaba registrando. Quería dejarse caer al suelo, pero la luz palpitaba insistente en la pared y Syl lo animó a mirar.

Había otra gema engarzada, apenas visible. Kaladin usó su última luz tormentosa para infundirla y se coló por el espacio que se abrió. En la oscuridad absoluta, Kaladin bajó a Teft al suelo mientras notaba que la puerta se cerraba su espalda.

No le quedaban fuerzas para inspeccionar su entorno. Se dejó resbalar por la pared hasta el frío suelo de piedra, temblando.

Allí, por fin permitió que se lo llevara el sueño.



NUEVE AÑOS ANTES

A Eshonai le habían dicho que cartografiar el mundo acababa con su misterio. Algunos otros oyentes insistían en que no se debería trazar mapas de las tierras salvajes, los dominios de los spren y los grancaparazones, y en que, al intentar confinar esas tierras en papel, Eshonai se arriesgaba a robar sus secretos.

Ella lo encontraba ridículo a más no poder. Armonizó a Asombro mientras entraba en el bosque y veía los árboles rodeados de vidaspren, brillantes bolas verdes con púas blancas asomando que flotaban arriba y abajo. Más cerca de las Llanuras Quebradas casi todo era llano y crecía solo algún rocabrote de vez en cuando. Y sin embargo, allí, no tan lejos, las plantas prosperaban en abundancia.

Los suyos hacían frecuentes excursiones al bosque para recoger leña y setas. Pero siempre tomaban la misma ruta exacta. Río arriba una jornada de marcha hacia el interior, recolectar allí y volver. Esa vez, Eshonai había insistido en separarse del grupo, para gran preocupación de los demás. Había prometido reunirse con ellos en el campamento después de explorar el perímetro exterior del bosque al completo.

Después de caminar bordeando los árboles durante varios días, había

encontrado el río en el otro extremo. Hecho eso, podía atajar por el centro del bosque y llegar al campamento de su familia desde esa dirección. Llevaría con ella un nuevo mapa que revelaría con exactitud lo extenso que era el bosque, por lo menos por un lado.

Empezó a seguir el arroyo, armonizada a Alegría, acompañada de ríospren que nadaban. Cómo se habían preocupado todos de que estuviera sola allá fuera en las tormentas. Bueno, pues Eshonai había salido a las tormentas una docena de veces y había sobrevivido sin problemas. Además, había podido cobijarse entre los árboles.

Aun así, su familia y sus amigos seguían preocupados. Habían pasado toda la vida en una zona muy pequeña, soñando con el día en que podrían conquistar una de las diez antiguas ciudades que se alzaban en la parte exterior de las Llanuras Quebradas. Qué objetivo tan poco ambicioso. ¿Por qué no salir fuera y ver qué más había en el mundo?

Pero no. Solo existía una posible meta: hacerse con una de esas ciudades. Refugiarse tras sus muros a medio desmoronar sin hacer caso a la protección que ofrecían los bosques. Eshonai consideraba esa protección la prueba de que la naturaleza era más fuerte que las creaciones de los oyentes. Sin duda ese bosque ya se alzaba allí cuando las antiguas ciudades estaban recién construidas. Y el bosque seguía medrando mientras las ciudades estaban en ruinas.

No se podía robar los secretos de algo tan fuerte solo explorándolo. Si algo se podía hacer, era aprender.

Se sentó cerca de una roca y desenrolló su mapa, hecho de valioso papel. Su madre era de las pocas oyentes entre todas las familias que conocían la *Canción de crear papel* y, con su ayuda, Eshonai había perfeccionado el proceso. Utilizó una pluma y tinta para trazar el curso del río al internarse en el bosque, y luego absorbió tinta con una tela hasta que estuvo seca antes de volver a enrollar el mapa.

Aunque Eshonai estaba confiada, armonizada a Resolución, las protestas de los demás habían sido muy irritantes últimamente.

«Sabemos dónde está el bosque y cómo llegar a él. ¿Para qué cartografiar su tamaño? ¿De qué servirá eso?»

«El río fluye en esta dirección. Todo el mundo sabe dónde encontrarlo. ¿Para qué molestarte en ponerlo sobre un papel?»

Demasiados miembros de su familia preferían fingir que el mundo era más pequeño de lo que era. Eshonai estaba convencida de que por eso seguían

peleándose con las otras familias de oyentes. Si el mundo consistía solo en el terreno que rodeaban las diez ciudades, entonces luchar por ese terreno tenía sentido.

Pero sus antepasados no habían combatido entre ellos. Sus antepasados habían vuelto los rostros hacia la tormenta y se habían marchado, abandonando a sus mismos dioses en nombre de la libertad. Eshonai tenía intención de utilizar esa libertad. En vez de quedarse sentada junto al fuego y quejarse, experimentaría las bellezas que ofrecía Cultivación. Y haría la mejor pregunta que podía hacerse.

«¿Qué será lo próximo que descubra?»

Eshonai siguió andando, juzgando el curso del río. Empleando sus propios métodos para medir la distancia, y luego comprobaba su trabajo contemplando las vistas desde múltiples ángulos. El río seguía fluyendo durante días después de que pasara una tormenta. ¿Cómo era posible? Si todo el resto del agua se había secado o la había lamido algo, ¿por qué ese río seguía corriendo? ¿Dónde empezaba?

Los ríos y sus spren cubiertos de caparazón la entusiasmaban. Los ríos eran marcadores, postes indicadores, senderos. Nunca podías perderte si sabías dónde estaba el río. Eshonai paró para comer cerca de un recodo y descubrió un tipo de cremlino que era verde, como los árboles. Nunca había visto ninguno de ese color. Tenía que decírselo a Venli.

—¡Robar los secretos de la naturaleza! —exclamó Eshonai a Malestar—. ¿Qué es un secreto sino una sorpresa que descubrir?

Terminó de comerse los haspers al vapor, apagó la hoguera y dispersó los llamaspren antes de seguir camino. Calculaba que le costaría día y medio llegar con su familia. Luego, si volvía a dejarlos y rodeaba el otro lado del bosque, tendría una imagen completa de su aspecto.

Había tanto que ver, tanto que conocer, tanto que hacer. Y ella iba a descubrirlo. Iba a...

¿Qué era eso?

Frunció el ceño y detuvo sus pasos. El río ya no traía mucha agua; lo más probable era que se hubiera reducido a un chorrito al día siguiente. Por encima de su gorgoteo, oyó gritos en la lejanía. ¿Habían salido los demás a buscarla? Avanzó deprisa, armonizando a Emoción. Quizá los otros fuesen estando más dispuestos a explorar.

No fue hasta que casi hubo llegado a los sonidos cuando se dio cuenta de que tenían algo muy erróneo. Eran llanos, sin rastro de ritmo. Como si los

hicieran los muertos.

Un momento después dobló un recodo y se descubrió ante algo más maravilloso y más terrible de lo que jamás se había atrevido a imaginar.

Humanos.

—«Temida forma gris, mente sin presencia —citó Venli—, la más baja y sin inteligencia. Al hallar esta forma, el precio se olvida. Te encuentra y te trae la ruina.»

Respiró hondo y se reclinó en el interior de su tienda, orgullosa. Las noventa y una estrofas, recitadas sin un solo fallo.

Su madre, Jaxlim, asintió mientras trabajaba con el telar.

—Ha sido uno de tus mejores recitados —dijo a Alabanza—. Un poco más de práctica y podremos pasar a la siguiente canción.

—Pero... la he hecho bien.

—Has cambiado la séptima y la decimoquinta estrofa —respondió su madre.

—El orden no importa.

—También te has saltado la decimonovena.

—No me la he saltado —dijo Venli, enumerándolas en su cabeza. ¿Forma de trabajo?—. O... ¿sí?

—Sí —confirmó su madre—. Pero no tienes por qué avergonzarte. Lo estás haciendo bien.

¿«Bien»? Venli había pasado años memorizando las canciones, mientras Eshonai apenas hacía nada útil. Venli lo hacía mejor que «bien». Era excelente.

Solo que... ¿se había saltado una estrofa entera? Miró a su madre, que canturreaba en voz baja mientras seguía tejiendo.

—La decimonovena estrofa tampoco es tan importante —dijo Venli—. Nadie va a olvidar cómo convertirse en trabajador. ¿Y por qué hay una estrofa sobre la forma gris? Nadie la escogería nunca por voluntad propia.

—Debemos recordar el pasado —respondió su madre al Ritmo de lo Perdido—. Necesitamos recordar aquello por lo que pasamos para llegar hasta aquí. Debemos preocuparnos de no olvidarnos a nosotros mismos.

Venli armonizó a Malestar. Y entonces Jaxlim empezó a cantar a los ritmos con su hermosa voz. La voz de la madre de Venli tenía algo asombroso. No era poderosa ni intensa, pero era como un cuchillo, fina, afilada, casi líquida. Cortaba a Venli hasta su misma alma, y el Asombro reemplazó a su Malestar.

No, Venli no era perfecta. Todavía no. Pero su madre sí.

Jaxlim siguió cantando y Venli la observó, embelesada, avergonzada de su anterior irritabilidad. A veces se le hacía muy cuesta arriba quedarse allí sentada día tras día, memorizando mientras Eshonai jugaba. Las dos eran casi adultas ya, a falta de un año para Eshonai y poco más de dos para Venli. Se suponía que debían ser responsables.

Su madre dejó la canción sin acabar después de la décima estrofa.

—Gracias —dijo Venli.

—¿Por cantar algo que ya has oído mil veces?

—Por recordarme qué aspiro a lograr cuando practico —dijo Venli a Alabanza.

Su madre armonizó a Alegría y siguió trabajando. Venli fue a la entrada de la tienda y miró fuera, donde los miembros de la familia se dedicaban a distintas actividades, como cortar madera o talar árboles. Su gente era la familia del Primer Ritmo y tenía una noble herencia. Eran varios miles de personas, pero habían pasado muchos años desde la última vez que controlaran una ciudad.

No dejaban de hablar de que obtendrían una pronto. De cómo saldrían en tropel del bosque y atacarían antes de una tormenta para reclamar la sede que les correspondía por derecho. Era un objetivo digno y excelente, pero aun así Venli se notó insatisfecha mientras observaba a los guerreros haciendo flechas y afilando sus antiguas lanzas de metal. ¿De verdad era eso a lo que se reducía la vida? ¿A luchar una y otra vez por las mismas diez ciudades?

Tenía que haber algo más para ellos. Tenía que haber algo más para *ella*. Había llegado a amar las canciones, pero quería utilizarlas. Encontrar los secretos que prometían. ¿Acaso iba Roshar a crear a alguien como Venli para tenerla sentada en una tienda de piel de jabalí, memorizando palabras hasta que pudiera transmitirlas y luego morir?

No. Ella debía tener algún tipo de destino. Algo grandioso.

—Eshonai cree que deberíamos hacer dibujos para representar las estrofas de las canciones —dijo Venli—. Hacer pilas de papeles llenos de dibujos para no olvidarlas.

—A veces tu hermana tiene cierta sabiduría —respondió su madre.

Venli armonizó a Traición.

—No debería marcharse lejos de la familia tan a menudo, siendo egoísta con su tiempo. Debería estar aprendiendo las canciones igual que yo. También es su deber, como hija tuya.

—Sí, estás en lo cierto —dijo Jaxlim—. Pero Eshonai tiene un corazón audaz. Aún tiene que aprender que su familia es más importante que contar cuántas colinas hay fuera del campamento.

—¡Yo tengo un corazón audaz! —exclamó Venli.

—Tú tienes una mente aguda y hábil —dijo Jaxlim—. Como tu madre. No desprecies tus propios talentos por envidiar los ajenos.

—¿Envidiar? ¿A ella?

La madre de Venli siguió tejiendo. No se le exigía que trabajara con el telar, ya que su posición como guardiana de las canciones era elevada, quizá la más importante de la familia. Y aun así, Jaxlim siempre intentaba mantenerse ocupada. Decía que trabajar con las manos mantenía su cuerpo fuerte, mientras que repasar las canciones le ejercitaba la mente.

Venli armonizó a Ansiedad, luego a Confianza y luego otra vez a Ansiedad. Volvió con su madre y se sentó en el taburete a su lado. Jaxlim proyectaba Confianza, hasta cuando hacía algo tan simple como tejer. Su compleja pauta de onduladas líneas rojas y negras en la piel era de las más hermosas del campamento, como una verdadera piedra jaspeada. Eshonai había heredado la coloración de su madre.

Venli, cómo no, había salido a su padre: sobre todo blanco y rojo, más bien arremolinados. Pero en realidad, la pauta de Venli tenía los tres colores. Mucha gente decía que no le veía las pequeñas marcas de negro en el cuello, pero ella sí las distinguía. Tener los tres colores era muy muy infrecuente.

—Madre —dijo a Emoción—, creo que he descubierto una cosa.

—¿Y cuál es?

—He estado experimentando otra vez con distintos spren. Sacándolos a las tormentas.

—Se te advirtió sobre eso.

—No me lo prohibisteis, así que seguí haciéndolo. ¿Deberíamos hacer solo lo que se nos dice?

—Muchos afirman que no necesitamos más que la forma de trabajo y la carnal —dijo su madre a Consideración—. Dicen que pretender otras formas es dar pasos encaminados hacia las formas de poder.

—¿Y qué opinas tú? —preguntó Venli.

—Siempre te preocupas mucho por mis opiniones. La mayoría de los hijos, cuando llegan a tu edad, empiezan a desafiar y a no hacer caso a sus padres.

—La mayoría de los hijos no te tienen a ti como madre.

—¿Lisonjas? —preguntó Jaxlim a Diversión.

—No... del todo —dijo Venli. Armonizó a Resignación—. Madre, quiero poner en práctica lo que he aprendido. Tengo la cabeza llena de canciones sobre las formas. ¿Cómo pretendes que no quiera descubrirlas? Por el bien de nuestro pueblo.

Jaxlim por fin dejó de tejer. Se volvió en su taburete, lo arrastró más cerca de Venli y le cogió las manos. Canturreó, y luego cantó en voz baja a Alabanza, solo una melodía, sin palabras. Venli cerró los ojos y dejó que la canción la inundara, y le pareció que podía sentir la piel de su madre vibrando. Sentir su alma.

Venli había hecho aquello desde que tenía memoria. Apoyarse en su madre, en sus canciones. Desde que su padre se había marchado en busca del mar oriental.

—Estoy orgullosa de ti, Venli —dijo Jaxlim—. Lo has hecho bien estos últimos años, memorizando después de que Eshonai lo dejara. Y te animo a que busques mejorarte a ti misma, pero recuerda, no debes distraerte. Te necesito. Te necesitamos.

Venli asintió y se puso a canturrear al mismo ritmo, armonizando a Alabanza en sintonía con su madre. Sintió amor, calidez, aceptación de aquellos dedos que le rodeaban las manos. Y supo que, pasara lo que pasara, su madre estaría presente para guiarla. Para apoyarla. Con una canción que perforaba incluso las tormentas.

Su madre volvió a su telar y Venli empezó a recitar de nuevo. Recorrió la canción entera y en esa ocasión no se saltó ninguna estrofa.

Al terminar, esperó, bebiendo un poco de agua y esperando la felicitación de su madre. En vez de eso, Jaxlim le dio algo mejor.

—Háblame de esos experimentos que haces con los spren —le pidió.

—¡Intento encontrar la forma de guerra! —dijo Venli a Expectación—. Me he quedado cerca del borde del refugio durante las tormentas, intentando atraer al spren correcto. Es complicado porque la mayoría de los spren huyen de mí cuando el viento arrecia.

»Pero creo que la última vez estuve cerca. La clave es un dolorspren. Siempre andan por ahí durante las tormentas. Si puedo mantener a uno cerca de mí, creo que lograré adoptar la forma.

Si lo conseguía, sería la primera oyente que tuviera la forma de guerra en muchas generaciones. Desde que los humanos y los oyentes de antaño se destruyeron unos a otros en su batalla final. Era algo que podría ofrecer a su gente, ¡algo que sería recordado!

—Vamos a hablar con los Cinco —propuso Jaxlim, levantándose de su asiento junto al telar.

—Espera —dijo Venli, cogiéndola del brazo y armonizando a Tensión—. ¿Vas a contarles lo que he dicho? ¿Sobre la forma de guerra?

—Por supuesto. Si vas a seguir por ese camino, necesitamos su bendición.

—Quizá debería practicar más —dijo Venli—, antes de que se lo contemos a nadie.

Jaxlim canturreó a Reprimenda.

—Esto es como tu negativa a interpretar las canciones en público. Tienes miedo de exponerte al fracaso otra vez, Venli.

—No —dijo ella—. No, claro que no. Madre, es solo que creo que sería mejor si estoy segura de que funciona. Antes de crear problemas.

¿Por qué no iba alguien a querer estar segura antes de invitar al escarnio con su fracaso? Eso no hacía de Venli una cobarde. Iba a adoptar una nueva forma cuando nadie más lo había hecho. Eso era audaz. Quería controlar las circunstancias, nada más.

—Ven conmigo —dijo Jaxlim a Paz—. Los demás ya han estado hablando de esto. Se lo conté después de que me preguntaras la última vez. Insinué a los ancianos que pensaba que podría ser posible adoptar nuevas formas, y creo que están dispuestos a intentarlo.

—¿De verdad? —preguntó Venli.

—Sí. Ven. Celebrarán tu iniciativa. Esto es demasiado excepcional para nosotros, en esta forma. Es mucho mejor que la forma gris, pero sí que afecta a nuestras mentes. Necesitamos otras formas, a pesar de lo que puedan decir algunos.

Venli se descubrió armonizando a Emoción mientras seguía a su madre fuera de la tienda. Si de verdad obtenía la forma de guerra, ¿le abriría la mente? ¿La haría incluso más audaz? ¿Acallaría los miedos y las preocupaciones que tanto la asaltaban? Venli anhelaba logros. Anhelaba hacer su mundo mejor, menos gris, más vibrante. Anhelaba ser quien llevara a su pueblo a la grandeza. Sacarlo del crem y enviarlo hacia los cielos.

Los Cinco estaban reunidos en torno a la hoguera entre los árboles, debatiendo sobre tácticas ofensivas para la batalla venidera. A grandes rasgos, la conversación consistía en qué alardes proferir y a qué guerreros permitir arrojar primero sus lanzas.

Jaxlim llegó junto a los ancianos y cantó una canción entera a Emoción. Era una interpretación muy poco frecuente por parte de la guardiana de las

canciones, y cada estrofa hizo que Venli irguiera más la espalda.

Cuando la canción terminó, Jaxlim explicó lo que le había dicho Venli. Y sí, los ancianos estaban interesados. Comprendían que las nuevas formas merecían el riesgo. Segura de que no la rechazarían, Venli se adelantó y armonizó a Victoria.

Sin embargo, cuando empezó a hablar, sonó algo fuera del campamento. ¿Los tambores de advertencia? Los Cinco se apresuraron a empuñar sus armas, hachas, lanzas y espadas antiguas, todas ellas muy valiosas y transmitidas de generación en generación, pues los oyentes no tenían los medios para crear armas nuevas de metal.

Pero ¿qué podía ser aquello? Ninguna otra familia los atacaría allí fuera, en la naturaleza. No había ocurrido desde hacía generaciones, cuando la familia Canción Pura había hecho una incursión contra la familia Cuarto Movimiento para intentar robarles las armas. Los Canción Pura habían sufrido una dura censura por ese acto.

Venli se quedó atrás mientras los ancianos se marchaban. No deseaba involucrarse en una escaramuza, si de verdad era lo que estaba ocurriendo. Era una aprendiza de guardiana de canciones, una persona demasiado valiosa para arriesgarla en batalla. Confiaba en que, fuera lo que fuese aquello, terminaría pronto y ella podría volver a disfrutar del respeto de los ancianos.

De modo que fue la última en enterarse del increíble descubrimiento que había hecho Eshonai. La última en saber que su mundo había cambiado para siempre. Y la última en descubrir que su gran anuncio había quedado eclipsado del todo por los actos de su temeraria hermana.

EL PESO DE LA TORRE



Afronto este proyecto con una mezcla a partes iguales de turbación y esperanza. Y no sé cuál de las dos debería imponerse.

De *El Ritmo de la Guerra*, página 1

Rabeniel había negado sus sirvientes a Navani. Al parecer, la Fusionada creía que para Navani sería una adversidad vivir sin ellos. Así que Navani se permitió un pequeño momento de orgullo cuando salió de sus habitaciones en el primer día completo de ocupación de Urithiru. Llevaba el pelo lavado y trenzado, su sencilla havah planchada y pulcra, el maquillaje bien hecho. Lavarse con agua fría no había sido placentero, pero los fabriales no funcionaban, así que tampoco podría haber esperado agua tibia aunque tuviera sirvientes.

Llevaron a Navani a las salas de biblioteca en el sótano de Urithiru. Rabeniel estaba sentada al escritorio de la propia Navani, leyendo sus notas. Cuando llegó, Navani hizo una inclinación muy precisa, lo bastante baja para indicar obediencia, pero no tanto como implicar sumisión.

La Fusionada apartó la silla y apoyó un codo en la mesa antes de hacer un gesto de ahuyentar y un canturreo para hacer salir a los guardias.

—¿Cuál es tu decisión? —preguntó la Fusionada.

—Organizaré a mis eruditos, antigua —dijo Navani—, para que sigan con

sus investigaciones bajo tu supervisión.

—La opción más sabia, y también la más peligrosa, Navani Kholin. —Rabeniel canturreó con un tono distinto—. No encuentro los esquemas de tu máquina voladora en estos apuntes.

Navani fingió debatirse, pero ya había pensado en el asunto. Los secretos de la plataforma voladora serían imposibles de mantener ocultos, ya que los conocían demasiados eruditos de Navani. Además, ya estaban usándose en la torres muchos del nuevo estilo de fabriales parejos, que permitían el movimiento lateral manteniendo la elevación. Aunque los fabriales no funcionaran, sin duda la gente de Rabeniel podría descubrir sus entresijos.

Tras un largo debate consigo misma, Navani había llegado a la conclusión de que debía revelar ese secreto. Su mejor táctica para salir del actual apuro era aparentar que estaba dispuesta a colaborar con Rabeniel y al mismo tiempo retrasar a la Fusionada.

—Es intencionado que los diseños más importantes no estén en ningún otro sitio aparte de mi propia cabeza —mintió Navani—. Lo que hago es explicar a mis eruditos cada pieza que voy necesitando que me construyan. Con el tiempo suficiente, puedo dibujar para vos el mecanismo que hace funcionar la máquina.

Rabeniel canturreó siguiendo un ritmo, pero Navani no sabría decir qué significaba. En todo caso, Rabeniel parecía escéptica cuando se levantó e hizo un gesto a Navani para que se sentara. La Fusionada puso una pluma en la mano de Navani y se cruzó de brazos para esperar.

Pues muy bien. Navani empezó a dibujar con líneas rápidas y efectivas. Hizo un diagrama de un fabrial parejo, con una explicación rápida de su funcionamiento, y luego bosquejó la versión expandida con centenares de ellos incrustados en la máquina voladora.

—Sí —dijo Rabeniel mientras Navani dibujaba las últimas partes—, pero ¿cómo haces que se desplace horizontalmente? Es evidente que con esta construcción puedes levantar una máquina por los aires, pero se quedaría allí, sin moverse. No esperarás que crea que tienes una máquina en el suelo moviéndose en coordinación exacta con la del cielo.

—Entendéis más sobre fabriales de lo que habíais supuesto, Dama de los Deseos.

Rabeniel canturreó un ritmo.

—Aprendo deprisa. —Señaló las notas del escritorio de Navani—. A los míos siempre nos ha resultado difícil convencer a los spren para que se

manifiesten en el Reino Físico como aparatos. Parece que los vacíospren no tienen una naturaleza tan... sacrificada como los spren de Honor o Cultivación.

Navani parpadeó mientras calaban en ella las implicaciones de aquello. De pronto, una docena de cabos sueltos en su mente se unieron y formaron un tapiz. Una explicación. Era por eso por lo que los fabriales de la torre —las bombas, los mecanismos de ascenso— no tenían gemas con spren cautivos. Tormentas, ahí tenía la respuesta a los dispositivos moldeadores de almas.

Estallaron asombrospren a su alrededor en un anillo de humo azul. Los moldeadores de almas no contenían spren porque *eran* spren. Manifestándose en el Reino Físico como las hojas esquirladas. Los spren adoptaban forma física como metal. ¿Habían convencido de algún modo a antiguos spren para manifestarse como moldeadores de almas en vez de hojas esquirladas?

—Veo que no lo sabías —dijo Rabeniel, acercando una silla para sentarse ella también. Incluso después de hacerlo, seguía siendo treinta centímetros más alta que Navani. Era una visión rarísima: una figura con armadura de caparazón, como preparada para la guerra, repasando notas—. Es curioso que hayáis hecho unos avances con los que jamás soñamos en épocas pasadas y, aun así, hayáis olvidado el método mucho más simple que empleaban vuestros antepasados.

—No... no teníamos acceso a spren dispuestos a hablar con nosotros —explicó Navani—. Por las llaves doradas de Vev... yo... no puedo creer que no lo viéramos. Las implicaciones...

—¿Movimiento horizontal? —preguntó Rabeniel.

Casi aturdida del todo, Navani esbozó la respuesta.

—Hemos aprendido a aislar planos para los fabriales parejos —explicó—. Hay que emplear una construcción de alambres de aluminio, dispuestos de manera que toquen la gema. Eso mantiene la posición vertical, pero permite que la gema se desplace en horizontal.

—Fascinante —dijo Rabeniel—. El ralkalest, lo que llamáis aluminio en vuestro idioma, interfiere con la Conexión. Es bastante ingenioso. Dar con la configuración correcta debió de requerir muchas pruebas.

—Más de un año —reconoció Navani—, después de que se teorizara la posibilidad inicial. Tenemos el problema de que no podemos mover nada en vertical y en lateral al mismo tiempo. Los fabriales que nos mueven arriba y abajo son quisquillosos, y solo hemos podido poner el aluminio en contacto con ellos después de fijar su posición.

—Qué inconveniente.

—Sí —dijo Navani—, pero hemos encontrado un sistema mediante el que paramos y entonces hacemos los movimientos verticales. Puede ser un incordio, porque es muy difícil hacer que las vinculacañas funcionen en vehículos móviles.

—Parece que debería haber alguna forma de aplicar ese conocimiento a crear vinculacañas que puedan usarse en movimiento —sugirió Rabeniel, estudiando el boceto de Navani.

—Eso pensé yo también —convino Navani—. Puse un equipo pequeño a trabajar en ello, pero hemos estado ocupados con otros asuntos. Vuestras armas contra los Radiantes todavía me desconciertan.

Rabeniel canturreó a un ritmo rápido y despectivo.

—Tecnología antigua, apenas funcional —dijo—. Podemos absorber la luz tormentosa de un Radiante, sí, siempre que se queden ahí quietos empalados por nuestras armas. Pero ese método no impide que el spren se vincule a un nuevo Radiante. Me gustaría que vuestras spren fuesen más fáciles de apresar en gemas.

—Transmitiré la petición —dijo Navani.

Rabeniel tarareó a un ritmo distinto y entonces sonrió. Era difícil no interpretar su expresión como depredadora en aquella cara jaspeada, en su esbelto peligro. Y sin embargo, también había algo tentador en la eficacia de la interacción que estaban teniendo. Tras solo unos minutos de conversación, Navani ya conocía secretos que llevaban décadas intentando descubrir.

—Así es como terminaremos la guerra, Navani —dijo Rabeniel levantándose—. Con información. Compartida.

—¿Cómo terminará esto con la guerra?

—Mostrando a todo el mundo que nuestras vidas mejorarían trabajando juntos.

—Bajo el mando de los cantores.

—Por supuesto —dijo Rabeniel—. Salta a la vista que eres una erudita entusiasta, Navani Kholin. Si pudieras multiplicar la calidad de vida de los tuyos, ¿no merecería la pena renunciar al autogobierno? Mira lo que hemos logrado con tan solo unos pocos minutos compartiendo nuestro conocimiento.

«Lo compartimos solo por tus amenazas —pensó Navani, preocupándose de que no se le notara en la cara. Aquella no era ninguna conversación casual —. No importa lo que me digas, Rabeniel. Puedes revelarme todos los

secretos que quieras, porque estoy en tu poder. Puedes matarme sin más cuando tengas todo lo que quieras.»

En cambio, sonrió a la Fusionada.

—Querría ir a ver a mis eruditos, Dama de los Deseos, para ver cómo los están tratando y conocer el alcance de... nuestras pérdidas.

Navani confiaba en que aquello dejara una cosa bien clara. Habían asesinado a amigos suyos. No iba a olvidarlo de buenas a primeras.

Rabeniel canturreó e hizo un gesto a Navani para que la acompañara. Aquella situación iba a imponer un equilibrio delicado, en el que las dos intentaban aprovecharse de la otra. Navani debía poner especial cuidado en no permitir que Rabeniel la camelara. Era una ventaja que tenía sobre sus eruditos. Quizá Navani nunca sería digna de unirse a ellos, pero tenía más experiencia en el mundo real de la política.

Rabeniel y Navani entraron en la segunda biblioteca, la que tenía más asientos y mesas. Los mejores del equipo de Navani, tanto fervorosos como eruditos, estaban sentados en el suelo con las cabezas gachas. Era evidente que los habían obligado a dormir allí, a juzgar por las mantas extendidas.

Unos pocos alzaron la mirada para verla, y Navani comprobó aliviada que Rushu y Falilar estaban ilesos. Hizo un conteo rápido mientras captaba al instante las ausencias notables. Se acercó a Falilar, se agachó y le preguntó:

—¿Neshan? ¿Inabar?

—Muertos, brillante —respondió él en voz baja—. Estaban en la sala de la columna de cristal, junto con las dos pupilas de Neshan, la fervorosa Vevanara y unos cuantos pobres soldados.

Navani hizo una mueca.

—Haz correr la voz —susurró—. De momento, vamos a cooperar con la ocupación. —A continuación fue con Rushu—. Me alegro de que estés bien.

La fervorosa, que saltaba a la vista que había estado llorando, asintió.

—Venía hacia aquí a recoger a unas escribas para que me ayudaran a catalogar la destrucción de la sala de arriba cuando... pasó esto. Brillante, ¿crees que está relacionado?

Con tanto caos, Navani casi había olvidado la extraña explosión.

—¿Por casualidad encontrasteis alguna esfera infusa entre los restos?

«¿En concreto, una muy rara con luz del vacío?»

—No, brillante —respondió Rushu—. Ya viste la sala. Estaba hecha un desastre. Pero sí que la oscurecí para ver si brillaba algo y no vi nada. Ni rastro de luz tormentosa, o ni siquiera de luz del vacío.

Era lo que había temido Navani. Lo que fuese que había provocado la explosión, tenía que guardar relación con aquella esfera extraña, y lo más probable era que esa esfera hubiese desaparecido.

Navani se levantó y regresó junto a Rabeniel.

—No teníais ninguna necesidad de matar a mis eruditos durante el ataque. No os suponían ninguna amenaza.

Rabeniel canturreó a un ritmo rápido.

—No volveré a avisarte, Navani. Utilizarás mi título cuando te dirijas a mí. No quiero que te hagan daño, pero existe un decoro que se remonta milenarios en el tiempo y, créeme, vas a seguirlo.

—Lo... he entendido, Dama de los Deseos. Creo que poner a los supervivientes de entre los míos a trabajar ahora mismo sería bueno para la moral. ¿Qué querriáis que hiciéramos?

—Para facilitar la transición —dijo Rabeniel—, que continúen con lo que estaban haciendo antes de mi llegada.

—Muchos trabajaban en fabriales, que ya no funcionarán.

—Ponlos a esbozar diseños, pues —ordenó Rabeniel—. Y a escribir sobre los experimentos que habían realizado antes de la ocupación. Puedo encargarme de que se experimente con sus nuevas teorías.

¿Significaba eso que había alguna manera de hacer que los fabriales funcionaran en la torre?

—Como deseéis.

Y la propia Navani se puso a trabajar en el verdadero problema: planificar cómo iba a sacarlos a todos de aquel apuro.

Kaladin despertó por la lluvia. Parpadeó, se notó la cara mojada y vio un cielo abrupto iluminado por relámpagos petrificados en su sitio, que se quedaban en el cielo sin desaparecer, enmarcados por nubes negras en constante ebullición.

Contempló la extraña vista un momento y rodó para ponerse de lado, medio hundido en un charco de agua helada. ¿Estaba en Piedralar? ¿En los campamentos de guerra? ¿En... ninguno de los dos lugares?

Gimió y se levantó con esfuerzo. No parecía estar herido, pero le dolía la cabeza. Estaba desnudo. Se sentía desnudo sin una lanza. A su alrededor la lluvia caía a ráfagas, a cántaros, y Kaladin juraría que podía distinguir unas siluetas entre el agua. Como si la lluvia cobrara formas momentáneas al caer.

El terreno era oscuro y evocaba unos riscos lejanos. Echó a andar entre el

diluvio, sorprendido de no ver a ningún spren por los alrededores, ni siquiera lluviaspren. Le pareció ver luz en la cima de una colina, así que empezó a subir la ladera, con cuidado de no resbalar en la piedra mojada. Una parte de él se preguntaba cómo era que podía ver. Los zigzagueantes relámpagos quietos en el cielo no iluminaban mucho. ¿No había estado antes en un lugar como aquel, con luz omnipresente pero un cielo negro?

Dejó de andar y miró hacia arriba con la lluvia surcándole la cara. Aquello estaba todo... todo mal. No era real... ¿verdad?

Movimiento.

Kaladin se volvió. Una figura bajita acercándose mucho a él desde arriba de la colina, asomando de la oscuridad. Parecía compuesta solo de arremolinada neblina gris, sin rasgos, aunque empuñaba una lanza. Kaladin atrapó el arma con un giro rápido de la mano, la retorció y empujó en la clásica maniobra de desarme.

Su atacante fantasmal no era muy hábil y Kaladin le arrebató el arma con facilidad. El instinto se apoderó de él, giró la lanza y la clavó en el cuello de la figura. Mientras caía al suelo, aparecieron otras dos como de la nada, ambas armadas con lanzas también.

Kaladin bloqueó un golpe y apartó al atacante con un empujón calculado antes de rodar y derribar al segundo con un barrido a los pies. Apuñaló a esa figura con una estocada rápida al cuello y luego clavó la lanza en el abdomen de la primera mientras se levantaba. La sangre corrió por el asta de la lanza y manchó los dedos de Kaladin.

Arrancó el arma mientras la nebulosa figura caía al suelo. Sentaba bien llevar una lanza. Poder luchar sin preocupaciones. Sin nada que pesara en él salvo el agua de lluvia en su uniforme. Luchar solía ser simple. Antes de...

Antes de...

La turbulenta niebla se evaporó de las siluetas caídas y Kaladin encontró a tres jóvenes mensajeros con el uniforme de Amaram, muertos por su lanza. Tres cadáveres, entre ellos el de su hermano.

—¡No! —chilló Kaladin, destrozado y lleno de odio—. ¿Cómo te atreves a mostrarme esto? ¡No fue como sucedió! ¡Yo estaba allí! —Dio la espalda a los cadáveres y alzó la mirada al cielo—. ¡Yo no lo maté! Solo le fallé. Solo... yo...

Se apartó trastabillando de los chicos muertos, soltó la lanza y se llevó las manos a la cabeza. Palpó las cicatrices de su frente. Parecían más profundas, como abismos atravesándole el cráneo.

Shash. Peligroso.

El trueno retumbó en el cielo y Kaladin descendió a trompicones, incapaz de apartar de su mente la visión de Tien muerto, sangrando en la ladera. ¿Qué clase de terrible visión era aquella?

—Nos salvaste para que pudiéramos morir —dijo una voz desde la tiniebla.

Conocía esa voz. Kaladin dio la vuelta, chapoteando en el agua de lluvia, buscando su fuente. Ahora estaba en las Llanuras Quebradas. En la lluvia vio insinuaciones de personas. Siluetas compuestas por las gotas al caer, pero de algún modo vacías.

Las figuras empezaron a atacarse entre ellas y Kaladin oyó el trueno de la guerra. Hombres gritando, armas entrechocando, botas sobre la piedra. El fragor lo rodeó, lo abrumó hasta que, de pronto, emergió a una enorme batalla y las formas insinuadas se hicieron reales. Hombres de azul combatiendo contra otros hombres de azul.

—¡Dejad de luchar! —les gritó Kaladin—. ¡Estáis matando a los vuestros!

No parecían oírlo. Corrió sangre entre sus pies en vez de agua, salpicaduras y chorros que se fundían a medida que los lanceros trepaban ansiosos por encima de los cuerpos de los caídos y seguían matándose unos a otros. Kaladin así a un combatiente y lo apartó de otro, luego agarró a un tercero y lo echó hacia atrás... solo para descubrir que era Lopen.

—¡Lopen! —exclamó Kaladin—. ¡Escúchame! ¡Deja de luchar!

Lopen desnudó los dientes en una terrible sonrisa y derribó a Kaladin de lado antes de abalanzarse contra otra figura más, la de Roca, que había tropezado con un cadáver. Lopen lo mató hundiéndole su lanza en el vientre, pero entonces Teft mató a Lopen desde atrás. Bisig apuñaló a Teft, y Kaladin no vio quién lo mataba a él. Estaba demasiado horrorizado.

Sigzil empezó a derrumbarse cerca con un agujero en el costado, y Kaladin lo sostuvo.

—¿Por qué? —preguntó Sigzil mientras le caía un chorro de sangre de entre los labios—. ¿Por qué no nos dejaste dormir?

—Esto no es real. No puede ser real.

—Debiste dejar que muriéramos en las Llanuras Quebradas.

—¡Quería protegeros! —gritó Kaladin—. ¡Tenía que protegeros!

—Nos maldijiste...

Kaladin dejó caer el cuerpo moribundo y se alejó a trompicones. Agachó la cabeza, con la mente nublada, y echó a correr. Una parte de él sabía que aquel

horror no era real, pero seguía oyendo los chillidos. Acusándolo. «¿Por qué lo hiciste, Kaladin? ¿Por qué nos has matado?»

Se apretó las manos contra las orejas, tan desesperado por escapar de la carnicería que estuvo a punto de caer a un abismo. Se frenó y acabó equilibrado cerca del borde. Trastabilló y miró a su izquierda. Los campamentos de guerra estaban allí, al final de una corta cuesta.

Había estado allí. Recordaba aquel lugar, aquella tormenta con su lluvia leve. Aquel abismo. En el que casi había muerto.

—Nos salvaste —dijo una voz— para que pudiéramos sufrir.

Moash. Estaba al borde del abismo, cerca de Kaladin. El hombre se volvió y Kaladin vio que sus ojos eran unos pozos negros.

—La gente cree que fuiste piadoso con nosotros. Pero tú y yo sabemos que no es así, ¿verdad? Lo hiciste por ti mismo. No por nosotros. Si de veras fueses piadoso, no habrías concedido unas muertes fáciles.

—No —dijo Kaladin—. ¡No!

—El vacío aguarda, Kal —dijo Moash—. La nada. Te permite hacer cualquier cosa, hasta matar a un rey, sin remordimientos. Un solo paso. Y nunca tendrás que volver a sentir dolor.

Moash dio un paso y se precipitó al abismo. Kaladin cayó de rodillas en el borde, la lluvia fluyendo a su alrededor. Miró hacia abajo horrorizado.

Entonces despertó de sopetón en algún lugar frío. Al instante, cien dolores distintos recorrieron todas sus articulaciones y músculos, cada uno exigiendo su atención como un niño chillando. Gimió y abrió los ojos, pero solo había oscuridad.

«Estoy en la torre —pensó, recordando los acontecimientos del día anterior—. Tormentas. El lugar está controlado por los Fusionados. Escapé por los pelos.»

Las pesadillas parecían estar empeorando. O tal vez siempre hubieran sido así de malas pero no las recordaba. Se quedó tumbado, respirando hondo, sudando como si estuviera agotado... y recordó la visión de sus amigos muriendo. Recordó a Moash dando un paso hacia esa oscuridad y desapareciendo.

Se suponía que dormir debía refrescarlo, pero Kaladin se notaba más cansado que al derrumbarse la noche anterior. Gimió de nuevo y apoyó la espalda en la pared, obligándose a incorporarse. Entonces buscó a tientas alrededor, presa de un repentino pánico. En su confusión, una parte de él estaba segura de que encontraría a Teft muerto en el suelo.

Soltó un suspiro aliviado cuando localizó a su amigo tendido cerca de él, todavía respirando. El hombre se había meado encima, por desgracia. Tardaría poco en deshidratarse si Kaladin no lo evitaba, y era muy posible que llegaran los putrispren si no lo limpiaba y lo colocaba en buena posición con una bacinilla.

Tormentas. El peso de lo que Kaladin había hecho pendía sobre él, casi tan opresivo como el peso de la torre. Estaba solo, perdido en la oscuridad, sin luz tormentosa ni nada que beber, no digamos ya armas como era debido. Y tenía que cuidar no solo de sí mismo, sino también de un hombre en coma.

¿Cómo se le había ocurrido hacer algo así? No creía que la pesadilla fuera real, pero tampoco podía desterrar del todo sus ecos. ¿Por qué? ¿Por qué no había podido dejarlo estar? ¿Por qué seguía luchando? ¿De verdad era por ellos?

¿O era porque Kaladin era egoísta? ¿Porque *él* no podía renunciar y reconocer la derrota?

—¿Syl? —llamó en la penumbra. Cuando no obtuvo respuesta, insistió con voz temblorosa—. Syl, ¿dónde estás?

Silencio. Palpó el recinto en el que se hallaba y cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo salir. Se había sepultado con Teft en aquella oscuridad demasiado densa. Para morir despacio y solos...

Entonces apareció un puntito de luz. Syl, bendita fuese, entró en la sala. No podía atravesar paredes, porque los spren Radiantes tenían la suficiente sustancia en el Reino Físico para que los retuvieran la mayoría de los obstáculos. Parecía haber entrado por algún tipo de conducto en lo alto de la pared.

Su presencia devolvió a Kaladin cierta medida de cordura. Dejó escapar un aliento entrecortado mientras ella descendía revoloteando y se posaba en su palma extendida.

—He encontrado una salida —dijo, cobrando la forma de una soldado con uniforme de exploradora—. Pero no creo que tú quepas por ella. Hasta a un niño le costaría.

»He mirado los alrededores, aunque no podía alejarme mucho. Hay guardias apostados en muchas escaleras, pero no parecen estar buscándote. Estos pisos son tan extensos que creo que han comprendido que encontrar a un hombre aquí viene a ser imposible.

—Son buenas noticias, supongo —dijo Kaladin—. ¿Tienes alguna idea de qué podría ser esa luz que me ha traído aquí?

—Yo... tengo una teoría —respondió Syl—. Hace mucho tiempo, antes de que las cosas se torcieran entre spren y humanos, había tres Forjadores de Vínculos. Uno para el Padre Tormenta. Uno para la Vigilante Nocturna. Y un tercero. Para un spren llamado el Hermano. Un spren que permanecía en esta torre, oculto, y no se aparecía a los humanos. Se supone que murió hace mucho.

—Vaya —dijo Kaladin, palpando la puerta que se había abierto para dejarlo entrar—. ¿Y cómo era?

—No lo sé —respondió Syl, pasando a su hombro—. Hemos hablado de esto con la brillante Navani, respondiendo sus preguntas, y los demás spren Radiantes no saben más de lo que acabo de decirte. Recuerda que muchos spren que sabían sobre los tiempos antiguos murieron... y al Hermano siempre le gustó mantenerse en secreto. No sé qué tipo de spren era, ni por qué podía crear a un Forjador de Vínculos. Pero si sigue con vida, no sé por qué hay tanto de la torre que no funciona.

—Bueno, esta puerta funcionó —dijo Kaladin, que acababa de encontrar la gema de la pared.

La gema estaba oscura, pero destacaba mucho más en ese lado. Desde el otro, habría sido muy fácil pasarla por alto. ¿Cuántas otras salas tenían gemas como aquella incrustadas en las paredes, ocultando puertas secretas?

Tocó la gema. Aunque a Kaladin ya no le quedaba luz tormentosa, apareció una luz muy al fondo de la gema. Una luz blanca que titilaba como una estrella. Se expandió en un pequeño estallido de luz tormentosa y la puerta se abrió de nuevo por el centro en silencio.

Kaladin soltó un largo suspiro y notó que se evaporaba parte de su pánico. No moriría en la oscuridad. Cuando la gema estaba cargada, se comportaba como cualquier otro fabrial, funcionando mientras aún tuviera luz tormentosa.

Miró a Syl.

—¿Crees que podrás orientarte para volver aquí si dejamos a Teft y exploramos un poco?

—Debería ser capaz de memorizar el camino.

—Estupendo —dijo Kaladin—. Porque necesitamos provisiones.

No podía permitirse pensar a largo plazo todavía. Aquellas cuestiones tan intimidantes —qué iba a hacer respecto a la torre, las docenas de Radiantes en poder del enemigo, su familia— tendrían que esperar. Antes necesitaba agua, comida, luz tormentosa y, sobre todo, un arma mejor.



UNA JAULA FORJADA DE ESPÍRITUS



Afronto este proyecto con inspiración renovada: las respuestas son todo lo que debería importar.

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 1

La madera se sacudió bajo los pies de Dalinar, que tuvo que agarrarse a una baranda para no perder el equilibrio.

—¡Rompedores del cielo! —gritó—. ¡Intentan llegar a los armazones de los fabriales!

Dos figuras de azul saltaron de la plataforma cerca de él, con sendos estallidos de luz tormentosa mientras el suelo seguía temblando. No bastarían con dos para ocuparse de aquello. Tormentas, ¿dónde estaban...?

Sigzil y su fuerza de diez Corredores del Viento regresaron volando hacia la parte inferior de la plataforma. No era una verdadera máquina voladora como el *Cuarto Puente*, pero aquellas plataformas seguían siendo un excelente punto de observación para estudiar un campo de batalla. Suponiendo que nadie las atacara.

Dalinar se mantuvo agarrado con fuerza a la baranda y miró hacia el Visón, que estaba atado a Dalinar con una cuerda. El hombre más bajito sonreía como loco, aferrado también al parapeto. Por suerte, al poco tiempo la

plataforma dejó de sacudirse y los Rompedores del Cielo se dispersaron, perseguidos por figuras de azul con lanzas.

«Hay menos Celestiales de lo que esperaba», pensó Dalinar mientras el viento le revolvía el pelo. Distinguió solo a cuatro Fusionados voladores que observaban el campo de batalla desde arriba y daban instrucciones esporádicas a las tropas de infantería. No entraban en combate. «Están confiando en los Rompedores del Cielo para esta batalla.» Quizá el grueso de los Celestiales estuviera con la fuerza principal enemiga, acampada a varios días de marcha.

El Visón se asomó por el lado de la plataforma para mirar justo debajo de ellos, donde los Radiantes se enfrentaban. No parecía inquieto en absoluto por la caída de casi trescientos metros hasta el suelo. Para tratarse de un hombre que siempre parecía tan paranoico, desde luego podía ser muy displicente con el peligro.

Por debajo de ellos, las líneas mantenían la formación. Las tropas de Dalinar, reforzadas por filas azishianas, combatían a las fuerzas traicioneras de Taravangian, que habían intentado avanzar hacia el interior para rescatar a su rey. Los veden contaban también con unos pocos Fusionados y algunas tropas cantoras, una unidad lo bastante pequeña para haberse acercado inadvertida antes de la traición.

Sobre la plataforma de Dalinar, unos cincuenta arqueros recompusieron sus filas después de la confusión que había provocado el repentino ataque de los Rompedores del Cielo. Al cabo de unos momentos ya estaban haciendo llover flechas sobre los veden.

—Cederán pronto —dijo el Visón en voz baja, contemplando el campo de batalla—. Su frente ya se comba. Esos azishianos luchan bien. Mejor de lo que había pensado.

—Tienen una disciplina excelente —convino Dalinar—. Solo necesitan que se los dirija bien.

Un soldado azishiano cualquiera no era rival para uno alezi, pero después de haber presenciado su disciplina durante el último año, Dalinar agradecía no haber tenido que enfrentarse nunca a su infantería en batalla. Los enormes cuadrados de picas azishianas eran menos móviles que su equivalente alezi, pero tenían una coordinación impecable.

Eran una adición estupenda al sistema alezi, que tenía mucha más flexibilidad y toda una variedad de tropas especializadas. Utilizando los bloques alezi como cuñas y valiéndose de tácticas alezi, habían podido

resistir contra el enemigo a pesar de sus ventajas naturales, como la armadura de caparazón o su complejión más fuerte.

—¿Y los traidores veden? Bueno, el Visón estaba en lo cierto. La línea enemiga empezaba a combarse y partirse. No tenían caballería, y el Visón dio una orden en voz baja a una de las escribas para que la enviara. Dalinar supuso, con razón, que había ordenado a su propia caballería ligera hostigar el flanco izquierdo. Los jinetes acribillaron de flechas la retaguardia veden, distrayéndola para tensar aún más las líneas que flaqueaban.

—Debo reconocer que esta es una muy buena manera de supervisar una batalla —dijo el Visón a Dalinar mientras miraban, entre el chasquido de las cuerdas de arco que llegaba de atrás.

—Y tú preocupándote de que no hubiera escapatoria.

—En realidad —repuso el Visón, mirando de nuevo hacia el suelo—, lo que me preocupaba era que todas las rutas de huida estuvieran interrumpidas por una desafortunada colisión contra el suelo. Aún no comprendo qué sentido tiene ponernos a los dos aquí arriba. Parece que deberíamos estar en plataformas distintas, para que, si uno cae, el otro pueda seguir comandando nuestras fuerzas.

—Confundes mi propósito aquí, Dieno —dijo Dalinar, tirando de la cuerda que los unía—. Mi función en esta batalla no es ponerme al mando si te matan. Es sacarte antes de que te maten.

Una de las barcas de huida de Jasnah los esperaba al otro lado, en Shadessmar. En caso de emergencia, Dalinar podía transportarse él mismo y al Visón a través de la perpendicularidad. Caerían desde una cierta altura, pero ni por asomo tanta como en aquel lado, a una barca acolchada con mandras ya enjaezados.

Al Visón, como era de esperar, no le gustaba aquella ruta de escape. No podía controlarla. En realidad, Dalinar tampoco estaba del todo cómodo con ella, dado que aún no confiaba del todo en sus poderes. Su dominio sobre ellos era tenue.

Abrió la perpendicularidad al ver que los Corredores del Viento se aproximaban en busca de más luz tormentosa. Consiguió abrir solo una rendija, para renovar a quienes estuvieran cerca pero que no pudieran aprovecharla los Rompedores del Cielo. Estos se retiraron: los Corredores del Viento no eran rivales para unos Corredores del Viento constantemente renovados, de modo que solían desplegarlos solo en campos de batalla donde Dalinar no estuviera presente.

Mientras el Visón recibía los informes de bajas —que incluían a dos escuderos Corredores del Viento, por desgracia—, una joven escriba se acercó a Dalinar con un fajo de papeles y una vinculacaña cuya luz parpadeaba.

—Mensaje de Urithiru, brillante señor —dijo la mujer—. Querías saberlo en el momento en que nos llegara cualquier cosa, y acaba de llegar.

Dalinar sintió que un peso enorme se levantaba de sus hombros.

—¡Por fin! ¿Qué está pasando?

—Hay problemas con los fabriales de la torre —informó la escriba—. La brillante Navani dice que se ha activado una especie de extraña aura defensiva que impide a los Radiantes usar sus poderes. También interfiere con los fabriales, así que ha tenido que enviar a un equipo de exploradores por el risco al interior de las montañas para que pudieran transmitir su mensaje.

»Todo el mundo se encuentra bien y la brillante Navani está trabajando en el problema. Por eso han dejado de funcionar las Puertas Juradas también, por cierto. Te ruega paciencia y pregunta si aquí ha ocurrido algo raro.

—Cuéntale la traición de Taravangian —dijo Dalinar—, pero informa de que estoy a salvo, como también nuestra familia. Estamos combatiendo a los traidores y deberíamos alzarnos pronto con la victoria.

La joven asintió y se fue a enviar el mensaje. El Visón se acercó a Dalinar. O bien había escuchado la conversación, o bien había recibido un informe similar.

—Intentan confundirnos y distraernos durante la traición —dijo—, acumulando ataques en varios frentes.

—Otra treta para anular las Puertas Juradas —asintió Dalinar—. Ese aparato que usaron contra el alto mariscal Kaladin debía de ser una especie de prueba. Han desactivado Urithiru por un tiempo para aislarlos.

El Visón se asomó de nuevo y escrutó los ejércitos desplegados abajo.

—Hay algo en esto que huele mal, Espina Negra. Si era solo una jugada para aislar el combate en Azir y Emul, han cometido un error estratégico. Sus fuerzas en esta parte del territorio están expuestas, y llevamos las de ganar. No invertirían tanto esfuerzo en bloquearnos de las Puertas Juradas a menos que de verdad estuvieran cortando nuestra ruta de huida. Cosa que no hacen porque no vamos a necesitarla.

—¿Crees que intentan distraernos de otra cosa?

El Visón asintió despacio. Por debajo, la caballería hizo otra pasada. El

frente de los traidores se hundió más.

—Pondré a los demás en alerta —dijo Dalinar—, y enviaré exploradores a investigar Urithiru. Opino igual que tú: hay algo que no encaja.

—Asegúrate de que los ejércitos contra los que combatiremos en Emul no han recibido refuerzos en secreto. Eso podría ser terrible para nosotros. El único verdadero desastre que puedo prever en todo esto es que asedien Azimir y no podamos suministrarla por medio de las Puertas Juradas. Habiendo visto esa ciudad, no me gustaría nada quedarme atrapado allí.

—De acuerdo —dijo Dalinar.

El Visón se inclinó más, en equilibrio precario, contemplando el campo de batalla que se extendía por debajo de ellos. El sonido apenas llegaba, solo tañidos amortiguados y gritos distantes. Los hombres se movían como vidaspren.

Pero Dalinar podía oler el sudor. Podía oír el rugido. Podía sentirse a sí mismo entre los cuerpos que forcejeaban, chillaban, morían, dominando el combate hoja esquirlada en mano. Cuando se había degustado la casi invencibilidad de llevar armadura esquirlada y vadear entre mortales, era un... sabor difícil de olvidar.

—Lo echas de menos —dijo el Visón, mirándolo.

—Sí —reconoció Dalinar.

—Les vendrías bien sobre el terreno.

—Ahí abajo, sería solo otra espada. Puedo hacer más en otros puestos.

—Disculpa, Espina Negra, pero tú nunca fuiste solo otra espada. —El Visón se cruzó de brazos y se apoyó en el parapeto—. No paras de decir que eres más útil en otra parte, y supongo que creas una tormenta bastante buena para renovar esferas. Pero me da la impresión de que estás apartándote. ¿Qué planeas?

Esa era la cuestión. Dalinar sentía que había mucho más que podía hacer. Cosas más grandes. Cosas importantes. Las tareas de un Forjador de Vínculos. Pero llegar hasta ellas, descubrirlas...

—Se derrumban —dijo el Visón, enderezándose—. ¿Quieres dejar que se retiren o los atrapamos y los aplastamos?

—¿Tú qué opinas? —preguntó Dalinar.

—Odio luchar contra hombres que no tienen escapatoria —dijo el Visón.

—No podemos permitirnos que refuercen al enemigo en el sur —objetó Dalinar. Ese sería su verdadero campo de batalla, cuando aquella escaramuza hubiera terminado. La guerra por Emul—. Sigue apretando hasta que se

rindan.

El Visón empezó a dar las órdenes. Abajo, el sonido de tambores inundó el campo de batalla con los frenéticos intentos de los comandantes enemigos por mantener la disciplina mientras las formaciones se desintegraban. Dalinar casi podía oír el matiz de pánico en sus gritos. Oler la desesperación en el aire.

«El Visón tiene razón —pensó Dalinar—. La acometida que han hecho aquí era real, pero algo no encaja. Nos falta una pieza del plan enemigo.»

Mientras miraba, un soldado anodino se situó junto a él. Ese día Dalinar solo había llevado consigo a un puñado de guardaespaldas: tres hombres de la Guardia de Cobalto y una sola portadora de esquirlada. Cuerda, la mujer comecuernos, que se había propuesto unirse a su guardia por motivos que Dalinar no acababa de comprender.

Y también tenía un arma oculta, el hombre que acababa de ponerse a su lado, tan corriente en su uniforme alezi, con una espada envainada en la mano que, eso sí, era más larga que la reglamentaria. Szeth, el Asesino de Blanco, llevando un rostro falso. No habló, aunque el complejo tejido de luz que le habían aplicado también disfrazaría su voz. Se limitó a mirar con los ojos entornados. ¿Qué vería en aquel campo de batalla? ¿Qué le había llamado la atención?

De pronto, Szeth agarró a Dalinar por el pecho del uniforme y tiró de él a un lado. Dalinar apenas tuvo tiempo de gritar sorprendido cuando una figura resplandeciente se elevó junto a la plataforma de arqueros, irradiando luz tormentosa y empuñando una hoja esquirlada plateada. Szeth se interpuso entre Dalinar y el Rompedor del Cielo, llevando la mano a su espada. Pero Dalinar le cogió el brazo y le impidió desenfundarla. Cuando esa arma se mostraba, sucedían cosas peligrosas. Querrían asegurarse del todo de que era necesaria antes de liberarla.

La figura que flotaba era conocida para Dalinar. Piel marrón oscura, con una marca de nacimiento en la mejilla. Era Nalan, llamado Nale. Heraldo y líder de los Rompedores del Cielo. Se había afeitado la cabeza hacia poco, y sostuvo su hoja esquirlada hacia fuera en una postura orgullosa, quizá desafiante, para dirigirse a Dalinar.

—Forjador de Vínculos —dijo Nale—. Tu guerra es injusta. Debes someterte a las leyes de...

Una flecha se clavó en su cara, en pleno centro, interrumpiéndolo. Dalinar miró atrás y detuvo a Cuerda, que estaba tensando de nuevo su arco

esquirlado.

—Espera. Quiero oírlo.

Nale, con expresión sufrida, se arrancó la flecha y la dejó caer mientras su luz tormentosa lo sanaba. ¿Era posible matar a ese hombre? Ash decía que el enemigo se las había ingeniado para matar a Jezrien, pero antes de eso, cuando los Heraldos morían, sus almas regresaban a Condenación para esperar su tortura.

Nale no retomó su diatriba. Ascendió hasta la barandilla de la plataforma y se dejó caer a los tablones del suelo. Arrojó su hoja esquirlada hacia un lado y permitió que se desvaneciera como neblina en el aire.

—¿Cómo puedes ser un Forjador de Vínculos? —preguntó Nale a Dalinar—. No deberías existir, Espina Negra. Tu causa no es recta. Deberían ser negadas las verdaderas Potencias de Honor.

—Quizá eso indique que eres tú quien se equivoca, Nalan —replicó Dalinar—. Quizá nuestra causa sí que es recta.

—No —dijo Nale—. Otros Radiantes pueden mentirse a sí mismos y a sus spren. Los así llamados honorospren demuestran que la moralidad está moldeada por sus percepciones. Pero tú deberías ser distinto. Honor no debería permitir este vínculo.

—Honor está muerto —dijo Dalinar.

—Y aun así, Honor debería impedir esto —repuso Nale—. Impedirte a ti.

—Miró a Dalinar de arriba abajo—. No portas hoja esquirlada. Eso está bien.

Se abalanzó hacia delante, intentando asir a Dalinar. Szeth cayó sobre él al instante, pero no desenfundó su extraña hoja esquirlada. Nale se movió con la elegancia de una anguila aérea, atrapó a Szeth y lo estrelló contra la superficie de la plataforma de madera. El Heraldo apartó la espada envainada de Szeth de un manotazo y le dio un puñetazo en el interior del codo que le hizo soltar el arma. Nale atrapó en el aire como si nada la flecha que había disparado el arco esquirlado de Cuerda a escasos palmos de distancia, una proeza inhumana.

Dalinar apretó las manos juntas y se extendió más allá de la realidad en busca de la perpendicularidad. Nale saltó por encima de Szeth hacia Dalinar mientras los demás ocupantes de la plataforma gritaban, intentando reaccionar al ataque.

No, dijo el Padre Tormenta a Dalinar. Tócalo.

Dalinar vaciló, con el poder de la perpendicularidad ya en las puntas de los dedos, pero entonces extendió el brazo y apretó la mano contra el pecho de

Nale mientras el Heraldo intentaba asirlo a él.

Fogonazo.

Dalinar vio a Nale alejándose de una hoja esquirlada descartada, clavada en la piedra.

Fogonazo.

Nale acunando a un niño en un brazo, su hoja esquirlada en la otra mano mientras unas fuerzas oscuras reptaban sobre una cresta cercana.

Fogonazo.

Nale de pie con un grupo de eruditos, desenrollando un extenso documento lleno de escritura. «La ley no puede ser moral —les decía Nale—, pero vosotros sí podéis ser morales al crear leyes. Debéis proteger siempre a los más débiles, a aquellos de quien más fácil resulte aprovecharse. Instituid un derecho de circulación para que una familia que considere injusto a su señor pueda abandonar sus dominios. Luego restringid la autoridad de un señor a la gente que lo siga.»

Fogonazo.

Nale arrodillado ante un altospren.

Fogonazo.

Nale luchando en un campo de batalla.

Fogonazo.

Otro combate.

Fogonazo.

Otro combate.

Las visiones llegaban cada vez más deprisa y Dalinar ya no podía distinguirlas entre ellas. Hasta que...

Fogonazo.

Nale estrechando la mano a un hombre alezi con barba, majestuoso y sabio. Dalinar supo que ese hombre era Jezerezeh, aunque no habría podido decir cómo lo sabía.

—Acepto esta carga —dijo Nale en voz baja—. Con honor.

—No la consideres un honor —respondió Jezerezeh—. Un deber, sí, pero no un honor.

—Comprendo. Aunque no esperaba que acudieras a un enemigo con esta oferta.

—Un enemigo, sí —dijo Jezerezeh—. Pero un enemigo que tenía razón desde el principio, lo que me convierte a mí y no a ti en el villano. Repararemos lo que hemos roto. Ishar y yo estamos de acuerdo. No hay

persona a quien daríamos una bienvenida más calurosa a este pacto que tú. Eres el hombre más honorable al que he tenido el privilegio de oponerme.

—Ojalá fuese cierto —repuso Nale—. Pero serviré lo mejor que pueda.

La visión remitió y Nale se apartó con brusquedad de Dalinar, jadeando, sus ojos como platos. Dejó una línea de luz extendiéndose entre él y Dalinar.

Forjador de Vínculos, dijo el Padre Tormenta en la mente de Dalinar, *has fraguado una breve Conexión con él. ¿Qué has visto?*

—Su pasado, creo —susurró Dalinar—. Y ahora...

Nale se rascó la cabeza y Dalinar vio una figura esquelética superpuesta a él. Era como el eco de luz que seguía a Szeth pero desgastado, tenue. Dalinar pasó entre sus sorprendidos guardaespaldas, reparando en las ocho líneas de luz que emanaban de Nale y se perdían en la distancia.

—Veo el Juramento, creo —dijo Dalinar—. Lo que los ató entre ellos y los volvió capaces de contener al enemigo en Condenación.

Una jaula, forjada de sus espíritus, dijo en su mente el Padre Tormenta. *Fue destruida. Incluso antes de la muerte de Jezrien, la quebraron con lo que hicieron hace mucho tiempo.*

—No. Solo una línea de él está rota del todo. Las demás están ahí, pero débiles, impotentes. —Dalinar señaló una línea que era brillante y poderosa —. Excepto una. Esa aún es vibrante.

Nale alzó la mirada hacia él, se arrancó la línea de luz que lo conectaba a Dalinar y se arrojó al vacío. El Heraldo se encendió en luz y salió disparado mientras, demasiado tarde, unos pocos Corredores del Viento acudían en ayuda de Dalinar.

Blandes el poder de dioses, Dalinar, dijo el Padre Tormenta. *Una vez creí conocer el alcance de tus capacidades. He abandonado esa suposición ignorante.*

—¿Podría volver a forjarlo? —preguntó Dalinar—. ¿Podría rehacer el Juramento y expulsar a los Fusionados de nuevo?

No lo sé. Quizá sea posible, pero no tengo ni idea de cómo. O de si sería sabio. Los Heraldos sufrieron por sus actos.

—Eso lo he visto en él —dijo Dalinar, contemplando cómo Nale se desvanecía en la distancia—. Carga con un dolor atroz que distorsiona su visión sobre la realidad. Una demencia distinta a las que afligen a los hombres corrientes, una locura que tiene que ver con su alma desgastada...

Szeth recuperó su espada, en apariencia avergonzado por la facilidad con que lo habían derrotado. Dalinar no se lo reprochaba, ni tampoco a los demás

que insistieran en que el Visón y él se retirasen del campo de batalla, dado que las tropas de Taravangian estaban en plena desbandada.

Dalinar permitió que los Corredores del Viento se lo llevaran. Pasó todo el vuelo perdido en sus pensamientos.

Necesitaba comprender sus poderes. Su deber ya no consistía en alzarse espada en alto, gritando órdenes en el campo de batalla. Lo que debía hacer era buscar la forma de utilizar sus poderes para resolver aquella guerra. Volver a forjar el Juramento o, si no podía, encontrar otra solución... una que incluyera encerrar a Odium de una vez por todas.

**AROMA DE LA MUERTE,
AROMA DE LA VIDA****NUEVE AÑOS ANTES**

Había más de una manera de explorar. Resultaba que era posible hacerlo desde el centro de la propia tienda de una, si un grupo de reliquias vivientes salía del bosque e iba de visita.

Los humanos entusiasmaban a Eshonai. Al final, no los habían destruido. Y tenían unas costumbres extrañísimas. Hablaban sin ritmo y no podían oír las canciones de Roshar. Creaban caparazón a partir de metal y se lo ataban al cuerpo. Aunque al principio Eshonai pensaba que habían perdido sus formas, tardó poco en darse cuenta de que solo tenía una forma y no podían cambiarla nunca. Tenían que soportar las pasiones de la forma carnal a todas horas.

Y lo más intrigante era que llevaban con ellos a una tribu de criaturas en forma gris que tampoco tenían canciones. Las pautas de su piel eran como las de los oyentes, pero no hablaban, ni mucho menos cantaban. Eshonai los encontraba a la vez fascinantes y perturbadores. ¿Dónde habían encontrado los humanos a unos individuos tan extraños?

Los humanos acamparon al otro lado del río, en el bosque, y al principio los Cinco solo permitieron que unos pocos oyentes fuesen a reunirse con ellos. Temían que los humanos se espantaran si la familia entera iba a incordiarlos.

A Eshonai le parecía una bobada. Los humanos no iban a asustarse. Tenían conocimientos antiguos. Métodos para fraguar el metal y escribir sonidos en papel. Cosas que los oyentes habían olvidado durante el largo sueño, el tiempo que habían pasado en forma gris, memorizando canciones a base de pura fuerza de voluntad.

Eshonai, Klade y unos pocos más se unieron a unos cuantos eruditos humanos para intentar descifrar sus respectivos idiomas. Por suerte, preservadas en las canciones había algunas frases humanas. Quizá el pasado de Eshonai con las canciones fuese lo que le permitió aprender más deprisa que los demás. O quizás fuera su tozudez. Pasó tardes enteras sentada con los humanos, haciendo que repitieran sonidos una y otra vez hasta bien entrada la noche, a la luz de sus brillantes gemas.

Ahí había otra cosa interesante. Las gemas humanas daban mucha más luz que las de los oyentes. Tenía algo que ver con la manera en que se cortaba y se daba forma a las gemas. Cada día con los humanos enseñaba a Eshonai algo nuevo.

Cuando la barrera del lenguaje empezó a caer, los humanos preguntaron si podían llevarlos a las Llanuras Quebradas. Y así fue como Eshonai encabezó la marcha, aunque los mantuvieron apartados de las diez antiguas ciudades y de las otras familias de oyentes, por el momento.

Usando un mapa de Eshonai, llegaron desde el norte y caminaron bordeando los abismos hasta llegar a un antiguo puente de los oyentes. La brecha en la piedra olió a plantas húmedas pudriéndose. Era un olor intenso, pero no desagradable. Allá donde las plantas se pudrían, al poco tiempo crecían otras, y el aroma de la muerte era el mismo que el aroma de la vida.

Los humanos la siguieron con cautela por el puente de madera y cuerda, enviando primero a sus guardias con sus petos y sus cascós de caparazón metálico abrillantado. Parecían esperar que el puente se viniera abajo en cualquier momento.

Cuando hubieron cruzado, Eshonai trepó a un peñasco y respiró hondo, sintiendo los vientos. Por encima, unos pocos vientospren revoloteaban por el cielo. Después de que cruzaran los guardias, otros empezaron a imitarlos. Todos habían querido ir a ver las llanuras donde vivían los monstruos de los abismos.

En el grupo de humanos había una curiosa mujer que trabajaba como ayudante del cirujano. Subió a la roca y llegó al lado de Eshonai, aunque su ropa, que la cubría del cuello a los tobillos y por algún motivo le tapaba la

mano izquierda, no era demasiado buena para explorar. Estaba bien comprobar que había algunas cosas que los oyentes habían descubierto y los humanos no.

—¿Qué ves? —preguntó la mujer a Eshonai en el idioma humano—. ¿Cuando miras a los spren?

Eshonai canturreó a Consideración. ¿A qué se refería?

—Veo spren —dijo Eshonai, hablando despacio y con cuidado, ya que a veces tenía demasiado acento.

—Sí, pero ¿qué aspecto tienen?

—Líneas blancas largas —respondió Eshonai, señalando los vientospren

—. Agujeros. ¿Agujeros pequeños? ¿Hay una palabra?

—Puntitos, quizá.

—Puntitos en el cielo —dijo Eshonai—. Y colas, largas, muy largas.

—Qué curioso —dijo la mujer. Llevaba muchos anillos en la mano derecha, aunque Eshonai no les encontrara sentido. Parecía que se le engancharían con las cosas—. Sí que es distinto.

—¿Distinto? —preguntó Eshonai—. ¿Vemos distinto?

—Sí —dijo la mujer—. Vosotros parecéis ver la realidad de los spren, o algo más parecido a ella. Los humanos tenemos historias de vientospren que actúan como personas. Adoptan distintas formas y pueden engañarte. Dime, ¿alguna vez has visto uno de esos?

Eshonai repasó las palabras en su mente. Le parecía comprender parte de lo que había oído.

—¿Spren como personas? ¿Actúan como personas?

—Sí.

—Lo he visto —dijo.

—Excelente. ¿Y vientospren que hablan? ¿Que te llaman por tu nombre? ¿Has conocido a alguno de esos?

—¿Qué? —respondió Eshonai, armonizando a Diversión—. ¿Spren que hablan? No. Parece... ¿no real? ¿Falso, pero una historia?

—«Fantasioso» podría ser la palabra que buscas.

—Fantasioso —repitió Eshonai, examinando los sonidos en su mente. Sí, había más de una manera de explorar.

El rey y su hermano por fin cruzaron a la meseta. La palabra «rey» no era nueva para ella, dado que se mencionaba en las canciones. Se había producido un cierto debate entre los oyentes acerca de si deberían tener un monarca. A Eshonai le parecía que, hasta que lograran dejar de pelearse y se

convirtieran en un solo pueblo unificado, la discusión era absurda.

El hermano del rey era un hombre tosco que parecía de una variedad un poco distinta a la de todos los demás. Era el primero al que Eshonai había conocido, junto a un grupo de exploradores humanos, allá en el bosque. Aquel humano no solo era más corpulento que todos los demás, sino que también andaba diferente. Su rostro era más duro. Si se podía decir de algún humano que tenía forma, aquel hombre estaba en forma de guerra.

El propio rey, en cambio... era la prueba viviente de que los humanos no tenían formas. Era muy errático. A veces gritaba enfurecido, otras veces callaba desdeñoso. Los oyentes también tenían emociones distintas, claro. Era solo que ese hombre parecía inexplicable. Quizá el hecho de que los humanos hablaran sin ritmos hacía que Eshonai se sorprendiera más cuando actuaban con tanta pasión. También era el único varón del grupo que llevaba barba. ¿Por qué sería?

—Guía —dijo el rey, acercándose a ella—. ¿Aquí es donde tienen lugar las cacerías?

—A veces —respondió ella—. Depende. Es temporada, así que tal vez vengan. Tal vez no.

El rey asintió distraído. Se había interesado muy poco por ella o por cualquier otro oyente. Sus exploradores y eruditas, en cambio, parecían igual de fascinados por Eshonai que ella por ellos. Así que tendía a pasar el tiempo con ese grupo.

—¿Qué tipos de grancaparazones pueden vivir aquí? —preguntó el hermano—. No parece haber espacio para ellos, con tanta grieta en el terreno. ¿Son como los espinablanas, que saltan de un lado a otro?

—¿Espinablanca? —dijo ella, que no conocía la palabra.

La mujer de los anillos sacó un libro que tenía un dibujo para que Eshonai lo viera. Ella negó con la cabeza.

—No, no es eso. Son... —¿Cómo explicar los monstruos de los abismos?

—. Son grandiosos. Y enormes. Y poderosos. Ellos... Estas tierras son suyas.

—¿Y tu gente los adora? —preguntó una erudita.

—¿Adora?

—Venera. Respeta.

—Sí. —¿Quién no iba a respetar una bestia tan poderosa?

—Sus dioses, brillante señor —dijo la erudita—. Como sospechaba, adoran a esos animales. Debemos tener cuidado en las futuras cacerías.

Eshonai canturreó a Ansiedad para indicar que estaba confundida, pero

ellos no lo comprendieron. Tenían que decirlo todo con palabras.

—Vamos ahí —dijo el rey, señalando—. Esta meseta parece buen sitio para descansar.

Los ayudantes humanos empezaron a desempaquetar sus cosas: tiendas hechas de una maravillosa tela dura y una gran variedad de alimentos. Disfrutaban de sus comidas, aquellos humanos. Los lujos que se permitían al viajar eran tan opulentos que Eshonai se preguntó cómo serían sus casas.

Cuando se marcharan, tenía intención de verlo. Si ellos habían llegado hasta allí sin tener una buena forma duradera como la forma de trabajo, no debían de proceder de tan lejos. Armonizó a Diversión. Después de tantos años sin ningún contacto, seguro que ella habría terminado encontrando el hogar de los humanos por su cuenta, en unos pocos meses más.

Eshonai se mantuvo ocupada ayudando a levantar las tiendas. Quería comprender sus piezas. Estaba bastante convencida de que podría tallar postes como los que ellos usaban para sostener el techo. Pero la tela era más ligera y lisa que la que podían crear los oyentes. Un trabajador estaba teniendo problemas con un nudo, así que Eshonai sacó su cuchillo para cortarlo.

—¿Qué es eso? —dijo una voz a su espalda—. ¿Te importaría enseñarme ese cuchillo?

Era la mujer de los anillos. Eshonai había pensado que quizás fuese antaño-compañera del rey, por lo que a menudo hablaba con él. Pero al parecer no tenían relación.

Eshonai bajó la mirada y cayó en la cuenta de que había sacado su cuchillo de caza bueno. Era una de las armas que sus antepasados habían rescatado de las ruinas en el centro de las Llanuras Quebradas, con un hermoso metal que tenía líneas y una empuñadura tallada con majestuoso detalle.

Se encogió de hombros y se lo enseñó a la mujer. Aquella extraña mujer a su vez hizo señas urgentes al rey, que salió de la sombra y fue hacia ellas. Cogió el cuchillo y lo estudió con los ojos entornados.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó a Eshonai.

—Es viejo —dijo ella, sin querer revelar demasiado—. Herencia. Generaciones.

—¿Podría remontarse a la Falsa Desolación, tal vez? —preguntó la mujer al rey—. ¿Es posible que tengan armas con dos mil años de antigüedad?

Las hojas esquirladas de los oyentes eran mucho más maravillosas, pero Eshonai no habló de ellas. De todos modos, su familia no poseía ninguna.

El rey dijo:

—Me gustaría saber cómo...

Pero lo interrumpió un trompeteo a cierta distancia. Eshonai se volvió de golpe, armonizando a Tensión.

—Monstruo de abismos —dijo—. ¡Trae soldados! No creía que viniera uno cerca.

—Podemos ocuparnos de un... —empezó a decir el rey, pero no acabó la frase y sus ojos se ensancharon. Se acercó un asombrospren, una criatura con forma de bola azul flotante que se expandió con gran entusiasmo.

Eshonai vio que de un abismo emergía una sombra distante. Ágil pero fuerte, potente pero grácil. La bestia caminaba sobre numerosas patas, y no dedicó a los humanos ni una sola mirada. Eran para ella lo que ella para el sol, y de hecho, se echó hacia arriba para disfrutar de la luz. Bella y poderosa, como si el Ritmo del Asombro hubiera cobrado vida.

—Sangre de mis ancestros —dijo el hermano del rey, acercándose—. ¿Cómo de grande es esa cosa?

—Más grande que cualquiera que tengamos en Alezkar —respondió el rey—. Tendrías que llegar a la costa herdaziana para ver un grancaparazón de ese tamaño. Pero los de allí viven en las aguas.

—Este vive en abismos —susurró Eshonai—. No parece enfadado, cosa que es suerte nuestra.

—Desde tan lejos, puede que no sepa que estamos aquí —dijo el hermano del rey.

—Lo sabe —dijo Eshonai—. Es solo que no le importa.

Se congregó más gente a su alrededor y el rey los hizo callar. Por fin, el abismoide se giró y los observó. Luego volvió a escabullirse abismo abajo, seguido de unos pocos y brillantes abismospren, como flechas en pleno vuelo.

—Tormentas —dijo el hermano del rey—. Entonces, en cualquier momento, estando en estas mesetas, ¿podría haber uno de esos justo debajo? ¿Merodeando por ahí?

—¿Cómo pueden vivir en esos abismos? —preguntó una mujer—. ¿Qué comen?

Era un grupo más solemne y rápido el que volvió a su comida. Tenían ganas de terminar y marcharse, pero ninguno lo dijo y ninguno canturreó a Ansiedad.

De todos ellos, solo el rey parecía impasible. Mientras los demás se

ajetreaban, él siguió estudiando el cuchillo de Eshonai, que no le había devuelto.

—¿De verdad tenéis guardadas estas cosas desde hace miles de años? —preguntó.

—No —reconoció ella—. Los encontramos. No mis padres. Los padres de sus padres. En las ruinas.

—¿Ruinas, dices? —El rey alzó la mirada de sopetón—. ¿Qué ruinas? ¿Esas ciudades que mencionó el otro guía?

Eshonai maldijo a Klade en voz baja por haber mencionado las diez ciudades. Decidió no aclarar que se refería a las ruinas del centro de las Llanuras Quebradas y armonizó a Ansiedad. La forma en que el rey estaba evaluándola hacia que se sintiera como un mapa mal dibujado.

—Mi pueblo construyó ciudades —dijo—. Viejos padres de mi gente.

—No me digas... —repuso él—. Muy curioso. ¿Recordáis esos días, entonces? ¿Tenéis registros de ellos?

—Tenemos canciones —dijo ella—. Muchas canciones. Canciones importantes. Hablan de las formas que teníamos. Las guerras que luchamos. Cómo abandonamos a... No conozco la palabra... a los de muy antes. Quienes nos gobernaban. Cuando los Neshua Kadal luchaban, con spren como compañeros, y tenían... tenían cosas... podían hacer...

—¿Radiantes? —dijo él, bajando la voz—. ¿Tu pueblo tiene historias sobre los Caballeros Radiantes?

—Sí, tal vez —respondió ella—. No puedo palabras, aún. De esto.

—Curioso, curioso. Como Eshonai había esperado, los humanos decidieron regresar al bosque poco después de terminar de comer. Estaban asustados, todos menos el rey. Él se pasó el trayecto entero preguntando por las canciones. Era evidente que Eshonai se había equivocado al dar por hecho que no le importaban mucho los oyentes.

A partir de ese momento, el rey pareció muy, pero que muy interesado. Hizo que sus eruditos los interrogaran sobre sus canciones y sus leyendas y que averiguaran si sabían algo acerca de otras ruinas. Cuando los humanos por fin partieron de vuelta a sus tierras varios días después, el rey Gavilar hizo un regalo a la gente de Eshonai: varios cajones de armas modernas, hechas de buen acero. No podían reemplazar a las armas antiguas, pero no toda su gente tenía de aquellas. Ninguna familia poseía las suficientes para equipar a todos sus guerreros.

Lo único que Gavilar quería a cambio era una promesa: que cuando

regresara en un futuro cercano, encontraría a la gente de Eshonai alojada en una de las ciudades al borde de las llanuras. Cuando llegara ese momento, dijo, esperaba poder hablar con los guardianes de las canciones en persona.

EL ALMA DEL DESCUBRIMIENTO



En mi estado febril, me preocupa ser incapaz de concentrarme en lo que es importante.

De *El Ritmo de la Guerra*, página 3

Navani empezó a organizar a sus eruditos bajo la atenta supervisión de un gran número de guardias cantores.

La situación planteaba a Navani un problema delicado. No quería revelar nada más de lo que fuese estrictamente necesario. Pero si no hacía progresos, Rabeniel terminaría dándose cuenta y actuaría en consecuencia.

De momento, Navani puso a los eruditos a hacer trabajo rutinario. Los cantores mantenían a su gente retenida en una de las dos bibliotecas, así que Navani hizo que los pupilos y los fervorosos más jóvenes empezaran a limpiar la sala. Reunieron viejos proyectos y cajas de notas y las sacaron fuera para amontonarlas en el pasillo. Necesitaban hacer espacio.

Encargó a los eruditos más expertos que se pusieran a hacer revisión: recuperar antiguos proyectos y, o bien comprobar sus cálculos, o bien bosquejar nuevas ilustraciones para ellos. Los fervorosos sacaron libros de cuentas en blanco para rehacer las cifras mientras Rushu desenrollaba enormes diagramas y ponía a varias mujeres jóvenes a medir hasta la última línea de ellos. Completar el proceso requeriría varios días, tal vez más, y también era bastante natural que lo hicieran. Navani acostumbraba a ordenar

que se rehicieran cálculos después de una interrupción. Devolvía a los eruditos a un estado mental adecuado, y a veces encontraban errores legítimos.

Al poco tiempo, Navani tenía una sala ordenada llena de sonidos relajantes. Papeles que se movían, plumas que escribían, gente que hablaba en voz baja. No estaban los creacionspren ni los logispren que solían acompañar los trabajos emocionantes. Con un poco de suerte, los cantores de la sala no se darían cuenta de que era raro.

Aquellos cantores siempre estaban encima de ellos, lo bastante cerca para escuchar lo que Navani decía a los suyos. Ella se había acostumbrado a tener un espacio de trabajo pulcro, que concedía a su gente la libertad suficiente para innovar pero también los tuviera cuidadosamente acorralados para que innovaran en la dirección adecuada. Todos aquellos guardias socavaban tal esfuerzo, y Navani veía con mucha frecuencia que sus eruditos levantaban la mirada y la fijaban en algún bruto armado que estaba cerca.

Por lo menos, la mayoría eran soldados normales. A los eruditos solo se había acercado otra Fusionada aparte de Rabeniel, y no era de aquellos tan perturbadores que podían fundirse con la roca. No, aquella era una Fusionada del mismo tipo que Rabeniel, alta, con coleta en la coronilla y una cara larga jaspeada en blanco y rojo. La mujeren estaba sentada en el suelo, observándolos con ojos vidriosos.

Navani estuvo observando a aquella Fusionada con disimulo durante el trabajo matutino. Le habían dicho que muchos Fusionados eran inestables, y aquella parecía encajar con la descripción. Muchas veces se quedaba mirando a la nada y luego se reía para sus adentros. O dejaba caer la cabeza a un lado y al otro. ¿Por qué la habría puesto allí Rabeniel a vigilarlos? ¿Era posible que hubiera tan pocos Fusionados cuerdos que no le quedara otra opción?

Navani se apoyó en la pared, con las palmas de las manos contra la piedra —donde había una veta de granate casi imperceptible a lo largo de una línea de los estratos— y fingió observar mientras varias mujeres jóvenes sacaban cajas de papeles al pasillo.

No hablaste conmigo anoche, dijo el Hermano.

—Me vigilaban —respondió Navani entre dientes—. No me dejaron quedarme en mis habitaciones y me llevaron a una más pequeña. Tendremos que hablar aquí. ¿Me oyes si hago tan bajito como esto?

Sí.

—¿Puedes ver lo que está haciendo Rabeniel?

Ha hecho que unos trabajadores le pongan un escritorio cerca del escudo, donde está haciendo pruebas para ver si puede atravesarlo.

—¿Y puede?

No lo sé. Es la primera vez que se despliega. Pero no parece saber que eres tú quien lo ha activado. Ha explicado a varios otros que debió de disparar sin querer alguna protección desconocida que dejaron los antiguos Radiantes. Cree que yo debo de haber muerto después de tanto tiempo, ya que la torre no funciona.

—Qué curioso —dijo Navani—. ¿Por qué iba a creer eso?

Se lo dijo la Madre Medianoche, la Deshecha que me infectó durante tantos años, la que tus Radiantes ahuyentaron. Me oculté de ella durante todo ese tiempo, sin resistirme en ningún momento, así que cree que morí.

—Todo ese tiempo? —preguntó Navani—. ¿De cuánto tiempo hablamos?

Siglos.

—¿Y no fue difícil?

No. ¿Por qué? Los siglos no significan nada para mí. Yo no envejezco.

—Para otros spren el tiempo parece tener significado.

Los spren Radiantes, sí. A los spren Radiantes les gusta aparentar, fingirse hombres o mujeres, hómbrenes o mujérenes, cuando no son ninguna de las dos cosas. Piensan como los humanos porque quieren ser como los humanos.

Yo no finjo. No pertenezco a la humanidad. No necesito preocuparme del tiempo. No necesito tener vuestra apariencia. No necesito suplicar vuestra atención.

Navani enarcó una ceja al oírlo, pensando que el Hermano sí que había tenido que suplicarle a ella su ayuda. Pero no dijo nada. ¿Cómo podía usar aquella ventaja? ¿Cuál era el camino a la libertad? A él le gustaba creer que podía ver patrones, que podía crear orden a partir del caos. Existía una forma de salir de aquel embrollo. Tenía que creer eso.

«Trátalo como cualquier otro problema —se dijo—. Afróntalo de manera sistemática, partiéndolo en pedazos manejables.»

La noche anterior se había decidido por algunas medidas generales. En primer lugar, debía conservar el terreno que ya había ganado. Eso significaba asegurarse de que el escudo del Hermano permaneciera alzado.

En segundo lugar, debía comunicarse con Dalinar y los demás de fuera, avisarlos de lo que había ocurrido.

En tercero, Navani tenía que descubrir qué había hecho el enemigo para

anular los poderes Radiantes. Según el hermano, tenía que ver con corromper antiguas protecciones de la torre. Navani tenía que desactivar aquello.

Y por último, tenía que volver ese poder contra los invasores. En caso de no lograrlo, debería valerse de los Radiantes despertados para organizar un contraataque.

Allí de pie, atrapada en el sótano bajo vigilancia constante, se le antojaban unas tareas imposibles. Pero sus eruditos habían hecho volar un barco. Navani sería capaz de hacer aquellas cosas, con su ayuda.

Navani contó a los guardias cantores que se paseaban por la sala, mirando por encima de los hombros de los eruditos que trabajaban. Uno paró a las chicas que sacaban notas al pasillo y revisó las cajas. Aquella Fusionada, la que no dejaba de mover la cabeza de un lado al otro mientras canturreaba a un ruidoso ritmo, estaba observando a Navani en esos momentos. Navani intentó no ponerse nerviosa por ello, giró la cabeza para ocultarle los labios y siguió hablando en voz muy baja.

—Supongamos que Rabeniel es lo bastante lista para descubrir cómo crearon ese escudo para ti los antiguos Radiantes —dijo—. ¿Cuál sería su mejor método para superarlo?

El Hermano no respondió y Navani empezó a preocuparse.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

Estoy bien, dijo el Hermano. *Pero tú no eres mi amiga, humana. Eres una esclavista. No confío en ti.*

—Has confiado en mí hasta ahora.

Por necesidad. Ahora estoy a salvo.

—¿Y cuánto tiempo seguirás a salvo? ¿Estás diciendo que no hay forma de que Rabeniel supere el escudo?

El Hermano no respondió.

—Muy bien —dijo Navani—. Pero no puedo planear cómo ayudarte si no conozco tus debilidades. Estarás por tu cuenta, a merced de lo que Rabeniel decida hacer.

Odio a los humanos, terminó diciendo el Hermano al cabo de un tiempo. *Los humanos retorcéis lo que se dice para acabar teniendo siempre la razón.*

¿Cuánto tardaréis en exigirme que me vincule a un humano, que renuncie a mi libertad y arriesgue la vida? Seguro que tendréis unas explicaciones maravillosas de por qué es absolutamente vital que lo haga.

Esa vez fue Navani quien se quedó en silencio. El Hermano podía crear a otro Forjador de Vínculos y, teniendo en cuenta lo útiles que resultaban los

poderes de Dalinar en la guerra, sería estúpido por parte de Navani no abalanzarse sobre esa oportunidad. Por tanto, era cierto que tendría que buscar la forma de hacer que el Hermano se vinculase de nuevo con un humano. Necesitaría encontrar a alguien que no fuese amenazador en absoluto. Alguien que no trabajara con fabriales, alguien que no fuera un político. Alguien que pudiera gustar al Hermano.

De momento, Navani no presionó. Era evidente que el Hermano tenía sus extrañezas, pero la relación que habían mantenido hasta el momento era bastante humana, afirmara lo que afirmase. Y Navani esperaría de un humano que...

El escudo que creamos es algo de lo que Rabeniel podría haber oído hablar, dijo el Hermano por fin. *En consecuencia, podría deducir cómo eludirlo.*

—Dime más —pidió Navani.

El escudo es una extrapolación de la Potencia del Moldeado de Almas. Solidifica el aire en una región del espacio convenciéndolo de que es cristal. Para mantener el escudo, es necesario alimentar el sistema mediante fuentes externas de luz tormentosa. Rabeniel podría darse cuenta de ello, sobre todo si investiga los restos del nodo que empleaste para activar el escudo.

Hay otros nodos como ese, con cristales conectados directamente a mi corazón. Existían cuatro. Tú destruiste uno. Si ella encuentra los otros tres, podría usarlos para corromperme desde el exterior.

—Así que tenemos que encontrarlos nosotros antes —dijo Navani—, y destruirlos.

No. ¡No! Eso iría debilitando el escudo hasta destruirlo. Necesitamos defenderlos. Romper uno ya fue bastante malo. No creas que porque te diera permiso una vez, puedes seguir haciéndolo. Los humanos siempre rompéis cosas.

Navani respiró hondo. Tenía que ser muy cuidadosa con sus palabras.

—No romperé ninguno a menos que sea absolutamente necesario. Hablemos de otra cosa. ¿Cómo te ponías en contacto conmigo antes? ¿Puedes manejar una vinculacaña?

Las odio. Pero era necesario utilizar una.

—Sí, pero ¿cómo? ¿Tienes manos en alguna parte?

Solo ayudantes. Hay una mujer demente, encerrada en un monasterio, con la que establecí contacto. Quienes están aislados, quienes poseen almas permeables, a veces responden mejor a los spren. Esta, sin embargo, se

limitaba a escribir todo lo que yo decía, sin responderme nunca. Hice que Dabbid le llevara una vinculacaña y me comuniqué por medio de ella.

Vaya. No parecía demasiado útil, por lo menos mientras las vinculacañas no funcionaran.

—¿Cómo es que el enemigo dejó inconscientes a los Radiantes? —preguntó Navani.

Es un aspecto de Ur, la Torre, respondió el Hermano. Una defensa establecida para impedir que los Fusionados, y los Deshechos, dependiendo de las circunstancias, entren en ella.

—Encontré un fabrial diseñado para hacer eso mismo, y creo que debieron de inspirarse en una parte de la columna de cristal. No te lo tomes a mal, pero ¿no se te ocurrió activar esa defensa cuando atacaron?

El Hermano guardó silencio un tiempo, y Navani se preguntó si había ido demasiado lejos. Por suerte volvió a hablar, con suavidad.

Me... hirieron. Hace miles de años sucedió algo que cambió a los cantores. También me hizo daño a mí.

Navani disimuló su conmoción.

—¿Te refieres al vínculo de aquella Deshecha, a lo que hizo que los cantores perdieran sus formas?

Sí. Aquel acto terrible tocó las almas de todos quienes pertenecían a Roshar. También de los spren.

—¿Cómo es que ningún spren lo ha mencionado?

No lo sé. Pero ese día perdí el ritmo de mi luz. La torre dejó de funcionar. Mi padre, Honor, debería haber podido ayudarme, pero estaba perdiendo la mente. Y pronto murió...

Navani captó tanta tristeza en la voz del Hermano que no intentó sonsacarle más respuestas. Aquello lo cambiaba todo.

Cuando esa Fusionada me tocó, siguió diciendo el Hermano, corrompió una parte de mí al tono de Odium. En otros tiempos no habría sido posible, pero ahora lo es. Llena mi organismo con la luz de Odium, dañándome. Corrompiéndome.

—Entonces... —dijo Navani—, si encontráramos la forma de destruir la luz del vacío que tienes en tu interior, o de recuperar de algún modo el ritmo que perdiste, ¿podrías reactivar la torre para defendernos?

Supongo que sí. Pero no parece posible. Siento... que estamos condenados.

Aquel cambio de humor también parecía familiar, humano. De hecho, Navani sentía un poco lo mismo. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los

ojos.

«Divídello en partes pequeñas —se recordó—. Protege al Hermano el tiempo suficiente para resolver los otros problemas. Esa es tu primera tarea.»

No se llenaba un mapa todo de golpe. Se hacía una línea tras otra. Esa era el alma del descubrimiento.

Pero..., dijo el Hermano.

—¿Pero? —Navani abrió los ojos—. ¿Pero qué?

Pero tal vez no sea necesario reanimar a ningún Radiante. Hay dos en la torre que siguen despiertos.

Navani volvió a estar a punto de quebrar su fachada de calma. ¿Por qué no había mencionado aquello el Hermano de inmediato?

—¿Cómo puede ser?

Una tiene sentido para mí, dijo el Hermano. Está despierta porque fue creada de una forma extraña, para usar la luz de manera distinta a los demás. Mi madre la creó con ese propósito. Pero le he perdido la pista y no sé dónde está. Una joven. Danzante del Filo.

—Lift —dijo Navani. Era cierto que esa chica siempre había sido extraña —. ¿Ya no puedes verla?

No. Creo que una razón de que pueda ver partes de la torre tiene que ver con los Radiantes, que están Conectados conmigo. Capté atisbos de esa chica Danzante del Filo durante un tiempo, pero ayer desapareció. Estaba en una jaula, y sospecho que la rodearon de ralkalest.

Pero hay otro. Un hombre. Debe de ser del Cuarto Ideal, pero no tiene armadura. Así que... ¿quizá del Tercero, pero cerca del Cuarto? Puede que sea algo relacionado con su cercanía a mi padre, y su cercanía a la Potencia de la Adhesión, lo que lo mantiene consciente. Su poder es el de los vínculos. Ese hombre es Corredor del Viento, pero ya no lleva uniforme.

Kaladin.

—¿Puedes contactar con él?

El primer objetivo de Kaladin era la luz tormentosa. Por suerte, sabía exactamente dónde encontrar esferas infusas. Los trabajadores solían instalar lámparas de gemas en los pasillos más concurridos, apartando la oscuridad y volviendo el interior más acogedor y cómodo. Había uno de esos proyectos en marcha en la quinta planta, lo bastante lejos de la clínica de su familia como para que Kaladin no considerara demasiado peligroso probar a acercarse.

Empezó acostumbrándose a moverse por los pasillos oscurecidos cerca de su escondrijo en el décimo piso. Junto con Syl, trazó un mapa mental de la zona y luego empezó a avanzar despacio hacia el perímetro. Kaladin se sintió como si estuviera saliendo de la jaula de un esclavista cuando vio aquel primer destello de luz solar en la lejanía, y tuvo que contenerse para no salir corriendo sin más hacia él.

Lento, constante, cauteloso. Dejó que Syl explorase por delante. La spren llegó a hurtadillas a la terraza y miró hacia fuera. Kaladin se quedó agachado en la oscuridad, esperando, observando, escuchando. Al cabo de un rato Syl regresó e hizo una pirueta en el aire, la señal de que no había visto nada sospechoso.

Kaladin salió a la luz. Trató de memorizar los estratos de aquel pasillo, el más exterior, y luego echó una mirada atrás hacia las entrañas del décimo piso. El pasillo era en esencia una ruta recta hasta su escondrijo. Su estúpido cerebro imaginó que olvidaba el camino y dejaba morir a Teft allí, consumiéndose, quizá despertando al final. Solo, atrapado, aterrorizado...

Kaladin sacudió la cabeza y avanzó con cautela hasta la terraza, desde la que podía observar el exterior de la torre. No habían visto ni un solo guardia en su camino hasta allí. Al echar un vistazo fuera, tampoco vio a ningún Celestial volando. ¿Qué estaba pasando? ¿Se habían retirado por algún motivo?

No. Kaladin aún sentía el opresivo embotamiento, que indicaba que lo que fuese que habían hecho para suprimir a los Radiantes sería activo. Kaladin se asomó un poco más. En las plataformas vio figuras con uniformes azules vigilando las Puertas Juradas en sus puestos habituales. Noto una punzada de alivio, incluso de incredulidad. ¿Habría sido todo aquello alguna terrible pesadilla?

—¡Kaladin! —susurró Syl—. Viene alguien.

Los dos apretaron las espaldas contra una pared cercana mientras pasaba un grupo por el pasillo. Hablaban con ritmos, en azishiano. Guardias cantores: Kaladin entrevió que llevaban lanzas. Estuvo a punto de saltar sobre ellos, pero se contuvo. Habría una forma más fácil y menos escandalosa de conseguir un arma adecuada.

Era evidente que el enemigo seguía al mando. Al pensar en ello, cayó en la cuenta de lo que estaba pasando.

—Intentan que desde fuera de la torre parezca que no ocurre nada —susurró a Syl después de que pasara la patrulla—. Saben que Dalinar enviará

a Corredores del Viento a observar la torre cuando fallen las comunicaciones, así que el enemigo pretende fingir que la fortaleza no está conquistada. Esos de ahí son o bien ilusiones de los Fusionados, o bien simpatizantes humanos, quizás los restos del ejército de Amaram con uniformes robados.

—Y los Corredores del Viento no podrán acercarse lo suficiente para descubrir la verdad sin que fallen sus poderes —dijo Syl.

Avanzaron los dos hasta una escalera cercana. No parecía estar vigilada, pero Kaladin envió a Syl por delante para comprobarlo de todas formas. Luego empezaron a descender y encontraron el noveno, el octavo y el séptimo piso relativamente desprotegidos. Allí arriba había demasiado espacio para vigilarlo todo. Aunque encontraron otra patrulla en el perímetro de la torre, pudieron llegar a la sexta planta sin incidentes. Pero allí, al intentar descender al quinto piso, más poblado, encontraron guardias al pie de las cinco primeras escaleras que intentaron.

Tuvieron que ir hacia el interior y buscar una escalera pequeña y apartada que Syl recordaba. Llegar a ella significaba internarse de nuevo en la oscuridad. Para Kaladin la luz del sol era tan vital como la comida o el agua. Abandonarla era una agonía, pero lo hizo.

Y como había esperado, esa escalera más pequeña estaba desprotegida. Llegaron a la quinta planta en una silenciosa oscuridad. Al parecer, la mayoría de la población humana de la torre seguía recluida en sus aposentos. El enemigo aún intentaba determinar cómo iba a gobernar la torre, lo que debería conceder a Kaladin una oportunidad. Con eso en mente, envió a Syl a cumplir una tarea.

Syl salió volando hacia las terrazas, dejándolo a él agachado en la escalera, armado con su bisturí. Kaladin se estremeció y deseó tener un abrigo o una casaca. Hacía más frío que nunca en la torre. Lo que el enemigo hubiera hecho para detener a los Radiantes había interferido también con las demás funciones de la torre. Eso hizo que Kaladin se preocupara por la gente.

Syl regresó al cabo de un tiempo.

—Tu familia está encerrada en casa, igual que todos los demás —dijo en voz baja—. Pero en su puerta hay guardias apostados. No me he atrevido a intentar hablar con tus padres, pero los he visto juntos al mirar por la ventana. Parecen ileños, aunque asustados.

Kaladin asintió. Supuso que era lo más que podía haber esperado. Con un poco de suerte, su padre se habría librado de los problemas hablando, como había dicho que haría. Kaladin y Syl avanzaron hacia el interior con cautela,

hasta el lugar donde estaban instalando las lámparas. Allí los trabajadores habían dejado lámparas amontonadas, además de herramientas para taladrar la roca y colocar sus monturas.

No había gemas entre los montones de material, y las lámparas de aquel pasillo concreto estaban vacías. Pero en el siguiente, las lámparas tenían amatistas, gemas de tamaño medio para iluminar, un poco más grandes que un broam. Eso era mucha luz tormentosa, si Kaladin conseguía extraerlas.

—¿Qué opinas? —preguntó Kaladin a Syl—. ¿Cojo una palanca, las saco a lo bestia y deprisa y luego corremos?

—Creo que harías mucho ruido —dijo ella, posándose en una lámpara.

—Podría robar la luz tormentosa e infundir las esferas que llevo encima. Pero preferiría llevarme algunas gemas de estas. Necesito ampliar la reserva.

—Podríamos buscar a la lamparera y quitarle las llaves —dijo Syl.

—La que está asignada a esta planta es una ojos claros que vive en algún lugar del segundo piso, creo. Lopen intentó invitarla a cenar una vez.

—Claro, cómo no —dijo Syl—. Pero... pensándolo mejor, creo que intentar encontrarla sería difícil y peligroso.

—Estoy de acuerdo.

Syl se puso de pie encima de la brillante lámpara y luego revoloteó hacia el lado, se convirtió en una cinta de luz y se coló por el pequeño agujero de la cerradura. Aunque no podía atravesar objetos sólidos, escurrirse a través de una grieta o un agujero solía bastarle.

Dio vueltas por el interior de la lámpara. Eran unos aparatos de hierro, robustos, construidos para resistir los intentos de robo. Las caras laterales eran de cristal, pero estaban reforzadas con una malla metálica. La llave abría una de las caras y permitía acceder al interior. Una vez hecho eso, desde dentro se podía quitar el pestillo de las otras caras de la lámpara y abrir las también.

Syl voló hasta uno de esos pestillos y recobró su forma de persona. En teoría, si no se tenía la llave, era posible romper el cristal y usar un alambre para mover uno de los pestillos internos y abrir esa cara. Pero las lámparas estaban diseñadas para dificultar tales intentos, con cristales gruesos y aquel entramado de hierro por detrás.

Syl probó a empujar el pestillo, pero pesaba demasiado para ella. Puso los brazos en jarras y lo miró furibunda.

—Prueba un enlace —dijo Syl levantando la voz, que resonó contra el cristal y llegó más fuerte de lo que podría haber sugerido su diminuta forma.

—Los enlaces no funcionan —respondió Kaladin en voz baja, manteniendo un ojo echado pasillo abajo por si llegaba alguna patrulla.

—Los que no funcionan son los enlaces gravitacionales —dijo Syl—, pero los otros sí, ¿verdad?

Los Corredores del Viento disponían de tres variedades de enlaces. El que más utilizaba Kaladin era el enlace gravitacional, mediante el que se infundía un objeto o a una persona y se cambiaba la dirección desde la que la gravedad tiraba de ellos. Pero había otros dos. Kaladin ya había probado a hacer un enlace completo cuando estaba llevando a Teft a la clínica durante la invasión. Ese enlace permitía infundir un objeto con luz tormentosa y ordenarle que se adhiriera a cualquier cosa que tocara. Durante sus primeros días como hombre del puente, Kaladin lo había empleado para pegar piedras a la pared de un abismo.

El último enlace era el más extraño y arcano de los tres. El enlace inverso provocaba que algo atrajera otros objetos. Era como un híbrido de los otros dos enlaces. Se infundía una superficie y se le ordenaba que tirara de objetos específicos. Esos objetos se veían atraídos hacia ella. Era como... como si el objeto infundido se convirtiese en la fuente de la gravedad. En su época de hombre del puente, Kaladin había utilizado ese enlace sin darse cuenta para atraer las flechas que volaban por el aire hacia su puente, desviándolas para que no acertaran a sus amigos.

—Lo que llamáis «enlaces» —dijo Syl— son en realidad dos Potencias actuando juntas. Gravitación y Adhesión, combinadas de distintas formas. Sabemos que los enlaces de Gravitación no funcionan y los de Adhesión sí. ¿Qué pasa con el enlace inverso?

—No lo he intentado —reconoció Kaladin.

Fue a un lado y absorbió la luz tormentosa de otra lámpara. Sintió la energía, el poder en sus venas, algo que había estado anhelando. Sonrió y dio un paso atrás, iluminado de poder.

—Prueba a hacer que el cristal atraiga al pestillo —dijo Syl, señalando—. Si consigues que el pestillo se mueva hacia ti, saldrá y se abrirá.

Kaladin tocó el lado del armazón de la lámpara. Había practicado los enlaces durante el último año. Sigzil había supervisado el entrenamiento, obligando a Kaladin a experimentar, como de costumbre. Habían descubierto que el enlace inverso requería una orden, o por lo menos una visualización de lo que se pretendía. Mientras infundía el cristal, Kaladin trató de imaginar la luz tormentosa atrayendo cosas.

No, cosas no. El pestillo en concreto.

La luz tormentosa se resistió. Al igual que con el enlace básico gravitacional, Kaladin sentía el poder, pero había algo que lo bloqueaba. Sin embargo, ese bloqueo era más débil. Se concentró, apretó más fuerte y, como si se abriera una compuerta, la luz tormentosa emergió de él de repente. Un enlace inverso no brillaba tanto como debería por la luz tormentosa aplicada. Estaba como invertido, en cierto modo. Pero los actos de Kaladin provocaron un leve chasquido.

El poder había atraído el pestillo, que el tirón de aquella fuerza invisible había sacado de sus abrazaderas. Ansioso, Kaladin sacó el frontal de la lámpara, cogió la gema y se la guardó en el bolsillo.

Syl salió volando.

—Tenemos que practicar más este enlace, Kaladin. No lo usas con tanta naturalidad como los otros dos.

Kaladin asintió, pensativo, y recuperó la luz tormentosa que había empujado al interior del armazón. Los dos siguieron avanzando furtivos pasillo abajo, sumiéndolo más y más en la penumbra con cada gema que robaban.

—Los enlaces inversos cuestan un esfuerzo —dijo Kaladin a Syl en voz baja—. Pero hacen que me pregunte si podría ingenármelas para hacer funcionar los enlaces básicos gravitacionales.

Se había acostumbrado a depender de ellos en combate, de la capacidad de saltar al aire por enviar a su adversario volando. Incluso de la simple ventaja de volverse más ligero y fluir con más facilidad por la batalla.

Acabó con la última lámpara, satisfecho de haberse llenado el bolsillo de luz tormentosa. Tenía lo que habría sido una fortuna en Piedralar, aunque ya estaba habituándose a llevar esas cantidades encima. Después de guardar aquellas gemas en un sentido oscuro para que no le brillara el bolsillo, los dos pasaron a su siguiente tarea: provisiones.

En esa ocasión se mantuvieron en la parte interna de la torre, desde donde podrían verlo si llegaba una patrulla por la luz que llevarían. Kaladin guio a Syl hacia abajo por una escalera, ya que tenía una idea bastante aproximada de dónde podría conseguir comida y agua.

Como había esperado, el monasterio que había en el centro de la tercera planta no era prioritario y no estaba vigilado. De camino encontró a un par de cantores en una garita de guardia, pero pudo escabullirse por un pasillo lateral y encontrar una puerta sin ninguna vigilancia.

Kaladin y Syl entraron y avanzaron cautelosos por un pasillo con celdas a ambos lados. Aún pensaba en ellas como tales, aunque los fervorosos insistieran en que aquello no era una cárcel. Por supuesto, las habitaciones en las que se alojaban los propios fervorosos estaban bien iluminadas, bien amuebladas y eran de lo más acogedoras. Kaladin encontró una de aquellas por la luz que salía de debajo de la puerta, observó el glifo pintado en la madera y pasó al interior.

Sobresaltó al fervoroso que había dentro, el mismo hombre al que había conocido en su anterior visita a aquel lugar. Kuno, había sabido Kaladin que se llamaba. El fervoroso había estado leyendo, pero intentó en vano ponerse los anteojos mientras Kaladin cruzaba la habitación a toda prisa, conminándolo al silencio con gestos.

—¿Hay más guardias? —susurró Kaladin—. He visto a dos en la entrada principal.

—Eh... no, brillante señor —dijo Kuno, los anteojos colgando sueltos de sus dedos—. Esto... ¿Cómo puede ser? ¿Cómo es que estás aquí?

—Por la gracia de dios o por pura suerte, aún no lo tengo decidido. Necesito víveres. Raciones, jarras de agua. Material médico si lo tenéis.

El hombre tartamudeó algo y luego se inclinó hacia él, entornando los ojos hacia Kaladin sin hacer caso a los anteojos que tenía en la mano.

—Por el Todopoderoso, de verdad eres tú. Bendito por la Tormenta...

—¿Tienes las cosas que necesito?

—Sí, sí —dijo Kuno.

Se levantó, se pasó la mano por la cabeza afeitada y los llevó fuera de la alcoba.

—Tenías razón —dijo Syl desde el hombro de Kaladin mientras seguían al fervoroso—. Seguro que tienen tropas en todas las garitas de guardia, clínicas y barracones. Pero un manicomio apartado...

Kuno los llevó a un pequeño almacén. En su interior Kaladin pudo encontrar casi todo lo que necesitaba. Una camisa de hospital y una bacínilla para Teft. Varias otras prendas. Esponja y jofaina, e incluso una jeringa grande para alimentar a una persona inconsciente.

Kaladin guardó todo aquello en un saco y metió también vendas, corteza de profundo para el dolor y un poco de antiséptico. Añadió unas raciones secas, en su mayoría creadas por moldeado de almas, pero comestibles. Ató cuatro jarras llenas de agua a una cuerda que podía colgarse del cuello y entonces se fijó en un cubo con material de limpieza. Escogió cuatro cepillos con cerdas

gruesas y recios palos de madera, usados para fregar suelos.

—¿Tienes que... lavar algún suelo, Radiante? —preguntó el fervoroso.

—No, pero ya no puedo volar, así que necesitaré estas cosas —dijo Kaladin, embutiéndolas en su saco—. No tendrás algo de caldo, ¿verdad?

—No a mano —respondió Kuno.

—Lástima. ¿Y armas?

—¿Armas? ¿Para qué las necesitas? Tienes tu hoja esquirlada.

—No funciona ahora mismo —repuso Kaladin.

—Pues aquí no tenemos armas, brillante señor —dijo Kuno, secándose la cara, que le chorreaba de sudor—. Tormentas. ¿Quieres decir... que vas a combatirlos?

—Resistir, por lo menos. —Kaladin se puso al cuello la cuerda con las jarras, se levantó con cierto esfuerzo y asentó el peso para que la cuerda no le raspara demasiado—. No digas a nadie que me has visto. No quiero que se te lleven para interrogarte. Necesitaré más provisiones.

—Pero... ¿vas a volver? ¿Harás esto... más veces? —El hombre se quitó los anteojos y se secó la cara otra vez.

Kaladin estiró el brazo y puso la mano en el hombro del fervoroso.

—Si perdemos la torre, perdemos la guerra. No estoy en condiciones de pelear, pero voy a hacerlo de todos modos. No necesito que tú empuñes una lanza, pero si pudieras conseguirme caldo y llenar estas jarras cada par de días...

El hombre asintió.

—Muy bien. Eso puedo... puedo hacerlo.

—Así me gusta —dijo Kaladin—. E insisto en que no hables de esto. No queremos que a la gente se le meta en la cabeza que debería coger una lanza y ponerse a luchar contra Fusionados. Si hay alguna forma de salir de esto, tendrá que ver con que pueda avisar a Dalinar o despertar de algún modo a los demás Radiantes.

Absorbió un poco de luz tormentosa. La necesitaría para cargar con todo aquello, y ver el resplandor dio al fervoroso una evidente inyección de confianza.

—Vida antes que muerte —le dijo Kaladin.

—Vida antes que muerte, Radiante —repitió Kuno.

Kaladin recogió sus sacos del suelo y regresó hacia la oscuridad. Fue un trayecto lento, pero terminó llegando a la décima planta. Allí se orientó mientras Syl daba una vuelta para ver si recordaba el camino. Pero no tenían

que haberse preocupado, porque apareció una pequeña chispa de luz en una veta de granate que había en el suelo.

Siguieron la luz hasta la sala donde habían dejado a Teft. La puerta se abrió sin necesidad de más luz tormentosa. Dentro, Kaladin dejó sus provisiones, comprobó el estado de su amigo y se puso a hacer inventario de las cosas que se había llevado. La luz del granate chispeó en el suelo a su lado y Kaladin rozó la veta de cristal con los dedos.

Al instante llegó una voz a su cabeza.

¿Alto mariscal? ¿Era verdad? ¿Estás despierto y en activo?

Kaladin dio un respingo. Era la voz de la reina.

¿Brillante Navani?, dijo la voz de Kaladin en la mente de Navani. Estoy despierto. Más o menos en activo. Mis poderes están... haciendo cosas raras. No sé por qué no estoy comatoso como los demás.

Navani dio una larga y profunda bocanada de aire. El Hermano había visto a Kaladin llegar a hurtadillas hasta la tercera planta y saquear un monasterio para obtener provisiones. Mientras regresaba, Navani había dado varias vueltas a la sala, hablando con sus eruditos y animándolos, para no despertar sospechas. Luego había vuelto a su puesto, apoyada en la pared, intentando parecer aburrida.

Estaba todo menos eso. Tenía acceso a un Caballero Radiante, quizá a dos si el Hermano lograba localizar a Lift.

—Me alegro —susurró ella, y el Hermano transfirió sus palabras a Kaladin —. De momento, estoy colaborando a regañadientes con nuestros captores. Nos tienen a mí y a mis eruditos encerrados en la sala de estudio oriental del sótano, cerca de la columna de gemas.

¿Sabes lo que les pasa a los Radiantes?, preguntó él.

—Hasta cierto punto, sí —susurró Navani—. Los detalles son un poco técnicos, pero la torre tenía unas protecciones antiguas para defenderla de enemigos que usaran luz del vacío. Una erudita Fusionada las ha invertido, y ahora reprime a quienes usan la luz tormentosa. Pero no ha podido completar la corrupción de la torre. Ha sido por muy poco, pero le he impedido hacerlo erigiendo una barrera en torno a la columna. Por desgracia, esa misma barrera me impide deshacer lo que ha hecho ella allí.

Entonces... ¿qué hacemos?

—No lo sé —reconoció Navani. Seguro que Dalinar le habría dicho que aparentara fuerza, que fingiera que tenía un plan incluso no teniéndolo, pero

Navani no era una general. Fingir nunca funcionaba con sus eruditos, que apreciaban la sinceridad—. Apenas he tenido tiempo de planificar y aún estoy agotada por lo de ayer.

Conozco esa sensación, dijo Kaladin.

—El enemigo ha hecho funcionar las Puertas Juradas, de algún modo —dijo Navani, mientras empezaba a formarse un plan en su mente—. Mi primer objetivo es seguir protegiendo al Hermano, el spren de la torre. El segundo es avisar a mi marido y los demás monarcas. Si supiéramos cómo hace funcionar las Puertas Juradas el enemigo, quizá podría activar mis vinculacañas y pedir ayuda.

Me parece un muy bien principio, brillante, dijo Kaladin. *Me alegra de tener una dirección en la que avanzar. Entonces, ¿quieres que averigüe cómo están poniendo en marcha las Puertas Juradas?*

—Exacto. Lo único que se me ocurre es que estén alimentándolas con luz del vacío, de alguna manera, pero ya intenté crear fabriales que utilicen luz del vacío y fracasé. Lo que sé a ciencia cierta, en cambio, es que el enemigo tiene vinculacañas operativas. No he podido verlas bien, pero si logras descubrir cómo están usando las Puertas Juradas, u otros fabriales, me daría algo con lo que empezar a trabajar.

Para hacerlo tendría que acercarme a las Puertas Juradas, dijo Kaladin. *Y hacerlo sin que me vean.*

—Sí. ¿Te ves capaz? Sé que has dicho que tus poderes no funcionan del todo.

Eh... Me las ingeniaré, brillante. Sospecho que el enemigo no activará ninguna Puerta Jurada hasta el anochecer. Creo que intentan aparentar que no pasa nada en la torre, por si Dalinar envía exploradores. Tienen a humanos con uniformes alezi patrullando fuera. De noche, hasta unos Corredores del Viento que solo intentaran mirar desde lejos serían visibles en la oscuridad. Sospecho que habrán deducido que es más seguro usar las Puertas Juradas entonces.

Curioso, muy curioso. ¿Cuánto tiempo supondría Rabeniel que era realista mantener ese subterfugio? Sin duda, Dalinar terminaría retirándose del campo de batalla de Azir y dedicando todos sus recursos a descubrir qué andaba mal en Urithiru. A menos que hubiera aspectos de la situación que Navani no estaba teniendo en cuenta.

Las implicaciones de eso la asustaron. Estaba ciega, encerrada en aquel sótano.

—Alto mariscal —dijo a Kaladin—, intentaré volver a ponerme en contacto contigo mañana a esta hora aproximada. Hasta entonces, ten presente esto: el enemigo intentará hallar la forma de anular el escudo que levanté. Hay tres nodos ocultos en la torre, gemas grandes infusas con luz tormentosa que están manteniendo la barrera, pero el Hermano no quiere decirme dónde están.

»Esos nodos son canales directos hacia el corazón de la torre y, por tanto, puntos de gran vulnerabilidad. Si encuentras alguno, infórmame. Te advierto que si el enemigo accede a ellos, podrá completar la corrupción de la torre.

Sí, señor. Esto... brillante.

—Tengo que dejarte. Lift está despierta también en algún lugar, así que merece la pena mantener un ojo abierto por si la ves. En todo caso, ve con cuidado, alto mariscal. Si la tarea se demuestra demasiado peligrosa, retírate. Ahora mismo somos demasiado pocos para correr riesgos insensatos.

Entendido.

Tras una breve pausa, Navani oyó la voz del Hermano.

Se ha puesto a seguir desempaquetando sus provisiones. Pero deberías tener cuidado al hablarle de fabriales. No olvides que considero lo que has hecho un delito muy grave.

—No lo he olvidado —dijo Navani—, pero supongo que no te opones a las Puertas Juradas.

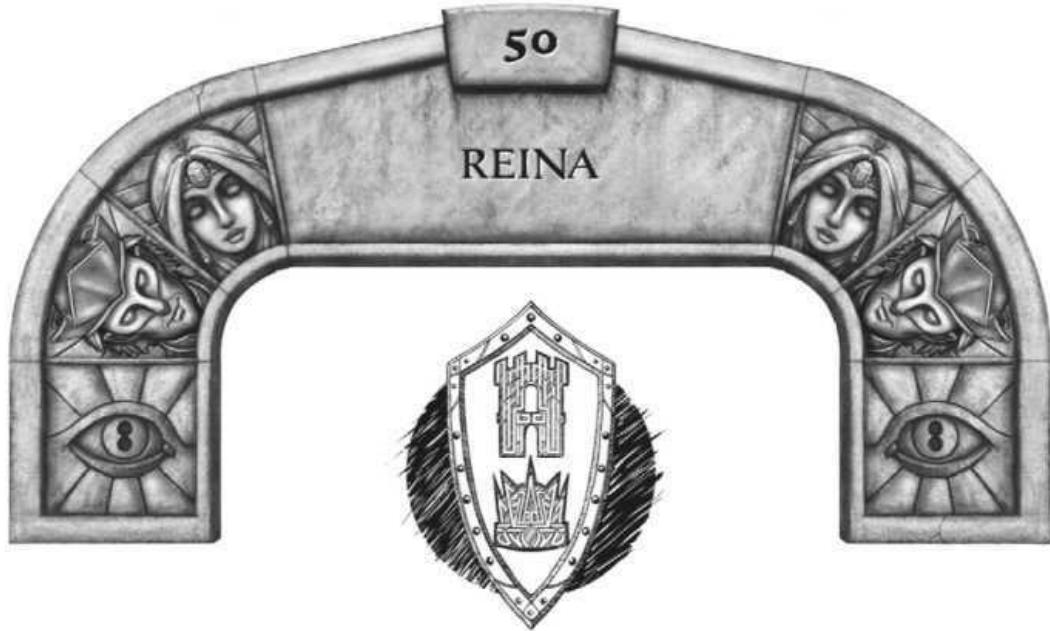
No me opongo, respondió el Hermano, aunque sonaba reacio. Esos spren aceptaron sus transformaciones por voluntad propia.

—¿Sabes por qué funciona? ¿Cómo pueden alimentar las Puertas Juradas con luz del vacío?

No lo sé. Las Puertas Juradas no forman parte de mí. Ahora voy a dejarte. Que hablemos es sospechoso.

Navani no insistió. En vez de eso, hizo otro recorrido por sus eruditos. No estaba segura de confiar en lo que le había dicho el Hermano. ¿Los spren podían mentir? No recordaba haberse preguntado nunca a ningún spren de los Radiantes. Un descuido estúpido.

En cualquier caso, por lo menos a través de Kaladin tenía una conexión con el resto de la torre. Una cuerda salvavidas. Era un paso adelante para encontrar la salida de aquel atolladero.



En tal estado, el desapego es envidiable. He descubierto que mis mayores descubrimientos se producen cuando abandono toda conexión inferior.

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 3

Dos días después de derrotar a las traidoras tropas de Taravangian, Dalinar estaba en la tienda de guerra ayudando a preparar la ofensiva general contra los cantores en Emul. A su espalda estaba Szeth disfrazado. Nadie lo miraba dos veces y Dalinar solía apostar a miembros de la Guardia de Cobalto con él.

Dalinar estudiaba la mesa de guerra con sus mapas y sus listas de cifras de tropas. Muchísimas piezas distintas que representaban el estado de sus combates en muchos frentes de batalla distintos. Cuando Dalinar era joven, aquellas abstracciones lo habían frustrado. Había querido estar presente en el campo de batalla, hoja esquirlada en mano, destrozando las líneas enemigas y volviendo obsoletos esos mapas.

Luego había empezado a ver los ejércitos que había detrás de los cuadraditos en los papeles. Había empezado a comprender de verdad cómo los movimientos de tropas, los suministros, la logística, la táctica a gran escala, eran más importantes que ganar una batalla dada en persona. Y eso lo había emocionado.

De algún modo, también había superado eso. La guerra y todas sus facetas ya no lo emocionaban. Era importante, y era algo que estaba dispuesto a hacer. Pero había descubierto un deber mayor.

«¿Cómo ganamos? Ganar de verdad, no solo obtener ventaja durante un tiempo.»

Dalinar daba vueltas a aquello mientras sus generales y escribas de alto rango presentaban sus conclusiones finales sobre la traición veden.

—Nuestras tropas en el sur de Alezkar recibieron con éxito el apoyo de la armada thayleña, como aconsejaste —dijo Teshav—. Los generales a lo largo de la costa pudieron replegarse a través de una serie de fortalezas, como indicaste. Se han reagrupado en Karanak, ciudad que controlamos. Dado que ninguno de nuestros batallones estaba rodeado por completo de tropas veden, apenas hemos sufrido pérdidas.

—Nuestra flota ha bloqueado a los barcos veden en sus puertos —dijo Kmakl, el anciano príncipe consorte thayleño—. No podrán escapar de nuestro bloqueo a menos que los Fusionados y los Rompedores del Cielo les proporcionen un apoyo aéreo considerable.

—Hemos destruido a casi todos los veden que nos traicionaron aquí —dijo Omal, un general azishiano de corta estatura que llevaba una banda de vivos colores cruzando la casaca de su uniforme—. Tu liderazgo en el campo de batalla ha sido excelente, Espina Negra, por no mencionar lo oportuno de tus avisos antes del combate. En vez de quemar nuestros depósitos de suministros y rescatar a su rey, han quedado casi eliminados.

Dalinar miró por encima de la mesa hacia el Visón, que sonreía con un mellado aire satisfecho.

—Lo has llevado todo muy bien, tío —le dijo Jasnah, analizando el mapa en la mesa de guerra—. Has evitado una catástrofe.

Noura terminó de conferenciar con el emperador azishiano, sentado en un trono cerca del lateral de la tienda de batalla, y se acercó a la mesa.

—Lamentamos la pérdida de un aliado tan importante como Taravangian —afirmó—. Su traición se condenará y se perseguirá por parte de los azishianos durante generaciones. Dicho eso, nosotros también aprobamos cómo has manejado la situación. Hiciste bien en seguir sospechando de él todos estos meses, y nosotros fuimos unos imprudentes al pensar que sus tretas habían quedado en el pasado.

Dalinar se inclinó sobre la mesa iluminada con esferas. Aunque echaba de menos el enorme mapa ilusorio que podía crear junto con Shallan, había algo

en lo tangible del mapa que tenía delante, en el papel marcado con los pensamientos de sus mejores generales, que le hablaba al alma. Mientras lo contemplaba, todo lo que contenía el mapa pareció desvanecerse de su vista.

Algo seguía estando mal. Taravangian había pasado muchos meses actuando con gran sutileza. ¿Y luego se dejaba capturar sin más?

«Sus ejércitos de Jah Keved no parecen muy preocupados por él —pensó Dalinar, leyendo los informes de batalla y las cifras que tenía a la vista como si fuesen explicaciones bisbiseadas a sus oídos—. Los altos príncipes veden se alegrarán de poder poner al mando a sus propios hombres. Y parece que son rápidos en alinearse con los cantores, igual que lo fueron los iriali.»

Kharbranth, gobernada por Savrahaldem, la hija de Taravangian, había renegado de su antiguo líder y se había proclamado neutral en el conflicto, declarando que sus cirujanos estaban dispuestos a seguir atendiendo a cualquier bando que solicitara su ayuda. Dalinar haría que sus barcos bloquearan la ciudad de todos modos, pero no iba a desplegar infantería allí y librar una costosa batalla por un objetivo relativamente poco importante. Y era probable que lo supieran.

El auténtico premio era el propio Taravangian. Alguien a quien Dalinar ya tenía prisionero. Después de que el anciano rey maniobrara con tanto cuidado a lo largo de los años, ¿cómo había permitido que su imperio se derrumbara casi de un día para otro?

—¿Por qué? ¿Por qué arriesgarse en ese momento?

—¿Qué noticias hay de Urithiru? —preguntó Dalinar.

—Los Corredores del Viento deberían regresar pronto con su último informe visual sobre la torre —dijo Teshav desde el poco iluminado perímetro de la mesa—. Pero la última carta que hemos recibido por vinculacña de la brillante Navani indica que los nuestros se las van apañando allí.

Navani seguía enviando soldados a recorrer las laderas de las montañas para enviar mensajes. Cada uno que recibían les revelaba un poco más de información. Un grupo de eruditos de Taravangian había activado un aparato como el que había encontrado el alto mariscal Kaladin. Al mismo tiempo, un derrumbamiento en los túneles de debajo de la torre, con toda probabilidad un sabotaje, imposibilitaba entrar y salir por esa vía.

El aparato estaba escondido y Navani no había podido encontrarlo y desactivarlo. Temía que la búsqueda llevara semanas. Por desgracia, los exploradores de Dalinar habían confirmado la efectividad del dispositivo. Si

se acercaban demasiado, no solo perdían sus poderes, sino que además caían inconscientes.

Pero al menos de momento, parecía que todos estaban a salvo, aunque fuese una inconveniencia. Si Dalinar no hubiera anticipado la traición, las cosas podrían haber sido muy distintas. Podía imaginar una versión de los acontecimientos en la que la traición de Taravangian llevaba la coalición al caos, permitiendo a los ejércitos cantores avanzar en masa y empujar a las tropas de Dalinar de vuelta hasta Azimir. Allí, sin los suministros ni el apoyo adecuados, podrían haberlas aplastado.

«Puede que sea eso —pensó—. Tal vez eso pretendiera Taravangian y por eso arriesgó tanto.» Hasta el momento, el rey se había mantenido en silencio durante los interrogatorios. Quizá Dalinar pudiera hablar con él cara a cara y obtener más información. Pero temía que todo aquello formara parte todavía de los planes de Taravangian, de modo que se cuestionaba sus propias decisiones a cada paso.

—Monarcas —dijo Dalinar al grupo—, sugiero que prosigamos con la batalla por Emul hasta que dispongamos de más información sobre Urithiru.

—Estoy de acuerdo —respondió el emperador azishiano al instante.

—Solicitaré la aprobación de los gremios de Thaylenah y de la reina —dijo el príncipe Kmalk, revisando informes navales—. Pero de momento, no me incomoda permitir que los generales alezi sigan al mando. No obstante, brillante señor Dalinar, comprenderás que esta traición va a dificultar incluso más el objetivo de reconquistar tu tierra natal.

—Lo comprendo —dijo Dalinar—. Pero sigo pensando que lo mejor que podemos hacer para una futura recuperación de Alezkar es asegurar el oeste primero.

Cada una de esas palabras era como una puñalada al corazón. Significaban renunciar a Alezkar durante años. Quizá más. Con Jah Keved como base de despliegue, había podido albergar sueños de avanzar directos hacia Kholinar. Eso se había acabado.

«Tormentoso Taravangian. La Condenación se te lleve.»

Tras los asentimientos de Kmalk y del azishiano, la única monarca que aún no había hablado era Jasnah. Estudiaba los mapas, con Sagaz detrás de su hombro como siempre.

—Supongo, tío —dijo ella—, que pondrás al Visón al frente de esta campaña, ¿verdad?

—Es una ofensiva demasiado grande para que pueda dirigirla un hombre

solo —respondió Dalinar—, pero después de cómo llevó la batalla anteayer, creo que ha demostrado su valía. Uno de los motivos por los que me esforcé tanto en reclutarlo era tener su particular genio al timón de nuestra estrategia.

—Si esa es la voluntad de los monarcas —dijo el Visón—, así lo haré... pero recordad vuestras promesas. No dejaré que las rehuyáis. Cuando liberemos Alezkar, como terminaremos haciendo sin remedio, mi reino será el siguiente.

Jasnah asintió.

—Querría ver tus planes de batalla, general Dieno. Concedo mi aprobación inicial a nuestra ofensiva continuada hacia el interior de Emul, pero voy a querer detalles. Perder el acceso a las Puertas Juradas va a alterarlo todo.

Dalinar dio por concluida la reunión. La gente empezó a destapar esferas por todo el borde del pabellón de guerra, revelando lo inmenso que era en realidad. Debía ser lo bastante grande como para albergar a los séquitos de todos, de modo que la mesa de mapas pareció pequeña cuando los monarcas y representantes empezaron a regresar a sus secciones de la tienda.

Kmakl fue con las escribas thayleñas, que estaban enviando el acta de la reunión a la reina Fen y los líderes gremiales por vinculacaña. Dalinar negó con la cabeza. Aprobaba la decisión de Fen de quedarse atrás y desearía que Jasnah también la hubiera tomado. Demasiados monarcas en un solo lugar lo ponían nervioso.

También lo inquietaba que gran parte de los actos de la reina Fen estuvieran sujetos a los caprichos de un puñado de mercaderes y jefes de gremios. Si al final ganaban aquella guerra, buscaría la forma de ayudarla a arrebatar el control de su reino a aquellas anguilas.

Las delegaciones azishiana y emuli empezaron a abandonar la tienda de guerra, dejando entrar un poco de aire fresco. Dalinar usó un pañuelo para quitarse el sudor de la nuca. Aquella región de Roshar no era tan húmeda como las que rodeaban a las islas Reshi, pero el clima veraniego de allí seguía siendo demasiado caluroso para su gusto. Casi tuvo ganas de ordenar a un Corredor del Viento que lo llevara volando a una altitud mayor para que le diera un poco de aire fresco que le aclarara las ideas.

Se conformó con salir de la tienda y contemplar el campamento. Habían ocupado un pueblo pequeño llamado Laqqi, muy poco al interior de la frontera emuli, no muy lejos de Azimir. Eso lo situaba a unos tres días de marcha hacia el frente, donde sus tropas, a las que pronto reforzarían, resistían contra las fuerzas enemigas del sur.

Laqqi, poco más que una aldea, estaba infestado de tropas que montaban puestos de suministro y tiendas de mando. Había trabajadores reforzando la cara este para resguardarse de las tormentas y Corredores del Viento surcando el aire. La posición del pueblo lo convertía en un centro de mando óptimo, lo bastante cerca del frente para llegar con una marcha corta pero lo bastante lejos para estar a salvo de un ataque por tierra.

Dalinar se tomó un tiempo allí fuera después de ir a ver al pequeño Gav, que jugaba feliz con su niñera, para pensar en Evi. Tormentas, qué orgulloso había estado cuando nació Adolin. ¿Cómo se había permitido perderse tanto de la infancia de su hijo?

Dio vueltas a aquellos recuerdos en la cabeza. Al principio le había resultado novedoso ser capaz de recordar a Evi, pero cuanto más se asentaban esos recuerdos, más cómodos se le hacían, como su butaca de siempre junto al fuego. Mucho de cuanto recordaba sobre sí mismo lo avergonzaba, pero no volvería a perder esos recuerdos ni aunque tuviera la oportunidad. Los necesitaba. La necesitaba a ella.

Disfrutó un rato del aire fresco, respirando hondo, antes de regresar a la tienda para beber algo. Szeth lo siguió con la mano en su enorme espada, cuya vaina plateada y cuyo puño negro estaban enmascarados por ilusiones. Szeth no decía nada, pero Dalinar sabía que consideraba bochornosa su derrota a manos de Nale. En opinión de Dalinar, lo que resaltaba dicha derrota más que nada era la pericia del Heraldo. ¿Por qué Nale participaría tan poco en las batallas? ¿Por qué solía limitarse a supervisar a sus Rompedores del Cielo desde lejos?

Jasnah se acercó a Dalinar mientras él se servía una copa de vino en la tienda, cerca de la barra. Jasnah sabía quién era Szeth en realidad, pero era demasiado buena política para dedicarle ni una sola mirada.

—Estás apartándote de la lucha, tío —señaló la reina en voz baja—. Esperaba que marcaras la estrategia en persona.

—He encontrado a alguien más capaz de hacer el trabajo.

—Perdona, tío, pero lo que deberías encontrar es una mentira mejor. Tú nunca sueltas algo que te interesa hacer a ti. Es uno de tus comportamientos más consistentes.

Dalinar se quedó quieto y echó un vistazo por la tienda. Jasnah no debería haberse encarado con él allí, donde podrían oírlos representantes de otros monarcas. Conociendo a Jasnah, aquello formaba parte de sus motivos para hacerlo. Con ella, toda charla era una pequeña competición, y siempre tenía

en cuenta el terreno.

—He empezado a darme cuenta de una cosa —dijo en voz baja, mientras se la llevaba a un lado, más lejos de la barra. Szeth se quedó cerca de ellos, igual que Sagaz. Los demás les dejaron espacio—. Mis poderes como Forjador de Vínculos son más valiosos de lo que creíamos. Ya te he contado que durante la batalla toqué a Nalan y vi su pasado.

—Un logro que no has podido repetir ni con Shalash ni con Talenelat.

—¡Exacto, porque no sé lo que estoy haciendo! —replicó Dalinar—. Soy un arma que no hemos terminado de investigar. Tengo que aprender a usar estos poderes, utilizarlos para algo más que renovar esferas y abrir la perpendicularidad.

—Siempre aprecio que alguien quiera aprender, tío —dijo Jasnah—, pero tú ya eres un arma poderosa. Eres una de nuestras mejores mentes militares.

—Debo convertirme en algo más —insistió Dalinar—. Me preocupa que esta guerra vaya a ser un tira y afloja interminable. Conquistamos Emul, pero perdemos Jah Keved. Avanzamos y retrocedemos, avanzamos y retrocedemos. ¿Cómo ganamos, Jasnah? ¿Cuál es nuestro objetivo final?

Ella asintió despacio.

—Tenemos que obligar a Odium a llegar a un acuerdo. ¿Crees que aprender sobre tus poderes puede ayudarte a conseguirlo?

Había pasado un año desde que Odium había aceptado un combate de campeones, pero desde entonces Dalinar no había vuelto a ver a la entidad. No había habido visitas, ni visiones. Ni siquiera un mensajero.

—Rayse, es decir, Odium, no es alguien a quien se pueda obligar a nada —intervino Sagaz por encima del hombro de Jasnah—. Puede que haya aceptado un desafío en teoría, Espina Negra, pero no llegó a establecer las condiciones. Y no lo hará mientras crea que está ganando esta guerra. Tenéis que asustarlo, convencerlo de que podría perder. Solo entonces seguirá adelante con un combate de campeones, y eso si las condiciones limitan sus pérdidas.

—Preferiría una victoria completa que algo que permita a Odium asegurar sus apuestas —dijo Dalinar.

—Ah, estupendo —replicó Sagaz, levantando la palma de la mano y haciendo el gesto de apuntar algo—. Permítome tomar nota de que te gustaría ganar. Sí, qué necesidad por mi parte no haberme dado cuenta, Espina Negra. Victoria total. Sobre un dios. Que en la actualidad domina tu tierra natal y acaba de obtener la lealtad de uno de los ejércitos más poderosos del planeta.

—¿Quieres que también haga que Odium te cocine algo, como disculpa por todo este asunto del fin del mundo?

—Bastará con eso, Sagaz —dijo Dalinar con un suspiro.

—Lo de la cocina es una tradición real —añadió Sagaz—. Una vez visité un lugar donde, si perdías una batalla, tu madre tenía que cocinar algo sabroso al otro tipo. Me cayó bien esa gente.

—Lástima que no te quedaras más tiempo con ellos —dijo Dalinar.

—¡Ja! Bueno, tampoco me pareció muy buena idea seguir allí. Al fin y al cabo, eran caníbales.

Dalinar negó con la cabeza y se concentró de nuevo en su problema.

—Según Sagaz, tenemos que convencer a Odium de que somos una amenaza. Pero yo creo que el enemigo está manipulándonos. Toda esta jugada con Taravangian me pone nervioso. Estamos enfrentándonos a un dios, pero no usamos todas las herramientas de que disponemos. —Levantó la palma de la mano—. Con esto puedo tocar su mundo, el Reino Espiritual. Y cuando estaba luchando contra Nalan, sentí algo, vi algo. ¿Y si pudiera volver a forjar el Juramento? Si los Fusionados dejaran de renacer, ¿eso no nos daría al menos una ventaja sobre Odium? ¿No lo obligaría a negociar en nuestros términos?

Jasnah cruzó los brazos, pensativa. Pero Sagaz se adelantó para hablar.

—¿Sabéis? —susurrió—. Creo que podría tener razón. Me da vergüenza reconocerlo, pero el Espina Negra ha visto más lejos que nosotros, Jasnah. Es más valioso como Forjador de Vínculos que como general, e incluso que como rey.

—Tu argumento es válido, tío —admitió Jasnah—. Es solo que me preocupo. Si tus poderes son tan increíbles, suena peligroso experimentar con ellos. Mis primeros escarceos con el moldeado de almas pudieron haber sido letales en ocasiones. ¿Qué accidentes podrían provocar tus capacidades superiores en una situación similar?

Era una inquietud razonable, que los dejó a todos callados, solemnes, cogiendo copas de vino y bebiendo en pensativo silencio. El príncipe Kmaki pasó por delante de ellos hacia la salida de la tienda, escuchando mientras una escriba le leía el borrador de una carta a los señores mercaderes de Ciudad Thaylen.

—Otro tema, tío —dijo Jasnah cuando se hubieron marchado—. Últimamente veo que entornas los ojos cuando miras al príncipe Kmaki. Creía que Fen y su marido te caían bien.

—Y así es —respondió él—. Lo que no me gusta es la cantidad de burocracia que tiene que superar Fen antes de poder hacer nada. Y los azishianos son peores todavía. ¿Por qué llamas «emperador» a tu gobernante si luego necesita la aprobación de una decena de funcionarios distintos para hacer su trabajo?

—Uno es una monarquía constitucional y el otro una república ilustrada —dijo Jasnah, en tono divertido—. ¿Qué esperabas?

—Que un rey sea rey —masculló él, y se terminó el vino de un trago.

—Ambos gobiernos se remontan a varios siglos —dijo Jasnah—. Han tenido generaciones enteras para refinarse sus procesos. Haríamos bien en aprender de ellos. —Lo miró, pensativa—. Creo que los tiempos del poder absoluto en manos de una sola persona acabarán pronto. No me sorprendería ser la última verdadera monarca alezi.

—¿Qué diría tu padre si te oyera hablar así?

—Sospecho que podría hacérselo entender —dijo ella—. Le interesaba mucho su legado. Construir algo que durara generaciones. Sus objetivos eran loables, pero sus métodos... En fin, nuestro reino ha sido difícil de mantener. Es fácil que un rey que gobierna a guantelete y espada vea que ese gobierno se le escapa al debilitarse. Ahora compáralo con el sistema azishiano, en el que un supremo mediocre es incapaz de echar a perder todo el gobierno él solo.

—Y uno bueno es incapaz de conseguir gran cosa —objetó Dalinar, pero levantó la mano para impedir que la discusión prosiguiera por ahí—. Entiendo lo que dices. Pero veo nobleza en la forma tradicional de gobernar.

—Habiendo leído historia, creo que la nobleza que imaginas se crea en los *relatos* sobre los habitantes de la antigüedad, pero rara vez la poseían dichos habitantes. Esos reyes tendían a llevar vidas breves y brutales. No importa. Cuando ganemos esta guerra, espero tener décadas para convencerte.

Que Kelek lo asistiera. Dalinar se sirvió más vino naranja.

—Pensaré en lo que has dicho sobre tus poderes —prometió Jasnah—, y veré si puedo aconsejarte sobre cómo proceder. De momento, tío, confío en tu juicio al respecto de este asunto, y ayudaré a apoyar al Visón si tú vas a adoptar un papel menor en la planificación bélica. Tienes razón y he hecho mal en cuestionarte.

—Nunca se hace mal en cuestionar —dijo Dalinar—. Eso me lo enseñaste tú.

Le dio una palmadita cariñosa en el brazo y se marchó para devolver su

atención a los mapas sobre los que el Visón estaba haciendo marcas en la mesa de guerra.

Sagaz acompañó a Dalinar y le sonrió.

—Estoy de acuerdo con ella —susurró—. Y en el tema de los monarcas, te diré que a mí me resultas un déspota adorable. Eres tan agradable que casi no encuentro horripilante estar viviendo entre una gente dispuesta a confiar a un hombre el poder casi absoluto sobre centenares de miles, sin pensar siquiera en establecer los controles y equilibrios adecuados sobre sus potenciales avaricia, envidia o ambición.

—¿De verdad hacía falta que vinieras con nosotros, Sagaz? —preguntó Dalinar—. Es...

Dejó de hablar y negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Sagaz.

—Da igual. Decir cualquier cosa te proporcionaría más piedras que arrojarme.

—Y se suponía que tú eras el tonto —dijo Sagaz, sonriendo—. Pero ¿cuándo me he burlado yo de ti?

—A todas horas, Sagaz. Te burlas de todo el mundo.

—¿Ah, sí? ¿De verdad lo hago? Mmmm... —Se dio unos golpecitos en la barbilla—. Tengo un empleo remunerado como Sagaz de la Reina, y ella espera que haga solo las mejores burlas en su nombre. Debo tener cuidado de no ir regalándolas por ahí. Quién va a comprar la vaca y todo eso.

Dalinar frunció el ceño.

—¿Qué es una vaca?

—Grande, jugosa, riquísima. Ojalá aún pudiera comerlas. No parecéis tenerlas por aquí, cosa que me sorprende, porque habría jurado que había alguna en el árbol genealógico de Sadeas. Su abuelo paterno, tal vez. Vigila a los altos príncipes. Es casi seguro que habrá espectáculo.

Se marchó a paso tranquilo para ocupar su puesto habitual cerca de Jasnah.

¿Vigilar a los altos príncipes? ¿Qué significaba eso? En su mayoría estaban volviéndose bastante útiles. Aladar no dejaba de reforzar la confianza que Dalinar había puesto en él, y Dalinar lo había enviado a supervisar la retirada de Alezkar. Hatham había pasado por el aro y Dalinar lo tenía protegiendo la cadena de suministros desde Azimir. Bethab estaba demostrando su utilidad como embajador en Ciudad Thaylen... o mejor dicho, su esposa era la útil, pero ambos estaban ayudando. Roion había muerto con honores y habían escogido con cuidado a su heredero para que no complicara las cosas. Hasta

Sebarial, nada menos, se había vuelto relevante en los últimos tiempos.

Había un alto príncipe con Dalinar en Emul, Ruthar. Dalinar se fijó en el hombre corpulento y barbudo. Era el peor de los que quedaban, porque se las daba de soldado pero no había llevado un uniforme como era debido en la vida. Ese día estaba pululando por el extremo de la barra, donde los vinos fuertes. Por lo menos había aprendido a dejar de contradecir a Dalinar delante de los demás monarcas.

Dalinar miró con ojos entornados a Jasnah, que estaba dejándose ver repasando los planes de batalla con el Visón. «Es puro espectáculo», pensó, fijándose en cómo se preocupaba de mencionar en voz alta detalles de los mapas y sugerir disposiciones de tropas. No hacía mal trabajo, pero no era ninguna general.

El Visón escuchaba sus sugerencias, pero lo más probable era que no pusiera en práctica muchas de ellas. Parecía encontrarla fascinante. Bueno, Jasnah era una gema excepcional, eso desde luego. ¿Su espectáculo era para el Visón? No... Aquello tenía que ver con Ruthar, ¿verdad?

Sus meditaciones se interrumpieron cuando entró en la tienda alguien con uniforme azul. Lyn, la Corredora del Viento, llevaba el pelo recogido en una trenza, aunque se le habían escapado mechones durante el vuelo. Había encabezado la última misión de exploración a Urithiru.

Dalinar le hizo una seña para que se acercara y reparó en que, en la mesa del mapa, Jasnah callaba y se volvía para escuchar el informe de Lyn.

—Hemos encontrado al soldado que envió la reina —explicó la Corredora del Viento después de hacer el saludo militar—. Yo misma he intentado cruzar la barrera invisible y acercarme a la torre. He caído a la nieve como si me hubieran atizado un puñetazo en la mandíbula. El soldado ha tenido que arrastrarme de vuelta con los demás.

—¿Has visto a mi esposa?

—No, señor —respondió Lyn—. Pero ese recorrido a pie... parece atroz. Los Radiantes no pueden acercarse a menos de cien metros de la torre, así que ese soldado tiene que ir y volver por las montañas durante horas para llegar hasta donde puede enviar mensajes.

Dalinar se rascó la barbilla, pensativo. Los mensajes de Navani parecían legítimos, y aconsejaba paciencia. Pero los códigos de identificación no eran infalibles, y había algo en aquello que no encajaba.

—¿Qué habéis podido ver desde esa distancia? ¿Algo?

—Hemos tenido que usar catalejos —dijo Lyn—. No había tanta gente

fueras como de costumbre, pero hemos visto a algunos Corredores del Viento encima de la torre, y me ha parecido distinguir a Teft y a Isom el Tejedor de Luz. Sostenían en alto un gran letrero, con los glifos que creemos que significan «paciencia» y «progreso».

Dalinar asintió.

—Gracias, Radiante. Ve a hacer un informe completo y detallado a la brillante Teshav, y luego a comer algo.

—Gracias, señor —dijo ella, y echó a andar hacia la salida.

Pero algo seguía preocupando a Dalinar. El peso no se había levantado del todo.

—¿Lyn? —llamó.

—¿Señor?

—El enemigo tiene Tejedores de Luz. O por lo menos, algo parecido.

—Sí, señor —dijo ella—. Pero el único informe confirmado que tenemos sobre ellos es de aquella incursión en la cámara acorazada de Ciudad Thaylen hace un año.

Dalinar se resistió a lanzar una mirada a Szeth, tan callado, tan fácil de olvidar siempre cerca de él, con la cara de un hombre alezi.

—Pide al jefe de compañía Sigzil que envíe otro equipo de exploradores cuando caiga la noche —dijo Dalinar—. Yo infundiré las gemas para otro trayecto. Que ese equipo observe la torre desde lejos, escondido, y luego informe de cualquier cosa sospechosa que vea.

—Bien pensado, señor —dijo Lyn, e hizo una inclinación antes de marcharse.

Jasnáh asintió con la cabeza a Dalinar y volvió a su exagerada conversación sobre los mapas. Sí, estaba interpretando un papel.

Dalinar miró con disimulo a Ruthar, cuya cara estaba poniéndose cada vez más roja. Quizá había tomado unas copas de más mientras esperaba a que los monarcas terminaran de debatir, pero en todo caso era obvio que no le gustaba nada la forma descarada en que Jasnáh estaba entrometiéndose en la estrategia bélica. Era un arte masculino y a Ruthar le habían prohibido participar en la planificación ese día.

Viéndolo, era difícil no estar de acuerdo con lo que Jasnáh había dicho sobre Alezkar. La grandiosa unificación del reino por parte de Gavilar no había sobrevivido al monarca ni diez años antes de, a grandes rasgos, desmoronarse en una guerra civil. Las rencillas entre los alezi habían terminado beneficiando a hombres como Ruthar. Aduladores, beligerantes,

agresivos. Los últimos representantes de la vieja Alezkar.

Jasnah estaba poniéndose a sí misma como cebo. Y Ruthar picó. A lo grande.

—¿Acaso soy el único que lo ve? —preguntó Ruthar a sus asistentes, un poco demasiado alto—. No me opuse cuando la hicieron reina. Otras naciones tienen reinas. Pero ¿alguna de ellas está en este pabellón interrogando a un general?

Una de sus acompañantes intentó tranquilizarlo, pero él se la quitó de encima y gritó:

—¡Es una deshonra! ¿Dalinar escribiendo? Ya puestos, que se vista con una havah y empiece a pintar. Nos merecemos el juicio del Todopoderoso, después de dar el trono a una impía y una pu...

Se detuvo justo a tiempo, quizá al darse cuenta de que la tienda había quedado en silencio.

Dalinar dio un paso adelante para reprender al hombre. Ya no quedaba más remedio que...

—Sagaz —dijo Jasnah con voz fría.

Sagaz se adelantó con las manos extendidas a los lados, como si saliera al escenario ante una multitud entregada.

—Veo que envidias a quienes son más diestros que tú en las artes masculinas, Ruthar —dijo Sagaz—. Coincido en que necesitas lecciones sobre cómo ser un hombre... pero los presentes en esta tienda te enseñarían conceptos demasiado avanzados. Deja que haga venir a un eunuco para instruirte y, cuando hayas alcanzado su nivel, volveremos a hablar.

—Más duro —dijo Jasnah.

—Hablas de honor, Ruthar, pero nunca lo has conocido —dijo Sagaz, levantando la voz—. Y nunca lo encontrarás. Verás, he escondido tu honor en un lugar donde jamás podrías hallarlo: en los brazos de alguien que te quiera de verdad.

—Sagaz —dijo Jasnah—. *Más duro*.

—He estado hablando con tus hijos, Ruthar —dijo Sagaz—. No, esta parte no es broma. Relis, Ivanar. Sí, los conozco. Conozco muchas cosas. ¿Querrías explicar a la reina cómo se rompió el brazo Ivanar de verdad el mes pasado? Dime, ¿pegas a tus hijos porque eres un sádico o porque eres un cobarde y son los únicos que no se atreven a defenderse? ¿O...? Ay, qué tonto eres, Sagaz. Son las dos cosas, ¿verdad?

—¡Cómo te atreves! —rugió Ruthar, apartando de un empujón a la

asistente que intentaba controlarlo. Emergieron furiaspren alrededor de sus pies, como charcos de sangre hirviendo—. ¡Exijo un juicio por espadas! Tú contra mí, estúpido bufón. ¡O yo contra tu campeón, si eres demasiado cobarde para enfrentarte a mí!

—Juicio por combate aceptado —dijo Sagaz jovial, quitándose el cinturón y sacando su espada envainada—. Cuando quieras.

—¡Bien! —exclamó Ruthar, y desenvainó su espada, haciendo que muchas mujeres y asistentes se dispersaran hacia los extremos de la enorme tienda.

—Esto es una idiotez —dijo Dalinar, interponiéndose entre ellos dos—. Ruthar, estás cayendo en su trampa. Matar al Sagaz de la Reina es punible con el exilio y la pérdida del título. Y lo sabes.

Ruthar gruñó cuando calaron las palabras de Dalinar.

—Además —prosiguió Dalinar con una mirada hacia atrás—, este hombre no es un Sagaz cualquiera. No estoy seguro de que pudieras matarlo.

—Me dices que perdería el título —masculló Ruthar—. ¿Qué título? ¿Qué tierras poseo? ¿Y el exilio? Ya vivimos en el exilio, Espina Negra. Quizá debería desafiarte a ti. ¿Perdiste tu reino y ahora esperas que yo pierda el tiempo en tierras extranjeras? ¿Protegiendo a quienes deberíamos haber conquistado? Y lo habríamos hecho, si tu sobrino hubiera sido la mitad de hombre que su padre.

—Ruthar —dijo Sagaz—, no tienes que luchar contra él. Ni contra mí. Acepto tu desafío, pero ejerzo mi derecho a escoger un campeón. No te arriesgarás a perder tus tierras por matar a un Sagaz.

—Excelente —respondió Ruthar—. Acepto. Deja de entrometerte, Espina Negra.

Dalinar se apartó a un lado de mala gana. Sentía un temor creciente, pero allí no estaba cometiendo ninguna ilegalidad. Y dudaba que ningún acto suyo pudiera impedir que saltara aquella trampa.

—En fin —dijo Ruthar, haciendo una floritura con la espada—. Sagaz, ¿me llamas cobarde y luego te escabulles de un desafío? ¡Pues que así sea! ¿A quién quieres que mate, entonces?

—¿Majestad? —dijo Sagaz—. ¿Os importaría?

Inclinó su espada envainada a un lado, con la empuñadura por delante, y Jasnah pasó junto a él y desenfundó el arma, una hoja fina y plateada que Dalinar no creía haber visto jamás fuera de su vaina.

El temor de Dalinar se intensificó cuando Jasnah entró en el alcance de Ruthar y apartó su espada con la que empuñaba ella. Ruthar se recuperó de la

sorpresa y detuvo el siguiente ataque de Jasnah. La reina luchaba mejor de lo que Dalinar había esperado, pero su pose era inestable y extendía demasiado los ataques. Como mucho, era equivalente a una discípula prometedora.

Contaba con dos ventajas claras, sin embargo. Era Radiante. Y Ruthar era idiota.

—Me niego —dijo Ruthar, tirando su espada a un lado—. No me enfrentaré a una mujer en combate. Es humillante.

Así que Jasnah le asestó una estocada en el cuello.

Esa acometida fue mejor que la anterior, pero no fue la destreza de Jasnah lo que ganó el combate, sino que Ruthar subestimara lo lejos que estaba dispuesta a llegar. En efecto, los ojos de Ruthar se desorbitaron mientras los sorpresaspren se resquebrajaban a su alrededor como cristal amarillo. Trastabilló hacia atrás, chorreando sangre por su precioso jubón.

—¡Renarin! —llamó Jasnah.

El hijo más joven de Dalinar entró corriendo en la tienda e hizo manifiesto hasta qué nivel había preparado aquello Jasnah. El estómago atenazado de Dalinar empezó a soltarse. Ya estaba preparándose para confinar el pabellón, enviar guardias a buscar a los parientes de Ruthar e instaurar la ley marcial.

Renarin se adelantó corriendo y usó sus poderes de Vigilante de la Verdad para sanar a Ruthar, cerrándole la herida del cuello antes de que se desangrara. Aun así, Dalinar miró a los ojos a Fisk, el actual capitán de la Guardia de Cobalto. Era un hombre sólido, portador de la hoja esquirlada Creacervo. Fisk asintió para indicar que comprendía e hizo señales disimuladas a sus soldados para que establecieran un perímetro en torno a la tienda y no dejaran entrar ni salir a nadie hasta que Dalinar estuviera dispuesto a permitir que corriera la voz sobre aquel incidente.

Jasnah tendió la espada de Sagaz hacia el lado y él la cogió, haciendo chasquear la lengua.

—¿No le limpiamos antes la sangre, brillante? Supongo que es la primera muerte de esta espada. Bien sabe Adonalsium que yo nunca se la concedí. Aun así... —Limpió el arma con un pañuelo blanco y miró a Ruthar—. Te pasará el recibo de un pañuelo nuevo.

Tanto Sagaz como Jasnah hicieron evidente caso omiso a las expresiones horrorizadas de los presentes en el pabellón. La notoria excepción era el Visón, que sonreía de oreja a oreja ante el espectáculo. Dalinar casi esperó que prorrumpiera en aplausos.

Dalinar no se alegraba tanto. Aunque Jasnah no hubiera llegado hasta el

final, había hecho una afirmación que no gustaba a Dalinar. Los duelos de pasión eran, si no comunes, por lo menos sí una parte aceptada de la cultura alezi. Él mismo había matado a más de un hombre en banquetes u otras reuniones. Sin embargo, recordaba a los días de barbarie cuando Alezkar estaba partida en principados. Una época que los alezi trataban de fingir que nunca había tenido lugar. En tiempos más recientes, se suponía que aquellas cosas debían hacerse de manera más civilizada, con desafíos formales y duelos en la arena unos días más tarde.

—Ruthar —dijo Jasnah, de pie sobre él—. Esta noche me has insultado tres veces. La primera, al sugerir que una reina no debería preocuparse por el bienestar de sus propios ejércitos. La segunda, al amenazar con atacar a mi Sagaz, un hombre que es una extensión de la voluntad real. Y la tercera, la peor de todas, al juzgarme incapaz de defenderme, a pesar de mi vocación como Caballera Radiante.

»Dado que has muerto esta noche y te he derrotado con justicia en combate, te declaro despojado de tu título. Pasará a tu hijo mayor, que ha tenido unas conversaciones bastante sinceras con Sagaz hace poco. Parece que será un alto príncipe mucho mejor que tú.

—¡El muy bastardo! —graznó Ruthar—. ¡Ese bastardo traidor!

—Así que no es hijo tuyo, ¿eh? —dijo Sagaz—. Explicaría por qué me cae bien.

—Lo que hagas de ahora en adelante es decisión tuya —continuó Jasnah—. Por desgracia para ti, cuando salgas de esta tienda, comprobarás que tu principado ha pasado página muy a conciencia. Se te prohibirá la entrada a tu propio campamento, si intentas regresar a él. Te recomiendo que te alistes en el ejército como recluta. O también puedes aceptar la caridad de la reina en los banquetes para mendigos y los hospicios.

Lo dejó boquiabierto en el suelo, tocándose el cuello sanado que aún tenía empapado de sangre. Renarin correteó con torpeza detrás de Jasnah hacia la mesa de mapas. Sagaz dejó caer su pañuelo sanguinolento al lado de Ruthar.

—Qué curioso —dijo—. Si te pasas la vida arrollando a la gente, resulta que al final nadie se alza en tu defensa. Hay cierta poesía en ellos, ¿no te parece, tormentosa personificación de una cancerosa descarga anal?

Dalinar fue a zancadas junto a la mesa, con Jasnah. Szeth se quedó cerca detrás de él, sin perder de vista a Ruthar, silencioso pero asegurándose de que Dalinar tuviera la espalda protegida. Renarin se había metido las manos en los bolsillos y no cruzaba la mirada con Dalinar. Seguro que el chico tenía

remordimientos por no haberle contado el plan, pero Dalinar no estaba enfadado con él. Desobedecer a Jasnah era casi imposible en situaciones como aquella.

—No me mires así, tío —dijo Jasnah en voz baja—. Era una lección que tenía que dar. Ruthar era el portavoz de muchos otros gruñidos insatisfechos.

—Había supuesto —repuso él— que precisamente tú querías dar tus lecciones sin empuñar una espada.

—Lo preferiría con mucho —dijo ella—. Pero es imposible domesticar un sabueso-hacha salvaje con buenas palabras. Se utiliza carne cruda.

La reina contempló a los presentes en la tienda, todavía estupefactos. Estaban todos preocupándose de no acercarse a Ruthar. Dalinar miró a Fisk a los ojos y asintió. El encierro podía levantarse. Los aliados más próximos a Ruthar eran volubles y considerarían su caída como una enfermedad que evitar. Jasnah ya se había asegurado la lealtad de los que habrían podido ser peligrosos: su familia y sus consejeros militares.

—Debes saber —dijo Dalinar— que he encontrado todo este asunto de muy mal gusto. Y no solo porque no me advirtieras de lo que iba a suceder.

—Por eso no te lo advertí —replicó Jasnah—. Mira, quizás esto te tranquilice.

Dio un golpecito a un papel que había dejado en la mesa de los mapas, que el Visón cogió y empezó a leer con gran interés. Parecía que no se había divertido tanto en años.

—El borrador de una nueva ley —dijo el hombre bajito—, prohibiendo el juicio por espada. Qué poco emocionante.

Jasnah le quitó el papel de entre los dedos.

—Utilizaré mi propia y desafortunada experiencia de hoy como ejemplo de por qué esta tradición es un espanto. La sangre de Ruthar será la última que se derrame de este modo. Y mientras abandonamos esta era de barbarie, todos y cada uno de los cortesanos sabrán que la primera reina de Alezkar es una mujer que no teme hacer lo que debe

hacerse. En persona. Jasnah se mantuvo firme, así que Dalinar apartó su enfado y se volvió para marcharse. Una parte de él comprendía la jugada que había hecho, que con toda probabilidad sería efectiva. Pero al mismo tiempo, ponía en evidencia que Jasnah Kholin, brillante, decidida, no era perfecta. Había cosas en ella que inquietaban incluso al soldado encallecido que vivía al fondo de su interior. Mientras iba hacia la salida, Renarin corrió hacia él.

—Perdóname —susurró el chico—. No sabía que no te lo había dicho.

—No pasa nada, hijo —dijo Dalinar—. Sospecho que Jasnah habría seguido adelante con su plan incluso sin ti, que lo habría dejado desangrarse en el suelo. Renarin agachó la cabeza.

—Padre, he tenido... un episodio.

Dalinar se detuvo.

—¿Algo urgente?

—No.

—¿Podemos hablar más tarde, o quizá mañana? —pidió Dalinar—. Quiero ayudar a contener los efectos de esta artimaña.

Renarin se apresuró a asentir y salió de la tienda. Ruthar se había levantado a trompicones, sujetándose el cuello, su vistoso atavío amarillo echado a perder. Miró alrededor por la estancia como buscando socorro, pero sus antiguos amigos y sirvientes estaban esfumándose con disimulo, dejando solo en el pabellón a soldados y a la reina, que estaba dándole la espalda. Como si Ruthar ya no fuese digno de atención.

Sagaz seguía junto a ella con su traje negro como la tinta, con una mano apoyada en la mesa de mapas, inclinado en un ángulo casi imposible. Dalinar solía encontrar a Sagaz con una sonrisa en la cara, pero no en esos momentos. El hombre parecía frío, insensible. Sus ojos eran profundos vacíos, su color invisible a la tenue luz.

«Han maniobrado contra Ruthar con mucha habilidad —pensó Dalinar—. Lo han obligado a hacer todas las jugadas erróneas. ¿Podría yo... hacer algo parecido cuando me enfrente a Odium?» ¿Sería posible enfurecer al dios de algún modo, obligarlo a aceptar un acuerdo imprudente?

¿Cómo se intimidaba a una criatura tan poderosa como Odium? ¿Qué había en Roshar que un dios pudiera temer u odiar tanto? Tendría que consultarla con Jasnah y Sagaz. Solo que... otro día.

Ese día ya estaba harto de sus maquinaciones.

CANTAR CANCIONES IMPOSIBLES



Esta canción —este tono, este ritmo— suena muy familiar, de maneras que no puedo explicar ni expresar.

De *El Ritmo de la Guerra*, página 5

Solo las mujérenes de tu personal saben leer? —preguntó Rabeniel a Ansia, en el pasillo exterior a la sala de la columna de cristal—. Habría esperado más de tu instrucción, Venli, teniendo en cuenta lo capaz que eres en otras disciplinas. Tus sirvientes no deberían seguir las estúpidas costumbres humanas.

Los cantores subordinados a Venli, los que había reclutado con tanto cuidado en Kholinar durante el último año, habían llegado a Urithiru por la Puerta Jurada a primera hora de aquella mañana. Rabeniel los había puesto a trabajar de inmediato. Las mujérenes estaban clasificando las anotaciones y el material que la reina humana había sacado al pasillo. Se entremezclaban con las jóvenes esribas humanas, que estaban recolocando cajas, y entre todas componían una escena general de caos.

El personal de Venli, obedeciendo la orden de Rabeniel, estaban haciendo lo posible por comprender todo aquello, leyendo páginas y páginas de notas a la caza de asuntos importantes que merecieran la atención de la Fusionada. Pronto adoptarían la forma sabia para hacerlo mejor, pero la tarea seguiría

siendo complicada. Venli les había dicho que pusieran todo su esfuerzo.

Rabeniel estaba dando la espalda al escudo azul, contemplando la confusión que reinaba en el pasillo y canturreando para sus adentros.

Venli canturreó a Indiferencia.

—Antigua —dijo—, mi personal es bueno, pero procede de la cultura alezi. Mi pueblo, los oyentes, habría estado encantado de mostrarles una manera mejor de hacer las cosas, pero los oyentes fueron tomados por Odium, en su infinita sabiduría.

—¿Cuestionas a Odium, Venli? —preguntó Rabeniel a Ansia.

—Se me ha enseñado que la Pasión honra a una persona, antigua —dijo Venli—. Y preguntarse, cuestionar, es una Pasión.

—En efecto. No obstante, hay muchos entre los Fusionados que opinan que tales Pasiones deberían negarse a todos salvo a sí mismos. Quizá descubrieras que Odium tiene un sorprendente parecido con nosotros en ese aspecto. O tal vez que nosotros tenemos ese parecido con él. —Señaló con la cabeza el revoltijo de escribas humanas y cantoras de Venli, trabajando en movimiento casi perpetuo como un montón de cremlinos atiborrándose tras la lluvia—. ¿Qué piensas de esto?

—En mi opinión, la reina humana parece estar complicando las cosas a propósito.

—Está creando maneras de retrasarnos sin que parezca una interferencia deliberada —dijo Rabeniel a Escarnio, aunque parecía más divertida que enfadada—. Se queja de no tener suficiente espacio y cambia estas cajas de sitio una y otra vez para ganar tiempo. Además, sospecho que intenta extender sus dominios fuera de la sala, aunque sea solo en el pasillo, para situar a su gente de manera que pueda escuchar lo que decimos. Parece estar recibiendo más información de la que esperaba. Quizá algunos de los suyos hablen mi idioma.

—Me cuesta creerlo, Dama de los Deseos. Por lo que tengo entendido, no fue hasta hace un año cuando por fin lograron interpretar el canto del alba.

—Sí, es curioso —dijo Rabeniel, sonriendo y hablando a Ansia—. Dime, Venli. ¿Por qué sirves con tanto ahínco sabiendo lo que Odium hizo a tu pueblo?

Timbre latió preocupada, pero Venli ya tenía una respuesta preparada.

—Sabía que solo los mejores de entre nosotros se ganarían su favor y sus recompensas. La mayoría no eran dignos.

Rabeniel canturreó entre dientes y luego asintió. Volvió a su propio

trabajo, estudiar el escudo que rodeaba la columna.

—Espero informes del registro que ha hecho el Perseguidor en los pisos superiores del primer anillo. Y también novedades de su búsqueda de Radiantes.

—Iré a preguntar ahora mismo, antigua —dijo Venli, y echó a andar.

—Venli —dijo Rabeniel—. En el pasado, muchos mortales buscaron ascender para contarse entre los Fusionados. Deberías saber que, después de nuestro encumbramiento inicial, él jamás ha vuelto a conceder un don tan grandioso a ningún mortal.

—Eh... Gracias, antigua.

Venli canturreó a Tributo y se retiró por el pasillo cada vez más atestado. Dentro de ella, Timbre latió a Diversión. Sabía que Venli no aspiraba a convertirse en Fusionada.

—No te des tanta prisa en alabarme —susurró Venli a la spren—. La persona que era hace no tanto tiempo habría estado entusiasmada con la posibilidad de hacerse inmortal.

Los latidos de Timbre parecían escépticos, pero no había conocido a Venli en esa época... y menos mal.

Cuando Venli llegó al final del pasillo, se unió a ella Dul, el alto cautormentas que pertenecía al círculo interno de cantores de Venli. El grupo al que había prometido, durante el último año, que los ayudaría a escapar de los Fusionados.

Ese día Dul llevaba la forma de meditación, con el rostro descubierto y un caparazón suave y hermoso. Tenía un patrón de piel sobre todo rojo, con pequeñas trazas de negro, como rocas sumergidas en un profundo mar rojo. Adoptó el paso de Venli y salieron juntos a la cámara de la escalera. Que ella supiera, aquel gran espacio abierto con forma de cilindro era la única forma de llegar a la planta baja desde el sótano. Subieron la escalera que rodaba por el exterior y cruzaron un tramo de peldaños reconstruidos a toda prisa, hasta que se alejaron de los demás lo suficiente para que nadie pudiera oírlos.

Venli hizo una comprobación rápida de Shadessmar. Encontró raro el lugar, con una luz brillante que lo bañaba todo, pero hasta donde pudo ver no había ningún vacíospren observándolos. Allí, aislados en los escalones, se sentía razonablemente segura de poder hablar.

—Informa —susurró.

—Tal y como esperabas —respondió él mientras seguían caminando—, hemos podido organizar los envíos de suministros desde Kholinar a nuestro

favor. Alavah y Ron están guardando paquetes de provisiones con disimulo para que podamos recogerlos y llevárnoslos sin problemas si los necesitamos.

—Excelente —dijo Venli.

—No sé cómo vamos a escapar sin que nos vean —dijo Dul—. Aquí todo el mundo está en alerta, y tienen guardias fuera vigilando atentos por si llegan exploradores alezi.

—Va a pasar algo, Dul —aseguró Venli a Determinación—. Los humanos intentarán sublevarse, o llegará un ataque, o quizás la reina cautiva encontrará un modo de volver los fabriales contra los Fusionados.

»Cuando eso ocurra, sea lo que sea, estaremos preparados para escapar. Me trajeron hasta aquí por las montañas y memoricé la ruta. Podemos escabullirnos por esos valles, ocultos de los Celestiales por los árboles. Por fuerza tiene que haber algún lugar apartado aquí arriba, en este territorio salvaje, donde unas pocas decenas de personas puedan perderse del mundo.

Dul se detuvo en la escalera y canturreó a Esperanza. Casi parecía tener lágrimas en los ojos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Venli, deteniéndose a su lado.

Él canturreó un poco más alto.

—Después de tanto tiempo, ya puedo saborearla, Venli. Una escapatoria. Una salida.

—Ten cuidado —dijo ella—. Necesitaremos alguna estratagema para convencer a todos de que hemos muerto y que no nos busquen. Y debemos ser muy cautelosos para no despertar sospechas antes de eso.

—Entendido —respondió Dul, y canturreó a Tensión—. Hemos tenido un problema con Shumin, la recluta nueva.

Venli canturreó a Reprimenda.

—Ha intentado reclutar a otros —explicó él—. Ha estado insinuando que conoce alguien que planea iniciar una rebelión contra los Fusionados.

Venli canturreó a Mofa. No solía usar los ritmos de Odium con sus amigos, pero ese encajaba demasiado bien con la situación.

Dul suspiró como un humano.

—Es el mismo viejo problema de siempre, Venli. La gente dispuesta a escucharnos siempre va a ser un poco irresponsable. Si fuesen capaces del todo o listos, no osaría ocultar secretos a los Fusionados.

—¿Y qué dice eso de ti y de mí? —preguntó Venli.

—Diría que eso iba bastante implícito —respondió Dul con una sonrisa, hablando a Diversión.

—Aísla a Shumin —dijo Venli—. No me atrevo a devolverla a Kholinar sin supervisión, pero mira a ver si puedes asignarle alguna tarea trabajosa que no le deje mucho tiempo para relacionarse con otros. E insístele otra vez en que no debe reclutar a nadie.

—Entendido —susurró él a Consuelo. Miró hacia arriba, por el amplio tramo de escalones que se curvaban—. He oído que los humanos estuvieron a punto de ganar en estos peldaños. No tenían Radiantes, y aun así resistieron contra Fusionados y regios.

—Poco tiempo —dijo Venli—, pero... sí, fue digno de ver. Casi quería que triunfaran.

—¿Hay un camino en eso para nosotros, Venli? —preguntó él a Súplica—. ¿Ir con ellos, ayudarlos y que nos ayuden a nosotros a cambio?

—Tú sabes mucho más de los humanos que yo —respondió Venli—. ¿Qué te dice el instinto?

Dul apartó la mirada.

—No nos ven como personas. Antes no permitían que Mazish y yo nos casáramos. Una de las pocas veces que hablé con mi amo fue para hacerle esa petición, una sola palabra, pronunciada con toda la pasión que pude reunir. Se enfadó porque me hubiera atrevido a hablar con él. Una tormentosa palabra...

Atrajo un furiaspren que merodeaba por los escalones de debajo, como chispeante relámpago. Timbre latió taciturna. A los suyos los habían tratado de manera similar. Pero aun así, Venli se descubrió pensando en el combate que se había librado en aquellos peldaños. Esos humanos eran aguerridos. Aunque, por supuesto, había que tener cuidado de no permitir que obtuvieran demasiado poder sobre una.

—Cuando vuelvas con los demás —dijo Venli, retomando el ascenso—, pon a unos cuantos de los nuestros en los equipos que están reuniendo para cuidar de los Caballeros Radiantes inconscientes. Deberíamos tenerlos observados por si surge alguna oportunidad.

Al principio Venli había deseado que pudieran ayudarla a entrenar con sus poderes, pero esa posibilidad había desaparecido. Seguía sin saber si podría utilizarlos en la torre sin que la detectaran, e intentaba hallar una respuesta a esa cuestión.

—Entendido, brillante.

Dul le hizo un asentimiento cuando coronaron la escalera y se marchó por su camino.

Venli canturreó a Anhelo. Esperaba no estar llevando a Dul a cantar

canciones imposibles. Aunque hablaba a Confianza, no sabía si tendrían ocasión de escapar en las próximas semanas. Y cuanto más tiempo pasaba con Rabeniel, más se preocupaba. Esa Fusionada veía cosas que no debería ser capaz de percibir, desmadejando tramas con sus ojos agudos.

Cada día que la gente de Venli vivía con su secreto era una oportunidad más de que los descubrieran, de que se los llevaran sin armar escándalo en la noche y, o bien los ejecutaran, o bien los obligasen a convertirse en anfitriones para los Fusionados. Necesitaban lo que ella les había prometido: vivir por su cuenta, como su propia nación. Pero ¿de verdad podría cumplir la promesa? ¿Venli, que nunca en su vida había tocado nada sin transformarlo en tormenta? Ya había hecho que destruyeran a un pueblo.

Timbre latió ideas consoladoras mientras Venli recorría los pasillos.

—Ojalá pudiera creerte, Timbre —dijo en voz baja—. De verdad que me gustaría. Pero no sabes con quién estás colaborando. No lo comprendes.

Timbre latió, inquisitiva. Quería saberlo. Venli llevaba mucho tiempo callada respecto a las partes más delicadas de su pasado.

Sin embargo, hacía tiempo que debería haberlas compartido.

—Lo peor empezó —susurró Venli— cuando los humanos nos visitaron por segunda vez...

UN CAMINO
PARA SALVAR

OCHO AÑOS Y MEDIO ANTES

Un toque delicado... —dijo Jaxlim—. Para... para...»

Venli se quedó muy quieta. Alzó la mirada desde su asiento contra la pared, donde estaba usando papel, un regalo de los humanos, para juguetear con letras y cadencias. Representaciones de sonidos en un posible idioma escrito, como el que tenían los humanos.

Su madre estaba de pie ante la ventana, haciendo su recitado diario. Las mismas canciones tranquilizadoras, interpretadas por la misma voz hermosa que había sido la guía de Venli desde que naciera. Los cimientos sobre los que había construido su vida.

—«Un toque delicado...» —empezó Jaxlim de nuevo. Pero de nuevo titubeó.

—«Forma diestra de toque delicado —apuntó Venli—. Los dioses esta forma a muchos han dado...»

Pero su madre no siguió cantando. Se quedó mirando por la ventana, callada, sin ni siquiera canturrear. Era la segunda vez esa semana que olvidaba por completo una estrofa.

Venli se levantó, dejó su trabajo a un lado y fue a coger a su madre de la mano. Armonizó a Alabanza, pero no sabía qué decir.

—Es solo que estoy cansada —dijo Jaxlim—. Por la tensión de estos días extraños y sus visitantes aún más extraños.

Los humanos habían prometido regresar y, desde su partida unos meses antes, la familia había sido un hervidero de distintas ideas sobre qué hacer respecto a aquellas extrañas criaturas.

—Vete —dijo Jaxlim—. Busca a tu hermana. Prometió que vendría a oír un recitado y que al menos aprendería la *Canción de las clasificaciones*. Yo dormiré un poco. Es lo que necesito.

Venli llevó a su madre a la cama. Jaxlim siempre había parecido muy fuerte y, de hecho, su cuerpo era esbelto y poderoso. Pero aun así, se tambaleó al acostarse, perturbada. No por fuera, sino en lo más profundo de su ser.

Hasta hacía poco, Jaxlim jamás había olvidado una canción. Hasta sugerir que pudiera hacerlo habría sido impensable.

Cuando su madre estuvo acomodada, Venli armonizó a Determinación y salió de su hogar, no a un claro del bosque, sino a una ciudad. Una de las diez ciudades antiguas, rodeada por una muralla quebrada y compuesta de los restos de edificios.

Encontrar a los humanos había envalentonado a la familia de Venli. Blandiendo sus armas recién recibidas, habían marchado a las Llanuras Quebradas y reclamado un lugar entre las diez, derrotando a la familia que la había ostentado antes que ellos. En otro tiempo, Venli habría caminado erguida, orgullosa de esa victoria.

Ese día estaba demasiado agitada. Fue a buscar, sin hacer caso de los saludos gritados a Alegría. ¿Dónde se había metido Eshonai? No habría sido capaz de marcharse otra vez, no sin decírselo a su hermana y a su madre, ¿verdad?

Por suerte, Venli la encontró en una torre de vigilancia, construida sobre la muralla rota cerca de las puertas frontales de la ciudad. Eshonai estaba en la misma cima de la torre, mirando hacia el noroeste, la dirección desde la que habían llegado los humanos.

—¡Venli! —exclamó Eshonai cogiéndola del brazo. La llevó al borde de la endeble torre de madera—. ¡Mira! Eso parece humo en la lejanía. ¿De las hogueras de sus campamentos, tal vez?

Venli bajó la mirada a la tambaleante torre de vigilancia. ¿Era segura de verdad?

—He estado pensando en lo que podemos aprender de ellos —dijo Eshonai

a Emoción—. ¡Oh, qué ganas tengo de enseñárselos a las demás familias! Eso hará que todos dejen de dudar de nuestra palabra, ¿verdad? ¡Que vean a los humanos con sus propios ojos!

—Sí que estará bien —reconoció Venli.

Se arrodilló y se sujetó al suelo de madera mientras Eshonai se ponía de puntillas. ¡Tormentas! Parecía a punto de subirse a la barandilla.

—¿Cómo deben de ser sus ciudades? —preguntó Eshonai—. Creo que esta vez me marcharé con ellos. Viajaré por el mundo. ¡Lo veré todo!

—¡Eshonai, no! —gritó Venli.

El verdadero pánico de su ritmo hizo que por fin Eshonai parara.

—¿Hermana? —preguntó.

Venli buscó las palabras adecuadas. Para hablar a Eshonai de su madre. De lo que... parecía estar ocurriendo. Pero no podía afrontarlo. Era como si, al dar voz a sus miedos, fuese a hacerlos reales. Quería fingir que no pasaba nada. Mientras pudiera.

—Se suponía que hoy ibas a venir a escuchar una canción —dijo Venli—. Quizá a volver a aprenderla.

—Para eso ya estáis madre y tú —respondió Eshonai, mirando hacia el horizonte—. Yo no tengo buena mente para esas cosas.

«Pero te necesito conmigo —pensó Venli—. Con nosotras. Todas juntas. Necesito a mi hermana.»

—Voy a encabezar un grupo de exploración para investigar ese humo —dijo Eshonai, yendo hacia la escalera—. Díselo a madre de mi parte, ¿quieres?

Desapareció antes de que Venli pudiera decir nada. Un día más tarde, Eshonai regresó triunfal. Era cierto que los humanos habían vuelto.

Venli no tardó en aburrirse de los humanos.

Aunque apenas le habían prestado atención en su primera visita, en esa ocasión no la dejaban en paz. Querían oír las canciones una y otra vez. ¡Qué frustrante era! No podían cantar bien las canciones ni aunque las memorizaran, porque no oían los ritmos.

Y lo peor era que, cuando Venli las interpretaba, los humanos no dejaban de interrumpirla y pedirle más información, más explicaciones, traducciones más precisas. «Qué desesperante», pensó armonizada a Irritación. Había empezado a aprender su idioma porque Jaxlim había insistido, pero no le parecía un buen uso de su tiempo ni de sus talentos. Eran los humanos

quienes deberían aprender el idioma de Venli.

Cuando por fin la dejaron en paz aquel día, salió del edificio agradeciendo la luz del sol. Fuera estaban sentados tres de aquellos torpones y estúpidos «parshmenios» que no tenían canciones. Verlos siempre incomodaba a Venli.

¿Eso creían los humanos que era ella? ¿Una cazarra? Otros miembros de su familia intentaban hablar con los parshmenios, pero Venli se mantenía apartada de ellos. No le gustaba cómo la hacían sentirse. No eran su gente, igual que no lo eran los humanos.

Observó la bulliciosa ciudad, reparando los grupos de oyentes que había cerca. Los humanos atraían a muchos mirones. Habían llegado oyentes de muchas familias, incluso de las de baja estofa que no tenían una ciudad, para echarles un vistazo. Las calles estaban abarrotadas de gente con todo tipo de pautas en la piel, por lo que Venli se vio obligada a abrirse paso casi a codazos entre ellos.

—Seguramente aún tardarán un buen rato en salir —dijo a Reprimenda a un grupo de oyentes a los que no conocía.

—Eres la aprendiza de guardiana de las canciones —respondió uno de ellos—, de la familia que descubrió a los humanos.

Lo había dicho a Asombro, y eso hizo que Venli se detuviera. Conque había oído hablar de ella, ¿eh?

—No soy ninguna aprendiz —dijo—. Solo estoy esperando, como marca el respeto, a que mi madre me dé permiso para ocupar el lugar que me corresponde.

Echó una mirada atrás hacia el edificio del que había salido. Como muchos de la ciudad, se componía de paredes antiguas cubiertas de crem y un tejado de caparazón. Habían permitido que los humanos acamparan allí, dentro de las murallas, con sus tiendas y sus extraños vehículos de madera que podían resistir una tormenta. Parecía muy injusto que sus estructuras móviles durasen más que los edificios que construían los oyentes.

—He pasado ya muchas horas con ellos —dijo Venli a Consideración—. ¿Qué queréis saber de ellos? Puedo contároslo.

—¿Es verdad que carecen de almas? —preguntó una mujer en forma carnal. Qué estúpidos eran. Venli no pretendía adoptar jamás esa forma.

—Es una teoría —dijo Venli—. No pueden oír los ritmos y parecen grises de habla y mente. Hacen que me pregunten por qué a nuestros antepasados les costó tanto combatirlos.

—Trabajan el metal como si fuese cera —dijo otro—. Mira esa armadura.

—Mucho menos práctica de lo que sería el caparazón —replicó Venli.

—Nosotros ya no tenemos armadura de caparazón —dijo otra.

Era cierto, claro: sus formas actuales no tenían mucho caparazón. La mayoría de lo que sabían sobre las formas más grandiosas, como la forma de guerra, procedía de las canciones. Y Venli seguía molesta por no haber hecho progresos en descubrir esa forma.

De todos modos, ¿que te creciera tu propia armadura no sería mucho mejor que lo que hacían los humanos? Venli respondió a unas cuantas preguntas más, aunque habría deseado que los oyentes se dieran cuenta de lo cansada que la había dejado recitar canciones todo el día. ¿No podrían al menos haberle llevado algo para beber?

Al cabo de un rato siguió adelante e intentó sobreponerse a su mal humor. Debería disfrutar recitando canciones para los humanos, ya que le gustaba la música. Pero no se le escapaba que Jaxlim siempre los enviaba con Venli. Su madre no quería que nadie la viera cometiendo un error, y mucho menos aquellos humanos.

Lo más probable era que, en el fondo, aquello fuese lo que de verdad irritaba a Venli. Aquel pegote de preocupación que supuraba en sus entrañas, haciéndola sentirse impotente. Y sola.

Cerca, en la calle, los oyentes cambiaron sus ritmos. Venli sospechó a qué se debía antes de volverse y ver a Eshonai caminando a zancadas. Todos la conocían, por supuesto. La oyente que había descubierto a los humanos.

Venli estuvo a punto de ir hacia ella. Pero ¿para qué? Nunca hallaba ningún consuelo en su presencia. Solo más parloteo sobre el mundo humano y sus ciudades y su misterio. Y ni una sola palabra sobre los verdaderos problemas en casa que Eshonai seguía ignorando.

Así que Venli se coló entre dos pequeños edificios y salió a una calle en el otro lado. Quizá pudiera ir a los campos y ver a Demid. Empezó a caminar hacia allí... y paró. No, habían decidido no enseñar a los humanos cómo utilizaban la luz tormentosa para cultivar plantas. Las canciones advertían de que ese secreto no debía compartirse. Así que no estaban trabajando en los campos y Demid no estaría allí.

Venli descendió hasta las mesetas, donde podría estar sola. Solo ella y los vidaspren. Armonizó a Paz para medir el tiempo, se sentó y contempló las mesetas rotas, intentando aplacar su preocupación por su madre. Su preocupación por tener que ocupar el puesto de guardiana de las canciones, lo que había dicho que era a aquellos oyentes, una jactancia que en esos

momentos le pareció demasiado inflada.

Venli no quería reemplazar a Jaxlim. Quería volver a como eran las cosas antes de que llegaran los humanos.

En el momento en que lo pensó, vio a una humana salir de la ciudad por encima de ella y echar a andar en su dirección. Venli suspiró. ¿Es que no podían dejarla tranquila ni un momento? Bueno, todos creían que Venli no sabía hablar su idioma, así que podría hacerse la tonta. Y... tampoco sería necesario fingir mucho. Aquella lengua muerta y sin ritmos era difícil de comprender.

La hembra humana hizo un gesto para pedirle permiso y se sentó al lado de Venli. Era la que llevaba los anillos en la mano descubierta. Una especie de cirujana, tenía entendido Venli. No parecía una persona importante. Casi nadie le hacía ningún caso, como si fuera una sirviente.

—Es impresionante, ¿verdad? —dijo la humana, sorprendiendo a Venli al hacerlo en el idioma oyente, mientras contemplaba las Llanuras Quebradas —. Aquí debió de suceder algo terrible. No parece que esas mesetas puedan haberse formado por procesos naturales.

Venli armonizó a Ansiedad. La mujer decía las palabras sin ningún ritmo, de acuerdo, pero eran perfectamente comprensibles.

—¿Cómo...? —dijo Venli, y canturreó a Traición.

—Ah, siempre se me han dado bien los idiomas —dijo la hembra—. Me llamo Axindweth. Aunque pocos me conocen por ese nombre, a ti te lo concedo.

—¿Por qué?

—Porque creo que vamos a ser amigas, Venli —dijo ella—. Me enviaron a buscar a alguien como tú. Alguien que recuerde cómo era antes tu pueblo. Alguien que quiera restaurar la gloria que perdisteis.

—Ya somos gloriosos —replicó Venli, armonizando a Irritación y levantándose.

—¿Gloriosos? —dijo Axindweth—. ¿Viviendo en chozas de crem? ¿Haciendo herramientas de piedra porque habéis olvidado cómo forjar el metal? ¿Pasando vuestras vidas enteras en dos formas, cuando antes teníais docenas?

—¿Qué sabes tú de todo esto? —repuso Venli, volviéndose para marcharse. A su madre le interesaría mucho saber que una humana había estado ocultando su capacidad de hablar el idioma oyente.

—Sé mucho de muchas cosas —dijo la mujer—. ¿Querrías averiguar cómo

obtener una forma de poder, Venli?

Venli giró la cabeza para mirarla.

—Abandonamos esas formas. Son peligrosas. Permitían que los antiguos dioses controlaran a nuestros antepasados.

—¿No es curioso que deis tanta credibilidad a lo que decían vuestros antepasados? —preguntó Axindweth—. ¿Un puñado de viejos chochos a los que nunca conocisteis? Si reunieras un grupo de oyentes de las otras familias, ¿permitirías que ellos decidieran vuestra futuro? Porque eso es todo lo que eran vuestros antiguos ancestros. Un grupo de personas cualesquiera.

—No cualesquiera —dijo Venli a Alabanza—. Tenían fuerza. Abandonaron a sus dioses para hallar la libertad.

—Sí —dijo Axindweth—. Supongo que eso hicieron.

Venli siguió su camino. Estúpida humana.

—Había formas de poder capaces de sanar a otros, ¿sabes? —dijo la humana como si no viniera a cuento.

Venli se quedó petrificada. Entonces se volvió, armonizando de nuevo a Traición. ¿Cómo podía saber nada sobre la madre de Venli?

—Sí —dijo Axindweth, jugueteando con un anillo, su mirada perdida lejos de Venli—. Hubo grandes cosas que en otro tiempo eran posibles para tu pueblo. Tus antepasados, esos a los que veneras, quizá fuesen valientes. Pero ¿nunca te has parado a pensar en las cosas que no os dejaron en las canciones? ¿No has reparado en las lagunas de sus historias? Soportáis el dolor de sus actos, viviendo sin formas una generación tras otra. Exiliados. ¿No deberías tener vosotros las opciones que se plantearon ellos, sopesar las formas de poder contra vuestra vida presente?

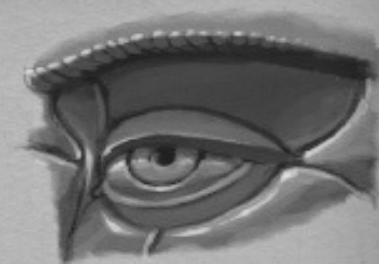
—¿Cómo sabes todas esas cosas? —exigió saber Venli, regresando—. ¿Cómo sabes que existen las formas de poder? ¿Quién eres?

La mujer se sacó algo del interior de su manga cubierta. Una gema brillante. De color rojo sangre.

—Llévatela a una tormenta —dijo la mujer—. Y rómpela. Dentro hallarás un camino para salvar a tus seres queridos.

La mujer se levantó y dejó la gema sobre la roca.

La piel de los alcanzadores parece estar hecha de bronce brumido, pero se move con la fluidez de la carne. Las leves curvas que recorren su superficie son únicas para cada individuo.



Sus pupilas se dilatan, a pesar de que parecen agujeros perforados en órbeas de bronce.

No tienen pectorales. Cuando presentan cosas están formadas de la misma sustancia bronchica que su piel.

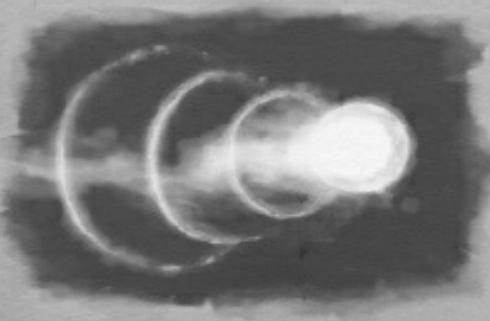
La mayoría de los alcanzadores mantienen una forma que se aña a la fisionomía humana, pero en ocasiones existen variaciones singulares.

La musculatura de su forma no parece mantener una correlación directa con su fuerza relativa. No requieren ejercicio ni nutrición.

Sus elecciones en materia de vestuario son bastante eclécticas. Dado los estampados aztecas a la ropa de marinero ~~tex~~to, no parece haber un estilo cohesionado en sus atuendos.



Aparecen en el Reino Físico como pequeñas bolas de fogón blanco que palpitan, entiendo anillas de luz, en respliego. Al roverse dejan atrás una cesta neoplaudeante como la de un conejo.



COMPASIÓN



Experiencias como esta me llevan a preguntarme si habremos estado equivocados. Decimos que los humanos son ajenos a Ro shar, pero ya llevan miles de años viviendo aquí. Quizá sea el momento de reconocer que no son unos extranjeros ni unos intrusos. Solo nuestros primos.

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 5

Timbre guardó un silencio muy poco característico cuando Venli concluyó su relato. Venli había tomado el camino largo hasta la quinta planta y los informes que debía recoger para Rabeniel, y había dedicado el tiempo a hablar a Timbre de aquel día, el día en que había tomado la primera decisión que la llevaría por ese camino. El día en que había aceptado aquella gema y se la había ocultado a su madre y a su hermana.

Venli podía decirse cuantas veces quisiera que sus motivos habían sido nobles. Pero sabía la verdad. Había guardado ese secreto porque temía perder la gloria de descubrir una nueva forma a manos de su hermana.

Y había sucedido justo lo contrario: Venli era quien vivía el destino de su hermana. Venli era quien había acabado junto a Timbre. Venli era quien se había hecho Radiante. Venli era quien había sobrevivido. Esos hechos demostraban que el Cosmere cometía errores.

Venli entró en la sala con terraza de la quinta planta, agradablemente fresca, desde donde se organizaban las operaciones de exploración. Rabeniel

creía que los humanos habían destruido los planos de la torre a propósito, así que aquel grupo estaba creando otros propios. Gobernar aquel lugar iba a ser una tarea inmensa, una que Venli se alegraba de no tener que organizar.

Los cantores que había allí canturrearon a Alabanza cuando entró Venli, para mostrarle respeto. Incluso los dos regios en forma comunicadora debían deferencia a una Voz como Venli. Pidió, y recibió, una amplia variedad de informes sobre las actividades que estaban desarrollando allí arriba.

La torre estaba desocupada de la sexta planta hacia arriba. En consecuencia, los invasores estaban estableciendo puestos de control en todas las escaleras del quinto piso, por si los humanos atemorizados intentaban ocultarse en alguna de las muchas plantas superiores cuando se relajara el confinamiento en sus aposentos. Y dicho confinamiento debería relajarse pronto. Los humanos estaban quedándose sin comida y sin agua. Nadie sospechaba que Rabeniel ordenaría retomar el funcionamiento normal al final del día.

Habían encontrado un gran número de Radiantes desmayados, muchos de los cuales habían estado en casas de personas que intentaban protegerlos o esconderlos. Venli canturreó a Mofa mientras repasaba la lista. Los muy necios tenían suerte de que Rabeniel fuese más permisiva que otros Fusionados. Había ordenado que todo aquel a quien se encontrara albergando a Radiantes recibiera un castigo y que esos Radiantes fueran ejecutados, pero a todo Radiante entregado por voluntad propia se le perdonaría la vida.

Había sido una maniobra sabia: tras el anuncio, la gente había entregado a muchos Radiantes. Los pocos que habían encontrado después habían sido ejecutados, en efecto, junto a un miembro de cada familia que los hubiera ocultado. Era una aplicación de la ley severa pero justa. Timbre la encontraba horripilante. Venli encontraba asombroso que Rabeniel no los hubiera ejecutado a todos.

«Quiere a esos Radiantes para algo —pensó—. Está relacionado con sus planes, con sus experimentos.» Venli no olvidaba lo que había ganado a la Dama de los Deseos su terrible reputación: un intento, mucho tiempo antes, de crear una enfermedad que pusiera fin a la guerra al exterminar a toda la humanidad.

Bueno, pues Venli quizá tuviera también un uso que dar a aquellos Radiantes. Escuchó medio distraída los informes, hasta que el regio en forma comunicadora dijo algo que le llamó toda su atención.

—Espera —dijo Venli—. Repite eso.

—Un cirujano humano mató a uno de los nuestros durante las investigaciones de la otra noche —dijo el hombren.

—No estaba al tanto de eso —dijo Venli.

—Informamos en su momento y un Fusionado se hizo cargo de inmediato, así que supusimos que el aviso habría llegado a Rabeniel. Ese humano se llevó consigo a un Corredor del Viento inconsciente al huir.

—¿A qué Fusionado advertisteis de ello?

—Al Perseguidor.

Timbre dio un latido preocupante.

—¿Tenemos una descripción de ese cirujano humano? —preguntó Venli.

—Varón alto —dijo el regio—. Pelo ondulado hasta los hombros. Marcas de esclavo. El soldado que presenció los hechos afirmó que el humano brillaba de luz tormentosa, pero sospechamos que es porque estaba conmocionado. Demostró ser un cobarde y está asignado a gestión de residuos.

Venli canturreó a Razonamiento, aunque sentía un pavor creciente. Kaladin Bendito por la Tormenta estaba en la torre, no se había marchado con el grueso de los suyos a la guerra en Emul. Y estaba... ¿consciente, por algún motivo? Leshwi querría saberlo. Había pedido a Venli que vigilara a Rabeniel en concreto, pero sin duda aquel asunto merecería la atención de su verdadera ama.

—Ya veo —dijo Venli a Razonamiento—. ¿Se ha encontrado a ese humano?

—Huyó a las plantas superiores —explicó el regio a Resentimiento—. Hemos buscado, pero en vano. Hasta el Perseguidor, que aseguraba que el humano estaba cerca, fue incapaz de localizarlo.

—La Dama de los Deseos lo encontrará interesante —dijo Venli—. Avisadme si descubrís algo más.

El regio canturreó a Mando para indicar que comprendía la orden y entregó a Venli una lista con las descripciones de todos los demás Radiantes que habían entregado a ese grupo. Rabeniel querría tenerlos a todos en una sola cámara, bajo vigilancia. Venli tendría que poner a su gente a buscar un lugar adecuado.

Un Corredor del Viento consciente, cuando todos los demás seguían desmayados. Sí, Venli se las ingeniaría para enviar un mensaje al respecto a Leshwi.

—El cantor que vio al humano matar a nuestro soldado —dijo Venli

mientras se disponía a marcharse—. Dame su nombre y el puesto que ocupa. La Dama de los Deseos podría querer que lo interroge.

El regio canturreó a Mofa.

—Ese cobarde no podrá decirte gran cosa. Si la Dama de los Deseos de verdad está interesada en el asesino humano, debería esperar al informe que llegará a finales de la tarde.

—¿Por qué?

—Para entonces, el Perseguidor ya habrá interrogado a la familia del humano —dijo el regio—, y habrá vengado la muerte de nuestro soldado.

Los ritmos se silenciaron. Timbre, oculta en las profundidades de la gema corazón de Venli, parecía estar conteniendo el aliento.

—¿Los hemos capturado, entonces? —preguntó Venli.

—Están encerrados en la clínica, a poca distancia de aquí —dijo el regio a Ansia—. Un cirujano, su esposa y un niño. Acabamos de descubrir que son la familia del asesino humano. Es una pena que la Dama de los Deseos nos haya ordenado ser tan mansos durante esta ocupación, pero al menos esta noche tendremos un poco de sangre.

Venli trató de canturrear a Arrogancia mientras se marchaba, pero no encontró nada. No había ritmos en absoluto, lo cual era muy inquietante. Se embutió la lista de descripciones en el bolsillo y, cuando se hubo alejado un poco del puesto de exploración, siseó:

—¿Qué estás haciendo?

Timbre palpitó y los ritmos regresaron poco a poco. Venli se relajó. Por un momento había temido que algo fuera muy mal.

Timbre latió taciturna. Para ella, algo sí que andaba muy mal.

—Estoy de acuerdo en que es una lástima lo de la familia del Corredor del Viento —dijo Venli—. Pero ten en cuenta que su hijo estuvo implicado en el asesinato de uno de los nuestros.

Timbre latió de nuevo.

—Sí, supongo que no son los nuestros —aceptó Venli—. Pero ¿por qué te importa tanto? ¿No odias a los humanos?

Eso le valió una dura regañina. Que Timbre y los demás alcanzadores hubieran decidido dejar de vincularse con los humanos no significaba que los odiara. ¿Y matar a la familia de alguien porque él se resistía? Eso era terrible de verdad. Muchos Fusionados no llegarían a tanto, pero el Perseguidor y sus tropas... bueno, Venli había captado el ansia de sangre en los ritmos de aquel regio en forma comunicadora.

Venli anduvo en silencio, atribulada. Tenía sus propios asuntos que atender, sus propios problemas. Pero Timbre seguía latiendo con suavidad, urgiéndola. Venli había hablado con el Espina Negra en una visión. Con el Forjador de Vínculos. El hombre le había mostrado amabilidad. Y al igual que muchos humanos de aquella torre, eran solo personas que intentaban seguir con sus vidas.

Eshonai habría hecho algo.

—Soy un fraude, Timbre —susurró Venli—. Una falsa Radiante. No sé lo que estoy haciendo.

Timbre latió. El significado era claro.

«Yo sí.»

Bastaba con eso. Venli se volvió y empezó a bajar la escalera, cogiendo cada vez más velocidad. No había mucho que Venli pudiera hacer directamente para ayudar a la familia. Su autoridad como Voz desde luego no alcanzaría para contrarrestar la voluntad del Perseguidor.

De modo que se encaminó hacia el majestuoso atrio de la torre. Aquel enorme espacio abierto, muy al interior de la torre, le recordaba al hueco que llevaba al sótano. También era una interrupción circular de la piedra. Solo que aquella era a mucha mayor escala, con más de treinta metros de diámetro. Se extendía hasta las alturas, perdiéndose en la oscuridad, y parecía llegar hasta la misma cima.

Los elevadores subían y bajaban por el interior del atrio, aunque habían pasado a necesitar luz del vacío para su funcionamiento. La pared del fondo, orientada al este, no era de piedra, sino un inmenso ventanal plano de cristal. Increíblemente grande, mostraba las cumbres nevadas y proporcionaba luz natural al atrio entero.

Los ascensores apenas se utilizaban, ya que los cantores estaban concentrados en imponer su control sobre los pisos inferiores. Para no alertar a los exploradores humanos Corredores del Viento, los *shanay-im* tenían prohibido volar fuera de la torre. De modo que se habían instalado allí, en aquel gigantesco salón, y flotaban en el aire abierto. Venli se valió de su autoridad para tomar posesión de un elevador y ascendió hasta el decimocuarto piso. Allí encontró a Leshwi meditando con su larga ropa ondeando por debajo, atendida por solo dos sirvientes. Había donado el resto a Rabeniel.

Leshwi reparó en la presencia de Venli al instante y entreabrió un ojo. Venli hizo marcharse a los dos sirvientes y canturreó a Ansia, esperando con

paciencia a que su ama hiciera el reconocimiento formal. Leshwi flotó hasta el balcón y apoyó una mano en el parapeto.

Venli se acercó deprisa, canturreando a Tributo.

—¿Por qué no vienes a mí en secreto, como te ordené? —preguntó Leshwi con brusquedad.

Leshwi había establecido un método para que Venli pudiera enviarle mensajes encubiertos sobre Rabeniel. A Venli todo aquello le parecía una parte desconcertante de la política Fusionada. Rabeniel sabía que Venli la estaba espiando, y Leshwi sabía que Rabeniel lo sabía, y sin embargo actuaban ambas como si no conocieran tales subterfugios.

—El Corredor del Viento al que deseáis derrotar está aquí, en la torre —dijo Venli—, y tengo motivos para creer que no cayó inconsciente. De hecho, sigue pudiendo acceder a sus poderes.

Leshwi canturreó de pronto a Júbilo. Una elección reveladora.

—¿Dónde? —preguntó Leshwi.

—Mató a un soldado que estaba recogiendo a los Radiantes desmayados —dijo Venli— y escapó por la torre. Rescató a otro Corredor del Viento.

—El honor lo impulsa —dijo Leshwi—, incluso ahora. Incluso tras la muerte de su dios. Es una noticia maravillosa, Venli. Has hecho bien en saltarte el protocolo para informarme. ¿El Perseguidor lo sabe?

—Me temo que sí.

—Rabeniel le permitirá hacer caso omiso de mi prerrogativa previa —dijo Leshwi—. Ni siquiera recibirá una reprimenda, siempre que sus actos ayuden a atrapar a un fugitivo. Pobre Bendito por la Tormenta. Les ha proporcionado la lanza con la que empalarlo. Si deseo combatir yo contra él, tendré que localizarlo antes.

—¿Y deseáis combatir contra él, antigua? —preguntó Venli—. ¿Es de verdad por eso por lo que queréis encontrarlo? ¿Para matarlo?

—¿Por qué me haces esa pregunta? —replicó Leshwi a Ansia.

Venli lo habría dejado estar ahí, sintiéndose estúpida. Pero Timbre latió, animándola.

—Parecéis respetarlo —dijo Venli.

Leshwi canturreó en voz baja, pero Venli no captó a qué ritmo. Qué raro. Sus poderes solían permitirle comprender cualquier cosa que su ama dijera o insinuara. Pero había algo familiar en el ritmo, eso sí.

—Es muy infrecuente encontrar a un humano capaz de luchar en los cielos lo bastante bien para suponerme un reto —dijo Leshwi—. Y su spren... he

oído que es antigua... Pero no es de tu incumbencia. No volverás a sacar ese tema contigo.

Timbre latió, indicando que Venli debería contárselo todo a su ama. Sobre ellas dos. Sobre que era Radiante.

—Qué estupidez. Venli reculó de inmediato ante la idea. Leshwi la mataría.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó Leshwi a Mando.

—La familia de Bendito por la Tormenta está retenida por los guardias del Perseguidor —dijo Venli—. Están en la quinta planta, en una clínica del perímetro, cerca del pasillo principal. El Perseguidor quiere interrogarlos, y temo que la cosa vaya a ponerse fea. Muchas de sus tropas se resienten de que tuvieran prohibido matar durante la incursión. Están... excitables.

—Violentas y sedientas de sangre, quieres decir.

—Sí, antigua. La... la familia del Corredor del Viento sería muy buen recurso para nosotras, ama. Si deseáis encontrarlo antes que el Perseguidor, puede que tenerlos en nuestro poder nos diera una ventaja.

Leshwi canturreó a Razonamiento.

—Eres piadosa, Venli. No reveles esa Pasión a nadie más. Espera aquí.

Leshwi se apartó de la pared y descendió veloz, trazando un bucle y virando con elegancia hacia el pasillo central iluminado de la quinta planta. Venli esperó mientras Timbre latía preocupada.

Pasó más de una hora antes de que Leshwi por fin regresara, ascendiendo desde donde estaba el gran mercado de la planta baja.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Venli.

—He tomado a la familia del Corredor del Viento bajo mi custodia —dijo Leshwi—. Mi posición me confiere autoridad sobre el Perseguidor.

—No les habéis hecho daño, ¿verdad? —preguntó Venli a Súplica.

Leshwi clavó la mirada en ella, y Venli tardó un momento en darse cuenta de que había cometido el fallo de usar uno de los viejos ritmos. La Súplica era un ritmo de Roshar, no de Odium.

—No se lo he hecho —respondió Leshwi—. Y ahora que he actuado, que he ejercido mi poder en esa dirección, el Perseguidor no osará atacarlos. Por lo menos, no hasta que cambie la dinámica de poder en la torre. He situado a la familia en un lugar seguro y les he dicho que permanezcan escondidos. Podríamos necesitarlos, como bien has indicado.

Venli canturreó a Sumisión.

—Búscales un lugar en el que podamos tenerlos observados y envíame una nota. Me plantearé si hay alguna forma de utilizarlos para encontrar a Bendito

por la Tormenta, y de momento haré correr el rumor de que me he ocupado de ellos. Aunque el Perseguidor descubriera la verdad, deberían estar a salvo durante un tiempo. Dicho eso, vuelvo a advertírtelo: no debes dejar que nadie más vea tu compasión por los humanos. Se malinterpretará, sobre todo teniendo en cuenta que eres hija de traidores.

—Sí, antigua.

—Vete —ordenó Leshwi—. Considero esto que he hecho hoy como un favor a ti. No lo olvides.

Venli canturreó a Sumisión y se apresuró a marcharse. Timbre latió dándole ánimos.

—Sigo siendo una falsa Radiante —dijo Venli—. Y lo sabes.

Timbre latió de nuevo. Tal vez. Pero ese día había dado un paso en la buena dirección.

EL FUTURO CONVERTIDO EN POLVO



Qué fácil habría sido si la luz del vacío y la luz tormentosa se destruyeran una a la otra. Una respuesta sencilla.

De *El Ritmo de la Guerra*, página 6

Yayo —dijo el pequeño Gavínor—, ¿mi papá fue valiente cuando murió?

Dalinar se sentó en el suelo de la pequeña estancia y dejó a un lado la espada de madera con la que habían estado jugando a cazar grancaparazones. ¿Alguna vez había sido Adolin tan pequeño?

Estaba decidido a no perderse tanto de la vida de Gav como había dejado escapar de la de sus hijos. Quería amar y valorar a aquel niño solemne de pelo oscuro y ojos de un amarillo puro.

—Fue muy valiente —respondió Dalinar, indicando al niño que se sentara en su regazo—. Pero que muy valiente. Fue casi él solo a nuestro hogar, para intentar salvarlo.

—Para salvarme a mí —dijo Gav con suavidad—. Murió por mi culpa.

—¡No! —exclamó Dalinar—. Murió por culpa de la gente mala.

—¿Gente mala... como mamá?

Tormentas. Pobre niño.

—Tu madre también fue valiente —dijo Dalinar—. No hizo todas aquellas

cosas terribles. Fue el enemigo, que se había apoderado de su mente. ¿Lo comprendes? Tu madre te quería.

Gav asintió, demasiado serio para los años que tenía. Le gustaba jugar a cacerías de grancaparazones, aunque no se reía al hacerlo como los otros niños. Hasta el juego lo consideraba un momento lúgubre.

Dalinar intentó retomar la cacería fingida, pero la mente del chico parecía eclipsada por aquellos pensamientos sombríos. Al cabo de unos minutos, Gav dijo que estaba cansado, así que Dalinar dejó que su niñera se lo llevara a dormir. Se quedó un rato en la puerta, viendo cómo la mujer lo metía en la cama.

¿Qué niño de cinco años quería irse a la cama? Aunque Dalinar no había sido el padre más dedicado del mundo, sí que recordaba las prolongadas quejas de Adolin y Renarin en noches como aquellas, cuando se empeñaban en que eran lo bastante mayores para quedarse despiertos y afirmaban no estar nada cansados. En vez de eso, Gav se abrazó a su pequeña espada de madera, que llevaba consigo a todas partes, y se durmió.

Dalinar salió de la pequeña casa e hizo un asentimiento a los guardias de fuera. Los azishianos veían raro que los oficiales alezi llevaran sus familias a la guerra, pero ¿cómo si no iban los niños a aprender los protocolos militares como era debido?

Anochecía el día siguiente a la artimaña de Jasnah con Ruthar, y Dalinar había pasado casi todo el día, antes de ir a ver a Gav, hablando por vinculacaña con altos señores y señoras, tranquilizándolos acerca de la casi ejecución. Se había asegurado de que nadie fuera a cuestionar la legalidad de los actos de Jasnah. Y había hablado en persona con Relis, el hijo de Ruthar.

El joven había perdido un duelo contra Adolin allá en los campamentos de guerra, y Dalinar se había preocupado por las motivaciones que pudiera tener en la actualidad. Pero parecía que Relis anhelaba demostrar que podía ser leal a la corona. Dalinar se había ocupado de que trasladaran a su padre a Azimir y le dieran una casa pequeña allí, donde poder tenerlo vigilado. Pese a lo que hubiera dicho Jasnah, Dalinar no estaba dispuesto a permitir que un ex alto príncipe mendigara por las calles.

Por último, después de suavizar la relación con los azishianos, que reprobaban los juicios por espada alezi, Dalinar empezó a sentir que tenía la situación controlada. Se detuvo en el centro del campamento, pensativo. Casi se olvidaba de lo que le había dicho Renarin la noche anterior sobre su episodio.

Dalinar giró y cruzó con paso firme el campamento de guerra, un bullicioso ejemplo de caos organizado. Los mensajeros corrían de un lado para otro, en su mayoría vistiendo las libreas estampadas de las distintas órdenes de esribas azishianos. Los capitanes alezi tenían a sus soldados cargando suministros y pintando el suelo de piedra con líneas para indicar direcciones.

Una hilera de carros serpenteaba llegando desde el noroeste, una línea salvavidas que unía el campamento con las tierras pobladas y las colinas fértilles intactas por la guerra. Temiendo que el campamento ya fuese un objetivo lo bastante jugoso, Dalinar había apostado muchos de sus moldeadores de almas en Azimir.

El paisaje era distinto al que conocía. Más árboles, menos hierba y extraños campos de arbustos con ramas entrelazadas que creaban extensas marañas. Pero a pesar de eso, las señales que veía en aquel pueblo le resultaban demasiado familiares. Un trozo de tela atrapado en el crem endurecido junto al camino. Edificios quemados, o bien por sádica diversión o para negar sus camas y sus postigos para tormentas al siguiente ejército que se instalara allí. Aquellos fuegos los habían alimentado hogares con demasiadas posesiones dejadas atrás.

Los ingenieros habían seguido apuntalando la muralla de tormenta al este, donde un cortavientos natural creaba una hendidura. Normalmente el proceso habría costado semanas. Ese día los portadores de esquirlada cortaban bloques de piedra que los Corredores del Viento volvían lo bastante ligeros para colocarlos en posición con facilidad. Los sempiternos funcionarios azishianos supervisaban la operación.

Dalinar se encaminó hacia el campamento de los Corredores del Viento, preocupado. La treta de Jasnah había eclipsado su conversación sobre monarcas y monarquías, pero, teniendo tiempo para pensar en ella, Dalinar la encontraba igual de perturbadora que el duelo. Tal y como había hablado Jasnah... parecía orgullosa de la idea de poder ser la última reina de Alezkar. Pretendía dejar Alezkar con alguna versión de una monarquía neutralizada, como las de Thaylenah o Azir.

¿Cómo funcionaría el país sin un monarca como debía ser? Los alezi no eran como aquellos azishianos tan puntillosos. A los alezi les gustaban los verdaderos líderes, soldados que estuvieran acostumbrados a tomar decisiones. Un país era como un ejército. Necesitaba a alguien fuerte al mando. Y si no podía ser, por lo menos a alguien decidido al mando.

Esos pensamientos lo acompañaron hasta que se acercó al campamento de los Corredores del Viento y el aire le llevó un olor delicioso. Los Corredores del Viento mantenían la tradición iniciada en las cuadrillas de puentes de que hubiera un gran estofado comunal disponible para todo el mundo. Al principio, Dalinar había intentado regular la costumbre. Pero aunque en general encontraba a los Corredores del Viento dispuestos a ceñirse al decoro militar, se habían negado en redondo a respetar las normas de solicitudes a intendencia y los protocolos de comedor para sus estofados nocturnos.

Con el tiempo, Dalinar había hecho lo que cualquier buen comandante al enfrentarse a una insubordinación en masa tan persistente: echarse atrás. Cuando unos buenos hombres desobedecían, era el momento de echar un buen vistazo a las órdenes.

Ese día encontró a los Corredores del Viento acompañados de una cantidad inusual de thayleños. Los estofados tendían a atraer a los soldados que más fuera de lugar se sintieran, y Dalinar sospechaba que era el caso de los thayleños, al estar tan lejos de los océanos. El jefe de compañía Sigzil estaba contando una historia. Renarin estaba también allí, con su uniforme del Puente Cuatro, mirando a Sigzil con embelesada atención. Hubiera guerra o tormenta, el chico encontraba la forma de sentarse a ese fuego todas las tardes.

Dalinar fue hacia él y solo entonces se dio cuenta del revuelo que estaba provocando. Los soldados se daban codazos entre ellos y alguien corrió para llevarle un taburete. Sigzil hizo un alto en su historia y le dedicó un vigoroso saludo militar.

«Creen que he venido para demostrar que acepto la tradición», comprendió Dalinar. Parecían haber estado esperándolo, a juzgar por el entusiasmo con el que un escudero de los Corredores del Viento le trajo un cuenco. Dalinar aceptó la comida, dio una cucharada y asintió aprobador. Eso inspiró un aplauso. Después de aquello, no podía hacer otra cosa que sentarse y seguir comiendo, indicando que los demás podían seguir con su ritual.

Cuando lanzó una mirada a su hijo, Renarin estaba sonriendo. Una sonrisa reservada; era muy raro verle los dientes a Renarin. Pero el chico no tenía su caja, la que usaba a menudo para tener las manos ocupadas. Estaba relajado entre esa gente.

—Me alegro de que hayas venido, padre —susurró Renarin después de acercarse a él—. Estaban esperando a que te pasaras algún día.

—Es un buen estofado —comentó Dalinar.

—Receta secreta comecuernos —respondió Renarin—. Por lo visto, las instrucciones solo ocupan dos líneas: «Coger todo lo que haya por ahí y meter en cacerola. No dejar que ningún tarado por el aire toque los condimentos». —Renarin lo dijo con afecto, pero no se había terminado su cuenco. Parecía tener algo en mente. Aunque... siempre parecía tenerlo—. Supongo que has venido a hablar de... ¿lo que te dije? ¿Del episodio?

Dalinar asintió.

Renarin empezó a dar golpecitos con la cuchara contra el lado del cuenco, llevando un ritmo. Su mirada se perdió entre los llamaspren de la hoguera del estofado.

—¿No te parece un giro cruel del destino, padre? La enfermedad de mi sangre se cura para que al fin pueda ser soldado como siempre quise. Pero esa misma curación me provoca otro tipo de ataques. Muchísimo más peligrosos que los anteriores.

—¿Qué has visto esta vez?

—No estoy seguro de que deba decírtelo. Sé que te pedí que vinieras a hablar conmigo, pero ahora... tengo mis dudas. Las cosas que veo proceden de él, ¿de acuerdo? Creo que es él quien me muestra lo que quiere. Por eso te vi a ti convirtiéndote en su campeón. —Bajó la mirada a su cuenco—. Glys no está convencido de que las visiones sean malas. Dice que somos algo nuevo y no cree que las visiones vengan directas desde Odium... aunque quizá sus deseos mancillen lo que vemos.

—Toda información, aunque sospeches que te la proporciona tu enemigo a propósito, es útil, hijo mío. Se pierden más guerras por falta de información que por falta de coraje.

Renarin dejó el cuenco al lado de su asiento. Era fácil caer en la mala costumbre de subestimar a Renarin. Todos sus movimientos eran deliberados, cuidadosos. Hacían que pareciera frágil.

«No te olvides —pensó una parte de Dalinar—. Cuando tú estabas quebrado en el suelo, consumido por tu pasado, este chico te sostuvo. No olvides quién fue fuerte cuando tú, el Espina Negra, fuiste débil.»

El joven se levantó e hizo un gesto a Dalinar para que lo siguiera. Salieron del círculo de luz que daba el fuego, despidiéndose de los demás con el brazo. Lopen dio una voz a Renarin para pedirle que mirara el futuro y le dijera si ganaría a Huio a las cartas al día siguiente. A Dalinar le pareció un poco grosero sacar a colación la extraña dolencia de su hijo, pero Renarin se lo tomó con una risita.

El cielo había perdido brillo, aunque el sol no se había puesto del todo aún. Aquellas tierras occidentales eran demasiado calurosas para el gusto de Dalinar, sobre todo de noche. No se enfriaban como correspondía.

El campamento de los Corredores del Viento estaba cerca del límite del pueblo, así que salieron a campo abierto cerca de unos arbustos enmarañados y unos árboles altos de anchas copas que habían crecido en su centro, tal vez utilizando de algún modo los arbustos para proveerse de fuerza adicional. La zona era bastante tranquila y al poco tiempo estuvieron solos los dos.

—¿Renarin? —dijo Dalinar—. ¿Vas a decirme lo que viste?

Su hijo aflojó el paso. Sus ojos reflejaron la luz del fuego del campamento, ya lejano.

—Sí —respondió—. Pero quiero ser exacto, padre. Así que tengo que invocarlo de nuevo.

—¿Puedes invocarlo? —se sorprendió Dalinar—. Creía que te vino sin previo aviso.

—Así es —dijo Renarin—. Y volverán a venirme. Pero ahora mismo, simplemente es.

Se volvió de nuevo hacia delante y se internó en la oscuridad.

Cuando Renarin dio un paso adelante, el suelo bajo sus pies fue volviéndose cristal oscuro, una transformación que se extendió a partir del tacón de su bota. El cristal se agrietó en una red de líneas, un patrón intencionado, negro sobre negro.

Glys, que prefería esconderse en el interior de Renarin, se emocionó. Había capturado aquella visión cuando llegó, para que pudieran estudiarla. Renarin no estaba ni por asomo tan entusiasmado. Todo sería mucho más fácil si fuera como los demás Radiantes.

El cristal tintado se extendió a su alrededor, tragándose el paisaje, con el resplandor de una luz fantasmal que titilaba desde atrás en la penumbra. Mientras andaba, cada pisada suya hacía que el suelo palpitara en rojo, con una luz que resplandecía desde abajo por las grietas. Su padre no podría ver lo mismo que él. Pero Renarin confiaba en poder describírselo adecuadamente.

—Apareces en esta visión —dijo Renarin a su padre—. Apareces en muchas de ellas. En esta te veo alzarte orgulloso, hecho como de cristal tintado, y llevas armadura esquirlada. Una armadura esquirlada de un blanco puro, aunque estás perforado por una flecha negra.

—¿Sabes lo que significa? —preguntó Dalinar, una sombra apenas visible detrás del panel de cristal que lo representaba.

—Creo que podría ser un símbolo de ti, de quien eras, de en quien te conviertes. La parte importante es la del enemigo. Domina casi toda esta imagen. Una ventana de luz amarilla blanquecina que se parte en piezas más y más pequeñas, hasta el infinito.

»Es como el sol, padre. Lo controla y lo domina todo... y aunque tu figura levanta su espada bien alta, está mal encarada. Luchas y luchas, pero no contra él. Creo que comprendo el significado: tú quieres un trato, quieres un duelo de campeones, pero vas a seguir combatiendo, y combatiendo, y combatiendo contra distracciones. Y es que ¿por qué iba el enemigo a aceptar un combate que quizá podría perder?

—Ya lo aceptó —dijo Dalinar.

—¿Establecisteis las condiciones? —preguntó Renarin—. ¿Pusisteis una fecha? No sé si esta visión es lo que él quiere enseñarnos. Pero en todo caso... no creo que esté lo bastante preocupado para acordar unas condiciones. Puede esperar, mantenerse luchando, mantenernos *a todos* luchando. Para siempre. Puede hacer que esta guerra no termine nunca.

Dalinar dio un paso adelante, atravesando el cristal tintado que lo representaba, aunque no tenía forma de saber que lo estaba haciendo.

Renarin tenía la sensación de que su padre nunca envejecía. Incluso en sus recuerdos más tempranos, para él ya tenía ese mismo aspecto, tan poderoso, tan inalterable, tan fuerte. Parte de ello procedía de las cosas que había dicho su madre a Renarin, construyendo una imagen en su mente del perfecto oficial alezi.

Era una tragedia que no hubiera vivido para ver a Dalinar convertido en el hombre que ella había imaginado en él. Era una pena que Odium la hubiera hecho matar. Era de este modo como Renarin debía explicárselo a sí mismo. Era mejor volver su dolor contra el enemigo que perder a su padre, además de a su madre.

—He mirado a Odium a los ojos —dijo Dalinar—. Me he enfrentado a él. Esperaba que me derrumbara. Al negarme, he trastocado sus planes. Eso significa que podemos derrotarlo y también, igual de importante, que no lo sabe todo ni lo ve todo.

—Sí —dijo Renarin, caminando por cristal roto para alzar la mirada hacia la gigantesca representación de Odium—. No creo que sea omnipresente, padre. Bueno, una parte de él está en todas partes, pero no puede acceder a

esa información, igual que el Padre Tormenta no conoce todo lo que toca el viento. Creo... que a lo mejor Odium ve igual que yo. No acontecimientos, ni el mundo en sí, sino *posibilidades*.

»Esta guerra es peligrosa para nosotros, padre. En el pasado, los Heraldos organizaban nuestras fuerzas y luchaban junto a nosotros por un tiempo, pero luego regresaban para encerrar las almas de los Fusionados en Condenación, impidiendo que renacieran. Así, cada Fusionado que matábamos era una baja real. Pero ahora el Juramento está roto y es imposible encerrar a los Fusionados.

—Sí —dijo Dalinar, moviéndose para situarse al lado de Renarin—. Yo también he estado pensando en eso. Intento determinar si existe una manera de restaurar el Juramento, o de obligar al enemigo a temernos de algún modo. Esto es territorio inexplorado, tanto para nosotros como para Odium. Tiene que haber algo en esta nueva realidad que lo inquieta. ¿Ves alguna cosa más?

¿*Ves la negrura que será, Renarin?*?, dijo Glys.

—Fricción entre vosotros dos —respondió Renarin, señalando hacia arriba en el cristal tintado—. Y una negrura que interfiere, manchando la belleza de la ventana. Como una enfermedad que os infecta a ambos, en los bordes.

—Qué curioso —dijo Dalinar, mirando hacia donde había señalado Renarin, aunque él solo vería aire vacío—. Me pregunto si alguna vez sabremos lo que representa.

—Ah, eso es fácil, padre —respondió Renarin—. Soy yo.

—Renarin, no creo que debas verte a ti mismo como...

—No tienes que proteger mi ego, padre. Cuando Glys y yo nos vinculamos, pasamos a ser... algo nuevo. Vemos el futuro. Al principio no estaba seguro de qué lugar ocupaba, pero he llegado a entenderlo. Lo que yo veo interfiere con la capacidad de Odium. Dado que percibo posibilidades en el futuro, mi conocimiento cambia lo que haré. Por tanto, su capacidad de ver mi futuro está emborronada. Cualquiera a quien tenga cerca será difícil de interpretar para él.

—Eso me reconforta —dijo Dalinar, rodeando los hombros de Renarin con el brazo—. Seas lo que seas, hijo, es una bendición. Puede que seas un tipo distinto de Radiante, pero eres Radiante de todos modos. No deberías sentir que necesitas ocultar eso, ni a tu spren.

Renarin agachó la cabeza, avergonzado. Su padre sabía que no debía tocarlo demasiado rápido, ni demasiado por sorpresa, por lo que no era el brazo alrededor de sus hombros. Era solo que... bueno, que Dalinar estaba

muy acostumbrado a hacer lo que le daba la gana. ¡Si hasta había escrito un tormentoso libro!

Renarin no se hacía ilusiones de que a él lo aceptaran del mismo modo. Su padre y él ostentarían una categoría similar, procedentes de la misma familia, pero Renarin nunca había podido navegar en sociedad como lo hacía Dalinar. Cierto, su padre a veces «navegaba» en sociedad como un chull embistiendo en plena multitud, pero la gente le dejaba sitio de todos modos.

No se lo dejaría a Renarin. Los pueblos de Alezkar y Azir tenían miles de años de tradición temiendo y condenando a cualquiera que afirmara ser capaz de ver el futuro. No iban a renunciar a eso de un día para otro, y mucho menos por Renarin.

Tendremos cuidado, pensó Glys. *Estaremos a salvo.*

Lo intentaremos, respondió Renarin.

En voz alta, se limitó a decir:

—Gracias. Significa mucho para mí que creas eso, padre.

¿Se lo preguntarás?, dijo Glys. *¿Para que mis hermanos puedan ser?*

—Glys quiere que te mencione que hay otros como él —dijo Renarin—. Otros spren a los que Sja-anat ha tocado, cambiado, transformado en... lo que sea que somos nosotros.

—Lo que hace no está bien. *¿Corromper a spren?*

—Si yo soy una bendición, padre, ¿cómo podemos rechazar a los demás? ¿Cómo podemos condenar a quien los creó? Sja-anat no es humana y no piensa como tal, pero creo que de verdad intenta hallar un camino hacia la paz entre cantores y humanos. A su propia manera.

—Aun así... he sentido el toque de uno de los Deshechos, Renarin.

«*¿Y por uno juzgas a los demás?*» Pero Renarin no lo dijo. La gente tenía demasiado a decir las cosas en el momento en que le venían a la cabeza. Renarin esperó.

—*¿De cuántos spren corrompidos estamos hablando?* —preguntó Dalinar por fin.

—Solo unos pocos —dijo Renarin—. Ella no cambia a los spren inteligentes sin su consentimiento.

—Bueno, eso es una información valiosa. Me lo pensaré. *¿Estás... en contacto con ella?*

—No desde hace meses. Glys está preocupado por lo callada que se ha vuelto, aunque cree que está en algún lugar cercano ahora mismo.

Ella crea en nosotros una facción a la que no aprecian ni los hombres ni

Odium, convino Glys. Sin hogar. Sin aliados. Cualquiera de los dos bandos podría destruirla. Necesitaremos más. Como tú y como yo. Juntos.

Alrededor de Renarin, las ventanas de cristal tintado empezaron a desmoronarse. Volver a crearlas requería luz tormentosa y un esfuerzo por parte de Glys, que a todas luces estaba cansándose. Poco a poco, el mundo de Renarin se hizo normal.

—Házmelo saber si se pone en contacto contigo —pidió Dalinar—. Y si te asalta otro de estos episodios, acude a mí con él. Sé un poco de cómo son, hijo. No estás tan solo como quizás puedas pensar.

Te conoce, dijo Glys, entusiasmado por la idea. *Lo hace y lo hará.*

Renarin supuso que tal vez sí. Qué poco frecuente, y qué reconfortante. Renarin, tenso al principio, se apoyó en su padre y aceptó la fuerza que le ofrecía mientras veía el futuro convertido en polvo a su alrededor.

Necesitamos más, dijo Glys. *Necesitamos más como nosotros, que serán. ¿Quiénes?*

Se me ocurre alguien, respondió Renarin, *que sería una elección perfecta...*

AFINIDAD CON EL CIELO ABIERTO



No debemos permitir que nuestro deseo por un resultado específico nuble nuestra percepción.

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 6

Con luz tormentosa, Kaladin había podido explorar su pequeño escondrijo y lo había encontrado un poco más grande de lo que había creído al principio. Había colocado a Teft en un estante de piedra que se extendía a lo largo de una pared. Lo había lavado, le había puesto el camisón suelto y había colocado la bacinilla en su sitio. Uno de los sacos que Kaladin se había llevado del monasterio, relleno de ropa, se había convertido en una almohada improvisada. Tendría que buscar mantas, pero de momento su amigo parecía tan cómodo como Kaladin podía ponerlo.

Teft seguía dispuesto a tomar agua, sorbiéndola de la gran jeringa metálica que Kaladin había llevado. De hecho, daba lengüetazos ansiosos. Parecía tan a punto de despertar que Kaladin esperaba que se pusiera a maldecir en cualquier momento, exigiendo saber dónde había ido a parar su uniforme.

Syl lo observaba, con un aire solemne muy poco propio de ella.

—¿Qué haremos si muere? —preguntó en voz baja.

—No pienses en eso —dijo Kaladin.

—¿Y si no puedo evitar pensar lo?

—Busca algo que te distraiga.

Syl se sentó en el estante de piedra, con las manos en el regazo.

—¿Así es como soportas tú saber que todo el mundo morirá? ¿Te limitas a... no pensar en ello?

—A grandes rasgos —respondió Kaladin, rellenando la jeringa con agua de la jarra de madera. Metió la punta en la boca de Teft y la vació despacio—. Todo el mundo muere en algún momento.

—Yo no —dijo ella—. Los spren somos inmortales, aunque se nos mate. Algún día tendré que verte morir.

—¿A qué viene esto? —preguntó Kaladin—. Tú no eres así.

—Ya. Sí. Claro. No soy así. —Syl se colocó una sonrisa en la cara—. Perdona.

—No me refería a eso, Syl —dijo Kaladin—. No tienes que fingir.

—No finjo.

—He puesto bastantes sonrisas falsas como para que ya no me engañen. También lo hiciste otra vez, antes de que empezaran los problemas en la torre. ¿Qué te pasa?

Ella bajó la mirada.

—He estado... recordando cómo fue cuando murió Relador, mi antiguo caballero. Cómo me hizo dormir tantos años, durante toda la Traición. No dejo de preguntarme si volverá a pasarme.

—¿Sientes una oscuridad? —preguntó Kaladin—. ¿Un susurro de que todo irá siempre a peor? ¿Y al mismo tiempo un impulso que te incapacita, te desconcierta y te empuja a rendirte y no hacer nada para cambiarlo?

—No —dijo ella, meneando la cabeza a los lados—. Nada parecido a eso. Solo una inquietud al fondo de mi mente a la que no paro de regresar. Es como... como si tuviera un regalo que quiero abrir y me emociono un momentito, pero luego recuerdo que ya lo abrí y no había nada dentro.

—Suena a lo que sentía yo al recordar que Tien estaba muerto —dijo Kaladin—. Podía acostumbrarme a llevar mi vida como siempre, a encontrarme bien... y entonces me lo recordaba una roca en la lluvia, o una talla de madera como las que solía hacer él, y el día entero se me caía encima.

—¡Exacto! Pero a mí no se me cae el día encima. Solo hace que quiera acomodarme y pensar y desear que pudiera verlo otra vez. Aún me duele. ¿Me pasa algo malo?

—A mí me parece normal. Sano. Estás lidiando con la pérdida, cuando en realidad nunca lo habías hecho antes. Ahora que estás volviendo a ser del

todo tú misma, por fin estás afrontando las cosas que dejabas a un lado.

—Pero acabas de decirme que no piense en ello —objetó Syl—. ¿Eso me ayudaría en algo?

Kaladin hizo una mueca. No, no la ayudaría. Él ya lo había intentado.

—Las distracciones pueden ser útiles. Hacer cosas, recordarte a ti misma que hay muchas cosas maravillosas ahí fuera. Pero... sí que tendrás que pensar en esas cosas en algún momento, supongo. —Llenó la jeringa de nuevo—. No deberías preguntarme a mí por este tipo de problemas. No es que... se me dé muy bien afrontarlos yo.

—Es que tengo la sensación de que no debería tener que afrontarlos —dijo Syl—. Soy spren, no humana. ¿Que piense así no significa que estoy estropeada?

—Significa que estás viva —respondió Kaladin—. Me preocuparía más que no sintieras la pérdida.

—A lo mejor es porque nos creasteis vosotros, los humanos.

—O porque eres un pedacito de divinidad, como siempre dices. —Kaladin se encogió de hombros—. Si existe un dios, creo que podríamos encontrarlo en la forma en que cuidamos unos de otros. Puede que los humanos pensando en el viento, y en el honor, te dieran forma a partir de un poder amorfo, pero ahora eres tu propia persona. Igual que yo soy mi propia persona aunque mi forma me la dieran mis padres.

Syl sonrió al oír eso, y caminó por el estante con la forma de una mujer con havah.

—Una persona —dijo—. Me gusta pensar así. Ser así. Muchos de los demás honorspren hablan de lo que se nos creó para ser, lo que debemos hacer. Yo antes también hablaba así. Me equivocaba.

—Muchos humanos son iguales —dijo él, agachándose para quedar al nivel de sus ojos—. Supongo que los dos tenemos que recordar que, pase lo que pase en nuestras cabezas, fuera lo que fuese que nos creó, podemos elegir. Eso es lo que nos hace personas, Syl.

Ella sonrió y entonces su havah ganó color del claro azul blanquecino a un azul más profundo, llamativo y diferenciado, como si estuviera hecha de tela real.

—Se te va dando mejor —dijo él—. Los colores son más vivos esta vez.

Ella levantó los brazos.

—Creo que cuanto más me acerco a tu mundo, más puedo ser, más puedo cambiar.

Pareció gustarle esa idea y se sentó para hacer que su vestido pasara de un tono de azul a otro, y luego al verde. Kaladin terminó de dar a Teft la jeringa de agua y la sostuvo en alto. Los lados del metal tenían huellas de dedos hundidas en la superficie. El aparato se había convertido en metal por moldeado de almas después de crearlo a partir de cera, como revelaban las huellas.

—Puedes transformarte en más cosas —dijo—. ¿En una jeringa, tal vez? Ya estuvimos hablando de que te convirtieras en otras herramientas.

—Creo que podría hacerlo —respondió ella—. Si pudiera manifestarme como hoja esquirlada ahora mismo, podría cambiar de forma para ser como eso. Creo que... contigo imaginándolo y conmigo creyéndolo, podríamos hacer más cosas incluso. Es...

Se interrumpió al oír un tenue raspar que llegaba desde fuera, cerca de la puerta. Kaladin cogió de inmediato su bisturí. Syl se puso en alerta y voló por el aire a su alrededor como una cinta de luz. Kaladin avanzó despacio hacia la puerta. Había tapado la gema en su lado de la pared con un trozo de tela. No sabía si su luz podría verse desde fuera o no, pero no quería arriesgarse.

Aun así, podía oír. Había alguien allí fuera, delatado por sus botas contra la piedra. ¿Estaría inspeccionando la puerta?

Tomó una decisión rápida, metió la mano bajo la tela y la apretó contra la piedra, ordenándole que se abriera. La pared empezó a separarse. Kaladin se preparó para saltar hacia fuera y atacar al cantor que hubiera al otro lado.

Pero no era un cantor.

Era Dabbid.

El modesto hombre del puente, vestido de paisano, dio un paso atrás cuando la puerta se abrió. Vio a Kaladin y asintió con la cabeza, como si todo aquello fuera exactamente tal y como esperaba.

—¿Dabbid? —dijo Kaladin.

Aparte de Rlain, Dabbid era el otro único hombre del puente original que no había manifestado poderes de Corredor del Viento. Por tanto, tenía sentido que estuviera despierto. Pero ¿cómo había sabido llegar hasta allí?

Dalinar sostuvo en alto una cazuela con algo líquido dentro. Kaladin lo olió.

—¿Caldo? —preguntó—. ¿Cómo lo sabías?

Dabbid señaló la línea de cristal en la pared, donde la luz del spren de la torre empezó a titilar. Era sorprendente porque, además de ser mudo, Dabbid rara vez ofrecía información por voluntad propia.

Sosteniendo la cazuela incómodo con un solo brazo, Dabbid hizo entrechocar las muñecas. «Puente Cuatro.»

—Cómo me alegro de verte —dijo Kaladin, haciéndolo pasar a la sala—. ¿De dónde has sacado el caldo? Da lo mismo. Ven, siéntate al lado de Teft.

Dabbid era de los primeros a los que Kaladin salvó cuando había empezado a prestar ayuda médica a los hombres del puente. Aunque las heridas físicas de Dabbid habían sanado, su conmoción de batalla era la más intensa que Kaladin había visto en la vida.

En todo caso, era estupendo tenerlo allí. Kaladin había estado preocupándose por dejar solo a Teft. Si Kaladin moría en una misión, estaría condenando también a Teft a muerte. A menos que alguien más supiera de su presencia.

Hizo que Dabbid se situara, le enseñó a usar la jeringa y lo puso a dar de comer a Teft. Kaladin se sintió mal por hacer que el hombre del puente mudo se pusiera a trabajar al momento de haber llegado, pero, según el reloj interno de Syl, la noche tardaría poco en caer. Kaladin tenía que ir moviéndose.

—Te explicaré más cuando vuelva —le prometió Kaladin—. Dabbid, ¿puedes hacer que esta puerta se abra? Por si tienes que ir a por más comida y agua.

Dabbid se acercó y puso la mano en la gema de la puerta, que se abrió para él con la misma facilidad que para Kaladin. Eso era un poco preocupante. Kaladin tocó el granate de la pared.

—¿Spren de la torre? —llamó.

Sí.

—¿Es posible cerrar estas puertas para que no pueda abrir las el primero que pase?

Antes era posible sintonizarlas a individuos concretos. En los últimos tiempos, solo puedo dejar una puerta dada para que cualquiera pueda abrirla o bien bloquearla para que no la abra nadie.

En fin, era bueno saber que, en un apuro, debería poder pedir al Hermano que bloqueara la puerta. De momento, le bastaba con que Dabbid pudiera entrar y salir.

Kaladin hizo un asentimiento a Syl, dejó una gema para que Dabbid se iluminara y se marchó.

Navani había pedido a Kaladin que observara las Puertas Juradas de cerca cuando las activaban. Para ver si averiguaba por qué funcionaban cuando

otros fabriales no lo hacían.

Por desgracia, Kaladin dudaba mucho que pudiera llegar hasta la meseta de las Puertas Juradas escurriendo por los pasillos de la torre. Había logrado meterse en un monasterio apartado de la tercera planta, sí, pero eso era algo muy distinto a los dos primeros pisos, altamente poblados. Incluso aunque los humanos no estuviesen recluidos en sus hogares, no podría pasearse por ahí sin que lo detuvieran. Kaladin Bendito por la Tormenta llamaba la atención.

En vez de eso, quería probar a descender por el exterior de la torre. Antes de aprender a volar, había pegado rocas a la pared de un abismo y trepado por ellas, así que suponía que podría hacer algo parecido. Saltaba a la vista que el enemigo había ordenado a los Celestiales que se quedaran dentro, y salía poca gente a las terrazas.

Así que llegó a una terraza de la novena planta justo al ocaso. Se había atado un saco al cinturón y llevaba en él los cuatro cepillos de fregar que había sacado del monasterio. Les había cortado las cerdas con su bisturí y había dejado una parte de delante plana pero un mango curvo con el que agarrarlos.

Kaladin no podía pintar sus manos con un enlace completo para adherirlas a cosas. Lopen siempre estaba pegando su ropa o su pelo al suelo, pero la piel de un Radiante parecía inmune al poder. Quizá Kaladin pudiera habérselas apañado con unos guantes, pero las asas de los cepillos parecían más recias.

Se asomó desde la terraza y comprobó si había alguien mirando. Ya estaba oscureciendo. Dudaba que nadie pudiera verlo en la penumbra, siempre que no absorbiera demasiada luz tormentosa. Al mantenerla sobre todo en los cepillos adheridos a la pared, no brillaría tanto como arriesgarse a que lo distinguieran allí. O al menos, el riesgo se le antojaba mucho menor que el de intentar colarse a través de los pisos ocupados.

Era mejor probar antes la maniobra sin que hubiera peligro. Kaladin sacó un cepillo, lo infundió con luz tormentosa y apretó la cara plana contra una columna de la terraza. Cuando estuvo en su sitio, Kaladin pudo colgar todo su peso de él, con los pies balanceándose, sin que se soltara de la columna ni el asa se rompiera.

—Bastará —dijo, recuperando la luz tormentosa del enlace.

Se quitó los calcetines, pero volvió a ponerse las botas. Buscó a Celestiales en el aire una última vez y luego pasó al exterior del parapeto y se equilibró en la pequeña repisa que sobresalía. Miró hacia las piedras que había muy por abajo, pero se habían perdido en la oscuridad del anochecer. Era como si se

alzara al borde de la eternidad.

Siempre le había gustado estar en las alturas. Incluso antes de hacerse Radiante, había tenido una cierta afinidad con el cielo abierto. Allí de pie, una parte de él quería saltar, sentir el fragor del viento. No eran tendencias suicidas, no en esa ocasión. Era la llamada de algo hermoso.

—¿Estás asustado? —preguntó Syl.

—No —dijo Kaladin—. Lo contrario. Me he acostumbrado tanto a saltar desde sitios altos que no estoy ni la mitad de preocupado por esto de lo que supongo que debería.

Infundió dos cepillos y fue hasta el límite izquierdo de la terraza. Allí en la pared de piedra había un «camino» directo hasta el suelo entre una terraza y otra. Kaladin respiró hondo, saltó de la terraza y estampó un cepillo contra la piedra y luego el otro.

Encontró lugares donde apoyar los pies en la piedra, pero resbalaban. En tiempos antiguos la roca de allí fuera había estado muy adornada, pero los años y años de altas tormentas la habían alisado en parte. A lo mejor Lift podría haber trepado por allí sin ayuda, pero Kaladin se alegró de tener luz tormentosa. Infundió las puntas de las botas a través de los pies y las adhirió también a la pared.

Empezó a descender hacia el suelo despegando una extremidad, moviéndola y volviendo a pegarla. Syl caminaba por el aire a su lado, como si bajara por unos peldaños invisibles. Kaladin encontró la maniobra más difícil de lo que había anticipado. Tenía que depender mucho de la fuerza del torso y los brazos, ya que era difícil que las botas se adhirieran bien solo por las puntas.

Soltaba un cepillo de la pared para deslizarlo hasta su nueva posición mientras se sostenía solo con una mano, y luego movía los pies antes de repetir la operación con el otro cepillo. Incluso siendo Radiante, ya estaba sudando por el esfuerzo cuando llegó a la cuarta planta. Decidió tomarse un descanso y, después de que Syl comprobara que estaba vacía, fue hacia una terraza y subió a ella. Se sentó, respirando hondo mientras unos pinchudos friospren recorrían la barandilla hacia él como amistosos cremlinos.

Syl voló al pasillo para asegurarse de que no había nadie cerca. Por suerte, la torre cada vez más fría y la necesidad de disimular parecían haber convencido a la mayoría de los cantores asaltantes de alojarse muy hacia el interior. Mientras Kaladin se mantuviera alejado de las patrullas, debería estar a salvo.

Se quedó sentado con la espalda contra el parapeto de la terraza, notando que le ardían los músculos. Como soldado y después como hombre del puente, se había acostumbrado a la sensación de tener los músculos fatigados. En tiempos más recientes casi le parecía que estaba haciendo trampa, porque la sanación por luz tormentosa volvía rara esa sensación. Y en efecto, después de estar sentado un minuto, casi había remitido del todo.

Cuando Syl volvió, Kaladin retomó el descenso. Al hacerlo, se acercaron a él un par de vientospren como pequeñas líneas de luz que trazaron bucles a su alrededor. Mientras bajaba hacia el tercer piso, de vez en cuando le mostraban caras, o contornos de figuras, antes de soltar risitas y alejarse volando.

Syl los miraba con cariño. Kaladin quiso preguntarle qué estaba pensando, pero no se atrevía a hablar por si alguien oía voces llegando desde fuera de una ventana. Se preocupó de no hacer ruido al apretar sus asideros contra la pared.

Kaladin tuvo un contratiempo cuando llegó al tercer piso. Syl fue la primera en darse cuenta, se convirtió en cinta y creó el glifo de «parar» en el aire junto a Kaladin. Él se detuvo y entonces lo oyó. Voces.

Hizo una señal con la cabeza a Syl, que fue a investigar. Kaladin sintió su preocupación a través del vínculo. Cuando Syl era una hoja esquirlada, tenían una conexión mental directa, pero si no estaba en esa forma, la conexión era más débil. Habían practicado a enviarse palabras entre ellos, pero tendían a ser solo impresiones vagas.

En esa ocasión, a Kaladin le pareció estar recibiendo algunas palabras claras.

... cantores... con catalejos... terraza del segundo piso... miran hacia arriba...

Kaladin se quedó aferrado a la pared, tan silencioso como podía. Los oía por debajo y a la izquierda, en una terraza. ¿Tenían catalejos? ¿Por qué?

Para vigilar el cielo, pensó, intentando proyectar la idea a Syl. *Por si llegan Corredores del Viento explorando. No querrán usar la Puerta Jurada hasta asegurarse de que nadie los ve.*

Syl volvió y Kaladin empezó a sentir de nuevo que le ardían los músculos. Se secó la frente sudada con la manga y luego, con cuidado y apretando los dientes, recuperó la luz tormentosa para liberar uno de los cepillos a los que estaba asido. De su piel empezó a emanar un humo luminiscente, pero, antes de que la luz se hiciera demasiado evidente, volvió a enlazar el cepillo, se

estiró y lo adhirió a la piedra tan a su derecha como pudo.

Avanzó de lado, alejándose de la zona ocupada. Cruzaría la siguiente terraza y seguiría descendiendo por el otro lado. Mientras se movía, oyó a las tropas enemigas charlando en alezi. Le parecieron voces de mujeren, aunque algunas formas de los cantores hacían el género difícil de distinguir según la voz. A juzgar por la conversación, en efecto vigilaban por si llegaban Corredores del Viento. Hacían las transferencias por Puerta Jurada de noche a propósito, ya que unos Radiantes volando resaltarían como antorchas, brillando en el cielo oscuro.

Kaladin cruzó dos terrazas hacia su derecha y siguió hacia abajo por otro pasillo de piedra lisa. Estaba en la parte septentrional de la torre y se había movido hacia el oeste para alejarse de los guardias. Syl siguió comprobando las terrazas cercanas mientras Kaladin proseguía a su metódico ritmo. Por desgracia, al poco de superar la segunda planta, destelló una luz oscura desde las Puertas Juradas. Estaba teñida de violeta como la luz del vacío, pero brillaba más que una esfera de esa luz.

Kaladin se tomó un momento de descanso, colgando de la pared pero sin moverse.

—Syl —susurró—. Ve a ver qué hacen esas exploradoras de la terraza. Dime si aún están vigilando el cielo.

Syl salió volando y regresó al cabo de un momento.

—Están recogiendo sus cosas —susurró—. Parece que se marchan.

Era lo que Kaladin había temido. El enemigo usaría las Puertas Juradas con tan poca frecuencia como pudiera, ya que trasladar tropas cantoras dentro y fuera de la torre los expondría a miradas indiscretas. Si las exploradoras estaban recogiendo, era una indicación bastante fiable de que no volverían a usar las Puertas Juradas esa noche. Kaladin había sido demasiado lento.

Pero la puerta había dado un destello de luz del vacío. Así que sabía que habían hecho algo al fabrial. Tendría que intentarlo de nuevo al día siguiente. Esa noche había avanzado más lento de lo que pretendía, pero se llevaba una buena impresión del proceso. Con un poco más de práctica, lo más seguro era que pudiera descender lo bastante rápido. Pero ¿acercarse a las Puertas Juradas le revelaría algo sobre lo que les habían hecho? No creía saber lo suficiente sobre fabriales.

De momento, empezó a trepar de vuelta hacia arriba para ver si era mucho más difícil. Avanzó más despacio, pero las botas apoyadas en la pared ayudaban más. Mientras ascendía, encontró un feroz orgullo en el esfuerzo.

Los cambios hechos a la torre habían intentado confinarlo al suelo, pero el cielo era suyo. Había encontrado una manera de regresar a él, aunque fuese menos impresionante. Si lograba...

Kaladin se detuvo, colgado de sus asideros, al caer en la cuenta de algo. Algo que lo hizo sentir de lo más idiota por no haberlo visto de inmediato.

—Las exploradoras de la terraza —susurró a Syl cuando llegó para ver por qué había parado—. ¿Qué habrían hecho si detectaran a Corredores del Viento en el cielo?

—Habrían avisado a los otros para que detuvieran la transferencia —respondió Syl—, para que el color equivocado en el brillo de la Puerta Jurada no delatara la verdad.

—¿Cómo? —preguntó Kaladin—. ¿Cómo han podido contactar con los que manejan la Puerta Jurada? ¿Has visto banderas o algo?

—No —dijo Syl—. Estaban allí sentadas escribiendo en la penumbra. Debían de estar usando... una vinculacaña.

Una que funcionaba en la torre. Navani estaba intentando descubrir cómo activaba los fabriales el enemigo. ¿Y si Kaladin pudiera entregarle uno? Sin duda, eso le proporcionaría una información más valiosa que la que podría obtener observando las Puertas Juradas.

Syl voló hasta la terraza donde habían estado las exploradoras.

—¡Las veo! —dijo—. Han recogido y se han marchado, pero están justo ahí delante.

Síguelas, envió Kaladin mentalmente, y empezó a moverse tan deprisa como podía en esa dirección. Quizá se hubiera perdido la transferencia de esa noche, pero aún tenía una manera de ayudar. Robando aquella vinculacaña.

NODOS



Pero al buscar, ¿cómo podemos no desear un resultado concreto? ¿Qué científico afronta un proyecto sin una esperanza de lo que encontrará?

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 6

Venli estudió la gran maqueta de la torre. Qué construcción tan compleja, qué obra maestra de la escultura, bañada en la violeta luz de luna que entraba por la ventana. ¿Para qué la habrían usado los antiguos Radiantes, hacía tantos años? ¿Era una obra de arte olvidada o algo más? Había oído a varios vacíospren comentando que quizá fuese un modelo a escala para que los spren vivieran en él, pero, por muy intrincada que fuese, carecía de cosas como mobiliario o puertas.

Venli la rodeó y pasó por el centro, donde estaba partida para mostrar un corte longitudinal. Por algún motivo, verla en miniatura resaltaba lo imposiblemente gigantesca que era la torre. Incluso reconstruida a escala, tenía dos veces la altura de Venli.

Negó con la cabeza y dejó atrás el modelo para pasar entre los Radiantes caídos, que yacían silenciosos en el suelo de aquella gran cámara. A petición de Rabeniel, Venli había encontrado un lugar en el que tenerlos a todos juntos. La Dama de los Deseos había querido que estuvieran en la planta baja y cerca de las salas del sótano, para poder enviar mensajeros con rapidez,

pero aquella zona de la torre estaba demasiado ocupada. Así que, en vez de molestarte en expulsar a la gente de una cámara para utilizarla, Venli se había apropiado de aquella recién descubierta y vacía. Solo tenía una entrada, así que era fácil de proteger, y la ventana proporcionaba luz natural.

Había unos cincuenta en total. Quizá, siendo tan pocos, las fuerzas de Rabeniel podrían haber conquistado la torre incluso si los Radiantes hubieran luchado. Quizá no. Aquellos Radiantes modernos tenían algo. Los Fusionados parecían sorprenderse una y otra vez con ellos. Habían esperado incapacidad, falta de experiencia. Roshar llevaba muchos siglos sin el vínculo Radiante. Los nuevos caballeros no habían contado con maestros que los entrenaran, habían tenido que descubrirlo todo por su cuenta. ¿Cómo les había ido tan bien?

Timbre latió sus pensamientos sobre el asunto. A veces la ignorancia era una ventaja, ya que no estabas limitada por las expectativas del pasado. Quizá fuese eso. O quizás fuese otra cosa. Spren nuevos, jóvenes, entusiastas... enfrentados a almas Fusionadas viejas y cansadas.

Venli se quedó cerca del cuerpo de una mujer joven. Cada Radiante estaba tendido sobre una manta y cubierto por una sábana, como un cadáver, con solo la cara a la vista. Aquella Radiante, sin embargo, se movía. Tenía los ojos cerrados pero contraía la cara, como atenazada por una terrible pesadilla. Tal vez fuese eso. En el pasado, Odium había invadido la mente de Venli, así que ¿quién sabía hasta dónde podía llegar su toque corruptor?

«Corredora del Viento», pensó Venli leyendo las marcas del suelo al lado de la mujer. Habían apuntado allí todo lo que el equipo de Venli había podido averiguar sobre cada Radiante interrogando a los humanos de la torre. Miró hilera abajo hacia otro Radiante cuyo rostro tenía tics parecidos. También era Corredor del Viento.

Concluyó la inspección y fue a reunirse con Dul. Al final Venli no había tenido ninguna dificultad en poner a su gente de más confianza a cargo de los Radiantes caídos, ya que Rabeniel lo consideraba un buen uso para ellos.

—Los otros Corredores del Viento —dijo Venli en voz baja—. ¿Parecen todos...?

—¿Más cerca de despertar? —aventuró Dul a Asombro—. Sí. Así es. Cuando algún Radiante se mueve, siempre es un Corredor del Viento. Hemos visto a algunos murmurando en sueños.

—Rabeniel me ha pedido que compruebe precisamente eso —dijo Venli a Ansiedad—. Parece que ya lo anticipaba.

—Tampoco era difícil de adivinar —repuso Dul—. El Radiante que está despierto y que en teoría merodea por la torre es un Corredor del Viento, ¿verdad?

Venli asintió, mirando las hileras de cuerpos. Los leales a ella caminaban entre los Radiantes, administrándoles caldo y cambiando las mantas manchadas.

—Ha sido una buena jugada situarnos aquí —susurró Dul—. Cuidar de los humanos nos permite reunir mantas y ropa, para cuando nos marchemos. He empezado a hacer acopio de pasta de caldo, que debería aguantar bien.

—Bien —dijo Venli a Ansiedad—. Cuando solo haya nuestra gente por aquí, haced pruebas a esos Corredores del Viento y mirad a ver si podéis despertar a uno.

—¿Y si lo conseguimos? —preguntó Dul a Escepticismo—. Creo que es una idea espantosa.

El primer instinto de Venli, incluso entonces, fue darle una bofetada. ¿Cómo osaba cuestionarla? Sofocó ese instinto, aunque la advirtiera de que seguía siendo la misma persona egoísta a pesar de todo. Unas pocas Palabras no la convertían de repente en alguien mejor.

—Sus poderes seguirían estando reprimidos —le explicó Venli—, así que no debería ser un peligro para vosotros. Y si se pone violento, huid y dejad que supongan que ha despertado espontáneamente. Eso evitará que se nos implique.

—Bien, pero ¿por qué arriesgarnos?

—Escapar y escondernos sería mucho más fácil con la ayuda de uno de estos —dijo Venli—. Como mínimo, necesitaremos una distracción para huir. Que los Corredores del Viento despertaran de pronto y se pusieran a luchar nos la proporcionaría.

Miró a Dul, que seguía canturreando a Escepticismo.

—Escucha —dijo Venli mientras completaban su ronda por la sala—, no me gustan los humanos más que a ti. Pero si de verdad queremos escapar, tendremos que aprovechar todas las ventajas que encontramos. —Barrió con la mano la sala llena de Radiantes desmayados—. Esta podría ser una enorme.

Por fin, Dul canturreó a Reconciliación.

—Supongo que tienes razón. Merece la pena intentarlo, aunque no sé muy bien cómo despertar a esta gente. Lo que necesitamos es un cirujano. Nos vendría bien de todas formas, porque algunos empiezan a tener llagas y atraer

a putrispren. Otros no aceptan el caldo, aunque tienen hambrespren zumbando alrededor.

Venli armonizó a Paz mientras se le ocurría una idea.

—Seguro que puedo proporcionaros cirujanos. De hecho, sé de uno que podría estar dispuesto a apoyar nuestra causa. Un humano. Está escondido, por ciertos asuntos que no debemos revelar. Pero creo que podría traerlo aquí para ayudar.

Dul asintió, canturreando a Apreciación. Venli lo dejó allí y salió al atrio, con su largo pozo vertical que ascendía hasta la cima de la torre. Pasó junto a varios regios que montaban guardia en el acceso a la sala de la maqueta. Leshwi le había dicho que pusiera al cirujano y su familia en algún lugar seguro. Bueno, pues tenía sentido llevarlos allí.

Se aproximaba la hora del toque de queda, así que en el suelo del atrio la gente estaba apresurándose a terminar sus últimas actividades. Los humanos, que ya no estaban recluidos, habían salido reptando de sus caparazones como enredaderas tras una tormenta. Muchos de ellos vivían alrededor del atrio, y habían llevado carros para erigir comercios improvisados cerca del inmenso ventanal. Los humanos buscaban la luz del sol como los spren las Pasiones.

Esa noche, caminaban con aprensión y guardaban la distancia con Venli, como si no pudieran creerse que debieran continuar con sus vidas como si no hubiera pasado nada. Venli encontró una escalera y subió deprisa, provocando que unas mujeres humanas se apartaran a un lado y diesen leves respingos, atrayendo miedospren con forma de gusanos. A veces Venli olvidaba lo temible que parecía su forma regia. Se había acomodado en ella y cada vez la sentía más y más como su estado natural, aunque tuviera un vacíospren atrapado en su gema corazón.

En la primera planta, Venli se dirigió a un punto de reunión cerca de los balcones que asomaban al atrio. Se suponía que debía ponerse al servicio de un equipo de Fusionados, por si necesitaban intérprete. Muchos Fusionados tenían problemas para hablar con los cantores modernos. Tenía sentido, dado el poco tiempo transcurrido desde su regreso. Lo que Venli encontraba raro era que algunos, como Rabeniel, ya hubieran aprendido a hablar alezi moderno.

Venli llegó al lugar acordado y se sorprendió al encontrar allí a varios Profundos, los extraños Fusionados de cuerpos cimbreños y ojos blancos lechosos, que brillaban en rojo desde atrás. Les gustaba pasar el tiempo hundidos en la roca tanto como a los Celestiales volar. A veces Venli entraba

en una sala y encontraba a uno o dos de ellos pasando el rato allí, hundidos en el suelo, revelando solo sus caras con los ojos cerrados.

Esa noche había un grupo de cuatro, asistidos por unos cuantos cantores comunes que cargaban material. Los Fusionados estaban discutiendo entre ellos en su idioma.

—Ya pensaba que la arena no funcionaría —dijo un Profundo a Resentimiento. Sus ritmos sonaban raros. Apagados—. Tenía razón en esto. Deberíais reconocerlo.

—Hay demasiados fabriales distintos en la torre —dijo otro—. Y demasiados spren. El dispositivo que buscamos no deja una impresión lo bastante fuerte para ser perceptible, oculto como está.

—Estáis buscando el fabrial que genera el escudo alrededor de la columna —adivinó Venli.

Rabeniel había mencionado que el campo lo creaba un fabrial, del que teorizaba que estaría mantenido por varias gemas, llamadas nodos, escondidas en algún lugar de la torre.

Los Profundos no la reprendieron por haber hablado sin que se dirigieran antes a ella. Como Voz de Rabeniel, Venli tenía cierta autoridad, incluso con aquellos. No para darles órdenes, pero desde luego sí para hablar.

—¿Por qué no usar secretospren? —preguntó—. Encuentran fabriales con tanta facilidad como encuentran Radiantes, ¿verdad?

—La torre entera es un fabrial —dijo una de los Profundos—. Aquí los secretospren no sirven de nada. Dan vueltas en círculo, confundidos. Pedirles que encuentren un uso específico de luz aquí es como pedirles que encuentren una zona concreta de agua en un océano.

—Spren inútiles —dijo otro—. ¿Habéis visto a los caospren?

Venli los había visto. Aquellos tipos de vacíospren, en general invisibles salvo para aquellos a quienes escogían aparecerse, estaban dejando chispas en el aire, como si reaccionaran de alguna manera al campo de amortiguación. En aquel lugar, hasta alguien que no pudiera mirar en Shadessmar sabría si lo estaban observando o no.

Al pensarla, Venli armonizó a Emoción. No había spren invisibles... y los secretospren eran inútiles. Eso significaba que en la torre, un Radiante podría usar sus poderes con libertad sin que lo detectaran.

Ella podría usar sus poderes sin que la detectaran.

Lo que implicaba aquello hizo que Timbre empezara a vibrar a Emoción también, en sincronía con la armonización de Venli. Por fin. Podrían

practicar.

Pero ¿se atrevería?

—Voz —dijo una de los Profundos, haciéndole un gesto para que se acercara. Era una mujeren con la piel blanca y unas tenues líneas arremolinadas de rojo—. Tenemos que encontrar esos nodos. Pero sin los secretospren, quizá nos toque registrar la torre entera. Tú empezarás a interrogar a los humanos. Pregúntales sin han visto alguna gema grande que no parezca estar conectada a ningún fabrial visible.

—Como deseéis, antigua —respondió Venli a Vergüenza—. Pero si me permitís decirlo, me parece una solución poco elegante. ¿No es probable que los nodos estén ocultos?

—Sí —dijo otro—, pero también deben ser accesibles. Su propósito es permitir que los Radiantes carguen el escudo de luz tormentosa.

—Aun siendo así, antigua, me mantengo escéptica —dijo Venli—. Suponiendo que los humanos me respondieran con sinceridad, sospecho que no sabrían nada. No han terminado de cartografiar todas las plantas de la torre, no digamos ya sus lugares secretos. ¿De veras deseáis que pasemos meses hablando con todos los humanos, preguntándoles si han visto algo tan poco preciso como una gema cualquiera?

Los Profundos canturrearon a Destrucción, pero no la contradijeron. Como ocurría con muchos de los Fusionados, no se oponían en principio a que los desafiaran, si el argumento era válido. Venli podría aprender de ellos a ese respecto.

—Es lo que decía yo —insistió uno a los demás—. Podríamos pasar años registrando este lugar sin descubrir nada.

—¿Los nodos no estarán conectados a la columna de cristal? —preguntó Venli.

—Sí —dijo un Profundo—. Por vetas de cristal, para transportar la luz tormentosa.

—Pues podríamos seguirlas —propuso Venli—. Podríais hundiros en la roca, buscarlas y usarlas para encontrar los nodos.

—No —dijo otro a Mofa—. No podemos ver estando insertados. Podemos oír, y podemos cantar, y los tonos de Roshar nos guían. Pero este fabrial está creado para guardar silencio ante nosotros. Si quisieramos seguir las líneas, tendríamos que partir la piedra, y cercenar así toda conexión con la columna. Eso podría destruir por completo las protecciones de la torre, permitiendo que los Radiantes despierten y perjudicando nuestros propósitos.

—Por tanto, si encontrarais una gema en la torre —dijo Venli—, no podríais saber si está enlazada o no al campo de protección. Quizá romperíais la gema y descubriríais que estaba conectada a otra cosa que no tenía nada que ver.

Los Fusionados le canturrearon a Mofa. Venli estaba forzando los límites de interferencia que estaban dispuestos a aceptar.

—No, necia —dijo la mujeren—. Este fabrial de protección es nuevo. Se añadió a la torre después de su creación. Habrá pocas otras gemas que se parezcan a estas. El resto de la torre funciona como una sola entidad, motivo por el que Rabeniel pudo activar sus protecciones infundiéndola con luz del vacío.

Eso... no explicaba tantas cosas como ellos parecían creer, en realidad, pero Venli canturreó a Sumisión para indicar que agradecía la información y que la hubieran sacado de su error. Mientras tanto, su mente seguía amilanada por lo que había descubierto antes. Llevaba muchos meses cohibiéndose con sus poderes, diciéndose a sí misma que no se atrevía a usarlos. Pero ¿por qué seguía preocupada después de lo que había averiguado?

Tambre latió. Le indicaba que no pasaba nada por temer algo nuevo. Era natural.

Pero no lo era, no del todo. Parecía que Venli se había pasado casi toda la vida temiendo las cosas que no debía. Su curiosidad había provocado la perdición de su pueblo. Y estaba jugando con unos poderes que no comprendía y reuniendo todo un grupo de esperanzados que dependían de ella.

Si hacía alguna jugada errónea, Dul y los demás estaban condenados.

Los Profundos conferenciaban entre ellos. Pero la mujeren no dejaba de observar a Venli. Los otros tres parecían considerarla su superior, porque callaron cuando ella habló.

—Eres mortal —dijo la Fusionada a Venli—. Eres la Última Oyente. Pocos regios se ganan un verdadero título, y me resulta extraño encontrar a la hija de traidores con uno. Dime, ¿dónde situarías tú esos nodos, si tuvieras que hacerlo?

—Yo... —Venli armonizó a Agonía—. No tengo conocimientos sobre la torre. No sabría deciros.

—Prueba —la animó la Fusionada—. Inténtalo.

—Supongo que los situaría en algún lugar donde resultara fácil

proporcionarles luz tormentosa —dijo Venli—, pero donde nadie fuese a buscarlos. O... —Se le ocurrió una idea, pero la silenció. No quería ayudarlos. Cuanto más tardaran en corromper del todo la torre, mejores perspectivas pensaba que tendrían los suyos—. No, no importa. Soy una necia, antigua, y una ignorante.

—Tal vez, pero también eres mortal, y piensas como tal —repuso la Profunda—. Los mortales se ajetrean. Tienen unas vidas cortas, siempre llenas de demasiadas cosas que hacer. Y en cambio, también son perezosos. No quieren hacer nada de lo que deberían. ¿No dirías que eso es cierto?

—Eh... Sí, por supuesto —respondió Venli. Aquella no era una Fusionada que buscara objeciones.

—Sí —dijo otro Profundo—. ¿No colocarían las gemas nodo, al menos una de ellas, donde la luz tormentosa pudiera renovarla de forma natural?

—Las tormentas llegan hasta esta altura muy pocas veces —dijo otro—, pero el hecho es que llegan. En consecuencia, tendría sentido poner una al alcance de una ocasional infusión gratuita de energía.

Timbre latió a Pena en el interior de Venli. Era justo la idea que había elegido no compartir. ¿Cuál era el mejor lugar para un nodo? En algún punto del exterior, pero no en las terrazas, donde alguien podría verla. Miró a través del atrio hacia el enorme ventanal. Los Profundos parecían haber llegado a la misma conclusión que ella, porque se alejaron fluyendo hacia la pared del fondo para buscar señales de una gema incrustada fuera. Timbre latió a Decepción.

—No intentaba ayudarlos —susurró Venli—. Además, lo han deducido casi todo por su cuenta. Timbre latió de nuevo. Con un poco de suerte, aquello quedaría en nada. Era solo una suposición, al fin y al cabo. Los Fusionados no le habían dado instrucciones, así que Venli se quedó con los sirvientes hasta que distinguió una figura conocida que cruzaba presurosa el pasillo. Era Mazish, la esposa de Dul, también miembro del círculo interno de Venli.

Se adelantó deprisa para interceptar a la achaparrada mujer en forma de trabajo, que estaba canturreando a Ansiedad.

—¿Qué pasa? —preguntó Venli.

—Venli —dijo ella—. Venli, han... han encontrado a otro.

—¿Otro Radiante? —preguntó Venli a Confusión.

—No. No es eso. O sea. —Cogió a Venli por el brazo—. A otro como tú. A otro oyente.

HIJA DE ODIUM



OCHO AÑOS Y MEDIO ANTES

La fascinación de Eshonai por los humanos no tenía fin.

Entre su primera y su segunda visita, Eshonai había organizado varias excursiones para tratar de encontrar su tierra natal. De repente todo el mundo quería ir con ella, y había encabezado expediciones muy numerosas. Por desgracia, esas salidas habían sido todo melodía y nada de clímax, y lo único que había podido localizar era un solitario puesto de avanzada humano al oeste.

Le habían dicho que esperase una segunda visita pronto, pero esa visita ya parecía cercana a su fin. Así que Eshonai aprovechó todas las oportunidades que le quedaban para observar a los humanos. Le encantaba su forma de andar, de hablar, hasta la manera que tenían de mirarla. O a veces de no hacerlo.

Como ese día, mientras paseaba por el campamento de Gavilar Kholin. Sus sirvientes apenas la miraron mientras recogían. Se puso al lado de uno de ellos, que estaba acuclillado descordando un gran arco de metal. El hombre por fuerza tenía que haberla visto allí de pie, pero unos minutos más tarde, cuando se levantó, dio un salto al encontrarla junto a él.

Qué comportamiento tan extraño. A veces Eshonai creía que alcanzaba a

leer los ritmos en los movimientos humanos. Por ejemplo, aquel hombre del arco estaría armonizado a Ansiedad. Y sin embargo, no parecían comprender que los oyentes podían oír algo que ellos no. ¿Cómo sería ir por ahí a todas horas sin un ritmo en la cabeza? Tenía que ser doloroso. O solitario. Vacío, desde luego.

Los humanos siguieron recogiendo, guardándolo todo en carros para la tormenta del día. Se les daba bien juzgar cuándo llegaría una tormenta: aunque a menudo se equivocaban en la hora, solían acertar en el día. No obstante, aquello no era una recogida rutinaria previa a una tormenta. Se marcharían pronto; Eshonai lo sabía por la forma en que hablaban entre ellos, por cómo comprobaban dos veces las correas y plegaban las tiendas con más precisión de la habitual. No tenían pensado desempaquetar nada de aquello en un tiempo.

Deseó que se quedaran más tiempo. Su primera interacción había sido muy corta, y aquella segunda visita estaba terminando casi antes de empezar. Quizá pudiera marcharse con ellos, como había dicho a Venli. Había preguntado a cuánta distancia más allá de las colinas estaba su hogar, pero ellos no habían respondido y se habían negado a enseñarle sus mapas.

Eshonai echó a andar para salir de su campamento, pero se detuvo al reparar en un hombre que estaba apartado de los demás. Dalinar Kholin miraba hacia fuera de la ciudad, en dirección este, hacia el Origen de las Tormentas.

Curiosa, Eshonai fue con él, fijándose en que tenía su hoja esquirlada en la mano. La sostenía con ligereza por delante, la punta hundida en la piedra. Parecía estar buscando algo, pero ante él se extendían solo las Llanuras Quebradas, una extensión desierta.

Al contrario que los demás, ese hombre captó su cercanía al instante, volviéndose cuando Eshonai hizo el más leve roce contra las piedras al andar. Se quedó muy quieta de golpe bajo su mirada, que siempre parecía ser la de un grancaparazón.

—Eres una intérprete —dijo el hombre.

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Eshonai —dijo ella, aunque estaba convencida de que el hombre volvería a olvidarse. Los humanos no parecían ser capaces de distinguir muy bien a un oyente de otro.

—¿Has estado ahí fuera? —preguntó él, señalando con el mentón hacia las

llanuras—. ¿En el centro?

—No —respondió ella—. Me gustaría ir, pero los viejos puentes... no aguantan. Costaría trabajo, mucho trabajo, volver a ponerlos. A la mayoría de mi gente no le gusta... ¿Cuál es la palabra? ¿Ir donde es difícil ir?

—Explorar, tal vez —dijo él.

—Sí. Explorar. Nosotros antes explorar. Pero ahora, casi nada de explorar.

«Hasta hace poco.»

El hombre gruñó.

—Se te da bien nuestro idioma.

—Me gusta —dijo ella—. Hablar de nuevas formas. Pensar de nuevas formas. Son mismo, ¿sí?

—Sí, quizá lo sean. —Se volvió y miró hacia el oeste. Hacia su propio hogar—. Quizá tu gente tema volver al lugar donde una vez vivieron.

—¿Por qué temer eso? —preguntó Eshonai, armonizando a Confusión.

—Los lugares tienen poder sobre nosotros, parshmenia —dijo él—. Los lugares tienen memoria. A veces, cuando vas a un sitio donde no has estado nunca, puede ser maravilloso... porque te permite ser otra persona. Sin expectativas. Sin tormentosos recuerdos.

—Me gustan los nuevos lugares —dijo ella—. Porque... son nuevos.

Armonizó a Irritación. Las palabras no habían salido como ella quería; se sentía estúpida hablando su idioma. Era difícil expresar una idea profunda en el idioma humano, porque los ritmos no encajaban con los sonidos.

—Sabias palabras —dijo Dalinar.

«¿Sabias palabras?» ¿Estaba siendo condescendiente? Los humanos no parecían esperar mucho del pueblo de Eshonai, y se sorprendían cuando tenía lugar una conversación compleja. Como si los divirtiera que los oyentes no tuviesen la mente embotada de los parshmenios.

—Me gustaría ir a ver lugares donde vivís —dijo Eshonai—. Querría visitaros, y que nos visitarais, más.

Dalinar descartó su hoja esquirlada, haciéndola desaparecer en una nube de niebla blanca. Eshonai armonizó a Confusión.

—Mi hermano se ha interesado por vosotros —dijo Dalinar en voz baja—. Eso... Bueno, sé más cauta con tus invitaciones, parshmenia. Nuestra atención puede ser peligrosa.

—No lo comprendo —respondió ella. Sonaba como si el hombre estuviera advirtiéndola de su propia gente.

—Me he cansado de avasallar a la gente —dijo Dalinar—. He dejado

demasiados agujeros humeantes a mi paso donde antes se alzaban ciudades. Sois algo especial, algo que no habíamos visto nunca. Y conozco a mi hermano, conozco esa mirada en sus ojos, esa emoción.

»Su interés podría beneficiaros, pero podría tener un precio equivalente. No os apresuréis tanto a compartir vuestro refugio para tormentas con hombres a los que acabáis de conocer. No ofendáis, pero tampoco seáis demasiado rápidos en plegaros. Todo recluta debe aprender esas dos lecciones. En este caso, sugiero educación... pero también cautela. No dejéis que os arrincone. Os respetará si no dais el brazo a torcer. Y hagáis lo que hagáis, nunca le deis ningún motivo para decidir que quiere lo que vosotros tenéis.

¿Imponerse, plantar cara, pero no ofender a su rey? ¿Qué sentido tenía aquello? Y sin embargo, mirando a Dalinar, escuchando su voz tranquila pero firme, Eshonai pensó que sí entendía. Su intención, como si se la hubiera comunicado con un ritmo.

«Tened cuidado con nosotros —era lo que decía—. Somos mucho más peligrosos de lo que creéis.»

Había mencionado... ciudades en llamas.

—¿En cuántas ciudades vive vuestra gente? —preguntó.

—En cientos —dijo él—. La cantidad de humanos de nuestro reino te impresionaría. Son muchas veces el número de parshmenios que he visto aquí viviendo contigo.

Imposible. Eso era... imposible, ¿verdad?

«Qué poco sabemos.»

—Gracias —dijo Eshonai a Apreciación. Logró que encajara: estaba hablando el idioma de él, pero le había puesto un ritmo. Sí que podía funcionar.

Él le hizo un asentimiento.

—Nos marchamos. Sé que la visita ha sido corta, pero mi hermano tiene que volver a sus tierras. Sin duda... volveremos a encontrarnos. Enviaremos un emisario más permanente. Eso te lo prometo.

Se volvió, moviéndose con el impulso de un peñasco en pleno alud, y se fue hacia su carro de tormenta.

Venli tenía la impresión de que la brillante gema roja iba a quemarle un agujero en la ropa. Estaba acurrucada en un refugio para tormentas, una de las amplias trincheras abiertas en el suelo cerca de la ciudad, que habían

cubierto con caparazones de animales y crem. Estaban todas en cimas de colinas, para que desaguaran por los lados.

La familia cercana de Venli estaba reunida en aquel refugio para charlar y comer, como era su costumbre en días de tormenta. Los demás parecían muy animados, hablando a Alegría o Apreciación mientras comían junto al fuego, escuchando cuando la madre de Venli cantaba a la luz de gemas corazón sin tallar.

Las gemas corazón podían ser unos trastos orgánicos y grandotes. Aunque retenían luz tormentosa, ninguna era tan brillante como la extraña gema que Venli llevaba en el bolsillo. La que le había dado la humana. Venli tenía la sensación de que debería estar ardiendo, aunque la notaba fría como una gema normal. Armonizó a Ansiedad y miró a los demás, preocupada por si veían aquel resplandor demasiado rojo.

«Se supone que debo salir a la tormenta —pensó, oyendo la lluvia que aporreaba la piedra lejana—. ¿Esto cuenta? Veo la tormenta ahí fuera, destellando y creando su propio ritmo, demasiado frenético. Demasiado salvaje.»

No, no estaba lo bastante cerca. Ocultarse en aquellos refugios no le permitiría adoptar la forma carnal, que era la única transformación que emprendían con regularidad. Nadie quería volver a la forma gris, a fin de cuentas.

Existían otras formas que encontrar, estaba segura. Había estado cerca de la forma de guerra. Y con la gema que tenía...

La llevaba encima desde hacía semanas, aterrorizada por lo que podría ocurrir. Lanzó una mirada a su madre y a los parientes cercanos que escuchaban sentados. Embelesados por las hermosas canciones. Hasta Venli, que las había oído centenares de veces, se descubrió queriendo volver con ellos y sentarse a los pies de su madre.

Ninguno de ellos sabía lo que le estaba pasando a Jaxlim. Su madre lo ocultaba bien. ¿Sería cierto que otras formas podrían ayudarla? Los humanos iban a marcharse, así que era la última oportunidad que tendría Venli de probar la gema y, si no funcionaba, obtener respuestas de la humana que se la había entregado.

Venli armonizó a Determinación y se puso de pie, caminó hasta el final del refugio, donde habían atado sus gemas para que se renovaran, lo bastante cerca de la tormenta para que el Jinete les concediera su luz. Oyó bisbiseos a su espalda, voces armonizadas a Diversión. Los demás pensaban que había

decidido adoptar la forma carnal, cosa que Venli siempre se había empecinado en que jamás haría.

Su madre había sonreído cuando Venli se lo había dicho, y le había explicado que muy pocos adoptaban la forma carnal porque así lo pretendían. Tal y como había hablado, parecía que era algo que sucedía sin más, que un anhelo se apoderaba de ti, o que te sentabas demasiado cerca de la salida durante una tormenta y... ¡puf!, antes de darte cuenta te habías convertido en una imbécil que solo buscaba criar. Era bochornoso que los demás dieran por sentado que eso era lo que estaba haciendo Venli.

Llegó a la piedra mojada del límite del refugio, donde los lluviaspren se amontonaban con los ojos mirando hacia arriba y zarpas que se aferraban al suelo. Allí el viento y el trueno sonaban más fuertes, como los gritos de guerra de una familia rival, intentando espantarla.

Tal vez lo mejor sería darle la gema a su madre y dejar que ella intentara hallar la forma nueva. ¿No era por lo que hacía aquello?

«No —pensó Venli, temblando—. No. No lo es.»

Los meses que había pasado intentando encontrar nuevas formas no la habían llevado a ninguna parte, y mientras tanto Eshonai se ganaba cada vez más aplausos. Hasta su madre, que había llamado necedades a sus exploraciones, había pasado a hablar de Eshonai con respeto. La persona que había encontrado a los humanos. La persona que había cambiado el mundo.

Venli había hecho lo que se suponía que debía hacer. Se había quedado con su madre, había pasado días interminables memorizando canciones, obediente. Pero Eshonai se llevaba los halagos.

Antes de que sus nervios la traicionaran, Venli salió a la ladera de la colina y entró en la tormenta. La fuerza del viento hizo que tropezara y se deslizara por la roca resbaladiza. En un abrir y cerrar de ojos, pasó de una calidez resguardada y llena de canciones a un caos gélido. Una tempestad que sonaba a instrumentos quebrándose y canciones fallando. Trató de mantener el Ritmo de la Resolución, pero ya estaba armonizada al Ritmo del Viento cuando se metió a trompicones tras un gran peñasco y apretó la espalda contra la piedra.

Allí, su mente remitió al Ritmo de la Súplica, al borde del pánico. ¿Qué estaba haciendo? Aquello era una locura. Ella misma solía burlarse de quienes salían a las tormentas sin escudos u otras protecciones.

Quiso volver al refugio, pero estaba demasiado asustada para moverse. Algo enorme se estrelló contra el suelo cerca, sobresaltándola, pero un intervalo de oscuridad en la aulladora tormenta le impidió ver cuán cerca

había sido el impacto. Era como si el relámpago, el viento y la lluvia estuvieran conspirando en su contra.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la gema. Lo que tan brillante había parecido antes, lo encontró frágil. El resplandor rojo apenas le iluminaba la mano.

Romperla. Se suponía que tenía que romperla. Con unos dedos que ya estaban insensibles por el frío, palpó a su alrededor hasta encontrar una piedra grande. Allí el suelo estaba quebrado en un círculo del tamaño de un oyente. Retrocedió a la relativa protección del peñasco, temblando mientras sostenía la gema con una mano, la piedra con la otra.

Se hizo el silencio.

Fue tan repentino, tan inesperado, que Venli dio un respingo. Los ritmos de su mente se convirtieron en uno solo, en una cadencia constante. Alzó la mirada a una negrura absoluta. De repente, el suelo parecía seco a su alrededor. Dio una lenta vuelta completa y luego volvió a acurrucarse. Había algo en el cielo, algo que parecía una cara hecha de nubes y luz natural. La impresión de algo vasto e incognoscible.

¿DESEAS DAR ESTE PASO?, dijo una no-voz, vibrando a través de ella como un ritmo.

—Yo... —Era él, el spren de las altas tormentas, el Jinete de la Tormenta. Las canciones lo llamaban traidor.

HABÉIS PASADO MUCHO TIEMPO COMO HIJOS DE NINGÚN DIOS, dijo el ritmo a Venli. ¿ESTÁS DISPUESTA A HACER ESTA ELECCIÓN POR TODO TU PUEBLO?

Venli sintió a la vez una emoción y un terror ante esas palabras. Entonces, ¿sí que había algo en la gema?

—Mi... ¡Mi gente necesita formas! —gritó a la inmensa entidad.

ESTO ES MÁS QUE FORMAS. ESTE PODER CAMBIA A LOS MORTALES.

¿Poder?

—¡Serviste a nuestros enemigos! —vociferó al cielo—. ¿Cómo puedo confiar en lo que digas?

Y SIN EMBARGO, ¿CONFÍAS EN EL PRESENTE QUE TE HACE UNO DE ESOS ENEMIGOS? EN CUALQUIER CASO, YO NO SIRVO A NADIE. NI HUMANO NI CANTOR. SIMPLEMENTE SOY. ADIÓS, HIJA DE LAS LLANURAS.

HIJA DE ODIUM.

La visión terminó tan de repente como había llegado, y Venli se encontró de nuevo en la tormenta. Estuvo a punto de soltar lo que tenía en las manos

por la sorpresa, pero entonces, agachándose contra el veleidoso viento, dejó la brillante gema en el suelo. Asíó fuerte la roca, resbaladiza por la lluvia. Titubeó.

—Debería tener más cuidado?

Pero ¿qué grandeza se alcanzaba teniendo cuidado?

Eshonai no había tenido cuidado y había descubierto un mundo nuevo. Venli descargó la piedra con fuerza y destrozó la gema. La luz escapó como en un soprido y Venli se encogió bajo la lluvia, preparándose para una maravillosa transformación.

—¡Por fin! —exclamó una voz al Ritmo de la Irritación—. Qué desagradable ha sido.

La luz roja cobró la forma de un varón humano diminuto, de pie con los brazos en jarras, brillando con suavidad en la tormenta.

Venli se abrazó a sí misma, temblando, parpadeando para quitarse de los ojos el agua de lluvia.

—Spren —susurró—, te he invocado para que me concedas una de las formas antiguas.

—¿Tú? —preguntó él—. ¿Cuántos años tienes? ¿Hay alguien más con quien pueda hablar?

—Revélame antes el secreto —dijo Venli—, y luego daremos tu forma a otros. Puede sanarlos, ¿verdad? Es lo que me dijeron.

El spren no respondió.

—¡No vas a negarme esto! —exclamó Venli, aunque sus palabras se perdieron en un trueno repentino—. He sufrido durante mucho tiempo para lograr este objetivo.

—Bueno, otra cosa no, pero dramática sí que eres —dijo el pequeño spren, dando unos golpecitos en el suelo con los pies—. Supongo que hay que usar las herramientas que uno encuentra en el cobertizo, aunque tengan un poco de herrumbre. Este es el trato: voy a alojarme en tu interior, y juntos haremos cosas increíbles.

—¿Llevaremos formas útiles a mi pueblo? —preguntó Venli entre dientes que castañeaban.

—Bueno... sí. Y no. Durante un tiempo, necesitaremos que aparentes seguir en forma de trabajo. Tengo que explorar cómo están las cosas últimamente en el viejo Roshar. Ha pasado un tiempo. ¿Crees que podrás entrar en Shadesmar, si hace falta?

—¿En... Shadesmar? —preguntó ella.

—Sí, tenemos que llegar a la tormenta de allí. ¿Esa nueva que hay al sur? Cuando entré en la gema... No tienes ni idea de lo que estoy diciendo. Estupendo. Muy bien, pues. Prepárate, porque tenemos muchísimo trabajo que hacer...

Eshonai armonizó a Ansiedad de pie en la entrada del refugio, buscando a su hermana con la mirada. No distinguía gran cosa en la tempestad. Los destellos del relámpago, aunque brillaban mucho, eran demasiado breves para permitirle hacerse una idea del terreno.

—De verdad lo ha hecho, ¿eh? —dijo Thude a Diversión mientras llegaba a su lado, masticando alguna fruta—. Después de tanto protestar, al final ha salido para poder aparearse.

—Lo dudo mucho —respondió Eshonai—. Lleva meses ya intentando encontrar la forma de guerra. No quiere adoptar la carnal. Y es demasiado joven, de todas formas.

Los humanos se habían sorprendido por la corta edad de Eshonai y Venli. ¿Envejecerían ellos más despacio? A Venli aún le faltaban varios meses para llegar a la edad adulta oficial.

—Gente más joven que ella ha tomado esa decisión —dijo Thude, rascándose la barba—. Yo me lo he planteado, ¿sabes? Los antañocompañeros comparten un cierto vínculo.

—Lo que piensas es que suena divertido —dijo Eshonai a Reprimenda.

El se rio.

—Pues sí, la verdad.

El trueno sacudió el refugio, silenciándolos a ambos un tiempo mientras lo escuchaban, los dos armonizados al Ritmo del Viento por respeto. Había algo portentoso, por bien que arriesgado, en sentir las mismas vibraciones de la tormenta.

—Este no es momento de distraernos con estupideces como la forma carnal —dijo Eshonai—. Los humanos se marcharán otra vez cuando termine esta tormenta. Deberíamos estar hablando de enviar a alguien con ellos.

—A veces eres más responsable de lo que te conviene, Eshonai —replicó Thude, con el brazo apoyado contra el techo del recinto para inclinarse hacia delante y dejar que la lluvia le diera en la cara.

—¿Yo? ¿Responsable? —dijo ella—. Mi madre podría decirte cuatro cosas sobre ese tema.

—Y cada una de ellas me recordaría lo parecidas que sois vosotras dos —

dijo Thude, armonizado a Alegría y sonriendo a la tormenta como un bobo—. Voy a hacerlo un día de estos, Eshonai. Veré si Bila quiere venir conmigo. La vida tiene que ser algo más que trabajar los campos o cortar madera.

En eso, Eshonai estaba de acuerdo. Y supuso que podía comprender que alguien quisiera hacer algo distinto con su vida. Ninguno de ellos existiría si sus padres no hubieran decidido aparearse.

Aun así, la idea seguía dándole ganas de armonizar a Ansiedad. No le gustaba cuánto cambiaba aquella forma el modo de pensar de la gente. Eshonai quería ser ella misma, con sus propios deseos y pasiones, no permitir que una forma la dominara. Por supuesto, podría argumentarse que incluso en esos momentos estaba sometida a la influencia de la forma de trabajo.

Armonizó a Determinación y sacó esas ideas de su mente. Venli. ¿Dónde estaba? Eshonai sabía que no debía temer por su hermana. Los oyentes salían a las tormentas continuamente y, aunque nunca era seguro del todo, tampoco hacía falta murmurar a Ansiedad como hacían los humanos cuando hablaban de tormentas. Las tormentas eran una parte natural de la vida, un regalo de Roshar a los oyentes.

Aunque una parte pequeña de Eshonai, una parte que odiaba reconocer que existía, pensó en lo mucho más fácil que sería la vida sin Venli alrededor, quejándose a todas horas. Sin su envidia. Todo lo que hacía Eshonai, toda conversación, todo plan, toda salida, se complicaba cuando Venli decidía involucrarse. Los problemas se materializaban a partir del aire en calma.

Era una debilidad que Eshonai se sintiera así. Se suponía que debía amar a su hermana. Y de verdad que no quería que a Venli le ocurriera nada malo, pero era difícil no recordar lo pacífico que había sido explorar por su cuenta, ajena a todo el dramatismo de Venli... Una silueta emergió de la tormenta, empapada de lluvia, resaltada por el relámpago. Eshonai volvió a sentirse culpable y se obligó a armonizar a Alegría al ver que era Venli. Eshonai salió a la tormenta y ayudó a su hermana a llegar al refugio. Venli seguía teniendo forma de trabajo. Era una mujer mojada y temblorosa en forma de trabajo.

—No ha funcionado, ¿eh? —le preguntó Thude. Venli lo miró, callada como un humano, abriendo un poco la boca. Luego compuso una amplia e inquietante sonrisa. Una sonrisa frenética, muy poco propia de ella.

—No, Thude —dijo Venli—. No ha funcionado. Tendré que intentarlo muchas, muchas otras veces para encontrar la forma de guerra.

Él canturreó a Reconciliación, mirando a Eshonai. Ella estaba en lo cierto y nada de aquello tenía que ver con la forma carnal.

—Me gustaría sentarme junto al fuego y calentarme —dijo Venli.

—¿Venli? —dijo Eshonai—. Tus palabras... ¿Dónde están sus ritmos?

Venli se quedó muy quieta. Y entonces, como si le costara, empezó a canturrear a Diversión. Tuvo que hacer varios intentos.

—No digas tonterías —dijo Venli—. Será que no estabas escuchando.

Fue con paso firme hacia el fuego, caminando con un contoneo que parecía incluso más confiado que el habitual. El andar orgulloso de una mujer que creía que las tormentas empezaban y terminaban a su capricho.



Esta experiencia me resulta muy extraña. Trabajo con una erudita de los días antiguos, de antes de que se desarrollara la teoría científica moderna. No dejo de olvidar los miles de años de tradición que os perdisteis.

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 6

Kaladin cayó a la terraza con un topetazo amortiguado. Syl era una brillante cinta de luz más al interior del edificio. Él no alcanzaba a ver a las exploradoras que habían recogido y se habían marchado con la vinculacaña, pero confiaba en que Syl estuviera siguiéndoles el rastro.

Entró a la oscuridad, pasando su luz tormentosa a una esfera para no resplandecer. Había fracasado en su intento de espiar el funcionamiento de las Puertas Juradas, pero, si se las ingenia para robar una vinculacaña de luz del vacío, aún podría ayudar a Navani.

Avanzó tan deprisa como se atrevía en la penumbra, con una mano en la pared. Al poco tiempo se llegó a un pasillo donde había lámparas. Estaba en el segundo piso de la torre, buena parte del cual estaba habitado e iluminado. Las lámparas revelaron a dos mujérenes cantoras que caminaban por delante, vestidas con havahs y charlando en voz baja. Syl, cautelosa, iba metiéndose en corredores laterales y oquedades por detrás de ellas.

Kaladin las seguía muy por atrás, confiando en Syl para que le indicara los

giros, ya que las dos cantoras pasaban mucho tiempo fuera de su línea de visión. Aquella parte de la torre era un enorme complejo de lavanderías, donde los ojos oscuros podían usar el agua y el jabón públicos. Pasó por delante de varias estancias grandes sin puertas cuyos suelos formaban una secuencia de tinas.

La zona estaba casi desierta. Al parecer, no habían adaptado las bombas de la torre para funcionar con luz del vacío. Aun así, Kaladin tuvo que evitar a varios grupos que transportaban agua por los pasillos, humanos tirando de carretas y vigilados por guardias cantores. Al poco tiempo Syl regresó volando, así que Kaladin se metió en un nicho oscurecido cerca de una sala vacía llena de cestas para la colada. El lugar olía a jabón.

—Puesto de guardia por delante —susurró Syl—. Ellas han pasado. ¿Qué quieres que haga?

—¿Hay Fusionados cerca? —preguntó Kaladin.

—No he visto a ninguno. Solo cantores normales.

—En teoría, los guardias corrientes no deberían poder verte a no ser que les dejes. Sigue a las cantoras que llevan la vinculacaña. Con un poco de suerte, sus habitaciones estarán cerca. Si se separan, ve con la de la havah azul; los bordados indican que es la más importante de las dos. Cuando sepas cuál es su habitación, vuelve y buscaremos otro camino para colarnos y robarles el aparato.

—Bien. Pero si se alejan demasiado de ti, me perderé a mí misma...

—Vuelve si empiezas a sentir que ocurre —dijo él—. Podemos intentarlo de nuevo otra noche.

Syl se marchó volando sin decir nada más, dejando a Kaladin escondido en la cámara de las cestas. Por desgracia, al poco tiempo oyó voces y, al asomar la cabeza, vio a un par de cantores con cestas que llegaban por el pasillo. Hasta una fuerza invasora de antiguos soldados malignos tenía que hacer la colada, por lo visto. Kaladin cerró la puerta, bloqueándose a sí mismo en la oscuridad, y entonces cayó en la cuenta de que quizás estuviesen yendo a esa misma estancia para dejar las cestas, así que cogió una escoba y la enlazó cruzada sobre la puerta.

Como solo había infundido la escoba por ambos extremos, la luz tormentosa no se vería al otro lado de la puerta. Al cabo de un momento se sacudió cuando intentaron abrirla hacia dentro. Unas voces enfadadas protestaron en azishiano mientras probaban a empujar la puerta de nuevo. Kaladin aferró su bisturí, sintiendo el peso de la oscuridad. El horror de las

pesadillas, y también una fatiga que iba mucho más allá del cansancio en los músculos por el esfuerzo de antes. Un agotamiento que llevaba con él tanto tiempo que ya lo aceptaba como normal.

Cuando la puerta traqueteó de nuevo, Kaladin estuvo seguro de que era una fuerza oscura que llegaba para cobrarse su vida. Oyó el sonido de cuerdas de arco, y a Gaz gritando a los hombres del puente que corrieran. Chillidos de hombres muriendo y... y...

Parpadeó. La puerta se había quedado quieta. ¿Cuándo... cuándo había sucedido? Kaladin esperó unos minutos, secándose el sudor de la frente cada dos por tres, y luego desenlazó la escoba y abrió una rendija en la puerta. Cerca había dos cestas abandonadas, y ningún cantor a la vista. Dejó escapar un largo suspiro antes de separar los dedos del bisturí y guardarlo.

Al cabo de un tiempo regresó Syl.

—No iban a sus habitaciones —dijo, creando pautas en animado baile como cinta de luz—. Han dejado la vinculacaña en una sala más adelante donde hay otras docenas de vinculacañas, vigiladas por un par de mujérenes mayores.

Kaladin asintió, respirando hondo, resistiéndose al cansancio.

—¿Estás... bien? —preguntó Syl.

—Sí, bien —dijo Kaladin—. Lo que has encontrado es un centro de vinculacañas. Tiene sentido que hayan montado uno en la torre.

Organizar centenares de vinculacañas podía ser una tarea abrumadora, por lo que muchos altos señores y señoritas establecían centros. Las distintas posiciones, como las garitas de guardia por toda la torre, podían enviar informes a una sala principal, donde las trabajadoras del centro filtraban la información y enviaban lo importante a quienes ostentaban el mando.

Los cantores estarían guardando sus vinculacañas en centros como aquel para que la gente las sacara, las utilizara y las devolviera. Las escribas no se llevarían las vinculacañas a casa. No iba a ser tan fácil como colarse en un dormitorio y afanar una, pero el centro podría ofrecer otras oportunidades.

—Tenemos que superar ese puesto de guardia —susurró Kaladin, enterrando su fatiga.

—Hay otra cosa, Kaladin —dijo Syl—. Mira fuera de la puerta, túnel abajo.

Frunciendo el ceño, Kaladin lo hizo. Se quedó confundido un momento hasta que vio pasar algo por el aire, una especie de relámpago rojo ondeante.

—Es un nuevo tipo de vacíospren —dijo. Los que había visto antes con

forma de relámpago se desplazaban por el suelo.

—No lo es —respondió Syl—. Esos spren deberían ser invisibles para la gente, el aura de este tiene algo raro. Deja un rastro, y me he fijado en que los guardias lo miraban.

Qué curioso. ¿Así que la torre estaba interfiriendo con la invisibilidad de los spren?

—¿A ti te han mirado cuando pasabas?

—No, pero puede que no se hayan dado cuenta.

Kaladin asintió y observó un poco más. El spren no volvió a pasar.

—Merece la pena arriesgarnos a seguir —decidió—. Como mínimo, sabremos si nos están observando.

—Pero ¿qué pasa con la garita de guardia? —preguntó ella.

—No creo que podamos dar un rodeo —dijo Kaladin—. Tendrán todos los accesos protegidos, siendo algo tan valioso como un centro de vinculacañas. Pero muchas salas de aquí tienen pequeños túneles de ventilación por encima. A lo mejor podemos pasar por uno de ellos.

Syl lo guio con cautela hasta una intersección. Kaladin asomó un ojo hacia la derecha, donde había cuatro guardias impidiendo el paso, dos a cada lado del pasillo. Lanzas sujetas dentro del codo, uniformes de estilo alezi con cordones en los hombros. Vio uno de aquellos huecos de ventilación cerca, pero era demasiado pequeño para poder entrar por él.

Kaladin había estado de guardia como ellos en varias ocasiones. Si esos cuatro estaban bien entrenados, no habría manera de hacer que abandonaran su puesto con simples señuelos. Para proteger bien un acceso, se solía apostar a cuatro soldados. Dos para que investigaran cualquier suceso, dos para quedarse vigilando.

Con un pasillo tan estrecho y con lo alerta que parecían estar aquellos guardias... Bueno, Kaladin había hecho su mismo trabajo. Las únicas veces que había abandonado el puesto era porque alguien con autoridad legítima se lo llevaba para encargarle otra tarea.

—Syl —susurró—, estás mejorando en cambiar de color. ¿Crees que podrías hacerlo para parecerte a un vacíospren?

Ella ladeó la cabeza, de pie junto a él en el aire, y luego frunció la cara en una mueca de concentración. Su vestido se hizo rojo, pero no su «piel», aunque no fuese más que otra parte de ella. Qué raro.

—Creo que esto es todo lo que puedo hacer.

—Pues que el vestido te llegue a las manos y ponte guantes y una máscara.

Syl volvió a inclinar la cabeza a un lado y su ropa cambió hasta convertirse en una tela fantasmal que la envolvía. Esa tela se volvió de un rojo profundo, haciendo que su forma entera brillara de ese color.

Se miró los brazos.

—¿Crees que así los engañaré?

—Podría ser —dijo Kaladin. Sacó un trozo de cuerda de su saco y lo enlazó a la pared—. Ve ahí, ordena a los cuatro que te acompañen y tráetelos para que miren esto.

—Pero... ¿con esa cuerda no nos arriesgamos a provocar una perturbación mayor? No sé, ¿y si van a pedir refuerzos?

—Necesitamos algo lo bastante razonable para que una vacíospren se haya puesto hecha una furia. De todas formas, sé lo que es estar de guardia, y esos cuatro son soldados normales en forma de guerra. Supongo que, mientras no haya peligro, informarán y ya está.

Se escondió en un corredor lateral y esperó mientras Syl volaba hacia el puesto de guardia. No tenía el aspecto exacto de una vacíospren, pero era una aproximación razonable.

Syl se acercó a la garita y gritó tan alto que Kaladin la oyó sin problemas.

—¡Eh, vosotros! ¡Estoy molesta que no veas! ¡Pero molesta de la muerte! ¿Cómo podéis quedarnos ahí plantados? ¿No lo habéis visto?

—¿Brillante? —respondió uno de los guardias, en alezi—. Esto... ¿antigua? Tenemos que...

—¡Vamos, venid! No, no, todos. ¡Venid a ver esto! Ahora mismo. ¡Estoy pero que muy molesta! ¿No se me nota?

Kaladin esperó, en tensión. ¿Funcionaría? Incluso cuando se hacía la enfadada, había cierta energía en la voz de Syl. Sonaba demasiado... vivaracha para ser una vacíospren.

Pero los guardias obedecieron y, como había deseado Kaladin, el trozo brillante de cuerda pegado a la pared atrapó su atención por completo. Kaladin pudo escabullirse a sus espaldas y rebasar el puesto de guardia.

Al final de aquel pasillo estaba la puerta que, según Syl, llevaba a la sala de las vinculacañas. Kaladin no se atrevía a cruzarla, porque entraría derecho a un núcleo de actividad. En vez de eso, merodeó hacia un pasillo más pequeño que salía a la derecha, y allí por fin tuvo un golpe de suerte. En lo alto de la pared, cerca del techo, una abertura oscura señalaba la presencia de un conducto de ventilación grande en la piedra. Quizá lo bastante grande para que pudiera reptar por él.

Syl regresó, de nuevo blanquiazul y probablemente invisible para los demás.

—Tenías razón, han enviado a uno a informar —dijo. Miró al interior del hueco en la roca que había encontrado Kaladin—. ¿Qué es esto?

¿*Ventilación*? pensó él, intentando enviar la idea a Syl para no tener que hacer ruido.

Funcionó.

—Parece demasiado grande para ser eso —respondió ella—. Qué raro es este sitio.

Usando dos cepillos, Kaladin pudo auparse e inspeccionar la abertura en la piedra. Syl voló al interior del túnel oscuro hacia una luz que brillaba al otro extremo. Kaladin oyó a los guardias hablando mientras regresaban, pero ya había doblado una esquina y no lo verían.

Aquel conducto de ventilación parecía girar hacia la sala de las vinculacañas, que quedaba a la izquierda. Y sí que era lo bastante grande. Tal vez.

Syl le hizo unos gestos emocionados, así que Kaladin se metió. Le sobraba espacio a ambos lados, pero de altura iba justísimo. Tuvo que utilizar sus cepillos como asideros para poder avanzar. Temió que el ruido que estaba haciendo al raspar lo delatará, pero obtuvo su recompensa cuando el conducto se abrió hacia la izquierda y reveló un espacio pequeño e iluminado. El túnel por el que había entrado atravesaba la enorme y gruesa pared entre aquella sala y lo que fuese que había al otro lado.

Lo cual significaba que Kaladin podía espiar la sala, oculto en su mayoría tras la piedra, desde la parte superior de la pared. Había vinculacañas colocadas sobre multitud de papeles, esperando informes. No vio ni rastro de las dos cantoras de antes: habrían devuelto sus vinculacañas y se habrían marchado, ya fuera de servicio. Pero había otras dos mujérenes en lujosos vestidos manejando las plumas, comprobando si alguna luz parpadeaba y moviendo cañas entre los papeles, donde escribían al activarse, y pilas de dispositivos inactivos sobre las mesas.

Syl entró y ninguna de las dos la miró, así que parecía que de verdad era invisible. Empezó a leer los informes que iban llegando. La puerta se abrió y entró uno de los guardias, solicitando que se enviara un informe a su superior. Habían encontrado algo que parecía indicar la presencia de un Radiante, cosa a la que el Perseguidor había dicho a todo el mundo que estuvieran atentos.

Quizá Kaladin no tuviera mucho tiempo antes de que llegara aquella

criatura en persona. Mejor actuar rápido. Mientras el guardia se marchaba, Kaladin maniobró silencioso en sus estrechos confines, llevándose la mano a la cintura para sacar un poco de cuerda. Justo debajo de él había una mesa con varias vinculacañas y un estuche de cuero del que asomaban varios plumines.

Tenía que esperar al momento perfecto. Por suerte, varias vinculacañas empezaron a iluminarse a la vez, y debían de ser importantes, porque las dos mujérenes se volvieron a toda prisa hacia ellas y dejaron de trabajar en el informe del soldado. Kaladin enlazó su cuerda a uno de los cepillos e infundió la parte plana con un enlace inverso, ordenándole que atrajera solo ciertos objetos. En ese caso, el estuche de cuero.

Las mujérenes estaban tan distraídas que Kaladin sintió que había llegado su ocasión. Hizo descender el cepillo con la cuerda hacia la mesa. Cuando el cepillo estuvo lo bastante cerca, el estuche de cuero se movió por sí mismo como si el cepillo tirara de él hasta quedar adheridos.

Con el corazón atronando, seguro de que iban a descubrirlo, Kaladin tiró de la cuerda con el estuche pegado y escuchó el suave tintineo de las vinculacañas que contenía. Nadie se dio cuenta y pudo meterlo en el túnel.

Dentro del estuche encontró todo un tesoro de vinculacañas, veinte por lo menos. Quizá acabaran de entregarlas, porque aún estaban atadas de dos en dos con cordel. A juzgar por cómo brillaban los rubíes con luz del vacío, Kaladin confiaba en que funcionarían dentro de la torre.

Guardó el estuche en su saco. Se quedó un momento pensando en toda la información importante que debía de estar transmitiéndose a través de aquella sala. ¿Podría robar parte de ella?

«No.» Ya se había arriesgado bastante ese día. Envío un pensamiento rápido a Syl, que llegó volando hasta él mientras Kaladin reptaba hacia atrás por el conducto de ventilación. Syl pasó a su espalda y al momento dijo:

—El pasillo está vacío.

Kaladin salió del hueco, se agarró al borde con los dedos y se quedó colgando un momento antes de soltarse y caer la poca distancia que lo separaba del suelo del pasillo. Asomó la cabeza para echar un vistazo a la garita de guardia.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Syl—. ¿Quieres que vuelva a hacerme pasar por vacíospren?

Kaladin asintió. Una parte de él quería probar por otro camino, ya que temía que los soldados sospecharan si repetía la misma artimaña. Pero

también sabía que ya habían picado una vez, y conocía una ruta directa hasta el perímetro por aquel camino. Era más seguro así.

Sin embargo, mientras Syl se preparaba, Kaladin vio algo más al fondo del pasillo en el que estaba, por detrás de él y más lejos de los guardias. Un destello de luz. Levantó la mano para detener a Syl y señaló.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, volando hacia la luz.

Él la siguió con más cautela hasta llegar a una luz granate que brillaba a intervalos regulares. Frunciendo el ceño, Kaladin apretó la mano contra ella.

—¿Brillante Navani? —dijo.

No, respondió una voz. Tenía un timbre intermedio, no necesariamente masculino ni femenino. *Te necesito, Radiante. Por favor. Me han encontrado.*

—¿A ti?

¡Uno de los nodos! Los nodos que me protegen. Por favor. Por favor, tienes que defenderlo. Por favor.

—¿Cómo lo sabes? ¿Se lo has dicho a la brillante Navani?

Por favor.

—¿Dónde? —preguntó Kaladin. *Primera planta, cerca del atrio central. Yo te guiaré. Han deducido que habría un nodo al aire abierto, para que la luz tormentosa lo renueve. Han ido a avisarla. A la Dama de los Suplicios. Me arrebatará la mente. Por favor, Radiante, protégeme.*

Syl flotaba a su lado.

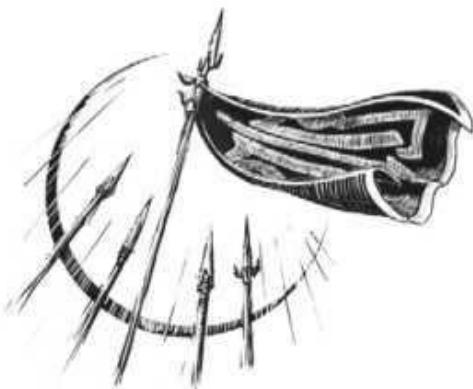
—¿Qué pasa? —preguntó.

Kaladin bajó la mano. Qué cansado estaba.

Pero ese día no podía permitirse estar cansado. Tenía que ser Kaladin Bendito por la Tormenta. Kaladin Bendito por la Tormenta luchaba pasara lo que pasara.

—Tenemos que conseguir un arma mejor —dijo—. Y deprisa.

EL ENTRAMADO DE UN CRISTAL CRECIENTE



Este pasaje sobre la influencia emocional del Ritmo de la Guerra resultará de particular interés para El.

De *El Ritmo de la Guerra*, página 10

Kaladin era consciente de la posibilidad de estar cometiendo un error tremendo. No comprendía la naturaleza de la torre, ni tampoco qué pasaba con ella y con Navani. Arriesgaba mucho al revelarse.

Pero aquella luz granate lo había rescatado de las garras del Perseguidor. Y acababa de oír algo en la voz del spren. Un miedo genuino. El terror, combinado con una súplica de protección, no era algo de lo que Kaladin pudiera desentenderse.

Estaba fatigado mental y físicamente. Al correr atraía todo un campo de agotaspren, con forma de chorros de polvo. Y empeoraba la situación el hecho de que últimamente una parte de él montaba en pánico cada vez que iba a empuñar un arma. Se había entrenado a sí mismo durante los anteriores meses para poder seguir adelante a pesar de todo aquello. Se apoyó en la oleada de energía que corría por sus venas, incluso antes de absorber luz tormentosa. Permitió que lo controlara eso y no la fatiga.

El agotamiento terminaría alcanzándolo. Pero de momento, podía fingir

que era fuerte. Fingir que volvía a ser un soldado.

Los cuatro guardias estaban mirando hacia el otro lado, así que Kaladin, corriendo a toda velocidad, casi llegó hasta ellos antes de que el primero diera media vuelta. Aprovechó la oportunidad para encenderse de poder, lo que le ganó otra fracción de segundo cuando el guardia se espantó y sus ojos se ensancharon de miedo.

El guardia gritó mientras Kaladin se acercaba, con las manos extendidas por delante, esperando el ataque de la lanza. Mucha gente se asustaba de algo afilado yendo en su dirección, pero mientras la luz tormentosa de Kaladin aguantara, el único peligro real era que lo superaran mucho en número y lo apabullaran.

Kaladin atrapó la lanza cuando el cantor la proyectó hacia él. Estiró para desequilibrar al enemigo. Esa maniobra se la había enseñado Hav, que decía que era necesario aprenderla pero casi imposible de ejecutar. Kaladin le añadió un detalle personal cuando infundió el asta con un enlace completo, haciendo que se quedara pegada a las manos del guardia. Entonces empujó el arma hacia un lado y la adhirió a la lanza de un segundo guardia que estaba volviéndose hacia él.

Kaladin asió la lanza de ese segundo guardia, la infundió también y dejó a ambos soldados adheridos a sus armas. Mientras daban gritos de sorpresa, Kaladin tenía las astas de las lanzas cruzadas una en cada mano, de modo que las levantó para atascar las puntas contra el techo. Al instante se agachó para pasar por la abertura en pico, dejando a los dos hombres dando voces y forcejeando sin éxito para liberar sus armas y sus manos.

Embistió con el hombro al tercer guardia e infundió la casaca del cantor con una palmada en la espalda. Empujó a ese guardia contra el cuarto. Cayeron los dos amontonados, enredados y pegados uno al otro. Kaladin bailó de puntillas esperando el siguiente ataque. No llegó. Los cantores se quedaron donde los había dejado, gritando y renegando al intentar moverse.

Levantó una lanza con el pie y la atrapó en el aire. «Hola, vieja amiga. Haga lo que haga, siempre termino contigo, ¿no?» Quizá no fuese la adicción de Teft la que debería preocuparlo. Kaladin siempre tenía alguna excusa para volver a necesitar la lanza, ¿verdad?

Eso era lo que había temido. Eso era lo que lo hacía temblar. El temor de que nunca sería capaz de dejarla.

Se colocó la lanza bajo el brazo y corrió por el pasillo. En el suelo apareció una titilante luz de granate por delante de él, moviéndose a lo largo de un

estrato de roca, guiándolo hacia una escalera que había al fondo.

—No —dijo Kaladin, confiando en que el spren de la torre pudiera oírlo—. Habrá un puesto de guardia abajo. Ya los oigo reaccionar a estos gritos. Para llegar a la primera planta, saldremos a una terraza, bajaremos por fuera y volveremos hacia dentro. Así perderemos a quien sea que nos siga.

El spren pareció haberlo oído, porque envió una luz que se movía por la pared a su lado, en paralelo a la cinta blanquiazul de Syl que avanzaba por el otro. Llegaron a la terraza al cabo de unos minutos, una fracción del tiempo que les había costado infiltrarse hacia el interior. Estaban en el borde de la torre, pero el atrio central quedaba muy lejos, en el lado oriental. Mucho camino hacia dentro. Tendría que cruzar el primer piso entero para llegar.

Oyó gritos a su espalda, así que había estado en lo cierto sobre que los siguieran. Se pegó la lanza a la espalda infundiéndo una parte de ella y poniéndola contra la camisa para poder desenrollar la cuerda que llevaba en la cintura. Una infusión rápida del extremo le permitió sujetarla a la barandilla mientras subía a ella con un movimiento fluido y saltaba al vacío, pegándose el otro extremo a la camisa por si se le escapaba y aferrándola con fuerza.

Se balanceó en círculo y cayó a la terraza de abajo. Aquella zona, por desgracia, estaba ocupada. Después de recuperar la cuerda, cargó a través de la habitación de una familia, saltó y resbaló por su mesa de comer. Al momento había salido por la puerta, lanza en mano. Oyó un grito de rabia lejano desde fuera de la terraza, cuando los cantores de arriba comprendieron que Kaladin había escapado por una ruta que no podían seguir.

El spren de la torre volvió a encontrarlo allí abajo y empezó a guiarlo. Los estratos y las líneas de cristal no siempre discurrían en paralelo a los pasillos, así que a veces la luz trazaba espirales a su alrededor, siguiendo el grano de la piedra. Otras veces la luz se esfumaba cuando no tenía un camino directo, pero siempre volvía a aparecer por delante de él, brillando en el suelo o la pared, apremiándolo a avanzar.

Llamaba la atención, por supuesto. Lo avanzado de la hora significaba que no encontró multitudes que lo ralentizaran, pero también que no había mucho más que distrajera a las patrullas de guardia. Infundió su lanza y la arrojó en arco a un par de soldados que llegaron al pasillo por delante de él, y luego robó una de las armas que habían soltado mientras ellos forcejeaban y maldecían, intentando que su anterior arma dejara de pegárseles a los dedos.

El siguiente grupo no fue tan fácil de derrotar. Kaladin los encontró

organizándose a toda prisa en una intersección por la que tenía que pasar si no quería dar un largo rodeo. Kaladin aflojó el paso por el pasillo, observando cómo entraban en formación con redes en las manos. Su primer instinto fue subir a las paredes y desorientarlos. Pero claro, no tenía acceso a esa capacidad; sospechó que tardaría mucho tiempo en interiorizar que los enlaces gravitacionales no funcionaban.

Empuñó su lanza a una mano, con la contera apoyada bajo el brazo, e hizo un asentimiento a Syl. Juntos cargaron contra el bloqueo. Algunos soldados llevaban ballestas, así que Kaladin infundió la pared con la mano libre. Cuando los guardias dispararon, las saetas se desviaron hacia la piedra.

El grupo de las redes esperaba detrás de otros cantores con hachas. Las armas le recordaron a los parshendi, pero los cantores vestían al estilo azishiano, con casacas coloridas y sin gemas entrelazadas en las barbas de los hómbrenes.

Sabían cómo combatir a Radiantes. Los hacheros se abalanzaron hacia él, obligándolo a luchar contra ellos, y entonces empezaron a volar las redes. Kaladin atacó a un lado con la lanza, pero eso lo dejó indefenso y un hacha se le hundió en el costado, haciéndole la clase de herida que significaría la muerte para un soldado ordinario.

Kaladin se soltó del hacha y el dolor penetrante empezó a remitir cuando su luz tormentosa lo sanó, pero por arriba llegaba otra red. No les importaría atrapar también a alguno de los suyos siempre que enmarañaran a Kaladin el tiempo suficiente para empezar a darle hachazos.

Sintiéndose más solo que nunca, Kaladin esquivó la red retrocediendo. Quiso infundirla y pegarla al suelo para que no pudieran recuperarla, pero no pudo agacharse para tocarla.

«A lo mejor debería quitarme las botas», pensó. La idea contravenía todo su entrenamiento, pero Kaladin ya no luchaba como lo había hecho en otros tiempos. Un golpe en un dedo del pie sanaría al instante, y poder infundir el suelo que pisaba sería una ventaja inmensa.

Mantuvo a los cantores a raya con unas cautas acometidas y reculó de nuevo antes de que lo atrapara una red. Por desgracia, el objetivo probable de aquel grupo era retrasarlo mientras reunían a regios y Fusionados. Estaba funcionando a la perfección. Sin hoja esquirlada, Kaladin distaba mucho de ser imparable. Lo forzaron a seguir cediendo terreno hasta que llegó a otra intersección.

—Kaladin —dijo Syl, flotando junto a su cabeza como cinta de luz—, a tu

izquierda.

Lanzó una mirada rápida y vio una luz granate chispeando en la pared, más hacia dentro en el pasillo que salía a su izquierda. Bueno, estaba claro que no iba a poder superar deprisa a aquellos soldados. Salió corriendo hacia la luz y los guardias, temerosos con buen motivo al enfrentarse a un Radiante, lo siguieron más despacio. Eso dio tiempo a Kaladin para abrir una puerta de una patada, siguiendo la luz, y entrar en una cristalería de aspecto bastante exclusivo.

Parecía no tener salida hasta que Kaladin distinguió lo que parecía una gema engarzada en la pared detrás del mostrador. Saltó al otro lado, infundió la piedra y se alegró de ver que la pared se abría en dos. Se escurrió por la abertura e hizo que se cerrara a su espalda.

Eso lo llevó a una segunda tienda más grande, llena de maniquíes para ropa a medio terminar. Sorprendió a un hombre que trabajaba hasta tarde, un humano con bigote naval thayleño y cejas rizadas que soltó su azuela, se puso en pie de un salto y empezó a aplaudir.

—¡Brillante señor Bendito por la Tormenta! —exclamó.

—No hagas ruido —le dijo Kaladin mientras cruzaba la estancia y abría un poco la puerta para mirar al exterior—. Tienes que esconderte. Cuando vengan preguntando, no me has visto.

El pasillo estaba despejado y Kaladin creía saber orientarse a partir de allí. Con aquel atajo había rodeado el bloqueo. Confío en que aquello desconcertara a los soldados que le seguían la pista. Kaladin se movió para salir con sigilo por la puerta, pero el ebanista lo cogió del brazo.

—Radiante —dijo—, ¿cómo puede ser? ¿Cómo es que aún luchas?

—Igual que lo haces tú —respondió Kaladin—. Un día tras otro, dando siempre el siguiente paso. —Cogió la muñeca del hombre con la mano—. No hagas que te maten. Pero tampoco pierdas la esperanza.

El hombre asintió.

—Escóndete —dijo Kaladin—. Vendrán a buscarme.

Se liberó y siguió a Syl. Al cabo de diez minutos al trote, oyó gritos a su derecha pero no llegó nadie corriendo, y Kaladin comprendió hacia dónde creían que se dirigía: hacia una escalera que llevaba a la escalinata más grande, que a su vez bajaba al sótano. Creían que intentaba rescatar a la reina, o quizá llegar a la columna de cristal.

El error de los cantores le permitió recorrer pasillos secundarios sin encontrar ninguna patrulla, hasta que por fin estuvo cerca del atrio. Había

logrado cruzar la planta entera, pero eso lo había llevado tan al interior de la torre que, en esencia, estaba rodeado.

La luz lo llevó dando un rodeo hacia la parte septentrional de la torre, pasando por unos pasillos residenciales en los que salía luz por debajo de las puertas. Las habitaciones cerca del atrio y su grandioso ventanal eran muy populares, porque solían ser más cálidas que las del perímetro, proporcionaban un acceso fácil a los elevadores y aun así se podía ver la luz del sol.

Había un silencio poco natural, quizá a consecuencia de un toque de queda. Kaladin estaba acostumbrado a encontrar la zona del atrio muy viva con el sonido de gente hablando a cualquier hora del día y el leve rechinar de los elevadores. Esa noche no se oía nada. Kaladin recorrió con más cautela el camino que le marcaba el spren de la torre, preguntándose cuándo encontraría resistencia. Seguro que alguien habría deducido lo que estaba haciendo. Sin duda, no tardarían en...

Se detuvo en el pasillo al ver una luz brillante al fondo. Habría jurado que estaba casi al mismo borde de la torre, cerca de la enorme ventana de cristal que miraba hacia el este. Allí no debería haber más habitaciones, pero por delante y a su derecha salía luz de luna por una abertura.

Siguió avanzando muy despacio y encontró el suelo lleno de cascotes. Habían derribado una puerta secreta en la pared. Cuando miró a través de ella, vio un túnel corto que terminaba abierto al aire. En efecto, estaba en el muro oriental de la torre, en la cara plana de Urithiru. El túnel secreto era antiguo, no recién abierto, y se había creado abierto al aire de las montañas.

El Perseguidor estaba allí, al lado de otra Fusionada, examinando un extraño dispositivo que había al final del corto túnel, justo donde terminaba y se abría al exterior. Había un brillante zafiro, que debía de ser tan grande como la gema corazón de un abismoide, engarzado en un soporte que se alzaba del mismo suelo. El mecanismo entero estaba cubierto de crem, por lo que debía de llevar allí bastante tiempo, y los Fusionados habían tenido que romper una costra de crem para llegar a la gema.

Kaladin comprendió de inmediato lo que implicaba aquello. Como había dicho el Hermano, había un nodo de defensa de la torre situado donde pudiera absorber luz tormentosa sin mediación humana, cuando las tormentas llegaban hasta allí arriba. La Fusionada desconocida era una mujer alta con una coleta de pelo de color rojo anaranjado que le salía de la coronilla. Llevaba ropa práctica de batalla, cuero y tela, y tenía las manos entrelazadas

a la espalda mientras inspeccionaba el zafiro.

El otro era el Perseguidor, como había visto desde el principio. Una inmensa montaña de quitina y tela marrón oscura, con ojos que brillaban en un profundo tono rojo. Habían retirado todas las esferas del pasillo por detrás de Kaladin, así que la única luz procedía del zafiro.

—¿Lo ves? —dijo la mujer en alezi cuando vieron a Kaladin—. Ya te he dicho que vendría. Yo cumple mis promesas, Perseguidor. Es todo tuyo.

Los ojos rojos se fijaron en Kaladin y entonces se oscurecieron mientras una cinta de luz carmesí emergía desde el centro de la masa del Perseguidor. El cuerpo, el cascarón descartado, cayó al suelo. Kaladin alzó su lanza, intentando estimar dónde aterrizaría el Perseguidor. Atacó por instinto, esperando acertar al Fusionado mientras se materializaba.

Pero en esa ocasión la cinta del Perseguidor hizo unos cuantos giros y bucles que desorrientaron a Kaladin. Atacó de nuevo, pero falló mientras el Perseguidor cobraba forma al lado de su lanza. La criatura se abalanzó sobre Kaladin, que retrocedió bailando hacia el pasillo oscurecido que daba al túnel.

La criatura llegó al destrozado umbral. Kaladin infundió su lanza y la arrojó hacia el Perseguidor, que la atrapó por acto reflejo. Las manos se le quedaron pegadas a la lanza y Kaladin saltó hacia él y embistió al Fusionado, obligándolo a dar un paso atrás. Los dos extremos de la lanza se adhirieron a las paredes a ambos lados de la abertura.

Kaladin se apartó de un salto, dejando a la criatura parcialmente inmovilizada, intentando moverse con las dos manos atrapadas. Entonces, por supuesto, el Perseguidor se limitó a abandonar ese cuerpo como cascarón yemerger con forma de cinta de luz. Kaladin maldijo. Tenía muy poca práctica en aquel tipo de combate... y contra aquel tipo de adversario. Lo que había funcionado con los soldados era un movimiento erróneo contra el Perseguidor. Kaladin corrió para coger su lanza, pero quedó por debajo del cascarón al caer.

El Perseguidor se materializó justo detrás de Kaladin y lo apresó con sus poderosas manos, impidiéndole llegar a la lanza. De todas formas, era un arma muy poco acertada para aquella pelea. Saltaba a la vista que el Perseguidor nunca tenía problemas para acercarse a su enemigo.

Kaladin se retorció, intentando liberarse, pero el Perseguidor lo tenía aferrado en una presa precisa, ejecutada a la perfección, que inmovilizaba los dos brazos de Kaladin. Entonces la criatura empujó, aprovechando su peso

superior para poner a Kaladin de rodillas.

El Perseguidor no intentó asfixiar a Kaladin. Ni siquiera soltó una mano para empuñar un cuchillo, como había hecho en su anterior combate. Lo único que tenía que hacer el Perseguidor era retener a Kaladin hasta que se le terminara la luz tormentosa. Estaban muy al fondo de la torre, rodeados de otros cantores y Fusionados. Cuanto más durara aquella pelea, peor sería para Kaladin.

Forcejeó, intentando zafarse. El Perseguidor reaccionó solo agachando la cabeza y hablando con mucho acento.

—Te mataré. Es mi derecho. He matado a toda persona, humana o cantora, que jamás me haya matado a mí.

Kaladin intentó hacer que los dos rodaran hacia el lado, pero el Perseguidor los mantuvo estables.

—Nadie me ha derrotado nunca dos veces —susurró la criatura—. Pero si de algún modo realizaras tal gesta, seguiría viniendo. Ya no quedaremos recluidos en Braize al final de la guerra, y soy inmortal. Puedo seguirte por siempre jamás. Soy el spren de la venganza.

Kaladin intentó infundir a su adversario, como lo habría hecho con un enlace gravitatorio. La luz se resistió, pero no era sorprendente. Los Fusionados tenían poderes propios y, por algún motivo, eso los hacía difíciles de infundir.

Así que se estiró y rozó el suelo con una mano, infundiendo la piedra. Atrapó los pies del Perseguidor, pero también dejó pegadas las botas de Kaladin, forzándolos a seguir juntos.

—Ríndete —dijo el Perseguidor—. Muere, como es tu derecho. Nunca podrás volver a dormir bien, pequeño Radiante. Siempre volveré, siempre te daré caza. Soy tan inevitable como las tormentas. Voy a...

—¡Suéltalo! —exclamó una voz adusta mientras una spren roja llegaba dando zancadas por el suelo—. ¡Ahora mismo! Lo necesitamos. ¡Podrás matarlo después!

El Perseguidor relajó su presa, quizá sorprendido por recibir una orden de una vacíospren. Kaladin dio un codazo al Perseguidor en la barbilla, que le dolió como un martillazo en el codo pero obligó a la criatura a soltarlo. Eso permitió a Kaladin echarse hacia delante y recuperar parte de la luz tormentosa al rozar el suelo, cosa que a su vez liberó sus pies. Se apartó a cuatro patas, dejando la suficiente luz tormentosa infusa en el suelo para seguir reteniendo al Perseguidor.

La criatura miró a Syl.

—Mientes bien para ser una honorspren —dijo.

Su cuerpo se desmoronó y la cinta de luz desapareció doblando una esquina. Como antes, parecía necesitar un descanso después de abandonar su tercer cuerpo.

Kaladin sospechaba que si el Perseguidor creaba un cuarto cuerpo, no le quedaría la suficiente luz del vacío para escapar de él. Quizá esa fuese la manera de matarlo: atraparlo en el cuarto cuerpo. O eso, o pillarlo por sorpresa y matarlo antes de que pudiera abandonar el cuerpo en el que estaba, que era lo que había hecho Kaladin la vez anterior.

—Gracias —dijo Kaladin mientras Syl recuperaba su color azul.

Recogió su lanza, miró hacia atrás y vio a varios humanos asomando un ojo desde sus habitaciones, mirando la pelea. Les indicó por señas que cerraran las puertas, cruzó el túnel secreto saltando los escombros y corrió hacia la Fusionada que seguía al fondo.

Mientras se acercaba vio un orbe de cristal, de unos quince centímetros de diámetro, incrustado en una pequeña hornacina de la pared, cerca de la gema. Al principio pensó que sería algún tipo de iluminación, pero estaba envuelto en alambres metálicos como un fabrial. ¿Qué sería?

No tuvo tiempo de fijarse más, porque la Fusionada estaba apretando la mano contra el zafiro. La luz de la gema empezó a decaer.

«Está corrompiendo la columna —pensó Kaladin—, utilizando eso como un conducto para llegar a ella.» Niveló la lanza en su dirección.

Ella se detuvo y se volvió para observarlo.

—El Perseguidor no miente —dijo en alezi con mucho acento—. Es cierto que te dará caza por siempre. Abandonando todo raciocinio y obligación.

—Apártate de la gema —replicó Kaladin.

—No tardará en volver —afirmó ella—. Deberías huir. Ha dejado gemas con luz del vacío escondidas cerca, para poder volver a infundirse y crear nuevos cuerpos.

—He dicho que te apartes.

—Eres Corredor del Viento —dijo ella—. No me harás daño si no soy una amenaza.

—Tocar esa gema te convierte en amenaza. Apártate.

La Fusionada obedeció, cosa que implicaba caminar hacia él. Volvió a entrelazar las manos a su espalda.

—¿Qué es, en tu opinión, lo que te permite seguir usando tus poderes?

Reconozco que ya me habían preocupado los Corredores del Viento. Dicen que vuestras Potencias son las más próximas a Honor.

Kaladin aferró su lanza, sin saber muy bien qué hacer. ¿La apuñalaba? Tenía que proteger la gema.

«O destruirla», pensó. Pero tormentas, eso debilitaría el escudo que había levantado Navani, y si el enemigo había hallado aquella gema tan deprisa, ¿cuánto le costaría encontrar las demás? Miró a Syl, posada en su hombro, y ella negó con la cabeza. Tampoco sabía qué hacer.

—Ah —dijo la Fusionada—. Ya está aquí. Os dejo a lo vuestro, pues.

Kaladin se arriesgó a mirar por encima del hombro y soltó un reniego al ver una cinta de luz color rojo sangre acercándose. Kaladin tomó una decisión instantánea, soltó la lanza y sacó su bisturí. Se apresuró a cortar los cordones de sus botas.

El Perseguidor apareció en el interior del túnel e intentó agarrarlo, pero Kaladin se agachó para esquivar sus brazos e infundió el suelo con un enlace completo. Luego saltó adelante rodeando al Perseguidor, lo que le pegó el calzado a la piedra. El Perseguidor no pudo evitar pisar ese mismo suelo, con lo que quedó atrapado.

Kaladin sostuvo su bisturí por delante mientras retrocedía descalzo a los escombros de la pared que habían derribado. El Perseguidor lo miró, todavía pegado al suelo. Entonces sonrió, abandonó su cuerpo y salió despedido hacia él.

Kaladin retrocedió por el hueco al pasillo de fuera y volvió a infundir el suelo, usando una gran cantidad de luz tormentosa. Pudo esquivar el siguiente ataque del Perseguidor con una voltereta, y la criatura se quedó atascada de nuevo. Pero Kaladin no podía adelantarse para recuperar la luz que había utilizado sin entrar en el alcance del Perseguidor.

Estaba casi sin luz tormentosa, cosa que desde luego el Perseguidor sabía. La criatura renunció a su segundo cuerpo mientras el primero empezaba a desmoronarse. Cuando Kaladin saltó hacia delante para intentar reclamar la luz tormentosa, el Perseguidor se abalanzó sobre él con forma de cinta de luz, como una anguila mordiendo, y Kaladin retrocedió.

Se observaron uno al otro en el pasillo oscuro. El Perseguidor solo podía formar un cuerpo más antes de verse obligado a renovar su luz del vacío o arriesgarse a combatir con su cuarto cuerpo y que quizás lo mataran. Pero a Kaladin apenas le quedaba luz tormentosa y no tenía ninguna manera rápida de conseguir más.

Tormentas. La otra Fusionada había vuelto hacia la gema y estaba trabajando en ella de nuevo.

—Tenemos que destruirla, Kaladin —susurró Syl.

Tenía razón. Kaladin no podía defender aquel lugar en solitario. Tendría que confiar en que los otros nodos estuvieran mejor escondidos. Aunque... ¿cómo podía esconderse algo mejor que dentro de una pared?

Respiró hondo y se abalanzó hacia delante para obligar al Perseguidor a materializarse. Su adversario lo hizo, pero solo después de haber regresado volando al centro del segundo charco de luz que había creado Kaladin. De ese modo pudo cobrar forma sobre los restos de su segundo cascarón, que estaba adherido al suelo.

El Fusionado se agachó, con las manos extendidas y preparado para asir a Kaladin si intentaba pasar corriendo. Kaladin se vio obligado a retirarse.

«No puedo permitirme luchar como él quiere —pensó—. Si consigue pillar me, acabaré atrapado.»

Cuando Kaladin mató a aquella criatura, había sido utilizando las suposiciones del Fusionado contra él. En esa ocasión el Perseguidor no estaba cometiendo el mismo error, pero seguía confiándose demasiado.

«Utiliza eso. Deja que se derrote a sí mismo.»

Kaladin dio media vuelta y echó a correr en dirección opuesta.

Detrás de él, el Perseguidor dio una carcajada.

—¡Eso es, humano! ¡Huye! ¡Por fin te das cuenta! Corre y serás perseguido.

Syl llegó volando junto a Kaladin.

—¿Cuál es el plan?

—Lo llaman el Perseguidor —dijo Kaladin—. Adora la cacería. Cuando hacíamos lo que los humanos no deberían hacer, intentar combatirlo, se ha puesto prudente y cuidadoso. Ahora somos una presa a la huida. Puede que se desciende. Pero no abandonará ese tercer cuerpo hasta que estemos lo bastante lejos para que sepa que no daremos media vuelta y atacaremos a la otra Fusionada. Ve y avísame cuando lo haga.

—Bien.

Syl se alejó volando para montar guardia.

Kaladin dobló unas cuantas esquinas y luego exclamó:

—¡Spren de la torre, te necesito!

Por delante de él empezó a brillar intermitente una luz granate, muy deprisa, como ansiosa. Kaladin corrió hacia ella mientras Syl regresaba

volando a toda velocidad.

—El Perseguidor está recargando, ¡pero no deja el fabrial desprotegido! Está recibiendo luz del vacío de esa otra Fusionada.

Kaladin asintió mientras apretaba la mano contra la pared. El spren de la torre le habló a la mente.

Me está matando Me está matando Me está matando. Detén la detenla.

—Eso intento —respondió Kaladin. Sacó unas cuantas gemas de su bolsa y les infundió su luz tormentosa para conservar la que le quedaba—. No creo que pueda derrotar a ese monstruo otra vez. No sin un equipo y en un campo de batalla. Lucha demasiado bien en combate singular. Así que necesito otra sala oculta. Una que solo tenga una salida y cuya puerta se abra y se cierre deprisa.

—¿Vas a esconderte?, preguntó el Hermano, presa de la histeria. *No puedes...*

—No te abandonaré, pero necesito que hagas esto. No tenemos mucho tiempo. Por favor.

—¡Kaladin! —exclamó Syl—. ¡Ya viene!

Kaladin maldijo, dejó al Hermano y corrió hacia una intersección en los oscuros pasillos.

—¡Al suelo! —avisó Syl.

Kaladin se agachó y esquivó por los pelos la presa del Perseguidor cuando se materializó. Mientras Kaladin echaba a correr en otra dirección, la criatura hizo otro intento, dejando caer un cascarón y saliendo disparado por delante de Kaladin.

Tratando de interpretar el papel de presa temerosa, Kaladin dio media vuelta y corrió por donde había venido, aunque no le hacía ninguna gracia dar la espalda a la criatura. Casi podía sentirla, formándose con los brazos en torno a su cuello...

Mientras corría por el pasillo, la gente que había estado mirando cerró sus puertas de golpe. A su espalda, el Perseguidor se echó a reír. Sí, la criatura comprendía esa clase de lucha. La disfrutaba.

—¡Corre! —gritó—. ¡Corre, pequeño humano!

Por delante brilló una luz granate que empezó a desplazarse por un pasillo lateral. Kaladin se apresuró en esa dirección mientras Syl le advertía que el Perseguidor ya iba hacia él. Por suerte, la luz granate ascendió por una pared que tenía justo delante y destelló, revelando una gema oculta en la roca. Kaladin absorbió la luz tormentosa de una esfera e infundió la gema,

haciendo que la puerta empezara a abrirse. Era más rápida que las anteriores, como había pedido.

Syl gritó:

—¡Casi está aquí!

—En el momento en que entre —susurró Kaladin al spren de la torre—, empieza a cerrar la puerta. Luego bloquéala.

Miró hacia atrás y vio que la luz roja se aproximaba rauda. Así que Kaladin respiró hondo y se metió por la puerta que había estado oculta. Tal y como había pedido, al instante empezó a cerrarse. Kaladin se volvió para encararse hacia fuera, ansioso mientras sacaba su bisturí. Hizo que pareciera que pretendía resistir, luchar allí.

«Atácame por la espalda como antes. Por favor.»

La cinta entró danzando por encima de su cabeza. Kaladin saltó hacia fuera, escurriéndose a través de la angosta puerta que se cerraba, justo mientras el Perseguidor aparecía en la sala a su espalda.

Kaladin cayó hacia delante y se arrastró por el suelo. Detrás de él, la puerta se cerró con un golpe seco. Esperó, con el corazón atronándole en el pecho, volviéndose para vigilar la puerta. ¿La cinta del Perseguidor sería lo bastante fina para poder salir? Aquellas puertas secretas estaban tan bien selladas que era casi imposible distinguirlas desde fuera, y Syl tenía forma física cuando se transformaba en cinta. Kaladin estaba suponiendo que las mismas normas se aplicarían al Perseguidor.

Syl descendió revoloteando a su lado, adoptando la forma de una joven con uniforme del Puente Cuatro. Lo coloreó de azul oscuro.

Silencio. Seguido por un bramido de rabia, amortiguado hasta hacerse casi inaudible por la piedra que había en medio. Kaladin sonrió mientras se levantaba. Le pareció oír que el Perseguidor gritaba: «¡Cobarde!».

Hizo el saludo marcial a la puerta cerrada y dio media vuelta para regresar al trote por donde había venido. Tuvo que indicar de nuevo a la gente que cerrara sus puertas y no se dejara ver. ¿Dónde estaba su sentido de la autoconservación?

En sus ojos había esperanza cuando lo veían. Y en esas expresiones Kaladin comprendió por qué tenían que mirar, por peligroso que fuera. Creían que todo el mundo estaba conquistado y controlado, pero allí había un Radiante. Sus esperanzas lo presionaron mientras por fin llegaba al túnel oculto. La mujeren Fusionada de la coleta estaba en una postura de concentración, con la mano apretada contra el zafiro.

No parecía estar corrompiéndolo. De hecho, había sacado un gran diamante y lo sostenía en contacto con el zafiro, del que estaba extrayendo luz. Parecía luz tormentosa, aunque el color no era exacto del todo.

Kaladin recogió un cascote del suelo. Los lados de la piedra tenían un corte recto. Obra de una hoja esquirlada.

Saltó hacia delante y empujó a la Fusionada, intentando arrojarla por el precipicio. La mujer gritó y salió de su trance, se agarró a una piedra que sobresalía y evitó la caída.

Antes de que la Fusionada pudiera detenerlo, Kaladin estrelló su cascote contra la gema y la agrietó. Con eso bastaba, porque las gemas agrietadas no podían contener luz tormentosa, pero dio unos cuantos golpes más por si acaso, que sacaron el zafiro de su engarce y lo enviaron rebotando al vacío exterior.

Desapareció en la oscuridad, desplomándose decenas y decenas de metros por el precipicio vertical hacia las rocas que había muy por debajo. Kaladin había percibido algo cuando la gema se soltó, una leve sensación de que la oscuridad de la torre se había intensificado. O quizás fuese solo que Kaladin empezaba a notar los efectos del reciente intento de la Fusionada de corromper la torre.

Resopló después de terminar el trabajo y retrocedió. Pero en ese momento, escaso de luz tormentosa, casi sin energías y con la oscuridad ganando fuerza, Kaladin flaqueó. Estiró el brazo hacia la pared mientras se le emborronaba la visión y la fatiga pareció ser casi demasiado abrumadora.

Una sombra se movió delante de él y Kaladin se obligó a entrar en alerta, pero no antes de que la Fusionada de la coleta lograra clavarle un cuchillo en el pecho. Kaladin sintió un dolor atroz e inmediato y sacó su bisturí, pero la Fusionada retrocedió de un salto antes de que pudiera atacar.

Salieron dolorsprén retorciéndose de la piedra mientras Kaladin tropezaba, sangrando. Absorbió la última luz tormentosa que le quedaba y se apretó la herida con la mano. Tormentas. Su mente... se nublaba. Y la oscuridad parecía muy poderosa.

La Fusionada, sin embargo, no parecía interesada en atacar de nuevo. Guardó el cuchillo y entrelazó los dedos por delante, observándolo. Kaladin se sorprendió al fijarse en que la esfera de cristal que había visto antes en la pequeña hornacina de piedra ya no estaba. ¿Dónde la habría puesto la Fusionada?

—Sigues sanando —comentó ella—. Y antes te he visto utilizar la

Adhesión. Deduzco por cómo te mueves, sin alzarte del suelo, que la Gravitación te ha abandonado. ¿Tu poder híbrido funciona? ¿Ese que los tuyos soléis utilizar para redirigir flechas en vuelo?

Kaladin no respondió. Asíó con fuerza su bisturí, esperando a curarse. El dolor persistió. ¿La sanación era más lenta que de costumbre?

—¿Qué me has hecho? —preguntó, imperioso pero ronco—. ¿Tu arma está envenenada?

—No —dijo ella—. Solo quería estudiar tu sanación. Parece letárgica, ¿verdad? Hum...

A Kaladin no le gustaba nada cómo lo estaba mirando la Fusionada, tan perceptiva e interesada, como un cirujano inspeccionando un cadáver antes de la disección. No parecía importarle que Kaladin hubiera destruido su oportunidad de corromper la torre, quizá porque el ataque de Kaladin había favorecido su objetivo último de llegar a la columna de cristal.

Alzó el bisturí, esperando a que la tormentosa herida se curara. Siguió haciéndolo. Perezosa.

—Si me matas —dijo la Fusionada—, renaceré sin más. Escogeré a la más inocente de las cantoras de la torre. Una madre, tal vez, con un niño lo bastante mayor para sentir el dolor de la pérdida pero no lo suficiente para comprender por qué ahora su madre lo rechaza.

Kaladin gruñó sin poder evitarlo y dio un paso adelante.

—Sí —dijo la mujeren—. Un auténtico Corredor del Viento, hasta la misma gema corazón. Fascinante. No tuvisteis ninguna continuidad en los spren ni en las tradiciones de los antiguos caballeros, según creo. Y sin embargo, las mismas actitudes, las mismas estructuras, emergen de manera natural, como el entramado de un cristal creciente.

Kaladin gruñó de nuevo, arrastrando los pies de lado hacia su lanza y sus botas caídas.

—Deberías marcharte —dijo la Fusionada—. Si has vuelto a matar al Perseguidor, se armará un buen revuelo entre los míos. No creo que nadie lo haya logrado nunca. De todas formas, he llamado a regios y Fusionados que ya vienen de camino para terminar su trabajo. Podrías escapar de ellos si te vas ahora mismo.

Kaladin vaciló, indeciso. Su instinto quería hacer lo contrario de lo que le dijera aquella mujeren, por principio. Pero se lo pensó mejor y salió corriendo por los pasillos, con el costado dolorido, confiando en que el spren de la torre y Syl lo guiaran fuera de peligro y hasta un escondite seguro.



¿Quién es esa persona? No habéis empleado ningún título, por lo que asumo que no pertenece a los Fusionados. ¿Quién, por tanto, es El?

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 10

Venli sintió que todos los ritmos se detenían cuando vio a Rlain en la celda. Como un silencio coronando un aumento gradual.

En ese silencio, Venli por fin creyó lo que le había dicho Mazish. En ese silencio, todo Roshar cambió. Venli ya no era la última. Y en ese silencio, Venli tuvo la impresión de oír algo lejano más allá de los ritmos. Un tono puro.

Rlain alzó la vista a través de los barrotes y la miró con expresión desdeñosa.

El momento de paz se desvaneció. Rlain había adquirido algunas expresiones humanas, al parecer. ¿La reconocería en aquella forma? Las pautas de la piel de Venli eran las mismas, pero Rlain y ella nunca habían sido íntimos. Lo más probable era que solo viese a una regia desconocida.

Venli retrocedió por el pasillo, pasando junto a varias celdas vacías con barrotes en las puertas. Era el día siguiente al suceso con Bendito por la Tormenta y la destrucción del nodo. Venli había estado de camino hacia las celdas para visitar a Rlain cuando tuvo lugar el acontecimiento, que la había

obligado a regresar para atender a su ama.

Venli había supuesto que Rabeniel se enfurecería, por lo que le resultó curioso que la Fusionada se lo tomara con tanta calma. Casi parecía divertida por lo que había ocurrido. Estaba ocultando algo sobre sus motivaciones. No parecía querer que la corrupción de la torre se completara demasiado deprisa.

En todo caso, a consecuencia del incidente, Venli había tenido que quedarse hasta bien avanzada la noche haciendo de intérprete para varios Fusionados. No había sido hasta aquella mañana cuando había logrado librarse de sus obligaciones y llegar hasta allí para comprobar lo que le había dicho Mazish.

Rlain. Vivo.

Cerca de la puerta, Venli se encontró al carcelero jefe, un regio en forma funesta con una cresta de púas que empezaba en la cabeza y le bajaba por el cuello.

—No sabía que tuviéramos una cárcel —dijo al hombren, en voz baja y a Indiferencia.

—La construyeron los humanos —repuso él, también a Indiferencia—. Interrogué a varios que trabajaban aquí. Afirman que tenían retenido al asesino aquí dentro.

—¿A ese asesino?

—Así es. Desapareció justo antes de que llegáramos.

—Debería haber caído inconsciente.

—Pues no lo hizo, y nadie ha visto ni rastro de él.

—Deberías habérmelo contado antes —dijo Venli—. La dama cree que ciertos Radiantes podrían ser capaces de actuar todavía en la torre. Es posible que este se haya escondido por ahí fuera y esté preparándose para matar.

El forma funesta canturreó a Vergüenza.

—Bueno, estábamos preparando este sitio por si tenemos que encerrar a algún regio con la comodidad que le correspondería. Hay un calabozo más grande para los prisioneros humanos. Supuse que este sería buen lugar para ese amigo tuyo de ahí, hasta que nos lleguen órdenes oficiales.

Venli echó un vistazo al pasillo de celdas vacías, iluminado por lámparas de topacio colgadas del techo. Daban al lugar una cierta calidez de color marrón claro, el de la piedracrem.

—¿Por qué lo encerrasteis? —preguntó.

—Es un *essai* —dijo el regio a Mofa, usando una palabra que habían adoptado de los Fusionados. Venía a ser algo como «amante de los

humanos», aunque Venli supo gracias a su forma que en realidad significaba «peludo».

—Era un espía que mi gente envió a vigilarlos.

—Pues os tricionó —replicó la forma funesta—. Afirma que los humanos lo retenían contra su voluntad, pero no nos hizo falta preguntar mucho para descubrir la verdad. Se mostraba amistoso con los Radiantes; sería su sirviente o algo parecido. Podría haberse marchado en cualquier momento, pero se quedó. Querría seguir siendo un esclavo, supongo.

El regio cambió al Ritmo de las Ejecuciones, que se usaba muy poco.

—Voy a hablar con él —dijo Venli—. Yo sola.

La forma funesta la observó, canturreando a Destrucción en desafío. Venli canturreó al mismo ritmo en respuesta: superaba en categoría a aquel hombre, mientras siguiera siendo la Voz de Rabeniel.

—Enviaré otro mensaje a la Dama de los Deseos —dijo él por fin—, para informarla de lo que estás haciendo.

—Como deseas —repuso Venli, y esperó mirándolo hasta que el regio salió del pasillo y cerró la puerta.

Venli echó un vistazo en Shadessmar, como había cogido costumbre de hacer, aunque sabía que los vacíospren no podían ocultarse en la torre. Ya lo hacía por instinto. Y no...

«Un momento.» Allí sí que había un vacíospren.

Estaba oculto en el cuerpo de un cremlino. La mayoría de los spren podían meterse en cuerpos, aunque no fuesen capaces de atravesar otros objetos sólidos. Venli no era muy ducha en todas las variedades de vacíospren, pero aquel debía de haber comprendido que ya no podía ocultarse en la torre como antes y optaba por ese método para que no lo vieran.

Armonizó a Ansiedad y Timbre coincidió con ella. ¿Estaba espiándola a ella o a Rlain? ¿O solo estaba de patrulla? ¿Había hecho algo Venli en los últimos días que pudiera delatarla?

Mantuvo la compostura, fingiendo pensar mientras paseaba por el pasillo. Entonces hizo como si acabara de reparar en la presencia del cremlino y lo ahuyentó. El pequeño ser descendió por la pared corriendo y salió por debajo de la puerta. Venli miró en Shadessmar y vio al vacíospren, entre los centenares de colores ondeantes que componían la torre, perdiéndose en la lejanía junto con el diminuto puntito de luz que representaba al cremlino.

Se había quedado tan nerviosa que paseó arriba y abajo unas cuantas veces y volvió a mirar en Shadessmar antes de obligarse a regresar a la celda.

—Rlain.

Él la miró. Entonces frunció el ceño y se levantó.

—Soy yo —dijo ella a Paz, hablando en el idioma oyente para añadir otra capa de intimidad—. Venli.

Él se acercó más a los barrotes y sus ojos subieron hasta la cara de Venli. Rlain canturreó a Recuerdo.

—Tenía entendido que mataron a todos los oyentes.

—Solo a la mayoría. ¿Qué haces tú aquí, Rlain? ¡Que nosotros supiéramos, los humanos te habían descubierto en los campamentos de guerra y te habían ejecutado!

—No... no me descubrieron. —Hablabía a Curiosidad, pero su lenguaje corporal, además de revelar que en efecto había adoptado algunas actitudes humanas, delató sus verdaderas emociones. Era evidente que no confiaba en ella—. Quisieron dar ejemplo conmigo, hacer un experimento. Me pusieron en las cuadrillas de los puentes. No creo que nadie sospechara nunca que era un espía. Solo pensaron que era demasiado listo para ser un parshmenio.

—¿Y llevas viviendo con ellos todo este tiempo? Ese guardia dice que eres un *ess*... un simpatizante de los humanos. No puedo creer que estés vivo y yo no sea la... Es decir...

El lenguaje le falló y terminó quedándose allí plantada, canturreando al Ritmo de lo Perdido y sintiéndose idiota. Timbre se unió a ella palpitando al mismo ritmo, y eso la ayudó un poco.

Rlain estaba observándola. Debía de haber oído que las formas de poder cambiaban la personalidad de la gente. Tormentas, lo habían sabido desde el principio. Siempre supieron que eran peligrosas.

—Rlain —dijo con voz suave—. Soy yo. Yo de verdad. Esta forma no me... cambia como la forma tormenta cambió a los demás.

Timbre latió. Dile la verdad. Muéstrale lo que eres.

Ella se negó en redondo. «No.» No podía.

—¿Y los demás? —preguntó él, esperanzado—. ¿Remala? ¿Eshonai? Creemos que se enfrentó a Adolin en batalla. ¿Sabes... si está...?

—Vi el cadáver de mi hermana con mis propios ojos al fondo de los abismos —dijo Venli a Dolor—. Ya no queda nadie más que yo. Él... Odium los tomó, los convirtió en Fusionados. A mí me salvó porque quería que contara historias sobre nuestro pueblo, usarlas para inspirar a los cantores recién liberados. Pero creo que nos temía, como grupo. Por eso nos destruyó.

Venli canturreó de nuevo al Ritmo de lo Perdido. Al cabo de un momento

Rlain la imitó y se adelantó hasta quedar justo detrás de los barrotes.

—Lo siento, Venli —terminó diciendo—. Eso tuvo que ser horrible.

«No sabe que todo esto lo provoqué yo —comprendió—. ¿Cómo iba a saberlo? Estaba con los humanos. Para él soy solo... otra superviviente.»

Encontró la idea sobrecogedora.

—Tienes que liberarme —dijo Rlain—. Esperaba que se creyeran mi historia, pero soy demasiado conocido en la torre. Cuando eres el único «parshmenio» al que todo el mundo conoce, destacas.

—Haré lo que pueda —respondió Venli a Reconciliación—. El guardia no confía en mí, igual que otros muchos, y que esté hablando contigo empeorará las cosas. Si consigo sacarte, ¿qué vas a hacer? No me meterás en problemas, ¿verdad?

Rlain le frunció el ceño y se puso a canturrear a Irritación.

—Sí que simpatizas con los humanos —dijo Venli.

—Son mis amigos —respondió él—. Mi familia, ahora. No son perfectos, Venli, pero si queremos derrotar a Odium vamos a necesitarlos. Vamos a necesitar esta torre.

—¿Queremos derrotar a Odium? —preguntó Venli—. A mucha gente le gusta cómo van las cosas, Rlain. Tenemos una nación propia, no cuatro chozas en un campo perdido del mundo, sino una verdadera nación con ciudades, caminos, infraestructura. Cosas, debo añadir, que en su mayoría se construyeron con los esfuerzos de cantores esclavizados. Los humanos no merecen nuestra lealtad, ni siquiera una alianza. No después de lo que hicieron.

Rlain no puso objeciones de inmediato. En vez de eso, canturreó a Tensión.

—Nos encontramos atrapados literalmente entre dos tormentas —dijo por fin—. Pero si debo elegir una para cruzarla, Venli, escojo la alta tormenta. Fue nuestra tormenta en otro tiempo. Los spren eran nuestros aliados. Y sí, los humanos intentaron aprovecharse de los oyentes y luego intentaron destruirnos, pero los Fusionados son quienes lo consiguieron. Odium eligió destruir a nuestro pueblo. No voy a ser su siervo. Voy a...

Dejo la frase en el aire, quizá dándose cuenta de lo que estaba diciendo. Rlain había intentado empezar la conversación con evasivas, a todas luces preocupado de que Venli fuese un agente de Odium. Pero acababa de confirmar cuál era su posición. Rlain la miró y dejó de canturrear. Esperaba.

—No sé si se puede hacer algún bien luchando contra él, Rlain —susurró Venli—. Pero yo... tengo secretos que Odium no conoce. Estoy intentando

construir algo alejado de su dominio, con una gente a la que pueda... no sé, utilizar para iniciar un nuevo grupo de oyentes.

Intentando, a su propia y penosa manera, deshacer lo que había hecho.

—¿Cuántos sois? —preguntó Rlain a Emoción.

—Una docena de momento —dijo Venli—. Los he puesto a cuidar a los Radiantes caídos. Tengo cierta autoridad en la torre, pero no sé hasta dónde puede alcanzar. Es complicado. Los distintos Fusionados tienen motivaciones diferentes, y yo estoy enredada en los hilos de todo el asunto. Ayudé a salvar a unos humanos a los que iban a ejecutar, pero no estoy interesada en aliarne con ellos en general.

—¿A quién salvaste? ¿A la reina?

—No, a gente mucho menos importante —dijo Venli—. Un cirujano y su esposa, a los que...

—¿Lirin y Hesina? —preguntó él a Emoción—. Al niño también, espero.

—Sí. ¿Cómo lo...?

—De verdad tienes que sacarme de aquí, Venli —dijo Rlain—. Y llevarme con Hesina. Tengo una cosa útil que podría enseñarle. Y a ti, si quieres ayudar.

—Es lo que intento decirte —susurró Venli, lanzando una mirada hacia la puerta del pasillo—. Tengo cierta autoridad, pero hay muchos que desconfían de mí. No sé si podré liberarte. Podría atraer demasiada atención hacia mí.

—Venli —dijo él a Confianza—, mírame.

Ella lo miró a los ojos. ¿Había sido siempre tan intenso? Eshonai lo había conocido mejor que ella.

—Tienes que hacerlo —dijo Rlain—. Tienes que usar cualquier influencia que tengas para sacarme de aquí.

—No sé si...

—¡Deja de ser tan insufrible y egoísta! Haz algo que no vaya en tu interés, por el bien mayor, aunque sea una vez en tu tormentosa vida, Venli.

Ella canturreó a Traición. No se merecía esas palabras. Acababa de explicarle que estaba intentando reconstruir a los oyentes. Pero Rlain canturreó más alto a Confianza, así que Venli alineó su ritmo con el de él.

—Lo intentaré —dijo.

Aunque Rabeniel solía pasar el tiempo cerca de la columna de cristal o con los eruditos humanos en las cámaras cercanas, la Dama de los Deseos había indicado que ese día tenía otras ocupaciones. Preguntando por ahí, Venli

averiguó que estaba en las habitaciones que habían pertenecido al Espina Negra, por algún motivo.

Venli pasó al interior, donde vio a una cantidad inusualmente alta de Fusionados reunidos que se dedicaban a registrar las pertenencias del señor de la guerra, catalogándolas, haciendo anotaciones sobre ellas y empaquetándolas para llevárselas. Venli avanzó un poco y vio una caja llena de calcetines, cada par registrado y guardado con esmero.

Iban a trasladar todas sus cosas a un almacén, pero ¿por qué dedicar Fusionados a aquel trabajo tan prosaico? Además, eran Fusionados importantes, sin representación de los más erráticos o enloquecidos. La propia Leshwi estaba trabajando allí, y en conjunto, todo aquello susurraba a Venli una misma cosa: alguien muy alto en la jerarquía cantora estaba muy interesado en ese hombre. Hasta el punto de querer diseccionar y comprender todas y cada una de sus posesiones, por muy ordinarias que fuesen.

Venli pasó por el borde de la sala, preocupándose de no acercarse a las amplias puertas y las ventanas que daban a la terraza. Les habían puesto cortinas, pero las normas seguían siendo estrictas durante el día. Ningún cantor debía mostrarse al exterior, no fuesen a revelar la verdad a un posible grupo de exploradores Corredores del Viento.

Encontró a dos humanos a los que no reconoció en la puerta que llevaba a la alcoba, observando lo que ocurría dentro. Allí estaba Rabeniel hablando con un tercer humano. Era un varón alto, vestido con una casaca y unos pantalones que a ojos de Venli parecían elegantes, aunque sabía muy poco de sus modas. Lo más sorprendente era la extraña criatura que estaba sobre el hombro del humano, un ser rarísimo que no se parecía a nada que Venli hubiera visto jamás. Se apoyaba sobre dos patas como una persona, pero su cara terminaba en un pico y tenía unas escamas de colores brillantes que parecían suaves, si se podía creer tal cosa. Cuando Venli entró, la criatura giró la cabeza para mirarla y Venli se quedó desconcertada por los brillantes e inteligentes que parecían sus ojos.

La Dama de los Deseos estaba sentada en una silla junto a la cama, su rostro pasivo, con papeles y libros apilados junto a ella.

¿Quién era ese hombre y por qué había interrumpido Rabeniel sus investigaciones para concederle audiencia? La dama solía hacer caso omiso a las peticiones de los humanos, y hasta había llegado a hacer azotar a algunos «importantes» de entre ellos cuando habían exigido hablar con ella. Mientras Venli avanzaba despacio por un lado de la habitación, le pareció curioso ver

que la cara del hombre tenía varias cicatrices que le daban un aire rudo en contraste con su ropa elegante.

—Lo único que encuentro notable —estaba diciendo Rabeniel a Mofa— es lo audaz que eres, humano. ¿Acaso no comprendes la facilidad con que podría hacer que te apalearan o te mataran?

—Eso sería desperdiciar una oportunidad muy útil —dijo el hombre, con voz alta y atrevida, la versión humana del Ritmo de la Determinación—. Y vos no sois de las que desperdician las cosas con utilidad, ¿me equivoco, antigua?

—La utilidad es relativa —replicó Rabeniel—. Desperdiciaré con mucho gusto una oportunidad que nunca vaya a tener tiempo de explotar si me impide hacer algo mejor.

—¿Qué hay mejor que la riqueza gratuita? —preguntó él.

—Ya tengo Urithiru —dijo ella—. ¿Qué necesidad tengo de esferas?

—No me refiero a esa clase de riquezas —repuso el hombre con una sonrisa.

Dio un paso adelante y, con gesto respetuoso, le ofreció una bolsa grande. Rabeniel tomó la bolsa, que dio un suave tintineo. Desató el cordón y miró dentro. Se quedó allí sentada un momento largo y, cuando volvió a hablar, su voz estaba completamente desprovista de ritmos.

—¿Cómo es posible? ¿De dónde has sacado esto?

—Traigo un presente —se limitó a decir el hombre— para animaros a que os reunáis con mi *babsk*. Iba a esperar hasta que se asentara la actual... agitación, pero mi *babsk* insiste. Llegaremos a un trato para utilizar las Puertas Juradas. Y pagaremos.

—Es un... buen regalo —respondió Rabeniel al cabo de un tiempo.

—Eso no es el regalo —dijo él—. Eso es un mero adelanto de nuestros futuros pagos. El regalo es esto.

Hizo un gesto hacia un lado y la extraña criatura de su hombro silbó. Los dos hombres que Venli había visto fuera entraron, cargando entre los dos con un gran cajón cubierto por una tela. Apenas cabía por la puerta, y pesaba, a juzgar por el golpe que sonó cuando lo dejaron en el suelo.

El líder de los humanos retiró la tela y reveló a una pequeña humana adolescente en una caja con barrotes a los lados. La sucia criatura gruñía acurrucada en el centro, en la sombra. El hombre hizo un gesto teatral, se inclinó y empezó a marcharse.

—¿Humano? —dijo Rabeniel—. No te he dado permiso para retirarte.

—¿Qué es esto? No necesito esclavos.

—No es una esclava —repuso el hombre—. Pero si vuestro amo logra localizar a Cultivación algún día, sugeridle que le pregunté por qué creó a una Danzante del Filo que utiliza luz de vida en lugar de luz tormentosa.

Se inclinó de nuevo, en una reverencia formal del ejército, y se marchó.

Venli esperó, suponiendo que Rabeniel exigiría que lo ejecutaran o que al menos lo azotaran. Pero la Fusionada empezó a canturrear a Arrogancia. Hasta sonrió.

—Estoy confundida, antigua —dijo Venli, mirando hacia la puerta por donde se había ido el hombre.

—No tienes por qué —respondió Rabeniel—, pues esto no es de tu incumbencia. Sí que le gusta dar espectáculo, como me habían advertido. Esperemos que crea que su pequeña treta me ha desequilibrado. ¿De verdad acaba de entregarme a una Radiante que está despierta a pesar de las protecciones de la torre? —Miró a la niña enjaulada, que le devolvió la mirada desafiante y gruñó—. Apenas parece domesticada. —Rabeniel dio una palmada y entraron varios sirvientes—. Lleváosla a un lugar seguro y no dejéis que escape. Tened cuidado. Podría ser peligrosa. —Mientras se llevaban la jaula, se volvió hacia Venli y habló a Ansia—. Entonces, ¿de verdad era otro de los tuyos, como afirmaban los informes?

—Sí —dijo Venli—. Lo conozco. Se llama Rlain. Es un oyente.

—Hijo de traidores —repuso Rabeniel.

—Como yo —dijo Venli, y entonces hizo una pausa. Respiró hondo y cambió su ritmo a Arrogancia—. Querría que lo liberarais a mi cargo. No tengo a ningún otro de los míos con quien hablar. Es muy valioso para mí.

—Odium extinguió tu pueblo a conciencia —dijo Rabeniel—. Tú eres la última. Una distinción que deberías apreciar, dado que te hace única.

—No deseo ser única —replicó Venli—. Deseo mantener con vida a ese hombren y disfrutar de su compañía. He servido bien en mis distintos quehaceres, a varios Fusionados. Exijo esta compensación.

Rabeniel canturreó a Mofa. Venli tuvo una punzada de pánico y casi se le escurrió la fuerza de voluntad, pero Timbre, siempre vigilante, latió nada menos que a Arrogancia. Era un ritmo de Odium, pero la mejor contrapartida de Resolución. El ritmo que Venli debía seguir expresando. Se puso a canturrearlo también, ya que no confiaba en sí misma para hablar.

—Muy bien —dijo Rabeniel mientras recogía sus papeles para empezar a leer de nuevo—. Tu Pasión te honra. El hombren es tuyo. Asegúrate de que

no da problemas, pues te los atribuiré a ti.

Venli canturreó a Tributo y se apresuró a retirarse. Dentro de ella, Timbre latió a uno de los ritmos normales. Parecía estar dolorida, como si usar un ritmo erróneo hubiera sido duro para ella. Pero lo habían conseguido. Igual que Venli había liberado a la familia del Corredor del Viento.

Timbre latió. Libertad. Venli cayó en la cuenta de que ese sería su próximo juramento. Liberar a quienes estuvieran injustamente retenidos. Casi pronunció un nuevo juramento en voz alta, allí mismo, pero Timbre palpitó en advertencia.

De modo que Venli regresó a sus aposentos antes de ir con Rlain. Cerró la puerta y susurró las palabras.

—Procuraré la libertad a quienes están atados —dijo, y esperó.

No sucedió nada. ¿Había funcionado?

La embargó una sensación distante, una voz de mujer que llegaba desde muy muy lejos, pero que vibraba con el ritmo puro de Roshar.

Esas Palabras, dijo, *no son aceptadas*.

¿No eran aceptadas? Venli se dejó caer en una silla. Timbre latió al Ritmo de la Confusión. Pero en su gema corazón, Venli se dio cuenta de que entendía el motivo. Acababa de ver a una niña atrapada en una jaula que se llevaban los sirvientes de Rabeniel. Parecía evidente, si se paraba a pensarlo.

No podía pronunciar esas palabras con honestidad. No mientras su interés por liberar a Rlain estuviera basado sobre todo en que quería tener a otro oyente con quien sincerarse. No mientras estuviera dispuesta a pasar por alto las necesidades de una niña encerrada en una jaula.

Si quería progresar de verdad como Radiante, tendría que hacer lo que Rlain le había dicho y empezar a pensar en alguien que no fuese ella misma. Y ya hacía tiempo que debería haber empezado a tratar sus poderes con el respeto que merecían.



Los portafolios cartores se centrarán en cómo la moda puede resaltar las formas y los jaspeados de la piel de los cantores. En concreto, esta lámina ilustra el vestuario que un Fusionado podría asignar a su Voz en forma enmisaria para que atraiga la atención en una multitud.

ACEITE Y AGUA



En otras circunstancias, esta arena me fascinaría hasta el punto de abandonar todo otro propósito racional. ¿Qué es? ¿De dónde procede?

De *El Ritmo de la Guerra*, página 13

Por fin, después de tanto tiempo, Navani oyó la voz de Kaladin.

Lo siento, brillante, dijo Kaladin, su voz transmitida por medio del Hermano hasta Navani. *Me derrumbé anoche al volver y me quedé dormido. No te estaba haciendo esperar a propósito.*

Al llegar por la mañana a la cámara de los eruditos, Navani había averiguado gracias al Hermano que había estado durmiendo durante lo que casi había supuesto el final de su resistencia. Desde entonces había esperado varias horas interminables a tener noticias del Corredor del Viento.

—No te disculpes —susurró Navani, de pie en su lugar ya acostumbrado, con las manos a la espalda, tocando la línea de cristal de la pared mientras contemplaba a sus eruditos trabajando. Había guardias en la puerta, y aquella extraña Fusionada demente estaba sentada en su sitio contra la pared del fondo, pero nadie molestaba a Navani—. Hiciste lo que debías hacer, y lo hiciste bien.

Fracasé, dijo Kaladin.

—No —repuso Navani con voz suave pero firme—. Alto mariscal, tu

misión no es salvar la torre. Tu misión es proporcionarme a mí el tiempo suficiente para que invierta lo que se hizo. No fracasaste. Conseguiste algo increíble, y gracias a eso aún podemos pelear.

La respuesta de Kaladin tardó en llegar.

Gracias, dijo con una voz que sonaba reafirmada. *Necesitaba oír esas palabras.*

—Son ciertas —dijo Navani—. Con el tiempo suficiente, confío en poder vaciar la torre de la luz del enemigo y llenarla de la adecuada.

Todo se reducía a la naturaleza de la luz tormentosa, la luz del vacío y la forma en que funcionaba el Hermano. Navani debía hacer un curso acelerado sobre la luz y descubrir exactamente qué había ido mal.

Romper el nodo parece haber empeorado las cosas, dijo Kaladin. *La sanación ahora lleva más tiempo. Una Fusionada me apuñaló y mi luz tormentosa tardó más de diez minutos en curarme por completo la herida.*

—Dudo que eso se deba a la ruptura del nodo —respondió Navani—. Rabeniel pudo corromper más al Hermano antes de que la detuvieras.

Entendido. Lamento mucho no haber podido proteger el nodo, pero Brillante, creo que hacerlo va a ser imposible. Si descubren los otros, tendremos que destruirlos también.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Haz todo lo que debas para proporcionarme más tiempo. ¿Alguna otra cosa de la que informar?

¡Ah, sí!, exclamó Kaladin. *No pude llegar a las Puertas Juradas a tiempo. Creía que sería fácil descender a la planta baja, pero el proceso es más largo de lo que había imaginado.*

—¿No volaste?

Los enlaces no funcionan, brillante. No me queda más remedio que usar la Adhesión para crear asideros. Tendré que practicar más o buscar otra forma de subir y bajar, si aúnquieres que intente llegar a las Puertas Juradas. En todo caso, lo que sí hice fue robar unas vinculacañas para ti. Doce parejas completas.

Syl las ha inspeccionado y cree saber por qué funcionan. Brillante, el spren de su interior está corrompido, como el de Renarin. Ahora los rubíes se alimentan de luz del vacío, como sospechabas, y esos spren deben de ser la razón.

Navani dejó escapar un largo suspiro. Esa había sido una de sus hipótesis, pero no quería verla demostrada. Si necesitaba adquirir spren corrompidos, era muy improbable que pudiera hacer funcionar ningún fabrial sin que

Rabeniel se enterara.

—Descansa —dijo a Kaladin— y recupera fuerzas. Yo descubriré una manera de invertir lo que está sucediendo aquí.

Tenemos que avisar a Dalinar, dijo Kaladin. *Quizá podríamos hacerle llegar una de estas vinculacañas.*

—No se me ocurre cómo lograrlo —respondió Navani.

Bueno, supongo que depende de hasta dónde alcancen las defensas de la torre hacia abajo. A lo mejor podría saltar desde una repisa, caer lo suficiente para salir de la supresión y entonces activar mis enlaces. Pero eso te dejaría sin acceso a un Radiante. La verdad es que era reacio hasta a sugerirlo. No sé si podría marcharme, tal y como están las cosas.

—Estoy de acuerdo —dijo Navani—. De momento, es más importante que estés aquí conmigo. Ten un ojo abierto por si ves a Lift: el Hermano le ha perdido la pista, pero estaba despierta como tú.

Entendido, dijo él.

—Por lo demás, ¿estás bien? ¿Tienes comida?

Sí. Está aquí uno de mis soldados ayudándome. No es Radiante, pero es un buen hombre.

—¿El mudo? —adivinó Navani.

¿Conoces a Dabbid?

—Nos conocemos. Deséale lo mejor de mi parte.

Lo haré, brillante. Pero en realidad, no creo que pueda descansar. Necesito practicar la escalada por fuera de la torre, pero, incluso con entrenamiento, me preocupa no llegar a ser lo bastante rápido. ¿Y si descubren un nodo en la cuadragésima planta? Me costaría horas llegar tan alto.

—Es una preocupación válida —dijo ella—. Veré si puedo encontrar una solución. Hablemos mañana a esta hora aproximada.

Entendido.

Navani se separó de la pared y paseó por la sala. No quería que la vieran hablando sola, porque seguro que los cantores buscarían señales de que alguien fuese Radiante. Conversó en voz baja con Rushu, explicándole sus planes para la siguiente fase de pérdida de tiempo.

Rushu los aprobó, pero Navani se notó molesta cuando siguió adelante. «Tengo que hacer algo más que perder el tiempo —pensó—. Tengo que trabajar por nuestra liberación.»

Había estado desarrollando su plan. El primer paso era seguir asegurándose

de que no cedían terreno, y de eso tendría que ocuparse Kaladin. El segundo paso era advertir a Dalinar de lo que ocurría. Teniendo vinculacañas, quizá pudiera encontrar una manera.

Era el tercer paso el que la inquietaba en esos momentos. Hablando con el Hermano, Navani había confirmado varias cosas que ya sospechaba de antemano. La torre regulaba la presión y el calor para sus habitantes, y en otro tiempo lo había hecho mucho mejor, además de realizar otras muchas funciones vitales.

Casi todo aquello, incluidas las protecciones de la torre contra Fusionados, había cesado más o menos cuando tuvo lugar la Traición. El momento en que los Radiantes habían abandonado sus juramentos y los antiguos cantores se habían transformado en parshmenios al serles robadas sus canciones y sus formas. Los actos de aquellos Radiantes de algún modo habían estropeado la torre y Rabeniel, al llenarla de luz del vacío, estaba empezando a repararla de una forma retorcida.

Navani se sentía agobiada por todo ello. Debía solucionar un problema valiéndose de mecanismos que no comprendía, y cuya existencia había conocido solo unos días antes, de hecho. Siguió caminando, masajeándose las sienes. Necesitaba un problema menor en el que pudiera trabajar antes, para dar a su cerebro un descanso del problema principal.

¿Qué problema más pequeño había que pudiera resolver? ¿Ayudar a Kaladin a ascender y descender más deprisa por la torre? ¿Había algún elevador oculto que pudiera...?

Un momento.

«Un método para que una persona suba y baje deprisa —pensó—. Tormentas.» Dio media vuelta y fue al otro extremo de la sala, reprimiendo en la medida de lo posible cualquier señal visible de su emoción.

El aprendiz de ingeniero, Tomor, había sobrevivido al asalto inicial. Navani lo había asignado a rehacer los cálculos matemáticos de ciertos diagramas. Se inclinó junto al joven fervoroso y señaló el proyecto en el que trabajaba, pero le susurró otra cosa.

—Ese guante que hiciste —dijo—, el que querías usar como ascensor unipersonal. ¿Dónde está?

—¿Brillante? —respondió él, sorprendido—. En una caja, ahí fuera en el pasillo.

—Necesito que lo saques de ahí cuando te marches hoy —susurró ella.

Los cantores concedían más libertad de movimientos a los eruditos de bajo

rango que a Navani. ¿Qué otra cosa iban a hacer? ¿Obligar a tres docenas de personas a dormir en aquella sala, sin instalaciones de ningún tipo? A los eruditos más importantes —Navani, Rushu, Falilar— los escoltaban a todas partes, pero a los subordinados no les prestaban tanta atención.

—¿Brillante? —dijo Tomor—. ¿Y si me pillan?

—Podrían matarte —susurró ella—, pero es un riesgo que debemos asumir. Todavía queda un Radiante luchando, Tomor, y necesita tu dispositivo para moverse de planta a planta.

Los ojos de Tomor se iluminaron.

—¿Mi dispositivo... lo necesita Bendito por la Tormenta?

—¿Cómo sabes quién es?

—Todo el mundo está hablando de él —respondió Tomor—. Pensaba que era un rumor fantasioso.

—Comunicame todos esos rumores, fantasiosos o no —dijo Navani—. De momento, necesito que saques ese guante a hurtadillas y lo dejes escondido en algún sitio donde no vayan a encontrarlo, pero de donde Kaladin pueda recogerlo sin demasiados problemas.

—Lo intentaré, brillante —dijo Tomor, nervioso—. Pero los fabriales ya no funcionan.

—Eso déjamelo a mí. Hazle también un boceto rápido de un plano con la situación de los pesos en la decimonovena planta, ya que también tendrá que ir a visitarlos.

Con los rubíes parejos de las vinculacañas que Kaladin había robado, con un poco de suerte podrían hacer funcionar el dispositivo. Tendría que dar instrucciones a Kaladin para que lo instalara todo bien. Y los rubíes serían más pequeños que los que Tomor había incorporado al aparato. ¿Soportarían el peso? Navani tendría que hacer los cálculos, pero suponiendo que Tomor hubiera usado las jaulas nuevas, que no forzaban tanto los rubíes, debería funcionar.

Se enderezó para ir a hablar con algunos otros eruditos con la misma actitud y postura, para ocultar la importancia de su conversación con Tomor. Pero cuando estaba en la segunda de esas conversaciones, reparó en que había alguien en la puerta.

Rabeniel. Navani respiró hondo, recobró la compostura y sofocó la punzada de ansiedad. Era probable que Rabeniel estuviera molesta por lo sucedido la noche anterior. Navani esperaba que no sospechara de su implicación.

Por desgracia, al poco tiempo entró un guardia en la sala, directo hacia Navani. Rabeniel no se rebajaba a ir en persona a hablar con alguien inferior. Navani no pudo evitar que un congojaspren la siguiera mientras llegaba a la puerta con la Fusionada.

Ese día Rabeniel llevaba vestido, aunque no era de ningún corte que Navani reconociera. Holgado y sin curvas, parecía lo que una mujer alezi se pondría para irse a la cama. Aunque a la Fusionada le quedaba bien en su alta figura, había algo extrañamente perturbador en verla con algo que pareciera más majestuoso que marcial.

La Fusionada no habló al llegar Navani. En vez de eso, se volvió y empezó a alejarse de la sala con paso relajado. Navani la siguió y entraron en el pasillo de los murales. A la izquierda, el escudo que rodeaba la columna de cristal daba un tenue brillo azul.

—Tus eruditos no parecen estar haciendo muchos progresos —dijo por fin Rabeniel—. Debían entregar a mi gente fabriales para probarlos.

—Mis eruditos están asustados y nerviosos, antigua —respondió Navani—. Podrían pasar semanas antes de que estén en condiciones de afrontar verdaderos estudios de nuevo.

—Sí, eso y más, si continúas obligándolos a repetir trabajo ya hecho con la intención de no avanzar.

«Se ha dado cuenta antes de lo que esperaba», pensó Navani mientras las dos caminaban por el pasillo hacia el escudo. Allí había un soldado, un cantor común en forma de guerra, trabajando bajo la supervisión de varios Fusionados. Con una hoja esquirlada.

Ya sabían que los cantores se habían hecho con varias hojas esquirladas de los humanos a los que habían combatido, pero Navani identificó esa en particular. Había pertenecido a su hijo. Era la hoja esquirlada de Elhokar, Soleada.

Navani pudo mantener el rostro impasible con gran esfuerzo, aunque el congojaspren desapareció y en su lugar llegó un agonispren, una cara bocabajo tallada en piedra sobresaliendo como si empujara la pared desde dentro, cerca de ella. Delataba sus verdaderas emociones. Esa pérdida era profunda.

Rabeniel desvió la mirada hacia el agonispren, pero no dijo nada. Navani mantuvo la mirada al frente. Viendo aquella horrible hoja esquirlada en la mano de aquella espantosa criatura. El cantor en forma de guerra tenía el arma preparada. No había gema en su pomo; al parecer, el cantor no la tenía

vinculada. O quizá el proceso de invocación no funcionaba en la torre, con sus protecciones activadas.

El forma de guerra atacó el escudo y, contra las expectativas de Navani, el filo de la hoja esquirlada se clavó en la luz azul. El cantor talló un pedazo, que se evaporó antes de llegar al suelo... y el escudo se restauró igual de deprisa. El soldado lo intentó de nuevo, intentando tallar más rápido. Después de unos minutos observando, Navani estuvo segura de que el esfuerzo era en vano. La burbuja se regeneraba a demasiada velocidad.

—Un comportamiento fascinante, ¿no te parece? —preguntó Rabeniel a Navani.

Navani se volvió hacia la Fusionada, haciendo acopio de fuerzas contra los recuerdos que le despertaba la visión de la espada. Esa noche podría llorar por su hijo, como había hecho muchas noches en el pasado. En esos momentos, no tenía la menor intención de mostrar su dolor a aquellas criaturas.

—Nunca había visto nada como ese escudo, Dama de los Deseos —dijo—. No podría ni empezar a comprender cómo se creó.

—Podríamos desentrañar sus secretos si lo intentásemos juntas —replicó Rabeniel—, en vez de perder el tiempo vigilándonos una a la otra por motivos ocultos.

—Eso es verdad, antigua —dijo Navani—. Pero si deseas mi cooperación y mi buena voluntad, quizá no deberías alardear delante de mí de la hoja esquirlada tomada del cadáver de mi hijo.

Rabeniel se tensó. Miró al cantor en forma de guerra con el arma.

—No lo sabía.

¿De verdad? ¿O aquello era solo otro juego?

Rabeniel se volvió e hizo un asentimiento a Navani para que la siguiera alejándose del escudo.

—Si me permitís la pregunta, antigua —dijo Navani—, ¿por qué entregáis las hojas esquirladas que capturáis a soldados comunes, en vez de quedároslas vosotros?

Rabeniel tarareó a uno de sus ritmos, pero Navani nunca era capaz de identificarlos. Los cantores parecían poder distinguir un ritmo de otro después de oír una palabra corta o un par de segundos de canturreo.

—Algunos Fusionados sí que se quedan las hojas esquirladas que capturamos —dijo Rabeniel—. Aquellos que disfrutan del dolor. Volviendo al asunto que nos ocupa, me temo que tendré que hacer algunos cambios en la

forma de operar que tenéis tus eruditos y tú. Te distraes, como es natural, impidiendo que me proporcionen demasiada información. Sin ser consciente de ello, te he puesto en una posición donde tus talentos se desperdician con un absurdo politiqueo.

»Estas serán las nuevas condiciones: tú trabajarás sola en mi escritorio, en una sala separada de los otros eruditos. Dos veces al día podrás entregarles instrucciones escritas, que yo misma tendré que aprobar. Eso debería dejarte más tiempo para objetivos dignos y menos para el engaño.

Navani apretó los labios formando una línea.

—Creo que no es una decisión sabia, antigua —dijo—. Estoy acostumbrada a trabajar mano a mano con mis eruditos. Son mucho más efectivos cuando dirijo yo en persona sus esfuerzos.

—Me cuesta mucho imaginarlos siendo *menos* efectivos de lo que son ahora mismo, Navani —respondió Rabeniel—. Operaremos de este modo de ahora en adelante. No es un tema sujeto a discusión.

Rabeniel tenía la zancada larga, y la empleaba a propósito para obligar a Navani a corretear si no quería quedarse atrás. Al llegar a las salas de los eruditos, Rabeniel giró a la izquierda en vez de a la derecha y entró en la sala que habían estado utilizando como biblioteca.

El escritorio que Rabeniel tenía en esa cámara había pertenecido a Navani. La Fusionada hizo un gesto y Navani obedeció sentándose. Aquello iba a ser un inconveniente, pero claro, ese era el objetivo de Rabeniel.

La Fusionada bajó una rodilla al suelo y hurgó en una caja que había allí. Dejó algo en la mesa. ¿Una esfera de cristal? Sí, parecida a la que había estado cerca del primer nodo que Navani había activado.

—Cuando descubrimos el nodo que alimentaba el campo, esto estaba conectado a él —dijo Rabeniel—. Fíjate bien. ¿Qué ves?

Navani cogió de mala gana el orbe, que pesaba más de lo que parecía. Aunque estaba hecho de cristal sólido, Navani distinguió una construcción inusual en su interior. Algo en lo que no se había fijado, o no había entendido, la primera vez que había visto uno de aquellos. El globo tenía una columna alzándose en su centro.

—Es una reproducción de la sala de la columna de cristal —dijo Navani, ensanchando los ojos—. No pensaréis...

—Así es como se crea el campo —dijo Rabeniel, dando un golpecito al globo con una uña de caparazón naranja—. Es una clase de moldeado de almas. El fabrial está convenciendo al aire contenido en una esfera centrada

en la columna de que es cristal sólido. Por eso cortarle un trozo no sirve de nada.

—Es increíble —dijo Navani—. Una aplicación de la Potencia que jamás habría anticipado. No es una transformación completa, sino algún estado intermedio. Mantenido en quietud perpetua, utilizando este orbe como modelo para imitar...

—Debe de haber esferas parecidas en los otros nodos.

—Sin duda —convino Navani—. ¿Separar esta hizo que el escudo pareciera más débil que antes?

—No que hayamos podido apreciar —respondió Rabeniel—. Seguro que basta con un nodo para perpetuar la transformación.

—Fascinante...

«No te dejes llevar, Navani. Quiere que pienses como una erudita, no como una reina. Te quiere trabajando para ella, no contra ella.»

Ese foco se hizo incluso más difícil de mantener cuando Rabeniel dejó otra cosa encima de la mesa. Un pequeño diamante del tamaño del pulgar de Navani, lleno de luz tormentosa. Pero... ¿el color no estaba un poco cambiado? Navani sostuvo en alto el diamante, frunció el ceño y le dio unas vueltas con los dedos. No habría podido asegurarla sin una esfera de luz tormentosa para comparar, pero sí que parecía tener un leve tono verde azulado.

—No es luz tormentosa, ¿verdad? —preguntó—. Ni luz del vacío.

Rabeniel canturreó a un ritmo. Entonces, reparando en que Navani no lo comprendería, dijo:

—No.

—La tercera luz. ¡Es que lo sabía! En el momento en que conocí la existencia de la luz del vacío, empecé a pensarla. Tres dioses. Tres tipos de luz.

—Ah, pero esto no es la tercera luz —dijo Rabeniel—. A esa la llamamos luz de vida. El poder de Cultivación destilado. Esto es algo distinto. Algo único. Es el motivo por el que vine a esta torre. Es una *mezcla* de dos luces. Luz tormentosa y luz de vida. Igual que...

—Igual que el Hermano desciende tanto de Honor como de Cultivación —terminó la frase Navani.

Tormentas. A eso se refería el Hermano al decir que su luz ya no funcionaba. Nadie había podido hacer que Urithiru se activara por completo porque había ocurrido algo a la luz de la torre.

—Salía solo gota a gota —dijo Rabeniel—. Algo va mal en la torre e impide que fluya. —Su ritmo se volvió más enérgico—. Pero esto es la prueba. Llevaba mucho tiempo sospechando que debía haber una forma de mezclar y cambiar las distintas formas de luz. Estas tres energías son los medios por los que operan todas las Potencias, y aun así sabemos poquísimo sobre ellas.

»¿Qué podríamos hacer con este poder si de verdad lo comprendiéramos? Esta luz de torre prueba que la luz tormentosa y la luz de vida pueden combinarse y crear algo nuevo. ¿Es posible hacer lo mismo con la luz tormentosa y la luz del vacío? ¿O resultará imposible, dado que son opuestas?

—Pero ¿lo son? —preguntó Navani.

—Sí. Como noche y día o aceite y agua. Pero tal vez encontremos la forma de juntarlas. De hacerlo, podría ser... un modelo, quizá, de nuestros pueblos. Un camino hacia la unidad en vez del conflicto. La demostración de que nosotros, pese a ser opuestos, podemos coexistir.

Navani se quedó mirando la esfera de luz de torre y se sintió obligada a hacer una corrección.

—El aceite y el agua no son opuestos.

—Claro que lo son —replicó Rabeniel—. Es un dogma filosófico básico. No pueden mezclarse y deben permanecer siempre separados.

—Que dos cosas no se mezclen no las convierte en opuestas —dijo Navani—. La arena y el agua tampoco se mezclan, y a ellas no las llamaríamos opuestas. Pero eso es irrelevante. El aceite y el agua pueden mezclarse, si se tiene un emulsionante.

—No conozco esa palabra.

—Es un tipo de agente combinador, antigua —dijo Navani, levantándose.

Si sus cosas seguían allí dentro... Sí, a un lado de la sala encontró una caja que contenía materiales para experimentos.

Llenó un vial con aceite y agua y le añadió un poco de extracto de savia de tocopeso para que actuara como emulsionante. Agitó la disolución resultante y se la entregó a Rabeniel. La Fusionada la cogió y la sostuvo en alto, esperando a que el aceite y el agua se separasen. Pero, por supuesto, no lo hicieron.

—El aceite y el agua se mezclan en la naturaleza a todas horas —dijo Navani—. La leche de cerda tiene grasa en suspensión, por ejemplo.

—Llevo... demasiado tiempo aceptando la filosofía antigua como hecho indudable, ya lo veo —dijo Rabeniel—. Me llamo erudita, pero hoy me

siento necia.

—Todo el mundo tiene lagunas en su conocimiento. La ignorancia no es motivo de vergüenza. En cualquier caso, el aceite y el agua no son opuestos. No estoy segura de cuál sería el opuesto del agua, si es que la palabra tiene sentido siquiera aplicándola a un elemento.

—Las distintas formas de luz sí que tienen opuestos —dijo Rabeniel—. De eso estoy segura. Pero debo pensar en lo que me has mostrado. —Extendió el brazo y tocó la esfera llena de luz de torre—. De momento, experimenta con esta luz. Para que te mantengas centrada, debo insistir en que permanezcas en esta sala hasta que hayas concluido tu jornada, excepto cuando vayas acompañada a hacer tus necesidades.

—Muy bien —respondió Navani—. Pero si queréis que mis eruditos de verdad desarrollem algo para vos, esa idea de que os dibujen esquemas y vosotros los probéis es absurda. No funcionará, o por lo menos no bien. En vez de eso, antigua, os sugiero que nos entreguéis gemas que puedan alimentar fabriales que funcionen en la torre.

Rabeniel canturreó un momento, contemplando la emulsión.

—Enviaré esas gemas a tu gente como prueba de mi disposición a trabajar juntas. —Se volvió para marcharse—. Si pretendes usar códigos cifrados para enviar instrucciones ocultas a tus eruditos, ten la amabilidad de hacerlos difíciles. A los spren que emplearé para desentrañar tus verdaderos mensajes les gustan los retos. Dan más variedad a sus existencias.

Rabeniel dejó un guardia en la puerta, pero no limitó los desplazamientos de Navani dentro de la sala. Por lo demás estaba vacía: contenía solo estanterías, cajas y alguna lámpara de esferas. No había más salidas, pero cerca del fondo de la sala Navani encontró una veta de cristal oculta entre los estratos.

—¿Estás ahí? —preguntó, tocándola.

Sí, respondió el Hermano. *Estoy más cerca de la muerte que nunca. Me rodean maldades por todas partes. Hombres y cantores pretendiendo abusar de mí.*

—No establezcas una falsa equivalencia —replicó Navani—. Puede que mi gente no comprenda el daño que hemos hecho a los spren, pero el enemigo sin duda sabe el daño que provoca al corromperlos.

No importa. Pronto moriré. Solo quedan dos nodos, y el anterior lo descubrieron muy deprisa.

—Una prueba más de que deberías ayudarnos a nosotros, no a ellos —

susurró Navani, echando un vistazo entre los montones de cajas para comprobar que no había llamado la atención del guardia—. Tengo que saber más sobre cómo funcionan estas formas distintas de luz.

No puedo explicar mucho, dijo el Hermano. *Para mí, todo funcionaba sin más. Al igual que un niño humano puede respirar, yo antes creaba y utilizaba la luz. Y entonces... los tonos se marcharon... y la luz me abandonó.*

—Muy bien —dijo Navani—. Ya hablaremos de eso más tarde. De momento, necesito que me digas dónde están los otros nodos.

No. Defiéndelos cuando los encuentren.

—Hermano —dijo Navani—, si Kaladin Bendito por la Tormenta no puede proteger un nodo, nadie puede. Nuestro objetivo debería ser distraer y desorientar, para impedir que los Fusionados los encuentren. Para hacer eso necesitaré saber dónde están los nodos.

Hablas muy bien, replicó el Hermano. *Tan bien que resulta frustrante. Los humanos siempre sonáis muy razonables. Es solo después, tras el dolor, cuando emerge la verdad.*

—Ocúltalo si quieres —dijo Navani—. Pero después de ver a Kaladin luchar por ti, por fuerza sabes que estamos en grave inferioridad. Nuestra única esperanza es impedir que localicen los nodos. Si al menos supiera dónde está uno de ellos, podría pensar en argucias para desviar la atención del enemigo.

Piensa primero en esas argucias, repuso el Hermano. *Luego vuelve a hablar conmigo.*

—Bien —dijo Navani.

Sacó unos libros de un estante para ocultar lo que había estado haciendo y regresó a su asiento. Allí empezó a escribir todo lo que sabía sobre la luz.

GUARDIANA DE LAS FORMAS



OCHO AÑOS ANTES

Eshonai dio vueltas al topacio entre los dedos y armonizó a Tensión. Los topacios deberían brillar con un tono marrón profundo y calmado, pero aquel daba una perversa luz naranja, como el vivo color a lo largo del lomo de un cremlino sigs para advertir de que era venenoso.

Mirándolo de cerca, a Eshonai le pareció que alcanzaba a distinguir el spren atrapado en su interior. Un dolorspren, moviéndose frenético por dentro de la gema. Aunque... quizá la parte del frenesí eran imaginaciones suyas. El spren apenas tenía una forma definida cuando estaba dentro de la gema, al haber revertido a la neblinosa luz tormentosa que creaba a todos los de su especie. Aun así, era imposible que fuese feliz allí dentro. ¿Cómo se sentiría ella si la encerraran en una habitación y le impidieran explorar?

—¿Esto lo aprendiste de los humanos? —preguntó Eshonai.

—Sí —dijo Venli, sentada y cómoda entre dos de los ancianos en la pequeña sala del consejo, decorada con esteras tejidas y estandartes pintados.

Venli no era una de los Cinco, los líderes de los ancianos, pero parecía creer que su sitio estaba entre ellos. Le había ocurrido algo durante aquellos últimos meses. Si antes era autocomplaciente, había pasado a irradiar egocentrismo y confianza. Venli canturreó a Victoria mientras Eshonai

pasaba la gema a uno de los ancianos.

—¿Por qué no nos trajiste esto antes, Venli? —preguntó Klade. El reservado anciano fue el siguiente en tomar la gema—. Ya hace meses que los humanos se marcharon.

—Pensaba que podía estar equivocada —respondió Venli a Confianza—. Decidí comprobar si podía atrapar un spren por mi cuenta. Seguro que no habrías querido que os molestara con mis caprichos, de haberme equivocado.

—No sabía nada de que pudieran hacer esto —dijo Klade a Reconciliación—. ¿Crees que podrías atrapar un vidaspren? Si lo hicieras, podríamos escoger mejor cuándo adoptamos la forma carnal. Eso sería conveniente.

—Probad esta gema —dijo Venli, cogiéndola y pasándosela a Varnali—. Creo que podría ser el secreto de la forma de guerra.

—Una forma peligrosa —dijo Varnali—, pero útil.

—No es una forma de poder —afirmó Klade—. Estamos en nuestro derecho de reclamarla.

—Los humanos hacen propuestas —dijo Gangnah, la más importante de ellos, a Malestar, un ritmo que se usaba para despertar la solidaridad en una situación frustrante—. Se comportan como si fuéramos una nación unida, no un grupo de familias que se pelean. Ojalá pudiéramos presentarles un frente más fuerte. Ellos han logrado mucho durante nuestros siglos de separación, y nosotros recordamos muy poco.

—Disculpad, ancianos —intervino Eshonai a Reconciliación—, pero ellos cuentan con ventajas que nosotros no tenemos. Una población muy superior en número, antiguos aparatos para crear metales, unos territorios más protegidos de las tormentas.

Eshonai había vuelto hacía poco de sus últimas exploraciones, que los ancianos habían pasado a apoyar sin fisuras. Había intentado rodear el puesto comercial de los humanos para encontrar su hogar. Había armonizado a Decepción más de una vez, porque todos los lugares donde pensaba que hallaría a los humanos habían resultado estar desiertos. Habían encontrado manadas de chulls salvajes y hasta habían visto a lo lejos un sorprendente grupo de ryshadios.

Pero nada de humanos. No hasta que había vuelto a su puesto comercial, que se había transformado en una pequeña fortificación, construida en piedra y habitada por soldados y dos escribas. Los humanos tenían un mensaje para ella esperándola allí. El rey humano deseaba «formalizar las relaciones» con su pueblo, al que se refería como «los parshendi».

Eshonai había regresado con el mensaje para encontrar aquello, a Venli sentada entre los ancianos. A Venli, tan segura de sí misma. A Venli, reproduciendo unas técnicas humanas de las que Eshonai, pese a ser quien más tiempo había pasado con ellos, nunca los había oído hablar.

—Gracias, Eshonai —dijo Gangnah a Apreciación—. Has hecho un buen trabajo en tu expedición. —La forma de trabajo solo tenía caparazón en pequeñas rugosidades al dorso de las manos, y el de Gangnah ya empezaba a blanquear por los bordes. Una señal de su edad. Se volvió hacia los otros y siguió hablando—. Tendremos que responder a esta oferta. Los humanos esperan que seamos una nación. ¿Deberíamos formar un gobierno como el que tienen ellos?

—Las otras familias jamás nos seguirían —dijo Klade—. Ya están resentidas porque los humanos nos prestaron más atención a nosotros.

—A mí la idea de un rey me desagrada —añadió Husal a Ansiedad—. No deberíamos imitarlos en eso.

Eshonai canturreó a Súplica, indicando que deseaba hablar de nuevo.

—Ancianos —dijo—, creo que debería visitar a las demás familias y enseñarles mis mapas.

—¿Qué conseguiríamos con eso? —preguntó Venli a Escepticismo.

—Si les muestro lo grande que es el mundo, comprenderán que somos un pueblo más pequeño de lo que creíamos. Querrán que nos unamos.

Venli canturreó a Diversión.

—¿Y crees que vendrían con nosotros sin más? ¿Solo por ver unos mapas? Eshonai, eres un encanto.

—Consideraremos tu propuesta —dijo Gangnah, y entonces canturreó a Apreciación, indicando que Eshonai podía retirarse.

Eshonai salió a la luz del sol mientras los ancianos hacían más preguntas a Venli sobre la creación de gemas con spren atrapados. Armonizó a Malestar. Luego se obligó a cambiar al Ritmo de la Paz. Siempre se notaba ansiosa después de un viaje largo. No estaba molesta con su hermana, solo con la situación general.

Se permitió vagar hacia la muralla agrietada que rodeaba la ciudad. Le gustaba aquel lugar porque era antiguo y las cosas antiguas le parecían... reflexivas. Caminó a lo largo de la base de lo que una vez fuera un fuerte muro, cruzándose con oyentes que cuidaban de chulls, que transportaban grano desde los campos, que cargaban agua. Muchos levantaban la mano o saludaban a un ritmo cuando la veían. Eshonai se había hecho famosa, por

desgracia. Tuvo que pararse a charlar con varios oyentes que querían preguntarle sobre su expedición.

Soportó la atención con paciencia. Eshonai había pasado años intentando inspirar en los demás aquel tipo de interés por el mundo exterior. No iba a malograr aquella buena voluntad.

Al final logró zafarse de todo el mundo y subió al puesto de vigilancia que había en la muralla. Desde allí podía ver a oyentes de otras familias moviéndose por las Llanuras Quebradas, o paseando a sus cerdos más allá del perímetro de la ciudad.

«Hay más que de costumbre», pensó. Una de las otras familias podría estar preparando un asalto a la ciudad. ¿Serían tan audaces? ¿Tan pronto después de que los humanos hubieran llegado y cambiado el mundo?

Sí, claro que lo serían. La familia de la propia Eshonai había sido así de audaz, a fin de cuentas. Era posible que los demás supusieran que la gente de Eshonai estaba obteniendo secretos, o mercancías especiales, de los humanos. Querrían ponerse en posición de recibir ellos las bendiciones de los humanos.

Eshonai tenía que acudir a ellos y explicárselo. ¿Por qué luchar, cuando había mucho más allí fuera que experimentar? ¿Por qué reñir por aquellas ciudades viejas y destrozadas? Podrían estar construyendo ciudades nuevas como hacían los humanos. Armonizó a Determinación.

Entonces volvió a armonizar a Ansiedad al ver una figura que caminaba distraída por la base de la muralla. La madre de Eshonai llevaba una túnica marrón holgada, apagada en comparación con las preciosas pautas rojas y negras de la piel de la mujeren.

Eshonai descendió al suelo y corrió hacia ella.

—¿Madre?

—Ah —dijo su madre a Ansiedad—. Te conozco. ¿Podrías ayudarme? Creo que me he metido en una situación rara.

Eshonai la cogió por el brazo.

—Madre.

—Sí. Sí, soy tu madre. Eres Eshonai. —La mujeren miró alrededor antes de inclinarse hacia Eshonai—. ¿Puedes decirme cómo he llegado aquí, Eshonai? No me acuerdo.

—Estabas esperando a que yo volviera a casa —dijo Eshonai—. Con comida.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no he hecho eso?

—Debes de haber perdido la noción del tiempo —respondió Eshonai a

Consuelo—. Vamos, te acompañó a casa.

Jaxlim canturreó a Determinación y se negó a dejarse mover, al parecer volviéndose más consciente, más ella misma a cada segundo que pasaba.

—Eshonai —dijo—, tenemos que afrontar esto. No es solo que me encuentre cansada. Esto es algo peor.

—Puede que no, madre —repuso Eshonai—. A lo mejor es...

Su madre canturreó al Ritmo de lo Perdido. Eshonai no terminó la frase.

—Debo asegurarme de que tu hermana conoce las canciones —dijo Jaxlim—. Puede que estemos llegando a los coletazos de mi vida, Eshonai.

—Por favor, ven y descansa —pidió Eshonai a Paz.

—El descanso es para quienes tienen tiempo que perder, querida —replicó su madre, pero se dejó llevar en dirección a su casa. Se arrebujó en su túnica—. Puedo lidiar con esto. Nuestros antepasados aceptaron la debilidad para crear nuestro pueblo. Sufrieron la fragilidad en sus cuerpos y sus mentes. Yo puedo afrontar esto con elegancia. Debo hacerlo.

Eshonai acomodó a su madre en casa y le puso algo de comer. Se planteó sacar sus nuevos mapas para enseñárselos a su madre, pero vaciló. A Jaxlim nunca le gustaba que Eshonai le hablara de sus viajes. Era mejor no alterarla.

¿Por qué tenía que suceder así? Eshonai por fin tenía lo que había querido de la vida. Pero el progreso, el cambio, no podía tener lugar sin el paso de las tormentas y el transcurrir de los años. Cada día que adelantaban significaba otro día de regresión para su madre.

El tiempo era un amo sádico. Hacía adultos a los niños y luego, regodeándose, implacable, robaba todo lo que había concedido.

Aún estaban comiendo cuando regresó Venli. Siempre ocultaba una sonrisa en los últimos tiempos, como si estuviera armonizando a Diversión en secreto. Dejó en la mesa su gema, la que tenía el spren.

—Van a intentarlo —dijo Venli—. Están pidiendo voluntarios. Yo debo proporcionarles un puñado de gemas como esta.

—¿Cómo aprendiste a tallarlas igual que los humanos? —preguntó Eshonai.

—No fue difícil —dijo Venli—. Solo hizo falta un poco de práctica.

Su madre fijó la mirada en la gema. Se limpió las manos con un trapo y la recogió de la mesa.

—Venli, necesito que vuelvas a practicar. No sé cuánto tiempo más podré seguir siendo nuestra guardiana de las canciones.

—Porque tu mente está fallando —dijo Venli—. Madre, ¿por qué crees que

me esfuerzo tanto en encontrar estas formas nuevas? Esto puede ayudarte.

Eshonai armonizó a Sorpresa y miró a su madre.

—¿Ayudarme? —preguntó Jaxlim.

—Cada forma tiene una manera de pensar distinta —dijo Venli—. Eso quedó preservado en las canciones. Y algunas eran más fuertes, más resistentes a las enfermedades, tanto físicas como mentales. Así que si pudieras cambiar a esta nueva forma...

Su madre armonizó a Consideración.

—Yo... no lo había pensado —confesó Eshonai—. ¡Madre, debes presentarte voluntaria! ¡Esto podría ser la solución!

—He intentado convencer a los ancianos —dijo Venli—. Quieren que los primeros en probar el cambio sean oyentes jóvenes.

—A mí me escucharán —dijo Jaxlim a Determinación—. Al fin y al cabo, mi trabajo es hablar para que ellos me oigan. Probaré esa forma, Venli. Y si de verdad has cumplido ese objetivo tuyo... bueno, una vez pensé que ser nuestra nueva guardiana de las canciones sería tu más elevada vocación. No me había planteado que pudieras *inventar* una vocación de más honor si cabe. Guardiana de las formas.

Eshonai se reclinó, escuchando el canturreo de su hermana a Alegría. Solo que... la cadencia no terminaba de encajar. Era más rápida. ¿Más violenta?

«Son imaginaciones tuyas —se dijo—. No dejes que los celos te consuman, Eshonai. Eso podría destruir tu familia.»

PRÁCTICA



Parece ser que no es la arena en sí, sino algo que crece en ella, lo que muestra esas extrañas propiedades. Es posible crear más, con los materiales adecuados y una simiente de la original.

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 13

Kaladin se revolvió, sudando y temblando, su mente saturada por las visiones de sus amigos muriendo. De Roca congelado en los Picos Comecuernos, de Lopen asesinado en un lejano campo de batalla, de Teft muriendo solo, reseco hasta los huesos, con los ojos vidriosos por el uso continuado del musgoardiente.

—¡No! —chilló Kaladin—. ¡No!

—¡Kaladin! —exclamó Syl. Revoloteó alrededor de su cabeza, llenándole los ojos de franjas de luz blanquiazul—. Estás despierto. Estás bien. ¿Kaladin?

Kaladin respiró una y otra vez, llenándose los pulmones. Las pesadillas parecían muy reales, y no se esfumaban al despertar. Eran como el olor a sangre en la ropa después de una batalla.

Se obligó a levantarse y lo sorprendió encontrar una bolsita llena de gemas brillantes en la repisa de piedra que había en la sala.

—Las ha traído Dabbid —dijo Syl—. Las ha dejado hace un rato, además

de un poco de caldo, y luego ha cogido la jarra y se ha ido a por agua.

—¿Cómo ha...?

¿Podría habérselas dado el fervoroso del monasterio? O quizá las hubiera cogido con disimulo de algún otro sitio. Dabbid podía moverse por la torre de maneras que estaban vedadas a Kaladin. A él la gente siempre lo miraba, lo recordaba. Sería la altura, supuso. O quizá el porte. Nunca había aprendido a agachar la cabeza como era debido, ni siquiera en sus tiempos de esclavo.

Kaladin negó con la cabeza y se puso a hacer su rutina de las mañanas: estiramientos, ejercicio y luego lavarse tan bien como pudiera con una tela y un poco de agua. Después de eso fue a ver a Teft, lo lavó a él y lo cambió de postura para ayudar a evitar que le salieran llagas. Hecho todo eso, Kaladin se arrodilló junto al banco de Teft con la jeringa y el caldo e intentó hallar un solaz de su propia mente a través del acto tranquilizador de alimentar a su amigo.

Syl se acomodó en el banco de piedra al lado de Teft mientras Kaladin trabajaba, con su vestido infantil, sentada con las rodillas contra el pecho y los brazos alrededor de ellas. Ninguno de los dos habló durante un buen rato.

—Ojalá estuviera despierto —susurró Syl por fin—. Hay algo feliz en la forma que tiene Teft de enfadarse.

Kaladin asintió.

—Fui a hablar con Dalinar —dijo ella—, antes de que se marchara. Le pregunté si podía hacerme sentir como se sienten los humanos. Triste a veces.

—¿Qué? —preguntó Kaladin—. Por el décimo nombre del Todopoderoso, ¿por qué ibas a hacer algo así?

—Quería sentir lo mismo que tú —dijo ella.

—Nadie debería tener que sentir lo que yo.

—Soy una persona independiente, Kaladin. Puedo tomar mis propias decisiones. —Syl miró sin ver más allá de Teft y Kaladin—. Fue hablando con él cuando empecé a recordar a mi antiguo caballero, como te decía. Creo que Dalinar hizo algo. Yo quería que me Conectara contigo. Se negó. Pero creo que, de algún modo, me Conectó con quien yo era antes. Me hizo capaz de recordar de nuevo, y de sufrir...

Kaladin se sentía desvalido. Nunca había podido sobreponerse a sus propios sentimientos de oscuridad. ¿Cómo iba a ayudar a otra persona?

«Tien podría haberlo hecho —pensó—. Tien habría sabido qué decir.»

Tormentas, cómo echaba de menos a su hermano. Hasta después de tantos años.

—Creo que los spren tenemos un problema —dijo Syl—. Pensamos que no cambiamos. Seguro que a veces nos oyes decirlo. «Los hombres cambian. Los cantores cambian. Los spren no.» Creemos que, al tener partes eternas, nosotros lo somos también. Pero los humanos también tenéis partes eternas.

»Si podemos elegir, podemos cambiar. Si no pudiéramos cambiar, entonces la elección perdería su significado. Me alegro de sentirme así, de recordarme a mí misma que no siempre he estado igual. No siempre he sido la misma. Significa que, el venir aquí en busca de otro Caballero Radiante, estaba decidiendo. No solo haciendo lo que fui creada para hacer, sino lo que quería.

Kaladin ladeó la cabeza, con la jeringa de caldo a medio camino de los labios de Teft.

—En mi peor estado, a mí me da la impresión de que no puedo cambiar. De que no he cambiado nunca. De que siempre me he sentido así y siempre me sentiré igual.

—Cuando te pongas así —dijo Syl—, avísame, ¿quieres? A lo mejor hablar conmigo de ello te ayuda.

—Sí. Muy bien.

—¿Y Kal? —añadió ella—. Haz lo mismo tú por mí.

Kaladin asintió y los dos se quedaron callados. Él quería decir más. Debería haber dicho más. Pero estaba exhausto. Los agotaspren se arremolinaban en la sala, aunque se había pasado medio día durmiendo.

Notaba las señales. O mejor dicho, ya no podía hacer como que no. Estaba sumido en las profundidades de la conmoción de batalla, y que la torre estuviera ocupada por el enemigo no lo solucionaba por arte de magia. Lo empeoraba. Más combate. Más tiempo solo. Más gente dependiendo de él.

Muerte, soledad y tensión. Un triunvirato impío que lo acorralaba con lanzas y dagas. Y no. Dejaba de. Apuñalarlo.

—¿Kaladin? —dijo Syl.

Cayó en la cuenta de que llevaba allí sentado sin moverse... ¿cuánto tiempo? Tormentas. Se apresuró a llenar la jeringa y la llevó a los labios de Teft. Su amigo volvía a moverse, a murmurar, y Kaladin casi alcanzaba a entender lo que decía. ¿Algo de sus padres?

Al poco tiempo se abrió la puerta y entró Dabbid. Hizo un saludo rápido a Kaladin, corrió hasta el banco cerca de Teft y dejó algo en la piedra. Hizo gestos de apremio.

—¿Qué es eso? —preguntó Kaladin, y retiró la tela para revelar algún tipo

de fabrial.

Parecía un brazalete de cuero, como los que llevaban Dalinar y Navani para saber la hora. Solo que la construcción era distinta. Aquel tenía largas correas de cuero y una parte metálica, como un mango, que se levantaba y se colocaba cruzado en la palma de la mano. Kaladin le dio la vuelta y encontró diez rubíes en la parte del antebrazo, aunque estaban opacos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Dabbid se encogió de hombros.

—El Hermano te ha guiado hasta esto, supongo.

Dabbid asintió.

—Debe de habérmelo enviado Navani —dijo Kaladin—. Syl, ¿qué hora es?

—Falta como media hora para que tengas que hablar con la reina —dijo ella, levantando la mirada hacia el cielo, oculto tras muchos metros de piedra.

—¿Y la próxima alta tormenta? —preguntó Kaladin.

—No estoy segura, pero aún faltarán unos días. ¿Por qué?

—Nos interesaría recargar las gemas opacas que utilicé luchando contra el Perseguidor. Gracias por las nuevas, Dabbid, por cierto. Pero tendremos que pensar en cómo esconder las otras fuera para que se recarguen.

Dabbid se dio unas palmadas en el pecho. Se ocuparía él.

—Últimamente parece que estás mejor —dijo Kaladin, sentándose para terminar de dar de comer a Teft.

Dabbid levantó los hombros.

—¿Me cuentas tu secreto? —dijo Kaladin.

Dabbid se sentó en el suelo y puso las manos en el regazo. Así que Kaladin volvió al trabajo. Lo encontró sorprendentemente cansado, ya que le costaba que su atención no se desviara a las pesadillas. Se alegró cuando, al terminar, Syl le dijo que había llegado el momento de su conversación con Navani.

Fue a la pared lateral de la sala, apretó la mano contra la veta de cristal y esperó a que ella le hablara a la mente.

—*¿Alto mariscal?*, dijo Navani al cabo de unos minutos.

—Estoy aquí —respondió él—. Pero, dado que estaba a punto de hacerme cirujano a tiempo completo, no creo que tenga ya esa graduación.

Acabo de ascenderte de nuevo. He hecho que uno de mis ingenieros saque a hurtadillas un fabrial que podría resultarte útil. El Hermano debería poder llevarte hasta él.

—Ya lo tengo —dijo Kaladin—. Pero no tengo ni idea de lo que se supone

que hace.

Es un elevador personal, pensado para hacerte levitar grandes distancias hacia arriba y hacia abajo. Así podrás recorrer la torre en toda su altura.

—Interesante —respondió él, mirando el aparato que reposaba en el banco de piedra—. Pero no se me da muy bien la tecnología, brillante. Lo siento, pero apenas sé cómo activar un fabrial calentador.

Pues te tocará aprender deprisa, dijo Navani. Porque tienes que reemplazar los rubíes del fabrial por esos otros de luz del vacío de las vinculacañas que robaste. Necesitaremos los doce pares. ¿Ves un plano guardado con el aparato?

—Un momento —dijo Kaladin. Metió la mano en el saquito y sacó un pequeño mapa doblado. Llevaba a un lugar en la decimonovena planta, a juzgar por los glifos—. Lo tengo. Debería poder llegar hasta ahí. El enemigo no vigila los pisos superiores.

Excelente. Allí encontrarás pesos en un agujero, que es donde tendrás que instalar las otras mitades de esos rubíes. Un mecanismo en el brazalete del fabrial hace que caiga uno de esos pesos, y la fuerza se transfiere a través de los rubíes. Tirará de ti en cualquier dirección hacia la que apuntes el aparato.

—¿Me tirará del brazo? —preguntó Kaladin—. No suena muy cómodo.

No lo es. Mi ingeniero estaba intentando resolverlo. Hay una correa que tienes que enrollarte brazo arriba y se sujet a al hombro. Él cree que podría ayudar.

—Muy bien —dijo él. Era algo que hacer, por lo menos.

Pero... ¿fabriales? Kaladin siempre los había considerado juguetes de ricos. Aunque supuso que cada vez era menos cierto. Había proyectos de cría que estaban produciendo ganado con gemas corazón de rubí cada vez más grandes, y los métodos de creación de fabriales se iban extendiendo. Parecía que una habitación de cada tres tenía fabriales calentadores en los últimos tiempos, y las vinculacañas se habían vuelto lo bastante baratas para que hasta la tropa rasa pudiera permitirse pagar para enviar mensajes a través de ellas.

Navani le explicó cómo debía reemplazar los rubíes. Por suerte, en el estuche de vinculacañas que había robado había unas pequeñas herramientas que servían para desmontar las gemas. No era más difícil que cambiar las hebillas a un jubón de cuero.

Cuando hubieron terminado, Syl y él se aventuraron al exterior y subieron

nueve plantas sin que los vieran. Kaladin no usó nada de luz tormentosa: tenía demasiado poca para desperdiciarla. Además, le sentó bien esforzar el cuerpo.

En la decimonovena planta, la luz granate lo guio hasta el lugar que indicaba el mapa. Allí encontró los pesos y el enorme hueco, y Navani le fue diciendo cómo instalar los rubíes parejos. Empezó a comprender cómo funcionaba el aparato. Los enormes pesos tenían masa más que suficiente para levantar a un hombre. Cinco de los rubíes de su fabrial estaban conectados a aquellos pesos, para transferir la fuerza.

Los otros siete rubíes servían para activar y controlar los pesos. El sistema de poleas y mecanismos era demasiado complejo para que Kaladin lo entendiera, pero en esencia le permitía cambiar a otro peso cuando uno hubiera caído del todo. También podía ralentizar el descenso del peso o detenerlo por completo, modulando así la fuerza con la que el aparato tiraba de él.

Cada peso debería tirar de ti muchas decenas de metros antes de agotarse, le dijo Navani a través de una veta de granate en la pared. *Ese agujero cae hasta los acuíferos que hay en la base de la montaña, lo que significa que deberías poder ascender desde la planta baja hasta la cima de la torre utilizando un solo peso.*

La mala noticia es que, cuando los cinco pesos hayan caído, el dispositivo será inútil hasta que vuelvas a enrollarlos. Hay un cabestrante en la esquina. Me temo que es un proceso arduo.

—Qué incordio —dijo Kaladin.

Sí, es un poco molesto tener que dar cuerda a una manivela para experimentar la maravilla de que un humano levite decenas de metros por los aires sin hacerse daño.

—Perdón, brillante, pero es que estoy acostumbrado a hacerlo con muchos menos problemas.

Lo cual ahora es intrascendente, ¿verdad?

—Supongo que sí —dijo él. Miró el fabrial, que llevaba puesto ya en el brazo izquierdo, con las correas rodeándole el brazo hasta el hombro. Le apretaba un poco, pero por lo demás parecía bastante cómodo—. Entonces, ¿apunto hacia donde quiera ir, lo activo y tirará de mí en esa dirección?

Exacto. Pero el dispositivo está diseñado para no moverse si lo sueltas. Era demasiado peligroso de otro modo. ¿Ves el resorte de presión que cruza la palma? Soltarlo activa el freno de la cuerda. ¿Lo entiendes?

—Sí —respondió Kaladin

Cerró el puño en torno a la barra. Tenía una parte metálica separada que se enrollaba a su alrededor por un lado, con un muelle debajo. Cuanto más apretara, más deprisa tiraría el aparato de él. Si lo soltaba del todo, se detendría donde estuviera.

Utilizar el fabrial requiere dos pasos. Primero tienes que activarlo, conjuntando los rubíes. ¿Ves el interruptor que puedes mover con el pulgar? Sirve para eso. Cuando lo acciones, tu brazo se quedará fijo en la orientación que lleve y el brazal no podrá moverse en ninguna otra dirección que hacia delante.

El segundo paso es empezar a soltar un peso. Si un peso cae hasta abajo del todo, cambias al siguiente utilizando el dial que tienes al dorso de la muñeca. ¿Lo ves?

—Lo veo —dijo él.

Cuando pares, te quedarás colgando del aire hasta que desactives el aparato. Pero mientras te quede otro peso que no se haya agotado, puedes girar el disco para conectarte a ese y seguir ascendiendo. O si te atreves, puedes desactivar el aparato y caer un instante mientras señalias en otra dirección para luego reactivarlo y que tire de ti hacia allí.

—Suena peligroso —respondió Kaladin—. Si estoy flotando en el aire y necesito llegar a una terraza o donde sea, ¿tengo que soltarme en caída libre un momento para cambiar la dirección del aparato y que tire de mí hacia el lado, en vez de arriba y abajo?

Lo lamento, pero sí. El ingeniero que creó el dispositivo tiene ideas grandiosas y elevadas, pero no mucho sentido práctico. Aun así, es mejor que nada, alto mariscal. Y es lo mejor que puedo hacer para ayudarte ahora mismo.

Kaladin respiró hondo.

—Entendido. Lo siento si parezco desagradecido, brillante. He tenido unos días duros. Me alegro de tenerlo. Me acostumbraré a utilizarlo.

Muy bien. No deberías tener que preocuparte porque se acabe la luz del vacío de las gemas mientras practicas. Los rubíes parejos no pierden mucha energía en mantener su conexión. Pero sí que terminará agotándose con el tiempo. Tendremos que pensar qué hacemos al respecto cuando ocurra.

De momento, confío en que el Hermano pronto confiará lo suficiente en mí para decirme dónde encontrar los nodos restantes. Cuando tenga esa información, podré diseñar un plan para protegerlos, quizá engañando al

enemigo para que busque en una parte distinta de la torre. Es crucial que mantengas ese escudo activo todo el tiempo posible, para darme tiempo y que pueda descubrir qué anda mal con la luz de la torre y sus defensas.

—¿Algún avance en eso? —preguntó Kaladin.

No, pero ahora mismo estoy concentrándome en llenar los huecos de mi conocimiento. Cuando tenga las nociones básicas adecuadas sobre la luz tormentosa y la luz del vacío, confío en que progresaré a mayor velocidad.

—Entendido —dijo Kaladin—. Volveré a ponerte en contacto contigo dentro de unas horas, si tienes tiempo, para contarte mis experiencias con el aparato.

Gracias.

Kaladin se apartó de la pared. Syl estaba en el aire a su lado, inspeccionando el fabrial.

—¿Y bien? —le preguntó Kaladin—. ¿Qué te parece?

—Me parece que vas a quedar muy ridículo usándolo. Qué ganas tengo.

Kaladin salió a un pasillo cercano. Allí arriba, en la decimonovena planta, debería ser seguro practicar casi por donde quisiera, siempre que se mantuviese alejado del atrio. Recorrió el pasillo y fue dejando amatistas en el suelo para iluminarlo. Se quedó al final, contemplando la línea de luces. El fabrial le dejaba los dedos libres, pero aquella barra en el centro de la palma sería molesta en una pelea. Tendría que manejar la lanza a una mano, como si luchara llevando escudo.

—¿Vamos a probarlo aquí? —preguntó Syl, que llegaba volando hasta él—. ¿No es para ascender y descender?

—La brillante Navani me ha dicho que tira de ti hacia la dirección en que lo apunes —dijo él—. Los Corredores del Viento novatos siempre quieren elevarse con sus enlaces, pero, cuanta más experiencia tienes, más te das cuenta de lo útil que resulta pensar en tres dimensiones.

Señaló con la mano izquierda pasillo abajo y abrió la mano. Entonces, pensando que sería buena idea, absorbió un poco de luz tormentosa. Por último, utilizó el pulgar para mover la pequeña palanca y activar el mecanismo. No pasó nada.

«De momento, todo bien», pensó mientras intentaba mover la mano a izquierda y derecha. Se resistió y se quedó donde estaba. Estupendo.

Fue cerrando el puño poco a poco, apretando la barra que le cruzaba la palma, y al momento el aparato tiró de él por el pasillo. Kaladin resbaló con los talones y no pudo detenerse por mucho que lo intentó. Aquellos pesos de

verdad eran algo serio.

Kaladin abrió la mano y se detuvo de sopetón. Como el aparato seguía activo, cuando levantó los pies del suelo se quedó flotando en el aire. Pero hacerlo le aplicaba mucha tensión en el brazo, sobre todo en el codo.

Sí, tal y como estaba, ese aparato sería demasiado peligroso para que lo usara alguien sin luz tormentosa. Bajó los pies al suelo, tocó el interruptor con el pulgar para desconectar el aparato y su brazo se liberó al instante. Cuando fue a comprobar el peso, vio que había descendido un poco por el pozo. Al desactivar el aparato, los frenos habían fijado el peso en su posición.

Salió de nuevo al pasillo, activó el fabrial y apretó la barra con fuerza. Eso lo envió hacia delante como una exhalación. Levantó los pies, pero tensó los músculos con esfuerzo para mantenerse erguido. En ese momento, por difícil que fuese aquel ejercicio, sintió que algo renacía en su interior. El viento en su pelo. Su cuerpo volando, reclamando el cielo aunque fuese de forma imperfecta. Encontró la experiencia familiar. Intuitiva, incluso.

La sensación duró justo hasta el instante en que reparó en lo deprisa que se acercaba la pared del fondo. Tardó un poco demasiado en reaccionar porque antes que nada intentó enlazarse hacia atrás por puro instinto. Se estampó contra la pared con la mano por delante y sintió que sus nudillos se machacaban. El aparato seguía intentando avanzar, aplastándole más la mano destrozada, obligándolo a mantener apretada la barra. El fabrial lo retuvo pegado a la pared hasta que logró alcanzarlo con la otra mano y accionar el interruptor de pulgar, lo que desconectó el mecanismo y lo liberó.

Ahogó un grito de dolor mientras absorbía la luz tormentosa de una amatista cercana en el suelo. La sanación fue lenta, igual que la vez anterior. Sentía un dolor agudo y tuvo que apretar los dientes mientras esperaba. La piel partida, rota por huesos, hacía que sangrara en el aparato, manchando el cuero.

Syl frunció el ceño a los dolorspren que reptaban por el suelo.

—Vaya, me equivocaba. Eso no ha sido muy divertido.

—Lo siento —dijo Kaladin, con los ojos llorosos de dolor.

—¿Qué ha pasado?

—Malos instintos —respondió él—. No ha sido culpa del aparato. Me he olvidado de lo que estaba haciendo.

Se sentó a esperar y oyó cómo encajaban las articulaciones y se recolocaban los huesos a medida que la luz tormentosa volvía a coserlo. Se había acostumbrado demasiado a la sanación casi instantánea. Aquello era un

suplicio.

Pasaron más de cinco minutos antes de que pudiera sacudir la mano curada y estirarla, como nueva aparte de cierto dolor residual.

—Muy bien —dijo—. Tengo que ir con más cuidado. Estoy jugando con unas fuerzas increíbles en esos pesos.

—Por lo menos no has roto el fabrial —comentó Syl—. Por raro que suene, es mucho más fácil conseguirte una mano nueva que un aparato nuevo.

—Ciento —dijo él, levantándose.

Se lanzó de nuevo por el pasillo deshaciendo el camino, en esa ocasión manteniendo una velocidad cauta, y frenó al aproximarse al final del recorrido.

Durante la siguiente media hora se estrelló varias veces más, aunque ningún impacto fue tan espectacular como el primero. Tenía que preocuparse de apuntar la mano bien recta por el centro del pasillo, o se desviaba hacia el lado y acababa raspando con la pared. También debía ser extremadamente consciente del dispositivo, ya que era muy fácil darle al interruptor de activado por error si se rozaba la mano contra algo.

Siguió practicando y pudo cruzar el pasillo de un lado a otro durante un buen rato antes de que el aparato dejara de funcionar. Se detuvo de golpe en pleno vuelo y se quedó colgando en el centro del pasillo.

Apoyó los pies en el suelo y desactivó el fabrial. El peso que estaba usando había llegado al fondo. Le había durado bastante tiempo, aunque buena parte de ese tiempo la había pasado preparándose y desplazándose a pie. En verdadera caída libre, lo más seguro era que no tuviera más que unos pocos minutos de vuelo. Pero si controlaba el peso, si lo usaba en descargas rápidas, podría aprovechar bien esos minutos.

No iba a lanzarse a volar por ahí para combatir a Celestiales en batallas por los cielos usando aquel fabrial. Pero sí que le proporcionaría ráfagas adicionales de velocidad en combate, y también la posibilidad de moverse en direcciones inesperadas. Navani pretendía que Kaladin lo usara como un elevador. Y serviría para eso, desde luego. Tenía intención de practicar a ascender y descender cuando anocheciera.

Pero Kaladin también le veía usos marciales. Teniéndolo todo en cuenta, el aparato funcionaba mejor de lo que había esperado. Así que terminó de recorrer el pasillo andando para volver a empezar.

—¿Más? —preguntó Syl.

—¿Tienes una cita o algo? —le dijo Kaladin.

—Es que me aburro un poco.

—Puedo empotrarme contra otra pared, siquieres.

—Solo si prometes ser gracioso cuando lo hagas.

—¿Cómo? ¿Quieres que me rompa más dedos?

—No. —Syl voló a su alrededor como cinta de luz—. Que te rompas las manos no es muy divertido. Prueba con otra parte del cuerpo. Una que dé risa.

—Voy a parar de intentar imaginar cómo hacerlo —dijo él— y volver al trabajo.

—¿Y cuánto tiempo piensas seguir con esto de estrellarte sin que sea nada divertido?

—Hasta que deje de estrellarme, claro —respondió Kaladin—. Tuve meses para entrenar con los enlaces, y más tiempo que eso para prepararme antes de mi primera pelea como lancero. Por lo deprisa que los Fusionados encontraron el primer nodo, sospecho que tendré como mucho unos días para entrenar con este aparato antes de tener que usarlo.

Cuando llegara el momento, y suponiendo que Navani o el Hermano pudieran darle el aviso, quería estar preparado. Conocía al menos una manera de silenciar las pesadillas, la presión creciente y el agotamiento mental. No podía hacer gran cosa respecto a su situación, ni respecto a las grietas que no dejaban de ensancharse en su interior.

Pero sí que podía mantenerse ocupado y, al hacerlo, impedir que esas grietas lo definieran.

RECORDATORIO PERSONAL



La arena se originó fuera del mundo. No es más que otra de las asombrosas maravillas que proceden de territorios distintos. Hace poco obtuve una cadena de las tierras de los muertos, de la que se dice que puede anclar a una persona a través de anomalías Cognitivas. No alcanzo a verle una utilidad para mí, ya que no puedo abandonar el sistema roshariano, pero el objeto tiene un valor incalculable de todos modos.

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 13

Jasnah nunca había ido a la guerra. Sí, había estado *cerca* de la guerra. Se había quedado atrás en campamentos de guerra móviles. Había recorrido campos de batalla. Había luchado y matado, y había intervenido en la batalla de la Explanada Thayleña. Pero nunca había *ido a la guerra*.

Los demás monarcas se habían quedado atónitos. Hasta los soldados parecían confusos cuando emprendieron la marcha, con ella avanzando entre ellos en su armadura esquirlada. Dalinar, en cambio, lo había comprendido. «Hasta que formes parte de esas hileras, empuñando tu espada y enfrentándote a la fuerza enemiga, nunca lo entenderás. Ningún libro podría prepararte, Jasnah. De modo que sí, creo que deberías ir.»

Miles de citas de renombradas eruditas acudieron a su mente. Relatos de lo que era estar en la guerra. Jasnah había leído centenares de ellos, algunos tan detallados que había podido oler la sangre en el aire. Pero todos huyeron como sombras ante la luz del sol cuando Jasnah llegó al frente de los ejércitos

de la coalición y contempló al enemigo.

Sus cifras parecían inacabables. Un hongo en el terreno que se extendía por delante, negro y blanco y rojo, armas reluciendo al sol.

Según los informes, allí había unos cuarenta mil cantores. Era un número que Jasnah podía comprender, analizar. Pero sus ojos no veían a cuarenta mil: veían unas filas interminables. Las cifras en una página perdieron todo sus significado. No había ido allí para combatir a cuarenta mil. Había ido para combatir una marea.

Sobre el papel, ese lugar se llamaba la cuenca del Drunmu, en Emul. Era un inmenso océano de temblorosa hierba y altísimas pilavides. En las reuniones, el Visón había insistido en que guerrear allí favorecía al bando de la coalición. Si permitían que el enemigo se replegara a ciudades y fuertes, podrían tomar fuerza allí y serían cascarones duros de romper. En vez de eso, el Visón los había empujado a un lugar donde se sentirían confiados para librar una batalla plena, ya que contaban con las leves ventajas del terreno elevado y el sol a su espalda. Allí resistirían, y el Visón podría aprovechar la superioridad numérica y en habilidad de la coalición para llevarlos a la victoria.

Por tanto, en términos lógicos, Jasnah comprendía que esa era la batalla que interesaba a sus fuerzas. En persona, se sintió abrumada por la distancia que los separaba del enemigo, una distancia que ella y los demás tendrían que cruzar bajo una lluvia de flechas y lanzas. Era difícil no considerarse pequeña, incluso en su armadura esquirlada.

Las cornetas ordenaron el avance, y Jasnah se fijó en que había dos Danzantes del Filo que se mantenían cerca de ella, probablemente a petición de su tío. Aunque siempre había imaginado las batallas empezando con una carga masiva, sus soldados se movían con un aire mecánico. Escudos alzados, en formación, a una marcha constante que las tropas veteranas mantuvieron cuando empezaron a caer las flechas. Correr rompería las líneas, por no mencionar que los soldados estarían sin aliento cuando llegaran al combate.

Jasnah hizo una mueca cuando golpearon las primeras flechas. Caían en una sucesión arrítmica de chasquidos, metal contra madera, como granizo. Una le rebotó en el hombro y otra le rozó el yelmo. Por suerte, las flechas se interrumpieron al cabo de poco tiempo, cuando la caballería ligera azishiana hostigó a los arqueros enemigos. Jasnah oyó los cascos y vio a los Corredores del Viento volando por encima, protegiendo a los jinetes desde el aire. El

enemigo seguía infravalorando la caballería, que no había estado disponible en cifras significativas hacia miles de años.

Mientras tanto, la infantería alezi seguía marchando hacia delante con los escudos alzados. Estaban tardando horrores, pero dado que el bando de Jasnah era el agresor, al enemigo no le corría prisa enfrentarse con ellos. Mantuvieron su posición en lo alto de la leve cuesta. Jasnah comprendía que el enemigo considerara acertado quedarse allí, ya que obligaba a sus fuerzas a atacar ladera arriba.

Las borrosas fuerzas enemigas cobraron forma como un bloque de figuras con caparazones y armaduras de acero, que sostenían grandes escudos y estaban erizadas de picas a varias líneas de profundidad. Aquellos cantores no combatían como los parshendi en las Llanuras Quebradas: eran tropas que habían recibido entrenamiento, y los Fusionados se habían adaptado deprisa a las técnicas de guerra modernas. Seguían teniendo una cierta miopía en lo relativo a las tropas a caballo, sí, pero conocían bien las formas más efectivas de utilizar a sus potenciadores.

Cuando la unidad de Jasnah se hubo situado en posición, ella estaba ya agotada por mantener un nivel de alerta elevado durante la marcha. Se detuvo junto con los demás mientras la hierba se retraía en oleada ante ella, como si fuese capaz de sentir el combate que se avecinaba igual que sentía las tormentas. Jasnah había ordenado a su armadura que disminuyera la luz que emitía, de forma que pareciera la de una portadora de esquirlada ordinaria. El enemigo la distinguiría de todos modos, pero no la identificaría como la reina. Así correría menos riesgo.

Las cornetas sonaron. Jasnah emprendió la última parte de la cuesta casi a la carrera. El promontorio era demasiado poco elevado para considerarlo una colina y, si Jasnah hubiera estado de paseo, apenas habría hecho ningún comentario sobre la inclinación. Pero en esos momentos la sentía con cada zancada. Su armadura esquirlada la urgía a moverse, igual que la luz tormentosa que respiraba, pero si se adelantaba demasiado a su unidad podrían rodearla. El enemigo tendría Fusionados y regios ocultos entre sus filas, esperando para atacarla por sorpresa. Aparte de los Celestiales, pocos Fusionados se prestaban a enfrentarse a portadores de esquirlada en combate directo.

Jasnah invocó a Marfil como hoja esquirlada y el arma cayó en sus guanteletes. *¿Preparado?*, preguntó.

Sí.

Embistió los pocos metros que le quedaban hasta la hilera de picas y descargó a Marfil. Su misión era romper las líneas enemigas. Una portadora de esquirlada completa podía hacer que unidades enteras se desmoronaran a su alrededor.

Jasnah tuvo que reconocer a los cantores que su formación no se deshizo. Se combó hacia atrás y las picas rasparon su armadura mientras Jasnah intentaba acercarse y atacar, pero los cantores resistieron. La guardia de honor de Jasnah, acompañada de aquellos dos Danzantes del Filo, llegó tras ella para evitar que la rodearan. Cerca de allí, otro bloque de cinco mil soldados golpeó al enemigo. El aire se llenó de gruñidos y crujidos.

Empuñando su hoja esquirlada a dos manos, Jasnah lanzó tajos a diestra y siniestra, cortando puntas de pica y tratando de internarse hacia el enemigo. Los cantores se movían con una flexibilidad inesperada, danzando para apartarse, manteniéndose fuera del alcance de su espada.

Esto es menos efectivo, le dijo Marfil. Nuestros otros poderes son. ¿Los usamos?

No. Quiero conocer la verdadera sensación de la guerra, pensó Jasnah. O lo más aproximado que pueda permitirme a mí misma, con armadura y hoja esquirladas.

Erudita hasta la muerte, dijo Marfil en tono sufrido mientras Jasnah embestía con el hombro para apartar unas picas, que eran prácticamente inútiles contra ella, y lograba clavar su hoja esquirlada en el pecho de una cantora. Los ojos de la soldado ardieron mientras caía, y Jasnah le arrancó la espada girando, provocando que otros maldijeran y retrocedieran de un salto.

No era solo el interés académico lo que la impulsaba. Si iba a ordenar a soldados que se lanzaran a la batalla, necesitaba algo más que descripciones sacadas de libros. Necesitaban sentir lo que ellos sentían. Y sí, podía utilizar sus poderes. El moldeado de almas le había resultado útil otras veces en combate, pero sin Dalinar presente, su luz tormentosa estaba limitada y Jasnah quería conservarla.

Aunque sí que escaparía a Shadessmar si la cosa se torcía. No era idiota. Pero saber que podía hacerlo la irritaba mientras se abría paso en la formación enemiga, manteniendo ocupadas a sus tropas. Jamás podría sentir de verdad lo mismo que un desafortunado lancero en el frente.

Oyó los gritos que daban esos lanceros cuando las dos fuerzas se estrellaron entre ellas. Las formaciones parecían muy deliberadas y, consideradas a gran escala, estaban pensadas con meticulosidad. Se las

dotaba de una especie de espantoso impulso que obligaba a los hombres de las primeras líneas a luchar. Así, mientras el bloque se mantuviera firme, las hileras frontales raspaban una contra la otra, chillando como el acero al combarse.

Era una sensación que Jasnah nunca tendría. El peso de los soldados a ambos lados aplastándola entre ellos, sin escapatoria posible. Pero aun así, quería experimentar cuanto pudiera. Blandió la espada a su alrededor, obligando a retroceder a más cantores, pero otros empezaron a acosarla con picas y lanzas, empujándola hacia un lado, amenazando con hacerla tropezar.

Jasnah había subestimado la efectividad de aquellas picas. Eran incapaces de hendir su armadura, pero sí que podían obligarla a moverse como un chull manejado con pértigas. Trastabilló y sintió su primera auténtica oleada de miedo.

«Contrólalo.» En vez de intentar enderezarse, Jasnah colocó el hombro hacia el enemigo y convirtió su tropezón desequilibrado en una embestida que la sacó de las líneas enemigas hacia sus propios soldados. No había matado a muchos cantores, pero tampoco hacía falta. Las filas de los cantores ondeaban y flaquéaban gracias a sus esfuerzos, y los soldados de la alianza aprovecharon la ventaja. A ambos lados de Jasnah, contrarrestaron las picas y las lanzas enemigas con las propias, y la primera línea de soldados iba rotando a la retaguardia del bloque cada diez minutos, obedeciendo las cuidadosas órdenes del comandante de la unidad.

Inundada por los sonidos de la guerra, Jasnah se volvió hacia el enemigo mientras su guardia de honor entraba en formación tras ella. Entonces, notando el sudor que le caía por la frente, cargó de nuevo. En esa ocasión el enemigo se apartó de Jasnah, revelando a una criatura enorme que había estado oculta entre sus filas. Un Fusionado cuyo caparazón crecía en unas grandes protuberancias con forma de hachas alrededor de las manos. Era uno de los Aumentados. Fusionados con la Potencia de la Progresión, que les permitía hacer crecer su caparazón con extremada precisión y velocidad.

Los soldados normales de ambos bandos mantuvieron la distancia, dejando un espacio vacío en torno a ellos dos. Jasnah se resistió a usar sus poderes. Con sus esquirlas, debería estar en igualdad de condiciones contra aquella criatura, y sus poderes revelarían enseguida quién era, ya que no había ningún otro Potenciador en el ejército de la coalición con su propia armadura esquirlada.

Hay otro motivo por el que luchas, dijo Marfil, desafiándola.

Lo había. Pero en vez de afrontar ese hecho, Jasnah se arrojó al duelo, con la luz tormentosa bullendo en sus venas. Cercenó una de las manos-hacha del Fusionado, pero la otra la alcanzó y la derribó al suelo despatarrada. Sacudió la cabeza, volvió a invocar su hoja esquirlada y barrió con ella hacia arriba mientras el Fusionado descargaba de nuevo su mano. Jasnah cortó el hacha, pero el muñón del enorme brazo de la criatura se estampó contra su pecho. Creció caparazón sobre ella como las raíces de un árbol, reteniéndola contra el suelo.

El Fusionado partió el caparazón a la altura de su codo y se apartó, dejándola inmovilizada. Entonces Jasnah vio que se volvía hacia su guardia de honor, que atacó para distraerlo.

Ah, cuánta maravillosa experiencia estamos obteniendo, dijo Marfil. *Qué delicia.*

Llegaron otros soldados hasta Jasnah y empezaron a clavarle finas picas a través de la visera. Una le perforó un ojo y la hizo chillar. Pero la luz tormentosa curó la herida y su yelmo selló todas las aberturas para impedir nuevos ataques. De todas formas, con luz tormentosa no necesitaba respirar. Pero aquello, igual que la rapidez con la que había invocado su hoja esquirlada, era una concesión. Estaba arriesgándose a revelar su identidad.

Arrancó la mano del caparazón que la retenía y usó a Marfil como daga para liberarse. Rodó por el suelo, haciendo tropezar a cantores y dándoles patadas en las piernas que los enviaban por los aires. Pero cuando se levantó, aquel tormentoso Fusionado se abalanzó sobre ella y le dio sendos hachazos con las manos en la cabeza que le agrietaron la armadura esquirlada. El yelmo aulló de dolor e irritación y drenó luz tormentosa de Jasnah para repararse.

Cuánta diversión es, dijo Marfil. *Pero, por supuesto, Jasnah no debe usar sus poderes. Quiere jugar a los soldados.*

Jasnah gruñó, bajando sobre una rodilla y descargando un puñetazo hacia la rodilla del Fusionado, pero este generó una rodillera adicional de caparazón justo antes de que llegara el puño. Ni siquiera logró mover a la criatura. Marfil se convirtió en espada corta en su mano mientras Jasnah lanzaba un tajo al Fusionado, pero eso la dejó expuesta a otro golpe en el yelmo, que la derribó de espaldas. Gimió y puso una mano contra la roca.

«Es piedra firme —pensó una parte de su mente—. Contenta y satisfecha con su vida en las llanuras.» No, la roca se resistiría a sus peticiones de cambiar.

Marfil cobró forma de escudo en el brazo de Jasnah mientras su adversario empezaba a aporrearla. La sangre de su mejilla se mezcló con el sudor y, aunque su ojo había sanado, los soldados normales intentaban llegar otra vez hasta ella y su guardia de honor hacía todo lo que podía para retenerlos.

Muy bien, pues.

Extendió su mente hacia el aire, que ese día estaba estancado y taciturno. Absorbiendo una gran cantidad de luz tormentosa de las gemas que llevaba a la cintura, Jasnah dio al aire una sola orden. «Cambia.» Nada de ruegos, como había intentado siendo más joven. Solo firmeza.

El aire aburrido aceptó y se transformó en aceite alrededor de todos ellos. Llovió del cielo a chorro y hasta apareció en las bocas de los soldados que luchaban. Su guardia de honor sabía que debía retroceder cuando ocurriera eso y lo hizo, tosiendo y trastabillando mientras despejaban un círculo de diez metros alrededor de Jasnah. Los soldados enemigos se quedaron donde estaban, maldiciendo y tosiendo también.

Jasnah golpeó sus puños entre sí con todas sus fuerzas, uno equipado con acero, el otro con pedernal. Hubo una erupción de chispas delante de ella y todo aquel sector del campo de batalla se incendió.

El Aumentado tropezó por la sorpresa y Jasnah se lanzó hacia él, haciendo que Marfil adoptara la forma de una hoja esquirlada fina como una aguja que le clavó directamente en el pecho. Acertó con la estocada y perforó la gema corazón de su adversario. El Fusionado trastabilló hacia atrás, sus ojos ardiendo como las llamas que los rodeaban.

Jasnah acabó con tantos soldados como pudo encontrar en el fuego. Su yelmo, transparente como el cristal desde el interior, empezó a cubrirse de hollín y al poco tiempo la obligó a retirarse de entre las llamas.

Aún tenía la visión lo bastante clara para distinguir las expresiones de horror en los cantores más próximos, que estaban viendo a una portadora de esquirlada ardiente emerger de entre el fuego, como si saliera del centro de la mismísima Condenación. Ese miedo los mantuvo aturdidos mientras Jasnah atacaba su línea como un peñasco, repartiendo muerte a lo largo y ancho la formación que se venía abajo. Sus cadáveres cayeron entre los jubilosos spren que se retorcían en el campo de batalla, exultantes entre tanta emoción poderosa. Miedospren, dolorspren, expectaspren.

Jasnah luchó como una carnicera. Cortando. Pateando. Arrojando cuerpos a las líneas enemigas para hacerlas montar en pánico. Creando oleadas que sus soldados aprovechaban. Algo impactó contra ella desde atrás, y Jasnah

supuso que debería enfrentarse a otro Fusionado, pero era un Corredor del Viento muerto, derribado del aire por un Celestial que pasó volando.

Dejó al hombre muerto en el terreno sanguinolento y regresó a la batalla. No estaba pensando en estrategias. La estrategia era para aburridas tiendas de campaña y conversaciones tranquilas con una copa de vino. Jasnah solo mataba. Golpeó hasta que sus brazos le pesaron como el plomo, pese a su armadura esquirlada y su luz tormentosa. Aunque sus tropas hacían rotaciones, ella no se permitió ese lujo. ¿Cómo podría hacerlo? Sus soldados estaban esforzándose y sangrando en tierra extranjera, luchando por algo que ella les había prometido que era importante. Si descansaba, morirían más de ellos.

Después de lo que le pareció una eternidad, se descubrió boqueando, limpiándose la sangre del yelmo para poder ver. El yelmo abrió huecos de ventilación a un lado que dejaron pasar aire fresco, y Jasnah flaqueó, de pie a solas en el campo de batalla. Preguntándose por qué había empezado a respirar de nuevo.

«Se me acaba la luz tormentosa», pensó, entumecida. Bajó la mirada a la palma de su guantelete, manchada de sangre naranja de cantor. ¿Cómo le había caído tanta encima? Tenía el vago recuerdo de combatir contra otra Fusionada, y contra varios regios, y...

Y su unidad de tropas estaba marchando hacia el centro de la batalla, obedeciendo la orden de una corneta que resonaba en su cabeza. Un toque que significaba... que significaba...

Jasnah, dijo Marfil. Hacia el lado, mira lo que es.

Uno de los Danzantes del Filo estaba moviéndose entre los soldados caídos, buscando a aquellos que pudiera sanar. El segundo llegó hasta Jasnah y le puso un gran topacio en la mano. Luego señaló hacia la retaguardia.

—Tengo que hacer más —dijo Jasnah.

—Si continuáis en este estado —replicó el Danzante del Filo—, haréis más mal que bien. Morirán más soldados para protegeros que los que costaréis al enemigo. ¿Es lo que queréis, majestad?

Esas palabras atravesaron el embotamiento y Jasnah se volvió hacia donde señalaba el hombre. Allí esperaban las reservas en formación, entre estandartes que anunciaban la presencia de los comandantes de batalla y los puestos médicos de combate.

—Necesitáis descansar —dijo el Danzante del Filo—. Id.

Jasnah asintió, aceptando el buen consejo, y se alejó con paso inestable del

campo de batalla. Su guardia de honor, reducida a la mitad de su tamaño original, la siguió en exhausto grupo. Hombros hundidos. Caras cenicientas. ¿Cuánto tiempo había pasado? Miró hacia el sol.

«No puede ser», pensó. ¿Ni siquiera dos horas?

La batalla se había apartado de aquella zona, dejando cadáveres como ramas caídas tras una tormenta. Mientras Jasnah se acercaba, una figura vestida de negro salió de entre las reservas y corrió por aquel desastre para reunirse con ella. ¿Qué estaba haciendo allí Sagaz?

Lo seguía un pequeño grupo de sirvientes. Cuando llegaron a ella, Sagaz hizo chasquear los dedos y los sirvientes se apresuraron a limpiar la armadura de Jasnah con toallas. Jasnah hizo desaparecer el yelmo, exponiendo su cara al aire, que notó frío a pesar del calor que hacía en Emul. Se dejó puesto el resto de la armadura. No se atrevía a quitársela, por si llegaban enemigos a darle caza.

Sagaz le ofreció un cuenco de fruta.

—¿Qué es esto? —preguntó Jasnah.

—Soy tu ayuda de cámara.

—¿En el campo de batalla?

—Un lugar no muy Sagaz, lo reconozco. O mejor dicho, un lugar que solo existe cuando lo Sagaz ha fracasado. Aun así, he pensado que debería ser bienvenido. Para ofrecer cierta perspectiva.

Jasnah suspiró, pero no puso más objeciones. La mayoría de los portadores de esquirlada tenían equipos que ayudaban a mantenerlos combatiendo. Y era cierto que necesitaba beber algo y un poco más de luz tormentosa.

Sin embargo, Jasnah se descubrió con la mirada fija. En... bueno, en todo ello.

Sagaz se mantuvo en silencio. Era experto en saber cuándo debía hacerlo, aunque también era verdad que rara vez ponía en práctica el conocimiento.

—He leído sobre esto, ¿sabes? —terminó diciendo Jasnah—. La sensación que tienes ahí fuera. La concentración que debes adoptar para resistirlo, para seguir en movimiento. Solo estás haciendo tu trabajo. Pero yo no tengo su entrenamiento, Sagaz. No paro de distraerme, o de asustarme, o de confundirme.

Él le dio una palmadita en la mano. En el guantelete izquierdo cerrado, donde Jasnah tenía el topacio del Danzante del Filo. Se lo quedó mirando un momento y luego absorbió la luz tormentosa. Hizo que se sintiera mejor, pero no toda su fatiga era física.

—No soy la fuerza imparable que había imaginado que sería —dijo—. Saben cómo ocuparse de los portadores de esquirlada. No he podido derrotar a un Fusionado en una pelea justa.

—No existen las peleas justas, Jasnah —respondió Sagaz—. Nunca han existido. La idea es un embuste que se emplea para imponer un orden imaginario en algo caótico. Dos hombres con la misma altura, edad y armamento no entablarán un combate justo, porque siempre habrá uno que aventaje al otro en entrenamiento, talento o simple suerte.

Ella gruñó. Dalinar no estaría muy de acuerdo con esa afirmación.

—Sé que crees que debes mostrar a los soldados que puedes luchar —prosiguió Sagaz con voz suave—. Demostrarles a ellos, y quizá a ti misma, que eres tan capaz en un campo de batalla como Dalinar se está volviendo con un libro. Eso es bueno, porque rompe barreras, y porque habría quienes se obstinaran en el error de no querer seguirte de otro modo.

»Pero ve con cuidado, Jasnah. Por mucho talento que tengas, no puedes conjurar para ti misma toda una vida de experiencia como carnícera por pura fuerza de voluntad. No es ninguna deshonra que utilices los poderes que has desarrollado. No es injusto. O mejor dicho, no es más injusto que cuando el espadachín más diestro de todo el campo de batalla cae por una flecha perdida. Utiliza lo que tienes.

Tenía razón. Jasnah suspiró, cogió una fruta con delicadeza entre dos dedos del guantelete y le dio un mordisco. El dulce frescor la sorprendió. Pertenecía a otro mundo. Se llevó por delante el sabor a ceniza, renovándole la boca y despertando su hambre. ¿Tanto se había embotado después de solo dos horas de pelea? Su tío, estando de campaña, había luchado horas y más horas, día tras día.

Y llevaba las cicatrices correspondientes, supuso Jasnah.

—¿Cómo va la batalla? —preguntó.

—No estoy seguro —dijo Sagaz—. Pero los generales tenían razón en que el enemigo está decidido a resistir aquí. Deben de creer que pueden ganar, y así permitir que perpetuemos esta enconada batalla en vez de forzarnos a escaramuzas temperamentales.

—¿Y por qué sonrías burlón?

—No es una sonrisa burlona —respondió Sagaz—, sino solo mi carisma natural aflorando.

Señaló con la cabeza hacia un lado, a una colina lejana, pequeña pero escarpada, donde destellaba una luz. El trueno partía el aire a pesar de que el

cielo estaba despejado. Los hombres intentaban tomar la posición y morían por decenas.

—Creo que estamos llegando al final de las formaciones tradicionales de batalla —dijo Sagaz.

—Hoy nos han servido bien.

—Y tal vez seguirán haciéndolo aún durante un tiempo —repuso él—. Pero no para siempre. Hubo una época en que la táctica militar podía basarse en romper las posiciones enemigas con el suficiente esfuerzo. Con las suficientes vidas. Pero ¿qué haces cuando no hay acometida, no hay las suficientes cargas valerosas, que te ganen la posición que necesitas?

—No lo sé —dijo Jasnah—. Pero el bloque de infantería lleva milenarios formando parte estable de todo conflicto armado, Sagaz. Se ha adaptado con cada avance de la tecnología. No lo visualizo quedando obsoleto en un futuro cercano.

—Ya veremos. ¿Crees que tus poderes son injustos porque matas a soldados por docenas y no pueden resistirse? ¿Qué pasará cuando un solo individuo pueda acabar con decenas de miles en cuestión de instantes, suponiendo que el enemigo tenga la amabilidad de amontonarse en pulcros bloques de piqueros? Las cosas cambiarán deprisa cuando tales poderes se vuelvan comunes.

—No son nada comunes.

—No he dicho que lo sean —replicó él—. Todavía.

Jasnah aceptó una bebida y por fin se le ocurrió ordenar a su guardia de honor que descansara. El capitán enviaría tropas frescas.

Sagaz se ofreció a masajearle la mano de la espada, pero ella negó con la cabeza. Comió otra fruta y luego unas barritas de ración que le dio Sagaz para equilibrar la alimentación. Aceptó también unos saquitos de esferas. Pero en el momento en que llegó su nueva guardia de honor, se marchó en busca de un comandante de campo que supiera cuál era el mejor lugar donde desplegarla.

Siete horas más tarde, Jasnah caminaba con paso pesado por un campo de batalla silencioso, buscando a Sagaz. Había ido a verla varias veces durante el combate, pero ya habían pasado varias horas desde su último encuentro.

Recorrió los restos de la batalla, sintiendo una extraña soledad. A medida que la oscuridad apagaba el terreno, casi podía engañarse a sí misma fingiendo que los bultos desperdigados eran rocabrotes, no cadáveres. Los

olores, por desgracia, no desaparecían con la luz. Permanecían como señal, tan desafiante como cualquier estandarte, de lo que había sucedido allí. Sangre. El hedor de los cuerpos ardiendo.

Al final, la derrota y la victoria tenían el mismo olor.

Pero sonaban distinto. El viento traía vtores. Voces humanas, que transmitían un matiz. Lo que llegaba no eran gritos de júbilo, sino más bien de alivio.

Jasnah se encaminó hacia una baliza de luz concreta, la tienda con el conjunto iluminado de banderas de la coalición ondeando a la misma altura, una por cada reino. Dentro la recibirían como a una heroína. Pero cuando llegó, no le apeteció entrar. Así que se sentó fuera en una piedra a la vista de los guardias, que fueron lo bastante sabios como para no avisar a nadie de dentro. Se quedó un rato allí contemplando el campo de batalla, suponiendo que Sagaz la encontraría en algún momento.

—Sobrecogedor, ¿verdad? —preguntó una voz desde la oscuridad.

Jasnah entornó los ojos y buscó hasta localizar su fuente, un hombre menudo que estaba sentado cerca, haciendo saltar centellas de su chispero herdaziano a la noche. Cada estallido de luz iluminaba los dedos y la cara del Visón.

—Sí —dijo Jasnah—. «Sobrecogedor» es la palabra exacta. Más de lo que había anticipado.

—Hiciste una elección sabia al salir ahí fuera —afirmó el Visón—. Digan lo que digan los demás. Es demasiado fácil olvidar el coste. No solo para los chicos que mueren, sino también para los que viven. A todo comandante se le debería recordar cada cierto tiempo.

—¿Cómo nos ha ido?

—Hemos roto el núcleo de su fuerza —dijo él—. Que era lo que queríamos, aunque no ha sido una victoria decisiva. Necesitaremos una batalla más o dos a casi esta escala antes de que pueda decir si de verdad hemos ganado o no. Pero lo de hoy ha sido un paso adelante. Si se dan lo bastante a menudo, al final se acaba llegando a la meta.

—¿Bajas?

—Nunca aceptes informes de bajas la noche de la batalla, brillante —respondió él—. Concédete un poco de tiempo para disfrutar de la comida antes de pedir la cuenta.

—Tú no pareces estar disfrutando.

—Ah, pero lo estoy —dijo él—. Estoy mirando el cielo abierto y no llevo

cadenas. —Se levantó, una sombra contra la oscuridad—. Contaré a los demás que te he visto y que estás bien, si prefieres retirarte a tu tienda. Tu Sagaz está allí, y o lo he interpretado mal o hay algo que lo tiene perturbado.

Jasnah dio las gracias al Visón y se levantó. ¿Sagaz estaba perturbado? Las implicaciones de eso la acosaron mientras marchaba cruzando el campamento en el frente hasta su tienda. Dentro estaba Sagaz sentado a la mesa de viaje de Jasnah, escribiendo con frenesí. Hasta el momento, Jasnah lo había sorprendido escribiendo en lo que pensaba que eran cinco escrituras distintas desconocidas para ella, aunque no solía responder a las preguntas sobre sus orígenes.

Esa noche, cerró su cuaderno de golpe y se colocó una sonrisa en la cara.

Jasnah confiaba en él, a grandes rasgos. Y él en ella, a grandes rasgos. Los demás aspectos de su relación eran más complicados.

—¿Qué ocurre, Sagaz? —preguntó.

—Querida, deberías descansar antes de...

—Sagaz.

Él suspiró y se reclinó en el asiento. Iba inmaculado, como siempre, con el pelo peinado a la perfección y un elegante traje negro. Por mucho que criticara las frivolidades, sabía exactamente cómo debía presentarse. Era algo a partir de lo que habían establecido un vínculo.

—Te he fallado —dijo Sagaz—. Creía que había todas las precauciones necesarias, pero he encontrado una pluma en mi estuche de escribir que no funcionaba.

—¿Y... qué? ¿Esto es algún truco, Sagaz?

—Uno que me han hecho a mí, me temo —dijo él—. La pluma no era una pluma, sino una criatura diseñada para hacerse pasar por una. Un cremlino, lo llamaríais, criado con astucia para adoptar la forma de algo inocente.

Jasnah tuvo un escalofrío y fue hacia él, con su armadura esquirlada tintineando.

—¿Uno de los Insomnes?

Sagaz asintió.

—¿Cuánto crees que ha oído?

—No estoy seguro. No sé cuándo reemplazó a mi verdadera pluma, y no me entra en la cabeza cómo pudo evitar mis protecciones, que en teoría me advierten sobre entidades como esta.

—Entonces, debemos suponer que lo saben todo —dijo Jasnah—. Todos nuestros secretos.

—Por desgracia, sí —convino Sagaz. Suspiró y empujó su cuaderno hacia ella—. Estoy escribiendo a todos aquellos con quienes me he comunicado. La parte positiva es que no creo que ningún Insomne esté trabajando para Odium.

Hacía poco que Jasnah había descubierto que los Insomnes eran algo más que un mito. Había sido necesario conocer a uno amistoso, y ver con sus propios ojos que podía existir una entidad compuesta de algún modo por miles de cremlinos actuando en conjunto, para que aceptara su existencia.

—Si no trabaja para el enemigo, ¿para quién? —preguntó.

—Bueno, he escrito a los contactos que tengo entre ellos, preguntando si hay alguno de los suyos echando un ojo amistoso a sus buenos aliados. Pero... Jasnah, sé que al menos uno de ellos se ha alineado con los Sangre Espectral.

—Condenación.

—Creo que ha llegado el momento —dijo Sagaz— de hablarte de Thaidakar.

—Sé quién es —repuso Jasnah.

—Ah, crees saberlo —dijo él—. Pero yo he estado con él, y varias veces. En otros planetas, Jasnah. Los Sangre Espectral no son una organización roshariana, y no creo que seas consciente del peligro que representan...



Al adentrarnos más en este proyecto, debo cuestionarme la misma naturaleza de Dios. ¿Cómo puede un Dios existir en todas las cosas y aun así tener una sustancia que puede destruirse?

De *El Ritmo de la Guerra*, página 21

La luz era mucho más interesante de lo que Navani había creído.

Los rodeaba todo el tiempo, inundando el espacio a través de ventanas e irradiando de gemas. Un segundo océano, blanco y puro, tan omnipresente que se hacía invisible.

Navani pudo encargar que le trajeran textos de Kholinar, un material que daba por perdido con la conquista. Pudo obtener otros de distintos lugares de la torre, e incluso tenía unos pocos capítulos relevantes allí mismo, en la sala biblioteca. Los cantores los reunieron todos por orden de Rabeniel y se los entregaron sin hacer preguntas a Navani para su estudio.

Devoró las palabras. Encerrada como estaba, no podía hacer mucho más. Cada día escribía instrucciones rutinarias para sus eruditos y ocultaba mensajes cifrados en ellas que no tenían el menor sentido. Rushu sabría lo que estaba haciendo por el contexto, pero ¿y los Fusionados? Bueno, que perdieran el tiempo intentando buscar algún motivo para los figgldygrak que escribía. La confusión podría ayudarla a colar mensajes importantes más adelante.

Eso no le quitaba mucho tiempo, de modo que pasaba el resto del día estudiando la luz. No podía hacer daño que aprendiera, como quería Rabeniel. Y el tema era fascinante.

¿Qué *era* la luz? No solo la luz tormentosa, sino toda la luz. Algunos eruditos antiguos afirmaban que era posible medirla. Decían que tenía un peso. Otros no estaban de acuerdo y defendían que era la fuerza por la que se movía la luz lo que podía medirse.

Las dos ideas la cautivaban. Nunca había pensado en la luz como en un objeto. Sencillamente... estaba ahí.

Emocionada, probó un antiguo experimento que sugerían sus libros: partir la luz en un arcoíris de colores. Lo único que hacía falta era meter una vela en una caja, enfocar la luz a través de un agujero y dirigirla a través de un prisma. Luego, curiosa, Navani extrapoló y después de varios intentos logró usar un segundo prisma para recombinar los colores componentes en un rayo de luz blanca pura.

A continuación usó un diamante infuso con luz tormentosa en vez de una vela. Funcionó igual, dividiendo la luz en sus componentes, aunque con una banda azul más amplia. La luz del vacío hacía lo mismo, solo que la franja de violeta era enorme y los demás colores meras líneas. Eso era raro, porque las investigaciones que consultó Navani indicaban que la luz de distintos colores solo debería hacer las bandas más intensas o más débiles, no incrementar su tamaño.

El resultado más interesante se produjo cuando probó el experimento con la luz de torre que Rabeniel había recolectado. No era luz tormentosa ni luz de vida, sino una combinación de ambas. Cuando probó a pasar esa luz por el prisma, se partió en dos arcoíris distintos de colores, separados entre ellos.

Pero esos no logró recomponerlos. Cuando trató de enviar los colores a través de otro prisma, acabó con un rayo de luz blanquiazul y otro rayo separado de luz blanquiverde, superpuestos pero no combinados como en la luz de torre.

Se quedó sentada ante la mesa, mirando los dos puntos de luz sobre el papel blanco. ¿El verde podía ser luz de vida? Lo más probable era que no hubiera notado la diferencia entre ella y la luz tormentosa si no hubiera tenido ambas para compararlas: solo era si se ponían una junto a la otra cuando la luz tormentosa parecía tener un matiz de azul y la luz de vida uno de verde.

Se levantó y buscó entre el arcón de artículos personales que había hecho que le llevara la gente de Rabeniel, buscando sus diarios. El día de la muerte

de Gavilar aún era doloroso de recordar, cargado con una docena de emociones distintas y conflictivas. Había registrado sus impresiones sobre los acontecimientos de ese día en seis ocasiones distintas, hallándose en diferentes estados emocionales. A veces lo echaba de menos. O por lo menos, al hombre que había sido una vez, cuando habían conspirado juntos de jóvenes, planeando conquistar el mundo.

Ese era el rostro que Gavilar había seguido mostrando a casi todos los demás después de empezar a cambiar. Así que, por el bien del reino, Navani le había seguido la corriente. Había creado una gran farsa después de su muerte, escribiendo sobre Gavilar el rey, el unificador, el hombre poderoso pero justo. El monarca ideal. Le había dado exactamente lo que él había querido, exactamente lo que Navani había amenazado con negarle. Le había concedido un legado.

Navani cerró el diario con el dedo dentro para marcar el punto de lectura y respiró hondo varias veces. No podía permitirse que la distrajera aquella maraña de emociones. Volvió a abrir el diario y pasó hasta el relato que había hecho de su encuentro con Gavilar en su estudio el día de su muerte. Había escrito:

Tenía esferas en la mesa. Unas veinte o treinta. Había estado enseñándoselas a sus visitantes particulares, muchos de los cuales han desaparecido y no se los ha vuelto a ver.

Había algo raro en esas esferas. Mis ojos se vieron atraídos por varias de ellas muy características, esferas que brillaban con una luz claramente ajena, casi negativa. Tanto violeta como negra, resplandeciendo de algún modo y, sin embargo, dando la impresión de que deberían extinguir toda iluminación en vez de fomentarla.

Navani volvió a leer los pasajes y luego observó la luz de color verde pálido que había extraído de la luz de torre. Luz de vida, la luz de Cultivación. ¿Era posible que Gavilar también hubiera tenido aquella luz? ¿Navani podría haber confundido diamantes de luz de vida con esmeraldas? ¿O quizás la luz de vida en una gema parecería idéntica a la luz tormentosa si una no se fijaba?

—¿Por qué no quisiste hablar conmigo, Gavilar? —susurró—. ¿Por qué no merecía tu confianza?

Hizo acopio de valor y siguió leyendo su narración, hasta el momento en que Gavilar le daba la cuchillada más profunda de todas.

No eres digna. Por eso. Afirmas ser una erudita, pero ¿dónde están tus descubrimientos? Estudias la luz, pero eres su opuesto. Eres algo que destruye la luz. Te pasas el día revolcándote en la mugre de la cocina y obsesionándote por si un ojos claros sabe o no interpretar bien las líneas de un mapa.

Tormentas. Eso dolía mucho.

Navani se obligó a meditar sobre las palabras de Gavilar. «Eres su opuesto. Eres algo que destruye la luz.»

Gavilar había mencionado el mismo concepto que Rabeniel, el de la luz y su opuesto. ¿Sería casualidad? ¿Tendría algo que ver con aquella esfera que distorsionaba el aire?

El guardia de la puerta empezó a canturrear y luego se hizo a un lado. Navani podía adivinar lo que significaba. Y en efecto, Rabeniel entró al momento, seguida por aquella otra Fusionada que siempre andaba por allí cerca. La mujer con una coleta y una pauta en la piel similares, pero con la mirada perdida. A Rabeniel parecía gustarle tenerla consigo, aunque Navani no estaba segura de si era para protegerla o por algún otro motivo. La segunda Fusionada era de las más... trastornadas que Navani había visto nunca. Quizá los más cuerdos se preocuparan de tener un ojo echado a algunos de los desquiciados, para impedir que se hicieran daño a sí mismos o a otros.

La Fusionada demente caminó hasta la pared y se la quedó mirando. Rabeniel fue hacia la mesa, de modo que Navani se levantó y le hizo una inclinación.

—Antigua, ¿sucede algo?

—Solo venía a ver tus progresos —respondió Rabeniel.

Navani se apartó para que Rabeniel pudiera agacharse, y el pelo naranja rojizo de la coleta de la Fusionada rozó la mesa mientras inspeccionaba el experimento de Navani, la caja que dejaba salir la iluminación de una gema de luz de torre, el prisma que la dividía y luego el otro que la recombinaba en dos flujos de luz distintos.

—Increíble —dijo Rabeniel—. ¿Esto es lo que consigues cuando experimentas, en vez de luchar contra mí? Mira, luz tormentosa y luz de vida. Como te decía.

—Sí, antigua —dijo Navani—. He estado leyendo sobre la luz. La iluminación que procede del sol o de velas no puede almacenarse en gemas, pero la luz tormentosa sí. Por tanto, ¿qué es la luz tormentosa? No es solo iluminación, ya que genera iluminación.

»Es como si la luz tormentosa fuese un líquido a veces. Se comporta como tal cuando se extrae de una gema llena a una vacía, en un proceso que imita la ósmosis. Mientras está capturada, la iluminación que da la luz tormentosa se comporta como la del sol: puede partirse con un prisma y se difumina a

medida que se aleja de su fuente. Pero la luz tormentosa debe ser distinta de la iluminación que irradia. De lo contrario, ¿cómo podríamos retenerla en una gema?

—¿Puedes combinarlas? —preguntó Rabeniel—. ¿Es posible mezclar luz tormentosa con luz del vacío?

—Para demostrar que humanos y cantores pueden unificarse —dijo Navani.

—Sí, por supuesto. Ese es el motivo.

«Miente», pensó Navani. No podía estar segura, ya que los cantores solían actuar de maneras extrañas, pero Navani sospechaba que allí había más.

La extraña Fusionada demente empezó a decir algo en su idioma. Alzó la mirada hacia la pared y lo dijo en voz más alta.

Rabeniel le echó un vistazo, canturreó con suavidad y luego pasó la mirada a Navani.

—¿Has descubierto algo más?

—Eso viene a ser todo —dijo Navani—. No he podido recombinar la luz de vida y la luz tormentosa, pero tampoco sé si esto cuenta como separarlas de verdad, ya que solo he dividido su radiación, no la luz acumulada en sí misma.

—He pensado en tu mezcla de aceite y agua, y estoy intrigada. Necesitamos saberlo. ¿La luz tormentosa y la luz del vacío pueden mezclarse? ¿Qué pasaría si se combinaran?

—Parecéis muy centrada en esa idea, antigua —dijo Navani, reclinándose pensativa—. ¿Por qué?

—Es por lo que vine aquí —respondió Rabeniel.

—¿No para conquistar? Habláis de paz entre nosotros. ¿Cómo sería esa alianza, para vos, si lográsemos alcanzarla?

Rabeniel tarareó a un ritmo y abrió la caja de Navani para sacar la esfera de luz de torre.

—La guerra se ha extendido tanto que he visto esta clase de táctica desarrollarse docenas de veces. Nunca habíamos tomado la torre, cierto, pero en otras ocasiones sí que conquistamos Puertas Juradas, centros de mando, y hemos dominado la capital de Alezela un par de veces. Todo formando parte de una eterna e interminable guerra trabajosa. Quiero acabarla. Necesito encontrar las herramientas para concluirla de verdad, por el bien de nuestra... cordura.

—¿Concluirla cómo? —insistió Navani—. Si trabajamos juntos como

deseáis, ¿qué le ocurrirá a mi pueblo?

Rabeniel giró la esfera de luz de torre en sus dedos y no hizo caso a la pregunta.

—Sabemos de esta nueva luz desde que se creó la torre, pero yo soy quien teorizó que se trataba de luz tormentosa y luz de vida combinadas. Tú lo has confirmado. Esto lo demuestra. Demuestra que lo que quiero hacer es posible.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de esferas que retuercen el aire a su alrededor? —preguntó Navani—. ¿Como si estuvieran extremadamente calientes?

El ritmo de Rabeniel se interrumpió. La Fusionada se volvió hacia Navani.

—¿Dónde has oido hablar de algo así?

—He recordado una conversación al respecto —mintió Navani—, de hace mucho tiempo, con alguien que afirmaba haber visto una.

—Existen teorías —dijo Rabeniel—. La materia tiene su opuesto, ejes negativos que destruyen los ejes positivos cuando se combinan. Esto es un hecho conocido, y confirmado tanto por la Esquirla Odium como por Honor. Así que hay quien ha pensado... ¿existe un negativo para la luz? ¿Una antiluz? Había descartado esa idea. Al fin y al cabo, daba por sentado que si existía un opuesto a la luz tormentosa, sería la luz del vacío.

—Solo que no tenemos motivos para creer que la luz tormentosa y la luz de vida sean opuestas —afirmó Navani—. Decidme, ¿qué pasaría si esa teórica luz negativa se combinara con su positiva?

—Destrucción —dijo Rabeniel—. Aniquilación instantánea.

Navani se estremeció. Había pedido a sus eruditas, a las que había confiado la extraña esfera de Szeth, que experimentaran con la luz que distorsionaba el aire. Que la pasaran a distintas gemas, que probaran a utilizarla en fabriales. ¿Podría ser que... que de algún modo hubieran mezclado el contenido de la esfera con luz del vacío ordinaria?

—Continúa con tus experimentos —ordenó Rabeniel, dejando la esfera—. Todo lo que necesites para tu ciencia lo obtendrás. Si logras combinar luz del vacío con luz tormentosa sin destruirlas, demostrando en consecuencia que no son opuestas... bueno, me gustaría saberlo. Requerirá que descarte años y años de teorías.

—No sé ni por dónde empezar —protestó Navani—. Si me permitierais recuperar a mi equipo...

—Escríbeles instrucciones y ponlos a trabajar —dijo Rabeniel—. Los

tienes sin hacer nada.

—Bien —aceptó Navani—, pero no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Si lo intentara con líquidos, usaría un emulsionante, pero ¿qué clase de emulsionante puede utilizarse con la *luz*? Desafía todo raciocinio.

—Prueba de todas formas —insistió Rabeniel—. Consíguelo y liberaré tu torre. Reuniré mis tropas y nos marcharemos. Ese conocimiento es más valioso que cualquier posición, por estratégica que sea.

«Seguro que sí», pensó Navani. No creía ni por un latido que Rabeniel fuese a cumplir su palabra... pero al mismo tiempo, era evidente que ese conocimiento daría una ventaja a Navani. ¿Por qué quería Rabeniel demostrar, o refutar, que las dos luces eran opuestas? ¿Qué objetivo tenía con ello?

«¿Quiere un arma, a lo mejor? ¿Como esa explosión que provoqué sin querer? ¿Es eso lo que persigue Rabeniel?»

La Fusionada que estaba contra la pared empezó a hablar de nuevo, más fuerte esa vez. Y de nuevo Rabeniel canturreó y miró hacia ella.

—¿Qué dice? —preguntó Navani.

—Está... preguntando si alguien ha visto a su madre. Está intentando hacer hablar a la pared.

—¿A su madre? —se sorprendió Navani, ladeando la cabeza. No había pensado que los Fusionados pudieran tener padres, pero claro que los tenían. Esas criaturas habían nacido mortales, hacía miles de años—. ¿Qué le ocurrió a su madre?

—La tienes delante —dijo Rabeniel en voz baja, señalándose a sí misma—. Esa fue otra hipótesis mía que se refutó. Hace mucho tiempo. La de que una madre y una hija sirviendo juntas podrían ayudarse entre ellas a conservar la cordura.

Rabeniel fue hasta su hija y le dio la vuelta para sacarla por la puerta. Y aunque los cantores no solían mostrar emoción en sus rostros, Navani estaba segura de que distinguió un dolor, una mueca en el semblante de Rabeniel cuando la hija siguió preguntando por su madre. Mirando todo el tiempo más allá de ella sin verla.

PORTADOR DE AGONÍAS



No estoy convencida de que sea posible destruir a ninguno de los dioses, de modo que quizá me haya expresado mal. En todo caso, pueden cambiar de estado, como un spren... o como las distintas luces. Esto es lo que buscamos.

De *El Ritmo de la Guerra*, subtexto de la página 21

Dalinar tocó con el dedo la frente del joven soldado, cerró los ojos y se concentró.

Podía ver algo que se extendía desde el soldado, irradiando en la oscuridad. Líneas de un blanco puro, finas como pelos. Algunas se movían, aunque un extremo se mantenía fijo en el punto central: el lugar donde el dedo de Dalinar tocaba la piel del soldado.

—Las veo —susurró—. Por fin.

El Padre Tormenta atronó al fondo de su mente.

No estaba seguro de que pudiera hacerse, dijo. *El poder de los Forjadores de Vínculos estaba atemperado por Honor, por el bien de todos. Desde la destrucción de Ashyn.*

—¿Cómo sabías de esta capacidad? —preguntó Dalinar, aún con los ojos cerrados.

La oí describir antes de estar vivo por completo. Melishi veía estas líneas.

—El último Forjador de Vínculos —dijo Dalinar—. Antes de la Traición.

El mismo. Honor estaba moribundo, posiblemente loco.

—¿Qué puedo hacer con ellas? —preguntó Dalinar.

No lo sé. Ves las Conexiones que tiene toda la gente: con otros, con spren, con el tiempo y la realidad misma. Todo está Conectado, Dalinar, por una inmensa red de interacciones, pasiones, pensamientos, destinos.

Cuanto más miraba Dalinar las temblorosas líneas blancas, más detalles alcanzaba a distinguir. Algunas brillaban más que otras, por ejemplo. Extendió la otra mano e intentó tocar una, pero sus dedos la atravesaron.

Los spren también las tienen, dijo el Padre Tormenta. Y el vínculo que crea a los Radiantes es similar, aunque mucho más fuerte. No creo que estas líneas pequeñas sean demasiado útiles.

—Algo tienen que significar —dijo Dalinar.

Sí, respondió el Padre Tormenta. *Pero eso no significa que puedan aprovecharse. Una vez oí a Melishi decir una cosa. Imagina que tienes dos trozos de tela, uno rojo y uno amarillo. Antes de separarte de tu hermano, los dos metéis la mano en una bolsa y sacáis una, pero la ocultáis, la guardáis en una caja sin verla.*

Os separáis y viajáis a regiones lejanas. Luego, de mutuo acuerdo, supongamos que el mismo día a la misma hora los dos abrís la caja y sacáis la tela. Al encontrar la roja, sabrías al instante que tu hermano ha sacado la amarilla. Habéis compartido algo, un vínculo de conocimiento. La Conexión existe, pero no es algo que necesariamente pueda aprovecharse. O al menos, no por parte de la mayoría. Un Forjador de Vínculos, en cambio...

Dalinar separó el dedo y abrió los ojos. Dio las gracias al joven soldado, que parecía nervioso al regresar a su puesto cerca de la parte delantera del edificio, uniéndose al todavía disfrazado Szeth. Dalinar miró el fabrial de su brazo. Jasnah y los demás regresarían pronto del frente. Batalla ganada, celebraciones completadas. Todo sin Dalinar.

Era una sensación muy rara. Allí estaba, preocupado por Navani y por la torre, pero incapaz de hacer nada hasta disponer de más información. Preocupado por Adolin allá en Shadamar, separado de él, como los hermanos de la historia del Padre Tormenta. Destinos compartidos, suertes compartidas, y sin embargo Dalinar se sentía incapaz de ayudar tanto a su esposa como a su hijo.

«Pero sí que te corresponde un papel en esto —se dijo con firmeza—. Un deber. Dominar estos poderes. Derrotar a Odium. Pensar a una escala mayor que una batalla, o incluso que una guerra.» Era difícil, dado lo despacio que

parecían progresar sus habilidades. Cuánto tiempo perdido. ¿Sería eso lo que había experimentado Jasnah todos esos años, persiguiendo secretos cuando nadie más la creía?

Ese día Dalinar tenía otro deber, además de practicar. Había estado posponiéndolo, pero sabía que no debería retrasarlo más. Así que recogió a Szeth y recorrió el campamento, encaminando sus pasos hacia la prisión.

Necesitaba hablar con Taravangian en persona.

El edificio que alojaba al rey derrocado no era una verdadera cárcel. No habían hecho planes de tenerla en aquel campamento de guerra temporal de Emul. Un calabozo sí, pero la disciplina militar era rápida por necesidad. Cualquier cosa que implicara más de una semana o dos de reclusión solía resultar en baja del servicio o, para las infracciones más graves, en ejecución.

Taravangian requería algo más permanente y más delicado. De modo que habían tapiado las ventanas de una casa recia, habían reforzado la puerta y habían apostado guardias de entre los mejores soldados de Dalinar. Mientras se acercaba, comprobó que las ventanas del piso superior estaban llenas de crudos ladrillos de crem, fijados con argamasa. A Dalinar no le había parecido bien conceder a Taravangian un hogar en vez de una celda, pero, al ver aquellas ventanas, tampoco le pareció bien dejarlo sin luz solar.

Dalinar asintió en respuesta a los saludos marciales en la puerta y esperó a que los guardias abrieran las cerraduras y le franquearan el paso. Nadie expresó ninguna preocupación por su seguridad ni hizo ningún comentario sobre que solo llevaba un guardia. Todos pensaban que las precauciones eran para impedir que rescataran a Taravangian y ni se les ocurriría preguntarse si el Espina Negra podría defenderse contra un anciano hombre de estado.

No tenían ni la menor idea, ni siquiera entonces, de lo peligroso que era Taravangian. Estaba sentado en un taburete cerca de la pared del fondo de la sala principal. Había dejado un rubí en una esquina y estaba mirándolo. Se volvió al oír entrar a Dalinar y hasta sonrió, el muy tormentoso.

Dalinar hizo una señal a Szeth para que esperase justo en el interior de la puerta mientras los guardias la cerraban y le pasaban el cerrojo después de que entraran. Entonces Dalinar fue hacia la esquina, precavido. Había cargado hacia muchas batallas con menos inquietud que la que sentía en esos momentos.

—Me había preguntado si vendrías —dijo Taravangian—. Ya han pasado casi dos semanas desde mi traición.

—Quería asegurarme de no estar siendo manipulado de algún modo —

respondió Dalinar, con sinceridad—. Así que esperé a que ciertas tareas estuvieran completadas antes de venir a verte y arriesgarme a permitir que influyeras en mí.

Aunque en el fondo, Dalinar reconoció que aquello era sobre todo una excusa. Ver a aquel hombre era doloroso. Quizá debería haber dejado que Jasnah interrogara a Taravangian, como había sugerido ella misma. Pero eso le había parecido la opción cobarde.

—Ah, ¿y esas ciertas tareas están completadas, entonces? —preguntó el anciano—. A estas alturas, sin duda ya te habrás recuperado de la traición de los ejércitos veden. ¿Has batallado contra las fuerzas de Odium en Emul? Advertí a Odium que deberíamos haber actuado antes, pero se mostró inflexible, ¿sabes? Esto era lo que él quería que ocurriese.

Aquella franqueza fue como un puntapié en toda la tripa de Dalinar. Hizo acopio de fuerzas.

—Ese taburete es demasiado incómodo para un hombre de tu edad. Deberían traerte una butaca. Pensaba que habían dejado amueblado el edificio. ¿Tienes cama? Y espero que te dieran más de una sola esfera para iluminarte.

—Dalinar, Dalinar —susurró Taravangian—. Si quieres que esté cómodo, no preguntes por el asiento ni por la luz. Responde a mis preguntas y háblame. Necesito eso más que...

—¿Por qué? —lo interrumpió Dalinar. Sostuvo la mirada de Taravangian y se sorprendió por lo mucho que dolía hacer la pregunta. Había sabido que la traición llegaría. Había sabido lo que era ese hombre. Y aun así, las palabras fueron una tortura cuando volvieron a salir de sus labios—. ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

—Porque ibas a perder, Dalinar. Lo siento, amigo mío. Es inevitable.

—Eso no puedes saberlo.

—Pero lo sé. —Se hundió en su asiento, volviéndose hacia la esquina y la esfera brillante—. Qué imitación más pobre de nuestra cómoda sala de estar en Urithiru. Y hasta eso era una pobre imitación de un auténtico hogar, crepitando con llamas reales, vivas y hermosas. Una imitación de una imitación.

»Eso es lo que somos, Dalinar. Un cuadro hecho a partir de otro cuadro de algo grandioso. Tal vez los antiguos Radiantes pudieran haber salido victoriosos de esta lucha, cuando Honor vivía. Pero no lo hicieron. Apenas lograron sobrevivir. Y ahora nos enfrentamos a un dios. Solos. No nos espera

ninguna victoria.

Dalinar se sintió... frío. No impactado. No sorprendido. Supuso que podría haber deducido por su cuenta el razonamiento de Taravangian, pues habían hablado a menudo de lo que significaba ser rey. Las conversaciones se habían hecho más intensas, más significativas, después de que Dalinar comprendiera lo que había hecho Taravangian para alzarse con el trono de Jah Keved. Una vez supo eso, en vez de charlar con un anciano amable de extraños ideales, había estado hablando con otro asesino. Con un hombre como el mismo Dalinar.

Y en ese momento estaba decepcionado. Porque al final, Taravangian había permitido que esa parte de él lo dominara. Había abandonado el límite. Su amigo —porque sí, eran amigos— había saltado al precipicio.

—Sí que podemos derrotarlo, Taravangian —dijo Dalinar—. No eres ni por asomo tan listo como crees.

—Estoy de acuerdo. Una vez lo fui, sin embargo —aclaró, quizás percibiendo la confusión de Dalinar—. Visité la Antigua Magia, Dalinar. La vi a ella. No solo a la Vigilante Nocturna, sospecho, sino a la otra. La misma a quien viste tú.

—Cultivación —dijo Dalinar—. Sí que existe alguien que puede enfrentarse a Odium. Había tres dioses.

—Ella no lo combatirá —respondió Taravangian—. Lo sabe. ¿Cómo crees que descubrí que perderíamos?

—¿Te dije eso? —Dalinar avanzó y se agachó al lado de Taravangian, al nivel de los ojos del anciano—. ¿Te dije que Odium ganaría?

—Le pedí la capacidad de detener lo que se avecinaba —dijo Taravangian—. Y me volvió inteligente, Dalinar. De una inteligencia trascendental, pero solo una vez. Durante un día. Voy variando, ¿sabes? Algunos días soy listo, pero mis emociones parecen atrofiarse y no siento más que irritación. Otros días soy estúpido, pero hasta la menor pizca de sentimentalidad me hace saltar las lágrimas. La mayoría de los días estoy como hoy. En algún nivel intermedio.

»Solo un día de genialidad. Un único día. Muchas veces he deseado que se me concediera otro, pero imagino que eso era todo lo que Cultivación quería que tuviera. Quería que lo viera por mí mismo. No había manera de salvar Roshar.

—¿No viste ninguna posible salida? —preguntó Dalinar—. Dime la verdad. ¿De verdad no había absolutamente ninguna manera de ganar?

Taravangian se quedó callado.

—Nadie puede ver el futuro a la perfección —dijo Dalinar—. Ni siquiera Odium. Encuentro imposible creer que tú, por muy listo que fueras, pudieras estar convencido por completo de que no había ningún camino hacia la victoria.

—Pongamos que estuvieras tú en mi lugar —repuso Taravangian—. Viste una sombra del futuro, la mejor que cualquiera ha captado jamás. Mejor, de hecho, que la que pudiera lograr cualquier mortal. Y viste un camino hacia la salvación de Alezkar, de todos tus seres queridos, de todo lo que conoces. Viste una oportunidad muy plausible, muy razonable, de lograr ese objetivo.

»Pero también viste que para hacer más, para salvar el mundo en sí, tendrías que confiar en unas apuestas tan alocadas que rayan en lo absurdo. Y si fracasaras en esa apuesta tan tan *tan* improbable, lo perderías todo. Dime tú la verdad a mí, Dalinar. ¿No te plantearías hacer lo que hice yo, optar por la decisión racional de salvar a unos pocos? —Los ojos de Taravangian brillaron—. ¿No es ese el camino del soldado? ¿Aceptar tus pérdidas y hacer lo que puedes?

—¿Así que nos vendiste? ¿Ayudaste a acelerar nuestra destrucción?

—Por un precio, Dalinar —respondió Taravangian, mirando de nuevo el rubí que era el hogar de la sala—. Conseguí preservar Kharbranth. Te prometo que intenté proteger más. Pero es como decís los Radiantes. Vida antes que muerte. Salvé las vidas de tantos como...

—No uses esa frase —dijo Dalinar—. No la mancilles, Taravangian, con tus burdas justificaciones.

—¿Aún sigues en tu alta torre, Dalinar? —preguntó Taravangian—. ¿Orgulloso de lo lejos que ves, cuando no distingues nada más allá de tus propios pies? Sí, eres muy noble. Qué maravilloso eres, luchando hasta el final, arrastrando a todos los humanos a la muerte contigo. Podrán morir todos sabiendo que jamás cediste.

—Hice un juramento —dijo Dalinar— de proteger al pueblo de Alezkar. Fue mi juramento como alto príncipe. Y después de eso, un juramento más grandioso, el juramento de un Radiante.

—¿Y así fue como protegiste a los alezi hace años, Dalinar? ¿Cuando los quemabas vivos en sus ciudades?

Dalinar inspiró de sopetón, pero se negó a morder ese anzuelo.

—Ya no soy ese hombre. Cambié. Yo doy el siguiente paso, Taravangian.

—Supongo que eso es cierto y mi afirmación una pulla inútil. Desearía que

fueras ese hombre dispuesto a quemar una ciudad para preservar ese reino. Podría trabajar con ese hombre, Dalinar. Hacérse lo ver.

—¿Ver que debería convertirme en un traidor?

—Sí. Tal y como vives ahora, proteger a la gente no es tu auténtico ideal. Si ese fuera el caso, te rendirías. No, tu verdadero ideal es nunca rendirte. Cueste lo que cueste. ¿Eres consciente del orgullo que hay en esa actitud?

—Me niego a aceptar que hemos perdido —dijo Dalinar—. Ese es el problema de tu forma de ver el mundo, Taravangian. Te rendiste antes de que la batalla empezara. Te crees lo bastante listo para conocer el futuro, pero te lo repito: *nadie* sabe a ciencia cierta lo que va a pasar.

El anciano sorprendió a Dalinar al asentir.

—Sí, sí, tal vez. Podría equivocarme. Eso sería estupendo, ¿verdad, Dalinar? Moriría feliz sabiendo que estaba en un error.

—¿De verdad? —preguntó Dalinar.

Taravangian se quedó pensativo. Entonces se giró de repente, y el movimiento provocó que Szeth saltara hacia delante, con la mano en la espada. Pero Taravangian solo estaba señalando otro taburete que había cerca para que Dalinar se sentara.

El antiguo rey lanzó una breve mirada a Szeth y vaciló. A Dalinar le pareció entrever que el hombre entornaba los ojos. Condenación. Lo había averiguado.

El momento duró solo un segundo.

—Ese taburete —dijo Taravangian, señalando de nuevo— lo he bajado desde el piso de arriba. Por si venías a verme. ¿Te sentarías conmigo como hacíamos antaño? ¿Por los viejos tiempos?

Dalinar frunció el ceño. Prefería no aceptar el asiento por principio, pero esa actitud sí que sería orgullosa. Decidió sentarse con aquel hombre una última vez. Taravangian era de los pocos que de verdad comprendían lo que se sentía al tomar las decisiones que había tomado Dalinar. Acercó el taburete y se sentó.

—Sí que moriría feliz —dijo Taravangian—, si pudiera ver que me equivocaba. Si ganaras.

—No creo que lo hicieras. No creo que pudieras soportar no haber sido tú quien nos salvara.

—Qué poco me conoces, a pesar de todo.

—No acudiste a mí, ni a ninguno de nosotros —dijo Dalinar—. ¿Dices que eras inteligentísimo? ¿Qué habías deducido lo que iba a ocurrir? ¿Y cuál fue

tu reacción? No fue proponer una alianza, no fue volver a fundar los Caballeros Radiantes. Fue enviar a un asesino y hacerte con el trono de Jah Keved.

—Para situarme en posición de negociar con Odium.

—Ese argumento es crem, Taravangian. No tenías por qué asesinar a nadie, ni convertirte en rey de Jah Keved, para lograr nada de esto. *Querías* ser emperador. Lo intentaste también con Alezkar. Enviaste a Szeth a matarme, en vez de hablar conmigo.

—Disculpa, Espina Negra, pero recuerda por favor el hombre que eras cuando empecé con esto. Ese hombre no me habría escuchado.

—¿Eres tan listo que puedes predecir quién ganará una guerra antes de que empiece pero no supiste ver que yo estaba cambiando? ¿No supiste ver que sería más valioso como aliado que como cadáver?

—Creía que caerías, Dalinar. Predije que te unirías a Odium, si seguías con vida. O eso o me combatirías a cada paso. Odium opinaba lo mismo.

—Y los dos os equivocabais —replicó Dalinar—. Así que tu grandioso plan, tu magistral «visión» del futuro estaba equivocada, y punto.

—Yo... eh... —Taravangian se frotó la frente—. Ahora mismo no tengo la inteligencia para explicártelo. Odium dispondrá las cosas para que, decididas lo que decididas, gane él. Sabiendo eso, tomé la difícil decisión de salvar al menos una ciudad.

—Yo creo que viste la oportunidad de ser emperador y la aprovechaste —dijo Dalinar—. Querías poder, Taravangian, para así renunciar a él. Querías ser el glorioso rey que se sacrifica para proteger a todos los demás. Siempre te has considerado un hombre que está obligado a soportar la carga del liderazgo.

—Porque es verdad.

—Porque te gusta.

—Si eso fuese cierto, ¿por qué lo dejé ir? ¿Por qué estoy capturado aquí?

—Porque querías ser conocido como el hombre que nos salvó.

—No —dijo Taravangian—. Es porque sabía que mis amigos y mi familia podrían escapar si te permitía capturarme. Sabía que tu ira caería sobre mí, no sobre Kharbranth. Y como seguro que ya habrás descubierto, quienes sabían lo que estaba haciendo ya no forman parte del gobierno de la ciudad. Si atacas Kharbranth, estarías atacando a inocentes.

—Nunca haría eso.

—Porque me tienes a mí. Reconócelo.

A la tormenta con él, tenía razón, y eso enfadó a Dalinar lo suficiente para atraer a un hirviente furiaspren a sus pies. No tenía ningún interés en vengarse de Kharbranth. Sus habitantes, como los veden, como el propio Dalinar, habían sido títeres en las maquinaciones de Taravangian.

—Sé que es difícil de aceptar —dijo el anciano—, pero mi objetivo nunca ha sido el poder. Siempre ha sido solo salvar a todo aquel que pudiera.

—Eso no puedo discutirlo, ya que no conozco tu corazón, Taravangian —respondió Dalinar—. Así que en vez de eso, te diré algo que sí sé a ciencia cierta. Esto podría haber sido de otra forma. Podrías haberte unido a nosotros de verdad. Tormentas... llego a imaginar un mundo en el que tú pronunciaras los juramentos. Te imagino como un líder mejor de lo que yo jamás podría haber sido. Tengo la impresión de que estabas muy cerca.

—No, amigo mío —dijo Taravangian—. Un monarca no puede hacer tales juramentos y esperar que será capaz de mantenerlos. Debe darse cuenta de que en cualquier momento puede surgir una necesidad mayor.

—En ese caso, es imposible que un rey sea un hombre moral.

—O a lo mejor se puede ser moral y aun así romper juramentos.

—No —dijo Dalinar—. No, los juramentos son parte de lo que *define* la moralidad, Taravangian. Un buen hombre debe aspirar a lograr aquello que se ha comprometido a hacer.

—Hablas como un verdadero hijo de Tanavast —repuso Taravangian, dando una palmada—. Y te creo, Dalinar. Creo que piensas justo lo que dices. De verdad eres un hombre de Honor, criado así a lo largo de toda una vida en su religión, que quizá estés poniendo patas arriba, pero mantiene su presa sobre tu mente.

»Ojalá pudiera elogiar eso. Quizá sí que hubiese otra forma de salir de esto. Quizá sí que hubiese otra solución. Pero no la encontraríamos en tus juramentos, amigos míos. Y no pasaría por una coalición de nobles líderes. Implicaría la clase de asuntos con los que tanta familiaridad tuviste en otros tiempos.

—No —dijo Dalinar—. Existe un camino justo hacia la victoria. Los métodos deben ajustarse al ideal que pretenden obtener.

Taravangian asintió, como si aquella hubiera sido la respuesta inevitable. Dalinar se echó un poco hacia atrás en su asiento y se quedaron allí sentados un rato, contemplando el diminuto rubí. A Dalinar no le gustaba nada cómo había ido aquello, cómo la discusión lo había forzado a adoptar la versión más dogmática de sus creencias. Sabía que existían matices en cada posición,

y aun así...

Alinear sus métodos y sus objetivos estaba en el mismo núcleo de todo lo que había aprendido. De aquello en lo que intentaba convertirse. Tenía que creer que había un modo de liderar sin perder la moralidad.

Miró aquel rubí, aquel resplandor de luz roja que recordaba al relámpago de una tormenta eterna. Dalinar había llegado allí esperando una pelea, pero se sorprendió al reparar en que sentía más pena que ira. Simpatizaba con el dolor de Taravangian, con sus remordimientos por lo que había ocurrido. Por lo que ambos habían perdido.

Dalinar por fin se levantó.

—Siempre dijiste que ser rey significaba aceptar el dolor.

—Aceptar que debes hacer lo que otros no pueden —convino Taravangian—. Portar las agonías de las decisiones que *debes* tomar, para que otros puedan llevar vidas puras. Debes saber que ya hice mis despedidas y he anulado por voluntad propia todo el valor que pudiera tener para Odium y para mis antiguos compatriotas. No podrás utilizar mi vida para negociar con nadie.

—¿Por qué decirme eso? —preguntó Dalinar—. Con eso haces que no tenga valor mantenerte prisionero. ¿Es que quieres ser ejecutado?

—Solo quiero ser claro contigo —dijo Taravangian—. Ya no tengo motivos para intentar manipularte, Dalinar. He logrado lo que pretendía. Puedes matarme.

—No, Taravangian —respondió Dalinar—. Has vivido según tus convicciones, por desencaminadas que puedan estar. Ahora yo viviré según las mías. Al final de todo, cuando me enfrente a Odium y lo derrote, tú estarás allí. Te haré ese regalo.

—¿El dolor de saber que me equivocaba?

—Antes me has dicho que deseabas estar equivocado. Si eres sincero, si de verdad esto nunca fue por tener razón ni por obtener poder, entonces ese día podremos abrazarnos sabiendo que todo ha terminado. Viejo amigo. Taravangian lo miró, y tenía lágrimas en los ojos.

—Por ese día, pues —susurró—. Y por ese abrazo.

Dalinar asintió y se marchó después de recoger a Szeth en la puerta. Se detuvo un momento para decir a los guardias que llevaran a Taravangian más luz y una silla cómoda.

Mientras caminaba, Szeth habló desde detrás de Dalinar.

—No te creas sus mentiras. Finge haber terminado de urdir planes, pero

hay más en él. Siempre hay más en ese.

Dalinar lanzó una mirada al estoico guardaespaldas. Era muy poco frecuente que Szeth ofreciera su opinión.

—No confío en él —dijo Dalinar—. No puedo terminar de hablar con ese hombre, por inocente que sea el tema, sin dar vueltas y más vueltas a las cosas que ha dicho. En parte, por eso estaba tan reacio a entrar ahí.

—Eres sabio —dijo Szeth, y pareció dar la conversación por terminada.

CANCIÓN DE PIEDRAS



No te lamentes por lo que ha ocurrido. Este cuaderno era un sueño que compartíamos, lo cual en sí mismo es algo hermoso. Una prueba de la verdad de mi intención, aunque el proyecto estuviera condenado.

De *El Ritmo de la Guerra*, página 27

Venli corría por los pasillos de Urithiru. Apartó a empujones a un grupo de humanos demasiado lentos para salir de su camino y luego se detuvo jadeando al llegar a ver la terraza.

Aquella canción... aquella canción le recordaba la voz de su madre.

Pero no era ella, por supuesto. La mujeren que estaba sentada en la terraza, cosiendo un tapete y cantando a Paz, no era Jaxlim. La pauta roja de su piel no era la misma y tenía los mechones demasiado cortos. Venli se apoyó en la piedra de la salida mientras los demás ocupantes de la terraza se fijaban en ella y la voz de la mujeren se interrumpía. Miró hacia Venli y empezó a canturrear a Ansiedad.

Venli dio media vuelta y se marchó, armonizando a Decepción. Esperaba no haber asustado a la gente. Una regia con aspecto tan frenético debía de haberlos sobresaltado.

Timbre latió en su interior.

—No paro de oír sus canciones —dijo Venli—. En las voces de la gente

con la que me cruzo. No dejo de recordar los días en los que cantaba con ella. Echo de menos esos días, Timbre. La vida era sencilla entonces.

Timbre palpító a lo Perdido.

—Ya no le quedaba mucho juicio cuando llegó mi traición —explicó Venli en respuesta a la pregunta de la spren—. Una parte de mí lo considera un consuelo, porque así nunca se enteró. De lo mío... En todo caso, fueron las tormentas lo que terminó matándola. Estaba con el grupo que escapó, pero huyeron a los abismos. Y entonces... hicimos lo que hicimos. Las llanuras se inundaron ese día... Timbre, se ahogó allí abajo. Murió por mi mano igual que si la hubiera apuñalado.

La pequeña spren latió de nuevo, reconfortante. Opinaba que Venli no tenía *toda* la culpa de lo que había hecho, porque las formas habían influido en su mente. Pero Venli había elegido esas formas.

Pensaba mucho en aquellos primeros días, después de liberar a Ulim. Sí, sus emociones habían cambiado. Había obedecido cada vez más a su ambición. Pero al mismo tiempo, no había reaccionado como Eshonai, que dio la sensación de convertirse en una persona completamente distinta al adoptar una forma de poder. Venli parecía más resistente, por algún motivo. Más ella misma, tuviera la forma que tuviera.

Eso debería hacer que armonizara a Alegría, pues solo podía deducir que la había ayudado a escapar de las zarpas de Odium. Pero también la volvía responsable de lo que había hecho. No podía echar la culpa a los spren ni a las formas. Había estado ella allí, dando aquellas órdenes.

Timbre latió. «Yo ayudé.» Y... sí, lo había hecho. Después de su aparición, Venli se había hecho más fuerte, más capaz de resistir.

—Gracias —dijo Venli—. Por eso y por lo que sigues haciendo. No merezco tu fe. Pero gracias.

Timbre palpító. Había llegado el día. Rabeniel iba a pasárselo entero con Navani, y parecía estar disfrutando de lo lindo con la dificultad de manipular a la anterior reina. Eso dejaba libre a Venli. Se había procurado un saquito de gemas, algunas con luz del vacío y otras con luz tormentosa.

Ese día iba a comprobar lo que de verdad significaba seguir aquel camino de lo Radiante.

Ya había escogido una zona en la que practicar. Por los informes matutinos, Venli se había enterado de que los exploradores del Perseguidor estaban peinando a conciencia la decimocuarta planta. Casi todos los soldados de Rabeniel estaban ocupados vigilando a los humanos y no solían

aventurarse a los pisos superiores. Así que Venli había elegido un lugar del séptimo piso, que el Perseguidor ya había registrado y estaba lejos de los centros más poblados.

Allí arriba la torre estaba en silencio, y Venli se sorprendió de que le recordara a los abismos de las Llanuras Quebradas. En aquellos huecos el sol también había sido difícil de evocar, y el lugar resplandecía del mismo modo con hermosa piedra.

Pasó los dedos por una pared, esperando notar rugosidades de las vibrantes líneas de estratos, pero la encontró lisa. Como las paredes de los abismos, en realidad. Su madre había muerto en aquellas profundidades. Con toda seguridad aterrorizada, incapaz de comprender lo que ocurría mientras el agua llegaba a mares y...

Venli armonizó a lo Perdido y dejó en el suelo su saquito de esferas. Sacó en primer lugar una de luz tormentosa y echó un vistazo en Shadessmar. No había vuelto a encontrar al vacíospren que había visto cerca de la celda de Rlain, a pesar de haber observado con cautela esos últimos días. Al final había juntado a Rlain con el cirujano y su esposa y los había llevado a los tres a ayudar a cuidar de los Radiantes caídos.

Shadessmar no reveló ningún spren oculto en ningún cremlino, así que Venli devolvió vacilante su visión al Reino Físico e inhaló una bocanada de luz tormentosa. Eso sabía hacerlo, ya que había practicado con Timbre a lo largo de los meses.

La luz tormentosa no funcionaba igual que la luz del vacío. En lugar de ir a su gema corazón, infundía su cuerpo entero. La notaba revolverse, una sensación más extraña que desagradable.

Puso la mano contra la pared de piedra.

—¿Te acuerdas de cómo lo hicimos la última vez? —preguntó a Timbre.

La pequeña spren latió insegura. Eso había sido muchos meses antes y había llamado la atención de los secretospren, por lo que habían parado enseguida. Pero Venli creía que solo había tenido que apretar la mano contra la pared y sus poderes habían empezado a activarse.

Timbre palpitó. No estaba convencida de que aquello fuese a funcionar con luz tormentosa, no con las defensas de la torre activadas. Y en efecto, cuando Venli intentó hacer... bueno, lo que fuese con la luz tormentosa, tuvo la sensación de que había como una muralla invisible bloqueándola.

No podía enviar la luz tormentosa a su gema corazón para almacenarla allí, no con el vacíospren atrapado dentro. Así que Venli dejó que la luz se agotara

por su cuenta, soplando para acelerar el proceso. Luego sacó una esfera de luz del vacío. Esas podía conseguirlas sin demasiados problemas, pero no se atrevía a cantar la *Canción de plegaria* para crearlas ella misma. Temía atraer la atención de Odium. Parecía no estar haciendo caso en los últimos tiempos, y Venli prefería que continuara así.

Timbre latió para darle ánimos.

—¿Estás segura? —preguntó Venli—. Por algún motivo, no me parece que esté bien usar esta energía para alimentar nuestras capacidades.

La respuesta palpitada de Timbre fue pragmática. Ya estaban usando la luz del vacío a diario, un poquito de la que tenían almacenada en la gema corazón, cada vez que empleaban los poderes de traducción de Venli. No estaba segura de si su capacidad de usar luz del vacío para los poderes Radiantes procedía del hecho de ser una regia o si cualquier cantor que entablara un vínculo podría hacer lo mismo.

Absorbió la luz del vacío como si fuese luz tormentosa y notó que infundía por completo su gema corazón. La luz del vacío no la impulsaba a moverse o actuar como había hecho la luz tormentosa. Lo que hacía era enardecer sus emociones, en ese caso volverla más paranoica, así que volvió a mirar en Shadesmar. Seguía sin haber nada alarmante.

Apretó la mano contra la pared de nuevo e intentó sentir la piedra. No con los dedos. Con el alma.

La piedra respondió. Pareció despertar como de un sueño profundo.

Hola, dijo, aunque el sonido pareció prolongarse demasiado. Venli estaba sintiendo las palabras más que oírlas. *Eres... conocida*.

—Soy Venli —dijo ella—. De los oyentes.

Las piedras temblaron. Hablaban con una sola voz, pero a Venli le daba la sensación de que a la vez eran muchas superpuestas. No la voz de la torre, sino las voces de los muchos sectores distintos de piedra que la rodeaban. Las paredes, el techo, el suelo.

Radiante, dijeron las piedras. *Hemos... añorado tu contacto, Radiante*. *Pero ¿qué es esto? ¿Qué es ese sonido, ese tono?*

—Luz del vacío —reconoció Venli.

Ese sonido es familiar, dijeron las piedras. *Una hija de los antiguos. Amiga, ¿habéis regresado para cantar nuestra canción de nuevo?*

—¿Qué canción? —preguntó ella.

La piedra cerca de ella empezó a ondularse, como la superficie de un estanque. Un tono inundó a Venli, y empezó a palpitar con la canción de un

ritmo que no había oído nunca pero que, de algún modo, siempre había conocido. Un ritmo profundo, sonoro, antiguo como el núcleo de Roshar.

La pared entera empezó a hacer lo mismo, y luego el techo y el suelo, rodeándola de un ritmo hermoso armonizado a un tono puro. Timbre se unió a él jubiloso, y así el cuerpo de Venli se alineó con el ritmo, y ella lo sintió resonando en su interior, haciéndola vibrar desde el caparazón a los huesos.

Dio un respingo y puso la otra mano contra la piedra, anhelando sentir la canción en su piel. Había algo correcto en aquello, algo perfecto.

«Oh, tormentas —pensó—. Oh, ritmos antiguos y nuevos. Esto es a lo que pertenezco.»

Y de verdad pertenecía a aquello.

Hasta entonces, todo lo que había hecho con Timbre había sido accidental. Había tenido un impulso. Venli había tomado decisiones a lo largo del proceso, pero nunca había tenido la impresión de que fuese algo que merecía. Era más bien un camino en el que había caído, y que había seguido porque era mejor que las demás opciones.

Pero aquello... aquello era a lo que pertenecía.

Recuerda, dijeron las piedras.

El suelo delante de ella dejó de ondularse y creó formas. Pequeños hogares hechos de piedra, con figuras de pie junto a ellos. Dándoles forma. Los oyó canturrear.

Los vio. Personas de la antigüedad, los cantores del alba, trabajando la piedra. Creando ciudades, herramientas. No necesitaban el moldeado de almas ni las fraguas. Hundían varas de madera en la piedra y sacaban hachas. Creaban cuencos con los dedos. Y durante todo el tiempo, la piedra les cantaba.

Siénteme, escultora. Crea a partir de mí. Somos una. La piedra esculpe tu vida igual que tú esculpes la piedra.

Bienvenida al hogar, hija de los antiguos.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Venli—. Entonces no existían los Radiantes. Los spren no se vinculaban con nosotros... ¿verdad?

Las cosas son nuevas, vibraron las piedras, pero las cosas nuevas se crean a partir de las antiguas, y los viejos pueblos dan la vida a los nuevos. Las piedras antiguas recuerdan.

Las vibraciones cesaron, remitiendo de poderosas palpitaciones a diminutas ondulaciones y luego al silencio. Los hogares y la gente se derritieron de vuelta al ordinario suelo de piedra, aunque los estratos de aquel

lugar habían cambiado. Como para reflejar las anteriores vibraciones.

Venli se arrodilló. Al cabo de unos minutos, respirando a bocanadas, se dio cuenta de que se le había agotado por completo la luz del vacío. Buscó en su saquito y encontró todas las esferas opacas salvo un solo marco. Había consumido la luz de aquellas esferas a una velocidad apabullante. Pero aquel momento de canción, aquel momento de conexión, sin la menor duda había valido el precio.

Absorbió el marco que le quedaba y, titubeante, volvió a poner la mano contra la pared. Encontró la piedra dispuesta y maleable, animándola y llamándola «escultora». Utilizó la luz para infundir su propia mano, haciéndola brillar en violeta sobre negro. Cuando apretó el pulgar contra la piedra, notó que cedía, como si se hubiera convertido en arcilla de crem.

Venli presionó con la mano entera hacia el interior de la piedra, dejando allí una huella mientras sentía el ritmo, suave pero todavía presente. Entonces sacó un poco de la roca y la moldeó con los dedos. Hizo una bola con ella y la viscosidad parecía responder a sus deseos, porque cuando extendió el brazo hacia delante y la imaginó haciéndolo, la roca se derritió en un charquito. Venli la soltó y la piedra repicó contra el suelo, endurecida pero marcada por sus dedos.

La recogió y volvió a ponerla en la pared, donde se fundió con la piedra de allí como si Venli nunca la hubiera sacado.

Al terminar, se quedó pensativa.

—Quiero esto, Timbre —susurró, secándose los ojos—. *Necesito* esto.

Timbre palpitó emocionada.

—¿Cómo que «ellos»? —preguntó Venli.

Alzó la mirada y distinguió luces en el pasillo. Armonizó a Ansiedad, pero entonces las luces se aproximaron. Los tres pequeños spren eran como Timbre: tenían forma de cometa y anillos de luz palpitando a su alrededor.

—Esto es peligroso —siseó Venli a Reprimenda—. No deberían estar aquí. Si los ven, los vacíospren los destruirán.

Timbre latió que los spren no podían destruirse. Si se los cortaba con una hoja esquirlada, volvían a cobrar forma. Pero Venli no estaba tan convencida. Seguro que los Fusionados podrían hacer algo. ¿Atraparlos en un frasco? ¿Encerrarlos en algún lugar apartado?

Timbre insistió en que podían pasar a Shadessmar si ocurría eso, y ser libres. Bueno, pero seguía siendo arriesgado, dijera lo que dijese Timbre. Aquellos spren parecían más... despiertos de lo que había esperado, sin

embargo. Flotaron alrededor de ella, curiosos.

—¿No decías que los spren como tú necesitaban un vínculo para ser conscientes en el Reino Físico? ¿Un ancla?

La explicación de Timbre llegó acompañada de una leve vergüenza. Aquellos spren anhelaban vincularse con los amigos de Venli, con sus escuderos. Eso era lo que les había concedido acceso a los pensamientos y la estabilidad en el Reino Físico. Venli era el ancla.

Asintió.

—Diles que de momento salgan de la torre. Si de pronto mis amigos empiezan a manifestar poderes Radiantes, y si la piedra empieza a cantar en sitios donde otros puedan verlo, podríamos tener problemas muy graves.

Timbre latió, desafiante. ¿Cuánto tiempo?

—Hasta que encuentre la forma de salir de este lío —respondió Venli. Apretó la mano contra la pared y escuchó el suave y satisfecho canturreo de las piedras—. Soy como un bebé dando sus primeros pasos. Pero esto podría ser la respuesta que necesitamos. Si logro esculpir una ruta de escape por los túneles derrumbados de abajo, debería poder sacarnos a hurtadillas. A lo mejor hasta podríamos hacer que pareciera que hemos muerto en otro derrumbamiento, y así cubrir nuestra huida.

Timbre latió alentadora.

—Tienes razón —dijo Venli—. Juntas podemos hacerlo. Pero tenemos que ir despacio, con cuidado. Me apresuré a buscar nuevas formas y resultó ser un desastre. Esta vez vamos a hacer las cosas bien.

UNA FAMILIA



OCHO AÑOS ANTES

Eshonai acompañó a su madre a la tormenta.

Juntas salieron a la eléctrica oscuridad, Eshonai con un gran escudo de madera para resguardar del viento a su madre, que acunaba la brillante gema naranja. Las poderosas ráfagas de viento intentaban arrancar el escudo del brazo de Eshonai, y los vientospren pasaban volando, riendo.

Eshonai y su madre adelantaron a otros, distinguibles por las gemas parecidas que llevaban. Tenues destellos de luz en la tempestad. Como las almas de los muertos que se decía que vagaban en las tormentas, buscando gemas corazón que habitar.

Eshonai armonizó al Ritmo de los Terrores, marcado, cada tiempo perforándole la mente. No temía por sí misma, pero su madre estaba muy frágil en los últimos tiempos.

Aunque muchos de los demás se quedaron en campo abierto, Eshonai llevó a su madre al recoveco en la piedra que había elegido antes. Incluso allí, parecía que el golpeteo de la lluvia intentara atravesarle la piel. Los lluviaspren parecían danzar por encima del risco, meciéndose con la furiosa tempestad.

Eshonai se acuclilló al lado de su madre, incapaz de oír el ritmo que tarareaba Jaxlim. La luz de la gema, sin embargo, reveló una sonrisa en su

rostro.

—¿Una sonrisa?

—¡Me recuerda a cuando tu padre y yo salimos juntos! —gritó Jaxlim a Eshonai para hacerse oír en el fragor del viento—. ¡Decidimos no dejárselo al destino, no permitir que uno fuese aceptado y el otro no! Aún recuerdo los extraños sentimientos de pasión cuando cambié por primera vez. ¡Tienes demasiado miedo a eso, Eshonai! Comprenderás que quiero nietos.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora? —preguntó Eshonai—. Sostén esa gema. ¡Adopta la nueva forma! Piensa en eso, no en la forma carnal.

Eso sí que sería bochornoso.

—A los vidaspren no les interesa la gente de mi edad —dijo su madre—. ¡Es solo que sienta bien estar aquí fuera otra vez! ¡Ya empezaba a pensar que me marchitaría sin más!

Se acurrucaron juntas contra la piedra y Eshonai usó su escudo como techo improvisado para guarecerlas de la lluvia. No estaba segura de cuánto tardaría en empezar la transformación. La propia Eshonai solo había adoptado una forma nueva en una ocasión, de niña, cuando su padre la había ayudado a obtener la forma de trabajo al llegarle el tiempo de los cambios.

Los niños no necesitaban una forma, ya eran vibrantes sin ellas. Pero si no adoptaban una forma al llegar a la pubertad, en su séptimo u octavo año, quedaban atrapados en la forma gris. Esa forma era, en esencia, una versión inferior de la forma carnal.

La tormenta estaba prolongándose mucho y a Eshonai empezó a dolerle el brazo de sostener el escudo en alto.

—¿Funciona? —preguntó a su madre.

—¡Aún no! No sé qué estado mental debo tener.

—¡Armoniza a un ritmo audaz! —exclamó Eshonai—. ¡Confianza o Emoción!

—¡Ya lo intento! Es...

Lo que siguiera diciendo su madre se perdió en el estruendo de un trueno que las embargó, haciendo vibrar las mismas piedras y que a Eshonai le castañearan los dientes. O quizá eso fuese por el frío. En general, el tiempo helado no la molestaba, y la forma de trabajo estaba bien adaptada a él, pero la lluvia gélida había calado a través de su abrigo aceitado y le resbalaba por la columna vertebral.

Armonizó a Resolución y mantuvo el escudo en su sitio. Estaba decidida a proteger a su madre. Jaxlim solía quejarse de que Eshonai era muy voluble,

propensa a los caprichos, pero no era cierto. Su exploración era un trabajo difícil. Un trabajo valioso. Eshonai no era poco de fiar ni perezosa.

Quería que su madre lo viera. Eshonai sostuvo el escudo desafiando a la lluvia, desafiando al mismísimo Jinete de la Tormenta. Atrajo a su madre hacia ella para calentarla. No débil. Sólida. Fiable. *Decidida*.

La gema empezó a brillar con más intensidad en las manos de su madre. «Por fin», pensó Eshonai, moviéndose para dejar a su madre más espacio y que completara la transformación, el remodelado de su alma, la conexión definitiva entre un oyente y el propio Roshar.

Eshonai no debería haberse sorprendido cuando la luz emanó de la gema y al instante quedó absorbida, como el agua apresurándose a llenar un recipiente vacío, en su propia gema corazón. Pero se sorprendió. Eshonai dio un respingo mientras los ritmos se interrumpían y desaparecían, todos menos uno, un sonido abrumador que nunca había oído antes. Un tono majestuoso, firme. No un ritmo. Una nota pura.

Orgullosa, más sonora que el trueno. El sonido se convirtió en todo para ella mientras su anterior spren, un minúsculo gravitacionspren, salía expulsado de su gema corazón.

Con el tono puro de Honor atronando en sus oídos, soltó el escudo, que salió volando al cielo oscuro. La luz no debería haber entrado en Eshonai, pero en ese momento le dio igual. Aquella transformación era espléndida. En ella, una parte vital de los oyentes regresó a Eshonai.

Necesitaban más de lo que tenían. Necesitaban justo aquello.

Era... era lo correcto. Eshonai recibió el cambio con los brazos abiertos.

Mientras sucedía, tuvo la sensación de que todo Roshar se detenía para cantar la nota, perdida mucho tiempo atrás, de Honor.

Eshonai recuperó el conocimiento, tendida en un charco de agua de lluvia turbia de crem. A su lado se mecía un solo lluviaspren, su forma titilando, su ojo mirando arriba hacia las nubes, sus pequeños pies cruzándose y descruzándose.

Se incorporó y echó un vistazo a su ropa hecha jirones. Su madre había dejado a Eshonai en algún momento durante la tempestad, gritando que debía ponerse a cubierto. Eshonai había estado demasiado ensimismada con el tono y la nueva transformación para acompañarla.

Levantó la mano y encontró los dedos gruesos, carnosos, y un caparazón tan magnífico como la armadura de los humanos subiendo por el dorso de la

mano y el brazo. Le cubría el cuerpo entero, de los pies a la cabeza. No tenía mechones de pelo, solo una pieza sólida de caparazón.

El cambio le había destrozado la camisa y el abrigo, dejándole solo la falda, que se había rasgado por la cintura y apenas se mantenía puesta. Eshonai se levantó y hasta ese acto tan sencillo le dio una sensación distinta a la de antes. Se notó propulsada hacia arriba por una fuerza inaudita. Tropezó y dio un respingo, armonizando a Asombro.

—¡Eshonai! —exclamó una voz desconocida.

Frunció el ceño al ver que una figura monstruosa con caparazón naranja rojizo pisaba unos escombros dejados por la tormenta. El hombren se había atado la ropa como había podido, a todas luces después de quedarse desvestido igual que ella. Eshonai armonizó a Diversión, aunque no era que le pareciera ridículo. Daba la impresión de que una figura tan dinámica y musculosa jamás podría resultar ridícula. Deseó que existiera un ritmo más majestuoso que Asombro. ¿Ella también tendría ese aspecto?

—Eshonai —dijo el hombren con su voz profunda—, ¿te lo puedes creer? ¡Me siento como si pudiera saltar y tocar las nubes!

No reconoció la voz... pero aquella pauta de piel jaspeada sí que le sonaba. Y los rasgos, aunque estuvieran cubiertos por un yelmo de caparazón, le recordaban a...

—¿Thude? —preguntó, y dio otro respingo—. ¡Mi voz!

—Lo sé —dijo él—. Si alguna vez has querido cantar los tonos bajos, Eshonai, ¡parece que hemos encontrado la forma perfecta para hacerlo!

Eshonai miró alrededor y vio a otros varios oyentes con poderosa armadura, de pie y armonizados a Asombro. Habría más de una docena. Aunque Venli les había proporcionado un par de docenas de gemas, parecía que no todos los voluntarios habían adoptado la forma nueva. No era de extrañar. Llevaría tiempo y práctica determinar el estado mental adecuado.

—¿Vosotros también os habéis quedado abrumados? —preguntó Dianil, que llegaba hacia ellos dando zancadas. La voz de la mujer sonaba tan grave como la de Eshonai, pero aquel bucle de veta negra en el ceño era distintivo—. Yo he sentido una necesidad imperiosa de alzarme en la tormenta y disfrutar del tono.

—Hay canciones sobre los primeros que adoptaron la forma de trabajo —dijo Eshonai—. Creo que mencionan una experiencia parecida: una efusión de poder, un tono asombroso que pertenecía por completo a Cultivación.

—Los tonos de Roshar —dijo Thude— nos dan la bienvenida a casa.

Se reunieron los doce y, aunque Eshonai conocía a unos mejor que a otros, pareció haber una... conexión instantánea entre ellos. Una camaradería. Se turnaron para saltar, compitiendo a ver quién llegaba más alto, cantando a Alegría, alocados como un puñado de niños con un juguete nuevo. Eshonai levantó una roca, la arrojó y vio cómo recorría una distancia increíble. Incluso atrajo un glorispren, con colas que fluían y largas alas.

Mientras los demás buscaban sus propias rocas para intentar superar su lanzamiento, Eshonai oyó un sonido incongruente. ¿Los tambores? Sí, eran los tambores de guerra. Había una incursión en la ciudad.

Los demás se congregaron a su alrededor, canturreando a Confusión. ¿Alguna de las otras familias estaba atacando? ¿Justo en esos momentos?

Eshonai tuvo ganas de echarse a reír.

—¿Es que están locos? —preguntó Thude.

—No saben lo que hemos hecho —dijo Eshonai, mirando a su alrededor por la extensión plana de roca fuera de la ciudad donde habían salido a la alta tormenta. Muchos otros oyentes habían esperado hasta entonces para abandonar el resguardo de las grietas en el suelo.

Sus mejores guerreros, en cambio, se habían quedado en la ciudad, refugiados en las pequeñas y fuertes estructuras. No era tan raro que una familia conquistara una ciudad justo después de una tormenta. Era de los mejores momentos para atacar, si se lograba reunir las tropas lo bastante rápido.

—Esto será divertido —dijo Melu a Emoción.

—No sé si es la manera adecuada de pensar en ello —dijo Eshonai, aunque sentía la misma ansia. Un deseo de lanzarse a la carga—. Pero... si podemos llegar antes de que terminen los alardes...

Los otros empezaron a armonizar a Diversión o a Emoción, con amplias sonrisas en la cara. Eshonai abrió el paso, sin escuchar las llamadas de quienes salían del refugio para tormentas. Había un asunto más urgente que atender.

Al acercarse a la ciudad, Eshonai vio a la familia rival congregada fuera de las puertas, alzando sus lanzas y gritando desafíos y pullas. Iban vestidos de blanco, por supuesto. Era la forma de saber que estaba produciéndose un ataque, no una solicitud de comercio o alguna otra interacción.

Dado que aún seguían los alardes, la verdadera batalla no había comenzado. Eshonai había participado en varios combates por ciudades durante los años que había pasado su familia intentando reclamar una, y

siempre habían sido unos asuntos muy feos. El peor había dejado más de una docena de muertos en cada bando.

Bueno, ese día iban a ver lo que...

Dejó de andar y levantó una mano para detener a los demás. La obedecieron, aunque una parte de Eshonai se preguntó por qué había decidido ponerse al mando. Parecía lo natural.

Habían estado yendo hacia una hendidura en la muralla que rodeaba la ciudad. Ese muro habría sido grandioso en otros tiempos, pero solo quedaban meros atisbos de su antigua majestad. La mayoría de él estaba bajo y desgastado, dividido por amplios huecos.

Allí había una silueta moviéndose en la sombra. Parecía siniestra, peligrosa... pero entonces Venli salió a la luz y les hizo gestos para que avanzaran. ¿Cómo había podido llegar a la ciudad tan deprisa?

Eshonai se acercó y Venli la recorrió de arriba abajo con una mirada lenta, deliberada. Los tambores sonaban de fondo, instando a Eshonai a avanzar. Pero aquella mirada en los ojos de su hermana...

—Así que ha funcionado —dijo Venli—. Loadas sean las antiguas tormentas. Tienes buen aspecto, hermana. Bien fuerte y lista para servir.

—Esto no es quien soy —replicó Eshonai, señalando su forma—. Pero hay una cierta... emoción en llevarla.

—Ve a ver a Sharefel —dijo Venli—. Te está esperando.

—Los tambores... —empezó a protestar Eshonai.

—El enemigo aún seguirá aullando insultos un rato —dijo Venli—. Ve a ver a Sharefel.

Sharefel. El portador de esquirlada de la familia. Al conquistar aquella ciudad, por tradición la familia derrotada había entregado las esquirlas de la ciudad para que la familia de Eshonai las protegiera y las empleara.

—Venli —dijo Eshonai—, no utilizamos las esquirlas contra otros oyentes. Son solo para las cacerías.

—Ay, hermana —repuso Venli a Diversión, pasando a su lado para observar a Thude y los demás—. Si queremos tener una mínima esperanza de resistir ante los humanos, cuando inevitablemente se vuelvan contra nosotros, debemos estar preparados para blandir las armas con las que se nos bendijo.

Eshonai quiso armonizar a Reprimenda al oír la sugerencia, pero recordó las cosas que le había dicho Dalinar Kholin. Si los oyentes no estaban unidos, serían presa fácil.

—Quiero pelear —dijo Melu a Emoción, con un expectaspren rebotando

por detrás de ella como un largo banderín conectado a una esfera redonda.

—Creo que deberíamos intentar no matar a nadie —propuso Thude a Consideración—. Con esta forma... me parece que sería injusto.

—Portad las esquirlas —los apremió Venli—. Mostradles los peligros de acercarse a nosotros exigiendo batalla.

Eshonai pasó enérgica al lado de su hermana y los demás la siguieron. Venli también fue tras ellos. Eshonai no tenía intención de utilizar las esquirlas contra su propio pueblo, pero quizá hubiera algún propósito en visitar a Sharefel. Recorrió la ciudad, dejando atrás charcos llenos de crem y enredaderas que se extendían desde los rocabrotes para lamer la humedad.

La choza del portador de esquirlada estaba junto a la muralla frontal, cerca de los tambores. Era una de las estructuras más resistentes de la ciudad y siempre estaba bien mantenida. Ese día la puerta estaba abierta. Eshonai cruzó el umbral.

—Ah... —dijo una voz suave al Ritmo de lo Perdido—. Conque es verdad. Volvemos a tener guerreros.

Eshonai se adelantó y encontró al anciano oyente en su asiento, con su piel sobre todo negra bañada por la luz que entraba por la puerta. Sintiendo que era lo apropiado, aun sin saber muy bien por qué, Eshonai se arrodilló ante él.

—Largo tiempo he cantado las viejas canciones —dijo Sharefel—, soñando con este día. Siempre pensé que sería yo quien la encontraría. ¿Cuál es el spren?

—Dolorspren —dijo Eshonai.

—Huyen de las tormentas.

—Los capturamos —dijo Eshonai mientras otros dos oyentes en forma de guerra entraban en la estancia, con peligrosas siluetas—. Utilizando un método humano.

—Ah... —dijo él—. La probaré yo mismo, entonces, con la próxima tormenta. Pero esta es una nueva era y merece un nuevo portador de esquirlada. ¿Quién de vosotros aceptará mis esquirlas? ¿Quién de vosotros puede soportar esa carga, y esa gloria?

El grupo se quedó callado. No todas las familias tenían portadores de esquirlada. Había solo ocho conjuntos completos entre todos los oyentes. Aquellos que dominaban las ocho ciudades adecuadas recibían su bendición, para blandirlas solo en cacerías de grancaparazones. Eran acontecimientos muy poco frecuentes, en los que varias familias se aliaban para recolectar una gema corazón que les permitiera cultivar y luego darse un festín con la bestia

abatida.

Pero aquello... ya no parecía el futuro que esperaba a sus esquirlas. «Si los humanos averiguan que las tenemos —pensó Eshonai—, sí que habrá guerra.»

—Dame a mí las esquirlas —dijo Melu a Emoción.

Dio un paso adelante, pero Thude le puso una mano en el peto de caparazón como para contenerla. Melu canturreó a Traición, y él a Irritación. Un desafío por parte de ambos.

Aquello podía ponerse feo muy deprisa.

—¡No! —exclamó Eshonai—. No, ninguno de nosotros las tomará. Ninguno estamos preparados. —Miró al anciano portador de esquirlada—. Quédatelas tú. Con armadura esquirlada, eres tan firme como cualquier guerrero, Sharefel. Solo te pido que te alces hoy junto a nosotros.

Los tambores dejaron de sonar.

—No empuñaré la hoja esquirlada contra otros oyentes —dijo Sharefel a Escepticismo.

—No será necesario —respondió Eshonai—. Nuestro objetivo hoy no es ganar una batalla, sino prometer un nuevo principio.

Poco tiempo después salieron de la ciudad. En otros tiempos debió de haber portones en aquella abertura, pero los oyentes no podían crear maravillas de madera a esa escala. Todavía no.

La batalla había empezado ya, aunque aún no había llegado al combate próximo. Los guerreros de la familia de Eshonai se adelantarían y arrojarían sus lanzas, y la otra familia esquivaría. Luego la familia atacante devolvería las lanzas. Si daban a alguien, ese bando podía retirarse y renunciar a la batalla. Si no, en algún momento un bando se abalanzaría contra el otro.

Había spren de todos los tipos atraídos por el acontecimiento, merodeando o flotando por el perímetro. Los arqueros de la familia de Eshonai se mantenían atrás como demostración de fuerza, pero no utilizarían sus armas allí. Los arcos eran demasiado mortíferos, y demasiado precisos, para usarlos con el objetivo de herir a otros.

Pero... sí había ocurrido alguna vez, por desgracia, que en el fragor de la pelea se hubieran roto las tradiciones. Batallas normales convertidas en horripilantes masacres. Eshonai nunca había participado en ninguna de ellas, pero había visto las consecuencias que tenían en su infancia, al pasar cerca de un asalto fallido a otra ciudad.

Ese día ambos bandos se detuvieron al ver salir a los oyentes en forma de guerra, acompañados por un portador de esquirlada completo en su brillante armadura. La familia de Eshonai les abrió paso, canturreando a Asombro o a Emoción.

Eshonai recogió una lanza y varios otros la imitaron. Llegaron hasta el centro del campo. La familia rival retrocedió a toda prisa, sus guerreros cubriendo la retirada con sus lanzas. Por las posturas que tenían, y por los pocos canturreos que Eshonai pudo distinguir, estaban aterrorizados.

—Hemos hallado la forma de guerra —gritó Eshonai a Alegría. Un ritmo amistoso, no uno enfurecido—. Venid, únios a nosotros. Entrad en nuestra ciudad, vivamos juntos. Compartiremos nuestro conocimiento con vosotros.

Los otros retrocedieron más. Uno de ellos gritó, a Reprimenda:

—¡Nos dominaréis! Nos convertiréis en esclavos. Ya no seremos nuestra propia familia.

—¡Somos todos una sola familia! —exclamó Eshonai—. ¿Teméis que os esclavicen? ¿Visteis a esos pobres en forma esclava que tenían los humanos? ¿Visteis aquellas armaduras, aquellas armas? ¿Visteis la rica ropa de los humanos, los carros que creaban?

»No podéis combatir contra eso. Yo no puedo combatir contra eso. Pero juntos, sí que podríamos. Hay decenas de miles de oyentes por todas las llanuras. Cuando regresen los humanos, mostrémosles una nación unida, no un puñado de tribus pendencieras. —Señaló hacia sus compañeros en forma de guerra y dejó que su mirada se entretuviese en Sharefel con su armadura esquirlada.

»No combatiremos hoy contra vosotros —afirmó Eshonai, mirando de nuevo a la familia enemiga—. Nadie de esta familia combatirá hoy contra vosotros. Pero si alguno de vosotros insiste, descubrirá en persona el auténtico poder de esta forma. Después iremos a hablar con la familia de las Canciones Vivas. Podéis elegir ser los primeros en incorporarlos a nuestra nueva nación y que vuestra sabiduría se reconozca durante generaciones. O podéis quedarnos para el final y volver humillados para suplicar que os aceptemos cuando nuestra unión esté casi completa.

Se llevó la lanza al hombro y la arrojó, sorprendiéndose a sí misma con la potencia del lanzamiento. El arma voló por encima de la familia rival y se perdió en la lejanía. Eshonai oyó a más de uno de ellos canturreando al Ritmo de los Terrores.

Asintió mirando a los demás, que la siguieron de vuelta a la ciudad.

Algunos parecían molestos. Querían una batalla para poner a prueba sus capacidades. Eshonai nunca había conocido a oyentes sedientos de sangre, y no sentía que aquella nueva forma la hubiera cambiado tanto a ella, pero sí que tuvo que admitir que notaba una cierta ansia.

—Deberíamos entrenar —dijo a los demás—. Liberar un poco de nuestra agresividad.

—Suena maravilloso —respondió Thude.

—Siempre que podamos hacerlo delante de todos esos —dijo Melu a Irritación—. Quiero que comprendan con qué facilidad podría haberles partido los cráneos. —Miró a Eshonai—. Pero... has hecho bien. Me alegra de no haber tenido que descuartizar a nadie.

—¿Dónde has aprendido a dar discursos? —preguntó otro desde atrás—. ¿Aprendiste hablando con los árboles, allí fuera?

—No soy una ermitaña, Dolimid —dijo ella a Irritación—. Solo me gusta la idea de ser libre. De no estar restringida a un solo lugar. Mientras no sepamos lo que hay ahí fuera, es fácil que puedan sorprendernos. Dime, ¿estaríamos esforzándonos ahora por organizar a nuestro pueblo si nos hubiéramos dedicado a explorar nuestro entorno? Podríamos llevar generaciones preparándonos para enfrentarnos a los humanos, si no hubiéramos tenido tanto miedo.

Los otros canturrearon a Consuelo, comprendiéndolo. ¿Por qué había costado tanto a Eshonai convencer a la gente antes? Aquella facilidad era por la conexión que sentía con aquellos oyentes, los primeros en forma de guerra?

Había mucho que aprender de aquella forma, mucho con lo que experimentar. Notó un brío en su paso. Tal vez la forma de guerra fuese mejor para explorar; podría saltar obstáculos y correr más deprisa. ¡Cuántas posibilidades había!

Entraron en la ciudad y los guerreros de su familia, los que habían estado arrojando sus lanzas fuera, los siguieron al trote, aceptando al instante la autoridad de la forma de guerra. Cuando pasaron junto a la choza de Sharefel, Eshonai vio a Venli de nuevo, acechando en la sombra. Aquella victoria era de ella, en cierto modo.

Eshonai debería haber ido a darle la enhorabuena, con toda seguridad, pero no lograba hacerse el ánimo. Venli no necesitaba más canciones que la alabaran. Ya tenía un ego bastante grande.

En lugar de eso, Eshonai llevó al grupo hasta el refugio para tormentas, de

donde seguía saliendo el resto de su familia. Todos y cada uno de ellos merecían ver de cerca la nueva forma.

TONOS PUROS DE ROSHAR



Te dejo ahora en tu propia compañía.

De *El Ritmo de la Guerra*, página 27

Navani golpeó el diapasón y tocó con él un diamante refulgente. Cuando lo separó de la gema, una fina línea de luz tormentosa lo siguió y, al poner en contacto la herramienta con un diamante vacío, la luz tormentosa fluyó a su interior. La transferencia se mantendría mientras el diapasón hiciera seguir vibrando al segundo diamante.

«A veces la considero un gas —pensó mientras anotaba la velocidad del flujo—. Y a veces un líquido. No dejo de oscilar entre ambas ideas, intentando definirla, pero no puede ser ninguna de esas cosas. La luz tormentosa es algo distinto, que comparte algunas propiedades tanto con los líquidos como con los gases.»

Después de completar aquel experimento de control, midiendo la rapidez de transmisión de la luz tormentosa, dispuso el verdadero experimento. Ese iba a llevarlo a cabo dentro de una gran caja de acero creada mediante moldeado de almas por sus eruditos para los experimentos peligrosos, con una gruesa cara de cristal. Navani había obligado al enemigo a meterla a rastras desde el pasillo y colocarla encima de su mesa.

No estaba segura de que la caja fuera a salvarla de una posible explosión,

pero, dado que no tenía parte de arriba, la fuerza de la destrucción debería llevar dirección ascendente. Así que, mientras Navani se mantuviera baja y mirara por la cara de cristal, debería estar escudada.

Era lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias difíciles. Navani había dicho a los cantores que estaba tomando las precauciones normales, procurando no darles a entender que esperaba una explosión. Y de hecho no la esperaba, porque la esfera que había matado a sus eruditas no era de luz del vacío, sino de otra cosa. Otra cosa que Navani aún no comprendía. Estaba convencida de que mezclar luz del vacío con luz tormentosa no generaría una explosión, sino una nueva clase de luz. Como la luz de torre.

Empezó su siguiente experimento del mismo modo que el anterior, extrayendo luz tormentosa y enviándola a otro diamante. Luego metió la mano en la caja con unas pinzas y situó un diamante de luz del vacío en el centro del flujo, entre el diamante de luz tormentosa y el diapasón.

La luz tormentosa no reaccionó en absoluto al diamante con luz del vacío. Se limitó a fluir alrededor de la gema oscura y continuar hacia el diamante que la recibía. A medida que remitía el tono del diapasón, el flujo fue reduciéndose. Cuando el diapasón quedó en silencio, la luz tormentosa que seguía flotando en el aire entre ambos diamantes se dispersó hasta desaparecer.

Bueno, Navani tampoco había esperado que sucediera otra cosa. La siguiente era una comprobación mejor. Había dedicado varios días a trabajar dando por buena una hipótesis concreta: que si la luz tormentosa reaccionaba a un cierto tono, la luz del vacío y la luz de torre también lo harían. Había necesitado impartirse a sí misma un cursillo acelerado sobre teoría musical para ser capaz de poner a prueba esa idea como era debido.

La tradición alezi empleaba una escala de diez notas, aunque hablando con más propiedad eran dos quintavas de cinco notas cada una. Aquello era lo correcto y lo ordenado, y las composiciones más grandiosas y conocidas estaban todas en esa escala. Sin embargo, no era la única que se utilizaba a lo largo y ancho del mundo. Existían muchísimas. Por ejemplo, los thayleños tenían preferencia por una escala de doce notas. Un número extraño, por mucho que los doce pasos fuesen matemáticamente agradables.

Al investigar el tono que emitía el diapasón, Navani había descubierto algo increíble. En la antigüedad, la gente había utilizado una escala de tres notas, y aun sobrevivían unas pocas composiciones en ella. El tono que servía para atraer la luz tormentosa era la primera de las tres notas de aquella escala

antigua. Con cierto esfuerzo, que había incluido enviar a Fusionados hasta Kholinar por la Puerta Jurada para que saquearan el conservatorio real, Navani había obtenido diapasones de las otras dos notas de esa escala. Descubrió con gran deleite que la luz del vacío respondía a la tercera de las tres notas.

No había encontrado en sus lecturas ninguna indicación de que la gente hubiera sabido que esas tres notas se correspondían con los tres dioses antiguos. Ningún erudito alezi parecía haber descubierto que uno de esos tres tonos podía provocar una reacción en la luz tormentosa, aunque al preguntar a Rabeniel, la Fusionada le había revelado que ella sí lo sabía. De hecho, se había sorprendido al enterarse de que Navani había descubierto hacia muy poco los «tonos puros de Roshar», como ella los llamaba.

Navani había probado a cantar esos tonos, pero no había logrado que la luz respondiera. Tal vez se debiera a que no afinaba lo suficiente, porque Rabeniel sí que había podido hacerlo: había cantado mientras tocaba una gema y luego había movido el dedo a otra manteniendo la nota, y la luz tormentosa había seguido su dedo igual que lo hacía con un diapasón.

Ese día Rabeniel estaba atendiendo a otros quehaceres, pero Navani podía usar los diapasones para imitar su destreza en el canto. Tres tonos: una nota para Honor, una nota para Odium y una nota para Cultivación. Pero el vorinismo solo veneraba al Todopoderoso. A Honor.

La teología tendría que esperar a más adelante. Navani preparó su siguiente experimento. Creó hilos de luz tormentosa y luz del vacío, extrayendo cada una de ellas de un diamante en sendas esquinas de su caja, y entrecruzó los flujos por el centro. Las dos luces se empujaron entre ellas y se arremolinaron al juntarse, pero luego se separaron y fluyeron a sus respectivos diapasones.

—Muy bien —dijo Navani, tomando notas en su cuaderno—. ¿Y qué tal así?

Recogió el diamante de luz del vacío a medio agotar y sacó un diamante nuevo de luz tormentosa, infuso por completo.

En la ciencia fabrial, se capturaba a un spren creando una gema con una especie de vacío en ella. Se le extraía la luz tormentosa y el resultado era una esfera con un hueco o capacidad de succión en su interior. Esa gema absorbería a un spren cercano, ya que estaban hechos de luz. Era como cualquier diferencial de presión.

Navani esperaba poder llenar la esfera de luz del vacío con luz tormentosa, ya que había retirado parte de esa luz del vacío. Golpeó el

diapasón, hizo fluir la luz tormentosa fuera de su diamante e intentó que entrara en el diamante de luz del vacío haciéndolo vibrar al tono del diapasón.

Por desgracia, cuando puso en contacto el diapasón con el diamante de luz del vacío, al instante este dejó de vibrar y el tono murió. Extinguido como una vela bajo un chorro de agua. Navani logró que la luz tormentosa se acumulara contra el diamante de luz del vacío poniendo el diapasón a su lado, pero cuando hizo fluir la luz del vacío hacia un extremo de la mesa, creando en teoría un diferencial de presión activo en ese diamante, no pudo hacer que absorbiera luz tormentosa. Solo cuando el diamante estuvo completamente desprovisto de luz del vacío pudo infundirle luz tormentosa.

—Como agua y aceite, ya lo creo que sí —dijo, tomando más notas.

Pero el hecho de que los flujos no se repelieran al tocarse parecía demostrar que no eran opuestos.

Terminó de apuntar los resultados del experimento, se levantó y fue a hablar con el Hermano. Era fácil hacer creer a los guardias que solo estaba paseándose entre las estanterías para leer un par de pasajes, ya que solía hacerlo a menudo. Navani fingió estar eligiendo libros de la estantería del fondo y apoyó la mano en la veta del Hermano en la pared.

—¿Nos observa alguien? —preguntó.

Ya te lo dije, respondió el Hermano. *Los vacíospren no pueden ser invisibles en la torre. Esa protección es distinta a la que reprime la potenciación enemiga y Rabeniel todavía no la ha corrompido.*

—También me dijiste que podías sentir si había algún vacíospren cerca.

Sí.

—Y... ¿hay alguno cerca?

No, dijo el Hermano. *¿No confías en mi palabra?*

—Llamémoslo una sana paranoia por mi parte —respondió Navani—. Háblame otra vez de...

Continúas experimentando con fabriales, la interrumpió el Hermano. *Tenemos que hablar más de eso. No me gusta lo que has estado haciendo.*

—No he capturado a ningún otro spren —susurró Navani—. He estado trabajando con luz tormentosa y luz del vacío.

Un trabajo peligroso. Aquel que forja armas puede afirmar que nunca ha matado, pero aun así prepara la carnicería.

—Si queremos restaurar tus capacidades, necesito comprender cómo funciona la luz. Así que, si no tienes una idea mejor de cómo hacerlo, tendré que seguir utilizando gemas y... sí, y fabriales.

El Hermano guardó silencio.

—Háblame otra vez de la luz de torre —pidió Navani.

Esto está haciéndose tedioso.

—¿Quieres que te salve o no?

Bien. La luz de torre es mi luz, la luz que antes podía crear.

—¿Necesitabas a un Forjador de Vínculos para crearla?

No. Podía generarla por mi cuenta. Y mi Forjador de Vínculos podía crearla también, mediante su vínculo conmigo.

—Y esa luz, a su vez, alimentaba las defensas de la torre.

No solo las defensas. Todo.

—¿Por qué ya no funciona?

¡Eso ya te lo expliqué!

—Es un método de investigación muy habitual —dijo Navani con calma, pasando páginas de un libro con la mano izquierda—. Mi objetivo es que vuelvas a afirmar los hechos de distintas maneras, obligándote a explicar las cosas de formas diferentes o a recordar detalles que se te hubieran olvidado.

No he olvidado nada. Las defensas ya no funcionan porque no tengo luz para ellas. Perdí la mayoría de mi fuerza cuando dejé de poder oír los dos tonos puros de Roshar. Solo puedo crear una cantidad minúscula de luz de torre, la suficiente para alimentar unos pocos fabriales básicos de Urithiru.

—¿Los dos tonos de Roshar? —preguntó Navani—. Hay tres.

No, son dos. Uno de mi madre y otro de mi padre. El tono de Odium es un intruso. Falso.

—¿Podría ser que parte del motivo de que perdieras tus capacidades esté relacionado con que esa nota pasara a ser un tono puro de Roshar? ¿Con que Odium se convirtiera de verdad en uno de los tres dioses?

Pues... no lo sé, reconoció el Hermano.

Navani apuntó esa hipótesis.

Tenemos que buscar la forma de restaurar mi luz de torre, dijo el Hermano, y de eliminar la luz del vacío de mi organismo.

—Es justo en lo que estoy trabajando —repuso Navani.

Encontrar la forma de combinar dos luces sería el primer paso hacia la creación de luz de torre. Saltaba a la vista que necesitaba un emulsionante, algo que facilitara la unión. Pero ¿qué clase de emulsionante podría «adherirse» a la luz tormentosa y hacer que se combinara con la luz del vacío? Navani negó con la cabeza y retiró la mano de la veta de la pared. Llevaba demasiado tiempo allí, así que cogió un libro y regresó hacia la

puerta, sumida en sus pensamientos. Pero cuando llegó a la mesa, encontró una cajita allí esperándola.

Miró al guardia de la puerta, que asintió. Se la había enviado Rabeniel. Navani abrió la cajita, sin aliento, y encontró un diamante que brillaba con gran intensidad. A primera vista parecía ser otra esfera de luz tormentosa. Pero cuando Navani la levantó y la situó junto a una de verdad, distinguió el matiz verdoso que tenía la que Rabeniel le había enviado.

Luz de vida. La Fusionada había prometido conseguírsela a Navani.

—¿Te ha dicho de dónde la ha sacado? —preguntó Navani.

El guardia negó con la cabeza.

Navani tenía una posible respuesta. El Hermano había perdido la pista a Lift, pero había explicado a Navani que esa chica tenía algo raro. Algo que Navani confiaba en que pudiera sacarlos de aquel atolladero.

Con manos firmes, aunque emergieron del suelo expectaspren a su alrededor, Navani usó el diapasón intermedio en aquel nuevo diamante. Y funcionó: pudo extraer la luz de vida y enviarla fluyendo al interior de otra gema.

La luz de torre era luz de vida y luz tormentosa combinadas. Por tanto, quizá la luz de vida, la luz de Cultivación, tenía alguna propiedad que le permitía mezclarse con las otras luces. Conteniendo el aliento, Navani repitió sus anteriores experimentos, pero con luz de vida en lugar de luz del vacío.

Fracasaron todos.

No consiguió que se mezclaran la luz tormentosa y la luz de vida. No funcionaron los diapasones, ni hacer que los flujos se tocaran, ni tampoco ninguna aplicación hábil de los diferenciales de gema.

Probó a mezclar luz del vacío con luz de vida. Probó a mezclar las tres. Probó todos los experimentos de la lista que había hecho en sus sesiones puramente teóricas. Luego repitió todos los experimentos hasta que, dado que cada uno de ellos permitía que un poco de luz de vida se dispersara en el aire, hubo utilizado todas sus existencias.

Ahuyentando agotaspren, se levantó, frustrada. Otro callejón sin salida. Le había ido tan mal como en los experimentos de aquella mañana, cuando había intentado todo lo que se le había ocurrido —incluso usar dos diapasones a la vez— para hacer que la luz de torre saliera de su gema. También había fracasado en eso.

Recogió todos los diamantes usados y los dejó junto a la puerta para que se los llevaran y volvieran a infundirlos, ya que ese día llegaba una alta

tormenta. Hecho eso, paseó por la sala, irritada. Sabía que no debería permitir que la ausencia de resultados la molestara. Los verdaderos científicos comprendían que aquellos experimentos no debían considerarse fracasos, pues eran pasos necesarios en el camino hacia el descubrimiento. De hecho, lo extraordinario, lo inusual del todo, habría sido obtener un resultado positivo tan temprano en el proceso.

El problema era que los científicos no tenían que trabajar sometidos a unos plazos y unas presiones tan terribles. Navani estaba aislada, y cada momento que pasaba los llevaba a todos al desastre. Su única pista consistía en intentar mezclar las luces, con la esperanza de poder crear en algún momento más luz de torre para ayudar al Hermano.

Vagó por la estancia, fingiendo inspeccionar los lomos de los libros en los estantes. «Si hago mi descubrimiento, Rabeniel lo sabrá, porque siempre tiene a un guardia observándome. Me obligará a revelarle la respuesta, por lo que incluso con estos intentos de escapar estoy favoreciendo sus objetivos, sean cuales sean.»

Navani estaba en el umbral de algo importante. Las revelaciones que había obtenido sobre la luz tormentosa cambiaban fundamentalmente su comprensión de ella y del mundo en general. Tres tipos de poder. La posibilidad de combinarlos. Y... con toda probabilidad algo más, teniendo en cuenta aquella extraña esfera que distorsionaba el aire a su alrededor.

Su instinto le decía que aquel conocimiento terminaría saliendo a la luz. Y quienes lo controlasen, quienes lo explotasen, serían quienes ganaran la guerra.

«Necesito otro plan», decidió. Si al final descubría cómo crear luz de torre, y si el escudo caía, Navani necesitaba una forma de aislar la columna de cristal durante un breve período. Para defenderla, quizá para trabajar en ella.

Navani sujetó su cuaderno con la mano segura, para fingir que estaba apuntando títulos de libros. En vez de eso, hizo una rápidas anotaciones sobre una idea. Le habían dicho que podía tener todo lo que necesitara, siempre que fuese relevante para sus experimentos. También le permitían almacenar equipo fuera, en el pasillo.

Por tanto, ¿y si creaba algunos fabriales que sirvieran como armas y los almacenaba allí fuera? Fabriales de aspecto inocente que, una vez activados, pudieran utilizarse para inmovilizar a los guardias o los Fusionados que acudieran para impedirle trabajar en la columna. Esbozó algunas ideas, trampas que pudiera montar a partir de piezas de fabriales en apariencia

inofensivas. Doloriales para provocar agonía y bloquear los músculos. Fabriales calentadores que quemaran y escaldaran.

Sí... Podría crear una serie de defensas haciéndolas pasar por experimentos fallidos y luego ir almacenándolas sin aparente orden ni concierto en cajas por todo el pasillo. Hasta podía armarlas usando gemas con vacíospren, ya que estaba en su derecho de pedirlas para sus experimentos.

Esos planes la tranquilizaron. Eran algo significativo que podía hacer. Sin embargo, los experimentos y su potencial seguían reconcomiéndola. ¿Cuál era el verdadero objetivo de Rabeniel? ¿Era crear un arma, como la que había destruido aquella sala y a las dos científicas de Navani?

Habían pasado varias horas, por lo que no parecería raro que volviera al fondo de la sala. Cogió un libro y se sentó en una silla que había colocado cerca. Aunque no tenía una línea de visión directa con el guardia, fingió que leía mientras extendía el brazo hacia la pared y tocaba la veta.

—¿Algún spren cerca? —preguntó.

No detecto a ninguno, dijo el Hermano en tono de resignación.

—Bien. Dime, ¿sabes algo sobre la explosión que tuvo lugar el día de la invasión? Afectó a dos de mis eruditas en una sala de la cuarta planta.

La sentí. Pero no sé qué la provocó.

—¿Has oído hablar alguna vez de una esfera, o de una luz, que haga ondularse el aire a su alrededor? ¿Una que parezca ser de luz del vacío hasta que te fijas lo suficiente para distinguir la distorsión?

No, respondió el Hermano. Nunca he visto ni oido hablar de nada parecido, aunque suena peligroso.

Navani pensó un momento mientras daba golpecitos con el dedo contra la pared.

—No he conseguido hacer que se mezcle ninguna de las luces. ¿Conoces algún posible agente aglutinante que pudiera unirlas? ¿Sabes cómo se mezcla la luz de torre a partir de la tormentosa y la de vida?

No se mezcla, dijo el Hermano. Vienen juntas, como una sola luz. Al igual que yo soy producto de mi madre y de mi padre, la luz de torre es un producto de mí. Y deja de hacerme las mismas preguntas. Me trae sin cuidado tu «método de investigación». Deja de hacer que me repita.

Navani respiró hondo y se esforzó en calmarse.

—Bien. ¿Has podido escuchar a escondidas lo que dice Rabeniel?

No mucho. Solo puedo escuchar las cosas que ocurren cerca de ciertas personas relevantes. Puedo ver al Corredor del Viento. Creo que la

Danzante del Filo está rodeada de ralkalest, que es por lo que me resulta invisible. Además, puedo ver a una regia en particular.

—¿Alguna idea de por qué?

No. En el pasado no solía haber regios en la torre, y nunca de esa variedad. Puede hablar en todos los idiomas; tal vez por eso yo pueda ver cerca de ella. Aunque desaparece de vez en cuando, así que no veo todo lo que hace. También puedo ver cerca de la columna de cristal, pero, con el campo levantado, solo me llegan ecos de lo que sucede en el exterior.

—Háblame de eso, pues.

No es nada relevante. Rabeniel está haciendo sus propios experimentos con la luz, y no ha llegado tan lejos como tú. Eso parece frustrarla.

Qué curioso. La autoestima de Navani mejoró un poco sabiéndolo.

—De verdad quiere obtener esa luz híbrida. Me pregunto... si unos fabriales creados con un híbrido de luz tormentosa y del vacío funcionarían en la torre aunque las protecciones volvieran a ponerse contra ella. A lo mejor por eso le interesa tanto.

Eres una necia si crees saber qué interesa a uno de los Fusionados. Rabeniel tiene miles de años de edad. No puedes competir con ella en astucia.

—Pues más te vale que pueda. —Navani pasó unas páginas de su cuaderno —. He estado pensando en otras salidas de esta situación. ¿Y si te encontráramos a alguien con quien vincularte, para crear un Radiante? Podríamos...

No. Nunca más.

—Tú escúchame —dijo Navani—. Has dicho que jamás te vincularás de nuevo con un humano, por las cosas que hacemos a los spren. Pero ¿y con un cantor? En teoría, ¿podrías vincularte con uno de ellos?

Estamos hablando de resistirnos a ellos, ¿y ahora me sugieres que me vincule con uno? Me parece demencial.

—Puede que no —respondió Navani—. Hay un parshendi en el Puente Cuatro. Lo conozco, y Kaladin responde por él. Afirma que los suyos rechazaron a los Fusionados hace mucho tiempo. ¿Qué me dices de él? No es humano. Nunca ha creado ningún fabrial y conoce los ritmos de Roshar.

El Hermano se quedó en silencio y Navani se preguntó si la conversación habría terminado.

—¿Hermano? —dijo.

Esto no me lo había planteado, respondió por fin el spren. ¿Un cantor que

no sirve a Odium? Tendré que pensar. Desde luego, sorprendería a Rabeniel, que cree que he muerto o estoy durmiendo.

En todo caso, no puedo formar un vínculo con las protecciones en funcionamiento. Necesitaría que ese cantor tocara mi columna.

—¿Y si lo tuviera aquí? —preguntó Navani—. Podría estar preparado cuando falle el escudo. Y con unas cuantas distracciones a punto para darte tiempo y que hables con él.

No puedo formar un vínculo con cualquiera, dijo el Hermano. En el pasado, dedicaba años enteros a evaluar a escuderos de Forjador de Vínculos para seleccionar a alguien que encajara del todo conmigo. Incluso esas personas terminaron traicionándome, aunque no tanto como los demás humanos.

—¿De verdad podemos ponernos tan exigentes ahora mismo?

No es ponerme exigente. Es la naturaleza de los spren y el vínculo. La persona escogida debe estar dispuesta a hacer los juramentos correctos, a unir en vez de dividir. Debe ser sincera, y los juramentos deben aceptarse. No es una simple cuestión de que me eches encima a la primera persona que encuentres.

Al margen de eso, dado que no soy capaz de crear luz de torre, esa persona tampoco podrá hacerlo. Un vínculo no servirá de nada a menos que resolvamos los problemas de mis poderes. Sería mejor que te concentraras en esa cuestión.

—Bien —dijo Navani, sintiendo que se abría una oportunidad—. Pero necesito tiempo para investigar todo eso. Es difícil trabajar con la sensación de que tengo una daga al cuello. Si supiera que los nodos están bien defendidos, eso me quitaría algo de presión. Dime dónde está uno de ellos. Tengo aquí una lista de planes para protegerlo. Puedo leértelos.

El Hermano no respondió, de modo que Navani siguió adelante.

—Podemos hacer que Kaladin se ponga a buscar, haciendo ruido y dejándose ver, en un nivel distinto, haciendo que el enemigo lo persiga en la dirección equivocada. Mientras están distraídos, podríamos llegar al nodo y reforzar sus defensas.

»Tenemos crem sin endurecer, que mantienen húmedo en los almacenes de la torre. Podríamos sellar por completo la posición del nodo. Quizá hasta añadir al crem algunas fundas de entrenamiento para hojas esquirladas, de forma que sea mucho más difícil de cortar. Eso podría ganarnos horas durante las cuales enviar tropas a defenderlo, si el enemigo lo descubre.

»O bien, si supiera dónde hay un nodo, quizá podría hacer que Kaladin empezara a infundirle más luz tormentosa. Eso tal vez contrarrestase la luz del vacío que Rabeniel te aplicó. Si ella puede corromperme por medio de un nodo, ¿no podríamos nosotros purgarte también a través de uno de ellos? Creo que merece la pena intentarlo, porque mis intentos de crear luz de torre avanzan muy despacio.

Guardó silencio, aferrando su cuaderno con fuerza, esperando. Sus otras ideas estaban menos detalladas que aquella. No las utilizaría a menos que esos argumentos fracasaran.

Qué bien se te dan las palabras. Los humanos sois como los persuasispren. No puedo hablar con ninguno de vosotros sin que me hagáis cambiar.

Navani siguió esperando. En esos momentos el silencio era lo más indicado.

Bien, dijo el Hermano. Uno de los dos nodos restantes está en el pozo, en el centro del lugar que llamáis el mercado del Apartado. Está allí cerca de otros fabriales. Uno oculto entre muchos.

—¿En la planta baja? —se sorprendió Navani—. ¡Pero si es una zona muy poblada!

Todos los nodos están a baja altura. Se habló de instalar otros más lejos, pero mi Forjador de Vínculos no tenía los recursos necesarios, porque mi ruptura con los humanos estaba ahuyentándolos. El proyecto no se completó. Solo se terminaron los cuatro de las plantas más bajas. Navani frunció el ceño, aunque en realidad el pozo era un lugar inteligente donde esconder un fabrial. Muchos de los procesos de la torre seguían siendo un misterio para los eruditos modernos, de modo que una agrupación de gemas que funcionaran como bombas podría en efecto camuflar otro fabrial. De hecho, la propia Navani había estudiado ilustraciones de aquellas bombas. ¿Habría estado ese mecanismo allí, desapercibido, desde el principio? *Es un buen nodo para que lo visite tu agente, añadió el Hermano. Porque puede llegar a él desde atrás. Que tu Corredor del Viento lo visite cruzando los acuíferos, y veremos si al infundirlo con luz tormentosa puede contrarrestar mi corrupción. Tal vez no funcione, ya que no soy solo de Honor ni de Cultivación. Pero... podría ayudar.*

—¿Y el último nodo? —preguntó Navani. *Es mío solo, respondió el Hermano. Muéstrame que tu trabajo con ese tercero es útil, humana, y podremos seguir hablando.*

—Me parece justo —dijo Navani—. De verdad que estoy dispuesta a

escuchar, Hermano.

Se separó de la pared y sacó algunos libros para leerlos y encubrir lo que había estado haciendo. Y era cierto que necesitaba estudiar más, al fin y al cabo. Le habría encantado tener más libros sobre teoría de la música, pero aquella biblioteca no contenía nada más concreto sobre el tema. Lo que sí tenía Navani eran las notas de Kalami sobre las gemas que habían descubierto, que utilizaban ciertas vibraciones como sustitutas de las letras. Quizá le sirvieran de algo.

Estaba hojeando esas notas, paseando distraída entre los estantes, cuando vio parpadear la luz del Hermano. Se movió deprisa hacia ella, nerviosa por lo mucho que brillaba. Echó un vistazo al guardia, confiando en que no la hubiera visto, y puso la mano en la pared.

—Tienes que...

Han encontrado el nodo del pozo. Llegamos tarde.

—¿Cómo? ¿Ya?

Puedes considerar que he muerto.

—Contacta con Kaladin.

Ya tienen el nodo, y él está demasiado lejos. Tenemos...

—Contacta con Kaladin —repitió Navani—. Ahora mismo. Yo me las ingeniaré para distraer a Rabeniel.



Opuestos. Opuestos de sonidos. El sonido no tiene opuesto. Son solo vibraciones superpuestas, el mismo sonido, pero el sonido tiene significado. Este sonido lo tiene, al menos. Estos sonidos. Las voces de los dioses.

De *El Ritmo de la Guerra*, última página

Kaladin despertó bajo el ataque de algo oscuro.

Chilló y forcejeó contra las sombras que lo aferraban. Llevaban una eternidad asaltándolo, envolviéndolo, constriñéndolo. Voces que nunca cesaban, dedos sombríos que le taladraban el cerebro.

Estaba en un lugar oscuro lleno de luz roja, y las sombras reían y bailaban a su alrededor. Lo atormentaban, lo flagelaban, lo apuñalaban una vez tras otra y no dejaban que muriera. Kaladin se zafó de las manos que lo asían, reptó por el suelo, se resguardó contra la pared y dio bocanadas de aire rápidas y escasas. El rugido de su propia sangre en los oídos ahogó la risa.

Una sombra seguía observándolo. Una sombra terrible. Lo miraba, y entonces se volvió y cogió algo de al lado de la pared antes de desaparecer. Desaparecer... por la puerta.

Kaladin parpadeó y las sombras cayeron derretidas de su mente. La terrible risa, el dolor residual, los susurros. Su mente siempre los interpretaba como la voz de Moash.

Una pesadilla. Otra pesadilla.

—¿Kaladin? —dijo Syl.

Estaba sentada en el suelo delante de él. Kaladin parpadeó y miró con brusquedad a un lado y luego al otro. La sala pareció aposentarse. Teft dormía en el banco de piedra. Unos cuantos chips para dar luz. Miedospren, como pegotes pringosos, ondulando en las esquinas.

—Eh... —Tragó con la boca seca—. Tenía una pesadilla.

—Lo sé.

Se concentró en relajar su postura, avergonzado del aspecto que debía de tener acurrucado contra la pared. Como un niño asustado de la oscuridad. No podía permitirse ser un niño. Había demasiado dependiendo de él. Se levantó con la ropa sudada.

—¿Qué hora es?

—Mediodía —dijo ella.

—Tengo el horario cambiado del todo.

Intentó recobrar la compostura mientras iba a beber un poco de agua, pero tropezó y se dio contra el saliente de piedra. Tuvo que agarrarse con fuerza mientras la pesadilla intentaba emerger de nuevo. Padre Tormenta. Aquella había sido la más opresiva hasta el momento.

—Kaladin... —dijo Syl.

Bebió un largo rato y entonces se quedó petrificado.

Su lanza había desaparecido de al lado de la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó casi gritando, mientras dejaba el vaso de estaño con más fuerza de la que pretendía—. ¿Dónde está mi lanza?

—El Hermano ha contactado con nosotros —dijo Syl, todavía sentada en el suelo—. Dabbid ha intentado despertarte. Han encontrado otro nodo, dentro del pozo del mercado. El enemigo ya está allí.

—¡Tormentas! —exclamó Kaladin—. Tenemos que ir.

Fue a recoger el fabrial de Navani y su bolsa de gemas. Encontró la segunda, pero el fabrial había desaparecido.

—¿Y Dabbid? —exigió saber.

—Estabas ahí hecho un ovillo y murmurando —dijo Syl, elevándose por fin al aire—. Y no parecías poder verme. El Hermano tiene un miedo atroz. He oído lo que decía desde el hombro de Dabbid. Así que...

Kaladin cogió la bolsa de gemas y salió a toda prisa de la sala, seguido por Syl en forma de cinta de luz. Alcanzó a Dabbid en la primera escalera, a solo dos pasillos de distancia. El hombre del puente más bajo llevaba la lanza y el

fabrial abrazados contra el pecho y miraba hacia el suelo con expresión de pánico.

Saltó al ver a Kaladin y entonces soltó un sonoro suspiro de alivio. Kaladin le cogió el fabrial.

—Ibas a intentar detener a los Fusionados —dijo Kaladin—. Porque yo no me levantaba.

Dabbid asintió.

—Dabbid, apenas sabes manejar la lanza.

Kaladin se puso el fabrial en el brazo a toda prisa. Solo había podido practicar cuatro días con el aparato. Tendrían que bastar.

Dabbid no respondió, por supuesto. Ayudó a Kaladin a ceñirse las correas del fabrial y luego le tendió la lanza.

Kaladin la aceptó y le hizo el saludo del Puente Cuatro.

Dabbid se lo devolvió. Luego, para gran sorpresa de Kaladin, habló en voz baja y ronca.

—Vida. Antes que. Muerte.

Tormentas. Eran las primeras palabras que Kaladin le oía decir jamás. Sonrió y dio un apretón a Dabbid en el hombro.

—Vida antes que muerte, Dabbid.

El hombre asintió. No había tiempo para más. Kaladin dejó atrás la escalera y echó a correr de nuevo. Los gritos de la pesadilla aún resonaban en su cabeza, pero no tenía tiempo para debilidades. Debía impedir la corrupción de aquella gema o, si no podía, destruir el nodo. Era la única forma de conseguirle a Navani el tiempo que necesitaba.

Tenía que llegar rápido, lo que significaba que no podía usar las escaleras. Tendría que descender directo por el atrio.

—¡Tengo que hablar con la Dama de los Deseos de inmediato! —anunció Navani al guardia—. ¡He hecho un descubrimiento de valor incalculable! ¡No puede esperar a...!

El guardia, un regio en forma tormenta, se limitó a empezar a andar y hacerle un gesto para que lo siguiera. Ni siquiera había sido necesario terminar de explicárselo.

—Excelente —dijo Navani, saliendo con él al pasillo—. Me alegro de que comprendas la urgencia.

El guardia la llevó a la gran escalinata que ascendía hasta la planta baja. Allí había una Profunda con los dedos entrelazados por delante.

—¿Qué ocurre? —preguntó en alezi con mucho acento—. ¿Una enfermedad repentina?

—No —dijo Navani, sorprendida—. Un descubrimiento. Creo que he encontrado lo que estaba buscando la Dama de los Deseos.

—Y por supuesto, no puedes revelárselo a nadie salvo a la propia Rabeniel —dijo la Fusionada, con un ritmo que sonaba como divertido en la voz.

—Bueno, es que... —Navani dejó la frase en el aire.

—Veré si la localizo por vinculacaña —propuso la Fusionada—. Le diré que es de lo más urgente.

Tormentas. Ya se esperaban que Navani intentase crear una distracción. Esa idea cobró fuerza cuando la Fusionada se deslizó hasta un armario que habían colocado contra la pared. Meticulosa pero muy lenta, seleccionó una vinculacaña de las varias que tenían guardadas allí.

Era una distracción a la inversa. Sabían de antemano que Navani iba a intentar algo como aquello. Pero ¿cómo habían sabido que ella sabría que...?

Dio un paso atrás y puso los ojos como platos cuando cayó en la cuenta de lo que implicaba aquello. Kaladin corría un grave peligro.

Descalzo y armado con una lanza, Kaladin salió corriendo a la pasarela que rodeaba el atrio y se arrojó al espacio abierto desde diez plantas de altura. Lleno de luz tormentosa, y confiando en que lo salvara si aquello no funcionaba, apuntó con la mano justo hacia abajo y activó el fabrial de Navani.

Al instante, se detuvo de golpe en el aire, flotando con los músculos en tensión, ya que estaba sosteniendo todo su peso en el aire con una mano. Pero mientras el contrapeso de aquel hueco lejano se mantuviera estático, Kaladin también lo estaría.

Cerró los dedos de la mano izquierda en torno a la barra y empezó a descender, casi como si se hubiera enlazado. De hecho, contaba con dar la impresión de que sus poderes funcionaban a la perfección, de que era un Corredor del Viento en plena posesión de sus facultades y listo para la batalla. No podría mantener el engaño mucho tiempo, pero quizás le proporcionase alguna ventaja.

Su descenso, a una velocidad que bordeaba la locura, le permitió contemplar el enorme ventanal del atrio, que ascendía por toda la pared a su derecha. Fuera estaba oscuro, aunque Syl le había dicho que era mediodía. No tuvo que pedir explicaciones, porque un relámpago le reveló lo que

ocurría. Una alta tormenta. Aún le resultaba increíble que pudiera estar tan dentro de una torre que hubiera tormenta sin que él se enterara. Incluso en los mejores refugios para tormentas, lo normal era sentir el rugido del trueno y la ira del viento.

Su caída desde luego llamó la atención. Los Celestiales, vestidos con sus largas túnicas, abandonaron sus meditaciones aéreas. Llegaron gritos de regios y cantores comunes desde distintos niveles. Kaladin no estaba seguro de si Leshwi estaba entre los Celestiales, porque pasó demasiado deprisa.

Utilizando el fabrial, ralentizó el descenso antes de llegar al suelo y luego desactivó el aparato por completo y cayó el último metro y medio aproximado. La luz tormentosa absorbió el impacto y Kaladin sobresaltó a decenas de personas, muchas de ellas humanas, que no se habían enterado del alboroto más arriba. El comercio estaba permitido y aplaudido por los Fusionados, y el atrio se había convertido en un mercado secundario, aunque más transitorio que el Apartado, que quedaba a poca distancia. Allí era donde encontraría el pozo.

La luminiscencia de Kaladin sería más que visible contra la ventana oscura, iluminada a fogonazos desde fuera. Los gritos de alarma que llegaban desde arriba se perdieron en el inmenso atrio mientras Kaladin se orientaba y echaba a correr hacia unos cajones apilados. Ascendió dando unas zancadas sobre ellos, se lanzó al aire a unos tres metros de altura, señaló hacia su izquierda y activó el dispositivo de Navani.

Voló como un Corredor del Viento, con el cuerpo erguido y el brazo izquierdo a la altura del pecho, su codo doblado. Podría dar la impresión de que estaba usando enlaces. Aunque los Corredores del Viento a veces se arrojaban al aire y volaban con la cabeza por delante como si nadaran, era igual de frecuente que volaran «de pie» como él estaba haciendo.

Levantó las piernas al pasar sobre las cabezas de la multitud, que se agachó. Syl volaba a su lado, imitando una nube de tormenta. La gente gritaba sorprendida, pero también emocionada, y Kaladin se preocupó por lo que estaba mostrándoles. No quería inspirar una revuelta que acabara con centenares de muertos.

Lo más que podía esperar era llegar, destruir el fabrial y salir de allí con vida. Ese objetivo le susurraba que tenían un problema mucho más grave. Navani había dicho que existían cuatro nodos. Ese día Kaladin intentaría destruir el tercero. A ese ritmo, el último caería al cabo de unos pocos días, y entonces, ¿qué?

Apartó el pensamiento de su mente mientras volaba cerca del techo de un pasillo, a escasos centímetros de la piedra con relieves. No tenía tiempo para dudar de sus actos, ni para obsesionarse con la incapacitante penumbra y la ansiedad que seguían arañándole la mente. Tenía que desterrarlas y ocuparse después de sus efectos. Justo lo que llevaba ya demasiado tiempo haciendo.

—Vigila por si hay una emboscada —dijo a Syl mientras salían del pasillo al mercado del Apartado.

Aquella enorme estancia, cavernosa de verdad, tenía cuatro pisos de altura y estaba atestada de tiendas por todo el suelo. Muchas flanqueaban unas calles que Navani, adaptándose a regañadientes a la voluntad del pueblo, había trazado como los comerciantes querían. Otras partes eran marañas de tiendas de lona y estructuras semipermanentes de madera.

En el centro de todo ello estaba el enorme pozo. Kaladin no volaba lo bastante alto para ver por encima de las construcciones y distinguirlo, pero conocía su ubicación. La clínica de los Danzantes del Filo estaba cerca, aunque desde la ocupación trabajaban en ella cirujanos normales. Esperó que sus padres y su hermanito hubieran llegado a salvo hasta allí, donde los demás cirujanos los ocultarían. Habían ido a mirar en la clínica de su padre unos días antes y la habían encontrado vacía.

Tormentas. Si perdía a su familia...

—¡El Perseguidor! —exclamó Syl—. Estaba esperando en la otra entrada.

Kaladin reaccionó justo a tiempo, desactivando el fabrial y cayendo al suelo, donde se plegó y rodó. El implacable Fusionado apareció a partir de su cinta de luz y cayó también al suelo, pero Kaladin completó la voltereta y se levantó fuera de su alcance.

—Tu muerte se hace tediosa, Corredor del Viento —gruñó la criatura, agazapada entre los aterrorizados clientes del mercado—. ¿Cómo has recuperado todos tus enlaces?

Kaladin se lanzó de nuevo al aire, activando el aparato y saliendo despedido hacia arriba. Le dolió el tirón en el brazo, pero se había acostumbrado a él y la luz tormentosa le iba curando los músculos. También había practicado sus viejas técnicas de lanza a una mano. Con un poco de suerte, ese entrenamiento le serviría en el combate.

No tenía ni de lejos la misma maniobrabilidad con aquel aparato que con sus enlaces. Por eso, cuando el Perseguidor le dio caza como cinta de luz, la única opción real de Kaladin fue desactivar el fabrial y dejarse caer para que no lo alcanzara. Cerca del suelo, Kaladin apuntó la mano hacia el lado, volvió

a activar el dispositivo y salió despedido entre la multitud en la dirección general del pozo. Con un poco de suerte...

Se detuvo en seco cuando el primer peso del aparato llegó al fondo. Un latido después el Perseguidor se estampó contra él, lo aferró con un brazo alrededor del cuello y lo retuvo.

—¡Kaladin! —gritó Syl—. ¡Celestiales! ¡Más de una docena! Llegan volando por los túneles.

—Bien —dijo Kaladin con un gruñido, soltando la lanza y poniéndose a forcejar contra el Perseguidor con la mano que podía mover.

—¿Bien? —preguntó ella.

Kaladin no podía luchar y al mismo tiempo girar el disco de su fabrial que lo conectaría al segundo peso. Pero sí que podía desactivar el aparato con una sola mano, así que lo hizo y los dos cayeron tres metros hasta el suelo. El Perseguidor se estrelló primero con un gruñido, pero no liberó su presa e hizo rodar a Kaladin para intentar inmovilizarlo.

—Gira... el dial —dijo Kaladin a Syl, usando las dos manos para intentar librarse del Perseguidor.

—Cuando mueras —le susurró la criatura al oído—, buscaré al próximo Radiante que vincule tu spren y lo mataré también. En pago por los problemas que me has dado.

Syl descendió hasta la muñeca izquierda de Kaladin y adoptó la forma de una anguila para empujar la parte que sobresalía en el centro del dial. Podía pasar páginas y levantar hojas del suelo. ¿Sería lo bastante fuerte para...?

Clic.

Kaladin se retorció en brazos del Perseguidor y a duras penas logró apretar su mano izquierda contra el caparazón del pecho de la criatura. Activar el aparato los envió a los dos hacia arriba... pero despacio. Tormentas, Kaladin no lo había pensado bien. Solo podría levantar tanta masa como tuviera el contrapeso. Al parecer, el Perseguidor y él juntos pesaban más o menos lo mismo.

Por suerte, en vez de aprovecharse de la lentitud, el Perseguidor se detuvo a mirar la mano de Kaladin, intentando averiguar qué estaba pasando. Así, mientras ascendían centímetro a centímetro, Kaladin puso arrancar su mano derecha de la presa del Fusionado. Sacó el bisturí que llevaba en una vaina improvisada al cinto, lo levantó y lo clavó en la muñeca del Perseguidor para cercenarle los tendones.

La criatura lo soltó al instante y desapareció, dejando atrás un cascarón.

Cuando Kaladin se libró de su peso, se elevó raudo por los aires, con un tirón de la mano en mala postura que estuvo a punto de dislocarle el brazo.

—Esto... no es tan efectivo, ¿verdad? —preguntó Syl.

—No —dijo Kaladin, perdiendo velocidad al relajar la presión sobre la barra.

Pensó en absorber más luz tormentosa, pero se dio cuenta de que aún tenía mucha bullendo en sus venas. Era una ventaja que tenía el fabrial, que con él usaba la luz mucho menos deprisa.

Los Celestiales lo rodearon en el aire, pero mantuvieron la distancia. Kaladin buscó al Perseguidor. El Fusionado había usado dos cuerpos. Tenía un tercero que perder antes de que el combate se volviera peligroso para él, así que no se retiraría aún.

«Ahí», pensó Kaladin, fijándose en la cinta roja que serpenteaba entre los Celestiales. Sus movimientos parecían reticentes, indecisos, y Kaladin se permitió un momento para razonar por qué. El Perseguidor intentaba retrasar a Kaladin. Todo minuto que perdiera era un minuto que los invasores ganaban para corromper al Hermano.

Por debajo, las calles del mercado estaban vaciándose de gente a toda prisa. El temor de Kaladin de que se alzaran contra los invasores no estaba cumpliéndose, por suerte, pero no podía pasarse el día entero mirando al Perseguidor sin luchar. Así que desactivó el aparato y empezó a caer.

Eso por fin hizo que el Perseguidor se lanzara hacia él, y Kaladin se apresuró a reactivar el dispositivo y detener su descenso. Se retorció, aunque no podía mover el brazo izquierdo, y preparó su bisturí. Pero el movimiento repentino hizo retroceder al Perseguidor. ¿Era posible que el Fusionado... tuviese miedo? Parecía muy improbable.

Pero Kaladin no tenía tiempo de reflexionar, porque necesitaba enfrentarse al Perseguidor por tercera vez para que su plan funcionara. Se dio media vuelta, invitando al ataque... y lo recibió cuando el Perseguidor por fin se decidió, voló a toda velocidad y creó un cuerpo que intentó asir a Kaladin. Aunque intentó apartarse, Kaladin no pudo escapar de la presa de la criatura.

Se vio obligado a permitir que el Perseguidor lo aferrara de nuevo por el cuello mientras apuñalaba al Fusionado en el brazo entre dos placas de caparazón, intentando cortar los tendones. El monstruo gruñó, con el brazo en torno al cuello de Kaladin. Seguían elevados unos diez metros por encima del suelo. Kaladin no hizo caso a la presión en el cuello y maniobró con el bisturí. A lo mejor, si obligaba al Perseguidor a gastar luz del vacío

sanando...

Sí. Con los suficientes cortes para preocuparlo, el Perseguidor soltó a Kaladin y se alejó volando como cinta de luz, buscando un lugar donde recuperarse. Jadeando, Kaladin usó el aparato para descender al suelo. Se posó en una calle vacía entre dos tiendas de lona. La gente se había amontonado en el interior de ambas, que estaban a rebosar.

Kaladin se obligó a correr al trote hasta el lugar donde había soltado su lanza. Por arriba volaban los Celestiales en círculos, preparándose para atacar. Syl llegó a su lado, sin dejar de observarlos. Ya eran dos docenas. Kaladin buscó entre ellos, esperando que...

«Ahí.» Levantó su lanza hacia Leshwi, que flotaba apartada de los demás, con una ropa demasiado larga para ser práctica en batalla, incluso en el aire. Todo aquello la había pillado desprevenida.

«Por favor —pensó—, acepta el duelo.»

Era su mejor esperanza. No podía luchar contra todos a la vez. Apenas había podido enfrentarse al Perseguidor. Si quería tener la menor ocasión de llegar al nodo, tendría que luchar contra un solo adversario, a ser posible no tan implacable como el Perseguidor.

Temía haber perdido ya demasiado tiempo. Pero si lograba que Leshwi aceptara un duelo...

La Fusionada alzó su lanza en dirección a Kaladin.

—Syl —dijo él—, ve al pozo y busca el fabrial del nodo. Casi seguro que es un zafiro, y debería tener cerca una esfera de cristal como la de la otra vez.

—Bien —respondió ella—. Supongo que estará bajo el agua. Es lo que decía el Hermano. Cerca de los mecanismos de la bomba. ¿Sabes... sabes nadar?

—No me hace falta, teniendo luz tormentosa para sustentarme y el fabrial para moverme —dijo Kaladin, levantando la mano y elevándose por encima del mercado—. Pero el pozo estará bien protegido. Nuestra mejor posibilidad de destruir el fabrial será que me escabulla de esta pelea, vuele directo hacia abajo y destruya el aparato de un solo golpe antes de que nadie sepa lo que estoy haciendo. Necesitaré que me orientes.

—Suena bien. —Syl vaciló, mirándolo.

—No me pasará nada —prometió él.

Syl se marchó volando a cumplir sus instrucciones. Quizá ya fuese demasiado tarde. Kaladin podía sentir que algo cambiaba. Estaba cayendo sobre él una opresión mayor, una pesadez. No se le ocurría otra explicación

aparte de que los Fusionados estuvieran corrompiendo al Hermano.

Pero no podía avanzar en esa dirección hasta que Syl le hubiera preparado el camino, así que tendría que ingeníárselas. Se niveló en el aire delante de Leshwi, con la mano aún extendida hacia arriba. La pose lo hacía parecer demasiado teatral, pero procuró aparentar confianza de todos modos.

Leshwi tenía el mismo cuerpo de la vez anterior, musculoso, alto, envuelto en ropa suelta blanca y negra. Su lanza era más corta que de costumbre, quizá pensada para luchar en el interior.

Muy bien. Kaladin confiaba en dar un buen espectáculo con aquel combate, el tiempo suficiente para que Syl pudiera explorar. Así que desactivó el fabrial y se desplomó por el aire, rodando y concediéndose unos segundos de caída libre. Casi se sintió como un auténtico Corredor del Viento, lo cual era peligroso, porque estuvo a punto de esculpir su descenso usando las manos y el viento. Por suerte, recordó activar el dispositivo al acercarse a los techos.

Se detuvo de golpe con un doloroso tirón, el brazo doblado, el codo muy cerca del costado. Así era como más estabilidad tenía, con sus músculos manteniéndolo erguido y el brazo izquierdo replegado para mantener su centro de gravedad tan al interior como pudiera.

Asió la barra del aparato y su mano izquierda tiró de él hacia delante, haciéndolo volar sobre los techos de las tiendas. Era una aproximación lamentable a la maniobra de un verdadero Corredor del Viento, pero Leshwi descendió tras él de todos modos, como en sus anteriores combates.

Con los ojos llorosos por el dolor en el brazo, Kaladin se dejó caer en un techo y se volvió para alzar la lanza hacia Leshwi, asiéndola firme con la mano derecha. Era una postura clásica de formación, con la lanza alzada al lado de su cabeza. «¡Cúrate!», intentó ordenar a su brazo mientras Leshwi perdía velocidad por encima, sosteniendo la lanza con una mano y deteniéndose hasta quedar flotando.

Estaba siendo cauta, así que Kaladin infundió una parte del techo con un enlace inverso, visualizando cómo atraía flecos de tela. La túnica de Leshwi ondeó y empezó a estirarse hacia Kaladin, pero la Fusionada sacó un cuchillo del cinturón y la cortó, dejando caer la cola y buena parte de su exceso de ropa, que aleteó hasta quedar adherida al techo.

Kaladin se alzó de nuevo en el aire, torciendo el gesto por el dolor en el hombro.

—¿Qué te pasa, Corredor del Viento? —preguntó Leshwi en alezi con

mucho acento, acercándose a él—. Tus poderes te fallan.

—Lucha contra mí de todas formas —respondió Kaladin, y en ese momento entrevió la cinta roja como la sangre del Perseguidor saliendo de un edificio por debajo.

Leshwi siguió su mirada y pareció comprender, porque alzó su lanza hacia él en postura de ataque. Kaladin respiró hondo y empuñó de nuevo su lanza en alto, el arma junto a la cabeza, el codo ladeado. Había entrenado ese agarre para el combate con lanza y escudo. Funcionaba mejor con un grupo de compañeros que también alzaran sus escudos, pero ¿qué técnica no lo hacía?

Esperó a que Leshwi se acercara y lanzó una estocada, obligándola a esquivar. La cinta del Perseguidor revoloteaba cerca, zigzagueando entre los Celestiales que miraban.

Leshwi hizo algunos intentos más de enfrentarse a él allí mismo, y por un momento la pelea pareció casi justa. Pero entonces la Fusionada se elevó en el aire y pasó sobre él, y Kaladin tuvo que retorcerse, desactivar el aparato y caer unas decenas de centímetros antes de detenerse encarado hacia ella. Leshwi ladeó la cabeza un momento y luego voló hacia un lado y atacó desde esa dirección.

Kaladin intentó desviar el ataque, pero estaba demasiado inmóvil. La lanza le hizo un corte en el brazo izquierdo, que le arrancó un gruñido de dolor. Manó sangre de la herida y, como antes, no sanó al instante. Hasta parecía que su luz tormentosa estaba respondiendo más despacio que al principio del combate.

Tormentas, aquello había sido un error. No podía enfrentarse a Leshwi así. Estaría mejor en el suelo. Se vería en desventaja contra adversarios en terreno elevado, pero al menos no estaría inmóvil. Si Navani pretendía que aquellos aparatos fuesen útiles alguna vez en combate aéreo, le quedaba mucho trabajo por delante.

Así que huyó, activando el dispositivo para enviarse volando entre un par de Celestiales, que se apartaron como correspondía para permitir que Leshwi lo siguiera. Incluso el Perseguidor parecía respetar el duelo, ya que su cinta dejó de ir tras ellos y desapareció por debajo.

Por lo menos esa parte del plan de Kaladin había funcionado. Por desgracia, saltaba a la vista que Leshwi había comprendido que no podía virar a los lados, y que su aceleración estaba limitada a un solo enlace, el máximo que podía obtener de un peso cayendo. Por tanto, aunque Kaladin

cruzó la inmensa cámara en cuestión de segundos, en el momento en que perdió velocidad para no chocar con la pared, Leshwi se estampó contra él desde atrás. La fuerza del golpe hizo que agarrara la barra de control de velocidad sin querer y se estrelló contra la pared con su propio puño mientras Leshwi empujaba a su espalda.

La Fusionada le puso un cuchillo al cuello.

—Esto es una farsa, Bendito por la Tormenta —le dijo al oído—. No es una competición.

Kaladin cerró los ojos con fuerza, luchando contra el dolor del impacto y el corte en el brazo, aunque eso por fin parecía que sanaba. Despacio, pero por lo menos sanaba.

—Podríamos bajar al suelo —respondió él entre dientes apretados—. Librar el duelo sin Potencias.

—¿De verdad lo harías? —preguntó Leshwi—. No creo que puedas perder tanto tiempo. Has venido a interferir con lo que sea que está haciendo la Dama de los Deseos.

Kaladin gruñó en respuesta, para no desperdiciar luz tormentosa hablando.

Pero Leshwi se apartó volando y dejó que Kaladin se diera la vuelta con la misma torpeza de antes, cayendo un poco. Ella descendió flotando para situarse a su nivel. Detrás de ella, Kaladin vio a Syl alzándose en el aire hacia él. Creó un glifo rápido en el aire. «Preparado.»

Cuando Leshwi empezó a hablar, Kaladin fijó su atención en ella para que no sospechara.

—Ríndete —dijo la Fusionada—. Si me entregas tu arma ahora, tal vez pueda hacer que la Dama de los Deseos contenga al Perseguidor. Juntos podríamos empezar a trabajar hacia un verdadero gobierno y la paz en Roshar.

—¿Un verdadero gobierno y la paz? —preguntó Kaladin con brusquedad—. ¡Pero si tu gente está conquistando a la mía!

—¿Y vuestro líder no conquistó hasta alzarse con el trono? —replicó ella, sonando confusa de verdad—. Es la costumbre de tu pueblo, como lo es del mío. Además, debes admitir que los míos gobiernan mejor. No hemos tratado injustamente a los humanos que tenemos bajo nuestro control. Desde luego, viven mejor que los cantores cuando los dominabais.

—¿Y vuestro dios? —preguntó Kaladin—. ¿Puedes prometerme que, cuando la humanidad esté sometida, no hará que nos exterminen?

Leshwi no respondió, aunque canturreó a un ritmo que Kaladin no supo

distinguir.

—Conozco a la clase de personas que siguen a Odium —dijo Kaladin en voz baja—. Las he conocido toda la vida. Llevo sus marcas en la frente, Leshwi. Casi podría confiar en ti por el honor que me has mostrado, si eso no implicara confiar también en él.

Ella asintió, al parecer aceptándolo como un argumento válido. Empezó a descender, tal vez para prestarse al combate que Kaladin había sugerido, sin poderes.

—Leshwi —la llamó él después de que bajara un trecho—. Necesito señalar que no he acordado combatir contra ti en el suelo. Solo he mencionado que era una opción.

—¿Qué diferencia hay? —preguntó ella desde abajo.

—Que preferiría que no vieras esto como una promesa rota —dijo Kaladin, y entonces desactivó el fabrial y lo apuntó hacia Syl para arrojarse en esa dirección, pasando por encima de la cabeza de Leshwi.

No esperó a ver si la Fusionada lo perseguía. Syl volaba por delante de él, guiándolo en línea recta por la cámara hacia el estanque azul de agua de su centro. Allí había guardias empujando a gente al interior de los edificios, pero el trayecto estaba despejado. Los otros Celestiales no se acercaron a él, suponiendo que aún proseguía su duelo contra Leshwi.

Desconectó el fabrial justo cuando pasaba por encima del estanque, apuntó la mano hacia abajo y lo activó. Había apuntado bien y absorbió más luz tormentosa mientras caía al agua. El golpe dolío horrores, mucho más de lo que habría esperado de algo blando como el agua. Pero su brazo siguió tirando de él hacia abajo a pesar de la resistencia.

Enseguida se hizo oscuro, y una parte de Kaladin montó en pánico por no haber estado nunca tan bajo el agua. Sus oídos tuvieron una reacción extraña, dolorosa. Por suerte, su luz tormentosa lo sustentó en la gélida profundidad. También le proporcionó luz para poder ver a una figura por debajo, que buceaba junto a un grupo de gemas brillantes en la pared, fijadas muy por debajo de la superficie.

La figura se volvió hacia él y la coleta que salía de su coronilla se arremolinó en el agua, iluminada desde el lado por una gran variedad de colores de gemas. Era ella, la Fusionada que tan fascinada se había quedado con él la última vez. En esa ocasión pareció sorprendida. Desenfundó una daga de su cinturón y atacó con ella.

Pero Kaladin descubrió que el fabrial de Navani funcionaba mucho mejor

en aquel entorno. Podía desactivarlo y cambiar de dirección sin caer o sacudirse, y el impulso añadido le permitía maniobrar mucho mejor que la Fusionada.

Rodó en torno a ella y descendió en el agua. El pozo tendría solo unos tres metros de anchura, por lo que la Fusionada podía llegar hasta él impulsándose contra la pared, pero detrás de ella Syl estaba señalando a Kaladin la gema correcta.

Kaladin activó su fabrial y rebasó a la Fusionada, permitiéndole que le hiciera un corte limpio y horizontal con la daga en el pecho. La sangre nubló el agua, pero Kaladin acertó con el puño contra el zafiro, sacándolo de su engarce. Hizo rodar su lanza en el agua y cortó los alambres de la jaula del fabrial antes de sacar el orbe de cristal haciendo palanca. Con eso debería bastar.

Solo le quedaba salir de allí. Miró hacia arriba a través del agua roja y empezó a notarse mareado. La sanación era lentísima.

Syl voló por delante de él mientras Kaladin usaba el fabrial para ascender, dejando atrás a la enfurecida Fusionada. La luz de Syl le daba ánimos, ya que allí cada vez estaba más oscuro.

«Mi luz tormentosa se está agotando.» Tormentas. ¿Cómo iba a escapar? Arriba lo esperaban docenas de Fusionados. Quizá... quizá tendría que rendirse, como le había propuesto Leshwi. ¿Se lo permitirían, después de aquello?

¿Qué era ese estruendo? Vio la luz brillar por encima, pero estaba encogiéndose. Syl logró salir, pero no parecía haberse dado cuenta de que Kaladin se había retrasado. Y la luz se desvanecía.

«Una tapa —comprendió con una oleada de temor—. Están cubriendo la boca del pozo.» Mientras se acercaba, con la última rendija de luz vio la corpulenta forma del Perseguidor. Sonriendo.

La enorme plancha de madera encajó en su sitio con un golpetazo justo antes de que Kaladin llegara. Emergió a la estrecha franja de aire entre el nivel del agua del pozo y la tapa y respiró a bocanadas.

Pero estaba atrapado. Embistió contra la madera, intentando usar la potencia del aparato de Navani para levantarla, pero oyó más golpes cuando le pusieron pesos encima, seguramente rocas. Rocas y más rocas.

El Perseguidor había anticipado aquello. Sabía que, incluso si funcionaran los enlaces gravitacionales de Kaladin, añadir el peso suficiente mantendría la tapa en su sitio. De hecho, daba la sensación de que los pesos estaban vivos.

Personas, a docenas, subiendo encima de la tapa. Por supuesto. ¿Para qué usar piedra cuando los humanos pesaban lo suficiente y eran mucho más fáciles de mover?

Kaladin aporreó la madera mientras sentía que Syl montaba en pánico, incapaz de llegar hasta él. Su luz tormentosa se acababa, y parecía que las paredes y la tapa se cernían sobre él. Moriría allí dentro, y no tardaría mucho. Lo único que tenía que hacer el Perseguidor era esperar. Podrían sellar la tapa desde arriba y negarle el aire fresco...

En ese momento de puro terror, Kaladin se vio de nuevo en una de sus pesadillas.

Negrura.

Rodeado de sombras llenas de odio.

Atrapado.

La ansiedad creció en su interior y Kaladin empezó a revolverse en el agua, chillando, dejando escapar el resto de su luz tormentosa. En ese momento de aterrorizado frenesí, le dio igual. Pero cuando se hubo desgañitado, lo sorprendió oír la voz de Hav. El viejo sargento de Kaladin, de sus tiempos como recluta.

«En el campo de batalla, el pánico mata a más hombres que las lanzas enemigas. Nunca huyas. Retírate.»

Esa agua tenía que proceder de algún sitio. Habría otra salida.

Kaladin respiró hondo y se hundió en el agua negra, notando cómo lo rodeaba. Regresó el pánico. No sabía hacia dónde era arriba y hacia dónde abajo. ¿Cómo podía olvidar en qué dirección estaba el cielo? Pero era todo negrura. Buscó en su bolsillo, logrando por fin pensar con claridad. Sacó una gema brillante, pero se le escurrió de entre los dedos.

Y se hundió.

«Es por ahí.»

Apuntó el puño hacia la luz descendente y activó el aparato de Navani. No estaba para andarse con delicadezas, así que apretó con todas sus fuerzas y se precipitó hacia abajo, arrastrado por el brazo más al fondo de la oscuridad. Rebasó los fabriales y a la Fusionada, que estaba buceando hacia arriba y no parecía preocupada por él.

Sus oídos chillaron con un extraño dolor a medida que ganaba profundidad. Empezó a respirar más luz tormentosa, pero se detuvo a tiempo. Bajo el agua, se le llenarían los pulmones de líquido. Pero... no tenía ni idea de cómo obtener luz tormentosa estando sumergido. ¿Por qué no lo habían

pensado nunca?

Menos mal que tenía el aparato para seguir tirando de él, porque quizás no habría tenido la presencia de ánimo para seguir moviéndose por su cuenta. Esa posibilidad se confirmó cuando Kaladin llegó a la gema que se le había caído, un granate, y la encontró reposando al fondo del pozo. Allí resplandecía también un brillante zafiro, el que había soltado de su engarce. Lo recogió y desactivó el guantelete, pero perdió unos segundos preciosos en pensar y buscar a su alrededor.

El túnel se nivelaba allí. Se situó en esa dirección, activó el fabrial y dejó que tirara de él.

Sus pulmones empezaron a arder. Seguía sobreviviendo solo con la bocanada de aire que había cogido en la superficie, y no tenía manera de conseguir más luz tormentosa. Para colmo, estaba dejando una estela de sangre también.

¿Aquello de delante era luz o que su visión estaba deteriorándose tanto que empezaba a ver estrellitas?

Eligió creer que era una luz. Cuando llegó a ella y descubrió que era otra bomba fabrial, desconectó el aparato de su brazo, apuntó la mano hacia arriba y volvió a conectarlo. Lo persiguieron las pesadillas, manifestaciones de su ansiedad, y fue como si el mundo estuviera aplastándolo. Todo se convirtió en negrura una vez más.

Lo único que sentía era a Syl, ya a una distancia enorme, aterrorizada. Creyó que esa iba a ser su última sensación.

Entonces quebró la superficie del agua y salió al aire. Dio una sonora bocanada, un acto crudo y primario. Una reacción fisiológica, no una elección consciente. Debió de desmayarse de todas formas, porque cuando parpadeó y regresaron sus sentidos, se descubrió colgando por su brazo dolorido del techo de una cisterna de agua por debajo de la torre.

Sacudió la cabeza y se miró la mano. Había soltado el zafiro y, cuando intentó inhalar luz tormentosa, no llegó nada. Tenía el saquito vacío de ella. Debía de haber estado absorbiéndola mientras oscilaba al borde de la conciencia. Tuvo la tentación de permitirse dormir de nuevo...

«¡No! ¡Vendrán a por ti!»

Se obligó a abrir los ojos. Si el enemigo había explorado la torre lo suficiente para saber de aquel aljibe, irían a buscarlo para confirmar que había muerto.

Desactivó el fabrial y cayó al agua. El frío lo despertó de sopetón, y pudo

usar el aparato para moverse hasta el lado del depósito. Salió arrastrándose a la piedra seca. Le pareció gracioso estar pensando lo suficiente como un cirujano para preocuparse de haber contaminado esa fuente de agua potable. Con la de cosas que podría estar pensando en esos momentos.

Quería dormir, pero vio la sangre goteando de su pecho y su brazo, de unas heridas que no habían sanado del todo. Así que trastabilló hasta un lado de la cámara y absorbió la luz tormentosa de las dos lámparas que había allí. Sí, el enemigo conocía aquel lugar. Si no hubiera estado tan desconcertado, se habría dado cuenta antes de que la luz significaba que alguien estaba cambiando las gemas.

Se tambaleó, empapado y exhausto, pasillo abajo. Debía haber una salida. Kaladin tenía un vago recuerdo de oír que unos exploradores de Navani habían encontrado aquel aljibe. Solo lo habían descubierto después de enviar a expertos buceadores thayleños a inspeccionar los fabriales del pozo.

«Sigue pensando. Sigue caminando. No te duermas.»

¿Dónde estaba Syl? ¿A qué distancia de él se encontraba ya? Kaladin había recorrido mucho espacio en la oscuridad de aquella agua.

Llegó a unos peldaños, pero no pudo obligarse a subirlos. Se quedó allí plantado, entumecido, mirándolos. Así que usó el fabrial. Pasos lentos y tranquilos con el aparato tirando de él en un ángulo y luego en otro. De lado a lado. Una y otra vez.

Supo que estaba cerca cuando oyó un estruendo. La alta tormenta. Aún rugía, por lo que Kaladin no había pasado una eternidad en aquella negrura. Dejó que la tempestad lo llamara mientras seguía medio volando, medio arrastrándose hacia arriba.

Por fin salió con paso tambaleante a una sala en la planta baja de la torre. Salió justo en medio de un grupo de soldados cantores que estaban gritando a la gente que regresara a sus habitaciones.

La tormenta retumbaba cerca. Varios soldados se volvieron hacia él. Kaladin tuvo un momento de profunda desconexión, como si no pudiera creer que siguiese con vida. Como si hubiera pensado que el trabajoso recorrido por la escalera era su ascenso a los Salones Tranquilos.

Entonces uno de los guardias niveló una lanza hacia él y el cuerpo de Kaladin supo lo que debía hacer. Agotado, herido y con los nervios destrozados hasta la misma Condenación, Kaladin asíó esa lanza y la retorció para arrancarla de las manos del hombre y barrer con ella las piernas del siguiente soldado.

Unos regios que no estaban muy lejos gritaron y Kaladin entrevió a una Celestial, que no era Leshwi, elevándose en el aire y apuntándolo con una lanza. Aún no se habían cansado de acosarlo.

Se volvió y corrió, aferrando aquella lanza robada, absorbiendo luz tormentosa de lámparas pero sintiendo que no hacía nada en absoluto para curarlo. Incluso la lenta sanación de antes parecía haber dejado de funcionar. O bien Kaladin había socavado de algún modo sus propios poderes al destruir el fabrial o, lo más probable, el Hermano estaba demasiado cerca ya de la corrupción total.

Perseguido por decenas de soldados, Kaladin corrió hacia la tormenta. Aunque salir sería peligroso, por lo menos al enemigo le costaría encontrarlo en plena tempestad. No podía luchar contra ellos, así que la única forma de escapar era hacer algo verdaderamente desesperado.

Llegó al acceso frontal de la torre, donde los vientos cruzaban un portal que en otro tiempo quizá hubiera contenido una puerta de madera. Nunca se habían molestado en ponerle una nueva. ¿Para qué? Las tormentas rara vez llegaban tan alto.

Ese día lo habían hecho.

Ese día, Kaladin llegó a los vientos.

Y como todo lo demás ese día, hicieron cuanto pudieron por matarlo.



Voz de luces. Voz para luces. Si hablo en nombre de las luces, entonces debo expresar sus deseos. Si la luz es Investidura y toda Investidura es deidad, y si la deidad tiene Intención, entonces la luz debe tener Intención.

De El Ritmo de la Guerra, última página

Dalinar ya no temía las altas tormentas.

Había pasado ya bastante tiempo desde que temía haber enloquecido. Y sin embargo, como un caballo maltratado que aprendía a encogerse ante el mero sonido de un látigo, algo había persistido en el interior de Dalinar. Una respuesta aprendida de que una tormenta significaba perder el control.

Por eso fue con una profunda y satisfactoria sensación de alivio que ese día Dalinar se dio cuenta de que no temía la tormenta. Y en efecto, cuando Elthebar le dijo la hora de la tormenta de ese día, Dalinar sintió una pequeña oleada de entusiasmo, nada menos. Reparó en que se sentía más despierto los días de alta tormenta. Más capaz.

¿Es por ti?, preguntó al Padre Tormenta.

Es por nosotros, respondió el spren. Por ti y por mí. Yo disfruto pasando sobre el continente, ya que me da mucho que ver, pero también me cansa mientras a ti te revitaliza.

Dalinar se apartó de la mesa e hizo salir a sus ayudantes y escribas, que

habían terminado de informarlo sobre las últimas novedades acerca de Urithiru. Le costaba controlar su creciente preocupación por Navani y por la torre. Pasaba algo malo. Lo sentía en sus huesos.

Así que había empezado a buscar opciones. El plan actual consistía en que él encabezara una expedición a Shadessmar, navegaran hasta la torre y entonces Dalinar abriera una perpendicularidad para infiltrar espías. Por desgracia, no sabían si funcionaría. ¿Sería capaz siquiera de abrir una perpendicularidad en la zona?

Tenía que intentar algo. Las últimas cartas de Navani, aunque incluían sus códigos de identificación, no parecían escritas por ella. Demasiadas largas, demasiadas garantías de que estaba bien. Dalinar había ordenado a un equipo de trabajadores que empezaran a despejar los escombros que impedían a sus exploradores entrar por los cimientos. Habían informado de que costaría semanas, y en la región era imposible invocar hojas esquirladas, que estaban suprimidas igual que los fabriales y los poderes Radiantes.

Puso la palma de la mano contra la mesa y apretó los dientes. Hizo caso omiso a la pila de informes llegados desde el frente. Jasnah y los demás estaban encargándose de la guerra, y Dalinar veía aproximarse la victoria. No estaba garantizada, pero sí era muy probable.

Debería estar concentrándose en su entrenamiento como Forjador de Vínculos. Pero ¿cómo podía hacerlo? Lo que quería era hacerse con una armadura esquirlada, pedir prestada una hoja esquirlada, marchar al frente y buscar a alguien a quien atacar. La idea lo tentaba tanto que tuvo que reconocer lo mucho que había llegado a depender del apoyo psicológico de la Emoción de la batalla. Tormentas, a veces anhelaba casi con toda su alma lo vivo que se había sentido cuando mataba. Esas emociones guardaban un parecido notable con cuando había renunciado a la bebida. Un deseo quedó, ansioso, que lo golpeaba en los momentos más inesperados y lo urgía a buscar el placer, la recompensa.

No podía culpar de todo lo que había hecho a la Emoción. Había sido Dalinar quien llevaba esas botas, quien empuñaba esa arma y quien se regodeaba en la destrucción. Había sido Dalinar quien ansiaba matar. Si se permitía a sí mismo salir y luchar de nuevo, sabía que caería en la cuenta de que una parte de él aún lo adoraba.

Por tanto, debía permanecer allí. Buscar otras formas de resolver sus problemas. Salió de su morada personal, una pequeña casucha de piedra más en Laqqi, el pueblo que habían convertido en su cuartel general.

Respiró hondo, esperando que el aire fresco le aclarase la mente. El pueblo ya estaba fortificado por completo contra las tormentas y los ataques, con puestos de vigilancia suspendidos en las alturas observando el terreno a todo su alrededor y Corredores del Viento que llegaban volando para entregar informes.

«Debo mejorar con mis poderes —pensó Dalinar—. Si tuviera acceso al mapa que podía crear con Shallan, quizá podríamos ver qué está pasando exactamente en Urithiru.»

No serviría de nada, dijo el Padre Tormenta en su mente con un sonido como el del trueno lejano. *No puedo ver la torre. Lo que sea que debilita a los Corredores del Viento cuando se acercan me debilita a mí también, por lo que el mapa no revelaría esa posición. Aun así, podría enseñártela. Tal vez tú puedas ver mejor que yo.*

—¿Enseñármela? —preguntó Dalinar, provocando que Szeth, su sombra perenne, lo mirara—. ¿Cómo?

Puedes cabalgar la tormenta conmigo, dijo el Padre Tormenta. *He concedido a otros ese privilegio en alguna ocasión.*

—¿Cabalgar la tormenta contigo? —dijo Dalinar.

Es como las visiones que Honor me ordenó otorgar, solo que en el presente. Ven. Mira.

—Martra —llamó Dalinar, mirando a la escriba que tenía asignada ese día—. Es posible que actúe raro durante un rato. No pasa nada malo, pero si no soy yo mismo a la hora de mi siguiente cita, por favor haz que espere.

—Hum... Sí, brillante señor —dijo ella, abrazada a su libro de cuentas, con los ojos como platos—. ¿Quieres que... hum, te saque una silla?

—Sería buena idea —respondió Dalinar.

No le apetecía quedarse encerrado dentro. Le gustaba el olor del aire, aunque allí fuese demasiado húmedo, y ver el cielo abierto.

Martra regresó con una silla y Dalinar se acomodó, encarado al este. Hacia el Origen, hacia las tormentas, aunque le tapara la vista el enorme rompetormentas de piedra.

—Padre Tormenta —dijo—, voy a...

Se convirtió en la tormenta.

Dalinar volaba al frente de la muralla de tormenta, como un escombro. No... como una ráfaga de viento que soplaban anunciando la tempestad. Podía ver, comprender, mucho más que cuando había volado gracias al poder de los Corredores del Viento.

Era muchísimo que asimilar. Cruzó onduladas colinas con plantas creciendo en los valles entre ellas. Desde allí arriba parecían una red de islas marrones rodeadas de verdor, hasta la última porción de terreno bajo llena hasta los bordes de una maraña de malezas. Dalinar nunca había visto nada parecido, y las plantas le eran desconocidas, aunque su densidad le recordó vagamente el valle donde había conocido a Cultivación.

No tenía cuerpo, pero se volvió y contempló la larga sombra de la que estaba tirando. La propia tormenta.

Cuando el Corredor del Viento voló en mis ráfagas, se movía sin cesar de un lado a otro, dijo el Padre Tormenta, y Dalinar sintió el sonido por todo su alrededor. *Tú solo piensas. Te quejas de las reuniones, pero estás bien adaptado a ellas.*

—Yo crezco —respondió Dalinar—. Yo cambio. Es lo que distingue a la humanidad, Padre Tormenta: el cambio. Una doctrina primordial de nuestra religión. Cuando tenía la edad de Kaladin, sospecho que me habría comportado como él.

Nos acercamos a las montañas, dijo el Padre Tormenta. *Urithiru tardará poco en llegar. Prepárate para observar.*

A la derecha de Dalinar empezó a emerger una cordillera, y comprendió dónde debían de estar. Cruzando Triax o Tu Fallia, países de los que no sabía gran cosa. No eran las montañas donde encontraría Urithiru, todavía no. Así que se dedicó a experimentar con el movimiento, volando más cerca de los valles cubiertos de vegetación.

Sí, aquel paisaje le resultaba ajeno, con lo verdes y enmarañados que eran sus arbustos. Lleno de hierba, hojas anchas y otros tallos, todos entrelazados con enredaderas y repletos de vidaspren que oscilaban arriba y abajo. Las enredaderas eran una malla que lo unía todo, que lo fortalecía contra las tormentas.

Vio a curiosos animales con largos tentáculos en vez de patas y una piel correosa en vez de quitina. Maleables, se escurrían con facilidad por agujeros en la maleza y encontraban huecos firmes en los que resguardarse cuando llegó la muralla de tormenta. Era extraño que todo fuese tan distinto cuando no estaban muy lejos de Alezkar. Solo a una breve travesía por el mar de Tarat.

Trató de retrasarse para estudiar a un animal.

No, dijo el Padre Tormenta. *Adelante. Siempre adelante.*

Dalinar se dejó animar hacia el frente y voló sobre las colinas hasta llegar a

un lugar donde la maleza estaba vaciada para construir hogares. Esos valles no eran tan estrechos ni profundos como para correr el peligro de inundarse, y las casas estaban construidas sobre soportes de varios palmos de altura, de todos modos. Allí crecía la misma malla de enredaderas, y los bordes de los edificios se fundían con la vegetación para tomar prestada su fuerza.

Hubo un tiempo en que ese pueblo debía de haber sido un lugar enviable, protegido por las plantas que lo rodeaban. Por desgracia, al pasar con el viento por encima, Dalinar se fijó en que había muchos edificios calcinados y el resto del pueblo estaba hecho un desastre.

La tormenta eterna. La gente de Dalinar se había adaptado a ella: las ciudades grandes ya tenían muralla por ambos lados y los pueblos pequeños habían podido recurrir a las reservas del gobierno para sobrevivir a aquel cambio en el clima. Pero las aldeas pequeñas y aisladas como aquella habían sufrido el embate de la nueva tormenta sin nadie que los ayudara. ¿Cuántos lugares como aquel existían en Roshar, vacilando al borde de la extinción?

Dalinar dejó atrás el pueblo en unos pocos latidos, pero el recuerdo permaneció. En los últimos dos años, las ciudades y pueblos que no se habían venido abajo por la repentina partida de los parshmenios habían recibido el ataque incesante de la tormenta o la batalla. Si ganaban... *Cuando ganaran la guerra, tendrían mucho trabajo por delante para reconstruir el mundo.*

Al proseguir su vuelo, vio otra cosa desalentadora: un par de recolectores atrapados mientras regresaban a su hogar. Los hombres harapientos se habían apiñado en una quebrada demasiado poco profunda. Llevaban ropa hecha de gruesas fibras tejidas que se parecía al material para alfombras procedente de Marat, y sus lanzas ni siquiera eran metálicas.

—Ten piedad de ellos —pidió Dalinar—. Atempera tu furia, Padre Tormenta.

No es furia. Soy yo.

—Pues protégelos —dijo Dalinar mientras caía la muralla de tormenta, sumiendo a los malhadados hombres en la oscuridad.

¿Debo proteger a todos quienes se aventuran a mi interior?

—Sí.

Entonces, ¿dejo de ser una tormenta? ¿Dejo de ser yo?

—Puedes ser una tormenta con piedad.

Eso desafía la definición y el alma de una tormenta, objetó el Padre Tormenta. Debo soplar. Yo hago que esta tierra exista. Transporto semillas, hago nacer plantas, vuelvo el terreno permanente con crem. Proporciono luz

t tormentosa. Sin mí, Roshar se marchita.

—No estoy pidiéndote que abandones Roshar, sino que protejas a esos hombres. Aquí. Ahora.

Yo..., retumbó el Padre Tormenta. Es demasiado tarde. No han sobrevivido a la muralla de tormenta. Un enorme peñasco los ha aplastado poco después de que empezáramos a hablar.

Dalinar maldijo, acto que se tradujo en un crepitante relámpago que llenó el aire cercano.

—¿Cómo puede un ser tan próximo a la divinidad carecer tan por completo de honor?

Soy una tormenta. No puedo...

¡No eres solo una tormenta!, bramó Dalinar mientras su voz se volvía trueno. *¡Tienes capacidad de elección! ¡Te escondes de ella, y al hacerlo eres un COBARDE!*

El Padre Tormenta no respondió. Dalinar lo sentía presente, sometido, como un niño malhumorado tras una regañina por su necedad. Bien. Tanto Dalinar como el Padre Tormenta eran diferentes de lo que habían sido antes. Tenían que ser mejores. El mundo les exigía que fuesen mejores.

Dalinar voló más alto, ya sin ganas de ver más detalles por si acaso acababa presenciando más brutalidades irreflexivas del Padre Tormenta. Al cabo de un tiempo llegaron a montañas espolvoreadas de nieve, y Dalinar se elevó hasta la misma cima de la tormenta. Últimamente las tormentas habían ido haciéndose cada vez más altas en el cielo, algo en lo que la gente no reparaba en general pero que era bastante evidente en Urithiru.

Es natural, dijo el Padre Tormenta. *Un ciclo. Seré cada vez más alto hasta que rebase la torre, y luego las siguientes tormentas decrecerán. La alta tormenta ya hacía esto antes de que la torre existiera.*

Parecía haber una cierta timidez en las palabras muy poco propia del Padre Tormenta. Quizá Dalinar lo había turbado.

Pronto vio la torre acercarse.

¿Puedes verla?, preguntó el Padre Tormenta. *¿Los detalles?*

—Sí —dijo Dalinar.

Observa deprisa. Tardaremos poco en pasar.

Dalinar viró como una ráfaga de viento, dirigiéndose hacia Urithiru. No vio nada evidente que estuviera mal. No había nadie fuera en el nivel del Paseo de las Nubes, pero, con las tormentas cada vez más elevadas, tampoco sería aconsejable que lo hubiera.

—¿Podemos entrar? —preguntó Dalinar mientras se aproximaban.

Tú tal vez sí, dijo el Padre Tormenta. Yo no puedo pasar dentro, igual que no puedo infundir esferas en interiores. Cuando una parte se separa, deja de ser yo. Tendrás que reincorporarte rápido o la visión terminará.

Dalinar eligió la terraza más accesible de los salientes orientales de la torre, en la tercera planta, y descendió hasta situarse frente a su objetivo. Cuando la tormenta pasó, entró volando por la terraza abierta al silencioso pasillo que había al otro lado.

Tardó demasiado poco en terminar. Una carrera por un pasillo oscuro hasta encontrar el corredor diagonal del sur, desde donde intentó llegar a la planta baja, pero de pronto Dalinar salió despedido sin remedio por otra terraza sin haber visto ni la menor señal de vida. La muralla de tormenta siguió adelante para coronar las montañas y seguir su camino hacia Azir y el cuerpo de Dalinar.

—No —dijo—. Tenemos que mirar otra vez.

Debes seguir adelante. Impulso, Dalinar.

—El impulso me mantuvo haciendo cosas terribles, Padre Tormenta. El impulso por sí mismo no es una virtud.

No podemos hacer lo que pides.

—¡Deja de poner excusas e intétalo por una vez! —gritó Dalinar, provocando relámpagos a su alrededor.

Resistió la presión para continuar al frente y, aunque hizo que el Padre Tormenta gimiera con redobles de truenos, Dalinar se movió hacia el interior de la tormenta. Hacia el caos negro que imperaba tras la muralla de tormenta.

Era viento soplando contra el viento, un hombre nadando contra una marea, pero logró abrirse paso hasta el fondo, hasta Urithiru. El Padre Tormenta refunfuñó, pero Dalinar no sentía dolor en el spren. Solo... sorpresa. Como si el Padre Tormenta tuviera una curiosidad genuina por lo que había logrado hacer Dalinar.

Resultaba difícil mantenerse fijo en un lugar, pero se quedó flotando fuera del primer anillo, buscando cualquier cosa alarmante. La furia del viento tiraba de él. El Padre Tormenta atronó y el relámpago destelló.

Ahí. Dalinar sintió algo. Una... tenue Conexión, como cuando aprendía el idioma de alguien. Su potenciación, su poder, lo llevó a través del viento en torno a la base de la torre... hasta que encontró algo excepcional. Una figura solitaria, casi invisible en la oscuridad, aferrada al exterior de la torre en el séptimo nivel.

Kaladin Bendito por la Tormenta.

Dalinar no alcanzaba a imaginar qué habría llevado al Corredor del Viento a exponerse de aquella manera a una tormenta, pero allí estaba. Sujetándose con fuerza a una repisa. Tenía la ropa hecha harapos y estaba herido, sangrando de numerosos cortes.

—Sangre de mis ancestros —susurró Dalinar—. Padre Tormenta, ¿lo ves?

Lo... percibo, dijo el Padre Tormenta. *A través de ti. Parece estar esperando al centro de la tormenta, donde sus esferas y su luz tormentosa se renovarán.*

Dalinar se acercó al joven, que había hundido la cabeza bajo el hombro para protegerse. Estaba empapado de la cabeza a los pies, y un jirón de su camisa abofeteaba la piedra una y otra vez.

—¿Kaladin? —gritó Dalinar—. Kaladin, ¿qué ha pasado?

El joven no se movió. Dalinar se tranquilizó, resistiendo los vientos furiosos, y extrajo poder del alma de la tormenta.

KALADIN, dijo.

Kaladin se removió y giró la cabeza. Su piel había palidecido, tenía el pelo enmarañado y sacudido en nudos bañados de lluvia. Tormentas... parecía un cadáver.

¿QUÉ HA PASADO?, exigió saber Dalinar como la tormenta.

—Invasión cantora —susurró Kaladin al viento—. Navani capturada. La torre en aislamiento. Todos los demás Radiantes están inconscientes.

BUSCARÉ AYUDA.

—Los poderes Radiantes no funcionan. Excepto los míos. Puede que también los de un Forjador de Vínculos. Estoy luchando. Estoy... intentándolo.

VIDA ANTES QUE MUERTE.

—Vida... —susurró Kaladin—. Vida... antes...

Los ojos del hombre aletearon y se cerraron. Flaqueó, laxo, y cayó desmayado de la pared.

NO.

Dalinar reunió los vientos y, con una oleada de fuerza, los usó para arrojar a Kaladin hacia arriba y por encima del parapeto de la terraza, al séptimo piso de la torre.

Eso forzó al límite sus capacidades, y por fin la marea se apoderó de Dalinar y lo obligó a regresar al frente de la tormenta. Mientras ocurría, fue expulsado de la visión y se encontró de nuevo en Emul, sentado en su silla.

Había llegado una guardia de honor para formar en círculo a su alrededor y que la gente no curioseara. Aunque ya hacía mucho tiempo desde que a Dalinar lo poseyera por última vez una visión contra su voluntad, agradeció el gesto.

Se sacudió y se levantó de la silla. Cerca de él, Martra sostuvo en alto su cuaderno.

—¡He apuntado todo lo que has dicho y hecho! Como hacía la brillante Navani. ¿He hecho bien?

—Gracias —dijo Dalinar, echando un vistazo a lo que había escrito la mujer.

Al parecer Dalinar había hablado en voz alta, como en sus antiguas visiones. Solo que Martra no había oído las partes en las que había hablado como la tormenta.

Un guardia carraspeó y Dalinar vio que otro lo estaba mirando boquiabierto. El joven se volvió de inmediato, sonrojándose.

«Porque estaba leyendo», pensó Dalinar mientras devolvía el cuaderno. Miró al cielo esperando ver nubes de tormenta, pero allí la tormenta aún tardaría horas en llegar a la región.

Padre Tormenta, pensó. *La torre está invadida. Nuestros peores miedos se confirman. El enemigo controla Urithiru.*

Tormentas, dolía reconocerlo. ¿Primero Alezkar y luego la torre? ¿Y Navani capturada?

Por fin sabía por qué el enemigo se había deshecho de Taravangian. Tal vez también de todo su ejército allí, en Emul. Los había sacrificado para entretener a Dalinar.

—Busca a Teshav —dijo Dalinar a Martra—. Que reúna a los monarcas y a mis altos señores. Tengo que convocar una reunión de emergencia. Cancela todo lo demás que tenía previsto para hoy.

La joven dio un gritito, tal vez porque le asignaran una tarea tan importante. Corrió a cumplir las órdenes de inmediato. Los soldados se marcharon a petición de Dalinar y él se quedó mirando el cielo otra vez.

Padre Tormenta, ¿me has oido?

Me has herido, Dalinar. Es la segunda vez que lo haces. Aprietas contra nuestro vínculo, obligándome a hacer cosas que no son correctas.

Te aprieto para estirarte, replicó Dalinar. Eso siempre es doloroso. ¿Has oido lo que me ha dicho Bendito por la Tormenta?

Sí, dijo él. Pero se equivoca. *Tus poderes no funcionarán en Urithiru.*

Parece... que han vuelto las protecciones de la torre en nuestra contra. Si es así, deberías ser varios órdenes de magnitud más fuerte que ahora, más experto que ahora, para abrir una perpendicularidad allí. Tendrías que ser lo bastante poderoso para sobreponerse al Hermano.

Debo pronunciar más juramentos, afirmó Dalinar. Debo comprender mejor lo que soy capaz de hacer. Mi entrenamiento progresó demasiado despacio. Tenemos que encontrar la manera de acelerarlo.

No puedo ayudarte. Honor está muerto. Era el único que sabía lo que podrías hacer, por completo. Era el único que podría haberte entrenado.

Dalinar rugió de frustración. Empezó a dar vueltas por la piedra sin tallar enfrente de su casa en el campamento de guerra.

Kaladin, Shallan, Jasnah, Lift... Todos ellos aprendieron sus poderes de forma natural, dijo Dalinar. Pero aquí estoy yo, muchos meses después de nuestro vínculo, sin haber progresado apenas.

Tú eres algo distinto a ellos, respondió el Padre Tormenta. Algo más grande, más peligroso. Pero también más complicado. Nunca ha habido otro como tú.

Trueno lejano. Acercándose.

Excepto..., añadió el Padre Tormenta.

Dalinar miró hacia arriba mientras se le ocurría una idea. Con toda probabilidad, la misma que se le había ocurrido al Padre Tormenta.

Había otro Forjador de Vínculos.

Poco tiempo después, un Dalinar casi sin aliento llegó a un pequeño edificio en el extremo norte del campamento. La gente corría de un lado para el otro, preparándose para la inminente tormenta, pero Dalinar no les hizo caso. Irrumpió en la pequeña construcción y sorprendió a una mujer que cuidaba de un hombre muy corpulento sentado en el suelo, inclinado hacia delante, musitando para sí mismo.

La mujer se levantó de un salto y echó mano a la espada que llevaba a un lado. Su raza era difícil de identificar: quizás azishiana, por el tono oscuro de piel. Pero sus ojos estaban mal, eran como los de una shin. Aquellos dos eran seres atrapados fuera del tiempo. Unas criaturas casi tan antiguas como Roshar. Los Heraldos Shalash y Talenelat.

Dalinar no se amilanó por la pose amenazadora de la mujer y avanzó a zancadas hasta asirla por los hombros.

—Había diez de vosotros. Diez Heraldos. Todos ellos pertenecían a una

orden de Caballeros Radiantes.

—No —dijo Shalash—. Nosotros estábamos antes que los Radiantes. Se modelaron a nuestra imagen, pero no nos contábamos entre sus filas. Excepto Nale.

—Pero había uno de vosotros que era Forjador de Vínculos —repuso Dalinar—. Ishi, Heraldo de la Suerte, Heraldo de los Misterios, Vinculador de Dioses.

—Creador del Juramento —dijo Shalash, zafándose de las manos de Dalinar—. Sí, sí. Todos tenemos nombres como esos. Nombres inútiles. Deberíais dejar de hablar de nosotros. Dejar de adorarnos. Dejar de *pintarnos*.

—Aún está vivo —insistió Dalinar—. No estaba encadenado por los juramentos. Él sabrá las cosas que puedo aprender a hacer.

—Seguro que sí —respondió Shalash—. Si alguno de nosotros sigue cuerdo aparte de mí, será él.

—Está cerca de aquí —dijo Dalinar, maravillado—. En Tukar. A un vuelo corto hacia el sudeste desde este mismo pueblo.

—¿No hay un ejército en medio? —preguntó Shalash—. ¿No es hacer retroceder al enemigo y aplastarlo contra el ejército de Ishar nuestro objetivo principal ahora mismo?

—Eso es lo que están haciendo Jasnah y nuestras tropas —dijo Dalinar—. Pero yo tengo otra misión. Yo debo encontrar la manera de hablar con el dios-sacerdote y luego de convencerlo para que me ayude a rescatar Urithiru.

SUPERADA



La Intención importa. La Intención reina. No puede hacerse lo que pretendo yo por casualidad. Es necesario proponérselo. Esta parece ser una ley con mucho mayor rango del que le habíamos supuesto jamás.

De *El Ritmo de la Guerra*, notas finales

Navani estaba sentada sin hacer ruido en la celda que era su biblioteca, esperando. Transcurrieron horas. Pidió comida y se la llevaron, pero ni el guardia ni la Profunda que la vigilaban respondieron cuando les hizo preguntas. Así que Navani esperó. Demasiado nerviosa para estudiar. Demasiado atenazada por las náuseas para atreverse a intentar hablar con el Hermano.

Después de todas las garantías y promesas que le había hecho, al final Navani se había demostrado indigna de su confianza.

Rabeniel llegó por fin, vestida con un sencillo atuendo de pantalones, blusa y chaleco thayleño. Ya había mencionado que encontraba fascinantes sus diseños. Había elegido una ropa que por tradición era masculina, pero era muy probable que no le importara la distinción.

La Dama de los Deseos contempló a Navani desde el umbral y luego hizo marcharse a los guardias. Navani apretó los dientes, se levantó e hizo una inclinación. Estaba herida, superada y derrotada. Pero no podía permitir que

la ira y la humillación la dominaran. Necesitaba obtener información.

—No has insistido en tratar de contactar conmigo —dijo Rabeniel—. Supongo que has comprendido lo que ocurría.

—¿Cuánto tiempo llevabais escuchando mis conversaciones con el Hermano, antigua? —preguntó Navani.

—Desde siempre —dijo Rabeniel—. Cuando no podía oírlas yo, ponía a otro Fusionado a hacerlo.

Navani cerró los ojos. «Yo les he revelado el secreto del tercer nodo. Se lo he sonsacado al Hermano, cumpliendo a rajatabla el plan del enemigo.»

—No deberías fustigarte demasiado —dijo Rabeniel—. La verdadera culpa recae en el Hermano. Siempre fue muy inocente. E inconsciente de su propia ingenuidad. Cuando toqué la columna, supe que el Hermano no dormía, pero fingía haber muerto. Así que le seguí el juego y escuché. No podía saber si esa decisión daría frutos, pero para eso se nutren nueve semillas y se presta atención a la que empieza a crecer.

—El Hermano me dijo... —repuso Navani—. Me dijo que no podríamos competir con vos en astucia.

—Sí, lo oí —dijo Rabeniel—. Me preocupó que hubierais descubierto mi vigilancia. Parecía una frase pronunciada demasiado a propósito para distraerme.

—¿Cómo? —preguntó Navani, abriendo los ojos—. ¿Cómo lo hicisteis, antigua? Sin duda el Hermano lo sabría si sus comunicaciones pudieran ser inseguras.

Rabeniel canturreó a un ritmo y luego fue a la mesa y dio un golpecito en las pilas de notas de Navani.

—Estudia. Encuentra respuestas sobre la luz para las dos, Navani. Deja de intentar combatirme y ayúdame a acabar con esta guerra. Ese ha sido siempre tu propósito aquí.

Navani sintió que una náusea le revolvía las entrañas. Ya había vomitado una vez, asqueada por lo que había hecho. Por lo que habían costado sus actos al Hermano. En esa ocasión lo contuvo y, mientras Rabeniel se marchaba, logró hacerle una pregunta más.

—Kaladin —dijo—. El Corredor del Viento. ¿Lo habéis matado, antigua?

—No lo he matado —respondió ella—. Aunque sí le he hecho un buen corte. Ya te habrás dado cuenta de que logró destruir el nodo, dado que el escudo sigue alzado. Sin embargo, cuando han visto al Corredor del Viento huyendo de la torre más de media hora después, su herida no había sanado, lo

que me lleva a pensar que la transformación del Hermano está casi completada. Eso volverá los poderes de tu Corredor del Viento bastante poco de fiar. Considero improbable que haya sobrevivido después de salir corriendo a la tormenta.

—¿A la tormenta? —preguntó Navani.

—Sí. Es una pena. Quizá el Hermano pueda decirte si está muerto o no. En caso afirmativo, me gustaría mucho estudiar su cadáver.

Rabeniel se fue. Navani se impuso a las náuseas para escribir, y luego quemar, una plegaria de protección para Kaladin. Era todo lo que podía hacer.

Al terminar, descansó la cabeza en la mesa para pensar en el profundo alcance de su fracaso.

FIN

Tercera parte

INTERLUDIOS

SZETH ♦ CHIRI-CHIRI
TARAVANGIAN

Los altospren son seres enigmáticos, incluso en las mejores circunstancias. En Shadescn sus formas son tan sólidas como las de los demás spren, aunque aparecen como agujeros de contorno humano en la realidad, espacios por los que se divisan unos desconocidos cielos estrellados.

Distinguir a un altospren de otro es una tarea harto difícil, a menos que resulten tener una silueta característica. Sin embargo, los altospren no parecen tener ninguna dificultad para identificarse entre ellos.

Cuando se mueven, las estrellas no se desplazan con ellos. Ver caminar a estos seres es como mirar por una ventana móvil que da a una realidad alternativa.





Szeth-hijo-Honor intentó holgazanear.

Dalinar decía que holgazanear un poco lo ayudaría a imitar a un soldado normal en un aburrido puesto de guardia. Dalinar decía que Szeth merodeaba al andar y que era demasiado intenso cuando vigilaba. Como un fuego ardiente vivo cuando debería ser apenas unos rescoldos encendidos.

¿Cómo dejaba uno de ser intenso? Szeth trató de comprenderlo mientras se obligaba a apoyarse en un árbol y cruzaba los brazos como le había sugerido Dalinar. Delante de él, el Espina Negra jugaba con su sobrino nieto, el hijo de Elhokar. Szeth comprobó con atención el perímetro del pequeño claro. Buscando sombras. O gente que merodeara sospechosa en el cercano campamento, visible entre los árboles.

No vio nada, cosa que lo inquietó. Pero intentó relajarse de todos modos.

El cielo nublado y el tiempo húmedo que hacía le recordaban a la costa de Shinovar, donde el padre de Szeth había sido pastor en su juventud. Con aquella hierba tan abundante, Szeth casi podía imaginar que estaba en casa. Cerca de los hermosos acantilados blancos, escuchando balar a los corderos mientras llevaba agua.

Oyó las amables palabras de su padre. «El deber más digno y más cierto de una persona es añadir al mundo. Crear, y no destruir.»

Pero no. Szeth no estaba en casa. Estaba de pie sobre piedra profana en un claro de bosque fuera de un pueblecito de Emul. Dalinar se arrodilló para enseñar a Gavinor, un niño de menos de cinco años, cómo empuñar su espada de práctica.

Habían pasado unos minutos, así que Szeth dejó el árbol e hizo un recorrido alrededor del claro, durante el que inspeccionó unos matojos de enredaderas sospechosas.

—¿Ves algo peligroso, espada-nimi? —preguntó en voz baja.

Qué va, dijo la espada. *Creo que deberías desenfundarme. Veo mejor estando fuera de la vaina.*

—Cuando estás desenvainada, espada-nimi, intentas absorberme la vida.

Chorradas. Me caes bien. No intentaría matarte.

El arma proyectaba su agradable voz en la mente de Szeth. A Dalinar no le gustaba la sensación, así que la espada ya solo hablaba con Szeth.

—Yo no veo nada peligroso —dijo Szeth, volviendo a su sitio junto al árbol.

Trató de por lo menos aparentar que estaba relajado. Era difícil, y requería vigilancia y dedicación, pero no quería que Dalinar volviera a reprenderlo.

Eso es bueno, ¿verdad? ¿Que no haya nada peligroso?

—No, espada-nimi —dijo Szeth—. No es bueno. Es preocupante. Dalinar tiene muchos enemigos, que estarán enviando asesinos, espías. Si no los veo, quizá esté siendo demasiado descuidado o sea demasiado incompetente.

O quizá no estén aquí para verlos, respondió la espada. Vasher siempre estaba paranoico también. Y eso que él podía sentir si había gente cerca. Le dije que dejara de preocuparse tanto. Como tú. Preocupar, preocupar, preocupar.

—Se me ha encomendado un deber —dijo Szeth—. Lo cumpliré bien.

Dalinar rio cuando el chico alzó su espada de juguete y proclamó que era un Corredor del Viento. El niño había pasado por una experiencia horripilante allá en Kholinar, y pasaba la mayoría del tiempo en silencio. Afligido. Lo habían torturado los vacíospren, lo habían manipulado los Deshechos, lo había desatendido su madre. Aunque los sufrimientos de Szeth habían sido otros, no podía evitar una cierta afinidad con ese niño.

Era evidente que Dalinar disfrutaba viendo cómo el chico se volvía más expresivo y entusiasta mientras jugaban. Szeth recordó de nuevo su propia infancia, que había pasado jugando con las ovejas. Una época sencilla, antes de que su familia recibiera las hojas de Honor. Antes de que a su amable padre le enseñaran a matar. A sustraer.

El padre de Szeth seguía vivo, en Shinovar. Era el portador de una espada diferente, de una carga diferente. La familia entera de Szeth estaba allí. Su hermana, su madre. Szeth llevaba mucho tiempo sin pensar en ellas. Estaba

permitiéndose hacerlo porque había decidido que no era Sinverdad. Antes no había querido mancillar las imágenes de su familia con su mente.

Había llegado el momento de hacer otra ronda por el claro. La risa del niño ganó volumen, pero a Szeth le resultó doloroso oírla. Hizo una mueca cuando el niño subió a una roca y saltó para que su tío abuelo lo atrapara. Y Szeth... Si Szeth se movía demasiado deprisa, podía atisbar su propia y frágil alma, mal sujetada a su cuerpo, siguiendo sus movimientos como una brillante imagen residual.

¿Por qué estás sufriendo?, preguntó la espada.

—Temo por el niño —susurró Szeth—. Empieza a reír de alegría. Eso terminarán robándoselo otra vez.

A mí me gusta intentar comprender la risa, dijo la espada. *Creo que puedo sentirla. Feliz. ¡Ja! ¡Ja!* A Vivenna siempre le gustaban mis chistes. *Hasta los malos.*

—La risa del chico me asusta —insistió Szeth—. Porque estoy cerca. Y... no estoy bien.

No debería estar protegiendo a ese niño, pero no se hacía el ánimo de decírselo a Dalinar, por temor a que el Espina Negra lo apartara de sí mismo. Szeth había encontrado allí su propósito al seguir un Ideal. Al confiar en Dalinar Kholin. No podía permitirse que ese Ideal se sacudiera. No podía.

Solo que... a veces Dalinar hablaba con inseguridad. Preocupado por no estar haciendo lo correcto. Szeth desearía no escuchar las debilidades de Dalinar, sus temores. El Espina Negra debía ser una roca moral, imperturbable, siempre segura de sí misma.

Dalinar era mejor que la mayoría. Y sí que tenía confianza. La mayoría del tiempo. Szeth solo había conocido a un hombre con más confianza que Dalinar en su propia moralidad. Taravangian. El tirano. El destructor. El hombre que había seguido a Szeth hasta allí, hasta aquella parte remota del mundo. Szeth estaba convencido de que, cuando había visitado a Taravangian acompañando a Dalinar el otro día, el anciano había descubierto su disfraz ilusorio.

Ese hombre no iba a renunciar. Szeth podía sentirlo... sentirlo... tramando.

Cuando Szeth volvió a su árbol, el aire se partió, mostrando una negrura salpicada de tenues estrellas más allá. Szeth al instante apoyó su espada contra el tronco del árbol.

—Vigila —dijo—, y grita mi nombre si viene algún peligro.

¡Oh! ¡Muy bien!, exclamó la espada. *Eso puedo hacerlo. Claro que puedo.*

Pero a lo mejor deberías dejarme fuera de la vaina. Ya sabes, para que si viene algo malo, pueda darle de verdad.

Szeth rodeó el árbol, siguiendo la brecha en el aire. Era como si alguien hubiera separado el tejido de la realidad, como abriendo la piel para mirar la carne de debajo.

Se arrodilló ante el altospren.

—Estás haciéndolo bien, discípulo mío —dijo el spren con tono formal—. Eres vigilante y dedicado.

—Lo soy —respondió Szeth.

—Tenemos que hablar de tu cruzada. Llevas ya un año con tu actual juramento, y me satisface y me impresiona tu dedicación. Estás entre los hombres más vigilantes y dignos. Querría que obtuvieras tu armadura esquirlada. ¿Todavía deseas purgar tu tierra natal?

Szeth asintió. Detrás de él, Dalinar reía. No parecía haberse dado cuenta de su ausencia momentánea.

—Háblame más de esa cruzada que propones —dijo el altospren. No había bendecido a Szeth diciéndole su nombre, aunque Szeth era su Radiante vinculado.

—Hace mucho tiempo, mi pueblo rechazó mis advertencias —explicó Szeth—. No me creyeron cuando dije que el enemigo regresaría pronto. Me desterraron, juzgándome Sinverdad.

—Veo inconsistencias en las historias que cuentas de esos días, Szeth —dijo el altospren—. Temo que tu memoria, como la de muchos mortales, sea incompleta o esté corrompida por el paso del tiempo. Yo te acompañaré en tu cruzada para evaluar la verdad.

—Gracias —dijo Szeth en voz baja.

—Quizá debas combatir y destruir a aquellos que hayan incumplido sus propias leyes. ¿Podrás hacerlo?

—Eh... Tendría que preguntárselo a Dalinar. Él es mi Ideal.

—Si progresas como Rompedor del Cielo —dijo el altospren—, deberás convertirte en la ley. Para alcanzar tu potencial definitivo, tendrás que conocer la verdad tú mismo, en vez de apoyarte en la muleta ofrecida por el Tercer Ideal. Sé consciente de ello.

—Lo seré.

—Prosigue con tu deber por ahora. Pero recuerda, pronto llegará el momento en que lo abandones a cambio de algo mayor.

Szeth se levantó mientras el spren volvía a hacerse invisible. Siembre

estaba cerca, observando y juzgando la valía de Szeth. Regresó al claro y encontró a Dalinar charlando en voz baja con una mujer que llevaba uniforme de mensajera.

Szeth se puso en alerta de inmediato, recogió la espada y caminó a zancadas para ponerse detrás de Dalinar, presto a protegerlo.

¡Espero que no pase nada por no haberte llamado!, dijo la espada. *Podía sentir a la mujer, aunque no la viera, y no parecía ser malvada. Aunque no haya venido a recogerme a mí. Menuda grosería, ¿eh? Pero la gente grosera puede no ser malvada, ¿verdad?*

Szeth observó a la mujer con atención. Si alguien quería matar a Dalinar, sin duda enviaría a un asesino de apariencia inocente.

—No estoy muy segura de algunas cosas de esta lista —estaba diciendo la mensajera—. ¿Pluma y papel? ¿Para un hombre?

—Taravangian abandonó hace mucho tiempo la pretensión de no saber leer —respondió Dalinar.

—En ese caso, el papel le permitirá planificar contra nosotros.

—Tal vez —dijo Dalinar—. Y también podría ser el simple acto piadoso de concederle la compañía de las palabras. Cumplid esa petición. ¿Qué más?

—Desea que se le dé comida fresca más a menudo —dijo ella—, y más luz.

—La luz ya la había pedido yo —repuso Dalinar—. ¿Por qué no se cumplió esa orden?

Szeth observó con interés. ¿Taravangian estaba haciendo exigencias? No deberían darle nada. Era peligroso. Era...

Szeth se quedó petrificado cuando el niño, Gavínor, llegó hasta él. Levantó una espada de madera con el puño por delante hacia Szeth. El chico debería temerlo, y en cambio estaba sonriendo y meneando la espada.

Él la cogió, vacilante.

—La petición más extraña es la de la piedra —prosiguió la mensajera—. ¿Para qué quiere una piedra perfectamente redonda y lisa? ¿Y por qué especifica que debe tener una veta de cuarzo?

El corazón de Szeth estuvo a punto de detenerse. Una piedra redonda. ¿Con incrustaciones de cuarzo?

—Sí que es una petición rara, sí —dijo Dalinar, pensativo—. Preguntadle para qué la quiere antes de concedérsela.

Una piedra redonda.

Con incrustaciones de cuarzo.

Una piedra jurada.

Durante años, Szeth había obedecido la ley de la piedra jurada. La tradición centenaria de su pueblo dictaba la manera de tratar a quien fuese Sinverdad. Un objeto, ya no un hombre. Una posesión.

Taravangian quería una piedra jurada. ¿Por qué?

¿POR QUÉ?

Mientras la mensajera se alejaba al trote, Dalinar preguntó a Szeth si querría unirse al entrenamiento con la espada, pero él apenas logró farfullar una excusa. Szeth regresó a su puesto junto al árbol, con la pequeña espada de madera aferrada en la mano.

Tenía que saber lo que planeaba Taravangian.

Tenía que detener a ese hombre. Antes de que matara a Dalinar.

CHIRI-CHIRI



Chiri-Chiri intentó esconderse en su hierba. Por desgracia, estaba haciendo demasiado grande. No era como un cremlino normal, de los que correteaban por ahí, diminutos e insignificantes. Ella era algo más grandioso. Podía pensar. Podía crecer. Y podía volar.

Nada de eso la ayudó cuando cayó de la hierba de la maceta a la mesa. Rodó para enderezarse y chasqueó molesta antes de mirar hacia Rysn, que estaba sentada haciendo ruidos con otro blando. Chiri-Chiri no siempre entendía los ruidos de las bocas de los blandos. No chasqueaban, y no tenían ritmo. Así que a veces los sonidos eran solo ruido.

A veces no. Tenían un cierto patrón que Chiri-Chiri iba comprendiendo cada vez mejor. Y a veces sus tonos tenían una actitud que era casi como un ritmo. Se acercó más a ellos por la mesa, intentando escuchar.

Era difícil. A Chiri-Chiri no le gustaba escuchar. Le gustaba hacer las cosas que daban buena sensación. Dormir daba buena sensación. Comer daba buena sensación. Decir que estaba contenta, o hambrienta, o triste daba buena sensación.

La comunicación debería ser sobre humores, deseos, necesidades. No todo aquel ruido de aleteo y más aleteo flojo y húmedo.

Como el que estaba haciendo Rysn en ese momento, hablando con el viejo blando que era como un progenitor. Chiri-Chiri cruzó la mesa y se metió en su caja. No olía tan viva como la hierba, pero era cómoda, rellena de cosas

blandas y cubierta con unas enredaderas. Chasqueó para expresarlo. Satisfecha. Satisfecha era buena sensación.

—No entiendo ni la mitad de las cosas que explicas, Rysn —dijo el viejo blando, sentado con Rysn en sillas junto a la mesa. Chiri-Chiri entendía algunas palabras. Y su tono susurrante pero tenso. Confusión. Eso era confusión. Como cuando te muerde en la cola alguien que creías que estaba contento—. ¿Estás diciendo que esas cosas... esos Insomnes... están por todas partes? ¿Moviéndose entre nosotros? ¿Pero que no son... humanos?

—Son lo más alejado de los humanos que puede estar un ser, diría yo —respondió Rysn, y dio un sorbo a su infusión. Chiri-Chiri la entendía mejor a ella. Rysn no estaba confusa. Más bien pensativa. Había estado así desde... el acontecimiento en la tierra natal.

—Esto no es para lo que creía que estaba preparándote —dijo el viejo blando—, con tu entrenamiento en negociación.

—Bueno, siempre te gustó recorrer caminos que otros consideraban demasiado difíciles —dijo Rysn—. Y te encantaba negociar con gente de la que pasaba de largo tu competencia. Veías oportunidades en lo que otros descartaban. Esto viene a ser lo mismo.

—Disculpa, Rysn, querida niña, pero a mí esto me parece muy muy distinto.

Los dos se quedaron en silencio, pero no era el silencio satisfecho de después de comer. Chiri-Chiri se volvió para acurrucarse de nuevo en sus mantas, pero sintió una vibración que ascendía a través del suelo. Una especie de llamada, una especie de advertencia. Uno de los ritmos de Roshar.

Le recordó al caparazón de los muertos que había visto en la tierra natal. Su cráneo hueco de quitina, su boquiabierto vacío, tan quieto y silencioso. Un silencio de habérselo comido todo, y luego haber sido consumido.

Chiri-Chiri no podía esconderse. El ritmo le susurraba que no podía hacer solo cosas fáciles. Se avecinaban tiempos oscuros, advertían los cráneos huecos. Y las vibraciones de aquel lugar. Alentadoras. Exigentes. *Sé mejor. Debes ser mejor.*

Así que Chiri-Chiri salió trepando de su caja y pasó al brazo de la silla de Rysn. Rysn la recogió, suponiendo que Chiri-Chiri quería que la rascara en aquella parte a lo largo de su cabeza donde el caparazón se unía a la piel. Y sí que era una sensación agradable. Tanto que Chiri-Chiri se olvidó de los cráneos huecos y los ritmos de advertencia.

—¿Por qué tengo la sensación de que no deberías haberme contado nada

de esto? —preguntó el viejo blanco—. Cuanta más gente sepa lo que has hecho, Rysn, más peligroso será para ti.

—Me doy cuenta —dijo ella—. Pero... *babsk*... tenía que decírselo a alguien. Ahora necesito tu sabiduría, más que nunca.

—Mi sabiduría no alcanza los asuntos de los dioses, Rysn —replicó él—. Yo solo soy un viejo que se creía muy listo... hasta que su autocomplacencia estuvo a punto de destruir la vida y la carrera de su discípula más prometedora.

Rysn se irguió de repente, haciendo que Chiri-Chiri se sobresaltara y le mordisqueara los dedos. ¿Por qué había dejado de rascar?

Ah. Emociones. Chiri-Chiri casi podía sentir las vibrando a través de Rysn, como ritmos. ¿Estaba triste? ¿Por qué triste? Tenían suficiente para comer. Estaban calentitas y a salvo.

¿Era por la oquedad? ¿Por el peligro?

—*Babsk* —dijo Rysn—, ¿todavía te culpas a ti mismo de mi necedad? Mis insensateces fueron solo mías.

—Ah, pero yo sabía de tu audacia —respondió él—. Y era mi deber marcarle límites.

El viejo blando cogió las manos de Rysn, así que Chiri-Chiri se las mordisqueó un poquito hasta que Rysn le lanzó una mirada de enfado. De todas formas, no tenían buen sabor.

Los dos blandos compartían algo. Era casi como si pudieran proyectar emociones con una vibración o un zumbido, en vez de hacer aletear los labios y estrujar aquellas caras demasiado fundidas. Esas cosas sí que eran raras. ¿Por qué no se les caía toda la piel, sin caparazón que la contuviera? ¿Por qué no se hacían daño cada vez que se daban contra algo?

Pero sí, compartían pensamientos. Y por fin el viejo asintió y se levantó.

—Te ayudaré a soportar esto, Rysn. Sí, no debería quejarme de mis propias deficiencias. Tú has acudido a mí y me has hecho un gran honor con ello.

—Pero no debes contárselo a nadie —le dijo ella—. Ni siquiera a la reina. Lo siento.

—Comprendo —dijo él—. Meditaré sobre lo que me has dicho y veré qué consejos puedo darte, si es que hay alguno, para esta situación tan particular.

—Cogió su sombrero y empezó a marcharse, pero vaciló y dijo tres palabras —. Esquirlas del Amanecer. —Logró imbuiirlas de significado. Incredulidad y maravilla.

Cuando se hubo marchado, unos pocos mordisquitos hicieron que Rysn

empezara a rascarla otra vez. Pero parecía estar distraída, y al poco tiempo Chiri-Chiri ya no pudo disfrutar del rascado. No con los ojos huecos hablándole. Avisándola.

Para gozar de días fáciles, a veces antes había que hacer cosas difíciles. Rysn activó su silla, que se elevó unos centímetros del suelo, aunque no tenía alas. Chiri-Chiri saltó de ella a la mesa.

—Necesito comer algo —dijo Rysn. Y Chiri-Chiri se concentró en los sonidos, no en la cansada cadencia.

Comer. Comida.

—*Oomeeer*. —Chiri-Chiri intentó que sus mandíbulas chasquearan los sonidos, soplando por la garganta y haciendo vibrar su caparazón.

Rysn sonrió.

—Estoy demasiado agotada. Eso casi ha sonado a...

—*Rrrrrizznn* —dijo Chiri-Chiri—. *Ooomeeer. Omiiiida*.

Sí, daba buena sensación. Le habían salido unos ruidos de boca acertados. O por lo menos, Rysn soltó la taza de infusión e hizo una vibración estupefacta.

Quizá sí que sería mejor hacerlo así. No solo por los cráneos huecos, sino porque, si lograba que los blandos la entendieran, sería mucho más fácil que la rascaran cuando se requiriera de ellos.

I-9

LA ESPADA



Taravangian despertó dolorido. Últimamente cada mañana era una amarga competición. ¿Hacía más daño moverse o quedarse en la cama? Moverse significaba más dolor. Quedarse en la cama significaba más angustia. Al final, optó por el dolor.

Después de vestirse con cierta dificultad, descansó al borde de la cama, agotado. Miró las notas rayadas en el lateral de un cajón abierto. ¿Debería esconderlas? Debería. Esa mañana las palabras le parecieron un galimatías. Tuvo que mirarlas mucho tiempo hasta que les encontró algún sentido.

Tonto. ¿Cómo de tonto era? Demasiado... demasiado tonto. Reconocía la sensación de que sus pensamientos se movieran como a través de denso almíbar. Se levantó. ¿Aquellos era luz? Sí, luz solar.

Pasó a la sala principal de su cárcel. Luz solar, a través de una ventana abierta. Qué raro. Él no había dejado ninguna ventana abierta.

«Las ventanas estaban todas tapiadas —recordó—. Se ha roto una. ¿Habrá sido una tormenta?»

No. Comprendió despacio que Dalinar debía de haber ordenado que abrieran una. Qué amable era Dalinar. Le caía bien.

Taravangian llegó a la luz del sol. Guardias fuera. Sí, era normal que vigilaran. Sabían que era un asesino. Les sonrió de todas formas, y luego abrió el pequeño paquete que había en el alféizar. Un cuaderno, una pluma y un poco de tinta. ¿Había pedido él esas cosas? Intentó recordarlo.

Tormentas. Quería dormir. Pero no podía pasarse otro día en la cama. Ya lo había hecho demasiadas veces.

Regresó a su habitación, se sentó... y entonces cayó en la cuenta de que había olvidado lo que pretendía hacer. Deshizo sus pasos, volvió a mirar la pluma y el papel y solo entonces lo recordó. Volvió a la alcoba. Abrió el cajón con las instrucciones. Las leyó despacio.

Volvió a leerlas.

Las copió con gran esfuerzo en el cuaderno. Era una lista de las cosas que debía decir si conseguía hablar con Szeth a solas. Aparecían varias veces unas palabras subrayadas: «No hables con Dalinar». En su estado, Taravangian no estaba muy convencido de aquello. ¿Por qué no hablar con él?

Su yo más listo estaba convencido de que tenían que hacer aquello por su propia cuenta. A Dalinar Kholin *no* se le podían confiar los planes de Taravangian. Porque Dalinar Kholin haría lo correcto. No lo necesario.

Taravangian se obligó a ir a por comida. Tenía un poco en la otra habitación, pan que se había puesto rancio. Debería haber pedido algo mejor. Solo después de masticar un rato se le ocurrió ir a mirar en la mesa contigua a la puerta, donde le dejaban el alimento. Era el día en que se suponía que se lo entregaban. Y allí estaba. Pan del día. Carne seca. Nada de mermelada.

Se sintió idiota. ¿Por qué no había ido a ver si había comida fresca antes de llenarse la boca con la vieja? Era difícil vivir así. Cometiendo errores tontos. Olvidando lo que estaba haciendo y por qué.

Por lo menos estaba solo. Antes de haberse rodeado de buenos ayudantes, la gente siempre se enfadaba con él cuando era tonto. Y como se ponía emotivo cuando era tonto, a menudo lloraba. ¿Acaso no lo entendían? Taravangian hacía sus vidas complicadas, sí. Pero él vivía esa complicación. No intentaba darles problemas.

La gente daba sus mentes por sentadas. Se creían estupendos por cómo habían nacido.

—¡Traidor! —llamó una voz desde fuera—. ¡Tienes visita!

Taravangian tuvo una punzada de alarma y le temblaron los dedos mientras cerraba y aferraba el cuaderno. ¿Una visita? ¿Sería Szeth? ¿La semilla que había plantado Taravangian estaba dando fruto?

Se esforzó en respirar y ordenar sus pensamientos. Eran un batiburrillo, y el grito del guardia le hizo dar un salto y luego moverse con torpeza hacia el sonido. Se preparó para ver a Szeth. Aquella mirada atribulada. Aquellos ojos

muertos. Pero en vez de eso, Taravangian vio por la ventana a un joven de pelo negro con un poco de rubio. El hijo del Espina Negra, Renarin.

Taravangian titubeó, pero los guardias de fuera le hicieron señas para que se acercara a hablar con el joven.

No se había preparado para aquello. Renarin. La discreta salvación de todos. ¿Por qué había ido allí? Taravangian no había apuntado en su cuaderno las respuestas para aquella reunión.

Llegó hasta la ventana y los guardias retrocedieron para dejarles intimidad. Taravangian esperó a que Renarin hablara primero. Pero el chico se quedó callado, manteniendo su distancia con la ventana, como si creyera que Taravangian iba a sacar los brazos y aferrarlo.

Las manos de Taravangian estaban heladas. Su estómago revuelto.

—Ha cambiado algo —dijo Renarin por fin, apartando la mirada mientras hablaba. Evitaba mirar a la gente a los ojos. ¿Por qué sería?—. Sobre ti. Hace poco. ¿Por qué?

—No lo sé, brillante señor —respondió Taravangian, aunque notó que le sudaba la frente por la mentira.

—Has hecho daño a mi padre —dijo Renarin—. Creo que hasta no hace mucho pensaba que podría cambiarte. No creo que lo haya visto nunca tan taciturno como cuando habla de ti.

—Ojalá... —Taravangian intentó pensar. Palabras. ¿Qué palabras?—. Ojalá me hubiera cambiado, brillante señor. Ojalá me hubiera sido posible cambiar.

—Creo que eso es verdad —dijo Renarin—. Veo tu futuro, Taravangian. Es oscuro. No se parece a nada que haya visto nunca. Solo que hay un puntito de luz destellando en la oscuridad. Me preocupa lo que pueda significar que se apague.

—Yo también me preocuparía.

—Puedo equivocarme —dijo Renarin. Titubeó y cerró los ojos, como pensando con mucho cuidado sus siguientes palabras—. Estás en la oscuridad, Taravangian, y mi padre cree que estás perdido. Yo presencié su regreso, y me enseñó que nadie está nunca tan perdido como para no poder encontrar el camino de vuelta. No estás solo.

El joven abrió los ojos, dio un paso adelante, levantó la mano y la tendió hacia Taravangian. El gesto daba una sensación incómoda. Como si Renarin no estuviera muy seguro de lo que hacía.

«Quiere que le dé la mano.»

Taravangian no lo hizo. Verlo hizo que quisiera estallar en lágrimas, pero se contuvo.

Renarin retiró la mano y asintió.

—Te avisaré si veo algo que pueda ayudarte a decidir.

Y con eso, el chico se marchó acompañado por uno de los guardias, el que había gritado antes a Taravangian.

Se quedó el otro guardia, un hombre alezi bajito y anodino que se acercó a la ventana y clavó la mirada en Taravangian. Él observó a Renarin mientras se marchaba, deseando tener el valor de llamar al chico para que regresara.

Tontas emociones. Taravangian no estaba perdido en la oscuridad. Había elegido ese camino, y sabía el lugar exacto al que se dirigía. ¿Verdad?

—Se equivoca —dijo el guardia—. No todos podemos volver de la oscuridad. Existen actos que, una vez se cometen, siempre mancharán a un hombre.

Taravangian frunció el ceño. Ese guardia tenía un acento raro. Debía de haber vivido en Shinovar.

—¿Por qué has pedido una piedra jurada? —preguntó imperioso el guardia—. ¿Qué te propones? ¿Pretendes tentarme o engañarme?

—Ni siquiera te conozco.

El hombre lo miró sin parpadear. Ojos como de muerto... y Taravangian por fin comprendió lo que cualquier otro día habría sido evidente desde el principio. El guardia llevaba una ilusión distinta ese día.

—Szeth —susurró Taravangian.

—¿Por qué? ¿Para qué quieres una piedra jurada? No volveré a obedecer tus órdenes. Estoy haciéndome dueño de mí mismo.

—¿Tienes la espada? —preguntó Taravangian. Sacó un brazo, por necio que fuese, e intentó agarrar a Szeth. El hombre se apartó con un movimiento fluido, dejando a Taravangian intentando asir el aire—. La espada. *¿La has traído?*

—No voy a servirte —dijo Szeth.

—Escúchame —insistió Taravangian—. Tienes que... La espada... Espera un momento. —Frenético, pasó páginas del cuaderno buscando las palabras que había copiado del cajón de la mesa. Empezó a leer—. «La espada es algo que no habíamos anticipado. No aparecía en el Diagrama. Pero Odium la teme. ¿Lo entiendes? La *teme*. Creo que podríamos hacerle daño. Debemos atacarlo con ella.»

—No te serviré —repitió Szeth—. No permitiré que vuelvas a

manipularme. Mi piedra... siempre fue solo una piedra. Mi padre decía...

—Tu padre está muerto, Szeth —dijo Taravangian—. Escúchame. Escucha. —Leyó del cuaderno—. «Por suerte, creo que su capacidad para vernos aquí está limitada. Por tanto, podemos hablar con libertad. Dudo que puedas dañar directamente a Odium a menos que estés en una visión suya. Debes entrar en una de esas visiones. ¿Podrás hacerlo?»

Había más anotaciones en el libro sobre cómo manipular a Szeth. Taravangian las leyó para sí mismo, y las palabras le hicieron daño. ¿Ese hombre no había sufrido ya bastante?

Rechazó esas manipulaciones y alzó la mirada hacia Szeth.

—Por favor —susurró Taravangian—. Por favor, ayúdame.

Szeth no pareció oír sus palabras. Se volvió para marcharse.

«¡No!»

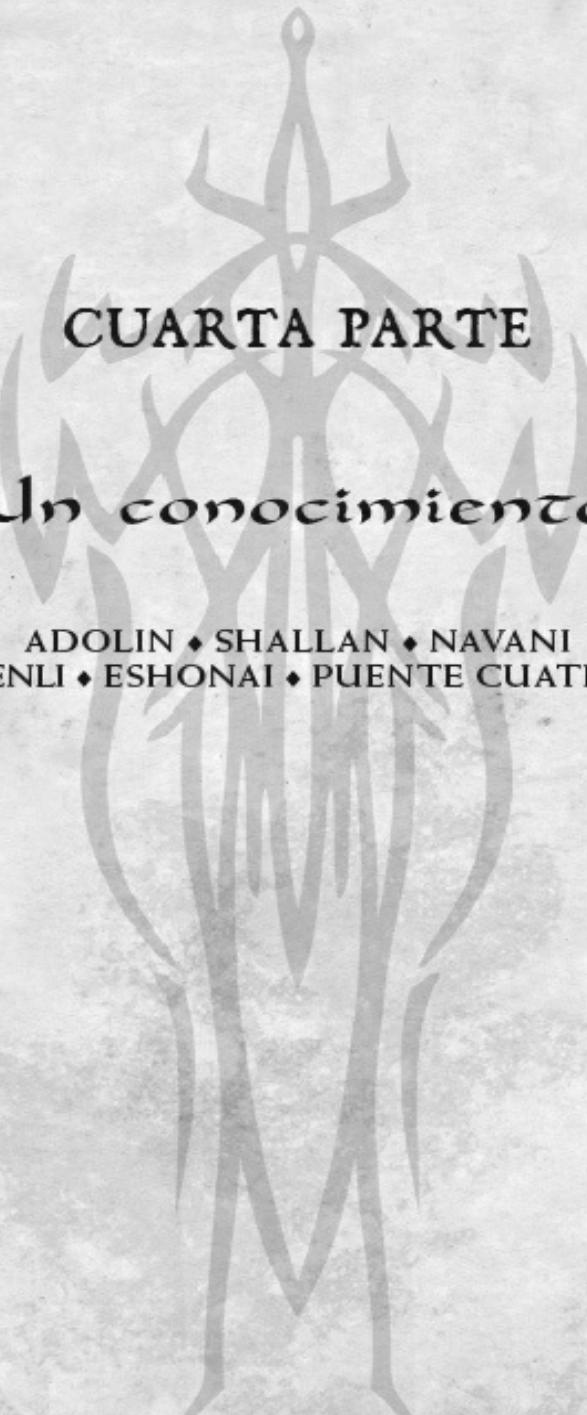
—Escúchame —dijo Taravangian, saliéndose de las instrucciones, desobedeciendo las órdenes de su yo más listo—. Dale la espada a Dalinar. Odium se lleva a Dalinar a sus visiones a veces. La espada debería viajar con él. ¿Lo entiendes? Odium cree que la espada está en Urithiru. No sabe que tú estás aquí. No puede verlo por Renarin.

El Taravangian más listo afirmaba que no quería colaborar con Dalinar porque era demasiado peligroso, o porque Dalinar no lo creería. Esas mentiras daban ganas al Taravangian tonto de aporrear la cara con sus propios puños, avergonzado. Pero la verdad era más vergonzosa.

A Szeth le daba igual con qué Taravangian estuviera hablando.

—No comprendo tus manipulaciones —dijo el hombre mientras echaba a andar—. Debería haber sabido que no podría entender cómo funciona tu mente. Lo único que puedo hacer es negarme.

Se marchó y envió al otro guardia de vuelta para vigilar a Taravangian... que se había quedado de pie aferrado a su pequeño cuaderno, llorando.



CUARTA PARTE

Un conocimiento

ADOLIN • SHALLAN • NAVANI
VENLI • ESHONAI • PUENTE CUATRO

Los fonemas caligráficos:

O	A	♂	I	♀	M	♀	SH
33	8	33	F	7	N	G	T
Y	V	♂	P	Y	O	♀	TH
H	CH	♂	G	3	U	D	Y
Z	K	♂	H	5	R	F	J
L	D	♂	L	8	S	Z	Z
E							

Los fonemas híbridos (ver más abajo) han cobrado popularidad en tiempos recientes, e incorporan atajos que las calígrafas expertas llevan décadas usando. Sospecho que este conjunto se impondrá a los demás y constituirá la base de un sistema de glifos aleci más simplificado.

O	A	♂	I	♀	M	♀	SH
1	B	3	F	7	N	G	T
Y	V	~	P	Y	O	♀	TH
H	CH	♂	G	3	U	Z	Y
Z	K	♂	H	5	R	A	J
L	D	♂	L	~	S	Z	Z
E							

Y ahora pasemos a otra cosa (¡por fin!). Ya conoces mi propensión al aburrimiento, y sospecho que me asustaste esta última tarea no tanto para recabar información como para tu propio entretenimiento, para ver si podías interesarme en otra cosa aparte de pasar artefactos de contrabando, recolectar armas extrañas a hurtadillas y dibujar en esos cuadernos de bocetos secretos por los que no dejas de regañarme desde que los descubriste. (Y que conste que también me gusta aprender palabrotas en otros idiomas, para que lo sepas. No soy una persona inulta del todo.)

Lamento informar de que tu astuto plan para llevarme a la erudición podría haber funcionado, por desgracia. Pues, aunque espero no regresar jamás al Gremio de Calígrafos, sé que he descubierto algo intrigante.

Los instructores del gremio, sobre todo la autoproclamada caligrecartógrafo Isaak Shulin, nos han dicho repetidas veces que es inútil separar los fonemas de los antiguos glifos. A mí nadie me dice lo que no debo hacer (salvo tú, aunque no siempre te haga caso), de modo que separar glifos antiguos es precisamente lo que hice, disecándolos como pequeños proyectos de biología. Mi rebelión dio escaso resultado hasta que sonaqueé algo al antiguo glifo que significa "Roshar", que curiosamente se parece mucho al viejo símbolo de los Caballeros Radicantes. Sin embargo, los fonemas del glifo no dicen "Roshar". Separándolo en sus componentes, esto es lo que se obtiene:

• Glifo de "Roshar"



Glifo de "luz tormentosa" o "zoradorah", aunque los fonemas dicen "tavodorah" o "luz de Tawast", empleando el nombre aleci de Tanavast.



Glifo desconocido, pero se lee "zoradorah" o "luz de Koraner", en evidente referencia a Koravelium Avast. Aquella Que Trae los Rayos al Alba.



Glifo desconocido, pero se lee "rasadarah" o "luz de Rasar". Dado que Rasar es un nombre aleci de Rayce, sospecho que volveremos a ver este glifo.

Pero cabe mencionar que también disecé el glifo que significa "amor" y descubrí los fonemas principales de "cremlino amistoso", así que podría estar viendo sombras en la bruma, como suelde decirse, a menos que estemos buscando un nuevo nombre para nuestra pequeña organización.

Siguiente página: Maldecir como un Comecuernos. ¡O's'kald'laa'!

A QUÉ AMO SEGUIR



OCHO AÑOS ANTES

Venli podía oír ritmos nuevos. Intentaba ocultarlo armonizando a los ritmos viejos y aburridos cuando estaba acompañada. Qué difícil era. Los ritmos nuevos eran su majestuosidad, la prueba de que era especial. Quería gritarlos, alardear de ellos.

Silencio, dijo Ulim desde su gema corazón. Silencio por ahora, Venli. Ya habrá tiempo para disfrutar del Ritmo de la Alabanza.

Venli armonizó a Júbilo, pero no lo canturreó mientras recorría la sala donde trabajaban sus estudiosos. Ulim le había dado pistas para encontrar otra forma, la forma diestra. No había querido explicarle el proceso exacto aún, así que Venli había reunido a aquellos investigadores y los había puesto a estudiar.

Más adelante, pretendía utilizarlos como excusa para revelar descubrimientos más importantes. Como los que le había prometido Ulim. Formas más grandiosas que aquellas. Poder.

Eres especial, susurró Ulim mientras Venli se acercaba a un par de eruditas que intentaban atrapar un vientospren que había entrado volando para juguetear con ellas. Pude sentirte desde muy lejos, Venli. Te ha escogido nuestro dios, el verdadero dios de todos los cantores. Me envió para explicarte lo maravillosa que eres.

Las palabras la reconfortaban. Sí. Exacto, Venli llevaría formas de poder. Pero... ¿al principio no las había querido... para su madre? ¿El objetivo no era ese?

Serás grandiosa, dijo Ulim dentro de su gema corazón. *Todos reconocerán tu majestuosidad.*

—Pues quiero la forma diestra pronto —susurró a Ulim mientras salía de la cámara—. Ya ha pasado demasiado tiempo desde la forma de guerra. Mi hermana y sus aduladores se pasean por las ciudades exhibiéndose como héroes.

Que lo hagan. Esos son tus soldados rasos, a los que enviaremos a morir combatiendo a los humanos cuando nuestro plan se complete. Debería costarte un tiempo «encontrar» la forma diestra. Sería demasiado sospechoso que hallaras otra tan pronto.

Venli se cruzó de brazos, escuchando cómo la alababa el nuevo ritmo. La ciudad bullía de actividad, con miles de oyentes de una docena de familias. Eshonai y los demás habían dado grandes pasos hacia una auténtica unidad, y los ancianos de las distintas familias ya se hablaban entre ellos.

¿Quién se llevaría la gloria de eso? Venli había orquestado aquella inmensa convergencia, pero a ella nadie le hacía ningún caso.

Quizá debería haber adoptado la forma de guerra. Ulim la había animado a ser de los primeros en hacerlo, pero Venli había dudado. No era que tuviera miedo, no, pero había supuesto que podría manipular mejor sin tomar esa forma.

Había sido un error, y allí tenía la recompensa, en que Eshonai se quedara con todo el mérito. La próxima vez, Venli lo haría en persona.

—Ulim —susurró—, ¿cuándo estarán preparados los vacíospren?

No estoy seguro, respondió él. *Este estúpido Heraldo aún se mantiene fuerte después de tantos años. Tendremos que resolverlo de otra manera.*

—La tormenta nueva —susurró Venli.

Sí. Lleva siglos acumulándose en Shadessmar. Tendremos que enviar a nuestros agentes lo bastante cerca de ella en este lado, a un lugar en el océano, ojo, para que puedan usar gemas y traer aquí a mis hermanos y hermanas. Luego esas gemas habrá que transportarlas hasta aquí. No sabes el incordio que es todo esto.

—Me hago una idea bastante buena a estas alturas —dijo ella a Mofa—. No paras de hablar del asunto.

Eh, tú eres la única con la que puedo hablar. Y me gusta hacerlo, así

que...

—Forma diestra. ¿Cuándo?

Tenemos problemas más importantes. Tu pueblo no está preparado para aceptar las formas de poder. En absoluto. Son demasiado cohibidos, de largo. Y su forma de luchar...

—¿Qué tiene de malo nuestra forma de luchar? —preguntó Venli a Arrogancia—. Nuestros guerreros son poderosos e intimidatorios.

¡Por favor!, replicó Ulim. Los humanos han recordado cómo hacer buen acero todos estos siglos, y hasta han descubierto cosas que nosotros no sabíamos. Mientras tanto, tu gente se arroja lanzas como unos primitivos. Gritan y bailan más que luchar. Es una vergüenza.

—A lo mejor deberías haber ido con los humanos, pues.

No seas cría, dijo Ulim. Tienes que saber a qué te enfrentas. Imagínate a cien mil hombres en brillante armadura, moviéndose en bloques coordinados, alzando una muralla de escudos trabados entre ellos, que solo dejan huecos para las lanzas que hendirán tu carne.

Imagina a miles y miles de arqueros disparando andanadas de flechas que caen como una lluvia mortífera. Imagínate a hombres a caballo cargando, trueno sin relámpago, arrollando a quienquiera que esté en su camino. ¿Crees que puedes enfrentarte a eso con cuatro alardes semicoherentes?

La confianza de Venli flaqueó. Miró hacia las Llanuras Quebradas, donde sus tropas en forma de guerra entrenaban en una meseta cercana. Venli había favorecido que lo hicieran, a sugerencia de Ulim. El spren sabía mucho de manipular a la gente; con su ayuda, Venli podía lograr que los demás hicieran casi cualquier cosa.

Una parte de ella pensó que eso debería preocuparla. Pero cuando intentaba pensar en esos términos, la mente se le emborronaba. Y terminaba regresando a lo que hubiera estado pensando antes.

—Eshonai cree que los humanos exageran sobre la cantidad de ciudades que tienen —dijo—. Pero si son docenas como nos dijeron, entonces más o menos estamos igualados en número. Si conseguimos que todas las familias nos escuchen.

¿Más o menos igualados?, dijo Ulim, y se echó a reír. Era un sonido ultrajante, turbulento. Hizo vibrar la gema corazón de Venli. ¿Vosotros y ellos? ¿Igualados? Ay, bendita zopenca.

Venli se descubrió armonizando a Agonía. No le gustaba nada cómo la hacía sentir Ulim a veces. Le susurraba lo estupenda que era, pero luego

profundizaban en alguna conversación y el spren hablaba con más libertad. Con más desprecio.

—Bueno —dijo—, a lo mejor no tenemos que combatirlos. Podríamos encontrar otra manera.

Niña, en eso no vas a tener elección, replicó Ulim. *Ya se asegurarán ellos de que no la tengas. ¿Sabes lo que han hecho a todos los demás cantores del mundo? Son esclavos.*

—Sí —dijo Venli—. Lo que demuestra que mis antepasados hicieron bien en marcharse.

Ya... No digas esas cosas delante de mis amigos, por favor, respondió Ulim. *Me harías quedar mal. Tus antepasados fueron unos traidores. Y hagas lo que hagas, los humanos van a hacerlos pelear. Créeme. Es lo que hacen siempre.*

El pequeño paraíso primitivo que tenéis aquí está condenado. Lo mejor que podéis hacer es entrenar a soldados, practicar a usar el terreno en vuestro favor y prepararos para obtener unas formas como deben ser. No podréis elegir ser libres, Venli. Solo a qué amo seguir.

Venli se apartó de la muralla y empezó a cruzar la ciudad. Había algo erróneo en Ulim. En ella. En la manera en que había pasado a pensar...

No tienes ni idea del poder que te espera, Venli, dijo Ulim al Ritmo del Ansia. *En los tiempos antiguos, las formas de poder se reservaban para los individuos más especiales. Los más valiosos. Eran fuertes, capaces de proezas asombrosas.*

—Entonces, ¿cómo pudimos perder? —preguntó ella.

Bah, fue pura chiripa. No pudimos doblegar al último Heraldo y los humanos se las ingenaron para endosarle el Juramento entero a él. Así que nos quedamos atrapados en Braize. Después de un tiempo, los Deshechos decidieron empezar una guerra sin nosotros. Resultó ser una estupidez suprema. En el pasado era Odium quien concedía las formas de poder, pero Ba-Ado-Mishram pensó que podría hacerlo ella. Acabó entregando formas de poder con la misma facilidad con que los Fusionados se dan títulos entre ellos, Conectándose a sí misma con toda la especie cantora. Se convirtió en una pequeña diosa. Demasiado pequeña.

—No... no lo entiendo.

Ya suponía que no. En pocas palabras, todo el mundo dependía demasiado de una spren venida a más. El problema es que los spren pueden quedarse atrapados en gemas, y los humanos se dieron cuenta de eso. ¿El resultado?

Que Ba-Ado-Mishram acabó en una cárcel apretada de verdad y las almas de todo el mundo se quedaron hechas un lío de los gordos.

Hará falta algo grande para restaurar las mentes de los cantores a lo largo y ancho del mundo. Así que vamos a cavar la bomba, por así decirlo, con tu pueblo. Los pondremos en forma tormenta y traeremos aquí la tormenta grandota desde Shadescmar. Odium cree que funcionará y, teniendo en cuenta que es todo menos un dios pequeño, vamos a hacer lo que él dice. Es mejor que la alternativa, que en general suele implicar mucho dolor y algún desmembramiento jugoso.

Venli saludó con la cabeza a unos oyentes que pasaban. Miembros de otra familia, a juzgar por los colores de las cintas de sus trenzas y los tipos de gema que los hombres llevaban troceadas en las barbas. Venli se aplicó en canturrear uno de los ritmos viejos y débiles para que lo oyieran, pero aquellos recién llegados casi ni se dignaron a mirarla, a pesar de su importancia.

Paciencia, dijo Ulim. Cuando se produzca el Retorno, se te proclamará como quien lo inició, y se te concederá todo lo que mereces como la más importante entre todos los oyentes.

—Dices que mis antepasados eran unos traidores —susurró Venli—. Pero nos necesitas. Si ellos no se hubieran separado, no nos tendrías para usarnos en tu plan. Deberías agradecer lo que hicieron.

Tuvieron suerte. No significa que no sean traidores.

—Puede que supieran lo que iba a hacer Ba-Ado-Mishram y decidieran armonizar a Sabiduría, no a Traición, con sus actos.

Venli conocía el nombre, por supuesto. Como guardiana de las canciones, sabía los nombres de los nueve Deshechos, que se contaban entre los dioses a los que su pueblo había jurado no seguir nunca más. Pero cuanto más hablaba con Ulim, menos estima guardaba a las canciones. Los antiguos oyentes habían memorizado las cosas que no debían. ¿Cómo podía ser que conservaran los nombres de los Deshechos pero olvidaran algo tan sencillo como el modo de adoptar la forma de trabajo?

En todo caso, ¿qué más da lo que hicieran tus antepasados?, dijo Ulim. Tenemos que preparar a tu gente para las formas de poder y luego hacer que invoquen la tormenta de Odium. Después de eso, las cosas ya rodarán solas.

—Eso podría ser más difícil de lo que crees, spren —replicó Venli a Mofa.

Calló al ver pasar otro grupo de oyentes. La ciudad estaba tan atestada en los últimos tiempos que costaba horrores encontrar un poco de paz para

pensar.

Formas de poder, Venli. La capacidad de remodelar el mundo. Una fuerza más allá de la que nunca hayas podido soñar con tener.

Venli metió las manos en los bolsillos de su túnica mientras llegaba al centro de la ciudad. No se había dado cuenta de estar caminando hacia allí, hacia el hogar de su familia. Entró y encontró a su madre deshaciendo una alfombra que había tejido. Jaxlim alzó la mirada hacia Venli y se sobresaltó.

—Solo soy yo —dijo Venli a Paz.

—Ha vuelto a salirme mal —dijo Jaxlim, acurrucada encima de su alfombra—. Me sale mal todas las veces...

Venli intentó armonizar a Indiferencia, un ritmo nuevo, pero no lo encontró. No allí, no con su madre. Así que se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, como había hecho de niña cuando aprendía las canciones.

—¿Madre? —dijo Venli a Alabanza—. Todo el mundo comete errores.

—¿Por qué ya no puede salirme nada bien?

—Madre, ¿puedes recitar la primera canción? —susurró Venli.

Jaxlim siguió deshaciendo la alfombra.

—La conoces —dijo Venli—. «Días que cantamos. Días que conocimos. Días de...»

—«Días de dolor —recitó Jaxlim, al Ritmo de los Recuerdos—. Días de pérdida. Días de gloria.»

Venli asintió mientras Jaxlim continuaba. Aquella canción era más bien una salmodia, la que había recitado su pueblo al abandonar la guerra. Al abandonar a sus dioses. Al marcharse por su cuenta.

Esto duele oírlo, comentó Ulim. Tu pueblo no tenía ni la más remota idea de lo que estaba haciendo.

Venli no le hizo caso y siguió escuchando, sintiendo el Ritmo de los Recuerdos. Sintiendo... que era ella misma. Todo aquello había sido para ayudar a su madre, ¿verdad? ¿Al principio?

«No —reconoció—. Eso es lo que te decías a ti misma. Pero quieres más. Siempre has querido más.»

Sabía que las formas cambiaban la manera de pensar de la gente. Pero ¿ella estaba en una nueva forma, en esos momentos? Ulim había sido bastante evasivo al explicárselo. Sin duda tenía un spren normal en su gema corazón para proporcionarle la forma de trabajo, pero Ulim estaba allí también apretujado. Y podía hablar con ella, hasta oír lo que estaba pensando.

Tú trajiste la forma de guerra a tu gente sin ayuda de nadie, susurró Ulim.

Cuando les concedas más formas, te venerarán. Te adorarán.

Venli quería ese respeto. Lo ansiaba como nada en el mundo. Pero se obligó a escuchar lo que habían hecho sus antepasados, los cuatrocientos que habían abandonado al resto, llevando la forma gris.

Los muy idiotas cayeron en la endogamia, claro, dijo Ulim. *No me extraña que...*

—Esa gente nos creó a nosotros —susurró ella. Su madre siguió cantando, al parecer sin haberse enterado de la interrupción—. No eran unos idiotas. Eran héroes. Su principal enseñanza, que se conserva en todo lo que hacemos, fue no permitir *nunca* que nuestros dioses volvieran a gobernarnos. Nunca adoptar formas de poder. Nunca servir a Odium.

Pues no lo sirváis, dijo Ulim. *Haced un trato con él. Tenéis algo que él necesita, así que podéis negociar desde una posición de poder. Tus antepasados eran gente de baja estofa; por eso querían marcharse. Si hubieran estado al mando, como lo estará tu pueblo, nunca se les habría pasado por la cabeza.*

Venli asintió. Pero en realidad eran otros argumentos los que la convencían más. Era cierto que habría guerra contra los humanos. Podía sentirlo en la forma en que sus soldados miraban las armas que tenía el pueblo de Venli. Habían esclavizado a aquellos parshmenios. Harían lo mismo con la gente de Venli.

¿Cómo procederemos?, preguntó Ulim.

Venli cerró los ojos, escuchando las palabras de su madre. Sus ancestros habían estado desesperados.

—Tendremos que estar igual de desesperados —susurró Venli—. Mi pueblo tendrá que comprender lo mismo que he comprendido yo: que ya no podemos seguir como antes.

Los humanos los destruirán.

—Sí. Ayúdame a demostrarlo.

Soy tu siervo en esto, dijo Ulim a Sumisión. *¿Qué propones?*

Venli escuchó. A Jaxlim se le quebró la voz y dejó de cantar. Había vuelto a olvidar la canción. La anciana se volvió y sollozó con suavidad.

A Venli se le partió el corazón.

—¿Tienes agentes entre los humanos, Ulim? —susurró Venli.

Los tenemos.

—¿Puedes comunicarte con ellos?

Tengo métodos para hacerlo.

—Que tus agentes influyan en quienes están en el palacio —dijo Venli—. Haced que los alezi nos inviten a visitarlos. El rey habló de eso antes de marcharse, así que ya se lo estaba planteando. Debemos llevar allí a nuestra gente para mostrarles lo poderosos que son los humanos. Debemos abrumar a mi pueblo con nuestra propia insignificancia.

Se levantó y fue a consolar a su madre.

Tenemos que asustarlos, Ulim, pensó Venli. Debemos hacer que canten a los Terrores hasta bien entrada la noche. Solo entonces escucharán nuestras promesas.

Así se hará, respondió él.

UN SÍMBOLO



Palabras.

Antes se me daban bien las palabras.

Antes se me daban bien muchas cosas.

Venli trató de armonizar al Ritmo de la Arrogancia mientras recorría los salones de Urithiru. Pero no dejaba de encontrar el Ritmo de la Ansiedad. Era difícil armonizar a una emoción que no sentía, y hacerlo le parecía una mentira peor que las que acostumbraba a contar. No una mentira a otros, ni a sí misma. Una mentira a Roshar.

Timbre latió tranquilizadora. Eran tiempos peligrosos, que requerían elecciones peligrosas.

—Eso se parece muchísimo a las cosas que me decía Ulim —susurró Venli.

Timbre latió de nuevo. La pequeña spren opinaba que Venli no debía cargar con la culpa de lo que había hecho, de que el vacíospren había manipulado su mente, sus emociones, sus objetivos.

Pero por muy sabia que fuese, Timbre se equivocaba en eso. Ulim había amplificado las ambiciones de Venli, su arrogancia, pero era ella quien le había entregado las herramientas con las que trabajar. Una parte de ella todavía sentía algunas de aquellas cosas. Aun peor: Ulim había salido de su gema corazón de vez en cuando durante aquellos tiempos, y aun así Venli había cumplido los planes, sin estar sometida a su influencia.

Quizá no tuviera *toda* la culpa de lo ocurrido. Pero había tomado parte voluntaria en ello. Tendría que hacer lo que pudiera para compensarlo. Así que mantuvo la cabeza alta y caminó como si fuese la dueña de la torre, seguida por Rlain, que cargaba con la enorme caja como si obedeciera sus órdenes. Era necesario que todos la vieran tratándolo como a un siervo. Con un poco de suerte, así sofocarían algunos rumores que corrían sobre ellos dos.

Rlain se acercó más a Venli cuando llegaron a una zona menos poblada de Urithiru.

—La torre sí que da una sensación más oscura, Venli —dijo Rlain al Ritmo de la Ansiedad, lo que no ayudó en nada al ánimo de Venli—. Desde la...

—Calla —lo interrumpió ella. Sabía lo que Rlain había estado a punto de decir: desde la pelea en el mercado.

A esas alturas la torre entera ya sabía que Kaladin Bendito por la Tormenta, Corredor del Viento y campeón, luchaba. Que sus poderes seguían funcionando. Los Fusionados se habían aplicado en difundir una historia distinta: que Kaladin había fingido sus poderes Radiantes con fabriales, que había muerto durante un cruel ataque a inocentes civiles cantores en el mercado.

Venli encontraba inverosímil la historia, y eso que solo conocía a Bendito por la Tormenta por su reputación. Dudaba que la propaganda fuese a engañar a muchos humanos. Si la responsable del mensaje hubiera sido Rabeniel, el relato habría sido más sutil. Por desgracia, la Dama de los Deseos pasaba casi todo el tiempo dedicada a sus investigaciones y había permitido que el Perseguidor se pusiera al mando.

Las tropas personales del Perseguidor dominaban la torre. Ya se había producido media docena de incidentes de cantores apaleando a humanos hasta casi matarlos. Aquel lugar era un caldero a punto de hervir, esperando ese poquito de combustible adicional que lo hiciera rebosar. Venli tenía que estar preparada para sacar de allí a los suyos cuando eso ocurriera. Con un poco de suerte, el cajón que cargaba Rlain ayudaría con eso.

Cabeza alta. Canturrear a Arrogancia. Caminar despacio pero con aplomo.

Cuando llegaron a la enfermería de los Radiantes, los nervios de Venli estaban tan crispados que podría haber tocado un ritmo rasgándolos. Después de que entrara Rlain, cerró la puerta que habían hecho instalar hacía poco a unos trabajadores humanos y por fin armonizó a Alegría.

En el interior, el cirujano humano y su esposa atendían a los Radiantes comatosos. Lo hacían mucho mejor que el personal de Venli: el cirujano

sabía cómo minimizar la formación de llagas en los cuerpos humanos y cómo detectar las señales de deshidratación.

Cuando entraron Venli y Rlain, Hesina, la esposa del cirujano, corrió hacia ellos.

—¿Los traes? —preguntó a Rlain, ayudándolo con la enorme caja.

—Qué va, esto es mi colada —dijo él a Diversión—. He pensado que, como Venli es tan poderosa e importante, a lo mejor conseguía que alguien la hiciera por mí.

¿Estaba bromeando? ¿En esos momentos? ¿Cómo podía estar tan tranquilo? Si los descubrían, significaría la ejecución de todos ellos... o algo peor.

La mujer humana se echó a reír. Llevaron la caja hasta el fondo de la sala, lejos de la puerta. El hijo de Hesina dejó los cordones de zapatos con los que había estado jugando y se acercó con paso inestable. Rlain le revolvió el pelo y luego abrió el cajón. Sacó los papeles que había puesto encima para despistar, revelando los estuches de planos.

Hesina soltó aire en una aproximación humana al Ritmo del Asombro.

—Cuando Kal y yo nos sepáramos —explicó Rlain—, después de que la reina se rindiera, me di cuenta de que podía ir donde quisiera en la torre. Mezclé un poco de ceniza negra con agua para taparme el tatuaje, disimulándolo con mi pauta. Los humanos estabais recluidos, así que mientras diese la impresión de estar ocupado en algo importante, los cantores me dejaban en paz.

»Entonces me dije: “¿Qué es lo mejor que puedo hacer para socavar la ocupación?”. Supuse que tenía un día como mucho antes de que los cantores se organizaran y la gente empezase a preguntarme quién era. Pensé en sabotear los pozos, pero pensé que eso perjudicaría a demasiados inocentes. Me conformé con esto.

Pasó la mano por encima de los tubos que llenaban la gran caja. Hesina sacó uno y desenrolló el plano que contenía. Representaba la trigésima sexta planta de la torre, cartografiada hasta el más mínimo detalle.

—Por lo que tengo entendido —dijo Rlain—, en los puestos de guardia y los despachos de los maestros de sirvientes solo hay planos de los pisos bajos. Los planos de los niveles superiores se guardaban en dos sitios: en la cámara de información de la reina y en la sala de mapas. Pasé por la sala de mapas y la encontré incendiada, supongo que por orden de la reina. La cámara estaba en la planta baja, donde no podrían haber llegado sus tropas,

así que imaginé que era posible que estuviera intacta.

Rlain hizo un encogimiento de hombros humano.

—Es increíble lo fácil que fue entrar —prosiguió a Resolución—. Habían matado o expulsado a los guardias humanos, pero los cantores aún no sabían lo valioso que era ese lugar. Pasé caminando sin más por un punto de control, metí todo lo que pude en un saco y me fui de allí. Les dije que pertenecía a un equipo que estaba recogiendo toda forma de escritura humana.

—Fuiste valiente —dijo Lirin el cirujano, que había llegado y estaba cruzándose de brazos—. Pero no sé lo útiles que van a ser, Rlain. No creo que haya mucho que les interese en los pisos superiores.

—Podría ayudar a Kaladin a seguir escondido —respondió Rlain.

—Tal vez —dijo Lirin—. Pero temo que hayas hecho un gran esfuerzo y corrido un gran peligro para lograr lo que podría suponer solo un leve inconveniente para la ocupación.

Ese hombre era un pragmático, actitud que Venli aprobaba. Ella, en cambio, estaba interesada en otros asuntos.

—El complejo de túneles —dijo—. ¿Hay algún plano de los túneles que discurren bajo la torre?

Rlain hurgó un momento entre los estuches y sacó un mapa.

—Aquí está. ¿Para qué lo quieres?

Venli lo aceptó con reverencia.

—Es una de las escasas rutas de huida, Rlain. Yo vine por esos túneles y son todo un laberinto. Rabeniel conocía el camino, pero dudo que yo pudiera sacarnos por mi cuenta. En cambio, con esto...

—¿El enemigo no derrumbó esos túneles? —preguntó Lirin.

—Sí —respondió Venli—, pero quizá tenga una forma de resolverlo.

—Aunque la tengas —dijo Lirin—, tendríamos que cruzar la zona más protegida de la torre, el lugar donde los Fusionados están investigando los fabriales de Urithiru.

Sí, pero ¿Venli podría usar sus poderes para crear un túnel en la piedra? ¿Un túnel que rodeara al taller de Rabeniel y el escudo y llegara hasta las cavernas de abajo?

Quizá. Pero Venli seguía teniendo un problema más grave. Antes de que pudieran huir, tenía que asegurarse de que los Fusionados no los perseguirían. Escapar de la torre para morir a manos de un Celestial en las montañas no serviría de nada.

—Rlain —dijo Hesina—, los planos son una maravilla. Has hecho más de

lo que nadie podría esperar de ti.

—A lo mejor esto no habría sido todo, si no la hubiera fastidiado —dijo Rlain a Reconciliación—. Me pararon en el pasillo y me pidieron el nombre del Fusionado a cuyas órdenes estaba. Tendría que haberme hecho el tonto en vez de darles un nombre que había oído antes. Resulta que esa Fusionada no tiene personal. Es una de los perdidos.

—Podrías haberte encerrado en una celda cuando la torre cayó —dijo Lirin—, y fingir que eras un prisionero. Así, los Fusionados te habrían liberado y nadie sospecharía nada.

—Todos los humanos de la torre saben quién soy, Lirin —repuso Rlain—. El parshendi «domesticado» de tu hijo. Si hubiera hecho esa jugada, al final los cantores me habrían descubierto y habría terminado en una celda de verdad. —Volvió a encogerse de hombros—. Pero terminé en una de todos modos.

Lirin y Hesina empezaron a mirar los planos del cajón mientras Rlain charlaba con ellos. Parecía que le caían bien aquellos humanos, y se lo veía más cómodo con ellos que con Venli. Pero era más que eso. La forma en que usaba gestos humanos para exagerar sus emociones, la forma en que los ritmos eran solo un acento sutil para sus palabras, más que su fuerza impulsora, resultaba un poco... penosa.

Lirin regresó a su trabajo cuidando de los humanos inconscientes. Venli se acercó a él paseando, armonizada a Curiosidad.

—No te gusta lo que están haciendo —dijo, señalando con la cabeza hacia los otros dos.

—Estoy indeciso —respondió Lirin—. El instinto me dice que robar unos pocos planos no hará daño a los invasores. Pero tal vez, si entregáramos los planos diciendo que los hemos encontrado en una sala olvidada, es muy posible que nos ganara buena voluntad entre los Fusionados. Quizá demostraría que Hesina y yo no somos unos alborotadores y podríamos dejar de escondernos.

—No es estar escondidos lo que os protege —dijo Venli—, sino el favor de la dama Leshwi. De no ser por él, el Perseguidor os mataría, hicierais lo que hicierais para demostrar vuestra valía. El Perseguidor sería capaz de matar a otros Fusionados, si creyera que eso le permitiría cumplir su tradición. Y los demás lo aplaudirían.

Lirin gruñó —una versión humana de Mofa, pensó Venli— mientras se arrodillaba junto a una Radiante y le levantaba los párpados para mirarle los

ojos.

—Es bueno saber que vuestro gobierno también tiene sus idioteces.

—De verdad no pretendes resistirte —dijo Venli a Asombro—. De verdad quieres vivir con la torre invadida.

—Yo me resisto controlando mi propia situación —replicó Lirin—. Y colaborando con quienes ostentan el poder, en vez de darles motivos para hacernos daño a mí y a los míos. Es una lección que aprendí con mucho dolor. Tráeme un poco de agua.

Venli estaba ya a medio camino cuando se dio cuenta de que estaba obedeciendo a Lirin, a pesar de haber dicho al cirujano, y varias veces, que tenía que mostrarle más respeto. Qué hombre tan extraño. Tenía una actitud dominante y al mando, pero la utilizaba para reforzar su propia sumisión.

Timbre palpitó mientras Venli regresaba con el agua. Tenía que practicar más con sus poderes, sobre todo si iba a tener que abrir un túnel a lo largo de varios metros de roca para llegar a una salida. Venli cogió el plano de los túneles y se lo dio a Jial, una mujer en leal a ella. Jial lo dobló y se lo guardó en el bolsillo mientras alguien llamaba a la puerta.

Venli lanzó una mirada a Rlain y Hesina, pero parecían haberlo oído también, porque cubrieron el cajón de los planos. En opinión de Venli seguía pareciendo sospechoso, pero fue a la puerta de todos modos. Los Fusionados no habrían llamado.

Por tanto, abrió la puerta y dejó entrar a un grupo de humanos que llevaban jarros de agua colgados de varas que cargaban a hombros. Seis trabajadores, los mismos de siempre. Lo cual era bueno porque, aunque Venli tenía permiso de Rabeniel para llevar allí a un cirujano humano que cuidara de los Radiantes caídos, había mentido al decirle que había ido a la clínica del mercado para reclutarlo.

Tarde o temprano alguien terminaría reconociendo a Lirin y Hesina, pero era mejor limitar su exposición a tan poca gente como fuese posible. Los aguadores vaciaron su carga en los grandes abrevaderos que había en la estancia y se pusieron a ayudar a dar de beber a los pacientes, como cada día. Era necesario un trabajo casi continuo para mantener alimentadas con caldo y agua a tantas personas inconscientes.

Venli comprobó el tiempo con el Ritmo de la Paz. Pronto tendría que ir con Rabeniel para hacerle de traductora: había unos libros en thayleño que la Dama de los Deseos quería que Venli le leyera.

«Le trae todo sin cuidado excepto su investigación —pensó Venli—. ¿Qué

podría ser tan importante?»

—Eh, tú —dijo Lirin—. ¿Qué es eso que llevas en la cabeza?

Venli se volvió para encontrar al cirujano enfrentado a uno de los aguadores. Lirin apartó el pelo de la frente del hombre y señaló. Venli canturreó a Irritación. El cirujano solía ser un hombre tranquilo, pero de vez en cuando algo lo enfurecía. Venli se acercó deprisa para calmar la situación y vio que el aguador, un hombre de corta estatura con demasiado pelo en el cuerpo, se había pintado la frente con algún tipo de tinta.

—¿Qué es eso? —preguntó Venli.

—Nada, brillante —dijo el hombre, soltándose de Lirin—. Solo un pequeño recordatorio.

El hombre siguió adelante, pero otra aguadora llevaba una marca similar en la frente.

—Es un glifo *shash* —dijo Lirin. En el momento en que Venli supo que era escritura, sus poderes la interpretaron.

—¿«Peligroso»? ¿Por qué creen que son peligrosos?

—No lo creen —respondió Lirin, mostrando sus emociones alteradas en el rostro—. Son unos necios. El cirujano se volvió, pero Venli lo cogió por el brazo y canturreó a Ansia. Cosa que, por supuesto, él no comprendió. Así que preguntó:

—¿Qué significa?

—Es la marca que lleva... Kaladin Bendito por la Tormenta en la frente. Ah...

—Kaladin les da esperanza.

—Esa esperanza hará que los maten —dijo Lirin, bajando la voz—. Esa no es la manera de luchar, no con la brutalidad que están empezando a aplicar los regios en la torre. Mi hijo podría haberse hecho matar resistiéndose a ellos. Los Heraldos quieran que no sea cierto, pero en todo caso su ejemplo seguro que traerá problemas. A algunos de estos se les podría ocurrir la espantosa idea de seguir su ejemplo, y eso provocará una masacre sin remedio.

—Puede —dijo Venli, soltándolo. Timbre latió a un ritmo que Venli no identificaba, pero resonó en su mente. ¿Cuál era? Juraría que nunca lo había oído antes—. O puede que solo necesiten algo para poder seguir adelante, cirujano. Un símbolo en el que confiar cuando no puedan confiar en sus propios corazones.

El cirujano negó con la cabeza, dio la espalda a los aguadores y se

concentró en sus pacientes.



EL PASO INTERMEDIO



Hubo un tiempo en el que los demás acudían a mí para que los ayudara a resolver algún problema. Un tiempo en el que yo era una persona decidida. Capaz. Incluso experta.

Hacía un día cristalino en Shadessmar cuando Adolin, escoltado como siempre por dos soldados honorspren, subió al muro de Integridad Duradera. Durante las semanas que llevaba encarcelado en la fortaleza, había descubierto que, aunque no lo pareciera, en Shadessmar se producían cambios meteorológicos. Solo que no eran del mismo tipo que en el Reino Físico.

Cuando llegó a las almenas, vio un tenue centelleo en el aire. Solo era perceptible si se podía mirar en la lejanía. Una especie de neblina entre violeta y rosada. Cristalino, llamaban a aquello. En días como ese, las plantas de Shadessmar crecían tan deprisa que se notaba a simple vista.

Otros tipos de «tiempo» provocaban que los spren se sintieran vigorizados o sombríos, o que algunos tipos de spren más pequeños estuvieran más agitados. Nunca tenía nada que ver con la temperatura o las precipitaciones.

Desde lo alto de la pared, Adolin de verdad podía hacerse una idea del tamaño de la fortaleza. Integridad Duradera era gigantesca, con más de cien metros de altura. También estaba hueca y no tenía techo. Era una estructura rectangular apoyada en la cara más pequeña, y sus cuatro muros eran verticales por completo y sin ventanas. Ninguna ciudad humana podría

haberse construido jamás de esa manera: hasta Urihiru necesitaba espacios abiertos en la base y ventanas para evitar que la gente enloqueciera.

Pero Integridad Duradera no obedecía las leyes de la naturaleza habituales. Se podía andar por el interior de las paredes. De hecho, para llegar allí arriba, Adolin había paseado en vertical por dentro del muro de la fortaleza. Su cuerpo había creído que andaba por el suelo. Sin embargo, al final del recorrido había llegado a las almenas. Subir a ellas había requerido dar un paso adelante más allá de lo que parecía el final del suelo.

Al hacerlo, la gravedad había atrapado su pie y había impulsado a Adolin a la parte superior, de forma que estaba de pie en la misma cima de la fortaleza. Tuvo vértigo al mirar hacia abajo por una pared que un momento antes había considerado el suelo. Y alcanzaba a ver el suelo real más de cien metros por debajo.

Pensar en eso le dio dolor de cabeza. Así que optó por mirar el paisaje hacia delante. Y la vista... la vista era espectacular. Desde Integridad Duradera se contemplaba un mar de cuentas revueltas, iluminadas por un frío sol que las hacía titilar y chispear, un océano entero de estrellas capturadas. Unas enormes olas recorrían la ensenada y rompían en estrepitosas cascadas de cuentas que caían rodando.

Era hipnótico, y más interesante aún por las luces congregadas que se movían no muy lejos. Tukar y sus habitantes, reflejados en el Reino Cognitivo.

La otra dirección también tenía sus encantos, aunque fuesen menos espectaculares. La costa rocosa de obsidiana dejaba paso a crecientes bosques de cristal, con vidaspren flotando entre los árboles. Allí los vidaspren eran más grandes, aunque aún lo bastante pequeños para que Adolin no hubiera podido verlos de no ser por el intenso brillo verde que emanaba de ellos.

Esas luces eran intermitentes, un comportamiento que parecía exclusivo de aquella región de Shadessmar. Mirándolas, Adolin habría podido jurar que tenían una cierta coordinación en el resplandor. Parpadeaban en oleadas, sincronizadas. Como con una cadencia.

Adolin se permitió contemplarlo todo durante un rato. Pero no había ido hasta allí por las vistas. No del todo. Cuando se hubo empapado de la belleza del paisaje, recorrió con la mirada la costa cercana.

Su campamento seguía en su sitio, resguardado a un breve paseo de distancia en las tierras altas, más cerca de los árboles. Godeke, Felt y Malli esperaban allí el resultado del juicio de Adolin. Después de persuadirlos un

tiempo, los honorspren habían dejado entrar a Godeke y le habían dado un poco de luz tormentosa para que curase la herida de Adolin. Los honorspren habían expulsado de nuevo a Godeke poco después, pero permitían que Adolin se comunicara con su equipo por medio de cartas.

Los demás habían intercambiado varias espadas de Adolin, con su permiso, por más comida y agua a una caravana de alcanzadores. Las armas no manifestadas eran muy valiosas en Shadessmar. La Tocón, Zu y los demás soldados de Adolin habían partido para informar a su padre. Aunque al principio Adolin había previsto un final de su encierro rápido y dramático, los honorspren no habían querido juzgarlo de inmediato. Adolin debería haber caído en que los punitivos spren querrían tiempo para prepararse.

Aunque algunos aspectos de la espera eran frustrantes, el retraso le convenía. Cuanto más tiempo pasase entre los honorspren, más posibilidades tendría de convencerlos. O esa era la teoría. De momento, los spren de aquella fortaleza parecían más o menos tan sugestionables como rocas.

Había otra extrañeza visible desde aquellas alturas. En la costa cercana estaba congregándose un grupo muy poco habitual de spren. Había empezado hacía unas dos semanas con unos pocos individuos dispersos, pero eran más a cada día que pasaba. Llegados a aquel punto, debía de haber unos doscientos. Se quedaban de pie en la costa a todas horas del día, sin moverse, sin hablar.

Ojomuertos.

—Tormentas —dijo Vaiu—, hay muchísimos.

Vaiu era el carcelero principal de Adolin para las excursiones como esa. Era un honorspren de corta estatura con barba completa, cuadrada como la de un fervoroso. Al contrario que muchos otros, a Vaiu le gustaba ir por ahí a pecho descubierto, llevando solo una falda de estilo antiguo que recordaba un poco a una takama alezi. La lanza con aletas que empuñaba completaba su aspecto de Heraldo retratado en algún cuadro antiguo.

—¿Qué ha pasado con los que dejasteis entrar? —preguntó Adolin.

—Los pusimos con los otros —dijo Vaiu—. Todo en ellos parece normal, para ser ojomuertos. Pero ya no tenemos espacio para más. No esperábamos...

Negó con la cabeza. No había luces de almas cerca de aquellos ojomuertos, por lo que no se trataba de una congregación de portadores de esquirlada en el Reino Físico. Los ojomuertos se movían por iniciativa propia, emergiendo de las profundidades para quedarse allí fuera. Silenciosos. Observando.

La fortaleza tenía alojamientos para ojomuertos. Aunque Adolin tenía poco

aprecio por aquellos honorspren y su tozudez, debía reconocer que había auténtico honor en su forma de tratar a los spren caídos. Los honorspren se habían dedicado a encontrar y cuidar de tantos como podían. Aunque habían llevado a Maya con los demás ojomuertos, dejaban que Adolin fuese a visitarla cada mañana para hacer sus ejercicios juntos. Aunque Maya no tenía permitido moverse a su antojo por la fortaleza, la trataban bastante bien.

Pero ¿qué iban a hacer con tantos? Los honorspren habían hecho entrar al primer grupo, pero, a medida que iban llegando más y más ojomuertos, la fortaleza les había cerrado sus puertas a regañadientes.

—No tiene ningún sentido —dijo Vaiu—. Deberían estar todos vagando por los océanos, no congregándose aquí. ¿Qué provoca este comportamiento?

—¿Alguien ha probado a preguntárselo?

—Los ojomuertos no pueden hablar.

Adolin se inclinó hacia delante. Alrededor de sus manos en el parapeto empezó a crecer una pelusa de cristal rosado, la versión del musgo en Shadessmar, que se extendía por el día cristalino.

Estaban a demasiada distancia para que Adolin pudiera distinguir una cara de otra. Pero sí que se daba cuenta cuando alguno de ellos desaparecía convertido en niebla. Aquellos spren eran hojas esquirladas, centenares de ellas, más de las que Adolin había creído que existieran. Cuando sus propietarios las invocaban, sus cuerpos se evaporaban de Shadessmar. ¿Por qué estaban allí? En general los ojomuertos intentaban mantenerse cerca de sus propietarios, deambulando por el océano de cuentas.

—Está produciéndose una Conexión —dijo Vaiu—. Los ojomuertos no pueden pensar, pero siguen siendo spren, ligados a la redespíritu del mismo Roshar. Pueden sentir lo que está sucediendo en este fuerte: que por fin se impartirá justicia.

—Si es que puede llamarse justicia a castigar a un hombre por lo que hicieron sus antepasados —replicó Adolin.

—Tú eres quien sugirió este procedimiento, humano —dijo Vaiu—. Tú aceptaste cargar con sus pecados. Este juicio jamás podría compensar los miles de spren asesinados, pero los ojomuertos sienten lo que está pasando aquí.

Adolin miró a su otra guardia, Alvettaren. Llevaba peto de armadura y casco de acero, ambos creados a partir de su propia sustancia, por supuesto, y el pelo rapado muy corto. Como de costumbre, miraba hacia delante con los labios cerrados. Rara vez tenía algo que aportar a las conversaciones.

—Es la hora de la formación legal de hoy —dijo Vaiu—. Tienes poco tiempo antes de que regrese el juez supremo y empiece tu juicio. Será mejor que lo dediques a estudiar y no a mirar a los ojomuertos. Vámonos.

Velo empezaba a odiar de verdad aquella fortaleza. Integridad Duradera estaba construida como un tormentoso monolito, un estúpido ladrillo de edificio sin *ninguna ventana*. Era imposible sentirse otra cosa que atrapada dentro de aquellas paredes.

Pero eso no era lo peor de todo. Lo peor era que los honorospren no tenían ni el menor respeto por las leyes de la naturaleza. Velo abrió la puerta del pequeño edificio que compartía con Adolin y miró lo que parecía una calle normal y corriente. Delante de la puerta había un pavimento de piedra que pasaba ante varios otros pequeños edificios antes de terminar contra una pared.

Sin embargo, en el momento en que pisó la calle, su cerebro empezó a entrar en pánico. Había otra superficie lisa de piedra suspendida en el aire encima de ella, en lugar del cielo. Estaba atestada de sus propios edificios y llena de gente, sobre todo honorospren, caminando por sus calles. A su izquierda y a su derecha había otras dos superficies bastante similares.

El verdadero cielo se veía *detrás* de ella. Velo estaba recorriendo la superficie interior de una pared de aquella inmensa fortaleza. Saberlo le estrujaba la mente y la hacía temblar.

Shallan, pensó Velo, deberías estar dirigiendo tú. A ti te gustaría el aspecto de este sitio.

Shallan no respondió. Estaba acurrucada muy al fondo y se negaba aemerger. Desde el descubrimiento de que Patrón había estado mintiéndoles, probablemente desde hacía años, Shallan se había aislado cada vez más. Velo había podido persuadirla para que saliera de vez en cuando, pero las últimas veces había emergido con ella algo... peligroso. Algo a lo que llamaban Sinforma.

Velo no estaba segura de que fuese una personalidad nueva. Pero si no lo era, ¿estarían en una situación incluso peor?

Velo permitió que Radiante se pusiera al mando. A Radiante no la perturbaba tanto la extraña geometría y emprendió el camino sin sentir vértigo, aunque hasta ella tenía problemas a veces. Las peores partes eran las extrañas zonas intermedias en las esquinas entre los distintos planos, cuando había que pasar de una pared a otra. Los honorospren lo hacían sin ningún

problema, pero el estómago de Radiante daba saltos mortales en cada ocasión.

Shallan, pensó Radiante, tendrías que bosquejar este sitio. Deberíamos llevarnos dibujos de aquí cuando nos vayamos.

Nada.

A los honorsspren les gustaba medir el tiempo con exactitud, así que las campanas dijeron a Radiante que llegaba a tiempo mientras giraba para subir por la pared hacia el cielo, cruzándose con varios grupos de spren que se dedicaban a sus asuntos. Aquella pared de la fortaleza, el plano sur, era el más embellecido, con jardines de cien variedades distintas de plantas cristalinas.

Allí las fuentes fluían de algún modo con la única agua al aire libre que Radiante había visto en Shadessmar. Pasó junto a una fuente que soltaba poderosos chorros, y cuando alguno de ellos superaba los cuatro metros y medio de altura más o menos, el agua se separaba en la punta y caía hacia el verdadero suelo en vez de regresar al plano de la pared. Tormentas, aquel lugar no tenía ningún sentido.

Radiante se apartó de la fuente e intentó concentrarse en las personas con las que se cruzaba. No había esperado encontrar allí a nadie aparte de los honorsspren, teniendo en cuenta lo estricta que era la fortaleza, pero al parecer la actitud xenófoba se había instituido hacía solo un año. Cualquier otra gente que hubiera estado viviendo en la fortaleza por aquel entonces tenía permitido quedarse, aunque se les prohibiría la reentrada si se marchaban.

Eso significaba que las delegaciones diplomáticas de otras naciones spren, además de algunos comerciantes y vagabundos aleatorios, habían quedado eximidas del aislamiento de los honorsspren. Y lo más importante, que allí vivían diecisiete humanos.

Sin la guía de Shallan y dado que los honorsspren estaban tomándose su tiempo para preparar el juicio, Radiante y Velo habían llegado a un acuerdo. Buscarían a Restares, la persona que Mraize las había enviado a localizar. No emprenderían ninguna acción contra él a menos que pudieran hacer que Shallan decidiera, pero Radiante no ponía ningún reparo a encontrarlo. Ese hombre, el misterioso líder de los Hijos de Honor, era una clave de todo aquel rompecabezas, y además tenía mucha curiosidad por saber el motivo de que Mraize estuviera tan interesado en él.

Restares era, según Mraize, un varón humano. Radiante llevaba su descripción apuntada en el bolsillo, pero a ningún honorsspren al que Velo

hubiera preguntado le sonaba el nombre. Y por desgracia, la descripción era bastante poco precisa. Un humano bajito cuyo pelo iba clareando. Mraize decía que Restares era un tipo muy reservado y que lo más probable era que usara seudónimo y quizá un disfraz.

Se suponía que era una persona paranoica, lo cual tenía todo el sentido del mundo para Radiante. Restares lideraba un grupo que había favorecido el regreso de cantores y Fusionados. La llegada de la tormenta eterna había provocado la caída de un buen número de reinos, las muertes de miles de personas y la esclavitud de millones. Los Hijos de Honor eran más que censurables por buscar todo eso. No estaba nada claro que sus esfuerzos hubieran influido en el Retorno, pero Radiante comprendía que quisieran esconderse de todos modos.

Al llegar a la fortaleza, había pedido que le presentaran a los demás humanos que residían allí. Los honorspren habían respondido entregándole la lista completa de todos los humanos presentes en Integridad Duradera. Al no tener muchos lugares donde buscar, había imaginado que sería una tarea fácil. Y en efecto, al principio lo había sido. Radiante y Velo habían empezado por el grupo más numeroso, una caravana de comerciantes procedentes de un reino llamado Nalthis, situado en la oscuridad más allá de los límites del mapa. Velo había estado charlando con ellos largo y tendido y había descubierto que Celeste —que ya se había marchado de la fortaleza— también era oriunda de allí.

A Radiante le costaba conceptualizar que existieran reinos más allá del continente. ¿Viviría el pueblo de Celeste en las islas del océano?

No, pensó Velo. Estamos evitando la verdad, Radiante. Esto significa otra cosa. Es lo que nos dijo Mraize. Esa gente viene de otra tierra. De otro mundo.

A Radiante le daba vueltas la cabeza con solo pensarlo. Respiró hondo y aflojó el paso cerca de la pequeña arboleda en torno a la que habían construido el parque en el que estaba, compuesta por árboles reales del Reino Físico que mantenían vivos con luz tormentosa en vez de solar. Eran tan altos que cuando caían hojas de la copa, descendían hacia el suelo real a través del centro de la fortaleza.

Shallan, pensó Radiante. Podrías venir a hablar con personas de otros mundos. Esto nos supera a Velo y a mí.

Shallan se removió, pero, al hacerlo, la oscuridad despertó con ella. Se apresuró a retraerse.

Concentrémonos en la misión de hoy, Radiante, dijo Velo.

Radiante aceptó y obligó a Velo aemerger. Velo podía soportar la extraña geografía; tenía que hacerlo. Bajó la cabeza y siguió adelante. Ningún viajero de Nalthis se parecía a la descripción de Restares ni parecía probable que fuese él disfrazado. Los siguientes de su lista habían sido comecuernos. Por lo visto, había un clan de ellos viviendo en Shadessmar. Velo dudaba mucho que ninguno de ellos fuese Restares, pero había hablado con todos por si acaso.

Hecho eso, a Velo le habían quedado cinco personas. Cuatro resultaron ser vagabundos. Ninguno había estado muy dispuesto a hablar de su pasado, pero había ido conociéndolos a todos uno por uno a lo largo de las semanas. Después de conversar con cada uno de ellos, había ido informando a Mraize, que los había eliminado a todos como posibilidades.

Con lo que le quedaba un solo nombre en la lista. Esa persona era la más aislada de todas, pero era varón y las descripciones de él que habían hecho los honorospren indicaban que probablemente fuera su presa. Ese día por fin conseguiría echarle un vistazo. Una vez localizara al sujeto, podría llamar a Mraize, averiguar qué mensaje debía entregar a Restares y olvidarse por fin de aquella misión.

El objetivo se hacía llamar «Dieciséis». Al parecer, salía de su casa solo cada dieciséis días exactos, y esa regularidad divertía a los honorospren, que soportaban a aquel tipo raro por la novedad que suponía. Nadie sabía cómo podía sobrevivir sin comida, y no habían comentado a Velo que oliera muy mal ni nada por el estilo, aunque no parecía bañarse ni vaciar orinales nunca. Cuanto más averiguaba Velo sobre él, más convencida estaba de que aquel hombre misterioso era su objetivo.

Su casa era una pequeña caja construida cerca del jardín de las estatuas. Velo había cogido por costumbre visitar aquel jardín, donde intentaba convencer a Shallan de que saliera a dibujar. Funcionaba a veces, aunque Shallan solía retirarse al cabo de una media hora bosquejando.

Ese día Velo se acurrucó en un banco con el cuaderno de bocetos, envuelta en su abrigo, con los ojos oscurecidos por el sombrero. Era el día en que Dieciséis saldría de casa, suponiendo que se ciñera a su costumbre. Lo único que tenía que hacer era esperar y no resultar sospechosa.

Shallan, dijo Velo, abriendo el cuaderno. ¿Lo ves? Es hora de dibujar.

Shallan empezó aemerger. Por desgracia, un tenue zumbido la aterrorizó y Velo recobró el control de sopetón. Suspiró y, mirando hacia el lado, vio que

Patrón se acercaba caminando entre las estatuas, que según habían dicho a Velo eran de honorspren asesinados durante la Traición. Hombres y mujeres de alta y heroica compleción con ropa que, aunque estaba hecha de piedra, parecía ondinar al viento. Era curioso que las hubieran esculpido porque, al fin y al cabo, los individuos representados seguían por allí, aunque fuesen ojomuertos.

Patrón llegó bamboleándose hasta ella. Era fácil distinguirlo de otros crípticos porque tenía unos andares brioso, mientras los demás caminaban sigilosos o disimulados, más furtivos.

—Creía que hoy tenías que vigilar a los nalthianos —dijo Velo.

—¡Y eso hacia! —exclamó él, dejándose caer en el banco a su lado—. Pero Velo, no creo que ninguno sea Restares. No se parecen a él en nada. Ni siquiera se parecen a la gente de Roshar. ¿Por qué crees que Celeste tenía tanto aspecto de alezi, cuando los rasgos de estos son tan distintos?

—No sé —respondió Velo mientras fingía bosquejar—. Pero ese tal Restares podría estar usando algo parecido al tejido de luz. Necesito que los vigiles con atención.

—Lo siento —dijo Patrón, y su patrón se ralentizó como una planta marchitándose—. Echo de menos estar contigo.

Lo que pasa es que te preocupa perderte algo importante, traidor, pensó Shallan. *Y quieres una excusa para seguir espiándome*.

Velo suspiró de nuevo. Extendió el brazo y puso la mano sobre la de Patrón, que zumbó con suavidad.

Tenemos que encararnos con él, pensó Radiante. *Necesitamos saber por qué está mintiendo*.

Velo no estaba tan segura. Todo aquello estaba embrollándose mucho. Patrón, el pasado de Shallan, la misión que estaban realizando. Necesitaba que Shallan recordara. Eso resolvería muchas cosas.

Un momento, pensó Radiante. *Velo, ¿qué sabes? ¿Qué recuerdas tú que yo no puedo?*

—¿Velo? —dijo Patrón—. ¿Puedo hablar con Shallan?

—No puedo obligarla aemerger, Patrón —dijo Velo. Vientos tormentosos, qué cansada se notaba de repente—. Probaremos luego, si quieres. De momento, Dieciséis va a salir de esa casa en unos minutos. Tengo que estar preparada para interceptarlo de manera que pueda verle la cara pero él no sospeche de mí.

Patrón zumbó.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos en el barco? —preguntó en voz baja
—. ¿Con Jasnah? Mmm... Saltaste al agua. Se quedó conmocionada.

—No hay nada que conmocione a Jasnah.

—Eso lo hizo. Apenas me acuerdo; era muy nuevo en tu reino.

—Pero esa no fue la primera vez que nos conocimos —dijo Radiante,
irguiendo la espalda en el asiento—. Shallan ya había pronunciado
juramentos antes, al fin y al cabo. Tenía una hoja esquirlada.

—Sí.

De haber sido humano, la inmovilidad en la postura de Patrón se habría
descrito como antinatural. Manos entrelazadas, sentado muy recto. Su patrón
se movía, expandiéndose, contrayéndose, rotando sobre sí mismo. Como una
explosión.

—Creo —añadió al cabo de un tiempo— que hemos estado haciendo esto
mal, Radiante. Una vez intenté ayudar a Shallan a recordar, y eso fue
doloroso para ella. Demasiado doloroso. Así que empecé a pensar que era
bueno que no recordara. Y la verdad es que las mentiras eran deliciosas. No
hay nada mejor que una mentira con tanta verdad.

—Las lagunas de su pasado —dijo Radiante—. Shallan no quiere
recordarlas.

—No puede. Por lo menos, aún no.

—Cuando Shallan te invocó como hoja esquirlada y mató a su madre, ¿te
sorprendiste? —preguntó Radiante—. ¿Sabías que iba a hacer algo tan
drástico?

—Yo... no me acuerdo —dijo Patrón.

—¿Cómo puedes no acordarte? —insistió Radiante.

Él se quedó callado. Radiante frunció el ceño, recordando las mentiras en
las que lo había descubierto a lo largo de las últimas semanas.

—¿Por qué quisiste vincularte con un humano, Patrón? —se descubrió
preguntando Radiante—. Antes parecías muy convencido de que Shallan te
mataría. Y aun así, te vinculaste con ella. ¿Por qué?

Esa línea de preguntas es peligrosa, Radiante, le advirtió Velo. *Ten
cuidado*.

—Mmm... —dijo Patrón, y zumbó para sus adentros—. Por qué. Un
porqué tiene muchas respuestas. Tú quieres la más verídica, pero cualquier
verdad como esa es también una mentira, al fingir ser la única respuesta.

Ladeó la cabeza hacia la derecha y miró hacia el cielo, aunque, que
Radiante supiera, Patrón no «veía» hacia delante porque no tenía ojos.

Parecía sentirlo todo a su alrededor.

Ella miró en la misma dirección. En el cielo titilaban colores. Hacía un día cristalino.

—Los demás y tú os referís a Shadessmar como el mundo de los spren —dijo Patrón—, y al Reino Físico como vuestro mundo. O como el mundo real. Eso no es cierto. No somos dos mundos, sino uno. Y no somos dos pueblos, sino uno. Humanos. Spren. Dos mitades. Ninguna completa.

»Yo quería estar en el otro reino. Ver esa parte de nuestro mundo. Y sabía que se acercaba el peligro. Todos los spren podíamos sentirlo. El Juramento ya no estaba funcionando bien. Los vacíospren estaban colándose en Roshar, usando algún tipo de puerta trasera. Dos mitades no pueden combatir a ese enemigo. Teníamos que estar enteros.

—¿Y si Shallan te mataba?

—Mmm. Estaba segura de que lo harías. Pero los crípticos decidimos juntos que debíamos intentarlo. Y yo me presenté voluntario. Pensé que, aunque muriera, daría el paso que necesitaban los otros spren. No se puede llegar a una demostración sin dar muchos pasos intermedios, Shallan. Yo iba a ser el paso intermedio. —Se volvió hacia ella—. Ya no creo que vayas a matarme. O quizás ya no deseas creer que vayas a matarme. Ja, ja.

Radiante quería creerlo. Quería saber.

Esto nos traerá dolor, advirtió Velo.

—¿Puedo confiar en ti, Patrón? —preguntó Radiante.

—La respuesta será una mentira —dijo él—. No puedo ver el futuro como nuestro amigo Renarin. Ja, ja.

—Patrón, ¿nos has mentido?

Su patrón se marchitó.

—Sí.

Radiante respiró hondo.

—¿Y nos has estado espiando? ¿Has estado usando en secreto el cubo que nos dio Mraize?

—Lo siento, Radiante —dijo él con suavidad—. No se me ocurrió otra manera.

—Por favor, responde a las preguntas.

—Lo he hecho —dijo él, y su patrón se volvió incluso más pequeño.

Ahí lo tenemos, pensó Radiante. *¿Tan difícil era? Tendríamos que habérselo preguntado desde el principio*, Velo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que, muy al fondo, Shallan estaba

agitada. Retorciéndose sobre sí misma, temblando, colérica, alternando entre el terror y la ira.

Eso... no parecía bueno.

El patrón de Patrón se arremolinó pequeño y apretado.

—Intento ser digno de confianza. Eso no es mentira. Pero he traído a una persona para que Shallan la conozca. Creo que es importante.

Se levantó con un movimiento fluido e inhumano y señaló detrás de él con una mano de largos dedos. Radiante frunció el ceño y miró hacia atrás. Las hojas de los árboles más arriba en el plano flotaban perezosas por el hueco central. Había un tenue centelleo en el aire y un pequeño árbol de cristal empezó a crecer en miniatura sobre el banco, al lado de su mano.

De pie cerca de una estatua, detrás de ellos, había una figura oscura vestida con una túnica rígida. Era como la de Patrón pero más polvorienta. Y su cabeza estaba atrapada en la sombra. Retorcida e inadecuada.

Condenación, pensó Velo.

Shallan emergió. Aferró a Radiante, la arrojó a algún lugar oscuro y pequeño y cerró de un portazo.

Shallan..., pensó Velo, y su voz se arrugó. Debería mantenerse aislada. En el pasado no habían hablado entre ellas de ese modo. Se habían limitado a turnarse para ostentar el control, según fuese necesario.

Shallan estaba al mando. Las otras dos se convirtieron en susurros.

—No —dijo a Patrón—. No vamos a hacer esto.

—Pero... —empezó él.

—No —dijo Shallan—. No quiero nada de ti, Patrón. Eres un traidor y un mentiroso. Has traicionado mi confianza.

Patrón se marchitó y se dejó caer en el banco. Shallan vio movimiento con el rabillo del ojo y se volvió, con el corazón atronando en los oídos. El pequeño edificio que había ido a vigilar, el hogar de Dieciséis, se había abierto y una figura furtiva había salido de él. Encorvada, con la cara oculta en la capucha de una capa, la figura se apresuró a cruzar el parque de las estatuas.

Excelente. Había llegado el momento de cumplir la misión de Mraize.

Shallan..., susurró Velo.

No hizo caso a la voz y se sentó de nuevo en el banco, disimulando y abriendo su cuaderno. El plan de Velo había consistido en vagar distraída por el parque de las estatuas, pasando páginas de su cuaderno, y entonces tropezar con Dieciséis y con un poco de suerte alcanzar a verle bien la cara.

Por desgracia, Shallan no se había puesto en posición de hacer eso. La habían distraído Patrón y sus mentiras. Se levantó y paseó hacia las estatuas, tratando de no parecer amenazadora. Tenía que confirmar del todo que Dieciséis era su objetivo. Y entonces...

Entonces, ¿qué?

Matarlo.

¿Qué estás haciendo?, pensó Velo. Qué incordio era aquella voz lejana. ¿No podía acallarla por completo?

Tú eres la que quería seguir adelante con el plan de Mraize, pensó Shallan. *Bueno, pues estoy de acuerdo. Así que dos de nosotras hemos decidido.*

Yo quería reunir información, pensó Velo. *Quería utilizarla contra él. ¿Por qué te has puesto tan agresiva de repente?*

Porque esa era la persona exacta que era Shallan. La que siempre había sido. Se acercó con disimulo a las estatuas. Radiante, por supuesto, estaba chillando y despoticando contra ella... pero había perdido la votación.

Shallan había mirado y aprendido durante los últimos meses, y sabía algunas cosas gracias a Velo. Sabía cómo meterse en el punto ciego de Dieciséis y luego detenerse y fingir que bosquejaba una estatua para no llamarle la atención cuando el hombre miró a su alrededor.

Sabía cómo deslizarse hacia delante cuando le dio la espalda de nuevo. Sabía pisar con cuidado, apoyando primero el talón del pie y rodando hacia los dedos. Sabía que debía caminar con los lados de los pies en la medida de lo posible, para que el calzado no golpeara contra el suelo.

Se situó justo detrás de Dieciséis mientras el hombre se agachaba, trasteando con unos papelitos. Lo agarró por el hombro y le dio la vuelta. La capucha cayó, revelando su rostro.

Era shin. No había forma de confundir aquella piel pálida, casi enfermiza, y aquellos ojos infantiles. Restares era un alezi bajito con el pelo ralo. El hombre que tenía delante era bajito, sí, pero calvo del todo, y no era alezi. Así que, a menos que Mraize se equivocara y Restares fuese Tejedor de Luz, no era su objetivo.

El hombre le gritó algo en un idioma que no identificó. Shallan lo soltó y el hombre salió huyendo hacia su casa. Con el corazón aporreando en el pecho, Shallan sacó la mano de su cartera. Ni siquiera se había dado cuenta de haberla metido, buscando un arma.

No la necesitaba. Aquel no era su hombre.

Patrón se acercó caminando, con parte de su característica energía recuperada. No había ni rastro de la otra spren a la que había querido que Shallan conociera.

—¡Bueno! —exclamó—. Eso ha sido emocionante. Pero no era él, ¿verdad?

—No —dijo Shallan—, no lo era.

—Shallan, necesito explicártelo. Lo que he estado haciendo.

—No —respondió Shallan, ocultando su dolor—. Está hecho. Mejor miremos hacia delante.

—Mmm... —dijo Patrón—. Yo... ¿Qué te ha pasado? Ha cambiado algo. ¿Eres... Velo?

—No —dijo Shallan—. Soy yo. Y por fin he tomado una decisión difícil que llevaba mucho tiempo retrasando. Vamos, tenemos que informar a Mraize. Su información era errónea. Restares no está en esta fortaleza.



Tales habilidades, al igual que mi propio honor, se han perdido en el tiempo. Avejentadas, aplastadas hasta dejar solo polvo y dispersas por los confines del Cosmere. Soy un árbol pelado como ser humano. Soy el hueco donde una vez estuvo un poderoso pico.

El Hermano se negaba a hablar con Navani.

Navani bajó la mano y contempló la veta de granate en la pared. Qué secreto tan maravilloso. Oculto a simple vista, cerca de ella todo aquel tiempo. Tan común que la mirada pasaba sin posarse y, si reparaba en él, era solo por un instante. Un simple patrón más en los estratos.

El alma de Urihiru había estado observándola desde el principio. Quizá si Navani la hubiera descubierto antes, podrían haber llegado a un resultado distinto.

Volvió a poner la mano en la veta.

—Lo siento —susurró—. Por favor, necesito que sepas que lo siento. De verdad.

Por un instante fugaz, pensó que el Hermano respondería en esa ocasión. Navani sintió algo, tenue como el movimiento de una sombra al fondo del océano. Pero no llegaron palabras.

Con un suspiro, Navani dejó la veta de cristal y fue doblando esquinas entre los estantes de la pequeña biblioteca hasta llegar a su mesa junto a la

puerta. Ese día, además del guardia, estaba la hija de Rabeniel con su coleta y sus ojos deshabitados sentada en el suelo junto a la puerta.

Navani se acomodó en su asiento, procurando no hacer caso a la Fusionada demente. Tenía el escritorio lleno de notas y experimentos a medio hacer. No tenía ni el menor interés en continuar con ellos. Todo lo que había intentado hasta entonces había sido una farsa. Escribió sus instrucciones diarias para los eruditos. Los tenía haciendo pruebas a fabriales de vacíospren, que Rabeniel les había llevado antes de que todo se torciera. Entregó el papel a una mensajera y se quedó allí sentada con la mirada perdida.

Al cabo de un tiempo llegó Rabeniel en persona, vestida con una havah alezi que le sentaba sorprendentemente bien. Sin duda la había hecho una buena costurera, a medida para el cuerpo más alto y de hombros más anchos que tenía la Fusionada. Habría cabido pensar que tendría una figura muy poco femenina, sobre todo con el escaso pecho que era tan habitual entre las mujérenes cantoras. Pero en cambio, el excelente corte del vestido y la confianza de su paso hacían que Rabeniel lo llevara como si hubiera estado diseñado desde siempre para acentuar su altura, su poder y su pose. Había hecho propia aquella moda. Adolin lo habría aprobado.

Por lo menos él estaba a salvo. Adolin, Renarin, Jasnah, Dalinar y el pequeño Gav. Su familia entera estaba a salvo de la invasión y del desastre que había provocado Navani. Era una pequeña bendición que podía agradecer al Todopoderoso que le hubiera concedido.

Rabeniel había llevado un taburete, bajo, para que al sentarse en él sus ojos estuvieran al nivel de los de Navani. La Fusionada dejó una cesta en el suelo y sacó de ella una botella de vino de color bermellón. Una variedad shin, más dulce que los vinos alezi tradicionales, conocida como *amosztha*: un vino shin hecho de uvas.

—Tus diarios indican que te gusta esta variedad —dijo Rabeniel.

—¿Habéis leído mis diarios? —preguntó Navani.

—Por supuesto —respondió Rabeniel mientras colocaba dos copas en la mesa—. Tú habrías tenido la sabiduría de hacer lo mismo, en mi lugar.

Descorchó la botella y sirvió media copa a Navani.

Navani no bebió. Rabeniel no la obligó; estudió la botella con ojo de experta y luego dio un sorbito.

—Ah, sí —dijo—. Este sí que es un sabor infundido con recuerdos. Uva. Tus antepasados nunca pudieron cultivarla fuera de Shinovar. Demasiado frío, me parece. O quizá fuese la ausencia de tierra fértil. Esa explicación no

acaba de convencerme, porque la vid parece bastante similar a muchas de nuestras plantas nativas.

»Yo no estaba allí cuando tu especie llegó a nuestro mundo. Pero mi abuela siempre mencionaba el humo. Al principio pensó que teníais unas pautas de piel extrañas, pero era porque muchos rostros humanos estaban quemados o sucios de hollín por la destrucción del mundo que habían dejado atrás.

»Hablaban de como gemía y gritaba vuestro ganado por las quemaduras. El resultado de que los humanos potenciaran sin juramentos, sin límites. Por supuesto, eso fue antes de que ninguno de nosotros comprendiera las Potencias. Antes de que los spren nos abandonaran por vosotros, antes de que empezara la guerra.

Navani notó que se le erizaban los pelillos de la nuca al escuchar. Tormentas. Aquella criatura... había vivido en los días de las sombras, el tiempo anterior a la historia. No disponían de ninguna fuente primaria de aquellos días. Y sin embargo, tenía una sentada justo delante, bebiendo vino de la reserva secreta de Navani, meditando en voz alta sobre el origen de la humanidad.

—Cuánto tiempo hace —dijo Rabeniel, con una cadencia suave, casi indistinguible, en sus palabras—. Muchísimo, muchísimo tiempo. ¿Cuánto ha pasado? ¿Siete mil años? No creo que alcances a comprender lo cansada que estoy de esta guerra, Navani. Lo cansados que estamos todos. Vuestros Heraldos también.

—Pues acabémosla —dijo Navani—. Declarad la paz. Retiraos de la torre y yo convenceré a Dalinar para que establezca conversaciones.

Rabeniel hizo girar su copa de vino, como para intentar ver el líquido desde distintos ángulos.

—¿Crees que no se ha intentado hablar nunca? Nacimos para luchar entre nosotros, Navani. Somos opuestos. O al menos, eso creía. Pensaba que si podíamos obligar a la luz tormentosa y la luz del vacío a mezclarse, entonces... ¡puf!, se aniquilarían entre ellas. Igual que estamos haciendo nosotros en esta guerra sin fin...

—¿De eso trata todo esto? —preguntó Navani—. ¿Por qué tenéis tanto interés en que combine las luces?

—Necesito saber si tienes razón —dijo Rabeniel—. De ser así, muchos de mis planes se vendrían abajo. Me pregunto... si será que a veces ya no puedo ver con claridad. Si estoy dando por sentado que lo que quiero que sea verdad

es la verdad. Cuando vives el tiempo suficiente, Navani, te olvidas de ir con cuidado. Te olvidas de cuestionar. —Señaló con la cabeza el escritorio de Navani—. ¿Hoy no ha habido suerte?

—No ha habido interés —respondió Navani—. Creo que ha llegado el momento de aceptar vuestra primera oferta y dedicarme a transportar agua.

—¿Por qué desperdiciarte así a ti misma? —preguntó Rabeniel, y su ritmo ganó intensidad—. Navani, todavía puedes derrotarme. Si los humanos no pudierais ser más astutos que los Fusionados, habríais caído en alguno de los primeros Retornos. Las primeras Desolaciones, como lo llamáis vosotros.

»Pero siempre nos habéis hecho retroceder. Luchabais con piedras y nos derrotabais. Los míos fingimos que sabemos mucho, pero durante muchos Retornos nos costaba trabajo ponernos al día con los tuyos. Ese es nuestro terrible secreto. Oímos los ritmos, comprendemos Roshar y a los spren. Pero los ritmos no cambian. Los spren no cambian.

»Si tú y yo descubrimos este otro secreto juntas, tú serás capaz de usarlo mejor que yo. Ya lo verás. Como mínimo, demuestra que me equivoco. Muéstrame que nuestras dos luces pueden fundirse y mezclarse tal y como teorizas.

Navani se lo planteó, aunque, tormentas, sabía que no debería hacerlo. Aquello era otro truco, otro catalizador añadido al sistema para favorecer la reacción. Y sin embargo, Navani no podía mentirse a sí misma. Lo cierto era que quería saberlo. Como siempre, las preguntas la tentaban. Las preguntas eran desorden aguardando una organización. Cuanto más se sabía, más alineado quedaba el mundo. Más sentido tenía el caos, como deberían tenerlo todas las cosas.

—He topado con un problema —dijo Navani, dando por fin un sorbo de su copa—. Puedo hacer que las dos luces se crucen, y puedo hacer que se acumulen en torno a la misma gema, arremolinadas como el humo atrapado en una corriente de aire. Pero no se mezclan.

—Opuestos —dijo Rabeniel, inclinándose para mirar los diagramas y las notas que había tomado Navani de cada intento fallido.

—No, meras sustancias inertes —replicó Navani—. La inmensa mayoría de los elementos no producen ninguna reacción al combinarse. Habría considerado inmiscibles esas dos sustancias hace mucho tiempo si no hubiera visto la luz de torre.

—Es lo que me dio a mí la idea original —dijo Rabeniel—. Decidí que, si existía un híbrido entre la luz de Honor y la de Cultivación, debía de haber un

motivo por el que nadie hubiera mezclado la luz de Odium con ninguna de ellas.

—Las preguntas son el alma de la ciencia —dijo Navani, y bebió un poco más de vino—. Pero las suposiciones hay que demostrarlas, antigua. Mis investigaciones me llevan a pensar que estas dos luces no son opuestas, pero todavía no lo he demostrado.

—¿Y para demostrarlo?

—Necesitamos un emulsionante —respondió Navani—. Algo que haga que se mezclen. Por desgracia, no logro concebir qué podría ser ese emulsionante, aunque podría estar relacionado con el sonido. No supe hasta hace poco que la luz tormentosa responde a los tonos.

—Sí —dijo Rabeniel, cogiendo una esfera de la mesa—. Los sonidos de Roshar.

—¿Vos podéis oír la luz? —preguntó Navani.

Rabeniel canturreó su respuesta y entonces se le ocurrió asentir. Levantó un diamante, cristalino y puro, lleno de luz tormentosa de la alta tormenta del día anterior.

—Tienes que concentrarte y saber lo que buscas, para oírla en una esfera. Es un tono puro, extremadamente tenue.

Navani golpeó el diapasón correspondiente y dejó que el tono resonara en la sala. Rabeniel asintió.

—Sí, es ese. Sin la menor diferencia. Excepto...

Navani se enderezó.

—¿Excepto?

—El tono de la esfera tiene un ritmo —explicó Rabeniel, sosteniendo el diamante con los ojos cerrados—. Cada luz tiene su ritmo. El de Honor es señorial. El de Cultivación es escueto y marcado, pero va ganando cuerpo.

—¿Y el de Odium?

—Caos —dijo la Fusionada—, pero con una cierta lógica extraña. Cuanto más lo escuchas, más sentido tiene.

Navani se reclinó y dio un sorbo de vino, deseando tener acceso a Rushu y los demás eruditos. Rabeniel le había prohibido utilizar los conocimientos de los demás para aquello, restringiendo el problema solo a Navani. A Navani, que no era erudita.

¿Qué haría Jasnah en aquella situación? Bueno, aparte de buscar la forma de matar a Rabeniel.

Navani tenía la impresión de que las respuestas estaban justo delante de

ella. Era un caso que solía darse a menudo en la ciencia. Los antiguos humanos habían luchado con armas de piedra, pero el secreto de la metalurgia había estado a su alcance y...

—¿La luz de torre tiene un tono? —preguntó Navani.

—Dos tonos —dijo Rabeniel, abriendo los ojos y dejando la esfera de luz tormentosa—. Pero no son solo los tonos de Cultivación y Honor. Son... distintos, cambiados para estar en armonía uno con el otro.

—Qué curioso. ¿Y tiene un ritmo?

—Sí —respondió Rabeniel—. Los dos tonos lo adoptan, armonizando al interpretar ese mismo ritmo. Una sinfonía que combina el control de Honor y la siempre creciente majestuosidad de Cultivación.

Todas sus esferas de luz de torre se habían agotado ya, y Rabeniel no tenía forma de restaurarlas, así que no había nada que pudieran comprobar.

—Las plantas pueden usar la luz tormentosa para crecer —dijo Navani—, si se interpreta el ritmo adecuado en su presencia.

—Un viejo truco agrícola —convino Rabeniel—. Funciona mejor con luz de vida, si puedes conseguirla.

—Pero ¿por qué? —preguntó Navani—. ¿Por qué responde la luz a los tonos? ¿Por qué existe un ritmo que hace crecer las plantas?

Navani buscó entre su material y empezó a preparar un experimento.

—Me he hecho esa misma pregunta muchas veces —dijo Rabeniel—. Pero parece lo mismo que preguntarse por qué la gravedad tira de nosotras. ¿Acaso no debemos aceptar algunos fundamentos de la ciencia como puntos de partida? ¿No debemos reconocer que algunas cosas de este mundo funcionan así sin más?

—No, no debemos hacerlo —respondió Navani—. Incluso la gravedad tiene un mecanismo que la impulsa. Hay demostraciones de por qué son correctos incluso los problemas de adición más básicos. Todo tiene una explicación.

—He oído que las luces responden al sonido porque les recuerda a la voz de las Esquirlas ordenándoles obedecer.

Navani golpeó los diapasones, los puso en contacto con sus respectivas gemas y colocó esas gemas en su sitio. Un fino hilo de luz tormentosa salió de una gema, un fino flujo de luz del vacío de la otra. Se encontraron en el centro, arremolinadas en torno a una gema vacía. Ninguna de las dos luces entró en ella.

—Luz del vacío y luz tormentosa —dijo Navani—. Las voces de dioses.

O quizá algo más antiguo que eso. La razón de que los seres llamados dioses hablaran como lo hacían.

Rabeniel se acercó más, hombro con hombro junto a Navani para observar juntas los chorros de luz.

—Habéis dicho que la luz tormentosa y la luz de vida crean un ritmo juntas al mezclarse —afirmó Navani—. Teniéndolo en cuenta, si pudierais imaginar un ritmo que mezclarla la luz tormentosa con la del vacío, ¿cómo sería?

—¿Esas dos? —preguntó Rabeniel—. No funcionaría, Navani. Son opuestas. Una ordenada, organizada. La otra... —Calló un momento y entornó los ojos. Susurró—: La otra caótica, pero con una cierta lógica. Una lógica comprensible. ¿Podríamos ponerlo en contraste? El caos siempre parece más poderoso cuando se muestra con un fondo organizado... —Al final arrugó los labios—. No. No puedo imaginarlo.

Navani dio unos golpecitos en el borde de su copa, inspeccionando el experimento fallido.

—Si pudieras oír los ritmos, lo entenderías —dijo Rabeniel—. Pero es algo que está más allá de los humanos.

—Cantadme uno —pidió Navani—. Cantadme el tono y el ritmo de Honor.

Rabeniel empezó cantando una nota pura y clara, el tono de la luz tormentosa, el mismo que emitía el diapasón. Entonces hizo que el tono oscilara, vibrara, latiera con un ritmo majestuoso. Navani tarareó a la vez, igualando el tono, intentando fijarlo en su mente. Era evidente que Rabeniel estaba enfatizando el ritmo, haciéndolo más fácil de identificar para Navani.

—Ahora cambiad al ritmo de Odium —dijo Navani.

Rabeniel lo hizo, cantando una nota discordante con un ritmo violento, caótico. Navani intentó superponerle el tono de Honor. Había entrenado la voz, como todas las mujeres ojos claros de su dahn, pero no era una materia que hubiera estudiado más allá de eso. Aunque intentó mantener el tono contra el ritmo enérgico de Rabeniel, enseguida perdió la nota.

Rabeniel se interrumpió y canturreó en voz baja a un ritmo distinto.

—Ha sido un buen intento —dijo la Fusionada—. Mejor que los que he oído a otros humanos, pero debemos reconocer que no estáis hechos para esto y punto.

Navani dio un sorbo y luego movió en círculos el vino de su copa.

—¿Por qué querías que cantara esos ritmos? —preguntó Rabeniel—. ¿Qué esperabas lograr?

—Pensaba que quizá, si mezclábamos las dos canciones, podríamos

encontrar la armonía adecuada que resultaría de combinar luz tormentosa con luz del vacío.

—No será tan fácil —dijo Rabeniel—. Los tonos tendrían que cambiar para hallar esa armonía. He intentado esto muchas veces, Navani, y siempre he fracasado. Las canciones de Honor y Odium no encajan.

—¿Lo habíais intentado antes con algún humano? —preguntó Navani.

—Claro que no. Los humanos, como acabamos de demostrar, no pueden mantener un tono ni un ritmo.

—No hemos demostrado nada —objetó Navani—. Hemos hecho un solo experimento fallido.

Dejó la copa en la mesa, cruzó la sala y buscó entre sus cosas. Regresó con un brazalete en el que había instalado un reloj y otros aparatos. Al igual que los demás fabriales de luz tormentosa, ya no funcionaba en la torre. Pero estaba diseñado para alojar una larga hilera de gemas.

Navani arrancó el cuero interior de la funda, lo dejó en la mesa, manipuló los tornillos y colocó gemas nuevas, llenas de luz tormentosa, en sus soportes.

—¿Qué es esto? —preguntó Rabeniel.

—Vosotros podéis oír las canciones y los ritmos de Roshar —dijo Navani—. Tal vez se deba solo a que tenéis mejor oído.

Rabeniel canturreó a un ritmo escéptico, pero Navani siguió colocando las gemas.

—Podemos oírlos porque somos los hijos de Roshar —dijo Rabeniel—. Vosotros no.

—Yo llevo aquí toda la vida —repuso Navani—. Soy tan hija de este planeta como vos.

—Tus antepasados procedían de otro reino.

—No hablo de mis antepasados —dijo Navani, poniéndose la funda de forma que las gemas le tocaran el brazo—. Hablo de mí misma.

Reinició su experimento en la mesa, sacando nuevas líneas de luz tormentosa y luz del vacío de las gemas y haciendo que se arremolinaran en el centro alrededor de otra vacía.

—Cantad el tono y el ritmo de Honor otra vez, antigua —pidió Navani.

Rabeniel se echó hacia atrás en su taburete, pero obedeció. Navani cerró los ojos y se ciñó más la funda contra el brazo. Estaba construida como fabrial, pero a Navani no le interesaba esa función. Lo único que quería era algo que sujetara gemas grandes y se las apretara contra la piel.

Podía sentir las gemas frías pero templándose por el contacto con ella. Las gemas infusas siempre contenían una tempestad. ¿Tenían también un sonido? Una vibración...

¿Alcanzaba a oírlos allí dentro? ¿El tono, el ritmo? Con Rabeniel cantando, tenía la impresión de que sí. Igualó ese tono con su propia voz y notó algo en el brazo. Las gemas reaccionando... o mejor dicho, la luz tormentosa de su interior reaccionando.

Sí que tenía una cadencia. Una que el ritmo de Rabeniel solo insinuaba. Navani podía cantar el tono y sentir que las gemas reaccionaban. Era como tener a alguien cantando más fuerte a su lado: podía adaptar su voz para coincidir con la otra. La misma luz tormentosa la guiaba, proporcionando un control, con una cadencia, un ritmo.

Navani añadió ese ritmo a su tono, dando golpecitos con el pie, concentrándose. Imaginó una canción ilusoria para proporcionarle estructura.

—¡Sí! —exclamó Rabeniel, interrumpiéndose—. ¡Sí, eso es!

—Ahora el ritmo de Odium —dijo Navani al tono y la cadencia de Honor.

Rabeniel lo hizo, y su voz golpeó a Navani como una oleada, haciendo que el tono flaqueara. Casi lo perdió, pero las gemas eran su guía. Navani cantó más alto, intentando mantener ese tono.

A su vez, Rabeniel cantó con más énfasis.

«No —pensó Navani, cogiendo aliento para seguir cantando—. No, no podemos luchar.» Cogió la mano de Rabeniel y cantó el tono, pero más suave. Rabeniel bajó la voz también. Sosteniendo la mano de la Fusionada, Navani sintió como si estuviera intentando alcanzar algo. Su tono cambió un ápice.

Rabeniel reaccionó y sus dos tonos fueron avanzando uno hacia el otro, paso a paso, hasta que...

Armonía.

Los ritmos encajaron y se alinearon, un estallido de notas caóticas procedentes de Rabeniel... retenidas por el pulso regular y ordenado de Navani.

Latidos. Redobles. Señales. Juntas.

Navani estiró el brazo, colocó las manos de las dos sobre la gema vacía en el centro del experimento y las mantuvo allí mientras seguían cantando en sintonía. Conjuntadas, en una armonía pura cuyo control no asumía ninguna de las dos.

Se miraron y entonces se quedaron calladas. Con mucha cautela, retiraron

las manos y dejaron a la vista un diamante que brillaba con un vibrante tono negro azulado. Un color imposible.

Rabeniel tembló mientras recogía la gema y la sostenía en alto, canturreando un ritmo reverente.

—No se han aniquilado entre ellas, como había supuesto. En realidad, como una parte de mí había deseado. Tenías razón, Navani. Es extraordinario, pero has demostrado que me equivocaba. —Dio la vuelta a la gema entre los dedos—. Puedo dar nombre a este ritmo: el Ritmo de la Guerra. Odium y Honor combinados. No había tenido constancia de su existencia antes de hoy, pero sé su nombre, lo conozco con la misma certeza con que conozco el mío propio. Cada ritmo lleva consigo una comprensión de su significado.

La esfera que habían creado era distinta a la de Szeth, azul en vez de violeta, y tampoco tenía aquella extraña distorsión. Navani no podía estar segura, pero le daba la impresión de que justo eso era lo que había estado buscando Rabeniel.

—Antigua —dijo Navani—, hay una cosa que me confunde. ¿Por qué habrías preferido que las dos luces se aniquilaran?

Navani tenía una corazonada del motivo, pero quería averiguar hasta dónde podía sonsacar a la Fusionada.

Rabeniel se quedó sentada sin hablar mucho tiempo, canturreando en voz baja para sí misma mientras estudiaba la gema. Parecía fascinada por el movimiento de su interior, por la luz tormentosa y la luz del vacío mezcladas para componer algo que se alzaba en brillantes tempestades iracundas y luego se quedaba quieto, en paz y silencio, entre oleada y oleada.

—¿Sabes cómo se mató a Honor? —preguntó por fin la Fusionada.

—No estoy... segura de aceptar que lo mataran.

—Ah, lo mataron. Por lo menos, el ser al que llamáis el Todopoderoso, el ente que controlaba la Esquirla de poder que era Honor, está muerto. Murió hace mucho tiempo. ¿Sabes cómo?

—No.

—Yo tampoco —dijo Rabeniel—. Pero me lo pregunto.

Navani se reclinó en su asiento.

—Sin duda, si es cierto, y el hecho de que mi marido diga que lo es me lleva a aceptar la posibilidad, entonces los mecanismos para la muerte de los dioses van mucho más allá de la comprensión tanto de humanos como de Fusionados.

—¿Y no estabas diciéndome antes que todo tiene un mecanismo? Los dioses nos conceden poderes. ¿Cuáles son esos poderes? Gravitación, División, Transformación... las Potencias fundamentales que lo gobiernan todo. Afirmas que nada es sin más. Acepto eso, como acepto tu sabiduría. Pero según esa misma lógica, los dioses, las Esquirlas, deben funcionar no por misterio, sino por conocimiento. —Dio la vuelta a la gema entre los dedos y miró a Navani a los ojos—. A Honor lo mataron mediante un proceso que todavía no comprendemos. Supongo, por las cosas que me han dicho, que se utilizó un opuesto para despedazar su poder. Pensaba que, si lograba encontrar esa luz opuesta, tendríamos poder sobre los propios dioses. ¿No sería ese el poder suficiente para poner fin a una guerra?

Tormentas. Eso era lo que había querido él. Eso era lo que había estado haciendo Gavilar.

Gemas. Luz del vacío. Una extraña esfera que explotaba al fijarla a un fabrial... al mezclarla con otra luz...

Gavilar Kholin, rey, marido, monstruo en ocasiones, había buscado la forma de matar a un dios.

De pronto, la extensión de su arrogancia, y también la de su magnífica planificación, encajaron para Navani. Sabía una cosa que Rabeniel desconocía. Sí que existía un opuesto de la luz del vacío. No era la luz tormentosa. Ni tampoco era aquella nueva luz mixta que acababan de crear. Pero Navani la había visto. Su marido se la había dado a Szeth, que a su vez se la había dado a ella.

«Por el nombre más sagrado del Todopoderoso —pensó—, tiene sentido.» Pero al igual que todas las grandes revelaciones, provocaba una multitud de preguntas nuevas. ¿Por qué? ¿Cómo?

Rabeniel se levantó, ajena por completo a la epifanía de Navani. La Fusionada se guardó la gema y Navani se obligó a centrarse en el momento. En el descubrimiento.

—Estaba segura de que era algo en la naturaleza del poder de Odium contrastando con el de Honor lo que llevaba a la destrucción —dijo Rabeniel—. Me equivocaba, y tú has demostrado ser de grandísima ayuda en llevarme a esta demostración. Ahora debo abandonar este hilo de razonamiento y concentrarme en mi verdadero deber: asegurar la torre.

—¿Y vuestra promesa de que os marcharíais si os ayudaba a encontrar esta luz?

—Lo siento —dijo Rabeniel—. La próxima vez, procura no ser tan

confiada.

—Al final —susurró Navani—, vos le pertenecéis a él y yo pertenezco a Honor.

—Por desgracia, sí —dijo Rabeniel—. Puedes quedarte aquí y seguir con cualquier otra investigación que se te antoje. Te has ganado eso y mi gratitud. Si en vez de eso prefieres tener algún trabajo sencillo en la torre, me ocuparé de ello. Considera tus opciones y comunícame tus deseos. —Rabeniel titubeó—. Es un suceso muy poco frecuente que un Fusionado esté en deuda con un humano.

Y dicho eso, se marchó. Navani se echó al gaznate el resto de la copa de vino, con la cabeza zumbando de implicaciones.



SIETE AÑOS Y MEDIO ANTES

Venli se apartó de una patrulla de guardias humanos. Escondida en el hueco de una puerta, armonizó a Paz para intentar calmar sus emociones. Había llegado con los suyos para firmar el tratado, pero aún faltaban horas para que eso sucediera y para el banquete con que los alezi señalarían la ocasión. Mientras su gente se preparaba, Venli recorría con sigilo pasillos prohibidos de su palacio.

El par de guardias, charlando en idioma alezi, siguieron su patrulla. Venli respiró sin hacer ruido, intentando con todas sus fuerzas impedir que la majestuosidad de aquel edificio humano la abrumara. Ulim le había asegurado que su pueblo había construido estructuras igual de grandiosas en otros tiempos, y que volverían a hacerlo. Levantarían unas creaciones tan asombrosas que aquel palacio de Kholinar parecería una casucha en comparación.

Ojalá pudiera saltarse aquella parte de en medio, en la que debía correr tanto peligro. Planificar con Ulim le gustaba. Ser famosa por haber revelado la forma de guerra le encantaba. Pero aquello de infiltrarse a hurtadillas... Había desobedecido normas humanas a sabiendas al colarse en zonas prohibidas del palacio. Si la descubrían...

Cerró los ojos y escuchó el Ritmo de la Paz. «Solo un poco más —pensó—. Solo hasta que los compañeros de Ulim lleguen a nosotros. Después todo esto habrá terminado.»

Sin embargo, notaba que estaba cuestionándose más las cosas desde que Ulim había salido de su gema corazón. El spren hablaba de una tormenta oculta y una guerra en ciernes, de figuras de leyenda regresando para combatir. Esas palabras daban vueltas en su cabeza, y cosas que un día antes le habían parecido de lo más racionales empezaban a confundirla. ¿De verdad era aquella la mejor forma de convencer a su pueblo de que explorara las formas de poder? ¿No estaba tonteando con la guerra y la destrucción? ¿Por qué estaba Ulim tan impaciente?

En el momento en que habían llegado al palacio, Ulim había insistido en que Venli fuera a recoger una bolsa de gemas dejadas allí por su agente. Más spren, como él, listos para entregarlos a los estudiosos de Venli. Eso no había formado parte del plan original. Ella solo había querido mostrar a su pueblo lo peligrosos que eran los humanos.

Pero ¿qué iba a hacer? Ella había hecho rodar aquel peñasco por el acantilado. Si intentaba detenerlo, la aplastaría. Así que siguió haciendo lo que él le decía. Incluso cuando, sin él en su gema corazón, se sentía vieja y apagada. Si él no podía oír los nuevos ritmos. Los anhelaba. El mundo tenía más sentido cuando los escuchaba.

—Ahí estás —dijo Ulim, recorriendo el pasillo hacia ella. Se movía como el relámpago, reptando sobre la piedra, y podía desaparecer de forma que solo ciertas personas pudieran verlo—. ¿Qué haces encogida como una cría? Venga, tenemos que movernos.

Venli echó un vistazo al otro lado de la esquina. Los guardias se habían marchado hacía tiempo.

—No debería tener que hacer esto —siseó Venli—. No debería tener que arriesgarme.

—Alguien debe llevar las gemas —dijo Ulim—. Así que, a no ser que quieras que busque a otra persona para que sea la mejor de tu pueblo, haz lo que te digo.

Pues muy bien. Venli lo siguió, aunque de un tiempo a esa parte encontraba el tono de Ulim cada vez más molesto. No le gustaba su actitud grosera y desdeñosa. Más le valía no volver a abandonarla. El spren había afirmado que tenía que explorar el camino, pero Venli estaba medio convencida de que quería que la descubrieran.

La guio hacia arriba por una escalera. El Ritmo de la Fortuna la bendijo y llegó a la planta superior sin encontrar a ningún humano, aunque tuvo que esconderse en la escalera cuando oyó a más guardias.

—¿Para qué tenemos que subir hasta tan arriba? —susurró después de que pasaran—. ¿Tu amiga no podría haber llevado las gemas al sótano, donde están todos los demás oyentes?

—He... perdido el contacto con ella —reconoció Ulim.

—¿Qué? —dijo Venli.

Ulim se arremolinó en el suelo y el relámpago se alzó para componer su pequeña figura humanoide.

—Llevo unos días sin saber nada de Axindweth. Seguro que no pasa nada. Tenemos un punto de encuentro donde me deja cosas. Las gemas estarán allí.

Venli canturreó a Traición. ¿Cómo podía callarse un detalle tan importante? ¿Venli estaba escurriendo por el palacio humano y poniendo en peligro el tratado por una información incompleta? Pero antes de que pudiera exigir más respuestas, Ulim volvió a transformarse en energía sobre el suelo y salió despedido hacia delante.

Venli no tuvo más opción que corretear tras él por el pasillo, sintiéndose terriblemente expuesta. Deberían haber llevado con ellos a Demid. A Venli le gustaba que la escuchara y que siempre tuviera un cumplido para ella. Demid disfrutaría de la infiltración y ella se sentiría más valiente con él al lado.

Recorrió los pasillos, convencida de que la descubrirían en cualquier momento. Pero por algún milagro, Ulim la llevó hasta una estancia pequeña con orinales desperdigados por todas partes. Venli sacó una gema y reparó en que había un agujero en el suelo a un lado de la sala; parecía que tiraban los excrementos por él, a alguna hedionda letrina varios pisos más abajo.

¿Aquel era su objetivo? ¿Un retrete? Tuvo una arcada y se vio obligada a empezar a respirar por la boca.

—Aquí —dijo Ulim, crepitando en el exterior de un orinal.

—Te lo prometo —dijo Venli a Escepticismo—, como encuentre heces humanas ahí dentro...

Retiró la tapadera. Menos mal que el interior estaba limpio y vacío salvo por un papel doblado.

Ulim latió a Júbilo. Había estado preocupado, por lo visto. Venli desplegó el papel. Conocía lo bastante bien la escritura alezi para comprender que era una lista de instrucciones de limpieza.

—Está cifrado —dijo Ulim—. ¿Crees que seríamos tan imbéciles como

para dejar notas en abierto donde pudiera leerlas cualquiera? A ver, que la descifre...

Cobró su forma de humano, de pie sobre una mesa llena de orinales. Venli odiaba que tomara apariencia humana en vez de la de un oyente. Ulim se inclinó hacia delante con los ojos entornados.

—Vaya —dijo.

—¿Qué?

—Déjame pensar, mujeren —restalló él.

—¿Qué pone?

—Axindweth dice que la han descubierto —respondió Ulim—. Es una especialista de un tipo muy concreto y escaso, cuyos detalles no te conciernen, pero al parecer hay otro como ella en palacio. Un agente que trabaja para otro grupo. Ese individuo la ha descubierto y ha vuelto al rey humano en su contra. Así que Axindweth ha decidido extraerse.

—¿Extraerse? —dijo Venli—. No entiendo esa forma de hablar.

—¡Que se va! O ya se ha ido. Puede que hace días.

—¿Se ha ido de palacio?

—Del planeta, idiota.

Ulim se emborronó y unas puntas como de caparazón le rompieron la piel al asomar y luego se retrajeron. Pareció ocurrir siguiendo uno de los nuevos ritmos, quizá Furia.

Ulim le contaba muy poco. Venli sabía que era posible viajar desde el mundo al lugar que los humanos llamaban Condenación. La tierra de los vacíospren. Muchos millares de spren esperaban allí para ayudar a su pueblo, pero no podían liberarse sin alguna Potencia o poder. Algo que... tirara de ellos a través del vacío entre mundos.

Entonces, ¿qué significaba aquello? ¿La agente había regresado al mundo del que procedía Ulim o se había marchado a algún otro lugar? ¿Se había ido para siempre? ¿Cómo iban a trasladar a Roshar los spren que acumularían poder para la tormenta?

Y lo más importante de todo: ¿Venli de verdad quería que ocurriera eso? El spren le había prometido formas de poder, pero ella había asumido que iría a hablar de aquello con los Cinco después de asustarlos con el inmenso poder de los humanos. Todo estaba sucediendo muy deprisa, escapando a su control. Estuvo a punto de exigir respuestas, pero la forma en que aquellas puntas rompían la piel de Ulim, la forma en que palpitaba, la mantuvo callada. El spren era una fuerza viva de la naturaleza. Y la fuerza concreta

que exhibía en esos momentos era destructiva.

Al cabo de un tiempo dejó de palpitar. Las puntas se quedaron bajo su piel. Ulim permaneció de pie en la mesa, con la mirada fija en el papel y las irritantes palabras.

—¿Qué hacemos? —preguntó Venli por fin.

—No lo sé. Aquí ya no hay nada para nosotros. Tengo... tengo que irme, a ver si encuentro respuestas en otro lugar.

—¿Irte? —dijo Venli—. ¿Y qué pasa con tus promesas? ¿Qué pasa con nuestros planes?

—¡No tenemos planes! —gritó Ulim, volviéndose de golpe hacia ella—. Dijiste que venir aquí intimidaría a tu pueblo. ¿Está ocurriendo? ¡Porque por lo que he visto, parecen pasarlo bien! ¡Planean comer y reír, y puede que hasta irse a la tormentosa cama con los humanos!

Venli armonizó a Determinación, que pronto remitió a Reconciliación. Tenía que reconocer que su gente no estaba intimidada, no como ella. Incluso Eshonai se había ido relajando en vez de preocuparse a medida que se relacionaba con los humanos. Ya hacía un tiempo que la hermana de Venli ni siquiera llevaba la forma de guerra.

Venli quería culparla solo a ella, pero los problemas de los oyentes superaban con mucho a Eshonai. Nadie más parecía ver lo mismo que Venli. Deberían haberse quedado aterrorizados al ver a todos los parshmenios, los cantores esclavizados, que había en palacio. Pero el pueblo de Venli parecía tener curiosidad, nada menos.

Nadie percibía la misma amenaza que Venli. Ella no comprendía, o no se creía, algunas cosas de las que decía Ulim. Pero al llegar allí, Venli se había dado cuenta por sí misma de que no se podía confiar en los humanos. Si no hacía algo, sería su pueblo, su madre, a quien esclavizarían.

Ulim regresó a su forma de relámpago crepitante, bajó por la pata de la mesa y cruzó el suelo. Venli dio un paso tras él, armonizando a los Terrores, pero el spren desapareció bajo la puerta. Cuando Venli la abrió y miró en el pasillo, ya no estaba a la vista.

Cerró la puerta y se descubrió jadeando. Estaba sola en la fortaleza del enemigo, después de haber recorrido pasillos prohibidos. ¿Qué debería hacer? ¿Qué *podía* hacer?

Esperar. Ulim regresaría.

Pero no lo hizo. Y cada momento que pasaba allí armonizada a los Terrores era más insopportable que el anterior. Tenía que probar a salir por su

cuenta. ¿Podría regresar a hurtadillas por donde había venido? Hizo pedazos la nota y la tiró por el agujero de los excrementos. Armonizó a Determinación y salió de la estancia.

—¡Eh, tú!

Venli se encogió, armonizando a Duelo. Ni un pasillo. No había sido capaz de recorrer ni un solo pasillo.

Un soldado humano con brillante peto de coraza llegó hasta ella, con un arma larga y peligrosa en la mano: una lanza, pero con filo de hacha.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el humano en idioma alezi.

Venli se hizo la tonta y respondió en su propia lengua. Señaló hacia la escalera. ¿Quizá, si el guardia creía que Venli no hablaba alezi, la dejaría marchar y punto?

En vez de eso, el hombre la asió con brusquedad por el brazo y se la llevó pasillo abajo. Cada vez que Venli intentaba soltarse, el guardia tiraba con más fuerza, bajando la escalera y recorriendo aquel laberinto de palacio. Terminó llevándola a una sala donde había varias mujeres escribiendo con vinculacañas. Venli aún deseaba que su pueblo supiera cómo crearlas. Un soldado mayor, arisco y con una barba como debía ser recibía los informes.

—He encontrado a esta en el piso de arriba —dijo el guardia, empujando a Venli a una silla—. Estaba merodeando por ahí con pinta sospechosa.

—¿Habla alezi? —preguntó el hombre de la barba.

—No, señor —respondió el guardia. Saludó y regresó a su puesto.

Venli se quedó sentada en silencio, procurando no armonizar a ritmos con demasiado temor. Seguro que tampoco sería para tanto. Podía decir que se había perdido. Y había vagado subiendo varios tramos de escaleras... y se había escondido de guardias... cuando le habían dicho varias veces que aquella zona estaba prohibida...

«Cuando vuelva a encontrar a Ulim —pensó armonizando a Traición—, voy a...» ¿A qué? ¿Qué podía hacer ella a un spren? ¿Qué era Venli sin él y sus promesas? De pronto se sintió muy muy pequeñita. Odiaba esa sensación.

—Pareces una de sus eruditas —dijo el hombre mayor, cruzado de brazos

—. ¿De verdad no hablas alezi o estabas haciéndote la tonta?

—Estaba... haciéndome la tonta.

Lamentó al instante haber abierto la boca. ¿Por qué se había delatado? El hombre gruñó. Era su versión de armonizar a Diversión, pensó Venli.

—¿Y qué estabas haciendo?

—Buscaba la letrina.

Mirada inexpresiva. La versión humana de armonizar a Escepticismo.

—La he encontrado —prosiguió ella a Reconciliación—. Al rato. La habitación con todos esos orinales.

—Voy a anotar esto —dijo él, e hizo un gesto con la cabeza a una mujer que empezó a escribir—. ¿Tu nombre?

—Venli —respondió ella.

—Si fueras humana, te encerraría hasta que viniera alguien a buscarte, o te entregaría a alguien que pudiera conseguirme respuestas. Pero esta noche van a firmar ese tratado. No quiero provocar ningún incidente. ¿Y tú?

—No, señor —dijo ella.

—Pues a ver qué te parece esto. Te quedarás aquí sentada, con nosotros, las próximas cuatro horas. Cuando haya pasado el banquete y el tratado esté firmado, ya veremos. Si no hay ningún problema hasta entonces, podrás llegar después de comer. Si algo sale mal... bueno, entonces tendremos otra conversación, ¿verdad?

Venli armonizó a Decepción, pero no iba a pasar nada. Lo más seguro era que todo quedara en una charla de su hermana. Una parte de ella preferiría que la encerraran.

Asintió de todos modos. En realidad, encontraba sorprendentemente racionales los actos de aquel hombre. Tenerla cerca impediría que hiciera cualquier cosa que pudiera tener planeada y, si de verdad era una invitada que se había perdido, no se metería en ningún lío grave por retenerla unas cuantas horas.

Se planteó afirmar que era demasiado importante para recibir ese trato. Descartó la idea. Que la hubieran capturado tan deprisa después de que Ulim la abandonara... bueno, le dificultaba seguir fingiendo que era fuerte. Aquella sensación de pequeñez persistía.

El soldado la dejó para ir a hablar en voz baja con las mujeres y Venli captó parte de su conversación. El hombre estaba pidiéndoles que avisaran a los demás puestos de guardia del palacio, informando de que había recogido a una «parshendi» errante, y que preguntaran si alguien más había encontrado a alguien en lugares prohibidos o sospechosos.

Venli se sorprendió armonizando a Alabanza sin esperarlo. Era... agradable estar sola. Ulim siempre andaba cerca en los últimos tiempos. Empezó a pensar en cómo podría arreglar todo aquello. En ir a hablar con los Cinco. Quizá, por mucho que le doliera reconocerlo, en ir a pedir consejo a Eshonai.

Por desgracia, al poco tiempo Ulim entró por la puerta abierta como un rastro de relámpago rojo. Venli canturreó a Confusión, y luego a Traición mientras el spren subía por la pata de su silla y cobraba apariencia de persona en el brazo.

—Tenemos un problema grave —dijo Ulim.

Venli canturreó un poco más alto.

—Venga, déjate de chiquilladas —dijo él—. Escucha, hay Heraldos en el palacio esta noche.

—¿Heraldos? —susurró ella—. ¿Aquí? ¡Pero si están muertos!

—¡Calla! —exclamó él, girando la cabeza para mirar a los humanos—. No están muertos. No tienes ni idea de lo colosal, increíble, absoluta que es esta pifia. He visto primero a Shalash y la he seguido, y entonces no solo me he cruzado con Kalak, sino también con Nale. Creo que él me ha visto. No debería ser capaz, pero...

Una figura oscureció el umbral del puesto de guardia. El soldado barbudo levantó la mirada. Venli se volvió despacio, armonizando a Ansiedad. El recién llegado era una figura imponente con la piel de color marrón oscuro y una marca pálida en la mejilla, que casi podría haber formado parte del jaspeado de un oyente. Llevaba uniforme, pero no tenía el mismo corte que los de los alezi.

Miró a Venli y luego clavó los ojos en Ulim, que dio un gemido. A continuación el hombre por fin miró al soldado.

—¿Embajador? —preguntó el guardia—. ¿Qué se os ofrece?

—Me ha llegado un informe de que retienes aquí a una de los parshmenios pensantes —dijo el recién llegado—. ¿Es esta?

—Sí —dijo el guardia—, pero...

—Solicito que esta prisionera quede a mi cargo.

—No creo que pueda hacerlo, embajador —dijo el soldado, mirando a las escribas para que se lo confirmaran—. Eh... O sea, es una petición muy inusual.

—Esta mujeren es importante para las actividades de esta noche —insistió el hombre. Dio un paso adelante y dejó algo en el escritorio de la escriba más cercana—. Esto es un sello de delegación. Tengo jurisdicción legal en esta tierra, concedida por vuestro rey. Debéis refrendarlo.

—No estoy segura de... —empezó a decir la escriba.

—Debéis refrendarlo —repitió el hombre. Desprovisto por completo de toda emoción o ritmo. A Venli le dio un escalofrío que se intensificó cuando

el hombre se volvió hacia ella.

Detrás de él, las escribas empezaron a escribir con sus vinculacañas. El recién llegado las ocultaba casi por completo de la vista de Venli.

—Hola, Ulim —dijo el hombre con voz suave pero firme.

—Esto... Hola, Nale —respondió el spren—. Eh... Hum. No esperaba verte por aquí. Hum, hoy. O en cualquier momento, en realidad... Nunca. ¿Cómo está, eh... Shalash?

—La charla intrascendente es innecesaria, Ulim —dijo Nale—. No somos amigos. Sigues existiendo solo porque no puedo destruir spren. —El extraño hombre fijó su mirada imperturbable en Venli—. Oyente, ¿sabes lo que es esto?

—Un spren cualquiera —dijo ella.

—Eres sabia —respondió Nale—. Sí que es un spren cualquiera, ¿verdad? ¿Cuánto hace que lo conoces?

Venli no respondió, y vio que Ulim palpaba a Satisfacción. No quería que Venli hablara.

—Brillante señor —llamó una de las escribas—. Parece que estabais en lo cierto. Podéis llevarlos a esta prisionera. Solo íbamos a retenerla hasta...

—Gracias —la interrumpió Nale, y recogió su sello de la mesa de la escriba antes de salir al pasillo—. Sígueme, oyente.

Ulim subió de un salto al hombro de Venli y se agarró a su pelo.

—Adelante —susurró—. Pero no le digas nada. En menudo lío estoy metido...

Venli siguió al hombre extraño por el pasillo. Nunca había visto a un humano de aquel tono, aunque no era verdadero ónix como el de las pautas de un oyente. Aquello era más bien el color de un caparazón de rocabrote.

—¿Cuántos más hay? —preguntó Nale a Venli—. Otros spren como él. ¿Cuántos han regresado?

—Nosotros... —empezó a decir Ulim.

—Quiero escuchar a la oyente —dijo Nale.

Venli casi nunca había visto a Ulim callarse, y casi nunca lo hacía cuando ella se lo pedía. Pero con solo una amonestación de aquel hombre, Ulim cerró la boca al instante. Ulim estaba asustado de aquel ser. ¿Significaba eso que las canciones sobre ellos eran ciertas?

Un Heraldo. Vivo.

Ulim tenía razón. El Retorno se había iniciado. Los humanos pronto marcharían para destruir a su pueblo. Era la única conclusión a la que podía

llegar Venli, a partir de su conocimiento de las canciones. Y a partir de haber conocido a aquel hombre.

Tormentas. Su gente *necesitaba* las formas de poder.

Y para obtenerlas, Venli tendría que ingeníárselas para terminar aquella conversación sin que esa criatura la asesinara.

—Responde a mi pregunta —dijo el Heraldo—. ¿Cuántos spren como él están aquí? ¿Cuántos vacíospren han vuelto?

—Yo solo he visto a este —contestó Venli.

—Es imposible que haya permanecido en Roshar todos estos años —dijo Nale—. Ha pasado... mucho tiempo, creo. ¿Generaciones enteras tal vez, desde la última verdadera Desolación?

¿Cómo podía aquel ser no recordar cuánto tiempo había transcurrido desde el final de los Retornos? Quizá estuviera tan por encima de los mortales que no midiera el tiempo del mismo modo.

—Consideraba imposible que cruzaran la distancia entre mundos —dijo Nale—. ¿Podría haber sido que...? No. Imposible. He estado alerta. He tenido cuidado. ¡Debes decírmelo! ¿Cómo lograsteis su retorno?

Qué frialdad. Una voz sin ritmos y sin emociones humanas. Sin embargo, sus palabras... Estaba desvariando. Quizá no medía el tiempo de forma distinta, sino que estaba delirando, ¿verdad? Venli se había planteado decirle la verdad, pero aquellas palabras muertas hicieron retroceder ese instinto.

Tal vez no confiara del todo en Ulim, pero desde luego no podía recurrir a ese Heraldo en su lugar.

—Nosotros no hicimos nada para que volvieran —dijo, arriesgándose a partir de lo que Nale había dicho antes—. Fue lo que vosotros hicisteis.

—Imposible —repitió Nale—. Ishar dijo que solo una Conexión entre los mundos podía provocar que se abriera un puente. Y Taln no se ha rendido. Yo lo sabría si lo hubiera hecho...

—No nos culpes a nosotros de vuestro fracaso —dijo Venli.

Nale mantuvo la mirada hacia delante.

—Así que el plan de Gavilar funciona. El muy necio. Nos destruirá a todos. —Nale puso una mueca de desprecio, una repentina e inesperada ráfaga de emoción—. Ese estúpido idiota. ¡Nos atrae con promesas y luego las rompe al buscar lo que le dije que estaba prohibido! Sí. Esta noche la he oído. La prueba que necesito. Lo sé. Sé que...

«Tormentas —pensó Venli—, de verdad está loco.»

—He estado alerta —siguió parloteando el hombre—. Pero no lo bastante

alerta. Debo tener cuidado. Si los vínculos empiezan a formarse de nuevo... si dejamos el camino abierto... —Se detuvo de pronto en el pasillo, obligando a Venli a dejar de andar también. Su rostro volvió a hacerse llano. Inexpresivo—. Creo que debo hacerte un servicio, oyente. El rey planea traicionar a tu pueblo.

—¿Qué? —dijo ella.

—Podéis evitar el desastre —afirmó Nale—. Esta noche hay un hombre aquí, en la ciudad. He estado siguiéndole la pista debido a sus circunstancias inusuales. Posee un artefacto que pertenecía a un amigo mío. He jurado no tocar dicho artefacto por... motivos que no te conciernen.

El Ritmo de la Confusión vibró en los oídos de Venli. Pero en su hombro, Ulim se había animado.

—Gozo de jurisdicción legal aquí para actuar en nombre del rey —dijo Nale—. No obstante, no puedo emprender ningún acto concreto en su contra. Esta noche he encontrado razones para su ejecución, pero tardaré meses en conseguir la legalidad adecuada.

»Por suerte, he leído vuestro tratado. Hay en él una cláusula que autoriza a una parte a rescindirlo en derecho y atacar a la otra, en caso de disponer de pruebas de que dicha segunda parte conspira contra la primera. Sé a ciencia cierta que Gavilar planea valerse de esa cláusula para lanzar un asalto contra tu pueblo en el futuro cercano. Te entrego ese conocimiento, jurado por un Heraldo del Todopoderoso. Tenéis pruebas de que está conspirando contra vosotros y, en consecuencia, podéis actuar.

»El hombre que puede ayudaros es un esclavo que está a la venta en el mercado. La persona que lo posee confía en que los adinerados visitantes del rey querrán disponer de nuevos sirvientes antes del banquete. Os queda poco tiempo. El esclavo que os interesa será el único hombre shin que haya entre ellos. Las gemas que tu gente lleva como adornos bastarán para comprarlo.

—No lo entiendo —dijo Venli.

Nale miró a Ulim en el hombro de Venli.

—Ese hombre shin porta la hoja de Jezrien. Está bien entrenado y es experto en su uso. —Volvió a mirar a Venli—. Te declaro inocente de todo crimen según la cláusula ochenta y siete del código alezi, que permite absolver a un delincuente que tiene una tarea más vital que cumplir en aras del bien común.

Con eso se marchó a zancadas, dejándolos en el pasillo.

—Eso ha ido de... —dijo Ulim—. Caray. Sí que está mal, sí. Tanto como

algunos Fusionados. Pero tú lo has hecho bien, Venli. Estoy intentando no sonar demasiado sorprendido. Creo que quizás acabes de engañar a alguien que viene a ser un dios.

—Es un viejo truco, Ulim —repuso ella—. Todo el mundo, humano, oyente y por lo visto también un dios, en el fondo sospecha que todo fracaso es suyo propio. Si haces rebotar la culpabilidad hacia ellos, la mayoría de la gente dará por hecho que es la responsable.

—A lo mejor te di por perdida demasiado pronto —dijo él—. Así que la hoja del viejo Jezrien está aquí, ¿eh? Qué curioso.

—¿Qué significa eso?

—Pongamos que tu pueblo empezara una guerra contra los humanos —dijo Ulim—. ¿Eso llevaría a tu gente a la desesperación que buscamos? ¿Adoptarían las formas que les ofrecemos?

—¿Atacar a los humanos? —preguntó Venli a Confusión. Estaban solos en el pasillo, pero aun así bajó la voz—. ¿Por qué íbamos a hacer lo que ha dicho ese Heraldo? No hemos venido para declarar la guerra, Ulim. ¡Yo solo quería que mi gente se preparara para ella, por si los humanos intentaban destruirnos!

Ulim crepitó convertido en relámpago y subió por el brazo de Venli hacia su gema corazón. Ella dudó si permitirle que entrara. El spren funcionaba de manera extraña, sin obedecer las normas. Podía entrar y salir de ella sin una alta tormenta que facilitara la transformación.

Ulim comenzó a hacer vibrar energía a través de ella.

Has sido muy lista, Venli, al engañar a Nale. Esto va a funcionar. Tú y yo. Este vínculo.

—Pero... ¿una guerra?

Me da igual por qué opine Nale que deberíamos atacar al rey, dijo Ulim. Me ha dado una idea. El que vamos a poner en práctica no es el plan de él, sino el tuyo. Hemos venido aquí para que tu gente vea lo peligrosos que son los humanos. Pero ellos son unos idiotas y tú eres sabia. Tú te das cuenta de la grave amenaza que suponen. Tienes que demostrárselo.

—Sí —respondió Venli. En eso consistía su plan.

Ulim se coló en su gema corazón.

Los humanos planean traicionarnos, dijo Ulim. Nos lo ha confirmado un Heraldo. Debemos atacar nosotros antes.

—Y al hacerlo, conseguir que nuestro pueblo se desespere —añadió Venli—. Cuando los humanos contraataquen, amenazarán con destruirnos por

completo. Sí... entonces podré convencer a los oyentes de que necesitan formas de poder. Deberán aceptar nuestra ayuda o arriesgarse a la aniquilación.

Exacto.

—Una guerra... supondrá miles de muertes —dijo Venli, armonizando a Ansiedad. El ritmo llegó menudo y débil. Lejano—. En ambos bandos.

Tu pueblo recuperará su legítima posición como gobernante de toda esta tierra, dijo Ulim. *Sí, antes de eso se derramará sangre. Pero al final gobernaréis, Venli. ¿Podéis pagar ahora este pequeño precio, a cambio de glorias sin parangón en el futuro?*

¿Si eso significaba ganar la suficiente fuerza para no ser débil nunca más? ¿Para no volver a sentirse jamás tan pequeña como lo había hecho ese día?

—Sí —dijo Venli, armonizando a Destrucción—. ¿Qué tenemos que hacer?

Las armas de los tritáspren pueden ir enterradas o no, y a veces flotan en el aire a sus costados o espaldas sin necesidad de una sujeción física para permanecer con ellos.



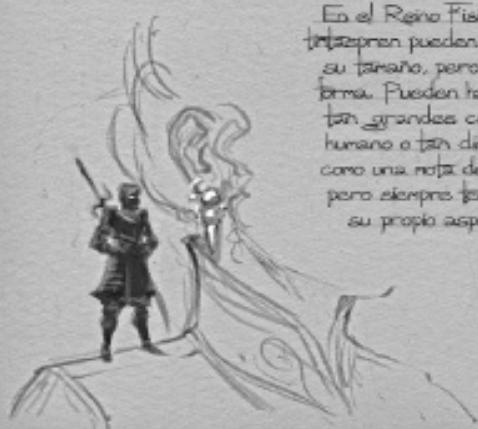
No llevan armadura. En lugar de eso, la armadura forma parte de sus sustancias, y en ocasiones desafía los conceptos humanos de anatomía.



Me recuerda nubes al acero que al caparazón.

Cada superficie tiene un lustre iridiscente; un cúmulo de arco iris que se desplaza con independencia de los luces que lo rodean.

En el Reino Físico, los tritáspren pueden cambiar su tamaño, pero no su forma. Pueden hacerse tan grandes como un humano o tan diminutas como una nota de polvo, pero siempre tendrán su propio aspecto.



EL JUEZ SUPREMO



Palabras, decía. ¿Por qué palabras ahora? ¿Por qué escribo?

Shallan llegó a toda prisa a la habitación que compartía con Adolin, apartando de su mente la extraña experiencia con Dieciséis. No había necesidad de pensar en... esa otra spren. La ojomuerta críptica. «Concéntrate y no dejes que Radiante vuelva a asomar.»

Patrón le pisaba los talones y cerró la puerta con un chasquido.

—¿No habías quedado con Adolin ahora mismo?

—Sí —dijo Shallan, arrodillándose junto a la cama para sacar su cofre de debajo—. Por eso es el mejor momento para hablar con Mraize, porque no corremos el riesgo de que entre él.

—Se preguntará dónde estás.

—Después se lo compensaré —respondió Shallan, abriendo el cerrojo del cofre y mirando dentro.

—¿Velo? —dijo Patrón, acercándose.

—No. Soy Shallan.

—¿Lo eres? Te noto rara, Shallan. Mmm. Debes escucharme. Sí que utilicé el cubo. Tengo una copia de la llave de tu cofre. Sagaz me ayudó.

—Da lo mismo —dijo Shallan—. Está hecho. No importa. Da igual. Superémoslo y...

Patrón se arrodilló a su lado y le cogió las manos. Su patrón, que tan ajeno le había resultado en otro tiempo, ya era familiar. Shallan tenía la sensación de que mirando sus líneas cambiantes podía ver secretos sobre cómo funcionaba el mundo. Quizá hasta sobre cómo funcionaba ella.

—Por favor —dijo Patrón—, déjame contártelo. No tenemos que hablar de tu pasado; he hecho mal en intentar obligarte. Sí, es verdad que cogí el cubo. Para hablar con Sagaz. ¡Él también tiene un cubo como este, Shallan! Me lo dijo.

»Me tenías muy asustado. No sabía qué hacer. Así que le pedí ayuda y me dijo que podíamos hablar mediante el cubo, si me preocupaba. Mmm... por lo que te estaba pasando. ¡Me dijo que soy muy divertido! Pero la última vez que hablé con él, me hizo una advertencia. Los Sangre Espectral lo estaban espiando. Alguien más oyó las cosas que le dije. Por eso Mraize estaba al tanto de todo.

—Hablaste con Sagaz —susurró Shallan—. ¿Y un espía lo oyó? Eso... eso significa...

—Que ningún amigo tuyo es un traidor —dijo Patrón—. ¡Excepto yo! ¡Pero solo un poco! Lo siento.

No había espía. Y Patrón...

¿Aquellos eran otra mentira? ¿Estaba Shallan envolviéndose tanto en ellas que no alcanzaba a ver lo que era cierto? Aferró las manos demasiado largas de Patrón. ¡Cuánto anhelaba volver a confiar!

Tu confianza mata, Shallan, pensó la parte oscura de ella. La parte a la que había llamado Sinforma. Solo que no era algo sin forma. Shallan sabía exactamente qué era.

De momento, se retiró... y liberó a Velo y a Radiante. Velo tomó el control de inmediato, dio un respingo y se llevó una mano a la cabeza.

—T tormentas —susurró—. Eso sí que ha sido una... experiencia rara.

—He empeorado las cosas —dijo Patrón—. Soy muy estúpido.

—Intentabas ayudar —repuso Velo—. Pero deberías habérmelo dicho. Soy Velo, por cierto. Podría haberte ayudado.

Patrón zumbó con suavidad. Velo tuvo la impresión de que el spren no confiaba en ella por completo. Bueno, ella tampoco tenía la certeza de confiar en su propia mente por completo, así que bien estaba.

—Lo que has dicho nos dará mucho que pensar —dijo Velo—. De momento, por favor, no vuelvas a ocultarnos nada, ¿de acuerdo?

El patrón de Patrón se ralentizó y luego se aceleró. Asintió con la cabeza.

—Estupendo.

Velo respiró hondo. Bueno, esa parte se había acabado.

¿Quién mató a Ialai?, preguntó Shallan desde su interior.

Velo titubeó.

Puede que Patrón fuese quien movió el cubo todas esas veces, dijo Shallan. *Y es por él que Mraize se enteró de la trampa que tendimos con los spren corrompidos. Pero alguien mató a Ialai. ¿Quién fue?*

Tormentas. Aquel desastre seguía teniendo cabos sueltos. Muchos. Pero Velo necesitaba tiempo para digerirlo. Así que de momento apartó de su mente todo el asunto y sacó el cubo de comunicación. Repitió el ensalmo.

—Tráeme a Mraize, cubo, y transfiere mi voz a él.

Esa vez tardó más que las anteriores, y Velo no sabía a qué se debía la diferencia. Estuvo unos diez minutos esperando antes de que Mraize hablara por fin.

—Espero que solo tengas buenas noticias de las que informar, pequeña daga —dijo su voz.

—Son malas noticias, pero voy a dártelas igual —respondió ella—. Soy Velo, y tengo a Patrón aquí. Hemos descartado al último humano de Integridad Duradera. O Restares sabe disfrazarse mejor de lo que yo puedo distinguir o no está aquí.

—¿Cómo de segura estás de eso? —preguntó Mraize, tranquilo. Velo nunca lo había visto molestarse por las malas noticias.

—Depende —respondió ella—. Como te he dicho, podría haberse disfrazado. O quizás tu información esté mal.

—Es posible —reconoció Mraize—. La comunicación entre reinos es difícil y la información viaja despacio. ¿Has preguntado si algún humano abandonó la fortaleza hace poco?

—Afirman que el último humano se marchó hace cinco meses —dijo Velo—. Pero fue Celeste, no Restares. A ella la conozco. He descrito nuestra presa a varios honorspren, pero dicen que la descripción es demasiado imprecisa y que para ellos muchos humanos se parecen entre sí. Me inclino a pensar que dicen la verdad. Tampoco mencionaron que Dieciséis, la persona que llevaba unos días planeando interceptar, era shin.

—Preocupante —dijo Mraize.

—Las respuestas que me has dado han sido vagas —dijo Velo—. Te lo preguntaré a las claras. ¿Es posible que Restares se haya convertido en Tejedor de Luz? Los crípticos tienen unos requisitos para vincularse muy

distintos a los de muchos otros Radiantes.

—Dudo muchísimo que Restares se haya unido a ninguna orden Radiante —respondió Mraize—. No está en su naturaleza. Pero supongo que tampoco podemos negar la posibilidad. En el Cosmere existen variantes del tejido de luz que no requieren ningún spren, y además existen las hojas de Honor y en los últimos tiempos no se les ha seguido bien la pista, ni siquiera por parte de nuestros agentes.

—Creía que estaban todas en Shinovar excepto la que empuña Moash.

—Lo estaban.

Mraize lo dijo con sencillez, sin ambages, pero con un tono que implicaba que no proporcionaría a Velo más información al respecto. A menos que completara aquella misión, en cuyo caso había prometido responder a todas sus preguntas.

—Deberías obtener luz tormentosa —sugirió Mraize—. Si no has encontrado a Restares, es posible que él ya sepa que estás ahí, y eso podría ser peligroso. No es de los que luchan sin estar acorralados, pero si lo fuerzan, hay pocos seres tan peligrosos como él en este planeta.

—Genial, maravilloso —dijo Velo—. Es bueno saber que tengo que empezar a dormir con un ojo abierto. Podrías haberme avisado.

—Teniendo en cuenta tu paranoia, ¿habrías hecho algo de otra manera? —Mraize sonaba divertido.

—Supongo que tienes razón sobre la luz tormentosa —dijo Velo—. Los honorospren tienen una reserva. Nos permitieron usarla para curar a Adolin. Me pregunto de dónde habrán sacado tantas gemas perfectas para contenerla tanto tiempo.

—Han tenido milenios para reunirlas, pequeña daga —respondió Mraize—. Y les encantan las gemas, quizá por el mismo motivo que nosotros admiramos las espadas. Durante los tiempos de los Radiantes, algunos incluso se creían las historias sobre la Piedra de las Diez Albas y dedicaban vidas enteras a buscarla. ¿Cómo vas a obtener luz tormentosa de los honorospren?

—Empezaré a trabajar en un plan —dijo ella.

—Excelente. ¿Y cómo está tu... estabilidad, pequeña daga?

Velo pensó en Shallan tomando el control y encerrando de algún modo a Velo y Radiante.

—Podría ir mejor —admitió.

—Las respuestas ayudarán a liberarte —dijo Mraize—. Cuando te las

hayas ganado.

—Tal vez —replicó Velo—. O tal vez te sorprenderás por las cosas que ya sé.

El problema no era conseguir respuestas. Era encontrar la entereza para aceptarlas.

Bueno, ¿había alguna manera de confirmar lo que había dicho Patrón sobre Sagaz y los Sangre Espectral espiándolo? Dio unas vueltas a la idea, pero decidió no decir nada. No quería revelar demasiadas cosas a Mraize.

Sus meditaciones se interrumpieron por el ruido de gente gritando. No era un suceso nada habitual en territorio de los honorspren.

—Tengo que irme —dijo a Mraize—. Está pasando algo.

Los honorspren tenían una gran variedad de razones para retrasar el juicio de Adolin. La primera excusa, y también la más evidente, era que debían esperar al «juez supremo», un spren que estaba fuera de patrulla. Adolin había pasado semanas suponiendo que sería el Padre Tormenta, por cómo hablaban de él. Pero cuando lo había mencionado unos días antes, los honorspren se habían reído.

Por tanto, ya no tenía ni idea de quién o qué era ese juez supremo, y las respuestas que le daban eran muy raras. El juez supremo era algún tipo de spren, eso parecía estar claro. Pero no un honorspren. El juez era de una variedad muy infrecuente.

En cualquier caso, esperar a que regresara el juez supremo daba tiempo a los honorspren para reunir documentación, notas y testimonios. Pero aunque todo eso hubiera estado listo, tampoco habrían permitido que el juicio comenzara todavía. Porque según ellos, Adolin era idiota.

Bueno, tampoco se lo habían dicho con esas palabras. Pero Adolin no podía evitar sospechar que era lo que opinaban. Tenía una lamentable ignorancia de lo que ellos consideraban el proceso judicial correcto. Por eso tenía la reunión de ese día. En jornadas alternas, recibía instrucción. Los honorspren eran bastante claros respecto a una cosa: la propuesta de Adolin, tal y como la había expresado, les permitía condenarlo por traición y asesinato. Aunque esa no había sido del todo su intención, aquel juicio permitiría a los honorspren endosarle los delitos de los antiguos Radiantes. Así que antes de hacerlo, querían que Adolin comprendiera bien el proceso judicial. Qué seres más extraños.

Caminó sin hacer ruido por la biblioteca, un edificio largo y plano en la

cara norte de Integridad Duradera. A los honorspren les gustaban los libros, a juzgar por la enorme colección que tenían, pero era raro verlos allí dentro. Parecían disfrutar de la posesión de libros, considerándolos reliquias que acumular.

La tutora de Adolin no se parecía en nada a ellos. Estaba subida a una escalerilla hojeando libros de un estante alto. Su ropa, creada a partir de su propia sustancia, recordaba a la vestimenta de una comerciante thayleña: falda a la altura de las rodillas con blusa y chal. Al contrario que los honorspren, su coloración era negra ébano, con un cierto lustre según le diera la luz. Como los distintos colores que el aceite despertaba en la hoja de una espada.

Era una tintaspren. Jasnah estaba vinculada con uno de ellos, aunque Adolin nunca lo había visto. Aquella se hacía llamar Mezcla, nombre que a Adolin le resultaba peculiar.

—Ah, alto príncipe —saludó la spren al verlo llegar—. Eres.

—Soy —respondió él. En las semanas que llevaban reuniéndose, Adolin se había acostumbrado bastante a su particular manera de expresarse.

—Bien, bien —dijo ella, bajando de la escalerilla—. Nuestro tiempo ya casi no es. Ven, debemos hablar.

—¿Nuestro tiempo ya casi no es? —preguntó Adolin, apresurándose a seguirla.

Mezcla era más bajita que la mayoría de los honorspren, y llevaba el pelo, negro puro como el resto de ella, recogido en algo que no era del todo una trenza. Aunque su piel era en su mayoría negra monocromática, unas tenues variaciones delineaban sus rasgos, haciendo más visibles su rostro redondo y su pequeña nariz.

—Sí —dijo ella—. Los honorspren han puesto fecha a tu juicio. *Es*.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días.

—¿El juez supremo está aquí, entonces? —preguntó Adolin mientras llegaban a su mesa de estudio.

—Debe de volver pronto —dijo ella—. O quizá ya esté aquí. Por tanto, debemos tomar decisiones. —Se sentó sin interrumpir su torrente de palabras—. No estás preparado. Tu progreso no es, alto príncipe Adolin. No lo digo para offenderte. Simplemente *es*.

—Lo sé —respondió él, sentándose—. La ley honorspren es... compleja. Ojalá pudieras hablar tú en mi nombre.

—No es como hacen las cosas.

—Todo esto parece diseñado para ser frustrante.

—Sí —convino ella—. No es sorprendente, ya que el sistema lo estableció un puritano puñado de remilgados botones demasiado pulidos.

Los tintaspren y los honoraspren no se apreciaban demasiado. Y se suponía que Mezcla era de las más diplomáticas entre los suyos, ya que era la emisaria oficial de los tintaspren en Integridad Duradera.

—Conozco a una honoraspren en mi reino —dijo Adolin—. Puede ser... interesante a veces, pero yo no la llamaría remilgada.

—¿La Antigua Hija? —preguntó Mezcla—. No es la única cuya personalidad es como dices. Antes muchos honoraspren eran como ella. Otros aún lo son. Pero Integridad Duradera, y aquellos que aquí son, han tenido un gran efecto en muchos honoraspren. Predican el aislamiento. Otros escuchan.

—Es una medida demasiado extremada —dijo Adolin—. Tienen que darse cuenta de que hay una manera mejor de lidiar con su enfado hacia los humanos.

—Estoy de acuerdo. Una mejor solución es. Yo te mataría y punto.

Adolin se sobresaltó.

—¿Disculpa?

—Si un humano intenta vincularme —dijo Mezcla mientras buscaba entre los libros de su pila—, atacaré y lo mataré. Esa mejor solución es.

—No creo que los Radiantes establezcan vínculos por la fuerza —dijo Adolin.

—Usarán antes la coacción. Yo atacaría primero. Tu especie no es de fiar.

—Apartó un libro, negando con la cabeza—. En todo caso, me preocupa tu formación. Es endeble, aunque no por culpa tuya. Los honoraspren usarán las complejidades de sus leyes contra ti, en tu perjuicio. Serás como un niño intentando librarse de un duelo. Creo que los juicios entre los tuyos son más directos, ¿me equivoco?

—En pocas palabras, te presentas ante el ojos claros que esté al mando y le expones tu caso —respondió Adolin—. Él te escucha, a lo mejor conferencia con testigos o expertos, y luego dicta sentencia.

—Breve, simple —dijo ella—. Muy defectuoso, pero simple. A los honoraspren de esta región les gusta tener sus normas. Pero quizás una mejor solución es. —Levantó uno de los libros que había estado hojeando cuando llegó Adolin—. Podemos solicitar un juicio por testimonio. Es una variedad más similar a la que ya conoces.

—Suena muy bien —repuso Adolin, relajándose. Si tenía que soportar otra lección con expresiones como «evidencia exculpatoria» o «restitución compensatoria», estaba dispuesto a pedir que lo ejecutaran y acabar con todo.

Mezcla fue tomando notas mientras hablaba.

—Es bueno que haya pasado estas semanas adiestrándote en los conceptos básicos. Eso te preparará para tener la mejor probabilidad de victoria, que consiste en adoptar este formato. En consecuencia, antes de explicártelo, recita tu estrategia de defensa general.

La habían repasado docenas de veces, hasta el punto de que Adolin podría decirla hasta al revés. Pero no le importó repetirlo: a los soldados se los entrenaba en las formaciones de batalla hasta que podían hacer las maniobras estando dormidos. Y aquel juicio iba a ser como una batalla. Mezcla le había advertido numerosas veces que tuviera cuidado con las emboscadas verbales.

—Debo persuadirlos de que no pueden hacerme responsable de los actos de los antiguos Radiantes —dijo Adolin—. No pueden condenarnos a mí ni a mi padre por las cosas que hicieron los humanos de la antigüedad. Para lograr eso, les demostraré mi personalidad, les demostraré que los Radiantes modernos no guardan ninguna relación con las viejas órdenes y les demostraré que nuestros actos en reacción a la crisis actual son una prueba del honor de la humanidad.

Mezcla asintió.

—Escogeremos un juicio por testimonio. Suponiendo que acepten tu solicitud, el juicio se desarrollará en tres fases a lo largo de tres días. El primer día el juez supremo escucha tres testimonios en tu contra. El segundo día testificas tú. El último día la acusación tiene permitida una refutación y luego se solicita sentencia. Este formato no suele escogerse, porque otorga demasiado peso al testimonio contra ti. Sin embargo, dado lo laxo que es tu conocimiento de los sistemas legales es, en fin... esta opción la mejor es.

Adolin sintió un profundo estremecimiento. Desearía una pelea que pudiera afrontar espada en mano, pero ahí estaba el problema. Cualquier Radiante podría hacerlo mejor que él en una pelea como esa, por lo que en la práctica su dominio de la espada había quedado obsoleto. Era imposible que Adolin entrenara hasta alcanzar el nivel de un Radiante, capaz de sanar de las heridas y atacar con agilidad y fuerza sobrenaturales. El mundo había pasado a una era en la que solo ser experto en esgrima ya no era suficiente.

Lo cual lo obligaba a buscar un nuevo lugar. Su padre siempre se quejaba de no estar hecho para la diplomacia, y Adolin estaba decidido a no tener que

afirmar lo mismo.

—Si puedo exponer mis argumentos el segundo día, me parece bien —dijo—. Los demás métodos que me has sugerido requerirían que comprendiera demasiado sobre sus leyes.

—Sí —respondió Mezcla—. Pero me preocupa que, al testificar, te incrimines a ti mismo. O peor, te arriesgas a hacer preguntas al público y exponerte a sus condenas. Podrías acabar tú solo enfrentado a una hueste de expertos en legislación y retórica.

—Pero tengo que hablar por mí mismo —dijo Adolin—. No concibo ninguna forma de lograr lo que pretendo sin hablar con ellos. Debo demostrar mi valía y apelar a su honor.

Mezcla pasó sus páginas de anotaciones. Adolin se había dado cuenta de que cuando no lo miraba era porque tenía algo difícil que decir.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Adolin.

—Tienes mucha fe en su honor, príncipe Adolin. Tu sentido de la justicia... es.

—Son honorables —dijo él—. ¿No están como obligados a ser honorables?

—Un interrogante es en esto —respondió Mezcla—. Sí, son honorables. Pero el honor... no es algo que... que es.

—¿A qué te refieres?

—Los humanos definen el honor —dijo Mezcla—. Y ningún dios puede hacerlo cumplir, ya no. Además, los spren como nosotros no son seres sin mente. Nuestra voluntad es fuerte. Nuestras percepciones moldean nuestras definiciones de conceptos como el honor, lo correcto y lo incorrecto. Igual que pasa con los humanos.

—Estás diciéndome que lo que ellos perciben como honorable podría no ser lo que yo considero como tal. Syl ya me lo advirtió.

—Sí —dijo ella—. Lo que son define el honor para ellos. Sean lo que sean.

—Eso... da miedo —reconoció Adolin—. Pero existe la bondad en ellos. Cuidan de los ojomuertos, Maya incluida, con gran empeño y atención.

—Hum... sí —dijo Mezcla—. Esa. ¿Te dijo su nombre algún otro spren?

—No, me lo dijo ella misma.

—Los ojomuertos no hablan. Esto es.

—No paráis de repetir lo mismo, pero os equivocáis todos —replicó Adolin—. La oí en mi mente. Fue solo una vez, cierto, pero me dijo su nombre. Mayalaran. Es mi amiga.

Mezcla ladeó la cabeza.

—Curioso. Muy curioso...

—En el fondo, los honorsspren deben de querer ayudar. Seguro que me escucharán. Seguro que podré hacérselo entender.

—Te daré las mejores opciones que pueda —dijo ella—. Pero debes entender esto. Los spren, todos los spren, os temen con buen motivo. Para demostrar que te equivocas, solo necesitan establecer que vincularse con humanos *es* un riesgo. Que los fracasos previos de la humanidad justifican la cautela.

—Todo es un riesgo.

—Sí. Y por ese motivo este juicio... no te favorece. Esta verdad *es*, principio Adolin.

—¡Por como hablas, parece que no tengo ninguna posibilidad! —exclamó Adolin, intentando darle un tono risueño.

Ella cerró su libro. Y no respondió.

Adolin respiró hondo.

—Muy bien. ¿Cómo procederemos? —preguntó.

—Sospecho que lo mejor es averiguar si el regreso del juez supremo es.

Mezcla se levantó y dejó los libros en la mesa mientras avanzaba con paso firme hacia la puerta, a todas luces esperando que Adolin la siguiera. Afirmaba odiar a los honorsspren por una antigua rivalidad, pero desde luego se comportaba igual que ellos. Ni ellos ni ella guardaban mucha deferencia a los títulos humanos, por ejemplo. Adolin no se consideraba un estirado, pero ¿no podrían tratarlo con un poco más de respeto?

Fuera, como siempre, tuvo aquel momento de chirriante desconexión mientras su cerebro intentaba asumir que abajo no era abajo y arriba no era arriba. Que la gente caminaba por las cuatro caras interiores de aquella torre rectangular.

No creía que jamás fuese a sentirse a gusto en aquel lugar. Los spren afirmaban que no era ninguna potenciación lo que les daba la posibilidad de andar por las paredes allí, que era la prolongada presencia de los honorsspren lo que permitía a la torre decantarse por un tipo distinto de ley natural. Quizá los argumentos de aquel estilo tuvieran algún sentido para Shallan. ¿Dónde estaba, por cierto? Solía llegar tarde a aquellas sesiones de tutoría, pero en general se presentaba, al menos.

Mezcla lo llevó hasta la arista entre el plano septentrional y el occidental, dado que la mayoría de los edificios oficiales estaban en la cara oeste. Adolin

siempre encontraba curiosa aquella parte: tenía que levantar una pierna y ponerla en la pared. A continuación echaba la espalda hacia atrás mientras levantaba la otra pierna, con la sensación de que estaba a punto de caer. Pero en vez de dar contra el suelo, todo parecía rotar y se encontraba de pie en el otro plano.

—Lo haces mejor que la mayoría de los humanos —comentó Mezcla—. Suele parecer que el proceso les provoca náuseas.

Él se encogió de hombros y la siguió hacia una hilera de edificios bajos apiñados cerca de la base de la torre. La mayoría de las construcciones en Integridad Duradera tenían solo una planta. Adolin no estaba seguro de lo que ocurriría si construían demasiado alto. ¿Se correría el peligro de caer hacia el verdadero suelo?

Pasaron junto a varios grupos de honorspren, y Adolin pensó en lo que había dicho Mezcla acerca de sus naturalezas. No eran simples seres de honor, sino del honor tal y como lo definían los propios spren. Bueno, quizás no fueran todos tan altivos como parecían. De vez en cuando Adolin entreoía risas o captaba el atisbo de una sonrisa traviesa. Pero entonces pasaba algún honorspren uniformado más mayor y todo el mundo volvía a ponerse solemne. Aquellas criaturas parecían atrapadas entre un instinto juguetón y sus naturalezas como spren de los juramentos.

Esperaba estar yendo hacia otra tediosa discusión con los honorspren que se ocupaban de su caso, pero antes de que Adolin y Mezcla entraran en el edificio de justicia, la spren se detuvo e inclinó la cabeza a un lado. Le hizo una señal para que Adolin la siguiera en otra dirección, y no tardó en descubrir por qué. Había cierto alboroto en el plano del suelo, cerca de los portones de la ciudad. Adolin tuvo un momento de pánico pensando que quizás sus amigos habían decidido rescatarlo en contra de sus deseos, seguido de una preocupación más profunda por si todos aquellos ojomuertos de fuera habían decidido de repente invadir la fortaleza.

Pero no era ninguna de las dos cosas. Se había congregado un grupo de spren alrededor de un recién llegado.

—¿El juez supremo? —aventuró Adolin.

—Sí —dijo Mezcla—. Excelente. Puedes plantearle tu solicitud.

Echó a andar en esa dirección, descendiendo por la cara occidental.

Adolin la siguió hasta distinguir los detalles de la figura que tan alterado tenía a todo el mundo.

El juez supremo, al parecer, era humano.

—¿Humano? —dijo Velo, deteniéndose de sopetón—. Eso es imposible.

Entornó los ojos para escrutar la figura que veía abajo y no tuvo que acercarse más para confirmar lo que ya le estaba diciendo su instinto. Era un alezi bajito con el pelo ralo. Era él, la persona a la que estaba buscando. El juez supremo era Restares.

—Mmm... —respondió Patrón—. Pero dijeron que el juez supremo era un spren. ¿Quizá los honorospren mintieron? Mmm...

Velo se acercó a una pequeña muchedumbre de honorospren que se había acumulado en el plano sur para mirar embobados al recién llegado. Entre ellos estaba Lusintia, la honorospren a la que habían encargado hacer de guía a Velo durante su primer día en la fortaleza. Era una spren de poca altura, con el pelo largo hasta más o menos la punta de la barbilla. No llevaba uniforme, pero la chaqueta rígida y los pantalones que le gustaba ponerse podrían haberlo sido perfectamente.

Velo se abrió paso a codazos hasta Lusintia, provocando miradas estupefactas de los honorospren, que no solían comportarse así cuando se amontonaban. Patrón se escurrió tras ella en la estela que dejaba.

—Ese no puede ser el juez supremo —dijo Velo, señalando—. Te hice la pregunta concreta de si el juez supremo era humano.

—No lo es —respondió Lusintia.

—Pero...

—Quizá tenga la forma de un hombre —dijo Lusintia—, pero es un spren eterno e inmortal que nos bendice con su presencia. Ese es Kalak, a quien tu pueblo llama Kelek'Elin. Heraldo del Todopoderoso. Nos ordenó que no dijéramos a nadie que estaba aquí, y sobre todo que no habláramos de él a los humanos, motivo por el cual no teníamos permitido responder a tus preguntas hasta que lo vieras por ti misma. Un Heraldo. Condenación. El hombre que Mraize la había enviado a encontrar y, según sospechaba, el hombre al que quería que matara, era uno de los Heraldos.

HERIDA ABIERTA



Jezrien cayó. A pesar de estar tan lejos aquí fuera, en Integridad Duradera, sentí cómo nos lo arrancaban. El Juramento ya estaba roto, pero la Conexión permanecía. Todos nosotros podemos sentir a los demás, hasta cierto punto. Y después de investigar, sé la verdad de lo que le sucedió. Lo sentí como una muerte al principio, y creo que eso es en lo que devino.

Rlain entró en la lavandería y notó que todas las tormentosas cabezas del lugar se volvían para mirarlo. Los guardias cantores de la puerta espabilaron y uno dio un codazo al otro canturreando a Curiosidad. Las mujeres humanas que trabajaban en las enormes tinas de agua jabonosa giraron la cabeza mientras frotaban. Los hombres que movían la ropa metiendo largas varas en las cubas de sosa pararon y se secaron la frente. La charla se redujo a susurros.

Rlain. Traidor. Rechazar. Rareza.

Rlain mantuvo la cabeza alta. No había sobrevivido al Puente Cuatro para dejarse intimidar por una cámara tranquila de ojos mirones, pero tampoco pudo evitar sentirse como la única gema del montón que no brillaba. De algún modo, con la invasión cantora de Urihiru, se había vuelto incluso más extranjero.

Dejó atrás las tinas y las cubas en dirección a la zona de secado. Algunos de los fabriales originales de la torre —los elevadores, los principales pozos, la ventilación— estaban alterados para funcionar con luz del vacío. Eso

significaba que los trabajadores podían dejar allí la ropa en grandes anaqueles para que se secara donde los conductos de ventilación soltaban un poco más de aire. Se decía que los Fusionados pondrían pronto en funcionamiento otros fabriales de la torre, pero a Rlain no le contaban sus planes.

Cerca de los anaqueles de secado encontró un carrito esperándolo, lleno de ropa de cama limpia. Contó las sábanas mientras el capataz, un humano ojos claros que siempre parecía estar por allí cuando iba Rlain, se apoyaba contra la pared cerca de él y se cruzaba de brazos.

—Bueno —dijo el hombre—, ¿y cómo es? Moverte por toda la torre. Gobernar el lugar. Tiene que estar bien, ¿no?

—Yo no goberno nada —respondió Rlain.

—Claro, claro. Pero debe de sentar bien estar al cargo de toda esa gente que antes era tu dueña.

—Yo soy oyente —dijo Rlain a Irritación—. Nunca fui esclavo de los alezi, solo un espía que aparentaba serlo.

Bueno, exceptuando la época del Puente Cuatro. Eso sí que había parecido verdadera esclavitud.

—Pero ahora tu gente está al mando —insistió el hombre, absolutamente incapaz de captar una indirecta.

—No son mi gente —dijo Rlain—. Yo soy oyente, o sea que vengo de un país distinto del todo. Soy tan parecido a ellos como tú a un iriali.

El hombre se rascó la cabeza al oírlo. Rlain suspiró y movió el carrito para recoger unas almohadas. Las mujeres de allí no solían hablar con él, así que pudo amontonar las almohadas sin recibir más que unos pocos ceños fruncidos.

Pero sí que oía sus bisbiseos, por desgracia. Mejor de lo que ellas debían de pensar.

—... así que no hables muy alto —estaba diciendo una—. O te denunciará a ellos.

—Estaba aquí todo el tiempo —susurró otra—, observando a los Corredores del Viento, planeando el mejor momento para atacar. Es él quien los envenenó.

—Está rondándolos a todas horas como un spren vengativo —dijo una tercera—. Para matar a cualquiera que despierte. A cualquier que...

Dio un gañido cuando Rlain se volvió hacia las tres mujeres. Pusieron los ojos como platos y retrocedieron. Rlain podía sentir su tensión mientras se acercaba a ellas.

—Me gusta jugar a las cartas —dijo.

Las tres la miraron horrorizadas.

—Cartas —dijo Rlain a Anheló—. Juego mejor a torres, pero también me gusta el rodeo. Soy bastante bueno, ¿sabéis? Bisig dice que es porque se me da bien hacer faroles. Me divierte. Me gusta.

Las tres mujeres se miraron entre ellas, a todas luces confusas.

—He pensado que deberíais saber algo sobre mí —dijo Rlain—. Se me ha ocurrido que a lo mejor en ese caso dejaríais de inventaros cosas.

Las saludó con la cabeza, se obligó a armonizar a Paz y siguió atando las almohadas encima de su carrito. Cuando empezó a llevárselo, regresaron los susurros.

—Ya lo habéis oído —siseó la primera mujer—. ¡Le gusta apostar! No me extraña. Esa gente puede ver el futuro, ¿sabéis? Asquerosos poderes del Vacío. Se aprovecha de quienes son tan tontos como para apostar contra él...

Rlain suspiró, pero siguió adelante. Al llegar a la puerta, sabía que debía apartarse a un lado porque uno de los cantores intentaría ponerle la zancadilla. No se habían cansado de aquella vieja y horrible treta, por muchas veces que la repitieran. Se alejó deprisa de la puerta, pero no antes de que uno de ellos le gritara «¡Nos vemos mañana, traidor!» al Ritmo de la Reprimenda.

Rlain empujó su carrito por los pasillos de Urihiru. Había mucha gente fuera, tanto humana como cantora. Transportar agua desde los pozos era un empleo a tiempo completo para varios centenares de trabajadores. Mucha población había emigrado desde el perímetro, que estaba volviéndose demasiado frío. Se apiñaban en aquellas salas interiores.

Los humanos se apartaban de su camino. La mayoría de los cantores ni lo miraban, pero quienes lo hacían solían reparar en su tatuaje. Sus ritmos cambiaban y sus ojos lo seguían. Algunos lo odiaban por la traición de sus antepasados. A otros les habían dicho que los oyentes eran un grupo de pioneros que habían preparado el regreso de Odium. Esos trataban a Rlain con reverencia.

Ante todo eso, ante los humanos temerosos, los regios desconfiados y el ocasional asombro de los cantores comunes, deseó poder ser tan solo Rlain. Odiaba que para todos ellos fuese una especie de representante de un pueblo entero. Quería que lo vieran como una persona, no como un símbolo.

Lo más cerca que había estado de ello fue entre los hombres del Puente Cuatro. Aunque lo hubieran llamado «Shen», nada menos. Era como si llamaran a un hijo suyo «Humano». Pero por muchos defectos que tuvieran,

le habían proporcionado un hogar. Porque habían estado dispuestos a intentar verlo tal y como era.

Mientras empujaba el carrito localizó de nuevo el cremlino. Ese marrón normal y corriente que correteaba por las paredes cerca del techo, disimulando su color con el de la mampostería. Seguían observándolo.

Venli le había advertido de ello. La invisibilidad de los vacíospren no funcionaba bien en la torre. Así que por lo visto, cuando querían tener un ojo echado a alguien, habían empezado a meterse en la gema corazón de algún animal. Rlain intentó fingir que no lo había visto. Al cabo de un rato el cremlino se volvió y corrió hacia otro pasillo distinto. Los vacíospren no podían controlar del todo a los animales que vinculaban: al parecer, cuanto más tonto fuese el animal, más podían influir en él. Por tanto, no había forma de saber si el vacíospren pensaba que ya había visto suficiente o si era solo que su anfitrión se había distraído con algo.

Rlain acabó llegando al atrio y, al igual que mucha gente, se detuvo un momento para disfrutar de la luz que entraba por la enorme ventana oriental. Por allí siempre circulaba mucha gente de un tiempo a esa parte. Aunque solo los cantores más privilegiados podían usar los elevadores, allí iba gente de las dos especies por la luz.

Cruzó el atrio con su carrito y lo metió en la enfermería de los Radiantes. No pudo relajarse todavía, ya que en la sala había una cantidad sorprendente de humanos moviéndose entre los Radiantes caídos.

Todos aparentaban tener algún motivo para estar allí. Aguadores, gente que cambiaba las bacinillas, otros a los que habían reclutado para ayudar a alimentar con caldo a los Radiantes. Siempre había nuevos voluntarios, desde que los hombres y mujeres de la torre habían convertido aquel lugar en una especie de centro de peregrinación. Echaban un vistazo a los Radiantes. Cuidaban de ellos. Y luego se iban a quemar oraciones por su recuperación. Nadie de quienes trabajaban allí parecía consciente de que, menos de dos años antes, se les habría llenado la boca con el nombre de los Radiantes Perdidos al maldecir.

Los ojos persiguieron a Rlain, que, obligándose a caminar al Ritmo de la Paz, entregó el carrito de sábanas y almohadas recién lavadas a quienes estaban cambiándolas. Ese día supervisaba el trabajo un hombre de un solo brazo y ojos atribulados. Como casi todos los demás en la enfermería, se había pintado el glifo *shash* en la frente. Eso tenía desconcertado a Rlain.

Unos días antes Lezian el Perseguidor había ordenado a sus tropas que

apalearan a quienes llevasen la marca en la frente, aunque al día siguiente Rabeniel había anulado la orden. Aun así, resultaba extraño que tantos humanos se la pusieran. Era imposible que no comprendieran que estaban señalándose a sí mismos.

Aunque el Perseguidor había tenido que contener a sus hombres y después de eso se habían producido menos incidentes, Lezian seguía favoreciendo un aumento de la brutalidad en la torre. Había tomado la perturbadora decisión de apostar soldados allí, en la enfermería: dos regios en forma tormenta que iban rotando con otros como ellos para montar guardia a todas horas.

Rlain sintió sus miradas mientras se dirigía al fondo de la estancia, donde Lirin y Hesina habían colgado sábanas usadas para separar una sección como una especie de oficina y dormitorio para ellos. Rlain se obligó a armonizar a Confianza hasta que pudo pasar entre las sábanas.

Dentro encontró a Lirin observando a los formas tormenta. Detrás de él habían montado un pequeño puesto médico donde Lirin podía atender a pacientes, porque cómo no iba a hacerlo. Kaladin hablaba a veces de su padre y Rlain tenía la sensación de conocer bien a Lirin y Hesina, aunque se relacionaba en persona con ellos solo desde hacía unas semanas.

—¿Y bien? —preguntó Rlain.

—Esos regios nos han visto a Hesina y a mí —susurró Lirin—. No hemos podido seguir escondidos todo el tiempo. Pero no creo que importe. A estas alturas, alguien tiene que habernos reconocido. No me sorprendería que hubieran puesto aquí a los guardias porque ese tal Perseguidor se enteró de nuestra presencia.

—A lo mejor deberíais hacerlos menos de notar —propuso Rlain, buscando cremlinos en el techo—. O a lo mejor deberíamos sacaros de este sitio.

—Ya estamos mirando por si hay cremlinos —dijo Lirin—, y no hemos visto ninguno. Nada, de momento. Y en cuanto al Perseguidor, Venli dice que deberíamos estar a salvo de él mientras esa Celestial, Leshwi, nos proteja.

—No sé hasta qué punto confío en ninguno de ellos, Lirin —respondió Rlain—. Sobre todo en los Fusionados.

—Estoy de acuerdo —dijo Lirin—. ¿A qué están jugando? Leshwi ni siquiera preguntó por mi hijo. ¿Tú sabes por qué se comportan así?

—Lo siento —repuso Rlain—, pero ni idea. Nuestras canciones apenas mencionan a los Fusionados, y es solo para decir que los evitemos.

Lirin gruñó. Al igual que los demás, esperaba que Rlain comprendiese a

los Fusionados y los regios mejor que él mismo, pero había que reconocer al cirujano y a Hesina que habían aceptado a Rlain sin ninguna sospecha, a pesar de su especie. Por mucho que Lirin se quejara de Kaladin, parecía que consideraba digno de confianza a cualquiera a quien su hijo llamase amigo.

—¿Y Venli? —preguntó Lirin—. Lleva una forma regia. ¿En ella podemos confiar?

—Venli podría haberme dejado encerrado —dijo Rlain—. Creo que ha demostrado que sí.

—A no ser que esté jugando a algo a largo plazo —matizó Lirin, entornando los ojos.

Rlain canturreó a Reconciliación.

—Me sorprende que sospeches así. Kaladin decía que siempre veías lo mejor en la gente.

—Mi hijo no me conoce tan bien como cree —respondió Lirin, y siguió scrutando entre las sábanas.

Rlain pasó junto a la mesa de examen hacia el lugar donde Hesina había extendido uno de sus mapas robados en el suelo. Al llegar, canturreó a Ansiedad.

—Quizá no deberíamos sacarlos —susurró—, con esos regios por aquí.

—No podemos vivir con miedo a encontrar enemigos en cada esquina, Rlain —replicó Hesina—. Si quisieran llevársenos, ya lo habrían hecho. Tenemos que suponer que de momento estamos a salvo.

Rlain canturreó a Ansiedad. Pero... las palabras de Hesina eran sabias. Procuró tranquilizarse. Había visto aquel cremlino, sí, pero no sabía si contenía un vacíospren o no. Quizá sí que se mostrara demasiado asustadizo. Lo más seguro era que estuviera en vilo por cómo lo trataba todo el mundo en sus trayectos por la torre.

—No dejo de pensar —dijo Hesina mirando el plano— que si pudiéramos llevar esto a Kal, a lo mejor le vendría bien.

Rlain lanzó una mirada a Lirin, canturreando a Curiosidad. Hesina no captaría el ritmo, pero desde luego comprendió su lenguaje corporal.

—La regañina que tenga Lirin es cosa suya, no mía —dijo Hesina—. Puede hacerse el pacifista estoico todo lo que le dé la gana, y yo lo amo por ello. Pero no pienso dejar a Kal solo ahí fuera sin ayuda. ¿Crees que, si tuviera planos precisos de la torre, le iría mejor?

—Daño no le haría —repuso Rlain, arrodillándose junto a ella.

Todos sabían ya lo que había hecho Kaladin unos días antes, su

espectacular aparición en el mercado del Apartado, su enfrentamiento con los Fusionados, su lucha en el aire.

Era evidente que los Fusionados tenían miedo. No habían perdido ni un segundo antes de empezar a anunciar que lo habían matado. Demasiado deprisa, con demasiada insistencia y sin ningún cadáver que mostrar. La gente de la torre no estaba creyéndoselo, y Rlain tampoco. Se había unido al Puente Cuatro más tarde que la mayoría, pero había estado presente en las transformaciones más dramáticas de Kaladin. Bendito por la Tormenta estaba vivo en algún lugar de la torre, planeando su siguiente acción.

Hesina siguió estudiando el plano de la quinta planta de la torre, pero Rlain se fijó en otra cosa. Hesina había dejado otro mapa a un lado, uno de las Llanuras Quebradas. Rlain terminó de desenrollarlo y se descubrió armonizando al Ritmo de lo Perdido. Nunca había visto un mapa completo tan detallado de todas las llanuras.

Su inmensidad no lo pilló por sorpresa. Había estado allí como oyente y como hombre del puente. Había volado con los Corredores del Viento. Comprendía la extensión de las Llanuras Quebradas y estaba preparado para lo diminuta que resultaba Narak comparada con las mesetas que se expandían en todas las direcciones. Pero no lo estaba para lo simétrico que era todo, viéndolo en conjunto.

Sí, desde luego las Llanuras Quebradas se habían roto siguiendo una pauta. Rlain canturreó a Curiosidad, fijándose más, y distinguió unas líneas de escritura apretada en el extremo oriental de las llanuras, donde los vientos habían reducido el tamaño de las mesetas. Era la dirección en la que emigraban los abismoides después de criar o pupar. Una zona peligrosa, llena de grancaparazones, manadas de animales y depredadores grandes como edificios.

—¿Hesina? —llamó Rlain, girando el mapa hacia ella—. ¿Podrías leerme esto de aquí?

Ella se agachó.

—Es un informe de exploradores —dijo—. Parece que encontraron un campamento ahí. Una especie de caravana numerosa o grupo nómada. ¿Podrían ser natanos? Rlain, en ese sector falta mucho por explorar.

Rlain canturreó para sus adentros, preguntándose si debería aprender a leer. Sigzil siempre estaba hablando de lo útil que era, pero a Rlain no le hacía gracia confiar en palabras escritas que no tenían vida, en vez de en las canciones. Un papel podía quemarse, perderse, destruirse en una tormenta,

mientras que un pueblo entero y sus canciones no era tan fácil de...

Dejó el pensamiento inacabado. Un pueblo entero. Volvió a golpearlo el conocimiento de que estaba solo.

«No. Venli está aquí», pensó. Ya eran dos. Nunca le había caído demasiado bien Venli, pero por lo menos Rlain ya no era el único oyente. Pensarlo hizo que se preguntara si deberían... intentar rehacer su pueblo. La idea lo repelía por varios motivos. Para empezar, las ocasiones en las que había probado a adoptar la forma carnal, las cosas no habían ido como él —ni nadie, en realidad— había esperado.

Lirin retrocedió de sopetón desde las sábanas colgadas. Fue un movimiento tan repentino que Hesina lo interpretó como una advertencia y, al instante, cogió una sábana y la extendió sobre los mapas. A continuación puso encima unas vendas, para aparentar que había puesto la sábana en el suelo para que los vendajes no se ensuciaran mientras los enrollaba. Era una excusa excelente, que Rlain quizás echara a perder al moverse demasiado tarde para guardar su mapa de las Llanuras Quebradas.

—No es eso —dijo Lirin, cogiendo a Rlain por el hombro—. Ven a ver. Creo que he reconocido a un trabajador. Lirin señaló entre dos sábanas a un hombre de corta estatura. Tenía una marca en la frente, pero no era un glifo *shash* pintado, sino un tatuaje del Puente Cuatro como el que llevaba el mismo Rlain. Dabbid mantenía la vista gacha y caminaba con su habitual aire de silenciosa sumisión.

—Creo que ese hombre es amigo de Kaladin —dijo Lirin—, ¿verdad?

Rlain asintió y empezó a canturrear flojito a Ansiedad mientras salía a la cámara principal. Dabbid y él habían trabajado juntos a menudo, ya que eran los dos únicos miembros del Puente Cuatro que no habían obtenido capacidades de Corredor del Viento. Verlo volvió a abrir esa herida en Rlain, que se forzó a canturrear a Paz.

No era culpa suya que los spren fuesen tan racistas como los humanos. O como los cantores. Como la gente.

Sin decir nada, cogió a Dabbid por el brazo y lo apartó de los regios.

—Tormentas, cómo me alegro de verte —susurró—. Me tenías preocupado, Dabbid. ¿Dónde te habías metido? ¿Estabas asustado? Ven, ayúdame a llevar agua a los demás. Como el trabajo que hacíamos antes, ¿te acuerdas?

Podía imaginarse al pobre mudo escondido en un rincón, llorando mientras los enemigos inundaban la torre. Dabbid se había convertido en una especie

de mascota para el Puente Cuatro. Era uno de los primeros hombres a los que Kaladin había salvado. Dabbid representaba lo que les habían hecho a todos, y también que hubieran sobrevivido a ello. Heridos, pero aún con vida.

Dabbid se resistió cuando Rlain intentó tirar de él hacia el abrevadero. El hombre del puente más bajito acercó la cabeza a Rlain y lo sorprendió del todo al hablar.

—Rlain —dijo Dabbid—. Por favor, ayúdame. Kaladin está dormido y no hay forma de que despierte. Creo... creo que se muere.

EL PERRO
Y EL DRAGÓN

Al principio los cantores metieron a Jezrien en una gema. Se creen muy listos por haber descubierto que pueden atraparnos en ellas. Solo les ha costado siete mil años.

Kaladin existía en un lugar donde el viento lo odiaba.

Recordaba luchar en el mercado y luego bucear por el pozo. Tenía la vaga impresión de haber salido corriendo a la tormenta, deseando olvidarlo todo y dejarse caer.

Pero no, no podía rendirse. Había trepado por el exterior de la torre. Porque había sabido que huir supondría dejar solos a Dabbid y a Teft. Si huía, abandonaría a Syl, quizás para siempre. Así que había escalado y...

¿Y había oído la voz del Padre Tormenta?

No. La voz de Dalinar.

Eso había ocurrido... ¿hacía días? ¿Semanas? No sabía lo que le había pasado. Caminaba por un lugar de vientos constantes. Los rostros de sus seres queridos aparecían en sombras que lo acosaban, todas ellas suplicándole ayuda. Unos fogonazos de luz le quemaban la piel, lo cegaban. La luz estaba furiosa. Y aunque Kaladin anhelaba huir de la oscuridad, cada nuevo estallido lo predisponía a tener más miedo a la luz.

Lo peor era el viento. Ese viento que lo odiaba. Lo despellejaba, lo arrojaba contra las rocas mientras Kaladin intentaba buscar un escondrijo

donde escapar de él.

Odio, susurraba. Odio. Odio odio.

Cada vez que el viento hablaba, rompía algo en el interior de Kal. Desde que tenía memoria, desde su infancia, le había encantado el viento. Sentirlo en la piel significaba que era libre. Significaba que estaba vivo. Le llevaba nuevos aromas, limpios y frescos. El viento siempre había estado allí, su amigo, su compañero, su aliado. Hasta que un día había cobrado vida y había empezado a hablarle.

Su odio lo destrozaba. Lo dejaba temblando. Se desgañitó llamando a Syl antes de recordar que la había abandonado. No se acordaba de cómo había llegado a aquel lugar terrible, pero eso sí lo recordaba. Nítido como una daga clavada en el pecho.

Kaladin había dejado sola a Syl, para que se perdiera a sí misma porque él se había ido demasiado lejos. Había abandonado el viento.

El viento se estrelló contra él y lo empujó contra algo duro. ¿Una formación rocosa? Estaba en... algún lugar árido. No había ni rastro de rocabrotes o enredaderas en los destellos de luz aterradora. Solo peñascos rocosos interminables, azotados por el viento. Le recordó a las Llanuras Quebradas, pero con mucha más variedad de elevaciones. Picos y precipicios, rojos y grises.

Cuántos agujeros y túneles. Seguro que habría algún lugar donde refugiarse. «Por favor, que pueda descansar. Solo un minuto.»

Avanzó con esfuerzo, aferrándose a la pared de piedra, intentando no tropezar. Tenía que combatir contra el viento. El terrible viento.

Odio. Odio. Odio.

Hubo un relámpago que lo cegó. Se acurrucó contra la roca mientras el viento arreciaba. Cuando empezó a moverse de nuevo, ya veía un poco mejor. A veces era oscuridad absoluta. A veces alcanzaba a ver algo, aunque no había ninguna fuente de luz que pudiera localizar. Solo una iluminación persistente sin dirección. Como en... como en otro lugar que no llegaba a recordar.

Esconderse. Tenía que esconderse.

Kal se apartó de la pared de piedra y bregó contra el viento. Aparecieron figuras. Teft suplicando saber por qué Kaladin no lo había rescatado. Moash rogándole que lo ayudara a proteger a sus abuelos. Lirin muriendo ejecutado por Roshone.

Kal intentó no prestarles atención, pero si cerraba los párpados, sus gritos

se hacían más fuertes. Así que se obligó a seguir adelante, buscando refugio. Subió con esfuerzo por una breve cuesta, pero cuando llegó a la cima el viento cambió de dirección y lo empujó desde atrás, arrojándolo por el otro lado. Cayó con el hombro y se raspó todo el brazo contra la piedra al descender por ella.

Odio. Odio. Odio.

Kal se puso de rodillas con los dientes rechinando. Él... él no se rendía. Él... no era una persona que tuviera permitido rendirse. ¿Eso era verdad? Costaba... costaba recordar.

Se levantó, con el brazo colgando laxo a un costado, y siguió andando. Contra el viento otra vez. «Sigue moviéndote. No dejes que te detenga. Encuentra un lugar. Un lugar donde esconderte.»

Avanzó trastabillando, exhausto. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir? ¿Sin dormir de verdad? Durante años, Kal se había tambaleado de una pesadilla a otra. Vivía solo a base de fuerza de voluntad. Pero ¿qué pasaría cuando se le terminara esa fuerza? ¿Qué pasaría cuando sencillamente... no pudiera más?

—¿Syl? —graznó—. ¿Syl?

El viento embistió contra él, lo desequilibró y lo arrojó hasta el borde de un abismo. Se quedó balanceándose en el límite, aterrorizado por la oscuridad de abajo, pero el viento no le estaba dejando elección. Lo empujaba al vacío.

Perdió el equilibrio y se precipitó. Impactó una y otra vez contra rocas en la pared del abismo, sin poder hallar la paz ni siquiera mientras caía. Golpeó contra el fondo con un poderoso crujido en la cabeza y un repentino fulgor de luz.

Odio. Odio. Odio.

Se quedó allí tendido. Dejando que el viento maldijera. Dejando que lo aporreara. ¿Había llegado la hora? ¿Era el momento de abandonar por fin?

Se forzó a mirar arriba. Y allí, en la lejanía a lo largo del fondo del abismo, vio algo hermoso. Una luz blanca y pura. Una calidez anhelante. Verla le dio ganas de llorar y de gritar y de intentar alcanzarla.

Algo real. Algo que no lo odiaba.

Tenía que llegar hasta esa luz.

La caída lo había destrozado. Un brazo no le funcionaba, y sus piernas eran un desastre agónico. Empezó a reptar, arrastrándose con el brazo bueno.

El viento redobló sus esfuerzos, intentando hacerlo retroceder, pero desde que Kaladin había visto la luz, tenía que seguir adelante. Apretó los dientes por el dolor y siguió empujándose. Centímetro a centímetro. Desafiando al

viento que chillaba, haciendo caso omiso a las sombras de amigos moribundos.

«Sigue. Moviéndote.»

La luz se fue acercando y Kaladin ansió entrar en ella. En aquel lugar de calidez, en aquel reducto de paz. Oyó... un sonido. Un tono sereno que no era ni el viento malicioso ni los susurros acusadores.

Más cerca. Más cerca.

Un poco... más...

Estaba ya solo a tres metros. Podía...

De pronto Kaladin empezó a hundirse. Sintió que el suelo cambiaba, que se hacía líquido. Crem. La roca se había transformado de algún modo en crem, y estaba absorbiéndolo, hundiéndose por debajo de él.

Gritó y estiró el brazo bueno hacia aquel resplandeciente remanso de luz. No había nada que trepar, nada a lo que agarrarse. Montó en pánico mientras se hundía más. El crem lo cubrió, llenándole la boca mientras chillaba, mientras suplicaba, mientras mantenía la mano temblorosa extendida hacia la luz.

Hasta que resbaló bajo la superficie y de nuevo se encontró en la asfixiante oscuridad. Mientras se sumergía, Kal comprendió que la luz nunca había estado allí para que él la alcanzara. Había sido una mentira, hecha con la intención de proporcionarle un momento de esperanza en aquel lugar espantoso, terrible. Para luego poder arrebatársela esa esperanza. Para que por fin pudiera.

Quedarse.

Roto.

Un brazo brillante atravesó el crem, como evaporándolo. Una mano asíó a Kaladin por el chaleco y lo sacó a pulso a la superficie. Una figura resplandeciente lo acercó a ella y lo escudó del viento mientras lo llevaba los últimos pocos metros que quedaban hasta la luz.

Kaladin se aferró a la figura, notando ropa, calor, un aliento vivo. Había otra persona entre las sombras y las mentiras. ¿Sería... sería Honor? ¿El mismísimo Todopoderoso?

La figura lo metió en la luz y el resto del crem desapareció, dejando un regusto en la boca de Kaladin. El ser misterioso depositó a Kaladin en una roca pequeña que parecía colocada a modo de asiento. Dio un paso atrás y empezó a ganar color mientras el brillo iba desvaneciéndose, revelando...

A Sagaz.

Kaladin parpadeó y miró a su alrededor. Estaba al fondo de un abismo, sí, pero dentro de una burbuja de luz. Fuera el viento seguía aullando, pero no podía afectar a aquel lugar, a aquel momento de paz.

Se llevó una mano a la cabeza y cayó en la cuenta de que ya no le dolía. De hecho, en ese momento pudo comprender que estaba en una pesadilla. Estaba dormido. Debía de haberse quedado inconsciente después de huir hacia la tempestad.

Tormentas... ¿Qué clase de fiebre tenía para que le provocara unos sueños tan terribles? ¿Y por qué en ese momento podía verlo con tanta claridad?

Sagaz alzó la vista hacia el tumultuoso cielo muy arriba, más allá de los bordes del abismo.

—Esto no es jugar limpio. No es jugar limpio para nada.

—¿Sagaz? —dijo Kaladin—. ¿Cómo es que estás aquí?

—No lo estoy —respondió Sagaz—. Ni tú tampoco. Esto es otro planeta, o al menos tiene ese aspecto. Y no es un planeta agradable, ojo. De los que no tienen luces. Ni tormentosas, ni gaseosas, ni siquiera de las eléctricas. Este dichoso sitio apenas tiene atmósfera. —Miró a Kaladin.

»Estás durmiendo. El enemigo te envía una visión, como las que el Padre Tormenta enviaba a Dalinar. Pero no estoy seguro de cómo te ha aislado Odium. Para las Esquirlas es difícil invadir así las mentes salvo en un conjunto específico de circunstancias.

Negó con la cabeza, con los brazos en jarras, como si estuviera contemplando un cuadro mediocre. Luego se sentó en un taburete junto a una hoguera que Kaladin no había visto hasta entonces. Un fuego caliente, acogedor, que desterró por completo la gelidez, irradiando directamente el alma de Kaladin a través de sus huesos. Encima de las llamas había una cacerola de estofado hirviendo que Sagaz removió, llenando el aire de fragancias especiadas.

—Es el estofado de Roca —dijo Kaladin.

—Una vieja receta comecuernos.

—Coge todo lo que tengas y mételo en la cacerola —dijo Kaladin, sonriendo mientras Sagaz le pasaba un cuenco de estofado humeante—. Pero no es real. Acabas de decírmelo.

—Nada es real —respondió Sagaz—. Por lo menos, según una corriente filosófica. Así que disfruta de lo que pareces capaz de comer y no te quejes.

Kaladin obedeció y dio la cucharada de estofado más sabrosa que había degustado en la vida. Pero era difícil evitar que su mirada se desviara al otro

lado de la resplandeciente barrera de luz hacia la tormenta.

—¿Cuánto tiempo puedo quedarme contigo? —preguntó Kaladin.

—No mucho, lo siento —dijo Sagaz mientras se servía también un cuenco de estofado—. Veinte minutos más o menos.

—¿Y luego tendré que volver ahí fuera?

Sagaz asintió.

—Me temo que va a empeorar, Kaladin. Lo lamento.

—Será peor que esto.

—Por desgracia, sí.

—No soy lo bastante fuerte, Sagaz —susurró Kaladin—. Todo era mentira. Nunca he sido lo bastante fuerte.

Sagaz tomó una cucharada de estofado y asintió.

—¿Estás... de acuerdo? —preguntó Kaladin.

—Tú conoces tus límites mejor que yo —dijo Sagaz—. No es tan terrible ser demasiado débil. Eso hace que nos necesitemos unos a otros. Yo no debería quejarme cuando alguien reconoce sus defectos, aunque podría terminar dejándome sin trabajo que demasiados compartieran tu sabiduría, joven hombre del puente.

—¿Y si todo esto es demasiado para mí? —preguntó Kaladin—. ¿Y si no puedo seguir luchando? ¿Y si... paro? ¿Y si me rindo?

—¿Estás cerca de eso?

—Sí —susurró Kaladin.

—Pues más vale que te comas el estofado —dijo Sagaz, señalando con la cuchara—. Un hombre no debería tumbarse y morir con el estómago vacío.

Kaladin esperó a que dijera más, a que le diera algún consejo o algún ánimo. Pero Sagaz se limitó a comer, de modo que Kaladin intentó hacer lo mismo. Aunque el estofado era perfecto, no pudo disfrutarlo. No sabiendo que fuera lo aguardaba la tormenta. Que no se había librado de ella, que iba a empeorar.

—¿Sagaz? —dijo Kaladin por fin—. ¿Por casualidad... no tendrías alguna historia que pudieras contarme?

Sagaz se quedó inmóvil, con la cuchara en la boca. Miró sin parpadear a Kaladin mientras bajaba la mano, dejando la cuchara entre sus labios, pero entonces los separó al quedarse boquiabierto y la cuchara cayó a la mano preparada.

—¿Qué pasa? —preguntó Kaladin—. ¿Por qué te sorprendes tanto?

—Bueno —respondió Sagaz, recuperándose—. Es que... llevaba tiempo

esperando a que alguien me lo pidiera. Parece que nunca lo hace. —Sonrió de oreja a oreja, se inclinó adelante y bajó la voz a un susurro—. Hay una posada que no puedes encontrar cuando la buscas. Tienes que topar con ella de chiripa en una calle neblinosa, de madrugada, perdido e inseguro en una ciudad desconocida.

»La puerta tiene una rueda, pero en el letrero no hay ningún nombre. Si la encuentras y te metes, verás a un joven detrás de la barra. No tiene nombre. No podría decírtelo ni aunque quisiera, porque se lo han quitado. Pero te conocerá, igual que conoce a todos los que entran en la posada. Escuchará todo lo que quieras decirle, y créeme, querrás hablar con él. Y si le pides una historia, te la contará. Como me la contó a mí. Y yo ahora la compartiré contigo.

—Muy bien... —dijo Kaladin.

—Chist. Esta no es la parte en la que hablas —lo interrumpió Sagaz.

Se acomodó y luego giró la mano a un lado con un gesto brusco, palma hacia arriba. Apareció un críptico a su lado, tomando forma como a partir de una niebla. Llevaba una túnica almidonada como cuando estaban en Shadessmar, y su cabeza era un patrón curvo e intrincado que por algún motivo resultaba más... fino y grácil que el del Patrón de Shallan.

El críptico hizo gestos de ánimo. Kaladin había oído que Sagaz se había hecho Tejedor de Luz, pero no se había sorprendido. Tenía la sensación de que había visto a Sagaz tejer luz hacía mucho tiempo. Fuera como fuese, no se comportaba como si perteneciera a una orden Radiante. Era solo... bueno, Sagaz.

—Esta historia —dijo— no tiene un propósito. No debes buscarle moraleja. Es de ese tipo de historias, ¿sabes? Del otro tipo de historias.

El críptico levantó una flauta que Kaladin reconoció.

—¡Tu flauta! —exclamó—. ¿La has encontrado?

—Esto es un sueño, zopenco —respondió Sagaz—. No es real.

—Ah —dijo Kaladin—. Claro.

—¡Yo soy real! —dijo la spren con una voz musical y femenina—. ¡Nada imaginaria en absoluto! ¡Por desgracia, lo que sí soy es irracional! ¡Ja, ja!

Empezó a tocar la flauta moviendo los dedos por ella y, aunque salió una música suave, Kaladin no estaba muy seguro de qué hacía para producir los sonidos. No tenía labios.

—Esta historia —dijo Sagaz— se llama «El perro y el dragón».

—¿El... qué y el qué? —preguntó Kaladin—. ¿O esta aún no es la parte en

la que hablo?

—Hay que ver cómo sois —dijo Sagaz—. Un perro es un sabueso, como un sabueso-hacha. —Levantó la palma de la mano y apareció en ella una criatura, de cuatro patas y peluda, como un visón, solo que más grande y con la cara de otra forma—. Tú no puedes darte cuenta, pero es curioso que los humanos siempre hagan una cría selectiva buscando justo las mismas características, estén en el planeta que estén. Pero a ti no te impresionan los ejemplos de domesticación convergente a lo largo y ancho del Cosmere. No puedes saber nada de esto porque vives en una bola gigante de roca llena de cieno donde todo está frío y mojado a todas horas. Esto es un perro, Kaladin. Son peludos y leales y maravillosos. Esto, en cambio, es un dragón.

Apareció una bestia enorme en su otra mano, como un abismoide, pero con unas alas enormes extendidas y solo cuatro patas. Era de un brillante color perlado, con plata a lo largo de los contornos del cuerpo. También tenía las partes quitinosas más pequeñas que las de un abismoide, tanto que su cuerpo estaba cubierto de trocitos pequeños de caparazón que hasta parecían suaves al tacto. Se alzaba erguido, con el pecho prominente y un porte majestuoso.

—Que yo sepa, solo hay una en Roshar —comentó Sagaz—, y prefiere ocultar su verdadera forma. Pero esta historia no trata de ella, ni de ningún otro dragón que haya conocido. De hecho, el dragón apenas aparece en la historia, y te pediría que no protestes por eso, porque en realidad no hay nada que yo pueda hacer al respecto y solo servirá para molestar a Diseño.

La críptica gesticuló de nuevo.

—¡Me molesto enseguida! —exclamó—. Es adorable.

—No lo es —dijo Sagaz.

—¡Sí que es adorable! —insistió Diseño—. ¡Para todos menos para él! ¡Tengo hecha una demostración!

La música siguió sonando mientras hablaba, y los movimientos de sus dedos en la flauta parecían aleatorios del todo.

—Un día, el perro vio al dragón volando por el cielo —empezó Sagaz su historia, y el dragón ilusorio se alzó de su mano.

Kaladin se alegraba de escuchar una historia. De cualquier cosa que apartara su atención del viento odioso, que aún oía tenue allí fuera, aullando como si deseara irrumpir en la burbuja de luz y asaltarlo.

—El perro se quedó maravillado —dijo Sagaz—, como cabría esperar. Nunca había nada tan señorial y grandioso. El dragón surcaba el cielo, resplandeciendo con colores iridiscentes a la luz del sol. Cuando trazó un

bucle de vuelta y pasó por encima del perro, bramó un poderoso desafío, exigiendo en la lengua humana que todos reconocieran su belleza.

»El perro miraba desde la cima de una colina. No era demasiado grande, ni para ser un perro. Era blanco, con manchas marrones y las orejas caídas. No tenía una raza o un linaje concretos, y era lo bastante pequeño como para que los otros perros le hicieran burla de vez en cuando. Era una variedad común de una especie común de un animal común al que la mayoría de la gente tendría buen motivo para no hacer caso.

»Pero cuando ese perro contempló al dragón y oyó su potente fanfarronada, se dio cuenta de una cosa. Ese día acababa de encontrar algo que siempre había deseado sin saberlo. Ese día había visto la perfección y se le había presentado un objetivo. A partir de ese día, nada más importaba.

»Iba a convertirse en dragón.

—Una pista —susurró Diseño a Kaladin—: es imposible. Un perro no puede transformarse en dragón.

—¡Diseño! —exclamó Sagaz, volviéndose hacia ella—. ¿Qué te tengo dicho sobre reventar el final de las historias?

—¡Alguna bobada, por eso la he olvidado! —replicó ella mientras su patrón florecía hacia fuera.

—¡Que no revientes las historias!

—Menuda idiotez. Esta historia es larguísima. Tiene que saber el final para dilucidar si merece la pena escucharla entera.

—Las cosas no funcionan así —dijo Sagaz—. Hace falta dramatismo. Suspense. Sorpresa.

—Las sorpresas son estúpidas —insistió ella—. Debería estar informado de la buena o mala calidad de un producto antes de que le pidan comprometerse. ¿A ti te gustaría encontrar una sorpresa así en el mercado? Ah, no, nada de comprar una comida concreta. Te llevas un saco a casa, lo abres y entonces descubres lo que has comprado. Dramatismo. ¡Suspense!

Sagaz lanzó a Kaladin una mirada atormentada.

—He vinculado a un verdadero monstruo —dijo.

Hizo una floritura y volvió a aparecer un tejido de luz entre ellos, que mostraba al perro sobre una colina cubierta de hierba que parecía muerta, porque no se movía. El perro tenía la mirada alzada hacia el dragón, que iba haciéndose cada vez más y más pequeño al alejarse volando.

—El perro —prosiguió Sagaz— se pasó en aquella colina toda la noche y el día siguiente, mirando. Pensando. Soñando. Por fin volvió a la granja

donde vivía con otros de los suyos. Aquellos perros de la granja tenían todos trabajo, persiguiendo al ganado o vigilando la valla, pero a él, como era el más pequeño, pocas veces lo ponían a hacer nada. Quizá para otros aquello habría sido liberador. A él siempre le había parecido humillante.

»Dado que todo problema a superar no es más que un conjunto de problemas inferiores que superar consecutivamente, el perro dividió su objetivo de convertirse en dragón en tres pasos. Primero, buscaría la forma de tener escamas coloridas como el dragón. Segundo, aprendería a hablar el idioma de la humanidad como el dragón. Tercero, aprendería a volar como el dragón.

Sagaz hizo que la escena se desarrollara delante de Kaladin. Una tierra llena de colores, con densa hierba verde que al final no estaba muerta, era solo que no se movía excepto al viento. Criaturas que no se parecían a ninguna que Kaladin hubiera visto jamás, peludas y extrañas. Exóticas.

El perro entró en una estructura de madera, un granero, solo que no estaba construido con piedra en la cara oriental para resistir las tormentas. Casi no parecía ni estanco. ¿Cómo impedirían que el grano se echara a perder? Kaladin ladeó la cabeza extrañado mientras el perro encontraba a un hombre alto con ropa de trabajo que estaba ordenando bolsas de simiente.

—El perro eligió las escamas en primer lugar —continuó Sagaz, acompañado por la queda música de flauta— porque le parecían lo más fácil y quería empezar su transformación con una victoria. Sabía que el granjero tenía muchas semillas de varios colores, y tenían la forma de pequeñas escamas. Pero como no era un ladrón, el perro no se llevó aquellas, sino que preguntó a los otros animales cómo obtenía el granjero semillas nuevas.

»Resultó que el granjero podía crear semillas metiendo en el suelo las que tenía, esperando a que crecieran las plantas y luego sacando más semillas de sus tallos. Sabiéndolo, el perro tomó prestadas unas pocas semillas y se propuso hacer lo mismo. Acompañó al hijo mayor del granjero en su jornada de trabajo. Mientras el joven faenaba, el perro fue avanzando junto a él, cavando agujeros para las semillas con las zarpas y plantándolas con mucho cuidado desde la boca.

Era divertido ver trabajar al perro. No solo porque el animal estuviera haciendo todo con las patas y el hocico, sino porque el suelo se separaba cuando el perro le daba un zarpazo. No estaba hecho de piedra, sino de otra cosa.

—Eso es Shinovar, ¿verdad? —preguntó Kaladin—. Sigzil me habló de un

suelo como ese.

—Calla —dijo Sagaz—. Esta no es la parte en la que hablas. El hijo mayor del granjero encontró los actos del perro bastante entretenidos, y luego increíbles cuando vio que el perro salía cada día con una regadera entre los dientes. El perrito regó todas sus semillas, igual que hacía el granjero. Aprendió a desmalezar y fertilizar. Y al cabo de un tiempo, el perro obtuvo como recompensa su propia pequeña cosecha de semillas de colores.

»Después de devolver al granjero las que le había cogido prestadas, el perro se mojó y rodó en sus semillas para que se le pegaran por todo el cuerpo. Entonces se presentó a los otros perros.

»“A que admiráis mis maravillosas escamas nuevas?”, preguntó a los demás animales. “¿Verdad que parezco un dragón?”

»Pero ellos se rieron de él. “¡Eso no son escamas!”, le dijeron. “Pareces tonto y ridículo. Vuelve a ser un perro, anda.”

Kaladin se llevó una cucharada de estofado a la boca, contemplando la ilusión. La forma en que se movían los colores era hipnótica, pero tuvo que admitir que el perro sí que estaba un poco ridículo cubierto de semillas.

—El perro se fue cabizbajo, sintiéndose estúpido y dolido. Había fracasado en su primera tarea, la de tener escamas de dragón. Pero no se amilanó. Seguro que, si podía hablar con la grandiosa voz de un dragón, todos lo verían. Así que empezó a dedicar todo su tiempo libre a observar a los hijos del granjero. Eran tres. El hijo mayor era el que ayudaba en el campo. La hija de en medio ayudaba con los animales, y luego estaba el pequeño, que aún no podía ayudar en nada pero estaba aprendiendo a hablar.

Sagaz hizo aparecer a familia, trabajando en el campo. La esposa del granjero, que era más alta que él. Un joven larguirucho y diligente. Una chica que algún día tendría la estatura de su madre. Un bebé que caminaba tambaleándose por el patio, atendido por todos ellos mientras hacían sus tareas.

—Así es casi demasiado fácil —comentó Sagaz.

—¿Demasiado fácil? —preguntó Kaladin, dando otra cucharada distraída al estofado.

—Llevaba años teniendo que apañarme con indicios de ilusiones. Con sugerencias de escenas. Dejándolo casi todo a la imaginación. Y ahora, teniendo el poder de hacer más, lo encuentro menos satisfactorio.

»En todo caso, el perro supuso que la mejor manera de aprender el idioma de los hombres sería observando al niño pequeño. Así que el perro jugó con

él, se quedó con él y escuchó mientras el bebé empezaba a formar palabras. El perro también jugó con la hija y la ayudó con el trabajo. Al poco tiempo descubrió que alcanzaba a entenderla, si se esforzaba. Pero no podía componer palabras.

»Intentó por todos los medios hablar como ellos, pero su boca no podía emitir esa clase de habla. Su lengua no funcionaba como la de un humano. Al cabo de un tiempo, observando a la hija alta y seria, el perro se fijó en que ella podía poner las palabras humanas en el papel.

»El perro se alegró muchísimo al verlo. ¡Era una manera de hablar sin tener lengua humana! Se juntó con ella en la mesa donde estudiaba y fue memorizando las letras que ella hacía. Fracasó muchas veces, pero al final aprendió a rascar él mismo las letras en la tierra.

»El granjero y su familia pensaron que era un truco asombroso. El perro estaba seguro de haber encontrado la manera de demostrar que estaba transformándose en dragón. Volvió con los otros perros en el campo y les mostró su capacidad escribiendo sus nombres en la tierra.

»Pero ellos no sabían leer las palabras. Cuando el perro les explicó lo que era la escritura, se rieron. “¡Eso no es la voz potente y majestuosa de un dragón!”, le dijeron. “¡Eso es hablar tan bajito que nadie te oye! Pareces ridículo y tonto. Vuelve a ser un perro, anda.”

»Dejaron al perro contemplando su escritura mientras la lluvia empezaba a caer y borraba las palabras. Se dio cuenta de que tenían razón. Había fracasado en su intento de hablar con la orgullosa y poderosa voz de un dragón.

La imagen del perro bajo la lluvia resultaba demasiado familiar a Kaladin. Demasiado personal.

—Pero aún quedaba esperanza —dijo Sagaz—, si el perro conseguía volar. Si lograba esa proeza, los demás perros no tendrían más remedio que reconocer su transformación.

»Esa tarea parecía incluso más difícil que las dos anteriores. Sin embargo, el perro había visto un aparato muy curioso en el granero. El granjero ataba balas de heno con una cuerda y luego las hacía subir y bajar usando una polea que tenía en las vigas.

»Eso venía a ser volar, ¿no? Las balas de heno se elevaban por los aires. Así que el perro se puso a practicar a tirar él de la cuerda y aprendió la mecánica del aparato. Descubrió que la polea podía equilibrarse con un peso en el otro lado para que las balas descendieran despacio y no se dieran

golpes.

»El perro cogió su correa y se la ató alrededor para hacerse un arnés, como los que envolvían el heno. Luego ató a la cuerda un saco que pesaba un poco menos que él, creando un contrapeso. Después de atarse la cuerda al arnés usando la boca, subió al altillo del granero y llamó a los otros perros para que entraran. Cuando llegaron, saltó con elegancia del altillo.

»¡Funcionó! El perro descendió despacio, con una gloriosa pose en el aire. ¡Estaba volando! ¡Surcaba el aire como había hecho el dragón! Sintió el viento a su alrededor y conoció la sensación de estar en lo alto, por encima de todo. Cuando aterrizó, se sintió orgulloso y libre.

»Entonces los otros perros se echaron a reír mucho más fuerte que nunca en la vida. “¡Eso no es volar como un dragón!”, le dijeron. “Lo que has hecho es caer despacio. Parecías tonto y ridículo. Vuelve a ser un perro, anda”.

»Y eso por fin aplastó las esperanzas del perro. Comprendió la verdad. Un perro como él no podía convertirse en dragón, y punto. Era demasiado pequeño, demasiado callado, demasiado tonto.

Había que reconocer que ver cómo descendía el perro con la cuerda sí que había parecido un poco tonto.

—Tenían razón los demás —dijo Kaladin—. Eso no era volar.

Sagaz asintió con la cabeza.

—Ah, ¿esta sí que es la parte en la que hablo? —preguntó Kaladin.

—Si lo deseas.

—No lo deseo. Sigue con la historia.

Sagaz sonrió y entonces se inclinó hacia delante, movió las manos e hizo que llegara el ruido de gritos desde una parte lejana de la ilusión, todavía invisible.

—¿Qué era eso? El perro levantó la cabeza, confundido. Oyó ruidos. ¿Voces repentinamente? ¿Gritos de pánico?

»Salió corriendo del granero y encontró al granjero y su familia apiñados alrededor del pequeño pozo de la granja, tan estrecho que apenas cabía el cubo. El perro subió las patas al borde del pozo y miró hacia abajo. Al fondo, en la profunda oscuridad del hueco, oyó llantos y salpicaduras.

Kaladin enderezó la espalda y contempló la oscuridad. Podía entreoírse un lastimero y gorgoteante sollozo por encima de los chapoteos.

—El hijo pequeño de los granjeros había caído al pozo —susurró Sagaz—, y se estaba ahogando. La familia chillaba y lloraba. No se podía hacer nada. ¿O... quizás sí?

»Al instante, el perro supo lo que debía hacer. Quitó el cubo de la cuerda dando un mordisco e hizo que el hijo mayor le atara la cuerda al arnés. Escribió “bajadme” en la tierra y subió de un salto a la boca del pozo. Por último, se arrojó al interior mientras el granjero agarraba la manivela.

»Sujeto por aquella cuerda, el perro voló al interior de la oscuridad. Encontró al bebé sumergido del todo, pero metió el hocico en el agua y cogió la ropa del bebé con los dientes. Al poco tiempo, cuando la familia volvió a tirar de él hacia arriba, el perro apareció sosteniendo al hijo menor, empapado, llorando, pero vivo del todo.

»Esa noche la familia puso un cubierto al Perrito en su mesa y le hizo un jersey para que estuviera calentito, con su nombre escrito en la parte de delante con unas letras que sabía leer. Sirvieron todo un banquete de la comida que el perro había ayudado a cultivar. Le dieron un trozo de tarta para celebrar el cumpleaños del niño cuya vida había salvado.

»Esa noche la lluvia mojó a los otros perros, que dormían en el frío granero con goteras. Pero el Perrito se acurrucó en una cama caliente junto al fuego, abrazado por los hijos del granjero, con la panza bien llena. Y mientras lo hacía, el perro pensó con tristeza: “No he podido convertirme en dragón. Soy un fracaso total y absoluto”.

»Fin.

Sagaz dio una palmada y las imágenes se esfumaron. Hizo una reverencia sin levantarse. Diseño bajó la flauta e hizo que su patrón se ampliara de nuevo, como para hacer su propia reverencia también.

Entonces Sagaz cogió su cuenco de estofado y siguió comiendo.

—Un momento —dijo Kaladin, poniéndose de pie—. ¿Y ya está?

—¿No has oído el «fin» del final? —preguntó Diseño—. Indica que es el fin.

—¿Qué clase de final es ese? —casi exclamó Kaladin—. ¿El perro decide que es un fracasado?

—Los finales son un arte —dijo Sagaz, dándose aires—. Un arte preciso e incuestionable, hombre del puente. Sí, ese es el final.

—¿Por qué me has contado esto? —exigió saber Kaladin.

—Me has pedido una historia.

—¿Quería una historia útil! —exclamó Kaladin, meneando la mano—. Como la del emperador en la isla, o la de Fugaz el que siempre corría.

—No lo has especificado —repuso Sagaz—. Has dicho que querías una historia. Yo te he proporcionado una. Eso es todo.

—El final está mal —dijo Kaladin—. Ese perro era increíble. Aprendió a escribir. ¿Cuántos animales pueden escribir, en cualquier mundo?

—Debo decir que no muchos —respondió Sagaz.

—Aprendió a cultivar y a usar herramientas —dijo Kaladin—. Salvó la vida de un niño. Ese perro es un tormentoso héroe.

—La historia no trata de que intentara ser un héroe —dijo Sagaz—. Trata de que intentaba ser un dragón. Objetivo en el que fracasó estrepitosamente.

—¡Te lo he dicho! —exclamó Diseño con voz alegre—. ¡Los perros no pueden ser dragones!

—¿Y qué más da? —replicó Kaladin, merodeando de un lado a otro—. Al contemplar al dragón, y luego al intentar mejorar, superó a los otros perros. Consiguió algo muy especial. —Kaladin calló y miró a Sagaz con los ojos entornados, notando que su rabia se convertía en irritación—. Esta historia va sobre mí, ¿verdad? Te he dicho que no soy lo bastante bueno. Crees que me pongo unos objetivos imposibles y que paso por alto a propósito las cosas que he logrado.

Sagaz lo señaló con su cuchara.

—Y yo te he dicho a ti que esta historia no tiene un propósito. Me has prometido no asignárselo.

—En realidad —terció Diseño—, ¡no le has dejado ocasión de prometer nada! Has seguido hablando.

Sagaz la fulminó con la mirada.

—¡Bla, bla, bla, bla, bla! —exclamó ella, meneando adelante y atrás el patrón de su cabeza con cada palabra.

—Tus historias siempre tienen un propósito —dijo Kaladin.

—Soy un artista —objetó Sagaz—. Te agradecería que no me degradaras al insistir en que mi arte debe pretender conseguir algo. De hecho, no se debería disfrutar del arte. Se debería reconocer su existencia sin más y pasar a lo siguiente. Cualquier otra cosa es ser condescendiente.

Kaladin se cruzó de brazos y se sentó. Sagaz ya estaba otra vez con sus jueguecitos. ¿No podía ser claro por una vez? ¿No podía decir lo que pretendía y ya está?

—Cualquier significado debes asignárselo tú, Kaladin —dijo Sagaz con voz suave—. Yo me limito a contar las historias. ¿Te has terminado el plato?

Kaladin cayó en la cuenta de que sí, de que se había comido el cuenco entero mientras escuchaba.

—Me temo que no podré mantener esta burbuja mucho más —dijo Sagaz

—. Él se dará cuenta si lo hago, y entonces me destruirá. He infringido nuestro acuerdo, lo cual me expone a su acción directa. Preferiría que no me mataran, ya que aún tengo otras siete personas a las que quiero insultar hoy.

Kaladin asintió y se levantó de nuevo. Reparó en que, por algún motivo, la historia lo había encendido. Se sentía más fuerte, no tanto por las palabras como por lo enfadado que se había puesto con Sagaz.

Un poco de luz, un poco de calor, un poco de *fuego* y ya se sentía preparado para volver a salir a los vientos. Aunque sabía que la oscuridad terminaría regresando. Siempre lo hacía.

—¿Puedes contarme el verdadero final? —pidió Kaladin con un hilo de voz—. ¿Antes de que vuelva ahí fuera?

Sagaz se levantó y fue hasta él, puso la mano en la espalda de Kaladin y se agachó un poco.

—Esa noche —dijo—, el perrito se acurrucó en una cama caliente junto al fuego, abrazado por los hijos del granjero, con la panza bien llena. Y mientras lo hacía, el perro pensó para sus adentros: «Qué más da, dudo que ningún dragón haya estado nunca tan a gusto».

Sonrió y miró a Kaladin a los ojos.

—A mí no me pasará eso —dijo Kaladin—. Has dicho que iba a empeorar.

—Y lo hará —afirmó Sagaz—, pero luego mejorará. Y luego empeorará otra vez. Y luego mejorará. Así es la vida, y no voy a mentirte diciendo que todos los días serán soleados. Pero volverá a haber luz del sol, que es otra cosa muy distinta. Esa es la verdad. Te lo prometo, Kaladin: *volverás a estar calentito*.

Kaladin asintió en agradecimiento y se volvió hacia los vientos que lo odiaban. Sintió una presión en la espalda cuando Sagaz lo envió hacia delante y entonces la luz se desvaneció, junto con todo lo que contenía.

ATRAPADA



SIETE AÑOS

Eshonai echó la cabeza hacia atrás, sintiendo el agua gotear del caparazón del cráneo. Regresar a la forma de guerra después de pasar tanto tiempo en forma de trabajo era como volver a visitar un claro familiar oculto entre los árboles, difícil de encontrar pero siempre esperándola a ella. La verdad era que le gustaba aquella forma. Estaba decidida a no verla como una prisión.

Se reunió con Thude y Rlain, que estaban saliendo de los huecos en la piedra donde también ellos habían retomado aquella forma. Muchos amigos suyos nunca la habían abandonado. La forma de guerra era conveniente por muchos motivos, pero a Eshonai no le gustaba tanto como la forma de trabajo. Había algo en la agresividad que le provocaba aquella nueva forma. Temía ponerse a buscar excusas para pelear.

Thude se desperezó, canturreando a Alegría.

—Qué bien —dijo—. Me siento vivo en esta forma.

—Demasiado vivo —dijo Rlain—. ¿A ti los ritmos no te suenan más altos?

—A mí no —respondió Thude.

Eshonai negó con la cabeza. Ella no oía ninguna diferencia en los ritmos. Es más, se había preguntado si al adoptar esa forma de nuevo oiría el tono puro de Roshar como había ocurrido la primera vez. Pero no.

—¿Vamos? —preguntó, moviendo el brazo hacia la extensión de mesetas.

Rlain echó a andar hacia un puente, pero Thude cantó en voz muy alta a Diversión y se lanzó a la carga hacia el cercano abismo, que saltó elevándose por los aires con una potencia increíble.

Eshonai corrió tras él para hacer lo mismo. Cada forma traía consigo un cierto nivel de comprensión instintiva. Cuando llegó al borde, su cuerpo supo lo que debía hacer. Dio un poderoso brinco que hizo silbar el aire por las ranuras de su caparazón y aletear la túnica suelta que se había puesto para adentrarse en la tormenta.

Aterrizó con un crujido firme y sus pies rasparon contra la piedra mientras resbalaba hasta detenerse. El Ritmo de la Confianza zumbaba en sus oídos y se descubrió sonriendo. Eso sí que lo había echado de menos. Rlain llegó a su lado, una figura corpulenta con franjas negras y rojas en la piel que formaban un complejo jaspeado. También canturreaba a Confianza.

—¡Vamos! —gritó Thude cerca de ellos, y saltó otro abismo.

Armonizando a Alegría, Eshonai corrió tras él. Los tres juntos se persiguieron y corrieron, treparon y saltaron, cruzando abismos, escalando para rebasar formaciones rocosas, recorriendo mesetas enteras a la carrera. Las Llanuras Quebradas daban la impresión de ser un terreno de juego.

«Así deben de ser las islas y los océanos», pensó Eshonai mientras contemplaba las llanuras desde lo alto. Los había oído mencionar en las canciones, y siempre había imaginado que un océano sería una inmensa red de arroyos fluyendo entre secciones de tierra.

Pero no. Había visto el mapa de Gavilar. En ese dibujo, los cuerpos acuáticos habían parecido anchos como países. Agua... sin nada más que ver salvo más agua. Armonizó a Ansiedad. Y a Asombro. Para ella siempre habían sido emociones complementarias.

Se dejó caer del peñasco y se posó en la meseta antes de saltar detrás de Thude. ¿Cuánto tendría que viajar para encontrar esos océanos? A juzgar por el mapa, solo unas semanas en dirección este. En otro tiempo esa distancia la habría desalentado, pero desde entonces había ido andando hasta Kholinar y de vuelta. El viaje a la capital alezi había sido una de las experiencias más dulces y estimulantes de su vida. Cuántos lugares nuevos. Cuánta gente maravillosa. Cuántas plantas extrañas, vistas extrañas, comidas extrañas que probar.

Cuando habían huido, esas mismas maravillas se habían convertido en amenazas en un abrir y cerrar de ojos. El trayecto de vuelta a casa había sido

una confusión de marcha forzada, sueño y forraje en territorio humano.

Eshonai llegó a otro abismo y brincó, intentando recobrar su entusiasmo. Apretó el paso, alcanzó a Thude y terminó rebasándolo, antes de que los dos se detuvieran para esperar a Rlain, que les llevaba unas pocas mesetas de desventaja. Siempre había sido muy cuidadoso, y parecía ser más capaz de controlar los impulsos que daba la nueva forma.

Con el corazón acelerado, Eshonai hizo el ademán de secarse la frente, pero aquella forma no tenía sudor que pudiera caer a los ojos. La armadura de caparazón atrapaba el aire cuando se movía y lo hacía ascender por debajo para enfriarle la piel.

La impresionante energía de aquella forma significaba que podría pasar horas enteras corriendo antes de notar ningún cansancio digno de ese nombre. Quizá más. De hecho, durante la huida de Alezkar, los formas de guerra habían cargado con la comida del resto y aun así se movían más rápido que quienes estaban en forma de trabajo.

Al mismo tiempo, Eshonai empezaba a tener hambre. Recordaba bien lo mucho que aquella forma exigía que comiera a diario.

Thude se apoyó en una alta formación rocosa mientras esperaban y miró a unos vientospren que jugueteaban en el aire. Eshonai deseó haberse traído su cuaderno para dibujar mapas de las llanuras. Lo había encontrado en el mercado humano de Kholinar. Qué cosa tan pequeña y sencilla. Era bastante caro para los alezi, pero baratísimo para ella. ¿Un libro entero de papeles? ¿Solo a cambio de unos trocitos de esmeralda?

Allí también había visto armas de acero. En el mercado. A la venta, nada menos. Los oyentes protegían, sacaban brillo y reverenciaban todas las armas que habían encontrado en las Llanuras Quebradas, guardándolas durante generaciones, legándolas de padres a hijos. Los humanos tenían tenderetes enteros llenos de ellas.

—Esto no va a irnos nada bien, ¿verdad? —preguntó Thude.

Eshonai se dio cuenta de que había estado canturreando a lo Perdido. Paró, pero lo miró a los ojos y supo lo que él sabía. Rodearon juntos la formación de piedra y miraron hacia el oeste, hacia las ciudades que durante siglos habían sido hogares para los oyentes. Un humo negro llenaba el aire: los alezi quemando madera al encender unas enormes hogueras para cocinar, mientras se instalaban en sus campamentos.

Habían llegado en horda. Decenas de miles. Multitudes de soldados, con docenas de portadores de esquirlada. Estaban allí para exterminar a su

pueblo.

—Puede que no —dijo Eshonai—. En forma de guerra, somos más fuertes que ellos. Ellos tienen el equipo y la habilidad, pero nosotros la fuerza y la resistencia. Si de verdad tenemos que luchar contra ellos, este terreno nos favorecerá mucho.

—Pero ¿de verdad tuviste que hacerlo? —preguntó Thude a Súplica—. ¿Era necesario hacerlo matar?

Eshonai ya había contestado a aquello antes, pero no evitó la responsabilidad. Era cierto que había votado a favor de que Gavilar muriera. Y había sido por ella que se había producido la votación en un principio.

—Iba a traerlos de vuelta, Thude —dijo Eshonai a Reprimenda—. A nuestros antiguos dioses. Se lo oí decir. Él creía que me alegraría saberlo.

—¿Así que lo mataste? —preguntó Thude, a Agonía—. Ahora nos matarán a nosotros, Eshonai. ¿Qué hemos ganado con ello?

Ella armonizó a Tensión. Thude, en respuesta, armonizó a Reconciliación. Parecía admitir que sacarle el tema una y otra vez no estaba llevando a ninguna parte.

—Está hecho —zanjó Eshonai—. Así que ahora tenemos que resistir. Podemos cosechar gemas corazón de los grancaparazones y acelerar los cultivos. Los humanos no pueden saltar esos abismos, así que les será difícil llegar a encontrarnos. Estaremos a salvo.

—Estaremos atrapados —dijo Thude—. En el centro de estas llanuras. Durante meses, tal vez años. ¿Te conformarías con eso, Eshonai?

Rlain por fin los alcanzó, al trote y canturreando a Diversión. Quizá opinaba que era una tontería por parte de los dos adelantarse tanto.

Eshonai apartó la mirada de Thude y la dirigió sobre las llanuras, no a los humanos, sino hacia el océano, hacia el Origen. Hacia los lugares a los que podría haber ido. A lo que había planeado ir. Thude la conocía demasiado bien. Entendía lo mucho que iba a dolerle estar atrapada allí.

«Atacarán hacia el interior —pensó—. Los humanos no han venido hasta aquí para dar media vuelta por unos pocos abismos. Tienen recursos que ni alcanzamos a imaginar, y son muchísimos. Se las ingeniarán para llegar hasta nosotros.»

Escapar por el otro extremo de las Llanuras Quebradas tampoco era una opción. Si los abismoides de allí no acababan con ellos, los humanos terminarían haciéndolo en algún momento. Huir significaría abandonar la fortificación natural de las llanuras.

—Haré lo que deba, Thude —dijo Eshonai a Determinación—. Haré lo correcto cueste lo que cueste. A nosotros. A mí.

—Ellos han librado guerras —respondió Thude—. Tienen generales. Grandes pensadores militares. Nosotros tenemos la forma de guerra desde hace solo un año.

—Aprenderemos —dijo Eshonai—, y crearemos a nuestros propios generales. Nuestros antepasados pagaron con sus propias mentes para darnos la libertad. Si los humanos encuentran la manera de venir a por nosotros aquí dentro, ya lo creo que lucharemos. Hasta que convenzamos a los humanos de que el coste es demasiado alto. Hasta que se den cuenta de que no iremos mansos a la esclavitud, como esos pobres seres que tienen como siervos. Hasta que aprendan que no pueden tenernos a nosotros, ni nuestras hojas esquirladas, ni nuestras almas. Somos un pueblo libre. Para siempre.

Venli hizo que sus amigos se acercaran y canturreó flojito a Ansia mientras les revelaba las gemas que tenía en las manos. Vacíospren. Cinco de ellos, atrapados como había estado Ulim cuando se lo habían entregado.

Dentro de su gema corazón, el spren canturreaba palabras de ánimo. Desde los acontecimientos en la ciudad humana, la había tratado con mucho más respeto. Y ya no había vuelto a abandonarla. Cuanto más tiempo pasaba en su gema corazón, mejor podía oír ella los nuevos ritmos. Los ritmos de poder.

Venli había reclamado aquella zona de Narak, la ciudad en el centro de las Llanuras Quebradas, para sus estudiosos. Amigos que Ulim y ella habían determinado, con meticulosas conversaciones, que compartían el hambre de Venli por un mundo mejor. Eran lo bastante de fiar, esperaba. Cuando tuvieran vacíospren en sus gemas corazón, confiaría mucho más en que fuesen discretos.

—¿Qué son? —preguntó Demid, con la mano apoyada en el hombro de Venli.

Demid había sido el primero de todos y el más ansioso por escucharla. No lo sabía todo, por supuesto, pero Venli se alegraba de tenerlo. Se sentía más fuerte cuando él estaba cerca. Más valiente que Eshonai. A fin de cuentas, ¿Eshonai podría haber dado alguna vez ese paso?

—Contienen spren —explicó Venli—. Cuando aceptéis a uno en vuestra gema corazón, retendrán con él a vuestro spren actual, lo que os mantendrá en la forma que lleváis. Pero tendréis a un compañero secreto para ayudaros. Guiaros. Juntos, vamos a solucionar el mayor desafío que nuestro pueblo ha

conocido en toda su historia.

—¿Que es...? —preguntó Tusa a Escepticismo.

—Nuestro mundo está conectado con otro —dijo Venli mientras entregaba una gema a cada uno de sus amigos—. Un lugar llamado Shadesmar. Allí existen centenares de spren que pueden concedernos la capacidad de dominar el poder de las tormentas. Llegan desde muy lejos, donde formaban parte de una gran tormenta. Pero ya han recorrido toda la distancia que pueden, ellos solos. Traer gemas como estas a nuestro lado supone un esfuerzo enorme, y es imposible a gran escala.

»Así que necesitamos otra forma de traer hasta aquí a esos spren. Vamos a resolverlo, y luego convenceremos a los demás oyentes de unirse a nosotros en aceptar las formas de poder. Seremos listos y esta vez no dejaremos que nos gobiernen los spren. Los gobernaremos nosotros a ellos.

»Eshonai y los demás han cometido el error de meternos a todos en una guerra que no queremos. Así que nos corresponde a nosotros dar este paso. Se nos recordará como aquellos que salvamos a nuestro pueblo.



Oh... Padre... Siete mil años.

Cómo pudiste no decirme esto? —preguntó imperiosa Radiante, arrodillada y gritando al cubo en el suelo—. ¡Restares no es solo el juez supremo de los honorospren, sino además un tormentoso Heraldo!

—No necesitabas la información en ese momento —dijo la voz de Mraize—. Sé Velo. Ella lo entenderá.

—Velo está incluso más enfadada contigo, Mraize —dijo Radiante, levantándose—. ¡Nos has enviado a una situación peligrosa sin los debidos preparativos! Negarnos esa información nos ha hecho desperdiciar semanas enteras buscando las tres en la fortaleza como una imbécil.

—No queríamos que fueseis por ahí preguntando por un Heraldo —repuso Mraize, con una calma frustrante en la voz—. Eso podría haberlo alertado. Que nosotros sepamos, no ha descubierto que conocemos su verdadera identidad. Puede que Gavilar estuviera al tanto, pero ningún otro de los Hijos de Honor tenía ni la menor idea de estar sirviendo a uno de los mismos seres que, en su inocente ignorancia, pretendían devolver a Roshar. La ironía resulta bastante poética.

—Mmm... —dijo Patrón desde la puerta, donde estaba montando guardia por si volvía Adolin.

—¿Qué? —preguntó Radiante al spren—. ¿Ahora también te gusta la ironía?

—La ironía sabe bien. Como a salchicha.

—¿Alguna vez has probado una salchicha?

—No creo que tenga sentido del gusto —respondió Patrón—. Así que la ironía tiene el sabor que imagino que tendría la salchicha cuando imagino sabores.

Radiante se frotó la frente y devolvió los ojos al cubo. Qué injusto era aquello. Estaba acostumbrada a doblegar con la mirada a sus tropas, pero no se podía lanzar miradas amenazadoras como eran debidas a un hombre que te hablaba desde una caja.

—Nos dijiste que sabríamos lo que debíamos hacer cuando encontráramos a Restares —acusó Radiante a Mraize—. Bueno, pues aquí estamos, y no tenemos ni idea de cómo proceder.

—¿Qué habéis hecho nada más averiguarlo? —preguntó Mraize.

—Maldecirte.

—¿Y luego?

—Contactar contigo para maldecirte un poco más.

—Lo cual ha sido la decisión correcta. ¿Lo ves? Sabías exactamente qué hacer.

Radiante se cruzó de brazos, ardiendo de ira. De frustración. Y... era justo reconocer que... de vergüenza. Pasó a ser Velo y la ira regresó.

—Ha llegado el momento de que hagamos un trato, Mraize —dijo.

—¿Un trato? El trato ya está establecido. Tú haces lo que yo solicité y obtendrás la recompensa ofrecida, además de la práctica y el entrenamiento que estás recibiendo a mi cargo.

—Es interesante —dijo Velo—, porque yo veo esto de otra manera. He llegado hasta aquí después de muchas adversidades. Gracias al sacrificio de Adolin, he obtenido acceso a una de las fortalezas más remotas de Roshar. He triunfado allí donde tú mismo me revelaste que tus otros agentes fracasaron.

»Y ahora que estoy aquí, en vez de recibir nada de la “práctica” o el “entrenamiento” que dices, descubro que estabas ocultándome una información vital. Desde mi punto de vista, no tengo ningún incentivo para cumplir ese trato, ya que la recompensa prometida me interesa poco. Hasta Shallan está cuestionando su valor.

»Tu negativa a proporcionarme una información importante me lleva a preguntarme qué más estarás callándote. Y a cuestionar si lo que hago aquí

podría ir en contra de mis intereses y de los intereses de mis seres queridos. Así que te lo preguntaré a las claras. ¿Para qué estoy aquí de verdad? ¿Por qué te interesa tanto Kelek? ¿Y qué motivos concretos tengo para seguir adelante con esto?

Mraize no respondió de inmediato.

—Hola, Velo —dijo al cabo de un tiempo—. Me alegra de que hayas salido para hablar conmigo.

—Responde a mis preguntas, Mraize.

—Antes, es el momento de abrir el cubo —dijo Mraize.

Velo frunció el ceño.

—¿El cubo de comunicación? ¿No habías dicho que eso lo estropearía?

—Si lo abres por la fuerza, lo estropearás. Cógelo del suelo. Levántalo. Busca la cara desde la que mi voz suene más floja cuando tararee.

Velo se arrodilló al lado del cubo y lo recogió para escuchar la voz cantarina de Mraize. Sí... el sonido era más débil desde una dirección.

—La tengo.

—Bien —dijo Mraize—. Ahora pon la mano en esa cara del cubo y gírala a la derecha.

Velo notó un chasquido al tocarla. Sospechó que Mraize había hecho algo para quitar el cerrojo al aparato desde dondequiera que estuviese. Cuando Velo hizo girar esa cara del cubo, se movió con facilidad y se soltó, revelando un pequeño compartimento que contenía una intrincada daga con una gema al final de la empuñadura.

—Conque sí que quieres que lo mate —dijo.

—No se puede matar a un Heraldo —respondió Mraize—. Son inmortales. No pienses en Kelek como en una persona. Es un spren atemporal y eterno compuesto por la sustancia y la voluntad de Honor. Es como la gravedad o la luz. Una fuerza, no un hombre.

—Y tú quieres que apuñale a esa fuerza con este cuchillo —dijo Velo, soltando las correas y sacándolo del cubo.

La cavidad era solo una pequeña fracción de la parte hueca del cubo, y había una lámina de acero que aislabía el resto. La voz de Mraize procedía de la parte sellada. ¿Cómo habría contrapesado el cubo para equilibrarlo?

—Quiero que recojas el alma de Kelek —dijo él—, también conocido como Restares. La daga atrapará su esencia en esa gema.

—Me parece demasiado cruel —replicó Velo, observando el cuchillo.

—¿Cruel como las vinculacañas que con tanta fruición usáis, a pesar de los

spren atrapados en su interior? Esto no es distinto. El ser llamado Kelek es el receptáculo de un conocimiento increíble. Apresarlo en la gema no le hará daño, y podremos comunicarnos con él.

—Tenemos a otros dos Heraldos en la torre —dijo Velo—. Podría preguntarles cualquier cosa que quieras saber.

—¿Y crees que responderían? ¿De cuánto han servido sus conversaciones con Jasnah? Talenelat está demente por completo, y Shalash muestra una engañosa reticencia. Hablan de su Juramento, sí, y de combatir a los Fusionados, pero rara vez revelan nada práctico.

—Así no me estás convenciendo —repuso Velo—. Sí, ya sé lo que pretendes que haga, pero es lo que sospechaba desde el principio. Si quieres que cumpla tu encargo, necesito saber por qué. ¿Qué información concreta pretendéis sacar de él?

—Nuestro maestro, Thaidakar, sufre una... dolencia parecida a la de los Heraldos. Necesita acceso a un Heraldo para saber más sobre su estado y poder salvarse de lo peor de sus efectos.

—No es suficiente —dijo Velo—. Radiante y Shallan no me permitirán hacerte el trabajo sucio por una razón tan nimia. —Volvió a poner la daga dentro del cubo—. He llegado hasta aquí para informar sobre la ubicación de Restares. Shallan te especificó que no íbamos a matarlo, y sí, para mí clavarle este trasto cuenta como matarlo.

—Pequeña daga —dijo Mraize, con voz cada vez más amable—, ¿por qué tenía que morir Sadeas?

Velo titubeó, con la mano aún en el cuchillo, que intentaba introducir de nuevo entre las correas del cubo.

—Ese ser al que llaman Kelek —prosiguió Mraize— es un monstruo. Él, junto con los otros ocho, abandonó su Juramento y dejó tirado a Talenelat, el Portador de Todas las Agonías, solo en Condenación para soportar la tortura durante miles de años. El enemigo ha regresado, pero ¿los Heraldos han venido a ayudar? No. En el mejor de los casos, se esconden. En el peor, su locura los lleva a acelerar la destrucción del mundo.

»Kelek se ha vuelto indeciso hasta el punto de la demencia. Y como la mayoría de ellos, tiene miedo. Quiere huir de sus obligaciones. Trabajó con Gavilar sabiendo perfectamente que hacerlo provocaría el regreso de los Fusionados y el final de nuestra paz, porque esperaba encontrar una forma de escapar de este mundo. Una forma de abandonarnos a nosotros como ya había abandonado sus juramentos y a sus amigos.

»Posee un conocimiento esencial para nuestra lucha contra los invasores. No obstante, se niega a compartirlo por voluntad propia. Se oculta en la fortaleza más remota del mundo e intenta fingir que no hay guerra, que él no es culpable. Pero lo es. La única forma de obligarlo a cumplir con su deber es traerlo de vuelta por la fuerza, y la manera más efectiva y fácil de hacerlo es atrapar su alma.

Tormentas. Había sido un discurso mucho más largo que los que solía obtener de Mraize. En su voz había pasión, convicción. Velo casi se dejó convencer.

—No puedo actuar contra él —dijo—. Va a ser quien presida el juicio de Adolin. Si Kelek desapareciera, caerían sobre nosotros sospechas de todo tipo, y es casi seguro que Adolin terminaría encarcelado. No puedo arriesgarme a eso.

—Hum... —respondió Mraize—. Ojalá existiera alguna forma de que alguien ocupara el lugar de Kelek después de haber encerrado su alma. De que llevara su cara. De que dictara sentencia, absolviendo a tu marido y ordenando a los honorospren que vuelvan a sumarse a la guerra. Ay, ojalá tuviéramos a una persona capaz de cambiar por sí misma el curso de la guerra mediante una ilusión bien dirigida.

En ese momento, Velo perdió el control a manos de Shallan. Porque lo que Mraize estaba diciendo... tenía demasiado sentido.

«Oh, tormentas —pensó Shallan con un escalofrío—. Padre Tormenta en las alturas y Vigilante Nocturna en las profundidades... tiene razón. Eso nos solucionaría el problema. Así Adolin ganaría y los honorospren regresarían.»

De modo que así era como iba a manipularla en esa ocasión. Shallan tuvo ganas de rechazarlo solo por ese motivo. Si lo que había dicho no tuviera tanta lógica. Sería fácil reemplazar a Kelek, si conseguía un poco de luz tormentosa.

No, advirtió Velo. No es tan tan fácil. Nos costaría hacernos pasar por un Heraldo.

Dariamos el cambiazo en el último momento, pensó Shallan. El último día del juicio, para reducir el tiempo que necesitaremos fingir y dejarnos unos días para explorar su personalidad.

—Matar a Sadeas salvó miles de vidas —siguió diciendo Mraize con su voz suave y aceitosa—. Entregarnos a Kelek, enviar a los honorospren a vincularse con Corredores del Viento, podría salvar millones.

—Velo no está segura de que podamos imitar a un Heraldo —dijo Shallan.

—El Heraldo es errático —respondió Mraize—. Todos ellos lo son ahora. Con unas pocas indicaciones, podrías salirte con la tuya. A los honoraspren no se les da nada bien detectar los subterfugios, ni tampoco distinguir lo que es un comportamiento extraño en los humanos, o en quienes una vez fueron humanos. Puedes conseguirlo. Y después del juicio, *Kelek* puede insistir en que debe visitar Urihiru en persona, y los spren ni se enterarían de lo que has hecho.

—Estaría mal, Mraize. *Siento* que estaría mal.

—Hace un momento Velo me ha exigido un trato. Aunque en general rechazo que me hablen así, es alentador que no haya pedido dinero ni poder. Quería información, saber por qué estaba haciendo lo que hacía. Vosotras tres sois unas cazadoras dignas.

»Así que revisaré el trato, como me ha pedido. Haz lo que te estoy encargando y te liberaré del aprendizaje. Serás miembro de pleno derecho en nuestra organización y no solo tendrás acceso al conocimiento que buscas, sino que tendrás voz en lo que estamos haciendo. En nuestros grandiosos planes.

En su interior, Velo se animó al oírlo. Pero Shallan se sorprendió por lo bien que ella misma estaba reaccionando a esa oferta. ¿Sangre Espectral de pleno derecho? ¿Podría ser la forma...? ¿La forma de...?

—Atacar a un Heraldo —dijo—. Suena mal, Mraize. Muy mal.

—Eres débil —replicó él—. Lo sabes.

Ella agachó la cabeza.

—Pero una parte de ti no lo es —añadió él—. Una parte que sí puede ser lo bastante fuerte. Deja que esa parte de ti haga lo que debe hacerse. Salva a tu marido, tu reino y tu mundo, todo a la vez. Conviértete en esa cazadora, Shallan.

»Conviértete en la daga.

Los honoraspren que había por allí mirando al juez supremo dejaron espacio a Adolin mientras se acercaba, seguido de Mezcla. No se le escaparon las miradas iracundas que muchos lanzaban a la tintaspren. No, era cierto que las dos variedades de spren no podían ni verse.

Adolin supuso que debería haber sentido reverencia por el juez supremo. Aquel era Kelek, aunque los spren lo llamaban Kalak por algún motivo. En todo caso, era un Heraldo, o eso le había dicho Mezcla. Mucha gente en casa lo consideraba el Padre Tormenta, y aunque esa creencia nunca había sido

cierta, Kelek sí que era uno de los seres más antiguos de toda la creación. Un dios para muchos. Un soldado inmortal de la justicia y de Honor.

También era un hombre bajito que estaba quedándose calvo. Daba la impresión de ser la clase de hombre que podría encontrarse administrando alguna ciudad poco importante en una región perdida de Alezkar. Y si se parecía en algo a Ash o a Taln, los dos Heraldos que residían en Urithiru...

Bueno, conocer a aquellos dos había rebajado bastante las expectativas de Adolin en aquel caso particular.

Kelek hablaba con varios líderes de los honorospren mientras paseaban por la parte inferior del plano occidental, llegando a un sendero de piedra compuesto por multitud de adoquines coloreados que recordaban un poco a una ráfaga de viento. El grupo se detuvo al ver a Adolin por delante.

Adolin retiró la mano de la espada en señal de respeto e hizo una inclinación al Heraldo.

—¿Mmm? ¿Un humano? —se sorprendió Kelek—. ¿Qué hace aquí? Parece peligroso, Sekeir.

—Lo es —dijo el honorospren que iba al lado de Kelek. Sekeir era un líder de la fortaleza, y tenía el aspecto de un anciano honorospren con una barba larga y blanquiazul—. Este es Adolin Kholin, hijo de Dalinar Kholin.

—¿El Forjador de Vínculos? —dijo Kelek, y *recolgó* de Adolin—. ¡Por los cielos! ¿Cómo habéis dejado que entre aquí?

—He venido, grandioso —intervino Adolin—, para solicitar su ayuda a los honorospren en la batalla que libramos.

—¿La batalla que libráis? ¿Contra Odium? —Kelek se echó a reír—. Chaval, estáis perdidos. Os dais cuenta, ¿verdad? Tanavast está muerto. Pero en plan muerto del todo. El Juramento está roto, de algún modo. Lo único que puede hacerse es intentar salir del barco antes de que se hunda.

—Sagrado señor —dijo Sekeir—, hemos dejado entrar a este porque se ofreció a someterse a juicio en nombre de los humanos, por el dolor que han causado a nuestro pueblo.

—¿Vais a juzgarlo a él por la Traición entera? —preguntó Kelek, mirando dubitativo a los demás que lo rodeaban—. ¿Eso no es pasarse un poco?

—Se ofreció él, sagrado señor.

—No es de los listos, ¿eh? —Kelek miró a Adolin, que se irguió titubeante de su inclinación—. Caramba. Te has metido hasta el cuello, chaval. Por aquí estas cosas se las toman muy en serio.

—Confío en mostrarles, grandioso, que no somos sus enemigos. Que el

mejor curso de acción es que se unan a nuestra lucha. Es, podría decirse, la decisión honorable.

—Honor está muerto —restalló Kelek—. ¿Es que no prestas atención? Ahora este mundo pertenece a Odium. Pero si hasta tiene su propia tormenta, en nombre del cielo.

Mezcla dio un codazo a Adolin. Ah, sí. Kelek lo había obnubilado tanto que se le había olvidado el objetivo de hablar con él.

—Grandioso —dijo Adolin—, he decidido solicitar un juicio por testimonio. ¿Estaríais dispuesto a concedérmelo?

—¿Juicio por testimonio? —respondió Kelek—. Bueno, así este jaleo se acabaría antes. ¿Tú qué opinas, Sekeir?

—No creo que sea una decisión sabia...

—Espera, espera, me da igual lo que pienses —dijo Kelek—. Aquí estoy, años después de venir con vosotros, y aún no tenéis la manera de que salga de este maldito mundo. Muy bien, chaval, juicio por testimonio será. Podemos empezarlo... a ver, ¿pasado mañana? ¿Es una fecha aceptable para todo el mundo?

Nadie objetó.

—Estupendo —dijo Kelek—. Pasado mañana, pues. Así me gusta. Hum... y que sea en el foro, ¿de acuerdo? Supongo que todo el mundo querrá mirar y es donde hay más asientos.

—Oponte a eso —susurró Mezcla a Adolin—. No dejes que sea. No te interesa tener que convencer al público además de al juez.

—Grandioso —dijo Adolin—, había esperado que esto fuese una conversación íntima y personal sobre...

—Mala suerte —lo interrumpió Kelek—. Eso tendrías que haberlo pensado antes de entrar aquí a crear una tormenta. Todo el mundo sabe cómo acabará este juicio, así que, ya puestos, que se lo pasen bien.

Adolin sintió que se le caía el alma a los pies mientras Kelek encabezaba el grupo de honor que rodeó a Adolin para seguir su camino. Aunque había pocos jueces ojos claros que de verdad fueran imparciales, por lo menos se esperaba de ellos que intentaran actuar con honor a los ojos del Todopoderoso. Pero aquel Heraldo acababa de decirle en pocas palabras que el juicio sería una farsa. Ya había tomado su decisión antes de escuchar ningún argumento.

«¿Cómo puede ser que a *eso* lo consideraran una deidad en algún momento?», pensó Adolin, aturdido. Qué bajo habían caído los Heraldos.

O eso o... quizás aquellas diez personas hubieran sido solo eso desde el

principio. Personas. Al fin y al cabo, coronar a alguien como rey o alto príncipe no lo volvía necesariamente mejor que antes. Adolin lo sabía por experiencia propia.

—Esto podría haber ido mejor —dijo Mezcla—, pero al menos un juicio por testimonio es. Ven. Al parecer, me queda un día de prepararte para que te arrojen a la madriguera del furiaspren...

LOS JUEGOS DE HOMBRES Y CANTORES



Recuerdo muy poco de esos siglos. Soy un borrón. Una mancha en la página. Una macilenta franja de tinta que se vuelve más insustancial a cada día que pasa.

Venli estaba arrodillada en el suelo de un pasillo apartado en la decimocuarta planta de Urithiru. Las piedras le susurraban que el lugar se había llamado Ur en otro tiempo. La palabra significaba «original» en canto del alba. Un lugar antiguo, con piedras antiguas.

Había un spren viviendo allí. No había muerto, como proclamó Rabeniel. Aquel spren era las venas de la torre, su metal interno y el cristal que recorría paredes, techos, suelos.

Las piedras no las había creado ese spren, aunque un portentoso proyecto las había cambiado de forma. Había convertido Ur, la montaña original que se había alzado allí antes. Las piedras recordaban ser esa montaña. Recordaban muchísimas cosas, que expresaban a Venli. No con palabras. Más bien eran impresiones, como las que dejaba una mano en el crem antes de que se secara.

O la impresión que dejaban las manos de Venli en el suelo al hundirse en la anhelante piedra. *Recuerda, susurraban las piedras. Recuerda lo que has olvidado.*

Venli recordó estar sentada a los pies de su madre siendo niña, escuchando

las canciones. La música había fluido como el agua, grabándole en el cerebro los surcos de sus memorias igual que el paso del tiempo tallaba canales en la piedra.

Los oyentes no eran como los humanos, que crecían lentos como árboles. Los oyentes crecían como enredaderas, rápidos y ansiosos. A los tres años Venli ya cantaba con su madre. A los diez, la habían considerado adulta. Recordaba aquellos años, su admiración por Eshonai, que tan grande parecía aunque solo fuera un año mayor que ella. Tenía vagos recuerdos de agarrar el dedo de su padre mientras él cantaba con su madre.

Se acordó del amor. La familia. Abuelos, primos. ¿Cómo lo había olvidado? De niña, la ambición y el amor habían sido como los dos lados de su cara, cada uno con su propia y colorida pauta. Al sonido de los ritmos de Odium, un lado había brillado mientras el otro se marchitaba. Venli se había transformado en una persona que solo quería cumplir sus objetivos, no porque esos objetivos fuesen a ayudar a otros, sino por los objetivos en sí mismos.

Fue en ese momento cuando Venli vio por sí misma la profundidad de sus mentiras. Afirmaba ser de todas las Pasiones, pero ¿dónde estaba el amor que había sentido una vez? ¿El amor por su madre? ¿Por su hermana? ¿Por sus amigos? Durante un tiempo, hasta había olvidado su amor por Demid, aunque había ayudado a despertarla.

No le parecía correcto estar utilizando la luz de Odium para practicar su potenciación, pero las piedras le susurraban que estaba bien. Odium y su tono habían pasado a formar parte de Roshar, igual que Cultivación y Honor, que tampoco fueron creados junto con el planeta, se habían convertido en parte de él. El poder de Odium era natural y no era más adecuado ni menos que ninguna otra parte de la naturaleza.

Venli buscó otra cosa. El tono de Cultivación. Quizá la canción de Odium la empapara, alimentando sus poderes y encendiendo sus emociones, pero ese otro tono... había pertenecido a su pueblo mucho antes de que él llegara. Mientras lo buscaba, escuchó las canciones de su madre en la mente. Como cadenas, clavadas con estacas a la piedra para mantenerlas fuertes en las tormentas, se extendían hacia atrás en el tiempo. A través de las generaciones.

Hasta su pueblo, abandonando el campo de batalla. Marchándose en vez de seguir disputando el mismo terreno una y otra vez. No solo habían rechazado a los dioses cantores, sino también el mismo conflicto. Aferrándose a la

familia, cantando a Amor a pesar de sus formas grises, habían renunciado a la guerra y emprendido un nuevo camino.

El tono llegó de sopetón a su mente y Cultivación y Odium se mezclaron componiendo una armonía que resonó a través de Venli. Abrió los ojos mientras el poder emanaba de ella y se extendía por las piedras. Empezaron a temblar y vibrar al son de su ritmo, líquidas, formando picos y valles que concordaban con la música. El suelo, el techo y las paredes ondearon a su alrededor y en la piedra se formó una hilera de personas. Moviéndose, vivas de nuevo, alejándose del dolor, de la guerra, de la matanza.

Libertad. Las piedras le hablaron en susurros de la libertad. La roca parecía permanente, inmutable, pero vista desde el marco temporal de los spren, estaba siempre cambiando. Cambiando a propósito. A lo largo de los siglos. Venli no había conocido a sus antepasados, pero conocía sus canciones. Podían cantarlas e imitar su coraje. Su amor. Su sabiduría.

El poder se le escapó, como hacía siempre. El tono se disipó y su control sobre la piedra terminó. Necesitaba más práctica y más luz. Aun así, no le hizo falta el canturreo alentador de Timbre para mantener el ánimo elevado mientras se levantaba. Porque delante de ella tenía, en miniatura, una escultura de sus antepasados emprendiendo el camino hacia lo desconocido.

Y sobre todo, tenía sus canciones. Gracias a las aplicadas e insistentes enseñanzas de su madre, las canciones no habían muerto con los oyentes.

Una hora más tarde, Venli caminaba por los pasillos mucho más abajo en la torre, esperando a Leshwi.

Se reunía con la Celestial casi todos los días. Rabeniel sabía que estaban teniendo lugar esos encuentros, por supuesto. Y Leshwi sabía que Rabeniel lo sabía. Aun así, Venli hablaba con Leshwi en secreto: todo aquello formaba parte de la danza política entre los Fusionados.

Se juntaron como por casualidad. Leshwi pasó flotando solemne por un pasillo en el momento acordado, arrastrando la larga cola negra de su vestido por la piedra del suelo. Venli adaptó su paso al de su señora.

—El Perseguidor ha encontrado a los padres del Corredor del Viento, antigua —dijo Venli—. Estoy segura de ello. Ha apostado a dos regios en forma nocturna en la enfermería de los Radiantes.

—¿Quiénes?

—Urialin y Nistar.

—«Luz» y «Misterio» —dijo Leshwi, traduciendo sus nombres desde el

idioma antiguo. Como muchos otros regios, habían adoptado nombres nuevos al despertar—. Sí, es una señal. Pero el Perseguidor no es tan sutil. Si investigas, sospecho que descubrirás que fue Rabeniel quien sugirió a esos dos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Venli a Ansiedad.

—De momento, nada. Mi autoridad se extiende lo suficiente para protegerlos. Esto es una mera advertencia.

—Rabeniel amenaza con entregar los humanos al Perseguidor —dijo Venli—. Por eso colocó a esos dos guardias. Para restregarnos su ventaja en la cara.

—Quizá —respondió Leshwi, flotando con las manos a la espalda—. Quizá no. Rabeniel no piensa como los demás Fusionados, Venli. Ella escucha una canción mucho más grandiosa. Una combada y retorcida, pero que pretende cantar sin la tradicional consideración por los planes de Odium ni por los de Honor, ahora muerto.

—Ha creado un bando propio, entonces —dijo Venli—. Tiene intención de enfrentar a los dos ejércitos entre ellos y sacar provecho.

—No extrapolés tus ambiciones mortales a Rabeniel —repuso Leshwi a Escarnio—. Piensas muy poco a lo grande, Venli, para comprenderla. Hasta yo pienso muy poco a lo grande para hacerlo. En todo caso, has hecho bien en informarme. Vigila por si aparecen otras señales como esta.

Llegaron al atrio y el pasillo que habían recorrido desembocó en él como un río en un mar. Allí los Celestiales flotaban hacia arriba y hacia abajo, transportando material para los exploradores y los Enmascarados de las plantas superiores. Seguían montando guardia por si aparecían Corredores del Viento. La farsa ya estaba deshilachándose a esas alturas, y Rabeniel estaba convencida de que Dalinar Kholin ya no se la creía, de que sabía que algo andaba muy mal en la torre.

Podían haber llevado ese material a los pisos de arriba por medio de los elevadores. Pero Rabeniel había puesto a trabajar a los Celestiales, dejando muy claro que poseía tanto la autoridad como la predisposición a mantenerlos ocupados.

Eso había ahuyentado a muchos de ellos, que preferían sus moradas de Kholinar. Quizá por eso lo había hecho Rabeniel. Leshwi, en cambio, obedecía. Ascendió un poco para rebasar la barandilla y la larga cola de su ropa la rozó antes de caer colgando en el aire abierto por debajo de ella. Otra Celestial pasó elevándose a su lado, con una estela de ropa dorada y roja.

—Antigua —dijo Venli a Ansia cuando llegó a la barandilla—. ¿Por qué estamos observando a Rabeniel si no es para entender cómo pretende obtener ventaja sobre nosotras? ¿Qué propósito tiene mi espionaje?

—Observamos —respondió Leshwi mientras descendía para situarse al nivel de los ojos de Venli— porque estamos asustadas. Para Rabeniel, los juegos de hombres y cantores son nimiedades, pero también lo son sus mismas vidas. La vigilamos, Venli, porque queremos que siga existiendo un mundo cuando haya terminado con sus intrigas.

Venli tuvo un escalofrío y armonizó a los Terrores. Cuando Leshwi se marchó volando, Venli tomó un elevador, acosada por esas palabras. «Los juegos de hombres y cantores son nimiedades... pero también lo son sus mismas vidas.»

La siniestra afirmación hizo descender a Venli de su anterior optimismo. Al salir del elevador, decidió pasarse a ver cómo iban Rlain y los demás. No pudo evitar armonizar a Agonía al pensar en que aquellos regios estaban en la enfermería. Por lo menos, el cirujano y su esposa tenían el buen juicio de mantenerse casi todo el tiempo fuera de vista.

Venli se metió en la parte separada de la cámara, donde ese día estaba de guardia Hesina. La mujer saludó con la cabeza al ver entrar a Venli y luego hizo una mueca y lanzó una mirada hacia los demás que estaban dentro. Había un humano nuevo al que Venli no identificó, que estaba de pie con la mirada gacha y sin hablar.

La tensión en la estancia procedía por completo de Lirin y Rlain discutiendo al fondo, el segundo canturreando en voz baja a Traición. ¿Qué estaba pasando?

—No puedo creerme lo que oigo —dijo Rlain—. ¡Es que no me lo creo! ¡Pero si es tu hijo!

—Mi hijo murió hace tiempo, hombre del puente —replicó Lirin, que esta preparando a toda prisa una pequeña bolsa llena de instrumentos quirúrgicos—. Kaladin no dejaba de intentar explicármelo y solo he empezado a comprenderlo hace poco. Ya no quiere seguir siendo mi hijo. Si es el caso, me cuesta poder verlo como nada que no sea un asesino y un agitador. Alguien que con su temeridad no solo ha puesto en peligro a mi familia, sino las vidas de todos los humanos en la torre con su rencor vengativo.

—¿Así que vas a dejar que muera? —preguntó Rlain con brusquedad.

—Yo no he dicho eso —espetó Lirin—. No me pongas palabras en la boca. Lo atenderé, como atendería a cualquier herido.

—¿Y después? —insistió Rlain—. Has dicho...

—He dicho que ya veremos —lo interrumpió Lirin—. Es posible que tenga que traérmelo aquí abajo para proporcionarle cuidados a largo plazo.

—¡Estarías entregándolo para su ejecución!

—Si es lo necesario, que así sea. Yo haré mi trabajo como cirujano, y Kaladin podrá afrontar las consecuencias de sus actos. Se acabó eso de ser un peón en ningún juego mortal. De ningún bando.

Rlain echó las manos arriba.

—¿Qué sentido tiene intentar salvarlo si pretendes hacer que lo maten?

—¡Bajad la voz! —susurró Venli, mirando entre las finas sábanas a los ocupantes de la cámara de fuera—. ¿Qué está pasando aquí?

Lirin miró furibundo a Rlain, que de nuevo canturreó a Traición.

—Nuestro hijo sobrevivió a los sucesos del otro día —dijo Hesina a Venli—. Este es un amigo suyo. Dice que los poderes de Kaladin no funcionan bien y sus heridas no están sanando. Está en coma y muriendo poco a poco por lo que suena a sangrado interno.

—O eso o una infección —añadió Lirin, metiendo más cosas en su bolsa—. Por la descripción, no puedo estar seguro.

—No vamos a llevarte con él —dijo Rlain— a menos que prometas no entregarlos a él y a Teft al enemigo.

Miró al otro hombre de la sala, el recién llegado, que asintió mostrando su acuerdo.

—Entonces morirá sin remedio —restalló Lirin—. Será sangre en vuestras manos.

Los dos trataron miradas furiosas y Venli armonizó a Irritación. Como si no tuviera bastantes cosas de las que preocuparse.

—Iré yo —dijo Hesina. Se acercó y cogió la bolsa de cirugía de la mesa.

—Hesina...

—También es hijo mío —dijo ella—. Vamos para allá, Rlain. Puedo enseñarte a tratar la fiebre y darle unos antiinflamatorios y algo para combatir la infección.

—¿Y si resulta que es sangrado interno? —preguntó Lirin—. Necesitará cirugía. No puedes hacer una operación como esa en cualquier sitio, Hesina.

Lirin sonaba enfadado, pero lo que había a sus pies eran miedospren, no furiaspren. El cirujano dio media vuelta y fingió ordenar sus instrumentos. Pero los humanos estaban tan repletos de emoción que la derramaban. No podía ocultar a Venli lo que sentía. Frustración. Inquietud.

Podía decir lo que quisiera, pero quería a su hijo.

—Hay que traerlo aquí —dijo Lirin, su voz cargada con un dolor tan evidente como cualquier ritmo—. Iré con vosotros para ayudarlo. Luego... quiero que escuchéis mi sugerencia. Si está en coma, de verdad necesitará cuidados a largo plazo. Podemos dejarlo en esta cámara y fingir que está inconsciente como los demás. Es la mejor opción.

—Él preferiría morir —susurró el recién llegado. Había algo raro en su voz que Venli no conseguía situar. Farfullaba las palabras.

El recinto quedó en silencio. Salvo por una cosa.

Timbre vibraba emocionada en el interior de Venli. La pequeña spren estaba siendo tan ruidosa que Venli temió que los demás la oyieran. ¿Cómo podían no hacerlo?

—En algún momento tenía que pasarle a Kal —dijo Lirin en tono taciturno—. La mayoría de los soldados no mueren en el campo de batalla, ¿lo sabíais? Mueren muchos más de sus heridas días más tarde. Mi hijo os enseñó a hacer triaje, ¿verdad? ¿Qué os dije de gente con heridas como las suyas?

Los dos antiguos hombres del puente se miraron.

—Hay que ponerlos cómodos —respondió el hombre que farfullaba—. Darles de beber. Medicinas para el dolor, si puedes permitírtelas. Para que estén tranquilos cuando... cuando mueran.

La estancia volvió a quedar en silencio. Excepto por Timbre, que casi estallaba de tanto ruido que hacía.

Es el momento. Es el momento. ¡Es el momento!

Cuando Venli hablo, casi le pareció que era Timbre quien decía las palabras y no ella.

—¿Y si supiera de una Danzante del Filo cuyos poderes aún parecen funcionar? ¿Y si creo que podríamos rescatarla?

No costó mucho tiempo explicarles el plan. Venli llevaba días ya pensándolo, y solo le había faltado un poco de práctica con sus poderes y una pequeña ayuda de Rlain.

La Danzante del Filo estaba prisionera en la misma celda que había ocupado Rlain no hacía tanto. Venli podía atravesar esa pared con facilidad; tenía el suficiente control sobre sus poderes. Lo complicado sería llevar a cabo el rescate sin revelar su participación en él.

Timbre latió molesta mientras Venli y Rlain se apresuraban en dirección a

la celda. El humano, Dabbid, iba por otra ruta. Venli no quería que la vieran caminando con él.

—¿De dónde has sacado una hoja esquirlada? —preguntó Rlain en voz baja, a Curiosidad—. ¿Y cómo es que no saben que la tienes?

—Es una larga historia —dijo Venli. Sobre todo porque aún no se le había ocurrido una mentira adecuada.

—Es la de Eshonai, ¿verdad? ¿Sabes qué le pasó a ella? Sé que dijiste que está muerta, pero... ¿cómo?

«Murió controlada por un vacíospren —pensó Venli—, porque yo la engañé para que invitara a uno a su gema corazón. Cayó a un abismo después de luchar contra un portador de esquirlada humano y se ahogó. Sola. Yo encontré su cadáver y, siguiendo las instrucciones de un vacíospren, lo profané al robarle sus esquirlas. Pero no las tengo.»

Había muchas cosas que podría haber dicho.

—No. La obtuve de un humano muerto. La vinculé de camino hacia Kholinar, antes de que los Fusionados nos encontraran a mí y a los demás.

—¿Fue entonces cuando... cuando...? —Rlain armonizó al Ritmo de lo Perdido.

—Sí —respondió Venli al mismo ritmo—. Cuando tomaron al resto de nuestros amigos. A mí me dejaron porque Odium quería que viajara por ahí, contando mentiras sobre nuestro pueblo para «inspirar» a los cantores recién despertados.

—Lo siento —dijo Rlain—. Debió de ser difícil para ti, Venli.

—Sobreviví. Pero si vamos a salvar a esa Radiante, tenemos que estar seguros de que los Fusionados no podrán descubrir que la incursión es cosa nuestra. Tú no puedes intervenir, Rlain. El humano tendrá que ocuparse de la distracción por su cuenta.

Rlain canturreó a Consideración.

—¿Qué pasa? —preguntó Venli.

—Dabbid no es la persona a quien yo encargaría algo como esto —dijo—. Hasta hoy, pensaba que era mudo por completo.

—¿Es de fiar?

—Absolutamente —dijo Rlain—. Es del Puente Cuatro. Pero... bueno, me gustaría saber por qué estuvo tanto tiempo sin hablar. Las carreras de puente lo afectaron mucho, eso lo sé, pero hay algo más. —Canturreó a Determinación—. No intervendré a menos que algo salga mal.

—Si lo haces, tendremos que escondernos todos —afirmó Venli a

Escepticismo—. Así que más vale que estés muy seguro antes de mover ni un dedo.

Rlain asintió, canturreando todavía a Determinación, y se separaron en la siguiente encrucijada. Venli buscó una parte concreta y tranquila del pasillo, iluminada solo por la esfera que llevaba en la mano. La mayoría de los humanos se mantenían lejos de aquella zona, porque las tropas del Perseguidor estaban alojadas cerca. Las ocasionales órdenes que daba Rabeniel de mantener la paz en la torre a duras penas bastaban para contener a esos soldados.

Armonizó a Paz, un ritmo que los oyentes usaban a veces para medir el tiempo. Al otro lado de aquella pared estaba la celda. Cuando se acercó el cuarto movimiento del ritmo, Venli apretó la mano contra la piedra y absorbió luz del vacío de unas esferas que había solicitado justo antes para reemplazar la que había utilizado. Tormentas, esperaba que nadie informara a Rabeniel de la ingente cantidad que estaba llevándose.

Timbre latió alentadora. Aquella piedra, como la de antes, respondió al toque de Venli. Se estremeció y se onduló, como si le estuvieran haciendo un buen masaje en la espalda.

La piedra le susurró: *Muévete hacia el lado*. Guió a Venli hasta el punto correcto por el que abrir la celda. Los ritmos de Timbre palpitaron a través de la ropa, haciendo que vibrara al Ritmo de la Esperanza. Llegó el cuarto movimiento de Paz, el momento en que Rlain haría una señal a Dabbid para que entrara a llevar comida a los guardias. Sería solo otro sirviente haciendo su trabajo. Nada raro, aunque ese día la comida llegase un poco pronto.

Timbre se regocijó al Ritmo de la Esperanza mientras Venli metía la mano en la piedra. Fue una sensación buena, cálida y envolvente. Al contrario que los Profundos, Venli sí que desplazaba la piedra. Se volvía como crema en sus dedos, blanda al tacto.

No era lo bastante experta para hacer que se moviera por sí misma y adoptara las formas que ella quería. La piedra solía hacer actuar por iniciativa propia en esos casos, como cuando había creado las diminutas estatuas en el suelo de arriba. Así que de momento, Venli se limitó a empujar con la mano hasta que llegó al aire al otro lado. Entonces apretó también con la otra mano y las separó, haciendo que la roca normalmente dura se apretujara y se curvara empujada por sus manos hasta abrir un hueco en la piedra.

Un sorprendido par de ojos humanos apareció al otro lado del agujero, de unos treinta centímetros de longitud, y la miró a través de él.

—Voy a sacarte de ahí —susurró Venli al Ritmo de la Súplica—, pero tienes que prometerme que no le contarás a nadie lo que he hecho. No les hablarás de los poderes que estoy utilizando. Ni siquiera a otros Radiantes. Creen que estoy sacándote con una hoja esquirlada.

—¿Qué eres? —susurró la humana en alezi.

—Promételo.

—Vale, prometido. Hecho. Date prisa. Los guardias están comiendo, y ni siquiera han querido darme un poquito.

Venli siguió apartando la piedra. Requirió muchísima luz del vacío, y Timbre latió a Consuelo: al parecer, consideraba los esfuerzos de Venli rudimentarios, carentes de fineza y habilidad.

Pero en fin, cumplieron su propósito. Venli logró hacer un agujero lo bastante grande para la chica humana. Cuando Venli soltó la piedra, se endureció al instante y tuvo que quitarse unos trocitos de los dedos. La chica palpó la piedra y luego saltó a través de ella.

Con un poco de suerte, los guardias supondrían que algún Custodio de la Piedra humano había sobrevivido y había salvado a la chica. Venli hizo un gesto a la Danzante del Filo para que la siguiera, pero la chica titubeó. Parecía a punto de salir corriendo en otra dirección.

—Por favor —dijo Venli—, te necesitamos. Para salvar una vida. Si huyes, él morirá.

—¿Quién?

—Bendito por la Tormenta —respondió Venli—. Por favor, ven conmigo, deprisa.

—Eres una de ellos —dijo la chica—. ¿De dónde has sacado poderes Radiantes?

—Yo... no soy Radiante —dijo Venli—. Tengo poderes de los Fusionados, que son como los poderes Radiantes. Soy amiga de Rlain. ¿Ese oyente que fue hombre del puente? Por favor. No te habría liberado solo para ponerte en peligro, ¡pero tenemos que irnos ya!

La chica ladeó la cabeza y luego asintió para que Venli la guiara. La Danzante del Filo la siguió con pies sigilosos, moviéndose de sombra en sombra.

«Eshonai andaba así también —pensó Venli—. Silenciosa en la naturaleza, para no perturbar la vida salvaje.» Pero aquella chica no tenía el mismo aire que su hermana.

Timbre latía satisfecha a Esperanza. Venli aún no podía sentir lo mismo,

no hasta que supiera que no habían capturado a Rlain ni a Dabbid. Llevó a la chica a una sala cercana para esperar.

—¿Eres una traidora, entonces? —le preguntó la joven.

—No sé lo que soy —dijo Venli—, aparte de alguien que no quería ver a una niña encerrada en una jaula.

Venli casi saltó hasta el techo cuando Rlain por fin entró acompañado de Dabbid. El callado hombre del puente corrió a abrazar a la chica humana, que sonrió.

—Eh, muli —dijo ella—. Menudos amigos más raros te has echado. ¿Has visto un pollo por aquí, grande y rojo? Lo perdí cuando estaba escapando.

Dabbid negó con la cabeza y se arrodilló delante de la chica.

—Sanación. ¿Funciona?

—¡Oye! —exclamó ella—. ¡Puedes hablar!

Él asintió.

—Di «contrafuerte» —le pidió la chica—. Es mi palabra favorita.

—¿Sanación? —preguntó él.

—Sí, aún puedo sanar. Creo. Debería poder ayudarlo.

Dabbid le cogió la mano, insistente.

—Iré con vosotros —dijo Rlain. Miró a Venli, que canturreó a Escepticismo para indicar que ella no. Tenía que ir con Rabeniel—. No me quedaré mucho tiempo —prometió a Venli—. No quiero levantar sospechas.

—Los otros dos se marcharon, pero él se quedó atrás y canturreó a Apreciación—. Siento lo que te dije cuando me viste en la celda. No eres egoísta, Venli.

—Sí que lo soy —respondió ella—. En estos tiempos me confunden muchas cosas, pero de ese hecho estoy segura.

—No —dijo él—. Hoy eres una heroína. Sé que has tenido una época difícil, pero hoy... Rlain sonrió y canturreó de nuevo a Apreciación antes de salir detrás de los demás. Ay, si supiera la historia completa. Aun así, Venli se notó animada mientras descendía hacia las salas de los eruditos en el sótano de la torre.

—¿Puedo decir ya las palabras? —preguntó a Timbre.

El pálpito indicó una negativa. Todavía no.

—¿Cuándo? —preguntó Venli.

La respuesta fue un pulso sencillo, directo.

Lo sabrás.



ERUDITA



Midius me dijo una vez... me dijo que podíamos usar la Investidura... para mejorar nuestras mentes, nuestras memorias, y así no olvidar tanto.

Rabeniel había cumplido su promesa de dejar que Navani trabajara por su cuenta. La Fusionada estudiaba el escudo que protegía al Hermano, pero sin Navani como espía involuntaria, no estaba progresando ni por asomo tan rápido como antes. De vez en cuando, paseando para poder mirar más allá del guardia, Navani descubría a Rabeniel sentada en el suelo ante el escudo azul, sosteniendo en alto la esfera llena de luz de guerra y contemplándola.

Navani se encontraba en una situación curiosa. Tenía prohibido participar en la administración de la torre y tenía prohibido el contacto con sus eruditos, de modo que solo contaba con su propia investigación para ocupar el tiempo. De alguna manera, le habían hecho el regalo que siempre había deseado: la oportunidad de comprobar de una vez por todas si podía ser una erudita.

Antes siempre había tenido alguna cosa que le impedía dedicarse por completo a ello. Tras la muerte de Gavilar, había estado demasiado ocupada guiando a Elhokar y luego a Aesudan. Quizá Navani pudiera haberse concentrado en sus estudios cuando llegó por primera vez a las Llanuras Quebradas, pero entonces había tenido un Espina Negra al que seducir y después un nuevo reino que forjar. Por mucho que se quejara de la política y de las distracciones que suponía administrar un reino, era evidente que

hallaba la forma de implicarse en ambas cosas con pavorosa regularidad.

Quizá Navani debería irse de verdad a hacer trabajos cotidianos. Al menos, así estaría con la gente. Y no se arriesgaría a hacer más daño. Solo que... sin duda, Rabeniel no iba a permitir que Navani fuese por ahí sin supervisión. Además, la tentación de los secretos desconocidos atraía a Navani. Poseía información con la que no contaba Rabeniel. Navani había visto con sus propios ojos una esfera que distorsionaba el aire, llena de lo que parecía ser una especie de antiluz del vacío. Sabía sobre la explosión.

Lo que Rabeniel quería crear era posible. Por tanto... ¿por qué no intentar averiguar cómo hacerlo? ¿Por qué no comprobar de qué era capaz de verdad? «El poder para destruir a un dios. Luz negativa. ¿Podré desvelar el secreto?»

¿Y si Navani no estaba pensando lo bastante a lo grande en sus intentos de salvar la torre? ¿Y si existía una manera de acabar la guerra de una vez por todas? ¿Y si Navani de verdad podía encontrar una manera de destruir a Odium?

Tenía que intentarlo. Pero ¿por dónde empezar? Bueno... La mejor forma de provocar los descubrimientos entre sus eruditas solía ser cultivar el entorno y la actitud adecuados. Mantenerlas estudiando, sin dejar de experimentar. Muchas veces los descubrimientos más grandiosos no se producían porque una mujer los estuviera buscando, sino porque estaba tan absorta en otro tema que empezaba a hacer conexiones que jamás habría establecido de otro modo.

En consecuencia, a lo largo de los siguientes días Navani intentó copiar ese estado en sí misma. Encargó piezas, material, mecanismos de fabriales, algunos para que se los trajeran desde Kholinar, y se los entregaron todos sin una sola queja. Eso incluía lo más importante de todo: muchas gemas que contenían spren corrompidos para alimentar fabriales.

A modo de calentamiento, Navani dedicó tiempo a crear armas que no parecieran armas. Trampas que pudiera usar si la situación se volvía muy desesperada para defender su biblioteca o la sala de la columna. No estaba muy segura de cómo las desplegaría, o de si le sería necesario en algún momento. De momento, era algo intelectual que hacer, algo conocido, y se lanzó de todo corazón al trabajo.

Ocultó doloriales dentro de otros fabriales, construidos para parecer inofensivos. Creó alarmas que distrajeran, empleando tecnología que habían descubierto a partir de las gemas dejadas por los antiguos Radiantes en Urithiru. Usó rubíes parejos para hacer trampas de resorte que liberaran

pinchos.

Puso esferas de luz del vacío en sus trampas fabriales y las dispuso para poder armarlas con un sencillo truco. Un imán sujeto a la cara del cubo, en el lugar preciso, movería una palanca metálica que armaría las trampas. Así no se activarían hasta que Navani las necesitara. Hizo almacenar las cajas en el pasillo, como si fuesen experimentos a medio completar a los que pretendiera volver al cabo de unos días. Contra las paredes ya había amontonadas cajas de otros eruditos, así que los añadidos de Navani no parecían fuera de lugar.

Después pidió a Rabeniel que la ayudara a crear más luz de guerra para sus experimentos. Navani no podía crearla ella sola, por desgracia. No había combinación de diapasones o instrumentos que reemplazar la presencia de Rabeniel, y que Navani supiera, la Fusionada tampoco podía crearla sin ayuda de un humano.

Navani mejoró a la hora de tararear el tono, de dominar el ritmo. En esos momentos se sentía como si pudiera oír la misma alma de Roshar hablándole. Nunca había tenido mucho interés por la música, pero, al igual que pasaba con su creciente obsesión por la luz, cada vez la encontraba más fascinante. Ondas, sonidos y lo que significaban para la ciencia.

Subrayando todo el trabajo que hacía estaba una pregunta singular: ¿cómo se podía crear el opuesto a la luz del vacío? ¿Qué había contenido aquella esfera de Gavilar?

El vorinismo afirmaba que las cosas puras eran simétricas. Y que todo tenía su opuesto. Era comprensible que Rabeniel hubiera supuesto que la oscura luz del vacío sería lo contrario de la luz tormentosa, pero en realidad la oscuridad no era lo opuesto a la luz. Era su mera ausencia.

Navani necesitaba alguna forma de medir la Investidura, el poder que contenía una gema. Y necesitaba algún tipo de modelo, una forma de energía de la que supiera que existía un opuesto. ¿Qué cosas en la naturaleza tenían un contrario demostrable, medible?

—Imanes —dijo, apartando su silla para levantarse de la mesa con sus notas. Fue hasta el guardia que había en la puerta de la sala—. Necesito más imanes. Esta vez más potentes. Teníamos algunos guardados en el almacén de suministros químicos, en la primera planta.

El guardia tarareó un tono y lo acompañó con un sufrido suspiro que Navani sabría interpretar. Miró a su alrededor buscando apoyo, pero la única otra cantora que había cerca era la hija de Rabeniel, sentada fuera de la sala con la espalda contra la pared, una espada en el regazo y la mirada perdida en

la lejanía mientras canturreaba. Navani cayó en la cuenta de que no era un ritmo, sino una melodía que reconoció, una canción humana que a veces se cantaba en las tabernas. ¿Cómo la había aprendido la Fusionada?

—Supongo que puedo ocuparme —dijo el guardia a Navani—, aunque algunos de los nuestros empiezan a hartarse de tus constantes exigencias.

—Explicádselo a Rabeniel —replicó Navani, regresando a su silla—. Ah, y los Fusionados usan un tipo de arma que extrae la luz tormentosa de los Radiantes a los que apuñalan con ella. Tráeme un poco de ese metal.

—Eso tendrá que aprobarlo la Dama de los Deseos —dijo el guardia.

—Pues pregúntale. Andando. No voy a escaparme. ¿Dónde crees que iría?

El guardia, un regio en forma tormenta, gruñó y se marchó a cumplir sus encargos. Navani le había sonsacado algunos detalles sobre él durante su encarcelamiento. Había sido un esclavo parshmenio en el palacio de Kholinar. El cantor pensaba que Navani debería reconocerlo y... bueno, quizás estuviese en lo cierto. Pero los parshmenios siempre habían resultado muy invisibles.

Mientras esperaba probó un experimento distinto. Tenía las dos mitades de un rubí parejo en la mesa. En la gema partida había un spren partido, dividido justo por el centro. Navani intentaba ver si podía usar el método del diapasón para extraer las dos mitades del spren y unirlas en un rubí más grande. Pensaba que eso podría complacer al Hermano, que seguía sin hablar con ella.

Puso una lente aumentadora junto a una mitad de la gema y observó las reacciones del spren de su interior al diapasón. Era un llamaspren corrompido, pero eso no debería cambiar la naturaleza del experimento, o al menos eso esperaba Navani.

El spren se movía allí dentro, intentando llegar al sonido. Apretaba contra la superficie de la gema, pero no podía escapar. «La luz tormentosa puede filtrarse por los microagujeros de la estructura —pensó Navani—, pero el spren es demasiado grande.»

Al poco tiempo llegó alguien al umbral. Navani lo supo al ver que la luz de la lámpara se oscurecía al tener a alguien delante.

—¿Mis imanes? —preguntó, extendiendo la mano sin dejar de estudiar el spren—. Tráelos aquí.

—No son los imanes —dijo Rabeniel.

—Dama de los Deseos —dijo Navani, volviéndose y haciendo una inclinación desde el asiento—. Mis disculpas por no reconocerte.

Rabeniel canturreó a un ritmo que Navani no pudo distinguir y luego se acercó a inspeccionar el experimento.

—Intento recomponer un spren partido —explicó Navani—. Según experiencias anteriores, sabemos que romper una gema deja escapar al llamaspren, pero en ese caso las dos mitades se convierten en llamaspren distintos. Estoy probando a ver si puedo volver a unirlos en uno solo.

Rabeniel dejó algo en la mesa, una pequeña daga ornamentada, con un puño de madera de compleja talla y un gran rubí engarzado en la base. Navani la recogió y se fijó en que el centro de la hoja, que subía como una vena desde la empuñadura a la punta, era de un metal distinto al resto.

—Las utilizamos para atrapar las almas de Heraldos —comentó Rabeniel—. O ese era el plan. Hasta el momento solo hemos recolectado una, y... hemos tenido complicaciones con esa captura. Había esperado cosechar las de los dos que teníais aquí, según nuestros informes, pero se marcharon con vuestra fuerza expedicionaria.

Navani dio la vuelta al arma que tenía en la mano y se estremeció.

—Hemos usado este metal durante varios Retornos para drenar la luz tormentosa de los Radiantes —añadió Rabeniel—. Conduce la Investidura, extrayéndola de una fuente y absorbiéndola. La utilizábamos para llenar gemas, pero no nos dimos cuenta hasta la caída de Ba-Ado-Mishram de que era posible capturar a spren en gemas. Fue entonces cuando una de nosotros, Aquella Que Sueña, se dio cuenta de que quizás sería posible atrapar el alma de un Heraldo siguiendo el mismo procedimiento.

Navani se lamió los labios. Así que era cierto. Shalash les dijo que Jezerezeh'Elin había caído. Pero no sabían cómo. Sin embargo, aquello era mejor que la destrucción absoluta. ¿Sería posible recuperarlo, en ese caso?

—¿Qué vais a hacer con sus almas? —preguntó Navani—. Cuando las tengáis.

—Lo mismo que hicisteis vosotros con el alma de Nergaoul —dijo Rabeniel—. Guardarlas en algún lugar seguro donde nunca más puedan liberarse. ¿Para qué querías este metal? El guardia me ha dicho que se lo has pedido.

—He pensado que podría ser una forma mejor de conducir la luz tormentosa y la del vacío, para extraerla de las gemas.

—Funcionaría —dijo Rabeniel—. Pero no es un método demasiado práctico. El raysio es difícilísimo de obtener. —Señaló con el mentón la daga que había entregado a Navani—. Deberías saber que esa arma contiene solo

una pequeña cantidad del metal, no la suficiente para recolectar el alma de un Heraldo. Por lo tanto no supondría ningún peligro para mí, en caso de que te plantees intentar algo así.

—Entendido, antigua —respondió Navani—. La quiero solo para mis experimentos. Gracias.

Puso en contacto la punta de la daga, con su metal de color oro muy claro, con una mitad del rubí dividido. No ocurrió nada.

—Lo normal es que tengas que clavársela a alguien para que funcione —dijo Rabeniel—. Es necesario tocar el alma.

Navani asintió distraída mientras disponía sus instrumentos, colocaba la lente y accionaba el diapasón para observar al spren de dentro de la gema moverse hacia el sonido. Situó la punta de la daga contra la gema de nuevo, atenta a cualquier cambio en el comportamiento del spren.

—Pareces estar disfrutando —comentó Rabeniel.

—Disfrutaría más si mi pueblo fuese libre, Dama de los Deseos —dijo Navani—. Pero tengo intención de aprovechar este tiempo en lo que pueda.

Su defensa de la torre, ya frágil desde el principio, se había derrumbado por completo. No podía comunicarse con Kaladin, ni hablar con el Hermano, ni planear con sus eruditos. Solo quedaba un nodo protegiendo el corazón de la torre de la corrupción.

A Navani solo le quedaba una esperanza: ser capaz de imitar a una erudita lo suficiente como para construir una nueva arma. Un arma capaz de matar a un dios.

En su experimento no ocurrió nada. El spren no podía abandonar el rubí, ni siquiera con el tono atrayéndolo. El spren era de un vivo color azul, al estar corrompido, y se veía como medio spren, con un brazo y una pierna. ¿Por qué seguiría manifestándose de ese modo? Los llamaspren acostumbraban a cambiar de forma, y tenían la mala fama de darse cuenta cuando alguien los observaba. Navani había leído varios ensayos muy interesantes sobre la materia.

Cogió un pequeño martillo de joyera. Con mucho cuidado, agrietó el medio rubí, permitiendo escapar al spren. Saltó libre, pero al instante Navani lo capturó con la daga. La luz viajó a lo largo de la hoja y entonces el rubí de la base empezó a resplandecer. Navani confirmó que el spren estaba dentro.

«Interesante —pensó Navani—. Entonces, ¿qué pasa si rompo la otra parte del rubí y capturo su otra mitad en la misma gema?» Emocionada, estiró el brazo para recoger el otro medio rubí, pero al moverlo la daga resbaló por la

mesa.

Navani se quedó petrificada. ¿Las dos mitades del spren seguían conjuntadas? Había esperado que el emparejamiento terminara al hacerlo la reclusión original. Con gran curiosidad, movió la daga. La otra mitad del rubí voló una gran distancia hacia el centro de la sala.

Muy lejos. Demasiado. Había movido la daga unos quince centímetros, y el rubí parejo se había desplazado tres veces eso. Navani se quedó mirando el rubí que flotaba con los ojos como platos.

Rabeniel tarareó un ritmo potente, con aspecto igual de sorprendido que ella.

—¿Cómo puede ser? —preguntó—. ¿Es porque el spren está corrompido?

—Tal vez —dijo Navani—. Pero he estado experimentando con spren parejos y los corrompidos parecen comportarse en general del mismo modo que los que no lo están. —Observó la daga—. La gema del arma es más grande que la que contenía antes al spren. Hasta ahora siempre había sido necesario partir una gema en dos mitades exactas para conjuntarlas. Es posible que, al mover una mitad a una gema más grande, haya creado algo nuevo...

—¿Multiplicación de la fuerza? —preguntó Rabeniel—. ¿Desplazar una gema grande una distancia corta y provocar que la gema pequeña se mueva mucho más lejos?

—La energía se conservará, si nuestra comprensión de las leyes que rigen los fabriales es correcta —dijo Navani—. Hará falta más luz, y mover la gema grande será más difícil, en equivalencia al trabajo que realice la gema pequeña. Pero tormentas... las implicaciones...

—Escribe esto —la urgió Rabeniel—. Registra tus observaciones. Yo haré lo mismo.

—¿Por qué? —preguntó Navani.

—El Ritmo de la Guerra, Navani. —Rabeniel lo dijo como si fuese una explicación, aunque a Navani no se lo pareció—. Hazlo. Y continúa con tus experimentos.

—Lo haré —dijo ella—. Pero Dama de los Deseos, he topado con otro problema. Necesito alguna forma de medir la fuerza de la luz tormentosa en una gema.

Rabeniel no le pidió detalles.

—Existe una arena que hace eso —dijo.

—¿Arena?

—Es negra en su estado natural, pero se vuelve blanca en presencia de luz tormentosa. En consecuencia, puede utilizarse para medir la fuerza de la Investidura: cuanto más poderosa sea una fuente de energía cercana, más deprisa cambia la arena. Te la conseguiré. —Canturreó en voz muy alta—. Esto es impresionante, Navani. No creo que haya conocido a una erudita tan capaz como tú desde hace muchos Retornos.

—No soy una... —Navani no terminó la frase—. Gracias —dijo en vez de eso.



¿Por qué iba yo a querer recordar?

Dabbid llevaba toda la vida siendo diferente.

Era la palabra que había usado su madre. «Diferente.» A él le gustaba la palabra. No intentaba fingir. Era cierto que había algo diferente en él. Había tenido ya seis años cuando empezó a hablar. Aún no sabía hacer sumas de cabeza. Podía seguir instrucciones, pero se saltaba pasos si eran demasiado largas.

Era diferente.

Los cirujanos no habían sido capaces de explicar el motivo. Decían que algunas personas eran diferentes y punto. Que Dabbid siempre iba a ser así. La comadrona, cuando oyó hablar de él más adelante, había dicho que tenía el cordón umbilical alrededor del cuello cuando nació. A lo mejor esa era la razón.

De joven, Dabbid había probado a rodearse el cuello con una cuerda para ver qué se sentía. No había saltado desde ninguna altura. No había atado el otro extremo a nada. No había pretendido morir. Solo se la había apretado un poco, para poder saber lo que había sentido el bebé Dabbid.

Alguien lo había visto y todos se habían puesto frenéticos. Lo llamaron estúpido. No le dejaron tocar ninguna cuerda durante años. Creían que era

demasiado tonto para saber que le harían daño. Solía meterse en líos como ese. Hacer cosas que otros nunca harían, sin comprender que eso daba miedo a la gente. Tenía que ir con mucho cuidado para no asustar a la gente normal. Les gustaba estar asustados de él. Dabbid no sabía por qué. Era diferente. Pero no diferente en plan siniestro.

Todo había empeorado cuando murió su madre. La gente se había vuelto más mala ese día. No fue culpa de Dabbid. Él ni siquiera había estado presente. Pero de pronto, todo el mundo era más malo. Terminó en la guerra, sirviendo a un ojos claros. Lavándole la ropa.

Cuando la esposa del hombre dio a luz a un bebé ojos oscuros, todos se habían enfadado con Dabbid. Él les había explicado que se equivocaban. La gente se equivocaba a veces.

No fue hasta mucho más tarde cuando comprendió que la brillante señora había mentido. Para que castigaran a alguien que no fuese su amante secreto. Dabbid podía entender las cosas, si tenía tiempo para pensar en ellas. A veces.

Había acabado haciendo carreras de puentes. Dabbid no recordaba mucho de esa época. Había perdido la cuenta de los días. En esos tiempos apenas había hablado. Estaba confuso. Estaba atemorizado. Estaba furioso. Pero no dejaba que la gente supiera que estaba furioso. La gente se asustaba y le hacía daño cuando estaba furioso.

Había hecho su trabajo, con más terror a cada día que pasaba, seguro de que iba a morir. De hecho, había decidido que ya debía de estar muerto. Así que cuando el caballo de un soldado del propio Sadeas lo había arrollado, empujado y derribado con el brazo roto, Dabbid se había quedado acurrucado esperando la muerte.

Y entonces... Kaladin. Kaladin Bendito por la Tormenta. A él le daba igual que Dabbid fuese diferente. Le daba igual que Dabbid se hubiera rendido. Kaladin lo sacó a rastras de la Condenación y le concedió otra familia.

Dabbid no recordaba muy bien cuándo había empezado a salir de su conmoción de batalla. En realidad nunca se le había pasado del todo. ¿A quién se le pasaba? La gente aplaudiendo sonaba como cuerdas de arco destensándose. Las pisadas sonaban como cascos de caballo. O a veces oía a alguien cantar, como los parshendi, y volvía a estar allí. Muriendo.

Aun así, había empezado a sentirse mejor. El algún momento del camino, había empezado a reconocer en él a su antiguo yo. Solo que había pasado a tener una nueva familia. Tenía amigos.

Y ninguno de ellos había sabido que Dabbid era diferente.

Bueno, pensaban que lo era, pero otra clase de diferente. Creían que lo había herido la batalla, como a todos los demás. Era uno de ellos. No sabían lo de su mente. Lo de cómo había nacido.

No le gustaba cuando la gente usaba la palabra «estúpido» para referirse a su forma de ser. La gente se llamaba estúpida entre ella cuando cometía errores. Dabbid no era un error. Podía cometerlos, sí. Y entonces era estúpido. Pero no siempre. No podía pensar deprisa como los demás. Pero eso lo hacía diferente, no estúpido. La estupidez era una elección.

En el pasado, su forma de hablar había revelado a los demás que era diferente. Dabbid lo había descubierto al pasar de un trabajo a otro después de que su madre muriera. Cuando hablaba, lo sabían. Así que... con el Puente Cuatro... había seguido sin hablar.

Así no podrían saberlo. Así no se darían cuenta de que era diferente a lo Dabbid. Podría ser solo diferente a lo Puente Cuatro.

Y luego todo el mundo había empezado a conseguir spren. Excepto él. Y luego la torre había empezado a hablarle. Y... y Dabbid aún no estaba seguro de si había hecho una estupidez o no. Pero ir a buscar a Rlain no había sido algo estúpido. De eso estaba seguro.

Así que ese día intentó no pensar en sus errores. Intentó no pensar que, si hubiera sido más fuerte, podría haber ayudado a Kaladin a luchar. Intentó no pensar en cómo había mentido a los demás al fingir que no podía hablar. Intentó concentrarse en lo que podía hacer en beneficio de todos.

Guio a Rlain en su ascenso por los túneles. Se cruzaron con cantores un par de veces. Rlain les habló, su voz tranquila y con ritmos, y los cantores los dejaron seguir. Subieron y subieron, y Dabbid enseñó a Rlain una escalera oculta. Pasaron a hurtadillas entre las patrullas de guardias de la quinta planta.

Arriba y más arriba. El corazón de Dabbid atronaba. Preocupante. ¿Lift se reuniría con ellos, como había prometido? Lift se conocía la torre mejor que ellos. Había dicho que podía llegar por su cuenta. Pero ¿escaparía?

Cuando llegaron al punto de reunión acordado del noveno piso, la encontraron esperando. Estaba sentada en el suelo, comiendo un poco de curry con pan.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó Rlain.

—Fusionados —dijo ella, con un gesto—. Es curioso. Tienen que comer. Supongo que eso significa que también hacen caca, ¿verdad?

—Supongo —dijo Rlain, con tono disgustado.

—¿No os parece toda una patada donde ya sabéis? —preguntó Lift—. Te hacen inmortal y vives siglos y más siglos. Puedes volar, o atravesar la roca, o cosas por el estilo. Pero te sigue tocando mear como a todo el mundo.

—No veo el sentido a esta conversación —dijo Rlain—. Deprisa. Tenemos que llegar con Kaladin.

Lift puso los ojos en blanco con un gesto exagerado antes de levantarse y dar a Dabbid un poco de pan ácimo. Él asintió en agradecimiento y se lo guardó para más tarde.

—¿Cuándo empezaste a hablar? —le preguntó Lift.

—Tenía seis meses —respondió él—. Eso dijo mi madre.

—No, me refiero a... —Lift hizo un gesto hacia él.

Dabbid notó que se sonrojaba y bajó la mirada a los pies.

—Podía desde hace tiempo. No lo hice y ya está.

—¿No querías hablar? A mí nunca me ha pasado. Menos una vez, cuando me zampé la cena de la reina, pero resulta que se la había dejado fuera, ¿sabes?, y no la tiró como habría debido. Es culpa suya, le dije, porque eso es como dejar una espada a vistas donde una niña podría pisarla y cortarse el pie o algo.

—¿Podemos seguir adelante, por favor? —pidió Rlain, exasperado.

Dabbid los guio el resto del trayecto. Se notaba más ansioso. ¿Llegaba demasiado tarde? ¿Kaladin habría muerto mientras no estaba? ¿Había sido demasiado lento? ¿Demasiado diferente para haberse dado cuenta antes de lo que debía hacer?

Dabbid los llevó al lugar de la décima planta, pero la puerta había dejado de funcionar. Había pasado demasiado tiempo desde que Kaladin la infundiera por última vez. Pero tenían a Lift, y cuando ella apretó la mano contra la gema, la puerta se abrió.

Dentro olía a sudor y a sangre. Dabbid pasó corriendo junto al banco donde Teft yacía inconsciente y llegó hasta Kaladin. Estaba en el suelo, envuelto en mantas. Revolviéndose. Todavía vivo.

—Tormentas —dijo Lift, acercándose.

La cara de Kaladin estaba cubierta de sudor. Tenía los dientes apretados y los párpados cerrados con fuerza. Se retorcía en sus mantas y daba suaves gruñidos. Dabbid le había cortado la camisa para buscar heridas. Aunque había costras por todo el costado de Kaladin, lo peor era la infección. Se extendía por la piel desde el corte. Un rojo violento. Lleno de odio, cubierto

de pequeños putrispren.

Lift retrocedió y se abrazó a sí misma.

—T tormentas.

—Nunca había... visto una fiebre como esa —dijo Rlain, alzándose por encima de los dos. ¿Sabría lo enorme que era en forma de guerra?—. ¿Y vosotros?

Lift negó con la cabeza.

—Por favor —dijo Dabbid—. Por favor, ayuda.

Lift extendió la mano con la palma hacia delante y se iluminó de poder. La luz tormentosa se alzó de su piel como humo blanco y Lift se arrodilló. Retrocedió un poco cuando Kaladin volvió a hacer aspavientos, pero luego se lanzó hacia delante y le apretó la mano contra el pecho.

La rojez retrocedió al instante y los putrispren huyeron, como si no pudieran soportar la intensidad de su contacto. Kaladin arqueó la espalda. ¡Le hacía daño!

Entonces se derrumbó en las mantas. Lift le apretó la otra mano en el costado y la herida siguió sanando, la rojez escapando. Lift arrugó la frente y se mordió el labio. Dabbid hizo lo mismo. A lo mejor servía de algo.

Lift empujó tanta luz tormentosa al interior de Kaladin que él también empezó a brillar. Cuando Lift se echó hacia atrás, las costras cayeron del costado de Kaladin, dejando una piel suave y nueva.

—Ha sido... difícil —susurró ella—. Más difícil que cuando salvé a Gawx.

—Se secó la frente—. Estoy sudando.

—Gracias —dijo Dabbid, cogiéndole la mano.

—Puaj —dijo ella. Huy. Era la mano con la que Lift acababa de quitarse el sudor de la frente.

—*Gracias* —repitió él.

Ella se encogió de hombros.

—Mi maravilla, la parte de resbalar, ya no funciona. Pero esto sí. No sé por qué.

Rlain fue a cerrar la puerta. Dabbid intentó poner cómodo a Kaladin, amontonando una manta para hacerle una almohada. Su amigo seguía inconsciente, pero ya durmiendo en paz.

—Tengo muchas preguntas, Dabbid —dijo Rlain—. La primera de todas es: ¿por qué guardabas silencio cuando podías hablar?

—Eh...

—No tiene por qué decir nada si no quiere —intervino Lift. Ya había

encontrado las raciones que guardaban allí y estaba comiendo. Caray.

—Es del Puente Cuatro —dijo Rlain—. Somos una familia. La familia no se miente.

—Lo siento —dijo Dabbid en voz baja—. Es solo que... no quería que supierais que soy... diferente.

—Todos somos diferentes —respondió Rlain, cruzándose de brazos. Tormentas, qué miedo daba en su armadura de caparazón.

—Yo soy más diferente —dijo Dabbid—. Yo... nací diferente.

—¿Te refieres a que naciste... ya sabes... retrasado? —preguntó Rlain.

Dabbid torció el gesto. Odiaba esa palabra, aunque Rlain no la había dicho con odio. Para él era solo una palabra.

—Tocado —dijo Lift—. He conocido a muchos niños como él en la calle. No piensan igual que todos los demás. A veces pasa.

—A veces pasa —convino Dabbid—. Me pasó a mí. Pero no lo sabíais. Así que no podíais tratarme como si estuviera... mal. Tú sabes lo que es ser más diferente, ¿verdad, Rlain?

—Supongo que sí —dijo él—. Pero no deberías creer que debes esconder lo que eres.

—Me arreglaré cuando tenga un spren —dijo Dabbid—. Hacerme Radiante me sanará, porque se supone que mi cerebro no tendría que estar así. Me hice daño después de nacer. Me lo dijo la torre.

—¿La torre? —preguntó Rlain.

—La torre puede hablar —dijo Lift—. Es un spren.

—¿Y prometió curarte, Dabbid?

Él asintió. Aunque la verdad era que no se lo había dicho con esas palabras. Empezó a preguntarse si le habría mentido.

A la reina no le había hecho gracia que Dabbid merodeara por ahí, haciendo recados al Hermano. A lo mejor debería sospechar más. Hasta de los spren.

Pero algún día... cuando fuese Radiante...

Rlain sacó del montón unas sábanas limpias para Kaladin. Dabbid las había lavado antes, porque quería tener algo que hacer. Sacaron a Kaladin de la ropa de cama sudada y lo envolvieron en...

—En nombre de la tormentosa Condenación, ¿se puede saber qué estáis haciendo, idiotas? —dijo una voz hosca detrás de ellos.

Dabbid se quedó muy quieto. Entonces se dio la vuelta despacio. Lift estaba sentada al final del estante de Teft, masticando distraída una barrita de

ración, grano creado por moldeado de almas, cocinado y prensado. Estaba apartando la mano del pie que Teft tenía a la vista y emanaban bucles de luz tormentosa de su cuerpo.

Teft, a su vez, estaba haciendo fuerza con los brazos para incorporarse.

Teft estaba *despierto*.

Dabbid dejó escapar un grito de alegría y se levantó de un salto. Rlain solo empezó a tararear como hacía a veces.

—¿Qué? —dijo Lift—. ¿Se suponía que no tenía que sanar también al apestoso?

—¿Apestoso? —repitió Teft, mirando bajo su manta—. ¿Dónde Condenación habéis metido mi ropa? ¿Qué me ha pasado? Estábamos en la taberna, ¿verdad? ¡T tormentas, mi cabeza!

—¿Puedes despertar a los Radiantes? —preguntó Rlain, acercándose deprisa y cogiendo a Lift por los brazos—. ¿Por qué no habías dicho nada?

—¿Qué? —replicó ella—. Mira, cabeza de caparazón, estaba en una tormentosa jaula. Mi spren se largó diciendo que iba a buscar ayuda y desde entonces no sé nada de él. Seguro que se unió a los Portadores del Vacío, el tormentoso traidor. No sé qué ha estado pasando en la torre. ¿Qué les pasa a los demás?

—¿En una jaula? —preguntó Teft—. ¿Por qué? ¿Y dónde está mi tormentosa ropa?

—Hay mucho que explicar, Teft —dijo Rlain—. La torre está ocupada por el enemigo y...

Se detuvo, frunció el ceño y lanzó una mirada hacia Kaladin.

Kaladin... estaba moviéndose. Callaron todos. Incluso Teft. Kaladin parpadeó y abrió los ojos. Se tensó y entonces vio a Rlain y Dabbid y se relajó, respirando hondo.

—¿Esto es un sueño? —susurró—. ¿O por fin me he despertado?

—Estás despierto, Kal —dijo Rlain, arrodillándose para poner a Kaladin la mano en el hombro—. Loados sean los tonos más puros. Estás despierto. Ha funcionado.

Dabbid dio un paso atrás mientras Teft decía algo, haciendo que Kaladin se incorporara de golpe... y se echara a reír de gozo. Había funcionado.

Dabbid no era Radiante. No era valiente. No era listo. Pero ese día tampoco había sido estúpido.

En una ocasión, Kaladin había sacado a rastras a Dabbid de la mismísima Condenación. Sentaba bien devolverle aquel acto de heroísmo con uno

pequeño propio.

LA CANCIÓN DE
LAS MAÑANAS

UN AÑO Y MEDIO ANTES

Según progresaba la guerra contra los humanos, Venli estaba cada vez más segura de haber tomado la decisión correcta.

¿Cómo podía su pueblo, tras generaciones de estancamiento, tener alguna esperanza de resistir por sí mismos en el mundo? Si los informes eran ciertos, los humanos volvían a tener potenciadores, como los de las canciones. Ulim tenía razón. Se avecinaba una guerra mayor que aquella. El pueblo de Venli debía estar preparado.

Venli estaba de pie con los brazos cruzados, armonizada a Confianza mientras veía una cuadrilla de guerra oyente regresar de una incursión. Eshonai y sus soldados habían triunfado y traían con ellos una enorme gema corazón. La propia Eshonai se la entregó a Denshil, que estaba al cargo de los cultivos de la ciudad.

Los guerreros de Eshonai no tenían aspecto de vencedores. Ensangrentados, heridos, sus antiguas armas flaqueando en sus manos como lastradas por suelospren. No pocos soldados caminaban solos. Parejas de guerra que habían perdido a un miembro.

Venli los observó con oculto regocijo. Seguro que estaban a punto de quebrarse. Si Venli lograba llevarles una forma de poder... ¿la aceptarían?

Aún recordaba su propia vacilación, su debilidad, cuando había emprendido aquella senda hacía años. En aquella época se la consideraba una joven, aunque se hubiera desarrollado del todo. Transcurrido ese tiempo, ya era adulta. Veía las cosas con ojos de adulta.

Tomó un atajo por una calle secundaria de la antigua ciudad y pasó por grandes paredes cubiertas de crema que parecían altos riscos de piedra natural. Habría que hacer un corte profundo con una hoja esquirlada para encontrar la piedra labrada de su corazón.

Aquella ruta era la más directa, así que Venli ya estaba esperando cuando Denshil pasó por allí con la gema corazón. Era flacucho hasta llevando la forma de trabajo, y tenía una piel jaspeada en rojo y negro que parecía auténtico mármol tallado, áspero y basto. Se sobresaltó al ver a Venli.

—¿Qué estás haciendo? —siseó Denshil a Ansiedad mientras Venli echaba a andar a su lado.

—Comportándome con naturalidad —respondió ella—. Estoy al mando de nuestros estudiosos. Es normal que visite a nuestros granjeros y vea cómo progresan su trabajo.

Denshil siguió pareciendo nervioso, pero al menos armonizó a Paz mientras andaban. No tenía importancia. Se cruzaron con pocos oyentes por las calles. Todos los que no eran imprescindibles como granjeros, cuidadores o en otros trabajos esenciales se habían unido a Eshonai.

Con una poesía que rayaba en la perfección, eso garantizaba que los oyentes más valerosos, los que más probable era que se resistieran a Venli cuando les llevara la forma tormenta, estuvieran combatiendo en el frente a diario, muriendo. Cada uno de sus cadáveres acercaba a Venli un paso más hacia su objetivo.

Había dejado de fingir que aquello era solo para proteger a su pueblo. A medida que iba siendo más ella misma y ganaba confianza, había terminado por decidir lo que de verdad quería. La auténtica libertad, acompañada del poder para asegurarse de que jamás tendría que depender de nadie, oyente o spren. La verdadera libertad no podía existir mientras otra persona tuviera poder sobre una.

De modo que sí, su trabajo tenía por objeto ayudar a su pueblo, en parte. Pero muy en el fondo de Venli, donde se iniciaban los ritmos, se había prometido a sí misma que ella sería quien más libertad obtuviera.

—¿Cómo va tu trabajo? —preguntó Venli a Confianza.

El ritmo de Denshil cayó de nuevo en la Ansiedad. Necio granjero. Más

valía que no los delatara.

—Los demás me creen —dijo él en voz baja—. Y hacen bien, porque en realidad no estoy contándoles ninguna mentira. Si tallamos estas gemas corazón como hacen los humanos, retienen más luz tormentosa. Pero no les menciono los trocitos adicionales que tallo antes de entregar las gemas facetadas a los campos.

—¿Cuánto te has guardado?

—Varios centenares de gemas.

—Necesito más —dijo Venli.

Denshil armonizó a Irritación con todo el descaro del mundo.

—¿Más? Pero ¿qué clase de ritmo loco estás escuchando?

—Necesitamos una para cada oyente de la ciudad.

—No puedo —dijo él—. Si tú...

—Puedes —lo interrumpió Venli a Reprimenda—. Y lo harás. Talla las gemas más pequeñas. Entrega menos a los campos.

—¿Y si acabamos muriendo de hambre por culpa de eso? Las gemas se rompen, ¿sabes?, cuando les cantas. Se nos van a terminar.

—No viviremos lo suficiente para pasar hambre, Denshil. No si los humanos llegan hasta aquí. No si encuentran a tus niños y les arrebatan sus canciones...

El hombren armonizó a Anhelo al instante. Los oyentes tenían pocos hijos en los últimos tiempos. La mayoría habían dejado de adoptar la forma carnal hacía años, y en todo caso nunca habían sido tan fértiles como al parecer eran los humanos.

—Piensa en cómo podrías mejorar las cosas —dijo Venli—. Para ellos, Denshil. Para tu hija.

—Deberíamos llevar esto ante los Cinco —repuso él.

—Y lo haremos. Podrás ver con tus propios ojos cómo les expongo la propuesta. Esto se hará como es debido; tú y yo estamos preparando el camino, nada más.

Denshil asintió y Venli dejó que se adelantara corriendo hacia el antiguo edificio donde practicaba la talla de gemas, un arte que le había enseñado Ulim.

«Di un nombre al viento y volverá», pensó, reparando en una luz roja que emanaba del interior de un viejo edificio abandonado. Habían tenido que sacar la ventana para poder entrar. Venli se acercó paseando y Ulim salió por el alféizar, invisible para todos menos para quienes elegía.

—Has aprendido a mentir muy bien —dijo el spren a Sumisión.

—Así es —respondió ella—. ¿Estamos preparados?

—Casi. Siento la tormenta en el otro lado. Creo que ya está casi aquí.

—¿Crees? —preguntó Venli con brusquedad.

—No puedo ver en Shadessmar —espetó él a Mofa.

Venli no comprendía del todo las explicaciones de Ulim sobre lo que estaba ocurriendo. Pero sabía que en Shadessmar estaba acumulándose una tormenta. De hecho, llevaba generaciones creciendo, incrementando su furia, su intensidad. Bloqueaba el camino a Condenación.

Esa tormenta era de donde procedía el propio Ulim en un principio. También había en ella millares de otro tipo de spren: tormentaspren. Eran criaturas sin mente, como los vientospren o los llamaspren.

Venli tenía que buscar la manera de atraer a esos spren fuera de Shadessmar y capturarlos. Con ese objetivo, el dios de dioses, el antiguo llamado Odium, había separado una gran porción de la bullente tormenta. Esa tormenta era su fuerza, su esencia. A lo largo de dolorosos meses, había desplazado esa tormenta por el terreno, inadvertida, hasta llevarla allí. Más o menos. Casi.

—¿Qué pasará cuando mi tormenta llegue a este mundo? —preguntó Venli a Curiosidad.

—¿Tu tormenta?

—Soy yo quien va a invocarla, spren —dijo ella—. Es mía.

—Sin duda, sin duda —dijo él. Un poco demasiado deprisa, y con demasiados aspavientos. Ulim se había vuelto servil en los últimos años, y le gustaba fingir que su traición a Venli en el palacio de Kholin nunca había tenido lugar.

—Cuando esta tormenta llegue, me servirás —afirmó Venli.

—Ya te sirvo.

—Apenas. Promételo. Me servirás.

—Serviré —dijo él—. Lo prometo, Venli. Pero antes tenemos que traer los tormentaspren a este lado. Y convencer a los oyentes de que tomen las formas.

—Lo segundo no será un problema.

—Estás demasiado segura de eso —objetó él—. Recuerda, mataron al rey alezi justo para impedir que sucediera esto. Los muy traidores.

Ulim se había obsesionado con esa idea. Aunque había sido él quien había convencido a Venli de buscar al esclavo con la hoja de Honor y quien había acordado ayudar a empezar una guerra para desesperar a su pueblo, no era

capaz de sobreponerse al razonamiento del que se habían valido los oyentes. Ulim no se había enterado de la experiencia de Eshonai con el rey Gavilar hasta semanas más tarde, y se había puesto hecho una furia. ¿Cómo se atrevían los oyentes a hacer precisamente lo que él quería pero por los motivos equivocados?

Pequeño spren estúpido. Venli armonizó a Escepticismo... y casi sintió algo distinto, algo más. Un ritmo mejor. Justo fuera de su alcance.

—Piensa menos en eso —dijo Venli— y más en tus deberes.

—Sí, Venli —respondió él, con voz arrulladora y hablando a Sumisión—. Vas a quedarte pasmada con el poder que obtendrás de la forma tormenta. ¿Y la tormenta gigantesca que traerás a este lado? No se parecerá a nada que el mundo haya visto jamás. El poder en crudo de Odium, recorriendo el mundo en la dirección inversa. Arrasará a los humanos, los dejará hechos polvo y fáciles de conquistar. Maduros para tu dominio, Venli.

—Basta —dijo ella—. No te empeñes tanto en convencerme, Ulim. No soy la niña que encontraste al llegar aquí. Cumple con tu tarea y pon la tormenta en posición. Yo capturaré a los tormentaspren.

—Pero ¿cómo?

Cómo.

—Son los spren de las tormentas, ¿verdad?

—Bueno, de una tormenta —dijo Ulim—. En el pasado, se pasaban casi todo el tiempo dentro de gemas corazón. Odium bendecía por su propia mano al cantor, convirtiéndolo en algo parecido a la realeza. La verdad es que los tormentaspren no vagaban mucho por ahí.

¿Realeza? A Venli le gustaba cómo sonaba. Sonrió al imaginarse cómo la trataría Eshonai entonces.

—Mis estudiosos están confiados —afirmó Venli—. Por lo que les has dicho, y por los experimentos que hemos hecho con otros tipos de spren, creemos que si podemos reunir un pequeño grupo de tormentaspren en gemas, los demás pasarán a este lado con más facilidad.

—Pero necesitamos esa semilla inicial! —exclamó Ulim—. ¿Cómo?

Venli señaló con la barbilla hacia el cielo, donde sus imaginaciones habían atraído a un glorispren. Una enorme esfera brillante con alas a los lados.

—Esos aparecen cuando tenemos los pensamientos correctos. Cuando sentimos las cosas adecuadas. Así que dime, ¿qué es lo que atrae a los tormentaspren?

—Una tormenta... —dijo Ulim—. Podría funcionar. Merece la pena

intentarlo.

Tendrían que experimentar. Incluso con la ayuda de Ulim, habían sido necesarios varios intentos para descubrir la forma diestra, y eso que era una forma relativamente fácil. Aun así, Venli estaba satisfecha con los progresos que hacían. Sí, había costado muchísimo más de lo que había previsto. Pero a lo largo de todos esos años, Venli se había convertido en la persona que era. Segura de sí misma como nunca lo había estado su yo más joven.

Se volvió para dirigirse al lugar donde sus estudiosos analizaban las canciones, registradas en el sistema de escritura que ella misma había ideado. Por desgracia, al poco tiempo vio una figura alta y con armadura que caminaba en su dirección. Venli se desvió al instante por un callejón, pero Eshonai la llamó. Venli armonizó a Irritación. Eshonai la seguiría si apretaba el paso, así que lo redujo y se volvió.

La hermana de Venli estaba rarísima en armadura esquirlada. La verdad era... que le quedaba bien. La armadura se amoldaba de manera sobrenatural a su forma, dejando espacio para su caparazón y adaptándose a su figura, pero era más que eso. A ojos de Venli, algunos de los demás oyentes en forma de guerra daban la impresión de estar jugando a ser soldados: sus caras no encajaban con su nueva corpulencia. Pero la de Eshonai sí. Eshonai de verdad parecía una soldado, con un cuello más ancho, una cabeza y una mandíbula poderosas y unas manos inmensas.

Venli lamentó haber animado a Eshonai a visitar al anterior portador de esquirlada. No había esperado que, años más tarde, se sentiría pequeña en comparación con su hermana. Aunque la vida que llevaba Venli tenía muchos aspectos envidiables, con su posición, sus amigos y su responsabilidad, había una parte de ella que desearía haber podido obtener todo eso sin que Eshonai ascendiera también en la escala social.

—¿Qué quieres? —preguntó Venli a Irritación—. Tengo trabajo que hacer, Eshonai, y...

—Es madre —dijo Eshonai.

Venli armonizó de inmediato a los Terrores.

—¿Qué le pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Eshonai armonizó a Resolución y llevó a Venli en silencio hasta la casa de su madre en las afueras de la ciudad. Era una estructura pequeña pero apartada, con espacio de sobra para proyectos de jardinería.

Pero su madre no estaba en el jardín trabajando en su cortezapizarra. Estaba dentro tumbada en un camastro duro, con la cabeza vendada. Una

estudiosa de Venli, Mikaim, que también era su cirujana, se apartó del catre.

—No es grave —dijo—. Las heridas en la cabeza pueden ser muy impresionantes, pero ha sido poco más que un rasguño. Lo que me preocupa es lo asustada que estaba. Le he dado algo para ayudarla a dormir.

Venli canturreó a Apreciación y Mikaim se retiró. Eshonai se quedó al otro lado del camastro, con el yelmo bajo el brazo, y durante un rato las dos canturrearon juntas a lo Perdido. Era muy infrecuente que las dos oyieran el mismo ritmo.

—¿Sabes lo que ha pasado? —preguntó Venli por fin.

—La han encontrado deambulando por otra meseta. Asustada, comportándose como una niña pequeña. Al principio no ha respondido a su propio nombre, aunque cuando la han traído aquí ya estaba lo bastante recuperada para empezar a responder preguntas sobre su infancia. No recordaba cómo se ha hecho daño.

Venli respiró hondo y escuchó el persistente Ritmo de lo Perdido, violento y con notas bruscas y separadas.

—Quizá tengamos que impedirle salir de su casa —dijo Eshonai.

—¡No! —exclamó Venli—. Eso nunca. No podemos hacerle eso, Eshonai. ¿Reclusión además de su dolencia?

Eshonai armonizó a Reconciliación y se sentó en el suelo, raspándolo un poco con su armadura esquirlada.

—Tienes razón, claro. Debemos permitirle que vea el cielo, que mire hacia el horizonte. A lo mejor podríamos conseguirle un sirviente. Alguien que la cuide.

—Es una medida aceptable —dijo Venli, moviendo los pies al lado del camastro. Tendría que ir a ver cómo les iba a sus estudiosos.

Eshonai se apoyó en la pared con mucho cuidado, por el peso de su armadura esquirlada. Cerró los ojos y canturreó a Paz. Le salió forzado, un poco demasiado alto. Estaba intentando sofocar otros ritmos.

«Se la ve más como ella misma, sentada así», pensó Venli absorta, recordando a Eshonai de niña. La hermana que levantaba del suelo a Venli cuando se hacía un raspón en la rodilla, la que perseguía cremlinos con ella. Eshonai siempre había parecido tan dinámica, tan viva... Como si intentara estallar, como si su alma forcejara contra los confines de un cuerpo defectuoso.

—Tú siempre me llevabas hacia el horizonte —se descubrió Venli diciendo—. Hasta de niñas. Siempre corrías hasta la siguiente colina para ver

qué había al otro lado.

—Ojalá pudiéramos volver a eso —dijo Eshonai a lo Perdido.

—¿A aquellos días ignorantes?

—A aquel júbilo. Aquella inocencia.

—La inocencia es un dios más falso que los de nuestras canciones —dijo Venli, sentándose al lado de su hermana—. La gente que la persigue terminará esclavizada.

Venli se dio cuenta de que se notaba exhausta. Había pasado demasiadas noches pensando en planes. Y la cosa empeoraría, porque tenía que empezar a salir a las tormentas para atrapar tormentaspren.

—Lamento habernos llevado a esto —susurró Eshonai a Reconciliación—. Hemos perdido a muchos. ¿Hasta dónde llegará? Y todo porque yo tomé una decisión rápida en un momento tenso.

—Esa esfera —dijo Venli—. La que te dio el rey Gavilar...

Todos la habían visto, aunque se había vuelto opaca al cabo de unos meses.

—Sí. Un poder oscuro. Y aseguró que pretendía hacer regresar a nuestros dioses.

La esfera de Gavilar había puesto nervioso a Ulim. El pequeño spren decía que Gavilar no había estado colaborando con él, ni con ningún otro agente de Odium. Afirmaba que, de hecho, era hostil a ellos. Así que Ulim no tenía ni la menor idea de cómo había podido obtener la luz de Odium.

—A lo mejor —dijo Venli—, si los humanos buscan contactar con nuestros dioses, puede que nosotros también debamos explorar esa opción. Quizá lo que dicen nuestras canciones sea...

—Para —la interrumpió Eshonai a Reprimenda—. Venli, ¿qué estás diciendo? Tú deberías comprender mejor que muchos la necesidad que sería eso.

«Siempre soy una necia para ti, ¿verdad?» Venli armonizó a Irritación. Por desgracia, aquella era la Eshonai a la que había llegado a conocer. No la niña que la animaba, sino la adulta que la contenía, que la ridiculizaba.

—Canta la canción conmigo —pidió Eshonai—. «Terribles y grandiosos eran, pero...»

—Por favor, no conviertas esto en otra lección, Eshonai —dijo Venli—. Solo... déjalo estar, ¿quieres?

Eshonai calló y luego armonizó a Reconciliación. Se quedaron las dos sentadas un rato mientras la luz de fuera se apagaba a medida que el sol caía hacia el horizonte. Venli se descubrió canturreando también a Reconciliación.

Exploró el ritmo y encontró un tono complementario al de Eshonai, pretendiendo de nuevo, por un breve instante, estar en armonía con su hermana.

Eshonai cambió poco a poco a Anhelo, y Venli la siguió. Y luego, con cautela, Venli pasó a Alegría. Eshonai la siguió a ella en esa ocasión. Juntas crearon una canción y Venli empezó a cantar. Habían pasado... bueno, años desde que había practicado las canciones. Ya hacía mucho tiempo que no se consideraba una aprendiza de guardiana de las canciones. Tenían a muchos otros para mantener vivas sus tradiciones, después de haber unido a las familias.

Pero aún recordaba las canciones. Aquella era la *Canción de las mañanas*. Una canción de aprendizaje, pensada para entrenar a un niño pequeño hacia los ritmos y las canciones más complejas. Había algo satisfactorio en una canción sencilla que podías cantar bien. Podías añadirle tu propia complejidad. Y podías cantar el alma de la canción, en vez de esforzarte en no fallar la letra ni desafinar las notas.

Venli dejó que su voz se perdiera al final y el canturreo de Eshonai se silenció. Cayó el ocaso fuera de la casa. Era el momento erróneo perfecto para la *Canción de las mañanas*. Pero a Venli le encantaba que hubiera salido tan bien de todas formas.

—Gracias, Venli —dijo Eshonai—. Por todo lo que haces. No se te reconoce lo suficiente el mérito por habernos traído estas formas. Sin la forma de guerra, no tendríamos ni una posibilidad de resistirnos a los humanos. Seguro que ya seríamos sus esclavos.

—Es... —Venli intentó armonizar a Confianza, pero el ritmo se le escurrió—. Mientras Demid y tú sepáis lo que hice, supongo que no me duele tanto que los demás me pasen por alto.

—¿Crees que podrías encontrar una forma distinta para mí? —preguntó Eshonai—. Una forma que me permita hablar mejor, con más diplomacia. Así podría ir a los humanos y explicarles lo que ocurrió. Quizá podría hablar con Dalinar Kholin. Me da la impresión de que... de que tal vez me escucharía, si pudiera encontrarlo. Si pudiera hacer funcionar bien mi lengua. Ellos no oyen los ritmos, así que es difícil explicarles...

—Puedo intentarlo —dijo Venli, con la Súplica sonando en sus oídos. ¿Por qué Súplica? No había armonizado a eso.

—Así a lo mejor podría hablar contigo —dijo Eshonai en voz baja, cabeceando víctima de la fatiga—. Sin que sonara como que intento darte

lecciones. Sabrías cómo me siento de verdad. Madre entendería que no intento salir huyendo. Es solo que quiero ver...

—Lo verás algún día —le prometió Venli—. Verás el mundo entero. Todos sus vivos colores. Todos sus vientos cantarines. Todo país y todo pueblo.

Eshonai no respondió.

—Yo... he estado haciendo cosas que podrían no gustarte —susurró Venli—. Debería decírtelas. Pero tú me explicarías que lo que hago está mal, y siempre tienes razón. Eso es parte de lo que odio de ti.

Pero su hermana ya se había quedado dormida. La firme armadura esquirlada la mantenía en su postura sentada, apoyada en la pared, respirando suave. Venli se puso de pie y se marchó.

Esa noche salió a la tormenta para cazar tormentaspren por primera vez.

JUICIO POR
TESTIMONIO

Quizá si recordara mi vida, sería capaz de tener la confianza que tuve antaño. Quizá dejaría de titubear cuando se me plantea hasta la más simple de las decisiones.

El tiempo se había puesto energético cuando llegó el día del juicio de Adolin. Los honorspren con los que se cruzaba charlaban más y sus andares parecían tener un cierto brío mientras convergían hacia el foro, en el plano meridional de Integridad Duradera.

Él no podía sentir el clima, pero Mezcla decía que era como un tenue tamborileo al fondo de la mente, aminado y dinámico. Y en efecto, la tintaspren parecía más parlanchina.

Adolin estaba más nervioso que en su primer duelo clasificatorio, y mucho menos preparado. Las expresiones legales, las estrategias e incluso los detalles de su entrenamiento en política parecían muy lejanos mientras bajaba los peldaños hacia el suelo del anfiteatro. Como había temido Mezcla, el lugar estaba rebosante de honorspren. Muchos llevaban uniformes o algún otro tipo de ropa formal, pero algunos vestían con prendas que arrastraban por el suelo al andar. Esos parecían ser unos espíritus más libres. Quizá su presencia ayudaría a poner al público de parte de Adolin.

Mezcla decía que eso era importante. Lo más probable era que el juez supremo, siendo quien era, hiciera caso al sentir de la multitud y sentenciara

en consecuencia. Adolin habría querido que alguien le explicara antes lo voluble que sería aquel juez. Por suerte, esa actitud lo favorecía, porque podía confiar en cierto nivel de comportamiento errático por parte de Kelek, mientras los honorspren estarían todos en su contra a grandes rasgos desde el principio.

No abuchearon a Adolin cuando llegó al suelo del foro; eran demasiado decorosos. Lo que hicieron fue callarse. Adolin vio a Shallan sentada al lado de Patrón en el lado izquierdo. Cerró el puño en dirección a Adolin, que tuvo la impresión de que era Radiante en ese momento.

Kelek estaba sentado en un asiento que recordaba a un trono con un banco delante, ambos integrados entre las gradas del foro. El Heraldo tenía un aspecto imponente, y Adolin se vio obligado a recordar que, pese a su extraño comportamiento, Kelek tenía miles de años de edad. Quizá escuchara a Adolin.

—Muy bien, muy bien —levantó la voz Kelek—. Humano, ponte ahí en el podio y quédate de pie hasta que termine el espectáculo y podamos ejecutarte.

—Sagrado señor —dijo un honorspren que había a su lado—, nosotros no ejecutamos a la gente.

—¿Y qué otra cosa vais a hacer? —preguntó Kelek—. No tenéis cárceles, y dudo que se moleste mucho si lo exiliáis. Demonios, para la mitad de los presentes, escapar de tu compañía sería una recompensa.

—Estamos construyendo una celda como debe ser —dijo el honorspren, mirando hacia Adolin—. Para poder mantenerlo sano y exhibirlo en los años venideros.

«Maravilloso», pensó Adolin mientras llegaba al lugar indicado. Sin embargo, las consecuencias del fracaso siempre habían sido mucho mayores que su propia vida. La guerra necesitaba Radiantes y los Radiantes necesitaban spren. Si Adolin fracasaba, supondría condenar a miles de tropas a la muerte sin un apoyo consistente.

Tenía que resistir allí, alto y confiado, y *ganar* aquel reto. De algún modo.

Se volvió de cara hacia la multitud. Según Mezcla, esa iba a ser la peor jornada de todas. Tres testigos contra él. Adolin podría hablar el día siguiente.

—Muy bien —dijo Kelek—. Supongo que tendrás que exponer las normas del juicio, ¿verdad, Sekeir?

El spren barbudo se levantó.

—Así es, honorable.

—Que sea rápido —dijo Kelek.

Adolin se permitió disfrutar un momento de lo ofendido que parecía Sekeir por esa orden. Era evidente que el honorspren había preparado un discurso extenso.

—Como deseéis, honorable —dijo Sekeir—. Hoy damos inicio a un juicio por exigencia de este humano, Adolin Kholin, para determinar si puede cargar con los pecados de la Traición, en la que los hombres mataron a sus spren. Dado que ese acontecimiento tuvo lugar, hecho que no disputa nadie, solo nos queda demostrar que somos sabios al mantenernos alejados de todos los humanos en consecuencia.

—Bien, pues —dijo Kelek—. Humano, ¿te parece bien así?

—No del todo, honorable —respondió Adolin, basándose en la declaración inicial que Mezcla había ayudado a preparar—. No acepté que se me juzgara por mis antepasados. Acepté que se me juzgara por mí mismo. Comuniqué a los honorspren que yo, personalmente, no cargo con la culpa de lo que los humanos hicieran en el pasado. Por tanto, sostengo que los honorspren están comportándose con deshonor al hacer oídos sordos a las súplicas de ayuda de mi pueblo.

Kelek se frotó la frente.

—Entonces, ¿vamos a discutir hasta por las definiciones? Esto no pinta nada bien.

—No hay discusión —dijo Sekeir—. Honorable, él afirma que no desea cargar con los pecados de sus ancestros, y nosotros deberíamos demostrar que, por el contrario, él en persona no es de fiar. ¡Pero es que la Traición es una parte importante del motivo por el que no debemos confiar en los tuyos! Los términos quedaron establecidos cuando entró en Integridad Duradera: tendría que afrontar el juicio en nombre de toda la humanidad. Que lo camuflé tanto como desee, pero el hecho es que entró en nuestra fortaleza y, en consecuencia, aceptó nuestras condiciones.

Kelek gruñó.

—Tiene sentido. Humano, vas a tener que afrontar el juicio tal y como él desea. Dicho eso, tendré en cuenta tus argumentos cuando dicte sentencia al final.

—Supongo que debo aceptarlo —respondió Adolin. Mezcla le había advertido que no insistiera demasiado en aquel punto.

—Entonces... juicio por testimonio, ¿eh? —dijo Kelek—. Debo escuchar

los argumentos que se me ofrecerán y luego decidir. O bien los honorspren están siendo egoístas y renunciando al honor, y entonces debería ordenarles correr hacia el campo de batalla, o decido que han sido sabios y que los humanos no merecen confianza, y entonces metemos a este hombre en la cárcel para dar ejemplo. ¿Voy bien?

—Sí, honorable —confirmó Sekeir.

—Estupendo —dijo Kelek—. Supongo que no te faltarán voluntarios, Sekeir. ¿Quién va primero?

—Amuna —llamó el honorspren—, acércate y presta testimonio.

Un quedo bisbiseo se extendió entre el público mientras una spren se levantaba de su sitio en la primera fila. Llevaba falda plisada de guerrera y una camisa almidonada. Era delgada y esbelta, y cuando anduvo sus pasos fueron gráciles como una hoja llevada por el viento. Adolin la reconoció como la spren a quien habían obligado a entregar a Maya el día que había llegado a Integridad Duradera. Había vuelto a ver a Amuna de vez en cuando durante sus visitas diarias a Maya.

Los dos honorspren que estaban sentados a su lado llevaban la misma ropa raída y los ojos raspados de Maya. En la brillante cara de un honorspren, los rasguños marcaban un nítido contraste.

—Todos me conocéis —dijo la spren de la falda plisada—, así que hablaré para el alto príncipe Adolin. Me llamo Amuna, y mi deber es ocuparme de los ojomuertos en Integridad Duradera. Nos tomamos muy en serio su cuidado.

—¿Y los que están mirando fuera? —preguntó Adolin.

Tenía permitido hablar durante los testimonios, pero Mezcla le había recomendado tener mucho cuidado. Si se ponía demasiado beligerante, el juez supremo podía ordenar que lo amordazaran. Y debía preocuparse de no dirigirse al público de forma que pudiera interpretarse como una invitación a que lo interrogaran.

—No podemos... recibirlos aquí a todos, por desgracia —dijo Amuna—. No pensábamos que llegarían tantos. Sí que hemos intentado hacer pasar a todos los ojomuertos honorspren.

—¿Son muchos? —preguntó Adolin.

—¿En total? Tenemos a unos veinte honorspren muertos en la fortaleza, aunque había unos dos mil vivos en el momento de vuestra traición. Solo sobrevivió una.

—Syl —dijo Adolin.

—La Antigua Hija estaba en estado catatónico —prosiguió Amuna— y salvó la vida. Pero todos los demás honorspren, del primero al último, habían respondido a la llamada de los Radiantes durante la Falsa Desolación. ¿Puedes comprender la magnitud de esa tragedia, alto príncipe Adolin? ¿El asesinato de una especie entera en un solo día? ¿El exterminio absoluto, llevado a cabo por los más íntimos amigos?

»A menudo encontramos a ojomuertos vagando sin rumbo en las tierras yermas, o de pie sin moverse en los bajíos del océano. Los traemos aquí, les damos luz tormentosa y los cuidamos lo mejor que podemos. Lo más frecuente es que podamos hacer bien poco antes de que sean invocados a tu mundo, ¡donde utilizáis sus cadáveres para seguir con vuestros brutales asesinatos!

Se volvió para señalar hacia los dos ojomuertos del banco y, aunque estaba encarada hacia Adolin, era evidente que sus palabras eran para el público. Ellos, y no el juez supremo, serían quienes dictarían la verdadera sentencia.

—¿A eso querrías que volviéramos? —preguntó Amuna, imperiosa—. Dices que no sois la misma gente que vivió hace tanto tiempo, pero ¿de verdad crees que sois mejores que ellos? ¡Yo argumentaría que sois peores! Saqueáis, asesináis y quemáis. No escatimáis gastos ni esfuerzos cuando se os da la oportunidad de arruinar la vida de otro hombre. Si los antiguos Radiantes no eran de fiar, ¿cómo te ves capaz de afirmar que vosotros sí?

Un murmullo de asentimiento recorrió la multitud. No vitoreaban ni abucheaban como podría hacerlo un público humano, y Adolin había sufrido a muchos de esos en sus lances de duelos. Mezcla le había advertido que no dijera demasiado para defenderse esa primera jornada, pero parecía que la gente quería algo de él.

—Todo hombre falla a sus propios ideales —dijo Adolin—. Tienes razón. Yo no soy el hombre honorable que querría ser. Pero mi padre sí. ¿Puedes negar que el mismísimo Padre Tormenta ha estado dispuesto a dar una oportunidad a un hombre de esta época?

—Es un buen argumento —intervino Kelek, inclinándose hacia delante—. El Padre Tormenta es todo lo que nos queda del viejo Tanavast. No habría esperado encontrar otra vez a su Forjador de Vínculos, desde luego que no.

Amuna se volvió hacia Adolin.

—¿Sabes lo que pasaría, príncipe Adolin, si el Padre Tormenta muriera asesinado?

Adolin pensó un momento y negó con la cabeza.

—Sabia respuesta —dijo ella—, dado que nadie lo sabe. Tuvimos la suerte de que no existían Forjadores de Vínculos en la época de la Traición, aunque sigue siendo motivo de disputa cómo supo el Hermano que debía concluir su vínculo antes de tiempo. No puedo ni imaginarme la catástrofe que nos espera cuando tu padre mate a su spren.

—No lo hará —aseguró Adolin—. Mi padre no es un hombre corriente.

—Lo mismo podría afirmarse de todos los Radiantes en tiempos pasados —repuso Amuna, caminando hacia él—. Pero ahora, soy yo quien cuida de los traicionados. Soy yo quien escucha su lamento sin voz, quien contempla su dolor sin vista. Antes vería Integridad Duradera derrumbada piedra a piedra que aceptar enviar a un solo honorsspren a que sufra un destino similar.

Se inclinó ante Kelek, dio media vuelta y se sentó de nuevo entre los dos ojomuertos. Ellos permanecieron en sus asientos, con las caras hacia delante, sin moverse.

Adolin apretó los dientes y miró hacia Shallan en busca de apoyo. Por lo menos tenía una cara amistosa entre aquella multitud. Se obligó a mantenerse erguido, con las manos cogidas a la espalda en la misma postura que adoptaba su padre cuando quería parecer imperioso. Adolin se había puesto su mejor casaca. Como si importara. Tormentas, se sentía expuesto en aquel suelo, rodeado de tantas figuras resplandecientes. Aquello era peor que cuando había librado un duelo él solo contra cuatro portadores de esquirlada. Por lo menos allí había tenido su hoja esquirlada en la mano y armadura esquirlada en la espalda.

Esperaron a que Kelek llamara al siguiente testigo. Pero el juez supremo dedicó más de veinte minutos a escribir en su cuaderno. Era un ser divino, como una especie de fervoroso pero multiplicado por mil. No era sorprendente verlo escribiendo. Adolin solo esperaba que las notas que tomara estuviesen relacionadas con el testimonio. Tampoco lo habría sorprendido mucho que el Heraldo estuviera resolviendo pasatiempos de palabras como los que le gustaban a Jasnah.

Al final, el Heraldo se sacó algo del bolsillo. Parecía fruta, aunque era de color verde brillante y crujío cuando Kelek le dio un mordisco.

—Tiene buena pinta —habló por fin Kelek—. Nada muy inesperado, aunque debo decir que el argumento del humano es bueno. Un Forjador de Vínculos desencadenado es peligroso, pero el Padre Tormenta escogió a uno de todas formas.

—Ya sabéis lo errático que ha sido el Padre Tormenta en tiempos recientes

—dijo una honorspren anciana desde el lado de Kelek—. Su sabiduría ya no es algo en lo que confiar.

—Válido, válido —respondió Kelek—. Bueno, pues siguiente testigo, venga.

—La siguiente en hablar será Mezcla —dijo Sekeir—, emisaria tintaspren en Integridad Duradera.

«¿Qué?», pensó Adolin mientras su tutora se levantaba de entre el público y se dirigía al suelo del anfiteatro. Los honorspren murmuraron entre ellos sin levantar la voz al verla.

—Un momento —dijo Adolin—, ¿qué es esto?

—Me pidieron que testificara contra ti —explicó ella—, para que un spren que no sea un honorspren tenga la oportunidad de intervenir en este proceso.

—Pero... eres mi tutora. ¿No te presentaste voluntaria para entrenarme?

—Te quería bien preparado —respondió Mezcla—, para que el juicio fuese tan justo como se pueda. Esta cosa es. Pero mi odio por lo que hizo tu especie también es. —Se volvió hacia Kelek—. Honorable, yo estaba viva cuando los hombres nos traicionaron. Al contrario que los honorspren, los míos no fuimos tan estúpidos como para asignar absolutamente a todos los spren como spren Radiantes. Perdimos a más de la mitad de los nuestros, pero algunos pudimos observarlo desde fuera. —Miró a Adolin.

»Conocíamos a los humanos como eran y son. Indignos de confianza. Mutables. Los spren encontramos difícil romper un vínculo. Hay quienes dicen que es imposible para nosotros. Los hombres, en cambio, apenas aguantan un día sin traicionar algún Ideal.

»¿Por qué deberíamos nosotros, seres de honor innato, sorprendernos cuando sucedió ese acontecimiento? No es culpa de los humanos ser tan volubles como la lluvia al caer. Esta cosa es. No deberíamos confiar en ellos, y la vergüenza de haberlo hecho es nuestra. Nunca más deberían los spren y los humanos vincularse. Es antinatural.

—¿Antinatural? —replicó Adolin—. Los spren y las anguilas aéreas se vinculan para volar. Los spren y los grancaparazones se vinculan para crecer. Los spren y los cantores se vinculan para crear nuevas formas. Eso es tan natural como el cambio de las estaciones.

«Y gracias, Shallan —pensó, echándole un vistazo—, por tu interés en todo esto.»

—Los humanos no procedéis de esta tierra —dijo Mezcla—. Sois invasores, y los vínculos con vosotros no son naturales. Cuidado con lo que

dices, o nos animarás a volver con los cantores. Ellos nos traicionaron hace mucho tiempo, pero nunca a la misma escala que los humanos. Tal vez los altospren hicieran bien al unirse a los ejércitos de los Fusionados.

—¿Os aliaríais con ellos? —preguntó Adolin—. ¿Con nuestros enemigos?

—¿Por qué no? —dijo ella, paseándose por el estrado—. Son los legítimos herederos de esta tierra. Tu especie los ha llevado a la desesperación, pero no son menos razonables ni lógicos. Quizá los tuyos deberían reconocer su gobierno.

—Sirven a Odium —replicó Adolin, y reparó en que muchos honrspren se removían en sus asientos, incómodos—. Los humanos podemos ser inconstantes, sí. Podemos ser corruptos a veces y débiles siempre. Pero yo reconozco la maldad a primera vista. Odium es malvado. Jamás será su siervo.

Mezcla contempló a la muchedumbre, que asentía a las palabras de Adolin. Ella misma le dedicó un pequeño asentimiento, como reconociéndole un punto ganado.

—Esta desviación es irrelevante —dijo, mirando de nuevo a Kelek—. Puedo decir con cierta facilidad que una buena relación entre los honrspren y los tintaspren no es. Cualquiera lo reconocería. El valor de mi testimonio es, por tanto, de adicional importancia.

»Yo viví durante el suplicio y el caos de la Traición. Vi a mis hermanos, mis seres queridos, muertos. Vi familias destrozadas y el dolor fluyendo como sangre. Quizá seamos enemigos, pero en una cosa la unificación *es*. Jamás deberíamos volver a confiar en los humanos con nuestros vínculos. Si este desea aceptar el castigo por los miles que escaparon de él, yo digo que se lo permitamos. Encerradlo. Olvidaos de él y de cualquiera que, como él, quiera repetir la masacre del pasado. —Clavó la mirada en Adolin—. Esta verdad *es*.

Adolin se había quedado sin palabras. ¿Qué defensa podía intentar?

—No somos los mismos que quienes vinieron antes —dijo.

—¿Puedes prometer que seréis diferentes? —exigió saber la spren—. ¿Puedes prometerlo sin un ápice de duda? ¿Prometer que ningún otro spren morirá por su vínculo, si se permiten ser?

—Por supuesto que no —respondió Adolin.

—Pues yo sí puedo prometer que ninguno morirá mientras no se creen más vínculos. La solución *es* fácil.

Dio media vuelta y regresó a su sitio.

Adolin se volvió hacia Kelek.

—No hay promesas para la vida. Nada es seguro. Ella dice que los spren no morirán sin vínculos, pero ¿podéis saber lo que sucederá si reina Odium?

—Me parece de lo más curioso que ella prefiera esa posibilidad, joven —dijo Kelek. Empezó a escribir de nuevo en su cuaderno—. Pero resulta muy condenatorio para ti que una tintaspren esté dispuesta a testificar en los mismos términos que una honoraspren. Condenatorio sin duda.

Kelek dio otro mordisco a su fruta, con el que dejó ya solo el corazón, que depositó distraído en la mesa delante de él.

Frustrado, Adolin se obligó a calmarse. El juicio estaba yéndole bien por lo menos en uno de sus ejes. Los honoraspren no estaban intentando endosar los verdaderos pecados de la Traición a Adolin, sino empleando la táctica más honorable de demostrar que la humanidad no había cambiado y los vínculos eran demasiado peligrosos.

Mezcla y él habían decidido que aquella era la estrategia más segura para Adolin, ya que Kelek podía decidir que no había motivo para encerrarlo por cosas que habían hecho los antiguos. Pero al mismo tiempo, Adolin estaba perdiendo los corazones de los spren del público. ¿Qué importaba que «ganara» el juicio, si los spren se quedaban incluso más convencidos de que no deberían ayudar en el conflicto?

Miró entre la multitud, pero encontró sobre todo expresiones resentidas. Tormentas. ¿De verdad creía que podía demostrarles algo? ¿Cuál de los diez locos era por haber puesto en marcha todo aquello?

«No, no soy un loco —se dijo—. Solo un optimista. ¿Cómo pueden no darse cuenta? ¿Cómo pueden quedarse aquí plantados juzgándome mientras mueren hombres y otros spren luchan?

Del mismo modo, comprendió, que los altos príncipes habían dedicado tanto tiempo a jugar con las vidas de soldados en las Llanuras Quebradas. Del mismo modo que cualquiera podía dar la espalda a una atrocidad si lograba convencerse a sí mismo de que no era asunto suyo.

Los humanos y los spren no eran distintos. Mezcla había intentado decírselo y estaba viéndolo con sus propios ojos.

—El tercer y último testigo —anunció el honoraspren oficiante— es Notum, antaño capitán del barco *Sendero de Honor*.

A Adolin se le revolvió el estómago cuando Notum, con un aspecto muy mejorado desde la última vez que lo había visto Adolin, salió desde la cima del foro, donde un grupo de honoraspren que estaban de pie lo habían tapado

de su vista. Aun así, Adolin estaba sorprendido. Habían prohibido a Notum que entrara en Integridad Duradera a pesar de sus heridas, y había tenido que quedarse con los demás fuera de las murallas. Eso sí, habían llevado un poco de luz tormentosa para ayudar en su curación. Según los mensajes de Godeke, al cabo de un tiempo Notum había regresado a su patrulla.

Pero allí estaba, y de uniforme, lo cual era revelador. Además, se negó a cruzar la mirada con Adolin mientras bajaba los peldaños hasta el fondo del foro. Los spren podían declararse en superioridad moral y afirmar que estaban hechos de honor, pero también *definían* el honor para sí mismos. Igual que los humanos.

—Te han ofrecido acabar tu exilio, ¿verdad, Notum? —le preguntó Adolin en voz baja—. ¿A cambio de una pequeña puñalada trapera?

Notum siguió evitándole la mirada y se inclinó ante Kelek antes de desdoblar un papel que llevaba en el bolsillo. Empezó a leer.

—Se me ha solicitado que narre el comportamiento errático que presencié en este hombre y sus compañeros. Como muchos ya sabéis, conocí a este grupo cuando huían de los Fusionados en Celebrant, hace más de un año. Se valieron del subterfugio para...

Notum dejó de hablar y miró hacia Adolin.

«Ponle la mirada de tu padre», pensó Adolin. Aquella tan severa que daba ganas de encogerte en tu interior pensando en todos tus errores. La mirada de un general.

A Adolin nunca se le había dado bien esa mirada.

—Adelante —dijo en vez de eso—. Te metimos en líos, Notum. Lo justo es que tengas la oportunidad de contar tu versión. No puedo pedirte nada más que sinceridad.

—Yo... —Notum lo miró a los ojos.

—Adelante.

Notum bajó su papel y exclamó en voz muy alta:

—¡Honor no está muerto mientras viva en los corazones de los hombres!

Adolin nunca había oído antes esa afirmación, pero pareció disparar algo en la muchedumbre de honorspren, que empezaron a levantarse y gritar indignados... y también a favor. Adolin dio un paso atrás, admirado por el repentino estallido de emoción en aquellos spren por lo general estoicos.

Varios oficiales irrumpieron en el suelo del foro y se llevaron a Notum a rastras mientras él bramaba una y otra vez las palabras.

—¡Honor no está muerto mientras viva en los corazones de los hombres!

¡Honor no está...!

Lo sacaron del foro, pero la conmoción no cesó. Adolin llevó una mano a la espada, inseguro. ¿Aquellos iban a ponerse feos?

Kelek se hundió en su asiento y puso cara de pánico mientras se tapaba las orejas con las manos. Dejó escapar un grave gemido, penoso y lastimero, y empezó a sacudirse. Los honorospren que tenía cerca llamaron a la multitud al orden, gritándoles que estaban provocando dolor al sagrado señor.

Muchos parecían coléricos por las palabras de Notum, pero una cantidad nada despreciable retomó su grito, y a esos los expulsaron por la fuerza del foro. En esa sociedad había una tensión que Adolin no había visto antes. Los honorospren no eran monolíticos: los desacuerdos y la tensión nadaban allí en aguas profundas, muy por debajo de la superficie, pero no por ello dejaban de ser poderosos.

Los alguaciles optaron por despejar el foro, y obligaron a salir incluso a Shallan y a Patrón. Nadie hizo mucho caso a Adolin. Mientras el lugar por fin se tranquilizaba al quedar solo unos pocos oficiales, Adolin ascendió los pocos peldaños del foro que lo separaban de la mesa del juez supremo. Kelek estaba reclinado en su asiento, como si un momento antes no hubiera caído hecho un ovillo al suelo, temblando.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Adolin.

—¿Mmm? —dijo Kelek—. Ah, nada digno de mención. Una vieja discusión spren. Tu llegada ha reabierto heridas con siglos de antigüedad, joven. Es curioso, ¿verdad?

—¿Curioso? ¿Nada más?

Kelek empezó a silbar mientras escribía en su cuaderno.

«Están todos locos —pensó Adolin—. Ya lo dijo Ash. Esto es lo que hacen a una mente miles de años de tortura.»

Quizá fuese mejor no hurgar en la herida.

—Hoy me ha ido bastante bien, ¿no os parece? —preguntó Adolin.

—¿Mmm?

—Una testigo no ha podido refutar mi razonamiento sobre mi padre —dijo Adolin—. Otra ha argumentado por mí al señalar que alinearse contra los Radiantes viene a ser equivalente a servir a Odium. Y luego Notum ha antepuesto su honor a su propio bienestar. Me ha ido bien.

—¿Acaso importa? —preguntó Kelek.

—Claro que importa. Para eso estoy aquí.

—Ya veo —dijo Kelek—. ¿Los antiguos Radiantes traicionaron a sus

spren, matándolos?

—Bueno, sí —respondió Adolin—. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es si se puede culpar de ello a los humanos modernos.

Kelek siguió escribiendo.

—¿Honorable? —insistió Adolin.

—¿Sabes lo viejo que soy, joven?

Kelek alzó los ojos hacia los de Adolin, y había *algo* en ellos. Una profundidad que, por primera vez, le dio un claro aspecto inhumano. Esos ojos eran como agujeros eternos. Taladrados a través del tiempo.

—He conocido a muchos muchos hombres —dijo Kelek en voz baja—. He conocido a algunos de los mejores que jamás hayan vivido. Y ahora están todos derrumbados o muertos. Los mejores de nosotros, agrietados sin remedio. Tormentas... Yo mismo hui cuando llegó el Retorno esta vez, porque sabía lo que significaba. Incluso Taln... Incluso Taln...

—Él no se derrumbó —dijo Adolin.

—El enemigo ha venido, o sea que sí —repuso Kelek con firmeza. Hizo un gesto hacia los honorospren—. Se merecen algo mejor que vosotros, hijo. Se merecen algo mejor que yo. Nunca podría juzgarlos por negarse a vincularse con humanos. ¿Cómo iba a hacerlo? Y jamás podría ordenarles que regresen a la guerra, que vuelvan a ese agujero. Hacerlo sería... abandonar el poco honor que me queda...

Adolin respiró hondo. Luego asintió.

—Acabo de decirte que tu causa está perdida —dijo Kelek mientras volvía a su escritura—. No pareces preocupado.

—Bueno, honorable —respondió Adolin—. Acepté este juicio, aun con la insistencia de Sekeir en que se me culpe por lo que hicieron mis antepasados, porque era la única forma de tener una ocasión para hablar con los honorospren. Tal vez dictaminéis en mi contra, pero mientras haya tenido ocasión de decir lo que pretendía, con eso me bastará. Con que convenza a uno o dos de unirse a la batalla, habré ganado.

—Optimismo —dijo Kelek—. Esperanza. Recuerdo esas cosas. Pero no creo que comprendas lo que hay en juego en este juicio, niño, ni que entiendas en qué te has metido. Esas cosas que ha dicho la tintaspren, lo de unirse al bando de Odium, están en la mente de muchos spren. Entre ellos, muchos de esta misma fortaleza.

Eso impactó a Adolin como un puñetazo en la tripa.

—¿Los honorospren estarían dispuestos a unirse al enemigo? —preguntó—.

¡Eso los dejaría a la altura de los altospren!

—En efecto, y sospecho que su aversión por los altospren forma parte de lo que hace que duden. A los honorospren que están a favor de unirse al enemigo les preocupa cómo se recibirían los comentarios como ese. Pero aquí estás tú, dándoles la oportunidad de exponer sus argumentos, actuando como imán para toda su frustración y su odio.

»Muchos están escuchando. Si los honorospren empiezan a optar por el enemigo... bueno, otras muchas variedades de spren tardarían poco en seguirlos. Me atrevería a aventurar que lo harían en grandes números. —Kelek no levantó la mirada—. Viniste aquí para reclutar. Pero sospecho que terminarás decantando esta balanza tan bien equilibrada, y no en la dirección que deseas.

Más o menos una hora después de la primera jornada del juicio, una hora que había dedicado a consolar a Adolin en su repentino terror de provocar por accidente una deserción en masa de spren al bando enemigo, Shallan subió a un árbol.

Trepó muy arriba y se aferró a una rama cerca de las más altas. Era un árbol normal, de los verdaderos que los honorospren se las ingenian para cultivar allí. Sentaba bien notar la corteza bajo los dedos.

Extendió un brazo al espacio abierto por encima del árbol, pero no sintió nada diferente. ¿Habría llegado ya a la barrera? Quizá un poco más alto...

Se irguió un poco más, se puso de puntillas y le pareció notar algo extraño cuando alcanzó cierta altura exacta. Un tirón invisible de las puntas de los dedos.

Y entonces le resbaló un pie.

Al instante estaba precipitándose por el aire. No cayó toda la distancia hasta la base de la estructura, sino solo hasta el suelo de su plano. Lo golpeó con un sonoro crujido y se quedó allí tumbada, aturdida, antes de proferir un fuerte gemido.

Lusintia la honorospren estaba a su lado al momento siguiente.

Como sospechaba, pensó Velo. *Siempre parece andar cerca*. Era evidente que la habían asignado a vigilar a Shallan.

—¡Humana! —exclamó, con el pelo corto cayendo a ambos lados de su rostro blanquiazul—. Humana, ¿estás herida?

Shallan gimió de nuevo, parpadeando.

—Mmm... —dijo Patrón, acercándose—. Parpadeos rápidos. Esto es

grave. Podría morir.

—¿Morir? —preguntó Lusintia—. ¡No tenía ni idea de que fuesen tan frágiles!

—Ha caído desde muy alto —dijo Patrón—. Ah, y se ha golpeado la cabeza al aterrizar en estas piedras de aquí. No es bueno, no es bueno.

Había más honorispren congregándose y murmurando entre ellos. Shallan volvió a gemir y luego intentó enfocar la mirada en Patrón y Lusintia, pero dejó que los ojos se le cerraran.

—Debemos actuar deprisa —dijo Patrón—. ¡Deprisa!

—¿Qué hacemos? —preguntó Lusintia.

—¿Aquí no tenéis hospital?

—¡Pues claro que no tenemos hospital! —replicó Lusintia—. Solo hay un par de docenas de humanos.

—Mmm... Pero no permitís que regresen si se marchan, así que en esencia están encerrados aquí. Deberíais sentiros mal. Muy mal. Sí.

Tormentas, pensó Velo. *¿Es lo mejor que sabe hacerlo? ¿Cómo pudimos dejarnos engañar por él?*

—¡Dime qué debo hacer! —exclamó Lusintia—. ¡La llevamos fuera, con ese Danzante del Filo?

—Tardaremos demasiado. Morirá. Pobre humana a la que tanto quiero. Sería trágico que muriera aquí, en el mismo centro del poder y la protección de los honorispren. A no ser, por supuesto, que se le entregara luz tormentosa.

—Un momento... ¿Luz tormentosa?

—Sí, porque es Radiante —dijo Patrón—. Eso la sanaría.

Shallan contuvo una sonrisa. Patrón sí que era un pelín transparente, pero saltaba a la vista que los honorispren de allí tenían muy poca experiencia con humanos. Mordieron el anzuelo sin cuestionarse nada, y al poco tiempo estaban llevando a Shallan entre cuatro. Ella se guardó la piedra envuelta en un pañuelo que había usado para cascar el suelo al caer, dando la impresión de que se había golpeado la cabeza.

La verdad era que le dolía el brazo. Debía de habérselo magullado por el golpe, aunque no era la peor herida autoinfligida que soportaba en nombre de la ciencia. Por lo menos, esa vez su plan no había incluido ponerse en ridículo a propósito delante de varios hombres atractivos.

Procuró seguir gimiendo de vez en cuando y Patrón continuó exclamando lo preocupadísimo que estaba. Eso mantuvo a Lusintia y los otros honorispren motivados mientras cargaban con Shallan hasta un edificio concreto y sus

pisadas empezaban a resonar en la piedra del recinto cerrado.

Mantuvieron una conversación susurrada pero apremiante con un guardia. Shallan dio un conmovedor gimoteo dolorido en el momento preciso y logró entrar. La luz la rodeó cuando la llevaron a algún lugar refulgente. No la habían dejado pasar la vez anterior, cuando habían ido a sacar luz tormentosa para curar a Adolin.

Hizo aletear los párpados un poco antes de abrir los ojos y descubrir que casi toda la luz tormentosa estaba contenida en una enorme construcción que había en el centro de la sala. Era una especie de cuba, o un frasco muy alto. Se trataba de una tecnología de la que Shallan no había oído hablar antes de llegar a Shadessmar, y por lo visto ni siquiera los honorables sabían cómo funcionaba. Podía adquirirse a un grupo de extraños mercaderes ambulantes llamados los Airí.

Unas estanterías cercanas sostenían una colección de gemas sueltas, todas ellas brillando con intensidad. Aquel era el tesoro de Integridad Duradera: unas gemas, reunidas a lo largo de los milenios, tan impecables y perfectas que no perdían luz. Shallan tenía entendido que una gema como aquellas, expuesta a repetidas tormentas, podría absorber muchísima más luz tormentosa de la que debería ser capaz de contener por su tamaño.

Decidió comprobarlo y extendió una mano débil hacia una de ellas para absorber una bocanada de luz tormentosa, que fluyó hacia ella como una resplandeciente y neblinosa luz blanca.

Se sintió mejor al instante, vigorizada, alerta. Tormentas, como lo había echado de menos. Solo el hecho de contener luz tormentosa ya era estimulante. Compuso una sonrisa que no era fingida y decidió ponerse en pie de un salto. El dolor del brazo había desaparecido y le apetecía bailar de alegría.

Pero en vez de eso dejó que Velo tomara el control. Para aquella parte era necesaria ella; Shallan seguía siendo mejor actriz, pero Velo era más diestra en casi todas las demás habilidades de espionaje.

Velo se llevó la mano a la cabeza que supuestamente se había herido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. No me acuerdo. Intentaba ver si llegaba al límite donde la gravedad del plano se termina.

—Has sido muy estúpida, humana —dijo Lusintia—. ¡Con lo frágiles que sois! ¿Cómo has podido arriesgarte de esa manera? ¿No eres consciente de que los mortales morís si os rompéis?

—Ha sido en hombre de la ciencia —respondió Velo.

Subió la mano a la cintura, donde había guardado su cuaderno antes de ponerse a trepar el árbol. Lo sacó de un tirón y lo soltó a toda velocidad. Al mismo tiempo, movió la mano segura a un lado y dejó una esmeralda opaca en el lugar de una que refulgía. El truco de prestidigitación, realizado centenares de veces bajo la tutela de Tyn y luego perfeccionado por su cuenta, quedó encubierto cuando Velo tropezó y rozó la estantería, moviendo las muchas gemas que contenía y sacudiendo su luz. Así pudo guardarse la esmeralda robada en su guante de cuero negro.

Todo aquello había sucedido en el instante en que la honorspren se había concentrado en el cuaderno que caía. Velo se apresuró a recogerlo del suelo y abrazarse a él, con una sonrisa tímida.

—Muchas gracias —dijo—. Me has salvado la vida.

—No podíamos permitir que murieras —afirmó Lusintia—. La muerte es algo terrible, y nosotros... —Dejó la frase en el aire al mirar la estantería y la esmeralda opaca que había pasado a ocuparla—. ¡Tormentas encendidas! ¿Te la has comido entera? Humana, ¿cómo...?

Otro spren, un varón enfadado de uniforme, se puso a empujar a Velo hacia fuera.

—¡Eso era luz tormentosa acumulada durante años! —exclamó—. ¡Largo! ¡Vete, antes de que te comas algo más! ¡Si vuelves a caerte, no dejaré que entres aquí!

Velo contuvo una sonrisa y se disculpó mientras salía a trompicones y se reunía fuera con Patrón. Una avergonzada Lusintia tuvo que quedarse en el edificio para llenar un informe sobre el incidente.

—Mmm... —dijo Patrón—. Gracias por dejarme mentir. ¿Ha funcionado? Velo asintió.

—Mmm. Son estúpidos.

—La estupidez y la ignorancia no son lo mismo —respondió Velo—. Lo que pasa es que no están acostumbrados ni a los humanos ni al subterfugio. Vamos. Será mejor que nos esfumemos de aquí antes de que a alguien se le ocurra registrarme.

**UN AÑO Y MEDIO ANTES**

Alguien aporreó la puerta y Eshonai la abrió y miró hacia la tempestad. Unos grandiosos relámpagos quebraron la oscuridad en breves y emotivas ráfagas, revelando a Venli, con los ojos muy abiertos, sonriendo y empapada, agarrando algo con las dos manos delante de ella.

Entró a trompicones en la casa, chorreando agua, lo que hizo que su madre la regañara. Jaxlim estaba en uno de sus... episodios en los que las veía a las dos como a niñas.

Venli, al parecer ajena a todo salvo a la gema que llevaba en las manos, pasó junto a su madre como sin verla. Frotó con el pulgar la gema, que sería una tercera parte de grande que su puño.

—Tormentas —dijo Eshonai, cerrando la puerta—. ¿Lo has conseguido?

Colocó la tranca y la dejó sacudiéndose por el viento mientras iba con Venli.

Pero... no, la gema no brillaba. ¿O sí? Eshonai la miró más de cerca. Sí que brillaba, pero muy poco.

—Ha funcionado —susurró Venli a Asombro, aferrando la gema—. Por fin ha funcionado. ¡El secreto sí que era el relámpago, Eshonai! Los trae aquí. Cuando me he acercado lo suficiente justo después de que cayera uno, he

encontrado a centenares de ellos. He enganchado a este antes de que los demás volvieran al otro lado y...

—¿Qué otro lado? —preguntó Eshonai.

Venli no respondió. Últimamente parecía una persona distinta, siempre exhausta después de trabajar hasta muy tarde... y de empeñarse en salir a todas y cada una de las tormentas para intentar capturar un tormentaspren. Y encima, aquello del otro lado. Venli acunó la gema, sin hacer caso al agua que caía a chorro de su ropa.

—¿Venli? —dijo Eshonai—. Si quieres que te ayude a hablar de esto con los Cinco, tendrás que dejarme ver qué has hecho.

Venli la miró, callada, sin ningún ritmo en absoluto. Luego enderezó la espalda y canturreó a Confianza mientras le tendía la gema. Eshonai armonizó a Curiosidad y la tomó. Sí, tenía un spren dentro, aunque brillaba con una luz extraña. Demasiado apagada, casi polvorienta. Humeante. Era difícil distinguir su color a través del verde de la esmeralda, pero parecía sombrío, como el relámpago muy dentro de las nubes.

—Este spren no se parece a ninguno que haya visto nunca —dijo Eshonai.

—Forma tormenta —susurró Venli—. Poder.

—Un poder peligroso. Esto podría destruir a los oyentes.

—Eshonai —dijo Venli a Reprimenda—, nuestro pueblo ya lo están destruyendo. ¿No crees que esta vez, en vez de tomar una decisión rápida basada en canciones de hace miles de años, por lo menos deberíamos probar una solución distinta?

El retumbante trueno de fuera parecía estar de acuerdo con las palabras de Venli. Eshonai le devolvió la gema y canturreó a Traición para indicar lo que opinaba del argumento de Venli. Pero el ritmo no terminaba de expresar lo mucho que la habían herido esas palabras.

Dando la espalda a su hermana, Eshonai fue de nuevo hacia la puerta y retiró la tranca. Sin hacer caso de los gritos de advertencia que profirieron tanto Venli como su madre, Eshonai salió a la tormenta.

El viento la azotó con fuerza, pero con la armadura de la forma de guerra casi no sentía las gélidas gotas de lluvia. Se quedó en la luz que salía de la puerta hasta que Venli la volvió a cerrar, sumiendo a Eshonai en la oscuridad.

Armonizó al Ritmo de los Vientos y echó a andar. Los humanos temían las tormentas. Siempre se escondían bajo techo. Eshonai respetaba las tempestades y en general prefería afrontarlas con un escudo de tormenta, pero no las temía.

Se alejó de la casa de su madre, hacia el este, hacia el viento. Su vida reciente había sido un continuo ir contra el viento. Soplaba tan fuerte que Eshonai apenas tenía la sensación de estar progresando. Quizá le iría mejor permitiendo que la guiara el viento.

Si no se hubiera resistido tanto, si no hubiera dedicado tanto tiempo a pensar en sus exploraciones o sus sueños, ¿se habría adaptado más deprisa a su papel de general? Si hubiera duplicado sus incursiones al principio, ¿habría podido expulsar a los humanos de los campamentos de guerra antes de que se hicieran fuertes allí?

Los humanos eran como un rocabrote. Blandos al principio, pero capaces de aferrarse a la piedra y convertirse en algo prácticamente inamovible. En eso, a pesar de que no poseían ritmos, eran más rosharianos que los oyentes. Si Eshonai de verdad pudiera viajar por todo el mundo, ¿los encontraría creciendo en cada fisura de la piedra?

Se acercó al borde de la meseta que albergaba el corazón central de Narak, la ciudad del exilio. Caminó con cuidado, dejando que los fogonazos de relámpago guiaran sus pasos. Llegó hasta el mismo borde del abismo, encarada hacia el viento.

—¿Qué quieres de nosotros? —gritó—. ¡Respóndeme, Jinete! ¡Spren de la tormenta! Eres un traidor como nosotros, ¿verdad? ¿Por eso has enviado a Venli ese pequeño spren?

El viento embistió contra ella, como intentando desequilibrarla. Traía escombros que chocaban entre ellos y rodaban en espiral alrededor de Eshonai, y el relámpago hacía que cada uno pareciera congelado en el tiempo. Cayó cerca una rápida sucesión de rayos, y el trueno hizo vibrar y sacudió su caparazón. Los siguió una negrura absoluta.

Al principio Eshonai pensó que quizás el Jinete de la Tormenta había elegido aparecerse a ella. Pero aquella oscuridad era ordinaria. Seguía notando el viento, la lluvia y los escombros.

—¿Qué clase de elección es esta? —vociferó—. ¿Dejar que los humanos nos destruyan o apartarnos de lo único que nos define? ¿De los únicos valores que importan?

Oscuridad. Lluvia. Viento. Pero ninguna contestación.

¿Qué había esperado Eshonai? ¿Una verdadera respuesta? ¿Era aquello una oración, entonces? No tenía mucho sentido, teniendo en cuenta que justo lo que Eshonai estaba rechazando era un regreso a los antiguos dioses de su pueblo.

Esos dioses nunca habían merecido adoración. ¿Qué era un dios que solo hacía exigencias? Nada salvo un tirano con otro nombre.

—Todo lo que he hecho —dijo Eshonai al viento— ha sido para asegurarme de que seguíamos siendo nuestro propio pueblo. Es lo único que quiero. Renuncié a mis sueños. Pero no renunciaré a nuestras mentes.

Palabras valerosas. Palabras inútiles. Tendrían que llevar el descubrimiento de Venli a los Cinco, y ellos tendrían que permitirle que lo probara. Eshonai lo sabía con la misma certeza con que conocía el Ritmo de la Paz. En esos momentos no podrían rechazar una posible forma nueva.

Se volvió para marcharse y entonces entreoyó algo. ¿Roca raspando contra roca? ¿La meseta estaría agrietándose? Aunque Eshonai apenas lo oía, el ruido debía de ser bastante fuerte para llegar a su oído con el estruendo de la tempestad.

Dio un paso atrás, pero el terreno parecía poco firme y Eshonai no quería moverse sin que la guiara la luz de un rayo. ¿Y si...?

Un relámpago bifurcado destelló en los cielos, muy al este. Encendió el cielo de blanco, resaltando los escombros, iluminando el terreno a su alrededor. Todo salvo una enorme sombra silueteada delante de ella.

Eshonai se quedó sin aliento. Los ritmos se paralizaron en su cabeza. Aquella forma... era sinuosa pero masiva. Tenía unas garras tan gruesas como el cuerpo de Eshonai, asidas al borde del abismo a escasos palmos por delante de ella. No podía ser un...

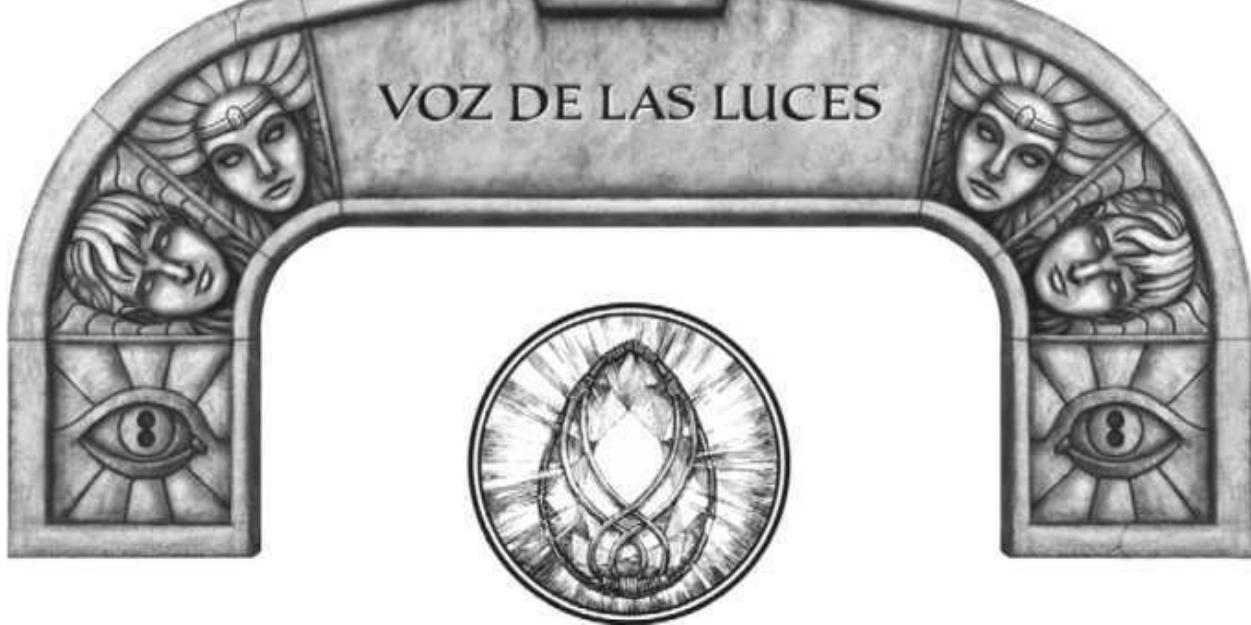
El relámpago destelló de nuevo y Eshonai vio la cara de la criatura. Un hocico de abismoide, con puntiagudas espadas por dientes y la cabeza girada de lado para mirarla.

Eshonai no salió corriendo. Si el abismoide la quería, ya estaba muerta. Las presas huían, y se sabía que aquellas bestias jugaban con las cosas que se comportaban como presas, aunque no tuvieran hambre. Pero aun así, quedarse allí de pie en la oscuridad cerrada, sin atreverse a armonizar a un ritmo, fue lo más difícil que Eshonai había hecho en la vida.

Cuando cayó el siguiente relámpago, el abismoide había bajado su increíble cabeza hacia ella, y Eshonai tenía su ojo tan cerca que podría haberlo apuñalado sin necesidad de acometer.

Cayó la oscuridad. Entonces hubo un pequeño estallido de luz que apareció justo delante de ella. Un pequeño spren hecho de fuego blanco. Voló hacia delante, dejando atrás una imagen residual. Como una estrella fugaz. Llegó hasta Eshonai y se puso a dar vueltas a su alrededor.

A la luz del spren, Eshonai vio que el abismoide se retiraba poco a poco de vuelta al precipicio, dejando surcos en la piedra con sus garras como enormes estacas. Con el corazón atronando en el pecho, Eshonai armonizó a Ansiedad y corrió hacia casa. El pequeño y extraño spren la siguió.



Pero creo que, en cambio, si recordara mi vida con detalle me pondría incluso peor. Paralizado por mis terribles actos. No me gustaría recordar a todos a quienes he fallado.

Pasaron los días. Navani casi ni se dio cuenta.

Por primera vez en su vida, se soltó por completo. Dejó de preocuparse por Dalinar o Jasnah. Dejó de preocuparse por la torre. Dejó de pensar en el otro millón de cosas que debería estar haciendo.

Aquello era lo que debería estar haciendo.

O eso se permitía creer. Se permitía ser libre. En la pequeña sala que era su laboratorio, todo encajaba. Había conocido a eruditos que afirmaban necesitar el caos para funcionar. Quizá fuese cierto para algunos, pero, en la opinión que se había formado Navani, la buena ciencia no se basaba en la descuidada inspiración. Se basaba en meticulosos incrementos.

Sin distracciones, Navani podía idear experimentos precisos: gráficas, medidas esmeradas, líneas. La ciencia consistía en las líneas, en imponer un orden al caos. Navani disfrutaba de sus cuidadosos preparativos, sin nadie que la chinchara por tener unas gráficas siempre tan pulcras o por rechazar saltarse pasos.

A veces Rabeniel la visitaba para unirse a su investigación, y apuntaba sus propias cavilaciones junto a las de Navani en su cuaderno. Dos fuerzas

opuestas en armonía, concentradas en un mismo objetivo. Rabeniel le entregó la extraña arena negra y le explicó la diferencia entre la Investidura estática y la cinética. Navani observó y midió, aprendiendo por sí misma. La arena se volvía blanca poco a poco cuando estaba expuesta a la luz tormentosa o del vacío. Sin embargo, si había algún fabrial utilizando la luz, la arena cambiaba más deprisa.

Se podía mojar la arena para devolverla al estado negro, aunque tenía que secarse otra vez antes de poder blanquearse. Era una manera práctica de medir cuánta luz estaba empleando un fabrial dado. Navani se fijó en que también cambiaba de color en presencia de spren. Aquel también era un cambio lento, pero podía medirse.

Cualquier cosa medible era útil para la ciencia. Pero durante aquellos escasos días dichosos, pareció que el tiempo no podía medirse adecuadamente, porque las horas volaban como minutos. Y Navani, a pesar de las circunstancias, se sorprendió encantada con aquella experiencia.

—No sé muy bien de dónde procede la arena —dijo Rabeniel, sentada en su taburete junto a la pared, hojeando las últimas gráficas de Navani—. De algún lugar fuera del mundo.

—¿Fuera del mundo? —preguntó Navani, levantando la mirada del fabrial que estaba colocando en su carcasa—. ¿Os referís a... otro... planeta?

Rabeniel canturreó distraída. ¿Era una confirmación? Navani tenía la impresión de distinguir lo que significaba ese ritmo.

—Quise ir, durante años —dijo Rabeniel—. Visitar el lugar en persona. Por desgracia, descubrí que no era posible. Estoy atrapada en ese sistema, con mi alma atada a Braize, lo que llamáis Condenación, un planeta en una órbita más lejana alrededor del sol.

Oírla hablar de aquellas cosas con tanta naturalidad asombraba a Navani. Otros mundos. Los mejores telescopios que tenían no eran capaces más que de confirmar la existencia de otros cuerpos celestiales, pero allí estaba Navani, hablando con alguien que había *estado* en uno de ellos.

«Nosotros llegamos desde otro —se recordó Navani—. Los humanos fuimos inmigrantes en Roshar.» Se le hacía muy raro pensar en ello, alinear la mitología de los Salones Tranquilos con un lugar palpable.

—¿Podría... visitarlos? —preguntó Navani—. ¿Esos otros mundos?

—Es probable, aunque yo no me acercaría a Braize. De todas formas, tendrías que atravesar la tormenta para llegar hasta allí.

—¿La tormenta eterna?

Rabeniel canturreó a un ritmo divertido.

—No, no, Navani. No puedes viajar a Braize en el Reino Físico. Eso costaría... bueno, ni idea de cuánto tiempo, la verdad. Además, en el espacio entre planetas no hay aire. Una vez enviamos a Celestiales para que lo intentaran. No había aire y, además, las extrañas presiones exigían que llevaran encima un suministro inmenso de luz del vacío para sanar. Incluso tan bien preparados, murieron en cuestión de horas.

»Viajar a otros mundos se hace a través de Shadescmar. Pero insisto en que no te acerques a Braize. Aunque pudieras superar la barrera de la tormenta, ese lugar es baldío, desprovisto de vida. Solo hay un cielo oscuro, inacabables riscos barridos por el viento y un paisaje roto. Y muchas almas. Muchas almas no demasiado cuerda.

—Lo... recordaré.

Otros mundos. Parecía un concepto demasiado vasto para que Navani lo abarcara en esos momentos, y ya era decir, teniendo en cuenta que estaba planteándose la muerte de un dios. Volvió a su experimento.

—Listo.

—Excelente —dijo Rabeniel, cerrando el cuaderno—. ¿Mizthla?

El guardia en forma tormenta de Navani pasó a la sala, con aire un poco molesto. Aunque era lo normal en él. «Mizthla» era su nombre cantor, pero decía que los alezi lo habían llamado Dah. Un simple glifo en vez de un verdadero nombre, porque era más fácil de recordar. Quizá si a Navani la hubieran llamado siempre de alguna otra manera por su utilidad, estaría del mismo humor que él.

Le entregó el fabrial, que era... bueno, que no era un auténtico fabrial. La carcasa era un mero rollo de alambres de cobre alrededor de unas gema. Rabeniel conocía un método para cambiar la polaridad de un imán, mediante un proceso que requería canalizar el relámpago de un cantor en forma tormenta. El relámpago cautivo parecía tener un sinfín de aplicaciones potenciales, pero Navani se mantuvo concentrada, porque quizás el proceso de cambio de polaridad funcionara también en gema llenas de luz del vacío.

Navani y Rabeniel salieron de la biblioteca, ya que el relámpago podía ser impredecible.

—Recuerda —dijo Navani al salir—, solo una descarga minúscula de energía. Esta vez no fundas los alambres.

—No soy tonto —replicó el regio—. Ya no.

Fuera, Navani miró por el pasillo, lleno de cajas de equipo en algunas de las cuales estaban ocultas sus trampas, hacia el escudo del Hermano. Dentro parecía haber más oscuridad que antes.

Rabeniel y ella evitaban sacar el tema. Trabajar codo con codo no las convertía en aliadas, y las dos eran muy conscientes de ello. De hecho, Navani estaba buscando la forma de ocultar sus futuros descubrimientos a Rabeniel, si es que hacía alguno.

El relámpago iluminó la sala y luego Mizthla las llamó. Se apresuraron a regresar dentro mientras él dejaba el fabrial enrollado en el escritorio. Seguro que aún quemaba, así que Navani decidió dejarlo unos minutos, aunque se moría de ganas de arrancar las gemas ya mismo para inspeccionar el resultado.

—He reparado en una cosa de tus diarios —dijo Rabeniel mientras esperaban las dos—. Comentas a menudo que no eres una erudita. ¿Por qué?

—Siempre he estado demasiado ocupada para dedicarme a la verdadera erudición, antigua —respondió Navani—. Además, no creo que tenga la mente adecuada para ello; no soy el prodigo que es mi hija. Así que siempre he considerado mi deber apoyar a los verdaderos eruditos, dar a conocer sus creaciones y ocuparme de que tengan los incentivos adecuados.

Rabeniel canturreó a un ritmo y luego cogió el fabrial con el cobre enrollado. El metal le quemó los dedos, pero sanaron al instante.

—Si tú no eres una erudita, Navani —dijo—, entonces jamás he conocido a ninguna.

—Reconozco que me cuesta aceptar eso, antigua. Aunque me alegra de haberos engañado.

—Humildad —dijo Rabeniel—. No es una Pasión que los míos suelan fomentar. ¿Te ayudaría a creerlo si te diera permiso para dejar de utilizar mis títulos cuando te dirijas a mí? Tus descubrimientos hasta la fecha son suficientes para considerarte mi igual.

Aquello parecía un privilegio muy poco frecuente.

—Sí que me ayuda, Rabeniel —dijo Navani—. Te lo agradezco.

—No es necesario agradecer las cosas obvias —repuso Rabeniel, levantando el fabrial—. ¿Preparada?

Navani asintió. Rabeniel sacó las gemas de dentro del alambre y las estudió.

—A mí no me parece que la luz del vacío haya cambiado —dijo.

Navani no había concretado a Rabeniel que estaba buscando la antiluz del

vacío. Ocultaba su verdadero objetivo en experimentos de muchos tipos distintos, como aquel, sobre el que había explicado a Rabeniel que solo quería ver si la luz del vacío respondía a la exposición al relámpago. Pero sospechaba que Rabeniel sospechaba que Navani estaba como mínimo intrigada por la idea de la antiluz.

Navani esparció un poco de la arena negra en la mesa y situó la gema en el centro para medir la fuerza de la Investidura que contenía. Pero como el aire no se distorsionaba en torno a esa gema, Navani ya sabía en secreto que su experimento había fracasado. Aquello no era antiluz del vacío. Tomó una nota en su registro. Otro experimento fallido.

Rabeniel canturreó a un ritmo. ¿Uno pesaroso? Sí, era lo que parecía.

—Debo regresar a mis obligaciones —dijo la Fusionada, y Navani distinguió ese mismo ritmo en su voz—. Los Profundos están cerca de encontrar el último nodo.

—¿Cómo? —preguntó Navani.

—Sabes que no puedo decírtelo, Navani. —Aunque Rabeniel había dicho que se iba, seguía sentada—. Qué cansada estoy de esta guerra. Estoy harta de capturar, matar, perder, morir.

—Pues deberíamos terminarla.

—No mientras viva Odium.

—¿De verdad lo matarías? —preguntó Navani—. ¿Si tuvieras ocasión?

Rabeniel canturreó, pero apartó la mirada. «Ese tarareo es... ¿vergüenza? —pensó Navani—. Reconoce que me mintió, al menos implícitamente. En realidad no quiere matar a Odium.»

—Cuando querías hallar el opuesto de la luz del vacío, no querías usarlo contra él —adivinó Navani—. Me tentaste con esa idea, pero tu propósito es otro.

—Aprendes a interpretar los ritmos —dijo Rabeniel, levantándose.

—O comprendo la lógica, sin más. —Navani se levantó también y cogió las manos de Rabeniel. La Fusionada lo permitió—. No es necesario que mates al Hermano. Busquemos otro camino.

—No estoy matando al Hermano —respondió Rabeniel—. Estoy... haciendo algo peor. Estoy deshaciendo al Hermano.

—¡Pues busquemos otro camino!

—¿Crees que no lo he buscado ya?

Rabeniel separó sus manos de las de Navani y le tendió el cuaderno que compartían, en el que llevaban el registro de sus experimentos. Lo habían

llamado *El Ritmo de la Guerra*. Odium y Honor trabajando juntos, aunque fuese solo durante un breve tiempo.

—Hice experimentos con los rubíes parejos que creaste, los de tamaños diferentes —dijo Rabeniel—. Creo que te gustarán las implicaciones de lo que descubrí; las he apuntado en el cuaderno. Esto podría facilitar el desplazamiento de tus enormes plataformas celestiales.

—Rabeniel —dijo Navani, cogiendo el cuaderno—. Negocia conmigo, ayúdame. Unamos nuestras fuerzas. Firmemos un tratado, tú y yo, sin Odium.

—Lo siento —respondió la Fusionada—. Pero la mejor manera que tenemos de terminar esta guerra, salvo que descubramos algo entre las dos, es que los míos controlemos Urithiru. Voy a concluir mi trabajo con el Hermano. En última instancia, seguimos siendo enemigas. Y yo no me vería donde estoy, capaz de plantearme una solución distinta, de no estar dispuesta del todo a hacer lo que se me ha pedido. Sin importar el coste, y sin importar el dolor que provoque.

Navani hizo acopio de fuerzas.

—No esperaba otra cosa, Dama de los Deseos. Aunque me apena.

Le apeteció probar a canturrear al Ritmo de la Guerra. No funcionó: el ritmo requería a dos personas en armonía mutua.

En respuesta, sin embargo, Rabeniel sonrió.

—Quiero darte una cosa —dijo, y se marchó.

Confusa, Navani se sentó a la mesa, notándose cansada. Los días de frenético estudio empezaban a pasarle factura. ¿Había sido egoísta por su parte dedicar tanto tiempo a fingirse erudita? ¿Acaso Urithiru no suplicaba tener una reina? Sí, sería estupendo hallar un poder que emplear contra Odium, pero... ¿de verdad pensaba Navani que podía resolver un problema tan complejo?

Probó a regresar a sus experimentos. Al cabo de una hora, tuvo que reconocer que la chispa ya no estaba. Por mucho que hablara de control y organización, se encontraba sujeta a los caprichos de las emociones. No podía trabajar porque no lo «sentía». Si algún erudito suyo le hubiera dicho cosas parecidas, Navani las habría llamado sandeces, aunque por supuesto no en su cara.

Se levantó de golpe y su silla cayó estrepitosa al suelo. Había cogido de Dalinar la costumbre de caminar, y se descubrió merodeando arriba y abajo por la pequeña sala. Al cabo de un tiempo Rabeniel apareció en la puerta, acompañada de dos cantoras en forma diestra.

La Fusionada hizo un gesto y las mujérenes entraron a toda prisa en la sala. Transportaban un material extraño, entre el que había dos finas planchas metálicas cuadradas, de casi medio metro de lado y una fracción de centímetro de grosor, con unos pocos salientes y muescas tallados en ellas. Las cantoras fijaron las planchas a los dos lados de la mesa con abrazaderas, de forma que quedaran planas, sobresaliendo como adiciones al espacio de trabajo.

—Esta es una forma antigua de música entre los míos —dijo Rabeniel—. Una forma de regocijarnos con los ritmos. Como regalo, he decidido compartir las canciones contigo.

Hizo una seña y canturreó a las dos jóvenes cantoras, que corrieron a obedecer. Cada una sacó un largo arco, como los que podrían usarse en un instrumento de cuerda. Los frotaron con los lados de las planchas metálicas y el metal empezó a vibrar con tonos profundos, aunque tenían una textura más basta. Plenos y resonantes.

«Esos son los tonos de Honor y Odium», pensó Navani. Solo que estaba oyendo las versiones trasladadas que podían armonizar entre ellas.

Rabeniel se situó al lado de Navani. Acompañando a los dos tonos, empezó a interpretar un ruidoso ritmo con dos baquetas en un pequeño tambor. La secuencia de golpes se volvía fuerte y majestuosa y luego suave y rápida, alternando. No era del todo el Ritmo de la Guerra, pero casi con total certeza era lo más próximo a lo que podía llegar la música. Vibró a través de Navani, potente y triunfal.

Siguieron tocando durante un largo tiempo antes de que Rabeniel ordenara el alto. Las dos jóvenes cantoras, sudando por el esfuerzo de crear los tonos con tanto vigor, se apresuraron a liberar las planchas de los lados de la mesa y recogerlas.

—¿Te ha gustado? —preguntó Rabeniel a Navani.

—Mucho —dijo ella—. Los tonos creaban una cacofonía terrible al combinarse, pero al mismo tiempo también era hermosa de algún modo.

—¿Como nosotras dos? —preguntó Rabeniel.

—Como nosotras dos.

—Por medio de esta música —dijo Rabeniel—, te concedo el título de Voz de las Luces, Navani Kholin. Como es mi prerrogativa.

Rabeniel hizo un brusco canturreo y entonces *se inclinó* ante Navani. Sin más palabras, indicó a las cantoras que cogieran sus instrumentos y se marcharan. Rabeniel se retiró con ellas.

Sintiéndose abrumada, Navani fue hasta el cuaderno abierto de su escritorio. Rabeniel había hecho anotaciones allí sobre los experimentos de ambas en la escritura de las mujeres, y la letra empezaba a salirle ya bastante practicada.

Navani comprendía el honor que acababan de concederle. Pero al mismo tiempo, le costaba sentirse orgullosa. ¿Qué significaba un título, o el respeto de una Fusionada, si la torre seguía corrompiéndose, si su pueblo seguía dominado?

«Para eso he trabajado tanto estos días —reconoció Navani para sus adentros, sentada a la mesa—. Para demostrarle mi valía a ella.» Pero... ¿de qué servía si no iba a conducir a la paz?

El Ritmo de la Guerra seguía vibrando a través de ella, en demostración de que podía existir la armonía. Pero al mismo tiempo, los tonos casi disonantes revelaban otra historia. Podía alcanzarse la armonía, pero era increíblemente difícil.

¿Qué clase de emulsionante podía utilizarse con la gente, para hacer que se mezclaran? Navani cerró el cuaderno, fue al fondo de la sala y apoyó la mano en la veta de cristal del Hermano.

—Intento encontrar la forma de unir a spren que quedaron partidos en dos al crear un fabrial —susurró—. He pensado que a lo mejor te gustaría.

No llegó respuesta.

—Por favor —dijo Navani, cerrando los ojos y apoyando la cabeza en la pared—. Por favor, perdóname. Te necesitamos.

Tengo... La voz llegó a la mente Navani e hizo que alzara la mirada. Pero no vio la chispa de la luz del Hermano en la veta. O bien no estaba allí o... o se había hecho demasiado tenue para verla con la sala iluminada.

—¿Hermano? —preguntó.

Tengo frío, dijo la voz, mínima, casi imperceptible. *Están... matándome.*

—Rabeniel dice que te está... deshaciendo.

Si es verdad, yo... yo... moriré.

—Los spren no podéis morir —dijo Navani.

Los dioses pueden morir... Los Fusionados pueden... pueden morir... Los spren pueden... morir. Si me convierten en otra persona, eso es muerte. Es oscuridad. Pero ese cantor que me prometiste... puedo verlo a veces. Me gusta observarlo. Está con los Radiantes. Habría sido un... un buen... un buen vínculo...

—¡Pues vincúlalo! —exclamó Navani.

No puedo. No puedo ver. No puedo actuar a través de la barrera.

—¿Y si te trajera luz tormentosa? —propuso Navani—. ¿Qué pasa si te la infundo igual que te están infundiendo luz del vacío? ¿Eso no ralentizaría el proceso?

Frío. Escuchan. Tengo miedo, Navani.

—¿Hermano?

No... quiero... morir...

Y luego, silencio. Navani se quedó con aquella perturbadora palabra, «morir», resonando en su cabeza. En ese momento, el miedo del Hermano parecía mucho más poderoso que el Ritmo de la Guerra.

Navani tenía que hacer algo. Algo más que quedarse sentada en una ensoñación. Volvió con paso firme a su mesa para apuntar ideas, por ridículas que fuesen, de lo que podría hacer para ayudar. Pero al sentarse reparó en algo. Su anterior experimento seguía allí, casi olvidado del todo. Una gema en el centro de la arena. Cuando los cantores habían montado sus placas, no habían tocado el trabajo de Navani.

La música de las planchas metálicas había hecho vibrar el escritorio entero. Y eso había provocado que la arena vibrara, y en consecuencia había creado curvas en la mesa. Un grupo a la derecha, otro diferente a la izquierda y un tercero en el que ambos tipos de pauta se mezclaban.

La luz tormentosa y la luz del vacío no eran solamente tipos de iluminación. No eran solamente extraños tipos de fluido. Eran sonidos. *Vibraciones*.

Y en la vibración, Navani encontraría sus opuestos.

ÚNICA
OPORTUNIDAD

En todo caso, ahora escribo. Porque sé que vienen a por mí. Mataron a Jezrien. Es inevitable que terminen reclamándome a mí, incluso en este lugar, en la fortaleza de los honorspren.

Adolin subió a su estrado en el foro de los honorspren. Habían sacado el disco circular al centro del foso. Ese día iba a tener todo el escenario para él solo.

Había llegado temprano para no tener que abrirse paso entre la muchedumbre. Quería dar la impresión de que ostentaba el control, esperando a que llegaran con su desprecio en vez de recorrer la larga escalera mientras todo el mundo lo miraba. Lo primero era como actuaba un hombre que hubiera orquestado esa situación. Lo segundo era como actuaba un prisionero llevado al cadalso.

Shallan y Patrón se sentaron cuando empezó a llegar más gente. En el foro cabían un par de centenares de spren, y mientras los honorspren iban ocupando sus asientos, todos con un tenue resplandor blanco azulado, Adolin se fijó en que había muchos más de uniforme ese día. Los que habían mostrado simpatía por la proclama de Notum brillaban por su ausencia en las gradas. Adolin lo encontró desalentador, aunque vio a algunos de aquellos spren del día anterior amontonados en la parte de arriba, donde podían estar de pie mirando.

Los honorspren parecían decididos a llenar los asientos de gente predisposta contra él. «No hay por qué sudar —pensó Adolin, de pie con las manos entrelazadas a la espalda—. Solo es tu única oportunidad de defenderte. Tu única oportunidad de dar la vuelta a todo esto.»

En el mejor de los casos, aquella sería la jornada que más lo favoreciera. Podría explicar sus argumentos y responder a preguntas del público. Las palabras de Kelek el día anterior pesaban ominosas sobre sus hombros: aquello no solo involucraba a los honorspren y la cuestión de si algunos se unirían a los Corredores del Viento o no. Era una disputa mucho más amplia.

¿La humanidad merecía que se luchara por ella? Adolin tenía que ingeniárselas para argumentar que sí ese día. Mezcla le había advertido que tendría que desviar preguntas y mantener la argumentación centrada en el tema. Adolin no podía permitirse entablar una discusión demasiado directa con el público, no podía permitirles a ellos controlar la conversación.

Hecho eso, el juicio se retomaría para una última sesión, en la que los honorspren presentarían a un solo y último testigo a quien Adolin podría dirigirse para refutar sus argumentos.

Se inclinó ante Kelek cuando el Heraldo llegó. En marcado contraste con la jornada anterior, se había puesto una túnica violeta de aspecto oficial. ¿Significaría que estaba tomándose aquello más en serio?

Adolin esperó con respeto a que el juez supremo tomara asiento entre el grupo de altos cargos honorspren. Adolin se había enterado de que esos seis estaban entre los «diez honrados por las tormentas». Los diez honorspren de mayor edad que existían, aparte de Syl. La jerarquía era importante para ese grupo.

—Muy bien —dijo Kelek—. Vamos con esto de una vez. Puedes hablar.

—Gracias, honorable —dijo Adolin, y se volvió hacia la multitud—. No creo que mis palabras de hoy vayan a sorprender a nadie. Y sin embargo, he empeñado mi futuro en la oportunidad de decíroslas. En persona. De miraros a los ojos y preguntaros si de verdad creéis que esto es justicia.

»Los hombres guardan rencores. Es uno de nuestros mayores defectos. A veces las familias mantienen un ciclo de odio a lo largo de generaciones, todo por una pequeña ofensa que ya nadie recuerda. Aunque no pretendo comparar vuestros muy reales sentimientos de dolor y traición con algo tan insignificante, espero encontrar en vosotros, fragmentos inmortales de Honor, una forma más perfecta de...

—¿Sabías que tu padre estuvo a punto de matar al Padre Tormenta? —lo

interrumpió un spren de la primera fila.

Adolin perdió el hilo de su discurso.

—Responderé a las preguntas al final. Como iba diciendo, esperaba encontrar en...

—¿Lo sabías o no? —exigió saber el honorspren a gritos—. ¿Sabías que tu padre casi mató al Padre Tormenta?

—Lo encuentro difícil de creer —respondió Adolin.

Miró hacia la cima del foro, donde los spren que miraban de pie estaban removiéndose y susurrando entre ellos. El público quedó en silencio, esperando a Adolin. Le habían hecho una pregunta, pero no tenía por qué responderla, todavía no. Él controlaba el escenario.

Así que se mantuvo centrado como Mezcla le había enseñado a hacer y retomó su alegato con energía.

—En vosotros —dijo Adolin a la multitud— esperaba encontrar honor. Los antiguos spren se vincularon con nosotros porque creían que juntos nos convertíamos en algo más fuerte, algo mejor de lo que éramos estando solos.

»Reconozco las debilidades humanas. No voy a ocultarlas. Pero no os he visto a vosotros admitir vuestras debilidades. Afirmáis ser creaciones de honor. Ser mejores que los humanos. Y sin embargo, rechazáis demostrarlo, enseñarlo.

»Conozco a spren que sí lo hacen. Spren valientes, que han acudido a la batalla para unirse con la humanidad. Y al hacerlo, se han hecho más fuertes. Crecen, igual que las personas con las que se vinculan. ¿Para qué necesitamos Radiantes? Porque ellos representan lo mejor de nosotros. Somos de Honor y Cultivación. De Honor, por un ideal. De Cultivación, por el poder para aspirar a esa idea.

»El mismísimo Padre Tormenta está de acuerdo en que esta es la decisión correcta. La gente no será perfecta, pero merecen que se los ayude a trabajar en aras de la perfección. Y vosotros merecéis más de lo que podréis obtener jamás quedándoos aquí solos y negándoos a crecer.

Lo recibieron bien. A los honorspren les gustaban los buenos discursos, había averiguado Adolin, y sobre todo los de arriba parecían bastante conmovidos. Adolin respiró y se preparó para pasar a su segundo argumento. Por desgracia, en esa pausa, el mismo honorspren de antes de levantó de un salto.

—El Padre Tormenta tomó su decisión —dijo el spren en voz muy alta—, y al hacerlo se puso en peligro y estuvo a punto de morir. ¿Sabías algo de

esto?

Kelek se inclinó hacia delante en su asiento de juez. Aquello se acercaba muchísimo a ser una afirmación, cosa que al público no le estaba permitida. El juicio por testimonio permitía que Adolin hiciera declaraciones, pero el público solo podía preguntar.

—No sabía nada de ese acontecimiento —dijo Adolin al spren—, así que no puedo ofrecerte más información de por qué ocurrió o en qué circunstancias.

—¿Cómo puedes no saberlo? —preguntó otro spren desde la segunda fila—. Si has venido a convencernos de que seamos spren Radiantes, ¿no deberías conocer el coste de lo que pides? Creo que...

—Ya es suficiente —restalló Kelek—. ¿Quieres que te expulse, Veratorim?

El spren se calló al instante.

—Procede, humano —dijo Kelek, reclinándose y enlazando los dedos en el regazo.

—Mi segundo argumento —proclamó Adolin— consiste en mostrároslo que los reinos del mundo han aparcado sus diferencias para unirse y afrontar juntos este desafío. Traía una carta de mi prima, Jasnah, que rompieron en pedazos. Por suerte, puedo citaros algunas partes. Jasnah demuestra que los reinos modernos están...

—¿Ella ha intentado matar a su spren? —preguntó el spren de la primera fila.

—Demuestra —continuó Adolin— que nuestros reinos modernos están unidos de un modo que...

—Ya, pero ¿ella ha intentado matar a su spren?

—Escucha —espetó Adolin—, ¿queréis que hable o no? ¿Queréis oír mi testimonio, como me habéis ofrecido, o solo buscáis atacarme?

El spren sonrió. Y Adolin comprendió lo que acababa de hacer. Al formular una pregunta, estaba invitando su respuesta.

—Yo creo —dijo el spren, levantándose— que la cuestión más relevante de todas es si esos nuevos Radiantes son de fiar. Eso es lo que necesitas demostrar. El Padre Tormenta nos dijo que Dalinar Kholin lo obligó a manifestarse físicamente. ¡Dalinar Kholin, tu padre, utilizó la *esencia* del Padre Tormenta para activar una Puerta Jurada!

—¡Eso contraviene su juramento! —exclamó otra—. ¿Conocías los actos de tu padre?

—Seguro que tendría un buen motivo —dijo Adolin—. Si me permitís...

—¿Buen motivo? —repitió el honor-spren que se había levantado—. Estaba huyendo, nada menos. ¿Ese es el tipo de comportamiento que deberíamos considerar digno de confianza en un Forjador de Vínculos? Y ese es el hombre que tú nos presentaste ayer como ideal, el que tú prometiste que nunca nos traicionaría. ¿Cómo respondes a eso?

Adolin miró a Kelek.

—¿Puedo seguir con mi alegato, por favor?

—Tú has concedido esta discusión —dijo Kelek—. Ahora tienes que debatir con él.

Kelek hizo un gesto con la cabeza hacia los ocupantes de la parte de arriba. Los que se habían unido a la consigna de Notum esperaban en silencio, sedientos de respuestas.

Adolin suspiró y lanzó una mirada a Shallan para darse fuerzas antes de continuar.

—No puedo hablar en nombre de mi padre. Tendréis que preguntárselo en persona. Yo confío en él, y el Padre Tormenta confía en él. Con eso debería bastar.

—Es un desastre andante —dijo el spren—. Un asesino, según su propio testimonio. Eso no es ningún Forjador de Vínculos.

Adolin no hizo caso a eso, ya que no era una pregunta. Y según las normas, podía dejar pasar el tema y proseguir.

—La carta de Jasnah —empezó— es...

—Kaladin Bendito por la Tormenta también estuvo a punto de matar a su spren —dijo un honor-spren que aún no había hablado—. La Antigua Hija, la más preciada entre los descendientes. ¿Eso lo sabías?

Adolin apretó los dientes.

—Sí que sé lo que ocurrió entre Kaladin y Syl. Era una época difícil para todos nosotros, un punto de transición. Kaladin no sabía que estaba rompiendo sus juramentos, solo estaba teniendo problemas para orientarse entre lealtades conflictivas.

—Así que sois ignorantes, además de peligrosos —replicó el spren de la segunda fila—. ¡Vuestros Radiantes apenas saben lo que están haciendo! ¡Podrían matar a vuestros spren por accidente!

Kelek hizo un gesto y los alguaciles asieron al spren y se lo llevaron escalera arriba y fuera del foro. Pero Adolin se daba cuenta de lo que estaba pasando. Aquello era un ataque coordinado, y la expulsión un riesgo

calculado a cambio de que se pronunciaran las palabras.

—No estamos matando a nuestros spren —dijo Adolin a la muchedumbre—. Esos son incidentes aislados, y no tenemos el contexto adecuado para debatir sobre ellos.

—¿Eso afirmas? —dijo otra honorspren nueva—. ¿Puedes jurar que ninguno de vuestros Radiantes ha matado a su spren?

—¡Puedo! Ninguno de ellos lo ha hecho. Ellos... —Dejó la frase en el aire.

Condenación. Había conocido a una, ¿verdad? Muerta hacía poco. Aquella críptica del mercado.

—¿Ellos qué? —insistió la spren.

Si respondía a la pregunta con la verdad, podía ser el final. Adolin respiró hondo e hizo lo que Mezcla le había advertido que no hiciera. Se enfrentó al público.

—Podría responder, pero os da igual, ¿verdad? Es evidente que habíais planeado juntos cómo atacarme hoy. Esto es una emboscada. Os trae sin cuidado el honor y os trae sin cuidado lo que yo tenga que decir. Solo queréis tirarme cosas encima. —Dio un paso adelante y separó las manos a los lados.

»Pues muy bien. ¡Adelante! ¡Pero sabed esto! ¿Decís que los spren no mienten, que los spren no son mutables como los humanos? ¡Pues la próxima vez que queráis fingir que es verdad, recordad este día! Recordad cómo mentisteis al decir que tendría un juicio justo. ¡Recordad cómo tratasteis al hombre que vino a vosotros de buena fe!

El público quedó en silencio. Hasta los contendientes más gritones se sentaron.

—Se te avisó sobre este juicio en muchas ocasiones, humano —dijo Kelek desde atrás—. Ya han tomado su decisión.

—No todos ellos —respondió Adolin—. Pensaba que encontraría a gente racional detrás de estas puertas. A spren honorables. Pero ¿sabéis qué? Me alegro de que no sea así. Porque ahora sé lo que sois. Sois personas, como cualquiera de nosotros. Algunos de vosotros tenéis miedo. Hace que os asuste comprometeros. Hace que llegueis a plantearos cosas que en otro tiempo habríais descartado por irracionales.

»Eso lo entiendo. Y me alegro de descubrir que sois como los humanos, porque sé lo que significa. Significa que cuestionáis, que tenéis miedo, inseguridades. Creedme, yo también siento esas cosas. Pero no podéis quedarnos aquí sentados fingiendo que todos los humanos somos iguales, que todos merecemos que se nos expulse, cuando vosotros mismos tenéis

nuestros mismos defectos. Este juicio lo demuestra. Vuestros corazones lo demuestran.

Se los quedó mirando. Provocándolos. Retándolos.

Al poco, y con aspecto de estar incómodo, el spren de la primera fila carraspeó y se levantó.

—¿Sabías...?

—Venga, déjate de historias —le dijo Adolin—. ¿Quieres que siga esta farsa? Muy bien. Haz lo que vayas a hacer. Ya puestos, para que sea legal, te preguntaré: ¿qué es lo próximo que evidentemente habíais planeado decir ahora para intentar desacreditarme?

El spren buscó entre el público, inseguro.

—Eh... Bueno, ¿sabías algo sobre esto?

Señaló hacia el exterior del foro. Allí los spren se separaron y todo el mundo se volvió para mirar a alguien a quien guiaba escalera abajo Amuna, la esbelta honorspren que cuidaba de los ojomuertos. Ese día iba con una críptica, su patrón roto, su cabeza marchita.

Condenación. Era lo que Adolin había temido.

—¿Conoces a esta críptica? —preguntó imperiosa Amuna desde los peldaños.

—Si es la misma a la que vi cuando pisé por primera vez estas costas —dijo Adolin—, entonces no. La vi solo una vez, en el mercado donde se cruzan las caravanas.

—¿Conoces su historia?

—Eh... Sí, me la contó un tendero.

—La mataron hace solo unos años —dijo Amuna—. Esto demuestra que mientes. Los Radiantes modernos no son de fiar.

—No hay ninguna prueba de que sea culpa de un Radiante —objetó Adolin—. Nos encontramos con unos humanos, nada que ver con mi gente, que atacaron a Notum. A lo mejor también la atacaron a ella.

—Esa clase de ataque resulta en un spren que puede curarse con el tiempo y la suficiente luz tormentosa —dijo Amuna—. La única muerte verdadera para un spren, la única manera de crear un ojomuerto, es por medio de juramentos Radiantes rotos. —Amuna señaló a la ojomuerta—. Esta críptica no cayó en los días de la Traición. Fue asesinada hace menos de una década. Por uno de vuestros Radiantes.

—Sería alguien nuevo, inexperto —repuso Adolin—. Alguien a quien no conocemos. No es uno de los nuestros, sino algún pobre Radiante novato que

no comprendía lo que estaba haciendo. Si quisierais...

Pero sabía que los había perdido. La multitud se removió, apartándose de la críptica, desplazándose en sus asientos. Otro spren de la primera fila se levantó y gritó preguntas a Adolin, y al momento lo imitó otra docena, acumulando sus palabras unas encima de otras. ¿Cuántos spren tendrían que morir para que Adolin reconociera que los Radiantes eran mala idea? ¿Sabía que los antiguos Radiantes habían matado a sus spren porque estaban preocupados por algo incluso más peligroso?

Adolin bajó los brazos ante el asalto. Mezcla había intentado prepararlo tan bien como había podido, pero Adolin no era ningún experto en defensas legales. Se había dejado manipular, como cuando lo obligaban a apoyar los pies en desventaja durante un duelo.

La revelación de la críptica eclipsaría cualquier otra cosa que pudiera decir, cualquier otro argumento que pudiera hacer. Miró a Kelek, que asintió y le indicó por señas que podía marcharse. Las furiosas preguntas apalearon a Adolin mientras subía los peldaños con toda la dignidad que pudo reunir. Sabía cuándo un duelo estaba amañado. Le habían dicho desde el principio que aquel lo estaría. Y aun así, había creído que podría convencerlos.

«Serás imbécil.»

Unas horas después de la segunda jornada del juicio de Adolin, Shallan cerró los ojos, apoyó la cabeza en su pecho desnudo y escuchó los latidos de su corazón.

Nunca habría pensado que iba a encontrarlo tan reconfortante. Durante casi toda su vida, ni siquiera se había planteado cómo sería estar tan cerca de alguien. Le habría resultado ajeno del todo imaginar la gozosa calidez de la piel contra la piel, de su mano segura acariciando la mejilla de Adolin, sus dedos enredándose en el pelo de él. ¿Cómo habría podido anticipar la maravillosa intimidad de sentir su aliento en el pelo, de escuchar su latido, más alto a sus oídos que el de la misma Shallan? El ritmo de su vida.

Allí tumbados, por un momento, todo pareció perfecto.

Adolin apoyó el brazo en la espalda desnuda de Shallan. La habitación estaba a oscuras, las cortinas cerradas. Ella no estaba acostumbrada a la oscuridad, porque solía dejar al menos un chip para que diera un poco de luz. Pero allí no tenían esferas.

Aparte de la que había escondido en su cofre. Oculta junto al cubo que hablaba entre reinos. Y un cuchillo muy especial.

—Te quiero —susurró Adolin en la oscuridad—. ¿Qué hice para merecerte?

—Blasfemar, a lo mejor —dijo ella—. O gastarle bromas a tu hermano. No estoy segura de qué tendría que hacer alguien para que el Todopoderoso lo maldijera conmigo. Quizá solo fuiste demasiado lento para escapar a tiempo.

Adolin le subió la mano rozando la columna vertebral, haciendo que se estremeciera mientras por fin la posaba en su nuca.

—Eres brillante —susurró—. Decidida. Divertida.

—A veces.

—A veces —reconoció él, y Shallan pudo oír la sonrisa en sus labios—. Pero siempre hermosa.

Y lo pensaba. De verdad lo pensaba. Shallan intentaba creer que lo merecía, pero le costaba. Estaba tan enmarañada en mentiras que literalmente ya no sabía quién era.

¿Y si él lo descubría? ¿Y si averiguaba lo que era Shallan en realidad?

—Tu espantoso gusto en mujeres —susurró Shallan— es de las cosas que más adoro de ti. —Volvió a apretarle la cabeza contra el pecho y el pelo rubio de Adolin le hizo cosquillas en la mejilla—. Y yo también te quiero. Es lo único que tengo claro sobre mi vida.

—Después de hoy, tengo que darte la razón sobre esta idea mía del juicio. Ha sido un plan horrible.

—Sería la mayor hipócrita del mundo si no pudiera amarte a pesar de que tengas alguna idea tonta de vez en cuando.

Adolin le frotó la nuca a través del pelo.

—Van a encerrarme —dijo—. Ya están construyendo la celda. Seré un símbolo para ellos, una exposición para que otros spren vengan a verla.

—Yo te sacaré —dijo Shallan.

—¿Cómo?

—Robé un poco de luz tormentosa —respondió ella—. Traeré a mis agentes y a Godeke y organizaremos un rescate. Dudo que los honorspren vayan a perseguirnos. Son demasiado paranoicos.

Adolin suspiró en la oscuridad.

—¿No vas a prohibírmelo? —preguntó Shallan.

—Eh... no lo sé —dijo él—. Aquí hay algunos que quieren escucharme, Shallan. Algunos a los que puedo convencer. Pero tienen miedo de morir, y eso me deja indeciso. No todo el mundo está hecho para la guerra, y es para eso que intento reclutarlos. No puedo prometerles sin mentir que vivirán, que

sus Radiantes no van a traicionarlos. A lo mejor no está bien exigirles que se unan a nosotros.

—Kelek te dijo que sus líderes están considerando pasar al bando enemigo —dijo Shallan—. Si lo hacen, esos spren terminarán vinculados a gente de todas formas, opinen lo que opinen ahora. Y la gente con la que se vincularán no es de la que se preocupa por la seguridad de sus spren.

—Cierto —dijo Adolin—. Tormentas, ojalá pudiera llegar a toda la gente de aquí. Tal vez mañana. Podré refutar a su testigo, hacer mis propias preguntas...

—¿Adolin? Acabas de decir que es un plan horrible. ¿Crees que el último día cambiará eso?

—Puede que no —dijo él—. Pero al menos es un plan horrible que me permite dirigirme a ellos. Permite que ellos vean a un humano intentando ser honorable. Aunque se le dé fatal.

—No se te da fatal ser honorable.

Él hizo una mueca.

—Alguien más listo podría haber salido victorioso —dijo en voz baja—. Jasnah podría haber hecho que lo entendieran. Pero solo estoy yo. Ojalá... ojalá lo supiera, Shallan. Qué hacer. Cómo convencerlos.

Shallan cerró los ojos con fuerza, intentando regresar a aquel momento anterior de perfección. No pudo. Había demasiado dolor en la voz de Adolin. Su latido se había acelerado. Su respiración ya no parecía serena, sino frustrada.

La destrozaba oírlo así. Ese era el hombre que los había mantenido unidos cuando Kholinar cayó, el hombre que tan optimista se mostraba siempre. Había llegado hasta allí decidido a demostrar a su padre, y tal vez también a sí mismo, que todavía era valioso. Y aquel estúpido juicio iba a arrebatárselo eso.

A menos...

No, pensó Radiante. No podemos completar el plan de Mraize. Te está manipulando.

Hacemos lo que dos de nosotras acuerdan, dijo Shallan. Y yo estoy de acuerdo en que es el momento de hacer lo que Mraize quiere. Tomaremos el alma de Kelek y nos haremos pasar por él en el juicio. Velo y yo nos... No, pensó Velo.

A Shallan se le trabó la respiración. ¿Cómo?

He cambiado de opinión, dijo Velo. Estoy con Radiante. No iré a matar a

Kelek. Dos contra una, Shallan.

Algo se removió en lo más profundo de Shallan.

—Ojalá... —susurró Adolin—. Ojalá pudiera averiguar quién mató a esa pobre criptica. Es lo que lo ha echado todo a perder hoy. Lo que lo ha arruinado todo.

Es el momento.

—El juicio no está arruinado —dijo Sinforma a Adolin—. ¿Sabes? Cuantas más vueltas le doy, más me parece que tal vez este juicio no haya sido tan mala idea. Tienes tú razón. Por lo menos, así tienes la oportunidad de demostrarles lo que es un hombre honorable.

—Para lo que está sirviendo —repuso Adolin.

—No sé yo —dijo Sinforma—. El juez supremo no deja de ser uno de los Heraldos. A lo mejor termina sorprendiéndote...

MERECEDOR DE SALVACIÓN



En consecuencia, moriré.

Sí, moriré. Si estás leyendo esto y preguntándote qué ha salido mal, por qué mi alma se ha evaporado al poco tiempo de absorberla esa gema de tu daga, entonces yo te llamo idiota por jugar con unos poderes que solo crees comprender.

Teft se sentía como un saco de calcetines mojados que hubieran dejado fuera en una tormenta. La verdad sincera, por el mismo aliento de Kelek, era que había pensado que ya estaba otra vez en las mismas. Al despertar desnudo y enfermo, había supuesto que era una recaída en el musgo. En ese momento se había odiado a sí mismo.

Entonces había visto a Dabbid y Rlain. Al contemplar su alegría, o más bien al oírla en el caso de Rlain, Teft había sabido que no podía odiarse de verdad. Ese era el lugar al que lo habían llevado los juramentos. Su desprecio por sí mismo iba remitiendo día tras día. A veces volvía en oleada. Pero Teft era más fuerte que él.

Los demás lo apreciaban. Así que, hubiera hecho lo que hubiera hecho, se levantaría y lo arreglaría. Ese era el juramento que había realizado y, por el décimo nombre del Todopoderoso, pensaba cumplirlo.

Por ellos.

Luego había descubierto la verdad. No se había doblegado. No había recurrido al musgo. No era culpa suya. Por una vez en su tormentosa

desgracia de vida, lo habían enviado de una patada a la alcantarilla y había despertado con dolor de cabeza, y no había sido por su propia debilidad.

Unos pocos días de curación más tarde, todavía lo encontraba asombroso. Llevaba una racha buenísima. Casi siete meses sin musgo. Condenación. Le apetecía mucho un poco de musgo en esos momentos, la verdad. Le aliviaría un poco ese dolor de cabeza atroz.

Pero Condenación. Siete meses. Era lo más que había pasado sin acercarse al material desde... bueno, desde que se alistó en el ejército. Treinta años.

«No cuentes esos años, Teft —se dijo mientras Dabbid le llevaba un poco de sopa—. Cuenta los que llevas con amigos.»

La sopa llevaba un poco de carne, por fin. ¿Qué creían que iba a pasar si comía algo decente? Había estado desmayado unos días, no unos años. No era tiempo suficiente para convertirse en alguna especie de inválido.

De hecho, Teft parecía haberlo llevado mejor que Kaladin. Bendito por la Tormenta estaba sentado en el suelo y se negaba a ocupar el banco porque era «de Teft». Tenía un aspecto torturado y estaba un poco encogido, como si lo hubieran vaciado con una cuchara. Lo que hubiera visto mientras padecía aquellas fiebres no le había hecho ningún bien.

Teft se había sentido así otras veces. En ese momento eran sobre todo dolores, pero se había sentido así también.

—Y eso que se suponía que estábamos fuera de tormentoso servicio —refunfuñó Teft mientras se tomaba la sopa fría—. Civiles. ¿Así es como terminamos? Menudo mamón está hecho el destino, ¿eh, Kal?

—Yo me alegro de oír tu voz —dijo Kaladin, aceptando el cuenco de sopa que le tendía Dabbid—. Ojalá pudiera oír la suya...

Su spren. La había perdido de algún modo, en la pelea en que lo habían herido.

Teft miró hacia el lado, donde Phendorana estaba sentada con recato al borde de su banco. Había tenido que estirar la mente para convocarla, y ella decía que no recordaba nada de lo sucedido desde que Teft se había quedado inconsciente. Había... perdido el sentido ella también, más o menos.

Phendorana se manifestaba como una mujer humana mayor, con rasgos maduros y una ropa práctica de estilo thayleño, falda y blusa. Su pelo ondeaba suelto como soplado por un viento fantasmal. Al contrario que Syl y algunos otros honorspren, Phendorana prefería manifestarse a tamaño humano.

La spren miró a Teft y él señaló con la cabeza a Kaladin. Phendorana cogió

aire y dio un suspiro intencionado. Luego, a juzgar por la cuchara de Kaladin deteniéndose a medio camino de su boca, permitió que la vieran los demás de la sala.

—¿Tu potenciación aún funciona? —preguntó Phendorana a Kaladin.

—No tan bien como antes de la última pelea —dijo Kaladin—, pero puedo absorber luz tormentosa y pegar cosas entre ellas.

A Teft le pasaba igual, pero habían descubierto que si Lift no aparecía y le hacía eso de la Regeneración cada diez horas o así, empezaba a caer de nuevo en coma. Esa chica tenía algo definitivamente raro.

—Si puedes potenciar —dijo Phendorana—, tu vínculo está intacto. La Antigua Hija puede haberse perdido a sí misma por la separación, ya que nos es difícil existir del todo en este reino. Pero sospecho que se mantendrá cerca por instinto. Si puedes llegar al sitio donde la perdiste, debería resolverse el problema.

—Debería —repitió Kaladin en voz baja, y empezó a comer de nuevo. Asintió para agradecer a Dabbid que le llevara agua.

No habían apretado mucho a Dabbid con el hecho de que podía hablar. Quedarse callado como había hecho no era mentir. No era una traición. Cada uno combatía a sus propios Portadores del Vacío personales, y cada cual escogía sus propias armas. Cuando había llegado el momento de afrontar la tormenta, Dabbid había cumplido con Teft y Kaladin. Eso era lo que importaba. Eso era lo que significaba ser del Puente Cuatro.

Un hombre podía decidir no hablar si no quería. No había ley que lo obligara. Teft conocía a unos cuantos que podrían probar con una táctica parecida.

Siguieron comiendo en silencio. Después de la euforia inicial por estar juntos de nuevo, el entusiasmo general se había aguado. Todo lo que decían a Teft sobre la situación parecía peor que lo anterior. Fusionados en la torre. La reina cautiva. Radiantes caídos. El spren de la torre corrompido poco a poco, hasta el punto de que casi había muerto. Kaladin ya no lograba que le respondiera, ni Dabbid tampoco.

Eran unos días sombríos a los que había despertado. Casi desearía que lo hubieran dejado en un tormentoso coma. ¿De qué iba a servir Teft para solucionar nada de aquello?

Phendorana le lanzó una mirada, sintiendo sus emociones. Él la señaló con la cuchara y le guiñó el ojo en agradecimiento. No, no iba a fustigarse. Había jurado un Ideal.

Pero era verdad. Días sombríos. Tormentosos días sombríos.

La puerta se abrió al poco rato y entraron Rlain y Lift, que correteó hacia dentro y olisqueó la cacerola de sopa. Arrugó la nariz.

—Alégrate de que tengamos algo —le dijo Kaladin—. Ese fervoroso del monasterio tiene mucho mérito. Más del que le reconocimos cuando fuimos de visita, Teft.

—La mayoría de la gente quiere ayudar —dijo Teft—. Aunque haya que darles algún que otro empujoncito de vez en cuando. Kelek sabe que yo los necesito.

Lift subió de un salto al banco, rodeó a Phendorana y tocó a Teft para infundirle luz tormentosa. Él respiró hondo. Y tormentas, notó el aire un poco más caliente. Por lo menos ya no se quedaría dormido con la cara metida en la sopa.

Rlain cerró la puerta y se sentó en el suelo del angosto espacio, con la espalda contra la pared y partes de su caparazón raspando la piedra.

—No hay noticias de la reina —dijo Rlain—. Lift ha podido hablar con una erudita y, según ella, Navani lleva ya más de dos semanas aislada. Está encarcelada, obligada a dormir ella sola en las salas de los eruditos.

—Venimos a estar todos encarcelados —respondió Teft—. Hasta el tormentoso último de nosotros.

—No —dijo Kaladin—. Nosotros cinco somos libres.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Rlain—. No sabemos dónde está el último nodo, el que mantiene levantado ese escudo del Hermano. Pero aunque lo supiéramos, tampoco es que podamos protegerlo.

Kaladin les había contado hasta el último y descorazonador detalle lo difícil que había sido llegar a los dos anteriores y destruirlos. ¿Defender uno contra todo el poder de las fuerzas de Odium? Imposible. Teft estaba de acuerdo con eso.

—Si rompemos ese último —dijo—, se acabó. Adiós torre. Pero si esperamos, los Fusionados acabarán encontrándolo y rompiéndolo ellos. Adiós torre.

—No podemos luchar contra un ejército entero nosotros solos —dijo Kaladin—. Teft y yo apenas estamos recuperados, y nuestros poderes son inestables como mucho. Dos de nosotros hemos perdido a nuestros spren.

—La chica puede despertar a los otros Radiantes —afirmó Teft.

—Los otros Radiantes están vigilados —recordó Kaladin.

—Podemos distraer a los guardias u ocuparnos de ellos —intervino Rlain

—. Hicimos algo parecido para rescatar a Lift. Venli está en nuestro bando. O al menos no está en el otro bando, y es Voz de la Fusionada que está al mando de la ocupación. Tenemos recursos.

Kaladin echó la cabeza atrás y cerró los ojos.

—¿Chaval? —preguntó Teft.

—No quiero que nadie me malinterprete —dijo Kaladin sin abrir los ojos—. No estoy rindiéndome. No estoy hundido. No más de lo normal. Pero sí que estoy cansado. Extremadamente cansado. Y tengo que preguntármelo. De verdad tengo que hacerme esta pregunta. ¿Deberíamos seguir luchando? ¿Qué pretendemos conseguir?

—Queremos ganar —dijo Rlain—. Liberar la torre. Restaurar a los Radiantes.

—¿Y si eso no es factible? —Kaladin levantó la cabeza y abrió los ojos. Se le habían puesto oscuros otra vez, claro, al haber pasado días sin su hoja esquirlada. Cuanto más tiempo duraba el vínculo con un spren, más despacio remitía el color—. Por lo menos tengo que preguntármelo. ¿Y si mi padre tiene razón? Estoy empezando a preocuparme por lo que podríamos inducir a la gente a hacer si seguimos luchando.

Se quedaron callados. Y a la tormenta con Teft si aquella no era una pregunta válida. Una que no se hacían los suficientes soldados. Aquí y ahora, ¿debería estar peleando? ¿Hay alguna manera mejor?

Teft dio una cucharada de sopa.

—¿Sigzil os explicó alguna vez cómo hice que mataran a mi padre?

Todos los presentes en la cámara se volvieron para mirarlo boquiabiertos. Teft sabía que los rumores sobre lo que había hecho corrían por el Puente Cuatro, y en el pasado había ladrado a quienes le preguntaban sobre ello. Tormentosos idiotas.

—¿Qué? —dijo Teft—. Pasó hace mucho tiempo. Lo tengo superado, en su mayoría. Y un hombre no debería esconderse de lo que ha hecho. Estas cosas hay que airearlas.

Dio otra cucharada, pero descubrió que ya no tenía apetito. Dejó el cuenco a un lado y Phendorana puso la mano encima de la suya.

—Eras... muy joven, ¿verdad? —preguntó Kaladin, cauteloso.

—Tenía ocho años cuando murió mi padre —dijo Teft—. Pero los problemas empezaron mucho antes. Creo que fueron unos viajeros los que metieron la idea en las cabezas de la gente del pueblo. No llegaba a ciudad. Igual lo conocéis. ¿Talinar? ¿No? Es bonito. Huele a flores. O al menos, en

mi memoria sí. Total, que la gente del pueblo empezó a reunirse en secreto. A hablar de cosas que no debían. El regreso de los Radiantes Perdidos.

—¿Cómo crees que lo sabían? —preguntó Kaladin—. Me diste luz tormentosa cuando estaba muriendo, hace mucho tiempo, cuando ni yo sabía lo que estaba haciendo. Supiste que iba a curarme.

—Teft y yo antes pensábamos —dijo Phendorana— que el grupo que visitó el pueblo de Teft, los Vislumbradores, como se hacían llamar, eran sirvientes de algún ojos claros importante de Kholinar. Que quizá hubieran oído lo que planeaba gente como Amaram y se hubieran apuntado. Solo que...

—Solo que eso fue hace cuarenta y cinco años —terminó Teft—. Y cuando pregunté a la brillante Shallan por el grupo al que pertenecía Amaram, resulta que todo lo que ella ha averiguado indica que empezaron hace menos de diez años. Pero eso no tiene importancia ahora. En fin, solo conocí a los líderes una vez, cuando mis padres me llevaron a la ceremonia de iniciación.

Se estremeció al recordarlo. Las blasfemias que habían salmodiado, envueltos en túnicas oscuras y con esferas sujetas a sus máscaras para representar ojos brillantes, habían aterrorizado al niño que era Teft. Pero eso no había sido lo peor. Lo peor eran las cosas que habían hecho para intentar convertirse en Radiantes. Las cosas que habían empujado a sus miembros a hacer. Su madre había sido una de esos...

—La cosa se puso turbia —dijo Teft—. Las cosas que hizo mi gente, mi familia... Bueno, el caso es que yo tenía ocho años cuando fui a ver al consistor. Se lo conté todo, pensando que echaría del pueblo a los más problemáticos. No me di cuenta de...

—¿Qué nahn tenía tu familia? —preguntó Kaladin.

—Sexto —respondió Teft—. Debería haber sido lo bastante alto para evitar la ejecución. Mi madre ya estaba muerta para entonces, y mi padre... —Alzó la vista hacia los demás y sintió su compasión. Bueno, pues no necesitaba ninguna tormentosa compasión—. Eh, no me miréis así. Eso fue hace mucho tiempo, como ya os he dicho. Al final me alisté en el ejército para salir de ese pueblo.

»La culpabilidad me persiguió durante mucho tiempo. Pero al final, ¿sabéis qué? ¿Sabéis cuál es la tormentosa verdad del mismísimo Kelek? Por lo que mis padres hicieron y me enseñaron, pude salvarte a ti, Kal. Al final, ganaron ellos. Al final, tuvieron razón ellos. —Recogió su sopa y se obligó a empezar a comérsela de nuevo—. No podemos ver el tormentoso futuro como

Renarin. Tenemos que hacer lo que creemos que es mejor y aceptarlo. Es lo único que se puede hacer.

—¿Crees que deberíamos seguir luchando? —preguntó Rlain.

—Creo que tenemos que rescatar a esos Radiantes —dijo Teft—. Puede que no haya que luchar, pero a ellos sí que tenemos que sacarlos de ahí. No me gusta nada cómo huele lo que me habéis contado. ¿Puestos así en hileras y vigilados? El enemigo planea hacer algo con nuestros amigos.

—Yo puedo despertarlos —dijo Lift—, pero no van a estar en condiciones de luchar. Y necesitaré un buen montón de comida. En plan... un chull entero.

—Si podemos despertarlos —dijo Rlain—, no tenemos por qué pelear. Podemos hacer que huyan. Que escapen.

—¿Cómo? —preguntó Kaladin—. No tenemos ni la menor esperanza de llegar hasta las Puertas Juradas.

—Hay una ventana en la enfermería —dijo Rlain—. A lo mejor podemos romperla y escapar por ahí.

—Para caer decenas y decenas de metros —objetó Kaladin.

—Eso podría sacar a los Corredores del Viento de la influencia de la torre —dijo Teft, y dio un gruñido. Pensó en lo que sería caer desde esa altura sin saber si sus poderes volverían a activarse antes de dar contra el fondo—. Lo intentaría yo, para demostrar que puede hacerse. Los demás miraríais a ver si vuelvo a elevarme en la distancia. Si lo hago, me seguís.

Kaladin se frotó la frente.

—Suponiendo que podamos romper el cristal. Suponiendo que podamos conseguir luz tormentosa para infundir a los Corredores del Viento. Suponiendo que estén lo bastante fuertes después de tanto tiempo incapacitados para intentar algo tan demencial. Mirad, me gusta que exploremos ideas... pero necesitamos tiempo para considerar todas las opciones.

Teft asintió.

—Tú eres el oficial. La decisión te la dejo a ti.

—Ya no soy oficial, Teft —dijo Kaladin.

Teft dejó pasar la objeción, aunque era errónea del todo. Una cosa que sabía todo buen sargento era cuándo permitir que el oficial se equivocara. Y Kaladin *era* un oficial. Se había comportado como tal hasta siendo esclavo. Como si lo hubiera criado un puñado de ojos claros o algo. Su posición o su categoría oficial no podían cambiar lo que era.

—De momento —dijo Kaladin—, esperaremos. Si es necesario, irrumpiremos y rescataremos a los Radiantes. Pero antes tenemos que recuperarnos, tenemos que planificar y tenemos que intentar contactar con la reina. Querría saber su opinión.

—Yo podría colarme y hablar con ella —propuso Rlain—. Tienen a sirvientes llevando carritos de comida y agua para ella y sus eruditos. Muchas veces asignan esa tarea a la gente de Venli, así que podría esconder mi tatuaje y reemplazar a uno de ellos.

—Bien —dijo Kaladin—. Eso sería estupendo. Y mientras esperamos, no haremos nada precipitado. ¿De acuerdo?

Los otros asintieron, incluso Lift y Dabbid. Teft también, aunque aquella no era la clase de situación en la que se tenían lujo como tiempo para pensar el plan perfecto. Teft decidió que tendría que estar preparado para actuar y punto. Dar el tormentoso siguiente paso. No se podía cambiar el pasado, solo el futuro.

Se tomó la sopa mientras la conversación pasaba a temas más ligeros, y se descubrió sonriendo. Sonriendo porque aún estaban juntos. Sonriendo porque había tomado la decisión correcta al quedarse en la torre cuando Kaladin lo había necesitado. Sonriendo por haber sobrevivido tanto tiempo sin musgo ni bebida, y ser capaz de levantarse y ver color en el mundo.

Sonriendo porque, por muy mal que pudiera estar todo, algunas cosas seguían estando bien.

Se movió cuando Phendorana le dio un codazo. La miró y la pilló sonriendo de oreja a oreja también.

—Vale —murmuró—. Tenías toda la tormentosa razón. Siempre has tenido razón.

Teft sí que merecía que lo salvaran.

UN REGALO



El vínculo es lo que nos mantiene vivos. Si cercenas eso, nos iremos descomponiendo poco a poco hasta ser almas ordinarias, sin ninguna Conexión válida con el Reino Físico ni con el Espiritual. Si capturáis a uno de nosotros con vuestros cuchillos, no tendréis un spren en un frasco, necios. Tendréis un ser que en algún momento se desvanecerá en el Más Allá.

Venli cumplía con su deber permaneciendo de pie al lado de Rabeniel, actuando como su Voz mientras llegaban los informes del día. Sobre todo, Venli estaba allí para hacer de intérprete. Rabeniel dominaba el alezi bastante bien —afirmaba que siempre había tenido talento con los idiomas—, pero buena parte de su actual grupo de regios hablaba azishiano, al haber sido parshmenios en esa región.

Ese día Rabeniel recibía los informes sentada en un trono en la entrada del pasillo con los murales. Eso significaba que estaban al pie de la escalinata que subía hasta la planta baja. Venli no pudo evitar que le recordara a los humanos que habían muerto en aquel último ataque desesperado para llegar a la columna de cristal. Esos recuerdos se entremezclaban con el hedor a carne ardiendo y los sonidos de cadáveres golpeando contra el suelo.

Venli echó un vistazo rápido a la sección de peldaños recién construida, levantada a toda prisa con andamios debajo para reemplazar la parte que se había destruido en ese combate. Entonces armonizó a Indiferencia, un ritmo de Odium. Tenía que asegurarse de que esos ritmos siguieran puntuando sus

palabras, aunque en tiempos recientes le daban la impresión de que tenía una capa de aceite en la boca.

—La Dama de los Deseos ha escuchado tu informe —dijo Venli a la regia que estaba inclinada ante ellas—. Y te elogia por tu Pasión en la búsqueda, pero afirma que te equivocas. El Corredor del Viento sigue con vida. Debes redoblar tus esfuerzos.

La regia, que llevaba una forma grácil conocida como forma comunicadora, la preferida por los exploradores, se inclinó aún más. Luego se retiró escalera arriba.

—Creo que esta era la última, antigua —dijo Venli a Rabeniel.

La Fusionada asintió, se levantó de su trono y se marchó por el pasillo que llevaba a las dos salas de los eruditos. Su vestido de corte alezi hecho a medida ondeó con sus pasos, acentuando las esbeltas y finas partes de armadura de caparazón que recubrían sus brazos y su pecho.

Venli la siguió, porque la Fusionada no le había indicado que se retirara. Aunque Rabeniel tenía un taller y un escritorio al final del pasillo, prefería recibir los informes cerca de la escalera. Era como si Rabeniel llevara una doble vida allí. La general al mando de los ejércitos cantores parecía una persona muy distinta de la erudita a la que no preocupaba en absoluto la guerra. Esa segunda Rabeniel era la más auténtica de las dos, pensaba Venli.

—La Última Oyente —reflexionó Rabeniel en voz alta—. Pero ya no eres la última. Tu pueblo fue el único grupo de cantores que rechazó con éxito el gobierno de los Fusionados y creó su propio reino.

—¿Hubo... más intentos fallidos? —se atrevió a preguntar Venli, a Ansia.

—Muchos —dijo Rabeniel. Canturreó a Escarnio—. No cometas el mismo error que los humanos al dar por hecho que los cantores siempre hemos opinado lo mismo en todo. Sí, en ocasiones las formas cambian nuestras maneras de pensar, pero en realidad se limitan a realzar lo que ya existe en nuestro interior. Sacan a la luz distintos aspectos de nuestras personalidades.

»Los humanos siempre se han esforzado en afirmar que no somos más que peones controlados por Odium. Les gusta esa mentira porque así se sienten mejor cuando nos matan. Me pregunto si también mitigaría sus remordimientos el día en que robaron las mentes de aquellos a quienes esclavizaron.

El escritorio de Rabeniel estaba situado contra el escudo, que antes era de un brillante azul pero se había vuelto oscuro y violeta.

Rabeniel se sentó y empezó a repasar sus notas.

—¿Lamentas lo que hiciste tú en persona, Última Oyente? —preguntó a Resentimiento—. ¿Te odias a ti misma por haber traicionado a tu pueblo?

Timbre latió. Venli debería haber mentido.

Pero en vez de hacerlo, dijo:

—Sí, antigua.

—Eso es bueno —dijo Rabeniel—. Todos pagamos el alto precio de nuestras decisiones, y el dolor permanece cuando una es inmortal. Sospecho que aún ansías la posibilidad de convertirte en Fusionada. Pero he hallado en ti una segunda alma, un alma arrepentida.

»Me congratula descubrirla. No porque admire a quien lamenta su servicio, y deberías saber que Odium no ve con buenos ojos las dudas. Sin embargo, había creído que serías como muchos de los demás. Abyecta en tus deseos, ambiciosa hasta decir basta.

—Fui esa mujeren —susurró Venli—. Una vez.

Rabeniel alzó la mirada hacia ella de repente y Venli comprendió su error. Había dicho eso último a lo Perdido. Uno de los antiguos ritmos que en teoría los regios no eran capaces de escuchar.

Rabeniel entornó los ojos y canturreó a Resentimiento.

—¿Y qué sientes ahora?

—Confusión —respondió Venli, también a Resentimiento—. Vergüenza. Antes sabía lo que quería, todo parecía muy simple. Y entonces...

—¿Entonces?

—Todos murieron, antigua. Personas a las que... quería con toda mi alma, sin darme cuenta de la profundidad de esos sentimientos. Mi hermana. Mi antaño-compañero. Mi madre. Todos... muertos sin más. Por mi culpa.

Timbre latió reconfortante. Pero Venli no quería que la reconfortaran ni la perdonaran en esos momentos.

—Comprendo —dijo Rabeniel.

Venli se acercó a ella y se arrodilló al lado de la mesa.

—¿Por qué luchamos? —preguntó a Ansia—. Antigua, si el coste es tan alto, ¿por qué pelear? ¿Por qué sufrir tanto para procurarnos unos dominios que no podremos disfrutar, ya que todos nuestros seres queridos habrán muerto?

—No luchamos por nosotras —dijo Rabeniel—. No es por nuestro acomodo que destruimos, sino por el acomodo de los que vendrán después. Cantamos ritmos de Dolor para que ellos conozcan ritmos de Paz.

—¿Y él nos permitirá alguna vez cantar a Paz?

Rabeniel no respondió. Buscó entre unos papeles de su mesa.

—Me has servido bien —dijo—. Un poco distraída, tal vez. Lo achaco a que tu verdadera lealtad es para Leshwi, y a que informarla a ella ha interferido con tus obligaciones conmigo.

—Lo siento, antigua.

Rabeniel canturreó a Indiferencia.

—Debería haber organizado reuniones periódicas para que le hicieras tus informes de espionaje. Quizá podría habértelos escrito yo misma, y así ahorrar tiempo. En cualquier caso, no puedo reprocharte tu lealtad a ella.

—A Leshwi... no le caéis demasiado bien, antigua.

—Me teme porque carece de una visión amplia —dijo Rabeniel—. Pero Leshwi está entre las mejores que tenemos, pues no solo ha logrado recordar por qué peleamos, sino también *sentirlo*. Tengo afecto a Leshwi. Me hace pensar que, cuando ganemos, habrá algunos Fusionados capaces de gobernar con efectividad. Aunque tenga el corazón demasiado blando para las atrocidades que debemos perpetrar en estos momentos.

Rabeniel levantó un papel de la mesa y se lo entregó a Venli.

—Ten. En pago por tus servicios. Mi tiempo en la torre llega a su fin; terminaré de deshacer al Hermano y pasará a otras tareas. Así que te relevo ya del servicio. Si sobrevives a lo que vendrá, es posible que encuentres algo de paz para ti, Venli.

Venli cogió el papel, canturreando a Ansia.

—Antigua —dijo—, soy una sierva débil. Al estar tan confundida con lo que quiero, no merezco vuestros halagos.

—En parte es cierto —respondió Rabeniel—. Pero me gusta la confusión. La desdeñamos demasiado a menudo como una Pasión inferior. Pero la confusión es lo que lleva a una erudita a estudiar más y desentrañar secretos. Ningún gran descubrimiento lo ha hecho una mujer o un hombre que tuviera la certeza de saberlo todo.

»La confusión puede significar que te has dado cuenta de tus debilidades. A veces yo misma olvido su valor. Sí, puede llevar a la parálisis, pero también a la verdad y a Pasiones mejores. Tendemos a imaginar que las personas grandiosas siempre lo fueron, que nunca se cuestionaron. Yo creo que canturrearían a Escarnio ante esa idea. En todo caso, acepta ese regalo y márchate. Tengo mucho que hacer en las próximas horas.

Venli asintió y miró por encima el papel mientras se levantaba. Esperaba un mandato de autoridad, como los que solían conceder los Fusionados a sus

sirvientes que gozaban de más favor, otorgándoles privilegios o derechos de requisición adicionales. Y en efecto, eso era lo que estaba escrito en la parte de delante. Pero en la trasera había un mapa bosquejado a toda prisa. ¿Qué era aquello?

«Al observarlo más de cerca —decía la página en el sistema de escritura de las mujérenes humanas—, parece que el grupo que suponíamos compuesto por migrantes natanos son en realidad parshendi. Un grupo de unos pocos millares, con un gran número de niños.»

Venli volvió a leerlo.

—¿Algunos de los tuyos se marcharon? —preguntó Rabeniel distraída—. ¿Antes de la llegada de la tormenta eterna?

—Sí. Rebeldes que no querían las nuevas formas, además de los niños y los ancianos. Ellos... escaparon a los abismos. Poco antes de que las dos tormentas chocaran y llegaran las inundaciones. Deberían... deberían estar destruidos por completo.

—«Deberían.» Qué palabra más odiosa. Me ha causado más amargura de la que puedes imaginar. —Empezó a escribir en uno de sus cuadernos—. Quizá a ti te haya tratado con más amabilidad.

Venli aferró el papel y corrió, sin despedirse como debía de Rabeniel.

LO BASTANTE FUERTE



Sentí cómo le ocurría a Jezrien. Creéis que lo capturasteis, pero nuestro dios está Astillado, nuestro Juramento mutilado. Él fue disipándose con las semanas y ahora está muerto. Fuera de vuestro alcance por fin.

Yo debería dar una cálida bienvenida a eso mismo. No lo hago. Os temo.

Sinforma se despertó temprano el último día del juicio de Adolin. Había llegado el momento. Salió de la cama y empezó a vestirse. Por desgracia había hecho algún gesto un poco demasiado brusco, porque Adolin se movió y bostezó.

—La ropa de Velo —comentó.

Sinforma no respondió y siguió vistiéndose.

—Gracias —dijo Adolin— por el apoyo de Shallan anoche. La necesitaba.

—Hay algunas cosas que solo puede hacer ella —respondió Sininforma. ¿Eso sería un problema, ahora que Shallan ya no existía?

—¿Qué ocurre, Velo? —preguntó Adolin, incorporándose en la cama—. Pareces distinta.

Sinforma se puso el abrigo.

—No hay nada distinto. Soy la misma Velo de siempre.

No te atrevas a usar mi nombre, pensó Velo muy en su interior. No te atrevas a mentirle así.

Sinforma se detuvo. Creía haber encerrado bien a Velo.

—No —dijo Adolin—. Sí que hay algo distinto. Conviértete en Shallan un

momento. Hoy me vendría bien su optimismo.

—Shallan está demasiado débil —dijo Sinforma.

—¿Ah, sí?

—Ya sabes lo atribuladas que son sus emociones. Sufre a diario por una mente que la traiciona.

Se puso el sombrero.

—Una vez conocí a un espadachín manco —dijo Adolin, y bostezó—. Tenía problemas en los duelos porque no podía sostener un escudo ni empuñar una espada a dos manos.

—Evidente —repuso Sinforma, volviéndose para hurgar en su cofre.

—Pero créeme —dijo Adolin—, nadie echaba pulsos como Dorolin. Nadie.

—¿Dónde quieras llegar?

—¿Quién crees que es más fuerte? —preguntó Adolin—. ¿El hombre que ha caminado con facilidad toda la vida o el hombre que no tiene piernas, el que tiene que empujarse con los brazos?

Ella no respondió. Trasteó con el cubo comunicador y luego se guardó la daga de Mraize en el bolsillo junto con su gema de luz tormentosa.

—No siempre vemos la fuerza como corresponde —dijo Adolin—. Por ejemplo, ¿quien nada mejor? ¿El marinero que se ahoga rindiéndose por fin a la corriente tras horas de lucha o la escriba que nunca ha entrado en el agua?

—¿Quieres decirme algo que tenga sentido con estas preguntas? —espetó Sinforma, y cerró el cofre de golpe—. Porque yo no se lo veo.

—Lo sé. Lo siento. —Adolin hizo una mueca—. No me estoy explicando bien. Es solo que... no creo que Shallan sea tan débil como dices. La debilidad no hace débil a una persona, ¿sabes? Es lo contrario.

—Eso es una tontería —dijo ella—. Vuelve a dormirte. Faltan pocas horas para tu juicio y deberías estar descansado.

Sinforma salió a la sala de estar. Allí se quedó al lado de la puerta y esperó a ver si Adolin la seguía. Patrón se animó, sentado a la mesa, y Sinforma lo silenció con una mirada furibunda.

Adolin no salió. Lo oyó dar un fuerte suspiro, pero se quedó en la cama.

Bien. Tenía que actuar deprisa. Sinforma necesitaba hacerle aquel último regalo, el regalo de triunfar allí, en Integridad Duradera. Por lo menos eso se lo debía a la memoria de Shallan.

Sé lo que estás haciendo, susurró Velo. *Por fin me he dado cuenta.*

Sinforma se quedó petrificada. Comprobó a Radiante, que estaba recluida

en la prisión de su mente, intentando liberarse pero incapaz de hablar. Así que ¿por qué podía hacerlo Velo?

Bueno, podía hacer caso omiso a una voz o dos. Sinforma se sentó a la mesa y bosquejó la disposición de las habitaciones en la casa del juez. Se habían paseado por allí fuera el día anterior y habían mirado por las ventanas. Con su talento para la visión espacial, aquel plano debería ser exacto.

No eres una personalidad nueva, pensó Velo. *Si lo fueras, no sabrías dibujar así. Puedes mentirte a ti misma, pero no a mí.*

Sinforma volvió a quedarse muy quieta. ¿Era eso lo que quería? ¿Lo que de verdad quería? Ya no estaba segura de nada.

Había demasiadas preguntas. ¿Por qué Velo era capaz de hablar? ¿Quién había matado a Ialai? ¿Cómo iba a desvincularse de Adolin, de los Radiantes? ¿Era esa la vida que deseaba?

Sinforma hizo acopio de fuerza y silenció las preguntas. Se puso una mano en la frente y respiró hondo.

Patrón se acercó a la mesa, así que Sinforma cerró el cuaderno de bocetos y se lo guardó en la cartera.

—Eh... ¿Velo? —preguntó Patrón—. ¿Qué estás haciendo?

—Tiene que ocurrir hoy —dijo Sinforma. Miró el reloj—. Pronto. Antes de que el juez salga de su casa.

Cogió la gema que había escondido en su bolsillo.

—Velo —dijo Patrón—, esto no es buena idea.

Tiene razón, pensó Velo. *Tiene razón, Shallan.*

Soy Sinforma, replicó ella.

No, no lo eres, Shallan.

—Yo no me daría tanta prisa en decirme lo que es bueno o malo, Patrón —dijo Sinforma al spren—. Aún no nos hemos ocupado de tu traición y tus mentiras. Tal vez no seas el más adecuado para juzgar la moralidad y eso debas dejármelo a mí.

Su patrón se ralentizó y sus hombros se hundieron, y Patrón dio un paso atrás como si quisiera desvanecerse en las sombras.

Sinforma absorbió un poco de luz tormentosa y saboreó la sensación de tenerla corriendo por sus venas. Luego realizó un tejido de luz.

Funcionó. Sinforma era una composición de las tres, una sola persona con las dotes de Shallan para dibujar y tejer luz, la tenacidad y la resolución de Radiante y la capacidad de Velo para apartar el dolor. La capacidad de Velo para ver la *verdad*.

Lo mejor de las tres.

Mientes, Shallan, pensó Velo. Tormentas. Debería haberlo previsto. Debería haberlo sabido...

Se miró en el espejo y comprobó que el tejido de luz estaba perfecto. Tenía el aspecto exacto de Lusintia, la honorspren. Hasta emitía un leve brillo. Aquello iba a ser fácil.

Sinforma se llevó sus herramientas de dibujo por si tenía que bosquejar a toda prisa una cara nueva. Un tejido de luz disfrazó su cartera como una bolsa de tela de las que usaban los honorspren.

Abajo, las campanas anunciaron que quedaba más o menos una hora para el juicio. Cruzó la sala pasando junto a Patrón, que se había retirado a la esquina. Estaba de pie en la sombra, con su patrón moviéndose letárgico.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. Algo va muy mal contigo, Shallan. He llevado este asunto fatal. Hablé con Sagaz ayer y me...

—Pero ¿aún estás haciendo eso? —restalló Sinforma—. ¿Aún estás desobedeciéndome?

Patrón se apartó aún más.

—Estoy hasta las narices de ti —siseó Sinforma—. Quédate y distrae a Adolin. Hablaremos de esto largo y tendido después del juicio.

Respiró hondo y echó un vistazo a la calle para comprobar que no mirara nadie, porque podrían preguntarse qué hacía Lusintia en la casa de Shallan, antes de salir y empezar a cruzar el plano sur. La fortaleza estaba en silencio. Los spren no dormían, pero sí que tenían períodos de menor actividad. Cuando llegaba la «noche», solían reunirse en casas de amigos y dejaban las calles de la fortaleza casi sin vigilancia.

Unas pocas hojas de árboles aleteaban por el aire abierto entre las cuatro caras. Sinforma intentó no mirar hacia los otros tres planos, las tres ciudades que componían una caja imposible a su alrededor. No se le daba muy bien eso de...

—Velo —llamó una voz a su espalda—. Tengo que explicártelo. Tengo que decirte la verdad. Mmm...

Ella dio un gemido y se volvió. Patrón la seguía como un cachorrillo de sabueso-hacha recién destetado.

—¡Echarás a perder mi disfraz! —le espetó.

Él dejó de andar y su patrón perdió velocidad.

—Debes saber lo que me ha dicho Sagaz —replicó Patrón—. Es muy sabio. Parece que tú le caes bien y odia a todos los demás. Ja, ja. Se rio de mí.

Fue muy gracioso. Soy como un pollo. Ja, ja.

Sinforma cerró los ojos y suspiró.

—Me ha dicho que te diga que confiamos en ti —prosiguió Patrón—. Y que te queremos. Me ha dicho que debería decirte que mereces confianza y amor. Y los mereces. Siento haberte mentido. Durante mucho tiempo. De verdad que lo siento. No creía que pudieras soportarlo.

—Shallan no podía —dijo ella—. Vuelve a la salita y espera. Me ocuparé de ti después.

Se fue dando zancadas, y por suerte Patrón no la siguió. Era el momento de convertirse en la mujer hacia la que había avanzado desde el momento en que abandonó su hogar para robar a Jasnah. Sinformá por fin podría unirse a los Sangre Espectral. Le traía sin cuidado el pasado de Shallan. Que durmiera. Podía ser como Velo, que no tenía que preocuparse por esas cosas.

Estás fingiendo ser como yo, pensó Velo. Pero Sagaz tiene razón. Mereces ser querida, Shallan. De verdad.

La casa del juez supremo estaba muy pegada a la parte superior del plano, cerca de las almenas. Allí era muy difícil pasar por alto la extraña geometría, lejos de los parques y los árboles, con el cielo tan cerca. Quería pasar un tiempo dibujándolo, pero por supuesto Sinformá ya no era así. Tenía que encontrar todo aquello desorientador y extraño. Como Velo.

La ayudó centrarse en su objetivo, un pequeño edificio cerca de la esquina de la pared. Se cruzó con varios honorables, pero tampoco muchos. Sinformá saludó con la mano a quienes la saludaron, pero por lo demás avanzó intentando proyectar sensación de propósito.

Al llegar, se quedó merodeando cerca de la casa, mirando a su alrededor hasta tener una certeza razonable de que no había nadie mirando. Era difícil, con varios planos que observar. Por lo menos el plan era sencillo. Llegar a la puerta. Convertir el pomo en humo por moldeado de almas para forzar la cerradura. Colarse y llegar a la sala del fondo, que era el estudio del juez supremo. Acuchillarlo antes de que pudiera reaccionar y ocupar su lugar en el juicio.

Aquel era su último paso. Aquel era el final.

Yo..., dijo Radiante, su voz lejana. Yo maté a Ialai.

Sinformá se quedó inmóvil.

Vi... que estabas a punto de hacerlo tú, susurró Radiante. Que llevabas veneno escondido en la cartera. Así que me metí en medio. Para protegerte. Para que... no tuvieras que hacerlo tú. Para impedir... lo que te está

pasando ahora... Shallan...

Cerró los párpados con fuerza. No. No, no iba a echarse atrás. Tenía que hacer aquello. Acabarla. Acabar con la indecisión.

Abrió los ojos, fue a la puerta con paso firme y cogió el pomo con la mano libre. Desapareció bajo sus dedos. Sí que era más fácil el moldeado de almas en aquel reino, sí. Al pomo apenas le importó que Sininforma le pidiera cambiar.

Empujó la puerta. La sala de dentro estaba atestada. Muebles amontonados unos encima de otros. Tapices enrollados. Baratijas y recuerdos, como un pequeño pollo de cristal en el alféizar o unas cartas polvorrientas apiladas en una mesa.

Sininforma cerró la puerta sin hacer ruido. Por las ventanas entraba bastante luz para ver, y distinguió el resplandor de luz de vela por debajo de la otra puerta, la que daba al estudio del juez supremo. Kelek estaba allí. Sacó el cuchillo de Mraize y dio un paso adelante.

Al hacerlo, sintió un frío repentino, como una ventolera. La luz tormentosa salió de ella en oleada. Sininforma se detuvo y miró hacia atrás.

Velo estaba de pie a su espalda.

—Sé por qué estás haciendo esto, Shallan —dijo Velo—. No hay una cuarta personalidad. Aún no. Te has dado otro nombre a ti misma para poder apartar el dolor. Pero si das ese paso, será real.

—Esto es lo que quiero ser —afirmó Sininforma—. Déjame ir.

—Estás huyendo otra vez —dijo Velo—. Crees que no mereces a Adolin, ni tu puesto como Radiante. Te aterroriza que, si tus amigos supieran lo que eres de verdad, te darían la espalda. Te abandonarían. Así que vas a abandonarlos tú primero.

»Por eso no dejabas de pasar tiempo con los Sangre Espectral. Por eso estás aquí. Ves esto como una escapatoria de tu vida. Crees que si te conviertes en la persona despreciable que la oscuridad te susurra que fuiste, entonces todo quedará decidido. No habrá vuelta atrás. Estará hecho y punto.

Sininforma... Sininforma...

... era solo Shallan.

Y Shallan quería hacer aquello. Quería demostrarles lo que era de verdad. Para que todo terminara.

—No puedo ser Shallan —susurró—. Shallan es débil.

Shallan se tapó los ojos con las manos y tembló. Velo sintió sus emociones en una repentina acometida de dolor, frustración, confusión y vergüenza.

Hizo que temblara también.

—¿Quién nada mejor? —susurró Velo—. Es el marinero que lleva toda la vida nadando, aunque encuentre una mar gruesa que lo desafíe. ¿Quién es el hombre más fuerte? Es el que tiene que empujarse con los brazos. Y ese espadachín manco... seguramente sería el mejor en habilidad cruda. No ganaría por sus desventajas, pero no es más débil que los demás.

Shallan dejó de temblar.

—Adolin tiene razón —dijo Velo—. Siempre ha tenido razón sobre ti. Dime. ¿Quién tiene la mente más fuerte? ¿La mujer cuyas emociones siempre están de su lado? ¿O la mujer cuyos propios pensamientos la traicionan? Tú llevas toda la vida librando esta batalla, Shallan. Y *no eres débil*.

—¿Ah, no? —casi gritó Shallan, dando media vuelta—. ¡Maté a mi propio padre! ¡Lo estrangulé con mis propias manos!

Las palabras cortaron hondo, como una estaca a través del corazón. Velo hizo una mueca perceptible. Pero esa herida en el corazón de algún modo permitió que sangrara una calidez que fluyó por su interior.

—Llevas ya un año y medio soportando esa verdad, Shallan —dijo Velo, dando un paso adelante—. Y has seguido adelante. Has sido lo bastante fuerte. Hiciste el juramento.

—¿Y madre? —espetó Shallan—. ¿Recuerdas la sensación de la hoja esquirlada formándose en nuestras manos por primera vez, Velo? Yo sí. ¿Recuerdas el *horror* que sentí con el ataque, que jamás había pretendido hacer?

Su madre, con su brillante pelo rojo y el metal clavado en el pecho mientras sus hermosos ojos verdes se tornaban ascuas. Ardían en su cara. La voz de Shallan, chillando por lo que había hecho. Gritando, suplicando deshacerlo. Deseando estar muerta. Deseando... Deseando...

Otra estaca en el corazón. Más calidez manando, sangre fluyendo con atronadores latidos del corazón. Velo siempre se sentía gélida, pero ese día notaba la calidez. La calidez del dolor. La calidez de la vida.

—Puedes soportarlo —susurró Velo. Dio otro paso adelante, sus ojos a la altura de los de Shallan—. Puedes recordarlo. Nuestras debilidades no nos hacen débiles. Nuestras debilidades nos hacen fuertes. Por haber tenido que cargar con ellas estos años.

—No —dijo Shallan, con voz cada vez más débil—. No. No puedo...

—Sí puedes —susurró Velo—. Te he protegido todos estos años, pero ha llegado la hora de que me marche. Es hora de que yo termine.

—No puedo —dijo Shallan—. ¡Soy demasiado débil!

—Yo no creo que lo seas. Toma los recuerdos. —Velo extendió la mano—. Recupéralos, Shallan.

Shallan flaqueó. Sin forma se había desvanecido como una voluta de humo, revelando todas sus mentiras. Y allí estaba la mano de Velo. Acogedora. Ofreciéndose a demostrar que Shallan era fuerte.

Shallan le cogió la mano.

Los recuerdos la inundaron. Jugar en los jardines de niña, conocer a un críptico. Una preciosidad de spren en espiral que daba textura a la piedra. Tiempos maravillosos, pasados ocultándose en el follaje, en su lugar especial. El críptico la animaba a hacerse lo bastante fuerte para ayudar a su familia, para enfrentarse a la terrible oscuridad que se extendía por ella.

Una época de ensueño, llena de esperanza, de gozo, de verdades pronunciadas sin problemas con la solemnidad y el asombro de una niña. Su compañero había sido un verdadero amigo para una niña aislada, una chica que sufría a unos padres luchando a todas horas para decidir su futuro.

Su spren. Un spren que podía hablar. Un spren con quien sincerarse. Un compañero.

Y ese compañero no había sido Patrón. Había sido otro Críptico. Uno al que... Una a la que...

Shallan cayó de rodillas y se rodeó a sí misma con los brazos, temblando.

—Oh, tormentas... Oh, Dios de los Juramentos...

Notó una mano en el hombro.

—Tranquila, Shallan —susurró Velo—. Tranquila.

—Sé lo que eres —susurró Shallan—. Eres la laguna en mis recuerdos. La parte de mí que aparta la mirada. La parte de mi mente que me protege de mi pasado.

—Por supuesto que sí —dijo Velo—. Soy tu *velo*, Shallan.

Apretó el hombro de Shallan y se volvió hacia la puerta cerrada. ¿Kelek las habría oído hablar? O... ¿habían hablado en voz alta, siquiera?

Shallan se levantó del suelo. No. Dolía *demasiado*. ¿No tendría más sentido convertirse en lo que Mraize quería? Adolin la odiaría por lo que había hecho. Dalinar la odiaría. Shallan representaba precisamente lo que todos decían que no harían nunca jamás. Eso mismo a lo que culpaban de todos sus problemas. Lo que había condenado a la humanidad.

Shallan... no servía para nada. Extendió el brazo hacia el pomo de la puerta.

Puedes soportarlo, susurró Radiante.

No. Lo que podía hacer era convertirse en Sinforma y unirse a los Sangre Espectral de todo corazón. Transformarse en la mujer que había creado para sí misma, la espía fuerte que llevaba una doble vida sin que la inquietara. Podía ser impasible y confiada y serena y perfecta.

Fuerza antes que debilidad, dijo Radiante.

No una mujer que había... que había...

Sé fuerte.

Shallan se giró, exhaló y la luz tormentosa explotó de ella como su propia sangre. Pintó la sala ante sus ojos, coloreándola, transformándola en un exuberante jardín. Cubierto de enredaderas de un verde vibrante y cortezapizarra rosada y roja.

En su interior, un lugar oculto donde una niña lloraba. La chica sollozó, y luego chilló, y luego dijo las terribles palabras.

—¡No te quiero! ¡Te odio! ¡No seguiré con esto! Nunca has existido. No eres nada. ¡Se acabó!

Shallan no apartó la mirada. Se negó a hacerlo. La embargó de nuevo la sensación desgarradora. El terrible dolor, el espantoso horror.

No había sabido lo que estaba haciendo, no de verdad. Pero sí que lo había hecho.

—La maté —susurró Shallan—. Maté a mi spren. A mi maravillosa, hermosa y amable spren. Rompí mis juramentos y la maté.

Velo tenía las manos entrelazadas delante de ella.

—Va a hacerte daño —advirtió Velo—. Lamento el dolor, Shallan. He hecho lo que he podido... pero lo he hecho demasiado tiempo.

—Lo sé.

—Pero yo no tengo ninguna fuerza que no tengas tú, Shallan —dijo Velo—. Tú eres yo. Nosotras somos yo.

Velo se convirtió en luz tormentosa, refulgente. Fue perdiendo el color, transformándose toda en blanco puro. Sus recuerdos se integraron en los de Shallan. Sus habilidades pasaron a ser las de Shallan. Y Shallan reconoció todo lo que había hecho.

Recordó preparar la aguja, esconderla en su cartera para matar a Ialai. Vio su pasado, y su creciente preocupación en todo su horroroso esplendor autodestructivo. Se vio a sí misma aceptando poco a poco la mentira de que su lugar nunca estaría con Adolin y los Radiantes, que la había llevado a buscar otra escapatoria.

Pero esa escapatoria no representaba la fuerza. *Aquello* era fuerza. Cerró los ojos, aceptando la carga de esos recuerdos. No solo de lo que había hecho hacía poco, sino de sus actos en el jardín aquel día. Unos recuerdos terribles.

Sus recuerdos.

Al no quedar nada que Velo tuviera que proteger a Shallan de sentir, empezó a disiparse. Pero mientras se difuminaba, afloró una última pregunta: *¿Lo he hecho bien?*

—Sí —susurró Shallan—. Gracias. Muchísimas gracias.

Y entonces, como cualquier otra ilusión que ya no fuese necesaria, Velo se esfumó.

Shallan respiró hondo mientras su dolor se asentaba. Tormentas... Patrón estaba allí. No su nuevo Patrón, sino la primera. La ojomuerta. Shallan tenía que encontrarla.

Después. De momento, tenía un trabajo que hacer. Mientras recobraba la compostura, la puerta del estudio se abrió y la luz inundó la estancia en torno a una silueta. Un hombre alezi con el pelo ralo y ojos cansados. Shallan conocía bien esa expresión.

—Ya veo —dijo Kelek—. ¿Así que tú eres a quien envían para matarme?

—Me enviaron con ese propósito —respondió ella, levantando la daga. La dejó en una mesa cercana—. Lo hizo alguien que no se dio cuenta de que sería lo bastante fuerte para negarme. No tienes nada que temer de mí, Kelek.

El Herald fue a la mesa y cogió el cuchillo con dedos asustadizos.

—¿Es como el que utilizaron con Jezrien?

—No lo sé —dijo Shallan con sinceridad—. Un grupo llamado los Sangre Espectral quería que lo usara contigo.

—El viejo Thaidakar siempre ha querido mis secretos —dijo Kelek—. Creía que iba a ser el hombre, tu marido, quien viniera a por mí. Me pregunto si sabe que últimamente tengo problemas para luchar. Es tan difícil decidir... Hacer cualquier cosa, en realidad.

—¿Por eso has sido tan duro con Adolin? —preguntó Shallan—. ¿En el juicio?

Kelek negó con la cabeza.

—Vosotros dos os habéis metido sin querer en una pequeña guerra ideológica. Los honorspren más viejos están asustadísimos por lo que les pasó a sus predecesores. Pero los jóvenes quieren ir a pelear.

—Puedo hablarte de la gente que me envió —dijo Shallan—. Podemos compartir información. Pero antes debo pedirte una cosa. Estás a punto de

condenar a mi marido en esta farsa de juicio. Querría que te lo replantearas.

Kelek se secó la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo.

—Cuántas preguntas —dijo, como si no hubiera oído la petición de Shallan—. ¿Quién más sabe que estoy aquí? Creo que no me falta mucho para encontrar una ruta fuera del mundo. Quizá... quizá debería esperar a...

—Tengo información que podría ayudarte —insistió Shallan—. Pero quiero negociar. No nos queda mucho tiempo antes de...

La interrumpió la puerta al abrirse de golpe y revelar a varios honorspren, entre ellos Lusintia, por quien Shallan se había hecho pasar. La mujer hizo un gesto agresivo hacia Shallan, que retrocedió un paso y metió la mano en el bolsillo en busca de su gema.

Estaba opaca. De alguna manera, había usado toda la luz tormentosa en lo que había hecho con Velo.

—¿Intentando influir en el rumbo del juicio? —exigió saber Lusintia—. ¿Conspirando con el juez?

—Ella no estaba... haciendo nada parecido —dijo Kelek, adelantándose al lado de Shallan—. Me traía noticias del Reino Físico. Y agradecería que no irrumpierais en mis aposentos, si no os importa.

Lusintia calló, pero entonces miró hacia un honorspren varón barbudo que tenía detrás. Shallan lo identificó como Sekeir, el que había actuado como fiscal contra Adolin en la primera jornada del juicio. Un spren importante, quizá el más importante de la fortaleza. Y uno de los más viejos.

—Me parece, honorable —dijo Sekeir con suavidad—, que podríais estar teniendo otro ataque de vuestra debilidad. Vamos a tener que recluiros, me temo. Por vuestro propio bien.

SACRIFICIO



Sea como sea, estoy escribiendo respuestas aquí para vosotros

Sea como sea, estoy escribiendo respuestas aquí para vosotros porque en mi interior destella una luz tenue. Un fragmento de un recuerdo de lo que una vez fui.

Estuve presente el día en que Ba-Ado-Mishram fue capturada. Conozco la verdad sobre los Radiantes, la Traición y los spren Nahel.

Adolin no hizo ningún esfuerzo por llegar temprano el último de día de juicio. De hecho, con cada fatigoso paso que daba hacia el foro le parecía que tenía los pies lastrados. Desde la distancia se veía que el lugar estaba a rebosar, con más spren congregados en la cima de los peldaños incluso que el día anterior. Casi todos los honorspren de la fortaleza habían acudido para ver cómo sentenciaban a Adolin.

Aunque no tenía muchas ganas de enfrentarse a ellos, tampoco podía renunciar a aquella oportunidad. Era la última ocasión que tendría de hablar por sí mismo, por su pueblo. Tenía que creer que algunos de ellos estaban escuchando.

¿Y si perdía? ¿Y si lo condenaban a prisión? ¿Aceptaría la oferta de Shallan y permitiría que lo rescatara?

«Si lo hiciera —pensó—, estaría demostrando lo que están diciendo desde el principio los líderes de los honorspren: que los humanos no somos dignos

de confianza?» ¿Y si la única manera de ganar allí era aceptar su condena, pasar años en una celda?

«Al fin y al cabo, ¿para qué más sirves, Adolin?» El mundo necesitaba Radiantes, no príncipes, y mucho menos príncipes que hubieran rechazado el trono. Quizá lo mejor que podía hacer por la humanidad era convertirse en un testimonio vivo de su honor.

Esa idea seguía preocupándolo cuando llegó a la multitud. Los honospren le abrieron camino, dándose codazos, quedándose callado mientras Adolin descendía.

«Tormentas, no estoy hecho para problemas como estos», pensó Adolin. No había dormido bien, y estaba inquieto por el comportamiento reciente de Shallan. No estaba sentada en su sitio, ni Patrón tampoco. ¿Iba a perderse la jornada más importante del juicio?

Llevaba media escalera bajada cuando reparó en otra cosa rara: Kelek no estaba presente. Sekeir, el anciano honospren de la larga barba, había ocupado su lugar. Hizo un gesto a Adolin para que continuara.

Adolin llegó a la base del anfiteatro y se acercó al asiento del juez.

—¿Dónde está Kelek?

—El sagrado señor está indisposto —dijo Sekeir—. Tu esposa ha ido a verlo en secreto para intentar influir en el juicio.

Adolin sintió una punzada de alegría. Conque a eso había estado dedicándose.

—No sonrías —dijo Sekeir—. Hemos encontrado un arma de curioso diseño, tal vez utilizada para intimidar al sagrado señor. Tu esposa está detenida, y el sagrado señor está... padeciendo por sus largos años como Heraldo.

»Lo hemos retirado de su cargo como juez supremo y yo ocuparé su lugar. Encontrarás la documentación en tu asiento, para que te la lean si así lo deseas. El juicio proseguirá bajo mi dirección. Soy un ser muy inferior al sagrado señor, pero no seré tan... permisivo como lo ha sido él.

«Genial —pensó Adolin—. Estupendo.» Trató de encontrar la forma de usar aquello en su beneficio. ¿Podría retrasar el veredicto? ¿Hacer algún tipo de apelación? Miró hacia el público y encontró problemas, divisiones. Quizá fuesen imaginaciones suyas, pero le parecía que algunos de ellos querían escuchar. Querían creer sus palabras. Daba la sensación de que esos eran menos que el día anterior, y muchísimos otros lo miraban con evidente hostilidad.

Así que ¿cómo podía Adolin llegar a ellos?

Sekeir dio inicio al juicio exigiendo silencio, cosa que Kelek nunca se había molestado en hacer. Al parecer, el ruido no se redujo lo suficiente, porque Sekeir hizo expulsar a tres spren distintos por cuchichear entre ellos.

Hecho eso, el estirado spren se levantó para leer un discurso preparado. Y tormentas, qué largo era. Farragosos pasajes sobre por qué Adolin se había buscado aquello él solo, sobre por qué era conveniente que por fin los humanos pudieran pagar por sus pecados.

—¿Es necesario todo esto? —interrumpió Adolin cuando Sekeir hizo una pausa dramática—. Todos sabemos lo que vas a hacer. Empieza de una vez.

El nuevo juez supremo hizo una seña hacia un lado. Una spren se situó detrás de Adolin con una tela blanca en las manos. Una mordaza. La tensó entre sus manos, como si tuviera prisa por usarla.

—Podrás hablar durante el interrogatorio del testigo —dijo Sekeir—. El acusado no tiene permitido interrumpir al juez.

Pues muy bien. Adolin adoptó la postura de firmes en desfile. No tenía la experiencia de un soldado de carrera en cuadrarse, pero Zahel lo había obligado a aprender la pose de todos modos. Podía mantenerla. Que vieran cómo soportaba sus latigazos sin quejarse.

Su determinación en ese sentido duró hasta que Sekeir, por fin, terminó su discurso y ordenó que se revelara al último testigo.

Era Maya.

Amuna la llevaba cogida de la mano, haciendo apartarse a los honorspren que miraban. Aunque Adolin había ido a ver a Maya todas las mañanas, y le habían permitido hacer sus ejercicios con ella, habían estado separados por barrotes. No le habían permitido relacionarse de ningún otro modo con ella, argumentando que como mejor estaban los ojomuertos era en entornos tranquilos.

Si eso era cierto, ¿qué hacían arrastrándola al centro de una multitud? Adolin dio un paso adelante, pero la honorspren que tenía al lado hizo restallar la mordaza a modo de advertencia. Adolin se obligó a volver a cuadrarse y tensó la mandíbula. Maya no *parecía* estar acusando la atención. Caminaba con su acostumbrada mirada perdida, ajena por completo a la muchedumbre susurrante.

Sekeir no los hizo callar en esa ocasión. El barbudo honorspren sonrió al contemplar el revuelo que estaban provocando Amuna y Maya. Situaron a Maya en el estrado de los testigos, y ella se volvió y pareció reparar en la

presencia de Adolin, porque ladeó la cabeza. Entonces, como si acabara de darse cuenta, contempló al abarrotado público. Se encogió, encorvó los hombros y miró alrededor con movimientos rápidos, bruscos.

Adolin intentó cruzar la mirada con ella y tranquilizarla con una sonrisa, pero Maya estaba demasiado distraída. Condenación. Adolin no había llegado a odiar a los honorspren a pesar de sus trucos, pero aquello empezó a hacer que le hirviera la sangre. ¿Cómo se atrevían a utilizar a Maya como parte de su espectáculo?

«No todos ellos», se recordó, interpretando el ánimo de la multitud. Algunos estaban sentados en silencio, otros bisbisaban. Y no pocos de la parte de arriba tenían expresiones tempestuosas. No, a ellos tampoco les hacía gracia aquella jugada.

—Ya puedes hablar, prisionero —dijo Sekeir a Adolin—. ¿Reconoces a esta ojomuerta?

—¿Por qué me interrogas a mí? —preguntó Adolin—. Se supone que ella debe testificar y yo hacerle preguntas. Sin embargo, has escogido a una testigo que no puede responderlas.

—Yo guiaré esta conversación —afirmó Sekeir—, como me corresponde por derecho en tanto que juez en el caso de un testigo demasiado joven o incapaz por cualquier motivo de afrontar un interrogatorio tradicional.

Adolin buscó entre el público a Mezcla, la única figura negra en un mar de seres blancos y brillantes. La spren asintió. Aquello se ajustaba a derecho. Había muchas leyes que Mezcla no había tenido tiempo de explicarle, pero no era culpa de ella. Adolin sospechaba que no podría haber comprendido todos los detalles de la ley ni siquiera con años de preparación.

—Y bien —dijo Sekeir—, ¿conoces a esta spren?

—Sabes que sí —espetó Adolin—. Es Mayalaran. Es mi amiga.

—¿Tu amiga, dices? —preguntó Sekeir—. ¿Y qué conlleva esa amistad? ¿Quizá cenáis juntos? ¿Mantenéis charlas amistosas junto a la hoguera del campamento?

—Hacemos ejercicio juntos.

—¿Ejercicio? —dijo Sekeir, levantándose de su asiento tras la mesa del juez—. Hiciste un arma de ella. No es tu amiga, sino una herramienta conveniente. Un arma mediante la que destruyes a otros hombres. Tu especie nunca pide permiso a las hojas esquirladas. Las obtenéis como premios ganados en batalla y las empleáis a vuestro antojo. Ella no es tu amiga, Adolin Kholin. Es tu esclava.

—Sí —admitió Adolin. Miró a Maya, pero solo un momento—. A la tormenta contigo, sí. Al principio no sabíamos que eran spren, pero incluso ahora que lo sabemos... los utilizamos. Necesitamos hacerlo.

—Porque necesitáis matar —dijo Sekeir, andando hasta Adolin—. Los humanos sois monstruos, con un apetito por la muerte que nunca puede saciarse. Prosperáis con las terribles emociones de los Deshechos. No combatís a Odium. Sois Odium.

—Tu argumento queda claro —respondió Adolin en voz más baja—. Deja ir a Maya. Dicta tu sentencia.

Sekeir llegó delante de él y lo miró a los ojos.

—Mírala —dijo Adolin, señalando—. Está aterrorizada.

En efecto, Maya se había encogido más y estaba girándose a un lado y a otro, como si intentara vigilar a todos los miembros del público a la vez. Se volvía con tanta violencia, de hecho, que Amuna y otro honorspren se acercaron y le cogieron los brazos, quizás para evitar que huyera.

—Quieres que esto sea fácil, ¿verdad? —preguntó Sekeir a Adolin, hablando también en voz más baja—. No te mereces que sea fácil. Tenía esta fortaleza funcionando de manera pulcra y organizada antes de que llegaras. No tienes ni idea de la frustración que me has provocado, humano.

El honorspren se apartó de Adolin y se encaró hacia la multitud, extendiendo el brazo hacia Maya.

—¡Contemplad a esta spren! —ordenó Sekeir—. Mirad lo que le hicieron los humanos. Este tal Kholin nos pide que nos ofrezcamos de nuevo para vínculos. Nos pide que volvamos a confiar. ¡Es crucial, pues, que examinemos con detenimiento los resultados de la última vez que confiamos en la humanidad!

Maya empezó a retorcerse y un grave gruñido creció en su garganta. No le gustaba nada que la retuvieran.

—¡Esto es un juicio por testimonio! —gritó Adolin a Sekeir—. Estás interfiriendo, y te extralimitas.

Mezcla asintió, y otros honorspren del público se habían levantado al oír la protesta. Estaban de acuerdo con ella. Fuera cual fuese la ley para aquello, Sekeir estaba forzándola.

—Esta testigo —dijo Sekeir, señalando a Maya otra vez— perdió la voz por lo que *tu pueblo* hizo. Debo hablar yo por ella.

—¡No quiere que hables por ella! —gritó Adolin—. ¡No quiere estar aquí! Maya siguió forcejeando contra sus captores, cada vez más violenta. Parte

del público reaccionó abucheando a Adolin. Otros murmuraron e hicieron gestos hacia Maya.

—¿Te incomoda? —preguntó imperioso Sekeir a Adolin—. Qué conveniente es ahora que te preocunes por lo que quiere. Pues bien, yo sí sé interpretar sus emociones. ¿Esos zarandeos? Son el dolor de alguien que recuerda lo que le hicieron. Está condenándote, Adolin Kholin.

Los gruñidos de Maya ganaron intensidad. Frenéticos, guturales, no eran verdaderos gritos. Eran la dolorida angustia de alguien que había olvidado cómo hablar pero aun así necesitaba dar voz a su agonía.

—Esta pobre criatura —bramó Sekeir para imponerse al creciente bullicio — te condena con cada gemido suyo. Es nuestra última testigo, pues suyo es el dolor que nunca debemos olvidar. ¡Escucha cómo exige tu castigo, Adolin Kholin! Era inocente y los tuyos la asesinaron. ¡Escucha cómo clama sangre!

Los gritos de Maya se volvieron más altos y más crudos. Algunos honorspren del público se apartaron y otros se taparon las orejas, encogiéndose. Adolin había oído antes ese chillido, cuando había intentado invocar a Maya como hoja esquirlada estando en Shadessmar.

—¡Le duele! —gritó Adolin, abalanzándose hacia ella. Pero los spren que lo vigilaban habían esperado esa reacción. Lo asieron y lo retuvieron con fuerza—. ¡Suéltala, hijo de puta! ¡Ya has dejado claro tu argumento!

—Mi argumento no puede quedar lo bastante claro —vociferó Sekeir—. Debe repetirse una y otra vez. No serás el último traidor que venga aquí con una sonrisa, suplicando que le dejemos explotarnos. Mi pueblo debe mantenerse firme, debe recordar este momento, por su propio bien. ¡Tienen que ver lo que hicieron los humanos!

La voz de Maya sonó más fuerte, inhalaciones rasposas puntuadas por aullidos quebrados. Y en ese momento, Adolin... *sintió* su dolor de algún modo. Un profundo suplicio. Y... ¿furia?

Furia hacia los honorspren.

—Confiamon en vosotros —dijo Sekeir—, ¡y los asesinasteis!

Maya arañó las manos, intentando liberarse, sus dientes destellando mientras giraba sus ojos raspados a un lado y luego al otro. Sí, Adolin podía sentir esa agonía como si fuese propia. No sabía cómo, pero podía.

—¡Escúchala! —exclamó Sekeir—. ¡Acepta su condena!

—¡SUÉLTALA! —bramó Adolin. Forcejeó y luego flaqueó—. Tormentas. Suéltala y ya está.

—¡Me niego a dictar sentencia! —gritó Sekeir—. No necesito hacerlo. Al

final, su testimonio era el único que requeríamos. Su *condena* era todo lo que necesitábamos desde el principio. Escucha sus gritos y recuérdalos mientras te pudres, Adolin Kholin. Recuerda lo que tu especie le hizo. ¡Sus chillidos son tu sentencia!

Los aullidos de Maya emprendieron una escalada de angustia y entonces se quedó en silencio, dando bocanadas de aire. Débil. Demasiado débil.

Tómala, pensó Adolin dirigiéndose a ella. *Toma parte de mi fuerza.*

Ella miró directamente hacia él y, a pesar de sus ojos raspados, lo vio. Adolin sintió algo, una calidez en lo más profundo de su interior. Maya inhaló aire, llenándose los pulmones. Tenía una expresión iracunda mientras reunía todas sus fuerzas y se preparaba para gritar de nuevo. Adolin se preparó para el chillido. Maya abrió la boca.

Y habló.

—¡Nosotros! ¡ESCOGIMOS!

Las dos palabras resonaron por todo el foro, silenciando a los agitados honorospren. Sekeir, que estaba de espaldas a ella, vaciló. Se volvió para ver quién había interrumpido su teatral discurso.

Jadeando, encorvada hacia delante en la presa de sus captores, Maya logró repetir sus palabras.

—Nosotros... escogimos...

Sekeir se apartó a trompicones. Las manos que retenían a Adolin quedaron laxas mientras los honorospren miraban anonadados.

Adolin se zafó de los spren y cruzó el escenario. Apartó de un empujón a la sorprendida Amuna y sostuvo a Maya, pasándole un brazo por hombro para mantenerla en pie como haría con un soldado herido. Ella se aferró a él, dando traspiés en su esfuerzo por seguir erguida.

Pero incluso mientras lo hacía, volvió a susurrarlo.

—Nosotros escogimos —dijo, con la voz rasposa como si hubiera estado desgañitándose durante horas—. Adolin, nosotros escogimos.

—Sangre de mis ancestros —susurró Adolin.

—¿Qué es esto? —preguntó Sekeir—. ¿Qué le has hecho? Verte ha hecho que desvaríe enloquecida y...

Se interrumpió cuando Maya lo señaló con el dedo y profirió un chillido aterrador, con una mandíbula más abierta de lo que debería. Sekeir se llevó las manos al pecho y puso los ojos como platos cuando el chillido de Maya se transformó en palabras.

—No. Puedes. Tener. Mi. ¡SACRIFICIO! —gritó—. Mío. Mi sacrificio. No

tuyo. —Señaló hacia la multitud—. No de ellos. —Señaló a Adolin—. No suyo. Mío. *MISACRIFICIO*.

—Sabíais lo que iba a pasar cuando los Radiantes rompieron sus juramentos —dijo Adolin—. No os asesinaron. Lo decidisteis juntos.

Ella asintió con vigor.

—Todo este tiempo —dijo Adolin en voz más alta, ya para el público— se os ha tomado por víctimas. Ninguno de nosotros imaginó que participarais en la decisión con los Radiantes.

—Nosotros escogimos —siseó ella. Y luego lo entonó a viva voz, como un himno—. *NOSOTROS ESCOGIMOS*.

Adolin la ayudó a llegar a la primera fila de bancos y los honorspren que estaban sentados allí se apresuraron a escabullirse. Maya se sentó, temblando, pero su presa en el brazo de Adolin era feroz. Él no lo retiró: Maya parecía necesitar la confianza.

Adolin miró a su alrededor, al público. Y luego hacia Sekeir y los otros honorspren mayores que estaban sentados cerca del asiento del juez.

No habló, pero los retó a seguir condenándolo. Los retó a hacer caso omiso del testimonio de la testigo elegida por ellos, en la que habían fingido delegar la capacidad de dictar sentencia. Dejó que le dieran unas vueltas en la cabeza. Dejó que pensaran.

Entonces todos empezaron a marcharse. Turbados, quizá confusos, los honorspren empezaron a abandonar el foro. Los ancianos se congregaron en torno a Sekeir, que se había quedado allí patidifuso, mirando a Maya sin parpadear. Se lo llevaron mientras hablaban en tonos quedos, preocupados.

Nadie tocó a Adolin. Nadie se acercó a él, a Maya. Hasta que al final solo quedó una persona en las gradas. Una spren con traje negro y piel teñida por un leve arcoíris aceitoso. Mezcla se levantó y empezó a bajar por los peldaños.

—Querría asumir el mérito —dijo— de tu victoria en lo que todos consideraban un juicio imposible de ganar. Pero no ha sido mi tutela, ni tu audacia, lo que ha permitido el triunfo.

Maya por fin soltó el brazo de Adolin. Parecía más fuerte que antes, aunque sus ojos seguían raspados, tachados. Adolin podía sentir su curiosidad, su... conciencia. La spren alzó la mirada hacia él y asintió.

Él le devolvió el asentimiento.

—Gracias.

—Fuer... —susurró ella—. Fuer. An...

—Fuerza antes que debilidad.

Maya asintió de nuevo y luego bajó sus ojos raspados al suelo, exhausta.

—No voy a olvidarme de que testificaste contra mí —dijo Adolin a Mezcla—. Has jugado en los dos bandos de la partida.

—Era la mejor forma de ganar yo —respondió ella, observando a Maya—. Pero deberías saber que fui yo quien sugirió a los ancianos honorspren que usaran a tu ojomuerta como testigo. No estaban al tanto de la cláusula legal que les permitía hablar en su nombre.

—Entonces, ¿su dolor es culpa tuya? —levantó la voz Adolin.

—No sugerí que la trataran con tanta crueldad —dijo Mezcla—. Ese acto es de ellos, como es su vergüenza. Pero reconozco que sabía cómo podrían actuar. Quería saber si una verdad existe, la que tú me contaste.

Adolin frunció el ceño, intentando recordar.

—Que ella había hablado —aclaró Mezcla—. Contigo. Que existe una amistad entre vosotros. Buscaba pruebas, y descubrí que su nombre, registrado en antiguos documentos de tratados spren, es como dijiste. Un hecho curioso que hallar. Desde luego. —Mezcla paseó en torno a Adolin, estudiando el rostro de Maya—. Siguen raspados... aunque un vínculo entre vosotros es.

—Yo... no soy Radiante —dijo Adolin.

—No. Eso es incuestionable. —Los ojos de Mezcla encontraron los de Maya, que la miró—. Pero algo sí está pasando. Debo abandonar este lugar por fin y regresar con los tintaspren. Si las palabras que ha pronunciado esta ojomuerta son...

—Si lo que ha dicho es verdad —repuso Adolin—, entonces ya no tenéis más excusas para negar a la humanidad los vínculos que necesita.

—¿Ah, no? —preguntó Mezcla—. Durante siglos mi gente se ha contado a sí misma una mentira fácil, sí. Que los humanos fueron egoístas. Que los humanos asesinaron. Pero las respuestas fáciles a menudo son, así que se nos puede disculpar.

»Esta verdad, en cambio, significa que un problema mayor es. Millares de spren escogieron la muerte en vez de permitir que los Radiantes continuaran. ¿Eso no te preocupa más? De verdad creían que, como afirmaban los humanos en esa época, la potenciación destruiría el mundo. Que la solución era poner fin a las órdenes de Radiantes. De golpe, con el coste de muchas vidas.

—¿Sabíais cuál sería el coste pleno, Maya? —La pregunta se le acababa de

ocurrir a Adolin—. ¿Vosotros y vuestros Radiantes sabíais que os convertiríais en ojomuertos?

Adolin sintió que Maya buscaba muy al fondo, imponiéndose al agotamiento, persiguiendo... recuerdos a los que le era difícil acceder. Al cabo de un tiempo negó con la cabeza y susurró:

—Dolor. Sí. ¿Muerte? No. Tal vez.

Adolin se sentó a su lado y dejó que Maya se apoyara en él.

—¿Por qué, Maya? ¿Por qué estuvisteis dispuestos a hacerlo?

—Para salvar... salvar... —Flaqueó y negó con la cabeza.

—Para salvarnos de algo peor —dijo Adolin, y entonces miró a Mezcla—.

¿Qué significa?

—Significa que hemos comprendido esto terriblemente mal durante mucho tiempo, alto príncipe Adolin —respondió ella—. Y mi propia estupidez es. Siempre me había considerado lista. —Negó con la cabeza de pie ante ellos, cruzada de brazos—. Qué prueba tan efectiva. Muy efectiva.

—¿Esto? —dijo Adolin, abarcando con un gesto el foro vacío—. Esto ha sido una farsa total y absoluta.

—Me refería a una prueba distinta —explicó Mezcla—. La verdadera prueba, la que tú llevas afrontando estos últimos años: la prueba por la lealtad de esta spren. Ella era la única jueza que importaba desde el principio, y hoy ha sido su oportunidad de dictar sentencia.

—Mezcla se inclinó hacia ellos—. A tu favor.

Dicho eso, se volvió para marcharse y subió los peldaños con paso enérgico, su austera coloración de ónix dándole el aspecto de una sombra sin cuerpo que la proyectara.

—Las respuestas fáciles ya no son —dijo—. Pero si los ojomuertos pueden empezar a regresar... esto es una gran noticia. Una noticia importante. La transmitiré a los míos.

»No sé si crear nuevos Radiantes es buena idea, pero debo reconocer que tus antepasados no eran unos traidores. Algo les provocó un miedo atroz, para que los humanos y los spren destruyeran sus vínculos. Y si los spren no sabían que iban a morir... entonces siguen faltando piezas del rompecabezas. Las preguntas son más complicadas, y más peligrosas, de lo que hubiéramos podido imaginar.

Y entonces sí que se marchó. Adolin dejó que Maya descansara unos minutos. Cuando por fin se levantó, ella hizo lo mismo. Lo siguió como solía hacer, inexpresiva y dócil, pero Adolin podía sentir que ya no era tan

insensible como antes. Estaba conservando la energía.

No estaba curada, pero estaba mejor. Y cuando Adolin estaba en apuros, Maya se había prestado voluntaria a abrirse paso a través de la misma muerte para hablar por él.

«No —pensó—. Ha hablado por sí misma. No vuelvas a cometer el mismo error.»

Tenía que encontrar a Shallan y partir hacia la Puerta Jurada para informar de lo que había descubierto. Quizá los honorspren se tragarián su orgullo y echarían una mano. O quizás, como decía Mezcla, buscarían otros motivos para temer.

En cualquier caso, Adolin sospechaba que la relación Radiante jamás volvería a ser la misma.



CATORCE MESES ANTES

Venli vadeaba por una pesadilla de su propia creación.

Bajo un cielo ennegrecido, humanos y oyentes combatían con acero y relámpago. Oía chillidos con más frecuencia que órdenes y, por debajo de todo ello, una nueva canción. Una canción invocadora, compuesta por miles de voces. La tormenta eterna estaba llegando, cobrando cada vez más fuerza a medida que los oyentes la llamaban.

Había imaginado ese día como un esfuerzo organizado de los oyentes, comandados por ella. Pero en vez de eso había caos, y guerra, y muerte.

Venli no se unió al cántico. Chapoteó cruzando charcos profundos, intentando escapar. Las lluvias del Llanto caían a chorro, suaves pero persistentes. Pasó por delante de oyentes a los que conocía, todos en hilera, sus ojos brillando rojos mientras cantaban.

—Faridai —dijo a uno de ellos—, tenemos que irnos. Los humanos avanzan en esta dirección.

Él la miró, pero siguió cantando. Toda la hilera parecía ajena por completo a la lluvia, y casi por completo a las palabras de Venli. Armonizó a Pánico. Estaban abrumados por la nueva forma, consumidos por ella.

Venli sentía el mismo impulso, pero era capaz de resistirlo. ¿Quizá por su

prolongada asociación con Ulim? No estaba segura. Venli corrió para alejarse, mirando una y otra vez por encima del hombro. No alcanzaba a distinguir gran cosa de lo que sucedía en el campo de batalla. Se extendía a lo largo de varias mesetas, velado por la neblina y la lluvia, ensombrecido por nubes negras como el carbón. Los ocasionales estallidos de relámpago rojo significaban que muchos de los nuevos forma tormenta estaban luchando.

Con un poco de suerte, controlarían sus poderes mejor de lo que podía Venli. Cuando había liberado la energía de la forma tormenta, esperando grandiosos ataques que fulminaran a sus enemigos, el relámpago había salido en direcciones desatadas, impredecibles. Venli no creía haber herido ni a un solo humano, y se había quedado débil, su gloriosa energía agotada... y lenta en renovarse.

Se escondió junto a una enorme masa de roca que quizá hubiera sido un edificio en otro tiempo. Tras ella, los humanos atacaron a la hilera de oyentes que acababa de abandonar. Venli oyó gritos y sintió un poderoso crepitante cuando se liberó un relámpago.

La canción de los oyentes no regresó, pero Venli oyó a los humanos maldiciendo y hablando en su basto idioma, con voces que resonaban imponiéndose al sonido de la lluvia. Más muertos. La tormenta estaba acumulándose, sí, y ya la tenían casi encima. Pero ¿cuántos oyentes más caerían masacrados antes de que llegara?

«Seguro que en los otros frentes nos va mejor —pensó, cerrando los ojos con fuerza y escuchando el Ritmo del Pánico—. Seguro que los oyentes estamos ganando.»

¿Qué había de las promesas de Ulim? ¿Qué había del trono de Venli? Respiró aire frío mientras el agua le caía por los lados de la cara, dejándole la piel insensible y el caparazón helado. Se apretó contra las rocas, temblando. Todo estaba mal. Ella no debería estar allí. Se suponía que estaría a salvo.

El sonido de las botas raspando contra la piedra hizo que abriera los ojos a tiempo de ver una lanza viéndola hacia ella. Se echó a un lado, pero el arma la alcanzó en las crestas de la mejilla y la nariz, haciéndole solo un fino corte en la piel con un ataque desviado en su mayoría por la máscara de caparazón con que la forma tormenta había cubierto su cara.

Cayó al suelo sobre un charco e intentó alejarse a rastras, con una mano levantada y suplicante. El humano se cernió sobre ella, una terrible figura cuyos rasgos se perdían en la sombra de su yelmo. Levantó la lanza.

—No, no —dijo Venli a Sumisión en el idioma del soldado—. Por favor,

no. Soy erudita. Sin arma. Por favor, no.

Él enarbóló su arma, pero cuando Venli se encogió y giró la cara de lado, no llegó ningún golpe. El hombre se apartó y luego echó a trotar hacia varios compañeros suyos que estaban formando contra un grupo de oyentes que se aproximaba con los ojos rojos brillantes.

Venli se palpó el rasguño que le había hecho la lanza, maravillada por lo superficial de la herida. Luego se palpó la piel, la ropa. El humano... la había dejado en paz. Como ella le había pedido. Miró al hombre, armonizando a Mofa. El muy cretino no sabía lo importante que era la oyente a la que había perdonado la vida. Tendría que haberla matado.

Pero la Mofa pareció ir desvaneciéndose cuanto más pensaba. ¿Era ese... el ritmo adecuado, la reacción adecuada, que debería sentir porque la hubieran salvado? ¿Qué le había pasado durante los últimos años? ¿Qué había permitido que le pasara?

Por un instante oyó el Ritmo de la Apreciación en vez del otro. Una parte de ella, por lo visto, no quería regocijarse en la gloria de aquella nueva forma. Una parte de ella anhelaba la comodidad de lo conocido. De cuando había sido débil.

«¿Y esto es fuerza?», pensó mientras se levantaba del suelo, escuchando el trueno.

La nueva tormenta se aproximaba. Los salvaría, exterminaría a los humanos y elevaría a los oyentes que sobrevivieran. Venli solo tenía que asegurarse de ser una de ellos. Huyó de allí en busca de un grupo más fuerte de oyentes que la protegieran. Llegó a una zona despejada de la meseta, resbaladiza por el agua, cerca de un abismo.

Por el borde de ese abismo merodeaban bandas de humanos y oyentes, intentando obtener ventaja unos sobre otros. Si acaso, el combate en aquel sector era incluso más horripilante. Venli hizo un esfuerzo para armonizar a Arrogancia y recorrer el perímetro. Arrogancia. Un buen ritmo, una contrapartida de Determinación o Confianza, solo que más grandioso. Arrogancia era un ritmo orgulloso, fuerte, con una arrolladora algarabía de notas rápidas, complejas y atrevidas.

Así necesitaba sentirse. Aquel era su campo de batalla. Ella había creado aquello, lo había provocado. Allí no tenía nada que temer. Estaba en la celebración de su victoria.

Pasó junto a un caballo muerto de los humanos, un ryshadio por el tamaño. Lo había matado el relámpago, de modo que al menos había gente entre los

suyos capaz de controlar sus nuevas capacidades. Por delante, vislumbradas gracias a la escasa luz que se colaba entre una acumulación de nubes, vio a dos figuras resplandecientes combatiendo a lo largo del borde del abismo. Portadores de esquirlada.

Venli no conocía al humano, pero la oyente era Eshonai. Su hermana era la última de sus portadores de esquirlada. La armadura era muy característica, incluso aunque la nueva forma la hubiera... cambiado. Costaba trabajo asociar a la terrible caudilla de guerra en que se había transformado Eshonai con la pensativa mujer que tanto empeño había puesto en buscar una manera de evitar la batalla.

Venli se detuvo junto a una aguja rota de piedra y se agachó para mirar entre la lluvia el choque de portadores de esquirlada. Eshonai, y en particular la Eshonai mejorada, era más que capaz de librarse un duelo por su cuenta. Venli solo conseguiría molestarla.

Pudo decirse eso, y creerlo, hasta el mismo instante en que Eshonai cayó empujada por el borde del precipicio. Un momento estaba enfrentándose con entereza contra el humano y al siguiente había desaparecido. Precipitándose al abismo.

Venli la vio desaparecer con una sensación de desconexión. En armadura esquirlada, Eshonai podía sobrevivir a esa caída. Probablemente. La que corría peligro era Venli, con el portador de esquirlada humano tan cerca. Los nuevos ritmos vibraron a través de ella, hablándole en susurros del poder. Intensificando sus emociones. Venli seguía siendo ella misma, no demasiado influida por la forma. Al mando. No una esclava.

Y sin embargo, sentía... nada. Para tratarse de una forma que parecía tan vibrante de emociones, no estaba bien. ¿Habría podido la antigua Venli ver a su hermana en una caída quizá mortal sin armonizar siquiera a un ritmo apenado? Qué raro. ¿Por qué no se preocupaba? ¿Qué le estaba pasando?

Venli retrocedió. Ya... ya iría después a buscar a Eshonai. La ayudaría a salir del abismo. Podrían armonizar a Diversión juntas mientras imaginaban a Venli, una simple erudita, moviendo aunque fuese un dedo para ayudar en un combate entre portadores de esquirlada.

El campo de batalla siguió perdiéndose mientras Venli buscaba refugio. Chillidos. Impactos de relámpago. Vio en todo ello algo más terrible que un mero enfrentamiento por el futuro de sus pueblos. Vio algo que *disfrutaba* de la matanza. Una fuerza que parecía estar creciendo con la nueva tormenta, una fuerza que amaba la pasión, la ira... cualquier emoción, pero sobre todo

las que llegaban cuando la gente sufría.

La emoción nunca era más fuerte que cuando alguien moría. Era lo que esa fuerza buscaba, lo que anhelaba. Venli sintió su presencia como una creciente miasma, más opresiva que las nubes cargadas de lluvia o la tormenta. Avanzó a hurtadillas entre unas enormes formaciones de roca. Bultos que habían sido edificios, cubiertos de grueso crem. No sabía con certeza dónde estaba en relación con el centro de Narak.

Por suerte, encontró una estrecha fisura entre los antiquísimos edificios. Se escurrió a su interior, mojada y superada por la sensación cada vez más intensa. Estaba llegando algo, algo increíble. Algo terrible.

La nueva tormenta ya estaba allí.

Venli se permitió armonizar al ritmo de sus verdaderas emociones, a los tiempos salvajes y frenéticos del Ritmo del Pánico. Era una versión más agresiva del Ritmo de los Terrores. Todo se volvió negro, los últimos atisbos de luz solar consumidos por el peso de aquella nueva tormenta. Entonces llegó el relámpago rojo. Electrificó el cielo y Venli se encogió. No. Todavía estaba demasiado expuesta.

Supo con una repentina e inexplicable confianza que, si la tormenta la veía, la destruiría sin la menor duda.

Entre descargas de relámpago, salió con esfuerzo de la cavidad rocosa y se movió a tientas por el lado del edificio de piedra. Los vientos empezaron a aullar. Se aproximaba... se aproximaba otra cosa. ¿Una alta tormenta también?

El pánico estuvo a punto de anegarla. Pero entonces, para su increíble alivio, sus dedos palparon algo. Un agujero tallado en uno de los edificios cubiertos de crem. Era reciente, y los cortes demasiado recientes: un portador de esquirlada había estado allí.

Ansiosa, se refugió en el interior, intentando desterrar el Ritmo del Pánico y reemplazarlo con otra cosa. Fuera los vientos empezaron a chocar. Venli se apretó contra la pared trasera de la pequeña cámara vacía, iluminada por los fogonazos cada vez más desenfrenados de fuera. Primero rojo. Luego blanco. Luego los dos enredados como grancaparazones luchando, aplastando el suelo a su alrededor con sus forcejeos.

Empezaron a pasar cascotes volando por fuera de la abertura, iluminados por una ráfaga de fogonazos, y los ritmos de su cabeza enloquecieron. Se deshicieron, entremezclando los movimientos de unos con los de otros. El suelo tembló y crujío, y Venli intentó ocultarse más al fondo del edificio,

alejada de la violencia. Pero cuando cruzó un umbral, el suelo se onduló y la derribó.

Con un sonido tan fuerte que todo su cuerpo vibró, una sección entera del edificio de piedra quedó arrancada de sus cimientos, incluyendo la cámara que Venli acababa de abandonar.

La lluvia la acribilló, expuesta a los vientos aulladores a través de la pared rota. Aquello era el final. El final del mundo. Minúscula, aterrorizada, Venli se apretó entre dos pedazos de roca que parecían sólidos y cerró los ojos, incapaz de escuchar los ritmos por encima del sonido de la tempestad.

Sin embargo, sabía el ritmo que oiría si pudiera. Porque allí, apretada entre piedras, Venli se vio obligada a reconocer lo que era en realidad. La verdad que siempre había estado allí, encubierta, encostrada de crem. Revelada solo cuando los vientos la cortaron hasta la misma alma.

Venli no era ninguna lumbarda forjando un nuevo camino para su pueblo. Todo lo que había «descubierto» se lo había revelado o insinuado Ulim.

No era ninguna reina merecedora de gobernar. Le traía sin cuidado su pueblo. Solo se preocupaba por ella misma.

No era poderosa. El viento y las tormentas le recordaban que, hiciera lo que hiciera, por mucho que se esforzara, por mucho que fingiera, siempre sería pequeña.

Venli había fingido ser todas esas cosas, y con toda probabilidad volvería a fingirlo en el momento en que pudiera mentirse a sí misma. En el momento en que estuviera a salvo. Pero allí, con todo lo demás desollado y su alma desnuda y pelada, Venli tuvo que reconocer lo que era en verdad. Lo que siempre había sido.

Una cobarde.

MIL MENTIRAS



Os lo digo; lo escribo. Debéis liberar a la Deshecha cautiva. Ella no se desvanecerá como yo. Si la dejáis como está, permanecerá apresada por toda la eternidad.

Rlain la encontró llorando.

Venli podía contar con los dedos las veces que recordaba haber llorado. No solo armonizar a Duelo, sino sollozar de verdad. Ese día no podía evitarlo. Se había arrodillado en el recinto separado de la enfermería, al lado del extenso mapa de las Llanuras Quebradas que Rlain había robado. Estaba sola. Lirin y Hesina habían salido a la sala principal para atender a los pacientes.

Una nota escrita en el mapa ya insinuaba lo que Rabeniel le había dicho: había un grupo de nómadas en las colinas. Su pueblo. Habían sobrevivido.

Venli se volvió hacia Rlain, que, sorprendido, estaba canturreando a Asombro por haberla encontrado así.

—No somos los últimos —susurró Venli—. Están vivos, Rlain. Miles de ellos.

—¿Quiénes? —Rlain también se arrodilló—. ¿De qué estás hablando?

Venli se secó los ojos; no quería que sus lágrimas destruyeran aquel mapa tan glorioso. Pasó a Rlain la nota que le había dado Rabeniel, pero claro, él no sabía leer. Así que se la leyó ella en voz alta.

—¿Entonces...? —preguntó él, armonizando de nuevo a Asombro—.

—¿Miles?

—Fue Thude —dijo Venli—. Rechazó la forma tormenta. Lo mismo hicieron la mayoría de los amigos de Eshonai. Yo... por aquel entonces no pensaba... y los habría hecho matar, pero Eshonai los separó y dejó que escaparan. Una parte de ella luchaba, así que les dio una oportunidad y... y entonces...

Tormentas, estaba hecha un desastre. Se secó los ojos otra vez.

—¿Cómo que los habrías hecho matar? —preguntó Rlain—. Venli, no te entiendo. ¿Qué es lo que no me estás contando?

—Todo —susurró ella a Súplica—. Mil mentiras, Rlain.

—Venli —dijo él, cogiéndole la mano—. Kaladin está despierto. Teft también. Tenemos un plan. El principio de un plan, al menos. Venía para explicárselo a Lirin y Hesina. Vamos a intentar despertar a los Radiantes, pero necesitamos sacar a esos forma tormenta de la enfermería. Si sabes algo que pudiera ayudarnos, este sería buen momento para hablar.

—¿Ayudar? —susurró Venli—. Nada que yo haga ayuda. Solo duele.

Rlain canturreó a Confusión. Con un suave empujón de Timbre, Venli empezó a hablar. Inició el relato con la extraña mujer humana que le había dado la esfera, y llegó hasta cuando Thude y los demás se marcharon.

No ocultó su papel en la historia. No la desbastó con el Ritmo del Consuelo. Se la dio en crudo. La historia completa, terrible.

Mientras Venli hablaba, él fue apartándose más y más de ella. Su expresión cambió, sus ojos cada vez más abiertos, sus ritmos pasando de lo impactado a lo furioso. Como Venli podría haber esperado. Como Venli quería.

Cuando terminó, se quedaron en silencio.

—Eres un monstruo —dijo él por fin—. Tú hiciste esto. Eres la responsable.

Ella canturreó a Consuelo.

—Supongo —dijo Rlain— que el enemigo habría encontrado otra forma de hacerlo sin tu ayuda. Pero eso da igual, Venli. Tú... o sea...

—Necesito encontrarlos —decidió ella, enrollando el mapa—. Hay transferencias diarias a Kholinar. Rabeniel me ha relevado del servicio aquí y me ha dado un escrito que me permite procurarme todo lo que necesite. Debería poder conseguir un puesto en el próximo traslado y, desde allí, unirme a alguna exploración de los Celestiales en las Llanuras Quebradas.

—Y si lo haces, llevarás al enemigo hasta nuestro pueblo —dijo Rlain—. Venli, es evidente que Rabeniel quiere que hagas eso. Sabe que vas a salir

corriendo hacia ellos. Estás cayendo en lo que sea que planee.

Venli ya lo había pensado. Pero no estaba precisamente en su estado más racional.

—Algo tengo que hacer, Rlain —susurró—. Tengo que verlos con mis propios ojos, aunque me toque ir a pie hasta allí.

—Estoy de acuerdo en que deberíamos ir con ellos tan pronto como sea razonable —dijo Rlain. Miró hacia las cortinas de sábana y bajó la voz—. Pero ahora no es el momento. Tenemos que salvar a los Radiantes.

—¿De verdad quieres que esté presente cuando lo hagáis, Rlain? ¿De verdad me quieres cerca?

Rlain calló y empezó a canturrear a Traición.

—Es lo inteligente —dijo ella.

—No te quiero cerca ni ahora mismo, Venli —dijo él—. Pero a la tormenta conmigo, te *necesitamos*. Y creo que eres de fiar. Me has contado todo esto, a fin de cuentas. ¿Y quién sabe cuánto de lo que hiciste estaba influido por tus formas o por esos vacíospren?

»De momento, centrémonos en salvar a los Radiantes. Si de verdad lamentas lo que hiciste, esta es la mejor manera de demostrarlo. Después de eso, podemos buscar a nuestra gente sin llevar a los Fusionados hasta ellos.

Venli apartó la mirada y canturreó también a Traición.

—No. Esta no es mi lucha, Rlain. Nunca lo ha sido. Tengo que ir a ver si este mapa dice la verdad. Tengo que hacerlo.

—Muy bien —dijo él con brusquedad. Se levantó para marcharse, pero se detuvo—. ¿Sabes? Todos esos meses que estuve haciendo carreras de puentes, y luego entrenando con Kal y los demás, me lo preguntaba. En el fondo me preguntaba si era un traidor. Ahora me doy cuenta de que no tenía ni las primeras notas para comprender lo que significaba ser un traidor.

Salió entre las sábanas. Venli metió el mapa de las Llanuras Quebradas en su funda sin hacer ruido y se la puso bajo el brazo. Era hora de marcharse.

Encontró a Dul y a Mazish cuidando de los Radiantes caídos. Venli los apartó a un lado y susurró:

—Ha llegado el momento. ¿Estamos preparados para irnos?

—Por fin —dijo Dul a Emoción—. Hemos sisado raciones, cantimploras de agua, mantas y algo de ropa del material asignado para cuidar de los Radiantes. Harel lo tiene todo preparado en macutos, escondidos entre el resto del material del almacén que nos asignaron.

—La gente está lista —añadió Mazish—. Ansiosa. Creemos que podremos

sobrevivir al frío aquí arriba durante meses.

—Necesitaremos esas provisiones —dijo Venli—, pero puede que no tengamos que sobrevivir en las montañas. Mirad. —Les enseñó el mandato de autoridad que Rabeniel le había entregado—. Con esto podemos cruzar las Puertas Juradas sin que nadie nos haga preguntas.

—Tal vez —respondió Dul a Apreciación—. Si vamos a Kholinar, ¿qué hacemos después? Estaríamos en el mismo sitio donde empezamos.

—Cogemos las provisiones y usamos este escrito para salir de la ciudad —explicó Venli—. Caminamos y desaparecemos en las tierras salvajes al este de Kholinar, como hicieron mis antepasados hace muchas generaciones.

«Y llegamos a las Llanuras Quebradas», pensó. Pero... eso llevaría demasiado tiempo. ¿Había alguna forma de que Venli se adelantara para explorar, con ayuda de los Celestiales? ¿Podría pedir que la dejaran más cerca de las Montañas Irreclamadas sin revelar lo que estaba buscando de verdad?

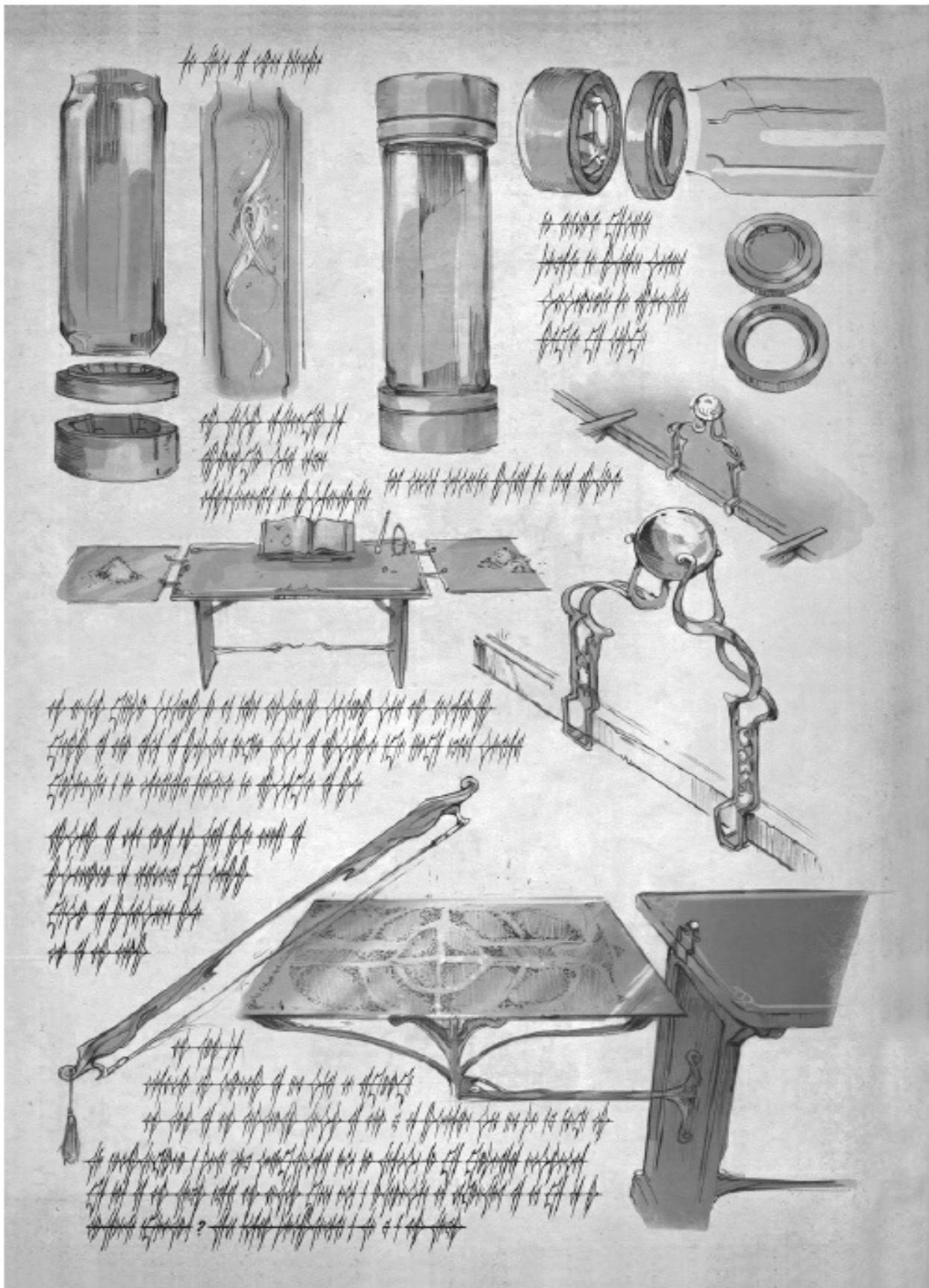
Parecía mucho que pedir a aquellas letras escritas. Además, Rabeniel sabía de la existencia de oyentes que habían sobrevivido. Sin duda acabaría diciéndoselo a los demás Fusionados.

De momento, a Venli le daba igual.

—Reunid a los demás —susurró—. Los humanos intentarán rescatar a estos Radiantes muy pronto. La confusión debería bastar para encubrir nuestra huida. Quiero que estemos listos para marcharnos en un par de días como mucho.

Los otros dos armonizaron a Resolución. Confiaban en ella. Más de lo que confiaba ella misma. Venli dudaba que hallara la redención entre los oyentes que habían huido de los Fusionados. De hecho, esperaba sus acusaciones, su condena.

Pero... aun así, Venli tenía que intentar llegar hasta ellos. Porque al escapar, se habían llevado a su madre. Jaxlim podría estar muerta y, si no, su mente estaría ida de todos modos con la edad. Pero también era la última persona, la única persona, que quizá todavía pudiera querer a Venli a pesar de todo.



LIBERTAD



Como alguien que ha sufrido durante tantos siglos... como alguien a quien eso quebró... por favor, encontrad a Mishram y liberadla. No solo por su propio bien. Por el bien de todos los spren.

Pues creo que al encerrarla hemos provocado una herida a Roshar más grave de lo que nadie ha comprendido nunca.

Navani entró en un estado de estudio febril, un frenesí próximo a la locura, consumida por el trabajo. Antes se había organizado. Ahora se limitaba a alimentar a la bestia. Apenas dormía.

La respuesta estaba allí. La respuesta tenía algún significado. No podía explicar por qué, pero Navani *necesitaba* aquel secreto.

La comida pasó a ser una distracción. El tiempo dejó de importar. Guardó sus relojes para que no le recordaran invenciones humanas como los minutos y las horas. Estaba buscando algo más profundo. Más importante.

Esos actos en parte la horrorizaban. Navani seguía siendo ella misma, la clase de persona que guardaba los calcetines en el cajón apuntando todos en el mismo sentido. Adoraba los patrones, adoraba el orden. Pero en su búsqueda de significado, descubrió que también podría apreciar algo distinto del todo. El caos crudo y desorganizado de un cerebro haciendo conexiones, sumado a la orden concentrada de buscar una única y acaparadora respuesta.

¿Podía encontrar el opuesto a la luz del vacío?

La luz tormentosa y la del vacío tenían su propia clase de polaridad. Se veían atraídas por los tonos como las limaduras de hierro por un imán. Por tanto, Navani necesitaba un tono que repeliera la luz. Necesitaba un sonido opuesto.

Quería tonos fluidos, así que hizo que le llevaran una flauta de émbolo, además de una trompa con tubo móvil. Pero seguía gustándole más el sonido que daban las planchas de metal. Eran difíciles de afinar en incrementos pequeños, pero Navani podía pedir que le cortaran y tallaran más planchas deprisa.

Su estudio pasó de la teoría de la música, en la que algunos filósofos afirmaban que el verdadero opuesto del sonido era el silencio, a la matemática. La matemática enseñaban que había números asociados con los tonos: frecuencias, longitudes de onda.

La música, a su nivel más fundamental, *era* matemática.

Interpretó el tono que representaba el sonido de la luz del vacío una y otra vez, incrustándolo en su mente. Soñaba con él cuando dormía. Lo tocaba nada más levantarse, observando las pautas de arena que creaba sobre una placa de metal. Granos que danzaban, brincando arriba y abajo hasta asentarse en picos y valles.

El opuesto de casi todos los números era un número negativo. ¿Un tono podía ser negativo? ¿Podía existir una longitud de onda negativa? La mayoría de esos conceptos no podían existir en el mundo real, del mismo modo que los números negativos eran una construcción artificial. Pero aquellos picos y valles... ¿Podría crear un tono que produjera la pauta contraria? ¿Picos donde había valles, valles donde había picos?

Durante su estudio enfebrecido de la teoría del sonido, descubrió la respuesta a esa cuestión. Una onda podía anularse, creando un opuesto y enfrentándola a él de forma que la onda original quedaba plana. Cancelada. A eso lo llamaban interferencia destructiva. Por extraño que resultase, las teorías afirmaban que una onda y su opuesta sonaban exactamente igual.

Eso la dejó anonadada. Hizo sonar las planchas que había creado, deleitándose con sus tonos resonantes. Puso esferas de luz del vacío en su brazal y escuchó hasta que pudo entonarlo. Sonrió encantada cuando, tras horas de práctica concertada, fue capaz de extraer luz del vacío con un toque, igual que hacían los Fusionados.

Los humanos podían cantar los tonos correctos. Los humanos podían oír la música de Roshar. Quizá los antepasados de Navani hubieran sido extranjeros

en ese mundo, pero ella era hija de él.

Sin embargo, eso no resolvía el dilema. Si un tono y su interferencia destructiva sonaban igual, ¿cómo podía cantar una cosa y no la otra?

Tocó el tono en una placa y lo cantó al unísono. Luego golpeó un diapasón, escuchó los tonos de las gemas y regresó a la placa. Estaba mal. Le faltaba un ápice. Aunque los tonos encajaran.

Solicitó, y le llevaron, una lima. Trató de medir las notas que hacía la plancha metálica, pero al final tuvo que confiar en su propio oído. Empezó a trabajar en la placa, limando pequeñas secciones del metal y luego pasándole el arco, acercando más y más el sonido.

Podía *oír* el tono que buscaba, o eso creía. ¿O sería una locura aquel deseo suyo de crear un antisonido?

Le costó horas. Quizá días. Cuando por fin sucedió, estaba arrodillada en el suelo de piedra con los ojos somnolientos, a alguna hora intempestiva. Sostenía un arco para probar su última versión de la placa. Cuando tocó aquel tono particular, arco contra acero, ocurrió algo. La luz del vacío salió *expulsada* de la esfera sujetada a la placa. Fue repelida por la fuente del sonido.

Navani volvió a probarlo, y luego una tercera vez para asegurarse. Aunque debería haber querido dar un grito de alegría, se limitó a quedarse allí sentada mirando. Se pasó la mano por el pelo, que ese día no se había recogido. Entonces se echó a reír.

Funcionaba.

Al día siguiente, lavada y sintiéndose un poco menos demente, Navani fue haciendo incrementos. Probó cómo debía ser el tono para producir el efecto deseado. Midió la nota en distintos tamaños de gemas y en un flujo de luz del vacío que abandonaba una esfera en dirección a un diapasón.

Lo hizo todo de una forma que, en la medida de lo posible, ocultaba el proceso al guardia que la vigilaba. Encorvada sobre su trabajo, estaba relativamente segura de que el regio no sería capaz de distinguir que había hecho un avance. El de la noche anterior no había prestado mucha atención; se había pasado casi todo su turno dormitando.

Segura de que su tono funcionaba, empezó a entrenarse a sí misma para cantar la nota que daba la placa. Sonaba igual, pero de algún modo no *era* igual. De la misma manera que al medir spren, que reaccionaban a los pensamientos sobre ellos de quien tomaba las medidas, aquel tono requería Intención para crearlo. Tenías que saber lo que pretendías hacer.

Era increíble que tuviera alguna importancia si Navani quería o no canturrear el tono opuesto a la canción de Odium. Sonaba a locura, pero funcionaba. Era un experimento reproducible y cuantificable. Dentro de la locura que habían sido los últimos días, la ciencia seguía funcionando.

Navani había encontrado el tono opuesto a la luz del vacío. Pero ¿cómo podía crear una luz que expresara ese tono? Buscó respuestas en la naturaleza. Un imán podía cambiar de polaridad con un relámpago cautivo, y otro imán podía realinear los polos. Pero Rabeniel le había mencionado que era posible magnetizar un pedazo de metal normal y corriente mediante el mismo proceso.

Así que ¿de verdad estaban cambiando la polaridad del imán? ¿O estaban *borrando* la polaridad existente y reescribiéndola con algo nuevo? La idea la intrigaba, de modo que hizo unas pocas peticiones clave a sus carceleros, algunos objetos que tendrían que traerle de un laboratorio cerca de la cima de la torre.

Poco después de eso, Rabeniel acudió a ver cómo le iba. Navani se preparó. Había hecho planes para aquello.

—¿Navani? —dijo la Fusionada—. Esa última petición que has hecho es bastante rara. No sé qué pensar de ella.

—Es solo equipo de laboratorio un poco arcano —respondió Navani desde el escritorio—. Nada de gran importancia, aunque será divertido usarlo en algunos experimentos. No pasa nada si no lo encontráis.

—He autorizado la petición —dijo Rabeniel—. Si está allí, lo tendrás.

Ese era un ritmo que expresaba curiosidad. Navani hizo una anotación en su cuaderno; estaba intentando compilar una lista de todos ellos.

—¿En qué trabajas? —preguntó Rabeniel—. El guardia me ha hablado de un sonido espantoso que estás dedicándote a hacer, algo discordante.

Condenación. A oídos de un regio, el tono nuevo no sonaba igual. ¿Podría inventarse una explicación?

—Estoy comprobando cómo influyen los sonidos atonales en la luz del vacío, si es que lo hacen.

Rabeniel se quedó por allí, mirando por encima del hombro de Navani. Luego echó un vistazo al suelo, donde un cubo de agua helada, con nieve del exterior, contenía una gema sumergida. Era un intento de comprobar si la temperatura podía borrar el tono de la luz del vacío.

—¿Qué es lo que no me cuentas? —preguntó Rabeniel a un ritmo pensativo—. Encuentro tu comportamiento... intrigante.

Rabeniel miró a un lado mientras su hija entraba en la sala. Ese día la joven Fusionada estaba babeando. Rabeniel había encomendado a un sirviente que limpiara la comisura de la boca de su hija con una tela a intervalos regulares. No era que tuviera la cara paralizada, sino más bien que no parecía darse cuenta o preocuparse de estar babeando.

—Has escrito en nuestro cuaderno sobre algo llamado «ejes» —dijo Navani, intentando distraer a Rabeniel—. ¿Qué son?

—Un eje es la división más pequeña de la materia —respondió Rabeniel—. Odium puede verlos. En teoría, con un microscopio lo bastante potente, podríamos distinguir las bolitas de materia que lo componen todo.

Navani había leído muchas teorías sobre esa división más pequeña posible de la materia. Decía mucho sobre su estado de ánimo que apenas consideró una curiosidad que una fuente divina estuviera confirmando esas teorías.

—¿Esos ejes tienen polaridad? —preguntó Navani mientras controlaba la temperatura de su experimento.

—Deben tenerla —dijo Rabeniel—. Teorizamos que la interconexión axial es lo que mantiene unidas las cosas. Ciertas Potencias influyen en eso. Las fuerzas entre los ejes son fundamentales en el funcionamiento del Cosmere.

Navani gruñó y tomó otra anotación del termómetro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Rabeniel.

—Ver si una temperatura más fría cambia las vibraciones en una gema —reconoció Navani—. ¿Querrías sujetar esta de aquí y decirme si el ritmo cambia, o gana intensidad, al calentarse?

—Puedo hacerlo —dijo Rabeniel, y se sentó en el suelo junto a la mesa.

Detrás de ella, su hija la imitó. El ayudante, un cantor en forma de trabajo, se arrodilló para secar los labios de la Fusionada.

Navani sacó la gema con unas tenazas y se la dio a Rabeniel. Aunque Navani podía oír las tenues notas de las gemas si apretaba muchas contra su piel, su habilidad no estaba lo bastante afinada para detectar pequeñas alteraciones del volumen. Necesitaba a un cantor para concluir aquel experimento. Pero ¿cómo evitar que Rabeniel dedujera lo que había descubierto?

Rabeniel cogió la esfera y esperó con los ojos cerrados. Al cabo de un tiempo negó con la cabeza.

—No percibo ningún cambio en el tono. ¿Qué importancia tiene?

—Estoy intentando determinar si hay algo que altere el tono —dijo Navani—. Crear luz de guerra requiere una leve modificación de los tonos de Odium

y Honor, para ponerlos en armonía. Si logro encontrar otros factores que alteren el tono de la luz del vacío, quizá podría crear otros híbridos.

Era una explicación bastante plausible. Debería ser suficiente para explicar sus solicitudes de planchas y otros artefactos, incluso la del hielo.

—Una línea de razonamiento novedosa —comentó Rabeniel a su ritmo curioso.

—No creía que fueses a darte cuenta —dijo Navani—. Suponía que estarías ocupada con tu... trabajo.

Deshacer al Hermano.

—Aún me falta acabar con el último nodo —explicó Rabeniel—. La última vez que toqué al Hermano, me pareció que podía sentirlo. En algún lugar cercano... pero es muy muy pequeño. Más pequeño que los otros. —Se levantó del suelo—. Avísame si necesitas más equipo.

—Gracias —dijo Navani desde su mesa.

Rabeniel siguió sin marcharse mientras Navani registraba los datos del experimento con el agua helada. Navani logró aparentar despreocupación justo hasta el momento en que oyó que se movían las placas. Se volvió para ver a Rabeniel sacando la nueva, la que Navani había escondido debajo de varias otras. Condenación. ¿Cómo había elegido precisamente esa? Quizá era la que más usada se veía.

Rabeniel miró a Navani, que se obligó a girar la cabeza como si no pasara nada. Rabeniel hizo sonar la placa.

Navani soltó aire en silencio, cerrando los ojos. Se había devanado los sesos buscando formas de esconder lo que estaba haciendo, tomando todas las precauciones posibles... pero debería haberlo sabido. Estaba en severa desventaja, vigilada a todas horas, con Rabeniel siempre cerca. Navani abrió los párpados y encontró a Rabeniel mirando la plancha de acero con los ojos como platos. Situó una esfera de luz del vacío, la tocó de nuevo y vio cómo la luz salía expulsada de la esfera.

Rabeniel habló con un ritmo reverente.

—¿Un tono que *repele* luz del vacío?

Navani mantuvo el rostro impasible. Bueno, al menos eso respondía a una pregunta. Navani se había preguntado si la persona que interpretaba la nota debía tener la Intención correcta de expulsar la luz del vacío, pero parecía que haber creado la placa para coincidir con sus tonos cantados era suficiente.

—Navani —dijo Rabeniel, bajando el arco—, esto es extraordinario. Y muy peligroso. He sentido cómo reaccionaba la luz del vacío en mi gema

corazón. No la ha abandonado, pero mi misma alma se ha crispado con el sonido. Estoy commocionada. Y... y confusa. ¿Cómo has creado esto?

—Matemáticas —respondió Navani—. E inspiración.

—Esto podría llevar a... —Rabeniel canturreó para sus adentros y luego miró el cubo de agua helada—. Intentas encontrar una manera de amortiguar las vibraciones de la luz del vacío para poder reescribirla con un tono diferente. Una polaridad diferente. Por eso me has preguntado sobre los ejes.

Canturreó a un ritmo emocionado. Y Condenación si una parte de Navani no se quedó atrapada con ese sonido. Con el entusiasmo del descubrimiento. Con estar tan cerca.

«Cuidado, Navani», se recordó. Debía hacer todo lo posible para apartar aquel conocimiento del enemigo. Había una manera, un plan que había urdido por si Rabeniel se inmisciúa como acababa de hacer. Un posible método para proteger los secretos de la antiluz del vacío.

Pero de momento, necesitaba parecer dispuesta a compartir el conocimiento.

—Sí —respondió Navani—. Creo que lo que buscabas desde el principio es posible, Rabeniel. Tengo motivos para creer que de verdad existe una luz opuesta a la luz del vacío.

—¿Esto lo has apuntado?

—No. Solo estaba jugueteando con ideas aleatorias.

—Una mentira que debes contarme —dijo Rabeniel—. No te lo reprocho, Navani. Pero debes saber que estoy dispuesta a hacer pedazos esta sala para encontrar tus notas, si es necesario.

Navani se quedó callada, sosteniendo la mirada a Rabeniel.

—Todavía no me crees —dijo la Fusionada—. No crees que seamos muchísimo más fuertes cuando trabajamos juntas.

—¿Cómo puedo confiar en tu palabra, Rabeniel? —preguntó Navani—. Ya has incumplido promesas que me hiciste, y cada vez que te pido negociar por el bien de mi pueblo o del Hermano, te niegas.

—Sí, pero ¿acaso no te he guiado hasta un arma? —repuso Rabeniel—. ¿No te he concedido los secretos que necesitabas para llegar hasta aquí? ¿Para tener al alcance algo capaz de *matar a un dios*? Y todo ha sido porque trabajábamos juntas. Demos este último paso unidas.

Navani se debatió. Sabía que Rabeniel no estaba mintiendo: la Fusionada de verdad destrozaría aquella sala para encontrar las anotaciones de Navani. Y además, era probable que retirara a Navani la capacidad de solicitar

material, con lo que detendría su progreso.

Y estaba tan tan cerca...

Con un suspiro, Navani cruzó la biblioteca y cogió el cuaderno, el que habían titulado *El Ritmo de la Guerra*, de su escondrijo bajo un estante. Quizá Navani debería haber guardado sus descubrimientos solo en su cabeza, pero no había podido resistirse a apuntarlos. Necesitaba ver sus ideas plasmadas en la página, utilizar notas, para llegar tan lejos como estaba.

Rabeniel se sentó a leer, a enterarse de lo que Navani había descubierto sobre ese nuevo tono, canturreando un ritmo de curiosidad entre dientes. Al poco tiempo llegó un sirviente a la puerta cargado con una gran caja de madera.

—Por fin.

Navani fue hacia él y le cogió la caja. Dentro había un tubo de cristal de algo menos de treinta centímetros de diámetro, aunque pasaba del metro de largo, con gruesas tapas metálicas en los extremos.

—¿Qué es eso? —preguntó Rabeniel.

—Un tubo de vacío thayleño —dijo Navani—. Del Instituto Real de Estudios Barométricos. Lo teníamos cerca de la cima de la torre, donde hacíamos experimentos meteorológicos.

Situó el aparato y recuperó el cuaderno de Rabeniel para hacer unas anotaciones iniciales sobre su siguiente experimento. Las tapas de metal podían desenroscarse para revelar unas cámaras que, cuando el aparato estaba bien sellado, no perturbarían el vacío en la cámara central de cristal. Navani abrió un extremo y fijó un diamante vacío en su interior. A continuación usó su martillo de joyera para quebrar una gema llena de luz del vacío, con lo que esta empezó a escapar. Se apresuró a colocar la gema en una cámara al otro lado del tubo. Volvió a enroscar las tapas y entonces usó una bomba fabrial para retirar el aire de las cámaras laterales.

Por último, retiró los cierres que sellaban las cámaras laterales, abriendolas al vacío central. Si lo había hecho todo bien, como muchísimo entraría un ápice de aire en la cámara central de cristal y tenía una gema en cada uno de los extremos.

Rabeniel llegó por encima de Navani mientras ella observaba la luz del vacío flotando en ausencia de aire. No se comportaba como si lo hubiera: no salía de la gema como si tiraran de ella, por ejemplo. Fuera lo que fuese la luz del vacío, no parecía estar compuesta de ejes. Era una energía, un poder.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Rabeniel en voz baja.

—Creo que esta es la única forma de aislar por completo la luz del vacío de las canciones de Roshar —explicó Navani—. No puede haber sonido en el vacío, ya que no existe aire que transfiera las ondas. Así que confío en que la luz del vacío que expulse esta gema no podrá «oír» el ritmo de Odium, por primera vez en toda su existencia.

—Sugieres que no emite el ritmo por sí misma —dijo Rabeniel—, sino que lo refleja. Lo adopta.

—Igual que los spren adoptan costumbres de los humanos —asintió Navani—, o igual que un trozo de metal puede magnetizarse si se pone en contacto con un imán durante un largo período de tiempo.

—Ingenioso —susurró Rabeniel.

—Ahora veremos —repuso Navani.

Cogió su arco, apretó la plancha de metal contra el lado de la cámara de vacío y empezó a tocar su tono de antiluz del vacío.

Rabeniel torció el gesto al oír el sonido.

—La luz no podrá oírlo —dijo—. Está sin aire, como has dicho.

—Sí, pero se está moviendo por dentro y no tardará en tocar el diamante del otro extremo —dijo Navani—. Quiero que esto sea lo primero que oiga cuando entre en contacto con la materia.

Tuvieron que esperar un buen rato mientras la luz del vacío flotaba por dentro del tubo, pero Navani siguió tocando. En cierto modo, aquella era la culminación de sus días de fervor. El clímax de la sinfonía de locura que había estado componiendo.

Al final la luz del vacío tocó el diamante opaco y fue absorbida a su interior. Navani esperó a que hubiera entrado una buena cantidad y entonces Rabeniel abrió el cierre que separaba el recinto del diamante del vacío. Navani abrió esa cámara con un sonido hueco y sacó el diamante. Tenía un leve brillo violeta negruzco. Se fijó en él, mirándolo más de cerca, hasta que...

Sí. Una tenue distorsión del aire que lo rodeaba. Se emocionó mientras se lo entregaba a Rabeniel... que chilló.

Navani atrapó el diamante cuando Rabeniel lo soltó. La Fusionada se llevó la mano al pecho, canturreando con violencia.

—Supongo que el sonido no ha sido agradable —dijo Navani.

—Era como el tono que hace la placa —respondió Rabeniel—, pero mil veces peor. Esto es una incorrección. Una vibración que no debería existir.

—A mí me suena exactamente igual que el tono de Odium —dijo Navani.

Dejó la gema en su escritorio junto a la daga que le había dado Rabeniel. La que podía canalizar y transportar luz. Se sentó en la silla a su lado. Rabeniel se reunió con ella, llevando un taburete desde la pared. Contemplaron juntas la pequeña gema que tan errónea parecía.

—Navani —dijo Rabeniel—. Esto... Esto cambia el mundo.

—Lo sé —repuso Navani. Se frotó la frente y suspiró.

—Pareces agotada —comentó Rabeniel.

—Apenas he dormido estos últimos días —reconoció Navani—. La verdad, todo esto es abrumador. Necesito un descanso, Rabeniel. Caminar, pensar, ordenar las ideas y que la sangre vuelva a moverse.

—Adelante —dijo Rabeniel—. Te espero aquí.

Hizo una seña al guardia para que acompañara a Navani y ella se quedó mirando la gema. De hecho, parecía tan obsesionada con el diamante que no reparó en que Navani se llevaba *El Ritmo de la Guerra* cuando salió al pasillo con el guardia.

Se preparó. Esperando...

Una explosión.

Sacudió el pasillo, golpeando con tal fuerza física que el escolta de Navani saltó sorprendido. Los dos se volvieron para ver el humo que salía a borbotones de la sala que acababan de abandonar. El guardia regresó corriendo, tirando de Navani aferrada por el brazo.

Encontraron un caos. El escritorio había explotado y Rabeniel estaba tendida en el suelo. La cara de la Fusionada era una máscara de dolor y su parte delantera estaba hecha trizas, su havah destrozada, el caparazón rayado y partido, la piel de las articulaciones con pedazos de cristal clavados. ¿O eran de diamante? No había recibido mucha metralla en la cabeza, por suerte para ella, aunque manaba sangre naranja de un millar de heridas menores en los brazos y el pecho.

En todo caso, Rabeniel seguía con vida y el plan de Navani había fracasado. Navani había supuesto que, en su ausencia, Rabeniel daría el siguiente paso: intentar mezclar luz del vacío con la nueva luz. La Fusionada decía siempre que esperaba que las luces se esfumaran al entrar en contacto, que se desvanecieran. No esperaba una explosión.

Navani había confiado en que, si Rabeniel moría, se retrasaría la corrupción de la torre el tiempo suficiente para que ella pudiera convertir aquella nueva luz en un arma adecuada. Pero no podría ser. La explosión había sido menos fuerte que la que había destruido la sala donde estaban las

eruditas, y Rabeniel era mucho más dura que un humano.

Una parte traicionera de Navani se alegró de que la Fusionada no hubiera muerto. Rabeniel se incorporó y miró a su alrededor por la biblioteca. Varias estanterías se habían derrumbado y su contenido estaba esparcido por el suelo. La hija de Rabeniel seguía sentada en el mismo sitio, como si ni se hubiera dado cuenta de lo sucedido, a pesar de que tenía cortes en la cara. Su cuidador parecía haber muerto, desplomado de cualquier manera en el suelo, bocabajo. Navani tuvo una punzada de sincera pena por eso.

—¿Qué has hecho? —preguntó Navani—. Dama de los Deseos, ¿qué ha pasado?

Rabeniel parpadeó mientras se levantaba.

—He... puesto el diamante que hemos creado en la empuñadura de la daga y he usado la punta para absorber luz del vacío de otra gema y mezclarlas. Parecía el mejor método para comprobar si las dos luces se anularían entre ellas. Pensaba... que la reacción sería tranquila, como al mezclar agua caliente y fría...

—El agua caliente y la fría no se aniquilan de inmediato entre ellas al entrar en contacto —dijo Navani—. Además, el calor sometido a presión, como la luz en una gema, es un asunto distinto del todo.

—Sí —dijo Rabeniel. Parpadeó varias veces, con aspecto aturdido—. Si utilizas el relámpago de un forma tormenta para encender algo bajo presión, siempre explota. A lo mejor, si la luz y la antiluz del vacío se encontraran al aire libre, no habría más que un pequeño reventón. Pero estas estaban dentro de una gema. Me he comportado con una estupidez suprema.

Otros Fusionados, Profundos, llegaron fundidos a través de las paredes para ver qué había ocurrido. Rabeniel los despidió con un gesto mientras sus heridas sanaban por el poder de su luz del vacío interna. Los Profundos se llevaron al siervo, que por suerte se movió cuando lo recogieron del suelo.

El escritorio estaba hecho pedazos y la pared marcada por una negra cicatriz. Navani olió a humo y vio que aún había partes de la mesa ardiendo. Por lo tanto, la explosión había liberado calor, no solo presión. Rabeniel metió prisa al guardia y a los demás Fusionados para que se marcharan y se puso a rebuscar entre los restos del escritorio.

—No queda nada de la daga —dijo Rabeniel—. Otro bochorno que debo sufrir, el de perder un arma tan valiosa. Tengo más, pero en algún momento tendré que sacarte de esta sala y hacer que la registren a fondo en busca de cualquier traza de raysio. Quizá podamos fundirlo y forjar la daga de nuevo.

Navani asintió.

—De momento —dijo Rabeniel—, me gustaría que me hicieras otra gema llena de esa antiluz del vacío.

—¿Ahora? —preguntó Navani.

—Si no te importa.

—¿No quieres cambiarte de ropa? —dijo Navani—. O que alguien te saque las esquirlas de cristal de la piel.

—No —respondió Rabeniel—. Lo que deseo es ver este proceso otra vez. Si no te importa, Navani.

Lo dijo a un ritmo que indicaba que eso era lo que iba a suceder, le «importara» a ella o no. Así que Navani preparó la cámara de vacío, que por suerte había estado detrás de Rabeniel, a cubierto de lo peor del impacto. Mientras Navani trabajaba, Rabeniel envió a alguien a traerle otra daga mataheraldos. ¿Para qué la querría? Seguro que no iban a mezclar las luces después de lo que había pasado.

Notando como una nube de mal agüero pendiendo encima de ella, Navani repitió su experimento, pero en esa ocasión rellenó un poco menos la gema, por si acaso, antes de retirarla y sostenerla en alto.

Rabeniel la tomó y, aunque esa vez no la soltó, sí que hizo una mueca.

—Qué extraña es —dijo.

La colocó en su segunda daga. Entonces retiró un tornillo y sacó la pieza de metal alargada que recorría el centro del arma. Navani reparó en que tenía puntas y agujeros para el tornillo en los dos extremos mientras Rabeniel le daba la vuelta y volvía a colocarla.

—¿Es para que la antiluz del vacío fluya fuera de la gema a lo largo de la hoja? —preguntó Navani—. ¿En vez de absorber lo que toque?

—Exacto —dijo Rabeniel—. Quizá deberías ponerte a cubierto.

Y entonces dio media vuelta, cruzó la sala y apuñaló a su hija en el pecho.

Navani se quedó demasiado patidifusa para moverse. Se quedó allí entre los escombros, boquiabierta mientras Rabeniel se alzaba sobre la otra Fusionada, empujando el arma más adentro. La Fusionada más joven empezó a tener espasmos y Rabeniel la sostuvo, clavando despiadada el arma en la carne de su hija.

No hubo explosión. La luz del vacío de la Fusionada no estaba sometida a presión como en una gema, tal vez. Hubo un hedor a carne quemada y la piel se llenó de ampollas alrededor de la herida. La Fusionada más joven tembló y chilló, asiendo el brazo de su madre con las garras de una mano.

Entonces los ojos se le pusieron lechosos, como de mármol blanco. Se quedó flácida y Navani creyó ver algo que escapaba de sus labios. ¿Humo? Como si todas sus entrañas hubieran ardido.

Rabeniel sacó la daga y la tiró a un lado como si fuese basura. Acunó el cuerpo de su hija, apretó su frente contra la del cadáver, abrazándola y meciéndola adelante y atrás.

Navani se acercó, escuchando el ritmo afligido de Rabeniel. Aunque la coleta de mechones de Rabeniel le caía alrededor de la cara, Navani vio lágrimas surcando sus mejillas rojas y negras.

No estaba segura de haber visto llorar a un cantor nunca antes. Aquello no había sido un acto despiadado en absoluto. Había sido otra cosa.

—La has matado —susurró Navani.

Rabeniel siguió meciendo el cadáver, abrazándose más a él, temblando mientras canturreaba.

—Elithanathile —dijo Navani, pronunciando el décimo nombre del Todopoderoso—. La has matado para siempre, ¿verdad?

—No más renacimientos —susurró Rabeniel—. No más Retornos. Libre por fin, mi niña. *Libre*.

Navani se llevó la mano al pecho. Aquel dolor... le era conocido. Era como ella se había sentido al saber de la muerte de Elhokar a manos del hombre del puente traidor.

Pero aquella muerte la había ejecutado Rabeniel. ¡Había matado a su hija ella misma! Pero... ¿la verdadera muerte no habría tenido lugar hacía mucho tiempo? ¿Hacía siglos? ¿Cómo debía de haber sido vivir con una hija cuyo cuerpo regresaba una y otra vez a la vida mucho después de que su mente la hubiera abandonado?

—Para eso la querías —dijo Navani, arrodillándose al lado de las dos—. Tu dios insinuó que la antiluz del vacío era posible y tú sospechaste lo que haría. Conquistaste la torre, me apresaste y me empujaste a mí a trabajar, y es muy posible que retrasaras la corrupción del Hermano. Porque esperabas encontrar esta antiluz del vacío. No porque buscaras un arma contra Odium, sino porque querías tener piedad con tu hija.

—Nunca podríamos crear la suficiente de esta antiluz para amenazar a Odium —susurró Rabeniel—. Eso era otra mentira, Navani. Lo siento. Pero tú tomaste mi sueño y lo has cumplido. Después de que yo renunciara a él, tú insististe. Cabría haber pensado que sería el ser inmortal quien siguiera persiguiendo una idea hasta el final, pero lo has hecho tú.

Navani se puso las manos en el regazo, aún arrodillada, con la impresión de que acababa de presenciar algo demasiado íntimo. Dejó tiempo a Rabeniel para llorar la muerte de su hija.

Los Fusionados sentían el duelo. Los destructores inmortales, los enemigos míticos de toda vida, sentían el duelo. El padecimiento de Rabeniel parecía idéntico al de una madre humana que hubiera perdido a su hijo.

Al cabo de un tiempo, Rabeniel dejó el cuerpo en el suelo y cubrió la herida con una tela que se sacó del bolsillo. Se secó los ojos, se levantó y llamó al guardia para que trajera a varios sirvientes.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó Navani.

—Ahora me aseguraré de que su muerte sea permanente de verdad —dijo Rabeniel—, comunicándome con las almas de Braize. Si Essu en efecto ha tenido una muerte definitiva, sabremos que tú y yo hemos cumplido nuestro objetivo. Y...

Calló un momento y luego canturreó un ritmo.

—¿Qué? —preguntó Navani.

—Nuestro cuaderno.

Rabeniel lo miró donde reposaba en el suelo. Navani lo había dejado allí mientras creaba la segunda gema de antiluz del vacío.

Rabeniel canturreó a un ritmo distinto mientras entraban los sirvientes y les dio unas órdenes cortantes. Ordenó a varios incinerar el cadáver de su hija y enviar honores y las cenizas a la familia que había donado el cuerpo para ella. Hizo que otros recogieran el tubo de vacío y las planchas de metal de los experimentos de Navani.

Navani se adelantó para detenerlos, pero Rabeniel se lo impidió con una mano tranquila pero firme. La Fusionada cogió el cuaderno de los dedos de Navani.

—Me ocuparé de que te hagan una copia —prometió a Navani—. Pero de momento, lo necesito para recrear tu trabajo.

—Ya has visto cómo lo he hecho, Rabeniel.

—Sí, pero necesito crear una plancha nueva, un tono nuevo. Para la luz tormentosa.

Navani intentó zafarse, pero la presa de Rabeniel era firme. Canturreó un ritmo peligroso y obligó a Navani a mirarla a los ojos. Unos ojos que habían estado sollozando pero habían pasado a ser firmes e inflexibles.

—En eso quedan tus palabras sobre trabajar juntas —dijo Navani—. Y hasta te has atrevido a sugerir que me equivocaba al intentar ocultarte cosas.

—De veras voy a poner fin a la guerra —replicó Rabeniel—. Esa es la promesa que cumpliré, pues hoy hemos descubierto los medios para hacerlo. Por fin. Una manera de garantizar que los Radiantes ya no puedan luchar más. Funcionan igual que los Fusionados, ¿sabes? Si matamos al humano, otro Radiante nacerá. La lucha deviene eterna, ambos bandos inmortales. Hoy acabamos con eso. He mantenido con vida a los Radiantes de la torre con un motivo. La antiluz tormentosa necesitará sujetos de prueba.

—No puedes estar sugiriendo... —dijo Navani—. No te refieres a...

—Hoy es un día trascendental —prosiguió Rabeniel, soltándola y echando a andar detrás de los sirvientes que se llevaban el equipo de Navani—. Hoy es el día en que hemos descubierto la forma de destruir a los spren Radiantes. Te haré saber los resultados de la prueba.

FIN

Cuarta parte

INTERLUDIOS

HESINA ♦ ADIN
TARAVANGIAN

HESINA



Hesina hizo una breve anotación en su libreta, arrodillada sobre un mapa que había desplegado en el suelo. El botín que había llevado Rlain incluía cinco mapas de Alezkar, de diferentes principados. El de Sadeas estaba entre ellos, con notas sobre situación de las tropas cantoras en ciertas ciudades y todo lo demás que habían visto los exploradores en sus reconocimientos de la zona.

No había caído en la cuenta hasta entonces de que debería comprobar cómo estaba Tomat. Junto a la ciudad había varios párrafos largos de observaciones, escritas por Kara la Corredora del Viento. Los cantores estaban reparando la muralla de la ciudad, lo cual ya era increíble por sí mismo. Tenía una sección derrumbada desde... ¿cuándo, desde los tiempos de su abuelo? El infame Hueco ya no estaría si Hesina visitaba su ciudad natal algún día.

No encontró detalles sobre los habitantes de la ciudad, pero no era de extrañar. Los Corredores del Viento no habían podido acercarse mucho, al fin y al cabo. Por lo menos no había informes de casas quemadas, como en algunas otras ciudades. Parecía que Tomat se había rendido sin demasiada resistencia, lo que era un buen augurio para la tasa de supervivencia local.

Hesina copió hasta el último dato en su cuaderno y luego alzó la mirada cuando Lirin entró en el quirófano separado de la cámara general. Dejó que

las sábanas se cerraran con un frufrú de tela. Había estado estudiando la enorme maqueta de Uirthiru que había al fondo de la enfermería.

—¿Has encontrado Tomat? —preguntó Lirin, ajustándose los anteojos e inclinándose junto a ella—. Anda, sí. ¿Alguna cosa útil?

—No demasiado —dijo ella—. Las notas son parecidas a las de otras ciudades.

—Bueno, supongo que lo sabríamos si tu padre hubiera muerto —dijo Lirin, enderezándose para coger unos vendajes del mostrador.

—¿Y eso?

—Porque estaría acosándome, claro —respondió Lirin—. Viviría como una sombra en las tormentas, clamando por mi sangre. Dado que no he oído nada, debo suponer que el viejo monstruo sigue con vida.

Hesina enrolló el mapa y clavó en su marido una mirada fija, que él recibió con una sonrisa y un brillo en los ojos.

—Han pasado veinticinco años —dijo Hesina—. Puede que su actitud hacia ti se haya ablandado a estas alturas.

—La piedra no se ablanda con el tiempo, querida —respondió Lirin—. Solo se vuelve frágil. Creo que antes veríamos un chull volando que a tu padre ablandándose. —Debió de darse cuenta de que el tema la preocupaba de verdad, porque dejó las bromas—. Seguro que está bien, Hesina. Algunos hombres son demasiado huraños para que los afecte algo tan prosaico como una invasión.

—No renunciaría a su negocio por las buenas, Lirin. Es tozudo como un ojos claros. Seguro que ordenaría a sus guardias que lucharan, hasta cuando todos los demás se hubieran rendido.

Lirin volvió a su trabajo y, tras una breve pausa, dijo:

—Seguro que está bien.

—Estás pensando que, si empuñó una espada, se merecía lo que le pasara —dijo Hesina.

Y su padre desde luego empuñaría una espada. Bajo un escrito especial de indulgencia concedido por el consistor, que incluso tres décadas antes ya estaba acostumbrado a hacer todo lo que el padre de Hesina insistía con malas artes en que hiciera. Ella solo había conocido a un hombre que se hubiera atrevido a desafiarlo.

—Estoy pensando —dijo Lirin— que mi esposa necesita un marido que la apoye, no uno petulante.

—¿Y nuestro hijo? —preguntó Hesina—. ¿Qué versión de ti merece?

Lirin se tensó, con los vendajes en las manos delante de él. Hesina se volvió, intentando contener sus emociones. No había querido ser tan brusca con él, pero... bueno, supuso que no lo había perdonado por ahuyentar a Kaladin.

Lirin se acercó en silencio y se sentó en el suelo a su lado, dejando los vendajes. Entonces levantó las manos.

—¿Qué quieres de mí, Hesina? ¿Quieres que renuncie a mis convicciones?

—Quiero —dijo ella— que aprecies al hijo increíble que tienes.

—Se suponía que debía ser mejor que esto. Se suponía que debía ser mejor que... que yo.

—Lirin —dijo Hesina en voz baja—, no puedes seguir culpándote por la muerte de Tien.

—¿Estaría muerto si yo no me hubiera pasado todos esos años desafiando a Roshone? ¿Si no hubiera buscado pelea?

—No podemos cambiar el pasado. Pero como sigas así, vas a perder a otro hijo.

Él levantó la mirada y luego la apartó enseguida de los ojos fríos y fijos de Hesina.

—No habría dejado que muriera —dijo Lirin—. Si no hubieran decidido rescatar a esa Danzante del Filo, habría ido con Kaladin como me pedían.

—Ya lo sé. Pero ¿te habrías empeñado en traerlo aquí?

—Puede. Quizá necesitara cuidados prolongados, Hesina. ¿No habría sido mejor traerlo aquí, donde puedo observarlo? Mejor que dejarlo marchar para librarse una batalla imposible, haciendo que los maten a él y a otros en esta guerra absurda.

—¿Y habrías hecho lo mismo con otro soldado? —insistió ella—. Pongamos que no fuera tu hijo el herido. ¿Habrías traído aquí a ese otro chico, a riesgo de que lo encarcelaran o quizás lo ejecutaran? Has curado a soldados otras veces y los has enviado de vuelta al combate. Esa ha sido siempre tu convicción: tratar a cualquiera, sin condiciones, sin importar las circunstancias.

—A lo mejor tengo que replantearme esa actitud —dijo él—. Además, Kaladin me ha dicho muchas veces que ya no es mi hijo.

—Estupendo. Me alegro de que hayamos charlado para poder convencerte de que te pongas *más* tozudo. Veo que tus ideas y tus sentimientos sobre este tema están evolucionando... y como eres tú, van en la dirección equivocada por completo.

Lirin suspiró. Se levantó, recogió el montón de vendas y se volvió para salir de su recinto.

Tormentas, Hesina aún no había terminado con él. Se levantó, sorprendida de lo profunda que era su frustración.

—Ni se te ocurra marcharte —espetó, haciendo que Lirin parara junto a las sábanas.

—Hesina —dijo él con tono cansado—, ¿qué quieres de mí?

Ella fue hacia él con paso firme, señalando.

—Lo abandoné todo por ti, Lirin. ¿Sabes por qué?

—¿Porque creías en mí?

—Porque te amaba. Y aún te amo.

—El amor no puede cambiar las realidades de nuestra situación.

—No, pero sí que puede cambiar a la gente. —Le cogió la mano, no tanto en un gesto reconfortante como en una exigencia de que se quedara allí con ella, para afrontar aquello juntos—. Sé lo agobiado que estás. A mí también me pasa; siento como si me fuera a aplastar. Pero no pienso dejar que continúes fingiendo que Kaladin no es tu hijo.

—El hijo al que crie nunca habría cometido un asesinato en mi quirófano.

—Tu hijo es un soldado, Lirin. Un soldado que heredó de su padre la determinación, la habilidad y la compasión. Sé sincero conmigo. ¿A quién preferirías tener ahí fuera luchando? ¿A un asesino enloquecido que disfruta con lo que hace o al chico al que enseñaste a que le importe?

Lirin vaciló un momento y luego abrió la boca.

—Y antes de que digas que no quieres que nadie luche —se adelantó Hesina—, ten muy claro que te echaré en cara esa mentira. Los dos sabemos que has reconocido que la gente tiene que pelear a veces. Es solo que no quieres que lo haga tu hijo, a pesar de que seguramente es la mejor persona a la que podríamos haber elegido.

—Está claro que ya sabes las respuestas que quieres de mí —dijo Lirin—, así que ¿para qué molestarme en hablar?

Hesina gimió y echó la cabeza atrás.

—¡Qué tormentosamente frustrante puedes ser!

En respuesta, Lirin le dio un apretón suave en la mano.

—Lo siento —dijo en voz más baja—. Intentaré escuchar mejor, Hesina. Lo prometo.

—No solo escuches mejor —respondió ella, sacándolo de su apartado y haciendo un gesto hacia la cámara más grande—. Mira mejor. Observa. ¿Qué

ves?

El lugar estaba lleno de humanos ajetreados que querían cuidar de los Radiantes. Hesina había establecido unos turnos rotatorios para que todo el mundo pudiera hacerlo. Bajo la mirada de dos vigilantes regios en forma tormenta había gente de todas las etnias, vestida con toda clase de ropa, moviéndose entre los Radiantes comatosos. Administrando agua, cambiando sábanas, cepillando pelo.

Hesina y Lirin tenían un grupo más selecto, formado sobre todo por fervorosos, para los asuntos delicados como lavar a los pacientes, pero los cuidadores que había ese día eran habitantes normales de la torre. En su mayoría eran ojos oscuros, y todos ellos llevaban un glifo *shash* como el de Kaladin pintado en la frente.

—¿Qué ves? —susurró de nuevo Hesina a Lirin.

—¿La verdad?

—Sí.

—Veo a necios que se niegan a aceptar la verdad —dijo él—. Resistiendo, cuando solo conseguirán que los aplasten.

Hesina oyó las palabras que su marido había dejado sin pronunciar: «Como a mí».

Lo llevó del brazo a un lado de la cámara, donde había un hombre con un solo brazo sentado en un taburete, pintando el glifo en la cabeza de una niña pequeña. La chica salió corriendo a hacer su tarea mientras llegaban Lirin y Hesina. El hombre se levantó con respeto. Llevaba barba, una camisa abotonada y pantalones, y tenía tres lunares en la mejilla. Saludó con la cabeza a Hesina y Lirin. Casi una inclinación. La hizo bajar tanto como podía sin provocar una reacción en los guardias Fusionados, a quienes no gustaban tales señales de respeto hacia otros humanos.

—Te conozco —dijo Lirin, mirando al hombre con los ojos entornados—. Eres de los refugiados que llegaron a Piedralar.

—Me llamo Noril, señor —respondió el hombre—. Me enviaste con los fervorosos, para que me tuvieran vigilado por si intentaba suicidarme. Gracias por intentar ayudar.

—Bueno —dijo Lirin—, parece que estás mejor.

—Depende del día, señor. Pero diría que estoy mejor que cuando nos conocimos.

Lirin lanzó una mirada a Hesina, que le apretó la mano y señaló con el mentón la frente de Noril y el glifo.

—¿Por qué llevas eso en la frente? —preguntó Lirin.

—Para honrar a Bendito por la Tormenta, que todavía lucha. —Noril asintió como para sí mismo—. Estaré preparado cuando me llame, señor.

—¿No captas la ironía que hay en eso? —preguntó Lirin—. Fue luchar en tu tierra natal lo que hizo que huyeras y, por tanto, que te metieras en todos los problemas que has afrontado. La lucha te lo arrebató todo. Si la gente dejara de una vez esta tontería, yo tendría que atender a muchos menos hombres con una commoción de batalla como la tuya.

Noril se sentó en su taburete, se puso su taza de pintura negra entre las rodillas y usó un dedo para removerla.

—Supongo que tienes razón, señor. No puedo discutir con un cirujano sobre las tonterías que hacemos. Pero señor, ¿sabes por qué me levanto cada mañana?

Lirin negó con la cabeza. —Es difícil a veces —dijo Noril mientras seguía removiendo—.

Despertar significa abandonar la nada, ¿sabes? Recordar el dolor. Pero entonces pienso: «Bueno, él se levanta».

—¿Te refieres a Kaladin? —preguntó Lirin.

—Sí, señor. El también tiene el hueco, tan grande como el mío. Lo veo en él. Lo vemos todos. Pero se levanta de todas formas. Estamos atrapados aquí y todos queremos hacer algo para ayudar. No podemos, pero de alguna manera él sí.

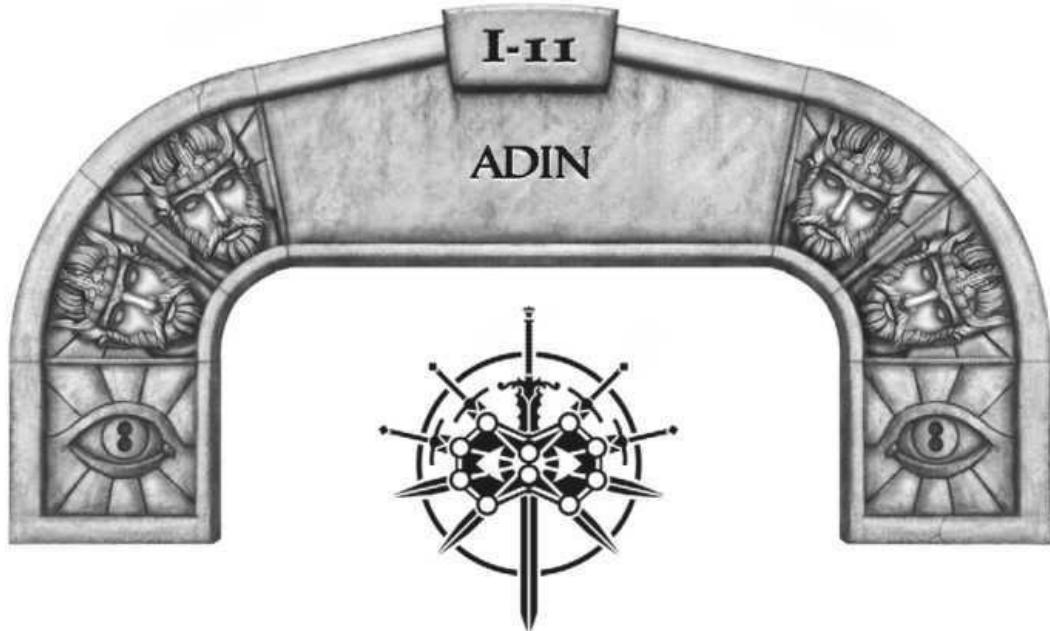
»Y en fin, he oído las charlas de los fervorosos. Me han examinado y hecho pruebas. Me han encerrado en la oscuridad. Nada de eso funcionó tan bien como saber esa única cosa, señor. Que él, aun así, se levanta. Aun así, lucha. Así que supongo... supongo que yo también puedo.

Hesina apretó de nuevo la mano de Lirin y se lo llevó mientras daba las gracias a Noril con una sonrisa.

—Quieres que reconozca —susurró Lirin— que lo que hace Kaladin está ayudando a ese hombre donde mis tratamientos de cirujano no habrían servido de nada.

—Has dicho que escucharías —respondió ella—. ¿Me preguntabas qué quiero de ti? Quiero que hables con ellos, Lirin. Con la gente de esta sala. No los desafíes. No discutas con ellos. Solo pregúntales por qué llevan ese glifo. Y tienes que verlos, Lirin. Por favor.

Lo dejó allí y volvió a sus mapas. Confiado en él, en el hombre que sabía que era.



Adin iba a ser Corredor del Viento algún día.

Lo tenía todo pensado. Sí, solo era el hijo de un alfarero y se pasaba el día aprendiendo a convertir el crem en platos. Pero el mismísimo alto mariscal había sido una vez un chico ojos oscuros de un pueblo perdido. Los spren no solo escogían a reyes y reinas. Observaban a todo el mundo, buscando guerreros.

Así que, mientras Adin seguía a su padre por los pasillos de Urithiru, buscó oportunidades de mirar furibundo a los invasores. Muchos habrían dicho que a sus trece años era demasiado joven para hacerse Radiante. Pero Adin sabía a ciencia cierta que había una chica a la que habían elegido teniendo menos edad que él. La había visto dejando comida a la anciana Gavam, la viuda que a veces se olvidaba de recoger sus raciones.

Tenías que ser valiente, hasta cuando pensabas que no había nadie mirando. Eso era lo que querían los spren. Les daba igual lo mayor que fuieras, si tenías los ojos oscuros o si los cuencos que hacías salían torcidos. Querían que fueses valiente.

Mirar mal a los cantores no era mucha cosa. Adin sabía que podía, y que algún día debería, hacer más. Cuando llegara el momento. Y no podía dejar que el enemigo lo pillara siendo rebelde. Así que de momento, se apartó a un lado del pasillo con su padre y dejó pasar al numeroso grupo de cantores en forma de guerra. Se quedó allí como era su obligación, con la mano de su padre en el hombro, ambos con las cabezas gachas.

Pero cuando los formas de guerra hubieron pasado, Adin levantó los ojos. Y los fulminó con la mirada, tan furioso como podía ponerse.

No fue el único. Vio a Shar, la hija de la costurera, mirándolos con ira también. Pero claro, su tío era Corredor del Viento, así que a lo mejor pensaba que tenía más posibilidades que los demás, pero seguro que los spren eran más exigentes que eso. Shar era tan mandona que cualquiera diría que era una ojos claros.

«No importa —se recordó Adin—. A los spren les da igual que seas mandón. Solo quieren que seas valiente.» Bueno, podría soportar un poco de competencia por parte de Shar. Y cuando él obtuviera su spren primero, a lo mejor podría darle unos consejos.

El padre de Adin lo descubrió mirando furioso, por desgracia, y le apretó el hombro.

—Mirada baja —susurró.

Adin obedeció a regañadientes mientras pasaba marchando otro grupo de soldados, también en dirección al atrio. ¿Habría algún tipo de alboroto? Más valía que Adin no se hubiera perdido otra aparición de Bendito por la Tormenta. Aún no podía creer que se hubiera pasado la última pelea echando la siesta.

Confío en que los spren miraran a los padres de la gente a la hora de escoger a sus Radiantes. Porque el padre de Adin era pero que muy valiente. Vale, no miraba mal a los soldados que pasaban, pero ni falta que le hacía. El padre de Adin pasaba muchas tardes cuidando a los Radiantes caídos. Bajo la mirada directa de los Fusionados, nada menos. Y todas las noches salía en secreto a hacer algo.

Cuando los soldados se hubieron marchado, todos los demás siguieron su camino. A Adin le dolía un poco el tobillo, pero ya lo tenía mucho mejor que cuando se lo había torcido. Ni siquiera cojeaba. No quería que un spren lo viera estando débil.

¿Qué estaría pasando? Se puso de puntillas para intentar mirar por encima de la gente, pero su padre no dejó que se quedara por allí. Entraron juntos en el mercado y se dirigieron hacia la tienda de maese Liganor. Se le hacía raro mantener su rutina de siempre. ¿Cómo podían seguir con la alfarería en unos tiempos como esos? ¿Cómo podía maese Liganor abrir la tienda al público como si no pasara nada? Bueno, eso formaba parte de la valentía de todos. Adin había llegado a comprenderlo.

Entraron a la rebotica y lo prepararon todo en el taller. Adin se puso a la

faena, sabiendo que tenían que actuar con normalidad para que el enemigo no supiera que pasaba algo. Tenían que hacer que se sintieran seguros, cómodos. Ese día, Adin ayudó a esa causa sacando su cubo de crem, vertiendo a la calle el agua de arriba y mezclándolo hasta convertirlo en una pasta. Luego la aplastó para su padre hasta que tuvo la consistencia exacta, un poco más blanda que la masa.

Amasó el montón de crem con agresividad, enseñando a los spren que sin duda estaban observándolo en esos momentos lo fuertes que tenía los brazos. Los Corredores del Viento necesitaban brazos fuertes, porque no usaban mucho las piernas al ir volando a todas partes.

Mientras trabajaba el crem, mientras empezaban a arderle los brazos y el aroma terrenal de la roca mojada llenaba el aire, oyó que la puerta principal se cerraba. Maese Liganor había llegado. El anciano era majo, para ser un ojos claros. En otros tiempos había hecho él mismo todo el esmaltado de la cerámica, pero últimamente lo terminaba siempre Gub, el otro oficial además del padre de Adin.

Adin amasó el crem hasta darle la consistencia correcta y pasó un trozo a su padre, que había estado limpiando y preparando el torno. El padre de Adin sopesó el montón, le empujó un dedo dentro y asintió aprobador.

—Haz otra remesa —dijo, poniendo el trozo en su torno—. Practicaremos tus platos.

—No podré hacer platos cuando pueda volar —respondió Adin.

—¿Y si no te haces Corredor del Viento hasta tener veintitantos años? —preguntó su padre—. Algo tendrás que hacer con tu tiempo hasta entonces. Podrían ser platos.

—A los spren no les importan los platos.

—Seguro que sí —dijo su padre, pisando el pedal para hacer rodar el torno—. Sus Radiantes tienen que comer, al fin y al cabo. —Empezó a dar forma al crem—. Nunca subestimes el valor de un trabajo bien hecho, Adin. ¿Quieres que un spren se fije en ti? Pues enorgullécete de todo el trabajo que hagas. Los hombres que hacen platos chapuceros serán unos chapuceros combatiendo a los Fusionados.

Adin entornó los ojos. ¿Cómo sabía eso su padre? ¿Era solo otra sabia afirmación sacada de su pozo inacabable de ocurrencias de padre o... lo decía por experiencia personal? En cualquier caso, Adin sacó fuera otro cubo de crem. Ya iba quedando poco. ¿Dónde iban a conseguir más, ahora que no llegaban comerciantes de las Llanuras Quebradas?

Tenía la nueva remesa a medio amasar cuando entró maese Liganor, estrujándose las manos. Bajito, calvo y barrigón, parecía un jarrón, como esos que se hacían con el cuello demasiado corto y no servían para mucha cosa. Pero era majo.

—Está pasando algo, Alalan —dijo el dueño de la tienda—. En el atrio. No me gusta. Creo que hoy cerraré la tienda. Por si acaso.

El padre de Adin asintió con calma, sin dejar de dar forma a la cacerola en la que trabajaba. Cuando tenía una cacerola entre manos, no había nada que lo alterara. Siguió modelando y se mojó los dedos con aire distraído.

—¿Qué te parece? —preguntó maese Liganor.

—Buena idea —respondió el padre de Adin—. Pon fuera el glifo de comida y a lo mejor podemos abrir otra vez más tarde.

—Bien, bien —dijo el dueño, saliendo del taller a la exposición contigua—. Creo... creo que me voy a mi habitación un rato. ¿Seguirás trabajando? Vamos cortos de ollas, como siempre.

Maese Liganor cerró y puso el pestillo a las ventanas de madera de la pequeña tienda, y luego cerró la puerta con llave. Al terminar, subió la escalera hacia sus habitaciones.

En el momento en que se hubo ido, su padre se levantó, dejando una cacerola *a medias* en el torno.

—Vigila la tienda, hijo —dijo, lavándose las manos, y luego fue hacia la puerta trasera.

Bajito, con el pelo rizado y un aire tranquilo, no era de los que destacarían en una multitud como héroes. Pero Adin sabía exactamente dónde iba. Se levantó, con las manos cubiertas de crem.

—Vas a ver qué está pasando, ¿verdad? ¿En el atrio?

Su padre vaciló, con la mano en el pomo de la puerta.

—Quédate aquí y vigila la tienda.

—Vas a pintarte el glifo en la frente y a cuidar de los Radiantes —dijo Adin—. Por si acaso. Pues quiero ir contigo.

—Tu tobillo.

—Ya lo tengo bien —dijo Adin—. Si al final pasa algo, me necesitarás para que vaya corriendo a casa y se lo diga a madre. Además, si la cosa se alborota, podría haber saqueos aquí en el mercado. Estaré más seguro contigo.

El padre de Adin se debatió un momento antes de suspirar y hacerle un gesto para que fuese con él. Adin sintió el corazón atronando en el pecho

mientras se apresuraba a obedecer. Podía sentirlo, como una energía en el aire. Ocurriría ese mismo día.

Ese mismo día, Adin empuñaría una lanza y se ganaría su spren.

VULNERABLE



Taravangian había renunciado a ser listo.

Parecía que cuanto más tiempo vivía, menos variaba su inteligencia de un día para otro. Y cuando sí variaba, daba la impresión de descender sin tregua. Hacia la estupidez. Hacia el sentimentalismo. Sus días «listos» de los últimos tiempos habrían sido intermedios solo unos meses antes.

Tenía que actuar de todos modos.

No podía permitirse esperar a que llegara la inteligencia. El mundo no podía permitirse esperar a los caprichos de su situación. Por desgracia, Taravangian no sabía cómo proceder. Había fracasado en su intento de reclutar a Szeth, y Taravangian ya era demasiado estúpido para manipular a ese hombre. Había empezado a escribir una docena de cartas a Dalinar y las había hecho pedazos todas.

Las palabras precisas. Dalinar solo respondería a las palabras precisas. Además, cualquier cosa que escribiese Taravangian le parecía demasiado riesgo para Kharbranth. No podía sacrificar su hogar. No podía.

Y lo peor era que cada día encontraba que el tiempo se le escapaba más y más deprisa. Podía despertar de una cabezadita en su butaca y que hubiera pasado todo el día. Por lo general era el dolor lo que lo despertaba.

No era solo que estuviera viejo. No era solo que estuviera débil. Aquello era peor.

Ese día Taravangian se obligó a moverse para no quedarse dormido otra vez. Renqueó por la prisión que era aquella casa. Puso todo su empeño en pensar. ¡Tenía que haber una solución!

«Ve a ver a Dalinar —lo urgió una parte de él—. No le escribas. Habla con él.» ¿De verdad estaba esperando a pensar en las palabras precisas o había otro motivo para que lo pospusiera? Un desapego voluntario de la verdad. La versión un poco más lista de Taravangian no quería que contara nada de aquello al Espina Negra.

Fue hacia el pequeño cuarto de baño de la planta baja mientras pasaba páginas de su cuaderno, contemplando centenares de notas e ideas tachadas. La respuesta estaba allí. Podía sentirlo. Era frustrante saber lo listo que podía llegar a ser y estar viviendo por debajo de esa capacidad la mayor parte del tiempo. Los demás no comprendían la inteligencia y la estupidez. Daban por sentado que los estúpidos eran de algún modo menos humanos, menos capaces de tomar decisiones o hacer planes.

No era así en absoluto. Taravangian podía planificar, era solo que necesitaba tiempo. Podía recordar cosas, si tenía ocasión de grabárselas a fuego en el cerebro. En parte ser inteligente, por lo que él había visto, consistía más en la rapidez que en la capacidad. En eso y en la retentiva. Cuando creó los problemas para comprobar su inteligencia diaria tuvo en cuenta esas dinámicas, de modo que las pruebas incluían medidas de con qué rapidez resolvía los problemas y cómo de bien recordaba las ecuaciones y los principios necesarios para hacerlo.

En esos momentos no tenía nada de esa capacidad, pero tampoco necesitaba nada. La respuesta estaba allí, en el cuaderno. Se sentó en el taburete dentro del cuarto de baño, demasiado cansado para llevárselo a ninguna parte, y siguió pasando páginas.

Taravangian contaba con una gran ventaja sobre casi todos los demás. El resto, fuesen tontos o listos, tendían a sobreestimar sus aptitudes. Taravangian no. Él sabía exactamente cómo se sentía uno siendo tanto inteligente como estúpido. Eso podía aprovecharlo.

Debía aprovecharlo. Debía usar toda ventaja que tuviera. Debía crear un plan tan atrevido como el Diagrama, y hacerlo sin los dones que le había concedido Cultivación.

El plan de un hombre, no de un dios.

Se devanó los sesos pensando en cualquier referencia que pudiera haber en el Diagrama a Sangre Nocturna, la espada. Pero no había nada. La espada no la habían anticipado. Aun así, Taravangian había recibido el informe de los agentes a los que había enviado a investigarla, entrevistándose con uno de sus antiguos portadores. Taravangian sacó trocitos de ese informe de los

recovecos de su mente y los apuntó en una página en blanco de su cuaderno.

«La espada se alimenta de la esencia que compone todas las cosas — escribió, a la luz de una sola esfera de rubí—. Extraerá la luz tormentosa con ansia, dándose un festín. Pero si no hay luz tormentosa, se alimentará de la misma alma.» El agente había mencionado que Sangre Nocturna funcionaba como un larkin, esos animales que podían alimentarse de Investidura.

¿Qué más sabía? ¿Qué otras pistas podía darse a sí mismo?

«Odium tiene una inteligencia muy aumentada —escribió—. Puede estar en muchos sitios a la vez y gobernar los elementos. Pero *siente* de la misma manera que un humano. Es posible engañarlo. Y parece tener un... yo central, una persona en su núcleo.»

Szeth se había negado a escuchar a Taravangian. Pero sí que había acudido cuando Taravangian había sembrado el aliciente adecuado allí fuera, en el mundo. Así que Taravangian quizás no tuviera que provocar que Szeth hiciera más que aparecer en el mismo lugar que Odium. El asesino shin era temerario e inestable. Seguro que Szeth atacaría a Odium si viese manifestarse al dios.

«Pero ¿cómo? ¿Cómo puedo hacer que coincidan en el momento justo?»

Taravangian suspiró con la cabeza palpitando de dolor. Miró el pequeño espejo de mano que había colocado en el lavabo. La esfera de rubí con la que se iluminaba se reflejaba en el espejo.

Pero su cara no se reflejaba.

En vez de ella, vio una silueta sombría, femenina, de cabello negro largo y ondulado. La figura entera era una sombra, sus ojos como agujeros blancos hacia la nada. Taravangian parpadeó muy despacio y entonces empezó a temblar de miedo. *Tormentas*.

Tormentas.

Intentó recobrar la compostura y dominar sus emociones. Lo más seguro era que hubiera corrido a esconderse si tuviera fuerzas. En aquel caso, su cuerpo debilitado lo favoreció al obligarlo a quedarse allí sentado hasta que pudiera controlarse.

—Eh... Hola, Sja-anat —logró decir por fin—. No sabía que hubiera ninguno de los Des... Deshechos aquí.

¿*Qué te pasa?*?, preguntó una voz en su mente, retorcida y distorsionada, como una decena de voces superpuestas. ¿*Qué te ha ocurrido?*?

—Así es como me pongo a veces. Es... culpa de la Vigilante Nocturna.

No, de la otra. La diosa. Ha tocado a tres que yo sepa. La niña. El general. Y tú. La Antigua Magia... la Vigilante Nocturna... Empiezo a preguntarme si

era todo una fachada durante estos siglos. Una forma para ella de atraer en secreto a las personas a quienes quería tocar. Ha estado jugando a un juego mucho más sutil de lo que Odium se ha dado cuenta.

¿Por qué acudiste a ella? ¿Qué pediste?

—La capacidad de detener lo que estaba por llegar —dijo él. Estaba demasiado asustado para mentir. Ni siquiera su yo listo había querido enfrentarse a uno de aquellos seres.

Ella planta muchas semillas, dijo Sja-anat. ¿Podrás hacerlo? ¿Puedes detener lo que está por llegar?

—No lo sé —susurró Taravangian—. ¿Es posible detener eso? ¿Es posible... detenerlo a él?

No estoy segura. El poder que lo respalda es fuerte, pero su mente está expuesta. La mente y el poder tienen objetivos distintos. Eso lo deja... no débil, pero sí vulnerable.

—Me he preguntado —dijo Taravangian, con una mirada a su cuaderno— si estaré jugando conmigo ahora mismo. Doy por sentado que mira por encima de mi hombro todo lo que escribo.

No. Él no está en todas partes. Su poder sí, pero él no. Existen límites, y sus ojos vacíos pren temen acercarse demasiado a un Forjador de Vínculos.

Había algo llamando la atención de Taravangian a través del miedo y la confusión. Sja-anat... hablaba como si pretendiera que Odium cayese. ¿No había algo en el Diagrama al respecto? Intentó recordar.

Tormentas. ¿Estaría la Deshecha intentando engañarlo para que confesara? ¿Debería quedarse callado y no decir nada?

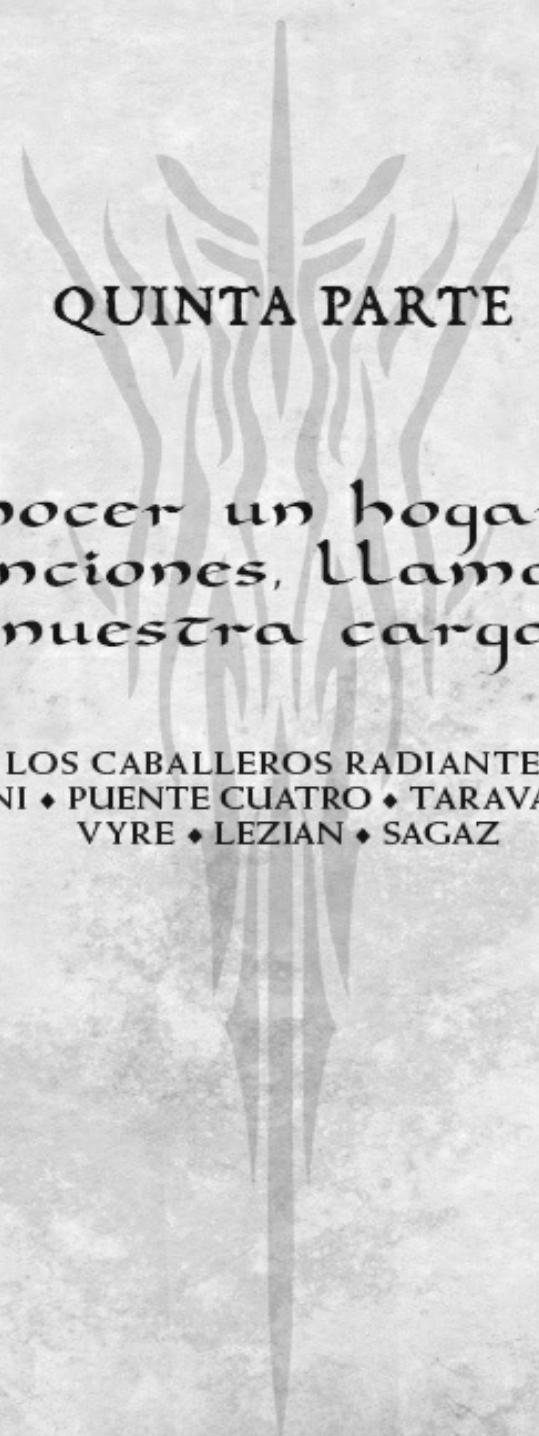
No. Tenía que intentarlo.

—Necesito una forma de atraer a Odium hacia mí —dijo Taravangian—. En el momento adecuado.

Me encargaré de que se te entreguen gemas con dos hijos míos dentro, prometió ella. Odium los busca. Me vigila, convencido de que cometeré un error y revelaré mis verdaderas intenciones. Estamos Conectados, de modo que la aparición de mis hijos le llamará la atención.

Buena suerte, humano, cuando él llegue. Tú no estás protegido de él como muchos otros de este mundo. Has hecho tratos que te excluyen de tal seguridad.

Sja-anat desapareció del espejo y Taravangian se encorvó y tembló mientras seguía escribiendo.



QUINTA PARTE

Conocer un hogar de
canciones, llamado
«nuestra carga»

LOS CABALLEROS RADIANTES
NAVANI ♦ PUENTE CUATRO ♦ TARAVANGIAN
VYRE ♦ LEZIAN ♦ SAGAZ



Tengo ganas de gobernar a los humanos.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Para Dalinar, el olor a humo iba inextricablemente unido al de la sangre. Le costaría contar la cantidad de veces que había dado ese mismo largo paseo por un campo de batalla reciente. Tenía por costumbre realizar una especie de autopsia del enfrentamiento inspeccionando sus consecuencias. Era posible leer los movimientos de tropas en cómo habían caído los muertos.

Aquellas franjas de cantores indicaban un frente que se había roto dejando paso al caos. Los cadáveres humanos amontonados contra el ancho río revelaban que el enemigo había utilizado el agua, ya lenta unos días después de la última tormenta, para empujar una compañía entera a mal terreno. Los cuerpos con flechas clavadas por delante narraban los primeros envites de la batalla, y las flechas por detrás los últimos, cuando los soldados se venían abajo y huían. Dalinar pasó junto a muchos cadáveres de los que sobresalían flechas que llevaban blancas plumas de «ganso», un tipo de emplumado que los Comecuernos habían entregado en lotes para colaborar en el esfuerzo bélico.

La sangre fluía por el campo de batalla, buscando pequeñas grietas en la piedra, lugares donde el agua de lluvia había dejado su marca. Allí la sangre era más naranja que roja, pero las dos se mezclaban en un color malsano, el rojo deslavazado de una fruta methi podrida.

El humo impregnaba el aire. En un campo de batalla tan internado en territorio enemigo, los muertos se quemaban allí mismo y solo se enviaba de vuelta a los oficiales, ya convertidos en estatuas por moldeado de almas. Los cuerpos humanos y cantores olían igual cuando ardían, un hedor que siempre molestaría a Dalinar por un campo de batalla concreto. Una ciudad concreta. Una cicatriz abrasada que era la marca de su mayor fracaso, de su mayor vergüenza.

Había grupos fúnebres moviéndose entre los muertos, cortando parches de los uniformes con solemnidad, ya que en teoría llevaban detrás el nombre del soldado escrito en tinta por la escriba de intendencia. A veces no ocurría. O a veces la escritura se echaba a perder en la lucha. Esas familias pasarían el resto de sus vidas sin poder pasar página. Sabiéndolo, pero preguntándoselo de todos modos.

Sin perder del todo la esperanza.

Caminando entre los muertos, Dalinar no pudo evitar oír la voz de Taravangian, terrible pero inquietantemente lógica. Había una manera de que la guerra terminara. Lo único que tenía que hacer Dalinar era dejar de luchar. Aún no estaba preparado para hacerlo, pero podría suceder. Todo general sabía que alguna vez llegaba el momento de bajar la punta de la espada y entregársela al enemigo con la cabeza inclinada. La rendición era una táctica válida cuando el objetivo era la preservación de un pueblo, porque superado cierto punto, seguir luchando perjudicaba ese objetivo.

Podía confiar en que los Fusionados no pretendían la extinción. Odium, en cambio... En él no podía confiar. Algo decía a Dalinar que el antiguo dios de la humanidad, abandonado largo tiempo atrás, no contemplaría ese campo de batalla con el mismo pesar que Dalinar.

Terminó su lúgubre análisis, con Szeth a su lado como siempre. También lo acompañaban varios generales azishianos, todos ellos recién condecorados por su valor en esa batalla. Y dos líderes emuli, que eran arqueros. Era sorprendente que para el ejército emuli el tiro con arco fuese la vocación más elevada. Dalinar sabía manejar el arma, pero nunca la había considerado de las más regias. Allí reverenciaban los arcos.

Dalinar controlaba sus reacciones con sumo cuidado en presencia de los

generales de la región. No quería que vieran lo mucho que aborrecía las muertes. Un comandante no podía permitirse aborrecer el trabajo que emprendía. Los generales no eran malos hombres por enorgullecerse de su victoria, ni por disfrutar de la táctica y la estrategia. Las fuerzas de Dalinar no llegarían muy lejos si pusieran a pacifistas como generales de campo.

Pero tormentas... desde que había conquistado la Emoción y la había enviado a hundirse en las profundidades del océano, se había descubierto a sí mismo renegando de aquellos olores, de aquellas vistas. Ese estaba convirtiéndose en su secreto mejor guardado: que el Espina Negra por fin era lo que los hombres lo habían acusado de ser durante años. Un soldado que había perdido la voluntad de matar.

Dalinar se desvió, dejando atrás a los muertos, hacia compañías victoriosas que se daban un festín a la misma sombra de su carnicería. Les fue dando la enhorabuena, actuando como el mascarón de proa que había hecho de sí mismo. De todos los que vio, solo el Visón pareció darse cuenta de la verdad. Era uno de los motivos por los que Dalinar se había esforzado tanto en encontrar su reemplazo.

El herdaziano de corta estatura echó a andar detrás de Dalinar.

—La guerra en Emul está terminada después de esta batalla —dijo el Visón—. El resto será limpiar. A menos que el enemigo destine a sus tropas de aquí unos recursos ingentes, y eso sería un desperdicio enorme a estas alturas, dominaremos Emul antes de un mes.

—El enemigo se ha deshecho del país —dijo Dalinar.

—Yo no diría tanto —respondió el Visón—. Han luchado. Querían resistir. Pero también sabían que no podían desplazar recursos desde Jah Keved ahora mismo. Si lo hacían, se arriesgaban a desestabilizar la zona y quizá a que la conquistáramos en los próximos meses.

»Nos conviene que el enemigo quiera ocupar y gobernar, no solo destruir. Porque podrían habernos echado encima lo suficiente para acabar con nosotros en este frente, pero eso habría dejado mutilados sus avances en los demás. Tal y como están las cosas, sabían la cantidad exacta de tropas que desplegar en Emul para tentarnos a traer una fuerza lo bastante grande, pero también sabían cómo minimizar pérdidas si la batalla se volvía en su contra.

—Has sido de muchísima ayuda —dijo Dalinar.

—Tú recuerda tu promesa. Alezkar a continuación, y luego Herdaz.

—Urithiru antes que ambas —dijo Dalinar—. Pero tienes mi palabra. No habrá operaciones contra los iriali ni intentos de tomar Jah Keved hasta que

tu pueblo sea libre.

Lo más probable era que el Visón no necesitara la promesa. Era un hombre astuto y no le habría costado esfuerzo darse cuenta de que, si Dalinar alguna vez recuperaba Alezkar, sería lo mejor que podía ocurrir a favor de la eventual reconquista de su propia tierra natal. Al pasar Jah Keved al enemigo, la importancia táctica de Herdaz se había disparado.

El Visón se despidió para ir a festejar el final de la batalla con su unidad personal de rebeldes herdazianos. Dalinar terminó en la pequeña tienda de mando junto a una copa llena de rubíes. ¿La luz no podría haber sido de un color distinto?

Tormentas. Hacía mucho tiempo ya que una batalla no lo alteraba tanto como aquella.

«Es como si fuese a la deriva en el océano —pensó—. Hoy hemos ganado, pero Navani sigue atrapada.» Si no podía reconquistar Urithiru, todo se vendría abajo. Perder la torre era un contratiempo enorme de cara a su verdadero objetivo: asustar lo suficiente a Odium para que se viera obligado a hacer un trato.

Así que se levantó de un salto, aliviado, cuando entró Sigzil el Corredor del Viento acompañado por dos miembros de su equipo y por Sidéreo el Tejedor de Luz, un hombre bien parecido con complexión de soldado y sonrisa fácil. El nombre era pasarse un poco, y Dalinar dudaba mucho que se lo hubieran puesto al nacer, pero tenía reputación de simpático y desde luego las mujeres ojos claros de la corte parecían tener buena opinión de él.

Como los demás Tejedores de Luz, se negaba a llevar uniforme. El hombre aducía algo sobre que no le parecía bien volver a ponérselo. Y de hecho, se inclinó ante Dalinar en vez de hacerle el saludo marcial.

—Dame buenas noticias, Radiante Sigzil —dijo Dalinar—. Por favor.

—¿Sidéreo? —delegó Sigzil.

—Cómo no.

Sidéreo absorbió luz tormentosa de un saquito que llevaba al cinto. Empezó a pintar con los dedos en el aire. Cada uno de ellos lo hacía a su manera. Shallan había explicado a Dalinar que todos necesitaban una especie de foco para poner en práctica su potenciación. El de ella eran los dibujos a lápiz. Sidéreo parecía tener un método distinto, algo más similar a la pintura.

El tejido de luz creó una vista desde el cielo, un paisaje costero. Había un ejército acampado a lo largo del litoral, aunque no parecía muy disciplinado. Grandes grupos de hombres en torno a fuegos de campamento, sin uniformes

dignos de ese nombre. Armas variadas. Pero las tropas de Ishar parecían ser numerosas y bien equipadas. Su éxito en los campos de batalla de esa región hacían que Dalinar tuviera cuidado de no subestimarlos. Quizá no tuvieran uniformes adecuados, pero eran veteranos bien curtidos.

—Mira, brillante señor —dijo Sidéreo, y la imagen empezó a moverse como en la vida real—. Puedo tenerlo todo en la cabeza, mientras me concentre en los colores.

—¿Los colores? —preguntó Dalinar.

—Me crie con un padre que fabricaba pigmentos, brillante señor. Siempre he visto el mundo por sus colores. Si fuerzas un poco la mirada, en realidad todo es solo color y formas.

Dalinar estudió la ilusión móvil. Representaba un campamento entero, donde lo más interesante era un enorme pabellón en su centro. Estaba coloreado en anillos, como los brazaletes que había visto llevar a los tukari. Dalinar pensaba que tenían un significado religioso, aunque tampoco sabía mucho sobre esa región. Los tukari eran conocidos por sus mercenarios, sus perfumes y creía que también por sus joyas.

La ilusión titiló cuando Dalinar se acercó más. Había una persona sola delante del pabellón. No llevaba la misma ropa que los soldados y no empuñaba un arma.

—Descenderemos más cerca en un momento, señor —dijo Sigzil—. Deberías fijarte en la persona que hay delante.

—Ya lo veo —dijo Dalinar, inclinándose hacia delante.

En efecto, al poco tiempo la imagen se acercó al pabellón y la figura ganó detalle. Era un hombre mayor. No parecía tukari ni alezi. Sí... lo más seguro era que fuese shin, el aspecto que Sagaz había dicho que tendría Ishar. Un anciano shin de barba blanca y piel pálida. Tukar recibía su nombre de Tuk, que era como llamaban allí al Heraldo Talenelat, pero no era Taln quien los gobernaba. Ya no. Era otro Heraldo distinto.

Ishar llevaba una sencilla túnica de color azul oscuro. Separó las manos hacia los lados y cristalizó escarcha en la piedra que lo rodeaba, formando líneas.

Un glifo. El símbolo de misterio, una pregunta.

Parecía dirigido a Dalinar en concreto. Sin la menor duda, aquel era el hombre al que buscaba. Dalinar no necesitaba consultar los retratos que le había proporcionado Sagaz.

Oyó un siseo a su lado y miró sorprendido a Szeth, que había abandonado

su puesto a la entrada de la tienda. Había pasado al interior con Dalinar y estaba muy cerca de la ilusión.

—Uno de los... —Szeth se mordió la lengua, quizá recordando que llevaba puesta la imagen de un alezi—. Sangre de mis ancestros —optó por decir—. ¿Ese hombre es shin?

—En realidad —respondió Dalinar—, es del pueblo que hace mucho tiempo se asentó en Shinovar y se convirtió en los shin. Los Heraldos ya existían antes de que se formaran nuestras nacionalidades.

Szeth parecía cautivado, como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza que algún Heraldo pudiera ser shin. Dalinar lo entendía: había visto representaciones de los diez Heraldos y solían pintarlos como personas alezi. Había que rebuscar entre las obras maestras de épocas anteriores para encontrar a los Heraldos plasmados como miembros de los distintos pueblos de Roshar.

La ilusión se alejó de Ishar mientras los Corredores del Viento completaban su barrido de la zona y se llevaban a Sidéreo más hacia arriba, fuera del alcance de los arqueros. El tejido de luz se desintegró.

—Eso es todo lo que hemos visto, brillante señor —dijo Sidéreo—. Puedo mostrártelo otra vez siquieres.

—No hará falta —respondió Dalinar—. Lo hemos encontrado... y está esperándome.

—¿Esperándote a ti, señor? —preguntó Sigzil, con una mirada hacia Lyn y Leyten.

—Sí —dijo Dalinar—. Haced otra misión de reconocimiento e informadme de lo que encontréis. Quiero consultar antes con Jasnah, pero vamos a ir a conocer a ese hombre, Radiante Sigzil, y averiguar lo que sabe.

SIN ATADURAS



Me privaron de mi título y mis ritmos por atreverme a insistir en que no deberíamos matarlos, sino reacondicionarlos. Darles una nueva función.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Jasnah se reclinó en su butaca, alumbrada por esferas. Acababa de llegar el informe por vinculacaña y el enfrentamiento de la jornada con los ejércitos enemigos había concluido. Las fuerzas de la coalición habían salido victoriosas. A grandes rasgos, Emul ya era suyo.

Aún tenía dolores por su participación en las batallas anteriores, aunque esa se la había perdido. Dalinar estaba presente y no habían querido situarlos a los dos en el mismo campo de batalla a la vez. En todo caso, que aquella ofensiva en particular estuviese terminada tachaba un elemento en su lista de asuntos pendientes, pero aún quedaba mucho por hacer, con Urithiru en manos enemigas.

La casa que tenía Jasnah en el campamento base era mucho más lujosa que la que Dalinar había escogido para sí mismo. Jasnah no se había quedado con ella por los lujos, ni por el espacio, sino porque tenía dos plantas. Encerrada en una habitación interior del piso de arriba, sin paredes que dieran al exterior y a solas salvo por la compañía de Sagaz, por fin podía permitirse un momento de relajación. Si un portador de esquirlada entraba por la fuerza, o

si un Rompedor del Cielo atravesaba una ventana del primer piso, dispararían sus trampas fabriales, que darían la alarma y le dejarían tiempo para luchar o huir a Shadessmar antes de que pudieran matarla.

Tenía una barca esperándola al otro lado, tan cerca como era posible en el análogo de aquella posición en Shadessmar. Llevaba reservas de luz tormentosa en los bolsillos del batín que llevaba puesto. Nunca más volverían a pillarla desprevenida. Nunca más volvería a quedarse varada en Shadessmar sin los recursos adecuados, obligada a pasar semanas buscando una perpendicularidad. Era solo por medio de esos preparativos que Jasnah se sentía lo bastante a salvo como para permitirse la frustración.

En su vida dedicada al estudio de la historia, Jasnah se había guiado por dos principios básicos. El primero era que debía desbrozar los sesgos de las historiadoras para comprender el pasado. El segundo, que solo comprendiendo el pasado podría prepararse como era debido para el futuro. Había dedicado muchísimo de ella a ese estudio. Pero el trabajo de toda una vida podía tambalearse cuando la historia se levantaba y empezaba a hablar con una.

Hojeó unos papeles más valiosos que la más pura de las esmeraldas, que contenían sus entrevistas con los Heraldos Ash y Taln. Historia viva. Personas que habían visto los acontecimientos sobre los que Jasnah había leído. En esencia, había desperdiciado años enteros de su vida. ¿De qué servían ya sus teorías? Eran reconstrucciones semifiables de lo que quizás podría haber ocurrido, reunidas a partir de fragmentos de distintos manuscritos.

Pero claro, en los últimos tiempos podía limitarse a preguntar. ¿El Desafío de Fuertormenta? Ah, sí, Ash había estado allí. El rey Iyalid se había emborrachado. ¿El tratado de las cuatro noches? Una táctica dilatoria para dejar al enemigo vulnerable a una traición. Después de tantos debates, Jochi tenía razón y Jasnah se equivocaba. Resuelto con un chasquear de dedos.

Por supuesto, había cosas que los Heraldos no sabían, cosas que se negaban a contar o, en el caso de Taln, cosas que no podían contar. Jasnah pasó una página tras otra, intentando ensamblar a partir de sus conversaciones más recientes algo que pudiera ayudar con la situación de Urithiru. Pero ni siquiera los Heraldos sabían mucho de aquel Hermano, el impenetrable spren de la torre.

Tenía que compartir aquello con las demás veristitalianas, a ver qué sacaba en claro el resto. Aun así, las palabras de los Heraldos sembraban la duda

sobre el segundo principio básico de Jasnah, el que afirmaba que el pasado era la mejor manera de estimar el futuro. Existía otro método. El enemigo podía ver lo que iba a ocurrir más adelante. Eso la aterrorizaba. Apoyándose en el pasado, Jasnah veía el futuro a través de un cristal ocluido desde el fondo de un abismo, si es que lo veía. Odium tenía un asiento de primera clase encima de la torre de vigilancia.

Suspiró y Sagaz se despegó de su cómoda butaca en la esquina del otro lado de la sala. Se desperezó, se acercó a Jasnah y se arrodilló a su lado antes de tomar su mano segura descubierta y besarle la punta del dedo índice.

Cuando lo hizo, Jasnah sintió una pequeña y agradable punzada de misterio. Había llegado a la conclusión, en sus primeros años de juventud, de que no afrontaba las relaciones del mismo modo en que parecían hacerlo todos los demás. Sus parejas del pasado siempre se habían quejado de que era demasiado fría, demasiado académica. Eso siempre la había frustrado. ¿Cómo iba a averiguar lo que sentía otra persona si no podía preguntárselo?

Con Sagaz no tenía ese problema. Sagaz planteaba todo un mundo de otros problemas, pero nunca le habían molestado las preguntas de Jasnah. Aunque a menudo las esquivara.

—Querida —dijo él—, no me haces ningún caso. Cuídate de prestar una atención indebida solo a los desvaríos de los dementes. Te lo advierto: desprovisto del adecuado afecto, tu Sagaz sangrará sin semblanza.

Jasnah apartó la mano y observó a Sagaz. Ojos agudos. Una nariz que quizá fuese un poco demasiado afilada. Sospechaba que la mayoría de las mujeres lo encontrarían atractivo en términos físicos. Y ella misma apreciaba su porte escultural, con sus interesantes proporciones y la intensidad de su rostro. La nariz lo humanizaba, en opinión de Jasnah, le confería una sensación más real.

Curiosamente, no era alezi, pero se había transformado para tener su mismo aspecto. Eso había podido sonsacárselo Jasnah. Sagaz era algo más antiguo. Se había reído cuando Jasnah le había preguntado al respecto, y había dicho que los alezi ni siquiera existían cuando él había nacido, así que no podía atribuirse el honor de pertenecer a su dotado pueblo.

Jasnah encontraba fascinante su forma de hablar. Después de tanto tiempo y de tantas preocupaciones, por fin había alguien que era su igual intelectual. Quizá su *superior*. No confiaba en él, por supuesto. Pero eso formaba parte de lo que la intrigaba.

—¿Cómo lo derrotamos, Sagaz? —preguntó con voz suave—. Si de verdad

puede ver el futuro, ¿qué posibilidad nos queda?

—Una vez conocí a un hombre —dijo Sagaz— que era el mejor apostando de todo su reino. Donde él vivía se hace que las cartas caminen dando vueltas por sí mismas a la mesa al insuflarles vida. Él era el mejor. Inteligente, hábil con el Aliento de vida y muy astuto apostando; sabía a la perfección cuándo y cómo hacerlo. Todo el mundo esperaba ansioso el día en que perdiera. Y al final lo hizo.

—Esto es distinto, Sagaz —objetó Jasnah—. Él no podía ver literalmente el futuro.

—Ah, pero verás, es que yo amañaba las partidas. Por tanto, sí que conocía el futuro, o al menos en la medida en que lo ve Odium. No debería haber sido posible que perdiera. Y aun así, lo hice.

—¿Cómo?

—Otra persona amañó la partida para que, hiciera la jugada que hiciera, me fuese imposible ganar. El juego terminó en empate, cosa que yo no había anticipado. Había concentrado mis trampas en asegurarme de que no perdería, pero luego apostaba a la victoria. Y en esa partida lo había apostado todo, ¿sabes? Muy tonto tendría que ser para haberme permitido perder peor.

—Entonces —repuso ella—, ¿cómo lo amañamos para que Odium no gane, incluso si no puede perder?

Sagaz desplegó un papel de su bolsillo, todavía arrodillado junto a ella. Parecía sentirse atraído de verdad por Jasnah, y ella encontraba su compañía tonificante. Estaba lleno de cuestiones, delicias y sorpresas. Jasnah podía proporcionarle la intimidad que deseaba, aunque sabía que a Sagaz su falta de excitación en esa vertiente le resultaba extraña, y quizá insatisfactoria. No era una experiencia nueva para ella: siempre le había parecido curioso que la gente antepusiera sus deseos físicos a las emociones más poderosas de la intimidad, el entendimiento y la dedicación.

La oportunidad de conspirar, de conectar con un ser como Sagaz... eso era lo excitante. Jasnah tenía curiosidad por ver cómo se desarrollaría la relación, y eso la estimulaba. Después de tantos fracasos, aquello era algo nuevo e interesante.

Jasnah le acunó la cara con la mano. Desearía poder confiar en él sin reparos, de todo corazón. Él era algo que ella, y aquel mundo, no habían conocido nunca antes. Eso era electrizante. También era peligrosísimo.

Sagaz le sonrió y alisó el papel en el escritorio de Jasnah. Lo había escrito él mismo, por supuesto. Procedía de una tierra en la que se animaba a los

hombres a escribir, como a las mujeres. Sagaz le lanzó una mirada y luego ensanchó la sonrisa. Sí, de verdad parecía apreciar la relación que tenían, tanto como ella. De hecho, afirmaba que lo había sorprendido igual que la había sorprendido a ella.

—Un contrato —dijo Jasnah, apartando la mirada de él para leer el papel—. Para el combate de Dalinar con Odium. —Sin duda, Sagaz había esculpido hasta la última palabra con toda precisión—. Si gana Dalinar, Odium se retira a Condenación durante mil años. Si gana Odium, deberá permanecer en el sistema, pero obtiene Roshar para hacer lo que le plazca. Los monarcas se someterán a su dominio, como también los Radiantes que siguen a Dalinar.

—Es perfecto —dijo Sagaz—, ¿no te parece?

Jasnah se reclinó.

—Es perfecto para ti. Si aceptan esto, tú ganas pase lo que pase. Odium se queda retenido en el sistema roshariano de todos modos.

Sagaz separó las manos por delante.

—He aprendido cuatro cosas desde aquella partida de cartas hace tantos años. Pero Jasnah, esto es lo mejor que puede ocurrir. Si Dalinar gana, en fin, tu gente obtiene lo que quería. Pero si Dalinar pierde, Odium no puede escapar. Estamos limitando nuestras pérdidas, asegurándonos de que en los confines de este planeta quede contenido el cabreo.

—Lo deja todo en manos de ese único combate de campeones —dijo Jasnah—. Ya odiaba esa tradición hasta cuando había mucho menos en juego.

—Y lo dice la mujer que me utilizó en una treta para manipular esa misma tradición no hace ni dos semanas.

—Mucho menos en juego —repitió Jasnah—, con solo posibles pérdidas insignificantes, como tu muerte.

—¡Jasnah!

—Sagaz, eres inmortal —dijo ella—. Me lo contaste tú mismo.

—¿Y me creíste? —preguntó él, horrorizado.

Jasnah dejó de hablar y lo observó.

Él sonrió de oreja a oreja y volvió a besarle la mano. Parecía creer que esa clase de comportamiento terminaría por encender la pasión en ella. Cuando en realidad la estimulación física era muy inferior a la estimulación mental.

—Te dije que no he muerto cuando me han matado... hasta ahora —matizó él—. No significa que alguien no vaya a encontrar una manera algún día, y preferiría no darles la oportunidad. Además, al morir puedes quedarte

algo confundido, e incluso yo querría evitar que la muerte más se mofase.

—No me distraigas —dijo Jasnah—. ¿De verdad podemos arriesgar el futuro del mundo a un mero *duelo*?

—Ah, pero no es un duelo, Jasnah. Ahí está el asunto. Lo importante no es el combate, sino lo que conduce hasta el combate. Conozco a Rayse. Es arrogante y le gusta que lo adoren. Nunca hace nada sin deleitarse pensando en cómo se lucirá.

»También es cuidadoso. Sutil. Así que para ganar, necesitamos que esté seguro de que no puede perder del todo. Este contrato consigue eso. Si su peor resultado es tener que esperar mil años antes de volver a intentarlo, en fin, tampoco lo considerará una molestia. Ya lleva aquí miles de años. Verá otros mil como una pérdida aceptable. Pero para ti y los Radiantes en ciernes, mil años son mucho mucho tiempo. El tiempo que una estrella exangüe espejea.

—Una estrella exangüe.

—Sí.

—Espejea.

—Como acostumbran.

Jasnah lo miró inexpresiva.

—¿El tiempo que un ratón rezuma ruina? —propuso él.

—¿El tiempo que la piedra piense que puntea?

—Ah, eso ha sido delicioso, Jasnah. Ojalá pudiera yo hacer sobresalir semejante sonido sulfúreo.

Jasnah enarcó una ceja.

—Significa bonito —dijo él.

—No es cierto. —Jasnah volvió a estudiar el contrato—. A veces tengo la sensación de que no te tomas esto tan en serio como deberías, Sagaz.

—Es un defecto mío personal —dijo él—. Cuanto más serio se vuelve algo, más me descubro inadecuadamente implicado. Instantáneo.

Jasnah suspiró.

—Ya paro, ya paro —dijo Sagaz con una sonrisa—. Lo prometo. Pero escucha, Jasnah: Rayse, o sea, Odium, de verdad es alguien a quien podemos derrotar. Si él tiene un gran defecto, es que se cree más listo de lo que es. Puso un empeño exagerado en convertir a Dalinar en su campeón. ¿Por qué? Porque no solo quiere ganar. Quiere ganar de una manera que *diga* algo. A todo aquel que esté mirando.

»Rayse estaba tan convencido de que podría hacer cambiar de bando al

Espina Negra que lo apostó casi todo a ese único lance. Ahora debe de estar asustado. Aunque finja tener una docena de otros planes, está pasándolas canutas para encontrar un campeón que pueda ganar con legitimidad. Porque sabe, igual que te lo estoy diciendo yo a ti, que el combate no consistirá solo en quién sepa clavar más fuerte una lanza.

—¿En qué consistirá, entonces?

—En lo mismo en que consiste todo siempre, Jasnah —respondió Sagaz—. En los corazones de los hombres y las mujeres. ¿Tú confías en los corazones de quienes luchan en tu bando?

Jasnah se quedó callada, confiando en que Sagaz no sacara demasiadas conclusiones a partir del silencio. Mirando el contrato, no podía evitar sentirse superada por todo aquel asunto. Ella, que había estado preparándose durante casi dos décadas para esos mismos acontecimientos, se notaba insegura. ¿Confiaba en su propio corazón, enfrentada a unos problemas antiquísimos que sin duda habían derrotado a mujeres mejores que ella?

—Sabia respuesta —susurró Sagaz.

—No te he dado ninguna.

—Sabia respuesta. —Sagaz le apretó la mano—. Si haces llegar este contrato a Odium y me garantizas sin la menor duda que no podrá escapar de este sistema planetario pase lo que pase, entonces no necesitarás confiar en los corazones de mortales, Jasnah. Porque me tendrás a mí. Y todo lo que puedo ofrecerte.

—Me dijiste que Odium te destruiría si te encontrara.

—Añadiremos una línea al contrato —dijo Sagaz—, nombrándome intermediario contractual para Honor, a quien Dalinar representa. Eso me protegerá de los ataques directos de Odium durante la vigencia del contrato. Y él no tendrá más remedio que respetar esas condiciones, ya que forman parte de la promesa que hizo Rayse al atribuirse la Esquirla de Odium. Incumplir esa promesa daría a otros una apertura contra él, y fallos de ese estilo han matado a dioses en otras ocasiones. Odium lo sabe. Así que si haces esto, podré ayudarte abiertamente. Siendo yo mismo.

—¿Y quién es ese, Sagaz? —preguntó ella—. ¿Quién eres en realidad?

—Alguien que tuvo la sabiduría de rechazar el poder que todos los demás aceptaron... y al hacerlo, obtuvo unas libertades que ellos nunca más podrán tener. Yo, Jasnah, soy alguien que está *sin ataduras*.

Jasnah lo miró a los ojos, a los ojos de algo que no era un hombre. Un ser que era eterno como un spren. O, si se daba crédito a sus palabras, algo

incluso más viejo.

—Tengo el instinto —dijo ella— de que debería estar aterrorizada por esa afirmación.

—Por eso te tengo tanto cariño —respondió él—. Te gusta prepararte, eres lista y nunca te dejas atrapar entre la espada y la pared. Pero cuando todas esas cosas te fallan, Jasnah, eres, por encima de todo, paranoide.



Los humanos son armas. Nosotros los cantores reverenciamos la Pasión, ¿no es así? ¿Cómo podemos entonces desechar tan excelente canalización de ella?

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Kaladin despertó de sopetón, listo para pelear.

Forcejeó y se le aceleró el corazón al descubrir que tenía las manos atadas. ¿Por qué? ¿Qué estaba pasando? Gruñó, revolviéndose en la oscuridad, y...

Y empezó a recordar.

Se había atado las manos él mismo a propósito para no atizar un puñetazo a quien lo despertara, como había ocurrido el día anterior con Dabbid. Respiró a bocanadas, combatiendo el terror acurrucado contra la pared. Kaladin se dijo que las visiones eran solo pesadillas, pero aun así quería arañarse el cráneo. Excavar en él y sacar todos los pensamientos terribles, la abrumadora oscuridad. Tormentas. Estaba... estaba...

Qué cansado estaba.

Al rato logró tranquilizarse lo suficiente para soltarse las manos. Buscó por la cámara negra, pero no vio nada. No habían dejado ninguna luz. Teft roncaba con suavidad.

Todo iba bien. Kaladin estaba... estaba bien...

Palpó su estera buscando la cantimplora que había dejado allí al acostarse.

¿Qué lo había despertado? Recordaba... una canción. Una canción distante.

Encontró la cantimplora, pero entonces vio una luz en la pared. Tan débil que casi no se veía ni en la oscuridad. Titubeante, Kaladin se secó el sudor de la frente, extendió el brazo y tocó el granate. Una voz, queda hasta ser casi inaudible, habló en su mente.

... ayuda... por favor...

Tormentas. El spren de la torre sonaba endeble.

—¿Qué ocurre? ¿Han encontrado el último nodo?

Sí... en... la maqueta...

¿La maqueta? Kaladin frunció el ceño y entonces recordó el enorme modelo de la torre que había en la enfermería. ¿Estaba justo allí? ¿Cerca de los Radiantes?

Hay otra cosa... mucho... muchísimo... peor...

—¿Cómo? —preguntó Kaladin—. ¿Qué podría ser peor?

Pronto... matarán... a todos los Radiantes...

—¿Los Radiantes? —dijo Kaladin—. ¿Los cautivos?

... por favor... envíame... a Rlain...

La voz se desvaneció a la vez que la luz. Kaladin respiró hondo, temblando. ¿Podía hacer aquello otra vez? Sacó una esfera y despertó a Teft.

El otro hombre del puente asió a Kaladin por el brazo en acto reflejo. No tenía mucha fuerza. Dijera lo que dijese, su tiempo en coma lo había debilitado.

«Tengo que luchar —pensó Kaladin—. Soy el único que puede.»

—¿Qué pasa? —preguntó Teft.

—Ocurre algo —dijo Kaladin—. El spren de la torre me ha despertado y dice que han localizado el último nodo. Según el Hermano, los Radiantes corren peligro, y me ha pedido que envíe a Rlain. Creo que se refería a que lo envíe con Navani, como habíamos planeado. Parece que nos obligan a actuar. Tenemos que intentar rescatar a los Radiantes.

Teft asintió y gimió al incorporarse.

—No pareces sorprendido —dijo Kaladin.

—No lo estoy —respondió Teft, poniéndose de pie con esfuerzo—. Esto se veía venir, chaval, hicíramos lo que hicíramos. Lo siento. No parece que tengamos tiempo para hacerlo a la manera de tu padre.

—Vigilantes en el perímetro —dijo Kaladin en voz baja—. Tendremos que movernos deprisa. Tú ten a Lift preparada para colarse hasta los Radiantes y que empiece a despertarlos. Yo montaré jaleo fuera para sacar a los guardias

y distraer al Perseguidor. Pero si los guardias no salen, tendréis que neutralizarlos.

—De acuerdo. Me parece bien.

Teft señaló hacia un lado, donde había algo plegado en el suelo. Uniformes del Puente Cuatro. Kaladin había pedido a Dabbid que les llevara mudas de ropa, ¿y eso era lo que había encontrado? Mientras empezaban a vestirse regresó Dabbid, frenético. Fue derecho hasta Kaladin y le cogió el brazo.

—¿El spren de la torre también ha hablado contigo? —preguntó Kaladin. Dabbid asintió.

—Sonaba muy débil.

—¿Sabes dónde está Rlain?

—Voy ahora con él —respondió Dabbid—. Tercera planta. Ha pasado algo con Venli que lo tiene muy alterado. No ha querido hablar en la enfermería.

—Dile que el plan se pone en marcha —dijo Kaladin—. Alguien tiene que informar a la reina. ¿Crees que vosotros dos podréis llegar a ella?

—Rlain cree que puede —dijo Dabbid—. Yo iré con él. La gente no me hace caso.

—Vete, pues —lo urgió Kaladin—. Decidle a la reina lo que vamos a hacer y que tendremos que sacar a los Radiantes. Luego vosotros dos escondeos en esta sala y no montéis ninguna tormenta. Escaparemos con los Radiantes, recogeremos a Dalinar y volveremos a por vosotros.

Dabbid se estrujó las manos, pero asintió.

—Puente Cuatro —susurró.

—Puente Cuatro —dijo Kaladin—. No quiero dejaros solos a los dos, Dabbid, pero tenemos que actuar ya y necesito que contactéis con la reina. Además... el Hermano ha dicho algo. No sé qué de enviarle a Rlain.

—A mí también me lo ha dicho —respondió Dabbid.

Hizo el saludo, que Kaladin le devolvió, y se marchó a la carrera.

—Si algo se tuerce —dijo Kaladin a Teft mientras seguía poniéndose el uniforme—, sal por esa ventana.

Habían practicado el truco de Kaladin de infundir objetos y sus botas para descender por las paredes. En caso de emergencia, quizá alguien tendría que saltar por la ventana y confiar en que recuperaría sus poderes antes de estrellarse contra el suelo, pero solo como ultimísimo recurso. El plan actual consistía en que los Corredores del Viento descendieran por la pared exterior, cada uno con otro Radiante sujeto a su espalda con correas.

Distaba mucho de ser un plan perfecto, pero era mejor que permitir que los

Fusionados asesinaran a los Radiantes estando en coma.

—Aunque solo puedas salir tú —dijo Kaladin—, hazlo. Ni se te ocurra quedarte y resistir a la desesperada. Llévate a tu spren y busca a Dalinar.

—¿Y tú? —repuso Teft—. Me seguirás, ¿verdad?

Kaladin vaciló.

—Si yo huyo, tú huyes —dijo Teft—. Escucha, ¿qué pasó las últimas dos veces que descubrieron un nodo?

—Que el Perseguidor estaba allí esperándome —reconoció Kaladin.

—Y volverá a estar —dijo Teft—. Esto es una trampa, así de sencillo. Lo que el enemigo no sabe es que nos da igual el nodo. Estamos intentando liberar a los Radiantes. Así que distráelo un poco, sí, pero luego corre y deja que hagan lo que quieran con el tormentoso fabrial.

—Podría intentarlo.

—Hazme un juramento, chaval. En esta torre ya no podemos hacer nada más. Tenemos que pedir ayuda a Dalinar. Yo iré hacia allá con tantos Radiantes como pueda rescatar. Me cubres las espaldas, ¿verdad?

—Siempre —dijo Kaladin, asintiendo—. Lo juro. Saca a todos los Radiantes que puedas y huye. Cuando lo hayas hecho, te seguiré.

SUBTEXTO



Me encanta su arte. Su forma de representarnos es divina, llena de tonos rojos y líneas negras. Parecemos demoníacos y temibles: ellos proyectan todo su miedo y su terror en nosotros.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Dalinar entró en la casa que ocupaba el supremo en el campamento de guerra y al instante tuvo la impresión de haberse equivocado de edificio. Aquello tenía que ser un almacén donde guardaban los muebles traídos desde los pueblos abandonados de alrededor.

Pero no, lo que ocurría era solo que Dalinar estaba acostumbrado a la austерidad. En tiempos de guerra, se consideraba una virtud alezi que un comandante renunciara a las comodidades. Era posible que Dalinar hubiera llevado la idea demasiado lejos en alguna ocasión, pero de todas formas estaba más cómodo con muebles sencillos y paredes desnudas. Hasta sus habitaciones en Urithiru se habían llenado demasiado para su gusto.

El joven Yanagawn procedía de una tradición distinta. Aquel recibidor estaba tan repleto de lujosos muebles, pintados de bronce en todas las superficies no afelpadas, que creaban un laberinto por el que tuvo que serpentejar Dalinar para llegar al otro lado. A esa dificultad se añadía que la estancia también estaba atestada de sirvientes como para formar un batallón.

En dos ocasiones Dalinar topó con alguien ataviado en coloridos estampados azishianos que tuvo que subirse a un sofá para dejarlo pasar.

¿Dónde habrían encontrado todo aquello? ¿Y esos tapices que cubrían todo el espacio visible de las paredes? ¿Los habrían traído consigo hasta allí? Dalinar sabía que los azishianos estaban más acostumbrados a las largas líneas de suministros, ya que no tenían acceso a la misma cantidad de moldeadores de almas para crear comida que los alezi, pero aquello era excesivo, ¿no?

«Eso sí —se le ocurrió, mirando la sala hacia atrás cuando llegó al otro lado—, desde luego serviría para retrasar a un asesino o un grupo de asalto que intentara irrumpir aquí dentro y atacar al supremo.»

En la siguiente estancia encontró una rareza incluso mayor. El supremo, Yanagawn I, emperador de Makabak, estaba sentado en un trono a la cabeza de una larga mesa. No había nadie más comiendo en ella, pero estaba a rebosar de candelabros encendidos y platos de comida. Yanagawn estaba terminando de desayunar, sobre todo fruta ya cortada. Llevaba una túnica de tela gruesa y un tocado ornamentado. Comía con delicadeza, ensartando cada bocado de fruta con un largo pincho que se llevaba a los labios. Apenas parecía moverse, con una mano cruzada sobre el pecho y manipulando el pincho con la otra.

A ambos lados de la mesa había grandes grupos de personas de pie. Parecían ser en su mayoría civiles adscritos al ejército. Lavanderas. Carreteros. Cuidadores de chulls reshi. Costureras. Dalinar distinguió solo unos pocos uniformes.

Jasnah había llegado temprano a la reunión. Estaba entre los grupos de gente, y un sirviente llevó también a Dalinar en esa dirección, así que se unió a la extravagante exhibición. Se quedó allí mirando cómo el emperador se comía su fruta a pequeños mordiscos.

A Dalinar le gustaban los azishianos, y habían demostrado ser buenos aliados con un ejército sorprendentemente efectivo. Pero tormentas en las alturas y Condenación en el más allá, qué raros eran. Aunque lo curioso era que Dalinar encontraba sus excesos menos nauseabundos que cuando un alto príncipe alezi se entregaba a sus caprichos. En Alezkar, aquello habría sido un espectáculo de arrogancia y descontrol.

Allí todo tenía una cierta... cohesión. Los sirvientes alezi de mayor rango vestían con ropa sencilla blanca y negra, pero los azishianos iban ataviados casi con tanta opulencia como el emperador. La mesa rebosante de comida no

parecía ser para Yanagawn. Él era solo otro adorno. Aquello era una ceremonia sobre la posición de supremo, y sobre el mismo imperio, más que la exaltación de un hombre individual.

Por lo que Dalinar sabía, habían tenido problemas para nombrar a aquel último supremo. La razón, por supuesto, estaba de pie justo detrás de Dalinar: Szeth, el Asesino de Blanco, había matado a los dos supremos anteriores. Pero de todas formas, Dalinar no podía imaginarse a nadie deseando ser el supremo. Quien ostentara el cargo debía soportar toda aquella pompa y estar siempre en exhibición. Quizá fuese por eso por lo que su «república ilustrada» funcionaba de una manera que gustaba tanto a Jasnah. Sin pretenderlo, habían convertido el puesto de emperador en algo tan espantoso que ninguna persona cuerda querría ocuparlo, así que habían tenido que buscar otros métodos para gobernar el país.

Dalinar había aprendido a comportarse en sociedad lo suficiente para quedarse callado hasta que terminara aquel despliegue. Después, a cada uno de los espectadores se le entregó un plato de bronce lleno de comida, que fueron aceptando después de inclinarse ante el emperador. Mientras se marchaban uno tras otro, otros sirvientes se apresuraron a dejar espacio en la mesa para Jasnah y Dalinar, aunque el reloj que llevaba él en el brazalete le dijo que aún faltaban unos minutos para la hora de la reunión.

Era un trasto salido de la Condenación, sin ninguna duda. Tenía a Dalinar corriendo de un lado para otro, igual que el supremo. Aunque Dalinar tenía que reconocer que perdía mucho menos tiempo desde que todo el mundo sabía cuándo llegaba el momento exacto de juntarse. Sin decir ni una sola palabra, Navani estaba llevando orden a su vida.

«Cuídate. Por favor. Luz de mi vida, mi gema corazón.»

Hizo salir a Szeth, ya que ninguno de los otros dos monarcas tenía guardias en el salón. Mientras tomaban asiento y los últimos observadores se iban, Noura hizo una inclinación al supremo y se sentó en un lugar de la mesa dispuesto a propósito para estar más bajo que los otros tres. Había gente en el imperio escandalizada porque Dalinar, Jasnah y Fen se sentaran siempre a la misma altura que el supremo, pero Yanagawn había insistido.

—Dalinar, Jasnah —dijo el joven, relajándose mientras se quitaba el tocado de la cabeza y lo dejaba en la mesa. Noura le lanzó una mirada al verlo, pero Dalinar sonrió. Era evidente que la mujer opinaba que el supremo debería mantener el decoro, pero a Dalinar le gustaba ver que el joven iba estando más cómodo con su posición y con los demás monarcas—. Siento

que no haya platos para vosotros también —prosiguió Yanagawn en azishiano—. Tendría que haber sabido que los dos llegaríais temprano.

—Habría sido un bonito recuerdo que llevarnos, majestad —respondió Jasnah mientras colocaba varios papeles en la mesa—. Pero no estábamos entre los elegidos hoy, así que no sería apropiado que gozáramos de tal favor.

El chico miró a Noura.

—Te dije que lo entendería.

—Vuestra sabiduría crece, majestad imperial —dijo la mujer mayor.

Era una visir azishiana, una funcionaria de alto nivel. Su vestimenta tenía menos oro que la del supremo, pero de todos modos tenía una coloración fantástica, con gorro y un chaquetón en los que contrastaba una multitud de estampados y tonos. Su largo cabello estaba encaneciendo, y lo llevaba recogido en una trenza que asomaba por un lado del gorro.

—Muy bien, Jasnah —dijo Yanagawn, echándose hacia delante para estudiar los papeles de Jasnah, aunque leía alezi, que Dalinar supiera—. Dímelo sin paños calientes.

Dalinar se preparó.

—Es prácticamente imposible recuperar Urithiru —afirmó Jasnah en azishiano, sin apenas acento en la voz—. Nuestros exploradores confirman que los fabriales no funcionan cerca de la torre. Eso significa que, aunque construyéramos una versión más pequeña de la máquina voladora de mi madre para transportar tropas, caería al suelo en el momento en que se acercase demasiado.

»También han bloqueado las cavernas. Mi tío envió una pequeña fuerza a los cimientos de la torre, y esa acción parece haber puesto sobre aviso al enemigo de que sabemos que nos está engañando. Ya no están enviando mensajes falsos por vinculacaña y hemos visto tropas cantoras en las terrazas.

»Con una hoja esquirlada, que hemos descubierto que puede entrar en la zona protegida siempre que no esté vinculada, nuestras tropas podrían abrirse paso a través de ese bloqueo. Pero entonces quedarían expuestos a arqueros en terreno elevado. Y aunque superásemos todos esos escombros, luchar cuesta arriba por un sistema de túneles bien defendido sería una pesadilla.

»Enviar a soldados marchando por las cimas de las montañas resulta imposible por múltiples razones. Pero aunque llegáramos a la torre, perderíamos. Nuestros campos de batalla son un cuidadoso equilibrio de Radiante contra Fusionado, portador de esquirlada contra regio, soldado contra soldado. En Urithiru no tendríamos Radiantes y toda esa estrategia se

vendría abajo.

—Tenemos a Kaladin —dijo Dalinar—. Sus poderes aún funcionan. El Padre Tormenta cree que es porque ha avanzado lo suficiente en sus juramentos.

—Con el debido respeto hacia él —respondió Jasnah—, Kaladin es solo un hombre. Uno al que relevaste del servicio antes de que nos marcháramos.

Tenía razón, por supuesto. El sentido común dictaba que un solo hombre era irrelevante contra un ejército de Fusionados. Pero Dalinar no estaba tan seguro. En una ocasión, en los campamentos de guerra, Dalinar había discutido con los soldados de Kaladin, que habían organizado una rotación para esperar al joven Corredor del Viento, que por aquel entonces se suponía muerto. Esa vez Dalinar se había equivocado. En esos momentos, se descubrió teniendo parte de la misma fe de aquellos soldados.

Apaleado, hundido, rodeado por enemigos, Kaladin seguía luchando. Sabía cómo dar el siguiente paso. No podían abandonarlo para que lo diera solo.

—Lo mejor que podemos hacer —dijo Dalinar a los demás— es enviarnos a mí y a una fuerza de hombres a través de Shadessmar hasta la torre. Quizá pueda abrir una perpendicularidad allí, y entonces sorprenderíamos al enemigo con un ataque.

—Quizá podrías abrirla allí, tío —dijo Jasnah—. ¿Qué opina el Padre Tormenta?

—No estoy seguro de que esté lo bastante avanzado en mis juramentos o mis habilidades para lograrlo todavía —admitió Dalinar.

Jasnah dio unos golpecitos en sus anotaciones.

—Un asalto a través de Shadessmar requeriría una gran cantidad de barcos, de los que no disponemos en ese lado y que no veo ninguna manera de obtener.

—Tenemos que encontrar la forma de apoyar a Kaladin, a Navani y a la resistencia que puedan estar organizando —dijo Dalinar—. Puede que no necesitemos toda una flota de barcos. Un grupo pequeño de soldados entrenados podría infiltrarse y anular el fabrial que utiliza el enemigo para detener a los Radiantes.

—No me cabe duda —repuso Jasnah— de que ese es el método que utilizó el enemigo para entrar en la torre. Estarán vigilantes ante esa misma táctica.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Yanagawn, comiendo unos frutos secos que llevaba ocultos en un bolsillo de su túnica demasiado grande—. Jasnah, discutes todas las afirmaciones que hace Dalinar. ¿Estás diciendo que

deberíamos rendir Urithiru al enemigo?

—Todo nuestro esfuerzo bélico se viene abajo sin la torre —dijo Noura—. ¡Era el medio por el que pudimos conectar nuestras fuerzas dispares!

—No necesariamente —objetó Jasnah, mostrando unos mapas pequeños al supremo—. Mientras contemos con una armada más fuerte y el apoyo aéreo adecuado, podemos controlar la mitad sur de Roshar. Harán falta semanas o meses de desplazamientos, pero podemos coordinar los campos de batalla mientras tengamos vinculacañas.

—Aun así... —insistió Yanagawn, y miró a Noura, que asintió para mostrar su acuerdo.

—Es un golpe devastador —dijo Dalinar—. Jasnah, no podemos abandonar Urithiru sin más. Tú misma dedicaste años enteros a intentar localizarla.

—No estoy proponiendo que lo hagamos, tío —dijo ella con voz fría—. Me limito a exponer los hechos. De momento, creo que debemos actuar bajo la premisa de que no recuperaremos la torre pronto, lo cual puede significar que ataquemos a las fuerzas de Ishar en Tukar para asegurar esas posiciones. En todo caso, deberíamos estar planeando cómo apoyar a nuestras fuerzas en el sur de Alezkar contra los veden.

Eran argumentos válidos, el núcleo de una estrategia bélica coherente y bien razonada. Jasnah estaba poniendo mucho empeño, y triunfando a grandes rasgos, en aprender a ser una comandante táctica capaz. Dalinar no podía reprocharle que sintiera que tenía algo que demostrar en ese campo; su vida entera había consistido en una sucesión de personas exigiéndole que probara su valía.

Sin embargo, su rápida disposición a abandonar Urithiru parecía demasiado similar a lo que había hecho Taravangian abandonando Roshar. Rendirse deprisa al creerse derrotada.

—Jasnah —dijo—, tenemos que hacer más esfuerzos por liberar Urithiru.

—No digo que no debamos, solo que una acción como esa va a ser muy difícil y costosa. Estoy intentando enumerar esos costes para que seamos conscientes de ellos.

—Tu manera de hablar carece de esperanza.

—«Esperanza» —dijo ella, extendiendo sus papeles por la mesa—. ¿Te he explicado alguna vez lo mucho que me disgusta esa palabra? Piensa en lo que significa, en lo que implica. Tienes esperanza cuando estás superado en número. Tienes esperanza cuando te quedas sin opciones. La esperanza

siempre es irracional, tío.

—Por suerte, no somos seres por completo racionales.

—Ni deberíamos pretender serlo —convino ella—. Pero al mismo tiempo, ¿cuántas veces ha sido la «esperanza» el motivo de que alguien se niegue a pasar página y adoptar una actitud realista? ¿Cuántas veces la «esperanza» ha provocado más dolor o retrasado la curación? ¿Cuántas veces ha impedido la «esperanza» que alguien se levante y haga lo que debe, porque está aferrándose a un deseo de que todo sea distinto?

—Yo opino que la esperanza nos define, Jasnah —dijo Yanagawn, inclinándose hacia delante—. Sin ella, no seríamos humanos.

—Quizá tengas razón —dijo Jasnah, una frase que solía usar cuando no estaba convencida pero tampoco quería prolongar una discusión—. Muy bien, pues. Hablemos de Urithiru.

—Tus poderes funcionarán —dijo Dalinar—, al menos en parte. Has pronunciado el Cuarto Ideal.

—Sí, así es —respondió ella—, pero el Padre Tormenta no está seguro de que el cuarto juramento de verdad permita a un Radiante resistir la supresión. ¿Es correcto?

—Es correcto —dijo Dalinar—. Pero si el enemigo está recibiendo suministros por medio de las Puertas Juradas, solo hay una manera realista de que podamos hacer algo con esta situación. Tenemos que destruir el fabrial supresor. Por tanto, mi sugerencia de enviar un equipo pequeño es la que más sentido tiene.

—¿Y lo liderarías tú? —preguntó Jasnah.

—Sí.

—Aún estás muy lejos de dominar tus poderes. ¿Y si resulta que no puedes abrir una perpendicularidad en Urithiru?

—He estado experimentando, practicando —dijo Dalinar—. Pero sí, aún me queda mucho camino por recorrer. Así que me he planteado otra solución.

—Eligió un mapa de Jasnah y le dio la vuelta para que lo vieran los demás—. Vinimos aquí a Emul para llevar a cabo una táctica de martillo y yunque, empujando a nuestro enemigo contra un ejército aquí. El ejército de Ishar, el ser al que los azishianos llaman Tashi.

—Muy bien. ¿Y? —preguntó Jasnah.

—Tengo exploradores observando su posición —dijo Dalinar—, y confirmación visual que me han mostrado mediante un tejido de luz de que él está allí en persona. Los dibujos de Sagaz lo confirman. He hablado con el

Padre Tormenta y los dos creemos que es nuestra mejor solución. Ishar es un maestro en el arte de la forja de vínculos. Si logro reclutarlo, podría ser la clave para salvar Urithiru.

—Disculpad —intervino Noura—, pero ¿no habíamos determinado que todos los Heraldos están... locos?

Para ella debía de ser difícil decirlo, ya que su religión consideraba deidades a los Heraldos. Los pueblos makabaki los adoraban a ellos, no al Todopoderoso.

—Sí —dijo Dalinar—, pero Ash señala que Ishar podría haber huido menos dañado que los demás. Ella confía en él.

—Hemos recibido cartas de Ishar, tío —le recordó Jasnah—. No son muy halagüeñas.

—Quiero probar a hablar con él de todas formas —dijo Dalinar—. No hemos estado haciendo mucho caso a sus ejércitos, aparte de para utilizarlos como nuestro yunque. Pero si me dirigiera a él con una bandera de paz y parlamento, Ishar...

—Un momento —lo interrumpió Yanagawn—. ¿Piensas ir en persona?

—Sí —dijo Dalinar—. Tengo que hablar con Ishar, hacerle preguntas.

—Enviad a vuestros Radiantes —dijo Noura—. Capturad a ese ser. Traedlo aquí. Y entonces hablad con él.

—Preferiría ir yo mismo —insistió Dalinar.

—Pero... —Yanagawn sonaba perplejo del todo—. Eres rey. ¡Esto es incluso peor que cuando Jasnah salió con armadura esquirlada a combatir al enemigo!

—Es una vieja tradición familiar, majestad —dijo Jasnah—. Tendemos a meternos en el meollo de las cosas. En mi opinión la culpa es del muy establecido condicionamiento alezi que afirma que el mejor general es aquel que encabeza la carga.

—Supongo —dijo Yanagawn— que haber tenido una cantidad excesiva de esquirlas a lo largo de la historia puede crear una sensación de invencibilidad. Pero Dalinar, ¿por qué sacas este tema ahora? ¿Buscas nuestro consejo?

—Más bien busco advertiros —dijo él—. He puesto deliberadamente al Visón al mando de nuestros ejércitos para poder apartarme yo y dedicarme a... asuntos más espirituales. Jasnah y Sagaz están preparando un contrato para que lo presente a Odium, cuando lo obliguemos a hablar conmigo de nuevo.

»Hasta que ocurra eso, tengo que hacer algo para ayudar. Necesito atraer a

Ishar a nuestro bando, y ver si puede enseñarme cómo restaurar el Juramento y ayudarme a rescatar Urithiru.

—Bueno —dijo Yanagawn, mirando a Noura—, ser aliados de los alezis... interesante. Que la velocidad del propio Yaezir sea contigo, entonces, supongo.

«Yaezir está muerto», pensó Dalinar, aunque no lo dijo.

Jasnah tomó las riendas de la conversación y explicó el contrato que estaba preparando para Odium. Ella y Dalinar ya habían hablado con la reina Fen por vinculacaña. Dalinar aportó algunas explicaciones, pero dejó la mayor parte de la persuasión en manos de Jasnah. Tenía por delante una batalla cuesta arriba, ya que convencer a los monarcas de que aceptaran ese desafío de campeones no sería fácil.

Pero Jasnah podía hacerlo; Dalinar confiaba en ella. Estaba cada vez más convencido de que su propio trabajo debía decantarse hacia su forja de vínculos, el Juramento y los Heraldos.

La reunión llegó a su fin. Acordaron hablar de nuevo sobre distintas cláusulas del contrato, pero de momento Yanagawn tenía que acudir a unas ceremonias religiosas para su pueblo. Y Dalinar tenía que prepararse para su viaje a Tukar, ya que pretendía partir tan pronto como fuese razonable.

Mientras se levantaban para marcharse, Yanagawn volvió a ponerse su tocado.

—Dalinar —dijo el joven—, ¿sabemos algo de Lift? La dejamos en la torre.

—Según Kaladin, los demás Radiantes estaban inconscientes —dijo Dalinar—. Supongo que ella incluida.

—Quizá —dijo Yanagawn—. Pero muchas veces hace lo que se supone que no debe. Si te enteras de algo, ¿me avisarás, por favor?

Dalinar asintió, fue con Jasnah y salieron del palacio de Yanagawn. Tal vez el exterior tuviera un aspecto tan ordinario como cualquier otro edificio del pueblo, pero no por ello dejaba de ser un palacio.

Recogió a Szeth, que sostenía algo para él. Dalinar cogió el enorme libro, que tenía un tamaño intimidatorio, aunque él sabía que era más breve de lo que aparentaba. El interior estaba repleto de sus propias líneas de letras abultadas, más grandes y gruesas de lo adecuado, escritas con sus gordos dedos.

Tendió el libro a Jasnah. Había permitido que circularan borradores previos y partes de la obra, que a esas alturas ya habían corrido por toda la coalición.

Sin embargo, no había considerado el libro terminado hasta que le había hecho unos últimos cambios esa misma semana.

—¿*Es Juramentada*? —preguntó ella, cogiéndolo con ansia—. ¿Está terminado?

—No, pero mi parte está hecha —dijo Dalinar—. Este es el original, aunque las escribas han hecho copias que incluyen mi última ronda de modificaciones. Quería que tuvieras tú el que escribí.

—Deberías estar orgulloso, tío. Estás haciendo historia con este volumen.

—Me temo que a tus ojos serán sobre todo idioteces religiosas.

—Las ideas no son inútiles solo porque procedan de un pensamiento religioso —dijo Jasnah—. Casi todas las eruditas antiguas a las que admiro eran religiosas, y aprecio la forma en que su fe las formó, aunque no aprecie la fe en sí misma.

—Lo que has dicho sobre la fe en la reunión me ha molestado, Jasnah —dijo Dalinar—. Pero quizá para bien. ¿Quién de todo el mundo iba a disputar una idea tan fundamental como la esperanza? Y sin embargo, al aceptarla todos como algo inherente a la vida, no pensamos en ella. En lo que de verdad significa. Tú sí.

—Lo intento —repuso ella, y lanzó una mirada atrás hacia el palacio del supremo—. Dime una cosa. ¿Estoy empeñándome demasiado en establecerme como una líder militar? Creo que es un precedente importante que sentar, igual que este libro tuyo, pero... voy un poco demasiado directa, ¿verdad?

Dalinar sonrió y puso la mano encima de la de ella, que sostenía el libro.

—Estamos revelando un mundo nuevo, Jasnah, y el camino abierto ante nosotros estará oscuro hasta que le llevemos luz. Se nos perdonará si tropezamos de vez en cuando en un terreno que no vemos. —Le apretó la mano—. Querría que hicieras una cosa por mí. Todos los grandes textos filosóficos que he leído llevaban un subtexto.

—Sí, resulta que...

Dalinar no era el único hombre que se había llevado un susto al descubrir que durante siglos las mujeres de sus vidas habían estado dejándose comentarios entre ellas. Los textos que dictaba un hombre a menudo tenían debajo los pensamientos de su esposa o su escriba, que nunca se compartían en voz alta. Había todo un mundo oculto a quienes creían estar gobernándolo.

—Me gustaría que tú escribieras el subtexto de *Juramentada* —pidió Dalinar—. En abierto. A disposición de quien quiera leerlo y descubrirlo.

—¿Tío? —dijo Jasnah—. No estoy nada segura de que esa tradición deba seguir adelante. Ya era cuestionable desde un principio.

—Yo considero que el entendimiento que proporcionan los subtextos es esencial —objetó Dalinar—. Cambian la forma en que leo las cosas. La historia la escriben los vencedores, como tanto gusta decir a muchos, pero al menos así tenemos las opiniones divergentes de quienes lo observaron. Querría conocer tus pensamientos sobre las cosas que he dicho.

—No me contendré, tío —dijo Jasnah—. Si de verdad buena parte del libro es religiosa, estaré obligada a ser sincera. Señalaré tus sesgos de confirmación, tus falacias. Quizá sería mejor que encargaras este subtexto a mi madre.

—Pensé en hacerlo —respondió él—. Pero prometí unir en vez de dividir. Eso no podría hacerlo entregando mi libro solo a quienes están de acuerdo conmigo.

»Si estamos revelando un nuevo mundo, Jasnah, ¿no deberíamos hacerlo juntos? ¿Con nuestras discusiones y todo? Creo que... que tú y yo nunca vamos a coincidir en los detalles. No obstante, este libro... podría demostrar que estamos de acuerdo en los asuntos más importantes. A fin de cuentas, si una atea declarada y un hombre que está fundando su propia religión pueden unirse, ¿quién podría argumentar que sus propias diferencias personales son demasiadas para superarlas?

—¿Así que eso es lo que estás haciendo? —preguntó ella—. ¿Fundar una religión?

—Revisar la antigua, como mínimo —dijo Dalinar—. Cuando salga a la luz el texto entero de *Juramentada*... sospecho que provocará un cisma importante en el vorinismo.

—Mi implicación no ayudará a suavizar eso.

—Quiero tus pensamientos de todos modos. Si estás dispuesta a concedérmelos. Jasnah cerró el libro.

—Lo considero uno de los mayores honores que se me hayan ofrecido jamás, tío. Te advierto, sin embargo, de que no soy famosa por mi concisión. Esto podría costarme años. Seré exhaustiva, ofreceré propuestas contrarias y es posible que socave tu argumento completo. Pero ten por seguro que seré respetuosa.

—Lo que necesites, Jasnah. —Dalinar sonrió—. Tengo la esperanza de que con tus añadidos, crearemos algo más grande de lo que podría haber hecho yo solo.

Ella le devolvió la sonrisa.

—No lo digas así. Haces que suene como si lo más realista fuese asumir que tal cosa es imposible, cuando yo diría que se trata del resultado más razonable. Gracias, tío. Por tu confianza.



Para los humanos, nuestros meros semblantes devienen símbolos. Hallamos resonancias de ello incluso en el arte de siglos antes de este Regreso.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Había mucha cola ese día en las Puertas Juradas, pero tampoco era ninguna novedad. Rabeniel estaba segura de que los reinos humanos ya estaban al tanto de la ocupación, por lo que había autorizado que las Puertas Juradas se abrieran con más frecuencia para que las tropas y los sirvientes cantores que ocupaban la torre pudieran ir rotando.

El grupo de quince amigos de Venli estaba amontonado detrás de ella, cargados con sus provisiones y, con un poco de suerte, aparentando ser solo otra expedición de trabajadores que podían tomarse un descanso de vuelta en Kholinar. Venli se arrebujó en su abrigo contra el viento. Los oyentes no sufrían tanto el frío como parecían hacerlo los humanos, pero aun así notaba la mordedura del aire, sobre todo teniendo en cuenta que el caparazón de su forma era solo decorativo, no verdadera armadura.

No estaba segura del todo de lo que haría una vez estuvieran en Kholinar. El escrito de Rabeniel con toda probabilidad bastaría para sacar a su gente de la ciudad, e incluso de Alezkar, pero Venli no podía permitirse esperar las semanas o los meses que les costaría llegar andando a las Llanuras

Quebradas. Tenía que averiguar si su madre seguía con vida.

¿Hasta donde alcanzaría el poder de aquel documento? Rabeniel era una Fusionada temida, respetada. ¿Conseguiría Venli que llevaran a su equipo volando hasta aquel puesto de avanzada por medio de Celestiales? La mente de Venli estaba urdiendo mentiras sobre una misión secreta encomendada por Rabeniel en las Llanuras Quebradas. De hecho, tampoco se alejaba tanto de la verdad. Rabeniel prácticamente le había ordenado ir a investigar los restos del pueblo oyente.

«¿Y luego qué? —pensó Venli—. Rabeniel sabe de su existencia. Sabe que iré para allá. Está manipulándome. ¿Con qué objetivo?»

No importaba. Venli tenía que ir. Era el momento.

Timbre latió con suavidad mientras ella seguía haciendo cola, con la funda del mapa encima del hombro, tratando de no hacer caso al viento.

—¿Estás decepcionada conmigo? —susurró Venli a Arrogancia—. ¿Por abandonar a Rlain y los humanos?

Timbre latió. Sí que lo estaba. La pequeña spren nunca tenía miedo de ser directa con Venli.

—¿Y qué esperabas que hiciera? —susurró, dando la espalda a Dul para que no la oyera hablar—. ¿Ayudar con ese plan demencial? Va a hacer que maten a todos los Radiantes. Además, ¿crees que yo les serviría de algo?

Timbre latió. Venli estaba progresando. Aprendiendo. Podría ayudar.

«Si no fuese una cobarde», pensó Venli.

—¿Y si te buscamos otro anfitrión? Un cantor que se preocupe, como Rlain.

Timbre palpitó.

—Pero ¿qué dices? —dijo Venli en tono cortante—. No puedes quererme a mí. Yo soy un accidente. Un error.

Otro latido.

—Los errores no pueden ser maravillosos, Timbre. Es lo que los define como errores.

La spren palpitó, más confiada. ¿Cómo podía ponerse más confiada, y no menos, con cada queja? Spren estúpida. ¿Y por qué no avanzaba aquella cola? Las transferencias deberían estar siendo rápidas, porque tenían que trasladar a gente y suministros antes de que llegara la alta tormenta.

Venli dijo a los suyos que esperaran y se salió de la cola. Avanzó hasta la cabecera, donde un par de cantores, antes azishianos a juzgar por sus vestimentas, estaban discutiendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Venli imperiosa, a Ansia.

Los dos observaron su forma regia y entonces la mujeren habló.

—Tenemos que esperar para hacer el intercambio, elegida —dijo, usando un antiguo tratamiento formal de los cantores—. El humano que opera las Puertas Juradas para nosotros se ha marchado.

—Nadie más tiene una hoja esquirlada viva, que ahora son necesarias para hacer funcionar el fabrial —explicó el otro—. Si encuentras a ese al que llaman Vyre y le preguntas cuándo va a volver...

Venli echó un vistazo hacia el cielo. Ya notaba el viento arreciando.

—La alta tormenta está a punto de llegar. Deberíamos llevar a todos dentro.

Los dos protestaron al principio, pero Venli les habló con más firmeza. Al poco tiempo empezaron a devolver a los frustrados cantores hacia la torre. Venli caminó por la plataforma mientras Timbre latía emocionada. Veía aquello como una oportunidad.

—¿Por qué crees en mí? —susurró Venli—. No te he dado motivos. He echado a perder todo lo que he tocado. Soy una persona egoísta, impotente y lamentable que se hace pasar por oyente.

Timbre latió. Venli la había salvado a ella. Venli había salvado a Lift.

—Sí, pero hubo que convencerme para las dos cosas —dijo Venli—. No soy una heroína. Soy un accidente.

Timbre se mantuvo firme. Alguna gente se lanzaba a la carga hacia su objetivo, corriendo con todas sus fuerzas. Otros iban a trompicones. Pero no era la velocidad lo que importaba.

Era la dirección en la que iban.

Venli remoloneó en la entrada de Urithiru. Vaciló, mirando hacia atrás. La anterior alta tormenta había llegado hasta más arriba del sexto anillo. Lo más seguro era que aquella envolviera la torre completa, un suceso muy infrecuente, en opinión de sus eruditos. Venli tenía la impresión de percibir el poder que tenía, la furia que se cernía sobre ellos.

—¿Y si me ofreciera a usar este mandato que tengo para sacar a Bendito por la Tormenta o a su familia de Urithiru? —susurró a Timbre.

Timbre latió poco convencida. ¿La autoridad del escrito llegaría para eso? Venli creía que tal vez sí. No sería posible llevarse a ninguno de los Radiantes inconscientes: estaban demasiado vigilados y alguien avisaría a Rabeniel para solicitarle confirmación. Pero ¿a unos pocos humanos «cualesquiera»? Podría funcionar.

Encontró a Dul y los demás dentro de las puertas principales. Venli hizo que formaran corrillo, apartados de oídos indiscretos, y entregó su escrito a Mazish con un gesto rápido.

—Quédate —dijo Venli—. Si no vuelvo, deberías poder usarlo para marcharos.

—¿Sin ti? —preguntó Mazish—. Venli...

—Volveré casi seguro —dijo ella—. Pero por si acaso, quedaos también el mapa. Lo necesitaréis para encontrar el camino a los otros oyentes sin que os descubran.

—¿Dónde vas tú? —preguntó Dul.

Venli canturreó a lo Perdido.

—Creo que deberíamos ofrecernos a llevarnos al cirujano y su familia, incluyendo a su hijo el Corredor del Viento. Ayudarlos a escapar de la torre y llevarlos con su gente en las Llanuras Quebradas.

Los miró, esperando miedo y quizá censura. Eso haría peligrar su seguridad.

En vez de eso, como grupo, canturrearon todos a Consideración.

—Tener a un Corredor del Viento de nuestro lado podría ser útil —dijo Mazish—. Desde luego, podría llevarnos más deprisa a las Llanuras Quebradas.

—¡Sí! —exclamó Shumin, la nueva recluta, que seguía un poco demasiado entusiasmada para el gusto de Venli—. ¡Es una idea estupenda!

—Pero ¿querrá ayudarnos? —preguntó Dul.

—Trató bien a Rlain —dijo Mazish—, incluso cuando creía que era solo otro parshmenio cualquiera. No me gusta lo que hicieron los humanos, pero si ponemos a este en deuda con nosotros, el instinto me dice que no nos traicionará.

Venli estudió las otras caras. Eran cantores con diversos jaspeados en la piel, que ya canturreaban a toda una variedad de ritmos. Ninguno de ellos lo hacía a Traición, y todos le dieron asentimientos de ánimo.

—Muy bien —dijo Venli—, pues esperadme hasta que haya pasado la tormenta. Si para entonces no he vuelto, marchaos en la próxima transferencia a Kholinar. Os buscaré allí.

Canturrearon en respuesta, así que Venli se marchó en dirección al atrio, esperando llegar a tiempo de impedir que Rlain intentara su plan desesperado. No sabía muy bien si aceptaría la oferta de Venli. Pero esa era la dirección en la que debía moverse.

Navani estaba arrodillada en el suelo de su biblioteca. Seguía oliendo a humo por la explosión del día anterior.

Rabeniel le había dicho que quería registrar a fondo la sala buscando pedazos de la daga, pero no había ido nadie a hacerlo. No se la habían llevado a sus habitaciones más arriba. No le habían traído comida. Se habían limitado a dejarla allí sola.

Para que pudiera pensar en lo absoluto que era su fracaso.

Se notaba entumecida. Después de su anterior derrota, cuando había revelado la posición del nodo a sus enemigos, Navani había recogido las piezas y había seguido adelante. En esa ocasión se sentía atascada. Desgastada. Como un viejo estandarte expuesto durante demasiado tiempo a los elementos. Desgarrado por las tormentas. Blanqueado por el sol. Pendiendo hecho jirones, deseando solo escapar de su asta.

«Hemos descubierto la forma de destruir a los spren Radiantes.»

Al final, todo lo que había dicho Rabeniel sobre trabajar juntas había resultado ser mentira. Por supuesto que lo era. Navani había sabido que lo sería. Había planeado en consecuencia y había intentado ocultar sus descubrimientos. Pero ¿de verdad había esperado que funcionara? Había confirmado repetidas veces que no podía engañar a la Fusionada. Eran unos seres antiguos, capaces más allá de la comprensión humana, apartados del tiempo y... y...

Y Navani no dejaba de mirar hacia el lugar donde había muerto la hija de Rabeniel. Donde Rabeniel había sollozado acunando el cadáver de su niña. Había sido un momento de lo más humano.

Navani se había acurrucado en su camastro, aunque no había logrado conciliar el sueño en toda la noche. Había pasado las horas escuchando a los Fusionados del pasillo interpretar notas en láminas de metal y pidiendo otras nuevas... hasta que un último sonido había resonado en los pasillos de piedra. Un sonido espeluznante, horroroso, equivocado en todas las maneras correctas. Rabeniel había encontrado el tono.

El tono capaz de matar spren.

¿Debería sentirse orgullosa Navani? Incluso en aquel tiempo al límite de la locura, su investigación había sido tan meticulosa y bien documentada que Rabeniel había podido seguirla. Lo que a Navani le había costado días enteros, la Fusionada lo había reproducido en cuestión de horas, desentrañando un misterio que se había mantenido vigente durante milenarios. ¿Demostraba eso que Navani era una verdadera erudita, a fin de cuentas?

«No —había pensado con la mirada fija en el techo—. No te atrevas a atribuirte esa distinción.» Si Navani hubiera sido una erudita, habría comprendido las consecuencias de su trabajo.

Volvía a ser una niña jugando a disfrazarse. Cualquier granjero podía encontrar una planta nueva en la naturaleza. ¿Lo convertía eso en un botánico?

Al cabo de un tiempo se había obligado a levantarse para hacer lo único que estaba segura de que no arruinaría. Había encontrado tinta y papel entre los escombros de la sala, se había arrodillado y había empezado a pintar oraciones. En parte era porque la reconfortaba la familiaridad del acto. Pero a la tormenta con ella si no creía aún. Quizá creer fuese tan absurdo como considerarse una erudita. ¿Quién pensaba que estaba escuchando sus plegarias? ¿Acaso las hacía solo porque estaba asustada?

«Sí —pensó, sin dejar de pintar—. Estoy asustada. Y tengo que esperar que alguien, en algún lugar, esté escuchando. Que alguien tenga un plan. Que todo esto importe de algún modo.»

A Jasnah le relajaba, nada menos, la idea de que no hubiera ningún plan, de que todo fuese aleatorio. Decía que un universo caótico significaba que las únicas acciones con verdadera importancia eran las que ellas decidieran que eran importantes. Que eso concedía a la gente autonomía.

Navani quería a su hija, pero no podía verlo del mismo modo. La organización y el orden existían en el mismísimo funcionamiento del mundo. Desde la forma de las hojas hasta el sistema de compuestos y reacciones químicas. Todo ello le susurraba.

Alguien había sabido que la antiluz del vacío era posible.

Alguien había sabido que Navani la crearía.

Alguien había visto todo aquello, planificado en consecuencia y situado a Navani allí. Tenía que creer eso. Y tenía que creer, por tanto, que existía una escapatoria.

«Por favor —rezó mientras pintaba el glifo de la guía divina—. Por favor. Estoy esforzándome muchísimo en hacer lo correcto. Por favor, oriéntame. ¿Qué hago?»

Sonó una voz fuera de la biblioteca y, en su estado insomne, Navani al principio la confundió con una respuesta a su súplica. Y entonces... entonces oyó lo que estaba diciendo.

—La mejor manera de distraer al Forjador de Vínculos es matar a su esposa —dijo la voz. Ruda, fría—. En consecuencia, he venido a realizar el

acto al que hasta ahora te has negado.

Navani se levantó y fue hacia la puerta. Su guardia, una mujeren, era nueva, pero no prohibió que Navani mirase pasillo abajo hacia el despacho de Rabeniel junto al escudo del Hermano.

Había un hombre con un uniforme negro al lado de Rabeniel. Pulcro, de cabello negro rapado muy corto y con una cara estrecha,afilada, con la nariz prominente y las mejillas hundidas. Moash. El asesino.

—La reina continúa resultándome útil —objetó Rabeniel.

—Mis órdenes proceden de Odium en persona —dijo Moash. Si las voces de los Fusionados estaban demasiado ornamentadas con ritmos y significados, la de él era lo contrario. Muerta. Una voz como la pizarra.

—Te ha ordenado que acudas a mí, Vyre —dijo Rabeniel—. Y yo he solicitado que te enviara. Así que hoy necesito que te ocupes primero de mis problemas. Hay un gusano en la torre. Comiéndose las paredes en su avance. Es un problema cada vez más grave.

—Ya te advertí sobre Bendito por la Tormenta —respondió Moash—. Os lo advertí a todos. Y no me hicisteis caso.

—Lo matarás —dijo Rabeniel.

—No existe enemigo que pueda matar a Kaladin Bendito por la Tormenta —afirmó Moash.

—Prometiste que...

—*No existe* enemigo que pueda matar a Bendito por la Tormenta —repitió Moash—. Es una fuerza como las tormentas y no se puede matar a las tormentas, Fusionada.

Rabeniel entregó algo a Moash. Una daga pequeña.

—Solo dices necedades. Un hombre no es más que un hombre, por mucha habilidad que tenga. Esa daga puede destruir a su spren. Esparce esa arena y se volverá un poco blanca cuando un spren invisible pase volando por encima. Utilízala para localizar a su honorspren y entonces elimínala con la daga, privándolo a él del poder.

—No puedo matarlo —repitió de nuevo Moash, guardándose el arma—. Pero te prometo algo mejor. Lleguemos a este compromiso, Fusionada: yo hundo a Bendito por la Tormenta dejándolo incapaz de interferir y tú me entregas a la reina. ¿Aceptas?

Navani tuvo un escalofrío. Rabeniel ni siquiera lanzó una mirada en su dirección.

—Acepto —dijo Rabeniel—. Pero haz otra cosa por mí. He enviado al

Perseguidor a destruir el último nodo, pero creo que se está retrasando para que aparezca Bendito por la Tormenta y lo combata por él. Rompe el nodo por mí.

Moash asintió y aceptó lo que parecía ser un pequeño diagrama detallando la ubicación del nodo. Dio media vuelta con precisión militar y marchó pasillo arriba. Si vio a Navani, no hizo ningún comentario mientras pasaba como un viento frío.

—Monstruo —dijo Navani, con furiaspren a sus pies—. ¡Traidor! ¿Atacarías a tu propio amigo?

Moash se detuvo en seco. Sin dejar de mirar adelante, habló.

—¿Dónde estabas tú, ojos claros, cuando tu hijo condenaba a inocentes a muerte? —Se volvió y fijó en Navani aquellos ojos sin vida—. ¿Dónde estabas tú, *reina*, cuando tu hijo envió a Roshone al pueblo natal de Kaladin? Un repudiado político, un asesino conocido, exiliado a un pueblo pequeño. Donde no podría hacer ningún daño, ¿verdad?

»Roshone mató al hermano de Kaladin. Podrás haberlo impedido. Si a alguno de vosotros le importara. Tú nunca has sido mi reina; no eres nada para mí. No eres nada para nadie. Así que no me hables de traición ni de amistad. No tienes ni la menor idea del precio que va a tener para mí este día.

Siguió adelante, sin más armas a la vista que la daga metida en el cinturón. Una daga diseñada para matar a un spren. Una daga de cuya creación la responsable, en esencia, era Navani. Moash llegó al final del pasillo, se encendió de luz tormentosa, que de algún modo funcionó para él, y se elevó por los aires a través del hueco central de la escalinata hacia la planta baja.

Navani se dejó caer en el umbral, notando cómo se marchitaban las réplicas en su garganta. Sabía que Moash se equivocaba, pero no encontraba la voz. Había algo en ese hombre que la asustaba hasta rayar en el pánico. No era humano. Era un Portador del Vacío. Si esa definición podía aplicarse a alguien, era a Moash.

—¿Qué necesitas? —le preguntó su guardia—. ¿Te han dado de comer?

—Eh... —Navani se lamió los labios—. Necesito una vela, por favor. Para quemar plegarias.

La guardia sorprendió a Navani llevándosela. Navani, temblando, aceptó la vela, protegió la llama con la mano y volvió a su camastro. Allí se arrodilló y empezó a quemar sus glifoguardas de una en una.

Si había un dios, si el Todopoderoso seguía allí fuera en algún lugar, ¿habría creado él a Moash? ¿Por qué? ¿Por qué traer un ser como él al

mundo?

«Por favor —pensó, rogando mientras una glifoguarda se arrugaba y sus oraciones liberaban humo al aire—. Por favor, dime qué debo hacer. Muéstrame algo. Hazme saber que estás ahí.»

Mientras la última plegaria flotaba hacia los Salones Tranquilos, Navani se sentó sobre los talones, entumecida, deseando acurrucarse y olvidar sus problemas. Cuando se movió para hacerlo, sin embargo, captó un atisbo de algo que titilaba entre los restos de su escritorio a la luz de la vela. Como en trance, Navani se levantó y anduvo hasta allí. La guardia no estaba mirando.

Navani apartó ceniza y encontró una daga de metal con un diamante sujetado al pomo. Se la quedó mirando, confundida. El arma había explotado, ¿verdad?

«No, esta es la segunda. La que Rabeniel usó para matar a su hija. La tiró a un lado, como si la odiara, después de completar su acto.»

Un arma inestimable, de un valor imposible de calcular, y la Fusionada la había descartado. ¿Cuánto tiempo llevaría Rabeniel despierta? ¿Se sentiría como Navani, exhausta, llevada al límite? ¿Estaría olvidando detalles importantes?

Porque allí, con un tono violeta negruzco en la gema, había un leve resplandor. Que no se había consumido del todo en la muerte anterior.

Una pequeña carga de antiluz del vacío.

Kaladin bajó los peldaños de uno en uno. Caminaba sin darse prisa hacia la trampa.

Había un cierto impulso animándolo a seguir adelante. Como si sus siguientes acciones estuvieran grabadas en la piedra por moldeado de almas, ya imposibles de cambiar. Parecía como si una montaña fuese rellenando el espacio a su espalda, impidiéndole la retirada.

Adelante. Solo adelante. Un paso y luego otro.

La escalera lo llevó a la planta baja. Había dos regios en forma funesta vigilando el acceso, pero retrocedieron con las manos en las espadas, canturreando frenéticos. Kaladin siguió sin hacerles caso desviándose en dirección al atrio. Se echó la lanza al hombro y recorrió a zancadas el pasillo central.

Se acabó esconderse. Estaba demasiado cansado para hacerlo. Demasiado exprimido para las tácticas y la estrategia. ¿Qué el perseguidor lo quería? Pues muy bien, tendría a Kaladin, y presentado como siempre lo había visto

la gente: de uniforme, avanzando firme hacia la lucha, con la cabeza alta.

Tanto humanos como cantores se apartaron para dejarle paso. Kaladin vio a muchos humanos con las marcas que le había descrito Rlain, glifos *shash* pintados en la frente. Tormentas, creían en él. Llevaban el símbolo de su vergüenza, su fracaso y su encarcelamiento. Y lo habían transformado en algo mejor.

No podía evitar la sensación de que había llegado el momento. Era la última vez que llevaría ese uniforme, su acto final como miembro del Puente Cuatro. De un modo u otro, tenía que dejar atrás la vida a la que se había aferrado y al sencillo pelotón de soldados que había sido el núcleo de esa vida.

Toda esa gente creía en una versión de él que ya había muerto. El alto mariscal Kaladin Bendito por la Tormenta. El aguerrido soldado, líder de los Corredores del Viento, leal e inquebrantable. Como habían hecho Kal el joven inocente, el jefe de pelotón Kaladin en el ejército de Amaram y Kaladin el esclavo, también el alto mariscal Bendito por la Tormenta había fallecido. Kaladin había pasado a ser alguien nuevo, alguien que no podía estar a la altura de la leyenda.

Pero con toda aquella gente creyendo en él, uniéndose al avance tras él con susurros de esperanza y expectativa, quizá pudiera resucitar a Bendito por la Tormenta para una última batalla.

No lo inquietaba estar revelando su presencia. No había lugar al que huir. Los regios y los soldados cantores formaron grupos, lo siguieron y bisbisearon con aspereza entre ellos, pero dejarían que un Fusionado se ocupara de un Radiante.

Y los demás Fusionados sabrían que Kaladin ya estaba reclamado. Estaba Perseguido.

Cuando Kaladin estuvo cerca del Apartado, en la intersección cuyo pasillo derecho desembocaría en el enorme mercado abierto, por fin la sintió. Se detuvo de sopetón y miró hacia allí. Las decenas de personas que lo seguían se hicieron callar unas a otras mientras Kaladin fijaba la mirada y alzaba la mano derecha en dirección al mercado.

Syl, pensó, estoy aquí. Encuéntrame.

Una línea de luz apenas visible rebotaba de un lado a otro en la lejanía. Viró y rodó hacia él, ganando velocidad y enderezando su trayectoria. Syl se hizo más brillante y la conciencia de ella floreció en la mente de Kaladin. No estaban enteros ninguno de los dos sin el otro.

Syl se recuperó a sí misma con un respingo y se posó en la mano de Kaladin, con su vestido infantil.

—¿Estás bien? —susurró Kaladin.

—No —dijo ella—. No, para nada. Ha sido... ha sido como cuando casi morí. Como cuando estuve siglos a la deriva. Me noto triste, Kaladin. Y fría.

—Entiendo esos sentimientos —respondió él—. Pero Syl, el enemigo... va a ejecutar a los Radiantes. Y puede que tengan a mis padres.

Ella alzó la mirada hacia los ojos de Kaladin. Entonces su forma se emborronó y al instante llevaba puesto un uniforme como el de él, coloreado de azul Kholin.

Kaladin asintió, se volvió y siguió adelante, llevando a su estela las esperanzas y las oraciones de centenares. Llevando a su estela su propia reputación. La de un hombre que jamás sollozaría en la noche, hecho un ovillo contra la pared, aterrorizado. Un hombre que Kaladin estaba decidido a fingir que era. Una última vez.

Comprobó el guantelete volador de Navani, que llevaba sujeto al cinturón de forma que fuese fácil de desenganchar si lo necesitaba. Estaba en el lado derecho y apuntando hacia atrás. Kaladin y Dabbid habían recargado todos los pesos emparejados con él unas noches antes. El aparato no le había funcionado demasiado bien en la última pelea, pero sí había servido para comprender sus limitaciones. Era un dispositivo diseñado por ingenieros, no por soldados. No podía llevarlo en la mano, donde interferiría con su destreza con la lanza. Pero quizá pudiera ofrecerle una ventaja en otra situación.

Con Syl volando como cinta de luz junto a su cabeza, llegó al atrio, con aquella interminable pared de cristal que se alzaba como una ventana delante de él. Un hueco igual de interminable en la piedra ascendía hasta la cumbre de la torre, rodeado de balcones en la mayoría de los niveles. Flotaban Celestiales en el aire, pero Kaladin no tenía tiempo de buscar a Leshwi.

Syl de adelantó un poco y entonces se quedó flotando quieta, dando impresión de curiosidad.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Viene alta tormenta, dijo ella en su cabeza.

¿Cómo no iba a venir? Era esa clase de día.

La gente del atrio empezó a dispersarse cuando lo vio, acompañada de expectaspren. A medida que el lugar se vaciaba, Kaladin distinguió una figura inmensa muy quieta en el mismo centro de la cámara, bloqueando el paso a la sala del otro extremo, la enfermería.

Kaladin enarbóló su lanza en desafío. Pero al Perseguidor le traía sin cuidado el honor. Estaba allí para la matanza, y se lanzó volando a toda velocidad hacia Kaladin para procurársela.

LA LEYENDA QUE VIVES



Míralos retorcerse. Contempla su forcejeo, su negativa a rendirse. Los humanos se aferran a las rocas con el vigor de cualquier enredadera roshariana.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Ahí está —dijo Teft, apartándose y moviéndose con el gentío del atrio.

Con una capa por encima del uniforme no llamaba la atención, como sabía que solía ocurrir. Kaladin hacía que se volvieran las cabezas hasta vestido con harapos. Era esa clase de hombre.

Pero ¿Teft? Teft tenía un aspecto muy fácil de olvidar. Con su capa, era solo otro trabajador que paseaba con su hija por el atrio. Confío en que Lift mantuviera la cabeza gacha para que la capucha de su propia capa ocultara sus rasgos, o alguien podría preguntarse por qué su «hija» se parecía tanto a cierta Radiante molesta que siempre estaba alborotando por la torre.

—¿Por qué ha tardado tanto? —susurró Lift mientras los dos caminaban de lado contra la pared del atrio, haciendo los asustados por el repentino tropel de gente que se alejaba de Kaladin y el Perseguidor.

—Al chaval le gusta presumir —dijo Teft.

Pero tormentas, costaba no sentirse inspirado al ver a Kaladin silueteado así en el pasillo de entrada con su elegante uniforme azul, el pelo suelto, las cicatrices bien marcadas en la frente. Los ojos lo bastante intensos como para

perforar la tormenta más oscura.

«Con ese lo has hecho bien, Teft —pensó, permitiéndose un poco de orgullo—. Tu propia vida la arruinaste cosa mala, pero con ese lo has hecho bien.»

Phendorana le susurró palabras reconfortantes al oído. A petición de Teft, se había encogido e iba en su hombro. Teft asintió al oírla. Si su familia no se hubiera involucrado con los Vislumbradores, él no habría sabido cómo ayudar a Kaladin cuando lo necesitó. Y entonces seguramente el Espina Negra habría muerto, y no habrían encontrado aquella torre. Así que... quizá era el momento de liberarse de lo que había hecho.

Juntos avanzaron poco a poco a lo largo de la pared hacia la enfermería. A la tormenta con Teft si tener su propia spren personal no era lo mejor que le había pasado en la vida, aparte del Puente Cuatro. Podía ponerse un poco malhumorada a veces, lo que encajaba bien con él. Y también se negaba a aceptar las excusas de Teft. Lo que encajaba incluso mejor con él.

Kaladin empezó a luchar y Teft no pudo ayudarlo más que con buenos deseos. El chaval estaría bien. Teft solo tenía que cumplir su parte.

Esperaron para ver si los guardias de la enfermería salían al oír el bullicio, y por suerte lo hicieron. Pero uno se quedó en la puerta, mirando boquiabierto la batalla pero al parecer decidido a no abandonar su puesto.

Y para colmo era un regio en forma tormenta, esa suerte tenía siempre Teft. Aun así, Lift y él pudieron aprovechar los empujones de la multitud, fingiendo que eran civiles confusos. Quizá el forma tormenta dejaría que se «escondieran» en la enfermería.

Pero el regio de la puerta les levantó una palma de la mano indiferente y les indicó que escaparan en otra dirección. También cortó el paso a varias otras personas que habían visto en la enfermería una escapatoria conveniente, así que Teft y Lift no llamaron una atención indebida.

La gente del atrio gritó cuando Kaladin y el Perseguidor chocaron. Los Celestiales descendieron flotando para observar la batalla, con las largas colas de su ropa meciéndose como cortinas y sumándose a la visión surrealista. De hecho, los ojos de todo el mundo estaban fijos en el combate entre Kaladin y el Perseguidor. Así que Teft cogió al guardia regio por el brazo. Aquellos regios tenían relámpago cautivo corriendo por su interior y tocar al cantor dio una descarga a Teft. Gritó y sacudió la mano, retrocediendo mientras el forma tormenta se volvía molesto hacia él.

—Por favor, brillante señor —dijo Teft—, ¿qué está pasando?

Con el regio concentrado en él, Lift lo rodeó por detrás y abrió una rendija en la puerta.

—Largo de aquí —espetó el regio—. No molestes a...

Teft se abalanzó contra el cantor, le rodeó la cintura con un brazo al embestir y lo empujó hacia atrás por la puerta abierta. Los poderes del regio enviaron otra descarga a través de Teft, pero, en la confusión, Teft pudo derribarlo y apresarlo encima de él con el antebrazo en el cuello.

Lift cerró la puerta con un chasquido. Esperó ansiosa mientras Teft se esforzaba en mantener la presión sobre la garganta de la criatura. Absorbió toda la luz tormentosa que tenía, pero notó que el poder del forma tormenta crecía y la piel de la criatura crepitaba con relámpago rojo.

—¡Sanación! —exclamó Teft.

Lift se acercó de un salto y le apretó la mano contra la pierna mientras el forma tormenta liberaba un rayo de energía a través de Teft hacia el suelo. El estallido que hizo fue increíble. Teft sintió un dolor ardiente, como si alguien hubiera decidido que su estómago era el lugar perfecto para encender una hoguera.

Pero aguantó y Lift lo curó. Hasta consiguió rodar de lado y usar luz tormentosa para adherir al regio al suelo. Eso le permitió mantener la presión y resistir las descargas que siguieron, menos poderosas que la primera.

Por fin el regio se quedó exánime, inconsciente. Teft dio un bufido y se levantó, aunque antes tuvo que despegar su ropa del suelo. Tormentosa luz tormentosa. Bajó la mirada y vio que la parte delantera de su camisa estaba quemada por completo.

Miró a Phendorana, que había recobrado su tamaño completo. La spren se cruzó de brazos, pensativa.

—¿Qué? —preguntó Teft.

—Tienes el pelo de punta —dijo, y sonrió de oreja a oreja. Parecía una niña pequeña cuando lo hacía y Teft no pudo evitar devolverle la expresión.

—¡Muévete! —le dijo Phendorana—. ¡Sella la puerta!

—Claro, claro.

Teft fue a la puerta e infundió el marco con luz tormentosa. Alguien habría oído aquel relámpago.

—¡Lift! —gritó mientras trabajaba—. ¡Ve empezando! Quiero a esos Radiantes de pie y cumpliendo ordenes en lo que tarda en caer una flecha. —Volvió la cabeza hacia Phendorana, que estaba tras él, y se miraron a los ojos —. Podemos hacerlo. Los levantamos, recogemos a la familia de Kal y nos

vamos.

—¿Por la ventana? —preguntó ella.

Fuera de la ventana orientada al este había una caída a plomo de decenas y decenas de metros. Teft tenía cierta confianza en su capacidad para descender por la pared. ¿Cuánto tendría que alejarse todo el mundo para que sus poderes Radiantes regresaran? Temía que los Celestiales se dieran cuenta antes de eso y saliesen a por ellos.

Bueno, a ver qué decían los demás cuando despertaran. Teft dio la espalda a la puerta bloqueada para observar la cámara y el progreso de Lift. ¿Dónde estaban ese cirujano y su...?

Lift chilló.

Saltó hacia atrás cuando uno de los cuerpos del suelo, cerca de ella, emergió de debajo de la sábana. La figura, vestida toda de negro, atacó a Lift con una hoja esquirlada. Lift casi logró apartarse lo suficiente, pero la hoja la alcanzó en los muslos, cortando con la agilidad de una anguila en el aire.

Lift se derrumbó, con las piernas inutilizadas por la hoja esquirlada.

La figura de uniforme negro se apartó de Lift y, refulgente de luz tormentosa, centró su atención en Teft. Mejillas hundidas, nariz prominente, ojos brillantes.

Moash.

Kaladin no huyó.

Sabía lo que iba a hacer el Perseguidor.

Y sí, la criatura actuó como había hecho en todas las ocasiones anteriores: dejando atrás un cascarón y volando hacia Kaladin para apresarlo. Eso era un cascarón gastado. El Perseguidor tenía otros dos antes de quedarse atrapado en su cuerpo y verse obligado a escapar o enfrentarse a Kaladin y arriesgarse a morir.

Kaladin avanzó un paso en la trayectoria del Perseguidor y soltó la lanza, entrando por voluntad propia en la presa. Se giró en el último instante y atrapó las manos del Perseguidor cuando intentaban aferrarlo. Vibrando de luz tormentosa, Kaladin retuvo las muñecas del Perseguidor. Tormentas, la criatura era más fuerte que él. Pero Kaladin no pensaba huir ni esconderse. No esa vez. Esa vez solo tenía que dejar a Teft y Lift espacio para trabajar.

Y Kaladin había descubierto algo durante su último combate. Aquella criatura *no* era un soldado.

—Ríndete, hombrecillo —dijo el Perseguidor—. Soy tan inevitable como

la tormenta que se avecina. Te daré caza por siempre.

—Bien —replicó Kaladin.

—¡Bravatas! —exclamó el Perseguidor, riendo.

Logró enganchar el pie de Kaladin y usó su fuerza superior para empujarlo al suelo. Lo único que pudo hacer Kaladin fue mantenerse agarrado y obligarlo a caer también. El Perseguidor dio un rodillazo a Kaladin en la tripa y luego se retorció para retenerlo con una presa.

—¡Qué necio!

Kaladin se resistió, apenas capaz de evitar que su enemigo lo inmovilizara. Syl revoloteaba alrededor de ellos. Cuando el Perseguidor probó otra presa, Kaladin giró un poco el cuerpo, miró al Perseguidor a los ojos y sonrió.

El Fusionado gruñó y cambió de posición para aplastar los hombros de Kaladin contra el suelo.

—No te tengo miedo —dijo Kaladin—. Pero tú vas a tenerme miedo a mí.

—Qué disparate —respondió el Perseguidor—. Tu inevitable destino ha provocado la locura en tu frágil mente.

Kaladin dio un gruñido, con la espalda contra la fría piedra, y usó las dos manos para apartar la derecha del Perseguidor. Mantuvo los ojos clavados en los de su adversario.

—Te maté —dijo—. Y voy a matarte ahora. Y luego, cada vez que vuelvas a por mí, te mataré de nuevo.

—Soy inmortal —gruñó el Perseguidor. Pero su ritmo había cambiado. Ya no estaba tan confiado.

—No importa —dijo Kaladin—. He oído lo que la gente cuenta sobre ti. Tu vida no es la sangre de tus venas, sino la leyenda que vives. Cada muerte mata esa leyenda un poco más. Cada vez que te derrote, eso te destrozará. Hasta que ya no te conocerán como el Perseguidor. Te conocerán como el Derrotado. La criatura que, por mucho que lo intente, nunca puede *derrotarme a mí*.

Kaladin bajó el brazo, activó el dispositivo de Navani en su cinturón y apretó la barra que liberaba el peso. Fue como si de repente alguien le atara una cuerda a la cintura y lo sacara de las garras del Perseguidor de un tirón que lo hizo resbalar por el suelo del atrio.

Desactivó el aparato, se puso en pie de una voltereta y miró a su enemigo a través de la corta distancia que los separaba. Syl se situó junto a él, fulminando al Perseguidor con la mirada en una imitación perfecta de la postura de Kaladin. Entonces, juntos, sonrieron mientras Kaladin sacaba su

bisturí.

Moash envió a Lift contra la pared de un puntapié que la hizo caer flácida después de rebotar. Se quedó tendida y ya no se movió. Moash flotó hacia delante, con su hoja esquirlada en la mano y su atención concentrada ya solo en Teft.

Teft se maldijo por lo tonto que era. Se había obsesionado con ocuparse del regio de la puerta cuando debería haber buscado irregularidades. Al fijarse reparó en que los padres y el hermano de Kal estaban atados y amordazados, visibles a través de un hueco en la tela de la sección apartada al fondo.

La verdadera trampa no estaba fuera con el Perseguidor. Estaba allí dentro, y con un enemigo mucho más mortífero: un hombre al que había entrenado para la guerra el propio Kaladin.

—Hola, Teft —dijo Moash con suavidad, aterrizando delante de las hileras de personas inconscientes en el suelo—. ¿Cómo está el equipo?

—A salvo de ti —respondió Teft, apartando su capa y desenvainando el largo cuchillo que llevaba escondido debajo. Era imposible moverse entre una muchedumbre sin llamar la atención llevando lanza, por desgracia.

—No todos, Teft —dijo Moash. Había una sombra en su cara, a pesar de las muchas esferas que iluminaban la estancia.

Moash se abalanzó hacia él y Teft retrocedió bailando, poniendo cuidado en no tropezar con el cuerpo del regio inconsciente. Allí, delante de la puerta, tenía espacio sin Radiantes caídos que le impidieran pisar a gusto. Lo único que hizo Moash fue abrir un saco y tirar algo por el suelo cerca de él. ¿Arena negra? ¿Qué narices era eso?

Teft esgrimió su arma, con Phendorana al lado, pero el cuchillo parecía diminuto comparado con el arma de Moash, la hoja de Honor del asesino. La que había matado al viejo Gavilar.

Parecía peligrosísima en la mano de Moash, más corta que la mayoría de las hojas esquirladas pero de una forma desenvuelta, deliberada. Aquella no era un arma para destruir a enormes monstruos de piedra.

Era un arma para matar a hombres.



Los humanos son un poema. Una canción.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Oye —dijo alguien al Ritmo de la Reprimenda—, ¿qué estás haciendo?

Rlain se volvió, pasándose el barril de agua de un hombro a otro. Dabbid se acercó más a él, asustado por encontrar oposición. Los dos estaban en un pasillo sin características particulares de Urihiru, cerca de la escalinata hacia el sótano. Allí estaba el último puesto de guardia y Rlain creía que ya lo habían superado.

—Llevamos agua —dijo Rlain a Consuelo, dando unos golpecitos en su pequeño barril. Se había maquillado para cubrir el tatuaje, fundiéndolo con el jaspeado de su piel—. A los eruditos.

—¿Y por qué lo haces tú? —preguntó la cantora. No era Fusionada ni regia, solo una vigilante común. Llegó hasta ellos y puso una mano en el hombro de Rlain—. Deja que ese trabajo lo haga el humano, amigo. Tú estás por encima de esas cosas.

Rlain lanzó una mirada a Dabbid, que a su vez miraba al suelo, y armonizó a Irritación. No era la clase de resistencia que había anticipado.

—Es mi trabajo —dijo Rlain a la guardia.

—¿Quién ha asignado trabajo de sabuesos-hacha a un cantor? —preguntó

ella con brusquedad—. Ven conmigo. Tienes una figura imponente en forma de guerra. Te enseñaré a usar la espada. En mi pelotón estamos reclutando.

—Yo... preferiría cumplir con mi deber —dijo él a Consuelo.

Se zafó de la soldado, que por suerte lo dejó marchar. Dabbid y él siguieron por el pasillo.

—¿Te lo puedes creer? —dijo la guardia a sus espaldas—. ¿Cómo es posible que tantos sigan pensando como esclavos? Es lamentable.

—Sí —convino uno de sus compañeros—. Y justo de ese de ahí, no me lo habría esperado en la vida.

Rlain armonizó a Ansiedad.

—¿Justo de ese? —se sorprendió la mujeren, y su voz resonó por el pasillo.

—Claro, es ese oyente, ¿verdad? El que estaba encarcelado hasta que lo sacó la Voz de Rabeniel.

Condenación. Rlain apretó un poco el paso, pero no sirvió de nada porque al momento oyó botas persiguiéndolo. La guardia de antes lo agarró por el codo.

—Eh, eh, espera —dijo—. ¿Eres el oyente?

—Así es —respondió Rlain a Consuelo.

—Llevando agua. Tú. ¿Un traidor?

—No somos... —Rlain armonizó a Determinación y se dio media vuelta

—. No somos traidores. Venli es la Voz de Rabeniel, nada menos.

—Ya —dijo la mujeren—. Bueno, pues no vas a bajar donde está la reina humana, al menos hasta que me confirmen que lo tienes permitido. Acompáñame.

Dabbid se acercó más todavía a Rlain, temblando. Rlain miró hacia los guardias cantores. Eran cuatro.

No. No iba a luchar contra ellos. Y no solo por la inferioridad numérica.

—Bien —dijo—. Preguntemos a vuestro superior para que pueda seguir con mi trabajo.

Se lo llevaron y Dabbid los siguió, gimiendo flojito mientras los alejaban un paso tras otro de su objetivo. En fin, si el Hermano lo quería allí abajo por algún motivo, más le valía encontrar la forma de sacarlos de aquella.

El Perseguidor se arrojó hacia Kaladin. Pero él estaba preparado. Activó el aparato de Navani, que seguía llevando sujeto al cinturón. La fuerza de los pesos tiró de Kaladin hacia atrás más deprisa de lo que un hombre podía saltar, lo que lo mantuvo fuera del alcance del Perseguidor.

A esas alturas los cantores ya habían despejado casi todo el atrio de civiles. Habían apostado soldados a lo largo de las paredes, salvo de la plana con el ventanal, pero seguía habiendo una muchedumbre que miraba desde los pasillos y los balcones. Que confiaba en Kaladin.

Los Celestiales levitaban por encima de la enorme estancia circular, como para hacer de jueces en el desafío. A todos los efectos, aquello era una arena de duelos. Kaladin proyectó toda la fuerza y la confianza que pudo. Casi empezó a sentir las, a notar que la fatiga desgastada y marchita remitía.

Necesitaba que el Perseguidor lo creyera. Que lo entendiera. Que fuese consciente de que tenía mucho más que perder en ese combate que Kaladin.

Y parecía comprenderlo, porque cuando Kaladin llegó al otro extremo del atrio y desactivó el aparato de Navani, la criatura descartó su segundo cuerpo y salió disparada hacia Kaladin como cinta de luz. Quería resolver deprisa el enfrentamiento.

El ventanal se había oscurecido por la cercanía de la muralla de tormenta, que anunciaba la alta tormenta en sí. Golpeó con una furia que Kaladin apenas alcanzó a oír, y las esferas pasaron a ser la única fuente de iluminación de todo el atrio.

Kaladin asíó al Fusionado mientras cobraba forma en el aire y se enfrentaron de nuevo. Aquel era el tercer cuerpo del Perseguidor. Si lo abandonaba, tendría que ir a recargar o arriesgarse a crear un cuarto cuerpo y que lo mataran.

Fueron los dos al suelo otra vez, rodando mientras forcejeaban, Kaladin tratando de maniobrar su bisturí. El Perseguidor podía sanar con luz del vacío, pero cuanta más perdiera, más probable era que tuviera que retirarse.

En esa ocasión la criatura no se anduvo con bravuconadas e intentó apresar la cabeza de Kaladin. Seguro que para estamparla contra el suelo, ya que sabía que la sanación de Kaladin no funcionaba bien. Eso dio a Kaladin la oportunidad de acuchillar hacia arriba, obligando al Perseguidor a agarrarle el brazo en vez de la cabeza.

—No eres ningún soldado —dijo Kaladin en voz alta, para que su voz resonara hasta todos los que escuchaban—. Eso es lo que he comprendido sobre ti, Derrotado. Nunca has afrontado la muerte.

—Calla —rugió el Perseguidor, retorciendo la muñeca de Kaladin.

Kaladin gruñó y los hizo rodar a ambos de lado, protegiendo por los pelos su muñeca de un daño grave. Soltó el cuchillo. Por suerte, había encontrado otros.

—¡Yo me he enfrentado a ella cada día de mi vida! —gritó Kaladin, rodando encima del Fusionado—. ¿Te preguntas por qué no te temo? Porque llevo toda la vida sabiendo que la muerte me acecha. Tú no eres nada nuevo.

—Que. Te. ¡*CALLES*!

—Pero yo soy algo que tú nunca has conocido —vociferó Kaladin, estrellando al Perseguidor contra el suelo por los hombros—. ¡Una vida de miles de años no puede prepararte para algo que nunca conociste, Derrotado! ¡No puede prepararte para alguien que *no te teme*!

Kaladin sacó el cuchillo que llevaba en la bota y lo alzó. El Perseguidor, al verlo venir, no hizo lo que habría debido. No intentó forcejear ni soltó un rodillazo al abdomen de Kaladin. Montó en pánico y salió disparado como cinta de luz, huyendo.

Se materializó a poca distancia, de cara a los soldados que miraban. Su cuarto cuerpo. El último. El vulnerable. Se volvió de nuevo hacia Kaladin, que se había puesto en pie sobre su cascarón.

—Soy la misma muerte, Derrotado —dijo Kaladin—. Y por fin voy a alcanzarte.

Venli encontró una muchedumbre que atascaba el pasillo central en dirección al atrio. Armonizó a Ansiedad y empezó a abrirse paso a empujones. Al ser una regia, la gente se lo permitió. Al cabo de un tiempo llegó al frente de la multitud, donde había un grupo de soldados en forma de guerra formando una hilera, bloqueando el acceso.

Sospechaba que sabía lo que estaba ocurriendo. Rlain y sus amigos ya habían puesto en marcha su plan de rescate. Venli llegaba tarde.

—Apartaos —exigió Venli a Mofa—. ¿Qué está pasando?

Un forma de guerra se volvió. Venli no lo conocía personalmente, pero era un soldado del Perseguidor.

—Nuestro amo lucha contra Bendito por la Tormenta —dijo—. Tenemos que mantener un perímetro e impedir que nadie interfiera.

Venli estiró el cuello, y era lo bastante alta para ver que el atrio estaba vigilado por un centenar aproximado de tropas del Perseguidor, aunque también vio a varios miembros de la guardia personal de Rabeniel, que había recibido de Leshwi.

Venli armonizó a los Terrores. ¿Qué iba a hacer? ¿Podía ayudar? Mientras estudiaba la zona, descubrió que de verdad quería hacerlo. No porque Timbre

la empujara a ello, y no solo porque aquel era el sendero que estaba recorriendo. Era por las canciones de las piedras. Y por los susurros de quienes la habían precedido.

—Soy la Voz de la Dama de los Deseos —dijo Venli—. ¿Creéis que vuestro bloqueo se aplica a mí? Haceos a un lado.

De mala gana, los soldados la dejaron pasar. Y cuanto pudo ver sin impedimentos, no pudo evitar detenerse. Había algo en la forma de luchar que tenía Bendito por la Tormenta. Incluso forcejeando contra el Perseguidor y rodando por el suelo, tenía una cierta determinación. Se liberó de la presa del Fusionado y entonces, de algún modo, saltó seis metros hacia atrás, aunque sus poderes no deberían estar funcionando tan bien.

El Perseguidor se convirtió en cinta y le dio caza, pero Bendito por la Tormenta no corrió. Extendió los brazos y así al Perseguidor justo cuando aparecía. Fascinante. Venli comprendió por qué Leshwi encontraba tan interesante a aquel humano.

No había nada que Venli pudiera hacer en aquel combate. Tenía que pensar en Rlain y en Lirin y su familia. Buscó en las alturas y localizó a Leshwi flotando cerca.

Venli se acercó a Leshwi mientras Bendito por la Tormenta se alzaba erguido sobre el cascarón del Perseguidor. La dama descendió a su altura. No iba a interferir en un duelo como aquel.

—No pinta bien para Bendito por la Tormenta —susurró Venli.

—Al contrario —dijo Leshwi a Júbilo—. El Perseguidor ya ha utilizado todos sus cascarones. Ahora tendrá que huir y renovarse.

—¿Y por qué no lo hace?

—Observa —dijo Leshwi, y señaló el silencioso atrio.

Había un perímetro de soldados con humanos amontonados tras ellos, mirando por encima de sus hombros. Había Fusionados en el aire, todos mirando a los dos combatientes.

Había un soldado increíble, que parecía inmortal e indestructible, controlando por completo la situación.

Y había un Fusionado que, de algún modo, parecía pequeño comparado con él.

Teft esquivó por la enfermería. No entabló combate directo con Moash, sino que intentó mantenerse fuera de su alcance. Ganar tiempo. Pero ¿para qué?

Moash se acercó flotando a ellos, con los ojos brillantes.

—Bendito por la Tormenta no va a entrar para ayudarnos, ¿verdad? —preguntó Phendorana con voz suave, flotando al lado de Teft.

—Kaladin no puede estar en todos los sitios a la vez —dijo Teft—. Solo es un hombre, aunque a menudo lo olvide.

Saltó hacia atrás por encima de un cuerpo. Lift había despertado y estaba reptando con sigilo por el suelo hacia un Radiante cercano, arrastrando las piernas por detrás.

«Así me gusta», pensó Teft. Tenía que atrapar la atención de Moash.

—Nunca había conocido a un hombre que se volviera traidor tan a lo bestia como lo hiciste tú —dijo Teft a Moash—. ¿Qué fue lo que te convenció? ¿Qué hizo que estuvieras dispuesto a matar a los tuyos?

—La paz —respondió Moash, deteniéndose en el centro de la cámara—. Fue la paz, Teft.

—¿Esto es paz? —dijo Teft, gesticulando—. ¿Luchar contra tus amigos?

—No estamos luchando. Tú corres como un cobarde.

—¡Todo buen sargento es un cobarde! ¡Y orgulloso de serlo! ¡Alguien tiene que meter sentido común en la cabeza de los oficiales!

Moash se quedó flotando donde estaba, una mancha negra en el aire. Antes de que pudiera mirar a su alrededor y ver a Lift, Phendorana eligió aparecerse a él, de pie a poca distancia. Moash desvió de golpe la mirada hacia ella. Bien, bien. Otra distracción.

Pero Moash, con desinterés, se volvió y dio un tajo con su hoja esquirlada a través de la cara de una Radiante que tenía debajo. Los ojos de la mujer inconsciente ardieron y Lift dio un grito de horror mientras se empujaba hacia delante para llegar al cuerpo, como si pudiera hacer algo por ella.

Moash lanzó una mirada a Teft y luego alzó su hoja esquirlada hacia Lift.

—¡Muy bien! —exclamó Teft, dando un paso firme adelante—. ¡Desgraciado! ¿Me quieres a mí? ¡Pues aquí estoy! ¡Luchemos! ¡Te enseñaré quién de los dos es mejor hombre!

Moash aterrizó al lado del cadáver y caminó directo hacia Teft.

—Los dos sabemos quién es el mejor guerrero, Teft.

—No he dicho el mejor guerrero, idiota —replicó Teft, acometiendo con su cuchillo.

La cuchillada era una finta, pero Moash lo sabía. Se apartó hacia el lado en el momento preciso y puso la zancadilla a Teft cuando intentaba girar para atacar de nuevo.

Teft cayó con un gruñido. Intentó rodar, pero Moash descendió de nuevo y le dio una patada en el costado, fuerte. Algo crujío en el pecho de Teft. Una herida que lo llenó de dolor y que no sanó, a pesar de su luz tormentosa.

Moash se alzó sobre él, levantó su hoja esquirlada y la descargó sin más comentarios. Teft soltó el cuchillo, inútil contra una hoja esquirlada, y levantó las manos. Sintió algo procedente de Phendorana. Una armonía entre ellos.

Teft estaba perdonado. Teft estaba *perdonado* y estaba *cerca*.

La hoja esquirlada de Moash encontró algo en el aire, un asta de lanza fantasmal, apenas materializada en las manos de Teft... y se detuvo. Hizo saltar chispas, pero se detuvo. Teft apretó los dientes y resistió mientras Moash por fin mostraba una emoción. Sorpresa. Trastabilló hacia atrás, con los ojos como platos.

Teft se destensó y Phendorana apareció a su lado en el suelo, jadeando de agotamiento. Él notó que le caía sudor por la frente. Manifestar a Phendorana de aquella manera, aunque fuese solo un poco, había sido como intentar embutir un sabueso-hacha por el ojo de una cerradura. Teft no tenía nada claro que ninguno de los dos pudiera hacerlo por segunda vez.

Mejor probar con otra cosa. Teft se agarró el costado e hizo una mueca mientras se obligaba a alzarse del suelo y quedar arrodillado.

—Muy bien, chaval. Estoy acabado. Ganaste. Me rindo. Esperemos a que aparezca Kaladin y podrás continuar esta conversación con él.

—No estoy aquí por Kaladin, Teft —dijo Moash en voz baja—. Y no estoy aquí por tu rendición.

Teft hizo acopio de fuerzas. «Agárralo —pensó—. Convierte esa hoja esquirlada en una desventaja, demasiado grande para usarla.» Era su mejor esperanza.

Porque Teft de verdad tenía esperanza. Eso era lo que había recuperado con sus años en el Puente Cuatro. El musgo podía dominarlo de nuevo, pero si lo hacía... bueno, Teft volvería a contraatacar. Que el pasado se pudriera.

Teft, Corredor del Viento, tenía *esperanza*.

Logró ponerse de pie, preparado para que Moash embistiera contra él, pero cuando Moash se movió no fue hacia Teft. Fue hacia Phendorana.

¿Cómo? Teft miró estupefacto cómo Moash sacaba una extraña daga de su cinturón y la clavaba hacia abajo, justo en el lugar donde Phendorana estaba arrodillada.

Ella miró hacia arriba sorprendida y el cuchillo se le clavó en toda la

frente. Entonces Phendorana chilló.

Teft saltó hacia ella, aullando, viendo horrorizado cómo Phendorana se encogía, retorciéndose clavada al suelo por la daga de Moash. Su esencia ardió, destellando cegadora hacia fuera como una explosión.

Algo se desgarró en el interior de Teft. Algo más profundo que su propio corazón. Una parte de su alma, de su ser, le fue arrancada. Se derrumbó al instante y cayó al suelo cerca del punto blanco en la arena que era todo lo que quedaba de Phendorana.

«No. No...»

Cuánto dolía. La agonía era como una repentina y terrible quietud. Una nada. Un vacío.

«No... No puede ser...»

Moash guardó su daga con movimientos metódicos.

—Ya no puedo sentir pena, Teft. No sabes cuánto lo agradezco.

Moash dio la vuelta a Teft con el pie. Sus costillas rotas chillaron, pero en esos momentos el dolor era algo insignificante.

—Pero ¿sabes qué? —dijo Moash, de pie sobre él—. Siempre hubo una parte de mí que se resentía por el entusiasmo con que lo seguías. Desde el mismo principio fuiste su pequeño sabueso-hacha. Lamiéndole los pies. Él te quiere. Pensaba que tendría que usar a su padre. Pero me... satisface haber encontrado algo mejor.

—Eres un monstruo —susurró Teft.

Moash cogió a Teft con tranquilidad por el pecho de su camisa quemada y lo levantó.

—No soy ningún monstruo. Solo soy el silencio. La calma absoluta que termina llevándose a todo hombre.

—Cuéntate esa mentira a ti mismo si quieras, Moash —gruñó Teft, asiendo la mano que lo sostenía, su propia mano una garra por el dolor atroz—. Pero debes saber esto. Puedes matarme, pero no puedes tener lo que yo tengo. *Nunca* podrás tenerlo. Porque yo muero sabiendo que se me quiere.

Moash gruñó y lo dejó caer al suelo. Entonces atravesó el cuello de Teft con su hoja esquirlada.

Lleno de confianza, y de algún modo todavía esperanzado, Teft murió.

HIJOS DE NUESTRAS PASIONES



Para ser tan blandos, de alguna manera resultan fuertes.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

La alta tormenta que bullía fuera del enorme ventanal ofrecía un espectáculo que Kaladin veía a menudo pero que otros rara vez llegaban a conocer. Destellante relámpago, una arremolinada tempestad, poder crudo y desencadenado.

Kaladin bajó del cascarón del Perseguidor, que ya empezaba a deshacerse, y echó a andar. Hacia el enemigo.

El Perseguidor miró a su alrededor, seguramente dándose cuenta de lo numeroso que era su público. Había centenares mirando. Y él vivía por su leyenda, por su reputación. Siempre había matado a todo aquel que lo había matado a él. En algún momento había terminado saliendo victorioso de cada conflicto.

Estaba viendo que eso se venía abajo. Kaladin lo oía en el ritmo cada vez más aterrador que canturreaba el Perseguidor. Lo veía en sus ojos.

—Corre —le dijo Kaladin—. Huye. Te daré caza. Nunca pararé. Soy eterno. Soy la tormenta.

El Perseguidor retrocedió trastabillando, pero entonces encontró a sus soldados guardando el perímetro, canturreando un ritmo de ánimo. Detrás de

ellos los humanos miraban embelesados, con las frentes pintadas.

—¿Crees que habrá pasado bastante tiempo? —susurró Syl—. ¿Los demás estarán libres?

—Eso espero —dijo Kaladin—. Pero no creo que puedan salir con esa alta tormenta.

—Pues tendremos que sacarlos por aquí, y luego abrirnos paso luchando hasta la sala de la columna de cristal —respondió ella, mirando hacia la enfermería—. ¿Por qué no han aparecido todavía?

—Cuando derrotemos al Perseguidor, cuando se venga abajo y huya, lo averiguaremos —dijo Kaladin, desenganchando el aparato de Navani de su cinturón.

—Algo va mal —dijo ella en voz baja—. Algo oscuro...

Kaladin llegó hasta el centro exacto del atrio, señalado por un patrón de estratos en espiral. Señaló al Perseguidor con su cuchillo.

—¡Último cuerpo! —vociferó Kaladin—. Ven a luchar y veremos quién muere. Veremos si tu reputación sobrevive a este día.

Kaladin tuvo que reconocer al Perseguidor que por lo menos se lanzó a la carga contra él. Cuando llegó intentando aferrarlo, Kaladin apretó el dispositivo de Navani contra el pecho del Perseguidor y enlazó la barra hacia abajo, sellándola en su sitio.

El aparato salió despedido hacia atrás, llevándose con él al Perseguidor. El Fusionado se estampó contra el cristal de la enorme ventana y se le quebró el caparazón por el impacto. Sacudió la cabeza, recuperándose deprisa del aturdimiento... pero no sanó. Había agotado su luz del vacío.

Con gran esfuerzo, el Perseguidor intentó mover el dispositivo y logró arrancarse de él y dejarlo adherido a la ventana, que se salpicó de su sangre naranja. Manaba más sangre del caparazón resquebrajado de su pecho.

Kaladin avanzó sin hacer ruido hacia él, sosteniendo el cuchillo.

—Escapa.

Los ojos del Perseguidor se ensancharon mientras daba un paso a un lado, hacia sus soldados.

—¡Escapa! —gritó Kaladin.

La criatura se quedó en silencio, sin canturrear, sin hablar.

—¡HUYE DE MÍ! —exigió Kaladin.

Lo hizo, goteando sangre y pasando a empujones entre los soldados cantores. Ya se había retirado de otras batallas, pero en esa ocasión los dos eran conscientes de que significaba algo distinto.

Aquella criatura ya no era el Perseguidor. Él lo sabía. Los cantores lo sabían. Y los humanos que miraban desde atrás lo sabían. Empezaron a corear mientras brotaban glorispren en el aire.

Bendito por la Tormenta.

Bendito por la Tormenta.

Bendito por la Tormenta.

Temblando, Kaladin recuperó y desactivó el aparato de Navani antes de regresar al centro del atrio. Podía sentir la energía de la gente impulsándolo. Compensando la oscuridad.

Se volvió hacia la enfermería. La puerta estaba abierta. ¿Cuándo había ocurrido? Dio un paso hacia ella, pero vio a los Radiantes en el suelo formando hileras, cubiertos con sábanas. ¿Por qué no estaban despiertos y levantados? ¿Estarían fingiendo? Hacer ver que aún dormían quizá funcionara.

Algo cayó desde arriba. Un cuerpo dio contra el suelo delante de Kaladin con un despiadado crujido de cráneo contra piedra. Rodó y Kaladin vio unos ojos abrasados. Una cara barbuda terriblemente familiar. Una cara que le había sonreído incontables veces, que lo había maldecido en la misma medida, pero que siempre había estado presente cuando todo lo demás se oscurecía.

Teft.

Teft estaba muerto.

Moash se posó en el suelo a corta distancia de donde Kaladin se había arrodillado junto al cuerpo de Teft. Varios soldados que observaban empezaron a avanzar hacia el Corredor del Viento, pero Moash levantó la mano y los detuvo.

—No —dijo con suavidad mientras los Celestiales descendían flotando a su alrededor—. Dejadlo. Así es como ganamos.

Moash sabía los sentimientos exactos que estaba teniendo Kaladin. Esa aplastante sensación de desespero, ese conocimiento de que nada volvería a ser lo mismo. De que nada *podría* volver a ser lo mismo jamás. De que la luz había abandonado el mundo y nunca podría reavivarse.

Kaladin acunó el cadáver de Teft, soltando un gemido grave y lastimero. Empezó a temblar y a sacudirse, poniéndose tan irracional como lo había hecho tras la muerte del rey Elhokar. Como había hecho cuando Moash mató a Roshone. Y si Kaladin reaccionaba así a las muertes de sus enemigos...

Bueno, que Teft muriera sería peor. Mucho mucho peor. Kaladin llevaba años desmoronándose poco a poco.

—Así es como se rompe una tormenta —dijo Moash a los Fusionados—. Ese hombre será inútil de ahora en adelante. Aseguraos de que nadie lo toca. Yo tengo otra cosa que hacer.

Entró andando en la enfermería. Al fondo estaba el modelo de la torre, de intrincado detalle, dividido en un corte longitudinal para mostrar una mitad a cada lado. Moash se arrodilló y escrutó entornando los ojos una copia de la sala con la columna de cristal.

A su lado, reproducidas en miniatura, había una pequeña esfera de cristal y una gema. El fabrial brillaba con una luz diminuta, apenas visible. El último nodo de las defensas de la torre estaba situado donde podía verlo cualquiera que mirase, pero no le daría más importancia.

Sin embargo, Rabeniel lo había sabido. ¿Desde cuándo? Él sospechaba que lo había descubierto hacía unos días, pero que había retrasado la destrucción del nodo para seguir con su investigación en la torre. Esa Fusionada era problemática. Moash invocó su hoja esquirlada y usó la punta para destruir el minúsculo fabrial.

Luego entró en la parte separada con sábanas de la enfermería. La cría Danzante del Filo estaba tendida allí, atada e inconsciente, al lado de los padres y el hermano de Kaladin. Odium estaba interesado en la Danzante del Filo y Moash tenía prohibido matarla. Esperaba no haberle dado demasiado fuerte en la cabeza. Eso no siempre lo controlaba como debería.

De momento, agarró a Lirin por las manos atadas y lo arrastró, chillando a través de la mordaza, fuera de la enfermería. Allí Moash esperó hasta que el Perseguidor regresó volando como una vergonzosa cinta de luz.

El Perseguidor formó un cuerpo y Moash empujó a Lirin en manos de la criatura.

—Este es el padre de Bendito por la Tormenta —susurró—. ¡No! No lo repitas en voz alta. No llames la atención de Kaladin. Su padre es nuestra garantía; Kaladin tiene un montón de cuestiones pendientes con él. Si por lo que sea Kaladin vuelve en sí, *inmediatamente* mata a su padre delante de él.

—Esto es una sandez —gruñó el Perseguidor—. Podría matar a Bendito por la Tormenta ahora.

—No —dijo Moash, agarrando al Perseguidor y poniéndole el dedo índice en la cara—. Sabes que cuento con la bendición de nuestro amo. Sabes que hablo a Mando. No tocarás ni un pelo a Bendito por la Tormenta. No puedes

hacerle daño; no puedes matarlo.

—Él... es solo un hombre...

—No lo toques —insistió Moash—. Si interfieres, despertará vengativo. Aún no nos interesa que pase. Ahora tiene dos caminos abiertos ante él. Uno es tomar mi misma ruta y entregar su dolor. El otro es la ruta que debería haber tomado hace mucho tiempo. El camino en el que alza la única mano que puede matar a Kaladin Bendito por la Tormenta. La suya propia.

Al Perseguidor no le hizo ninguna gracia, a juzgar por el ritmo que canturreó. Pero aceptó al padre atado y amordazado de Kaladin y parecía dispuesto a quedarse quieto.

Los guardias habían hecho callar a los alborotados humanos y el atrio estaba quedando en silencio. Kaladin seguía arrodillado ante la tormenta, aferrándose a un hombre muerto, temblando. Moash vaciló y buscó en su interior. Y... no sentía nada. Solo frialdad.

Bien. Había alcanzado su potencial.

—No la fastidiéis —dijo a los Fusionados congregados—. Tengo que ir a matar a una reina.

Navani esperó su oportunidad.

Había probado a hablar con el Hermano, pero solo había oído gimoteos. Así que había vuelto hacia la entrada de su habitación para esperar a que llegara su ocasión.

Se presentó cuando la guardia de su puerta gritó de pronto y se echó las manos a la cabeza, incrédula. Salió corriendo pasillo abajo. Cuando Navani asomó la cabeza, vio lo que había provocado la conmoción: el campo que rodeaba la columna de cristal había desaparecido. Alguien había destruido el último nodo. El Hermano estaba sin protección.

Navani casi echó a correr hacia allí para atacar con la daga de antiluz del vacío. Pero titubeó al desviar la mirada hacia sus trampas en el pasillo.

«Un imán. Necesito un imán.»

Había visto uno antes, cerca de los restos de su escritorio. Fue a toda prisa y lo recogió de entre los escombros. Desde fuera le llegó el eco de la orden que dio Rabeniel con voz clara.

—Corre —dijo a la guardia—. Diles a la Palabra de Actos y a la Noche Conocida que acudan a mí. Tenemos trabajo que hacer.

La guardia salió corriendo. Cuando Navani volvió a mirar con disimulo, Rabeniel estaba entrando en la cámara de la columna de cristal, ella sola.

Una oportunidad. Navani salió al pasillo y avanzó sigilosa hacia Rabeniel. Al dejar atrás las cajas con sus trampas cuidadosamente preparadas, puso el imán en contacto con una esquina de la última y oyó un chasquido. No se atrevía a permitirse tiempo para armar más de una, un doloroso que inundaba a quien cruzara aquel punto del pasillo con una inmensa agonía.

Hecho eso, siguió hacia el final del pasillo. La sala de la columna de cristal parecía más oscura de lo que recordaba. Habían corrompido casi por completo al Hermano.

Rabeniel tenía una mano apretada contra la columna para terminar el trabajo. Navani se obligó a seguir adelante, sosteniendo la daga con fuerza.

—Deberías huir, Navani —dijo Rabeniel a un ritmo calmado, y su voz resonó por la cámara—. Hay una copia de nuestro cuaderno en mi escritorio del pasillo, además de tu plancha de antiluz del vacío. Llévatelas e intenta escapar.

Navani se quedó petrificada, empuñando la daga con tanta tensión que creía que nunca podría volver a estirar los dedos.

«Sabe que estoy aquí. Sabía lo que hacía cuando ha hecho marcharse a la guardia. Lógica, Navani. ¿Qué significa?»

—¿Me dejas marchar a propósito? —preguntó.

—Dado que el último nodo está destruido —dijo Rabeniel—, Vyre regresará pronto para exigirme la compensación que le he prometido. No obstante, si tú has escapado por tu cuenta... bueno, en ese caso no he incumplido mi compromiso con él.

—No puedo dejar al Hermano a tu merced.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Rabeniel—. ¿Luchar contra mí?

Se volvió, toda compostura y tranquilidad. Sus ojos se desviaron hacia la daga y empezó a tararear a un ritmo confundido. Se había olvidado de ella. No ostentaba tanto control como fingía.

—¿Así es como quieres concluir nuestra asociación? —prosiguió Rabeniel—. ¿Forcejeando como salvajes? ¿Unas eruditas como nosotras, reducidas al empleo de meros filos normales y corrientes? Huye, Navani. No puedes derrotar a una Fusionada en combate.

En eso tenía razón.

—No puedo abandonar al Hermano —dijo Navani—. Mi honor no me lo permite.

—Todos somos hijos de Odium al final —replicó Rabeniel—. Hijos de nuestras Pasiones.

—Acabas de decir que somos eruditas. Tal vez a otros los controlen sus pasiones. Nosotras somos algo más. Algo mejor. —Navani respiró hondo y dio la vuelta a la daga en su mano, con la empuñadura hacia fuera—. Voy a darte esto, y luego tú y yo podemos volver a mi habitación para esperar juntas. Si Vyre derrota a Bendito por la Tormenta, me someteré a él. Si no, tú aceptarás dejar al Hermano.

—Una apuesta estúpida —dijo Rabeniel.

—No, un punto intermedio. Podemos hablarlo mientras esperamos y, si llegamos a un arreglo más perfecto, mucho mejor.

Le tendió la daga.

—Muy bien —dijo Rabeniel.

Asió la daga con un rápido movimiento de la mano, mostrando que no confiaba del todo en Navani. Y bien que hacía.

Rabeniel echó a andar por el pasillo y Navani la siguió varios pasos por detrás.

—Vayamos empezando, Navani —dijo Rabeniel—. A mí me parece que nosotras dos... Y entonces Rabeniel entró de lleno en la trampa fabrial de Navani.



Para ser tan variados, de alguna manera resultan intensos.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Kaladin se abrazó al cuerpo sin vida de Teft y sintió que todo se desmoronaba. La endeble fachada de confianza que había construido para permitirse luchar. Su pretensión de estar bien.

Syl se posó en su hombro, rodeándose el cuerpo con los brazos, y no dijo nada. ¿Qué podía decir?

Se había acabado.

Se había acabado... todo. ¿Qué sentido tenía la vida si no podía proteger a sus seres queridos?

Mucho tiempo antes, se había prometido a sí mismo que lo intentaría una última vez. Intentaría salvar a los hombres del Puente Cuatro. Y había fracasado.

Teft había sido tan vibrante, tan vivo. Tan recio y tan constante. Por fin había derrotado a sus propios monstruos, confiaba de verdad en sí mismo, reclamaba su Radianza. Había sido un hombre estupendo, cariñoso, increíble.

Había dependido de Kaladin. Como Tien. Como un centenar de otros. Pero él no había podido salvarlos. No había podido protegerlos.

Syl gimió, encogiéndose sobre sí misma. Kaladin deseó poder encogerse

también. Quizá si hubiera vivido como su padre quería, habría evitado aquello. Kaladin decía que luchaba para proteger, pero al final no acababa protegiendo nada, ¿verdad? Solo destruía. Mataba.

Kaladin Bendito por la Tormenta no estaba muerto. Nunca había existido.

Kaladin Bendito por la Tormenta era una mentira. Siempre lo había sido.

El entumecimiento se apoderó de él. Aquella oscuridad hueca que era mucho peor que el dolor. No podía pensar. No quería pensar. No quería nada.

En esa ocasión Adolin no estaba allí para sacarlo del agujero. Para obligarlo a seguir andando. En esa ocasión, Kaladin recibió justo lo que merecía.

Nada. Y la nada.

Navani se detuvo de golpe. Rabeniel, sacudida por el repentino e increíble dolor de la trampa de Navani, cayó al suelo soltando la daga. Navani hizo acopio de valor, bajó al suelo a cuatro patas y se abalanzó hacia el arma para cogerla.

El dolor fue lacerante. Pero Navani ya había probado aquellos aparatos consigo misma y sabía lo que hacían. Perdió el control de las piernas, pero consiguió arrastrarse hacia delante y hundió la daga en el pecho de Rabeniel. Mantuvo su peso sobre la hoja, apretando hacia abajo, oliendo a carne quemada.

Rabeniel chilló, se retorció, intentó dar zarpazos a Navani. Pero el dolorial hizo su trabajo y le impidió resistirse con eficacia.

—Lo siento —dijo Navani entre dientes apretados—. Lo... siento. Pero la próxima vez... procura... no... ser... *tan confiada*.

El dolorial tardó poco en agotar su carga. Navani lo había construido unos días antes, con una pequeña gema de luz del vacío para alimentarlo. No estaba pensado para funcionar durante mucho tiempo. Pero Navani se quedó satisfecha con el alcance. Había trabajado mucho en esa característica concreta.

Navani se incorporó y se rodeó el torso con los brazos, intentando combatir el dolor residual. Luego, por fin, miró hacia el cadáver de Rabeniel.

Y encontró los ojos de la Fusionada temblando, no vítreos y blancos como habían estado los de su hija. Navani se apartó deprisa.

Rabeniel movió los brazos con debilidad y giró la cabeza hacia Navani.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Navani—. ¿Por qué estás viva?

—No... la suficiente... luz —graznó Rabeniel. Asíó el cuchillo que tenía

clavado en el pecho y se lo quitó con un suspiro—. Duele. No... no... estoy...

Cerró los ojos, aunque siguió respirando.

Navani se aproximó centímetro a centímetro, cautelosa.

—Debes llevarte... el cuaderno... —dijo Rabeniel—. Y debes... huir. Vyre... vuelve.

—¿Me dices que huya después de que intente matarte?

—No es... un intento... —dijo Rabeniel—. No... puedo oír los ritmos... Mi alma... muere... —Abrió los ojos con evidente esfuerzo y los fijó en Navani—. Me has... engañado bien, Navani. Muy lista, muy lista. Bien... hecho.

—¿Cómo puedes hablar así? —preguntó Navani, mirando hacia el escritorio y los papeles que había encima.

—Cuando vives... tanto tiempo como yo... aprendes a apreciar... cualquier cosa... que aún te sorprenda... Vete, Navani. Corre... La guerra debe... terminar.

Navani se sintió asqueada, después de haber puesto en práctica su plan. La traición era una inesperada punzada de dolor. De todas formas, fue al escritorio y recogió el cuaderno.

«Tengo que sacar esto de la torre —comprendió—. Puede que sea incluso más importante que el Hermano. Una forma de matar a los Fusionados permanentemente. Una manera de...»

De terminar la guerra. Si tanto los spren Radiantes como los Fusionados podían morir del todo, era posible que acabara, ¿verdad?

—Padre Tormenta —susurró—. Este era su verdadero objetivo.

Rabeniel quería concluir la guerra, de una manera u otra. El cuaderno que tenía Navani era una copia, y Navani cayó en la cuenta de que el original estaría en Kholinar, entregado a los líderes militares de los cantores, con toda probabilidad junto a la cámara de vacío y las planchas metálicas.

Navani regresó con Rabeniel.

—Querías una manera de terminarla —dijo—. No te importa quién gane.

—Me importa —susurró Rabeniel—. Quiero... que ganen los cantores. Pero que tu bando... gane... es mejor que... que...

—Que una guerra eterna —dijo Navani.

Rabeniel asintió, con los ojos cerrados.

—Vete. Corre. Vyre va a...

Navani alzó la mirada mientras un borrón destellaba en el pasillo,

reflejando la luz. Algo le golpeó el pecho y Navani gruñó por el impacto, aturdida un instante antes de que el dolor empezara a inundar su cuerpo. Agudo y alarmante.

«Un cuchillo», pensó, confusa al ver la empuñadura de una daga arrojadiza saliéndole del costado del torso, al lado del pecho derecho. Cuando inspiró, el dolor se intensificó en un repentino pico.

Miró arriba, apretando una mano contra la herida, notando derramarse la sangre caliente. Al fondo del pasillo, una figura en uniforme negro caminaba despacio hacia ella. Apareció una hoja esquirlada en su mano. La hoja esquirlada del asesino.

Moash había regresado.

El alto mariscal Kaladin estaba muerto.

Venli miró al humano, tan consumido por la desolación que se quedó allí arrodillado, inmóvil, durante minutos enteros. Y todos lo observaban. Celestiales silenciosos. Guardias solemnes. Humanos incrédulos. Nadie parecía querer hablar, o respirar siquiera.

Así era como Venli debería haberse sentido al perder a su hermana. ¿Por qué no tenía las emociones de una persona normal? Se había entristecido, sí, pero no creía que hubiera estado nunca tan superada por la pena como para hacer lo mismo que Bendito por la Tormenta.

Timbre latió reconfortante en su interior. Cada cual era distinto. Y Venli de verdad iba por el buen camino.

Solo que... ya no tenía mucho sentido volver para ayudar, ¿verdad? Se había terminado. A su lado, Leshwi descendió hasta tocar el suelo con los pies e inclinó la cabeza.

Muéstrale lo que eres, latió Timbre.

—¿Qué? ¿Ahora?

Muéstraselo.

¿Revelar lo que era, delante de todo el mundo? Venli se encogió ante la idea, armonizando a los Terrores.

Uno tras otro, los Celestiales se posaron en el suelo, como mostrando respeto. A un enemigo.

—Esto es una estupidez —dijo el Perseguidor, empujando a Lirin a los brazos de Leshwi—. No puedo creer que estemos todos aquí plantados sin hacer nada.

Leshwi alzó la mirada de su vigilia, canturreando a Resentimiento. Luego,

para enorme sorpresa de Venli, sacó un cuchillo y soltó las manos de Lirin.

—No he olvidado cómo intentaste poner a los Nueve en mi contra —dijo el Perseguidor, señalando a Leshwi—. Pretendes destruir mi legado.

—Tu legado está muerto, Derrotado —replicó Leshwi—. Ha muerto en el momento en que has huido de él.

—¡Mi legado permanece intacto! —rugió el Perseguidor, haciendo que Venli retrocediera con torpeza, asustada—. ¡Y esto es una locura absoluta! ¡Demostraré mi valía y continuaré mi tradición!

—¡No! —exclamó Leshwi, pasando el padre de Kaladin, todavía amordazado, a otra Celestial.

Leshwi agarró al Perseguidor, pero el Fusionado dejó un cascarón en su mano y emergió como cinta de luz para cruzar el suelo del atrio.

—No... —susurró Venli.

El Perseguidor apareció encima de Bendito por la Tormenta. Arrancó una espuela afilada de caparazón de su brazo y, empuñándola como una daga, asíó al hombre arrodillado por un hombro.

Kaladin Bendito por la Tormenta alzó la mirada y profirió un aullido que pareció vibrar con cien ritmos discordantes. Venli armonizó a lo Perdido en reacción.

El Perseguidor intentó apuñalarlo, pero Bendito por la Tormenta le cogió el brazo y giró, convertido en un borrón de movimiento. De algún modo se retorció, pasó detrás del Perseguidor y sacó un cuchillo de algún lugar de su ropa, moviéndose con tal velocidad que a Venli le costaba seguirle la pista. Bendito por la Tormenta clavó el cuchillo en el cuello del Perseguidor, que a duras penas logró eyectarse del cascarón a tiempo.

Creó otro cuerpo e intentó apresar de nuevo a Bendito por la Tormenta. Pero ya no era rival para él. Kaladin se movía como el viento, rápido y fluido, descargando una cuchillada que atravesó el brazo del Perseguidor e hizo que gritara de agonía. A ese ataque lo siguió una puñalada hacia la cara, y el Perseguidor tuvo que abandonar un nuevo cascarón. Nadie vitoreó ni gritó en esa ocasión, pero cuando Bendito por la Tormenta se volvió y Venli le vio la cara, armonizó de inmediato a los Terrores.

Sus ojos brillaban como los de un Radiante, en un rostro que era una máscara de sufrimiento y angustia, pero esos ojos... Venli había jurado que la luz tenía un matiz rojo amarillento. Igual que... igual que...

El Perseguidor se materializó cerca de los soldados del perímetro, junto a la pared.

—¡Adelante! —gritó a sus hombres—. ¡Atacad! ¡Matadlo, y luego matad a los demás Radiantes! ¡Vuestras órdenes son el caos y la muerte!

El Perseguidor se lanzó a la carga. Los soldados lo siguieron, pero al momento se espantaron. No querían enfrentarse a Bendito por la Tormenta y aquellos ojos que tenía, así que al Perseguidor no le quedó más remedio que luchar en solitario. Venli no sabía si era consciente de ello, pero estaba en su último cuerpo. Quizá sabía que esa vez no podía huir, no si quería rescatar alguna brizna de su reputación.

Bendito por la Tormenta se abalanzó contra él y chocaron cerca de la inmensa ventana, que destellaba con los relámpagos. El Perseguidor intentó asirlo y Kaladin se dejó, plegándose al mortífero abrazo... y luego los estrelló a ambos contra el ventanal con una maniobra experta. Kaladin empujó al Perseguidor contra el cristal mientras fuera la cegadora tormenta sacudía la torre, haciéndola vibrar y salpicándola de luz.

En ese momento, Kaladin hizo algo a la ventana. Dio un paso atrás y dejó al Perseguidor adherido al cristal, inmovilizado y sin la suficiente luz del vacío para liberar su alma. Kaladin no atacó. En vez de eso, se agachó e infundió el suelo, pero con un poder que no resplandecía tanto como Venli pensaba que debería.

La cabeza del Perseguidor... estaba estirando hacia delante su cuello, con los ojos desorbitados. El Fusionado dio un gemido y Venli comprendió que Bendito por la Tormenta había infundido el suelo para hacer que *tirara* de la cabeza del Perseguidor. Pero su cuerpo estaba pegado al ventanal.

Kaladin dio media vuelta y avanzó con pisadas firmes hacia los Celestiales que miraban mientras la cabeza del Perseguidor salía *arrancada* de su cuerpo y golpeaba con un fuerte crujido contra el suelo.

—Bendito por la Tormenta —dijo Leshwi, adelantándose hacia él—. Has luchado y vencido. Has sufrido una gran pérdida, lo sé, dado que los mortales sois...

Kaladin la empujó a un lado. Venli estaba segura de que iba a por ella. Se preparó, pero Kaladin pasó a su lado y la dejó temblando a los Terrores. Kaladin siguió andando en dirección a la Fusionada que retenía a su padre. Claro.

Esa Celestial montó en pánico, como haría cualquiera. Salió disparada hacia arriba por los aires, cargando con el hombre. Otros dos Celestiales la siguieron.

Bendito por la Tormenta miró arriba y se elevó de golpe utilizando aquel

extraño fabrial que imitaba los enlaces.

Venli se derrumbó al suelo, notándose exhausta aunque no hubiera hecho nada. Por lo menos, aquello parecía haber terminado.

Pero no para los soldados del ejército personal del Perseguidor, congregados alrededor de su cadáver. Muerto por segunda vez, a manos del mismo hombre. Su reputación podía estar por los suelos, pero seguía siendo un Fusionado. Regresaría.

Los soldados se volvieron hacia la enfermería, recordando las últimas órdenes que les había dado. No podían matar a Bendito por la Tormenta.

Pero podían acabar con los Radiantes inválidos.

Kaladin apenas podía ver bien. Tenía solo un vago recuerdo de haber matado al Perseguidor. Sabía que lo había hecho, pero le costaba recordar. Le costaba pensar.

Se elevó por el aire, persiguiendo a las criaturas que se habían llevado a su padre. Oyó los ecos de los gritos de Lirin, así que se había quitado la mordaza. Cada sonido condenaba a Kaladin.

No creía de verdad que pudiera salvar a su padre. Era como si Lirin ya estuviese muerto y chillara a Kaladin desde la Condenación. Kaladin no estaba muy seguro de por qué seguía a los Fusionados, pero tenía que ganar altura. Quizá... quizás podría ver mejor desde una posición muy elevada...

Syl volaba por delante de él, adentrándose en los huecos que permitían a los elevadores alcanzar los últimos anillos de la torre. Aterrizó en la planta más alta de Urihiru. Kaladin llegó después de activar un segundo peso a medio vuelo, y entonces pasó por encima de la barandilla y desactivó el aparato con un solo movimiento fluido. Se posó encarado hacia un Celestial que intentaba cortarle el paso.

Kaladin...

Dejó a ese Celestial roto y moribundo y cruzó a toda velocidad las cámaras superiores. ¿Dónde estaban?

El techo. Irían hacia el techo para escapar. Y en efecto, encontró a otro Fusionado bloqueando la escalera ascendente, y Kaladin estampó el dispositivo de Navani en el pecho del Fusionado y fijó la barra, lo que lo envió volando hacia arriba por el hueco de la escalera y hacia el cielo.

Kaladin... he olvidado... La voz de Syl. Estaba dando vueltas a su alrededor, pero Kaladin apenas la oía.

Salió a la cima de la torre. La tormenta se extendía alrededor de ellos, casi

alcanzando la cumbre de Urihiru, un océano oscuro de nubes negras que retumbaban disgustadas.

La última Celestial estaba allí, sujetando al padre de Kaladin. La Fusionada retrocedió, gritando algo que Kaladin no entendió.

Kaladin... he olvidado... las Palabras...

Avanzó hacia la Celestial, que, asustada, arrojó a su padre. Fuera. A la negrura. Kaladin vio el rostro de Lirin durante un breve instante antes de que desapareciera. En el abismo. En la arremolinada tempestad.

Kaladin corrió hasta el borde de la torre y miró abajo. De pronto supo por qué había subido tan alto. Sabía hacia dónde iba. Había estado antes en aquel saliente. Mucho antes, bajo la lluvia.

Esa vez saltó.



Para estar tan extraviados, de alguna manera resultan decididos.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Navani consiguió ponerse en pie, pero después de dar unos pasos, huyendo de Moash hacia la columna, se notó mareada y atontada. Cada respiración era un suplicio, y perdía muchísima sangre. Tropezó y tuvo que apoyarse en la pared, manchando de sangre un mural que representaba a un spren con forma de cometa, para no caer.

Echó una mirada hacia atrás. Moash continuaba andando, un movimiento inevitable. Sin prisa. Su espada, con su elegante curva, sostenida a un lado dejando un pequeño surco en el suelo a su paso.

—Ojos claros —dijo Moash—. Ojos embusteros. Gobernantes que fracasáis en gobernar. Tu hijo fue un cobarde al final, reina. Me suplicó por su vida, llorando. Fue adecuado que muriera como había vivido.

Navani ahorró aliento, sin atreverse a responder a pesar de su furia, y siguió adelante por el pasillo dejando un rastro de sangre.

—Hoy he matado a un amigo —dijo Moash, y su voz terrible se hizo más suave—. Estaba seguro de que eso me dolería. Ha sido una sorpresa que no. Me he convertido en mi mejor yo. Libre. Sin más dolor. Te traigo el silencio, Navani. En pago por lo que has hecho. Por cómo has vivido. Por cómo has...

Navani aventuró una mirada por encima del hombro cuando la frase quedó interrumpida de repente. Moash se había detenido sobre el cuerpo de Rabeniel. La Fusionada le había agarrado el pie con una mano. Moash ladeó la cabeza, al parecer perplejo.

Rabeniel se lanzó contra él, trepando por su cuerpo. No le funcionaban las piernas, pero aferró a Moash con dedos como garras, rugiendo, y lo acuchilló una y otra vez con la daga que había dejado Navani.

Al arma ya no le quedaba antiluz del vacío, pero sí que drenó la luz tormentosa de Moash. Rabeniel había invertido la hoja. Moash se encogió ante el ataque, distraído, intentando maniobrar su hoja esquirlada para zafarse de la Fusionada enloquecida que forcejeaba con él.

«¡Muévete!», se dijo Navani. Rabeniel intentaba ganarle tiempo.

Incluso con su vigor renovado, Navani no llegó lejos antes de que el dolor la superase. Entró a trompicones en la sala de la columna de cristal, abandonando la idea de intentar escapar por los túneles que se extendían por debajo de Urithiru.

En vez de eso, se obligó a llegar a la columna y terminó cayendo contra ella.

—Hermano —susurró, notando el sabor de la sangre en los labios—. ¿Hermano?

Esperaba oír gemidos o sollozos, la única respuesta que había recibido en los últimos días. En esa ocasión oyó un extraño tono, armónico y discordante al mismo tiempo.

El Ritmo de la Guerra.

Dalinar volaba por los aires, enlazado por Lyn la Corredora del Viento, de camino hacia la última posición conocida del Heraldo Ishar.

Sintió que algo... atronaba. Una tormenta distante. A su alrededor todo era luz allí arriba, con el sol brillando, y costaba mucho creer que en algún lugar el mundo fuese oscuro y tempestuoso. En algún lugar había alguien perdido en esa negrura.

El Padre Tormenta apareció a su lado, desplazándose por el aire junto a Dalinar, un suceso que muy rara vez tenía lugar. El Padre Tormenta nunca tenía rasgos. Era solo la vaga impresión de una silueta con el mismo tamaño de Dalinar, solo que extendiéndose hacia el infinito.

Algo iba mal.

El Hijo de Tanavast ha entrado en la tormenta por última vez, dijo el Padre

Tormenta. *Puedo sentirlo.*

—¿Kaladin? —preguntó Dalinar, ansioso—. ¿Ha escapado?

No. Esto es algo mucho peor.

—Muéstramelo.

Kaladin cayó.

El viento lo zarandeó y lo azotó. Kaladin era solo andrajos. Solo... los andrajos de una persona.

He olvidado las Palabras, Kaladin, sollozó Syl. Solo veo oscuridad.

Kaladin sintió algo en la mano, los dedos de Syl cogiéndose de algún modo a los suyos mientras caían en la tormenta.

No había podido salvar a Teft.

No había podido salvar a su padre.

No había podido salvarse a sí mismo.

Se había esforzado demasiado, había seguido afilando su alma a piedra hasta dejarla fina como el papel. Y había fracasado de todos modos.

Esas eran las únicas Palabras que importaban. Las únicas verdaderas Palabras.

—No soy lo bastante fuerte —susurró a los furiosos vientos, y cerró los ojos, soltando la mano de Syl.

Dalinar era la tormenta alrededor de Kaladin. Y al mismo tiempo no lo era. El Padre Tormenta no había concedido a Dalinar tanto control como la vez anterior, sin duda temiendo que Dalinar quisiera forzar de nuevo sus límites. Y con buen motivo.

Dalinar vio cómo Kaladin se precipitaba. Perdido. Sin luz tormentosa. Con los ojos cerrados. No era la pose de un hombre que luchaba. Ni era la pose de alguien que cabalgara sobre el viento.

Era la pose de alguien que se había rendido.

¿Qué hacemos?, preguntó Dalinar al Padre Tormenta.

Presenciarlo. Es nuestro deber.

Tenemos que ayudar.

No hay ayuda posible, Dalinar. Está demasiado cerca de la interferencia de la torre para usar sus poderes, y de esto no puedes sacarlo soplando.

Dalinar miró, sufriendo, dejando llover sus lágrimas. Tenía que haber algo.

El tiempo entre instantes, dijo Dalinar. Cuando infundes las esferas.

Puedes detener el tiempo.

Ralentizarlo en gran medida, respondió el Padre Tormenta, mediante Investidura y Conexión con lo Espiritual. Pero solo brevemente.

Hazlo, dijo Dalinar. Concédele más tiempo.

Venli canturreó a Agonía cuando comenzó la matanza.

No la de los Radiantes, todavía no. La de los civiles. En el momento en que los soldados del Perseguidor empezaron a avanzar hacia los indefensos Radiantes, las multitudes de humanos que miraban enloquecieron. Dirigidos por unas pocas almas decididas, entre ellas la de un manco de aspecto hosco, los humanos empezaron a luchar. Una rebelión desatada.

De gente desarmada contra soldados entrenados en forma de guerra.

Venli se volvió cuando empezaron las muertes. Pero los humanos no cejaban en su empeño. Inundaron el espacio entre los cantores en forma de guerra y la sala de los Radiantes, bloqueando el paso con sus propios cuerpos.

—¿Podemos impedir esto? —preguntó Venli a Leshwi, que había vuelto a su lado después de que la empujara Bendito por la Tormenta.

—Necesitaré la autoridad de Rabeniel para revocar esta orden concreta —dijo Leshwi a Vergüenza—. El Perseguidor tiene mando de ley en la torre. Ya he enviado a otro Celestial a preguntar a Rabeniel.

Venli hizo una mueca al oír chillidos.

—¡Pero Rabeniel dijo que esos Radiantes debían seguir con vida!

—Ya no —respondió Leshwi—. Algo ocurrió anoche. Rabeniel necesitaba a los Radiantes para unas pruebas que pretendía realizar, pero hizo que le llevaran a una de ellos y después dijo que ya no era necesario experimentar más. El resto de ellos ahora son una carga, incluso un peligro si despertaran.

La Fusionada miró hacia los humanos que morían, y luego se apartó cuando pasaron corriendo unos soldados en forma de guerra con hachas ensangrentadas.

—Es... una lástima —dijo Leshwi—. No canto a Alegría en este tipo de conflicto. Pero lo hemos hecho otras veces, y volveremos a hacerlo, en nombre de reclamar nuestro mundo.

—¿No podemos ser mejores? —suplicó Venli a Decepción—. ¿No hay alguna manera?

Leshwi la miró ladeando la cabeza. Venli había vuelto a usar un ritmo equivocado.

Venli miró por el atrio, más allá de los furiaspren y los miedospren.

Algunos cantores no se habían unido a la matanza. Distinguió a Rothan y Malal, soldados de Leshwi. Titubearon y se quedaron donde estaban. Leshwi elegía tropas que no se rebajaban a aquello.

Muéstraselo, palpító Timbre. *Muéstraselomuéstraselomuéstraselo*.

Venli reunió todo su valor. Entonces absorbió luz tormentosa de las esferas que llevaba en el bolsillo y se permitió empezar a brillar.

Leshwi canturreó de inmediato a Destrucción y así a Venli por la cara con fuerza.

—¿Qué es eso? —preguntó—. *¿Qué has hecho?*

Kaladin entró en el lugar entre momentos.

Había conocido allí al Padre Tormenta en aquella horrible primera noche, cuando lo habían dejado colgado fuera a merced de la tempestad. La noche en la que Syl había luchado tanto por protegerlo.

En esa ocasión se quedó a la deriva en la oscuridad. Ningún viento lo sacudió y el aire se volvió imposiblemente calmo, imposiblemente silencioso. Como flotando él solo en el océano.

¿POR QUÉ NO PRONUNCIAS LAS PALABRAS?, preguntó el Padre Tormenta.

—Las he olvidado —susurró Kaladin.

NO LAS HAS OLVIDADO.

—¿Significarán algo si no las siento, Padre Tormenta? ¿Puedo mentir para jurar un Ideal?

Silencio. Un silencio puro, incriminatorio.

—Él me quiere, igual que quería a Moash —dijo Kaladin—. Si continúa apretando, me tendrá. Así que tengo que morir.

ESO ES MENTIRA, dijo el Padre Tormenta. ES LA MENTIRA DEFINITIVA, HIJO DE HONOR. LA MENTIRA QUE DICE QUE NO TIENES ELECCIÓN. LA MENTIRA DE QUE YA NO HAY VIAJE QUE MEREZCA LA PENA.

Tenía razón. Una parte diminuta de Kaladin, una parte que no podía mentirse a sí misma, sabía que era cierto.

—¿Y si estoy demasiado cansado? —susurró Kaladin—. ¿Y si ya no me queda nada que dar? ¿Y si por eso no puedo decir tus Palabras, Padre Tormenta? ¿Y si es demasiado y punto?

¿CONDENARÍAS A MI HIJA DE NUEVO AL SUFRIMIENTO?

Kaladin hizo una mueca, pero era verdad. ¿Podía hacerle eso a Syl?

Apretó los dientes mientras empezaba a resistirse. Mientras empezaba a

luchar a través de la nada. A través de la incapacidad de pensar. Luchó atravesando el dolor, la agonía todavía en carne viva de haber perdido a su amigo.

Chilló, tembló, y luego se hundió hacia dentro.

—Demasiado débil —susurró.

Era tan solo eso, que ya no le quedaba nada más que dar.

No es suficiente, dijo Dalinar. No podía ver en aquella oscuridad interminable, pero aun así sentía a alguien dentro de ella. A dos individuos. Kaladin y su spren.

Tormentas. Sufrían.

Tenemos que darles más tiempo, dijo Dalinar.

No podemos, respondió el Padre Tormenta. *¡Respetá su fragilidad y no me fuerces en esto, Dalinar! Podrías romper cosas que no comprendes y que tendrían consecuencias catastróficas.*

¿Es que no tienes compasión?, preguntó Dalinar imperioso. *¿Es que no tienes corazón?*

Soy una tormenta, dijo el Padre Tormenta. Escogí el camino de una tormenta.

¡Escoge mejor, pues!

Dalinar buscó en la tiniebla, en la infinitud. Estaba lleno de luz tormentosa en un lugar donde no tenía importancia si lo estaba o no.

En un lugar donde todas las cosas se Conectaban. Un lugar más allá de Shadessmar. Un lugar más allá del tiempo. Un lugar donde...

¿Qué es eso?, preguntó Dalinar. *Esa calidez.*

Yo no noto nada.

Dalinar atrajo la calidez hacia él y comprendió.

Este es el lugar donde haces que sucedan las visiones, ¿verdad?, preguntó Dalinar. *A veces el tiempo se comportaba raro en ellas.*

Sí, dijo el Padre Tormenta. *Pero debes tener Conexión para crear una visión. Debes tener una razón para ella. Un significado. No puede ser cualquier cosa.*

BIEN, respondió Dalinar, y forjó un vínculo.

¿Qué estás haciendo?

CONECTARLO, dijo Dalinar. UNIRLO.

El Padre Tormenta retumbó.

¿Con qué?

MOMENTOS



Para estar tan confusos, de alguna manera resultan brillantes.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Kaladin tuvo una sacudida y abrió los ojos, desconcertado. Estaba en una pequeña tienda de lona. ¿Qué era aquello?

Parpadeó, se incorporó y vio que estaba al lado de un chico, de unos once o doce años, vestido con un uniforme anticuado. ¿Faldilla de cuero y gorro? Kaladin llevaba la misma ropa.

—¿Qué opinas, Dem? —le preguntó el chico—. ¿Deberíamos huir?

Kaladin miró a su alrededor en la minúscula tienda, perplejo. Entonces oyó ruido fuera. ¿Un campo de batalla? Sí, hombres gritando y muriendo. Se levantó y salió a la luz, parpadeando por su brillo. Una... ladera de colina, con unos cuantos tocopesos. No estaba en las Llanuras Quebradas.

«Conozco este lugar —pensó Kaladin—. Colores de Amaram. Hombres en armadura de cuero.»

Tormentas, estaba en un campo de batalla de su juventud. El agotamiento le estaba pasando factura. Tenía alucinaciones. El cirujano que había en él se preocupó.

Un joven jefe de pelotón llegó caminando, demacrado. Tormentas, no tendría más de diecisiete o dieciocho años. En esos momentos a Kaladin le

pareció jovencísimo, aunque él tampoco era mucho mayor. El jefe de pelotón estaba discutiendo con un soldado de menor estatura que iba con él.

—No podemos resistir —dijo el jefe de pelotón—. Es imposible. Tormentas, están formando para otro avance.

—Las órdenes son claras —replicó el otro hombre, que no pasaría de los veintipocos—. El brillante señor Sheler dice que tenemos que resistir aquí. Nada de retirarnos.

—A la Condenación con ese hombre —dijo el jefe de pelotón, pasándose la mano por el pelo sudado, rodeado de chorros de agotaspren.

Kaladin sintió una afinidad instantánea con el pobre desgraciado. ¿Unas órdenes imposibles y ni por asomo los recursos suficientes? Con una mirada al desarrapado frente de batalla, Kaladin supuso que el hombre estaba superado por completo, después de que murieran todos los soldados de mayor graduación que él. Apenas quedaban las suficientes tropas para formar tres pelotones, y la mitad de esos hombres estaban heridos.

—Esto es culpa de Amaram —dijo Kaladin—. Juega con las vidas de hombres a medio entrenar y equipados con material obsoleto, y todo para dar buena impresión y que lo trasladen a las Llanuras Quebradas.

El joven jefe de pelotón miró a Kaladin y frunció el ceño.

—No deberías hablar así, chico —dijo, pasándose de nuevo la mano por el pelo—. Como te oiga el alto mariscal, podrías acabar colgado. —El hombre respiró hondo—. Los heridos, que formen en ese flanco. Dile a todo el mundo que se prepare para resistir. Y... tú, chico, el mensajero, llévate a tu amigo y coged unas lanzas. Gor, ponlos al frente.

—¿Al frente? —preguntó el otro hombre—. ¿Estás seguro, Varth?

—Uno trabaja con lo que tiene —dijo el jefe de pelotón, y se marchó de nuevo por donde había venido.

«Uno trabaja con lo que tiene.»

Todo rodó en torno a Kaladin y de pronto recordó aquel campo de batalla exacto. Sabía dónde estaba. Conocía la cara de aquel jefe de pelotón. ¿Cómo no se había dado cuenta al momento?

Kaladin había estado allí. Corriendo a través de las líneas, buscando a... buscando a...

Dio media vuelta y encontró a un hombre joven, demasiado joven, que se acercaba a Varth. Tenía una cara abierta, amable, y demasiado brío en el paso mientras se dirigía hacia el jefe de pelotón.

—Iré con ellos, señor —dijo Tien.

—Bien. Ve.

Tien recogió una lanza. Fue con el otro niño mensajero, el de la tienda, y empezó a llevárselo hacia el lugar donde les habían indicado que se situaran.

—No, Tien —dijo Kaladin—. No puedo ver esto. Otra vez no.

Tien fue hasta Kaladin y le cogió la mano para llevárselo también hacia delante.

—No pasa nada —dijo—. Sé que tienes miedo. Pero aquí podemos resistir todos juntos. Tres son más fuertes que uno, ¿verdad?

Empuñó su lanza hacia delante y el otro chico, que estaba llorando, hizo lo mismo.

—Tien —dijo Kaladin—, ¿por qué lo hiciste? Deberías haberte quedado a salvo.

Tien se volvió hacia él y sonrió.

—Habrían estado solos. Necesitaban a alguien que les diera un poco de valor.

—Los masacraron —dijo Kaladin—. Y a ti también.

—Pues entonces menos mal que había alguien allí, para que no se sintieran solos cuando ocurrió.

—Estabas aterrorizado. Te vi los ojos.

—Claro que lo estaba. —Tien lo miró mientras comenzaba la carga y el enemigo avanzaba ladera arriba—. ¿Quién no iba a asustarse? Eso no cambia en nada que debía estar aquí. Por ellos.

Kaladin recordó que le habían clavado una lanza en ese campo de batalla... y que había matado a un hombre. Luego había tenido que ver morir a Tien. Se encogió, anticipando esa muerte, pero todo se puso oscuro. El bosque, la tienda, las figuras... todo se desvaneció.

Excepto Tien.

Kaladin cayó de rodillas. Entonces Tien, el pobre y pequeño Tien, envolvió a Kaladin con los brazos y lo sostuvo.

—No pasa nada —dijo con voz queda—. Estoy aquí. Para darte un poco de valor.

—No soy el niño al que ves —susurró Kaladin.

—Sé quién eres, Kal.

Kaladin alzó los ojos hacia su hermano. Quien de algún modo, en ese momento, era un adulto. Y Kaladin un niño aferrado a él. Abrazado a él mientras empezaban a caer las lágrimas, mientras se permitía a sí mismo sollozar por la muerte de Teft.

—Esto está mal —dijo Kaladin—. Se supone que debo sostenerte yo a ti. Protegerte yo a ti.

—Y lo hiciste. Como yo te ayudé a ti. —Hizo más fuerte el abrazo—. ¿Por qué luchamos, Kal? ¿Por qué seguimos adelante?

—No lo sé —susurró Kaladin—. Lo he olvidado.

—Es para poder estar unos con otros.

—Todos mueren, Tien. Todo el mundo muere.

—Sí que es verdad, ¿eh?

—Eso significa que no importa —dijo Kaladin—. Que nada de ello importa.

—Escucha, esa no es la forma buena de mirarlo. —Tien lo apretó con fuerza—. Como todos vamos al mismo sitio al final, los momentos que pasamos unos con otros son las únicas cosas que sí importan. Las veces en que nos ayudamos entre nosotros.

Kaladin tembló.

—Tienes que mirarlo así, Kal —dijo Tien con suavidad—. Tienes que ver los colores. Si crees que haber dejado morir a Teft es un fracaso, pero también que todas las veces que lo apoyaste no significan nada, entonces no me extraña que siempre duela. Pero si, en vez de eso, piensas en la suerte que tuvisteis los dos de poder ayudaros cuando estabais juntos... bueno, la cosa ya tiene mucho mejor aspecto, ¿no te parece?

—No soy lo bastante fuerte —susurró Kaladin.

—Eres lo bastante fuerte para mí.

—No soy lo bastante bueno.

—Eres lo bastante bueno *para mí*.

—No estuve allí.

Tien sonrió.

—Estás aquí para mí, Kal. Estás aquí para todos nosotros.

—¿Y si...? —empezó a preguntar Kaladin, con lágrimas surcándole las mejillas—. ¿Y si fracaso otra vez?

—No puedes. No mientras lo entiendas. —Redobló su abrazo a Kaladin, que apoyó la cabeza contra el pecho de Tien, secándose las lágrimas con la tela de su camisa—. Teft cree en ti. El enemigo cree que ha ganado. Pero yo quiero verle la cara cuando comprenda la verdad. ¿Tú no? Va a ser una delicia.

Kaladin se descubrió sonriendo.

—Si nos mata —dijo Tien—, lo único que ha hecho es dejarnos antes en el

sitio al que vamos de todas formas. No deberíamos apresurarlo, y no deja de ser triste. Pero verás, *no puede* quitarnos nuestros momentos, nuestra Conexión, Kaladin. Y esas son las cosas que de verdad importan.

Kaladin cerró los ojos y se permitió disfrutar de aquel momento en particular.

—¿Es real? —preguntó al cabo—. ¿Tú eres real? ¿O esto es algo creado por el Padre Tormenta, o por Sagaz, o por quien sea?

Tien sonrió y puso algo en la mano de Kaladin. Un pequeño caballo de madera.

—Esta vez intenta no perderle la pista, Kal. He trabajado mucho en él.

De pronto Kaladin se precipitó hacia abajo y el caballo de madera se evaporó en su mano mientras caía.

Buscó a su alrededor en la inacabable negrura.

—¿Syl? —llamó.

Un puntito de luz, dando vueltas a su alrededor. Pero ese no era ella.

—¡SYL!

Otro puntito de luz. Y otro.

Pero esos no eran ella. *Aquel* sí. Kaladin extendió el brazo en la oscuridad, le cogió la mano y tiró de ella hacia sí mismo. Ella lo agarró, física en aquel lugar y del mismo tamaño que él.

Se abrazó a él y se sacudió mientras hablaba.

—He olvidado las Palabras. Se supone que debo ayudarte, pero no puedo.

Yo...

—Estás ayudándome —dijo Kaladin—, al estar aquí.

Cerró los ojos, sintiendo la tormenta mientras atravesaban el momento entre instantes y pasaban al mundo real.

—Además —susurró Kaladin—, yo sé las Palabras.

Dilas, susurró Tien.

—Siempre he sabido estas Palabras.

¡Dilo, chaval! ¡Hazlo!

—¡Lo acepto, Padre Tormenta! *¡Acepto que habrá a quienes no pueda proteger!*

La tormenta retumbó y Kaladin sintió un calor que lo rodeaba, una luz que lo infundía. Oyó que Syl daba un respiro y luego una voz familiar, distinta a la del Padre Tormenta.

ESAS PALABRAS SON ACEPTADAS.

—No hemos podido salvar a Teft, Syl —susurró Kaladin—. No pudimos

salvar a Tien. Pero sí que podemos salvar a mi padre.

Y cuando abrió los ojos, el cielo estalló con mil luces puras.

EMULSIONANTE



Para estar tan deslustrados, de alguna manera resultan resplandecientes.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Leshwi cayó de rodillas ante Venli, sin volar, sin levitar. De rodillas. Venli se arrodilló también, ya que Leshwi seguía aferrándole la cara, aunque relajó su presa.

Una luz fresca y hermosa fluía por el ventanal de atrás. Como un relámpago congelado, más brillante que cualquier esfera. Brillante como el sol.

—¿Qué has hecho, Venli? —dijo Leshwi—. ¿Qué has hecho?

—Yo... juré el Primer Ideal de los Radiantes —respondió Venli—. Lo siento.

—Lo sientes... —dijo Leshwi. Cerca de ella emergió un alegrespren, hermoso, como una tormenta azul—. ¿Lo sientes? ¡Venli, han vuelto a nosotros! Nos han perdonado.

«¿Cómo?»

—Por favor —dijo Leshwi a Anhelo—, pregunta a tu spren. ¿Sabe algo de una honorspren llamada Riah? Fue mi amiga una vez. Muy apreciada para mí.

¿Leshwi... tenía amigos? ¿Entre los spren?

Tormentas. Leshwi había vivido antes de la guerra, cuando humanos y

cantores habían sido aliados. Honor había sido el dios de los cantores del alba.

Timbre latió.

—Ella... no conoce a Riah —dijo Venli—. Pero no conoce a muchos honorspren. Cree... que ninguno de los antiguos sobrevivieron a la traición de los humanos.

Leshwi asintió, canturreando suavemente a... a uno de los ritmos antiguos.

—Pero mi spren... —dijo Venli—. Ella... tiene amigos, que podrían estar dispuestos a volver a intentarlo. Con nosotros.

—Mi alma lleva demasiado tiempo siendo propiedad de otro para eso —dijo Leshwi.

Venli miró hacia la pelea. La luz repentina no los había detenido. Si acaso, había dado más decisión a los ataques de los soldados del Perseguidor. Parecían disfrutar de la compañía de furiaspren y dolorspren. Algunos humanos habían arrebatado armas a sus enemigos, pero la mayoría luchaban desarmados, intentando a la desesperada mantener a salvo a los Radiantes.

—No sé qué hacer —susurró Venli—. No dejo de oscilar entre dos mundos. Soy demasiado débil, ama.

Leshwi se elevó en el aire y arrancó su espada de la vaina.

—No pasa nada, Voz. Yo conozco la respuesta.

Voló directa hacia la pelea y empezó a tirar de los soldados, ordenándoles a gritos que se detuvieran. Cuando no lo hicieron, Leshwi empezó a atacar. Y a los pocos segundos sus tropas se habían unido a ella y cantores batallaron contra cantores.

—Hermano —susurró Navani, agarrada a la columna—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué haces ese ritmo?

¿*Navani*? La voz que respondió era leve como el aliento de un bebé en su piel. Casi imperceptible. *Oigo este ritmo. Lo oigo en la oscuridad. ¿Por qué?*

—¿De dónde procede?

De ahí.

Navani recibió una impresión, una visión que se superpuso a sus sentidos. Un lugar en la torre... ¿El atrio, oscuro por una tormenta que rugía fuera? Allí abajo, en las profundidades centrales del sótano, no se había dado cuenta de su llegada.

Combate. Había gente combatiendo, forcejeando, muriendo. Navani entornó los ojos hacia la visión. Su dolor estaba desapareciendo, aunque una

parte de ella pensó que eso era mala señal. Pero podía ver... a una Fusionada, levitando a treinta centímetros del suelo, luchando junto a alguien infusa con luz del vacío. ¿Una regia? Y los que estaban con ellas eran humanos, resistiendo juntos. Codo con codo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Navani.

Luchando contra otros cantores. Creo. Qué oscuro está. ¿Por qué pelean entre ellos?

—¿Qué hay en esa sala que defienden? —susurró Navani.

Es donde pusieron a los Radiantes caídos.

—Emulsionante —dijo Navani con un hilo de voz.

¿Qué?

—Un propósito conjunto. Humanos y cantores. Honor y Odium. Están luchando para proteger a los indefensos, Hermano.

La visión desapareció, pero, antes de que lo hiciera, Navani vislumbró a Rlain, el cantor que trabajaba con el Puente Cuatro.

—Él está allí —dijo Navani, y tuvo un ataque de tos. Cada convulsión hizo que el dolor emergiera intenso de nuevo—. ¡Hermano, está allí!

Demasiado lejos, respondió el ser. Demasiado tarde.

Fuera, en el pasillo, Moash dio un tajo al brazo izquierdo de Rabeniel, haciendo que cayera flácido. La Fusionada siguió trepando por él con el brazo que le quedaba, siseando mientras la mano de la daga soltaba el arma y pendía inútil.

—Tómame a mí —susurró Navani al Hermano—. Vincúlate conmigo.

No, dijo el Hermano con voz tenue.

—¿Por qué?

No eres digna, Navani.

Rlain oyó los gritos mucho antes de que llegaran al atrio. Los guardias que los llevaban retenidos a él y a Dabbid armonizaron a Ansiedad y los obligaron a apretar el paso, pero Rlain se mantuvo optimista. Aquel ruido tenía que ser del combate entre Kaladin y el Perseguidor.

Por tanto, Rlain se quedó absolutamente conmocionado cuando entraron en el atrio para encontrar una guerra civil en pleno apogeo. Cantores combatiendo a cantores, y un grupo de humanos sumando sus fuerzas con uno de los bandos.

Los guardias que vigilaban a Rlain echaron a correr, quizás para buscar a algún tipo de figura con autoridad que pudiera resolver aquel sinsentido, y los

dejaron solos a él y a Dabbid. Pero la refriega terminó deprisa y el bando que incluía a los humanos venció. Pocos cantores parecían dispuestos a luchar contra Fusionados, de modo que las tropas huyeron dejando atrás a los muertos.

—¿Qué? —preguntó Dabbid en voz baja.

Se habían quedado ambos en un pasillo lateral, donde se amontonaban algunos civiles humanos lo bastante valientes como para mirar, pero sin la suficiente destreza como para unirse al combate.

Rlain hizo una evaluación rápida y entonces armonizó al Ritmo de la Esperanza. Cinco Celestiales y unos veinte regios bajo su mando se habían vuelto contra los soldados del Perseguidor. Los demás Celestiales parecían haberse negado a unirse a bando alguno y se habían retirado más hacia las alturas del atrio.

Allí estaba Leshwi, flotando cerca del frente del bando que había ganado, empuñando una espada cubierta de anaranjada sangre cantora. Parecía estar al mando.

Había mucha gente, tanto humana como cantora, en el suelo sangrando. Era un desastre.

—Necesitan cirujanos de campo —dijo Rlain—. Vamos.

Dabbid y él llegaron corriendo y, tal y como Kaladin los había entrenado, pusieron en marcha un triaje rápido. La gente empezó a ayudar y a los pocos minutos Rlain los tenía a todos poniendo vendajes en las heridas de cantores y humanos, sin importar el bando en el que hubieran luchado.

Lirin tenía material médico en la enfermería, por suerte, y cuando Dabbid regresó cargando con él, lo hizo acompañado de Hesina, que parecía alterada por la pelea. Pasaron unos minutos antes de que Rlain tuviera una explicación. ¿Se habían llevado a Lirin? ¿Kaladin había salido en su persecución?

Rlain armonizó a lo Perdido. No era de extrañar que Hesina tuviera el aspecto de haber atravesado una tormenta. Aun así, parecía ansiosa por tener algo que hacer y se puso al frente del triaje.

Eso permitió a Rlain apartarse para descansar un momento y lavarse las manos. Algunos humanos que lo habían visto todo le dieron explicaciones vagas. El Perseguidor había ordenado la matanza de los Radiantes indefensos, y tanto humanos como otros cantores habían plantado cara a su ejército. Antes de que Rlain pudiera exigir respuestas a Venli, varios hombres humanos de aspecto arisco se acercaron a él. Los reconoció de las sesiones

que había estado haciendo Kaladin, ayudándolos con sus traumas. Se habían visto obligados a tomar armas de nuevo, pobres cremlinos.

—¿Sí? —dijo Rlain.

Lo llevaron a un cadáver que habían colocado con reverencia al lado de la pared, con los ojos calcinados. Teft.

Rlain cayó de rodillas mientras Dabbid llegaba junto a él y dejaba escapar un suave gemido, ambos rodeados de angustiaspren. Se quedaron juntos arrodillados, con las cabezas gachas. Rlain cantó la *Canción de los caídos*, compuesta en honor a un héroe muerto. Parecía que el plan tampoco les había salido demasiado bien a ellos.

—¿Y Lift? —preguntó.

—Está en la enfermería —susurró Dabbid—. Inconsciente. Piernas muertas por una hoja esquirlada. Parece que alguien le ha dado un buen golpe en la cabeza. Está... sangrando. He intentado darle luz tormentosa. No ha pasado nada.

Rlain armonizó a Duelo. Lift podía sanar a otros, pero, al igual que había ocurrido a Kaladin y Teft, su curación interna no funcionaba. Adiós al plan de despertar a los Radiantes. Rlain inclinó la cabeza hacia Teft y lo dejó allí. Que los muertos descansaran. Era la costumbre de su pueblo, y deseó poder dar al hombre un funeral celeste como era debido. Teft había sido buena persona. De las mejores.

Detrás de él, otros asuntos llamaron la atención de Rlain. Los humanos y los cantores ya reñían entre ellos.

—Tenéis que someteros —estaba diciendo Leshwi, flotando por encima del resto a su imperiosa manera de Fusionada—. Explicaré a Rabeniel que los soldados estaban descontrolados y no obedecían mis órdenes.

—¿Y crees que no nos hará nada? —gritó una mujer humana—. Tenemos que irnos de aquí ahora mismo.

—Si os dejo marchar —dijo Leshwi—, parecerá que yo me he rebelado. Podemos contener esta situación si os rendís.

—Ah, pero ¿no te has rebelado? —preguntó vociferando un hombre—. ¿Y qué ha sido esto?

—¡No vamos a volver a obedecer a ninguno de vosotros! —bramó otro—. ¡Nunca!

Los gritos se exacerbaron en los dos bandos cuando los cantores empezaron a ordenar a la gente que no discutiera con una Fusionada. Rlain fue girando la cabeza de un grupo a otro hasta que armonizó a Determinación

y se quitó con el dorso de la mano el maquillaje que cubría su tatuaje. Salió con paso firme entre los dos bandos. La medicina de campo no era lo único que le había enseñado el Puente Cuatro.

—¡Escuchadme! —gritó a Confianza—. ¡Escuchadme todos!

Por extraño que pareciera, se hizo el silencio. Rlain hizo la mejor imitación que pudo de Teft para dirigirse a los humanos.

—Los de aquí me conocéis todos. Soy del Puente Cuatro. Sé que no me tenéis simpatía, pero ¿estáis dispuestos a confiar en mí?

Los humanos refunfuñaron, pero la mayoría asintió, muchos siguiendo a Noril. Rlain se volvió hacia los cantores.

—Y a vosotros que no os quepa duda de que habéis cometido todos traición —espetó a Confianza—. Habéis actuado contra los deseos de Odium y querrá castigaros por ello. Podéis daros por muertos, y a los Fusionados os espera una eternidad de tortura. Por suerte, tenéis aquí no una, sino dos personas que pueden guiaros, oyentes de un pueblo que escapó de su control. Así que, si queréis sobrevivir, vais a escucharme.

Leshwi se cruzó de brazos. Pero entonces murmuró:

—Bien.

Los demás Celestiales parecían aceptar que Leshwi hablaba por ellos.

Venli llegó deprisa, y estaba infundida con el tono violeta oscuro de la luz del vacío. Mucho más que un regio normal. De hecho, brillaba más que un Fusionado.

—Pero ¿qué eres tú? —preguntó Rlain con brusquedad.

—Una Radiante —dijo ella a Consuelo—. Más o menos. Puedo usar la luz del vacío para alimentar mis capacidades, así que funcionan en la torre.

—Qué cosas —gruñó Rlain—. Por el aliento de Kelek... yo me tiro años esperando y llegas tú, nada menos, y te haces antes con un spren como si nada. —Quizá aquello hubiera sonado demasiado a Teft—. Bueno, explica cómo pudiste liberar a Lift. Tenemos que movernos. Odium no va a tolerar una rebelión entre los suyos. Así que los cantores vendréis con nosotros. Vamos a sacar de ahí a los Radiantes y los vamos a llevar a la plataforma, desde donde escaparemos por la Puerta Jurada a las Llanuras Quebradas.

—Eso nos dejaría en poder de los humanos —dijo Leshwi.

—Yo os sacaré de él —prometió Rlain—. Cuando ya estemos todos a salvo. ¿Entendido? Recogemos a los heridos, recogemos a esos Radiantes y *marchando*. Antes de que Rabeniel se entere de que ha habido una rebelión, quiero a todos los implicados, humanos y cantores, fuera de esta torre. ¡Ya!

Empezaron a moverse, confiando en que Rlain sabía lo que decía. Cosa que... él no estaba seguro de que fuese cierta. Transportar a una buena cantidad de personas inconscientes los retrasaría, y fuera había alta tormenta.

—Rlain —dijo Venli a Asombro—. Has dado órdenes a una Fusionada.

Él se encogió de hombros.

—Todo está en proyectar un aire de autoridad.

—Es más que eso —dijo ella—. ¿Cómo lo has hecho?

—Tuve buenos maestros —respondió Rlain, aunque él también se había sorprendido un poco. Era un espía, acostumbrado a quedarse atrás y dejar que otros liderasen mientras él observaba. Ese día, en cambio, no había nadie más. Y al haberlo rechazado ambos bandos, supuso que era un forastero para todos, y en consecuencia lo más parecido a una parte neutral que podía existir en aquel conflicto.

Colaboraron todos para trasladar a los Radiantes en coma y a los heridos. Incluso Leshwi y los otros cinco Celestiales cargaron con sendos soldados que no podían andar por sí mismos. Rlain dedicó el tiempo a comprobar los balcones de arriba. Las docenas de Celestiales que no habían intervenido en la pelea ya no estaban. Se habrían ido a informar a Rabeniel, sin duda. O a reunir sus fuerzas personales para sofocar aquella rebelión.

Cuando todo el mundo estuvo junto, Rlain les hizo un gesto para que lo siguieran y echó a andar hacia fuera. Venli corrió para ponerse a su lado.

—¿Cómo activaremos la Puerta Jurada? —susurró.

—Sé cómo funciona el mecanismo —dijo Rlain—. Supongo que podemos usar tu hoja esquirlada para terminar de comprenderlo.

Venli tuvo que acelerar el paso de nuevo cuando entraron en un pasillo.

—¿Mi hoja esquirlada?

—Me dijiste que habías sacado a Lift de su celda con una. Me pregunté por qué te dejaban llevar una hoja esquirlada en vez de entregársela a un Fusionado, pero ahora ya me encaja. La tuya es una hoja viva de Radiante, que pueden operar las Puertas Juradas. ¿Tu luz del vacío te permite invocarla?

Venli canturreó a Ansiedad.

—No tengo hoja esquirlada, Rlain.

—Pero...

—¡Te mentí! Usé mis poderes para sacarla. ¡Timbre dice que aún me falta mucho para ganarme mi hoja esquirlada!

Condenación.

—Algo se nos ocurrirá —dijo él—. Por ahora tenemos que seguir moviéndonos.



Radiantes.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Una tormenta negra.

Viento negro.

Lluvia negra. Y entonces, perforando la negrura, una lanza de luz.

Kaladin Bendito por la Tormenta.

Renacido.

Kaladin avanzó como una explosión a través de la oscuridad, rodeado por mil jubilosos vientospren que se arremolinaban formando un vórtice.

—¡Id! —gritó Kaladin—. ¡Buscadlo!

Aunque parecía que llevaba horas cayendo, la mayoría de ese tiempo había transcurrido en aquel lugar entre instantes. Si Kaladin aún estaba precipitándose desde el cielo, significaba que habían pasado escasos segundos y su padre aún estaba en algún lugar por debajo de él.

Aún estaba vivo.

Kaladin señaló hacia abajo, llamando, preparándose mientras centenares de vientospren se encontraban con la tormenta y soplaban para apartarla, creando un camino abierto. Un túnel de luz que llevaba a una única figura que caía por el aire en la lejanía.

«Aún vive.»

Los enlaces de Kaladin se apilaron unos encima de otros mientras Syl daba vueltas y más vueltas a su alrededor, sin dejar de reír. Tormentas, cómo había echado de menos Kaladin su risa. Kaladin extendió la mano y miró mientras un vientospren se abalanzaba sobre ella y destellaba, contorneando la mano con un translúcido y resplandeciente guantelete.

Otra docena de ellos se abalanzaron también sobre él, alegres, exultantes. Refulgieron líneas de luz alrededor de Kaladin mientras los spren se transformaban, atraídos a aquel reino y escogiendo Conectar con él.

Kaladin observó a la diminuta figura que se precipitaba, reduciendo cada vez más la distancia que lo separaba de ella. Qué cerca estaba el suelo. Habían caído ya a lo largo de toda la altura de la torre y decenas de metros por debajo, a través de la tormenta.

El suelo se alzó hacia ellos.

Ya casi. Ya casi. Kaladin estiró el brazo y...

«No eres digna.»

Las palabras resonaron contra el alma de Navani, y por un momento se olvidó de Moash. Se olvidó de la torre. Estaba en otro lugar.

No era lo bastante buena.

No era una erudita.

No era una creadora.

«No tienes ninguna fama, ningún logro, ninguna capacidad propia. Todo lo que te distingue de los demás procede de alguna otra persona.»

—Mentiras —susurró. Y lo eran.

De verdad lo eran.

Apretó la mano contra la columna.

—Acéptame como tu Forjadora de Vínculos. Sí que soy digna, Hermano. Diré las Palabras. Vida antes que muerte.

No. Qué débil sonaba. Somos... demasiado diferentes... Tú capturas spren.

—¿Quiénes mejor para colaborar que dos con distintas creencias? —dijo ella—. Fuerza antes que debilidad. Podemos hallar un punto intermedio. ¿Acaso no es esa el alma de construir vínculos? ¿De unir?

Moash apartó a Rabeniel de un puntapié y la Fusionada golpeó contra la pared, flácida como una muñeca.

—¡Podemos encontrar las respuestas! —exclamó Navani, con sangre cayéndole de los labios—. Tú y yo.

Tú... solo quieres... vivir.

—¿Y tú no?

La voz del Hermano se volvió demasiado débil para oírla. Moash miró pasillo abajo hacia Navani.

Así que ella cerró los ojos y trató de canturrear. Intentó encontrar el tono de la luz tormentosa, puro y vibrante. Pero flaqueó. Navani no podía oír ese tono, no en esos momentos. No con todo viniéndose abajo, no con su vida escurriendo entre sus dedos.

Se descubrió canturreando a un tono distinto. Al que siempre le había dado Rabeniel, con su ritmo caótico. Sí, tan cerca de la muerte, Navani solo podía oír eso. El tono de él. Ansioso por reclamarla.

El Hermano gimoteó.

Y Navani invirtió el tono.

Lo único que le hizo falta fue Intención. Odium le entregaba la canción, pero ella la retorcía contra él. Canturreó la canción de la antiluz del vacío, con la mano apretada contra la columna.

¡Navani!, exclamó el Hermano, su voz recuperando fuerza. La oscuridad remite un ápice. ¿Qué estás haciendo?

—Yo... creé esto para ti... —dijo Navani—. Intentaba...

¿Navani?, dijo el Hermano. Navani, no es suficiente. La canción no suena lo bastante alta. Pero sí que parece estar dañando a ese hombre. Se ha quedado muy quieto. ¿Navani?

La voz le falló. Su mano ensangrentada resbaló y cayó a su costado, dejando manchas en la columna.

Puedo oír el tono de mi madre, dijo el Hermano. Pero no mi tono. Creo que es porque mi padre está muerto.

—Honor... —susurró Navani—. Honor no está... muerto. Vive dentro de los corazones... de sus hijos...

¿Es así? ¿De verdad? Parecía una súplica, no un desafío.

¿Era así? Navani buscó en lo más profundo de sí misma. ¿Lo que había estado haciendo era honorable? ¿Crear fabriales? ¿Aprisionar spren? ¿De verdad podía afirmarlo? El tono de Odium resonó en sus oídos, aunque había dejado de tararear su verso.

Entonces, una canción pura. Alzándose desde su interior. Ordenada, poderosa. ¿Había hecho daño sin darse cuenta? Era muy posible. ¿Había cometido errores? Sin duda. Pero había sido intentando ayudar. Ese era el viaje de Navani. Un viaje de descubrimiento, de aprendizaje, de mejorar el

mundo.

La canción de Honor se acumuló dentro de ella, y Navani la cantó. La columna empezó a vibrar mientras el Hermano cantaba la canción de Cultivación. El sonido puro de la luz de vida. El tono empezó a cambiar y Navani moduló también el suyo, acercándolo muy poco a poco a...

Los dos tonos entraron en súbita armonía. La energía sin límites de Cultivación, siempre creciente y cambiante, y la calmada solidez de Honor, organizada, estructurada. Vibraron juntas. Estructura y naturaleza. Conocimiento y maravilla. Mezclándose.

La canción de la misma ciencia.

Esa es, susurró el Hermano al Ritmo de la Torre. *Mi canción*.

—Nuestro emulsionante —susurró Navani al Ritmo de la Torre.

El terreno común, dijo el Hermano. *Entre humanos y spren. Para eso... para eso se me creó, hace tanto tiempo...*

Una mano áspera agarró a Navani, le dio la vuelta y la empujó contra la columna. Moash alzó su hoja esquirlada.

Navani, dijo el Hermano. *Acepto tus Palabras*.

El poder inundó a Navani. La infundió, evaporando su dolor como agua en un hornillo. En unión, ella y el Hermano *crearon* luz. La energía fulguró en todo su interior tan por completo que Navani sintió que escapaba de sus ojos y su boca cuando alzó la mirada hacia Moash y habló.

—Viaje antes que destino, malnacido.

Lirin pendía en el aire, sus ojos cerrados con fuerza, temblando. Recordaba caer, y la espantosa tempestad. Tiniebla.

Todo eso se había desvanecido. Algo le había tirado del brazo, ralentizándolo con el cuidado suficiente para no arrancarle el brazo pero con la fuerza suficiente para que doliera.

Quietud. En una tormenta. ¿Estaba muerto?

Abrió los ojos y miró hacia arriba para encontrar una columna de luz rutilante que se extendía decenas de metros en el aire, conteniendo la tormenta. ¿Vientospren? Miles y miles de ellos.

Lirin colgaba del guantelete cerrado en puño del portador de una resplandeciente armadura esquirlada. Una armadura que parecía viva, brillando con un vivo tono azul en las juntas, los glifos del Puente Cuatro grabados en el pecho.

Un portador de esquirlada volador. Tormentas. Era él.

Kaladin lo demostró rotando para que quedaran con la cabeza hacia arriba, y luego izando a Lirin para envolverlo en un fuerte abrazo. Lirin se sorprendió al no sentir la armadura esquirlada cuando la tocó. Se hizo transparente del todo, apenas visible, en realidad, salvo como una tenue silueta en torno a Kaladin.

—Lo siento, padre —dijo Kaladin.

—¿Lo sientes? ¿Por... por qué?

—Creía que tu camino podía ser el correcto —dijo Kaladin—. Y que yo me había equivocado. Pero no creo que sea tan sencillo.

Creo que los dos estamos en lo cierto. Cada uno para sí mismo.

—Creo que eso podría aceptarlo —respondió Lirin.

Kaladin echó la espalda hacia atrás, sin dejar de sostenerlo mientras flotaban apenas seis metros por encima de las rocas. Tormentas. ¿Tan cerca habían estado?

—Te has pasado un poco apurando, ¿no te parece, hijo?

—Un cirujano debe ser puntual y preciso.

—¿Esto es puntualidad? —preguntó Lirin.

—Bueno, a ti no te gusta nada que la gente pierda el tiempo —dijo Kaladin con una amplia sonrisa.

Entonces se quedó callado y soltó un brazo de Lirin, lo que fue un poco desconcertante, pero parecía que Lirin había pasado a levitar por su cuenta. Kaladin tocó la frente de Lirin con unos dedos que tenían un tacto normal, a pesar de llevar la tenue silueta del guantelete.

—¿Qué es esto? —preguntó Kaladin.

Lirin recordó con cierta vergüenza lo que al final había permitido que le hiciera aquel necio manco de Noril. Un glifo *shash* pintado en la frente de Lirin.

—Pensé que si una torre entera iba a mostrar fe en mi hijo —dijo Lirin—, a lo mejor yo podría probar a hacer lo mismo. Lo siento, hijo. Por mi parte.

Levantó el brazo y apartó el pelo de Kaladin para ver la marca de su frente.

Pero al hacerlo, halló las costras descascarillándose, las marcas cayendo a las piedras de abajo como un caparazón ya demasiado pequeño, descartado. Dejaron solo una piel limpia y lisa.

Kaladin se llevó la mano a la frente, sorprendido. Se palpó la piel, como fascinado. Luego se echó a reír y asíó a Lirin en un abrazo más fuerte.

—Cuidado, hijo —dijo Lirin—. Yo no soy Radiante. Los mortales nos rompemos.

—Los Radiantes también nos rompemos —susurró Kaladin—. Pero entonces, por suerte, llenamos las grietas con algo más fuerte. Vamos. Tenemos que proteger a la gente de esa torre. Tú a tu manera. Yo a la mía.



Por tanto, no me disgustan en absoluto los acontecimientos recientes.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Dalinar regresó de la visión del Padre Tormenta y se encontró volando todavía junto a los Corredores del Viento, con su máscara en la cara y envuelto en varias capas de ropa protectora.

Se notó lento y torpe después de ser los vientos hacia escasos instantes. Pero gozó de lo que había oído y sentido. De lo que había dicho.

«Esas Palabras son aceptadas.»

Fuera lo que fuese que estaba ocurriendo en Urithiru, Kaladin lo afrontaría alzándose erguido. Que el Dios del Más Allá quisiera que fuese suficiente, y que el Corredor del Viento pudiera llegar hasta Navani. De momento, Dalinar debía concentrarse en la tarea que tenía por delante.

Urgió a su velocidad a incrementarse, pero por supuesto no sirvió de nada. No tenía ningún control sobre aquel vuelo inferior. En él, Dalinar era poco más que una flecha impulsada a través del aire por un poder ajeno, azotado por los vientos recelosos que no lo querían invadiendo su cielo.

Una parte de él reconocía la naturaleza pueril de aquellas quejas. Estaba *volando*. Recorriendo cien kilómetros en menos de veinte minutos. La forma en que estaba desplazándose era un portento, un logro increíble. Pero durante

un breve período de tiempo, había conocido algo mejor.

Por lo menos, aquel vuelo en particular ya casi había terminado. Eran un salto relativamente rápido desde los campos de batalla de Emul hasta la frontera de Tukar, donde habían localizado el campamento de Ishar. El grueso de los ejércitos del dios-sacerdote se había resituado durante la campaña de la coalición, fortificando posiciones por si los cantores o las tropas de Dalinar trataban de internarse en Tukar.

De modo que cuando el equipo de Dalinar llegó a la costa, encontraron varios campamentos despoblados, reconocibles por unas grandes cicatrices de hogueras en la piedra. La región estaba esquilmada, los árboles talados para leña, las colinas desprovistas de cualquier cosa comestible. Un ejército podía forrajar y cazar para mantenerse con vida allí en el oeste, donde las plantas crecían con menos problemas. En las Montañas Irreclamadas nunca había sido factible.

Sigzil hizo que el grupo de cinco Corredores del Viento, Dalinar y Szeth redujera la velocidad hasta quedar flotando. Por debajo de ellos aún estaba el enorme pabellón de Ishar, con unos cien soldados formando en círculo delante. Llevaban todos ropas similares: protecciones de cuero de jabalí con petos de coraza pintados de azul oscuro, más próximo al negro que al tono Kholin. No era un verdadero uniforme, pero por lo menos se ceñía a un tema. Teniendo en cuenta su carencia de moldeadores de almas y la predominancia del pastoreo en la región, el equipo de los hombres tenía sentido. Iban armados sobre todo con lanzas, aunque algunos tenían espadas de acero.

—Desde luego nos esperaban —dijo el Corredor del Viento azishiano, afianzando a Dalinar en el aire para que no se lo llevara—. Brillante señor, esto no me gusta nada.

—Somos todos Radiantes —respondió Dalinar—, con gemas de sobra y un Forjador de Vínculos para renovar nuestras esferas. Estamos tan preparados como podría estar cualquiera para lo que vaya a pasar ahí abajo.

El jefe de compañía lanzó una mirada hacia Szeth, a quien en teoría había hecho volar él mismo pero que en realidad había utilizado su propia luz tormentosa. Dalinar había contado el secreto a Sigzil, por supuesto. No iba a permitir que un oficial ignorase las capacidades de su equipo.

—Déjame que al menos envíe abajo primero a otra persona —dijo Sigzil—. Para hablar y averiguar lo que quieren.

Dalinar respiró hondo y luego asintió. Estaba impaciente, pero no se acababa teniendo buenos oficiales a base de caso omiso de sus sugerencias

válidas.

—Sería lo prudente.

Sigzil deliberó con sus Corredores del Viento y luego descendió hacia el suelo. Por lo visto, «otra persona» había significado él mismo. Sigzil aterrizó y fue recibido por Ishar en persona, que salió del pabellón. Dalinar identificó al Heraldo de inmediato. Existía un vínculo entre ellos. Una Conexión.

Los soldados del amplio círculo no atacaron a Sigzil. Después de hablar con Shalash aquellos últimos días, Dalinar creía que se hacía una idea bastante aproximada del viejo Heraldo. Él siempre había imaginado a Ishi como un hombre sabio, meticuloso, pensativo. En realidad, la imagen que tenía de él siempre se había parecido a la de Nohadon, el autor de *El camino de los reyes*.

Shalash le había quitado esas ideas de la cabeza. Le había presentado a Ishar como un hombre seguro de sí mismo, ávido. Enérgico, más comandante de campo que anciano y sabio erudito. Era quien había descubierto la forma de viajar entre mundos y había llevado a los humanos a Roshar en un principio.

Una palabra que Shalash no había empleado nunca era «taimado». Ishar era un pensador audaz, un hombre que se hacía seguir por los demás a partir de ideas en apariencia enloquecidas pero que funcionaban. Sin embargo, no era alguien sutil. O por lo menos, no lo había sido en el pasado. Shalash les había advertido que todos ellos habían cambiado con el paso de los milenios, que sus... extravagancias particulares se volvían más y más pronunciadas.

No sorprendió a Dalinar que Sigzil pudiera hablar con el Heraldo y luego regresar volando intacto. Ishar no parecía de los que planeaban emboscadas.

—Señor —dijo Sigzil, que ascendió flotando junto a Dalinar—. Yo... no creo que esté cuerdo del todo, por mucho que dijera Shalash.

—Era de esperar —respondió Dalinar—. ¿Qué te ha dicho?

—Afirma ser el Todopoderoso —le contó Sigzil—. Dios, renacido después de su fragmentación. Dice que está esperando a que el campeón de Odium llegue y lo combata para el fin del mundo. Creo que se refiere a ti, señor.

Escalofriantes palabras.

—Pero ¿se presta a hablar?

—Sí, señor —respondió Sigzil—. Aunque es mi deber avisarte de que no me gusta nada de esta situación.

—Entendido. Llevadnos abajo.

Sigzil dio las órdenes y al poco tiempo descendiendo se posaron todos en

el centro del anillo de soldados. Algunos Corredores del Viento invocaron hojas esquirladas. Los demás, quienes aún no habían alcanzado el Tercer Ideal, llevaban lanzas. Rodearon a Dalinar en una formación circular, pero él dio una palmadita a Sigzil en el hombro e hizo que se separaran.

Caminó hacia Ishar, seguido muy de cerca por Szeth a un lado y Sigzil al otro. Dalinar no había esperado que el viejo Heraldo pareciera tan fuerte. Estaba acostumbrado a la fragilidad de hombres como Taravangian, pero la persona que tenía delante era un guerrero. Aunque llevaba túnica y tenía barba de fervoroso, sus antebrazos y su postura indicaban a las claras que estaba acostumbrado a empuñar un arma.

—Campeón de Odium —dijo Ishar en una voz fuerte y profunda, hablando en azishiano—. Llevaba mucho tiempo esperando.

—No soy el campeón de Odium —repuso Dalinar—. Deseo ser tu aliado para enfrentarme con él, sin embargo.

—Tus embustes no me engañan. Soy Tezim, primer hombre, aspecto del Todopoderoso. Solo yo me preparo para el fin de los mundos. Debería haber prestado atención a tus anteriores mensajes dirigidos a mí, pues ahora veo lo que eres. Lo que debes ser. Solo un siervo de mi enemigo podría haber conquistado Urithiru, mi sede sagrada.

—Ishar —dijo Dalinar con suavidad—, sé lo que eres.

—Ya no soy ese hombre —replicó Ishar—. Soy Heraldo de Heraldos, portador único del Juramento. Soy más de lo que fui una vez y seré más todavía. Absorberé tu poder, Odium, y me convertiré en un dios entre dioses, Adonalsium renacido.

Dalinar aventuró un paso adelante, señalando a los demás que no se movieran.

—He hablado con Ash —dijo con calma—. Me pidió que te dijera que Taln ha vuelto. Está herido y ella te suplica su ayuda para restaurarlo.

—Taln... —dijo Ishar. Adoptó una expresión remota—. Nuestro pecado. El portador de nuestras agonías...

—Jezrien está muerto, Ishar. Verdaderamente muerto. Tú lo sentiste. Ash lo sintió. Lo capturaron, pero su alma se desvaneció después de eso. El padre de Ash, Ishar. Perdió a su padre. Necesita tu consejo. La locura de Taln la aterroriza. Te necesita.

—Me he preparado para tus mentiras, campeón de Odium —respondió Ishar—. No había previsto que serían tan... razonables. No obstante, ya has hecho demasiado para demostrar quién eres. Al tomar mi ciudad sagrada. Al

invocar tu malvada tormenta. Al enviar a tus esbirros para atormentar a mi pueblo. Has corrompido a los spren hacia tu bando para poder tener falsos Radiantes, pero yo he descubierto tus secretos. —Extendió las manos como para invocar una hoja esquirlada—. El momento del fin se cierne sobre nosotros. Demos inicio a la batalla.

Un arma apareció de la niebla en sus manos. Una hoja esquirlada sinuosa, con unos glifos en toda su longitud que Dalinar no reconoció, aunque la hoja en sí le resultaba vagamente familiar. ¿La había visto antes?

Szeth dio un sonoro siseo.

—Esa hoja —dijo— es la hoja de Honor de Forjador de Vínculos. La espada de mi *padre*. ¿De dónde la has sacado? ¿Qué le has hecho a mi padre?

Ishar avanzó para atacar a Dalinar.

Aunque algunos humanos abandonaron el grupo rebelde de Rlain y volvieron a sus casas confiando en que nadie los hubieran reconocido, la mayoría se quedó. Y en realidad, su número fue incrementándose cuando muchos de los insurgentes fueron a recoger a sus familias. Porque Rlain tuvo que permitirles ir a buscarlas. ¿Qué iban a hacer si no? ¿Dejarlas a merced del Perseguidor, conocido por atacar a los seres queridos de las personas que cazaba?

Todo eso se les comía el tiempo. También los retrasó la necesidad de cargar con los heridos además de con los Radiantes en coma. Rlain hizo lo que pudo para mantener al grupo principal en movimiento y los llevó a través del Apartado, evitando el pasillo central, donde estarían demasiado expuestos a ataques de los Celestiales desde arriba.

Sin embargo, se descubrió armonizando a Desespero. Estaban vigilándolos: aquel cremlino que albergaba un vacíospren los seguía recorriendo la pared. El grupo de Rlain aún no había cruzado ni medio mercado, todavía a buena distancia de la parte delantera de la torre, cuando unos crujidos resquebrajaron el aire e hicieron huir a los mirones embobados. Ataques con relámpago de los formas tormenta, que se utilizaban como orden de vaciar las calles.

Rlain llevó a su macilento grupo contra la pared de la enorme caverna y situó a sus soldados al frente y a los Celestiales volando sobre ellos. Empezaron aemerger Profundos del suelo delante de ellos mientras se acercaban docenas de regios en forma tormenta.

—Tenías razón, oyente —dijo Leshwi, descendiendo a su lado—. No

podría habernos sacado de esta hablando. *Él* sabe lo que hemos hecho. Los que vienen están canturreando al Ritmo de las Ejecuciones.

—A lo mejor tendríamos que haber ido hacia la sala de la columna de cristal —lamentó Rlain—, para escapar por los túneles inferiores como sugería Venli.

—No —dijo Leshwi—. Esos túneles están bloqueados. Nuestra mejor esperanza era huir por la entrada frontal de la torre y tal vez cruzar las montañas. Por desgracia, a juzgar por esos ritmos, a estos que se acercan no los envía Rabeniel. Odium quiere hacérmelo saber. Se me torturará como a los Heraldos cuando regrese a Braize. —Hizo el saludo militar a Rlain—. Así que antes, lucharemos.

Rlain asintió y preparó su lanza.

—Lucharemos —dijo, y se volvió hacia Venli, que había llegado a su lado—. ¿Hay más spren como la que te vinculó a ti? ¿Alguno querría a otro cantor dispuesto, a alguien como yo?

—Sí —respondió Venli a Duelo—, pero hice que se marcharan. Los Fusionados los habrían visto, les habrían dado caza. —Calló un momento y su ritmo cambió a Confusión—. Y Timbre dice... ¿que tú ya estás elegido?

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Por aquel honorspren que dijo que me aceptaría? Lo rechacé. Yo...

La enorme cámara se oscureció.

Entonces empezó a resplandecer a medida que crecían cristales hacia fuera desde debajo de sus pies como... como ventanas de cristal tintado recubriendo el suelo. Mostraron a una figura alzándose en brillante armadura esquirlada azul y una torre iluminándose.

Sigue luchando, dijo una voz en su cabeza. La salvación será, Rlain, oyente. Pontonero de Mentes. Me envía a ti mi madre, a petición de Renarin, Hijo de Espinas. Te he observado y he constatado tu valía.

Pronuncia las Palabras y no desesperes.

Sigzil bloqueó el ataque de Ishar usando su hoja esquirlada. Los demás Corredores del Viento saltaron a proteger a Dalinar. Szeth, en cambio, se apartó trastabillando. Era evidente que ver aquella hoja de Honor lo había angustiado.

Los soldados tukari que miraban empezaron a encoger su círculo, pero Ishar les ordenó que retrocedieran. Se apartó de Sigzil con movimientos gráciles, gritando a Dalinar:

—¡Enfréntate a mí, campeón! ¡Enfréntate a mí tú solo!

—No traigo armas, Ishar —dijo Dalinar—. El momento del duelo de campeones todavía no ha llegado.

Ishar luchó con enorme destreza cuando los otros Corredores del Viento intentaron atacarlo en grupo. Era un borrón de movimiento con una hoja esquirlada destellante, parando, esquivando, mimbreando su hoja: haciéndola desaparecer un instante para superar un arma que intentara bloquearla. Los Corredores del Viento habían empezado hacia poco a practicar esa técnica del mimbreo, pero Ishar realizaba la compleja maniobra con la elegancia de una prolongada familiaridad.

«Es un duelistas —pensó Dalinar—. Tormentas, y de los buenos.»

¿Qué esperabas?, retumbó el Padre Tormenta en su mente. Pasó milenios enteros defendiendo a la humanidad. No todos los Heraldos practicaban el arte de la guerra cuando empezaron, pero todos eran guerreros hacia el final. Existir durante tres mil años en un estado de guerra casi constante cambia a las personas. Entre los Heraldos, Ishar tenía una habilidad intermedia.

Ishar estaba enfrentándose a los cinco Corredores del Viento a la vez y parecía resultarle fácil. Bloqueó el ataque de uno, y luego de otra, esquivó cuando un tercero intentó darle una estocada desde arriba y barrió a su alrededor con su hoja, rebanando las puntas de dos lanzas no esquirladas.

La hoja esquirlada de Sigzil se transformó en una larga espada de duelos pensada para las estocadas. Atacó cuando Ishar le dio la espalda, pero el Heraldo se torció con un gesto casual, tocó la hoja con un dedo por la cara roma y la guio fuera de su costado. Sigzil dio un traspié al pasarse de pegada e Ishar levantó esa misma mano y la estampó abierta contra su pecho, enviándolo despatarrado hacia atrás contra las piedras.

Entonces el Heraldo se volvió y alzó su hoja esquirlada con una mano para desviar un ataque de Lyn. Leyten se abalanzó contra él intentando flanquearlo, pero parecía patoso en comparación con el viejo Heraldo. Por suerte para los cinco Corredores del Viento, Ishar solo estaba defendiéndose.

Por mucho que lo intentaran, ninguno lograba acertar un golpe. Era como si... como si intentaran atacar hacia donde Ishar había estado, mientras él era capaz de moverse anticipando dónde iban a estar ellos.

¿Dices que tenía una destreza intermedia entre ellos?, preguntó Dalinar. Entonces, ¿quién era el mejor?

Taln.

¿El que está en mi campamento?, pensó Dalinar. ¿Incapaz de nada que no sea farfullar?

Sí, dijo el Padre Tormenta. *No había la menor disputa al respecto. Pero ten cuidado: la habilidad de Ishar como duelistas es el peligro menor. Ha recuperado su hoja de Honor. Es un Forjador de Vínculos desencadenado.*

De pronto Ishar embistió, entrando en un ataque de Sigzil. El anciano pasó agachado bajo la hoja esquirlada, se irguió y rozó a Sigzil en el pecho. Cuando la mano de Ishar se retiró, arrastró tras de sí una línea de luz tormentosa. Bajó esa mano al suelo y, cuando lo tocó, Sigzil perdió el equilibrio y dio un respingo mientras su brillo empezaba a remitir. Parecía que Ishar había sujetado a Sigzil a las piedras con una especie de cuerda reluciente que drenaba su luz tormentosa y la dispersaba en el suelo.

A continuación Ishar hizo lo mismo con los otros cuatro, casi demasiado rápido para que Dalinar pudiera seguir sus movimientos. Uno tras otro, sujetados a la piedra. No atados, no paralizados, pero sí perdiendo su luz tormentosa, y todos ellos trastabillaron, ralentizados, como si les estuvieran drenando la vida junto con la luz.

Dalinar miró hacia Szeth, pero el shin había caído de rodillas con los ojos muy abiertos. Tormentas. Dalinar debería haber sabido que no podía depender del asesino como guardaespaldas. Navani le había advertido que Szeth era casi tan inestable como los Heraldos.

Dalinar no quería ver lo que ocurriría cuando sus tropas se quedaran sin luz tormentosa. Se preparó y proyectó las manos entre reinos antes de golpearlas entre ellas como puños cerrados, haciendo entrechocar los nudillos. Al hacerlo unió los tres reinos, abriendo un fogonazo de poder que se llevó por delante todo el color e infundió a los Radiantes con luz tormentosa.

Dentro de aquel pozo de luz Dalinar estaba casi cegado. Las figuras eran meras líneas, con toda sombra desterrada. Ishar, en cambio, se distinguía con claridad. Pálido, de ojos anchos, con ropa blanqueada que ondulaba. Dejó caer su hoja esquirlada, que se deshizo en neblina. Cautivado, dio un paso hacia Dalinar.

—¿Cómo? —preguntó el Heraldo. Las palabras sonaron definidas, una incongruencia entre el inarticulado fragor de poder que los rodeaba—. Tú... tú abres el camino de Honor...

—He vinculado al Padre Tormenta —dijo Dalinar—. Te necesito, Ishar. No necesito a la leyenda, al Heraldo de los Misterios. Necesito al hombre que Ash dice que fuiste una vez. Un hombre dispuesto a arriesgar su vida, su obra

y su misma alma para salvar a la humanidad.

Ishar se aproximó más. Mantener el portal abierto era difícil, pero Dalinar no separó las manos. Por el momento, solo Ishar y él existían allí, en aquel lugar pintado de blanco. Ishar se detuvo a dos pasos de distancia de Dalinar. Sí, ver a otro Forjador de Vínculos lo había perturbado.

«Puedo llegar a él», pensó Dalinar.

—Necesito un maestro —dijo—. No conozco mis verdaderas capacidades. Odium controla Urithiru, pero creo que con tu ayuda podríamos restaurar a los Radiantes que hay allí. Por favor.

—Ya veo —respondió Ishar en voz baja. Miró a Dalinar a los ojos—. Así que el enemigo ha corrompido también al Padre Tormenta. Había deseado...

Sacudió la cabeza y entonces extendió el brazo y apretó la mano contra el pecho de Dalinar. Con el esfuerzo de mantener abierta la perpendicularidad, Dalinar no pudo apartarse a tiempo. Trató de renunciar a la perpendicularidad, pero cuando separó las manos vio que se mantenía abierta, que el poder seguía rugiendo a través.

Ishar llevó la mano a su propio pecho, creando una línea de luz entre él y Dalinar.

—Tomaré este vínculo con el Padre Tormenta. Lo ostentaré yo mismo. Siento... algo extraño en ti. Una Conexión con Odium. Él te ve como... aquel que luchará *contra* él. No puede ser verdad. Tomaré también esa Conexión.

Dalinar ahogó un grito y cayó de rodillas cuando le arrancaron algo. Tuvo la sensación de que estaban arrebatándole su misma alma. El Padre Tormenta chilló, un sonido aterrador, agónico, como de relámpago al combarse y romperse.

«No —pensó Dalinar—. No. Por favor...»

Apareció una sombra en el campo de blancura. Una silueta, la silueta de una espada negra. Esa única línea de oscuridad trazó un arco a través de la línea que conectaba a Dalinar con Ishar.

El cordón blanco explotó y se deshilachó, dejando atrás zarcillos de oscuridad. Ishar salió despedido y dio contra la piedra. La perpendicularidad se mantuvo abierta, pero su luz menguó para revelar a Szeth alzándose entre Dalinar e Ishar, enarbolando su extraña hoja esquirlada negra. Su ilusión se derritió y cayó como pintura bajo la lluvia, descomponiéndose en luz tormentosa que fue absorbida y consumida por la espada.

—¿De dónde has sacado esa hoja que empuñas? —preguntó Szeth a Ishar

en voz baja.

El Heraldo pareció no oírlo. Tenía la mirada en la espada de Szeth, de la que goteaba un humo negro y líquido. Alrededor del arma, la luz blanca de la perpendicularidad se distorsionaba y se consumía, como cayendo por un desagüe.

Szeth giró y clavó la espada en el corazón de la perpendicularidad. El Padre Tormenta gritó furioso cuando la perpendicularidad se vino abajo, replegándose sobre sí misma.

De repente, el mundo estaba otra vez lleno de color. Los cinco Corredores del Viento yacían en el suelo, pero empezaban a moverse. Ishar se levantó a toda prisa ante Szeth, que tenía un brazo envuelto en negros zarcillos, empuñando la espada que goteaba pesadillas y sangraba destrucción.

—¡Respóndeme! —bramó Szeth—. ¿Mataste al hombre que poseía esa hoja antes que tú?

—Por supuesto que no, necio —dijo Ishar, invocando su hoja esquirlada—. Los shin sirven a los Heraldos. Guardaban mi espada para entregármela. Me la devolvieron cuando me revelé a ellos.

Dalinar se secó la frente y se puso en pie. Se sentía entumecido, pero al mismo tiempo... cálido. Aliviado. Lo que fuese que el Heraldo había empezado a hacer, no lo había podido completar.

¿Estás bien?, preguntó al Padre Tormenta.

Sí. Ha intentado robar nuestro vínculo. No debería ser posible, pero Honor ya no vive para hacer cumplir sus leyes.

La perpendicularidad. ¿Szeth la ha... destruido?

No digas bobadas, respondió el Padre Tormenta. Ninguna creación de manos mortales podría destruir el poder de una Esquirla de Adonalsium. Solo la ha derrumbado. Podrías invocarla de nuevo.

Dalinar no estaba convencido de que el arma que empuñaba Szeth fuese una simple «creación de manos mortales». Pero no dijo nada y se obligó a comprobar cómo estaban los Corredores del Viento, cuyas Conexiones al suelo se habían desvanecido. Leyten había sido el primero en levantarse y estaba ayudando a Sigzil, sentado en el suelo con una mano en la cabeza.

—Creo que tus reparos sobre esta reunión estaban bien fundados —dijo Dalinar, arrodillándose junto al azishiano—. ¿Podéis llevarnos al aire?

—Condenación —susurró Sigzil—. Estoy como si me hubiera pasado toda la noche bebiendo blanco comecuernos. —Se encendió de luz tormentosa, absorbida de la bolsa que llevaba en el cinturón—. Tormentas. La luz no se

lleva el dolor.

—No —dijo Lyn. Los otros tres Corredores del Viento estaban incorporándose—. La cabeza me aporrea como un tambor parshendi, señor, pero deberíamos poder enlazar.

Dalinar echó una mirada hacia Szeth, que brillaba de luz tormentosa, aunque su arma estaba absorbiéndola a un ritmo feroz.

—¡Mi pueblo *no* iba a devolveros vuestras armas! —gritó Szeth—. ¡Guardamos vuestros secretos, pero mientes si dices que mi padre te entregó esa hoja!

—Tu padre apenas era ya un hombre cuando lo encontré —dijo Ishar—. Los shin habían aceptado a los Deshechos. Habían intentado hacer dioses de ellos. Yo los salvé. Y tu padre sí que me entregó esta hoja. Me agradeció que lo dejara morir.

Szeth chilló y cargó contra Ishar, que alzó su hoja esquirlada para bloquear el ataque como si nada, igual que había hecho con los Corredores del Viento. Pero el impacto de las dos hojas provocó un estallido de poder y la onda de choque envió a los dos hombres por los aires hacia atrás.

Ishar golpeó con fuerza contra el suelo y soltó su hoja esquirlada, y Dalinar estaba en posición para ver la hoja de Honor en toda su longitud mientras caía, rebotaba y terminaba reposando medio clavada en el suelo. Había una *muesca* en su acero ultraterrenal donde había topado contra la espada negra.

En toda su vida, Dalinar nunca había visto una hoja esquirlada dañada de esa manera, no digamos ya una de las hojas de Honor.

Ishar levantó la mirada hacia Szeth, perplejo, y entonces asió su hoja esquirlada y gritó una orden. Sus soldados, que habían observado todo aquello en silencio, rompieron su círculo y entraron en formación. Sigzil puso la mano en el hombro de Dalinar, infundiéndolo, preparándose para enlazarlo.

—Espera —dijo Dalinar mientras Ishar se levantaba y hacía entrechocar sus puños.

Se abrió una perpendicularidad, como lo había hecho antes, liberando una poderosa explosión de luz.

Imposible..., dijo el Padre Tormenta en la mente de Dalinar. *No he sentido que ocurriera. ¿Cómo es capaz de hacer esto?*

Tú eres quien me advirtió que era peligroso, pensó Dalinar. *¿Quién sabe de qué es capaz?*

Más allá en el campo de piedra, Szeth envainó su espada justo antes de que

empezara a devorar su alma. Dalinar envió a Leyten hacia él con un gesto.

—Agárralo. Llévalo al aire. Nos vamos. Sigzil, enlázame.

—Sí, señor.

—Dalinar. Dalinar Kholin.

Esa... era la voz de Ishar.

—Ahora veo claro —dijo la voz desde dentro de la perpendicularidad—. No sé por qué. ¿Se ha tomado juramento a un Forjador de Vínculos? Todos nosotros tenemos una Conexión... En todo caso, noto que la cordura se me escapa. Mi mente está quebrada y no sé si puede sanar.

»Quizá puedas restaurarme durante un tiempo breve después de que se pronuncie un Ideal cerca de mí. Todo el mundo ve con un poco más de claridad cuando un Radiante toca el Reino Espiritual. Por ahora, escúchame bien. Tengo la respuesta, una forma de resolver los problemas que nos asedian. Acude a mí en Shinovar. Puedo renovar el Juramento, aunque debo estar cuerdo para hacerlo. Debo... tener ayuda... para...

La voz se trabó, como distorsionándose.

—... ¡para derrotarte, campeón de Odium! ¡Volveremos a enfrentarnos, y ahora estoy preparado para tus argucias! ¡No me derrotarás en nuestro próximo encuentro, aunque blandas una hoja de Honor corrompida que sangra humo negro! ¡Yo soy TODOPODEROSO!

Dalinar se alzó por los aires con una sacudida cuando el enlace entró en efecto. Los Corredores del Viento ascendieron a toda prisa tras él, incluyendo a Leyten, que había agarrado a Szeth. Mientras se alejaban de la columna de luz, Dalinar vio que los soldados de Ishar entraban en la perpendicularidad.

Al poco tiempo se desvaneció. El Heraldo, sus hombres y la hoja de Honor habían desaparecido. Transportados a Shadessmar.

Navani y el Hermano podían *crear* luz.

Una luz que hizo retroceder al monstruo Moash por el pasillo, levantando un brazo para protegerse los ojos. Una luz que llevó la vida a los fabriales, una luz que cantaba con los tonos de Honor y Cultivación conjuntados.

Pero su spren... El Hermano estaba muy débil.

Navani asió la columna y vertió en ella su poder, pero había demasiado caos enfangando el sistema, como crem en una cisterna de agua pura. La luz del vacío que había inyectado Rabeniel.

Navani no podía destruirla, pero quizá sí pudiera expulsarla de algún

modo. Había pasado a ver la torre como una entidad, con líneas de granate a modo de venas y arterias. Y ella *habitaba* esa entidad. Se convirtió en su cuerpo. Navani vio miles de puertas cerradas que los exploradores habían pasado por alto al cartografiar la torre. Vio ingeniosos mecanismos para controlar la presión, el calor...

No, concentración.

Creo que tenemos que expulsar la luz del vacío, dijo Navani al Hermano.

Eh..., dijo el Hermano. ¿Cómo?

Sé cantar el tono adecuado, dijo Navani. *Saturaremos el organismo con luz de torre, pararemos y haremos vibrar estos sistemas de aquí, aquí y aquí con el tono de la antiluz del vacío*.

Supongo que sí, respondió el Hermano. *Pero ¿cómo podemos crear la vibración?*

Hay una placa en la mesa de Rabeniel. Mis eruditos la harán sonar. Necesitaré un modelo para cantar el tono, pero teniéndolo debería poder transferir la vibración a través del sistema. En teoría, eso forzará a salir la corrupción enemiga por esas gemas rotas en el mecanismo de bombeo. ¿Qué te parece?

Eh... ¿sí?, dijo el Hermano en voz baja. *Creo que... sí, podría funcionar.*

Una vez hecho eso, tendremos que volver a poner en marcha las protecciones de la torre, prosiguió Navani. *Estos son fabriales complejos... creados a partir de la esencia de spren. ¿De tu esencia?*

Sí, respondió el Hermano, y su voz ganó fuerza. *Pero son complicados, y costó muchos años de...*

Fabrial de presión aquí, dijo Navani, inspeccionándolo con su mente. Ah, ya veo. *Una red de atractores para hacer entrar el aire y crear una burbuja de presión. Bastante ingenioso.*

¡Sí!

Y los fabriales calentadores... ahora no son importantes... pero les hiciste armazones de metales... Te manifestaste físicamente como metal y cristal, igual que las hojas esquirladas se manifiestan a partir de spren más pequeños.

¡Sí!

Mientras empezaba a trabajar, Navani reparó en una rareza. ¿Qué era eso que se movía por la torre? ¿El alto mariscal Kaladin? Volaba deprisa, con sus poderes restaurados, envuelto en spren como armadura. Había alcanzado su Cuarto Ideal.

Y estaba yendo en la dirección equivocada.

Navani comprendía su error. Kaladin había decidido que la mejor manera de proteger la torre era ir allí, a la columna, y rescatar a Navani. Pero no, el Corredor del Viento era necesario en otro lugar.

Llamó su atención haciendo destellar luces en la pared.

¿Hermano?, dijo la voz de Kaladin al poco tiempo a través del sistema cuando tocó la veta de cristal.

Sí y no, alto mariscal, respondió Navani. *La columna está en nuestro poder. Ve al mercado del Apartado. Di a los enemigos que encontrarás allí que más les vale retirarse deprisa.*

Kaladin obedeció de inmediato, cambiando la dirección de su vuelo.

Navani, llena de una increíble conciencia, se puso a trabajar.

Dalinar convenció a los Corredores del Viento de que esperaran en el cielo por encima del campamento de Ishar en vez de regresar de inmediato al campamento de guerra emuli.

Estaba preocupado por ellos, sin embargo. Los Radiantes desfallecían como soldados después de todo un día a marchas forzadas. Lo normal habría sido que la luz tormentosa los animara, pero se quejaban de dolores de cabeza que sus poderes no podían sanar.

Los efectos no deberían ser permanentes, dijo el Padre Tormenta. *Pero no puedo garantizarlo. Ishar los ha Conectado al suelo. En esencia, sus poderes veían las piedras como parte de sus cuerpos, así que intentaban llenar el suelo de luz tormentosa igual que llenan sus venas.*

Casi no encuentro ningún sentido a lo que has dicho, respondió Dalinar, levitando en el cielo muy por encima del campamento de Ishar. *¿Cómo es posible hacer tales cosas?*

Los poderes de un Forjador de Vínculos son los poderes de la creación, dijo el Padre Tormenta. *Poderes de dioses, entre ellos la capacidad de establecer vínculos entre almas. Hasta ahora, Honor siempre había estado aquí para vigilar su poder, para limitarlo. Parece que Ishar sabe cómo sacar todo el partido a su nueva libertad.*

El Padre Tormenta se detuvo y luego retumbó con más suavidad. Nunca me gustó. Aunque yo no era más que un viento entonces, y no consciente del todo, lo recuerdo. Ishar ya era ambicioso incluso antes de que la locura lo embargara. No se le puede asignar toda la culpa de destruir Ashyn, el primer hogar de la humanidad, pero sí que fue de los primeros a los que Odium

engaño para experimentar con las Potencias.

A ti no te gusta mucho nadie, señaló Dalinar.

No es cierto. Hubo un humano que me hizo reír, hace mucho tiempo. A él le tenía cierto aprecio.

Parecía un infrecuente intento de ligereza. ¿Se atrevería Dalinar a esperar que fuese un progreso en el antiguo spren?

Por debajo, el gran pabellón de Ishar esperaba, batiendo al viento leve. Dalinar no había visto ninguna señal de sirvientes o soldados asomando entre sus lonas.

—¿Señor? —dijo Sigzil, que se acercaba flotando a Dalinar—. Mis tropas necesitan descansar.

—Unos minutos más —pidió Dalinar, entornando los ojos.

—¿Qué estamos esperando, señor?

—A ver si Ishar vuelve. Ha huido a Shadessmar. Podría volver en cualquier momento. Si lo hace, nos iremos a toda prisa. Pero si no... —Ishar no había esperado tener que huir. Szeth y aquella extraña hoja esquirlada lo habían espantado—. Esto podría ser una oportunidad casi única, jefe de compañía. Ishar era un erudito entre los Heraldos. Podría haber escrito notas que me den pistas sobre aplicaciones de los poderes de un Forjador de Vínculos.

—Entendido, señor —dijo Sigzil.

Dalinar echó una mirada a Szeth, que flotaba a solas apartado de los demás, enlazado al cielo por su propio poder. Dalinar lo señaló con el mentón y Sigzil, captando su intención, aplicó a Dalinar un breve enlace que lo llevó junto al asesino.

Szeth estaba murmurando para sus adentros.

—¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía saberlo el viejo idiota?

—¿Saber qué? —preguntó Dalinar al flotar cerca de Szeth—. ¿Ishar? ¿Te preguntas cómo sabía acerca de tu pueblo?

Szeth parpadeó y enfocó la mirada en Dalinar. Era raro verlo con su verdadero aspecto, con aquella piel demasiado pálida y sus ojos anchos. Dalinar se había acostumbrado a sus ilusiones de hombre alezi.

—Debo empezar a prepararme —dijo Szeth—. Mi próximo Ideal es mi misión, mi peregrinaje. Debo regresar con mi pueblo, Espina Negra. Debo enfrentarme a ellos.

—Como deseas —respondió Dalinar. No estaba seguro de querer liberar a aquel hombre sobre nadie, y mucho menos sobre el único reino neutral digno de mención en el conflicto. Pero Jasnah le había indicado que ocurriría y,

además, dudaba que pudiera impedir a Szeth hacer algo que de verdad quisiera—. Tu pueblo. ¿Tienen todas las hojas de Honor?

—Todas menos tres —dijo Szeth—. La hoja de los Corredores del Viento fue mía durante años. La hoja de los Rompedores del Cielo la reclamó Nale hace mucho tiempo. Y por supuesto, la hoja de los Custodios de la Piedra nunca fue nuestra para protegerla. Así que había siete, pero si Ishar tiene su hoja...

No necesitáis esas otras espadas, dijo una voz animada en la mente de Dalinar. *Yo ya valgo por diez espadas. ¿Habéis visto lo genial que he estado?*

—Lo he visto —dijo Dalinar a la espada—. Has... hecho una muesca a una hoja esquirlada. A una hoja de Honor.

¿Ah, sí? Caramba. Soy una espada estupenda. Hemos destruido mucha maldad, ¿no?

—Prometiste no hablar a las mentes de otros, espada-nimi —dijo Szeth en voz baja—. ¿No te acuerdas?

Me acuerdo. Es que lo había olvidado.

—Enviaré un equipo contigo a Shinovar —dijo Dalinar—. Nada más regresemos a nuestro campamento.

—No —respondió Szeth—. No. Debo ir solo, pero aún no. Tengo que prepararme. Tengo... algo importante que hacer. Él lo sabía. No debería haberlo sabido...

Tormentas. Dalinar no estaba seguro de quién de los dos era más demente, Szeth o la espada. La combinación resultaba de lo más inquietante.

Sin ellos estarías muerto, dijo el Padre Tormenta, *y yo vinculado contra mi voluntad. Este shin es peligroso, pero temo más a Ishar.*

—Sigzil —llamó Dalinar—. No creo que vaya a volver pronto. Bájanos. Vamos a ver si ha dejado algo de valor en esa tienda.

Adin levantó la lanza que había encontrado en el atrio. La gente gritaba, rodeada de miedospren, mientras el grupo de asediados humanos y cantores formaba un círculo alrededor de sus heridos. Empujaron a los ancianos y los niños hacia el centro, pero Adin no fue con ellos. El spren que lo observaba vería que no era de los que se escondían. Hasta las mujeres habían recogido armas, incluida la esposa del cirujano, que había dejado su hijo a una joven del centro para que lo cuidara. La guerra era un arte masculino, pero cuando empezabas a atacar a mujeres ya no estabas haciendo la guerra. Merecías todo lo que te pasara después de eso.

El padre de Adin estaba entre los heridos. Vivo, benditos fuesen los Heraldos, pero sangrando mucho. Había luchado por los Radiantes, cuando Adin... cuando Adin se había escondido en el pasillo.

Tormentas, Adin no sería un cobarde otra vez. No... no lo era. Adin se alineó junto a un imponente parshmenio con una increíble armadura de caparazón y trató de situarse con la lanza hacia fuera, imitando la postura del parshmenio.

Los cantores en forma tormenta marchaban hacia ellos, cantando una canción terrible. Adin se sorprendió temblando, con las manos resbaladizas en su lanza.

Oh, tormentas.

En ese momento no quiso ganarse un spren. No quiso luchar. Quiso estar en casa haciendo platos, escuchando a su padre tararear. No quería estar allí, sabiendo que todos iban a... iban a...

Una mano cogió a Adin por el hombro y lo movió hacia atrás. No atrás del todo, pero lo suficiente para que quien lo había desplazado se pusiera delante de él. Era aquel hombre del puente tan callado, Dabbid. Adin no protestó, no después de ver a aquellos forma tormenta. Estaba bien tener a alguien delante de él, aunque la lanza del hombre del puente temblaba. Estaría haciendo ver que tenía miedo para engañar al enemigo, ¿verdad?

Los formas tormenta no liberaron relámpagos, lo cual era bueno. Los demás ya habían pensado que quizás no lo harían, por aquello de estar en el mercado. Sus poderes eran demasiado incontrolables. De todas formas, parecía haber... centenares de ellos. Llegó una llamada desde detrás de sus filas y se lanzaron a la carga, crepitando de relámpago rojo que destellaba cuando tocaban algo.

A los pocos segundos, todo era un caos. Adin chilló, cerró los párpados con fuerza, sosteniendo su lanza y temblando.

No, tenía que pelear. Tenía que...

Algo impactó contra él desde atrás, derribándolo hacia delante. El golpe lo aturdió y perdió la lanza. Cuando rodó cara arriba, había un Portador del Vacío con los ojos rojos sobre él. La criatura, sin poner mucho interés, descargó su lanza hacia abajo.

Adin ni siquiera tuvo tiempo de chillar antes de que...

Clinc.

¿Clinc?

El forma tormenta ladeó la cabeza, canturreando una canción extraña.

Volvió a bajar su lanza contra el pecho de Adin, pero de nuevo el arma no llegó a impactar. Adin miró su propio cuerpo, tendido en el suelo.

Su torso estaba rodeado por centelleante armadura azul. Levantó las manos y las vio cubiertas por guanteletes.

Llevaba armadura esquirlada.

Llevaba ARMADURA ESQUIRLADA.

—¡Ja! —gritó, y dio una patada al cantor en forma tormenta.

La criatura salió volando por los aires, recorrió cinco metros y se estampó contra una pared. Adin apenas había sentido ninguna resistencia. Era como siempre lo había imaginado. Era...

La armadura esquirlada se separó de él y se convirtió en un grupo de vientospren, que volaron raudos hacia Dabbid, que estaba a punto de recibir un hachazo en la cabeza.

Clinc.

Ambos combatientes, el humano recién envuelto en armadura esquirlada y el enemigo que lo había atacado, se quedaron muy quietos, patidifusos. El enemigo retrocedió y la armadura esquirlada salió volando de nuevo, en esa ocasión para envolver a la líder de los Celestiales. La Fusionada había estado combatiendo a un forma tormenta, que liberó un fogonazo de relámpago que la envolvió.

Cuando Adin pudo ver de nuevo, la Celestial estaba flotando en armadura esquirlada, mirándose las manos con evidente asombro. Confundidos, los formas tormenta empezaron a dar voces, se retiraron y volvieron a entrar en formación.

La armadura se desmontó de sopetón dando paso de nuevo a aquellos extraños vientospren, que volaron por el aire hacia arriba hasta cerrarse en torno a una figura que flotaba por encima de los edificios.

La armadura había adoptado las dimensiones de todo el mundo, pero a él le *encajaba*. Un brillante Caballero Radiante en resplandeciente armadura, sosteniendo en alto una intrincada lanza esquirlada. Se dejó el yelmo sin poner para que todos pudieran verlo. Kaladin Bendito por la Tormenta, refulgente como el sol.

—¡Traigo un mensaje del Hermano! —gritó—. No recuerda haberos invitado a entrar. Y teniendo en cuenta que no solo posee esta casa, sino que literalmente *es* esta casa, vuestros actos son bastante insultantes.

De pronto unas potentes luces empezaron a correr pared arriba por todas partes, haciendo que el mismo núcleo de las piedras resplandeciera como si

estuvieran fundidas por dentro. En el techo cobraron vida unas luces similares.

El suelo tembló, como si la montaña entera estuviese sacudiéndose. Resonaron tañidos en los pasillos, como máquinas lejanas, y el viento empezó a soplar en la gigantesca cámara, que se había iluminado como en pleno día. Y lo más asombroso de todo fue que el relámpago de los cantores en forma tormenta se apagó.

Unos Profundos que habían estado emergiendo en parte del suelo para agarrar los pies a los soldados empezaron a chillar y quedarse flácidos, atrapados en la piedra. Los Celestiales que habían estado ayudando al enemigo cayeron al suelo de repente y luego se derrumbaron, inconscientes.

Llegaron gemidos desde atrás. Los Radiantes que estaban tendidos en el centro del círculo empezaron a moverse. ¡Estaban despiertos!

—Podéis entregar vuestras armas —dijo Bendito por la Tormenta a los enemigos—. Y volver con los vuestros ilesos, siempre que me prometáis una cosa. —Sonrió—. Decidle a *él* que voy a disfrutar mucho cuando me cuenten la cara que puso al enterarse de lo que ha ocurrido hoy aquí.

Dalinar captó un hedor extraño y desagradable al entrar en el pabellón de Ishar.

Era un olor penetrante, químico, y Dalinar notó que le ardían un poco los ojos. Parpadeó en la penumbra y encontró una estancia grande llena de mesas de losa y sábanas cubriendo lo que tenían encima. ¿Cadáveres? Los Corredores del Viento habían entrado antes que él, claro, pero estaban ocupados inspeccionando los recovecos de la tienda por si les habían tendido una emboscada.

Dalinar fue a una de las losas y quitó la sábana de un tirón. Encontró un simple cuerpo debajo, que tenía una incisión en el abdomen practicada con pulcra precisión quirúrgica. Varón, con la ropa cortada dispuesta junto al cuerpo. Piel muy pálida y pelo muy blanco, tanto que en la muerte parecían ambos casi del mismo color. La piel tenía un leve matiz azulado; sería un natano.

Así que Ishar era un carníero y un cirujano loco además de un teócrata demente. Por algún motivo, eso alivió a Dalinar. Era repugnante, pero al menos también una clase ordinaria de maldad. Había esperado algo peor.

—¿Señor? —llamó Mela la Corredora del Viento desde el otro lado del pabellón—. Deberías ver esto.

Dalinar fue hacia Mela, que estaba junto a otra losa. Szeth se había quedado en la entrada del pabellón, sentado en el suelo, con su espada enfundada sobre el regazo. No parecía importarle la investigación.

En la losa, delante de Mela, había otro cadáver revelado en parte por una sábana a medio retirar, aunque ese era mucho más extraño. El cuerpo alargado tenía un caparazón negro que lo recubría casi en su totalidad, desde el cuello hasta los pies. Habían quebrado ese caparazón para poder abrir el pecho del cuerpo. Dalinar no acababa de comprender esa cobertura. Parecía ropa, más o menos, pero era dura como el caparazón de los cantores, y por lo visto estaba pegado a la piel.

La cabeza era una masa pastosa de carne negra, blanda como intestinos, sin ojos ni rasgos visibles.

—Pero ¿qué es...? —dijo Dalinar—. Las manos parecen humanas, aunque sean demasiado largas, pero el resto del cuerpo...

—No tengo ni idea —respondió Mela. Apartó la mirada y se estremeció—. No es humano, señor. No sé lo que es.

Al fondo de la mente de Dalinar, el Padre Tormenta atronó.

Esto..., dijo el spren. *Esto no es posible.*

¿*El qué?*, preguntó Dalinar.

Eso es un críptico, dijo el Padre Tormenta. *El spren de los Tejedores de Luz. Solo que no tienen cuerpo en este reino. No pueden tenerlo.*

—Señor —llamó Lyn desde una losa cercana.

El cadáver que había destapado ella era una acumulación de enredaderas con forma vaga de persona.

Cultivacispren..., dijo el Padre Tormenta. *Vuelve a ese primer cuerpo que has visto. Ya.*

Dalinar no objetó y regresó hacia la parte delantera del pabellón. Lo que al principio había desestimado como un cuerpo normal y corriente en esos momentos le pareció cualquier cosa menos eso. El pelo blanquiazul, la ropa que, fijándose bien, era del mismo color del cuerpo. El trueno del Padre Tormenta se volvió distante.

Lo conocía, dijo el Padre Tormenta. *No me he dado cuenta al principio. No quería verlo. Este es Vespan. Honorspren.*

—Entonces no son... algún tipo de intento de convertir a hombres en imitaciones de spren —dijo Dalinar—. ¿Son verdaderos cadáveres de spren?

Los spren no tienen cadáveres, dijo el Padre Tormenta. *Los spren no mueren como los humanos. Son un poder que no puede destruirse. Son...*

Esto es IMPOSIBLE.

Dalinar buscó por la cámara, donde las sábanas que se retiraban iban revelando distintos cadáveres extraños. Algunos eran solo esqueletos, otros roca amontonada.

Este lugar es malvado, dijo el Padre Tormenta. *Más que malvado. Lo que se ha hecho aquí es una abominación.*

Sigzil llegó al trote, sosteniendo unos libros grandes que había encontrado al fondo. Dalinar no les encontraba sentido, pero Sigzil señaló los glifos azishianos y los leyó.

—Esto es una lista de experimentos, creo —dijo el jefe de compañía—. La primera columna es el nombre de un spren, la segunda una fecha. La tercera es un tiempo. ¿Quizá lo que aguantaron con vida? No parece que ninguno sobreviviera más de unos minutos.

—Sangre de mis ancestros —exclamó Dalinar, con las manos temblando—. ¿Y esa última columna?

—Notas, señor. Esta es la última entrada —dijo, y empezó a leer:

»“Nuestro primer honorospren vivió casi quince minutos. Una nueva marca, y órdenes de magnitud por encima de todos nuestros intentos anteriores. Los honorospren son los que parecen tener las esencias más similares a los humanos. Al transferirlos, se crean órganos y músculos con la mayor naturalidad. Debemos capturar a más de ellos.

»”Los crípticos y los cenizaspren son imposibles de traer adecuadamente con nuestros conocimientos actuales. El proceso de crear cuerpos para ellos resulta en una forma física que colapsa sobre sí misma de inmediato. Parece que su fisiología contraviene las normas fundamentales del Reino Físico”.

—Tormentas —dijo Leyten, pasándose una mano por el pelo corto—. ¿Qué significa eso?

Abandona este lugar ahora mismo, dijo el Padre Tormenta. *Debemos avisar a mis hijos.*

—Estoy de acuerdo —dijo Dalinar—. Coged todo lo que creáis que podría ser útil y venid fuera. Nos marchamos.

Moash volaba por la torre, usando un enlace tras otro, mientras sentía la estructura reverberar. Mientras sentía cómo cobraba vida. Mientras sentía que la luz empezaba a rodearlo.

La luz de *ella*. La luz de la reina.

Y antes que eso, un sonido terrible. Un sonido que había repelido su Conexión con Odium, obligando a Moash a sentir dolor por las cosas que había hecho. Un dolor que no quería. Un dolor al que había renunciado.

El dolor bullía y se extendía por su interior. Moash había matado a Teft. Había. Matado. A *Teft*.

«¡Sal de aquí, sal de aquí, sal de aquí!», pensó mientras cruzaba un pasillo como una exhalación, sin preocuparse por si daba a alguien con su hoja esquirlada al pasar sobre sus cabezas. La necesitaba preparada. Por si Kaladin lo encontraba. Por si no se había derrumbado.

Las paredes resplandecían, y a Moash la luz le parecía más brillante de lo que habría debido ser. ¡Se suponía que no debía sentir miedo! ¡Lo había entregado! No podía ser el hombre que necesitaba ser si estaba asustado o... o lo demás.

El dolor, la vergüenza, la ira hacia sí mismo eran peores que el miedo.

«Sal de aquí. Vete. ¡Vete!»

La sofocante luz lo envolvió, lo quemó mientras salía despedido por las puertas frontales de la torre. Sintió más que vio lo que ocurría por detrás de él. Cada nivel de la torre se encendió de vida, uno tras otro. El aire se desdibujó con la repentina calidez y la presión. Cuánta luz.

«¡Cuánta luz!»

Moash se enlazó hacia el cielo, alejándose a toda la velocidad que podía de la torre. Al poco, sin embargo, se estrelló contra una superficie dura. Cayó en algo blando pero frío, dolorido mientras su luz tormentosa lo mantenía vivo... por los pelos. Se agotó antes de poder sanarlo por completo, así que se quedó tendido en el frío. Esperando el adormecimiento.

No se suponía que debiera sentir nada nunca más. Eso era lo que él le había prometido.

No podía parpadear. Ya no parecía tener párpados. Tampoco podía ver; su visión había ardido. Escuchó los vítores lejanos, los distantes sonidos de júbilo y gozo, tumbado en la gelidez de la ladera de aquella montaña. La nieve le entumeció la piel.

Pero no el alma. No su miserable alma.

—Teft, lo...

No podía decirlo. Las palabras no se formaban. Moash *no* lamentaba lo que había hecho. Solo lamentaba cómo lo hacían sentirse sus actos.

No quería aquel dolor. Lo merecía, sí, pero no lo quería.

Debería haber muerto, pero lo encontraron. Unos pocos Celestiales que

habían estado en el aire al restaurarse la torre. Habían despertado, al parecer, después de caer desde el cielo y salir de las protecciones de Urithiru. Le dieron luz tormentosa y luego lo levantaron del suelo y se lo llevaron a cuestas.

El don de Odium regresó y Moash respiró más tranquilo. Con una eufórica ausencia de remordimientos. Su columna vertebral sanó. Ya podía andar para cuando lo dejaron en un campamento de otros invasores que habían conseguido huir de la torre.

Pero no podía verlos. Por mucha luz tormentosa que le dieran, sus ojos no se recuperaban. Estaba ciego.

CONDICIONES



Roshar estará unido en su dedicación a la guerra más importante.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Agotados y confusos, Dalinar y los Corredores del Viento acabaron por aterrizar de vuelta en su campamento de guerra emuli, apenas unos minutos antes de la llegada prevista de una alta tormenta. Dalinar sintió el peso de su fracaso lastrándolo, intenso como la gravedad. Flaqueó mientras ordenaba a los Corredores del Viento que se fuesen a descansar.

Había hecho todo aquel trayecto para nada. No estaba más cerca que antes de comprender sus poderes. No estaba más cerca de hacer algo al respecto de la captura de Urithiru. No estaba más cerca de rescatar a Navani.

Seguramente debería haber ido a hablar con Jasnah y explicarle lo que habían encontrado, pero estaba exhausto. Recorrió el campamento en una trabajosa caminata, tirando de su fracaso como de un carro tras él, rodeado de agotaspren arremolinados.

Y entonces fue cuando lo encontraron: mujeres, corriendo hacia él con vinculacañas emparejadas con la torre, que de pronto volvían a funcionar. Mensajeras rodeadas de glorispres, portadoras de asombrosas noticias.

Navani había establecido contacto, la torre y las Puertas Juradas funcionaban. Dalinar lo escuchó todo aturdido.

Buenas noticias. Por fin, buenas noticias.

Quería que lo llevaran volando a Azimir para poder ir a ver a Navani, pero reconoció que sería una estupidez. Necesitaba descansar por lo menos un poco antes de soportar otro vuelo largo, y también estaba la inminente alta tormenta de la que preocuparse. Ordenó que enviaran un mensaje a su esposa, prometiéndole que iría con ella antes de que concluyera la jornada. Luego preguntó a Jasnah y al supremo si podía reunirse con ellos cuando pasara la tormenta.

Después de eso, le permitieron por lo menos acercarse al pequeño edificio que había convertido en su campamento base. Fue como volver al hogar. Por supuesto, había vivido la suficiente parte de su vida estando de campaña como para que la palabra «hogar» relajara mucho su definición. Cualquier lugar que tuviera una cama blanda solía encajar en ella.

Urithiru de verdad está a salvo, Dalinar, dijo el Padre Tormenta en su mente. *Estaba tan distraído por los spren muertos que no me he dado cuenta al principio. El Hermano ha despertado por completo. ¿Otra Forjadora de Vínculos? Las implicaciones de esto...*

Dalinar aún estaba intentando lidiar también con esas implicaciones. ¿Navani vinculada a un spren? Era maravilloso, pero él tenía las emociones tan desgastadas en esos momentos que solo quería sentarse y pensar. Abrió la puerta de su casa con un empujón, entró con paso endebil y llegó a un extenso campo dorado.

El suelo titilaba como si estuviera infuso de luz tormentosa. Dalinar se detuvo y se volvió. La puerta ya no estaba y el pomo se había esfumado de su mano. El cielo era de un profundo tono naranja rojizo, como un anochecer.

Estaba en una visión. Pero no había oído caer la alta tormenta.

Y... no. Aquello no era una visión de alta tormenta. Era otra cosa. Se volvió de nuevo lleno de inquietud y miró a lo lejos por el campo brillante hacia una figura, ataviada con una túnica dorada, que estaba de pie en la cima de una colina cercana, dando la espalda a Dalinar y mirando hacia el horizonte.

Odium.

«Tormentas interiores —pensó Dalinar, flaqueando—. Ahora no. No puedo hacerle frente ahora mismo.»

Pero en fin, un soldado no siempre podía escoger su campo de batalla. Era

la primera vez que Odium se aparecía a él en un año. Dalinar debía aprovechar la ocasión.

Respiró hondo y se impuso a su fatiga. Empezó a subir por la falda de la colina y al cabo de un tiempo se detuvo al lado de la figura vestida de oro. Odium sostenía un pequeño cetro, parecido a un bastón, y tenía la mano apoyada en la bola que lo coronaba.

Tenía un aspecto distinto a la última vez que Dalinar lo había visto. Seguía pareciendo un sabio anciano de barba entrecana cortada a media longitud. Un aire paternal. Perceptivo, sensato, comprensivo. Pero en esa ocasión, la piel le brillaba en algunos sitios, como si hubiera perdido grosor y la luz de su interior buscara escapar. Los ojos del dios se habían vuelto dorados por completo, como pedazos de metal incrustados en el rostro de una estatua.

Cuando Odium habló, había un matiz áspero en su tono que le recortaba las palabras. Como si apenas pudiera contener su ira.

—Nuestra Conexión crece, Dalinar —dijo Odium—. Se hace más fuerte a cada día que pasa. Ahora puedo llegar a ti como si fueses de los míos. Deberías serlo.

—Ahora y siempre seré de los *míos* —replicó Dalinar.

—Sé que has ido a ver a Ishar. ¿Qué te ha dicho?

Dalinar juntó las manos a su espalda y usó el viejo truco de comandante de guardar silencio y fijar la mirada, pensativo. Espalda rígida. Postura fuerte. Aparentando control, aunque estuviera a un paso de desmoronarse.

—Se suponía que ibas a ser mi campeón, Dalinar —dijo Odium—. Ahora veo cómo te resististe a mí. Estabas colaborando con Ishar desde el principio, ¿verdad? ¿Así es como aprendiste a unir los reinos?

—Te resulta inconveniente, ¿eh? —repuso Dalinar—. No poder ver mi futuro. ¿Qué se siente al ser humano, Odium?

—¿Crees que temo la humanidad? —dijo Odium—. La humanidad es mía, Dalinar. Todas las emociones me pertenecen. Esta tierra, este reino, esta gente. Todos viven para mí. Siempre lo han hecho. Siempre lo harán.

«Y aun así, acudes a mí —pensó Dalinar—. ¿Para reprenderme? Te has mantenido apartado todos estos meses. ¿Por qué ahora?»

La respuesta lo embargó como la luz de un sol naciente. Odium había perdido la torre. Urithiru estaba a salvo y había otra Forjadora de Vínculos. Había fracasado otra vez. Y creía que Dalinar había estado trabajando con Ishar.

El don de Cultivación, aunque había sangrado a Dalinar, le había

proporcionado la fuerza para desafiar a Odium. Todo ese tiempo había estado preguntándose qué podía temer un dios, pero la respuesta era evidente. Odium temía a quienes no estaban dispuestos a obedecerlo.

Temía a Dalinar.

—Ishar me ha contado cosas interesantes en esta última reunión —dijo Dalinar—. Me ha dado un libro que contiene secretos. No está tan loco como había temido, Odium. Me ha mostrado mi Conexión contigo y me ha explicado lo restringido que estás. Luego me ha demostrado que un Forjador de Vínculos desencadenado es capaz de gestas increíbles. —Miró al antiguo ser—. Tú eres un dios. Ostentas unos poderes inmensos, pero te limitan en igual medida que te liberan. Dime, ¿qué opinas de que un humano soporte el peso de los poderes de un dios, pero sin las restricciones de ese dios?

—El poder terminará limitándote en algún momento, como lo ha hecho conmigo —dijo Odium—. No comprendes ni una fracción de las cosas que finges entender, Dalinar.

«Y aun así, te doy *miedo* —pensó Dalinar—. Te asusta la idea de que pueda obtener el pleno uso de mi poder. De estar perdiendo el control sobre tus planes.»

Quizá el viaje de Dalinar a Tukar no había sido un fracaso. No había conseguido la sabiduría de Ishar, pero mientras Odium pensara que sí...

«Bendito seas, Renarin —pensó Dalinar—. Por hacer mi vida impredecible para este ser. Por permitirme farolear.»

—Hicimos un trato —dijo Odium—. Un desafío de campeones. Pero no establecimos las condiciones.

—Tengo unas condiciones —afirmó Dalinar—. En mi escritorio. Una hoja suelta de papel.

Odium movió la mano y las palabras empezaron a aparecer, escritas como con reluciente tinta dorada, en el cielo ante ellos. Gigantescas, intimidantes.

—Esto no lo has escrito tú —dijo Odium, entornando los ojos—. Ni tampoco esa Nominadora de lo Otro.

La luz se hizo más vibrante bajo la piel de Odium, y Dalinar pudo sentir su calor, como el de un sol, creciendo. Haciendo que le ardiera su propia piel.

Ira. Una ira profunda, al rojo blanco. Estaba consumiendo a Odium. Su control perdía firmeza.

—Cephandrius —escupió Odium—. Siempre una rata. Vaya donde vaya, ahí está él, arañando la pared. Colándose en mis fortalezas. Podría haber sido un dios y, aun así, se empecina en vivir en el fango.

—¿Aceptas estas condiciones? —preguntó Dalinar.

—Según esto —dijo Odium—, ¿si mi campeón gana, Roshar me pertenece? ¿Absoluta y totalmente? ¿Y si gana el tuyo, me retiro durante un milenio?

—Sí. Pero ¿qué ocurre si incumples tu palabra? Ya has retrasado esto más de lo que deberías. ¿Qué pasa si te niegas a enviar un campeón?

—No puedo incumplir mi palabra —dijo Odium mientras el calor se incrementaba—. En esencia, soy incapaz de hacerlo.

—¿En esencia? —apretó Dalinar—. ¿Qué ocurrirá, Odium, si incumples tu palabra?

—Entonces el contrato se invalida y quedo en tu poder. Y lo mismo, pero a la inversa, si eres tú quien rompe el contrato. Estarías en mi poder, y las restricciones que me impuso Honor, encadenándome al sistema roshariano e impidiéndome usar mis poderes sobre la mayoría de los individuos, se anularían también. Pero eso no ocurrirá y yo no voy a faltar a mi palabra. Porque si lo hiciera, se crearía un hueco en mi alma que permitiría que Cultivación me matara.

»Yo no soy idiota y tú eres un hombre de honor. Los dos afrontamos este duelo de buena fe, Dalinar. Esto no es un trato con un Portador del Vacío salido de vuestros mitos, donde la gente se engaña con giros estúpidos del lenguaje. Un campeón dispuesto a serlo por cada uno de nosotros y un combate a muerte. Se encontrarán en la cumbre de Urithiru. Sin trucos, sin mentiras.

—Muy bien —dijo Dalinar—. Pero como exponen las condiciones, si tu campeón sale derrotado, no serás solo tú quien deba retirarse durante mil años. Los Fusionados te acompañarán y quedarán encerrados de nuevo, como también los spren que crean regios. Se acabaron las formas de poder. Se acabaron los vacíospren.

La luz latió en el interior de Odium, que volvió sus ojos de nuevo hacia el horizonte.

—Yo... no puedo aceptar eso.

—Las condiciones son sencillas —dijo Dalinar—. Si tú...

—He dicho que *no puedo* aceptarlo —interrumpió Odium—. La tormenta eterna lo ha cambiado todo, y Cephandrius debería haberse dado cuenta. Los cantores pueden adoptar formas regias alimentadas por la tormenta eterna. Los Fusionados ahora son libres y pueden renacer sin mi intervención. El Juramento podría haberlos encarcelado, pero ahora está extinto. Soy

literalmente incapaz de hacer lo que pides, no sin destruirme a mí mismo en el proceso.

—En ese caso, no podremos llegar a un acuerdo —dijo Dalinar—. Porque yo, desde luego, no pienso aceptar nada menos que eso.

—¿Y si yo aceptara menos?

Dalinar frunció el ceño, inseguro, con la mente hecha un lío por la fatiga. Esa criatura iba a intentar engañarlo. Estaba convencido de ello. Así que hizo lo que le pareció mejor. No dijo nada.

Odium soltó una leve risita e hizo rodar el cetro bajo su mano para que la contera rechinara contra la piedra dorada a sus pies.

—¿Sabes por qué hago luchar a los hombres, Dalinar? ¿Por qué creé la Emoción? ¿Por qué fomento las guerras?

—Para destruirnos.

—¿Por qué iba a querer destruirlas? Soy vuestro *dios*, Dalinar. —Odium negó con la cabeza, su mirada perdida en la infinita y dorada lejanía—. Necesito soldados. Para la verdadera batalla que se avecina, no por un pueblo ni por un miserable continente azotado por el viento. Una batalla de los dioses. Una batalla por *todo*.

»Roshar es un terreno de entrenamiento. Llegará el momento en que os libere contra los otros, que no estarán ni por asomo tan bien entrenados. Ni por asomo tan *endurecidos* como yo os he hecho a vosotros.

—Qué curioso —dijo Dalinar—. No sé si te has dado cuenta, pero tu técnica de «*endurecimiento*» ha resultado en unos Fusionados que están volviéndose locos por la presión.

La luz ganó fuerza dentro de Odium, tanto que dio la impresión de que podría explotar fuera de su piel.

—Si tu campeón gana, me apartaré durante mil años —dijo Odium—. Me retiraré a Braize y no volveré a hablar, contactar ni influir en los Fusionados o los vacíospren. Pero no puedo contenerlos. Y tú tendrás que rezar para que tus descendientes tengan la misma suerte que vosotros, porque seré menos... indulgente cuando regrese.

Dalinar empezó a hablar, pero Odium lo interrumpió.

—Déjame terminar —dijo—. A cambio de que tú cedas en algo que querías, cederé yo también en algo. Si gano yo, renunciaré a mis grandiosos planes para Roshar. Me marcharé de este planeta durante mil años y abandonaré todo por lo que he trabajado aquí. Os concedo a vosotros y a los cantores la libertad para hacer vuestra propia paz. Libertad para ti y libertad

para mí.

»Es lo único que pido en caso de salir victorioso: dado que representas a Honor, puedes relajar sus prohibiciones sobre mí. Pase lo que pase en el desafío, nunca tendrás que volver a preocuparte por mí. Lo único que quiero es *salir de este miserable sistema*.

Por supuesto que no iba a ser tan fácil como Sagaz había prometido. Dalinar estaba indeciso. Sagaz miraba por sí mismo, como siempre había dicho que haría. El contrato reforzaba esa idea. Odium estaba ofreciendo una posibilidad diferente, tentadora. Olvidarse de él, librarse esa guerra como una guerra ordinaria...

Dos fuerzas tiraban de él. ¿En cuál confiaba? Dalinar dudaba que ningún mortal, Jasnah incluida, pudiera redactar un contrato lo bastante bueno para contener a un dios. Pero ¿conceder sin más a Sagaz lo que deseaba?

«¿En quién confías más? ¿En Sagaz o en el dios de la ira?»

En realidad, no había nada que responder. Dalinar no confiaba mucho en Sagaz, pero no confiaba en Odium en absoluto. Además, si Honor había muerto para atrapar a aquel dios allí, en Roshar, Dalinar tenía que creer que el Todopoderoso lo había hecho por un buen motivo.

Así que se volvió para marcharse.

—Envíame de vuelta, Odium —dijo—. Hoy no habrá un acuerdo.

Una oleada de intenso calor lo inundó desde atrás. Dalinar dio media vuelta y encontró a Odium resplandeciendo con una brillante luz entre roja y dorada, sus ojos muy abiertos, sus dientes apretados.

«Mantente firme —se dijo Dalinar—. Sagaz dice que no puede hacerte daño. No sin romper su palabra... no sin invitar a su propia muerte...»

Sagaz no había incluido esa última parte. Pero Dalinar, sudando y con el corazón acelerado, no cedió terreno. Hasta que por fin el poder remitió y el calor y la luz se retiraron.

—Preferiría llegar a un acuerdo —dijo Odium.

«¿A qué vienen tantas ganas? —pensó Dalinar—. Es el poder, ¿verdad? Te está destrozando por retrasarlo. Quiere salir.»

—Te he ofrecido un acuerdo —afirmó Dalinar.

—Y yo te he dicho que *no puedo cumplir* esas condiciones. Puedo sellarme a mí mismo, pero no a mis esbirros. Puedo exigir que los Fusionados y los Deshechos se retiren, pero ahora mismo no todos cumplen mi voluntad. Y no puedo hacer absolutamente nada acerca de los regios.

Dalinar respiró hondo.

—Bien —dijo—, pero yo no puedo contemplar un acuerdo que te libere de este mundo. Así que deberíamos centrarnos en nuestro conflicto, tú y yo. Si gano yo, te exiliarás a Condenación y te retirarás por completo del conflicto. Si ganas tú, seré yo quien vaya al exilio y mi gente tendrá que luchar sin mi ayuda.

—¿Ofreces una vida mortal a cambio de la de un dios? —preguntó Odium imperioso—. No, Dalinar. Si gano yo, quiero a los Caballeros Radiantes. Las fuerzas de Alezkar y Urithiru se rendirán a mis Fusionados, y tus Radiantes pondrán fin a esta guerra. Los otros estúpidos reinos humanos pueden seguir luchando si así lo desean, pero tu gente y la mía se prepararán para la auténtica guerra, la que se desatará cuando los dioses de otros mundos descubran la fuerza de la potenciación. Tus herederos quedarán atados por estas condiciones, en la misma medida que tú.

—No puedo negociar en nombre de personas que aún no han nacido —replicó Dalinar—. Ni puedo prometerte que mis Radiantes vayan a seguirte, igual que tú no puedes prometer que los Fusionados te obedezcan. Como he dicho, esto debe quedar entre tú y yo. Pero... si ganas, yo aceptaré ordenar a mis ejércitos que dejen las armas y cesen la lucha. Renunciaré a la guerra, y quienes quieran unirse a ti tendrán permitido hacerlo.

—No me basta, Dalinar. No me basta ni de lejos. —Odium dio una larga y sufrida bocanada de aire. Aquella luz palpitó dentro de él, y en ese momento Dalinar sintió una especie de afinidad con el antiguo dios. Sentía su fatiga, que de algún modo reflejaba la del propio Dalinar—. Quiero muchísimo más que Roshar, muchísimo más que un planeta, que un pueblo. Pero mi gente... se cansa. Los he desgastado mucho con esta batalla eterna. Buscan finales, unos finales horribles. La guerra entera ha cambiado, por lo que ha hecho tu esposa. Supongo que te das cuenta de eso.

—Así es —dijo Dalinar.

—Ha llegado el momento de un verdadero acuerdo. Un verdadero final. ¿No te parece?

—Eh... Sí. Soy consciente de ello. ¿Qué propones?

Odium hizo un gesto despectivo hacia el contrato que había redactado Sagaz.

—Se acabó hablar de retrasos, de enviarme lejos. De medias tintas. Tendremos un combate de campeones el décimo día del mes que viene —dijo Odium—. A la décima hora.

—¿Tan pronto? El mes termina mañana.

—¿Para qué retrasarlo? —preguntó Odium—. Yo sé quién es mi campeón. ¿Sabes tú quién es el tuyo?

—Lo sé —dijo Dalinar.

—Pues dejemos de bailar y comprometámonos. En el décimo día, nuestros campeones se reunirán. Si ganas tú, yo me retiraré a los reinos que domino en estos momentos e impondré que termine la guerra. Incluso renunciaré a Alezkar en tu favor y te devolveré tu tierra natal.

—Debo tener Herdaz también.

—¿Qué? —dijo Odium—. ¿Ese pedazo de terreno insignificante? ¿Qué es para ti?

—Es el objeto de un juramento, Odium —respondió Dalinar—. Me devolverás Herdaz y Alezkar. Quédate el resto de las tierras que has conquistado; en su mayoría te siguieron por voluntad propia, de todos modos. Eso puedo aceptarlo, siempre que sigas atrapado en Roshar como Honor deseaba.

—Así será —dijo Odium—, aunque podré concentrar mis atenciones en enviar agentes al resto del Cosmere, utilizando lo que he conquistado aquí como suficiente por ahora. En cambio, si yo gano el duelo de campeones, conservaré todo lo que he conquistado, también Herdaz y Alezkar. Y quiero otra cosita de nada. Te quiero a ti, Dalinar.

—¿Mi vida? Odium, pretendo ser mi propio campeón. Habré muerto si tú ganas.

—Sí —dijo Odium, y sus ojos brillaron dorados—. Habrás muerto. Y me entregarás tu alma. Tú, Dalinar, te unirás a los Fusionados. Te harás inmortal y me servirás *en persona*. Atado por tus juramentos. Tú serás a quien envíe a las estrellas para servir a mis intereses en el Cosmere.

Una fría commoción recorrió el cuerpo entero de Dalinar. Como la que había sentido la primera vez que lo apuñalaron. Sorpresa, incredulidad, terror.

«Te unirás a los Fusionados.»

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó Odium, su piel ya tan refulgente que costaba distinguir sus rasgos—. Has obtenido de mí más de lo que jamás pensé que concedería. Ocurra lo que ocurra, la guerra termina y habrás garantizado la seguridad de tus aliados. Al precio de apostar tu propia alma. ¿Hasta dónde se extiende tu honor, Espina Negra?

Dalinar titubeó. Parar en ese momento, con Azir y Thaylenah a salvo, con una buena porción de Roshar protegida y la posibilidad de añadir Alezkar y Herdaz si ganaba, era en verdad más de lo que jamás había creído posible. Un

auténtico final de la guerra.

Jasnah hablaba de la necesidad de establecer consejos. Grupos de líderes. Pensaba que dejar demasiado poder en manos de un solo individuo era peligroso. Dalinar por fin veía sentido a sus argumentos, allí en aquel campo de luz dorada. Lo más probable era que aquel nuevo acuerdo fuera beneficioso para sus aliados y que lo celebraran. Pero no podía estar seguro. Tenía que tomar una decisión.

¿Se atrevía a hacerlo? ¿Osaba arriesgar su propia alma?

«*Debo contenerlo*», pensó Dalinar. Su gente estaba celebrando la victoria en Emul, pero Dalinar sabía en el fondo que el enemigo había renunciado a la región. Había preferido asegurar su poder en otro lugar. El mismo Visón lo había dicho: si Odium hubiera querido aplastar Azir, podría haberlo hecho. En vez de eso, había reforzado lo que ya tenía. Odium sabía que controlando Jah Keved, Alezkar e Iri, poseía la porción más fuerte de Roshar.

Sin aquel trato, Dalinar veía años de lucha por delante. Décadas. Contra un enemigo cuyos Fusionados renacían una y otra vez. Los años que había pasado defendiendo Alezkar le permitían saber con exactitud lo difícil que sería reconquistarla. Dalinar veía a su gente muriendo a miles, intentando en vano conquistar unas tierras que él mismo había fortificado.

Dalinar perdería la guerra a largo plazo. Honor prácticamente se lo había confirmado. Renarin decía que la victoria en su sentido tradicional era casi imposible mientras Odium impulsara a sus fuerzas. Y Taravangian, en quien Dalinar no confiaba pero a quien sí creía, había previsto ese mismo hecho. El enemigo terminaría ganando, aunque fuese desgastándolos a lo largo de siglos si era necesario.

El mejor resultado posible era que el campeón de Dalinar derrotara al de Odium. Si ese campeón fracasaba, entonces la única opción razonable que quedaría a Dalinar sería la rendición, de todos modos. Eso lo sabía en lo más profundo de sus entrañas. Y lo más importante de todo, aquella parecía su única opción real de liberar Alezkar.

Tenía que hacerlo. No había alcanzado todos sus logros mostrándose indeciso. O bien confiaba en sus instintos, y en las promesas de su dios, o no tenía nada.

Respiró hondo.

—Las condiciones finales son las siguientes: un combate de campeones a muerte. En el décimo día del mes palah, a la décima hora. Cada uno enviará a un campeón que lo sea por voluntad propia, y ambos podrán reunirse en la

cumbre de Urithiru, que no habrá sufrido daño alguno por parte de las fuerzas de ningún bando. Si yo gano ese desafío, tú permanecerás atado al sistema y me devolverás Alezkar y Herdaz, con todos sus ocupantes intactos. Te comprometerás a cesar las hostilidades y mantener la paz, y a no oponerte a mis aliados ni a nuestros reinos en modo alguno.

—De acuerdo —dijo Odium—. Pero si gano yo, me quedo con todo lo que he obtenido, incluida tu tierra natal. Permaneceré atado a este sistema y cesaré las hostilidades como has descrito. Pero tendré tu alma. Para servirme, inmortal. ¿Estás dispuesto a eso? Porque yo acepto estas condiciones.

—Y yo —susurró Dalinar—. Yo acepto estas condiciones.

—Está hecho.



Y yo marcharé con orgullo a la cabeza de una legión humana.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Desconectarse de los poderes del Hermano dejó a Navani sintiéndose pequeña. ¿De verdad la vida era así antes? ¿Antes de mezclar su esencia con la del Hermano y ganar conciencia de los complejos movimientos de los miles de fabriales que componían su forma física?

Qué normal se sentía. Casi. Retenía una pizca de esa conciencia al fondo de su mente. Un sentido de las vetas de cristal que permeaban la torre: si apoyaba la mano contra una pared, podía percibir sus funcionamientos.

Calor. Presión. Luz. Vida.

Juré que nunca volvería a hacer esto, dijo el Hermano en la mente de Navani. *Juré que se habían acabado los humanos.*

—Entonces es bueno que los spren, al igual que los humanos, podáis cambiar de opinión —respondió Navani.

La había sorprendido un poco encontrar su cuerpo tal y como lo recordaba. Con un corte en la havah, ensangrentada donde el cuchillo la había alcanzado.

Nuestro vínculo es inusual, dijo el Hermano. *Sigo sin saber qué opino sobre lo que hemos hecho.*

—Si nuestras palabras eran sinceras y las cumplimos, ¿acaso importa? *¿Y qué hay de los fabriales?*, preguntó el Hermano. *No has prometido dejar de capturar spren.*

—Llegaremos a un compromiso —dijo Navani, saliendo de la sala de la columna de cristal—. Trabajaremos para encontrar un camino hacia delante aceptable.

¿Será como tu compromiso con Rabeniel, en el que has terminado engañándola?

—Ese era el mejor compromiso que podíamos alcanzar ella y yo, y las dos lo sabíamos —respondió Navani—. Tú y yo podemos hacerlo mejor.

Deseo creerte, dijo el Hermano. *Pero de momento, no lo hago. Lo siento.*

—Solo es otro problema que resolver —dijo Navani—, mediante la aplicación de la lógica y la esperanza en igual medida.

Llegó al cuerpo caído de Rabeniel en el pasillo y se arrodilló junto a él.

—Gracias.

Los ojos se abrieron.

Navani dio un respingo.

—¿Rabeniel?

—Has... sobrevivido. Bien.

Una de sus manos se contrajo. Parecía que el corte que le había hecho Moash con la hoja esquirlada era lo bastante bajo como para no quemarle los ojos, aunque saltaba a la vista que tenía las dos piernas y un brazo muertos.

Navani se llevó una mano a los labios.

—No... solloces —susurró Rabeniel—. Yo... te habría... matado a ti... para lograr... mi objetivo.

—Y en vez de eso, me has salvado.

Rabeniel dio una escasa bocanada de aire, pero no dijo nada.

—Volveremos a encontrarnos —dijo Navani—. Renacerás.

—No. Si... muero... regresaré... loca. Mi alma... está quemada... casi por completo... No me... Por favor... Por favor...

—Entonces, ¿que? —preguntó Navani.

—Esta nueva luz... funciona. Mi hija... murió de verdad. Así que hice... más... anti... anti...

—Antiluz del vacío. ¿Dónde?

Rabeniel movió la cabeza a un lado, hacia su escritorio, situado en el pasillo cerca de la abertura a la sala de la columna de cristal. Navani se levantó y rebuscó en los cajones hasta encontrar un saquito negro que

contenía un diamante lleno de la valiosa y terrible luz.

Volvió y fijó el diamante a la daga, que estaba mojada con la sangre de Moash. Después de limpiarla y dar la vuelta a la franja de metal, Navani se arrodilló junto a Rabeniel.

—¿Estás segura? —preguntó Navani.

Rabeniel asintió. Se le crispó la mano y Navani estiró el brazo y la sostuvo, lo que hizo que la Fusionada se relajara.

—He... he hecho... lo que deseaba. Odium... está preocupado. Quizá... permita... un desenlace...

—Gracias —dijo Navani con suavidad.

—Nunca... creí... que estaría cuerda... al final...

Navani alzó la daga. Y por primera vez, se preguntó si era lo bastante fuerte para hacer aquello.

—Sí que desearía... poder oír... ritmos... otra vez...

—Pues canta conmigo —dijo Navani, y empezó a entonar la nota de Honor.

La Fusionada sonrió y logró un débil canturreo al tono de Odium. Navani moduló su tono, haciendo más grave su voz, hasta que las dos encajaron de sopetón en armonía por última vez.

Navani situó la daga por encima de la herida en el pecho de Rabeniel.

—Acáballo... Navani... —susurró la Fusionada, dejando cesar la canción —. Asegúrate de que permiten que todo... acabe.

—Lo haré —susurró también ella.

Entonces, canturreando lo mejor que podía y sosteniendo la mano de un ser antaño inmortal, Navani hundió la daga hasta el puño. Casi todos los nervios de Rabeniel estaban seccionados, por lo que no tuvo espasmos como su hija. Sus ojos se volvieron de un blanco marmóreo y cristalino, y un aliento escapó entre sus labios, un humo negro cuando sus entrañas ardieron. Navani siguió canturreando hasta que el humo se disipó.

Has realizado una bondad, dijo el Hermano en su cabeza.

—Me siento horrible.

Eso forma parte de la bondad.

—Lo siento —dijo Navani— por haber descubierto esta luz. Permitirá que se mate a los spren.

Tenía que suceder, respondió el Hermano. *En otros tiempos, las consecuencias solo perseguían a los humanos. Con la Traición, las consecuencias se hicieron también nuestras. Tú solo has sellado esa verdad*

como eterna.

Navani apretó su frente contra la de Rabeniel como la Fusionada había hecho con su hija. Luego se levantó, rodeada de agotaspren. Tormentas. Sin la luz de torre infundiéndola, su fatiga regresaba. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir?

Demasiado. Pero ese día, era necesario que fuese una reina. Guardó bien la daga, demasiado valiosa para dejarla tirada por ahí, y se puso su copia de *El Ritmo de la Guerra* bajo el brazo.

Por si acaso, dejó una nota en el cadáver de Rabeniel: «No retirar el cuerpo de esta heroína sin consultar antes a la reina».

Y entonces fue a crear orden a partir del caos de una torre liberada de repente.

Taravangian despertó tarde ese día. Apenas recordaba haberse quedado dormido. Apenas... podía...

Apenas podía... pensar.

Era estúpido. Más estúpido de lo que había sido jamás.

Eso hizo que se echara a llorar. Un llanto estúpido. Sollozó y sollozó, abrumado por la emoción y los vergüenzaspren. Una sensación de fracaso. De rabia hacia sí mismo. Se quedó allí tumbado hasta que el hambre lo impulsó a levantarse.

Sus pensamientos eran como el crem. Densos. Lentos. Fue tambaleándose hasta la ventana, donde le habían dejado su cesta de comida. La cogió tembloroso, llorando por su hambre. Qué fuerte parecía. Y tormentas, a cuántos sprenatraía cuando era estúpido.

Se sentó junto a su falso hogar y no pudo evitar desear que Dalinar estuviera allí con él. Qué grandioso había sido aquello. Tener un amigo. Un verdadero amigo que comprendiera a Taravangian. Tembló al pensarlo y empezó a hurgar en la cesta.

Paró al encontrar una nota. Escrita por Renarin Kholin, cerrada con su sello. Taravangian intentó interpretar los glifos uno por uno. Le costó una eternidad, atrayendo toda una flota de concentraspren como ondulaciones en el aire, para comprender lo que decía.

Dos palabras: «Lo siento». Y dos gemas que brillaban con intensidad, guardadas dentro de la nota. ¿Qué serían?

«Lo siento.» ¿Por qué decir eso? ¿Qué había visto el chico? Sabía que su futuro no era de fiar. Los demás spren huyeron y solo los miedospren

acompañaron a Taravangian mientras leía esas palabras. ¡Tenía que esconderse! Bajó de la silla y se arrastró hasta la esquina.

Estuvo allí temblando hasta que se notó demasiado hambriento. Se arrastró de vuelta y empezó a comerse el pan ácimo que había en la cesta. Luego una especie de pasta vegetal púrpura azishiana, que devoró con los dedos. Qué buena estaba. ¿Alguna vez había probado algo tan maravilloso? Lloró por ello.

Las gemas seguían brillando. Eran grandes. Con algo moviéndose dentro. ¿No le... no le habían dicho que esperase la llegada de algo parecido?

El trueno restalló en el cielo y Taravangian alzó la mirada. ¿Era la tormenta eterna? No. No, era una alta tormenta. No se acordaba de que tuviera que llegar ese día. El trueno sacudió los postigos y a Taravangian se le cayó el pan. Volvió a esconderse en la esquina junto con pegotes de tiritantes miedospren.

El trueno sonaba furioso.

«Lo sabe —pensó Taravangian—. El enemigo sabe lo que he hecho.» No. No, era la otra tormenta.

Necesitaba una manera de convocar a Odium. Aquellas gemas. ¡Para eso eran!

Ocurriría ese día.

Ese día iba a morir.

Ese día todo iba a terminar.

La puerta de su refugio se abrió con violencia, rompiendo las bisagras. Fuera, los guardias se apresuraron a apartarse de una figura silueteada contra un cielo que oscurecía. La tormenta ya casi estaba allí.

Y Szeth había llegado con ella.

Taravangian ahogó un grito, aterrorizado, ya que esa no era la muerte que había anticipado. Había esperado mucho tiempo a un día trascendente en el que volvería a gozar de una inteligencia suprema. Nunca se había preguntado si sucedería lo contrario, si llegaría un día en el que fuese todo emoción. Un día en el que los pensamientos no avanzaran en su cerebro y en el que los spren se apelotonaran a su alrededor, alimentándose con glotonería de sus pasiones.

Szeth estaba quieto y en silencio, su ilusión desaparecida, su calva recién afeitada reflejando la luz de las esferas que se habían caído de la cesta.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó por fin el shin—. ¿Y cuánto hace que lo sabes?

—¿Que lo... sé? —se obligó a decir Taravangian, reptando hacia un lado a través de los miedospren.

—Mi padre —dijo Szeth.

Taravangian parpadeó. Apenas comprendía las palabras, de lo estúpido que era. Las emociones combatieron en su interior. Terror. Alivio al saber que pronto terminaría.

—¿Cómo sabías que mi padre estaba muerto? —exigió saber Szeth, entrando a zancadas en la sala—. ¿Cómo sabías que Ishar había reclamado su espada? ¿Cómo?

Szeth ya no vestía de blanco, sino con un uniforme alezi. ¿Por qué? Ah, era un disfraz. Sí.

Llevaba la terrible espada al costado. Era demasiado grande. La punta de la vaina raspaba contra el suelo de madera.

Taravangian se encorvó contra la pared, intentando encontrar las palabras correctas.

—Szeth. La espada. Tienes que...

—No tengo que hacer nada —dijo Szeth, sin dejar de caminar hacia él—. Te desoigo igual que desoigo las voces que hay en las sombras. ¿Sabes a qué voces me refiero, Taravangian? A las que tú me diste.

Taravangian se acurrucó y cerró los ojos. Esperando, demasiado superado por la emoción para hacer nada más.

—¿Qué es esto? —preguntó Szeth.

Taravangian abrió los ojos. Las gemas. Szeth las recogió del suelo, frunciendo el ceño. No había desenvainado aquella terrible espada.

«Di algo.» ¿Qué debería decir? Szeth no podía dañar esas gemas. ¡Taravangian las necesitaba!

—Por favor —sollozó—, no las rompas.

Szeth torció el gesto y entonces las arrojó, una tras la otra, contra la pared de piedra, donde se hicieron añicos. Escaparon unos spren extraños, vientospren translúcidos con estelas de luz roja. Rieron dando vueltas alrededor de Szeth.

—Por favor —dijo Taravangian entre lágrimas—. Tu espada. Odium. Tienes...

—No dejas de manipularme —lo interrumpió Szeth, observando a los vientospren—. No dejas de intentar mancharme las manos con la sangre de aquellos a quienes tú quieras matar. Tú has provocado todo esto, Taravangian. El mundo habría podido resistir contra el enemigo si no me

hubieras obligado a asesinar a la mitad de sus monarcas.

—¡No! —exclamó Taravangian. Se levantó con esfuerzo, ahuyentando a los spren que lo rodeaban, el corazón atronándole en el pecho. Al momento se empezó a marear. Se había levantado demasiado rápido—. Matábamos para salvar el mundo.

—Asesinatos cometidos para salvar vidas —dijo Szeth en voz baja, siguiendo a Taravangian con unos ojos oscuros, ensombrecidos a la escasa luz de la sala, con las esferas destruidas—. Qué insensatez. Pero yo no debía oponerme jamás. Era Sinverdad. Me limitaba a obedecer órdenes. Dime, ¿crees que eso absuelve a un hombre?

—No —respondió Taravangian, temblando por el peso de su culpabilidad mientras estallaban vergüenzaspren a su alrededor y caían flotando, como pétalos de capullos de rocabrote, hasta el suelo.

—Buena respuesta. Tienes sabiduría, para lo estúpido que eres.

Taravangian intentó huir corriendo por el lado de Szeth. Pero por supuesto, sus piernas cedieron. Tropezó y se desplomó. Gimió, con el corazón aporreando y la visión borrosa.

Al momento unas manos fuertes lo levantaron y le aplastaron la espalda contra la pared entre un enjambre de agotaspren. Algo se partió en el hombro de Taravangian y un dolor insopportable le recorrió todo el cuerpo.

Flaqueó en la presa de Szeth, resollando.

La sala empezó a hacerse dorada.

—Todo este tiempo —dijo Szeth— quise mantener mi honor. Lo intenté con todas mis fuerzas. Tú te aprovechaste de eso. Tú me destrozaste, Taravangian.

Luz. Aquella luz dorada.

—Szeth —dijo Taravangian, notando sangre en los labios. Tormentas—. Szeth... él está aquí...

—Yo decido ahora —siguió Szeth, llevándose la mano a la cintura, no hacia la terrible espada, sino hacia el pequeño cuchillo que llevaba a su lado—. Yo decido, por fin. Yo. Sin que nadie me fuerce. Taravangian, debes saber que al matarte, lo hago *mi elección*.

Un retumbar de trueno. Una luz dorada brillante, terrible. Odium apareció. Tenía el rostro distorsionado, los ojos resplandecientes de un furioso poder. El trueno rompió el paisaje y Szeth empezó a desvanecerse.

¡No deberías provocarme hoy, Taravangian!, atronó Odium. *He perdido a mi campeón OTRA VEZ, y ahora estoy atado por un acuerdo que no deseo.*

¿Cómo saben la forma de actuar contra mí? ¿ME HAS TRAICIONADO, TARAVANGIAN? ¿Has estado hablando con Sja-anat? ¿QUÉ HAS HECHO?

El sobrecogimiento por esa fuerza, por ese poder trascendente, dejó a Taravangian estremeciéndose, con spren de una docena de variedades arremolinados en torno a él, luchando por su atención. Cuántas emociones. Casi ni se dio cuenta de que Szeth sacaba el cuchillo, de tan sobrepasado que estaba: asombrado, asustado, emocionado, todo al mismo tiempo.

El miedo venció.

Taravangian dio un grito, con el hombro incendiado de dolor, el cuerpo roto. Sus planes habían sido ridículos. ¿Cómo se le había ocurrido superar en ingenio a un dios siendo estúpido? No había podido hacerlo ni siendo listo. Normal que hubiera fracasado.

«¿Has fracasado?

»La espada está aquí.

»Odium está aquí.»

El frío acero hendió la piel de Taravangian cuando Szeth lo apuñaló en el pecho. Al mismo tiempo, Taravangian sintió que algo se abría camino entre su miedo, su dolor. Una emoción que nunca había creído que iba a sentir en persona. Valentía.

La valentía lo inundó, tan poderosa que no pudo hacer más que moverse. Era el coraje moribundo de un hombre en el frente cargando contra un ejército enemigo. La gloria de una mujer luchando por su hijo. La sensación de un anciano en su último día de vida al dar el paso a la oscuridad.

Valentía.

El Reino Físico se desvaneció mientras Odium tiraba de Taravangian hacia el lugar entre mundos. El cuerpo de Taravangian no era tan débil allí. Su forma era una manifestación de su mente y su alma. Y esas eran fuertes.

La espada que Szeth llevaba al cinto, aquella extraña y terrible espada, se manifestaba en aquel lugar, en el reino al que Odium llevó a Taravangian. El dios bajó la mirada, vio la arremolinada y tenebrosa negrura y pareció sorprenderse.

Taravangian asió la espada, la liberó de su vaina y oyó cómo el arma chillaba de placer. Se volvió y soltó una estocada hacia arriba mientras las volutas de humo negro le rodeaban las manos.

—¡Destruye! —bramó la espada—. ¡DESTRUYE!

Taravangian la *hundió* en el pecho de Odium.

La espada bebió con ansia de la esencia del dios y, mientras lo hacía,

Taravangian sintió un quebranto. Su cuerpo muriendo. Szeth terminando el trabajo. Lo supo de inmediato. Taravangian estaba muerto. La ira se alzó en él con una intensidad que nunca había conocido.

¡Szeth lo había *matado*!

Odium chilló y el lugar dorado se hizo añicos, tornándose oscuridad. La espada se onduló en la mano de Taravangian, absorbiendo poder del dios en el que se había clavado.

La figura que contenía el poder de Odium, la *persona* que lo controlaba, se evaporó, consumida por la espada. Solo eso ya era tanta Investidura que Taravangian sintió que la espada se apagaba entre sus dedos. Saciada, letárgica. Como cuando se metía un hierro caliente en un barril de agua y había un primer siseo, pero aquel poder era demasiado incommensurable para que pudiera bebérselo la espada.

Pero sí mató a la persona que ostentaba ese poder, lo cual dejó un hueco. Una *necesidad*. Un... vacío, como el de una gema al quedarse de pronto sin luz tormentosa. Ese hueco buscó a su alrededor, y Taravangian sintió una nítida Conexión con él.

Pasión. Odio. Ese día, Taravangian era solo pasión. Odio, miedo, ira, vergüenza, asombro. Valentía. Al poder le encantaban esas cosas, y creció alrededor de él, envolviéndolo.

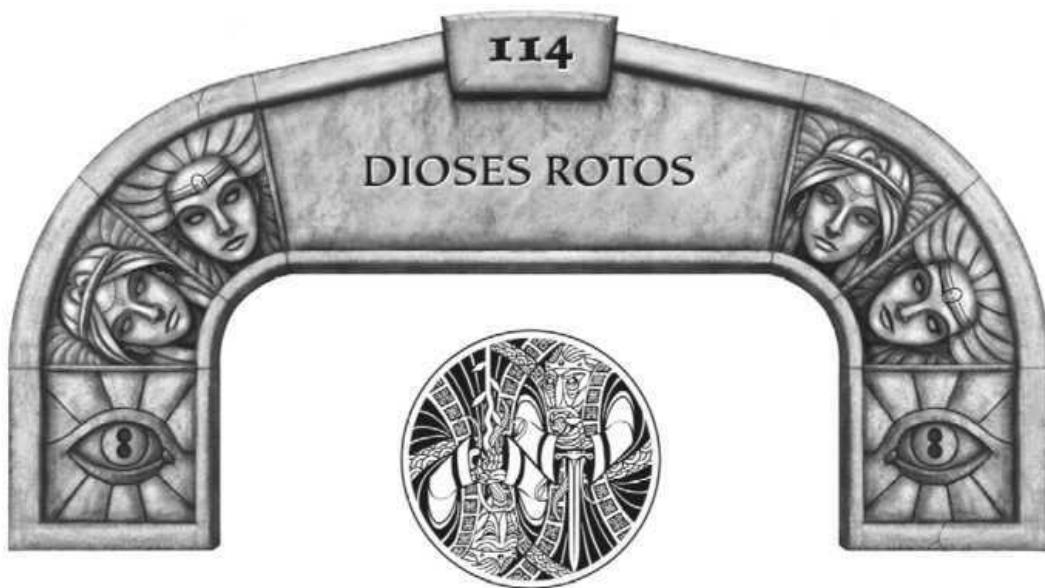
Su alma vibró.

Tómame, suplicó el poder, hablando no con palabras, sino con emoción. *Eres perfecto. Soy tuyo.*

Taravangian vaciló un instante, y entonces empujó las manos al interior del pozo de poder.

Y Ascendió a la divinidad, convirtiéndose en Odium.

DIOSES ROTOS



No se debería descartarlos, sino ayudarlos a alcanzar su potencial. Sus Pasiones finales.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Rlain caminaba con Venli y con los nuevos amigos que había hecho, Dul, Mazish y los demás a los que había reclutado Venli, hacia la Puerta Jurada, donde esperaba Kaladin para trasladarlos a las Llanuras Quebradas.

Rlain se sentía aún sumido en el estupor, aunque ya había pasado un día desde su revelación. Desde que había pronunciado sus primeras Palabras como Vigilante de la Verdad.

El spren había estado observándolo desde el corazón de un cremlino. Rlain y Venli habían tomado a Tumi por un vacíospren, pero no era exactamente eso. Siendo un brumaspren ordinario, Tumi había permitido que Sja-anat lo tocara y que con ello lo transformara en algo nuevo. Un spren tanto de Honor como de Odium.

Tumi latía a un ritmo nuevo. El Ritmo de la Guerra. Algo que había aprendido hacía muy poco. Algo que era importante que sus hermanos oyieran.

¿Renarin lo sabe?, pensó Rlain.

Fue quien te sugirió, dijo Tumi. *Y quien habló de ti a nuestra madre. Tenía razón. Nuestro vínculo será fuerte y tú serás asombroso. Estamos*

impresionados contigo, Rlain. El Pontonero de Mentes. Estamos honrados.

Honrados. Eso sentaba bien. Que lo escogieran por lo que él había hecho.

Kaladin los esperaba en el edificio de la Puerta Jurada. Hizo la transferencia con la hoja-Syl. El aire de las Llanuras Quebradas era más húmedo, y dio una sensación... familiar a Rlain cuando salieron a la plataforma en el exterior de Narak.

Allí encontraron a Leshwi y a los otros cuatro Fusionados que, cuando los habían trasladado allí un poco antes, habían recobrado la conciencia. Leshwi se acercó flotando e inclinó la cabeza hacia Kaladin en señal de respeto.

—Podríais quedaros aquí, en Narak —le dijo Kaladin—. Nos vendría bien vuestra ayuda.

—Hemos luchado contra los nuestros para preservar vidas —repuso Leshwi—. No deseamos que eso continúe. Encontraremos una tercera opción, fuera de esta guerra. La senda de los oyentes.

—Encontraremos nuestro camino ahí fuera —dijo Venli a Confianza—. De algún modo.

—Bueno, marchad con honor, pues —dijo Kaladin—. Y con la promesa de la reina. Si cambiáis de opinión, o si vosotros y los vuestros necesitáis refugio, os aceptaremos.

Los Celestiales se elevaron por los aires, canturreando a Alabanza. Empezaron a bajar a los nuevos oyentes y sus provisiones al abismo para su viaje a pie hacia el este. Con la alta tormenta ya pasada y con Fusionados para vigilar desde lo alto por si encontraban abismoides, deberían poder llegar a los llanos orientales por los que se habían ido los otros oyentes.

Rlain dio un abrazo a Venli y canturreó a Alabanza.

—No merezco nada de esto —le susurró Venli—. He sido débil, Rlain.

—Pues empieza a hacerlo mejor —dijo él, apartándose—. Este es el camino de la Radianza, Venli. Ahora lo recorremos los dos. Escríbeme por vinculacña cuando encuentres a los demás, y dales recuerdos míos a Thude y Harvo, si sobrevivieron.

Ella canturreó a Apreciación.

—¿Vendrás pronto con nosotros?

—Pronto —prometió él, y la vio marcharse.

Kaladin se acercó al lado de Rlain y le apoyó una mano en el hombro. Rlain no podía sentir la armadura esquirlada, aunque por lo visto estaba siempre allí, invisible pero preparada cuando se la necesitara. Como una hoja esquirlada, pero compuesta de muchos spren.

Kaladin no preguntó si Rlain quería marcharse con los otros. Rlain ya había dejado claro que necesitaba quedarse, por lo menos hasta que Renarin volviera. Después de eso... bueno, había algo que Rlain empezaba a temer. Algo nebuloso pero, después de que se le ocurriera, insistente. Si los humanos tenían ocasión de ganar aquella guerra, pero al coste de tomar las mentes de todos los cantores como habían hecho en el pasado, ¿la aprovecharían? ¿Esclavizarían de nuevo a un pueblo entero, si les daban la oportunidad?

La idea lo perturbaba. Confiaba en Kaladin y sus amigos. Pero ¿en la humanidad? Eso era pedir mucho. Alguien tenía que quedarse cerca, para observar y asegurarse.

Visitaría a los oyentes. Pero era un Radiante y era del Puente Cuatro. Urithiru era su hogar.

—Vamos —dijo Kaladin—. Es el momento de dar a Teft la despedida que se merece. Entre amigos.

La visión de Taravangian se expandió, su mente se expandió, su *esencia* se expandió. El tiempo empezó a perder significado. ¿Cuánto tiempo había estado así?

Se convirtió en el poder. Con él, empezó a comprender el Cosmere a un nivel fundamental. Vio que su predecesor había estado cayendo poco a poco hacia el olvido desde hacía muchísimo tiempo. Debilitado por sus batallas del pasado y luego malherido por Honor, aquel ser había quedado esclavizado por el poder. El fracaso en reclamar a Dalinar y luego la pérdida de la torre y de Bendito por la Tormenta lo habían dejado frágil. Vulnerable.

Pero el poder en sí era todo menos frágil. Era el poder de la vida y la muerte, la creación y la destrucción. El poder de dioses. En su caso concreto, el poder de la emoción, la pasión y, sobre todo, el poder de la *furia* cruda y sin domar. Del odio desatado.

En ese nuevo papel, Taravangian tenía dos vertientes. Una era su conocimiento: ideas, comprensiones, verdades, mentiras... Miles y miles de posibles futuros abriéndose ante él. Millones de potenciales. Tan numerosos que incluso su mente expandida, divina, se quedaba intimidada por su variedad.

En la otra vertiente estaba su furia. La terrible furia, como una tormenta desenfrenada, se agitaba y ardía dentro de él. También ella era tan abrumadora que apenas podía controlarla.

Fue consciente de lo que había dejado atrás en el reino mortal. Szeth ya hacía tiempo que se había levantado y había envainado a Sangre Nocturna. A su lado, el asesino había encontrado un cadáver abrasado, devorado en su mayoría por el ataque de la espada. Se trataba de Rayse, el antecesor de Taravangian, pero Szeth no era capaz de distinguirlo. La espada había consumido ropa y casi toda la carne, dejando pedazos de hueso gris como la piedra.

«Creen que soy yo —pensó Taravangian, leyendo los posibles futuros—. Szeth no ha visto lo que me ha ocurrido en términos espirituales. No sabe que Odium estaba aquí.»

Casi todos los futuros viables coincidían. Szeth confesaría que había ido a matar a Taravangian, pero que este de algún modo había desenfundado a Sangre Nocturna y el arma lo había consumido.

Lo daban por muerto. Era libre...

¡Libre para destruir! ¡Para quemar! ¡Para desatar el caos y el terror sobre quienes habían dudado de él!

No. No, libre para planificar. Para urdir una manera de salvar al mundo de sí mismo. ¡Cuán lejos alcanzaba a ver! ¡Cuánto podía contemplar! Necesitaba pensar.

¡Para quemar!

¡No, para planear!

Para... para...

Taravangian se sobresaltó al percibir otra cosa. Un poder creciente cerca, visible solo para alguien como él. Un poder divino, infinito y verdeante.

No estaba solo.

Dieron a Teft el funeral de un rey, convirtiéndolo en piedra por moldeado de almas. Encargarían a un escultor que tallara una representación de Phendorana para erigirla junto a él. El Hermano decía que existía una sala, cerrada y oculta, donde los antiguos Radiantes se alzaban para siempre como centinelas de piedra. Sería bueno ver a Teft entre ellos, de uniforme y mirándolos a todos con el ceño fruncido, pese a todos los esfuerzos de la embalsamadora.

Era lo correcto.

Acudió todo el Puente Cuatro, excepto Roca. Cikatriz y Drehy habían traído la noticia después de regresar a las Llanuras Quebradas: parecía que Kaladin no volvería a ver a Roca.

Juntos, los hombres y mujeres del Puente Cuatro alabaron a Teft, brindaron por él y quemaron oraciones uno tras otro. Después decidieron buscar una taberna para seguir homenajeándolo de una manera que a Teft le habría encantado, aunque no se hubiera permitido a sí mismo participar.

Kaladin esperó mientras los demás se iban marchando. Seguían observándolo, claro, preocupados por su salud. Preocupados por la oscuridad. Kaladin se lo agradecía a todos y cada uno de ellos, pero ese día no necesitaba esa clase de ayuda.

Estaba más o menos bien. Dormir bien una noche entera y encontrar la paz restaurada en la torre había ayudado. De modo que se quedó allí sentado, mirando la estatua creada a partir del cuerpo de Teft. Los demás por fin parecieron intuir que necesitaba estar solo. Así que lo dejaron.

Syl se posó junto a él a tamaño humano, vestida con un uniforme del Puente Cuatro. Kaladin pudo sentir un leve contacto cuando la spren le apoyó la cabeza en el hombro.

—No dejaremos de echarlo de menos, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—No. Pero eso está bien. Siempre que nos agarremos a los momentos que tuvimos.

—No puedo creer que tú estés tomándotelo mejor que yo.

—¿No decías que ibas recuperándote?

—Y así es —dijo ella—. Pero esto aún duele.

Cuando la torre se había restaurado, Syl había vuelto en sí misma en su mayor parte. Parte de lo que había sentido era una lobreguez provocada por lo que había hecho Rabeniel.

Parte no.

—Podríamos preguntar a Dalinar —dijo Kaladin— si te pasa alguna cosa mala. Un vínculo o algo antinatural.

—No encontrará nada. Es solo que... estoy viva. Y esto forma parte de estar viva. Así que lo agradezco, aunque a veces apeste.

Él asintió.

—Apesta de verdad —añadió ella. Y luego, por si no quedaba claro—: Apesta como un humano después de... ¿cuánto tiempo hace que no te bañas?

Kaladin sonrió y los dos se quedaron allí, mirando a Teft. Kaladin no sabía si creía en el Todopoderoso, o en los Salones Tranquilos, o en si la gente vivía después de la muerte. Sí, había visto algo en una visión. Pero Dalinar había visto a mucha gente muerta en sus visiones, y eso no significaba que aún siguieran vivos en alguna parte. No sabía por qué Tien le había dado el

caballo de madera, como para demostrar que la visión era real, y que luego desapareciera al instante.

Eso parecía indicar que la mente de Kaladin había inventado el encuentro. Pero no permitió que eso le impidiera tener la sensación de haber conseguido algo importante. Se había quitado de encima una pesada carga. El dolor no se había ido, pero la mayoría de la vergüenza... eso sí que lo había dejado caer tras él.

Al cabo de un tiempo se levantó y abrazó la estatua de Teft. Luego se secó los ojos y asintió mirando a Syl.

Tenían que seguir moviéndose hacia delante. Y eso implicaba decidir qué iba a hacer consigo mismo, ahora que la crisis había concluido.

Taravangian se volvía más capaz a cada momento que pasaba.

El poder lo moldeaba mientras él lo refrenaba. Llegó al borde de la infinitud, estudiando inacabables posibilidades como si fuesen un millón de soles nacientes y él estuviera a la orilla de un océano eterno. Era hermoso.

Llegó una mujer a su lado. Taravangian reconoció su cabello abundante, negro y muy rizado, además de su vibrante rostro redondo y su piel oscura. También tenía otra forma. Muchas de ellas, en realidad, pero una más profunda y verdadera que las demás.

—¿Ahora lo comprendes? —le preguntó la mujer.

—Necesitabas a alguien que pudiera tentar al poder —dijo Taravangian, su luz centelleando como el oro—. Pero también a alguien que pudiera controlarlo. Yo pedí la capacidad de salvar el mundo. Creía que era la inteligencia, pero luego me pregunté si sería la emotividad. Al final, eran ambas. Estabas preparándome para esto.

—El poder de Odium es el más peligroso de los dieciséis —respondió ella—. Dominó a Rayse, llevándolo a destruir. También te dominará a ti, si se lo permites.

—Ellos te mostraron esta posibilidad, supongo —dijo Taravangian, mirando al infinito—. Pero esto no es ni por asomo tan... infalible como lo imaginaba. Te enseña cosas que pueden ocurrir, pero no los corazones de quienes actúan. ¿Cómo te atreviste a intentar algo como esto? ¿Cómo sabías que estaría a la altura del desafío?

—No lo sabía. No podía saberlo. Ya ibas encaminado en esta dirección, así que solo podía desear que si tenías éxito, mi don funcionara. Que te había transformado en alguien que podría ostentar este poder con honor.

Cuánto poder. Cuánto y qué increíble. Taravangian escrutó el infinito. Había querido salvar su ciudad y lo había logrado. Después de eso, había querido salvar Roshar. Podía hacerlo. Podía terminar aquella guerra. Tormentas, el contrato entre Dalinar y Odium, que ataba a Taravangian con la misma firmeza, ya conseguiría hacerlo.

Pero... a partir de ahí, ¿qué pasaba con el Cosmere entero? Aún no alcanzaba a ver tan lejos. Pero tal vez en algún momento podría. Lo que sí conocía eran los planes de su predecesor, y tenía acceso a parte de su conocimiento. De modo que Taravangian sabía que el Cosmere estaba sumido en el caos. Gobernado por necios. Presidido por dioses rotos.

Había mucho que hacer. Repasó los anteriores planes de Odium y vio todos sus defectos. ¿Cómo se había dejado maniobrar a aquel acuerdo concreto con Dalinar? ¿Cómo se había permitido depender tanto de un desafío de campeones? ¿Acaso no lo sabía? La forma de ganar era asegurarse de quedar satisfecho con cualquier resultado. Odium nunca debería haberse prestado a un acuerdo que no podía controlar del todo.

«Aún puede hacerse —comprendió Taravangian, contemplando unas posibilidades tan sutiles que su antecesor las había pasado por alto—. Sí, Dalinar se ha puesto a sí mismo en situación... de fracasar. Puedo derrotarlo.»

—Taravangian —dijo Cultivación, tendiéndole la mano—. Ven. Déjame instruirte sobre lo que se te ha concedido. Comprendo que el poder es abrumador, pero puedes controlarlo. Puedes hacerlo mejor de lo que lo hizo Rayse jamás.

Él sonrió y le cogió la mano. Por dentro, se regocijó.

«Ay, maravillosa criatura —pensó—. No tienes ni idea de lo que has hecho.»

Por fin era libre de las fragilidades de cuerpo y posición que siempre lo habían controlado y definido. Por fin gozaba de la libertad para hacer lo que había deseado.

Y Taravangian iba a salvarlos a todos.

TESTIMONIO



Sí, tengo ganas de gobernar a los humanos.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Shallan estaba sentada a la luz de una vela, escribiendo en silencio en su libreta. Adolin llevó otra silla junto a la de ella.

—La veo mejor que cuando estaba en el mercado —dijo—. Pero no lo sé, Shallan.

Shallan dejó la pluma, cogió las manos de Adolin y miró hacia el lado, donde, en la pequeña cámara que compartían en Integridad Duradera, su primera spren estaba en una silla, con Patrón de pie a su costado zumbando. ¿Las fibras laxas del patrón de la cabeza de ella se habían enderezado un poco?

Hablando con Patrón, se habían decidido por un nombre alezi para la anterior críptica de Shallan. Un nombre que encajaba, por lo que podían llegar a intuir, con el significado de su patrón individual.

—Es verdad que Testimonio parece estar mejor, Adolin —dijo Shallan—. Gracias por hablar con ella.

Maya estaba sentada en el suelo cruzada de piernas, en una especie de pose de guerrera. No estaba recuperada por completo, pero sí que había mejorado. Aunque seguía sin decir gran cosa, Shallan dudaba que muchos seres,

humanos o spren, hubieran pronunciado nunca unas palabras tan valiosas como las de Maya en el juicio. Podría afirmarse, a partir de simples cálculos económicos, que Maya era una de las mejores oradoras de toda la historia. Si no vas a decir mucho, ya puestos es mejor que lo que sí digas signifique algo.

Maya les daba esperanzas de que fuera lo que fuese que Shallan había hecho a Testimonio también podría repararse.

—Intentaré explicarte todo lo que hemos hecho Maya y yo —dijo Adolin mientras sonaban unas campanas de los honorsspren en algún lugar cercano—. Pero la verdad es que no creo que ninguno de los dos lo sepamos. No soy precisamente un experto en estas cosas.

—¿Teniendo en cuenta los acontecimientos recientes? Yo creo que eres el único experto que existe. —Shallan alzó la mano y le acunó la cara—. Gracias, Adolin.

—¿Por?

—Por ser tú. Siento mucho los secretos.

—Me los contaste —dijo él—. En algún momento.

Señaló con un movimiento de cabeza el cuchillo con la gema, todavía sin usar, que reposaba junto a la libreta abierta de Shallan en un lado de la mesa. El cubo que Mraize le había enviado estaba en el otro.

—Suenan las campanas —dijo Adolin—. ¿Es la hora?

Shallan retiró la mano y se situó ante la mesa. Adolin se quedó callado, esperando y observando mientras Shallan levantaba la parte de arriba del cubo de Mraize. Con la ayuda de Kaladin habían logrado abrirlo sin dañar lo que contenía: un spren con forma de brillante bola de luz y un extraño símbolo en el centro. Nadie reconocía el tipo de spren, pero Sagaz lo llamaba un seon.

—¿Estás bien, Ala? —preguntó Shallan. Se pronunciaba «aléi».

—Sí —susurró el spren.

—Puedes salir del cubo. No hace falta que sigas viviendo ahí dentro.

—Se... supone que debo quedarme. No debería hablar. Con vosotros. Con nadie.

Shallan miró a Adolin. El extraño spren se resistía a los intentos de liberarlo. Actuaba... como un niño maltratado.

Otro crimen para la lista de Mraize, pensó Radiante.

Ya lo creo, respondió Shallan.

Radiante permanecía. Habían acordado que, cuando encontraran el camino correcto, en algún momento se absorbería como lo había hecho Velo. De

momento, las heridas de Shallan seguían recientes. Casi sangrantes. Pero lo que había hecho por fin le permitiría empezar a sanar. Y había descubierto por qué Patrón siempre había estado tan convencido de que Shallan lo mataría. Y por qué se había comportado como un spren recién vinculado cuando Shallan había empezado a reparar en su presencia, en el barco con Jasnah. La respuesta más sencilla era la correcta: porque de verdad estaba recién vinculado.

Y Shallan no tenía una hoja esquirlada, sino dos.

Aún le quedaban preguntas. Los detalles de su pasado no terminaban de encajar del todo, aunque su memoria ya no estaba llena de lagunas. Había mucho que aún no entendían. Por ejemplo, Shallan estaba convencida de que sus poderes habían continuado funcionando de ciertas pequeñas maneras en los años transcurridos entre matar a Testimonio y encontrar a Patrón.

Parte de ello, según Kelek, se debía a la naturaleza de los ojomuertos. Antes de la Traición no habían existido. Kelek decía que pensaba que por eso Mraize estaba dándole caza. Tenía algo que ver con la caída de los cantores y los Caballeros Radiantes, hacía mucho tiempo, y con la reclusión de una spren concreta.

—Contacta con Mraize, por favor, spren —susurró Shallan a la bola de luz
—. Es la hora.

La bola se elevó en el aire y la siguiente parte apenas costó un momento. El globo de luz cambió para componer una versión de la cara de su interlocutor hablando con ella.

—Pequeña daga —dijo el rostro con la voz de Mraize—. ¿Has llevado a cabo tu cometido?

—Así es —respondió Shallan—. Ha dolido mucho. Pero ella ya no está.

—Excelente. Eso... ¿«Ella», pequeña daga?

—Velo y yo ahora somos una, Mraize —dijo Shallan, apoyando la mano en la libreta, que contenía las cosas fascinantes que Kelek le había contado sobre otros mundos, otros planetas. Lugares que Shallan estaba ansiosa por ver.

Al igual que los demás Heraldos, Kelek no era estable del todo. No era capaz de comprometerse con ideas o planes. Sin embargo, con una cosa sí se había comprometido: quería salir de Roshar. Estaba seguro de que Odium no tardaría en dominar el mundo por completo y empezaría a torturar de nuevo a todos los Heraldos. Kelek estaba dispuesto a casi cualquier cosa para escapar de ese destino.

Mraize hizo una larga pausa.

—Shallan —dijo por fin—, nosotros no actuamos contra otros Sangre Espectral.

—Yo no soy de los Sangre Espectral —repuso Shallan—. Ninguna de nosotras lo fue nunca, no del todo. Y ahora vamos a apartarnos.

—No hagas esto. Piensa en el coste.

—¿Mis hermanos? ¿Te referías a eso? A estas alturas ya sabrás que no están en la torre, Mraize. Patrón y Sagaz los sacaron incluso antes de que se produjera la ocupación. Gracias por este seon, por cierto. Sagaz dice que son muy difíciles de encontrar sueltos, pero que son un medio de lo más práctico para comunicarse entre reinos.

—Nunca obtendrás tus respuestas, Shallan.

—Ya tengo lo que necesito, muchísimas gracias —dijo ella mientras Adolin le ponía una mano reconfortante en la suya—. He estado hablando con Kelek, el Heraldo. Parece creer que el motivo de que estés cazándolo es una Deshecha. ¿Ba-Ado-Mishram? ¿La que Conectó con los cantores hace mucho tiempo, concediéndoles formas de poder? ¿La que, cuando la atraparon, robó las mentes de los cantores y los convirtió en parshmenios?

»¿Para qué quieres la gema que retiene a Ba-Ado-Mishram, Mraize? ¿Qué pretendes hacer con ella? ¿Qué poder persegúis los Sangre Espectral con un ente que puede atar las mentes de un pueblo entero?

Mraize no respondió. El seon, imitando su cara, se quedó flotando en su sitio. Inexpresivo.

—Volveré pronto a la torre —dijo Shallan—. Junto con aquellos honorspren que, a la luz de las recientes revelaciones, han decidido vincularse con humanos. Cuando llegue, espero que tú y los tuyos ya no estéis. Puede que si te escondes bien no sea capaz de localizarte. En todo caso, voy a encontrar esa gema antes que tú. Y si te interpones en mi camino... bueno, será una cacería divertida, ¿no te parece?

—Esto no acabará bien para ti, Shallan —advirtió Mraize—. Estás enemistándote con la organización más poderosa de todo el Cosmere.

—Creo que podemos ocuparnos de ti.

—Quizá. Pero ¿podéis ocuparos de mi maestra? ¿Podéis ocuparos de su maestro?

—¿Thaidakar? —adivinó Shallan.

—Ah, conque has oído hablar de él.

—El Señor de las Cicatrices, lo llama Sagaz. Bueno, pues cuando veas a

ese Señor de las Cicatrices, dile una cosa de mi parte.

—Solo viene aquí en avatar —dijo Mraize—. Estamos demasiado por debajo de su nivel para ser dignos de más.

—Entonces dile a ese «avatar» una cosa de mi parte. Dile... que estamos hartos de sus intromisiones. Su influencia sobre mi gente se acabó. —Shallan titubeó un momento y luego suspiró. La verdad era que Sagaz lo había pedido con educación—. Además, Sagaz quiere que le digas: «Ocúpate de tu estúpido planeta, imbécil. No me hagas volver por allí e hincharte a bofetadas otra vez».

—Por tanto, así debe ser —dijo Mraize—. Debes saber que al hacer esto, has actuado contra los Sangre Espectral en la manera más belicosa posible. Ahora estamos en guerra, Shallan.

—Tú siempre has estado en guerra —replicó Shallan—. Lo que he hecho yo por fin es escoger bando. Adiós, Mraize. Fin del contacto.

El spren flotante abandonó la forma de la cara de Mraize y recobró la de esfera. Shallan se reclinó, intentando no sentirse abrumada.

—Sean quienes sean —dijo Adolin—, es cierto que podremos ocuparnos de ellos.

Siempre tan optimista. Bueno, pero tenía buen motivo. Con los líderes honorspren caídos en desgracia e Integridad Duradera abierta de nuevo a quien quisiera visitarla, Adolin había cumplido su misión. Había tenido razón desde el principio, tanto sobre los honorspren como sobre la propia Shallan.

Shallan extendió el brazo y pasó a la siguiente página de su libreta, en la que había hecho un dibujo a partir de las descripciones de Kelek. Mostraba una pauta de estrellas en el cielo y listaba los muchos mundos que se encontraban entre ellas.

Shallan había tenido la cabeza gacha demasiado tiempo. Había llegado el momento de volar.

Los oyentes levantaron sus arcos hacia Venli cuando se aproximó a su campamento, sola, después de insistir en que los demás se quedaran a una buena distancia.

No reprochaba a los oyentes que volvieran las armas en su contra. Debían de suponer que Venli había regresado para terminar el trabajo que había empezado. Así que levantó las manos, canturreó a Paz y esperó.

Y esperó.

Y esperó.

Por fin, Thude en persona salió de detrás de su fortificación de rocas apiladas. Tormentas, cómo se alegraba Venli de verlo. Por los conteos que habían hecho desde el aire, casi todos los oyentes debían de haber sobrevivido a los abismos hasta salir por aquel lado. Mil oyentes adultos, además de muchos niños.

Thude se acercó, llevando la forma de guerra, pero se detuvo antes de entrar en el alcance de un ataque físico. Venli siguió canturreando, sintiendo cien arcos que apuntaban hacia ella. Aquel llano oriental tras las montañas era un sitio raro, muy abierto, y lleno de una cantidad sorprendente de hierba.

—Tormentas. ¿Venli?

Thude dio media vuelta y echó a correr hacia el resguardo de las fortificaciones.

Venli cayó en la cuenta de que Thude debía de haber distinguido su jaspeado hacia escasos momentos. Llevaba una forma que él nunca había conocido, así que por supuesto que no la había identificado a distancia.

—¡Thude! —llamó ella, absorbiendo la suficiente luz tormentosa para brillar a plena luz del día—. ¡Thude, por favor!

Thude se detuvo al ver su luz.

—¿Mi madre sobrevivió? —preguntó Venli a Anhelo—. ¿Está viva?

—Lo está —dijo él—. Pero su mente ha desaparecido.

—Creo que podría tener una forma de curarla.

—¡Traidora! —gritó Thude—. ¿Piensas que te creo? ¡Habrías hecho que nos mataran a todos!

—Lo entiendo —dijo ella en voz baja a Consuelo—. Tengo merecido todo lo que podáis llamarme y más. Pero lo estoy intentando como nunca hice antes. Por favor, escucha lo que tengo que decir.

Él vaciló y luego recorrió la piedra hacia ella.

—¿Los demás saben dónde estamos? ¿Lo sabe el enemigo?

—No estoy segura —dijo Venli—. Los humanos os encontraron. Una Fusionada sabía de vosotros, pero ahora está muerta. No sé a quién se lo pudo decir.

—¿Qué es una Fusionada?

—Hay mucho que no sabéis —dijo Venli—. Nuestros dioses han regresado, terribles como nos advirtieron. Eso fue en buena parte culpa mía, aunque Rlain diga que está seguro de que habrían encontrado la forma de volver de todos modos.

Thude se animó al oír el nombre de Rlain.

—Tendremos que hacer algo para protegernos —dijo Venli—. Algo que haga que todo el mundo nos deje tranquilos. —Extendió el brazo y una pequeña spren con forma de cometa salió volando de entre la hierba y empezó a dar vueltas a su mano—. Es nueva en este reino y está algo confundida. Pero busca alguien a quien vincularse y convertir en Radiante. Como mis amigos y yo.

—La última vez ya viniste con un spren que quería un vínculo —replicó Thude a Reprimenda—. ¿Y qué pasó?

—Esto será distinto —dijo Venli, refulgente de luz tormentosa—. He cambiado. Os prometo tanto tiempo como necesitéis para poner a prueba mis palabras. Para decidir sin presiones. De momento, por favor, déjame ver a mi madre.

Thude por fin canturreó a los Vientos, ritmo que indicaba que lo siguiera, mientras echaba a andar de vuelta hacia el campamento. Venli armonizó a Alegría.

—¿Hay más de estos spren que quieran hacer Radiantes a oyentes? —preguntó él.

—Sí.

—¿Cuántos?

—Centenares —dijo ella.

El Ritmo de la Alegría ganó fuerza dentro de Venli mientras entraba en el campamento, aunque muchos de los que la veían canturrearon a Ansiedad. A Venli solo le importaba llegar a una persona. Una anciana oyente sentada junto a una tienda hecha de juncos entrelazados.

El corazón de Venli brincó en su pecho y los ritmos sonaron más puros. Más vibrantes. Jaxlim de verdad estaba viva. Venli corrió hacia ella y cayó de rodillas ante Jaxlim, sintiéndose como si fuese una niña de nuevo. En el buen sentido.

—¿Madre? —dijo.

Jaxlim alzó la mirada hacia ella. No había reconocimiento en los ojos de la anciana oyente.

—Sin ella —dijo Thude, llegando al lado de Venli—, estamos perdiendo las canciones. No escapó nadie más que las conociera.

—Está bien —dijo Venli, secándose las lágrimas—. Todo saldrá bien.

Timbre, en el interior de Venli, emprendió una canción gloriosa.

Venli extendió la mano y la pequeña lumispren se elevó muy poco a poco en el aire y luego empezó a dar vueltas alrededor de su madre. Los

alcanzadores estaban buscando a gente que ejemplificara su Ideal, la libertad. Y los oyentes eran la representación perfecta.

Sin embargo, un vínculo Radiante requería voluntad y la madre de Venli no podía pronunciar Ideales, aunque según los alcanzadores no era necesario hacerlo para iniciar el proceso de vinculado. También creían que hacerse Radiante sanaría a su madre, aunque no estaban seguros. Las heridas mentales eran difíciles, habían explicado, y la curación dependía mucho del individuo.

Pero Jaxlim aún podía querer aquello, ¿verdad? ¿Aún podía elegir?

—Escucha, madre —rogó Venli a Paz—. Óyeme. Por favor.

Venli empezó a cantar la *Canción de las mañanas*. La primera que había aprendido. La favorita de su madre. Mientras cantaba se congregaron oyentes alrededor, bajando sus armas. Empezaron a canturrear ritmos que armonizaban con el de ella.

Cuando terminó, Thude se puso de rodillas junto a ella. La pequeña spren se había introducido en el cuerpo de Jaxlim para buscar su gema corazón, pero aún no se había producido ningún cambio. Venli sacó una esfera de luz tormentosa, pero su madre no la absorbió.

—Ha sido precioso —dijo Thude—. Hacía demasiado tiempo que no oía nuestras canciones.

—Yo las recuperaré para vosotros —susurró Venli—, si me aceptáis. Lo entenderé del todo si no queréis, pero traigo a otros Radiantes conmigo, mis amigos. Además de algunos soldados enemigos que han elegido desertar y hacerse oyentes. Thude canturreó a Escepticismo.

—De nuevo, si me rechazáis, es muy comprensible —prosiguió Venli—. Pero al menos escuchad a mis amigos. Vais a necesitar aliados para sobrevivir en este nuevo mundo, un mundo de potenciadores. No podemos ir solos como hacíamos antes.

—No estamos solos —dijo Thude—. Creo que descubrirás que las cosas han cambiado para nosotros, igual que para ti.

Venli canturreó a Consideración. Entonces oyó un sonido rasposo, como de piedra contra piedra. O... ¿garras contra piedra?

Una sombra cayó sobre Venli, que se sobresaltó y levantó la vista hacia un cuello largo y poderoso con una intimidante cabeza en forma de punta de flecha al final. Un abismoide. Allí. Y nadie estaba montando en pánico.

Tormentas.

—¿Así...? —susurró—. ¿Así es como pudisteis salir de los abismos

aquella noche, durante la tormenta?

Thude canturreó a Confianza.

Antes de que Venli pudiera pedir más respuestas, la interrumpió otra cosa.

Una voz.

—¿Venli? Venli, ¿eres tú?

Venli bajó la mirada para descubrir que los ojos de su madre se habían enfocado y la estaban viendo.

Tus Palabras, Venli, dijo en su mente una lejana voz de mujeres, *ahora son aceptadas.*



Casi tantas como ganas tengo de servirte a ti, el Odium más reciente. A ti, que hace tan poco fuiste uno de ellos. Tú lo comprendes. Y tú eres a quien estaba esperando para adorar.

Meditaciones de El, en el primero de los Diez Días Finales

Unas cuatro horas después del funeral de Teft, Kaladin fue a buscar a Dalinar. El Espina Negra había regresado la noche anterior, pero Kaladin había estado demasiado agotado para nada más que hacerle el saludo marcial e irse a la cama.

Así que se excusó de la fiesta en la cantina de Jor y ascendió volando hacia la cima de la torre. Sentaba bien poder volar por su propia cuenta. Al llegar, como había informado la mensajera que le había transmitido la noticia, Kaladin y Syl encontraron al Forjador de Vínculos —bueno, al Forjador de Vínculos del Padre Tormenta— recibiendo informes junto a Navani. La otra Forjadora de Vínculos. A eso iba a costarle un poco acostumbrarse.

Kaladin y Syl tenían intención de quedarse fuera de la pequeña sala de reuniones hasta que Dalinar terminara la conversación que estaba manteniendo, pero en el momento en que los vio, la abandonó por el momento y llegó al trote hasta ellos.

—Kaladin —dijo—. Quería hablar contigo.

—Has estado ocupado, señor —respondió Kaladin. Bajó la mirada a su

propio uniforme—. A lo mejor no debería llevar esto puesto.

Dalinar de verdad se sonrojó. Qué visión tan extraordinaria.

—Al respecto de eso... —dijo—. Tendría que haber sabido que no podría, ni debería, intentar relevar a alguien como tú del...

—Señor —lo interrumpió Kaladin. Miró a Syl, que asintió. Se volvió de nuevo hacia Dalinar—. Señor, tenías razón. Aún me queda mucha curación por delante antes de poder estar al mando otra vez.

—¿Todavía? —preguntó Dalinar, mirando la frente de Kaladin y la ausencia de marcas—. ¿Después de lo que has conseguido? ¿Después de jurar el Cuarto Ideal?

—Los Ideales no nos arreglan, señor —dijo Kaladin—. Tú lo sabes. Tenemos que arreglarnos nosotros mismos. Quizá con un poco de ayuda. —Hizo el saludo militar—. Íbamos por el buen camino conmigo, señor. Necesito estar un tiempo apartado de la batalla. Tal vez tanto que nunca vuelva a tener un mando pleno. Me queda trabajo por hacer, ayudando a personas como yo mismo o Dabbid. Querría tu permiso para continuar.

—Concedido —dijo Dalinar—. Has crecido, soldado. Pocos hombres tienen la sabiduría suficiente para darse cuenta cuando necesitan ayuda. Menos todavía tienen la fuerza suficiente para ir a buscarla. Bien hecho. Muy bien hecho.

—Gracias, señor —respondió Kaladin.

Dalinar titubeó; parecía haber algo que lo atribulaba. Puso las manos a su espalda, observando a Kaladin. Todos los demás estaban de celebración. Dalinar no.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Kaladin.

—Aún no lo he hecho de conocimiento público, pero Odium y yo hemos establecido una fecha para nuestra contienda de campeones.

—Estupendo —dijo Kaladin—. ¿Dentro de cuánto tiempo?

—Diez días.

—¿Diez... días?

Dalinar asintió con la cabeza.

Syl dio un respiro y Kaladin sintió una punzada de alarma. Siempre había dado más o menos por hecho... Había pasado el año anterior suponiendo que...

—Señor —dijo Kaladin—, no puedo...

—Lo sé, hijo —dijo Dalinar en voz baja—. No eras el adecuado para el trabajo de campeón, de todas formas. Esta es la clase de cosa que un hombre

debe hacer en persona.

Kaladin tuvo un escalofrío. Diez días.

—La guerra... ¿Esto significa... que acabará?

—De un modo u otro, acabará —confirmó Dalinar—. Las condiciones nos obligarán a firmar un tratado dentro de diez días, después del desafío. Un desafío que decidirá el destino de Alezkar, entre... otros asuntos. En todo caso, las hostilidades se mantendrán hasta ese día, así que debemos permanecer vigilantes. Supongo que el enemigo intentará conquistar tanto como pueda antes de que el tratado fije las fronteras. Ahí puede que cometiera un error de cálculo.

»Sea como sea, tenemos un final a la vista. Pero voy a necesitar la ayuda de alguien antes de que llegue ese duelo. La lucha no será un mero combate con espadas, aunque no puedo explicar qué es lo que sí será. No sé si yo mismo lo entiendo todavía tampoco, pero cada vez estoy más convencido de que necesito dominar todo lo posible de mis poderes.

—No sé si puedo ayudar con eso, señor —dijo Kaladin—. Aunque compartimos una potencia, nuestras capacidades parecen muy diferentes.

—Es cierto, pero hay alguien que sí puede ayudarme. Por desgracia, está loco. Así que, Kaladin, no te necesito como soldado ahora mismo. Te necesito como cirujano. Eres de los pocos que comprenden por experiencia propia lo que es que tu propia mente te traicione. ¿Estarías dispuesto a partir en una misión para recoger a ese individuo y buscar la forma de ayudarlo, para que él pueda ayudarme a mí?

—Por supuesto, señor. ¿Quién es?

—El Heraldo Ishi —dijo Dalinar—. Creador del Juramento, Heraldo de la Verdad y captor original de los Fusionados.

Syl dio un suave silbido.

—Señor —dijo Kaladin, sintiéndose nervioso—. Diez días no son suficientes para ayudar a alguien con una conmoción de batalla *normal*. Costaría años, y eso si logramos descubrir unos métodos adecuados. Ayudar a un Heraldo... Bueno, señor, sus problemas parecen mucho más graves que los míos.

—Lo sé, soldado —respondió Dalinar—. Pero creo que la dolencia de Ishar es de naturaleza sobrenatural, y me dio pistas para ayudarlo a recuperarse. Lo único que necesito de ti ahora mismo es que aceptes ayudarme. Y que estés dispuesto a viajar a Shinovar en una compañía... un tanto extraña.

—¿Señor? —dijo Kaladin.

—Te lo explicaré más adelante —dijo Dalinar—. Necesito tiempo para pensarme bien esto y decidir qué quiero hacer de verdad.

Kaladin asintió, pero escamoteó una mirada hacia Syl, que silbó de nuevo.

—¿Diez días? —dijo ella—. Supongo que esta vez va en serio...

Dalinar empezó a regresar a su reunión, pero entonces se detuvo y cogió algo de una mesa cercana. ¿Una flauta?

La flauta de Sagaz.

—Esto lo tenía Lift —explicó Dalinar, tendiéndola hacia Kaladin—. Dice que Dabbid la reconoció como tuya.

—Lo es —dijo Kaladin, asombrado—. ¿Cómo está Lift, por cierto?

—Mi comida ha desaparecido —respondió Dalinar—, así que yo diría que está bien. Encontramos a su spren después de que la torre se restaurara, y por algún motivo han decidido empezar a llevar por ahí un pollo de color rojo chillón. —Suspiró—. En todo caso, dice que encontró esa flauta en un arcón de un mercader abajo, en el Apartado. Uno que vende objetos rescatados de las Llanuras Quebradas. Podría haber más cosas que tus hombres tuvieran que abandonar allí.

Vaya.

—¿Dijo qué mercader era? —preguntó Kaladin.

El Perseguidor dio una profunda, furiosa bocanada de aire al despertar.

Entonces chilló de rabia.

Era bueno tener pulmones otra vez. Era bueno gritar su frustración. Seguiría gritándola. Matado. Por segunda vez. Por ese Corredor del Viento. ¡Ese insolente mortal que creía que su victoria se había debido a su habilidad y no a la pura suerte!

El Perseguidor chilló de nuevo, agradeciendo un sonido que acompañara a su furia. Su voz resonó. Estaba en algún lugar oscuro, pero cerrado. Eso hizo que callara. ¿No debería... estar fuera, en la tormenta?

—¿Te falta mucho más de eso, Derrotado? —preguntó una voz en su idioma, pero sin ritmo.

El Perseguidor se incorporó y movió la cabeza para mirar alrededor.

—¿Quién osa llamarme...?

Se interrumpió al ver quién estaba en el otro extremo de la sala, iluminado solo por una esfera de luz del vacío que sostenía con gesto distraído en la mano. Era una figura esbelta que miraba por una ventana oscura, dando la

espalda al Perseguidor. Esa figura tenía unos cuernos retorcidos en la cabeza y un caparazón que reflejaba la luz como no debería. Siempre se arrancaba sus formaciones naturales de caparazón en cada renacimiento para reemplazarlas por añadidos metálicos. Quedaban fijados a su cuerpo gracias a la sanación por luz del vacío y a sus propios talentos especiales.

El. Aquel sin título.

El Perseguidor se quedó callado. No temía a ese Fusionado. No temía a nadie. Pero... a El no le protestó.

—¿Dónde estoy? —preguntó el Perseguidor en vez de eso—. ¿Por qué he renacido tan deprisa? Apenas he pasado un día en Braize antes de sentir el tirón.

—No queríamos esperar —dijo El con suavidad, todavía dando la espalda al Perseguidor. Sin ritmos. El tenía prohibidos los ritmos—. Así que lo hicimos a la antigua usanza. Como se hacía antes de las tormentas.

—Creía que Odium había renunciado a eso.

—Nuestro nuevo dios ha hecho una excepción, Derrotado.

El Perseguidor gruñó, levantándose del suelo.

—Han dado tu título a otro, ¿sabes? A un humano.

—Lo había oído.

—Qué falta de respeto —dijo el Perseguidor a Mofa—. Debería haber quedado sin usar. Dame esa luz del vacío. Necesito recargarme para recobrar mi legado.

—¿Recobrar?

El Perseguidor se obligó a mantener su tono respetuoso, a no gritar. Aquel sin título podía ser... difícil.

—Daré caza al mortal que me mató —dijo el Perseguidor—. Lo mataré, y luego a todo aquel a quien haya amado jamás. Asesinaré a un mortal tras otro hasta que mi venganza se reconozca, mi expiación se cumpla. Supongo que eso lo sabéis todos, si no podíais esperar a que renaciera. Así que dame esa condenada luz del vacío.

El se volvió, sonriendo en las sombras.

—Es para ti, Lezian.

—Excelente —dijo el Perseguidor, avanzando.

—Pero me has malinterpretado —añadió El—. Al decir que no queríamos tener que esperar para tu renacimiento, no era tu conveniencia lo que nos preocupaba, sino la mía. Verás, tengo mucha curiosidad y tú eras el único sujeto adecuado.

—¿Sujeto para qué? —preguntó el Perseguidor, que había llegado a la ventana y contemplaba Kholinar de noche.

—Ah, para ver si esto funciona de verdad.

El levantó la esfera de luz del vacío... y el Perseguidor vio que iba sujetada a un cuchillo. ¿Y la luz tenía algo que no acababa de encajar, tal vez? ¿El aire se ondulaba alrededor de la gema?

—Creo que esto podría doler —dijo El, y aferró al Perseguidor por su barba—. Disfruta de esta Pasión final, Derrotado.

El clavó el cuchillo mientras el Perseguidor forcejeaba.

Y su alma se desgarró.

Kaladin recorrió las calles del Apartado, que habían pasado a estar iluminadas por una luz fresca y constante desde arriba. La transformación que había experimentado ya la torre era impresionante. El aire se había hecho tan cálido como el de Azir, con una envoltura de clima templado que se extendía hacia los campos de fuera.

La gente respiraba mejor. La torre entera no solo estaba bien ventilada, sino que también tenía agua circulando por cañerías ocultas que la llevaban a muchas habitaciones, igual que en ciudades adineradas como Kharbranth. Y eso era solo el principio. Aunque algunas salas de la torre habían tenido en otro tiempo puertas normales de madera, muchas otras tenían puertas de piedra que se abrían al tacto. No se habían dado cuenta de la ingente cantidad de estancias que se habían saltado al explorar porque habían estado cerradas cuando la torre se apagó por última vez. Aquel lugar era una verdadera maravilla.

Por fin encontró la tienda del mercader de la que Lift había hablado a Dalinar. Aunque estaba haciendo tarde, el mercado rebosaba de gente que estaba de celebración, así que había muchas tiendas abiertas, esa incluida. Señalaron a Kaladin un enorme arcón lleno de objetos recuperados y empezó a hurgar en él, con Syl en su hombro. Encontró la cuchilla de afeitar de Roca. Y algunos pinceles de Sigzil. Y...

Sostuvo en alto un caballo de madera en miniatura, tallado con riguroso detalle.

Syl dejó escapar un sonido asombrado.

—Esto lo perdí antes de llegar a las Llanuras Quebradas —dijo Kaladin—.

Lo perdí en Alezkar. Tien me lo dio el día que nos reclutaron en el ejército, y me lo quitaron con mis otras cosas cuando me esclavizaron. ¿Cómo...?

Se apretó el caballo contra el pecho. Estaba tan estupefacto que se marchó y tuvo que volver corriendo para pagar lo que se había llevado. Después de eso, regresó deprisa a la taberna. Había prometido que se reuniría con Dabbid, Noril y los demás a los que había rescatado de las celdas para enfermos del monasterio, para liberar la presión de los acontecimientos de la víspera.

Kaladin haría lo que Dalinar le había pedido e iría a salvar al Heraldo Ishi. Pero eso sería al día siguiente. En esos momentos, Kaladin tenía otra promesa que cumplir. Al fin y al cabo, había dicho a Teft que se uniría a esas reuniones y empezaría a cuidar de sí mismo.

Dalinar se sintió vigorizado al oler el fresco y claro aire de las montañas. Estaba en la misma cumbre de la torre, disfrutando de las vistas abrazado a Navani, con su calidez apretada contra él. El sol se había puesto y Dalinar ya había recibido bastantes informes para un día. Quería pasar tiempo con su esposa y mirar las estrellas.

—Debería haber sabido que te las ingeniarías para resolverlo por tu cuenta —susurró a Navani mientras Nomon los bañaba de luz—. Debería haber visto tu potencial.

Ella le apretó los brazos.

—Yo tampoco lo veía. Pasé mucho tiempo negándome a verlo.

Dalinar oyó un retumbar en su mente. Pero no era un retumbar furioso, sino más bien... contemplativo.

—El Padre Tormenta no sabe qué opinar de esto —dijo Dalinar—. Creo que lo encuentra raro. Por lo visto, su Forjador de Vínculos y el de la Vigilante Nocturna a veces mantenían relaciones, pero el Forjador de Vínculos del Hermano siempre se había mantenido aparte.

—El Hermano tiene... esas cosas —respondió Navani—. Os presentaré, cuando se vea con ánimo. Podría llevarle tiempo.

—Más vale que sea antes de diez días —dijo Dalinar—. No puedo garantizar lo que pasará después de eso.

—Ese trato que hiciste... —empezó ella.

—Lo siento. Tuve que llegar a un acuerdo mientras lo tuviera delante. No es todo lo que queríamos, pero...

—Es un buen trato, Dalinar —dijo Navani—. Incluso inspirado.

Tendremos la paz, aunque debamos renunciar a Alezkar. Creo que todos íbamos dándonos cuenta de que podía ocurrir. Pero esto nos da una posibilidad. Solo querría... Esa última parte que aceptaste. Esa me preocupa.

Él asintió.

—Sí —susurró—. Lo sé.

Pero en eso consistía su trabajo. En sacrificarse, si era necesario, por todos los demás. En eso... en eso Taravangian tenía razón.

Aún seguía pareciéndole erróneo del todo que Taravangian estuviese muerto. Ya nunca podría demostrarle que el camino de Dalinar era el correcto. Taravangian había muerto. Sin despedirse. Había ardido en otro estúpido intento de manipular a Szeth.

—Por lo menos podemos detener el derramamiento de sangre —dijo Navani—. Ordenar a nuestras tropas que mantengan la posición y esperen al desafío.

—Sí —respondió Dalinar.

A menos que... ¿Debería haber insistido Dalinar en que el duelo tuviera lugar antes? No se sentía preparado. Pero ¿lo estaría alguna vez?

«Algo va mal —pensó—. Algo ha cambiado. Tenemos que estar preparados para estos próximos diez días.» Sintió esa verdad como un retortijón en el estómago.

—Noto tu tensión —dijo Navani.

—Estoy replanteándome lo que he hecho —explicó Dalinar.

—La mejor información de que disponemos indica que ese desafío es nuestra esperanza más razonable de éxito —dijo Navani—. Y dudo que cualquiera a quien presente el enemigo pueda superar a Bendito por la Tormenta.

—Yo... no voy a elegir a Kaladin, gema corazón.

—¿Por qué? —preguntó Navani—. Es nuestro mejor guerrero.

—No —dijo Dalinar—. Es nuestro mejor soldado. Pero aunque estuviera en su mejor forma de combate, no creo que fuese nuestro mejor guerrero. Ni nuestro mejor asesino.

»Sagaz dice que el enemigo no puede incumplir nuestro acuerdo, y que no es probable que intente malinterpretarlo, al menos no a propósito. De hecho, Sagaz parece pensar que la victoria ya es nuestra, pero es que él ya ha obtenido lo que quería. Odium permanecerá atrapado ocurra lo que ocurra. Y aun así, me preocupo. Como mínimo, creo que dejé a Odium demasiado margen para continuar luchando en los próximos diez días.

—Encontraremos las respuestas, Dalinar —dijo Navani—. Ahora tenemos un objetivo. Si puedes ganar ese desafío, será suficiente. Aprenderemos a vivir en este nuevo mundo, con los cantores en sus tierras y los humanos en las nuestras.

Navani volvió a apretarle el brazo y Dalinar respiró hondo, resuelto a disfrutar de aquel momento. Tormentas, qué ganas había tenido de abrazarla. Por debajo de ellos, las luces de la torre resplandecían brillantes en la noche, y abajo en los pasillos hacía calor de verdad. Dalinar había tenido que subir hasta allí arriba para oler el aire de montaña.

—Debería haberlo sabido —repitió Dalinar—. Que podrías sola.

—Yo creo que no —dijo Navani—. Fue todo un golpe de suerte que lo descubriera todo.

—No fue suerte —afirmó Dalinar—. Fue convicción. Ingenio. Estaba asustado por ti, pero debería haber recordado cuando estaba asustado *de* ti... y darme cuenta del enorme peligro que corrían los Fusionados al intentar quitarte tus fabriales. Eres increíble. Siempre has sido increíble.

Ella dio un largo y satisfecho suspiro.

—¿Qué? —preguntó él.

—Es bueno oír a alguien decir eso.

Dalinar siguió abrazado a ella, extendiendo el momento de paz. Pero al final sus coronas terminaron llamando a la puerta. Llegó gente buscando a Navani para que resolviera algo relacionado con la torre y tuvo que marcharse.

Dalinar se quedó en la cima de la torre. Se sentó al borde, dejando caer las piernas por fuera, en el lugar exacto desde el que, según los informes, Kaladin había saltado a la oscuridad de la tormenta.

Fuiste sabio al dar más tiempo al Corredor del Viento durante su caída, dijo el Padre Tormenta, acercándose a la conciencia de Dalinar. *Fuiste sabio al mostrar... piedad.*

—Es un concepto importante que aprender —le respondió Dalinar—. Cuanto más lo estudies, más humano te harás.

No deseo hacerme humano, dijo el Padre Tormenta. *Pero quizá pueda aprender. Quizá pueda cambiar.*

—Eso es lo único que hace falta —dijo Dalinar—. Una voluntad.

Pero te equivocas. Sí que comprendo la piedad. La he expresado en alguna ocasión.

—¿Ah, sí? —dijo Dalinar, picado por la curiosidad—. ¿Cuándo?

UN ÚLTIMO REGALO



CATORCE MESES ANTES

Eshonai cayó contra el suelo del abismo con una poderosa salpicadura. En lo alto, la batalla por Narak proseguía y los demás oyentes invocaban la tormenta eterna.

¡Debería estar liderándolos! ¡Era la primera entre ellos! Se levantó de un salto y gritó a una docena de horribles ritmos seguidos, con una voz que resonó por el abismo. No le sirvió de nada. El portador de esquirlada humano la había derrotado y la había enviado precipitándose a los abismos.

Tenía que salir de allí y volver a la lucha. Empezó a caminar hacia delante con paso trabajoso. Aunque el agua le llegaba a la cintura, no fluía rápida. Era solo una corriente continua y estable procedente del Llanto y, en armadura esquirlada, Eshonai pudo andar contra ella. Sus grebas se inundaron de agua helada.

¿Hacia dónde era? La falta de luz la confundía, pero después de pensar un momento comprendió que estaba haciendo el tonto. No tenía que ir en ninguna dirección. Tenía que ir hacia arriba. La caída debía de haberla dejado más aturdida de lo que creía.

Escogió una parte de la pared con aspecto rugoso y empezó a trepar. Logró llegar a media altura del abismo, valiéndose del increíble poder de agarre de

la armadura esquirlada, con el Ritmo de la Arrogancia atronando en sus oídos. Pero una vez allí, la forma en que la pared del abismo se inclinaba hacia fuera suponía un problema. En la oscuridad no lograba encontrar asideros decentes, y los fogonazos de relámpago que llegaban de arriba eran demasiado fugaces para servirle.

Relámpago. ¿Esos relámpagos no era demasiado frecuentes, demasiado brillantes, para proceder de los otros formas tormenta? Sus propios poderes estaban arruinados por el agua, claro. Apenas sentía ninguna energía en su interior; salía a chorro en el momento en que empezaba a acumularse.

¿Qué estaba pasando? Aquello era la tormenta eterna llegando, ¿verdad? Sí, Eshonai pudo sentir su poder, su energía, su *belleza*. Pero había algo más.

Escuchando los aullidos del viento, comprendió lo que era. Una segunda tormenta. También estaba llegando una alta tormenta.

Armonizó al Ritmo del Pánico.

Las dos tormentas impactaron, haciendo temblar el mismo suelo.

Aferrada a la pared dentro del abismo, Eshonai sintió el viento soplar furioso arriba. Los relámpagos le daban la sensación de estar parpadeando muy deprisa, alternando luz y oscuridad.

Entonces oyó un rugido. El terrible fragor del agua corriendo por el abismo, convirtiéndose en una oleada increíble. Eshonai se sujetó con fuerza, pero, cuando el agua llegó, la arrancó de la pared.

Fue allí, hundida en aquellas aguas de lluvia de la alta tormenta, donde dio inicio la primera batalla de Eshonai: la lucha por sobrevivir.

Se estrelló contra una roca y se le agrietó el yelmo. La luz tormentosa que escapaba iluminó el agua oscura mientras le llenaba el yelmo, ahogándola. Se revolvió en la corriente y logró agarrar algo duro, un enorme peñasco alojado en el centro del abismo.

Con un fuerte tirón se izó fuera del agua. Unos pocos preciosos momentos después, su yelmo se vació y le permitió coger aire a bocanadas.

«Voy a morir», pensó con el Ritmo de la Destrucción aporreándole los oídos. El agua atronaba a su alrededor, salpicándole la armadura, y el relámpago se convulsionaba en el cielo de arriba. «Voy a morir... como esclava.»

No.

Un ascua en el interior de Eshonai cobró vida. La parte de sí misma que había reservado, la parte que se negaba a dejarse contener. La parte que había hecho que dejara escapar a Thude y a los demás. Era el núcleo de la persona

que era Eshonai, esa persona que se había empecinado en abandonar los campamentos para explorar, esa persona que siempre había anhelado ver qué había al otro lado de la siguiente colina.

Esa persona que *se negaba a dejarse capturar*.

Entonces comenzó su segunda batalla.

Eshonai chilló, intentando desterrar el Ritmo de la Destrucción. ¡Si iba a morir allí, moriría siendo ella misma! Era una alta tormenta. En las altas tormentas, las transformaciones sobrevenían a todo el mundo, tanto a oyentes como a humanos. Dentro de una alta tormenta, la muerte caminaba de la mano con la salvación, cantando en armonía.

Eshonai empezó a invocar su hoja esquirlada, pero con un destello estrepitoso su peñasco se movió y perdió el agarre. El Ritmo del Pánico la gobernó un momento al verse sumergida de nuevo. Los relámpagos que refulgían arriba hacían que el agua pareciera resplandecer mientras arrojaba a Eshonai contra una pared del abismo y luego contra la otra.

«No Pánico. No tus ritmos.

»Te rechazo.

»Mi vida. Mi muerte.

»SERÉ LIBRE.»

En las profundidades del agua, Eshonai invocó y clavó en la pared del abismo su hoja esquirlada. Por algún motivo, le pareció oír su voz, muy lejos. ¿Chillando?

Se aferró a ella de todos modos, manteniéndose firme contra la corriente. Desterró todo ritmo, pero no podía respirar. La oscuridad empezó a cerrarse sobre ella. Sus pulmones dejaron de arder. Como si... como si todo fuese a salir bien...

Ahí. Un tono. Aquel tan extraño e inquietante que había oído al adoptar la forma de guerra. Parecía... uno de los tonos puros de Roshar. Emprendió un ritmo majestuoso. Entonces un segundo tono, caótico e iracundo, apareció junto al primero. Los dos fueron acercándose, cada vez más, hasta que se unieron de sopetón.

Se fundieron en una armonía, creando una canción que era tanto de Honor como de Odium. Una canción para una intérprete que supiera luchar, pero también para una soldado que quisiera deponer su espada. Eshonai encontró aquel tono mientras, en la negrura, una pequeña spren con forma de estrella fugaz aparecía por delante de ella.

Eshonai se tensó, se estiró, se ayudó con un brazo.

Su cabeza salió fuera del agua y el yelmo por fin se le vació. La crecida del río estaba remitiendo. Dio bocanadas de dulce aire, pero entonces su mano resbaló de la espada y volvió bajo un agua que se la llevó, aunque con menos fuerza que antes.

Armonizó a ese ritmo. Al Ritmo de la Guerra, el ritmo de las victorias y las derrotas. El ritmo de la vida en su final. A sus cadencias, Eshonai volvió a invocar su hoja esquirlada y la clavó con fuerza en el suelo para agarrarse a ella mientras el agua seguía perdiendo caudal.

No iba a morir. Sobreviviría. Era lo bastante fuerte. Su viaje no había terminado. Aún. No.

Se aferró, beligerante, hasta que el agua se redujo. Hasta que el peso de su armadura esquirlada bastó para resistir la corriente sin ningún esfuerzo por su parte, y Eshonai se derrumbó al fondo del abismo, su espalda contra la pared, el agua fluyendo sobre ella.

Se palpó el costado, donde la armadura esquirlada se había resquebrajado... igual que su cuerpo. Sangraba por un profundo corte allí y tenía el caparazón arrancado. Cada respiración llegaba como un revoltijo raído y húmedo, y saboreó la sangre.

Pero en su mente, recorrió en ciclo los ritmos de su infancia. Asombro. Confianza. Duelo. Determinación. Entonces Paz.

Eshonai había perdido la primera batalla.

Pero había *ganado* la segunda.

Y así, al Ritmo de la Victoria, cerró los ojos. Y se descubrió a sí misma flotando a la deriva en un lugar lleno de luz.

¿Qué es esto?, pensó Eshonai.

ESTABAS ALTAMENTE INVESTIDA CUANDO HAS MUERTO, dijo una voz. Retumbaba con el estruendo de mil tormentas que resonaron a través de ella. DE MODO QUE PERSISTES. DURANTE UN TIEMPO BREVE.

¿Investida?, pensó Eshonai.

ERAS RADIANTE AL MORIR. NO HAS PODIDO PRONUNCIAR LAS PALABRAS ESTANDO BAJO EL AGUA, PERO LAS HE ACEPTADO DE TODAS FORMAS. ¿CÓMO CREESES QUE HAS SOBREVIVIDO TANTO TIEMPO SIN RESPIRAR?

Flotaba.

Entonces... esto es mi alma?

ALGUNOS LO LLAMARÍAN ASÍ, dijo el Jinete de la Tormenta. OTROS LO LLAMARÍAN UN SPREN FORMADO POR EL PODER QUE HAS DEJADO, GRABADO CON

TUS RECUERDOS. SEA COMO SEA, ESTO ES EL FINAL. PASARÁS PRONTO A LA ETERNIDAD, Y NI SQUIERA YO PUEDO VER LO QUE HAY MÁS ALLÁ.

¿Cuánto tiempo?

MINUTOS. NO HORAS.

Eshonai no tenía ojos que cerrar, pero se relajó en la luz. Flotando. Podía oír los ritmos. Todos ellos a la vez, con canciones de acompañamiento.

¿Qué ha significado, entonces?, preguntó mientras esperaba. La vida.

EL SIGNIFICADO PERTENECE A LOS MORTALES, dijo el Jinete. NO PERTENECE A LAS TORMENTAS.

Qué triste.

¿Lo es?, preguntó él. Yo lo consideraría alejador. Los mortales buscan el significado, así que es adecuado que lo creen. Tú eres quien decide lo que significó, Eshonai. Lo que tú significaste.

Si decido yo, entonces fracasé, pensó ella. Entregué a mi pueblo al enemigo. Morí sola, derrotada. Traicioné el regalo de mis antepasados. Soy una vergüenza para todos los oyentes que vinieron antes que yo.

YO DIRÍA LO CONTRARIO, respondió el Jinete. AL FINAL, TOMASTE LA MISMA DECISIÓN QUE TUS ANCESTROS. RENUNCIASTE AL PODER POR LA LIBERTAD. CONOCES A ESOS OYENTES DE LA ANTIGÜEDAD COMO POCOS LO HAN HECHO NUNCA, NI LO HARÁN JAMÁS.

Eso dio paz a Eshonai mientras sentía que su esencia empezaba a estirarse. Como si se moviera hacia algo distante.

Gracias, dijo Eshonai al Jinete.

Yo no he hecho nada. Te he visto caer y no lo he impedido.

La lluvia no puede detener la masacre, dijo ella, desvaneciéndose. Pero lava el mundo después de todos modos. Gracias.

PODRÍA HABER HECHO MÁS, replicó el Jinete. QUIZÁ DEBERÍA HABERLO HECHO.

Es... es suficiente...

No, dijo él. PUEDO HACERTE UN ÚLTIMO REGALO.

Eshonai dejó de estirarse y en vez de eso se vio atraída hacia algo poderoso. No tenía ojos, pero de pronto tenía una conciencia, la de la tormenta. Se había convertido en *la tormenta*. Sintió el retumbar de cada trueno como el latido de su corazón.

OBSERVA, dijo el Jinete. QUERÍAS SABER LO QUE HABÍA TRAS LA SIGUIENTE COLUMNA. VAS A VERLAS TODAS.

Eshonai se alzó con él, envolviendo la tierra, volando sobre ella. Su lluvia bañó todas y cada una de las colinas, y el Jinete le permitió ver el mundo con los ojos de un dios. Allá donde el viento soplara, estaba ella. Todo lo que la lluvia tocaba, ella lo sentía. Todo lo que el relámpago revelaba, ella lo sabía.

Voló durante lo que le pareció una eternidad, sustentada por la misma esencia del Jinete. Vio a humanos en su infinita variedad. Vio a los parshmenios cautivos, pero vio también la esperanza de su libertad. Vio criaturas, plantas, abismos, montañas, nieves... pasó por todo ello. Por todo.

El mundo entero. Lo *vio*. Cada pequeño fragmento formaba parte de los ritmos. El mundo *era* los ritmos. Y Eshonai, durante aquel viaje trascendente, comprendió cómo encajaba todo junto.

Era maravilloso.

Cuando el Jinete completó su paso, exhausto y renqueante al llegar al océano más allá de Shinovar, Eshonai sintió que la soltaba. Se desvaneció, pero esa vez sintió que su alma *vibraba*. Comprendía los ritmos como no podía hacerlo nadie sin haber visto el mundo como lo había visto ella.

ADIÓS, ESHONAI, dijo el Jinete de la Tormenta. ADIÓS, RADIANTE.

Rebosante de canciones, Eshonai se permitió pasar a las eternidades, emocionada por descubrir qué le esperaba al otro lado.



Sagaz recorría con paso tranquilo los pasillos del antiguo palacio de Elhokar en las Llanuras Quebradas, buscando un público. Hizo rodar una moneda en el aire y la atrapó antes de echar la mano hacia delante y separar los dedos para mostrar que la moneda había desaparecido. Pero, por supuesto, en secreto estaba en su otra mano, ocultada a la vista con presteza.

—Contar historias —dijo al pasillo— consiste esencialmente en hacer trampas.

Se guardó la moneda en el cinturón con un gesto rápido, sin dejar de hacer florituras con la otra mano como distracción. Al cabo de un momento podría enseñar las dos manos vacías delante de él. Añadió teatralidad al asunto arremangándose.

—El reto —dijo— está en hacer creer a todos que has vivido mil vidas. Hacer que sientan el dolor que tú no has sentido, hacer que contemplen las vistas que tú no has visto, y hacer que sepan las verdades que has inventado.

La moneda apareció en su mano, aunque era solo que la había vuelto a sacar del cinturón. La hizo rodar sobre los nudillos y luego la convirtió en dos, porque siempre habían sido dos monedas pegadas. Las lanzó al aire, las atrapó y entonces hizo que parecieran ser cuatro al añadir las dos que tenía escondidas en la otra mano.

—Se utilizan los mismos trucos sucios al contar historias —dijo Sagaz— que al pelear en un callejón. Hacer que alguien mire donde no debe para

poder atizarle en toda la cara. Hacer que prevean un puñetazo y se cubran para poder cambiar de posición. Golpear siempre cuando no están preparados.

Con un ademán dramático, presentó las dos manos hacia delante, vacías de nuevo. En su abrigo, Diseño hizo un animado zumbido.

—¡He encontrado una! —dijo la spren—. ¡En tu cinturón!

—Calla —respondió Sagaz—. Deja que el público se admire.

—¿Qué público?

Sagaz señaló con la cabeza a un lado, donde unos pocos spren extraños lo seguían por el aire. Eran casi invisibles y dejaban atrás una estela de luz roja. Vientospren, pero del color equivocado. Sí que estaba expandiendo su influencia, sí, aquella vieja. Sagaz tenía curiosidad por saber en qué terminaría aquello. También lo horrorizaba. Pero las dos emociones no se excluían una a la otra.

—No creo que les gusten tus trucos —dijo Diseño.

—A todo el mundo le gustan mis trucos.

—Pero puedes hacer que desaparezcan las monedas tejiendo luz —dijo ella—. Así que da igual cuántas lleves escondidas en el cinturón. ¡Y si haces algo asombroso, todo el mundo supondrá que ha sido potenciando!

Sagaz suspiró, hizo volar las cuatro monedas por el aire, las atrapó y enseñó solo una.

—Aquí ni siquiera las utilizan como dinero —añadió Diseño—. Así que con eso los distraerás. Usa esferas.

—Las esferas brillan —dijo Sagaz—. Y son difíciles de esconder rápido.

—Excusas.

—Mi vida es solo excusas. —Hizo bailar la moneda por los nudillos—. La ilusión sin tejido de luz es superior, Diseño.

—¿Porque es falsa?

—Porque el público sabe que es falsa —dijo Sagaz—. Cuando miran y se permiten sorprenderse, están uniéndose a la ilusión. Están entregándose algo vital. Algo poderoso. Algo esencial. Su creencia.

»Cuando tanto tú como el público empezáis una actuación sabiendo que va a interpretarse una mentira, la energía de su disposición vibra afinada con la tuya. Te impulsa. Y cuando se marchan al final, maravillados pero sabiendo que les han mentido con su permiso, la actuación permanece en sus mentes. Porque la mentira era real de algún modo. Porque saben que, si la rompieran en pedacitos, podrían saber cómo se hace. Se dan cuenta de que debía de

haber fallos que hubieran podido captar. Señales. Secretos.

—Entonces... es mejor... —dijo Diseño—. ¿Es mejor porque es peor que una ilusión que use magia de verdad?

—Exacto.

—Qué bobada.

Sagaz suspiró. Hizo rebotar la moneda en el suelo con un tintineo metálico y la capturó de nuevo.

—¿Puedes irte a molestar a otro un rato?

—¡Muy bien! —exclamó Diseño, entusiasmada.

La spren salió de su abrigo hacia el suelo y se marchó rauda. El público de vientospren corrompidos que había tenido Sagaz se fue tras ella. Panda de traidores.

Sagaz tomó un pasillo lateral, pero entonces sintió algo. Un cosquilleo que hizo que sus Alientos se desbocaran.

«Ah...», pensó. Había estado esperándolo. Para eso había salido de la torre, a fin de cuentas. Allí no podía encontrarlo Odium.

Fue hasta la antigua sala de estar de Elhokar y se hizo disponible, visible, fácil de alcanzar. Entonces, cuando la presencia llegó a la insulsa cámara de piedra, Sagaz hizo una inclinación.

—¡Bienvenido, Rayse! —exclamó—. No ha pasado ni con mucho el tiempo suficiente.

Percibí tu toque en el contrato, dijo una voz histriónica en la cabeza de Sagaz.

—Siempre has sido listo —dijo Sagaz—. ¿Fue mi prosa fluida lo que te dio la pista, mis agudas capacidades negociadoras o el hecho de que incluí mi propio nombre en el texto?

—A qué juego estás jugando?

—A un juego de buen juicio.

Eh... ¿Qué?

—Buen juicio, Odium. El único que yo tengo lo envicio. Bueno, eso y unas monedas que codicio, pero aquí no son beneficio ni perjuicio, así que dejémoslas estar. También son míos del olor los indicios, mas parece que a ti solo te sacan de quicio. Así que en vez de ello, el único buen juicio que importa es el juicio con que Dalinar juiciosamente te enjuició.

Te odio.

—Rayse, querido —dijo Sagaz—, se supone que eres un idiota. Si te pones a soltar demasiadas cosas inteligentes como esa, tendré que volver a

evaluarte. Sé que ajustaste el contrato, intentando obtener ventaja. ¿Cómo te sientes al saber que Dalinar fue mejor que tú?

Me cobraré mi venganza, aseguró Odium. Aunque me cueste una eternidad, Cephandrius, te destruiré.

—¡Que lo disfrutes! —exclamó Sagaz, volviendo hacia la puerta—. Ya me contarás cómo te trata estar taciturno. Yo una vez probé a hacerlo durante un siglo y me mejoró el cutis.

Qué interesante, dijo Odium. ¿Cómo es que nunca te vi allí, en toda mi planificación? Dime, ¿a quién elegirías tú como campeón, si estuvieras en mi lugar?

—¿Qué importancia tiene? —preguntó Sagaz.

Dame el capricho.

Sagaz ladeó la cabeza. Había algo raro en aquel cambio de tono de Odium. ¿Qué hacía preguntando a quién escogería Sagaz? A Rayse le traería sin cuidado.

Da lo mismo, se apresuró a decir Odium. No importa. ¡Elija a quien elija, destruirá al campeón de Dalinar! ¡Y luego los usaré a él y a mis esbirros en este planeta para hacer por fin todo lo que quiera!

—Ya, pero ¿dónde vas a encontrar a tantos pardillos? —replicó Sagaz, y siguió andando hacia la puerta.

Empezó a silbar mientras la presencia de Odium iba quedando atrás. Aquello había ido justo tal y como lo había imaginado. Menos esa última parte. Aflojó el paso, repasando las palabras en su mente.

¿Rayse estaría volviéndose más pensativo? Sagaz no tenía que preocuparse, ¿verdad? Después de todo aquello, Odium quedaría encerrado sin dar problemas, pasara lo que pasase. No tenía salida...

«A menos...»

A Sagaz se le trabó la respiración, pero se obligó a sí mismo a seguir silbando y caminando.

Un poder embistió contra él desde atrás. Una energía dorada, infinita y letal. Sagaz ensanchó los ojos y dio un respingo al sentir que algo estaba horriblemente mal en aquel poder.

He cometido un error, ya veo, dijo el poder con voz suave y reflexiva. Soy nuevo en esto. No debería haber intentado sacarte información. Todo está en darte lo que esperas. Incluso a un ser con miles de años de edad se lo puede engañar. Ahora lo sé por experiencia propia.

—¿Quién eres? —susurró Sagaz.

Odium, dijo el poder. Veamos... No puedo hacerte daño. Pero aquí has utilizado esta otra Investidura para almacenar tus recuerdos, ¿verdad? Como llevas vivo más tiempo del que debería un mortal, tienes que guardar el exceso de recuerdos en alguna parte. No puedo ver tu mente, pero estos sí que puedo verlos, ¿a que sí?

Por primera vez en mucho mucho tiempo, Sagaz sintió auténtico terror. Si Odium destruía los Alientos que contenían sus recuerdos...

No creo que esto vaya a provocarte ningún daño real..., dijo Odium. *Sí, parece que los acuerdos de mi antecesor me permitirán que...*

Sagaz se detuvo en los pasillos del antiguo palacio de Elhokar en las Llanuras Quebradas. Miró a su alrededor y echó la cabeza a un lado. ¿Había oído algo?

Sacudió la cabeza y siguió adelante, buscando un público. Hizo rodar una moneda en el aire y la atrapó antes de echar la mano hacia delante y separar los dedos para mostrar que la moneda había desaparecido. Pero, por supuesto, en secreto estaba en su otra mano, ocultada a la vista con presteza.

—Contar historias —dijo al pasillo vacío— consiste esencialmente en hacer trampas.

Se guardó la moneda en el cinturón con un gesto rápido, sin dejar de hacer florituras con la otra mano como distracción. Entonces algo resbaló y cayó de dentro del cinturón con un tintineo. Sagaz se detuvo y encontró en el suelo una de sus monedas falsas, las que podían adherirse entre ellas para aparentar que eran una sola.

Pero ¿solo una mitad? Esa debería haber estado bien guardada en el bolsillito que tenía oculto en la camisa. La recogió y miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie se había fijado en el error.

—Finge que no has visto eso, Diseño —dijo.

Pero Diseño no estaba en su abrigo. Tormentosa spren. ¿Se había escabullido cuando Sagaz no miraba? Se llevó la mano a la cabeza, notando una extraña desorientación.

Algo iba mal. Pero ¿qué era?

—El reto... —dijo, guardándose la moneda falsa— está en hacer creer a todos que has vivido mil vidas... Hacer que sientan el dolor, las vistas, las verdades...

Vaya. Estaba mal por algún motivo.

—Se utilizan los mismos trucos sucios al contar historias —susurró Sagaz — que al pelear en un callejón. Hay que estar dispuesto a golpear siempre

cuando no están preparados.

Pero no lo escuchaba nadie. ¿No lo seguían antes un par de esbirros de Sjanat? Recordaba vagamente... ¿a Diseño espantándolos?

Sagaz miró alrededor, pero entonces sintió algo. Un cosquilleo que hizo que sus Alientos se desbocaran.

«Ah...», pensó. Había estado esperándolo. Para eso había salido de la torre. Allí no podía encontrarlo Odium.

Recorrió la escasa distancia que lo separaba de la antigua sala de estar de Elhokar y se hizo disponible, visible, fácil de alcanzar. Entonces, cuando la presencia llegó a la insulsa cámara de piedra, Sagaz hizo una inclinación.

—¡Bienvenido, Rayse! —exclamó—. No ha pasado ni con mucho el tiempo suficiente.

Percibí tu toque en el contrato, dijo una voz histriónica en la cabeza de Sagaz.

—Siempre has sido listo —dijo Sagaz—. ¿Fue mi excelsa redacción lo que te dio la pista, mis agudas capacidades negociadoras o el hecho de que incluí mi propio nombre en el texto para que lo leyeras?

—A qué juego estás jugando?

—A un juego de buen juicio.

Eh... ¿Qué?

—Buen juicio, Odium. El único que yo tengo lo envicio. Bueno, eso y unas monedas que codicio...

Bajó la mirada a la moneda que aún llevaba en la mano y entonces ladeó la cabeza.

Te odio.

—Rayse —dijo Sagaz, levantando los ojos—, se supone que eres un idiota. Si te pones a soltar demasiadas cosas inteligentes como esa, tendré que volver a evaluarte. En todo caso, sé que ajustaste el contrato, intentando obtener ventaja. ¿Cómo te sientes al saber que Dalinar Kholin, un simple mortal, te ha llevado por donde quería?

Me cobraré mi venganza, aseguró Odium. *Aunque me cueste una eternidad, Cephandrius, te destruiré.*

—¡Que lo disfrutes! —exclamó Sagaz, volviendo hacia la puerta—. Ya me contarás lo mucho que disfrutas pasando tiempo contigo mismo. El Más Allá sabe que nadie más soporta tu compañía.

¡No importa!, rugió Odium. *¡Mi campeón destruirá al campeón de Dalinar y luego los usaré a él y a mis otros esbirros de aquí para hacer todo lo que*

quiera!

—Ya, bueno —dijo Sagaz desde la puerta—. Pero cuando termines, al menos recuerda lavarte las manos.

Cerró de un portazo, dio media vuelta y siguió su camino. Intentó hallar una melodía que silbar, pero todas le sonaban mal. Algo estaba fastidiándole su afinación perfecta.

La presencia de Odium había quedado atrás. ¿Quizá... ocurría algo?

«No te compliques —pensó Sagaz—. Esto está funcionando.»

Al fin y al cabo, su primer encuentro cara a cara con Odium en más de mil años había ido *justo* tal y como lo había imaginado.

FIN

**Líbro cuarto
EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS**

NOTA FINAL

Cargas, Nuestra Llamada.

Canciones de Hogar, un conocimiento:

Conocer un Hogar de Canciones, llamado nuestra carga.

**Ketek escrito por El, erudito Fusionado de las artes humanas,
para conmemorar la restauración del Hermano**

El poema resulta curioso por su intencionado énfasis en el último verso, cuando los poetas alezi por tradición enfatizan la palabra central y construyen el poema a su alrededor. Los cantores, como puede constatarse, tienen una interpretación distinta de la forma artística.

ARS ARCANUM

LAS DIEZ ESENCIAS Y SUS ASOCIACIONES HISTÓRICAS

NÚMERO	GEMA	ESENCIA	FOCO CORPORAL	PROPIEDADES MOLDEADORAS	ATRIBUTOS DIVINOS PRIMARIOS/ SECUNDARIOS
1. Jes	Zafiro	Céfiro	Inhalación	Gas translúcido, aire	Proteger/ Liderar
2. Nan	Cuarzo ahumado	Vapor	Exhalación	Gas opaco, humo, bruma	Justo/Confiado
3. Chach	Rubí	Chispa	El alma	Fuego	Valiente/ Obediente
4. Vev	Diamante	Lucentia	Los ojos	Cuarzo, vidrio, cristal	Amar/Curar
5. Palah	Esmeralda	Pulpa	El pelo	Madera, plantas, musgo	Aprender/Dar
6. Shash	Granate	Sangre	La sangre	Sangre, todo líquido no aceitoso	Creativo/ Honrado
7. Betab	Circonio	Grasa	Aceite	Todo tipo de aceite	Sabio/ Cuidadoso
8. Kak	Amatista	Oropel	Las uñas	Metal	Resoluto/ Constructor
9. Tanat	Topacio	Astrágalo	El hueso	Roca y piedra	Formal/ Emprendedor
10. Ishi	Heliodoro	Tendón	Carne	Carne	Piadoso/ Orientativo

Esta lista es una recopilación imperfecta del simbolismo tradicional vorin

asociado a las Diez Esencias. Unidas, forman el Doble Ojo del Todopoderoso, un ojo con dos pupilas que representa la creación de plantas y criaturas. También componen la base para la forma de reloj de arena que a menudo se asociaba con los Caballeros Radiantes.

Los eruditos antiguos también colocaban las diez órdenes de Caballeros Radiantes en esta lista, junto con los propios Heraldos, cada uno de los cuales tenía una asociación clásica con los números y las Esencias.

No sé todavía cómo los diez niveles de Vacío o su prima la Antigua Magia encajan en este paradigma, si es que pueden hacerlo. Mi investigación sugiere que, en efecto, tendría que haber otra serie de capacidades aún más esotérica que el Vacío. Tal vez la Antigua Magia encaja aquí, aunque empiezo a sospechar que es algo completamente diferente.

Hay que tener en cuenta que hoy en día creo que el concepto de «foco corporal» es más una cuestión de interpretación filosófica que un atributo real de esta Investidura y sus manifestaciones.

LAS DIEZ POTENCIAS

Como complemento a las Esencias, los célebres elementos clásicos de Roshar, se encuentran las Diez Potencias. Estas, consideradas las fuerzas fundamentales por las que funciona el mundo, pueden describirse con más exactitud como una representación de las diez capacidades básicas ofrecidas a los Heraldos, y luego a los Caballeros Radiantes, por sus vínculos.

Adhesión: La potencia de Presión y Vacío

Gravitación: La potencia de la Gravedad

División: La potencia de la Destrucción y el Deterioro

Abrasión: La potencia de la Fricción

Progresión: La potencia del Crecimiento y la Cura, o Regeneración

Iluminación: La potencia de la Luz, el Sonido y diversas Formas de onda

Transformación: La potencia del moldeado de almas

Transportación: La potencia del Movimiento y la Transición Realmática

Cohesión: La potencia de la Interconexión Axial Fuerte

Tensión: La potencia de la Interconexión Axial Suave

SOBRE LA CREACIÓN DE FABRIALES

Hasta el momento se han descubierto cinco grupos de fabriales. Los métodos de su creación se protegen con celo por la comunidad artifabriana, pero parecen ser obra de científicos dedicados, en oposición a las potencias más místicas que en otro tiempo practicaron los Caballeros Radiantes. Cada vez estoy más convencida de que la creación de estos artilugios requiere la esclavitud forzada de entidades cognitivas transformativas, conocidas como «spren» por las comunidades locales.

FABRIALES ALTERADORES

Aumentadores: Estos fabriales sirven para aumentar algo. Pueden crear calor, dolor, o incluso un viento tranquilo, por ejemplo. Como todos los fabriales, reciben su energía de la luz tormentosa. Parecen funcionar mejor con fuerzas, emociones o sensaciones.

Las llamadas semiesquirlas de Jah Keved se crean con este tipo de fabrial, adjunto a una placa de metal para aumentar su durabilidad. He visto fabriales de este tipo creados con muchos tipos de gemas; supongo que cualquiera de las diez Piedrabases funcionará.

Reductores: Estos fabriales hacen lo contrario que los aumentadores, y en general parecen tener las mismas restricciones que sus primos. Los artifabrianos que me han hablado en confianza parecen creer que incluso es posible crear fabriales más grandes que hasta ahora, sobre todo en relación con los aumentadores y reductores.

FABRIALES PAREJOS

Conjuntadores: Al infundir un rubí y usando una metodología que no me ha sido revelada (aunque tengo mis sospechas), puede crearse un par conjunto de gemas. El proceso requiere dividir el rubí original. Las dos mitades crearán entonces reacciones paralelas a través de la distancia. Las vinculacañas son una de las formas más comunes de este tipo de fabrial.

Se mantiene la conservación de la fuerza; por ejemplo, si una se adhiere a una piedra pesada, será necesaria la misma fuerza para levantar el fabrial conjuntado que la que haría falta para alzar la piedra en sí. Parece que hay algún tipo de proceso durante la creación del fabrial que influye en la

distancia a la que pueden estar las dos mitades para seguir produciendo un efecto.

Inversores: Usar una amatista en vez de un rubí crea también mitades conjuntadas de una gema, pero estas funcionan creando reacciones opuestas. Si se levanta una, la otra será empujada hacia abajo, por ejemplo.

Estos fabriales acaban de ser descubiertos, y ya se hacen conjeturas sobre sus posibilidades de explotación. Parece que hay algunas limitaciones inesperadas en esta forma de fabrial, aunque no he podido descubrir cuáles son.

FABRIALES ADMONITORIOS

Solo hay un tipo de fabrial en este grupo, informalmente conocido como el Alertador, que puede advertir de un objeto, sensación o fenómeno cercano. Estos fabriales usan una piedra de heliodoro como foco. No sé si este es el único tipo de gema que funciona o si hay otro motivo por el que se usa el heliodoro.

En el caso de este tipo de fabrial, la cantidad de luz tormentosa que se le puede infundir afecta a su alcance. De ahí que el tamaño de la gema empleada sea muy importante.

CORREDORES DEL VIENTO Y ENLACES

Los informes de las extrañas capacidades del Asesino de Blanco me han llevado a varias fuentes de información que, según creo, se desconocen en general. Los Corredores del Viento eran una orden de los Caballeros Radiantes, que usaban dos tipos principales de potenciación. Los efectos de estas potenciaciones eran conocidos coloquialmente entre los miembros de la orden como los Tres Enlaces.

ENLACE BÁSICO: CAMBIO GRAVITACIONAL

Este tipo de enlace era uno de los más empleados entre la orden, aunque no era el más fácil (esa distinción recae en el enlace pleno, más abajo). Un enlace básico implicaba anular el lazo gravitatorio espiritual de un objeto o

un ser con el planeta, encadenando temporalmente a ese ser u objeto con un objeto o dirección distinto.

El efecto práctico de este proceso es la creación de un cambio en el tirón gravitacional, retorciendo las energías del planeta mismo. Un enlace básico permitía al Corredor del Viento correr por las paredes, enviar objetos o personas volando por los aires o crear efectos similares. Los usos avanzados de este tipo de enlace permitían a un Corredor del Viento hacerse más liviano encadenando partes de su masa hacia arriba. (Matemáticamente, enlazar un cuarto de la masa de una persona hacia arriba reduciría a la mitad el peso efectivo de una persona. Enlazar la mitad de una masa hacia arriba crearía ingravidez.)

Los enlaces básicos múltiples podían también arrojar a un objeto o una persona hacia abajo al doble, el triple u otros múltiplos de su peso.

ENLACE COMPLETO: UNIR OBJETOS

Un enlace completo puede parecer muy similar al enlace básico, pero funcionaba según principios muy diferentes. Mientras uno tenía que ver con la gravedad, el otro estaba relacionado con la fuerza (o potencia, como la llamaban los Radiantes) de la Adhesión: unir objetos como si fueran uno. Creo que esta potencia puede tener algo que ver con la presión atmosférica.

Para crear un enlace completo, un Corredor del Viento infundía un objeto con luz tormentosa y luego le unía otro. Los dos objetos permanecían pegados con un vínculo enormemente poderoso, casi imposible de romper. De hecho, la mayoría de los materiales se rompían antes de que lo hiciera el vínculo que los unía.

ENLACE INVERSO: DAR A UN OBJETO UN TIRÓN GRAVITACIONAL

Creo que esto es en realidad una versión especializada del enlace básico. Este tipo de enlace requería la menor cantidad de luz tormentosa de los tres. El Corredor del Viento infundía algo, daba una orden mental y creaba un tirón para el objeto que atraía otros objetos hacia él.

En el fondo, este enlace creaba una burbuja alrededor del objeto que imitaba su enlace espiritual con el terreno que tenía debajo. Por tanto, era

mucho más difícil que el enlace afectara a objetos que tocaban el suelo, donde su conexión con el planeta era más fuerte. Los objetos que caían o volaban eran los más fáciles de influir. Podían afectarse otros objetos, pero la luz tormentosa y la habilidad requerida eran mucho más sustanciales.

TEJIDO DE LUZ

Esta segunda forma de potenciación se relaciona con la manipulación de la luz y el sonido en tácticas ilusorias comunes por todo el Cosmere. Sin embargo, al contrario que las variaciones presentes en Sel, este método tiene un potente elemento espiritual que exige no solo una imagen mental plena de la creación pretendida, sino también cierto nivel de Conexión con ella. La ilusión se basa no solo en lo que imagina el Tejedor de Luz, sino en lo que *desea* crear.

En muchos aspectos, esta es la capacidad más similar a la variante yoleña original, lo cual me entusiasma. Deseo indagar más en este poder, con la esperanza de comprender del todo cómo se relaciona con los atributos cognitivos y espirituales.

MOLDEADO DE ALMAS

El arte del moldeado de almas, por medio del cual un tipo de materia se transforma directamente en otro modificando su naturaleza espiritual, es crucial para la economía de Roshar. En el continente se practica utilizando unos dispositivos llamados moldeadores de almas, la mayoría de los cuales parecen dedicados a convertir piedra en grano o carne. Esos aparatos proporcionan un suministro móvil a los ejércitos o incrementan las reservas de alimentos urbanas, y han permitido que los reinos de Roshar —donde el agua rara vez es un problema, por las lluvias de las altas tormentas— desplieguen ejércitos de maneras que resultarían impensables en otro lugar.

Sin embargo, lo que más me intriga del moldeado de almas son las conclusiones que podemos extraer a partir de él sobre el mundo y la Investidura. Por ejemplo, se requieren ciertas gemas para obtener ciertos resultados: si se desea producir grano, el moldeador de almas debe estar afinado a esa transformación y además tener sujetada una esmeralda, no otra gema. Este hecho genera una economía basada en los valores relativos de lo

que las gemas son capaces de crear, no en su rareza. Es más, considerando que varias de estas gemas tienen estructuras químicas idénticas, sin contar las trazas de impurezas, su característica más importante resulta ser el color, no su composición axial. Estoy convencida de que el lector encontrará muy intrigante esta relevancia de la tonalidad, sobre todo por su relación con otras formas de Investidura.

Esta relación debió de ser esencial en la creación local de la tabla incluida más arriba, que en cierto modo carece de mérito científico pero está intrínsecamente enlazada con la mitología que rodea al moldeado de almas. Una esmeralda puede emplearse para crear comida, y por tanto la tradición la asocia a una Esencia similar. Sin ir más lejos, en Roshar se considera que existen diez elementos, no los tradicionales cuatro o dieciséis de otras culturas.

Resulta curioso que estas gemas parezcan enlazadas con las capacidades originales de los moldeadores de almas que pertenecían a una orden de Caballeros Radiantes, pero en cambio no fuesen esenciales para la operación de Investidura que llevaba a cabo un Radiante vivo. No alcancé a entender la conexión, pero sí que sus implicaciones serán dignas de estudio.

Los moldeadores de almas, los aparatos, se crearon para imitar las capacidades de la potencia del moldeado de almas (o Transformación). Así, nos hallamos ante otra imitación mecánica de algo que una vez estuvo solo disponible para unos pocos elegidos dentro de los confines de un Arte Investido. Las hojas de Honor de Roshar quizás sean el ejemplo más antiguo de esta imitación mecánica, ya que datan de hace miles de años. Creo que estos hechos serán relevantes en relación con los descubrimientos que están efectuándose en Scadrial y con la mercantilización de la alomancia y la feruquimia.

ESCULTURA DE PIEDRA

Haber dispuesto de más ocasiones para estudiar el uso de la Investidura en Roshar y su curiosa manifestación conocida como potenciación me ha proporcionado la oportunidad de seguir reflexionando sobre la naturaleza de la Intención y la Conexión.

El poder conocido como escultura de piedra, tal y como lo practican las órdenes de los Custodios de la Piedra y los Escultores de Voluntad, es un ejemplo excelente. Esta capacidad manipula la Potencia de la Cohesión, y es

en muchos aspectos pariente de la manipulación axial conocida como microquinesis, dado que ambas conceden la capacidad de modificar las fuerzas que unen los ejes individuales entre sí. Por suerte, en mis exploraciones he descubierto que al parecer la escultura de piedra es un poder mucho menos... explosivo, limitado por las normas que Honor impuso sobre él como protección contra los errores cometidos en Yolen.

No obstante, un Custodio de la Piedra o Escultor de Voluntad experto puede moldear la piedra como si fuese arcilla, debilitando las uniones entre ejes. (De hecho, según tengo entendido también puede practicarse sobre otros materiales, pero la piedra es su aplicación más fácil y común.) No se trata de un mero proceso químico. Normalmente, cabría esperar que el calor estuviera involucrado para excitar los ejes, pero no es el caso. En su lugar, lo relevante aquí es la Intención del practicante.

La piedra siente el deseo del Custodio de la Piedra, que es capaz de modificar su forma a través del deseo en la misma medida que por medio de la fuerza física. No creo que comprendiera de un modo adecuado la forma en que la Investidura reacciona a la Intención consciente de su usuario hasta que leí sobre las interacciones entre los spren y los seres sapientes en Roshar. Hay mucho que aprender y mucho que explorar aquí.

He enviado a mi mejor agente a infiltrarse entre los Custodios de la Piedra. Su investigación ha sido altamente iluminadora. Sugiere que existen tres formas en las que podemos considerar la naturaleza de la Intención en relación con la escultura de piedra.

Disposición: La piedra parece estar uniformemente dispuesta a obedecer las órdenes de un potenciador que armonice con la Cohesión. Lo cual resulta curioso, ya que la piedra se halla a menudo entre los materiales con los que más difícil resulta trabajar en el moldeado de almas, incluso más difícil que los seres vivos, dependiendo de los estados emocional, mental y espiritual de dichos seres.

¿Por qué está la piedra tan predisposta a cambiar para un Custodio de la Piedra o un Escultor de Voluntad? ¿Qué hay en ella que la haga tan proclive a responder a sus deseos, a incorporarlos a ella misma y a disfrutar del resultado? Como un público entregado en una comedia, la piedra permite que el potenciador la guíe.

Conexión: La piedra puede sentir la Intención del potenciador, e incluso su pasado. Dispongo de informes fiables de piedra extendiéndose generaciones

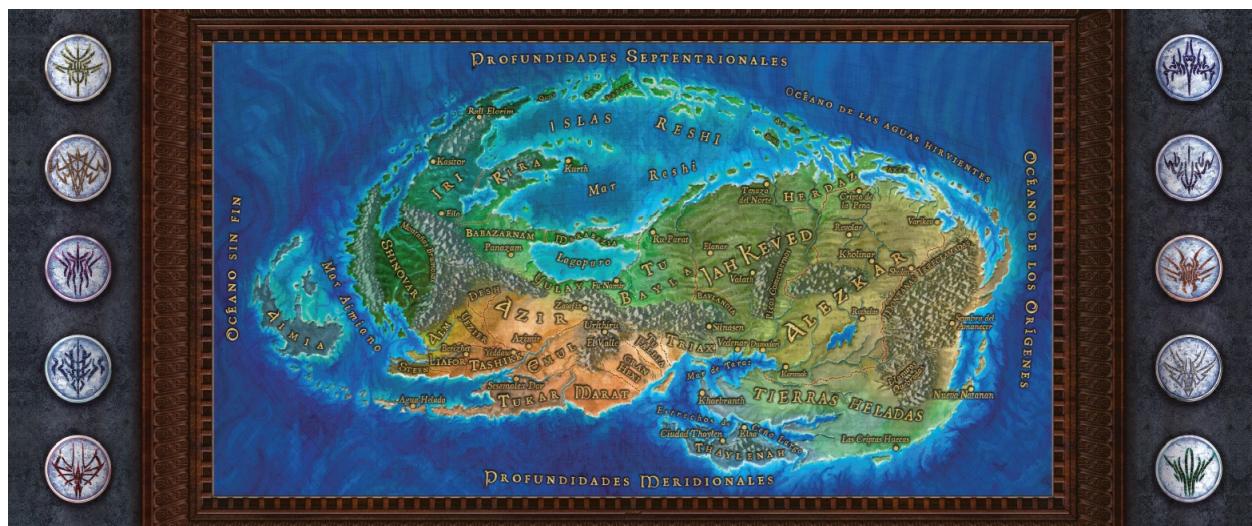
y generaciones de Conexión atrás para mostrar acontecimientos, emociones e ideas de tiempos remotos. Puede cobrar la forma de rostros de Custodios de la Piedra muertos hace mucho. Puede crear representaciones de acontecimientos largo tiempo olvidados. Lo que al principio desdeñé como una forma inferior de microquinesis es en realidad mucho más enfocada y, en ciertos aspectos, más extraordinaria. En la escultura de piedra existe una faceta de adivinación que no había esperado hallar.

Mandato: El escultor de piedra a menudo debe hacer un Mandato, mental o verbal, para controlar verdaderamente la piedra. El proceso es muy similar a otros conocimientos arcanos a lo largo y ancho del Cosmere, y no tan novedoso por sí mismo. Sin embargo, encuentro electrizantes las noticias surgidas de los montes de Ur que afirman que su reina actual parece haber sido capaz de Mandar la creación de anti-Investidura. Teorizada hace ya mucho tiempo, esta será mi primera evidencia sólida de que es posible, y de que solo puede crearse por medio de la Intención.

Creo que quizá Foil, en las profundidades de su océano, descubrirá que esta información apoya mis teorías en detrimento de las suyas. Y haría bien en escucharme sobre este asunto si algún día desea alcanzar el control sobre los éteres, como insiste en que es su objetivo.







**El Ritmo de la Guerra es la esperada cuarta parte de la decalogía El Archivo de las Tormentas y el libro que continúa la historia de *El camino de los reyes*,
*Palabras radiantes y Juramentada***



La Una que es Tres busca, sin saberlo, el alma capturada. El spren aprisionado, olvidado hace mucho tiempo. ¿Puede liberar su propia alma a tiempo de hallar el conocimiento que condena a todos los pueblos de Roshar?

El Soldado Caído acaricia y ama la lanza, incluso mientras el arma hiende su propia carne. Camina siempre hacia delante, siempre hacia la oscuridad, sin luz. No puede llevar consigo a nadie, salvo aquello que él mismo puede avivar

La Hermana Derrumbada comprende sus errores y piensa que ella misma es un error. Parece muy alejada de sus antepasados, pero no comprende que son quienes la llevan a hombros. Hacia la victoria, y hacia ese silencio, el más importante de todos.

Y la Madre de Máquinas, la más crucial de todos ellos, danza con mentirosos en un gran baile. Debe desenmascararlos, alcanzar sus verdades ocultas y entregarlas al mundo. Tiene que reconocer que las peores mentiras son las que se cuenta a sí misma.

Si lo hace, nuestros secretos por fin se convertirán en verdades.

La crítica ha dicho:

«Me encantó este libro... ¿Qué más puedo decir?»

Patrick Rothfuss sobre *El camino de los reyes*

«Un clásico de Sanderson.»

Publishers Weekly sobre *Juramentada*

Brandon Sanderson (Lincoln, Nebraska, 1975) es el gran renovador de la fantasía del siglo XXI y el autor más prolífico del mundo. Desde que debutara en 2006 con su novela *Elantris*, ha deslumbrado a diecisiete millones de lectores en treinta lenguas con el Cosmere, el fascinante universo de magia que comparten la mayoría de sus obras. Sanderson es autor de la brillante saga *Nacidos de la Bruma* (*Mistborn*), formada por *El Imperio final*, *El pozo de la ascensión*, *El héroe de las eras*, *Aleación de ley*, *Sombras de identidad* y *Brazales de duelo*. Tras *El aliento de los dioses*, una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, inició con *El camino de los reyes* una magna y descomunal decalogía, *El Archivo de las Tormentas*, que continuó con *Alabadas radiantes*, *Juramentada* y la presente *El Ritmo de la Guerra*. Con un plan de publicación de más de veinte futuras obras (que contempla la interconexión de todas ellas), el Cosmere se convertirá en el universo más extenso e impresionante jamás escrito en fantasía épica. Sanderson vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young.

Título original: *The Rhythm of War. Stormlight Archive 4*

Edición en formato digital: noviembre de 2020

© 2020 by Dragonsteel Entertainment, LLC

© Brandon Sanderson® es una marca registrada de Dragonsteel Entertainment, LLC

Todos los derechos reservados

© Dragonsteel Entertainment, LLC, por todas las ilustraciones salvo cuando se indica otro autor
Ilustraciones al inicio de los capítulos 11 y 61 por Dan dos Santos. Ilustraciones al inicio del prólogo, de los capítulos 22, 24, 29, 36, 53, 75 y 78 y de los interludios 5 y 7 por Ben McSweeney. Ilustraciones al inicio de los capítulos 3, 6, 41, 84 y 97 por Kelley Harris. Mapa de Roshar, glifos de espadas, arcos de capítulo e ilustraciones al inicio de los capítulos 20, 46 y 73 por Isaac Stewart. Iconos a lo largo del libro por Isaac Stewart, Ben McSweeney, Howard Lyon y Miranda Meeks.

© Michael Whelan, por la ilustración de sobrecubierta Mapa del interior de la sobrecubierta realizado por Isaac Stewart.

Ilustración de la guarda anterior por Magali Villeneuve. Ilustración de la guarda posterior por Karla Ortiz.

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Manu Viciano, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Michael Whelan

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1734-796-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megusta
leer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[El ritmo de la guerra. El Archivo de las Tormentas IV](#)

[Introducción y agradecimientos](#)

[Libro cuarto: El Ritmo de la Guerra](#)

[Mapa de Roshar](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: Urithiru](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: El atrio](#)

[Prólogo: Fingir](#)

[Primera parte: Cargas](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Cuaderno de Navani: El método arnista](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Portafolio: Moda cantora contemporánea](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Interludios](#)

[I-1](#)

[I-2](#)

[I-3](#)

[Segunda parte: Nuestra llamada](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Cuaderno de bocetas de Shallan: Brumaspren](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: Crípticos](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: Cenizaspren](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: Honorspren](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Cuaderno de Navani: La sala de la columna de cristal](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Interludios](#)

[I-4](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: Cultivacispren](#)

[I-5](#)

[I-6](#)

[Tercera parte: Canciones de hogar](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Mapa de Makabak oriental](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: Alcanzadores](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Portafolio: Moda de la forma emisaria](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Interludios](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: Altospren](#)

[I-7](#)

[I-8](#)

[I-9](#)

[Cuarta parte: Un conocimiento](#)

[Glifos alezi: Segunda parte](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: Cumbrespren](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Cuaderno de bocetos de Shallan: Tintaspren](#)

[Capítulo 78](#)

[Capítulo 79](#)

[Capítulo 80](#)

[Capítulo 81](#)

[Capítulo 82](#)

[Capítulo 83](#)

[Cuaderno de Navani: Daga](#)

[Capítulo 84](#)

[Capítulo 85](#)

[Capítulo 86](#)

[Capítulo 87](#)

[Capítulo 88](#)

[Capítulo 89](#)

[Capítulo 90](#)

[Capítulo 91](#)

[Capítulo 92](#)

[Capítulo 93](#)

[Capítulo 94](#)

[Capítulo 95](#)

[Capítulo 96](#)

[Cuaderno de Navani: Experimentos](#)

[Capítulo 97](#)

[Interludio](#)

[I-10](#)

[I-11](#)

[I-12](#)

[Quinta parte: Conocer un hogar de canciones, llamado «nuestra carga»](#)

[Capítulo 98](#)

[Capítulo 99](#)

[Capítulo 100](#)

[Capítulo 101](#)

[Capítulo 102](#)

[Capítulo 103](#)

[Capítulo 104](#)

[Capítulo 105](#)

[Capítulo 106](#)

[Capítulo 107](#)

[Capítulo 108](#)

[Capítulo 109](#)

[Capítulo 110](#)

[Capítulo 111](#)

[Capítulo 112](#)

[Capítulo 113](#)

[Capítulo 114](#)

[Capítulo 115](#)

[Capítulo 116](#)

[Capítulo 117](#)

[Epílogo: Trucos sucios](#)

[Nota final](#)

[Ars Arcanum](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Brandom Sanderson](#)

[Créditos](#)